EL ASESINO DEL LAGO
RAÚL GARBANTES
EL ASESINO DEL LAGO
RAÚL GARBANTES
LA CAÍDA DE UNA DIVA
RAÚL GARBANTES
MIRADA OBSESIVA
RAÚL GARBANTES
LA ÚLTIMA BALA
RAÚL GARBANTES
PESADILLA
EN EL HOSPITAL CEREBRAL
RAÚL GARBANTES
EL SILENCIO DE LUCÍA
RAÚL GARBANTES
EL PALACIO
DE LA INOCENCIA
RAÚL GARBANTES
RESPLANDOR
EN EL BOSQUE
RAÚL GARBANTES

# Colección Completa de Misterio y Suspense

Raúl Garbantes

Copyright © 2017 Alba Digital Publishing.
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito de la editorial, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.
Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, instituciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o eventos actuales, es pura coincidencia.

Alba Digital Publishing
info@albadigitalpublishing.com

Acerca de Raúl Garbantes:
Facebook: https://facebook.com/autorraulgarbantes
Twitter: https://twitter.com/raulgarbantes
Amazon: https://amazon.com/author/raulgarbantes

## Contenido

El Asesino del Lago

La Caída de una Diva

Mirada Obsesiva

La Última Bala

Pesadilla en el Hospital General

El Silencio de Lucía

El Palacio de la Inocencia

Resplandor en el Bosque

Notas del autor

# El Asesino del Lago

## El caso de Blue Lake (parte 1)

## Capítulo I

El despertador suena a las seis y media de la mañana, como todos los días de lunes a sábado. Charles Peterson despierta un poco agotado, pues anoche llegó bastante tarde a su hogar. Mira a su esposa, Grace, entrando a la habitación con el cabello mojado y una toalla cubriéndole el cuerpo, y hace su mayor esfuerzo para levantarse de la cama. Sus hijos, seguramente, todavía no han debido despertar y tienen que ir a la escuela, les gusta mucho dormir. Se pone de pie y busca sus pantuflas. Entra a la habitación de Samantha, la menor de la casa, y le da besos en la cara hasta que la pequeña despierta; luego va a la habitación de Chris, el primogénito, y le susurra en el oído que ya es hora de levantarse. Después de asegurarse de que sus dos hijos están ya despiertos y comienzan a alistarse para ir a la escuela, Charles se da una ducha. Siente las piernas un poco cansadas, anoche corrió demasiado. Cierra los ojos debajo del chorro de agua tibia de la ducha y se relaja un poco. Se enjuaga bien el cabello y sale. Se viste rápido porque ya siente el olor del delicioso desayuno que ha preparado Grace y tiene muchas ganas de probarlo. Ella es una de las mejores cocineras que existen, su comida siempre es deliciosa y ni qué decir de los pasteles que prepara.

En la cocina, la mesa está puesta para cuatro. Grace y los niños comen panqueques con miel, el café de Charles está servido y él se sienta para desayunar junto a su familia. Samantha sigue con los ojos entrecerrados, su papá le da un beso en la frente y la pequeña le responde con un beso en el cachete.

—Anoche tuve pesadillas. No dormí nada bien —dice la pequeña.

—¿Qué soñaste, princesa? —le pregunta Charles.

—Que un hombre lobo entraba por mi ventana. Era muy feo. Tenía la boca llena de sangre y sus ojos eran muy grandes y brillantes.

—Tranquila, mi amor. Esas cosas no existen.

—Lo sé, papá. —Hace un pequeño silencio, luego abre los ojos y pregunta—. ¿Por qué llegaste tan tarde, papito? Cuando desperté, después de ese horrible sueño, te oí entrar.

—Tu papá sale a correr en las noches, Sami. Lo hace para despejarse y para sentirse mejor después de trabajar arduamente —le dice su madre.

—¿Tan tarde? ¿No te da frío, papá?

—No, mi princesa. Lo entenderás cuando seas grande. A veces uno necesita ejercitarse y estirar las piernas.

La pequeña mira a su papá con dulzura y se come el último pedazo de panqueque que tiene en el plato. Mira a su hermano Chris, le saca la lengua y luego se levanta de la mesa.

Chris ya es un adolescente y, como todos los chicos de su edad, no disfruta mucho de las charlas de sus padres; así que se queda totalmente callado durante el desayuno. Grace le cuenta a Charles que Gloria, la mujer del matrimonio que vivía frente a ellos, no puede lidiar con la reciente muerte de Syd, su esposo, mientras viva en aquel lugar, por lo que se mudará. Charles escucha las noticias sin decir mucho. No le gustaba para nada el marido de la vecina. Era un hombre mal educado que no paraba de gritar y que frecuentaba a una muchacha que alquilaba una habitación a pocas cuadras del edificio en el que vivían. Le daba asco ese tipo mujeriego y desconsiderado. Gloria siempre le simpatizó, pero cree oportuno que ella se vaya a otro lugar para olvidarse de los últimos sucesos.

Luego de desayunar, Charles le pasa su taza vacía, junto con su plato sucio, a su esposa para que ella pueda lavar el servicio, le da un beso en la mejilla y va a cepillarse los dientes. Ya en el baño, se mira en el espejo y se siente muy guapo. Los años no le han terminado de robar todo su encanto. Se pone un poco de perfume en el cuello y se guiña el ojo a sí mismo. Ya listo para ir a trabajar, llama a sus hijos para llevarlos a la escuela antes de ir a la ferretería. Los chicos salen de sus habitaciones; Samantha abraza a su mamá antes de salir del

departamento y Chris se despide fríamente. Salen los tres al mismo tiempo y bajan en el ascensor hasta el garaje, en donde Chris asusta a su hermanita, por lo que es regañado por su padre.

En el auto, Chris se sienta en el asiento del copiloto y la pequeña Samantha va atrás. A esas horas el tráfico ya es bastante molesto, por lo que les quedan largos minutos de viaje. Charles es un buen padre, siempre se preocupa por sus hijos; así que, a pesar de saber que Chris no le va a responder nada, intenta entablar una conversación.

—¿Ya elegiste qué deporte vas a practicar este semestre, Chris?

—No.

—Deberías tratar con el baloncesto. Tal vez tu altura te favorecería.

Chris no le responde absolutamente nada. Mira por la ventana muy callado. Siempre parece estar enojado con él y con Grace.

—Yo quisiera aprender a jugar **raquetbol**, papito —dice Samantha.

—Puedo enseñarte cuando quieras, mi princesa.

Chris se acomoda en el asiento echándolo un poco para atrás y sigue mirando por la ventana en absoluto silencio. Al parecer nunca va a decir nada. Charles está acostumbrado y sabe que es lo normal a esa edad. A veces se enoja bastante por la falta de comunicación de su hijo, pero siempre trata de comprenderlo. En cambio, la pequeña Samantha es una niña sumamente comunicativa y dulce. Todo el tiempo les cuenta a sus padres todas las cosas que le suceden en la escuela, las cosas que sueña y casi todo lo que mira en la televisión. No tienen que preocuparse mucho por ella, al menos no por el momento, saben todo lo que ocurre en su vida. A Grace sí le preocupa un poco Chris. Ella cree que quizá no es feliz, pero su esposo siempre le explica que su comportamiento indiferente es una cosa muy normal a su edad, que es un adolescente y que necesita su espacio para formarse y llegar a la edad adulta.

Después de un largo viaje hasta la escuela, Chris se baja sin despedirse y Samantha le da un beso sonoro en la mejilla a su padre. Charles los ve entrar por la puerta principal y se siente dichoso de tener una familia tan hermosa. Quizá es su recompensa por la difícil infancia que tuvo que vivir. Mira su reloj y se da cuenta de que se ha retrasado un poco y que tiene que conducir rápido hacia la ferretería. Seguramente pronto llegarán los primeros clientes del día y no puede dejarlos esperando.

Lo que más le agrada de su trabajo es que él es su propio jefe y —aunque respeta un horario de trabajo y él mismo se pone ciertos objetivos para cumplir— no tiene un superior que revise todo el tiempo su desempeño ni que le dé órdenes. A pesar de eso, estar todo el día en la ferretería le resulta un poco agotador. Grace hace todo lo que puede para que su esposo no se sienta presionado ni aburrido de la rutina, pues sabe que su trabajo es agotador. Es por eso que lo deja salir a correr en las noches, sin importar la hora a la que se le ocurra, pues el ejercicio aliviana las tensiones y permite que la mente se despeje.

Los domingos la ferretería no abre, y es entonces que la familia entera puede darse un respiro. Normalmente van a comer a algún restaurante bonito y luego dan un paseo por la orilla del lago, pues se encuentra cerca al edificio en el que viven. De vez en cuando, Charles se da un respiro más largo y cierra el negocio un par de semanas, o contrata a alguno de los chicos de la escuela en la que estudian sus hijos para que cuide el lugar. Esas semanas las aprovecha para llevar a Grace y a los chicos de viaje. Algunas veces van a la playa, otras se van a la montaña, y una vez, hace cinco años atrás, se fueron a conocer Grecia. A fin de cuentas, el trabajo en la ferretería resulta bastante provechoso y Charles, agradecido, recompensa a sus seres queridos devolviéndoles el tiempo que no pasa a menudo con ellos. Su mujer agradece ese gesto. Los Peterson saben que son muy afortunados.

Charles comenzó a trabajar en la ferretería cuando tenía trece años. El negocio era de su tío, el hermano de su madre, a quién le decía papá, ya que había sido él quien había cumplido ese rol en su vida. Después de que conoció a Grace, hace unos cuantos años atrás, después de

trabajar ahí casi catorce años, su tío murió con cáncer y fue él quien heredó la ferretería. Es una buena entrada económica, le proporciona dinero suficiente como para mantener a su esposa y a sus dos hijos en un amplio departamento en uno de los barrios residenciales más bonitos de la ciudad. Es por eso que nunca dejará de estar agradecido con su tío, por eso y por todas las cosas que hizo por él mientras vivía.

Hoy Charles se siente un poco aturdido. No ha dormido nada bien y no le ha gustado lo último que ha visto anoche antes de irse a casa. Está preocupado. Entra el primer cliente y deja sus cavilaciones a un lado para atenderlo. Es nuevo, nunca antes lo había visto. Tiene una figura esbelta y delgada, lleva bigote y tiene una piel bastante blanca, parece no ser del lugar.

—Buenos días, señor —lo saluda Charles.

—Buenos días. ¿Qué tal?

—Muy bien, señor, gracias. Dígame, ¿en qué lo puedo ayudar?

—Mire. Necesito unas cuantas herramientas. Una llave inglesa, un martillo, unos cuantos clavos y… creo que de momento eso es todo lo que llevaré.

—Cómo no. Déjeme buscar todo lo que necesita. —Charles busca todas las cosas que el señor le ha pedido, le parecen muy básicas. Le llama mucho la atención el hecho de que ese hombre tenga cierto parecido a su padre, lo cual no le gusta para nada. Trata de evadir ese pensamiento y conversar con aquel caballero que le parece de un trato muy amable. Encuentra todas las herramientas y se las entrega en una bolsa.

—Gracias –dice el hombre mirando fijamente a Charles—. Me gustaría saber su nombre. ¿Usted atiende aquí siempre?

—Sí, señor. Soy el dueño y mi nombre es Charles —se presenta extendiéndole la mano. El hombre imita el gesto y se estrechan ambas manos.

—Un gusto, Charles. Mi nombre es Logan. Soy nuevo en esta ciudad y ando poniendo todo en orden en casa, así que usted me verá entrar aquí una y otra vez.

—¡Qué gusto conocerlo! Estaré aquí para todo lo que usted necesite —afirma Charles soltando la mano del hombre.

—Adiós, Charles. Que tenga un buen día.

—Adiós.

Logan sale de la ferretería y Charles se queda pensando en su fisionomía.

Le parece interesante encontrarse con un señor tan parecido a su padre físicamente, pero de un trato tan cordial. Su padre era un imbécil, no le gusta recordarlo. Mira hacia la calle y ve como los transeúntes van moviéndose de aquí para allá, concentrados en sus pasos, en la hora que marcan sus relojes y algunos en sus teléfonos móviles. Le parece que, de alguna forma, prefiere estar ahí solo, sin tener que correr hacia ningún lugar y sin tener que cumplir con ninguna otra tarea más que la de esperar clientes y atenderlos con el mejor humor que tiene. Siente que lleva una vida bastante cómoda.

Las mañanas suelen ser un poco vacías hasta las once, que es cuando comienzan a llegar más clientes y, entonces, la ferretería trabaja casi sin parar hasta las seis de la tarde. Charles prefiere tratar con las clientas porque suelen ser más amables, pero en general se siente cómodo hablando con todos los clientes. A pesar de ello, siempre termina agotado.

Durante la mañana, Grace limpia el departamento, prepara la comida del mediodía para ella y los niños, la cena para toda la familia y el almuerzo que al día siguiente su esposo se llevará al trabajo. Después se entretiene cocinando algún postre y aún después de eso tiene algo de tiempo para mirar una película o entretenerse charlando con el portero del edificio, que es un hombre muy amable y conversador. Los niños llegan a las dos de la tarde en el bus escolar y es entonces que se dedica a atenderlos. Primero les sirve el almuerzo y tiene que pelear un poco con Samantha para que termine todo lo que le pone en el plato, luego los ayuda a hacer tareas y después, cuando Charles llega cansado a casa, les sirve a todos la cena

y comen en familia. Normalmente los chicos se van a la cama a las diez y media. Es entonces que, algunas noches, su padre se pone ropa deportiva y se va a correr por el malecón hasta altas horas de la madrugada. Grace no se preocupa mucho por eso, le parece que es una buena forma de aliviar la tensión.

Ya al anochecer, Charles llega a casa bastante agotado. Generalmente todas las tensiones del trabajo se esfuman después de que corre un poco, pero el día de hoy sigue abrumado por lo que vio la noche anterior. Se alegra al ver a su esposa y al notar que sus hijos ya han terminado los deberes escolares, pero está muy cansado, por lo que no dice una sola palabra durante la cena.

Mientras escucha a su familia conversar recuerda al nuevo cliente, Logan, quien le evocó a su padre. La memoria de su padre le perturba. Su mujer lo mira compasivamente pensando que tuvo un día muy difícil, él le acaricia la mano y luego de la cena se acuesta en la cama. Esta noche no irá a correr.

## Capítulo II

El barrio en el que viven ahora los Peterson, Blue Lake, es realmente encantador. Es verdad que es un poco desolado, pero es bastante limpio. Está emplazado muy cerca del lago de la ciudad y desde el edificio, en el que son propietarios, tienen una vista preciosa hacia el muelle. Las casas y los edificios están muy bien cuidados y, como es un barrio residencial, pocas veces se escuchan los ruidos molestos de automóviles pasando. La escuela y la ferretería se encuentran un poco lejos, pero vale la pena el viaje diario por la comodidad y el descanso que les otorga aquel exquisito departamento.

Los Peterson viven una vida bastante cómoda, a pesar del cansador trabajo que tiene Charles. Todos se llevan muy bien, incluso Chris, que es quien más problemas de comunicación y amabilidad tiene. La pequeña Samantha es cariñosa y dulce y el matrimonio tiene una convivencia armoniosa. Una vez, la hermana de Grace llegó de visita y le comentó que le parecía que Charles tenía una amante y que lo de ir a correr era una excusa, por lo que el hogar entró en tensión; pero pronto volvió la confianza. Grace nunca más volvió a desconfiar de su marido, ya que ella sabe que las corridas nocturnas le sirven para despejar su mente. Además, le resulta bueno que él vaya, ya que cuando llega en la madrugada mete a la lavadora su ropa junto a las prendas de toda la familia. Así, a la mañana siguiente, ella solamente tiene que encargarse de planchar.

Charles, echado en su cama junto a Grace, cierra los ojos y se siente agradecido de poder mantener a su esposa y a sus hijos sin que les falte absolutamente nada. Si Samantha quiere comprarse una muñeca, puede comprarse una muñeca; si Chris tiene ganas de ir de campamento, el dinero no es problema; si Grace mira un vestido que le gusta tras un escaparate, puede comprárselo inmediatamente. Gracias a Dios pudo superar las desgracias de sus padres y salir adelante, por lo menos económicamente. Piensa en todo lo que él logró contrastándolo con los logros nulos de sus padres alcohólicos, y se da cuenta de que le gustaría muchísimo que sus hijos estudiaran una carrera universitaria, que viajaran al exterior y que se convirtieran en mejores personas de lo que él es. Abre los ojos para mirar a su esposa y la encuentra con los ojos abiertos, mirándolo.

—¿Cómo estuvo tu día, cariño? ¿Qué tal el trabajo en la ferretería? —pregunta ella con amor.

—Normal. Sin ninguna complicación, preciosa. —Le acaricia el rostro mientras le responde.

—Me gusta cuando tienes días poco pesados y te acuestas en la cama conmigo, al mismo tiempo. Es lindo charlar cuando los niños duermen y toda la casa está en silencio.

—A mí también me gusta estar contigo y charlar, preciosa. ¿Cómo estuvo tu día? ¿Estás cansada?

—No mucho. Hoy no le dieron tareas a Samantha y Chris fue a estudiar a la casa de uno de sus amigos. Fue un día bastante tranquilo. Samantha y yo fuimos al parque y luego compramos algo de fruta... ¿Sabes qué me contó la frutera? Lo que me dijo me dejó algo apenada.

—Cuéntame. ¿Qué te dijo, mi amor?

—La pobre Gloria está yendo al psiquiatra. ¡Pobrecita! Le afectó muchísimo la muerte de su esposo.

—¡Pobre mujer! Me da muchísima pena, sobre todo porque ese tipo era un hombre horrible y no era un buen marido.

—¿Por qué lo dices? —mira fijamente a su esposo, esperando una respuesta.

—¿Recuerdas cómo lo escuchábamos gritar sin parar? ¡Qué tipo más despreciable! Y lo que más odiaba de él era que engañaba a su mujer con una chica universitaria; lo vi entrar a la residencia para estudiantes, que está a unas cuadras, muchísimas veces.

—Tal vez, simplemente, iba a ayudar a alguno de los muchachos estudiantes, o a realizar…

—¡No! ¡Tenía una amante!

—¿Por qué lo dices? —le pregunta Grace en un tono un poco más serio.

—Yo lo sé, amor. Conozco a ese tipo de hombres. —Le acaricia el rostro. Ella se da la vuelta y se mete entre sus brazos para ser abrazada—. Además, es fácil darte cuenta cuándo tienes a un monstruo como vecino.

—Es una lástima... ¡Pobre Gloria! —dice entre bostezos Grace.

—¿Ya se mudó? —le pregunta Charles con un tono de preocupación.

—Sí… Pero la frutera me contó que suele venir hasta aquí para sentarse en el parque y mirar a los niños jugar. Seguramente ese lugar le trae buenos recuerdos, o simplemente se acostumbró a esta zona.

—¡Pobrecita!

Se quedan en silencio durante un par de minutos, hasta que Grace se voltea para mirar a su marido y retoma la conversación.

—Charles… ¿Tú crees que quizá alguien mató al hombre?

—¿Por qué lo preguntas?

—Es que realmente era un tipo muy horrible… —afirma y después se queda dubitativa—. Seguramente…

Grace se queda mirando fijamente a su marido, piensa en la película que miró en la mañana. A Charles no le gusta esa situación, no le gusta mucho hablar sobre Gloria y menos sobre Syd. Es entonces que la obliga a seguir hablando.

—¿Seguramente qué, mi amor?

—Seguramente aquella chica universitaria de la que hablas se sentía muy apenada por ser la otra… Me parece bastante posible que haya hecho algo para vengarse de ese hombre.

—No digas tonterías, mi amor. La policía encontró el cuerpo del tipo y se llegó a la conclusión de que había sido un accidente. De todas maneras, hermosa, es mejor no pensar en eso… —mira a Grace unos segundos y cambia bruscamente de tema—. Dime… ¿dónde te gustaría viajar este verano?

—Charles… Falta muchísimo para el verano. Recién ha empezado el semestre.

—Lo sé, amor. Pero tenemos ahorros suficientes como para ir a la China por una semana, así que tenemos que empezar a planear.

—¿Para ir hasta China?

—Sí.

—¿Los cuatro?

—No, solamente tú y yo, y seguramente acampando la mayoría de las noches en la intemperie.

—Charles… Me haces reír. —Grace lanza una risita tímida mientras habla, luego bosteza y vuelve a hablar en un tono más cansado—. Ya planearemos un viaje familiar.

Grace vuelve a bostezar después de decir lo último, se queda mirando a su marido con los ojos entrecerrados en silencio y Charles le acaricia el pelo hasta que ella se duerme. Mientras la mira conciliar el sueño vuelve a sus cavilaciones y recuerda al hombre que conoció hoy en la ferretería, Logan. ¡Lo notó bastante parecido a su padre! Le incomodó un poco tener que encontrarse con alguien con una fisionomía tan similar a la del hombre que le arruinó la infancia.

***

Cuando Charles era pequeño vivía en un barrio bastante pobre, en la misma ciudad, Wundot Hills, muy alejado de la hermosa orilla del lago. Las casitas pequeñas que lo poblaban quedaban construidas en ladrillo, sin pintar, y algunas ni siquiera tenían ventanas

porque sus propietarios no tenían el dinero para terminar de construirlas. Había muchos bares alrededor y no eran bares decentes, sino lugares que frecuentaban exconvictos, ladrones, estafadores, prostitutas y gente de esa calaña. Sus padres no podían pagar un lugar mejor que ese. Charles y sus hermanos crecieron rodeados de maleantes y borrachos que les pedían dinero cuando volvían de la escuela a casa y que, varias veces, los amenazaron con matarlos si no les daban las pocas monedas que llevaban en los bolsillos. No le gusta recordar aquellos tiempos, fueron épocas bastante feas y tristes; pero, algunas noches, esos días vuelven a su memoria impidiéndole alcanzar el descanso nocturno.

Siendo el mayor de sus hermanos, Charles tenía que hacer todo lo posible para lidiar, no solo con sus problemas, sino con los problemas de los demás. Aprendió a cocinar a muy temprana edad porque a veces su madre, perdida en sus lamentaciones y en la bebida, olvidaba hacerlo y él tenía que dar de comer a sus hermanitos pequeños. Algunas veces tuvo que robar para tener dinero suficiente para los cuadernos que le pedían en la escuela o para poder comprar algo de ropa. Se sintió muy mal las veces que lo hizo, pero no encontraba otra salida porque no había dinero suficiente en casa.

Hasta ahora no sabe muy bien de dónde sacaban sus padres el poco dinero que había en la casa para los gastos mínimos, porque ninguno de los dos tenía un trabajo estable. A veces a su madre la contrataban para que limpiara una casa o alguna tienda. Charles no tiene idea, hasta el día de hoy, de qué es lo que hacía su papá durante el día, pues nunca estaba en casa; siempre llegaba muy tarde en la noche, cuando todos sus hermanos ya dormían y él no podía conciliar el sueño. Llegaba borracho y algunas veces le lanzaba unos cuantos billetes en la cara a su esposa. Jamás pudo tener una conversación agradable con él, por lo que no pudo preguntarle qué era lo que realizaba para ganar esos pocos billetes.

El padre de Charles era alcohólico. Todas las noches llegaba borracho y alterado a casa, despertando a la familia entera para repartir golpes. La más dañada siempre era la madre, sobre todo en aquellas noches en que ella también se emborrachaba para olvidarse un poco de sus penas y su marido la encontraba balbuceando en el pasillo, o las noches en las que ella le reclamaba el dinero que faltaba en casa y él le lanzaba los billetes después de dejarla sangrando y golpeada en el piso, llorando de dolor y humillación.

Una noche el padre de Charles llegó a la casa muy borracho, junto a dos prostitutas. Se acuerda bien de las mujeres, eran de aquellas que no pueden verse bien sin maquillaje pero que se maquillan tanto que llegan al punto de ser vulgares. Una de ellas llevaba solamente un abrigo negro sobre su piel desnuda, tenía el cabello rojo y ondulado, y los ojos excesivamente pintados; la otra era rubia y tenía un vestido muy apretado que hacía resaltar las carnes que le colgaban del vientre. Ninguna de las dos le pareció una mujer, eran algo más parecido a payasos diabólicos, o seres despreciables de otra dimensión, seres extraños. Su padre le estaba tocando las tetas a la del abrigo negro cuando él bajó al recibidor, despertado por el escándalo que hacían con sus risas y jadeos. Al ser descubierto recibió muchísimos golpes de parte de su papá, los suficientes como para tener todo el cuerpo moreteado durante un par de semanas.

Su madre poseía un carácter mucho menos explosivo que el de su padre, pero la bebida la dominaba y tenía poquísimo interés por sus hijos. Casi siempre estaba en casa, desarreglada, con un salto de cama y fumando los cigarrillos más baratos que encontraba. Algunas noches, cuando la invadía la nostalgia y se echaba a llorar, se emborrachaba con licor de mala calidad hasta no poder pronunciar bien las palabras. Era muy denigrante mirarla así, sobre todo cuando estaba embarazada. Charles sentía vergüenza ajena y se daba cuenta, a pesar de ser un niño, de que aquello no estaba nada bien y que la gente no podía comportarse de esa manera.

La última hija que tuvo la madre de Charles, no fue de su esposo. Hasta ahora Charles no sabe quién fue el hombre que embarazó a su madre, pero apenas nació la criatura, su padre,

con el juicio distorsionado por el exceso de alcohol, la asfixió con una bolsa plástica. La pequeña tenía dos días de nacida, aún no decidían su nombre, y entonces aquel hombre inescrupuloso entró gritando a la casa, la arrebató de los brazos de su madre y llamó a toda la familia para que presenciara el espectáculo. Les dijo que se lo merecía por ser producto de una infidelidad. Charles gritaba, pero se sentía impotente y no pudo hacer nada. Nunca pudo olvidarse de esa pequeña bebecita inocente e indefensa que fue asesinada cruelmente por un adulto borracho y furioso.

¡Qué días más horribles! Después de que la pequeña murió, su padre, arrepentido, no bebió durante tres días; se quedó llorando su propio error en casa, sin comer y sin dormir. La cuarta noche volvió a llegar ebrio a la casa y fue entonces que recibió, por primera vez, una patada de su hijo mayor, Charles, quien, en ese entonces, contaba con once años. El tipo entró a la habitación de su esposa, donde se encontraba el pequeño consolando a la mujer por la pérdida, y empezó a golpear la pared. El niño, sintiendo una furia inmensa, se lanzó a patear a su padre, quien se quedó totalmente impávido por la sorpresa. Después de ese día, la actitud de Charles en casa cambió muchísimo. Si su padre se sentaba en la mesa a comer, él se levantaba, si lo escuchaba entrar a casa, cerraba la puerta de su habitación, y ya no prestaba atención a sus reclamos ni a sus gritos en las madrugadas. ¡Estaba realmente cansado!

Una vez una de las vecinas trató de meterse en la casa para ayudar a la familia. Era una mujer viuda, llegando a la vejez, muy pobre, pero con un gran corazón. Vendía verduras en el mercado y lo que aquello le daba apenas le alcanzaba para sustentar su alimentación, pero cada vez que veía a un niño sin hogar lo llevaba con ella y le invitaba a un plato de comida. Judith, así se llamaba, entró una tarde con el pretexto de ofrecer unas plantas medicinales a un buen precio. Buscó conversaciones para distraer a la madre de la familia hasta que anocheciera, para ver si podía esperar al marido y detener las golpizas que escuchaba todas las noches desde su casa. Hablaron sobre los vecinos, sobre la boda de una de las muchachitas que trabajaba vendiendo carne, sobre los niños y cómo cuidarlos, y sobre algunas otras cosas. Charles notó las intenciones de la mujer y les dio de comer a sus hermanitos, además invitó un café a la mujer y un té a su madre. Tenía la esperanza de que su padre, al entrar borracho y ver a la mujer, tuviera, por lo menos, la decencia de irse a dormir sin gritar. Eso no sucedió. Llegó más furioso que de costumbre y se puso de peor humor cuando vio a Judith charlando con su esposa. Las golpeó a ambas. No volvieron a saber más de Judith después de esa noche.

Desde sus once años, Charles, tuvo que entrometerse en las peleas de sus padres. Llevaba mucha rabia acumulada, así que, a pesar de su debilidad física, lograba aplacar la ira de su padre después de haberle metido un par de puñetazos. Algunas veces esto solamente empeoraba la situación porque su padre, al verse ridiculizado por su propio hijo, se ponía mucho más furioso y no se detenía hasta ver sangre. No le importaba de quién fuera la sangre, simplemente quería verla. Muchas veces su madre terminaba inconsciente después de recibir tantos golpes, otras veces era uno de los hermanitos pequeños de Charles quien sufría las peores consecuencias. Una vez la más pequeña de las hijas fue a parar al hospital. Esa fue la gota que derramó el vaso para Charles.

Las cosas en la casa de Charles se salieron de control aquella vez, solamente podían empeorar y, cuando parecía que ya no iba a existir salida para aquella familia, el padre dejó este mundo, dejándolos huérfanos y a su esposa viuda. Es horrible alegrarse por la muerte de alguien porque eso solamente demuestra lo despreciable que ha sido esa persona, pero eso fue, lamentablemente, lo que le ocurrió a esta familia. El hermano de la madre, Richard, se hizo cargo de todos ellos. Era un hombre muy trabajador y de buen corazón, acababa de abrir una ferretería cuando decidió cuidar de su hermana y de sus sobrinos. Los chicos comenzaron a llamarlo "papá", palabra que nunca habían usado con su progenitor, y es que Richard, además de darles techo y comida, les dio todo el cariño que les hacía falta.

Charles tenía trece años cuando esto ocurrió y, sin invitación alguna, se ofreció a ayudar a su tío en las tardes en la ferretería. Quería aprender un oficio de verdad para no terminar igual de miserable que sus padres. Él aceptó encantado y además le prometió pagarle un pequeño sueldo, que no era muy cuantioso, pero servía para cubrir algunos de los gustos normales de la adolescencia. Después de recibir su primer sueldo, Charles fue, por primera vez, al cine.

Parecía que las cosas tomaban un buen rumbo. Él, su madre y sus hermanos se trasladaron a la casa de su tío, quien vivía en un bonito barrio, menos lujoso que el que ahora habita, pero muy lindo, limpio y decente. No se oían gritos diarios en casa, no existían golpizas ni el constante temor de que alguien les haga daño a sus hermanos. Las cosas parecían ir bien, pero la psiquis de su madre comenzó a deteriorarse. Por un lado, se sentía bastante aturdida por la muerte de su esposo y, por otro lado, sus problemas con el alcohol crecían descontroladamente. Algunas veces se emborrachaba tanto que había que amarrarla para que no cometiera ninguna estupidez. Pocas semanas después de cumplir los quince años, cuando Charles llegó a casa después del trabajo en la ferretería, su hermana menor gritaba desesperada y sus otros hermanos corrían sin saber muy bien qué hacer. Entró a la cocina y encontró a su madre echada en el piso de espaldas, con el rostro morado, ahogada en su propio vómito. Trató de sentir su pulso, pero no lo encontró. Ella había dejado de existir por culpa de sus problemas con el alcohol.

Tanto en el funeral como en el entierro, los únicos presentes fueron los hijos de la mujer y su hermano, quien pagó todos los gastos. Después de aquel suceso las cosas se le hicieron un poco difusas y extrañas a Charles. Su tío no dejó de apoyarlo y le enseñó a administrar su dinero y cómo llevar la ferretería solo. Le dijo que, ya que él no tenía hijos y no pensaba tenerlos, sería Charles quien se quedaría con el negocio después de su muerte, pues era el mayor de sus sobrinos y el único que había aprendido el oficio de ventas en el lugar. Fueron años un poco duros, pero pasaron muy rápido porque entre el trabajo, la escuela y el cuidado de sus hermanos no había tiempo para pensar en nada más. Un día se dio cuenta de que había logrado todo lo que se había propuesto: había terminado sus estudios en la escuela, trabajaba al mismo ritmo que su tío en la ferretería, tenía unos cuantos ahorros y todos sus hermanos habían acabado sus estudios escolares. Pocos meses después de la graduación de su hermana menor, conoció a Grace.

Al fin la vida de Charles tenía algo de paz. Sus hermanos empezaban a trabajar, ninguno de ellos bebía y Grace era una muchacha encantadora. Con sus ahorros compró un pequeño departamento en el centro de la ciudad, cerca de la ferretería. Al irse de la casa de su tío le dio un abrazo muy fuerte y le agradeció por toda la ayuda que le había brindado. Su tío le dio un beso en la mejilla y le hizo prometer que iría de visita a la casa por lo menos una vez a la semana. Charles cumplió esa promesa hasta que aquel buen hombre falleció a causa de un cáncer en el cerebro.

A Grace la conoció en la ferretería cuando tenía veintiséis años. Ella fue a comprar algunas cosas que su padre le había pedido, y él, que estaba de muy buen humor aquel día, se animó a preguntarle su nombre y pedirle su número telefónico. Dos semanas después fueron a cenar. Charles se enamoró perdidamente aquella noche. Charlaron de muchas cosas y notaron que tenían ideas muy parecidas acerca de lo que es la felicidad. Ella venía de una familia de clase media con un modelo bastante convencional, su padre trabajaba mientras su madre se dedicaba a la limpieza y el orden de la casa. No tenían grandes lujos, pero les alcanzaba para vivir tranquilos, y eso, a los ojos de la hija menor, Grace, era realmente una bendición, lo que podría llamarse la verdadera felicidad. Si bien Charles no había tenido una familia así ni había conocido esa sensación de estabilidad, era precisamente eso lo que buscaba para su futuro.

Salieron durante dos años en los que Charles conoció a la familia de Grace y la apoyó cuando a su madre la atacó el cáncer, dos años en los que Grace conoció a su tío y en los que lo apoyó dándole fuerzas para sobrellevar el fallecimiento de aquel hombre al que consideraba su padre. Se contaron grandes secretos, grandes sueños, se dedicaron canciones, se escribieron poemas y, seis meses antes de cumplir los tres años como novios, decidieron casarse. Lo que nunca le contó él a ella fue la verdad sobre su infancia, de hecho, nunca la mencionó. Tuvo algunos otros secretos más, como las razones por las que su padre murió, o cómo se dio la muerte de su madre. Jamás habló de otros familiares, y Grace, discreta, no preguntaba. Las cosas que nunca le contó a su esposa se las guardó porque le causaban malestar y prefería no recordarlas. Vivir con padres alcohólicos no es algo de lo que alguien pueda sentirse orgulloso ni feliz. Si le hubiera contado sobre aquellas heridas tal vez hubiera podido curarlas y evitar los problemas que luego tendría que enfrentar.

***

Grace no sospecha absolutamente nada aún, vive convencida de tener una vida de ensueño junto al mejor hombre del mundo y cree que él no tiene secretos para ella. No sabe nada sobre esa parte oscura que él no quiere contarle. Ella confía plenamente en él y no tiene idea de todos los pensamientos oscuros que acongojan a su marido y lo llevan a cometer ciertas locuras. Él ahora piensa en lo que hizo la noche anterior, piensa en cómo, cuando llegó a casa, vio a su hermosa esposa dormida y se echó a llorar cubriéndose el rostro por todas las cosas que le esconde y que no puede contarle. A estos pensamientos que lo angustian se suman los recuerdos de su padre. A veces se da un poco de asco, guardar tan temibles secretos a su familia, pero luego se ve feliz junto a ellos y prefiere evitar esos pensamientos oscuros.

¿Sospechará ella algo? Las salidas nocturnas a correr no son algo que sea totalmente común. La gente normal sale temprano en la mañana a correr, aunque él podría tener la excusa de que a esas horas debe prepararse para llevar a los niños a la escuela y luego ir a trabajar a la ferretería, pero ni siquiera a él le suena del todo convincente. Se lava la cara y, al mirarse al espejo, se siente miserable. ¿Qué pensará su esposa de aquellas salidas hasta tan altas horas de la noche? Recuerda que hace poco más de un año llegó Sharon, la hermana mayor de Grace, de visita y las cosas se pusieron un poco tensas. Grace confía completamente en él, pero a su hermana mayor no le gustó para nada la idea de que el marido de su hermanita saliera hasta tan tarde para realizar una actividad que podía hacer mucho más temprano. Una mañana se ofreció para acompañar a sus sobrinos a la escuela y se subió al auto. Charles estaba nervioso porque sabía cuáles eran sus verdaderas intenciones. Después de que dejaron a los chicos, Sharon empezó con el interrogatorio.

—Dime, Charles, ¿qué le escondes a mi hermana?

Su voz, por naturaleza gruesa, se había puesto mucho más gruesa e imponente.

—No le escondo nada. ¿Por qué lo preguntas, Sharon?

—A mí no me mientas. ¡Yo sé que tienes otra mujer!

—No sé de qué me estás hablando. Grace es la única mujer en mi vida, no tengo ojos para nadie más.

—No estoy tan segura de eso, Charles. ¿Por qué sales a correr en las noches? ¿No puedes despertar más temprano? ¿Y por qué no lo haces todos los días? ¿Te das cuenta de que no ganas nada haciendo ejercicio si no tienes cierta constancia?

—No lo hago tanto como una rutina, sino como un…

—¡Deja de mentir, Charles! Conozco a los hombres como tú. ¡Son unos cerdos! Mi exmarido salía en las noches, supuestamente para reunirse con sus amigos de la universidad. Yo le creía todo, como una tonta. Poco a poco, las salidas comenzaron a hacerse más frecuentes hasta que una noche, cuando él me negó acompañarlo, lo seguí. El desgraciado se

estaba tirando a otra, a una niña estúpida que apenas pasaba los veinte años pero que tenía una figura mucho más cuidada que la mía. ¿Te imaginas cómo me sentí? ¡Conozco a ese tipo de cerdos, Charles! ¡No me obligues a seguirte y confiesa de una vez!

Charles comenzó a sentir rabia. La cara se le puso muy roja y tuvo que apretar con fuerza el manubrio del auto para no explotar y comenzar una pelea. Tuvo que responderle a su cuñada para que no sospechara estupideces.

—Yo amo a tu hermana, Sharon… No le haría algo tan horrible.

—Te estaré vigilando. Le dije a Grace que iría a hacer algunas compras por el centro, pero en realidad me quedaré contigo en la ferretería todo el día.

—Está bien, hazlo.

Todo ese día se lo pasó con su cuñada en la ferretería. Se portó amable y le compró un almuerzo extra. La mujer no tuvo más opciones que dejar de comentar sus sospechas y quedarse tranquila. Charles no salió a correr hasta que Sharon abandonó la ciudad.

Charles sueña con el hombre que entró a la ferretería, Logan.

## Capítulo III

A la mañana siguiente, la familia Peterson vuelve a su rutina de todos los días. Charles se siente mucho más descansado que el día de ayer y se lo ve sonriente. Cuando entra a la habitación de Samantha para levantarla de la cama la encuentra despierta y entonces juega un rato con ella haciéndole cosquillas, ella se muere de la risa y eso llena de alegría aquel hogar. Chris ya está despierto cuando su padre entra a la habitación y, en vez de ser el adolescente callado que es todos los días, charla un rato con su papá contándole que ha soñado que entraba a un gran equipo de futbol, y que, gracias a su sueño, ha decidido practicar ese deporte este semestre. Todos se sientan en la mesa muy contentos, Grace canta mientras les sirve el desayuno.

—Charles… Hoy conocí a los nuevos vecinos. ¡Qué gente más amable! —deja de cantar para iniciar una conversación.

—¿A qué hora, preciosa? Es bastante temprano todavía —le responde él, mirando el reloj de pared de la cocina.

—Cuando fui a comprar café… Los dos salían. Me dijeron que iban a pasear un poco para conocer la ciudad, ya que cuando empiecen sus trabajos no tendrán tiempo de hacerlo.

—¿Tienen hijos? —pregunta Chris.

—Claro que no tienen hijos, tonto. Los hubiéramos visto —le dice su hermanita.

—Samantha, no trates así a tu hermano —la regaña su padre. Luego los tres miran a Grace esperando una respuesta.

—No sé. No les pregunté eso todavía y no vi que estuvieran acompañados de niños.

—¿De qué charlaron? —pregunta Charles con una sonrisa en la cara mientras remueve su café. Es un buen día y, con la llegada de esos nuevos vecinos, al fin se fueron todas las cosas que le recordaban a Syd, el horrible marido de Gloria.

—Me contaron sobre Gloria. Pues resulta que la mujer del matrimonio… ¿Cómo era su nombre? Sí, ya me acordé. María, la mujer del matrimonio, es hermana de Gloria. Es una persona adorable…

La sonrisa de Charles se borra inmediatamente y comienza a remover el café con cierta languidez. Baja la cabeza y se queda mirando la mesa, mientras tanto su esposa sigue con el relato sobre los nuevos vecinos.

—No se parece mucho a Gloria físicamente, pero tiene una voz idéntica. Es cardióloga y su marido es policía.

—¿Es policía? ¡Qué genial! —interrumpe Chris.

—Así es, hijito. Pero no podrás interrogarlo a tu gusto, ni pedirle que te lleve a trabajar con él. No creo que sea de su agrado… —afirma Grace mirando fijamente a su hijo.

—¿Cómo sabías que…?

—Porque te conozco, Chris. Eres bastante curioso e insistente con las cosas que te interesan, por lo menos espera a que lo conozcamos mejor para que charles con él, por favor.

Ella se queda mirando a su hijo mientras él sonríe.

—¿Cuál es el nombre del esposo? —pregunta Charles, interrumpiendo la conversación de madre e hijo.

—Deja que me acuerde, cariño… Era algo así como… como… Empezaba con la letra ele…

—Mamá, tienes muy mala memoria —le dice Samantha. Mientras tanto Charles mira de reojo a su familia y se queda con la cabeza abajo. Cambia de tema.

—Chris… Cuéntame mejor de tu sueño.

—Está bien. Fue un poco raro…

—No importa. Cuéntame.

—Bueno. Yo ya era un adulto y jugaba muy bien futbol. Era realmente emocionante y divertido. De pronto, conocía a los mejores del mundo, y me llevaban a jugar varios partidos. Viajábamos por todos los países que existen. Aunque no recuerdo todos…

—¿No recuerdas todo el sueño? —pregunta su madre con dulzura. Lo ha estado escuchando atentamente y se siente muy contenta de que Chris, finalmente, se comunique con ellos.

—No recuerdo todos los países. Íbamos a Londres. De eso me acuerdo bastante bien. También pasábamos por Egipto y veíamos las pirámides desde el avión.

—Es fantástico, hijo —asegura Charles—, pero ya se va haciendo tarde. ¿Qué te parece si me lo cuentas mejor en el auto y se lo cuentas a tu madre cuando llegues a casa después de la escuela?

—Está bien. Vamos.

Todos se despiden de Grace, incluso Chris, quien le da un beso sonoro en la mejilla. Después se van al auto para cumplir con sus respectivas obligaciones.

En el auto, Chris charla con su hermana menor. Las cosas están un poco raras y Charles se da cuenta. Prefiere no meterse en la charla porque se da cuenta de que sus hijos, por fin, se están comunicando amablemente. Hablan de futbol. Al parecer a Chris le gusta bastante aquel deporte desde hace tiempo, aunque nunca antes lo había mencionado, y sabe un montón. La pequeña Samantha escucha con mucha atención a su hermano y le pregunta sobre algunas cosas que ella escuchó en la escuela de boca de sus compañeros. Casi en ningún momento le dirigen la palabra a su padre. Él se alegra porque sus hijos están teniendo una buena charla.

Después de dejar a Samantha y a Chris en la escuela se va a la ferretería, no tiene apuro el día de hoy. El silencio que han dejado sus hijos lo deja reflexionar en paz. Está muy dubitativo y taciturno, los ruidos de afuera lo molestan un poco. Cuando llega a la ferretería se alegra de que ningún cliente entre inmediatamente para molestarlo e interrumpir sus cavilaciones. Necesita estar a solas un buen rato.

Grace, mientras tanto, termina de realizar sus labores domésticas y el día de hoy no le apetece ver una película, por lo que se va al parque para pasear un poco. Antes de salir de su hogar se mira al espejo y se ve como una ama de casa, así que decide cambiarse de ropa. Saca un vestido celeste, que le sienta muy bien. Es un bonito vestido de verano que le regaló su hermana la última vez que llegó de visita, la vez que amenazó a Charles con vigilarlo. Grace se acuerda de esos días mientras se pone la prenda de vestir y le da un poco de gracia recordar a su hermana atando los cabos de una historia fabricada por ella misma. Después de cambiarse se maquilla un poco y se peina. Sale muy bien arreglada, pero sin perder la sencillez que la caracteriza, y se va hacia el parque.

El día está bastante bonito. El invierno se está acabando mostrando sus ya coloreados tonos y dejando a los árboles volver a crecer lentamente. No hace mucho frío, la temperatura no es lo suficientemente baja como para que ella se sienta desprotegida con ese bonito vestido. De hecho, se siente muy a gusto. El cielo está celeste y limpio, sin ninguna nube que tape el sol. Grace camina por las calles del vecindario alegremente y de pronto se encuentra con la frutera que, al parecer, está muy apurada en su andar. La saluda y ella se va corriendo devolviendo amablemente el saludo. Grace sigue su camino al parque. Cuando llega a su destino se encuentra a Gloria sentada en una banca del parque. Viste un abrigo rojo, tacones, tiene el cabello un poco desordenado y parece no haberse maquillado, tiene un cigarrillo en la boca. Muestra una expresión en el rostro de calma y serenidad, aunque se nota que sus manos tiemblan un poco.

—¡Gloria! ¿Cómo estás? —la saluda mientras se le acerca. No le sorprende verla ahí.

—¡Grace! ¡Qué sorpresa! ¿Qué haces aquí? —pregunta Gloria mirándola con algo de tristeza.

—Decidí salir un rato. A veces me canso de estar en casa.

—Te entiendo. Ahora yo vivo un poco lejos, pero… —la expresión de la mujer cambia y puede notarse en sus ojos cierta tristeza; su voz se apaga. Grace le pone una mano sobre el hombro.

—¿Estás bien, Gloria?

—Sí. Solamente necesito distraerme. Es difícil cambiarse de domicilio.

—Sé que es así, querida… ¿No quieres ir a tomar un café? Necesitas distraerte un poco. ¡Yo invito! —la invita Grace. Se siente un poco culpable por no haber sido amiga de Gloria antes. Seguramente ha pasado momentos muy difíciles y ha tenido que atravesarlos sola.

—Me encantaría, Grace —afirma Gloria mirando el suelo—. Pero… ¿Sabes? Necesito charlar con alguien… Es difícil encontrar amigos nuevos. No hay peros que valgan. ¡Vamos! Gracias, Grace. Por todo lo que hiciste por mí y por…

—Vamos. La pasaremos bien —le dice Grace, evitando que Gloria comience a sentirse mal.

Gloria se pone de pie y sigue a su antigua vecina por las callecitas angostas que van del parque a las cafeterías del vecindario. Llegan a La rose, que es un café muy bonito y poco visitado a esas horas. Se sientan en una mesa del segundo piso que da hacia la ventana y desde la cual se tiene vista hacia la calle. Gloria saca del bolsillo de su abrigo unos cigarrillos, se pone uno en la boca y le ofrece uno a Grace, que duda unos segundos si tomarlo o no hasta que se decide por hacerlo. Gloria saca un encendedor, enciende su cigarrillo y el de su amiga, e inhala con algo de nerviosismo.

—¿Cómo has estado, Grace? —pregunta sin mucho interés.

—Bien. Haciendo las cosas de todos los días, ya sabes… ¿Cómo has estado tú? Hace un buen tiempo que no hablamos.

—Es verdad. Desde la noche siguiente a la del fallecimiento…

—De verdad, lo siento… No quisiera recordártelo.

—No importa. Ya me voy acostumbrando, Grace. Te agradezco muchísimo por haber dejado que me quedara en tu departamento después de lo que ocurrió. No hubiera podido lidiar con la noticia esa misma noche si me quedaba ahí —le dice mirándola a los ojos. Grace espera que siga hablando, pues, notoriamente, quiere seguir haciéndolo—. ¿Sabes algo? Lo que de verdad me molesta, y esto te lo confieso solamente a ti porque no tengo más amigas en el mundo, es que me he quedado completamente vacía.

Grace mira a Gloria con algo de lástima. Nunca la consideró su amiga, siempre había sido simplemente la mujer que vivía en frente y con quien, de vez en cuando, mantenían charlas; pero no su amiga. Es verdad que los Peterson fueron solidarios con ella la noche siguiente a la de la muerte de Syd, su esposo; pero fue un acto de caridad, no una muestra de amistad. Al parecer ella está tan sola y desesperada que ve a quien fuera solo su vecina como una "amiga" y eso es realmente triste. Es decir, si la considerara como a una amiga más no habría problema, pero le dio a entender que es "su única amiga en el mundo", lo cual es terrible.

—¿Vacía? No te entiendo —pregunta tratando de olvidar la lástima que siente por ella.

—Yo tenía sueños, tenía más amigos, tenía una vida antes de él. Luego todo se esfumó. ¿Sabes? Fue terrible. Mi única intención era ser una buena esposa. Y ahora… ahora…

—¿Qué sucede? ¿Perdiste tu trabajo, Gloria?

—No… no es eso… Es todo lo que perdí antes. Mientras él… Mientras él… Grace, el tipo se estaba tirando a otra.

—Lo siento… Charles me lo dijo, pero no le creí… —Grace baja la cabeza y habla sin mirar a ningún otro lado más que a su taza. Gloria cambia de nuevo su expresión. abre mucho los ojos y mira fijamente a su interlocutora.

—¿Charles lo sabía? ¿Conocía a la chica? —pregunta sin obtener respuesta—. No puedo creerlo, Grace. ¿Por qué? ¿Por qué no me dijeron antes?

Se hace un silencio incómodo.

La mesera llega, para suerte de Grace, y les pide su orden. Cada una se pide un *cappuccino*. Gloria derrama unas cuantas lágrimas, se la ve realmente demacrada. Las dos terminan sus cigarrillos, Gloria saca otro y le ofrece uno a Grace, pero ella, esta vez, no acepta. Fuma.

—¿Sabes algo, Gloria? —dice Grace muy decidida—. Eso ya terminó. No imagino lo que sientes, pero debes seguir adelante.

—Me cuesta muchísimo. Es difícil. Estos días no he podido ir a trabajar siquiera. Por suerte mi jefe es un tipo comprensivo, pero…

—Pero tienes que salir de este estado y comenzar a hacer las cosas por ti misma.

—Tienes razón… —afirma y se queda un rato en silencio. Luego abre los ojos y mira fijamente a Grace—. Estoy segura de que mataron a mi marido, Grace—

Grace abre los ojos y recuerda la película que vio la mañana anterior. Le parece, además, un poco extraño que su vecina confiese así, sin más, las cosas. Ni siquiera estaban hablando del tema. Le contesta por cortesía.

—La policía dijo que…

—Lo sé. Pero no tiene sentido eso del accidente. Hay cosas que no… que no cuajan, ¿me entiendes? Puedes creer que estoy loca, pero, esa noche en la que murió, sentí algo raro cuando lo vi salir. No raro como siempre, como cuando me engañaba con la chiquilla esa; sino raro como si… como si él supiera que todo iba a terminar esa misma noche.

—Gloria. No te tortures con eso. Sabes que ya pasó. No vale la pena.

—¡Es tan extraño! ¡Todo es muy raro! Me siento mal por no haberlo amado los últimos días, me siento mal por haber sido engañada, me siento mal por creer que alguien lo ha matado y no entender las razones por las que alguien lo mataría. Me siento como una loca. ¿Me entiendes?

—Te entiendo. Quizá no sepa por lo que estás pasando, pero entiendo tu sentir.

—¿Charles…?

—No creo que él me engañe. No lo sé. A veces creo que es posible, pero luego veo lo amoroso que es y dejo de creerlo.

Gloria se pone un poco incomoda. Comienza a evadir las miradas de Grace y fuma con más rapidez. Se miran en silencio. La mesera llega con los dos *capuccinos* y les pregunta a las mujeres si se les ofrece algo más. Las dos niegan con la cabeza y agradecen al mismo tiempo, la mesera las deja conversar.

—Conocí a tu hermana esta mañana —dice Grace para romper el silencio.

—¿A María?

—Sí. Es realmente agradable. Me recuerda algo a ti. Nos llevamos muy bien —afirma. Después recuerda la pregunta que sus hijos le hicieron—. ¿Ella y su esposo tienen hijos?

—Tienen una hija pequeña, Kate; tiene ocho años.

—Igual que mi Samantha. ¡Qué buena noticia! Podrían ser amigas y llevarse muy bien.

—Sí. Kate es una dulzura.

—Es bueno saberlo—dice Grace. Luego recuerda la razón por la que invitó a Gloria a tomarse un café—. Volviendo a tus asuntos, y perdón que me entrometa, pero creo que tienes que volver a trabajar, enfocarte. Tienes que salir de tus propios pensamientos, porque no te hacen bien. Sé fuerte.

—Gracias por invitarme a tomar un café. Es realmente agradable charlar contigo. En el trabajo creen que estoy loca.

—¿Por qué?

—Porque me cuesta mucho mantener la calma y hay momentos en los que no aguanto y comienzo a perder la razón.

Gloria saca un tercer cigarrillo, le ofrece otro a Grace y ella, esta vez, acepta sin ningún problema. Las dos charlan durante un par de horas. Gloria le cuenta sobre todos los pensamientos que la aquejan y ella, pacientemente, la escucha y le da consejos para que se sienta mejor. Al despedirse en la puerta del café cada una se va por su lado.

***

Charles, a varios kilómetros del café La rose, devora, antes de tiempo, su almuerzo. Está realmente nervioso y no le hace nada bien estar sentado y solo. Hoy es un día un poco vacío en la ferretería, lo cual es normal porque es viernes. Pero justo el día de hoy le hace mucho daño pasar tanto rato sin compañía. Las primeras horas de trabajo le resultaron reparadoras para conversar consigo mismo y despejarse de muchos malos recuerdos; pero después de las once comenzó a desesperarse.

Ahora no puede evitar pensar en la nueva familia que vivirá frente a ellos. Ojalá que el marido no fuera como el abusón de Syd. No le parece prudente el hecho de que Gloria le dé el departamento a su hermana, ya que cuando la visite volverán los malos recuerdos. Le incomoda bastante la idea de lidiar con parientes de Syd, aunque estos no sean sanguíneos.

Durante estas horas ha estado recordando al horrible marido de Gloria y las ganas que tenía de partirle la cara cada vez que lo escuchaba gritar. Ese tipo se tenía muy bien merecida su muerte y no se siente nada culpable al pensar así las cosas. ¡El tipo era despreciable! Varias mañanas, muy temprano, escuchaba la puerta de enfrente abrirse y luego se oían los pasos del hombre aquel. Raras veces Gloria protestaba, porque cada vez que se animaba a hacerlo empezaban los gritos más fuertes de parte del marido y luego se oían golpes que acababan varios minutos después. Grace tenía que subir el volumen de la música en la sala para que sus hijos no escucharan todo ese ruido. Charles solamente podía visualizar a su propio padre en esos momentos y se llenaba de una ira profunda.

Recién a la una de la tarde se da cuenta de que ya se ha comido su almuerzo y tendrá que esperar hasta la cena, varias horas más tarde, para volver a tener algo en el estómago. No le gusta estar sentado tanto tiempo cuando se pone nervioso. Ahora mismo siente que sus piernas tiemblan y que necesita hacer algo con sus manos. Saca unas cuantas herramientas y empieza a arreglar cosas que no necesitan realmente reparación pero que, de momento, le servirán para distraerse. Pasan unos cuantos minutos y vuelve a incomodarse, es entonces que saca su diario personal y comienza a escribir en él.

*"19 de enero*

*Mi padre era un tipo muy horrible. Me sentía tan desgraciado cuando…*

*No me siento nada cómodo al recordarlo. ¿Y si le contara a Grace todo? ¡No es una buena idea! Ella estaría muy decepcionada de mí, incluso podría poner en riesgo mi matrimonio y eso no es algo que yo tenga intenciones de hacer. Pero si se enterara sola… Quizá comenzaría a hacerme preguntas y me reclamaría el hecho de que no se lo haya contado.*

*Pensar en Syd, el vecino fallecido hace poco, me recuerda a mi padre. Quizá es por eso que todos estos pensamientos rondan en mi cabeza. Tengo que evitar pensar en ese tipo y en cómo maltrataba a su mujer, pero se me hará difícil ahora que su cuñada se ha mudado frente a la casa. Ojalá nunca toquemos el tema de Syd."*

Deja el diario a un lado y se siente un poco más calmado después de haber escrito las cosas que necesitaba decir. Es difícil tener tantos secretos y sentirse incapaz de compartirlos con otra persona, sobre todo si uno ama y se siente amado.

Charles siente que no tiene absolutamente a nadie. Después de la muerte de su tío dejó de hablar con sus hermanos, según él para dejarlos crecer y para no hacerlos volver una y otra vez al pasado; dejó de hablar con el único que conocía sus secretos, su tío; y trató de llevar

una vida nueva ignorando sus heridas. Lamentablemente, no es tan fácil deshacerse de heridas pasadas y tan profundas.

En medio de todas sus cavilaciones entra una mujer muy bonita. Al fin un cliente, piensa Charles.

—Buenos días, Charles.

—Hola, ¿cómo estás? —la saluda él. Se conocen porque ella es una clienta asidua al lugar, ya que su hermano, con quien vive, es arquitecto y siempre lo colabora.

—Muy bien. Quiero llevarme veinte duchas. ¿Las tienes en este momento o vuelvo más tarde?

—¡Veinte! ¡Sí! Las tengo. Te llevarás toda mi reserva —dice Charles sonriendo—. Déjame buscarlas —afirma. Mientras las busca, conversan sobre cosas cotidianas.

Charlan un momento y la conversación es amena y agradable. Charles se olvida, por un rato, de sus oscuros pensamientos para darle la atención debida a la mujer. Ella le cuenta sobre los nuevos proyectos de su hermano y de los planes que ella tiene de casarse con su novio, con quien sale hace más de dos años. Él asiente amablemente, le da algunos consejos sobre la convivencia entre parejas y la escucha con bastante curiosidad mientras ella le cuenta sobre su vida. Después de que la mujer se va, Charles mira su reloj y se da cuenta de que han hablado por media hora.

Trata de distraerse pensando en todas las cosas que conversaron, pero rápidamente su mente se va a otra parte. Vuelve a pensar en su padre y en los ataques de impotencia que sufre cada vez que lo recuerda. Saca su diario y lo revisa para desfogarse.

*"17 de enero*

*Realmente ya no puedo más con la situación, voy a tener que tomar cartas en el asunto. Es muy molesto. Espero que Dios me acompañe y me otorgue discernimiento… No quiero más demonios en mi vida."*

Se acuerda de lo que hizo después de escribir esa entrada en su diario y siente un poco de náuseas. Entra un cliente. Es un niño de poco más de doce años.

—Buenas tardes, señor. Mi papá me manda a comprar una pistola grande de silicona.

—Claro. Déjame buscarla. —Charles busca en la ferretería, pero sus pensamientos lo tienen algo distraído y dubitativo.

—Señor, creo que la veo desde aquí. Está hacia su izquierda —le dice el niño, que nota que Charles está un poco perdido.

—Tienes razón, pequeño. Gracias. —Charles alcanza el producto que está buscando y se lo da. Sigue un poco nervioso.

—¿Cuánto le debo?... Aquí mismo está el precio, disculpe señor.

—No te disculpes.

El pequeño paga y Charles guarda el billete sin mirarlo. Se siente aliviado de que el cliente se vaya. Pero el pequeño se queda mirándolo.

—Señor… Me debe mi cambio.

—Perdón, perdón.

Mira el precio en la etiqueta que lleva la pistola, mira el billete que el niño le dio y le da las monedas que corresponden.

—Hasta luego, señor.

—Adiós, pequeño. Gracias por tu compra.

Charles se siente muy aturdido, no sabe realmente qué es lo que está haciendo. Toma su diario de nuevo y busca la entrada que escribió después de la muerte del marido de Gloria.

*"28 de diciembre*

*Las fiestas fueron muy lindas. A Samantha le gustaron sus regalos, sonrió muchísimo y nos abrazó. Chris es menos expresivo que su hermana, espero que haya disfrutado las cosas que le regalamos. Es un chico difícil, pero tiene un buen corazón.*

*Después de las fiestas sucedió…*

*Él ha muerto ya. No podrá molestar más a su esposa. Ella es una mujer bastante cariñosa y amable; no es muy linda, pero es encantadora. A pesar de todos los maltratos de Syd ella lloró por él y se vistió de luto. Es una dama.*

*¡Que ese desgraciado se pudra en el infierno que lo espera! Los vecinos han llorado su muerte, aunque creo que en realidad lo hicieron más por un compromiso social; nadie lloraría por esa larva asquerosa.*

*Al parecer fue un accidente. Él estaba en su lancha y cayó al lago, sobre las rocas. Una roca puntiaguda se le metió por el pecho y cortó su corazón. El cadáver tenía una expresión de horror. Dios sabe lo que merece cada hombre."*

Los pensamientos respecto a Syd y su parecido a su padre comienzan a dar vueltas alrededor de su cabeza. Su corazón comienza a latir con más rapidez y las náuseas que está sintiendo desde hace un rato se hacen incontenibles. Va al baño y vomita, no aguanta más. Mientras su cuerpo se estremece con cada arcada piensa en ese horrible hombre, piensa en su padre también, piensa en las prostitutas que una vez vio en su propia casa y en la tonta muchacha que frecuentaba su vecino fallecido, Syd. La vio un par de veces. No era nada bonita, pero sí era muy atractiva. ¡Pobre tonta!

Cuando sale del baño ve a Logan entrar.

—¿Cómo estás, vecino?

—Logan. ¿Cómo te va? —pregunta sin terminar de escuchar el saludo que este le brindó.

—¡Muy bien! En especial ahora que sé que tú eres el hombre que vive frente a mi casa. Conocí a tu esposa, es encantadora.

—¿Tú eres el cuñado de Gloria? —pregunta asombrado.

—Sí. Soy yo. ¿Por qué esa cara de fantasma? ¿Te encuentras bien?

En ese preciso momento Charles vuelve a indisponerse y corre al baño para volver a vomitar. Logan lo espera tras el mostrador. Cuando su nuevo vecino sale, se muestra muy comprensivo, amable y preocupado.

—Charles. ¿Qué pasó, hombre? ¿Qué comiste?

—No sé muy bien. Seguramente alguna cosa que…

—No te preocupes. ¿Necesitas que te traiga algo? ¿Algún remedio para el estómago? ¿Una sopa de pollo?

—No te preocupes, Logan. Vivimos lejos…

—Hombre, tienes que cuidar ese estómago. Iré a la farmacia por medicamentos, pero luego deberás comer algo que te haga sentir mejor. No te preocupes. Solamente vine a saludar. La próxima semana recién empiezo a trabajar así que no tengo ningún apuro. Espérame aquí, hombre.

—¿A dónde más podría ir? —dice Charles sonriendo un poco.

—Tienes razón, Charles. Ya vuelvo.

Charles se marea y pierde el conocimiento antes de que Logan salga de la ferretería. Él se dirige a ayudarlo y todo se vuelve borroso para el señor Peterson.

## Capítulo IV

Después de la muerte del marido de Gloria, María se sintió muy triste por su hermana y la invitó a pasar unos días con ella. Gloria viajó a la pequeña ciudad de Cheverdale para pasar un tiempo con los Clarks, pero luego de unos días se sintió muy triste y tuvo muchas ganas de volver a su ciudad, Wundot Hills. Cuando regresó y entró a su departamento en Blue Lake se dio cuenta de que no era del todo conveniente quedarse ahí porque le traía demasiados recuerdos. Ni siquiera llegó a deshacer sus maletas y llamó a María para contarle su angustia. Fue entonces que, para no perder aquel hermoso departamento, el esposo de María, Logan, averiguó en su trabajo si podía ser transferido de ciudad. Cuando obtuvo una respuesta afirmativa, se dispusieron a hacer los cambios: Gloria se trasladaría a un vecindario cercano dentro de la misma ciudad, y María y su familia se irían a vivir al departamento en el que habían vivido Gloria y Syd antes. A fin de cuentas, ninguno de los dos sentía mucho apego por aquel tipo y les resultaba absolutamente normal y cómodo ocupar aquel nuevo hogar.

A Logan Clarks le resultó bastante emocionante el traslado porque en la policía no solo lo transfirieron de ciudad, sino que lo cambiaron de división; ahora trabajaría en el lugar que siempre le había llamado la atención, estaría en "homicidios". Además, le pareció muy encantador el paisaje de Wundot Hills, en especial por la tranquilidad del barrio en el que viviría y por la hermosa vista de la ventana del *living* de su nuevo departamento. Se imaginó a sí mismo bebiendo un whisky junto a sus nuevas amistades el fin de semana, mirando por la ventana el lago y disfrutando pacíficamente de la claridad del agua. En cuanto a sus amigos, no se hizo muchos problemas porque siempre, desde la infancia, se había caracterizado por ser muy amigable y bonachón. No tardaría en encontrar gente con quien compartir y podría seguir visitando de vez en cuando a sus viejos amigos y a las personas con las que pasaba su tiempo libre en Cheverdale. El cambio le sentaría de maravilla.

La pequeña Kate ni siquiera se dio cuenta de que se trasladaba de ciudad. Cada vez que empacaba sus cosas repetía que se iría de vacaciones. Así se los había dicho a sus compañeros de la escuela, a su maestra y a la mujer que llevaba leche fresca los fines de semana hasta la puerta de su casa. Estaba feliz de poder conocer el hogar de su tía. Obviamente nadie le contó absolutamente nada sobre la muerte del marido de Gloria. En fin, no era algo realmente importante en su vida, ya que ella había conocido a Syd cuando tenía apenas unos pocos meses y no lo había vuelto a ver. No se acordaba tampoco de que la hermana de su madre estaba casada. Cuando llegaron a la ciudad y la pequeña pudo ver con sus propios ojos el lugar en el que viviría, aunque ella todavía no lo comprendiera así, se sintió muy feliz; le pareció magnífico.

Las pocas semanas en las que planearon la nueva aventura resultaron realmente entretenidas para los Clarks. Empacaron la mayoría de sus cosas de manera muy ordenada y sistemática, logrando así que la pequeña Kate disfrutara también del proceso ayudando con la labor de clasificar los objetos; investigaron sobre los lugares acerca de los que requerían información más urgente, como la escuela y los supermercados; hicieron, mientras empacaban la ropa, una selección de las prendas que les servirían y las que no. Mientras estaban en todo ese proceso, le buscaron un hogar a Gloria en un barrio cercano, ya que ella aún no estaba en todos sus cabales y no podía afrontar un traslado por sí sola. El tiempo pasó muy rápido y casi no se dieron cuenta cuando subían al avión para dejar su antiguo hogar. Cuando llegaron a la ciudad de Wundot Hills, se enamoraron perdidamente de ella.

Durante todo el proceso de mudanza, María trató de entablar conversaciones con su hermana. Un par de veces trató de hablarle sobre Syd, pues consideraba prudente saber qué era lo que pasaba por su cabeza al respecto, pero ella no cedió nunca. Gloria se mantuvo muy hermética respecto a las cosas que le molestaban sobre su marido y más aún respecto a la muerte de este. A veces le contaba algunas cosas a su cuñado, pero se le hacía muy difícil dar

demasiada información. Le contó a Logan sobre sus sospechas acerca de la otra mujer y cómo esto le afectaba aún después de la muerte de su marido, y también le contó sobre sus sospechas del asesinato. Él la escuchó atentamente y prometió investigar más cuando pudiera hacerlo, pero la hermana mayor de su esposa no se veía muy contenta con esta promesa. Sin embargo, era un acto de amabilidad de parte de Logan y ella lo agradecía.

María fue quien más cosas perdió con el traslado. Perdió su consultorio privado, a sus pacientes y también a sus amigas del colegio y la universidad, pero al ver el paisaje de su nuevo hogar y a su esposo tan feliz con su nuevo puesto de trabajo quedó encantada; además, podría estar cerca de su hermana y eso era algo que la hacía sentir muy bien. Nunca habían estado muy unidas, pero desde pequeñas se habían tenido mucho cariño y respeto. Crecieron con unos buenos años de diferencia que no les permitieron realizar cosas muy similares al mismo tiempo ni entablar una relación estrecha de amistad, como en el caso de otras hermanas. Mientras Gloria salía con chicos, María seguía jugando con muñecas. Fue así que la vida las fue distanciando hasta dejarlas en dos ciudades distintas, pero apenas María se enteró de la muerte de su cuñado llamó a Gloria para darle el pésame y para invitarla a distraerse con unas pequeñas vacaciones en su ciudad. Estar juntas ahora significaba bastante para ambas, pues recobrarían los años perdidos y podrían estar más unidas de lo que lo habían estado antes.

Para Gloria se convirtió en un verdadero alivio el poder alejarse de aquel departamento que le traía tan malos recuerdos. Lo mejor para ella fue que pudo conservar su trabajo como editora dentro de la ciudad. El barrio al que se mudó le parecía mucho mejor, ya que en él, a diferencia de Blue Lake, todo el día se escucha bullicio y eso alejaba los malos recuerdos de su cabeza. Ella siempre fue una persona más de ruido y ajetreos, nunca le gustó mucho la calma de Blue Lake, pero como su marido prefería vivir en aquel lugar se mudó con él y dejó el centro de la ciudad, que era el lugar en el que había vivido de soltera. Volver al caos de un barrio más comercial que residencial se le hacía realmente necesario y, apenas puso los pies en su nuevo departamento, se sintió reconfortada.

Fue así que tanto los Clarks como la ahora solitaria Gloria se sintieron satisfechos con el cambio que hicieron en sus vidas y comenzaron a vivir en sus nuevos hogares. Nunca imaginaron lo que en verdad les esperaría después de haber tomado aquella decisión.

## Capítulo V

El domingo de aquella semana en la que los Clarks se habían trasladado al edificio, Grace está preparando el almuerzo de bienvenida a sus nuevos vecinos, a los que ha invitado hace un par de días. Le gusta hacer nuevas amistades y le parece magnífico el hecho de que tengan una hija de la edad de Samantha. Chris podrá distraerse con algún videojuego o cualquier otra cosa, incluso podrá charlar con Logan sobre su trabajo si es que está de buen genio, pues es algo que le interesa. En cuanto a Charles, seguramente la pasará de maravilla con aquellas encantadoras personas. Ayer en la tarde compró cordero para cocinar y ahora prepara uno de los deliciosos platos que aprendió de una cocinera peruana que alguna vez trabajó para ellos. Ella es una excelente cocinera y quiere atender a sus nuevos vecinos como se merecen. Para el postre compró frutas frescas, con las que ahora hace una ensalada. Charles, a diferencia de otras veces en las que tienen invitados, la mira desde el sofá del *living* sin levantar un solo dedo para ayudarla. Ella se molesta un poco, pero prefiere no pelear con su marido porque cree que es posible que esté cansado después de una semana larga de ardua labor. Él trabaja sin parar de lunes a sábado y lo hace durante varias horas, sabe que tiene que ser comprensiva.

El cordero no termina de cocer aún y ya suena el timbre. Son los nuevos vecinos, quienes resultaron ser extremadamente puntuales. Charles se queda sentado en el sillón y Grace debe correr hasta la puerta para abrirles e invitarlos a pasar.

—Hola, ¿cómo están? —dice Grace.

—Hola Grace. ¿Qué tal todo? —pregunta Logan entregándole un whisky—. Para ustedes.

—Pasen, por favor.

Ellos entran al departamento después de la invitación. Todos se saludan y se acomodan. Rápidamente Kate y Samantha se saludan y se hacen amigas. Se toman de las manos y van a la habitación de la dueña de la casa para jugar. Chris se queda en el *living*, extrañamente, como buen anfitrión, muy atento a sus nuevos vecinos. Charles saluda de manera cordial pero fría.

—¡Qué mal te pusiste el viernes, amigo! ¡Me hiciste asustar! —le dice Logan a Charles para romper el hielo.

—Gracias por ayudarme —le dice Charles mirándolo de reojo. No se siente muy cómodo.

—No fue nada. ¡Todo un placer para mí! Tienes que cuidarte, hombre —afirma en un tono cordial—. Cuando empiece a trabajar no podré ir a verte todos los días a la ferretería, tendrás que estar sano —dice tratando de hacer un chiste Logan. Sin embargo, Grace, que no sabía nada sobre el episodio de aquel encuentro, no encuentra gracia en el chiste.

—¿Cómo? ¿Se encontraron en la ferretería? —pregunta Grace confundida. Charles se siente bastante incómodo con la charla. Se limita a sonreír sin responder nada, de pronto se le ocurre una idea para cambiar la conversación.

—Mi esposa ha preparado un plato espectacular. Espero que les guste.

—¿Qué has preparado, Grace? —pregunta María.

—Es un plato que aprendí de una cocinera peruana que un tiempo trabajó con nosotros. Espero que ninguno de ustedes le tenga alergia al cordero y que lo disfruten mucho.

—¡Un plato peruano! ¡Vaya delicia! —dice Logan.

—¡Seguramente lo disfrutaremos! —agrega María, quien no había dicho nada hasta el momento.

—Sí. ¡Es una delicia! Y se sorprenderán más cuando lo prueben —dice Charles.

—Ojalá mi esposa cocinara alguna vez —bromea Logan.

—Si tuviera el tiempo libre que tú tienes lo haría, amorcito —responde en tono divertido María. Todos se ríen y Grace, disculpándose, se va a la cocina para terminar de preparar el almuerzo.

Chris se queda con todos prestando atención a la charla y sonriendo. No dice nada, pero por lo menos hace acto de presencia y se muestra muy cortés con los invitados. Charles se siente muy orgulloso de su hijo y es entonces que cambia de actitud. Levanta la cabeza y comienza a contarles un poco sobre Chris, para que note que también puede participar de la charla.

—Mi hijo quiere ser policía, como tú, Logan.

—¿Es verdad eso? —pregunta Logan, a lo que Chris responde con un movimiento afirmativo de cabeza—. Me parece un honor que un chico tan educado como tú admire el trabajo que yo realizo.

Logan comienza a conversar con Chris, quien al principio se muestra muy tímido, pero se va soltando a medida que la charla avanza. María le cuenta a Charles sobre su trabajo y su decisión de dedicarse a una carrera tan complicada pero apasionante como es la medicina. Todos se distraen conversando hasta que Grace anuncia que el almuerzo está ya listo y que todos deben sentarse en la mesa para comer.

En la mesa se sientan de la siguiente manera, siendo un almuerzo informal, sin mucho protocolo: Charles a la cabecera, Logan a su lado izquierdo y Grace a su lado derecho. Al lado izquierdo de Logan se sientan Chris, Kate y Samantha (en ese orden), y al lado derecho de Grace se sienta María. Las niñas charlan, Chris se queda muy atento a la charla de los adultos y ellos conversan de diversos temas. Se nota que existe mucha química entre ambas familias. Charles, que había estado nervioso toda la mañana, se siente mucho más tranquilo con sus nuevos vecinos.

—¡Qué bien cocinas, Grace! —le dice Logan a su vecina después de contarles sobre la ciudad de la que vienen.

—Gracias. ¡Qué bueno que lo estén disfrutando!

—¡Está delicioso, mi amor! —la halaga Charles.

—Sí. ¡Perfecto! Nos darás la receta, ¿verdad? —le dice María.

—Claro que sí. Es un poco complicada, pero vale la pena.

—Señor Clarks —interrumpe Chris —, ¿en qué área de la policía trabaja?

—Bueno amiguito… Me encanta informarles que comenzaré a trabajar en la división de homicidios desde la próxima semana.

—¿Qué quiere decir *homi… homici... dos*? —pregunta Kate dudando de haber dicho la palabra correctamente.

—Creo que tiene que ver con los homosapiens —responde tiernamente Samantha.

—No, pequeñas. Es una palabra que aprenderán en unos cuantos años, cuando sean lo suficientemente grandes —dice María, a lo que las dos responden con risitas tímidas.

—¡Eso es genial! —dice Chris—. Debe ser muy interesante.

—Recién empezaré a trabajar el lunes, Chris. Lo sabré entonces y te lo contaré de inmediato. ¿Te parece? —le dice Logan al chico guiñándole un ojo.

—¡Sí! ¡Sería genial!

—¿Y qué haces en tu tiempo libre, Chris? —le pregunta María.

—Me gusta tocar el bajo eléctrico.

—Ese es un buen pasatiempo —dice Logan. Entonces Chris, sintiéndose incluido en la charla, comienza a contarles sobre la banda que tiene con sus amigos y el tipo de música que les gusta tocar.

Durante el almuerzo, en ningún momento se presentan silencios incómodos ni nada por el estilo, todos charlan muy entretenidos y parecen estar muy a gusto.

—Fue tanta la casualidad de que la primera persona que haya conocido en esta ciudad haya sido a mi querido nuevo vecino —dice Logan, con un tono muy fraterno, cambiando las cosas. Y es que Grace no sabía de aquel encuentro y le resulta extraño que su marido no se lo contara. Lo mira fijamente, como pidiendo una explicación.

—Sí. Es algo realmente anecdótico —dice Charles sin mirar a su esposa.

—Cuéntenme eso —dice, finalmente, Grace.

—Fue el jueves. Logan entró a la ferretería y me compró unas cuantas cosas. No nos habíamos visto nunca antes, pero ese día nos presentamos —explica Charles.

María parece restarle importancia al asunto y cambia un poco de tema.

—¿Y tú también trabajas en la ferretería, Grace?

—No. En realidad yo me quedo en casa cuidando de los chicos y haciendo la limpieza. Tú sabes, funcionamos como las familias más tradicionales, aunque no tengamos una forma de pensar muy tradicional. Charles sale a trabajar y yo lo espero con la casa lista y los chicos bien controlados.

—Me parece realmente admirable que lo hagas —afirma María. Ella tiene un porte muy altivo y bonito—. Mi Kate a veces debe acompañarme al consultorio porque no tengo con quien dejarla en casa. Se aburre muchísimo, pero yo no puedo hacer otra cosa con ella —María se queda mirando con admiración a Grace.

—¿Y qué harás aquí? ¿Buscarás otro consultorio? —pregunta Grace.

—No lo sé. Creo que buscaré algún hospital en el cual trabajar y después de ganar un poco de reputación pondré mi propio consultorio.

La conversación continúa. Hablan de Cheverdale y de las diferencias que tiene con Wundot Hills; los Clarks prefieren su nueva ciudad de residencia, los Peterson no conocen Cheverdale así que se limitan a escuchar historias sobre aquel lugar. Charlan sobre traslados y sobre las niñas. Llegan al acuerdo de buscar clases de pintura o de alguna cosa divertida a la que las dos quieran apuntarse, así podrán tener alguna actividad extra que hacer en las tardes y además la harán juntas. De pronto, cambiando absolutamente de tema, Grace les pregunta por Gloria, por lo que Charles comienza a sentirse sumamente incómodo.

—Ella está más tranquila, viviendo en otro lugar. Está instalada en… ¿Cómo es que se llama ese barrio, amor? —dice Logan.

—Se llama… se llama… —Charles siente las manos sudadas. No quiere tener ningún tipo de noticia sobre esa mujer —. Empieza con ene… —María mira a Grace después de hacer esa afirmación.

—¿Nerthed? —pregunta Grace.

—Sí. Exacto. Ese lugar —afirma María. Mientras tanto Charles comienza a sentir el sudor mojando su frente.

—Bastante cerca —dice Grace—. Anteayer me encontré con ella, fuimos a tomarnos un café. —Esta última afirmación hace que Charles se sienta muy, muy incómodo; por lo que tose fuerte y baja la mirada. ¿Qué hacía su mujer charlando con Gloria? ¿De qué tenían que hablar?

—¿Te viste con mi hermanita? —dice María con un tono muy dulce.

—Claro que sí. Fue una charla gratificante para ella, o al menos eso creo. Me contó sobre algunas cosas que la estaban molestando desde hace tiempo.

—¿Te dijo sobre sus sospechas? —pregunta Logan.

—¿Sobre el a...?

—Sí.

—Sí. Me las contó. Son terribles. Quizá está muy aturdida por el golpe que significó para ella la gran pérdida, ¿o no?

—Es posible, pero la verdad es que no me parece una versión tan alocada sobre los hechos. Al menos con toda la información que tengo del caso hasta el momento —dice Logan.

—¿Por qué lo dices, amor? —pregunta María.

—¿De qué hablan? —pregunta Samantha.

—De cosas de adultos. ¿Ya terminaron de comer? ¿Por qué no van a jugar? —le responde su madre. Las dos pequeñas piden permiso para levantarse de la mesa y acatan las órdenes de los adultos.

—La verdad es que a mí también me dijo de sus sospechas y me lo dijo muy calmada, por lo que es algo que no es imposible de creer —dice Logan.

—¿Tú puedes darte cuenta cuando alguien miente? —pregunta Chris.

—En la policía tenemos un método. No es del todo seguro y hay muchas cosas que evaluar, pero funciona.

—¿De qué se trata? —pregunta Chris muy emocionado.

—Te contaré un par de trucos, Chris. Todo es lenguaje corporal. Por ejemplo —se queda pensando mientras mira fijamente a Charles. Eso no le agrada mucho, pues lo hace sentirse sumamente incómodo—, si alguien te habla tapándose la boca, lo más probable es que te esté mintiendo o que te esté diciendo algo que no debería haberte dicho. Otra prueba es la de mirar su nariz, si se la rasca posiblemente esté mintiendo.

—Es increíble saber eso. ¿De verdad funciona?

—Así es. Funciona bien y sirve bastante en la vida cotidiana.

—¿Y es por eso entonces que tú sabes que la señora Gloria no mentía?

—Sí. Al principio me di cuenta de esa manera.

—Lo más extraño es que nunca quiso contarme nada a mí —interviene María.

—Tal vez se lo contó a Logan porque él es policía —dice para calmarla Grace.

—Eso lo entiendo bastante bien, pero, ¿no te parece muy raro que te lo haya contado a ti y nunca a mí? No es que me sienta celosa, de ninguna manera; pero ella nunca me habló de ti, y luego apareces y te cuenta todo, como si fueran grandes amigas. ¿Son grandes amigas, Grace? Es que te pregunto porque ella jamás me cuenta absolutamente nada.

—En realidad no tanto —dice Grace cabizbaja. No sabe cuál es la verdadera relación que tiene con esa mujer, por lo que necesita explicarla—. Sí charlamos de vez en cuando. Se quedó a dormir en esta casa la noche después del accidente y le dimos todo nuestro apoyo, pero la verdad es que fue el viernes la primera vez que salimos a tomarnos un café.

—Lo que me parece muy extraño es que no quiera contarme a mí las cosas. Si soy su familia…

—La razón es que, quizá, tu hermana mayor no quiere preocuparte con esos asuntos tan feos. De alguna manera quiere protegerte de esas verdades porque eres su pequeña hermanita —le responde Grace.

—Es verdad. En fin. Mi marido cree que se trata de una probabilidad bastante creíble.

Charles sigue cabizbajo, sin mirar a nadie y sin aportar a la charla. Logan nota su incomodidad y se dirige a él.

—¿Estás bien, Charles?

—Solo un poco… mareado —le responde.

—Tienes que cuidar ese hígado, hombre. Grace: debes cuidar de este pobre hombre, no vaya a ser que se nos arruine en serio.

Todos se ríen de aquella intervención de Logan y comienzan a charlar sobre la salud. Mientras lo hacen, Charles busca la forma de reaccionar sin dejar ninguna sospecha. Si su cambio de actitud es muy brusco será muy extraño para todos. Es así que se levanta, se disculpa y corre al baño. No hace nada más que mirarse en el espejo y mojarse la frente, pero se queda ahí durante unos cuantos minutos. Sale radiante después y hace un comentario sobre

su débil estómago. Grace comienza a notar las extrañezas en su marido, pero no hace ningún comentario al respecto, pues piensa que, simplemente, está más agotado que de costumbre por el trabajo. Es así que continúa con la conversación con sus nuevos vecinos.

## Capítulo VI

El lunes, para los Clarks la rutina de una nueva vida empieza. Logan se despierta a las cinco de la mañana, hace un poco de ejercicio en el *living* y luego se va hacia la ducha. A las seis y media todos se encuentran en la cocina para preparar el desayuno en familia, incluso Kate colabora. Están acostumbrados a repartirse los deberes de la casa. Comen sándwiches acompañados con jugo de naranja. Cuando terminan, la pequeña Kate se alista para que su madre la lleve a la escuela. No acostumbran conversar mucho durante el desayuno, ya que siempre tienen que hacer las cosas rápido para cumplir con sus obligaciones laborales. La niña irá a la misma escuela a la que va Samantha, lo cual es una bendición porque de esa manera no tendrá mayor problema para hacer nuevos amigos. Su padre sale antes de que ella termine de alistarse y se va a trabajar. Hoy, después de dejar a su hija, María arreglará un poco la casa y luego ordenará su currículo para presentarlo a algún hospital. Espera tener suerte.

Logan llega temprano a su trabajo, se siente muy emocionado por lo que le toca vivir. La sección de homicidios siempre le llamó la atención y ahora sabrá, al fin, lo que se siente estar ahí. Apenas entra al edificio conoce a su jefe y luego a todos sus compañeros de trabajo, parecen personas muy amables y de buen trato, a excepción de Harry, un hombre un poco mayor que él que ni siquiera se molesta en saludarlo. Se sirve un café, frustrado después de haber tratado de conseguir una charla con ese hombre, y luego comienza a revisar los documentos de fechas pasadas. Se sorprende con la cantidad de casos que llegan a la división, son tantos que ni siquiera se detiene a analizarlos un poco. Hoy tiene que ponerse al día y le va a costar bastante, porque todavía se pueden ver muchos casos sin resolver. Mira también los que ya fueron resueltos. Ahí, en ese montón, entre los que empezaron con falsas sospechas de homicidio y luego fueron catalogados como casos de distinta índole, está el caso de Syd. Le parece que algunas de las explicaciones son poco realistas y carecen de rigurosidad investigativa, pero prefiere pensar que tiene esa sensación por el hecho de ser un novato en el área.

Sin embargo, como lo había prometido, se detiene a analizar el caso del esposo de Gloria. Le parece que lo cerraron sin pensar ni analizar muy bien todas las posibilidades al respecto. Se impresiona con las fotografías que halla del cadáver, pues, a pesar de trabajar tanto tiempo como policía, el hecho de ver a su cuñado difunto no es algo frente a lo que pueda quedarse indiferente.

Uno de sus compañeros entra a la oficina y le habla, distrayéndolo de sus pensamientos.

—¿Qué pasó? ¿Nunca viste fotografías de cadáveres?

—No es eso… —afirma Logan sobresaltado.

—¿Qué es, entonces? —le dice su compañero dándole una palmadita en el hombro.

—¡Es increíble la cantidad de… de…

—¿De casos?

—Sí. Es increíble… ¿Y, por lo general, cuántos son asesinatos comprobados?

—Menos de la mitad.

—¿Un porcentaje?

—Hasta un 35%.

—Es demasiado, considerando la cantidad de casos que llegan.

—Me imagino que para ti es una cantidad abominable, pues vienes de un lugar más pequeño y con menos población, pero ten en cuenta la cantidad de gente que vive en esta ciudad.

—Es verdad —afirma Logan moviendo la cabeza en señal de afirmación—. Wundot Hills es una ciudad bastante grande. ¿Es también una ciudad violenta?

—Algunas veces… Lo normal, supongo. —El nuevo compañero de Logan lo mira fijamente y luego mira el caso que tiene en las manos. —¡Ese pobre hombre! ¡No era un homicidio!

—¿Están del todo seguros?

—Es lo más probable, Logan. Fue el veredicto al que llegamos. ¿Quién podría haberlo asesinado?

—Es que…

—¿Por qué te impresiona tanto?

—Era el marido de mi cuñada.

Ante esta respuesta el otro policía abre los ojos y se queda mirando fijamente y con algo de lástima a su colega.

—Lo siento.

—No éramos muy amigos. Pero… —Logan se queda dubitativo—. Es raro.

—Te entiendo.

En mitad de la conversación entra el jefe con un nuevo caso. Se trata de una mujer que vivía muy cerca al nuevo domicilio de su cuñada Gloria y que parece haberse suicidado, tiene una bolsa plástica en la cabeza. Sin embargo, debe investigarse el caso y descartar un asesinato. Logan se siente emocionado, por un lado, y a la vez un poco presionado por la velocidad con la que tienen que actuar. Es temprano y ya les ha llegado más trabajo. Su compañero le pone, nuevamente, una mano sobre el hombro y le desea suerte.

Mientras él comienza a trabajar en este terrible caso, su mujer ya ha terminado de limpiar la casa y no encuentra las ganas para cocinar. Hoy pedirán comida, no está de humor para preparar ningún plato. Con los años se le ha ido la práctica, y es que normalmente no es ella quien cocina, de hecho nadie cocina en casa; pero como ahora es ella quien tiene más tiempo libre tendrá que asumir ese rol, por lo menos hasta que encuentre donde trabajar. Es la segunda semana que tienen viviendo ahí y ya siente un poco de nostalgia por Cheverdale. Lo que más extraña es su trabajo. Piensa en Logan, seguramente está mucho más contento ahora que tiene el trabajo que siempre ha soñado. Se siente feliz por él.

En la mañana, muy temprano, cuando dejó a Kate en la escuela, se encontró con Chris y Samantha, pero no vio ni a Charles ni a Grace. Apenas se vieron, las dos pequeñas se tomaron de las manos y caminaron juntas hacia el salón de clases, como si fueran mejores amigas. A María le dio mucha tranquilidad saber que su hija se encontraría bien y con buena compañía.

Logan Clarks trata de seguir el ritmo de sus colegas. Está emocionado por la novedad, pero al mismo tiempo se siente un poco estresado. El rostro de la mujer que murió asfixiada con una bolsa plástica se ve muy rígido en las fotografías que le llevan a la oficina, incluso causa un poco de miedo. La tensión que puede leerse en él no es simplemente la de alguien que se está muriendo dejando acongojado y cansado este mundo, sino de alguien que está sufriendo mucho más que una asfixia; es realmente aterrador. Otros policías están revisando el lugar con su kit de reactivos, para ver si es que encuentran huellas sospechosas en el departamento, después enviarán las fotografías a la oficina. Logan trata de concentrarse, es su primer caso y se siente muy emocionado, no puede fallar porque eso le significaría un posible cambio de división. La adrenalina corre por sus venas.

María, muy aburrida, llama a su marido al teléfono celular haciendo que él pierda la concentración.

—Hola, amor.

—¡Querida! ¡Te llamo luego!

—Pero quería hablar contigo.

—Ahora no, por favor. Te llamaré después, estoy en medio de algo muy importante.

Logan cuelga repentinamente, lo cual saca de sus casillas a su esposa. Nunca le había colgado así el teléfono ni había tenido un tono tan frío al hablar. Ahora que lo ha hecho se siente un poco despreciada.

La situación es extremadamente tensa e interesante en la división de homicidios. Los teléfonos suenan, aparecen las pistas y todavía no se puede llegar a ninguna determinación. Logan se siente muy excitado al respecto, se pierde un poco por la adrenalina y no rinde como quisiera hacerlo. Sus colegas dan opiniones sobre el caso y exponen sus puntos de vista, él los escucha silenciosamente. Quiere decir algo, pero todas las posibilidades dan vueltas en su cabeza haciendo ruido e imposibilitando que llegue a alguna conclusión. Además, cuando está a punto de decir algo uno de sus colegas se adelanta, como leyéndole la mente.

María sale para despejarse un poco. Se aburre del encierro en casa, pues no está acostumbrada a él. Ni la vista hermosa del lago, ni las comodidades del departamento le bastan para sentirse a gusto, así que sale. Llega a un parque muy lindo que está cerca al edificio, entonces se encuentra ahí con su hermana y se sorprende un poco.

—¡Gloria! —la saluda.

—María. ¿Cómo estás? ¿Te gusta tu nuevo hogar? —pregunta su hermana con desgano.

—¿Qué haces aquí? No creo que te haga bien volver.

—Me da nostalgia, María.

—¿Por qué nunca hablaste conmigo sobre el tema? —le pregunta mientras se sienta a su lado para conversar con mayor tranquilidad.

—No es que… —Gloria se queda pensativa, sin completar lo que dice. Entonces, María se da cuenta de que su hermana no está en la editorial en la que trabaja, lo cual le parece extraño.

—¿Por qué no estás en el trabajo?

—¿Qué? —pregunta Gloria en un tono agresivo y poniéndose de pie—. ¡Es mi vida! No sabes lo que significa perder a un marido cuando no te ha dejado hijos y cuando no tienes a nadie más en el mundo —dicho esto, llora.

—Lo siento —dice María en tono compasivo—. Es que creo que te sentaría bien distraerte.

—¡No sabes lo terrible que se siente! Lo peor de todo es que los malditos Peterson…

—¡Oye! ¿Por qué hablas así? Ellos te acogieron en su hogar cuando…

—Ese gesto no significa nada —afirma Gloria quitándole la palabra a su hermana—. Ellos eran cómplices de Syd.

—¿De qué hablas? —pregunta María muy asombrada.

Gloria comienza a temblar y, entonces, María se da cuenta de que puede llegar a sufrir un ataque de nervios. La abraza sin decir nada. Quedan abrazadas un largo rato, entonces Gloria se tranquiliza un poco.

—Creo que podría recetarte algunas pastillas para que estés más calmada —afirma María. Gloria no responde, se queda con la cabeza apoyada en el hombro de su hermana—. De verdad te sentarían bien, pero solamente te las recetaré si estás de acuerdo.

—No quiero ser una adicta —dice Gloria.

María piensa en llevarse a su hermana al departamento, pero rápidamente se da cuenta de que aquello solamente empeoraría su estado mental, ya que está muy nerviosa.

—Iré a dar una vuelta. Preferiría estar sola —dice Gloria, interrumpiendo las cavilaciones de su hermana.

—¿Estarás bien?

—Sí.

—Tienes mi número de teléfono. Llámame si necesitas algo, por favor.

Las dos hermanas se abrazan cariñosamente, Gloria derrama unas cuántas lágrimas antes de soltar a María. Después se va caminando hacia el lago.

En la oficina de homicidios de la policía el tiempo pasa rápido y se hace hora de almorzar. En lo que todos descansan mientras se alimentan, Logan se da un tiempo para ver el caso de su cuñado. Lo analiza y se da cuenta de que Gloria puede tener razón respecto al asesinato. Se pregunta las razones por las que se llegó a la conclusión de que aquello había sido un accidente y le parece curioso que nadie haya investigado más al respecto. Las heridas son demasiado exactas. Existe una probabilidad muy pequeña de que una roca se haya clavado exactamente en su corazón sin raspar ninguna otra parte del cuerpo. Peor aún: parecería que, en realidad, alguien apuñaló al pobre hombre. Piensa en hacérselo notar, inmediatamente, a su jefe; pero prefiere indagar un poco más por su cuenta para tener una versión propia que presentar y no una simple observación que sería descartada.

Antes de que termine la hora del almuerzo llega otro caso a la oficina. Es sobre un hombre que encontraron asfixiado en una de las callecitas del centro, hace una hora. Por alguna razón, apenas escucha aquel caso, Logan piensa en su nuevo vecino y se siente un poco preocupado. Tiene la sensación de que podría tratarse de él. Antes de ver la fotografía de la víctima piensa en la cantidad de casos que llegan y la dificultad de resolverlos todos; esa observación lo hace volver a su hipótesis respecto a la falta de rigurosidad en la investigación sobre su cuñado. Suspira recordando la promesa que le hizo a Gloria y toma la fotografía en sus manos para averiguar quién es el desgraciado hombre.

## Capítulo VII

La mañana después de que el esposo de Gloria había muerto, Grace estaba histérica porque Charles había llegado a casa poco después de la media noche. Lo regañó bastante por no ser precavido con su propia vida y le dijo que Blue Lake estaba convirtiéndose en un barrio peligroso. Aquel día corría la sospecha de que la muerte del hombre había sido causada por algún individuo, así que era lógico que Grace estuviera muerta de miedo por el destino de su esposo, que había salido a correr en el barrio en el que le habían dado muerte al pobre y desafortunado vecino. Los chicos estaban de vacaciones y escucharon todo el griterío de su madre hacia su padre, por suerte Chris reaccionó a tiempo, al darse cuenta de que hablaban de un asesinato, y se llevó a su hermana al parque; sabía que si se enteraba de la noticia podía asustarse muchísimo. Los niños no deben oír ese tipo de noticias.

La noche anterior, Syd había salido de su departamento, poco después de las once, dando portazos y gritándole a su mujer. Gloria no recuerda hasta ahora las razones por las que habían peleado, tampoco tiene intenciones de hacerlo. Pues fue la última vez que vio a su marido con vida. Charles recuerda que la noche anterior a esa había visto al tipo junto a su amante dando un paseo por el muelle y le había dado asco.

Después de salir del edificio, dejando a medias la pelea con su esposa, Syd fue a la orilla del lago con una botella de whisky, necesitaba despejarse y relajarse un rato en la lancha que poco tiempo atrás se había comprado. Miró las estrellas reflejadas en el lago y se subió a su lancha. Pensó en su amante, una muchachita universitaria con un cuerpo delicioso a la que no quería para nada más que para el sexo, ella sabía muy bien que eso era lo único que buscaba aquel hombre casado y lo aceptaba. Pensó luego en Gloria, en cuánto la amaba y en lo aburrido que estaba de ella a pesar de ese amor. Ojalá nunca se hubieran casado. Convivir con alguien, meditó, es el infierno que arruina todas las relaciones.

Aquella noche era cálida. Charles se sintió abrumado después de escuchar el griterío espantoso, seguido por el portazo de su vecino, y decidió salir a estirar las piernas. Le dio un beso a su esposa y le dijo que volvería pronto, que necesitaba un poco de aire fresco. Entreabrió las puertas de las habitaciones de sus hijos y notó que ya se habían dormido a pesar de los molestos ruidos del departamento de al lado. Se puso su ropa deportiva, ató bien los cordones de sus zapatos y salió de su hogar. Regresó horas después y sintió algo de vergüenza al notar que se había tardado demasiado. Grace no lo sintió llegar y fue recién a la mañana siguiente que él confesó su hora de llegada.

Gloria estaba aturdida luego de la discusión con Syd, daba vueltas por el departamento con un cigarrillo encendido. Apenas terminaba de fumarlo sacaba otro de su bolso. Finalmente, alterada por los nervios, salió a la calle. La noche, a pesar de ser invierno, estaba muy agradable y la brisa, que iba hasta ella desde el lago, le acariciaba el rostro relajándola un poco. Caminó y caminó hasta que sus pasos la llevaron a la locura y comenzó a conducirse por Blue Lake como una vagabunda sin rumbo.

El marido de Gloria se quedó en su lancha sin desanclarla del muelle. Bebía el whisky de la botella y, sin darse cuenta, lo vació hasta la mitad. Desde ahí podía ver el cielo estrellado y pensar tranquilamente, acompañado solo del sonido del agua moviéndose un poco. Pasaron unos cuantos pájaros cantando por donde él estaba. El paisaje era realmente agradable. Pudo llegar a la conclusión de que ya era hora de hacer lo correcto y admitir que tenía un problema con la bebida, y también analizó la posibilidad de decirle a Gloria que necesitaban darse un tiempo, y, por qué no, confesarle que sus sospechas eran reales, él tenía una amante, una tonta chica universitaria, pero que no la amaba. Se animó a dar un pequeño paseo por el lago. Sería una experiencia realmente hermosa y reconfortante. Soltó la lancha para navegar y sintió que algo caía en ella. Cuando volteó para ver qué era lo que había sucedido, se encontró con una persona con el rostro cubierto que se le abalanzó metiéndole un cuchillo en

el corazón. Agonizó un rato. Aquella persona se quitó el pasamontañas, Syd abrió los ojos y la boca asombrado, poco a poco el aire se le escapó de los pulmones y abandonó este mundo con agonía y terror. Antes de poder decir cualquier cosa, cerró los ojos para siempre.

La noche siguiente, Gloria durmió en casa de sus vecinos, en la cama de Samantha, mientras la pequeña dormía feliz en medio de sus padres. No podía dejar de llorar ni de recordar. Todas las imágenes de su matrimonio se le interponían como relámpagos cuando cerraba los ojos, después aparecía el cadáver de su esposo. Los sucesos de la noche anterior habían sido realmente horribles.

Charles no salió a correr ni la noche siguiente ni la que le siguió. Grace estuvo histérica hasta que en la policía llegaron a la conclusión de que había sido un accidente ocasionado por la ebriedad del tipo y que no había que temer que un asesino estuviera suelto por el barrio. Después de aquel veredicto, el señor Peterson pudo salir a correr libremente en las noches, como a él le gustaba, y Grace se quitó de la cabeza la idea de que vivir en Blue Lake ya no era tan seguro como antes.

## Capítulo VIII

Después del primer día de trabajo, Logan llega a su hogar muy cansado por la larga y emocionante jornada laboral. Kate está terminando su cena y ya comienza a bostezar en la mesa mientras su madre la mira fijamente para que termine su plato. María está con el rostro pálido, sin maquillaje, un poco enojada y con la voz algo quebrada. Logan las saluda con un beso en la mejilla, se sirve su plato de comida y las acompaña a cenar, pero no obtiene ningún tipo de conversación porque madre e hija pelean hasta que la pequeña llora porque no quiere terminar su hamburguesa. Él no quiere meterse en el pleito porque sabe que no debe interferir, ya que no estuvo presente desde el principio.

Después de un rato la pequeña Kate acaba a regañadientes su comida, entonces se va a dormir. Su padre aprovecha su ausencia e intenta entablar una conversación con su esposa. Está bastante cansado, por lo que deja que ella lave los platos mientras él la mira sentado en la mesa de la cocina y le cuenta sobre lo emocionante que estuvo su día. Pero María casi no lo escucha, sigue lavando los platos con la pila bien abierta para que el chorro de agua sea exagerado y, además, hace movimientos toscos que no le permiten a Logan acercarse y que no permiten que su voz se deje oír. Él se limita a mirarla y seguirle contando sobre la división nueva a la que pertenece y sobre la impresionante cantidad de casos que siguen sin resolverse. Ella ni siquiera se voltea para sonreírle ni emite sonido alguno que indique que está escuchándolo.

Después de que él termina de contar su día y todas las novedades con las que se encontró en el trabajo, se hace un silencio muy incómodo. María enjuaga los platos con ira y sigue sin dar respuesta alguna a su marido. Apenas ella termina su labor en la cocina, él se le acerca y la abraza por la espalda, ella se desprende de sus brazos y camina hacia la habitación. En la puerta comienza a quejarse de su día y de lo terrible que es estar encerrada en el departamento y que, lo peor, es que él llega a contar absolutamente todo sobre su emocionante trabajo nuevo. Después de discutir un rato, María se encierra en la habitación y él decide salir para tomar aire fresco.

Ya en la puerta, Logan piensa que no será muy divertido ir a dar una vuelta solo, pues no está muy acostumbrado a estar sin compañía, sobre todo cuando quiere relajarse. Es así que camina hacia la puerta de los Peterson y toca el timbre. Cree que sería bueno pasar un rato con su nuevo vecino Charles. Es Grace quien abre la puerta. Nota que se dibuja una sonrisa en su rostro redondo y se siente bienvenido.

—Logan. ¿Cómo estás? ¿Qué te trae por aquí? —pregunta con un tono muy dulce ella.

—¡Qué bueno verte, Grace! —la saluda poniéndole una mano sobre el hombro—. ¿Está Charles?

—Sí. Está aquí. —Grace voltea para llamar a su esposo, que está cruzando el pasillo y le hace un gesto de negación con la cabeza, como pidiendo que niegue su presencia en casa. Ella no hace caso y le hace una seña, con la mano, para que se acerque a la puerta. Charles, obediente y sin escapatoria, va a saludar a su nuevo vecino.

—¿Cómo estás, Logan? ¿Qué te trae por aquí?

—¿Cómo te va, hombre? ¿Qué tal tu estómago? —pregunta Logan dándole palmaditas en el hombro. Él es un hombre muy expresivo y no escapa al contacto físico. Al parecer, Charles no es igual, pues se queda tieso sin responder aquel gesto.

—Sin problemas el día de hoy —dice con poca emoción.

—Vengo a sacarte un rato —afirma Logan mirando a Grace, quien sigue con la sonrisa puesta en la cara, bajo sus ojos pequeños—. Si te parece y a tu esposa también.

—Vayan, vayan. Necesitan despejarse ambos —dice Grace sacando a su marido de la casa con ambas manos. Él no se interpone, pues siempre le hace caso a su mujer.

Pronto los dos hombres se dirigen al ascensor y se montan en él. Grace los despide desde la puerta manteniendo su sonrisa en la cara. Le gustan muchísimo los nuevos vecinos y anhela entablar una amistad con ellos.

Charles, en cambio, no está muy contento que digamos. No le fascina la idea de salir a tomar un café por la noche, menos aún un lunes, ya que ese es el día que más trabajo tiene en la ferretería y en el que lo único que quiere, al llegar a casa, es descansar. Además, no le apetece la idea de seguir pasando tiempo con el cuñado de Gloria. En el ascensor, antes de llegar a la planta baja, Logan se sincera con su vecino.

—Discúlpame por sacarte así, espero que tu mujer realmente no se enoje. Hoy tuve un día bastante estresante en el trabajo y mi mujer está con un genio terrible, insoportable —afirma mientras se rasca la cabeza, Charles lo mira con atención—. Yo la quiero muchísimo, pero cuando se pone como hoy no puedo lidiar con ella y prefiero darle un descanso hasta que cambie de humor. Por eso, amigo, hoy te invito una copa o un café, lo que tú prefieras. Dime el lugar porque tú conoces esta ciudad, yo soy novato.

—¿Qué sucedió con tu esposa? —pregunta Charles.

—Simplemente está de mal humor. Sabes que a veces se ponen de un genio terrible y no hay manera de saber las razones de su mal humor.

—¿No hiciste algo que pudiera molestarla? —pregunta con algo de preocupación.

—Para nada. Si he estado todo el día fuera de casa, trabajando.

El ascensor se abre en el preciso instante que Logan termina de decir esto y los dos hombres salen del edificio en silencio. Ya en la calle Logan insiste en su invitación.

—A ver. Dime de qué te antojas y yo te invito. Si me dejas elegir, te invitaría a un lugar que me agrade a mí también, pero no conozco casi nada aún. Soy nuevo en Wundot Hills, amigo.

—Vamos por un café, no me gusta beber entre semana —afirma con seriedad Charles.

—¡Perfecto! Hoy seremos chicos buenos y llegaremos muy temprano a casa, te lo prometo —le dice Logan guiñándole un ojo. A Charles no le gusta ese gesto, porque le recuerda a su padre disculpándose con su madre y prometiéndole cambiar.

—Me parece bien —dice sin ánimo.

Van al Bleu Ange, un café que está muy cerca de La rose. Logan queda encantado con la decoración, pues todas las luces son neones azules y las mesas son de vidrio.

—Es muy linda esta ciudad, amigo —afirma cuando se sientan en una mesa para dos—. Me encantan este tipo de lugares. En Cheverdale es difícil hallar un lugar como este. —Mira hacia los costados para apreciar la decoración y luego vuelve a mirar a Charles—. Lo único que me impresiona y me trae algunos conflictos es su tamaño. Es muy grande.

—Es grande, pero uno se acostumbra —afirma Charles mientras mira la carta.

—Eso lo dices porque has vivido aquí toda tu vida y porque no tienes que lidiar con los homicidios del lugar.

En ese preciso momento aparece una mesera vestida con ropa azul y negra, lista para tomar la orden de ambos. Charles se pide un *mocaccino* y Logan un café árabe.

La mesera apunta la orden y se lleva el menú dejando a Charles desprotegido. Se siente desnudo frente a su nuevo vecino. No es un hombre muy sociable, sí es amable, pero le cuesta bastante hacer amigos. Además, se siente muy intimidado por el hecho de que sea familiar de Syd. ¿Qué pasaría si saliera el tema de conversación? Ni siquiera puede fingir sentir lástima por aquel gusano horrible.

Logan comienza a contarle sobre los restaurantes en Cheverdale. Charles lo escucha hablar con atención y pocas veces aporta algo a la conversación, ya que es él quien toma la charla. Se siente un poco más animado al notar que tienen intereses en común, como el gusto por los aviones o el gusto por el rock. La mesera vuelve con sus pedidos y entonces Charles se anima a conversar. Poco a poco sale de su cascarón.

Después de una hora de conversación Logan comienza a sincerarse aún más con su nuevo vecino.

—Yo amo muchísimo a mi esposa, Charles. Ella es realmente increíble. Pero a veces no la entiendo en lo más mínimo. Se enoja y nunca me entero de qué es lo que he hecho para que ella se enfade.

—Tal vez no preguntas lo suficiente —afirma Charles en un tono comprensivo.

—Tu esposa debe ser un pan de Dios, Charles —le dice recordando su rostro casi infantil y su sonrisa—. Las mujeres son complicadísimas. A veces le roban su humor al diablo y no hay nada que las haga confesar las razones de aquel comportamiento infernal. No me malentiendas. Por lo general María es increíble, pero días como hoy… Simplemente necesito darme un respiro.

—Grace es realmente un ángel —dice Charles visualizando a su mujer—. Poquísimas veces hemos peleado y siempre he sabido las causas de sus enojos.

—¿Nunca, simplemente, te ha ignorado y no te ha dicho nada durante horas? —pregunta Logan con cierto asombro.

—Creo que eso jamás ha sucedido, por lo menos no hasta la fecha.

—Eso es realmente un milagro. Tienes que estar agradecido.

—Lo sé… —dice Charles sonriendo—. Y tú tienes que aprender a comprender a tu esposa.

—¡Es imposible! —Logan abre muchísimo los ojos al decir esto, Charles comienza a reírse y cambia la expresión de su rostro.

Charles se da cuenta de que su vecino es un hombre realmente bondadoso y con un buen corazón, un hombre que, además, ama a su esposa y a su hija y que nunca les haría daño. Se siente un poco conmovido al notar el perfil de su nuevo amigo y se relaja un poco sintiéndose en un ambiente mucho más amigable. Logan le cuenta todo sobre su vida. ¿Podría estar mintiendo? Parece que no, porque en sus ojos se puede ver un alma sincera.

El tiempo se pasa bastante rápido y la salida que, supuestamente, iba a durar una hora o menos, se alarga. Los dos hombres solamente beben café, pero se entretienen muchísimo y se olvidan del tiempo. Hablan de sus esposas, de sus hijos, sobre baloncesto y algunos otros temas que van surgiendo. Logan no menciona, en ningún momento, nada sobre su profesión. Charles tampoco lo hace y agradece que su nuevo amigo lo evite. La pasan de maravilla juntos.

Ambos entran al edificio sintiéndose un poco culpables, a la vez que cómplices, por la tardanza. ¿Qué pensarían sus esposas? Charlan de esto en el ascensor y Charles siente aún más empatía por su nuevo amigo. Él también se siente culpable cuando sabe que le ha fallado en algo a su esposa, por más pequeño que esto sea. Salen del ascensor y caminan hacia las puertas de sus respectivos departamentos. Las abren al mismo tiempo. Para el afortunado Charles la entrada está despejada y no hay ningún reclamo, es entonces que Logan se da cuenta de que realmente su vecina es un pan de Dios. Para el desafortunado señor Clarks la entrada está bloqueada por una esposa furiosa que comienza a reclamarle y preguntarle cosas antes de dejarlo pasar.

Esa noche María y Logan se pelean y él tiene que dormir en el cuarto de visitas. En cambio, en el departamento de enfrente, Grace se despierta solamente para darle un beso a su esposo y seguir durmiendo plácidamente, confía completamente en él. Charles se siente un poco culpable por ese voto de confianza tan sincero. La mira unos segundos y se queda completamente dormido.

## Capítulo IX

Aquella primera semana en la nueva ciudad pasa muy rápido para Logan, quien recién se acostumbra al nuevo ritmo de trabajo y comienza a comprender bien cómo realizar su labor. Para María los días pasan muy lentamente porque se siente completamente inútil. Sus únicas tareas son la limpieza de la casa y, cuando está de buen humor, la cocina. Extraña su trabajo y aún no la llaman ni siquiera para una entrevista. Para Kate la semana pasa casi igual de rápido que para su padre, pues la pasa de maravilla junto a sus nuevas amigas en su nueva escuela.

El viernes en la noche, Logan decide darse un respiro después de una semana tan ajetreada. Le pregunta a María si es que le gustaría ir a bailar después de acostar a Kate y dejarla dormida. La mujer está bastante estresada con su situación actual y le preocupa que el hecho de que no trabaje signifique un hueco muy grande en la economía familiar, así que se niega por temor a gastar demasiado. Su esposo, un poco molesto por la negatividad de su mujer, se queda fumando en la sala con la ventana abierta. Es entonces que, mientras deja que María acueste a la niña, piensa en buscar a su vecino para ir por un café o, por qué no, por un trago. Mañana el trabajo para él empieza más tarde y seguro que Charles puede darse una pequeña licencia y abrir la ferretería después del horario de todos los días. Apaga su cigarrillo y mira por la ventana antes de decidirse a salir o no; entonces ve a Charles con ropa deportiva corriendo por la acera que está frente al edificio. Sonríe y se da cuenta de que es muy tarde para invitarlo porque, al parecer, él ya tiene otros planes. Trata de saludarlo, pero él no lo ve.

En Blue Lake siempre sopla una brisa que viene del lago, Logan piensa en lo valiente que es su vecino al atreverse a salir a correr en la noche con un conjunto deportivo tan delgado. Él no lo haría, disfruta de hacer ejercicios en casa, sin tener contacto con el aire fresco. Ahora tiene la ventana abierta, pero el viento que sopla dentro de su departamento no le produce frío, sino que es agradable.

Mira con atención el muelle y piensa en el difunto esposo de su cuñada, en cómo aquel hombre salió a dar un paseo en una noche probablemente igual de pacífica que la de hoy y no regresó nunca más a su hogar. ¿Sería real lo del accidente por ebriedad? En las pruebas forenses se ve que el tipo sí estaba pasado de tragos, pero se le hace muy extraño que la herida haya sido encontrada en un lugar tan exacto, sin presentar raspones en el resto del cuerpo. Además, el cadáver fue hallado dentro de la lancha, la que sí estaba a varios metros del muelle, pero, a fin de cuentas, estaba dentro de la lancha. ¿Cómo podría haber caído de ella lastimándose con una roca, como dicen los informes, y vuelto a entrar? ¿Podría haberse lastimado con las rocas puntiagudas que sobresalen del lago y haberse quedado inmóvil dentro de la lancha, sin sufrir ninguna caída? Le parece que existen muchos huecos en la reconstrucción de los hechos y quizá hasta algunas incongruencias.

El tiempo pasa sin que Logan se dé cuenta. María y Kate ya se han acostado hace horas y él se ha quedado dormido frente a la ventana. De pronto un ruido muy fuerte que viene de la ventana de la cocina lo despierta. A su esposa y a su hija también las despierta. Los tres se encuentran en la puerta de la cocina un poco asustados y comienzan a revisar el lugar. Coinciden en haber escuchado un sonido grave, como el de un golpe o una caída, y se disponen a buscar qué es lo que lo ha producido. Cuando miran la ventana, se dan cuenta de que está abierta, casi hasta la mitad. Piensan que quizá podría haberse tratado de un golpe de aire que abrió la ventana y, ya más tranquilos después de encontrar una respuesta, vuelven a dormir. Logan se acuesta y se siente un poco tonto por haberse quedado dormido en la sala. Su esposa, seguramente, está furiosa y tiene todo el derecho de estarlo. Desde que llegaron a Wundot Hills, él no ha sido comprensivo con ella.

A esa misma hora, Charles entra a su departamento bastante cansado. Ha sido una noche larga y él está goteando. Se quita la ropa deportiva, se pone encima el pijama, mete su muda anterior a la lavadora junto a otras prendas, come un emparedado mientras se completa el

ciclo de lavado y luego mete todo a la secadora. Mira el reloj, son cerca de las dos de la mañana. Cuando sale por las noches no se da cuenta del tiempo que transcurre y puede llegar muy tarde.

Mañana tiene que ir a trabajar y esta ha sido una noche larga, se fija en la hora y se sorprende al notar que, a pesar de haber salido más temprano que de costumbre, ha vuelto igual de tarde. Se mete en la cama al lado de su esposa, quien se despierta para darle un beso y volverse a dormir. Es entonces que comienza a sentirse mareado. Su corazón late con prisa y le da vueltas la habitación a oscuras. No puede más y corre al baño para vomitar. Le cuesta mucho seguir viviendo con sus secretos. Después de largar la cadena y caminar, de nuevo, hacia su cuarto, decide escribir en su diario.

Trató, durante un tiempo, de ir a terapia con un psicoanalista. Su esposa y sus hijos nunca se enteraron, pensó que lo verían vulnerable si es que llegaban a saber. Aquel tiempo cerraba la ferretería los viernes al medio día y se iba con el terapeuta. No le podía contar todo, pero al menos le contó sobre su padre y sobre los secretos que guardaba para su familia que lo hacían sentir muy avergonzado. Cada vez que su terapeuta estaba a punto de escuchar más información sobre sus secretos, Charles se ponía a sudar y a vomitar. Fue entonces que el psicólogo le aconsejó a su paciente que descansara de la terapia unos meses y escribiera un diario en el que tratara de contar aquellos secretos. Desde aquel entonces, Charles lleva casi siempre su diario, a pesar de que haya dejado de asistir a terapia. A su esposa le parece muy romántico que lo haga y cree que en él su esposo escribe las cosas que piensa sobre ella, aunque nunca se atrevió a leerlo.

Ahora, muy aturdido, se va a la cocina para escribir. Ahí no molestará a nadie.

*"27 de enero*

*No sé si es Dios quien me acompaña o es el mismísimo diablo. Cuando corro de noche me siento observado, temo que Dios me esté juzgando; cuando me detengo, siento que es mi cómplice. Me siento confundido.*

*Avanzo en un nuevo proyecto, pero todavía no quiero escribir sobre él. Me da pánico. Al llegar a casa esta noche vomité.*

*Mi hermosa, mi ángel, mi Grace no sabe nada de nada. Ella es una mujer de un corazón muy noble y le es imposible imaginarse que le escondo cualquier cosa. O tal vez finge. ¿Lo hará? No creo que ella esté fingiendo, ella no es así, ella es sincera y transparente.*

*Logan es un tipo increíble, pero me desagrada tenerlo tan cerca de mí. Hoy lo vi mirando por la ventana mientras corría. Me sentí observado, ya no solamente por Dios, sino también por él, y eso me incomodó demasiado. Es un tipo genial… Hace unos días charlamos y pasamos una noche muy agradable. Pero está muy cerca y eso me pone los pelos de punta.*

*Hice lo que pude para resolver esa sensación."*

Deja el diario a un lado y suspira. Cree que, si escribe, sus penas y culpas se irán. Piensa en dar más detalles sobre las cosas para quitárselas de encima, pero no puede. Abre el cuaderno y trata de hacerlo, pero los mareos vuelven. Corre al baño para vomitar. Después de hacerlo, sale y se encuentra con Chris, quien le pregunta si está bien. No le responde, sino que lo atropella y corre hacia la cocina para recoger el diario, no vaya a ser que su hijo lo lea. El chico decide apartarse y se cerciora de que su padre vuelva a su habitación. Al ver que lo hace, se queda tranquilo, así que usa el baño con calma y vuelve a su cama para seguir durmiendo en paz.

Ya en la cama, al señor Peterson le cuesta mucho dejar de pensar. El diario ya está guardado y seguramente nadie podrá leerlo, pero se ha sentido muy amenazado por su propio hijo, y antes se ha sentido observado por su nuevo vecino. Piensa que debe tener más cuidado al andar por el departamento de noche. Tiene que ser más sigiloso y hacer menos ruido al

caminar, además que tiene que estar pendiente de los ruidos. No quiere volver a despertar a sus familiares.

No duerme sino hasta que el cielo comienza a clarearse y los primeros pájaros comienzan a cantar. Unas horas después no tiene más opción que irse a trabajar.

Mientras él se alista de mala gana, los Clarks revisan los seguros de todas las ventanas de su hogar y se aseguran de que funcionen bien. Logan, a cierta hora, deja a su esposa y a su hija realizando esta labor mientras él se va al trabajo. María nota que, a pesar de vivir en el séptimo piso, no es muy difícil entrar a su hogar. La cocina es el espacio ideal para introducirse al departamento, pues es el área más alejada de los dormitorios y su puerta se encuentra en el pasillo de entrada, por lo cual desde el comedor tampoco se tiene visibilidad de esta ni posibilidades de escuchar todos los sonidos que provienen de ella. Además, está la escalera de incendios, la cual pasa a pocos centímetros de esta alejada área. Sabe que los arquitectos diseñaron así el edificio por razones estéticas, pero le parece una estupidez que no hubieran pensado en la seguridad.

Antes del mediodía llega un caso a la división de homicidios que llama la atención de Logan. Se trata de un hombre de unos treinta años, al cual todavía no le han encontrado una familia que lo reclame y que, al parecer, ha sido apuñalado por la espalda cerca del parque que se encuentra a seis cuadras de su edificio. Le parece terrible que lleguen tantos casos en un solo día. Piensa que tiene que ver con que es viernes y que ya desde el día anterior la gente se permite beber y perder la cabeza, anticipándose al fin de semana; es entonces que ocurren todos los crímenes pasionales. Piensa en la muerte del marido de Gloria, nuevamente, y de repente comienza a notar una constante un tanto interesante en los casos que maneja. Sonríe maliciosamente y le dice a su jefe que comenzará a investigar ese denominador común. A pesar de que el jefe se muestra un poco escéptico le da el permiso para realizar esa labor, sobre todo para poner a prueba sus capacidades.

## Capítulo X

María le dijo a Grace lo ocurrido en su cocina la noche anterior y ambas explicaron sus sospechas a sus respectivos esposos. Logan lo creyó posible y prometió investigar. Charles le dijo a Grace que aquello le parecía una tontería porque se encontraban en un barrio residencial bastante seguro. Además, él mismo había llegado esa madrugada a casa sin escuchar ningún motor y sin encontrarse con ninguna persona desconocida en la calle. Ellas se tranquilizaron.

Las cosas para María, desde entonces, no van muy bien. Han pasado varios días de haber dejado su currículum en distintos lugares y aún no la han llamado de ninguno. La situación empeora por el aburrimiento que siente en Blue Lake, aquel barrio tan calmado y sin mucho que hacer. Cocinar o limpiar no son tareas que de verdad disfrute y la ausencia constante de su esposo comienza a molestarle. Kate, por otro lado, se la pasa con Samantha, mientras ella se queda sola en casa.

Cree que está perdiendo la cabeza y que el encierro le está afectando mucho. Algunas noches escucha ruidos en casa, todos vienen de las ventanas, pero nadie más los escucha. Es por eso que piensa que, quizá, esos ruidos, no son más que producto de su imaginación paranóica.

Un día, totalmente cansada de su soledad, decide buscar a Grace. Las pequeñas, después del almuerzo, se han encontrado en el pasillo y luego han ido al jardín del edificio para jugar. Seguramente la señora Peterson está desocupada. No le gusta mucho la idea de entablar una relación de amas de casa con ella, pero si no encuentra algo que hacer va a entrar en crisis. Su vecina le abre la puerta y se alegra mucho al verla. Está vestida de manera sencilla, como siempre; ella, en cambio, lleva unos hermosos pendientes de plata y una camisa violeta. Grace sonríe al verla.

—Hola, María. ¿Cómo estás? ¡Qué bueno verte aquí! Pasa, por favor —le dice, dándole espacio para que entre. María sonríe, entra al departamento y saluda a Grace con un beso en la mejilla.

—Gracias por dejarme pasar.

—Toma asiento.

—Gracias —dice María mientras se acomoda en uno de los sillones del *living*—. ¿No estás ocupada, ¿verdad?

—No, para nada. Las chicas están abajo. Yo estaba viendo una película en la televisión, pero está muy aburrida.

—¡Qué bueno! Vengo a visitarte.

—¡Qué linda sorpresa! —afirma Grace con una sonrisa muy sincera—. ¿Cómo te está yendo, María? Me alegra mucho verte aquí —pregunta mientras le sirve un vaso de limonada.

—Sigo buscando algún trabajo, pero todavía no he encontrado nada —le responde mientras recibe la limonada.

—¿Y cómo te va siendo ama de casa? —Grace hace, sin querer, la única pregunta que María no quiere responder.

—No es lo mío. Hay que ser paciente para eso y a mí me aburre hasta freír hamburguesas. Tengo muchas ganas de empezar a trabajar de una vez. ¡Estoy perdiendo la cabeza!

—Pero no tienes que quedarte encerrada todo el día —le dice Grace mirándola a los ojos—. A veces, cuando el clima está agradable, yo salgo a dar una vuelta con Samantha, incluso Kate nos acompañó un par de veces. Sé que parece un poco aburrido, pero una se acostumbra y hasta le encuentra la diversión.

—Tienes razón —afirma María. Después las dos se quedan en silencio hasta que ella decide sincerarse con Grace. No la conoce muy bien, pero tienen ciertas afinidades y las separa nada más un pasillo—. ¿No temes que Charles te mienta?

—Tenemos una relación muy buena y nos contamos casi todo —asegura Grace un poco sorprendida—. ¿Por qué lo preguntas?

—Es que… ¿Sabes? Desde que nos mudamos aquí se me hace muy difícil confiar en Logan. Es como si tuviera una vida secreta que yo desconozco por completo.

Grace siente una pequeña satisfacción al ver a esa mujer tan hermosa sintiéndose vulnerable, le sube un poco la autoestima poder ser ella quien le dé consejos matrimoniales a su vecina. Al mismo tiempo, siente empatía por ella.

—¿Y antes era así, María?

—¿Cuándo yo también trabajaba?

—Sí.

—No. Y es que en ese entonces yo tenía mi propio espacio, compartía tiempo con otras personas y… ya sabes… me distraía.

—¿No crees que solamente se trata de tu mente? —pregunta Grace en un tono serio pero comprensivo—. Es decir, Logan parece un tipo bastante serio y confiable. Yo no me preocuparía.

—Es que ahora lo llamo y él evade mis conversaciones. Es como si se sintiera mucho más cómodo lejos de mí que conmigo.

—Ten paciencia, María. Necesitas distraerte un poco, encontrar en qué ocupar tu mente.

—¿No te sientes igual con Charles?

Se hace un silencio.

Grace reflexiona un poco sobre su relación y se da cuenta de que a veces tiene sensaciones parecidas a las de María. Charles va a trabajar todos los días a la ferretería y ahí conoce gente de todo tipo, seguramente con algunos clientes hasta llega a entablar alguna relación. Ella, mientras tanto, se queda en casa cuidando de los chicos y sin hablar con muchas más personas.

—Nunca, María. Nunca siento eso con mi esposo —miente Grace—. Tal vez algunas veces —se corrige a sí misma—. Confío en él, no me malentiendas, pero a veces sí dudo.

Las dos se quedan mirándose en silencio hasta que María se acuerda de su hermana Gloria y sus sospechas sobre la infidelidad de su difunto esposo.

—Grace, tengo que hacerte una pregunta.

—Dime —dice con preocupación Grace.

—¿Cómo sabían ustedes sobre la amante de mi cuñado?

—En realidad Charles…—Grace se queda pensativa. ¿Por qué su esposo sabía sobre ella? —. En realidad fue Charles quien me lo dijo.

—¿Era muy amigo del esposo de mi hermana?

—En realidad no —dice Grace mirando el suelo.

María nota que su vecina está frustrada, por lo que comienza a hablarle de sus sospechas sobre Logan y escucha con atención lo que ella le dice sobre Charles. La conversación les sirve para desahogarse un poco y se extiende por más de una hora. Después de que terminan de contarse todas sus sospechas, la señora Clarks siente que puede confiar en su nueva amiga. Es así que decide contarle algo que no le ha dicho a nadie y que le preocupa.

—Grace. ¿Tú sueles escuchar algo extraño en el edificio?

—¿Algo cómo qué? Es decir… Escucho a la señora Smith gritar todas las mañanas, pero además de eso, no.

María sonríe y baja la cabeza un poco avergonzada. Responde cabizbaja y sonrojada.

—No, no, no… Me refiero a… ¿Te acuerdas de los ruidos que te conté que escuchamos Logan y yo aquella noche que forzaron la ventana de la cocina?

—Sí.

—Los sigo escuchando. Aunque Logan dice que él no los oye.

—¿Te preocupa la seguridad del barrio?

—Sí, por un lado. Pero también está la duda de que estos sonidos sean reales o sean producto de mi mente —confiesa avergonzada María.

—Debes ir a un psiquiatra —bromea Grace.

—No hagas esos chistes. Estoy muy asustada.

—Lo siento, María —afirma Grace en tono comprensivo.

Ambas se miran silenciosamente durante unos segundos. María se pone nerviosa, comienza a sudar un poco.

—Es raro lo que te voy a confesar, Grace.

—No importa. Dime.

—Tengo una tercera sospecha sobre estos ruidos que escucho.

—¿Qué tan grave puede ser?

—No es que sea muy grave. He pensado en decírselo a Logan, pero las pocas veces que pasamos tiempo juntos prefiero hablar de cosas agradables. Las cosas entre nosotros, como ya te he dicho, se han puesto muy difíciles desde que vinimos a vivir a esta ciudad.

—Cuéntamelo a mí primero. Yo te diré si a mí me parece demasiado alocado. —Le guiña un ojo después de decirle esto. María suspira y se queda dubitativa.

—¿Crees en los fantasmas? —pregunta María mirando el suelo.

—¿Crees que se trata del fantasma de tu cuñado?

—Sí. ¡Estoy completamente loca, ¿verdad?!

—No, no. Para nada. Es muy normal que pienses eso.

—Es que… No lo sé. No te voy a mentir. Me encanta esta ciudad, me gustan muchísimo sus calles, me siento bastante cómoda en el edificio y soy muy feliz con la cercanía que tenemos al lago. Pero algo no anda bien con mi departamento. ¡Es bellísimo!, pero no me siento 100% cómoda.

—No te juzgo, María. Creo en los sucesos sobrenaturales. Dime, ¿Kate escucha los ruidos?

—Algunas noches.

—Entonces tienes que descartar de una vez la sospecha de que te estás volviendo loca.

—Es verdad. Creo que le comentaré a Logan mis sospechas.

—Hazlo. Quizá él descubra que nuestra teoría sobre los ladrones que forzaron la ventana sean ciertas. Y si esas personas merodean por aquí, hay que atraparlas.

Esa noche María es despertada de su sueño por un ruido muy fuerte. Cuando abre los ojos y mira al costado nota que su esposo se ha levantado de la cama. Asustada, se pone de pie y se dirige al lugar del que cree que proviene el sonido. Camina con precaución, un poco asustada. Entonces, en la puerta del baño de visitas, ve a Logan con un bate de béisbol en la mano.

—¿Escuchaste los ruidos? —le pregunta a su esposo todavía un poco asustada.

—Sí, pero creo que se trataba del sonido de tus pasos, mi amor —afirma él dejando el bate de béisbol en el suelo.

—No me mientas, Logan. Cuando desperté ya no estabas.

—Vine al baño. Fue después que tomé el bate de béisbol porque escuché el ruido de tus pasos.

—Está bien. ¡Vamos a dormir! —le dice María a su esposo. Pero no termina de entender por qué le miente. Él nunca usa el baño de visitas.

## Capítulo XI

El miércoles 14 de febrero Logan llega al trabajo y se encuentra con nueve casos sucedidos en la madrugada, como si algún alma hambrienta de desgracia y muerte hubiera salido la noche del martes 13 para cazar. Lo que le preocupa mucho, pero le da una pauta más para su investigación, es que, de aquellos casos, cuatro han sucedido en Blue Lake a horas muy cercanas. Uno de sus compañeros revisa esos datos y se hace la burla alegando que, seguramente, los vampiros decidieron hacer un tour de cacería. Otra cosa que llama la atención de Logan es que esas cuatro víctimas han sido asesinadas de la misma forma.

Una de las mujeres que trabaja en la división de homicidios cree que Logan está un poco loco, pues está obsesionado con encontrar detalles extraños en todos los casos que les llegan. Busca un punto en común entre todas las víctimas; cosa que hasta ahora no ha encontrado pero que sigue empeñado en buscar. Ella dice que es un tipo que trabaja muy bien, pero que apenas halla alguna cosa que pueda relacionar a una víctima con otra, pierde un poco los cabales y realiza conjeturas muy raras e inservibles. Hace unos cuantos días, por ejemplo, encontró una constante entre tres víctimas. Los tres vivían en el mismo barrio, Blue Lake, y frecuentaban el mismo prostíbulo. En la oficina desecharon ese dato como importante porque los asesinatos de estos tres hombres se habían suscitado en otros lugares. Uno a la puerta del prostíbulo, otro frente a una tienda de revistas y el otro en el puente que conecta ese barrio con el centro de la ciudad.

¿Por qué tantos sucesos raros en Blue Lake? ¿Qué tiene ese lugar de especial? Una respuesta posible sería que es gente de dinero la que habita ese lugar, pues es un barrio en donde la vivienda es bastante cara. Pero esa idea puede quedar descartada si se comparan los ingresos económicos de las personas asesinadas con el de otros. ¿O serán malvivientes que matan a sus víctimas enterándose, después, de que en realidad no llevan tanto efectivo como ellos creían? ¿Cuál será la razón para que esa tranquila zona residencial a orillas del lago se llene de muertos? Muchos de los casos son descartados como asesinatos y la policía alega que se trata de accidentes, pero Logan está seguro de que no es así. Piensa en los ruidos que él también escucha en el departamento, aunque se lo niega a su esposa, y cree que hay algo más en el lugar en donde vive. No se lo comenta a ninguno de sus colegas, pues lo creerían más loco de lo que ya lo creen.

El jefe de la división de homicidios revisa las conjeturas que hace Logan Clarks y, a pesar de no confiar absolutamente en él, lo deja seguir con sus investigaciones. Piensa que quizá todas esas rarezas lleguen a una conclusión creíble e interesante. Mientras tanto, Logan sigue atando cabos y haciendo anotaciones extrañas en su libreta y en hojas sueltas. Cree que existe un asesino, un solo asesino que ataca a todas las víctimas de Blue Lake. Sospecha, por el perfil de las víctimas, que se trata de una mujer. Todos son hombres mujeriegos a los que les gusta bastante asistir a prostíbulos caros o a clubs de *strippers*.

El caso de Syd le da vueltas en la cabeza. ¿Por qué habría ido después de la pelea a su lancha? ¿Por qué no optó por ir a una discoteca o a un bar? ¿Qué hacía solo en una noche de invierno paseando en su lancha?

Logan se da cuenta de que el perfil de los hombres asesinados en Wundot Hills es muy similar. Mujeriegos y adictos a la diversión nocturna. ¿Será una prostituta enamoradiza la que realiza estos asesinatos? ¿Una mujer despechada? ¿Una ama de casa cómplice de todas sus amigas enamoradas de estos viciosos? Logan tiene varias sospechas, pero todas ellas lo llevan a pensar en una asesina, una mujer. Piensa en Syd. Casado pero infeliz, infiel, poderoso económicamente y un poco alcohólico. ¿Sería su amante la criminal? ¿Se iría a la cama con todos los hombres de aquel barrio y luego, despechada y enamorada, los mataría? Quiere preguntarle a Charles quién es la muchachita y anota el dato en su libreta.

Hoy se siente bastante confundido con los hechos, y es que es sumamente extraña la coincidencia de que un martes 13 tantas víctimas sean asesinadas. ¿Cómo puede morir tanta gente de forma sospechosa en una sola noche? Piensa en la posibilidad de que los crímenes de la noche anterior hayan sido cometidos por alguna persona con ciertas inclinaciones satánicas, o, quizá, por una secta religiosa. Lo que no le termina de cerrar es la similitud de los perfiles de estos hombres con los perfiles de víctimas anteriores, incluso con el perfil de su propio cuñado.

Se acuerda de los ruidos y de María imaginando que está loca, siente algo de lástima por ella, pero tiene que protegerla y para eso es necesario mentirle un poco. Luego piensa en Gloria. La última vez que hablaron por teléfono, ella no paraba de decirle lo arruinada que estaba por culpa de Syd, jadeaba en vez de respirar y no dejaba de quejarse. ¡Qué terribles las desgracias del último tiempo para su familia! Por suerte, la pequeña Kate, que es la más vulnerable por su edad, está completamente feliz.

A unos kilómetros de la oficina de homicidios de la policía de Wundot Hills, Charles atiende a un montón de clientes. Algo ha sucedido el día de hoy, está teniendo muchas más ventas que de costumbre. Siente como si hubiera hecho un pacto con el diablo para tener tanto éxito y sonríe pensando en la casualidad de que ayer fue martes 13. Sus hijos estaban muy asustados, pues la noche estaba más oscura de lo normal y la brisa del lago golpeaba con más fuerza la ventana de la sala. Samantha charlaba con su madre sobre las cosas que le había contado Kate, sobre los fantasmas que escuchaba. Grace trató de indagar un poco más al respecto, pues no le parecía sano que María le dijera a su hija que los ruidos que ambas escuchaban en el departamento provenían de fantasmas. Se alivió cuando se enteró que Kate estaba espiando una conversación de sus padres y fue por eso que se enteró. Charles miraba la noche y se sentía atraído por aquella ventisca infernal. Ahora se imagina que al sentir esa brisa hizo un pacto con el diablo.

Charles no es supersticioso, pero le parece que la gente está predispuesta a ciertas cosas cuando es supersticiosa, por lo que le parece bastante lógico que sucedan cosas horrorosas en martes o viernes 13, o en la noche de Halloween. Es como si la gente se preparara para recibir a los malos espíritus y doblegarse ante ellos. Recuerda, por ejemplo, que una noche de Halloween una gran lluvia, que era muy extraña para aquellas fechas, hizo que el lago se desbordara y muchas de las casas se inundaran. Algunas personas decían que un ente maligno había tomado el cuerpo del agua para hacerles daño a los habitantes de Blue Lake.

Gloria, muy interesada por los orígenes de todas las cosas, había investigado una vez sobre el barrio en el que vivían. Ella, siendo muy supersticiosa, decía sentir unas energías muy extrañas y sobrenaturales en aquel lugar y necesitaba encontrarles alguna explicación. Fue después de aquel Halloween en el que el agua casi se la lleva, pues ella estaba disfrazada dando vueltas por el barrio, que puso manos a la obra. Encontró cosas bastante interesantes revisando en periódicos antiguos. Aquel lugar tenía otro nombre antes, Wicked Lake, y la gente de la ciudad, cuando la ciudad era todavía solo un poco más grande que un pueblo, pensaba que esa zona estaba maldita. Es por esa razón que nadie había tocado esos terrenos hasta los ochentas, en los que un millonario había comprado la zona entera para construir edificios. De hecho, fue ese mismo millonario quien le cambió el nombre a la zona para hacerla más atractiva.

¿Por qué Wicked Lake era la zona embrujada de Wundot Hills? ¿Qué era lo que la hacía especial, sombría? Cuenta una leyenda que a orillas de ese lago muchos de los nativos antiguos habían realizado sacrificios humanos, porque creían que las aguas del lugar estaban vivas y que requerían ser alimentadas para no desatar su furia. Es por eso que, según Gloria, la gente que vive en el ahora llamado Blue Lake tiene cierto derecho a enloquecer un poco. Cree que ella misma ha perdido la cabeza después de habitar esa zona por tanto tiempo.

Seguramente a Logan le encantaría escuchar la historia de ese barrio, quizá podría conjeturar algunas otras cosas, como que la persona que asesina a hombres inocentes en aquel lugar lo hace por simple gusto de ver sangre correr, porque el lago la ha enloquecido. Pero por desgracia Gloria nunca ha contado sobre sus investigaciones a nadie. A veces se mira al espejo y se siente poseída, pero prefiere guardar esas ideas para ella misma porque le parecen muy alocadas. Cree que, posiblemente, fue eso lo que le ocurrió la última noche que peleó con Syd y en la que ella, después de que su marido salió de la casa, perdió el conocimiento caminando por las calles.

***

Al anochecer de aquel miércoles 14 de febrero, Charles pierde los estribos después de haber atendido a tanta gente. Llega a casa con un humor terrible, está muy enojado. Ni Grace ni sus hijos lo han visto así desde hace mucho tiempo, por lo cual les extraña bastante. Samantha quiere jugar con su padre, pero él, por su estado, se opone haciendo llorar a la niña. La pequeña se gana un regaño que la hace llorar aún más. La señora Peterson se siente completamente agobiada por el estado anímico de su esposo, no le gusta verlo así.

Cenan todos en silencio absoluto, sin decir una sola palabra. Charles come con furia. Hoy ha tenido un día realmente pesado y, además, anoche no ha dormido lo suficiente, por lo que está doblemente cansado. Pero eso no es lo peor de todo. Lo que más rabia le hace sentir es una cosa ajena al conocimiento de la familia, por lo que ni los niños ni Grace van a poder reparar ese mal humor que hoy tiene papá. Llega la hora de acostarse y tanto Samantha como Chris se van a la cama rápidamente para no escuchar los regaños de su padre. Cuando está con ese humor, le temen bastante. Charles se queda en la cocina y le dice a su esposa que vaya a acostarse, ella obedece.

Después de unos minutos a solas no puede más con la presión que siente. Saca su diario y comienza a escribir como loco. Llena las páginas sin darse cuenta y al terminar de hacerlo cierra el cuaderno y se va a acostar al lado de Grace. Por fin encuentra un poco de paz en la cama y se duerme rápidamente. Sueña con su padre en llamas, suplicándoles salvación a sus hijos y a su mujer. En el sueño, Charles se ríe de él y le pisa los dedos machucándolos un poco cada vez que el tipo logra sacar las manos del fuego. Grace se da cuenta de que su esposo tiene pesadillas y se siente desgraciada. Nunca antes había sentido tanta impotencia.

## Capítulo XII

El jueves por la mañana Grace se levanta después de haber pasado una noche muy larga. Toda la noche se entretuvo con sus cavilaciones respecto a su esposo y no pegó el ojo. Está bastante cansada y, además, muy agobiada. Hace las cosas sin muchas ganas, no se siente motivada el día de hoy. Sus hijos se alistan para ir a la escuela, todos desayunan juntos, Charles saca el auto, lleva a los chicos para luego irse a la ferretería y ella, como todas las mañanas, de nuevo se queda completamente sola con la casa desordenada.

Casi a las diez de la mañana alguien toca el timbre del departamento, y Grace, que estaba doblando ropa, se sobresalta. Al abrir ve a María, quien está desarreglada, lo cual no es habitual.

—¡María! ¿Qué te ocurrió? —pregunta Grace sin ocultar su asombro.

—Los ruidos de nuevo. Y… y… y Logan despertó hoy muy raro —dice mientras entra al departamento de los Peterson sin invitación alguna. Grace, preocupada, la deja pasar—. Habló por teléfono con alguien, logré escuchar algo de lo que decía. Era… era… algo sobre unos maleantes, sobre unos asesinos. ¡Creo que estoy enloqueciendo!

—Es muy normal que tu esposo hable de maleantes. ¡Es policía! —afirma Grace sin comprender la preocupación de su amiga.

—Creo que su conversación tiene que ver con los ruidos. ¿Por qué me está escondiendo cosas, Grace? No lo comprendo —afirma María con voz temblorosa y agitada.

—Hablemos con calma. Te traeré un vaso de agua —le dice mientras se dirige a la cocina. Poco después vuelve con lo prometido. María toma el vaso entre sus dos manos que no dejan de temblar—. ¿Hablaron del tema?

—¿Sobre los ruidos?

—Sí.

—Dice que imagino cosas y que sugestiono a Kate para que ella también las imagine. Me dijo que deje de hablar de ese tema, porque no tiene sentido y porque no le hace bien a nuestra pequeña escucharme decir locuras —afirma con un tono de preocupación María.

—Entonces él no los escucha…

—La noche anterior me lo encontré merodeando por el departamento con un bate de beisbol —dice María, cortando a Grace—. Dime, ¿tú crees que solamente quería pasar el rato? Se excusó diciéndome que mis pasos lo habían hecho asustar; pero no le creo nada, Grace. Absolutamente nada.

Grace se queda mirándola pensativa, luego voltea hacia la ventana, como si fuera a encontrar ahí una respuesta, y le da la razón.

—Es muy raro, María. Muy, muy raro. ¿De qué crees que se trate? Es que… —Grace refunfuña mostrándole empatía a su vecina—. No puede tratarte como una loca que imagina cosas.

—No sé qué hacer. Todo es muy confuso para mí.

Grace se queda mirando silenciosamente, y con muchas cosas dándole vueltas en la cabeza, a su amiga que no puede dejar de temblar, hasta que se le ocurre una idea brillante.

—Tienes que espiar a tu marido. —María abre los ojos y mira fijamente a Grace—. Sí, María. Te está escondiendo algo y no te lo va a decir. Tienes que descubrirlo.

—¿Crees que sea tan imprudente como para esconderme algo que afecta a la seguridad de nuestro hogar?

—No lo sé, es posible. Los hombres tienen ideas extrañas.

Las dos mujeres se quedan en silencio mirándose. María se muestra un poco exaltada, pero menos asustada. Ha dejado de temblar y ya no siente que salga sudor helado de sus poros. Grace se ve dubitativa y taciturna. Cada una se escabulle un rato en sus propias cavilaciones hasta que María corta ese silencio.

—¿Cómo te va a ti, Grace? Disculpa por preguntarte tan tarde. Necesitaba desahogarme un poco y estaba muy tensa. Tenía que hablar rápido.

—Te entiendo, María —afirma Grace con sinceridad—. Aquí en mi casa no escuchamos ruidos, pero hay días en los que Charles se pone muy raro. No entiendo por qué últimamente sus extrañezas me causan malestar, pero así es y no hay nada que pueda hacer para controlar mis pensamientos.

—¿Tienes alguna sospecha de él?

—No lo sé. A veces pienso en otras mujeres. Pero luego pienso que estoy loca.

Ambas se quedan en silencio mirándose mutuamente. Están pasando por momentos un poco incómodos en sus relaciones matrimoniales y tienen que apoyarse. María sonríe por lo irónica que es la vida, pues se da cuenta de que se ha metido a jugar el papel que no quería: el de la ama de casa que corre a contarle sus penas a la ama de casa vecina. Grace nota su sonrisa y se siente un poco juzgada.

—Crees que estoy loca, ¿verdad?

—Para nada, Grace. Para nada. ¿Sabes qué estoy pensando?

—¿Qué piensas?

—Qué deberíamos investigar un poco a nuestros maridos. Los dos andan muy raros.

—¿Crees que pasó algo la noche que salieron juntos?

—No sé, Grace. Creo que no tiene nada que ver aquella noche con las cosas que ahora están pasando.

—Doy vueltas y vueltas sobre el asunto y…

—¡Vamos a investigarlos! —al decir esto María le guiña el ojo a Grace y ella le responde con una sonrisa un poco desganada pero sincera.

Lo que ninguna de las dos sabe es que, mientras ellas charlan en el *living* del departamento de los Peterson, Logan y Charles tienen una conversación por celular. Logan ha llamado a su vecino para recolectar un dato importante para su investigación: el nombre de la chica con la que Syd salía. La señal, al parecer, es intermitente y no pueden tener una buena conversación, por lo que Logan decide anunciarle a su amigo que pasará en la noche, después de la cena, por su departamento para charlar un rato. Luego de eso cuelga. El resto del día en la ferretería pasa con lentitud. ¿Qué va a preguntarle Logan? ¿Qué tiene que responder al respecto? ¿Por qué tiene que seguir hablando sobre esa muchachita y por qué tiene que seguir entrometiéndose en los asuntos de Syd y de Gloria? Además, ¿cómo es que Logan está al tanto de que él sabe sobre esa muchacha? Esa tarde la ferretería tiene pocos clientes. Charles fingió una llamada defectuosa para no tener que responder las dudas de Logan, pero eso solamente empeoró las cosas.

Al llegar a su departamento, Charles se mete a su habitación pretendiendo quedarse encerrado ahí durante toda la noche. Su mujer lo llama para cenar y él le dice que siente mucho dolor de estómago por lo que no comerá. Grace, que sigue muy sensible por las inseguridades que siente sobre su esposo, se enoja mucho y entra a la habitación. Se nota en sus ojos la furia que siente. Le informa a su marido que tiene que sentarse a compartir con su familia así no le agrade la idea y él, asustado por su comportamiento, hace caso. En la cena comienza el interrogatorio.

—¿Hoy irás a correr, Charles? —pregunta Grace.

—No. Creo que hoy no. No me siento muy bien.

—¿Te comiste la comida que te mandé hoy, amor?

—Sí.

—Entonces no entiendo qué es lo que te hizo daño, porque no preparé nada que sea muy fuerte para tu estómago —afirma Grace algo enojada. Los niños se limitan a mirar a sus padres sin dar ninguna opinión.

—Yo tampoco sé qué es lo que me hizo mal.

Se hace un silencio incómodo en la mesa. Pronto Grace vuelve a regañar a su marido.

—¿Te has dado cuenta, Charles, de que últimamente estás mucho más débil? Tienes que revisar tu alimentación. ¿No estarás comiendo otras cosas, verdad? —dice Grace con un tono cortante. Antes de que su esposo se anime a responderle suena el timbre del departamento. Ninguno de los cuatro se mueve; entonces, vuelve a sonar.

—¿Puedes ir a abrir, Charles? Eres el único que no está comiendo nada y, por lo tanto, tienes las manos libres.

Charles le hace caso a su esposa. Cuando abre la puerta se encuentra con su vecino.

—¿Cómo estás, Charles?

—¡Logan! Disculpa que no haya podido atender bien tu llamada. Había mucha interferencia.

—Sí. Pero bueno. ¿Puedo pasar? ¿O prefieres que nos reunamos en mi departamento?

—Justo estamos cenando…

—Disculpa mi impertinencia.

—No te preocupes. Te invitaría a pasar, pero…

—¿Quién es, Charles? —grita Grace desde la cocina, donde había ido a buscar el postre que compartirían en la cena.

—Es Logan.

—¡Qué bueno! Dile que pase.

Charles invita a pasar a su vecino con señas. Oculta el rostro para no mostrar la expresión de resignación que tiene. Grace sirve un plato extra y acomoda otro lugar más en la mesa de la cocina, Logan agradece la atención de su vecina. Se da cuenta, después de pasar, de que su amigo no está comiendo absolutamente nada, pues no tiene plato en su lugar.

—¿Estás bien, hombre? ¿O de nuevo estás con esos dolores de estómago que tanto te aquejan?

Charles sonríe tímidamente. Grace le explica a Logan que su esposo no se está cuidando lo suficiente y que, por eso, está sufriendo bastante de salud. Después comienzan a charlar sobre la importancia de una buena alimentación, conversación que el señor Peterson y sus hijos escuchan en absoluto silencio. Los tres se sienten amedrentados, indirectamente, por la madre de la familia. Cuando terminan de comer, Grace pide permiso para retirarse, se lleva a sus hijos y les dice a los dos hombres que los dejará charlando tranquilos.

—Charles. Qué pena arruinar así tu cena familiar. Pero quisiera que me dieras el dato que te pedí por celular. ¿Llegaste a escuchar mi petición? —dice Logan cuando el resto de la familia se ha retirado hacia sus respectivas habitaciones.

—No, no —dice Charles escondiendo su rostro entre sus manos.

—Necesito el nombre de la chica a la que frecuentaba Syd.

—Es que yo no la conocía, no sé su nombre.

—Mi esposa me dijo que tú sabías sobre ella —dice Logan.

—Sí. La vi un par de veces de la mano de Syd, pero no la conocía.

—¿Puedes describírmela? Estoy investigando el caso.

Charles se pone muy nervioso. Le sudan las manos. Logan, en cambio, se ve sumamente cómodo.

—¿Para qué investigas un caso que ya se cerró, Logan? —pregunta Charles.

Logan carraspea y mira fijamente a su vecino. Mira hacia los costados cerciorándose de que ni los chicos ni Grace estén husmeando por ahí.

—Tengo muchas cosas que contarte, Charles. Eres mi amigo y necesito charlar con alguien. —Charles sonríe al escuchar la afirmación, entonces Logan continúa—. He estado encontrando ciertos huecos en la historia que la policía inventó para explicar la muerte de Syd. —Charles lo mira fijamente, sus manos tiemblan y sudan. La sonrisa se borra de su

rostro. No quiere volver a saber nada respecto a ese infeliz de Syd—. Así que necesito tu ayuda, por favor.

—¿Qué cosas más tienes que contarme? —pregunta Charles para desviar la conversación.

—Muchas cosas. Mi esposa… mi esposa cree que hay fantasmas en la casa, que el espíritu de Syd anda vagando por ahí.

—¿Y por qué cree eso? —dice Charles un poco nervioso.

—No lo sé. —Logan se acerca a su amigo para susurrar—. No quiero que Grace nos escuche. Te cuento eso después. Ahora dime lo que sabes respecto a la muchacha.

Tal y como Logan sospecha, Grace está con la oreja pegada a la puerta de su habitación tratando de captar todo lo que puede de la conversación. Está muy decidida a espiar, no solamente a su marido, sino también al marido de María. Escucha su nombre entre susurros sin llegar a entender qué es lo que dicen de ella. Se aleja de la puerta, por si acaso, y finge buscar algo, por si su marido entra. Entonces, entre los calcetines de su esposo, halla una llave que nunca había visto, es pequeña y dorada.

Charles se rasca la cabeza mirando al techo.

—Está bien. Era una chica de cabello negro, no llegué a ver bien cuánto medía, tampoco podría calcularlo. Su rostro era un poco pálido y, las dos veces que la vi, tenía los labios pintados con un labial muy, muy rojo.

—¿Era gorda, flaca?

—Normal —dice Charles con cierto desgano. —Pero muy bien formada. Caderas grandes, cintura pequeña y senos grandes. La vi, ambas veces, con ropa ceñida al cuerpo.

—¿Color de ojos?

—No lo sé. Creo que claros —afirma mientras mira el techo.

—Te detuviste en su escote —le dice Logan con un tono burlón y guiñándole un ojo. Charles lo mira inexpresivo durante unos segundos hasta que la sonrisa de Logan desaparece.

—Eso es todo lo que recuerdo de ella —afirma Charles.

Los dos hombres se quedan en silencio. Logan le propone a su amigo ir por unas cervezas para así poder conversar con más tranquilidad. Ambos se ponen de pie, se abrigan, Charles se despide a gritos de su familia y se van. Cuando Grace los escucha irse vuelve a perderse en sus cavilaciones respecto a su marido. Después de un rato, ve la llave y se da cuenta de que, quizá, con ella pueda abrir el cajón del velador de su esposo.

Durante todo el camino hacia el bar, Logan habla sin parar acerca de las conjeturas que ha estado realizando sobre el asesinato de Syd. Ya en el lugar se piden un par de cervezas. Charles no habla mucho, simplemente se limita a decir las cosas necesarias. A Logan no le molesta porque sabe que su vecino es algo retraído. Logan empieza a contarle todo sobre sus problemas con María.

—¿Crees en los fantasmas, Charles?

—No sé. Creo que hay energías, cosas extrañas cuya naturaleza no podemos explicar. ¿Por qué no atribuirlas a fantasmas?

Ambos se quedan mirándose, Charles parece querer evadir miradas y Logan se muestra pensativo.

—Es que… es que… es difícil entender a María. Ella no creía en esas cosas, pero comenzó a creer.

—¿Por qué dices que lo cree?

—¿Te acuerdas de esa vez que fue a contarle a Grace que habíamos escuchado ruidos en la noche?

—Sí.

—Pues… Los ruidos continuaron. Ella cree que se trata de fantasmas. Más concretamente, ella cree que se trata del espíritu de Syd.

—¿De verdad cree eso? —pregunta Charles sintiendo como su frente se llena de sudor.

—Sí.

—¿Y tú qué le dijiste sobre eso?

—Que es algo imposible… que… que… —Logan se lleva las dos manos a la cara y comienza a frotarse el rostro. Charles le pone una mano sobre el hombro.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te agobias tanto, amigo?

—Debo confesarte algo, Charles.

Suspira, se quita la mano de su amigo del hombro y se echa para atrás con calma, retrasando su confesión. Charles se pone muy nervioso. Sus manos comienzan a sudar de nuevo. No le gusta que lo mantengan en suspenso y Logan no está llegando al punto.

Mientras tanto Grace, en el departamento, se asegura de que sus hijos estén acostados y a punto de dormir, no quiere intromisiones. No sabe qué puede encontrar en ese cajón e imagina lo peor.

Logan se toma su tiempo. Levanta su cerveza, bosteza, se rasca la cabeza y se queda mirando fijamente a su amigo. Charles está a punto de sufrir un ataque nervioso.

—¿Qué es lo que me tienes que confesar, Logan? —le insiste sin mirarlo a los ojos.

—Creo que ellas tenían razón en cuanto a los ladrones.

—¿Por qué? ¿Han desaparecido objetos de valor en tu departamento? ¿Has visto algo?

—Tranquilo amigo. Si mis sospechas son reales, tu departamento y tu familia están a salvo.

Charles comienza a tronarse los dedos mientras mira al piso. No entiende de qué habla su vecino y no comprende las razones de sus conjeturas.

—No te entiendo, Logan —le dice desesperado por obtener más información.

—Nada ha desaparecido de mi hogar, por lo que no sospecho, en realidad, de ladrones. En realidad, sospecho que se trata de otra cosa. Es decir, alguien se mete a mi casa. Estoy casi seguro de eso, pero no roba, nunca se ha llevado nada.

Se hace una pausa larga. Charles espera que su vecino siga explicándole sobre sus sospechas. Entonces vuelve a hablar.

——Dime algo, Charles. ¿Crees que mi cuñada está loca?

—¿Gloria? —pregunta Charles con la voz quebrada y nerviosa.

—Sí.

—No lo sé. No la conocí tan bien. —La conversación que Charles no quería tener ha llegado. ¿Pronto hablará de Syd?

—¡No seas discreto, hombre! ¡Estamos entre amigos! —le dice Logan dándole una palmadita en el hombro. Charles comienza a sentirse mareado a pesar de no haber tomado ni la cuarta parte de su cerveza.

—Es en serio, Logan. Nunca traté demasiado con ella.

—Pero algo puedes decirme de ella. No se lo diré a mi esposa —afirma Logan guiñando un ojo.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Tengo… Charles… tengo ciertas sospechas. Las compartiré contigo porque te considero un buen hombre y has llegado a caerme bastante bien. Siento que podemos conversar de muchas cosas.

—¿Crees que Gloria está loca?

—Sí. Y la cosa se pone aún peor, hombre.

—¿Por qué?

—Tengo dos grandes sospechas respecto a esa situación de los ruidos en mi departamento.

—¿Cuáles?

—Bueno, acabo de contarte sobre mi sospechosa número uno en cuanto al asesinato de Syd: su amante, ¿verdad?

—Sí.

—Tengo otra gran sospechosa. Me cuesta convencerme de ello; pero algunas pistas y los testimonios que tengo guardados de ella en la policía me llevan a ficharla.

—¿Hablas acaso de Gloria? —pregunta Charles con cierto asombro. Sus manos sudan. No quiere hablar del tema, no quiere recordar a sus antiguos vecinos.

—No se lo digas ni a María ni a Grace. Pero sí.

—Es terrible tu sospecha, Logan.

—Lo sé. Pero se pone peor.

—¿Por qué?

—Una de las dos, creo, está entrando a mi casa. ¿Sabes? Voy a llegar al final del asunto, así las respuestas que encuentre sean demasiado dolorosas.

Charles tiembla y se le eriza la piel. Todo a su alrededor se hace borroso y le viene un fuerte dolor de estómago. No puede responderle a Logan y él no nota los retortijones estomacales que está sufriendo su amigo, se mantiene distraído, perdido en sus pensamientos y en sus palabras.

Después de acostar a los niños y asegurarse de que estén a punto de dormirse, Grace se mete en la cama. Quiere relajarse un poco antes de abrir el cajón, sabe que lo que encuentre ahí no le gustará.

En el bar, Logan sigue divagando sobre sus sospechas, ignorando las dolencias de Charles. Entonces rompe el silencio para continuar explicándole a su vecino lo que piensa.

—No le digas a María que pienso esto, por favor. Es que me parece que Gloria no es una mujer muy estable, siempre lo he pensado así. Además, cada vez que me hablaba de la desaparición de su marido se ponía muy nerviosa y no podía pronunciar con claridad las palabras. Una vez, ya más calmada, me dijo que ella había estado vagando por las calles de Wundot Hills toda esa noche, dijo lo mismo en las declaraciones. Obviamente, la policía, al ver a una mujer indefensa y con un historial de un marido golpeador, desvió todas las sospechas respecto a ella.

—¿En serio? —pregunta Charles sudando.

—Sí. ¡Es terrible! Ojalá no descubra que fue ella la asesina, me sentiría terrible. Tú viviste frente a ellos mucho tiempo. ¿Qué opinabas sobre Syd?

—Es difícil decirlo —afirma Charles. No quiere hablar de los gritos que escuchaba ni de las golpizas que el tipo le proporcionaba a Gloria.

—¡Anímate! Dime, ¿cómo veías esa relación? Para mí hay muchas cosas que no cierran. ¿Por qué nunca tuvieron hijos? ¿Acaso Gloria se casó por dinero?

—No lo creo —afirma Charles mientras suda.

—Sé que el tipo era adicto a la bebida y a los juegos de azar, aunque los últimos años trató de alejarse de estos últimos; pero me parece que Gloria se casó por dinero —dicho esto lanza un suspiro y apoya su cabeza sobre ambas manos. Charles lo mira de reojo con bastante nerviosismo. La conversación lo incomoda bastante—. ¿Sabes qué es lo peor? —le pregunta Logan.

—¿Qué? —pregunta con interés Charles.

—Tengo miedo de que sea ella quien entra a nuestro hogar en las madrugadas. —Mira a Charles al decir esto, buscando complicidad—. Conoce el lugar a la perfección, incluso sigue guardando una copia de las llaves del departamento.

Charles toma un sorbo de cerveza sin saber qué decir. Los retortijones se hacen más fuertes y ni siquiera así Logan los nota.

—¿Crees que ella sea capaz de hacer eso? ¿Por qué lo haría? —pregunta Charles disimulando su incomodidad.

—Creo que no está en sus cabales. Temo por la seguridad de María y de Kate.

—¿Qué crees que querría hacer ella en tu departamento?

—No lo sé. Tal vez de verdad está loca… —mira a su amigo y se queda pensando en silencio durante unos segundos—. Mi otra sospecha es que es la amante de Syd quien entra al departamento. Quizá cree que Gloria sigue viviendo ahí y la está buscando para deshacerse de ella.

—¿Te parece? —dice Charles e inmediatamente acerca su cerveza a la boca.

—No es imposible. Hasta el momento no tengo más sospechosos. Solamente quiero hacer algunas investigaciones más. ¡Pobre María! Ojalá mis sospechas sobre Gloria sean falsas. ¿Te imaginas tener que explicarle que su hermana es una psicópata y que debemos cuidarnos de ella?

—¿Y por qué no le sigues el juego de los fantasmas? —pregunta Charles.

—Porque eso solamente va a empeorar las cosas. Sabes cómo son las mujeres. Va a quedarse despierta para verlos, o va a llamar a un espiritista.

—O tal vez simplemente prenda una vela blanca para que el espíritu de Syd descanse y olvide el asunto.

—Pero seguirá escuchando ruidos, Charles. Las mujeres son muy obsesivas y no hay que darles cuerda.

Charles y Logan terminan sus cervezas. Ya es un poco tarde para estar fuera en día de semana, así que pagan la cuenta y vuelven a sus hogares casi en silencio. A Charles se le pasa el dolor de estómago y llega a casa ansioso de meterse en la cama junto a su esposa. Grace, al escuchar la puerta abrirse, finge revisar su celular y guarda la llave debajo de su almohada para no levantar ninguna sospecha, no halló el valor para abrir el cajón. Su esposo entra a la habitación, le da un beso en la frente y se acuesta a su lado. Se duermen inmediatamente.

## Capítulo XIII

María despierta muy molesta al lado de Logan. No le gusta que llegue tarde sin avisarle antes y tampoco le gusta sentir el olor a cerveza impregnado en su aliento. Para quitarse el enojo de encima decide llamar a su hermana mayor para contarle todo por lo que está pasando. No sabe si ella ha dejado de estar deprimida, pero necesita hablarle. Siempre habla con Grace, pero ahora necesita de alguien con quien tenga más confianza y que sepa más sobre ella. La llama al celular.

—¿Hola, Gloria?

—¡María! ¡Hermanita! ¿Cómo estás?

—Muy bien y tú.

—Bien, en el trabajo —Cuando María escucha que su hermana está trabajando se siente muy contenta.

—Lo siento. No quiero molestarte. ¡Qué bueno que ya volviste!

—Sí. Comencé a extrañar la editorial. Dime, ¿sucede algo?

—¿Podemos vernos esta noche? Realmente necesito hablar contigo.

—Claro. El sábado no trabajo así que podemos estar hasta tarde.

—Me parece muy bien. Kate no tiene escuela el sábado, así que yo también puedo quedarme hasta tarde. ¿Pasas por mí a las siete? Yo iría por ti, pero aún no tengo auto en Wundot Hills.

—Claro. Paso por ti a las siete y media. ¿Te parece bien?

—Sí.

Después de colgar, María decide invitar a Grace y a los chicos a almorzar en el departamento. Así, Kate y Samantha se divierten toda la tarde juntas, mientras ellas conversan con calma. Necesita distraerse un rato. Le toca la puerta a su vecina para hacerle la invitación y esta acepta encantada. Los dos esposos estarán fuera todo el día, por lo que podrán conversar sobre los temas que se les antojen sin limitarse.

El bus escolar deja a los tres muchachos en la puerta del edificio, donde sus madres los esperan para anunciarles que comerán juntos. Las dos niñas quedan encantadas con la noticia, Chris se muestra indiferente, pero se porta educado y agradece la invitación a María. Suben los cinco en el ascensor y las niñas no dejan de hablar y de reír, por lo que los demás las miran en absoluto silencio. Comen muy tranquilos, pues son las dos pequeñas quienes acaparan la conversación y les cuentan a sus madres sobre las cosas que hicieron en la escuela. Tanto María como Grace tienen que batallar con ellas para que terminen sus platos porque se distraen mucho hablando.

Después del almuerzo, Chris se va a la casa de un amigo y las chicas bajan al jardín del edificio para jugar, es viernes y no les dejaron tareas en la escuela. María y Grace se quedan solas y comienzan a conversar mientras lavan el servicio.

—Me pone de muy mal genio que Logan desaparezca así sin decir más —afirma María—. ¿Sabes a dónde fueron? Eso me está volviendo loca.

—Fueron a tomar unas cervezas —le dice Grace tratando de tranquilizarla, nota que está un poco aturdida y nerviosa—. Charles llegó completamente sobrio —dice al finalizar para calmar a su amiga.

—¿Segura que solamente fueron a eso? Le sentí en el aliento olor a cerveza a mi esposo. Me dio la impresión de que, quizá, se emborracharon.

—No lo hicieron. Esperé despierta a Charles y cuando llegó estaba calmado. Efectivamente olía un poco a cerveza, pero no estaba nada mareado. O al menos así parecía.

—¿Y qué hicieron?

—Tal vez conversaron, pero no fueron a ningún lugar muy extraño y no hicieron nada de lo que debamos preocuparnos.

Ambas se quedan en silencio. María cree, a veces, que Grace es un poco relajada respecto a lo que hace su esposo, pues nunca le pregunta nada. Grace, en cambio, piensa que su amiga está muy pendiente de Logan y cree que, quizá, se está obsesionando con él. A ella también le preocupa el extraño comportamiento de su marido, pero no pierde la cabeza por eso.

—Ayer, mientras ellos estaban fuera de la casa, encontré una llavecita —afirma Grace.

—¿Una llave? ¿Qué puerta abrirá?

—Creo que es la llave del cajón de su velador. ¿Sabes? Nunca lo he visto por dentro. Ahora que la tengo me muero de curiosidad, pero temo mucho lo que pueda encontrar ahí dentro.

—¿Por qué?

—Porque siento que me esconde cosas.

—¡Es tu oportunidad! —afirma María sonriendo macabramente—. Tienes que investigarlo. Ambas acordamos eso, que los investigaríamos.

—Tienes razón —dice Grace mirando el plato que está secando con un trapo—. Pero siento un poco de temor.

—Terminemos de ordenar esto y vamos a tu departamento —dice María y le guiña un ojo a su amiga.

Ella sonríe con cierto nerviosismo. ¡Quiere abrir ese cajón, pero teme lo que pueda encontrar en él!

Después de unos minutos acaban y se dirigen al departamento de los Peterson. Grace está decidida a abrir el cajón, su amiga le ha dado el coraje que le faltaba para hacerlo. Cuando entran a la habitación matrimonial las dos se quedan de pie frente a la mesa de noche de Charles.

—¡Vamos! Estaré aquí, a tu lado. Si lo que encontramos es muy feo podrás desahogarte conmigo —dice María animando a su amiga.

Grace abre el cajón con delicadeza, teme mover algo de su sitio y despertar sospechas en su esposo. Cuando ya está completamente abierto, se encuentra con un reloj de bolsillo muy antiguo que nunca había visto, el diario y unas cuantas facturas. Lo primero que saca son las facturas, para revisar los gastos de su marido. Todas son de farmacias, por la compra de medicamentos para el dolor estomacal. María se ríe al ver los detalles.

—Tu marido está muy enfermo. Tienes que alimentarlo mejor —le dice a Grace en un tono burlón. —¿Qué es eso? —le pregunta señalando el diario.

—Es el diario de…

—¿Qué? —pregunta asombrada María. Grace se sobresalta por la efusividad de su pregunta.

—Sí, su diario —le dice Grace.

—Eso es lo único que necesitas para saberlo todo. Sácalo —la anima.

Grace toma el cuaderno entre sus manos y abre la primera página. Lo primero que llama su atención es la terrible letra de su esposo, luego de apreciarla unos segundos puede leerla.

*“18 de junio*

*Traté de decir las cosas, juro que lo intenté. Es por eso que ahora, ya que mi intento falló, trataré de escribirlo todo, para así librarme de esta terrible carga que llevo encima.*

*Mi infancia no fue feliz, ni siquiera llegó a ser normal. Hablé unas cuantas veces de esto con el tío Richard, pero después no supe con quién más comentarlo. Mi padre fue un hombre realmente terrible y repugnante, nunca le tuve cariño.*

*Nací siendo el hijo mayor de una familia muy pobre, de recursos escasos. Mis dos padres eran alcohólicos y arruinaron cada momento de mi vida mientras vivieron. El dinero nunca nos alcanzaba para comer, pero siempre había para que ambos se emborrachasen.*

*Creo que mis hermanos y yo fuimos un accidente, pues nunca sentimos el cariño paternal de nuestros padres."*

Cuando Grace termina de leer a media voz aquello, María le da un abrazo.

—Es muy triste la vida de Charles. Sentí lástima.

—Me esconde cosas de su familia —afirma Grace sin prestar atención a lo que dice su amiga—. De sus padres, de sus hermanos, de su infancia.

—Es que es una historia realmente triste, Grace.

—Sí —dice Grace mirando de reojo a su amiga. Está muy asombrada.

—¿Pero nunca te presentó a su familia? —pregunta María.

—Conocí a su tío Richard, a quien le decía papá. A sus hermanos… Es que no comprendo las razones para esconderme tantas cosas.

—¿Qué te dijo sobre sus padres?

—Sus padres habían muerto. Nunca me contó más que eso, que habían muerto. Nunca pregunté demasiado. No quería ser indiscreta.

—Eso es un poco extraño —afirma María mirando a un costado.

—¿Qué?

—Que no te haya contado nada.

—Sí. Lo sé.

—Tienes que seguir leyendo ese diario —afirma María.

—Lo haré. Pero no ahora. Estoy un poco… —Grace suspira—. La verdad es que preferiría leerlo a solas.

Las dos mujeres suspiran y se quedan en silencio un largo rato. Es entonces que María, para cambiar un poco de tema, comienza a contarle sobre su vida a Grace.

—Logan sigue muy raro.

—¿Pudiste investigarlo?

—Hablé con una de sus compañeras de trabajo. Pensé que por ser mujer me entendería y me ayudaría.

—¿Y pudiste saber algo?

—Dice que mi marido está un poco loco y que está realizando una investigación rarísima. No puede contarme nada más porque es secreto policial. Eso fue todo lo que me dijo.

—Bueno. Al menos sabemos que nuestros dos esposos andan metidos en cosas raras.

—Sí. ¿Estarán metidos en la misma cosa rara? —pregunta María.

—No lo sé. Es posible. —Mira sus manos y recuerda que tiene que informarle lo poco que escuchó de la conversación de los dos hombres a María—. Lo olvidaba. Anoche me quedé escuchando desde la puerta de mi habitación la conversación de Charles y Logan.

—¿Qué oíste?

—Tu esposo quería saber sobre una chica, creo que sobre la amante de Syd. Luego mencionó lo de los fantasmas y ya no pude oír más.

—¿Qué dijo de los fantasmas?

—Solamente que tú crees que hay fantasmas en el departamento. Nada más.

Ambas comienzan a quejarse de las extrañas conductas de sus esposos. Cuando María mira su reloj se da cuenta de que es hora de ir a ver a su hermana y le pide a Grace que se encargue de su hija. Grace le dice que no se preocupe, que la pequeña dormirá con Samantha y que ella cuidará de ambas. María, después de mandarle un mensaje de texto a Logan para avisarle que estará con su hermana y que Kate se quedará en el departamento de los Peterson, baja al encuentro de su hermana, quien ya está en la puerta.

Al encontrarse con Gloria la ve mucho más calmada y centrada que la última vez que se encontraron. Se lo comenta y ella agradece el elogio de su hermanita. Esta vez es María la que se ve un poco aturdida. Su hermana le dice que la invitará a comer pasta en un lugar

magnífico. Llegan al restaurante y se ve bastante elegante, por lo que María se distrae un poco y olvida, por un rato, todos sus problemas.

—¿Cómo han estado tú y Logan, María? —pregunta Gloria.

—La verdad es que muy mal. Tengo que contarte muchas cosas. Pero primero cuéntame tú cómo van las cosas. ¿Qué tal el trabajo?

—El trabajo es magnífico, me encanta la editorial. Y la vida… la vida. Bueno. Estoy completamente sola —afirma con cierta frialdad—. Cuando me acuerdo de Syd siento odio, no tristeza, eso es lo que más me aturde. Pero he tratado de distraerme y ahora estoy realizando una investigación sobre una autora del siglo XIX.

—Me parece bien que busques distracciones.

En lo que charlan el mesero llega con dos cartas. Ambas ven el menú y les cuesta decidir qué es lo que van a ordenar. Después de unos minutos de hablar y compartir opiniones sobre la comida italiana que ambas adoran, deciden y piden la orden. Gloria tiene los ojos llorosos y la mirada un poco perdida, pero se la nota fuerte.

—¿Qué es lo que sucede contigo y con Logan?

—La comunicación ya no es muy buena, ¿sabes? Además, que me molesta bastante no encontrar todavía trabajo. No me gusta estar todo el día metida en el departamento.

—Te entiendo. Mientras estuve deprimida pasé por lo mismo. Tenía un trabajo, pero me sentía incapaz de hacerlo. Fue entonces que comencé con lo de la investigación y eso me impulsó a volver al trabajo.

—Debería buscarme algún pasatiempo, ¿no?

—Sí. Puede ser cualquier cosa. Incluso seguir una serie de televisión ayudaría.

María comienza a jugar con el borde del mantel un poco nerviosa. Se siente un poco inútil viendo como su hermana ya casi ha superado su depresión y ella está atrapada. Llegan los platos en lo que ella sigue dubitativa y, después de dar un primer bocado, Gloria la anima a continuar hablando.

—¿Qué sucede con la comunicación entre tú y Logan?

—Él está raro.

—¿Por qué?

—No sé. Es como si nuestras vidas se hubieran distanciado.

—¿Por qué lo dices?

—Él está muy feliz en su trabajo, y no lo juzgo por eso, pero yo estoy sola en casa casi todo el día y… y a veces me hace sentir como loca.

—¿Por qué? —Gloria da otro bocado de su plato. María ni siquiera toca el suyo.

—Porque… ¿Crees en fantasmas, Gloria?

—¿De qué hablas? —le pregunta Gloria sin terminar de tragar el último bocado que ha dado.

—Las cosas han estado muy extrañas en el departamento. Siento que hay una presencia.

—¿Una presencia?

—Sí. Últimamente he estado escuchando ruidos extraños. Logan también los escucha, pero lo niega cada vez que hablamos del tema.

—¿Cómo sabes que él también los escucha?

—Porque hace unas cuantas noches lo encontré dando vueltas por el departamento con un bate de beisbol. Yo ya había salido de la cama despertada por los ruidos.

—Eso es extraño. —Gloria se queda pensativa unos segundos—. ¿Él solamente niega los ruidos?

—Sí.

—¿No cree que puede tratarse de otra cosa?

—No. Él dice que esos ruidos son invento mío.

—Tu esposo es un poco extraño.

—Sí. Lo peor es que me hace sentir como una loca que imagina cosas. Quizá se trata de vándalos o de cualquier…

—No, María. —Gloria mira fijamente a su hermana—. En Blue Lake no hay ladrones.

—Pero sí asesinos —afirma María, haciendo que su hermana se entristezca.

—Preferiría no hablar de ese tema —dice mirando el plato.

—Lo siento.

—No te preocupes. Es que no me gusta recordarlo. Pero, volviendo al tema. No hay ladrones. Las casas y los edificios están muy bien cuidados. Créeme.

—Es que no sé qué explicación más dar al respecto.

—Mira, María. Yo creo en los fantasmas, y no solo eso, creo en todos los sucesos sobrenaturales. ¿Te conté sobre la investigación que hice sobre Wundot Hills?

—¿Qué investigación?

Gloria le cuenta a su hermana sobre las investigaciones que realizó un tiempo atrás respecto a Wundot Hills y sus orígenes como lugar maldito en el que se realizaban sacrificios, también le cuenta de los desbordes del lago y de las energías que ella ha percibido en el lugar. De pronto se acuerda de su esposo, pues sabía que él le era infiel mientras realizaba esa investigación, y se lo comenta a María.

—Olvídalo —le dice ella.

—No importa ya —dice Gloria con un tono de voz muy firme—. Supongo que ese desgraciado está pagando su condena en el infierno. Hubiera sido magnífico que su cuerpo se hundiera en el lago, así estaría condenado a compartir su muerte con los sacrificios humanos.

María se queda mirando a Gloria, que ha cambiado su expresión. No puede creer todo lo que acaba de escuchar. Nunca imaginó que su hermana creyera en esas cosas, siempre se mostró, con sus familiares, como una persona muy escéptica y racional.

Pasan varios minutos sin que ninguna de las dos diga una sola palabra. Están dubitativas, perdidas en sus propios pensamientos. María está asustada por todo lo que acaba de escuchar de la boca de su hermana y Gloria está recordando a Syd. Entonces el silencio es roto por la hermana mayor.

—Tal vez deberías llevar a algún experto en estas cosas a tu hogar.

—¿Un experto? ¿Un brujo?

—No lo sé. Hay que investigar. ¿Quién podría lidiar con esto?

Pasan el resto de la cena especulando sobre quién podría hacer algo al respecto. Gloria nunca investigó sobre soluciones, cree que no las hay porque el lugar, simplemente, está maldito y nadie va a poder cambiar eso nunca. Piensa que su departamento, quizá, ya estaba maldito cuando ella vivía en él, pero aquellas energías malévolas se manifestaban de otra forma. Tal vez por eso todas las depresiones y las actitudes horribles de Syd. Sin embargo, ahora, conmovida por la preocupación de su hermana, está dispuesta a investigar si es que existe un posible combate contra esas energías malignas.

Cuando María llega a casa se enoja profundamente con Logan, quien está fumando en la sala. No le molesta que fume dentro del departamento, pues Kate no está. Lo que le molesta es que él mienta. Ha estado enojada todo el día con él y seguirá así hasta que él se disculpe o admita que también escucha los ruidos.

—¿Cómo te va, señor policía? —dice alterada.

—¿Por qué ese tono, María? No he hecho nada para que te enojes conmigo.

—¡Me mientes! —le grita.

—¿De qué me hablas?

—Me haces sentir como una loca.

—¿De qué han hablado con tu hermana?

—De ti.

Logan se pone de pie y trata de abrazar a su esposa que habla moviendo las manos con furia. Apenas se acerca es empujado.

—No trates de abrazarme. Explícame las razones que tienes para mentirme.

—¿De qué me hablas?

—De los ruidos.

—María. ¡Cálmate!

—¡Yo sé que los escuchas y estoy cansada de que me hagas sentir como una loca!

En ese preciso instante ambos escuchan ruidos que vienen del baño. Logan se sobresalta.

—¿Lo ves? ¡Lo escuchaste! ¡Te vi asustarte por el ruido!

—Mi amor. Estoy asustado por cómo te estás comportando.

María, muy enojada, se dirige hacia el baño. Logan, asustado de encontrarse con la criminal, porque está casi seguro de que es mujer, y no poder cuidar a su esposa de ella, toma a María del brazo forzándola a quedarse parada frente a él.

—¡Basta, Logan!

Escuchan otro sonido fuerte, como si algo hubiera chocado contra la ventana rompiendo los cristales. María, enfurecida, va hacia el baño empujando nuevamente a su esposo, quien la sigue sin tocarla de nuevo. Cuando abre la puerta del cuarto de baño ve la ventana rota. Al intentar encender la luz, explota el foco, lanzando pedacitos pequeños de vidrio por todo el piso. La pobre mujer grita de impotencia y su marido la abraza.

—¡Eres un idiota, Logan! ¿Qué es esto?

—Amor, no lo sé.

—Tú sabes de qué se trata, por eso me mientes.

—Te juro que no lo sé.

—¿Sabes algo, Logan? Gloria me dijo que esta zona está maldita. Esto tiene que tratarse de un demonio que anda suelto.

—Mi vida, no digas tonterías.

—Deja de decir que digo cosas estúpidas y de quitarme razón. ¡Investiga sobre eso, señor policía!

—¿Sobre lo que acaba de suceder?

—Sobre los demonios de este barrio.

María va corriendo hacia la habitación matrimonial y se mete en cama. Cuando su esposo quiere abrazarla ella se niega y se queda dormida pensando en todas las cosas que conversó con su hermana. Logan la mira dubitativo y agobiado durante un largo rato, hasta que, finalmente, se duerme también, resignado a que su mujer siga enojada con él.

## Capítulo XIV

Al día siguiente la ferretería está cerrada. Va una mujer a comprar unos pernos y no encuentra ni siquiera un cartel que explique las razones del cierre. Va un hombre bajito y gordito que busca un repuesto para su ducha y se encuentra con una reja que protege el lugar. Va Logan, buscando una ducha nueva, pues la suya explotó temprano en la mañana, antes de que él pudiera usarla para irse luego a trabajar, y no encuentra a su amigo atendiendo. Los clientes se preocupan un poco, pues las pocas veces que Charles no fue a trabajar, dejó a un reemplazo o, por lo menos, un aviso indicando que no atendería ese día. Logan se inquieta y le manda un mensaje de texto preguntándole si se encuentra bien, mensaje que nunca es respondido.

Charles se ha quedado en cama. Despertó con un terrible malestar estomacal y, sin siquiera meterse a la ducha, decidió volver a acostarse y quedarse descansando. Su esposa trató de animarlo para que se levantara, pero Charles ni siquiera abría los ojos, solamente se quejaba. La salud del señor Peterson últimamente ha sido muy mala y solamente empeora. Grace se preocupa mucho por eso. ¿Cuándo fue que su marido comenzó a tener una salud tan inestable? Quiere llamar a un médico, o llevar a su esposo al doctor, pero él, entre sueños, se niega.

Las dos pequeñas, Kate y Samantha, siguen jugando con sus muñecas, aún están en pijamas. Grace limpia la casa mientras está pendiente de su marido. Anoche salió a correr de nuevo y eso, no entiende bien por qué, la hace sentir traicionada. Piensa en el diario y en las ganas que tiene de seguir leyéndolo. No se anima a preguntarle nada a Charles ni a retarlo, pues eso solamente cerraría más puertas, ya que él se pondría a la defensiva y escondería con mayor recelo su diario. Prefiere no hablarle mas que para preguntarle cómo se va sintiendo y guardar silencio respecto a sus penas.

María les pide prestada la ducha a los Peterson para darse un baño, pues no pudo reparar la suya en toda la mañana y, como es una mujer bastante preocupada por su apariencia, no quiere salir a buscar repuestos con el cabello sucio. Ellos se la prestan sin ningún problema. Luego de vestirse comienza a jugar con su hija y con Samantha, para que así Grace le tome toda la atención necesaria a Charles. Mientras tanto, piensa una y otra vez en las cosas que le dijo su hermana, piensa en Wicked Lake y en las posibilidades de que el lago esté maldito. Además, se pregunta por la salud de Charles. ¿Por qué se está enfermando tanto? Se detiene a pensar en eso un rato tratando de hallar una respuesta y, después de no encontrarla, piensa en que necesita ver con sus propios ojos las pruebas de que al lugar en el que ella habita antes le llamaban Wicked Lake. Más tarde llamará a Gloria para pedirle indicaciones.

Charles no abre los ojos para nada. Chris y Grace no saben si es que está todo el rato dormido o si es que simplemente está descansando. Hace algunos sonidos con la garganta, indicando que se siente adolorido, pero no pronuncia ni una sola palabra. En toda la mañana no les dio ninguna indicación sobre la ferretería o lo que deberían hacer dado su estado de salud.

Logan no puede concentrarse en el trabajo. Sigue pensando en el accidente del baño y en la ventana que, quien sea que haya entrado en el departamento, había roto. Piensa en sus dos sospechosas y siente lástima por ambas. Si fuera Gloria la desequilibrada que asesinó a Syd y que entra en el departamento de vez en cuando, sería una lástima por ella, pues significaría que ha perdido completamente la cabeza. ¿Por qué Logan piensa en ella como una sospechosa? Pues porque es la única persona, aparte de él y su familia, que conoce bien la disposición del departamento; además que si alguien quisiera hacerle daño a él o a su familia no podría ser otra persona que la culpable del asesinato. Y sería muy extraño que la otra muchachita sospechosa, o que cualquier otra persona que pueda ser culpable, estuviese enterada de sus investigaciones. Es por eso que Gloria es una sospechosa.

Se queda mirando las fotografías de un caso del día anterior y medita acerca de la posibilidad de que sea la muchachita la culpable de todo. Estaría condenada, porque seguramente se trata de una mujer joven y con mucho futuro por delante.

No falta mucho para la hora de almuerzo y Logan piensa en las cosas que María y Gloria hablaron sobre el lago maldito. Ahora él le preguntará a su jefe qué es lo que sabe. Quizá, por su edad, tenga un panorama más claro respecto a esas leyendas extrañas y pueda echarle una mano contándole todo lo que sabe. Se le acerca en el almuerzo.

—Señor, ¿usted sabe si es verdad que al barrio de Blue Lake en el pasado le llamaban Wicked Lake?

—¿Qué estás investigando ahora, Logan?

—Solamente me da curiosidad... —la mirada seria del jefe se clava en el rostro de Logan, por lo que trata de dar una explicación un poco más convincente—. Sucede que mi cuñada, quien vivió aquí muchos años, nos contó eso a mi mujer y a mí y creemos que nos los dijo para alejarnos y para que le devolvamos el departamento en el que ahora vivimos.

—En realidad no lo sé, Logan. Nunca había escuchado esa historia. —Vuelve a mirarlo con seriedad y continúa hablando—. Lo que sí puedo decirte es que me han contado que en el pasado los nativos realizaban sacrificios para el lago.

—¿Quién le ha contado eso?

—Hay muchas leyendas al respecto.

—¿Cómo cuál?

—Por ejemplo, sobre la virgen que, para librarse de ser sacrificada, asesinó a cien hombres.

—¿Y quién le contó esas historias?

—Mi abuela. A ella le gustaban mucho esos cuentos. Recuerdo varios de los que me contó.

—¿Y cómo los conoce ella?

—Conocía. Murió hace varios años ya.

—Lo siento.

—Ya pasó el tiempo. Pero, volviendo a tus preguntas, no lo sé. Ella simplemente me contaba esas historias cuando yo era pequeño. Quizá eran invento suyo. Pero siempre hablaba de sacrificios. —Mira nuevamente a Logan con seriedad—. ¿Sabes? No deberías creer ni un poquito en esas tonterías. Si tu cuñada te cuenta esas historias tan tontas deberías ignorarla. El lugar en el que vives es muy bonito, tienes suerte de haber llegado a Blue Lake. Que nadie te quite eso. Además, Logan, concéntrate en el trabajo porque tus investigaciones no están dando ningún resultado y yo creo que quizá estás mezclándolas con otras investigaciones nimias que nada van a aportar a nuestra labor.

—Está bien, jefe. Dejaré esas ideas a un lado. Pero, solamente para que lo sepa, las investigaciones que realizo van por buen camino y no las estoy mezclando con nada. Solamente que lo vi y creí que usted podría responderme esa duda que mi cuñada me metió anoche.

El jefe de la división de homicidios comienza a pensar que Logan está un poco loco, pues sus investigaciones son muy raras y, si bien Clarks facilita algunas pistas razonables, rápidamente se contradice con otras que no son nada coherentes o con pistas que solo destacan rasgos muy nimios sobre los investigados. Ya no sabe qué hacer con él; parece un tipo inteligente, pero quizá está obsesionándose mucho buscando una respuesta que no existe y eso está afectando su cordura. Está convencido de que es mejor buscar a otra persona que atienda los casos que están todavía abiertos —pues cree que las sospechas de un asesino en serie no son tan descabelladas— y que esa persona debe ser quien investigue el caso del asesino del muelle.

El resto del día transcurrió lentamente para Logan. Con tantos interrogantes dándole vueltas en la cabeza y con la pena de haber tratado a su esposa como una loca, se mantuvo toda la jornada laboral un poco desenfocado. ¿Debería ser sincero con María y contarle sobre sus sospechas, o sería muy traumático?

Charles durmió toda la tarde, solamente se despertó para comer rápidamente la sopa de pollo que su esposa le preparó y le llevó a la cama. Después de eso no dijo ni una sola palabra a nadie y no se levantó para absolutamente nada.

María dio vueltas por toda la casa buscando huellas o señales que alguna persona ajena al departamento hubiera podido dejar, pero no encontró nada. Fue así que comenzó a darle vueltas a la historia que su hermana le había contado; pensándolo bien, no era tan alocada. Había escuchado, alguna vez, sobre cementerios incas en América Latina y cómo las "malas energías" se quedaban en estos lugares. Se dio cuenta de que la historia de su hermana y sus sospechas respecto a energías era mucho más coherente que su idea respecto a fantasmas. Desesperada por hallar respuestas, llamó a Gloria para preguntarle más cosas sobre Wicked Lake y ella le contó absolutamente todo lo que pudo recordar.

***

En la noche Charles se despierta un poco aturdido y le pregunta a su esposa la hora. Ella le dice que ya son las siete de la noche y él se siente un poco inútil por haber dormido todo el día. Grace intenta animarlo con abrazos y besos, pero él se muestra frío e impávido, parece no querer tener ningún tipo de charla o contacto con nadie.

Grace se resigna a cenar sola con sus hijos después de ver a su esposo en tan mal estado, sabe que él no irá a comer con ellos. Él aprovecha su soledad en la habitación, saca su diario del lugar en el que lo tiene escondido y vuelve a escribir llenando páginas y páginas. Escribe tanto que pierde la noción del tiempo. La comida que Grace le ha llevado se enfría. Cuando ella entra a recoger la charola lo encuentra escribiendo frenéticamente. Los dos se miran con incomodidad, entonces él cierra el cuaderno con nerviosismo y ella se limita a recoger las cosas en silencio, ni siquiera le pregunta cómo se siente. Le molesta mucho ese diario ahora que se atrevió a abrirlo.

Mientras tanto Logan vuelve cansado a su hogar y, después de la cena, trata de hablar con María para arreglar las cosas.

—Mi amor. ¿Cómo has estado? ¿Cómo estuvo tu día? —le pregunta mientras la toma por la cintura para llevarla a la sala. Quiere tener una conversación tranquila.

—Busqué huellas —dice ella con un tono cortante sentándose en el sillón más grande.

—¿De qué hablas?

—De los ruidos que tú no quieres investigar.

—Preciosa, te voy a decir la verdad. —Se levanta del sillón en el que está sentado y se arrodilla frente a su esposa. Ella se muestra indiferente ante ese gesto—. En realidad, lo que no quiero es que nuestra pequeña Kate se entere de que escuchamos estos ruidos.

—¿Y por eso me has estado tratando como una loca, Logan? —reclama María.

—Lo siento. Mi intención era la de proteger a la pequeña.

—Entonces, ¿por qué no me dijiste, en secreto, que tú también oías los ruidos extraños?

—De verdad lo siento, mi amor.

Kate está jugando en su cuarto. Sus padres pelean y ella no los escucha, está muy entretenida con su videojuego.

—Sabes que odio que me trates así, Logan —dice María en un tono muy seco. Su esposo se pone de pie acercándose a ella para abrazarla y ella lo empuja bruscamente para dejar el *living* e irse a sentar a una de las sillas de la cocina.

—Por favor, María. Entiéndeme —le dice él en voz alta.

—Dime, señor policía. ¿Qué cosas has estado investigando?

—Solamente las cosas del trabajo, mi cielo —dice Logan mientras se acerca a su mujer.

—No lo creo.

—Es verdad, María.

Ella se queda mirando seriamente a su esposo, a quien ya no puede creerle absolutamente nada. Él la mira fijamente, con los ojos un poco rojos y los labios contraídos.

—Me sigues mintiendo, Logan.

María se va enfurecida a su habitación y su marido se queda totalmente inmóvil en la cocina.

Logan no ha tenido un buen día, piensa que quizá sería agradable pasar un rato con su vecino, pero luego recuerda que está enfermo y se da cuenta de que no sería prudente visitarlo a esas horas. Tal vez si hubiera ido antes para ver cómo se encontraba y se hubiera quedado charlando un rato su visita no hubiera sido una molestia, pero ahora, seguramente, Charles necesita descansar bien y prefiere no recibir a nadie. Piensa en los dolores de estómago de su amigo y se siente un poco preocupado. ¿De qué podría tratarse y por qué cada vez son más frecuentes y más fuertes?

Grace lava los platos y ordena la casa para luego irse a dormir, su marido ya se ha acostado de nuevo. Está un poco perturbada por él. ¿Qué será aquello que le esconde? Deja la cocina totalmente limpia mientras piensa en Charles, entonces se va a la cama y se mete a su lado fingiendo dormirse inmediatamente. Esta noche no hablará en absoluto con él, tiene que guardar silencio para no meter la pata porque está realmente molesta con la situación.

El dolor de estómago de Charles se intensifica en la madrugada provocándole vómitos e impidiéndole dormir. Grace solamente abre los ojos de rato en rato para asegurarse de que su esposo no necesite nada de parte suya. Pero aquella situación cambia cuando, más o menos a las cuatro de la mañana, ella despierta y nota que su esposo no ha vuelto a la cama desde hace media hora o más. Grita desde la cama.

—¿Charles? ¿Amor? ¿Dónde estás? —Al no escuchar ninguna respuesta se levanta, se pone sus pantuflas y va a buscarlo por el departamento—. ¿Charles? ¿Te encuentras bien? —llega al baño y lo encuentra vacío, así que se dirige hacia el *living* y, al no encontrarlo ahí, comienza a desesperarse un poco—. ¿Charles? ¡Por favor, no me hagas asustar! —Entra a la cocina muy angustiada y lo ve sentado en el piso escribiendo en su diario—. ¿Charles? ¿Estás bien?

Él se sobresalta y se pone de pie.

—¡Grace! Lo siento, es que no podía dormir —afirma mientras cierra el cuaderno.

—Puedes encender tu lámpara y escribir a mi lado —le dice ella con un tono de voz muy dulce.

—Es que no quería despertarte —afirma él besándole la cabeza. Entonces las náuseas vuelven y corre al baño para vomitar. Grace se preocupa y lo espera en la puerta de la habitación. Cuando ve que él se dirige al lugar lo abraza.

—Necesitas descansar —le dice. Charles afirma con la cabeza y se recuesta en la cama abrazando su diario. Ella sigue insistiendo en obtener respuestas—. Deberíamos ir al doctor. Tu salud empeora cada vez más.

—No, Grace. Necesito dormir —le dice, pero ella insiste.

—Por favor, dime qué es lo que te sucede. —Su tono está más calmado que antes.

—Es mi estómago. He debido comer algo en mal estado —le responde él con la misma tranquilidad, pero sin soltar su diario. Grace no le dice absolutamente nada al respecto.

—¿Y por qué te fuiste a la cocina?

Charles comienza a sudar frío y se queda mirando a su esposa en silencio. No sabe qué responderle. Resignado decide cerrar los ojos y dormir, así ella no podrá preguntarle nada más y él no tendrá que enfrentarla.

***

La mañana del domingo, Charles se despierta y nota que el lado de la cama de Grace está vacío. Sus hijos siguen durmiendo y su esposa no está en ningún rincón del departamento. Abrumada por el estrés, Grace decidió ir a pasar tiempo con su nueva amiga, así que ahora está dando un paseo matutino por el muelle con María. Le cuenta sobre las actitudes de Charles el día anterior.

—Se puso muy, muy extraño, María.

—¡Es terrible! Los dos andan como locos y no entiendo las razones —dice María en un tono pausado, luego mira fijamente a Grace—. ¿Sabes qué es lo que creo?

—¿Qué?

—Que algo raro está pasando por aquí. Quiero decir, que una energía maligna está muy cerca a nuestros hogares.

—¿Energía maligna?

—Sí. ¿Te acuerdas de los ruidos que te conté y de mis sospechas?

—¿De los fantasmas?

—Sí.

—Me acuerdo, María.

—Creo que son energías malignas, no simples fantasmas. —Grace la mira un poco incrédula, por lo que María le explica un poco mejor—. Anteayer me vi con Gloria y me contó sobre una investigación que hizo hace un tiempo sobre nuestro barrio.

—¿Sobre qué iba su investigación?

—Sobre el pasado. ¿Y sabes qué descubrió?

—¿Qué?

—Que a esta zona de la ciudad la llamaban Wicked Lake.

—Pero, María, ¿qué tendría eso que ver con mi esposo? ¿O con los ruidos de tu departamento?

—Dime una cosa, Grace. ¿Alguna vez lo habías notado tan extraño?

—La verdad es que no. Pero no creo que se trate de una cosa como la que intentas decirme.

—¿Por qué? Es algo bastante posible, la verdad. Abre los ojos, Grace —dice María tomando a su amiga por los hombros.

Charles, mientras tanto, prepara el desayuno para sus hijos y mira el mensaje que le mandó su esposa una hora atrás diciéndole que se había encontrado con María y que iban a dar un paseo por la orilla del lago. A Logan le cuesta bastante despertar, pues tuvo sueños horribles que le hicieron pasar una noche terrible.

María y Grace se sientan al borde del lago, se quitan los zapatos y meten los pies. Los primeros rayos del sol están calentando el agua haciendo que su temperatura sea muy agradable.

—Es difícil de creer, Grace —insiste María—, pero debes tomarlo como una opción. Tu esposo está muy raro. ¿Sabes algo? Tienes que terminar de leer su diario.

—Sí, lo sé.

—Hay algo que está contando ahí y que no quiere que tú sepas.

—Estoy completamente consciente de eso, María. Pero es muy difícil abrir ese diario sin que él se dé cuenta. Todo el tiempo está con él en sus manos. Va a trabajar con él en su maletín. El día que lo hallamos en el cajón tuvimos suerte. Casi nunca se desprende de él.

—Debe ser muy grande el secreto que te esconde.

En el departamento de los Clarks, Kate está abriendo los ojos. Soñó cosas muy feas, así que llora y espera a que uno de sus progenitores vaya por ella.

—Princesa, ¿qué ha sucedido? —le dice Logan mientras se acerca a ella.

—¿Dónde está mamá?

—Salió un rato con Grace.

—Mentira.

La pequeña Kate llora mientras habla con su padre, no puede contener las lágrimas.

—Hijita. Te lo juro.

—¡Se la llevaron, papá! ¡Se la llevaron!

—¿Quiénes, amor? Tuviste una pesadilla, seguramente.

—¡Se la llevó esa persona sin rostro!

Logan se queda impávido escuchando las palabras de su hija. ¿Por qué sueña cosas tan horribles?

En el departamento de los Peterson, los chicos desayunan con su papá. Ambos están tan dormidos que apenas pueden entreabrir los ojos para mirar el mundo que les rodea. Su padre se ve mucho más sano que el día anterior y les ha preparado unos deliciosos panqueques. Ninguno de los tres habla en la mesa, cada uno parece estar metido en sus asuntos.

Grace y María reciben en sus rostros los rayos solares y se desabrigan un poco. La fría brisa del lago ya no sopla con tanta fuerza como hace unos minutos. A medida que el sol ilumina la ciudad, la temperatura se hace más cálida.

—¿Crees que quizá Charles esté poseído? —pregunta Grace sugestionada por las ideas de María.

—No creo que sea tan grave, Grace. Yo creo que, simplemente, hay algo en tu departamento. En el mío hay energías muy fuertes que producen ruidos y rompen cosas. Así que quizá en el tuyo hay alguna energía extraña que está deteriorando la salud de tu familia.

—Pero los chicos están muy bien.

—Charles es el más fuerte, por eso puede ser el primero.

—¿Qué debería hacer?

—No lo sé. Gloria está buscando soluciones para mí. Cuando las encuentre te avisaré.

De pronto una gigantesca nube se posa en el cielo tapando al sol. De ella se desprenden unas gotitas heladas. Las dos mujeres vuelven a ponerse sus abrigos para protegerse del frío. Es entonces que una borrasca sopla con mucha fuerza haciendo volar los zapatos de ambas por el aire. Ellas se ríen de la situación, pero de pronto la ventisca se hace mucho más fuerte y la nube que tapa al sol se pone muy gris. Tratan de correr, pero les cuesta moverse con tanto viento y sin zapatos.

Charles y Logan, cada uno por su lado, llaman a los celulares de sus esposas sin conseguir respuesta alguna. Comienzan a preocuparse por el viento y la lluvia.

El lago comienza a moverse bruscamente. Grace abre los ojos y mira a María asombrada. Les cuesta mucho caminar. Hablan a gritos, pues, de otra manera no se escucharían.

—¿Ves, Grace? ¡Hay algo extraño en esta zona y se está poniendo cada vez peor!

—Ya hubo lluvias fuertes por aquí.

Logan se viste y sale en busca de su esposa y de Grace. ¿Hasta dónde se habrían ido? ¿Serían lo suficientemente imprudentes como para seguir en el lago? ¡Ojalá que no! Charles sale pocos segundos después de su vecino, no se encuentran en el pasillo, pero sí en la puerta de entrada del edificio. Los dos tienen expresiones de asombro.

—¿Las viste? —pregunta Charles.

—No. Iré a buscarlas.

—¿Crees que deberíamos ir en el auto?

—No. Va a llover muy fuerte.

Salen del edificio al mismo tiempo y se encuentran con la borrasca que golpea los árboles casi desnudos de los alrededores. Están lo suficientemente abrigados para la ocasión. Caminan unos cuantos pasos y notan que el agua les llega a los tobillos. Para llegar al muelle hay que bajar un caminito, lo que quiere decir que el agua del lago ha subido lo suficiente como para tapar buena parte del muelle. Se apresuran para encontrar a sus esposas antes de

que la lluvia las arrastre hacia el lago, es entonces que las encuentran matándose de la risa, totalmente empapadas y sin zapatos. Ambos corren a abrazarlas y María aprovecha para reprender a su esposo.

—¡Te he dicho que este lugar está maldito y tú no has querido creerme!

Los cuatro entran en silencio al edificio, suben en el ascensor sin decirse absolutamente nada y se despiden en el pasillo de su piso. Cada uno entra a su hogar.

## Capítulo XV

El lunes por la mañana los Peterson se despiertan y vuelven a su rutina de todos los días. Al parecer, Charles se siente mucho mejor y ya puede volver al trabajo. Grace piensa en todas sus conversaciones con María mientras desayunan en silencio. ¿Habrá algo extraño en Charles, algo diferente? Trata de pensar cuándo comenzaron estos comportamientos raros y se da cuenta de que su marido siempre los tuvo, incluso cuando empezaron a salir, mucho antes de casarse. Algunas noches ella se preocupaba un poco porque llamaba al departamento de su novio y nadie le contestaba. Siempre que le preguntaba al día siguiente dónde había estado, él respondía que había ido a correr. Nunca sospechó absolutamente nada malo, solamente se preocupaba de que su novio anduviera solo por las calles a tan altas horas de la noche.

Cuando lo conoció se dio cuenta, rápidamente, de que era un chico un poco tímido, pero de buen corazón. Hablaba con mucho cariño de su tío Richard y lo ayudaba en todo lo que estaba a su alcance. Jamás le habló de su padre más que para decirle que había fallecido cuando él tenía trece años, y sobre su madre le dijo unas cuantas cosas, como que tenía el cabello negro y los pies pequeños, nada relevante. La timidez de Charles era, para Grace, una gran cualidad, pues la hacía sentirse segura de que no salía con otras mujeres y de que la amaba sinceramente, pues una persona tímida no va haciendo demostraciones de cariño a cualquiera. Le parecía también fantástico que a su novio no le gustara beber más que de vez en cuando, nada más fuerte que una cerveza, y que nunca se emborrachara; se sentía muy afortunada de haber encontrado a una persona así. Lo único que hacía que ella se sintiera un poco nerviosa era el hermetismo de Charles respecto a sus emociones. Muy pocas veces le decía si es que se sentía triste o nostálgico; pero ella, de todas formas, lo notaba.

A medida que la mañana transcurre, Grace se sumerge más en sus cavilaciones. Sigue sintiéndose incómoda por el comportamiento que tuvo el fin de semana. Después de que llegó junto a María al edificio, Charles se limitó a decirle que no estaba de acuerdo con que saliera sin avisar antes y que no le parecía muy inteligente que frecuentara el muelle cuando el invierno todavía no acababa. El domingo familiar transcurrió con normalidad, pero sin conversaciones de marido y mujer. Como llovía tanto y el lago había inundado parte de la zona en la que vivían, decidieron quedarse en casa viendo películas de Disney. Samantha se quedó encantada con sus padres y Chris miró amablemente la película que su hermanita había elegido.

Los lunes, como hoy, son un poco tristes para Grace, porque después de pasar un lindo domingo en compañía de sus hijos y su marido, tiene que volver a la rutina de quedarse sola haciendo el aseo de la casa y cocinando. Este lunes es diferente, porque se siente furiosa y está convencida de que su esposo le ha estado escondiendo algo terrible, y que ese algo está creciendo desproporcionadamente. Tiene la intención de revisar toda la habitación para ver si es que, para su suerte, Charles ha olvidado su diario. Si no encuentra el cuaderno comenzará a revisar los archivos de su marido en la computadora de la casa, quizá ahí encuentre información útil. Está decidida a investigarlo.

Recuerda lo que le dijo María. ¿Y si su esposo hubiese estado siempre maldito? ¿Tendría sentido? Nunca antes se había puesto a pensar en el pasado de Wundot Hills, menos aún en el pasado de Blue Lake. ¿Sería, realmente, un lugar maldito? Alguna vez había escuchado historias de ciudades enteras construidas sobre cementerios apaches, ciudades que tenían esparcidas por sus recovecos energías malignas y en las que sucedían cosas muy extrañas. Había escuchado también sobre ríos que, según los antiguos habitantes de sus orillas, estaban vivos y pedían, de cuando en cuando, sacrificios humanos, o simplemente los tomaban sin la necesidad de recibirlos de parte de humanos. ¿Podrá el agua también tomar almas? Cree que Charles siempre tuvo algo raro, que era muy leve, y que ahora, con el tiempo, se ha

intensificado. Cree que quizá puede tener todo que ver con la desaparición de Syd. Es posible que esa noche alguna cosa extraña hubiera despertado en Wundot Hills y hubiera enloquecido a Syd llevándolo hasta el agua.

Se acerca al cajón cruzando los dedos para encontrar en ese lugar el diario de su esposo. Para su suerte hoy está ahí. Lo toma entre sus manos con nerviosismo y lo abre en una página al azar:

*"24 de junio*

*Hay muchas cosas que me recuerdan a mi padre y me hacen sentir miserable. Por ejemplo, el olor a alcohol. Es por eso que no puedo tomar ni una sola copa por su culpa y me limito a beber cerveza. Nunca en mi vida he llegado a emborracharme, me daría mucho asco parecerme a mi padre.*

*Hoy conocí a un hombre horrible. Entró a la ferrería junto a su esposa y su hija adolescente a las seis de la tarde. Su cuerpo emanaba ese olor a alcohol que siempre me ha causado repugnancia. Hablaba con poca claridad y le gritaba a su hija. Tuve que atenderlos controlando mi rabia. Era un tipo barrigón, llevaba un suéter que alguna vez debió ser azul, pero se veía gris. Tenía la barba bastante crecida y una cabellera abundante. Tanto su hija como su esposa lo miraban con miedo. Me hizo pensar en mi progenitor.*

*El tío Richard intervenía y nos defendía de mi padre, pero luego de que mi madre lo botó a palos de la casa por golpear a su esposo, él no volvió hasta que sucedió lo inevitable, la muerte de papá. Algún día tendré coraje para escribir sobre ese suceso.*

*El tío Richard era mi héroe cuando yo era pequeño, hasta que lo perdí de vista por completo cuando tenía ocho años."*

Derrama lágrimas mientras lee y cuando termina no quiere seguir haciéndolo, por lo que guarda el diario en el cajón y cierra con llave. Después se da cuenta de que su esposo, dos días atrás, había abierto el cajón sin la llave. Comienza a sentirse un poco insegura, pues nota que su marido, en primer lugar, tiene una copia extra de la llave, y, en segundo, seguramente ha descubierto que su copia original no está en el lugar que la había dejado. Trata de pensar en otra cosa y entonces, insatisfecha por lo investigado hasta el momento, se dirige a revisar los archivos de la PC de Charles.

Con la computadora ya encendida, Grace se dirige al escritorio y abre todas las carpetas de su esposo. Encuentra presupuestos para la casa, un archivo de ahorros, distintas propuestas de logos para la ferretería, algunas fotografías de la familia, un par de juegos y unos cuantos archivos que contienen letras de canciones. ¡Nada realmente relevante! Busca, por si acaso, en las carpetas de Chris. Encuentra muchísimos juegos, tareas para la escuela, fotografías de su hijo junto a sus amigos, imágenes de Messi y de Cristiano Ronaldo, videos musicales, etc. Entonces, en medio de ese caos, se encuentra con algo que llama su atención. Es una carpeta con el nombre "7" que está guardada dentro de la carpeta en la que Chris guarda las fotografías de futbolistas. Impulsada por la curiosidad la abre y se encuentra con una sola carpeta dentro de esa carpeta, esta tiene el nombre "x". La vuelve abrir y se encuentra con otras dos carpetas más, hasta que llega a una imagen que tarda en cargarse y que, cuando por fin se hace visible, muestra a Carmen Electra en un cortísimo traje de baño. Se sonroja y cierra con nervios la fotografía.

Después de husmear en todas las carpetas del ordenador, Grace se da cuenta de que, por el momento, no tiene absolutamente nada más qué hacer, pues no tiene el coraje para seguir leyendo el diario. Va a tener que esperar alguna otra oportunidad para investigar a su esposo. Piensa en las cosas que él siempre le dice sobre la infidelidad y se tranquiliza un poco, pues Charles es un hombre serio y le repugna la idea de ser infiel. Se acuerda de cómo odiaba los gritos de Syd y de cómo se ponía sumamente nervioso cada vez que lo oía. Luego piensa en lo que le contó sobre la muchacha universitaria y se abre una nueva interrogante. De pronto un rompecabezas comienza a armarse en su cabeza y logra calzar una historia que le parece

creíble: a Syd sí lo mataron, como ella y Gloria pensaron; es algo casi seguro. Muy posiblemente fue su amante quien lo mató y es esa misma persona la amante, también, de Charles. Como Charles no quiere divorciarse, la chica universitaria está cobrando venganza y lo está envenenando. Debe ser una psicópata. Esas conjeturas explicarían a cabalidad el comportamiento de Charles, además de su terrible estado de salud física y el hecho de que supiera que su vecino difunto tenía una amante.

La mente de Grace comienza a dar vueltas atando cabos en la historia y generándole malestar. No le gusta ser paranoica, nunca lo fue; pero ahora las cosas apuntan a que todas estas situaciones son posibles y eso, simplemente, la vuelve loca. Su esposo ha estado actuando raro. En realidad, siempre ha actuado de manera extraña, pero sus rarezas pasaban desapercibidas; ahora se han hecho muy notorias. La mujer desconfía de su marido. Piensa en las cosas que se enteró leyendo el diario, en todas las cosas que Charles le escondió sin motivo alguno. Ahora está segura de que no puede confiar para nada en él.

***

Temprano en la mañana, después de hacer sus ejercicios, Logan notó que la ventana de la cocina estaba entreabierta. Se estremeció al pensar que alguien había estado merodeando dentro del departamento. Se sirvió un vaso de agua y le sintió un sabor extraño. Susceptible por todas sus sospechas lo escupió inmediatamente y decidió llevar la botella familiar al laboratorio de la policía para que la revisaran. Sacó un energizante de la heladera y luego se alistó para ir al trabajo. Antes de salir de casa revisó todo el apartamento para ver si hallaba alguna pista o alguna cosa fuera de lugar. Al notar que no había nada extraño bajó al garaje. Encendió el automóvil y este comenzó a andar, pero apenas salió del edificio se dio cuenta de que perdía el control del mismo. Salió del coche y, al revisarlo, notó que alguien había incrustado un clavo en una de las llantas. Tuvo que tomar el transporte público para ir a trabajar.

Ahora, en el trabajo, se encuentra muy preocupado por su familia y por sí mismo. Definitivamente alguien está tratando de hacerle daño. Mira taciturno las fotografías de los casos que llegaron en el transcurso de la mañana y se pierde en sus cavilaciones. ¿Por qué Kate se habría despertado diciendo cosas tan feas sobre su madre? Teme por la vida de todos. Lo peor es que las cosas que su mujer le dijo sobre Wundot Hills le dan vueltas por la cabeza. ¿Gloria podría estar tan loca como para inventar ese tipo de historias para desviar la atención de su hermana? Es una posibilidad que hay que considerar. Sin embargo, a Logan se le hace muy difícil juzgar el perfil psicológico de su cuñada por el aprecio que le guarda.

Hoy no le han llegado casos provenientes de su vecindario. Eso le dificulta la investigación personal que tiene, pues es como un día perdido en el que ningún dato ingresa a su bitácora para ser anotado.

En el almuerzo charla con uno de sus compañeros de trabajo, con quien no había tenido la oportunidad de conversar antes.

—¿Cómo te está tratando la nueva ciudad, Logan? —le pregunta el hombre.

—Bastante bien. Es un lugar bastante bonito y limpio.

—¿De verdad crees eso de Wundot Hills?

—Claro que sí. Me gusta bastante.

—¿No te han pasado cosas extrañas? —le dice el hombre guiñándole un ojo.

—¿Extrañas?

—Sí. Cosas raras e inexplicables.

Logan mira a su compañero con curiosidad. ¿Sería prudente preguntarle sobre el lago? ¿No parecería un loco si mencionara sobre las investigaciones de su cuñada?

—¿Inexplicables? ¿A qué te refieres, hombre? Me intrigas.

—Tú sabes.

—En realidad no.

—¿Las leyendas sobre el lago y las almas en pena?

—La verdad es que no lo sé. No tengo idea de qué es lo que me estás diciendo.

—Vamos, Logan. Te escuché hablar con el jefe el otro día. Él es un tipo muy serio como para saber de esas cosas. Yo te puedo contar algunas historias.

—¿En serio? —pregunta Logan casi susurrando.

—Sí.

—Hombre, ¿no te estás burlando de mí, verdad? —pregunta con susceptibilidad.

—Para nada. —afirma el hombre con un aire de seriedad. Es calvo y tiene los ojos muy grandes, por lo que sus gestos se notan a la perfección—. El edificio en el que vives fue construido por mis familiares —le afirma en voz baja a Logan.

—¿En serio?

—Sí. En realidad, casi todo Blue Lake. Mi abuelo compró esos terrenos a precio de gallina muerta.

—¿De verdad? —pregunta asombrado Logan.

—Sí. Tuvo que limpiar el lago y hacer muchísimo trabajo duro. Pero mira cómo quedó el barrio. Tú vives ahí. ¡Es una belleza! Valió la pena.

Logan se queda mirando a su interlocutor sin decir nada. No sabe si es que está bromeando o si le está contando cosas reales.

—Es muy extraño que lo digas —dice Logan.

—¿Por qué? ¿Te suena a película de terror, Logan?

—No es eso. Es que… es que…

—Es que no puedes creer que la zona más cara de Wundot Hills haya tenido terrenos tan baratos —le dice con algo de sarcasmo el hombre.

—En realidad es algo que me dijeron —confiesa Logan mirando al suelo—. Me contaron cosas que no creí sobre Blue Lake.

—¿Qué le llamaban Wicked Lake?

—Sí —afirma con asombro.

—Puedo contarte bien sobre eso —dice el hombre poniéndole una mano en el hombro a Logan—. Cuando era muy joven iba con mis amigos a emborracharme a la orilla del lago. Era un lugar deshabitado y no había ningún policía que nos dijera nada. Varias veces oímos cosas extrañas.

—¿Cosas extrañas?

—Sí. Quizá pudo haber sido efecto de la sugestión y el alcohol, pero los sonidos eran muy nítidos —el hombre gesticula bastante al hablar y sus ojos son muy expresivos, por lo que cautiva a Logan.

—¿Qué sonidos escuchaban? —pregunta Logan intrigado. Su compañero ya lo ha convencido de que vale la pena escucharlo.

—Escuchábamos voces, Logan.

Ambos se quedan mirándose seriamente, es entonces que termina la hora de almuerzo y tienen que volver a trabajar. Logan se queda un poco perturbado por la conversación con su colega. Gloria tiene razón y, por lo tanto, María también. Tal vez es hora de dejar su escepticismo y comenzar a creer. Quizá, incluso, es posible que, alejándose de su escepticismo, encuentre una respuesta a los asesinatos, una respuesta que le es imposible notar porque está pensando con demasiada racionalidad. Tal vez tiene que cambiar de parecer respecto a los sucesos sobrenaturales y las energías malignas. Además, su esposa hace ciencia, es doctora, ¿si ella cree en esas cosas, por qué no puede también creerlas él?

***

Esa noche Charles llega a casa bastante silencioso. No charla en la cena ni con sus hijos ni con su esposa, se limita a mirarlos conversar mientras come. Grace no tiene muchas ganas de preguntarle nada, pues siente que ya no puede confiar en él. Los chicos hablan sin parar, están felices y, en esta ocasión, es un alivio para sus padres escucharlos contarse tantas cosas. Grace mira a Chris y se acuerda de la fotografía de Carmen Electra, piensa si es prudente mencionarla. Decide no decirle nada, por lo menos no por el momento. ¿Cómo se excusaría por haber estado revisando los archivos de toda la familia en la computadora? Además, es mejor que la pequeña Samantha no escuche esa conversación, es demasiado joven aún.

Después de la cena, los chicos se levantan y se van a la habitación de Chris, él tiene algo que mostrarle a su hermana. Grace se queda recogiendo los platos en la mesa y Charles la ayuda en completo silencio. Impulsada por la situación incómoda del mutismo, la mujer decide entablar una pequeña conversación con su marido.

—¿Cómo te fue hoy en la ferretería, Charles?

Él se siente un poco atacado al escuchar que su esposa lo llama por su nombre, pues, generalmente, se dirige a él con apodos amorosos como "mi amor" o "mi cielo". Y las pocas veces que le dice por su nombre tiene un tono de voz dulce; ahora su voz es fría.

—Bien, mi amor. Muy bien.

—¿Alguna novedad? —pregunta cortante Grace.

—No. Tuve el trabajo de siempre.

—¿Cómo está tu estómago?

—Mucho mejor. Gracias por tus cuidados, linda. —Charles mira amorosamente a su esposa, quien le voltea la cara para concentrarse en los platos.

—Eso es bueno. Espero que dejes de comer afuera. Mi comida es buena, Charles. No entiendo por qué buscas alimento en otros lugares.

—Te juro que no lo hago. Y no es que tu comida me haya hecho daño, simplemente es que he estado bastante nervioso y eso ha removido mi estómago.

—¿Por qué estás nervioso? —Grace se da la vuelta para lanzarle una mirada inquisidora a su esposo.

—No lo sé, amor… —Charles se siente intimidado por cómo lo ve su mujer—, por el trabajo. Ha sido un poco agotador las últimas semanas, pero me hizo muy bien descansar el sábado. ¡Estoy como nuevo!

Grace se da la vuelta y vuelve a lavar los últimos platos que le quedan sucios sobre la mesa. Cuando acaba deja los guantes de látex sobre el fregadero y se va hacia su habitación. Pocos minutos después Charles aparece, coge su ropa deportiva y eso saca de sus casillas a Grace.

—¿Irás a correr después de haber estado tan enfermo? —le pregunta.

—Sí, mi amor. Necesito aliviar un poco el estrés. Sabes que el ejercicio me hace bien.

—Me parece una locura que salgas a correr en este frío después de haber estado tan mal del estómago.

—Iré muy abrigado. Mira

Le muestra a su esposa las medias gruesas que tiene puestas. Grace se queda mirándolo con algo de desdén. Es entonces que se da cuenta de que si su marido sale ella podrá leer con absoluta libertad su diario, pues, obviamente, si va a correr no tiene sentido que lleve nada extra. Se da la vuelta fingiendo ordenar algo en la cama y le responde a su esposo.

—Está bien, Charles. Tengo que confiar en ti y en tus capacidades de cuidarte solo.

—¿Estás enojada?

—No. Para nada. Simplemente estoy un poco preocupada por tu salud. No quisiera que te enfermes de nuevo.

—No me enfermaré, mi amor.

—¿Lo prometes? —mira a su esposo con ternura al decir esto.

—Lo prometo.

Charles se cambia mientras Grace lee una revista, le da un beso en la frente y sale del departamento. Ella tiene la intención de abrir inmediatamente el cajón del velador de su marido, y es entonces que escucha que Samantha llora en la habitación de Chris. Tiene que correr a ver qué es lo que ha sucedido. Camina por el pasillo y abre la puerta enfurecida.

—¡¿Qué ha sucedido, Chris?!

—Nada. Yo no hice nada. Sami se lastimó.

Samantha no deja de llorar y tampoco puede explicar lo que siente. Su madre se le acerca y le besa la frente. Chris está asustado, por lo que Grace entiende que, en esta ocasión, realmente él no es el culpable del llanto de su hija.

—Ya hijita, cálmate. ¿Dónde te duele? —Samantha señala su codo—. Ya, pequeña. Pasará. ¿Quieres ir al cuarto de mamá un rato? —Sami asiente con la cabeza mientras su madre le frota con delicadeza el codo. Chris mira la escena preocupado por su hermanita.

Ya en la habitación, Samantha se tranquiliza y comienza a contarle a su madre sobre el álbum de monstruos que su hermano le estaba mostrando. Después se acuerda de cómo se golpeó con el borde de la cama y su rostro cambia a una expresión de tristeza. Chris entra suavemente a la habitación de sus padres y pregunta si Sami se encuentra bien, ella se dirige hacia la puerta y abraza a su hermano mayor, luego vuelve a la cama para seguir charlando con su madre y Chris las deja.

Los minutos pasan y Grace comienza a desesperarse por leer el diario de su esposo, pero, al parecer, Sami está muy feliz charlando con ella. Mira su reloj y se da cuenta de que son poco más de las once de la noche, por lo que su hija ya debería estar dormida. Le hace notar la hora y ella comienza a hacer un berrinche. No tiene la más mínima intención de irse a su cama. Chris entra a la habitación creyendo que su hermanita está volviendo a llorar por el golpe que se dio con su cama, pero al darse cuenta de que su llanto es por no irse a la cama la regaña, según él para ayudar a su madre. Esto solamente empeora las cosas. La madre de los chicos pierde la cabeza, pues, por un lado, siente que va perdiendo totalmente el control sobre su familia y, por otro, tiene una necesidad urgente de abrir el cajón del velador de Charles.

Después de casi cuarenta y cinco minutos de pelea, al fin los dos hijos se meten en la cama. Grace entra a su habitación suspirando y escucha la puerta. Charles ya ha vuelto a casa después de correr.

## Capítulo XVI

Después de unos días, Logan tiene bastantes datos que le sirven para encontrar a la persona culpable del asesinato de su cuñado. Gloria queda descartada, pues se da cuenta de que todos los crímenes que suceden por su barrio tienen que tener un solo autor, y su cuñada no puede ser porque ya no vive ahí y porque descubrió que hubo crímenes cuando ella estaba de visita en su casa de Cheverdale. La sospechosa principal es la amante de Syd. Comienza a pensar que la muchacha es también amante de Charles, pues el otro día espió una conversación de María y Grace en la que pudo entender que la última tenía esa sospecha y que la chiquilla estaba envenenando a su marido en venganza por no divorciarse. Es terrible, pero de esa manera todo tendría sentido. El deterioro de la salud de su vecino, el nerviosismo de este al hablar de ella y el hecho de que él supiera sobre ella antes de que Gloria lo mencionara a cualquier persona. Lo único que no calza con sus sospechas, y que le cuesta explicar, es la razón que tiene la muchacha para envenenar a Charles, a diferencia de sus otros amantes. ¿O quizá es un paso previo a darles muerte? ¿Hacerlos sufrir?

Después de los análisis realizados en el laboratorio criminológico de la policía, se llegó a la conclusión de que la sustancia con la que se había mezclado el agua de mesa de los Clarks era anticongelante, un terrible veneno que deteriora el sistema nervioso y los riñones. Aquel dato lo dejó horrorizado y no pudo pegar el ojo durante tres o cuatro días, atento a escuchar algún ruido fuera de lo normal. Fue entonces que comenzó a investigar más a fondo sobre la amante de Syd, por lo que comparó las descripciones de Charles con las fotografías de todas las mujeres entre los dieciocho y treinta años con las características físicas descritas y que residieran en albergues estudiantiles cerca a Blue Lake. Sus tres sospechosas son Tina Acker, Audrey Kinsley y Melissa Wyght. Se inclina más por Tina, pues es la que tiene mejor aspecto de las tres, a pesar de que las tres son mujeres muy sensuales y llamativas. Además, ella es la que tiene la piel más pálida, por lo que calza mejor con la descripción de su vecino.

Siguió preguntando sobre leyendas respecto al lago de la ciudad y quedó fascinado con algunas de ellas. Hace poco se enteró, por boca de la frutera, de una historia que llamó mucho su atención. Resulta que existe una leyenda sobre una mujer que, a fines del siglo XIX, se enamoró perdidamente de un hombre casado. Como su relación era prohibida la mantuvieron en secreto y su lugar de encuentro era aquel desolado terreno junto al lago. Una noche, su amante le prometió fugarse con ella y dejar a su familia. Se citaron en el lugar acostumbrado y ella lo esperó, pero él no llegó hasta muy entrada la noche; fue entonces que la llevó caminando hasta el lago, al que la empujó para deshacerse por completo de ella. La leyenda cuenta que su alma vagabundea por los recovecos de Blue Lake y que odia a los hombres, por lo que se les aparece en las noches cuando caminan solitarios. Seducido por aquella historia fabulosa, triste y macabra, siente la tentación de atribuir todas las muertes de hombres a aquel espíritu; pero le parece algo muy tonto y poco probable.

Está muy seguro de que el asesino es una mujer. Decide ser muy directo con su amigo Charles y, con las fotografías de sus tres sospechosas en la mano, pedirle que identifique a la chica. Leerá su lenguaje corporal y tratará de encontrar respuestas. Si ella fuera también su amante, él juraría guardar el secreto. Total, ya se han ganado cierta confianza mutua.

María, por su lado, investiga en la hemeroteca buscando noticias antiguas que hablen de Wicked Lake. Ha encontrado una pista interesante en un periódico del año 1978, como le dijo su hermana. Se trata de la noticia de que un excéntrico millonario quiere comprarse los terrenos baldíos que están cerca del lago. No habla del lago embrujado, simplemente dice que es un lugar deshabitado y que se encuentra en un estado terrible, que la restauración va a salir demasiado cara. Ha encontrado también, en un periódico de 1948, la noticia de que unos niños se perdieron a orillas del "lago embrujado". Tiene la esperanza de seguir encontrando pistas para comprender cuál podría ser la maldición que pesaría sobre este lugar.

Su esposo le ha contado sobre el agua de mesa con anticongelante y ha admitido, al fin, que estaba mintiendo respecto a los ruidos todo el tiempo, pues él también los ha escuchado las mismas veces que ella. Se armó una pelea que fue resuelta con muchos "lo siento" de parte de Logan. Él le explicó, cariñosamente, que tenía la sospecha de que quien entraba al departamento forzando los seguros de las ventanas era un asesino y no quiso meterles pánico ni a ella ni a Kate. María se molestó bastante al escuchar la verdad, pero luego decidió disculpar a su marido y contarle sobre todas las cosas que Gloria le había dicho respecto a Wicked Lake. Aunque él le comentó que no creía en ninguna de esas leyendas, le prometió que hablaría con algún especialista en ese tema para que revisara su hogar.

En la noche, Logan llega a su departamento y cena junto a su mujer y su hija. La relación de pareja ha mejorado bastante, por lo que el señor Clarks le dice, en confianza, a su mujer sobre las sospechas que tiene respecto al asesinato de Syd y la muchacha universitaria. También le dice que cree que Charles puede conocerla y que va a pedirle ayuda. María le pregunta por qué Charles la conocería y, al no recibir respuesta, deduce que su vecino puede haberle confesado a Logan que tiene una relación amorosa con la muchacha, lo cual confirmaría las sospechas de su amiga. Después de terminar la conversación deja que su marido vaya al departamento de enfrente e inmediatamente le manda un mensaje de texto a Grace contándole sus sospechas.

Logan toca el timbre y Charles le abre.

—Logan, ¿cómo estás? —lo saluda Charles un poco sorprendido.

—¿Cómo estás, Charles? —se estrechan la mano mientras se saludan.

—Todo bien.

—Dime, ¿estás ocupado?

—No, para nada. —Se rasca la cabeza y mira dentro del departamento—. ¿Quieres pasar? Te invito a un trago.

—¿Qué te parece si mejor vamos a charlar a otro lugar? Tengo que comentarte bastantes cosas —le dice mientras le guiña el ojo.

—Déjame despedirme de Grace.

Charles entra al departamento y le dice a Grace que saldrá un momento con Logan. Grace le dice que, por favor, no vuelva muy tarde y le da un beso. Charles vuelve hacia la puerta.

—Vámonos.

Mientras bajan por el ascensor, Logan le cuenta sobre las averiguaciones que hizo respecto a las leyendas acerca del pasado de Wundot Hills. Charles se limita a escucharlo, fascinado por aquellas historias fantásticas que parecen sacadas de una película.

Grace, que había dejado su celular en la habitación mientras acostaba a Sami, lee recién el mensaje de texto que María le ha mandado. Lo lee varias veces para cerciorarse de haberlo entendido correctamente. Agobiada al notar que no se ha equivocado, llama a su amiga.

—¿María?

—Grace, lo siento. ¿Cómo estás?

—No lo sé. ¿Estás segura? ¿Cómo sabes esto?

—Logan hizo un comentario que me llevó a pensar eso. No estoy 100% segura de que así sea, pero es mi mayor sospecha.

—¿Qué comentario hizo?

—Que le preguntaría a Charles quién es la muchacha porque, de seguro, él lo sabe.

—Bueno. Podría ser porque Charles alguna vez la vio junto a Syd.

—Tal vez sea eso, Grace. Tal vez. —Se hace un pequeño silencio en la conversación. Es entonces que Grace comienza a llorar del otro lado del teléfono, María trata de darle ánimos—. Querida, todavía no sabemos si es cierto, así que hay que tener un poco de paciencia. Dime algo. ¿Charles dejó hoy su diario?

El llanto de Grace es frenado por aquella pregunta. ¿Cómo no se había dado cuenta? Esta es su oportunidad. Los chicos están acostados, Charles no está y ha salido con nada más que su billetera y su celular. A pesar de que le preocupa que su esposo haya cambiado el seguro del cajón al notar que una de las copias de su llave ya no estaba en el lugar en el que la había dejado, hace el intento de abrirlo.

—Déjame revisar, María. —Abre el cajón de la mesa de velador de su esposo sintiéndose muy afortunada de poder hacerlo y encuentra el cuadernito. Se emociona mucho, aunque se queda un poco perspicaz, pues no comprende cómo es que su marido aún no nota la ausencia de una de las llaves—. ¡Aquí está, María! ¡Aquí está!

—Es tu oportunidad de leerlo.

—Sí. Ahora, antes de que lo abra, cuéntame cómo te va con Logan.

—Las cosas han mejorado bastante. Te contaré mejor después. Ahora, Grace, no debes perder más tiempo.

—Tienes razón, María.

—Hablamos después, cuídate.

—Adiós.

Ambas mujeres cuelgan sus celulares al mismo tiempo. Grace se pone de pie para asegurarse de que sus hijos no estén dando vueltas por el departamento. Al ver a Chris metido en cama y atento a un videojuego, y a Samantha dormitando, se dirige hacia su habitación. Está ansiosa y sumamente exaltada.

El café La rose es mucho más calmado que el bar, por lo que se convierte en la mejor opción para conversar para Logan y Charles. Se sientan y esperan a ser atendidos por la mesera. Después de ordenar, Logan inicia el interrogatorio amistoso.

—Charles, hombre, somos amigos, ¿verdad?

—Sí, lo somos —afirma él sonrojándose un poco. Se siente nervioso al hacer ese tipo de afirmaciones afectuosas.

—Te he contado sobre mis problemas con María y las sospechas que tengo respecto a Gloria.

—Lo sé, y lo aprecio muchísimo. Aprecio que confíes en mí.

—¿Tú confías en mí? —Charles se queda dubitativo mirando hacia la ventana—. ¿Charles?

—Confío en ti, Logan —dice sintiendo cierta vergüenza, pues, en realidad, no confía en nadie.

—¿En serio?

—¿Por qué lo preguntas?

—Tengo que preguntarte algo muy delicado.

La mesera los interrumpe para ponerles sobre la mesa el pedido. Charles siente algo de alivio, como si la campana lo hubiera salvado, pero inmediatamente su vecino retoma el interrogatorio amistoso.

—Se trata de la amante de Syd. —Charles comienza a sudar. —Creo que tú puedes ayudarme.

—¿Con qué, Logan? —se lleva el jugo de fresa que ha pedido a la boca.

—Antes, tengo que confesarte sobre una sospecha que tengo. —Charles vuelve a llevarse el jugo a la boca para no contestar. —Mira, sé que preguntarte esto es muy incómodo, pero… pero… —Logan no sabe cómo proceder, hasta que encuentra, finalmente, el valor—, pero algunas cosas me llevan a pensar que tú también sales con esa muchacha.

—¿Qué? —pregunta Charles asombrado.

—Perdona mi atrevimiento. Si es que mi sospecha fuera cierta, te juro no decirle nada a Grace. Y si me estoy equivocando, me disculpo contigo.

Charles se queda cabizbajo sin decir absolutamente nada. Posa su cabeza sobre ambas manos y se rasca el cuero cabelludo.

—Charles, lo siento —le dice Logan interrumpiendo sus cavilaciones—. Tal vez esto no es algo de mi incumbencia. Solamente pensé que, si esta sospecha mía es cierta, pues eso explicaría tus dolores de estómago. Tal vez la muchachita es vengativa y, sabiendo que tú no vas a dejar a tu esposa, trata de envenenarte. Pero…, pero, en fin, no me incumbe. Lo único que te pido, amigo mío, es que me ayudes a reconocerla.

—¿Qué cosas te llevan a pensar que yo salgo con ella? —El tono de voz de Charles es serio y seco. Su mirada sigue clavada en el suelo.

—Lo siento, hombre. No quería hacerte enojar.

—Dime. —Se yergue sobre el asiento y mira fijamente a su vecino—. Por favor.

—En realidad…, en realidad…, ay, hombre, no interesa.

—Claro que sí. Sí interesa.

—No. Ya no me meteré en tus asuntos —afirma Logan mientras enciende un cigarrillo.

—Te ayudaré a identificarla si me dices la verdad —afirma Charles muy serio—. ¿Por qué crees que yo también salgo con ella?

—Es que me parece muy extraño que te hayas puesto tan nervioso la primera vez que me la mencionaste —afirma Logan en un tono pausado y calmo, tratando de no encolerizar a su amigo—. Además que es la única explicación que le encuentro al deterioro de tu salud, que ella te esté envenenando.

—¿Hay algo más? —pregunta Charles con una mirada desafiante.

—Sí. Debo ser sincero contigo —dice Logan con determinación. —Mi esposa y la tuya tienen esa sospecha, las escuché hablando por teléfono y no estoy totalmente seguro, pero creo que lo mencionaron. —Charles mira fijamente a su amigo. Está muy serio e incluso un poco enojado.

—Mira Logan: los dolores de estómago son a causa del estrés. Y, solamente para que lo sepas, no tengo absolutamente nada que ver con ella.

—Está bien. Lo siento y te creo.

—No me importa, en realidad, que me creas. Me molesta que mi esposa no lo haga.

—Lo siento, Charles —le dice Logan poniéndole una mano sobre el hombro. Él, inmediatamente, se la quita y sigue hablando.

—La identificaré. Creo que tus sospechas de que ella es la asesina son acertadas.

Logan le muestra en su celular fotografías de las tres sospechosas.

—¿Cómo conseguiste estas fotos? —pregunta Charles.

—¡Soy policía! —le responde Logan guiñándole un ojo.

—Es ella —dice Charles señalándole la fotografía de Audrey Kinsley sin pensarlo dos veces.

—¿Estás completamente seguro?

—Sí. La recuerdo bien.

—¿Por qué antes no podías describírmela con precisión? —pregunta Logan mirando fijamente a Charles. Charles se pone muy nervioso e inventa algo rápido para salir del apuro.

—Soy malo describiendo personas. En realidad, soy malo describiendo cualquier cosa.

—Tienes que saber, Charles, que puedes confiar en mí. Si es que estuvieras saliendo con ella lo más prudente sería que dejaras de hacerlo porque, según sospecho, está chica está un poco mal de la cabeza.

—¿Asesinar a un hombre te parece estar un poco mal de la cabeza?

Logan mira sonriente a su amigo y lanza una carcajada. Luego los dos comienzan a reírse alegremente.

Grace sigue sin encontrar muchos rastros en el diario de su esposo. Casi todas las entradas son herméticas y llenas de omisiones, en ninguna de las que lee encuentra muchos

más detalles sobre su vida personal. Siempre repite sus afirmaciones sobre la terrible infancia que tuvo y sobre el odio que les guardó a sus padres. Casi no habla del presente, a excepción de las veces en las que afirma que se siente muy mal de no decirle la verdad a Grace. ¿De qué verdad habla? ¿Solamente de su infancia, o esconde algo más? ¿Será algo lo suficientemente grave como para que él no se lo cuente ni siquiera a su diario?

Un poco abrumada cierra el diario y suspira. Va a la cocina, se sirve un vaso con leche y vuelve a su habitación para continuar con su búsqueda, no puede darse por vencida. Es entonces que abre el diario en una página al azar y, milagrosamente, aparece una entrada que le proporciona un poco más de información. Es una entrada reciente.

*"14 de febrero*

*Cada martes 13 la gente cree que pueden pasar cosas terribles, es entonces el momento perfecto para darles la razón y asegurarse de que todo lo que ocurra sea horrible. Hoy la gente estuvo como loca en las calles. Vendí muchísima mercadería en la ferretería, vendí mucho más de lo que acostumbro vender. Es como si hubiera hecho un pacto con el demonio.*

*Es difícil saber si uno está haciendo las cosas correctas cuando a tu alrededor solamente hay maldad. Eso fue lo que me ocurrió a mí siempre. Quería ser una buena persona, todavía quiero serlo, pero las situaciones de mi vida nunca me permitieron diferenciar los actos buenos de los malos. A veces creo que soy el ángel guardián de la gente que me rodea, a veces creo que estoy poseído por el demonio. Este último pensamiento me aterroriza.*

*Todo empezó un martes 13, me acuerdo muy bien porque esa mañana mi madre nos despertó diciéndonos que tuviéramos muchísimo cuidado porque era un día de mala suerte en el que todo lo malo podría ocurrir. Al escuchar sus palabras yo pensé que no tenían sentido, pues cosas malas nos pasaban casi todos los días. A mi hermana la habían violado unos pocos días antes, y si eso no era algo terrible, no sé qué cosa podría serlo. Luego lo entendí.*

*Antes de intentar contar la historia sobre aquel martes 13, creo que me detendré a recordar algunos de los terribles sucesos que me hicieron pensar ese día que ya era suficiente y que nada más debía volver a pasarnos. Más o menos tres años antes de aquel horrible día mi padre asesinó a nuestra media hermana frente a nosotros, todo porque ella no era digna de vivir en la casa por no ser hija suya. No recuerdo si unos meses antes o después de aquel suceso mi padre golpeó a una vecina, todo porque había ido a visitarnos. La mujer era muy anciana y débil, por lo que, después de la golpiza, tuvo que estar internada varios días en el hospital. Nunca más la volvimos a ver por el barrio. Tengo que recordar también el día que mi padre golpeó tanto a mi hermano Mike que este se desmayó y no logró recuperar el conocimiento hasta varias horas después. Y, por si eso no fuera suficiente, también puedo pensar en el día en el que mi madre se emborrachó sola en casa y, por los efectos del alcohol, salió desnuda a la calle. Cuando mi padre llegó, también borracho, le rompió el brazo. Y, claro, cómo olvidar la violación de Christina. Ella tenía apenas ocho años en aquel tiempo, era una criatura. Llegó a la casa con el pantalón completamente ensangrentado y chillando de dolor. Mi madre estaba con alguna pastilla que no le permitía pensar y fue entonces que tuvimos que llevarla, yo y Mike, al doctor. En el hospital nos echaron la culpa, creyeron que nosotros seríamos capaces de hacerle ese terrible daño a nuestra pequeña hermana. ¿Si esos sucesos no eran terribles, qué más podría serlo?*

*Aquel martes 13 en la noche me di cuenta de que uno nunca ha caído lo suficientemente bajo. Aquel martes actué como un ángel, o quizá como un demonio. Cada vez que lo recuerdo me gusta pensar que era Dios quien me hablaba y me rogaba que hiciera lo que hice, aunque a veces me convenzo de que fue entonces que comencé a perder la cordura.*

*Ya estaba harto de todo, cansado de mi vida, hastiado de mi padre y de sus golpizas y gritos. Esa noche llegó más borracho que de costumbre junto a una mujer. La mujer era*

*gorda y vulgar, además de tener una voz fuerte y horrible que espantaba a cualquiera. Mi madre, convencida de que ese día sería malo, se había emborrachado sola. La mujer comenzó a golpearla burlándose de ella, mi padre se reía de la escena y fue entonces que yo me entrometí. Le grité, ya no recuerdo qué fue lo que le dije, pero él se enfureció y comenzó a golpearnos a mí y a mi madre. La mujer gorda salió de la casa aturdida por la situación. Yo trataba de luchar contra mi padre, pero no era lo suficientemente fuerte como para aplacar la rabia con la que nos pegaba en ese momento. Él enloqueció y me encerró con llave en la habitación que compartía con Mike para golpear tranquilamente a mi madre. Mis hermanos salieron a la sala y se pusieron a llorar, por lo que también comenzó a darles golpes a ellos. No sé de dónde saqué fuerzas para lanzarme contra la puerta y derribarla, pero lo hice. Corrí a la sala y, sin saber qué más hacer, saqué alcohol del baño, los fósforos de la cocina, corrí hacia mi padre para darle una patada y le prendí fuego. Mi madre y mis hermanas corrieron fuera de la casa.*

*Nunca había podido recordar con tanta claridad ese día, hasta ahora que también fue martes 13 y salí de casa…*

*La imagen de mi padre en llamas se grabó para siempre en mi memoria. Cada vez que la visualizo siento algo de placer y, a la vez, un extraño remordimiento.*

*No recuerdo muy bien qué fue lo que ocurrió después. Creo que fueron los bomberos a ayudarnos y el tío Richard apareció. No puedo recordarlo con precisión.*

*Desde entonces, cada martes 13, pienso que la gente está predispuesta a empeorarlo absolutamente todo. Las personas son malas y esa maldad es lo que las hace temerosas.*

*Solamente confío en Grace. Ella es un verdadero ángel. Quisiera contarle toda la verdad, decirle absolutamente todo, pero estoy muy seguro de que nunca me perdonaría. No podría aguantar el hecho de que maté a mi propio padre."*

Grace se queda impávida después de leer esa entrada, no puede creerlo. Simplemente no puede creerlo. Nunca imaginó nada de lo que leyó. Ni siquiera conoció a Mike ni a Christina. ¿Por qué su marido nunca se los habría presentado? ¿Habrían sobrevivido a aquel incendio? ¿Cómo habría sido capaz? ¿Cuánto habría sufrido antes de asesinar a su padre? Siente una mezcla de lástima y repulsión hacia su esposo. Lástima por todas las cosas que tuvo que pasar y repugnancia por el hecho de que tuvo el coraje para prenderle fuego a su padre. Quiere llamar a María para desahogarse, pero sabe que no tiene sentido, que no podría contarle tantas cosas.

Charles y Logan siguen charlando en el café La rose. Charles le cuenta sobre lo extraña que anda últimamente Grace y Logan le aconseja que hablen con sinceridad, que se digan todas las cosas que les molestan. Se les pasan las horas y, al notarlo, ambos se preocupan por llegar demasiado tarde a sus hogares. Piden, entonces, la cuenta y se van.

Logan está feliz porque al fin tiene los datos completos de su sospechosa principal: Audrey Kinsley. Ahora tiene que investigarla solamente a ella y ver qué es lo que hace día a día. Camino a su departamento le pregunta una vez más a su amigo si es que de verdad no tiene ningún tipo de relación con ella y él vuelve a contestarle, un poco molesto, que no.

Charles llega a casa y encuentra a Grace dormida, por lo que se acuesta a su lado, le da un beso en la frente y se duerme.

En realidad, Grace solamente está fingiendo estar dormida porque no quiere tener ningún tipo de conversación con su esposo. Sigue pensando en las cosas que leyó y en todas las incertidumbres nuevas que aquellas cosas le trajeron. Necesita más tiempo para leer el diario. No es una tarea fácil, pues, con cada dato nuevo se siente golpeada y un poco traicionada. Definitivamente su esposo no es la persona que ella creía que era. Ahora, además de sentir lástima y un poco de repugnancia por él, siente también miedo. ¿Qué tal si, en realidad, su esposo fuera un psicópata?

## Capítulo XVII

Logan está dispuesto a ir hasta la casa de Audrey Kinsley para investigarla un poco. Cree prudente seguirla por las noches, ya que en el trabajo no le permiten salir para realizar su propia investigación respecto a los homicidios. Su jefe dice que aún carece de pruebas y que, dado el tiempo que le está tomando, es mejor que no continúe y que se concentre en los casos que llegan todos los días. Cada vez que la ve en la puerta, ella está acompañada de alguna amiga o de algún hombre. Siempre la ve junto a tipos bastante mayores que ella. María sabe sobre la investigación de su esposo y cada vez que este vuelve a casa le pregunta cómo le fue, para ver si es que así confirma las sospechas que tienen respecto a que la muchacha es también amante de Charles.

Una noche, mientras Logan está estacionado frente al edificio de la muchachita, comienza a sentirse observado. Mira todas las ventanas de los alrededores y solamente ve algunas de las luces encendidas, nadie se asoma. Observa con atención las ventanas de los costados de su automóvil y nota que no hay nadie que lo mire desde afuera. Entonces, suspira y acomoda el retrovisor para ver por él. Se da con la sorpresa de que Charles anda corriendo por ahí. Sonríe y baja del vehículo. Cuando su vecino lo nota se sobresalta y lanza un grito, casi mudo, de horror.

—¡Logan!

—Charles, te encontré —le dice guiñándole el ojo.

—¿Qué haces aquí? —pregunta nervioso.

—Acércate y te cuento sobre mis investigaciones.

Charles obedece y se sube al automóvil de su vecino. Logan está muy entusiasmado y se le nota en el rostro.

—Cuéntame —le pide Charles recobrando el aliento.

—¿Vienes hasta aquí a correr?

—Algunas veces, Logan. Es un lugar bastante tranquilo, por eso me gusta.

—¡Me parece excelente que te ejercites! —afirma Logan poniéndole una mano sobre el hombro a su amigo.

—Ahora cuéntame —reitera Charles.

—Esta bien. Audrey Kinsley vive en este edificio. La he estado observando la última semana. ¿Sabes? Parece una chica muy normal.

—Seguramente que así lo parece.

—Pero he notado algo extraño en ella.

—¿En serio? —pregunta Charles.

—Sí. Cada vez que la veo acompañada de algún hombre me doy cuenta de que este es bastante mayor que ella. Y todas las veces que vine la encontré acompañada.

—¿Ella te vio?

—No. Es una chica un poco distraída. Es muy amigable. Creo que por eso seduce a tantos hombres.

—Sí. Y seguramente también por su físico.

—Indudablemente, amigo. Es una mujer bastante hermosa.

Justo en ese momento la muchacha sale a la puerta de la calle acompañada de un hombre que tiene alrededor de cincuenta años. Ella está bastante despeinada y el tipo se sube la bragueta. Ambos sonríen con cierta malicia.

—Sabía que no se contentaría solamente con un amante —afirma Charles.

—Es el tercero que veo hasta el momento —le cuenta Logan.

Los dos se quedan mirando a ambas personas en silencio. Entonces Logan vuelve a compartir sus pensamientos con su amigo.

—¿Sabes? Hay algo que me hace pensar que la asesina no es ella.

—No seas piadoso, Logan. Esa mujer está mal de la cabeza, hay que admitirlo.

—Es que… Al parecer su vida social es muy activa, no creo que, entre los estudios, los amantes y sus amigas, le sobre el suficiente tiempo como para planear asesinatos.

—Probablemente tiene alcahuetes, Logan.

—Es posible. Pero me parece un poco irreal.

—Así funcionan las mentes enfermas —dice Charles con un tono serio.

—No creo que esté enferma. Pienso que, simplemente, es muy sociable. Nunca vi a ningún tipo con facciones que correspondan a una fisionomía antisocial saliendo de aquí.

—¿Entonces, Logan? —pregunta Charles con preocupación—. ¿Si tu sospechosa principal, Audrey Kinsley, fuera inocente, volverías a sospechar de Gloria?

—Eso tiene menos sentido, hombre. Gloria no tendría razones para matar a tanta gente. Además, vive algo lejos. Hace tiempo que la borré de mi lista de sospechosos.

—¿No quieres seguir espiando a Audrey? —pregunta Charles—. Es que no me parece una persona de fiar.

En ese momento la muchacha mira el automóvil estacionado y, al notar la presencia de dos hombres, les sonríe coquetamente. Definitivamente, no tiene idea de nada de lo que se sospecha sobre ella.

—¿No la ves? Ni siquiera tiene la menor idea de quiénes somos. Si fuera ella la responsable, ya me hubiera reconocido. ¿O es que es tu amante?

—¡No! Nunca hablé si quiera con ella.

—Nos está mirando seductoramente —afirma Logan con seguridad. —Nos está coqueteando, Charles. Ella no puede ser culpable de las cosas que suceden en mi hogar; quizá sí de los asesinatos.

—¿Entonces quién, Logan?

—No lo sé, amigo —confiesa Logan con resignación y lanza un suspiro—. ¿Te llevo a casa? ¿O prefieres seguir corriendo? —le pregunta a su vecino.

—Llévame. Estoy un poco cansado. Creo que me excedí hoy.

—Sí. Aún te ves sudado —le dice Logan con una gran sonrisa en el rostro.

Llegan al edificio en poco tiempo y se despiden en el pasillo de su piso, entonces cada uno entra a su departamento. Cuando Logan entra a la casa, Kate ya está dormida y su esposa lo espera con la cena lista. Él le da un beso y ella le pide que le cuente qué más averiguó. Su marido le comenta sobre su encuentro con Charles, ella se muestra impávida, pero, en su interior, comienzan a formarse muchos interrogantes.

Charles entra muy cansado al departamento. Chris ya está dormido y Samantha sigue peleando con su madre porque no quiere dejar de ver televisión. La pequeña es persuadida por un solo grito de su padre de irse a la cama y no molestar más. Luego se dirige hacia la habitación matrimonial para ponerse el pijama. Grace va detrás de él. Entonces, Charles abre su cajón de calcetines y comienza a protestar.

—¡Grace! ¿Viste una llave por aquí?

—No, amor. Sabes que no toco tus cajones —le responde sin mirarlo a los ojos.

—Es que… —dice Charles revolviendo la ropa—, no la encuentro y yo la dejé aquí hace unas semanas.

—¿Qué hacía una llave en tu cajón de ropa? —pregunta Grace tratando de cambiar de tema.

—Es una llave especial que quería ocultar de los niños —afirma él con un tono firme—. Hay cosas que los chicos no pueden tocar en esta casa.

—Podías guardarla en un lugar menos caótico.

—¡Grace! ¡No la encuentro! ¿De verdad no sabes dónde está?

—No. No lo sé —miente ella.

Él se aleja resignado de su cajón de calcetines, se lanza sobre la cama y se quita los zapatos. Se ve muy nervioso a pesar de su resignación. Grace se acuesta sin prestarle demasiada atención. Es entonces que él vuelve a protestar una vez más.

—Espero que ninguno de los niños haya encontrado la llave. Tú estás aquí todo el día, eres quien los controla.

—No lo sé, Charles. A veces salgo y dejo a solas a Chris. Pregúntale a él sobre tu llave.

Enojado se quita toda su ropa deportiva y, a diferencia de otras veces, la deja al pie de la cama. Se acuesta y le toma mucho trabajo dormir, pues se queda pensando en las posibilidades de que uno de sus hijos tomara su diario. Le parecen catastróficas. Se duerme con la esperanza de haber movido él mismo la llave para esconderla en otro lugar.

En la madrugada, María manda un mensaje de texto a Grace contándole que Logan se ha encontrado con Charles corriendo muy cerca de la residencia de la tal Audrey Kinsley.

## Capítulo XVIII

María, afectada por su encierro en casa, decide ir de visita a Cheverdale unos días junto a Kate. Invitan a Samantha, para que la pequeña no se sienta muy sola. Una amiga las alojará en su casa. Al día siguiente de la partida de su familia, Logan se ve con más tiempo libre que de costumbre, pues está solo en casa, así que decide lavar su automóvil. Baja al garaje con una cubeta y un trapo, pero apenas enciende el interruptor de luz el foco se quema. Sube a su departamento para coger una linterna y tratar de arreglar el problema. Vuelve a bajar con la linterna y escucha pasos que se aceleran a medida que él se acerca al garaje. Busca, con la linterna, la procedencia de los pasos con mucho nerviosismo, tiene miedo de encontrarse con la persona que entra a su hogar para causarle daño, pues está desprovisto de armas.

—¿Quién anda ahí? —pregunta sin obtener respuesta. Sus manos sudan—. Soy policía y estoy armado. ¿Quién anda ahí? ¡Responda!

Los pasos cesan y absolutamente nadie le dice nada. Logan avanza lentamente por el garaje del edificio, esperando encontrarse con un hombre enmascarado. Es entonces que un ruido muy fuerte lo sobresalta. Lanza un grito de terror y entonces vuelve a escuchar los pasos que, esta vez, sigue. Cuando llega a las gradas que conducen a la planta baja se da cuenta de que ha perdido a la persona que sigue. Trata de alcanzarla con el ascensor, que, supone, es más rápido que una persona. Entonces, cuando llega a la entrada nota unas huellas de zapatillas. Las mide con su pie y les toma una fotografía con su celular.

Vuelve a su hogar muy asustado. Definitivamente alguien lo está buscando para hacerle daño y, lo peor, es que esa persona sabe dónde vive. A pesar del pánico que siente, enciende la computadora y se pone a trabajar, pues necesita hallar una solución rápida y en la oficina no le van a creer, pues cada vez que habla de sus propias investigaciones o de los atentados contra su vida, el jefe lo regaña y le pide que se concentre en casos reales. Enciende la computadora e introduce en una búsqueda de Google las huellas de las zapatillas que fotografió. Encuentra rápidamente el modelo y la marca. Busca en su memoria aquel tipo de calzado y, de pronto, se le viene a la cabeza haber visto a un hombre con esa vestimenta. Sonríe y suspira un poco aliviado.

Con un nuevo sospechoso en su lista se acuesta satisfecho y se duerme rápidamente.

A la mañana siguiente le cuesta un poco abrir los ojos. Ha soñado que lo mataban y eso le ha impedido un buen descanso. Decide que es tiempo de tomar cartas en el asunto y comentarle a su jefe sobre sus nuevas sospechas. Tiene que escucharlo al menos.

—Jefe, le habla Logan Clarks.

—Hola, Logan. ¿Te encuentras bien? Ya casi es hora de que entres al trabajo.

—Estoy de maravilla, señor.

—Me alegra muchísimo. Esperamos tu entusiasmo en la oficina.

—Le tengo novedades. Estuve investigando por cuenta propia…

—¿Qué?

—Que estuve investigando por cuenta propia al culpable de tantos asesinatos y creo que tengo pruebas suficientes sobre cierto sospechoso…

—Ven rápido, Logan. Te dije que dejaras esa investigación.

Cuelga el teléfono y va resignado a trabajar. Cuando intenta hablarle del tema a su jefe, lo encuentra de muy mal humor. No acepta ver las investigaciones de Logan.

Esa noche Logan llega a casa con una mezcla de rabia y de placer. Es verdad que en la oficina no le creen, pero él tiene el presentimiento de que, si recolecta absolutamente todas las pruebas y atrapa, por su cuenta, a la persona en cuestión, todos tendrán que, al menos, prestarle atención. Se sienta en su sillón y se da cuenta de un pequeño cablecito que se deja ver detrás de uno de los muebles del comedor. No lo toca. Está muy susceptible últimamente, sobre todo después de lo sucedido la noche anterior.

***

Charles y Grace se han distanciado un poco en los últimos días. Ella ya no confía mucho en su marido y él se ha vuelto más hermético, por lo que la comunicación entre ambos es, cada vez, más escasa y complicada. Ella piensa que él se está viendo con otra mujer, con la tal Audrey Kinsley. Él está un poco susceptible por la llave. Ya van varios días sin encontrarla y, a pesar de que no ha hecho el esfuerzo suficiente para buscarla, se siente muy nervioso.

Logan, que estaba un poco triste en su casa, decide pasar por su vecino y llevarlo a tomar unas cervezas al departamento, pues está vacío. Toca el timbre. Abre Charles.

—¡Logan! ¡Qué sorpresa! ¿Qué te trae por aquí? —pregunta con cierto desgano.

—Vine a sacarte un rato. Quisiera tomarme una cerveza contigo, ya que mi mujer y mi hija salieron de viaje.

—Claro que sí —afirma Charles mientras mira a Grace saliendo de la cocina—. Iré con Logan por unas cervezas —le dice.

—Está bien. No vuelvan tarde —dice ella con un tono cortante.

—Regresará temprano, querida Grace —interviene Logan—. Estaremos al frente.

—Qué les vaya bien —dice ella sin mucha emoción.

Los dos hombres van al departamento del frente en completo silencio. No ha sido un buen día para ninguno de los dos.

Grace, inmediatamente, va a la habitación matrimonial, abre el cajón y se da cuenta de que el diario no está ahí adentro. Se enoja y comienza a buscarlo por toda la habitación.

Logan, como siempre, es quien rompe el silencio.

—¿Cómo has estado, Charles? ¿Cómo van las cosas con Grace? —pregunta con cierta timidez—. ¿Hablaste con ella sobre lo distantes que estaban?

—No. No lo hice. La situación está complicada —afirma él.

—Es difícil, hombre. Pero tienes que intentarlo.

—Lo sé…, lo sé. ¿Cómo te va con María?

—Estamos mucho mejor desde hace varios días. Ya no me preocupa nuestra relación. ¿Sabes? Me preocupa ella.

—¿Ella? ¿Por qué?

—Ya sabes. Está sin trabajo y eso la tiene bastante frustrada. —Logan se queda cabizbajo pensando en su esposa—. Creo que le hará bien visitar a su amiga en Cheverdale. Necesita despejarse un poco. Además, después de todas las historias que Gloria le contó sobre el lago, dudo que sea muy grato para ella estar aquí, debe sentir miedo.

—Pobre, María.

Charles bebe lo último que queda de cerveza en la lata que tiene en la mano para taparse la boca, no sabe qué más decir.

—Tienes que hablar con tu esposa —le dice Logan en tono amigable.

—Sí —afirma él con un tono seco y cortante. Mira fijamente a su amigo.

—En serio.

—Lo haré. —Mira su lata vacía y vuelve a mirar a su amigo—. ¿Tienes más cerveza como prometiste, Logan?

—Claro que sí. Está en la nevera—le dice Logan con una sonrisa en el rostro—. Ve a buscar una para ti y otra para mí, por favor.

—Está bien. Ya vuelvo.

Charles se pone de pie y camina hacia la cocina.

Grace se desespera. Necesita seguir leyendo el diario. ¿Qué es lo que le esconde su marido? Se siente traicionada. Chris entra a la habitación de sus padres y ve que todo está desordenado. Su madre se sobresalta y voltea a mirarlo. Él no pregunta nada, solamente busca un cuaderno de la escuela que había olvidado ahí y se retira.

Logan se da cuenta de que su amigo está tardando demasiado en la cocina.

—¿Charles? Te estás tardando mucho, hombre. Ven para acá que te tengo buenas noticias que aún no te he contado.

—Ya voy, Logan. Espérame un momento —dice él mientras se acomoda bien los botines que lleva puestos.

—Pensé que te habías quedado dormido —dice Logan con una sonrisa cuando lo ve acercarse con las cuatro latas.

—Perdóname, me estaba amarrando los zapatos.

—Se te hizo difícil, ¿verdad? —dice Logan en tono burlón.

—Toma, bébete una cerveza —le dice a Logan pasándole una de las latas. Las otras las pone sobre la mesa.

—Gracias, hombre. Pero tranquilízate que tienes que escuchar mi historia antes de emborracharte. Además, cuidado con que tu mujer te vea en mal estado.

—Cuéntame tu historia.

—Atrapé al asesino de Syd. —Charles mira incrédulo a Logan, con los ojos bien abiertos y los labios contraídos—. ¿Qué sucede, hombre? ¿No me crees? Quita esa cara de sorprendido. Alégrate por mí. —Pero Charles no puede mover ni un solo músculo—. Se trata de un antiguo enemigo de Syd.

—¿En serio? —pregunta Charles incrédulo.

—Sí. Un tipo que había conocido en la secundaria y con quien tenía una terrible enemistad. Lo conocí el año pasado, cuando vinimos a visitar a Gloria.

—¿Vinieron? ¿Por qué no nos conocimos?

—No lo sé —dice Logan alzando los hombros—. Pero lo importante, querido Charles, es que ya tengo a un nuevo sospechoso y creo que con este tipo no me equivoco.

—Es increíble que lo hayas encontrado, Logan —dice con una sonrisa.

—Lo sé, lo sé. Brindemos.

Es así que ambos se terminan, casi de golpe, las latas de cerveza que tienen en las manos. Después se quedan conversando sobre trivialidades. Charles le pide a su amigo, un par de veces, que le cuente cómo fue que halló a ese sospechoso, él le dice que no quiere hablar de ese tema, que solamente quiere brindar. Se quedan varias horas conversando y bebiendo cerveza. Entonces, cuando están un poco ebrios, el señor Peterson le pregunta a Logan el nombre del sospechoso y él le dice el nombre de un tipo que Charles no conoce. Después de eso siguen festejando.

Ya entrada la madrugada, Charles vuelve a su hogar. Está un poco mareado, pero muy contento. Cuando entra a su departamento encuentra a Chris jugando videojuegos, le da un beso en la frente y le dice que se acueste, que ya es muy tarde. Él le hace caso. A su mujer la encuentra llorando amargamente.

—¿Qué pasó, mi amor? —le pregunta mientras cierra la puerta de la habitación y se le va acercando. Ella no contesta—. ¿Grace? ¿Mi amor?

Su tono es dulce y comprensivo. Ella no deja de llorar.

—¿Grace? ¿Qué sucede?

—¡Eres un idiota, Charles!

—¿De qué me hablas? —pregunta él asombrado.

—¡Dime la verdad!

—¿Sobre qué?

—Sobre Audrey Kinsley.

Charles se sienta al pie de la cama y comienza a frotarse la cabeza. Su mareo no le permite ordenar bien sus ideas.

—¡Amor! —le dice con dulzura—. No tengo ojos para otra mujer que no seas tú —le dice y le extiende la mano para que ella se acerque. Ella no hace caso, pues sigue llorando.

—¡Dime la verdad!

—No salgo con esa mujer. Y no me cansaré de decírtelo. No tengo ojos para otra mujer que no seas tú.

—No te creo.

—Por favor, mi vida.

—¿Cómo sabías su nombre y que era ella la amante de Syd? —pregunta enojada Grace—. ¿Y por qué Logan te encontró merodeando cerca al departamento de esa chica?

Charles se queda mirándola con los ojos bien abiertos. Ella lo mira inquiridoramente. Está furiosa. Ninguno de los dos dice absolutamente nada. Se quedan en silencio absoluto.

—¿Son verdaderas mis sospechas, Charles? —pregunta ella con desdén.

—¡Tranquilízate! Por favor. Hablemos mañana —dice él mientras se pone el pijama y se mete bajo las sábanas. Grace no deja de llorar, pero no insiste más.

A la mañana siguiente, Charles despierta completamente solo. Lanza un suspiro de resignación y se levanta de la cama. Encuentra a su esposa durmiendo en la habitación de Samantha. Trata de saludarla con un beso, pero ella lo esquiva.

—Lo sé todo, Charles.

Él la mira sin objetar nada. No sabe cómo convencerla.

## Capítulo XIX

Logan despierta algo mareado, pero muy contento. María y las chicas llegarán dos días después, así que él seguirá solo y podrá continuar con su trabajo sin intromisiones. Ahora tiene todo el tiempo para concentrarse.

Esa mañana, inevitablemente, Charles debe ir a la ferretería a trabajar. Chris pide permiso para ir a jugar fútbol con sus amigos, sus padres lo dejan. Grace, a las nueve de la mañana, al verse completamente sola, vuelve a revisar la habitación para probar suerte. No encuentra en ninguno de sus recovecos el diario de su marido. Es así que decide continuar su búsqueda en el resto del departamento. Está completamente sola y nadie la interrumpirá.

Se pasa más de una hora levantando y moviendo muebles. Encuentra un celular antiguo que Chris creía haber perdido, encuentra una muñeca de trapo de Samantha, algunos tornillos, pero no el diario. Va hacia la cocina, cree que es probable que lo encuentre en ese lugar. Antes de entrar mira en el piso un cuchillo para cortar carne. Nota que está muy filudo y se horroriza, pero, después de levantarlo y ponerlo sobre la mesa, continúa su búsqueda.

Finalmente halla el diario detrás del tacho de basura. Tiembla con él en sus manos y comienza a llorar. Después toma asiento, busca la última entrada leída y empieza a leer la siguiente.

*"17 de febrero*

*Todo empeora, todo da vueltas y vueltas, y cada vez me siento menos seguro de estar haciendo las cosas correctamente. Alguna vez creí estar seguro de hacerlo todo bien, pero últimamente el remordimiento le gana a mi autoestima y me siento encerrado en un callejón sin salida.*

*Mis paranoias crecen cada día más. Es difícil de explicar y me cuesta mucho poner en orden mis pensamientos. Pero empezaré diciendo que Grace ha estado diferente conmigo, las cosas ya no son iguales. La Grace con la que me case era una mujer sumisa y muy tranquila, pero algo ha ocurrido este último tiempo que la ha hecho cambiar mucho. No sé si se trata de cosas que yo estoy haciendo, o si se trata de su nueva amiga: María. Ella es una buena persona, pero se la nota mucho más fuerte y decidida que a Grace. Quizá es ella quien le mete ideas en la cabeza. Ya no sé cómo recuperar a la mujer con la que me casé. Es decir, no es que me disguste la nueva Grace, solamente que la siento más distante de mí que a la anterior y eso me duele bastante.*

*Mis hijos crecen y siento que no soy un buen padre. Chris ya va a cumplir catorce años y todavía no le he dado la famosa charla que todos los padres deben darles a sus hijos. Mi Sami crece llena de energía y felicidad, sin embargo, yo no estoy ahí para ella todo el tiempo. Hace unas semanas me preguntó por qué salía a correr tan tarde y yo me quedé completamente mudo. ¿Qué debería decirle? Ella es muy inteligente y se da cuenta de que algo no va bien, se da cuenta de que no es normal que tu papá se ausente en las noches mientras tu madre te hace dormir. Creo que los defraudo todo el tiempo.*

*Pero lo que de verdad me molesta es que no soy un buen hombre. Creí que podría serlo, pero no estoy ni cerca de eso. Miento, todo el tiempo miento. Le miento a Grace, les miento a mis hijos y me miento a mí mismo. Las cosas que hago no pueden ser buenas, no son acciones que un ser humano realice en su sano juicio. Creo que de verdad estoy enfermo, y no lo digo por mi salud física, sino por mi estado mental. Ya no me reconozco frente al espejo después de hacer ciertas cosas. Me siento terrible.*

*Maté a mi padre y no sé si realmente puedo perdonarme eso. Lo odiaba muchísimo, es verdad, y no lo odiaba solamente yo, sino que también mis hermanos lo aborrecían e incluso, quizá, también mi madre, pero matar a alguien es un acto realmente terrible. Maté a mi padre y me odio por haberlo hecho. Recuerdo sus gritos, recuerdo la ira que sentía mientras le echaba alcohol y recuerdo el placer desgarrador que sentí en mi estómago cuando le*

*lancé el cerillo. Cuando lo vi incendiarse me di cuenta de lo que estaba haciendo y fue entonces que todo se desvaneció. No recuerdo más.*

*Ayer en la noche, Logan, mi nuevo amigo, me mencionó sobre las sospechas que tenía de mí. Me dijo que creía que estaba saliendo con Audrey Kinsley. Cuando la mencionó, la imaginé igual de horrible que las mujeres que mi padre llevaba a casa en las noches, esas mujeres horribles a las que les tocaba los senos y a las que besaba con el aliento asqueroso que le dejaba el alcohol. ¡Qué mujeres más horribles! Audrey Kinsley no es tan vulgar como ellas, pero cuando Logan me la mencionó la visualicé así. Él no hallaba otra explicación a que yo conociera a esa muchachita. Tuve que mentirle. Le dije que la había visto unas cuantas veces de la mano de Syd. ¿Qué más podía decirle?*

*Hoy no fui a trabajar y eso hace que me sienta mucho peor. Soy un inútil."*

Grace llora después de leer aquella entrada. Al parecer todas sus sospechas son reales y Charles sale con Audrey Kinsley. No comprende las razones por las que no le cuenta a Logan la verdad, pero presiente que él quiere dejar la menor cantidad de rastros posibles.

Logan Clarks, mientras tanto, está en el trabajo. A diferencia del día anterior, hoy se encuentra muy feliz y decidido. Sus compañeros lo notan y piensan que se trata de otra de sus ocurrencias. No le preguntan nada, a excepción del hombre calvo que le contó sobre las leyendas de Wicked Lake. El señor Clarks le dice que está de buen humor porque así despertó y porque la noche anterior pasó una bonita velada junto a un amigo muy querido. No le dice absolutamente nada sobre las pistas encontradas, pues sabe que en la policía ya no lo toman en serio.

Grace, en su cocina, se seca las lágrimas y busca valor para volver a abrir el diario de su esposo.

*"18 de febrero*

*Es de madrugada y siento que no puedo seguir más con mis mentiras. He dormido todo el día, me he despertado en la noche, he escrito un poco y ahora no sé qué más hacer para pasar el tiempo. Se me ha ido el sueño, no voy a poder conciliarlo, es imposible.*

*Siento que voy a morir si sigo escondiendo las cosas. Ya no puedo más. No sé qué hora es, pero todos en casa duermen, incluso Grace que, amorosamente, ha estado atenta a mí todo el día. La amo muchísimo. En fin, todos duermen y yo estoy en la cocina, el lugar más alejado de las habitaciones. Creo que ahora sí me siento lo suficientemente libre como para contarlo absolutamente todo.*

*Empezó con mi padre. Absolutamente todo empezó con mi padre. A veces creo que no tenía otra alternativa, tenía que matarlo, pues si no lo hacía él hubiera matado a mi madre y quizá a mis hermanos. Sé que puede sonar como un simple y burdo consuelo, pero si no hubiera actuado como actué aquel día tal vez ni siquiera podría estar escribiendo estas páginas… Siento que eso hubiera sido mejor.*

*No recuerdo mucho de los primeros meses que viví con el tío Richard; cuando intento pensar en esos tiempos solamente me viene a la mente su voz áspera regañándome cuando me alteraba y peleaba con hombres que no conocía. Y es que, después de aquella horrible escena, sentí que no había terminado de aplacar la rabia que llevaba acumulada dentro de mí por tantos años. Cualquier actitud parecida a la de mi progenitor me hacía perder los estribos y entonces me ponía muy violento. Creo que golpeé a un par de hombres en aquella época, aunque no estoy seguro de haberlo hecho o haberlo imaginado. Mi tío no me dejaba hacer ninguna atrocidad.*

*Luego murió mamá. Yo había empezado a trabajar en la ferretería del tío Richard, ganaba un poco de dinero y podía ir al cine con algún amigo o entretenerme yendo a jugar* bowling. *Sentía que mi vida, y la de mi familia, habían mejorado y, al fin, habían tomado un buen camino; pero me equivoqué. Estaba tan ocupado aprendiendo a atender la ferretería y disfrutando de mi nueva vida que no me di cuenta de que mi madre se había vuelto*

*alcohólica. Ella nunca fue agresiva, por lo que no causaba daños cuando bebía, pero se deprimía mucho. No me enteré de eso hasta la tarde en la que llegué a casa y la hallé ahogándose con su propio vómito. Había estado bebiendo y aquel día se le pasó la mano. Mike me contó que no sabían cómo alejarla de la bodega del tío Richard.*

*Los años pasaron y mi tío me enseñó a controlar mis impulsos violentos. Simplemente me enfurecía ver que alguien se comportaba como mi padre. Me enfermaba, por ejemplo, cómo trataba el director de mi escuela a su esposa. Le gritaba todo el tiempo y, por si eso fuera poco, me enteré de que la engañaba con una de las chicas de la secundaria. Después de la muerte de mi tío investigué a ese hombre, pues lo había soportado muchos años, lo encontré y lo convertí en mi segunda víctima. Después de matarlo vi la sangre en mi pecho y me sentí horrible. En ese entonces ya salía con Grace y pensé que tenía que contárselo. Al final no me animé a decirle absolutamente nada. Tal vez haberlo hecho hubiera cambiado mucho el curso de mi historia."*

Grace no puede soportar el golpe. Es demasiada información. Su marido es un loco, un depravado, un asesino. Llora sin consuelo con la cabeza entra las manos, siente que su pecho va a estallar.

Charles, en la ferretería, se siente muy solo y triste. No sabe cómo explicarle a su esposa que no le es infiel, que nunca lo ha sido y que nunca lo sería. Entran algunos clientes que atiende con desgano. Hoy olvidó su diario. En todo el caos lo olvidó. Suerte la suya la de haberlo cambiado de sitio, temía que su esposa leyera algo.

La señora Peterson decide dejar de leer el cuaderno, pues no quiere enterarse de nada más. Sabe que lo que leyó le basta y le sobra para divorciarse de su marido. Deja el diario en el lugar en el que lo encontró y comienza a ordenar todo el departamento.

Se distrae un rato, pero termina antes del mediodía, por lo que se va al parque hasta que Chris regrese. Cuando su hijo mayor vuelve a casa, almuerzan y él, nuevamente, le pide permiso para salir; esta vez irá a la casa de un amigo para ver películas. Ella accede.

Grace vuelve a tomar el cuaderno de su esposo porque se da cuenta de que necesita saber más. Abre la siguiente entrada.

*"19 de febrero*

*Tardé unos meses más en volver a matar a otro hombre. El siguiente fue un tipo que frecuentaba la ferretería y que siempre llevaba a su hija adolescente, vivían solos porque su esposa había fallecido en un misterioso accidente. Corría el rumor, entre los vecinos de la zona, de que el tipo había matado a su mujer y que se tiraba a su hija, sometiéndola. Una noche me paré frente a su casa y escuché gritos de él y de su hija, luego lo vi salir borracho y furioso. Me abalancé sobre él y le quité la vida con una estaca puntiaguda que me había fabricado. Después me enteré de que su hija no era violada, como la gente decía, sino que era, simplemente, una adolescente malcriada. La madre se había suicidado. Me arrepentí muchísimo y decidí que, desde entonces, investigaría mejor a mis víctimas.*

*No recuerdo bien cuándo sucedió la siguiente vez. Creo que ya estaba casado con Grace, no estoy muy seguro. Pero de lo que sí estoy seguro es de que a la cuarta vez le siguió una quinta, a esa una sexta y así me fui convirtiendo en el asesino repugnante que soy ahora. Mi esposa es una mujer muy bondadosa y su corazón no admite la maldad, por lo que me es muy fácil mentirle, aunque eso me hace sentir realmente horrible. Le digo que voy a correr, que necesito relajarme, estirar las piernas. Al menos le digo una cosa verdadera, sí voy a estirar las piernas, pero no las mías, sino las de tipos despreciables. Creo que solamente me queda eso como consuelo, que los tipos a los que mato no merecen estar vivos.*

*Yo maté a Syd. No lo aguantaba. Gloria es una mujer encantadora, tal vez es un poco extraña y hermética, pero eso no le quita que sea muy amable. El tipo le gritaba todo el tiempo y además salía con Audrey Kinsley, una chica de veintidós años que tiene como pasatiempo principal salir con hombres que le doblen la edad y que, de preferencia, sean*

*casados. Debo admitir que es una mujer muy atractiva, pero tonta. Todavía es joven y no se da cuenta de lo que hace, no se da cuenta de cómo arruina su vida. ¿Cómo la investigué? Eso es de lo más fácil que he hecho. Los universitarios siempre te cuentan todo sobre sus compañeros, les encanta revelar información ajena. Fue una de sus supuestas mejores amigas quien me contó todo, solamente tuve que inventarme que Gloria era mi hermana y que quería saber en qué andaba el asqueroso de Syd quien, supuestamente, era mi cuñado. Ella habló sin parar de Audrey.*

*Mi nuevo amigo, quien está investigando todos los asesinatos del barrio, tiene sospechas de que es Audrey la asesina en serie. La historia de cómo se hizo mi amigo es muy extraña, pero me resulta práctico ya que desvío todas las sospechas de mí; aunque a veces no estoy tan seguro de que realmente sea así. Él cree que, si no es Audrey la asesina, es Gloria. Me siento un poco culpable al impulsarlo a pensar eso, pero, ¿qué más podría hacer? Tengo que cubrirme la espalda. Además, Audrey Kinsley se lo merece por andar jugando a ser la amante de tantos hombres. ¡Qué niña más tonta!"*

Grace derrama lágrimas sin parar. Realmente no puede creer nada de lo que está escrito en ese cuaderno. Al menos sabe que una de sus sospechas es falsa, su marido no sale con Audrey Kinsley. De todas formas, es realmente horrible para ella enterarse de que el padre de sus hijos es un asesino en serie, un psicópata que ha sido afectado por los sucesos que tuvo que aguantar durante su infancia. ¡Es espantoso!

Grace recobra el aliento a pesar de que no puede dejar de llorar. Se siente impotente y engañada, además de horrorizada. Toma valor y vuelve a abrir el diario en una de las últimas entradas. Nota que es del día anterior.

*"29 de febrero*

*Ahora si estoy completamente seguro de que las cosas se han arruinado por completo. Creí que podría librarme, pero no es así. Los micrófonos que instalé sirvieron de algo. Logan lo sabe todo, absolutamente todo. Lo escuché hablando con su jefe en la mañana, le dijo que ya sabía quién era el delincuente. Quisiera pensar que se equivoca y no sabe que soy yo el asesino en serie, quisiera pensar que atrapó al tipo equivocado, pero todo apunta a que sabe que soy yo.*

*Nos llevamos muy bien, pero no puedo permitir que arruine mi vida metiéndome a la cárcel y alejándome de mi esposa y de mis hijos. La siguiente vez que nos veamos, lo emborracharé, me las arreglaré para hacerlo beber más de lo que yo beba y lo mataré. No sé cómo eliminaré las evidencias. Puedo quemar mi ropa. No lo sé. En fin, eso lo pensaré después de matarlo. ¡Qué pena tener que acabar con la vida de un hombre tan digno y con un corazón tan bueno! Si tan solo no fuera policía…"*

Grace lanza el cuaderno espantada. No puede hacer otra cosa más que llorar, pues se siente impotente y desgraciada. Todo es peor de lo que ella pensaba, su marido no está, solamente, mal de la cabeza, sino que es un psicópata asesino. ¿Por qué mata a tanta gente?¡Debe evitar que Charles vuelva a matar! Aunque, en realidad, no sabe cómo hacerlo.

***

En la noche, Charles llega a casa y encuentra a su mujer llorando en la cocina. Piensa que lo hace por sus sospechas respecto a Audrey Kinsley, pero entonces mira su diario abierto sobre la mesa. Comienzan a resbalar de su frente gotas de sudor frío y no sabe cómo controlar su nerviosismo. Ella no deja de llorar.

Para Charles todo se hace muy confuso, no sabe qué hacer con su mujer. Tiene muchas preguntas en la cabeza. ¿Por qué Grace leyó el cuaderno? ¿Ya lo habría hojeado antes? La mira llorando indefensa y no sabe cómo convencerla para que sea su cómplice.

—Grace. ¡Nos vamos!

—¿Dónde?

—Nos vamos de aquí, lejos —la toma del brazo, le tapa la boca y se la lleva. Bajan al garaje, la mete al auto y arranca.

—¿Dónde me llevas, Charles? —le reclama ella con un tono de preocupación.

—Lejos.

Ni siquiera él tiene un verdadero plan. ¿Va a desaparecerla, va a matarla? No sería capaz de hacerle eso a una mujer, jamás. Y menos se lo haría a su propia esposa. Cuando llegan a una callecita oscura, alejada de Blue Lake, él la mira fijamente.

—Tienes que serme fiel, mujer.

—Charles. ¡Eres un monstruo! —ella se pone a llorar mientras lo dice—. Eres horrible.

—Ayúdame. Por nuestros hijos, por favor. Dejaré de hacerlo, buscaré ayuda. No quiero ir preso.

—Eres un monstruo —sigue llorando con las manos en los ojos.

—Quiero cambiar, convertirme en otra persona.

—No te creo.

—Hazlo por nuestros hijos, Grace. ¡Ayúdame! Por favor.

Se hace un silencio muy tenso. El tono de voz de Charles es dulce, pues no podría hacerle daño a su mujer. Ahora solamente le importa recuperar su amor y mantenerse fuera de la cárcel. Después de pensarlo unos segundos, que se hacen infinitos dentro del auto, ella asiente con la cabeza, él le da un beso en la frente y la lleva a casa. No tiene otra opción más que confiar en Grace. No sabe si va a poder cumplir su promesa y eso le preocupa, pero luego verá la forma de lidiar con eso.

## Capítulo XX

Después de aquel horrible episodio Charles decidió volver a ir al psicoanalista, se lo dijo a Grace y ella lloró. ¿Qué más podría hacer? María y las chicas llegaron y fue entonces que la relación entre familias que tanto había soñado Grace se hizo mucho más estrecha. Grace ayudó a María a conseguir trabajo poco después que ella regresó de Cheverdale. María no tenían más alternativa que aceptar la ayuda que la señora Peterson le había ofrecido. En realidad, Grace solamente buscaba limpiar su consciencia con ese acto, a pesar de que eso significara mantenerse en una eterna tensión por tener que guardar el horrible secreto de su marido. Era realmente terrible, pero no tenía más opción, solamente así se sentiría mejor consigo misma y con su silencio de complicidad.

El psicoanalista, después de pocas sesiones, convencido de que su paciente estaba simplemente estresado y lleno de una ira mal manejada, pero sin saber realmente lo que había hecho Charles, le aconsejó que empezara a hacer ejercicios para aliviar sus tensiones y para quitarse de encima toda la rabia que había estado acumulando por años. Fue entonces que decidió salir a correr en las noches. Grace, preocupada por los antecedentes, lo acompañó la primera semana, pero al comprobar que su marido mejoraba lo dejó en paz. Comenzó a confiar en él nuevamente, pero le había perdido todo el cariño que tantos años les había costado construir. Algunas noches Logan se quedaba en el departamento conversando con su vecina mientras su amigo se ejercitaba, otras, salía inmediatamente excusándose en lo cansado que se sentía. Grace se sentía agradecida con su vecino, pero al mismo tiempo no podía evitar la sensación de ser perseguida.

La relación de María y Grace se quebró un poco, pues la segunda no se sentía fiel. ¿Qué le contaría? La afinidad entre ambas era tan fuerte que terminaría confesándole aquel secreto que había prometido no contar. María se sintió un poco triste al notar la distancia de su amiga, pero se distrajo bastante después de que le dieron el trabajo en el hospital.

***

Una de las noches, Charles sale como de costumbre a trotar, pero algo que lo había tenido atormentado todo el día sigue dando vueltas en su cabeza. Había visto al prometido de una de sus clientas de la ferretería de la mano de otra mujer. Trató de ignorar el hecho, pero luego de aquella escena entró su clienta a la ferretería y volvió a contarle de lo feliz que se sentía con su novio, como cada vez que iba. Aquello, simplemente, hizo que se molestara y volviera a llenarse de rabia.

Después de cenar, Logan lleva a Kate a la cama, le dice que se duerma, cierra la puerta de su habitación y se encierra junto a su esposa en la cocina.

—María, sé que hemos pasado por muchas cosas y que no te gustaría que te siga escondiendo cosas. Pero tienes que dejarme salir esta noche y no preguntar nada —le dice Logan.

—¿Por qué, amor? ¿Qué sucede? —María se exaspera.

—Es un secreto, es algo del trabajo. Se trata del asesino…

—¡Creí que te habían quitado ese caso, Logan! ¿Te lo volvieron a dar? ¿Cuántos secretos me vas a esconder? —pregunta María furiosa.

—No me lo volvieron a dar, es por eso que no puedo contarte nada.

—¿Estás haciendo esto solo? ¿De qué se trata, Logan?

—Solamente déjame salir, por favor. Te prometo que cuando regrese y todo esto termine te contaré absolutamente todo lo que necesites saber.

María ve en los ojos de su esposo que realmente necesita ir detrás de aquel criminal y demostrarles a todos que es un buen policía, que puede hacer su trabajo bien y que siempre ha tenido razón, por lo que su jefe fue un tonto al dejar de creerle. Sabe que resolver este crimen

lo es todo para Logan y quizá sea el caso más importante de toda su carrera. Ella siempre ha estado a su lado y quiere lo mejor para él. Tiene que dejarlo ir.

—Cuídate mucho, Logan. ¡Te amo!

Marido y mujer se besan. Ella siente un pinchazo en el pecho y se le sale una lágrima amarga cuando lo ve irse hacia el ascensor.

Logan trota y, tal y como pensaba, ve a Charles. Se esconde de él y trata de pasar desapercibido, pero, aun así, intenta seguirlo.

Blue Lake es un barrio con las calles bastantes desiertas en las noches. Uno se encuentra a personas cada tres cuadras con suerte. A Logan le late el corazón con mucha fuerza, se siente nervioso y, al mismo tiempo, terriblemente abrumado. ¡Va a atrapar con las manos en la masa a su único verdadero amigo de Wundot Hills que resultó ser un asesino! Se alegra un poco de haber descubierto los micrófonos que él le había puesto en el departamento y de hacerle creer que había atrapado a otro tipo, pero al mismo tiempo siente cierto remordimiento por haber alargado tanto el proceso. Y es que tenía que recolectar unos cuantos datos más para estar totalmente seguro de que era él a quien buscaba y llevarlo ante la justicia con todas las pruebas necesarias para que recibiera justo castigo por todos sus crímenes. Pero ya es hora de atraparlo.

Lo mira correr y lo nota algo preocupado. Trata de esconderse con más rigor, pues si llega a ser visto antes de tiempo las consecuencias podrían ser terribles. Lleva su arma lista por si las cosas salen mal y Charles no se entrega. No quiere llegar a eso. De pronto ve como su amigo dobla hacia un callejón oscuro, siente muchísimo miedo de meterse ahí. Sabe que ese callejón no tiene salida.

Escucha risas, una de un hombre y la otra de una mujer, pero las risas se cortan poco después de que Charles entra al callejón. Unos segundos más tarde, sale una chica corriendo, se la ve espantada. Es entonces que Logan decide entrar con el arma cargada y en la mano. Lo ve a él, ve a otro hombre, un hombre joven, y siente temor. No solamente temor, sino también pánico. Le cuesta hablar.

—¡Alto ahí! ¡Arriba las manos!

La chica que sale corriendo escucha dos tiros que vienen del callejón en el que ella se estaba besando con su amante, un joven comprometido y pronto a casarse. Ella lanza un grito en medio de la calle, al grito le sigue un llanto amargo que despierta a varias personas del barrio. Salen mujeres, hombres, e incluso un niño. Todos corren a consolarla y a preguntarle qué es lo que ha sucedido.

# La Caída de una Diva

**(Serie de los detectives Goya y Castillo nº 1)**

# CAPÍTULO 1

Nunca se imaginó que moriría de esta forma. Lo cual, ahora, mientras su rostro se enrojece e hincha por la presión ejercida sobre el cuello, le parece fatalmente irónico. ¿Cuántas veces —y de cuántas maneras— no había muerto ya, sobre las tablas, o en un escenario, ante una cámara? Podría contarlas, pero no es el tipo de cosa que uno hace mientras es asesinado. Había muerto envenenada en el momento menos esperado, había muerto apuñalada por la espalda, también por un disparo, mientras protegía al amor de su vida... La lista no era precisamente corta.

Forcejea, intentando aliviar, así sea solo un poco, la fuerza que la ahoga. Se mueve de un lado a otro, con fuerza estrella a quien la ataca contra una pared, se quiebra un espejo, se cae un jarrón. Finalmente es elevada y cae de espaldas, sobre el atacante, quien no la suelta.

Ya era suficientemente difícil dominar su mente en condiciones normales. Aunque "normal" quizá no sea la palabra. A menos que sea la normalidad de los que beben directamente de la dorada ubre de la fama y el éxito. Incluso ahí, cuando todo parece estar bien, cuando uno creería que no hay nada de qué preocuparse... Si la vida no te da problemas, una misma se los inventa. Pero la gente sigue creyendo que una es intocable, una fortaleza impenetrable e invulnerable. Y así, la gente te sigue adorando. Pretender es un arte que nunca pasa de moda. Los actores lo saben de sobra. Más aún, las mujeres, las actrices. Vaya que sabemos sobre apariencias y vaya que sabemos sobre fingir. Conservar la figura, mantener la piel hidratada, hacerle creer que lo amas, cuando en verdad tu corazón se ahoga de amor por otro hombre. Pero actuar no es fingir, ni mucho menos pretender. Actuar es tener el permiso, la aprobación, para estar loca. Una demencia enmarcada, como un cuadro de Vincent van Gogh, o de Munch.

El brazo que envuelve su cuello redobla la fuerza. Lo aprieta un poco más. Su boca se abre y de ella salen sonidos extraños. Es imposible moverse. Desde el suelo, puede ver un lápiz labial todavía rodando, mientras mueve sus brazos, tratando de defenderse. Ahora siente el agua mojando la planta de sus pies, que se deslizan, buscando inútilmente un punto de apoyo. Piensa en sus flores. Aunque su vida se va apagando, sigue esperando que alguien grite "¡Corten!", o "¡Otra vez, desde el comienzo!". Que el director salga encabronado a reñirles porque hay un detalle de la escena que se les ha escapado, que no tiene vida, que no es verosímil. Curioso evento, la muerte: a la vez, lo único verdaderamente seguro, cierto, y por ello, real; y también, lo más inverosímil, lo que nadie termina de creerse.

Tampoco se imaginó que morir se sentiría así, realmente. Actuar no es fingir ni pretender, pero tampoco es la vida. Vida imitando vida, si acaso. Pero solo un fragmento, como el trocito de un espejo roto, el espejo donde se miran las celebridades. Varias veces visitó a personas que agonizaban para estudiarlas, grabar sus gestos, sus contorsiones. También miró grabaciones de suicidios asistidos. Se tomaba en serio su carrera. Quería llegar lejos, más lejos que nadie. Y lo estaba logrando. Pero ahora se encontraba en el umbral definitivo. Quien lo cruza nunca vuelve. Y si bien alguna de esas muertes fingidas le mereció el galardón de los críticos y la alabanza de sus colegas, nada de eso, absolutamente nada, la preparó para esto, para esta desesperación. El aire se acaba, sus fuerzas se escapan. El camerino se va despojando de sus vivos colores. "Aunque sea muero como una mujer de Hitchcock", piensa. El espejo donde se miran las celebridades es el mismo donde se miran las personas corrientes, las que nadie conoce, las que nadie recordará. Pero ven cosas distintas. Las últimas ven deseos, y las primeras, la ilusión de su satisfacción.

Si tan solo hubiera una cámara grabando esto. Qué importa morir, qué importa el crimen, qué importa el culpable. Pero la escena, esta escena... Qué perfecta es. O si al menos hubiera espectadores. Aunque sea uno. En fin, alguien que viera este *performance*. Sin duda se le pondría la piel de gallina, su corazón latiría rápido, respiración entrecortada. Si esta fuera la

escena final de la película, en el cine, no faltaría la mujer que tratara de esconderse tras su pareja, horrorizada. Y al finalizar, se levantaría de su butaca y aplaudiría. Con suerte, con lágrimas en los ojos. Las lágrimas (o las risas) de los espectadores son el verdadero premio. Cómo le hubiera gustado dirigir. Cine o teatro, o ambas. Acaso pueda permitirse esa fantasía ahora que todo llega a su fin.

La escena transcurre en silencio, las luces se van apagando y solo queda la principal, que los ilumina a ellos, los actores de la escena.

Sus brazos caen a los lados, sus piernas ya no se mueven.

Deja ir su último aliento.

Sus ojos quedan abiertos.

Fuera luces.

Telón.

## CAPÍTULO 2

Era de noche cuando llegó a la capital.

Llovía. No era una lluvia fuerte, pero era constante. No paraba y tampoco parecía aumentar o disminuir un ápice, como un mantra. La estación estaba atestada de gente de todos los tamaños, de todos los colores, de todas las edades; atestada de sonidos, risas, gritos, madres regañando a niños que lloran, hombres peleando por teléfono. Y sin embargo, el conjunto le daba la impresión de un movimiento controlado, sin exabruptos mayores. No se imaginó que hubiera tantas personas en medio de la semana. Pero suponía que así debía ser siempre en la capital. Al salir sintió el alivio del aire fresco, e incluso agradeció la lluvia mientras salía a la calle principal para pedir un taxi.

Cuando llegó uno, el hombre no pudo ocultar su sorpresa al ver el poco equipaje que llevaba.

—¿Eso es todo? —le preguntó.

—Sí —respondió ella, con parquedad.

Era claro que no era primera vez que estaba en la capital. No solo dijo al taxista a dónde se dirigía —una pensión de una señora entrada en años, barata, donde se quedaría provisoriamente— sino que también dio indicaciones sobre cuáles vías tomar para llegar más rápido. Sin embargo, la lluvia entorpecía todos los caminos, conocidos o desconocidos. El taxista trataba de hacer conversación para aliviar la pesadez del tráfico. Pero ella solo respondía con sonidos escuetos, lo mínimo necesario para hacer entender que estaba allí, que oía sus palabras. Realmente no le prestaba atención, pero esto al hombre le venía sin cuidado. Después de todo, no le preguntaba nada sobre ella. Ignoraba que, en realidad, ella no era de la capital y sería la primera vez que viviría en ella.

En su mente, repasaba lo que haría al llegar a la pensión. Seguramente tendría que intercambiar varias palabras con la dueña, contarle de dónde venía, cuánto tiempo pensaba permanecer, es probable que le ofreciera algo de tomar. Un té, probablemente, para recibirla en una noche lluviosa y fría como esta. Solo esperaba no perder mucho tiempo en esas minucias. Luego subir a su habitación—sería ideal tener al menos dos opciones—, ordenar sus contadas pertenencias y, de ser posible, enterarse de las noticias de la noche. Esto era lo que más le interesaba y se podía decir que todo lo anterior era solo algo por lo que había que pasar.

De sus pensamientos la sacaron voces de protesta y gritos de consignas. Esta era, precisamente, la razón por la cual le interesaban las últimas noticias de la noche. A lo largo de la última semana, habían muerto tres personas pertenecientes a minorías étnicas a manos de la policía. Los hechos habían sido grabados por testigos que, por alguna razón u otra, se encontraban en el lugar. Y a juzgar por la evidencia, las muertes eran totalmente injustificadas. Ella sabía que había defectos en el funcionamiento de la policía, que había oficiales corruptos. También sabía que esto ocurría desde siempre, pero nadie quería aceptarlo. Todos querían creer la mentira de que no existían el racismo, el sexismo ni la homofobia. Ni hablar de la comunidad transgénero. Y lo peor era que, en su mayoría, estos abusos de fuerza eran realizados por hombres blancos. Ahora mismo puede observar a unos oficiales que tratan de quitarle una pancarta a un grupo de mujeres. Oficiales blancos, mujeres negras. Esto puede ponerse feo. Decide quedarse en el lugar, así que le pregunta al taxista cuánto le debe, paga y se baja del auto.

Al acercarse más a la escena, puede distinguir lo que dice el cartel. “Un policía muerto no puede matarnos”, en grandes letras blancas. Ahora advierte que los oficiales se ponen más agresivos y las mujeres empiezan a alzar más la voz. Decide apurar el paso.

—¡Oficiales! —grita, con firmeza— Dejen a las mujeres. No están haciendo nada.

Estos voltean y por un momento se dejan distraer por su sutil atractivo.

—Mantente fuera de esto, bombón —le dice uno—. Sabemos lo que hacemos.

Al ver que la ignoran, se acerca un poco más y deja sus cosas en el suelo. Uno de los oficiales voltea y trata de ponerle una mano encima. Ella, que ya se lo esperaba, lleva una de sus manos al bolsillo, mientras con la otra toma la muñeca del oficial, aplicándole una llave con un movimiento casi imperceptible. Mientras el hombre es reducido, los otros voltean y la observan mostrando una identificación.

—Inspectora Castillo —ella les dice—. ¿Quieren una denuncia por abuso de fuerza ante el comandante Sotomayor? Se la puedo hacer llegar directamente, ya mismo.

Las mujeres, por su parte, permanecían atónitas, no solo por la escena sino porque su protagonista era blanca. La inspectora suelta al oficial mientras los otros tratan de retomar la compostura.

—¿Y? —continuó— ¿Vamos a tener problemas? ¿Más problemas de los que ya tenemos?

Los oficiales respondieron negativamente y se retiraron, regresando al cordón de seguridad. Las mujeres se acercaron para celebrarla pero ella las detuvo inmediatamente con un gesto.

—Ahórrense el gesto, no hay nada que celebrar —les dijo—. Solo esperemos que nadie las mate a ustedes —entonces, señaló la pancarta— y que nadie me mate a mí.

Tomó sus cosas del suelo y se retiró un poco del bullicio, dirigiéndose a una tienda. Al entrar, el encargado la miró con cierta preocupación.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, viendo a una mujer joven acelerada— ¿Tuvo que correr de ese desorden?

No había reparado completamente en ello, pero el breve altercado la había dejado sudando, con el corazón acelerado y algo nerviosa. Todavía no podía evitar ese tipo de reacciones en su cuerpo.

—Estoy bien —dijo, como si nada—, soy de la fuerza. Deme un agua mineral, por favor.

El hombre hizo un gesto para excusarse y le entregó el agua.

—No se preocupe —le dijo—. Va por la casa.

Ella lo miró a los ojos un instante, contrariada. Luego sacó algo de dinero.

—Le agradezco —le dijo ella, mientras se lo entregaba—, pero prefiero pagar como cualquier otra persona.

El hombre volvió a hacer un gesto parecido, un poco más afectado que el anterior. Ella, no queriendo muy antipática, decidió preguntarle algo.

—¿Ha estado muy agitada la manifestación? —preguntó— Yo acabo de llegar.

—La verdad, todo estaba transcurriendo pacíficamente, pero hace poco se dieron a conocer noticias de otra muerte. Esta vez fue una transgénero, en San Isidro.

—Mierda... —alcanzó a decir.

Abrió la botella y bebió con vehemencia. Después del trago, dejó salir una exhalación de gran satisfacción. En eso escuchó que llegaba una llamada a su teléfono celular. Dejó la botella de agua en una mesa cercana y comenzó a palpar su saco para ubicar el teléfono. Lo sacó y miró la pantalla, que mostraba el nombre Carlos Sotomayor. Le pareció extraño que el jefe la llamara. No la esperaban sino hasta mañana en el departamento de policía.

—Comandante, aquí Aneth Castillo —dijo.

—Inspectora Castillo —respondió el hombre, con un tono muy neutral—, primero que nada, permítame felicitarle por su promoción a inspectora. Y también por la transferencia a la capital.

—Muchas gracias, comandante. Me siento muy afortunada de haberla obtenido.

—La fortuna nos ayuda muy poco en este trabajo, inspectora. Prefiero la versión de los colegas que me dicen que se tiene bien merecida esa promoción.

—Trabajo muy duro —dijo ella, casi vacilante— y me gusta mi trabajo, señor.

—Eso es lo que quiero escuchar. Es lo que necesitamos. Sobre todo ahora. Me imagino que estará al tanto de la situación aquí en la capital.

—Precisamente, acabo de llegar a la ciudad, señor.

—Entonces ya habrá visto el circo.

—Sí, señor.

—Por culpa de unos pendejos nos van a cagar la fuerza. Y también ese maldito doctor Malewski, entrenando muchachos para que disparen primero, que luego él mismo responde las preguntas.

—Es muy lamentable, señor.

—Pues, inspectora, no pudo llegar en mejor momento. La necesito ya mismo. Teatro Imperial. Llegue cuanto antes.

La llamada había terminado y Aneth se quedó viendo su maleta y el morral. Mujer prevenida vale por tres. Pedro, su padre, siempre se lo decía, viaja mejor quien va más liviano. Tomó sus cosas, le dio las buenas noches al encargado y salió de la tienda. Mientras caminaba para conseguir un taxi, recibió un mensaje en su celular. Lo revisó. Era Vicente, preguntándole cómo había llegado. Guardó el celular pensando en responderle luego.

## CAPÍTULO 3

Había varios autos estacionados en la entrada del Teatro Imperial. Dos de ellos eran patrullas. Un modesto cordón policial mantenía los curiosos a raya, haciendo preguntas, diseminando rumores. La estructura del edificio no era impresionante, al menos no por su tamaño. Sin embargo, parecía tener mucho tiempo de construido. Y esto, sin duda, le daba un encanto único. Aunque conocía la capital un poco, había muchos lugares que aún le faltaba descubrir a la inspectora Castillo. Después de mostrar su identificación a unos oficiales, entró al edificio.

La antesala era ovalada, de techo alto y muy espaciosa. A los lados se levantaban escaleras que llevaban al segundo nivel. Al frente, la entrada principal a la sala y, bajo las escaleras, aparecían entradas más pequeñas que, se imaginó ella, llevarían a pasillos laterales que rodeaban el teatro. Cerca de las puertas de la sala dos oficiales parecían escuchar a un hombre que debía de tener la misma edad que ella, o cercana. El hombre era atractivo y parecía tener un estado físico óptimo. Pensó que seguramente sería un actor de teatro y luego pensó que era muy probable que un cuerpo hubiera sido encontrado en el teatro. Las puertas de la entrada principal permanecían abiertas y era por donde circulaban las pocas personas que había. Al cruzar el umbral, se mostró a sus ojos el espacio deslumbrante del teatro en sí: las largas filas de butacas que llegaban hasta la tarima, el techo que se elevaba con soberbia, los otros tres niveles con palcos.

A medio camino entre ella y la tarima, en el pasillo central, un hombre gordo y calvo parece haberse dado cuenta del asombro con que mira las instalaciones del teatro. El hombre deja a un grupo de oficiales que hablan con uno que parece extranjero y se acerca a ella.

—Castillo, pensaba que nunca llegaría —dijo Sotomayor.

—Lo siento, señor. El occidente de la ciudad está muy congestionado.

—Sígame, inspectora —dice, volteando para caminar hacia la tarima, pero se detiene un momento—. Puede dejar sus cosas con esos oficiales.

El comandante retoma el paso hacia la tarima. Aneth deja sus cosas con los oficiales, que parecen no haberle prestado atención mientras escuchan al otro que, ahora que Aneth lo ve de cerca, confirma que sus rasgos son caucásicos. Luego apura un poco su ritmo para alcanzar al comandante. Más adelante, bordean la tarima y suben por unas escaleras de madera. El comandante, entonces, se para en medio de la tarima y, con un gesto, le indica que se acerque. Cuando llega a su lado, el comandante estira el brazo hacia las butacas, como pidiéndole que observe el lugar desde donde están. Entonces, ella gira su cuerpo en la dirección respectiva y mira el cuadro.

—Impresionante, ¿no? —le dice el comandante.

—Lo es, señor —responde ella—. Cuando llegué y vi el teatro desde afuera, no parecía tan grande.

—Lleva alrededor de un siglo de haber sido construido. Claro, todos los edificios de alrededor son mucho más modernos. Y mucho más grandes también. Hay que imaginárselo hace cien años, con edificaciones de una sola planta, en su mayoría, quizá algunas de dos, si acaso unas pocas de tres... Es solo cuando uno observa el teatro desde aquí que uno entiende porque lleva el nombre que lleva.

—Tiene mucha razón en todo lo que dice, comandante. Pero ¿por qué me muestra esto?

—Quiero que se imagine —respondía Sotomayor— el furor que debe sentir alguien que observa a cientos de personas, ubicadas en cada una de las butacas de cada nivel que usted observa frente a sí, inspectora, y también en los palcos; quiero que se imagine, como le decía, a todas esas personas levantadas de sus asientos, aplaudiendo, aclamando, gritando “bravo”, a alguien parado en el lugar preciso donde usted se encuentra... Imagínese que es usted misma,

que acaba de dar un recital, o que acaba de finalizar la última escena de una obra de teatro y suben el telón y experimenta semejante ovación. ¿Qué cree que sentiría?

—La verdad —dijo ella, después de pensar un momento—, no sabría decir lo que sentiría. Supongo que algo muy intenso. Poder, quizá.

—Después de vivir algo así uno podría sentir que es capaz de hacer cualquier cosa, ¿cierto?

—Correcto.

Sotomayor entonces se dirigió tras bastidores. Con un gesto, le pidió a la inspectora que lo siguiera. Al abandonar el escenario se adentraron en los pasillos que llevan a los camerinos. Ella había estado muy pocas veces en una sala de teatro y ninguna tras bastidores. Le sorprendió que detrás de escena se escondieran tantas ramificaciones. Por un momento, se sintió que entraba en un laberinto. A lo lejos, escuchaba un llanto. Parecía el llanto de una mujer.

—Esta noche, hace algo más de una hora, se encontró el cadáver de una actriz, rubia, veinticinco años, en su propio camerino. Debe saber de quién se trata. Se había convertido en toda una celebridad recientemente. Paula Rosales. ¿Sabe de quién le hablo?

—Claro —dijo Aneth, tratando de mostrarse más sorprendida de lo que realmente estaba—. ¿No aparecía ella en esa película que hace poco fue ganadora en no sé qué festival?

—Cannes. ¿No va mucho al cine, inspectora?

—No realmente, señor.

—Lástima. Le hubiera podido venir útil.

Cuando empezaron a atravesar el pasillo de los camerinos, Aneth pudo observar la fuente del llanto, que ya había disminuido en intensidad y ahora solo eran sollozos que se mezclaban con una respiración entrecortada y palabras sueltas. En uno de los camerinos, dos oficiales trataban de calmar a una mujer con una apariencia sumamente delicada y linda. También se veía destrozada. Siempre le había impresionado lo femenina que podían ser algunas mujeres, siempre preocupadas porque el maquillaje no se les corra, atentas a su apariencia, usando cualquier cantidad de productos para mantener en perfecto estado sus pieles, sus cabellos, sus cuerpos en general. Sobre todo comparándose a sí misma, que creció aprendiendo sobre el funcionamiento de los autos, los deportes y las caras de póker.

—Ella fue quien descubrió el cuerpo —dijo Sotomayor, mientras esperaba por ella—. Ya llegará el momento de escuchar su declaración. Primero lo primero.

Unas puertas más allá, casi al final del pasillo, un oficial custodiaba lo que parecía ser el camerino principal. Cada tanto, la ráfaga de un flash salía desde adentro. Aunque Aneth ya llevaba algo más de ocho años en la fuerza y aunque ya había visto varios cadáveres en su vida, era la primera vez que vería uno como inspectora. Sotomayor la esperaba en la entrada.

—Después de usted —dijo, mientras con un gesto la invitaba a pasar.

## CAPÍTULO 4

En el centro del camerino yacía el cuerpo de una mujer que parecía exactamente de veinticinco años. Si acaso, veinticuatro o veintiséis, cuando mucho. Sus ojos permanecen abiertos, mirando el techo, y su rostro conserva una expresión que parece de horror. La mujer apenas tiene ropa encima. La que tiene deja ver un cuerpo muy bien conservado y que, seguramente, fue la envidia de muchas. Un charco modesto de agua moja parte de los pies y las pantorrillas del cadáver. Hay flores esparcidas por el piso y también trozos de cerámica. El espejo del camerino está roto. El vestuario está alborotado, hay prendas y zapatos dispersos por el camerino. El forense termina de examinar el cadáver y tomarle fotos.

Por un momento, los que se encontraban en el camerino suspendieron sus actividades al ver entrar a una mujer joven, alta, blanca, de cabello negro, largo pero recogido, que se mostró imperturbable ante la atención que todos ellos le dirigían, mientras examinaba con atención cada uno de los espacios y detalles de la habitación, como tratando de grabar cada detalle. No eran muchas las mujeres que había en la fuerza (aunque aumentaban cada día). Y, ciertamente, muy pocas como ella. Por no decir ninguna.

—A ver, caballeros —dijo Sotomayor—. Sí, acaba de entrar una mujer, disimulen un poco. Es la inspectora Castillo, recién salida del horno y recién llegada de Aborín a nuestro pequeño infierno de Sancaré. Vuelvan a lo suyo. ¡Vamos!

Una vez el comandante hubo roto el encanto, el lugar retomó su dinámica previa. El forense, que sin embargo nunca se distrajo de sus actividades, parecía que había terminado su tarea, por el momento. Se levantó y acercó a ellos.

—¿Y esta criatura —dijo el hombre— es la que usted escogió para sustituir al jefe Goya, comandante?

Castillo se mostró confundida y por un instante observó a Sotomayor.

—Esta criatura —dijo el último—, como usted dice, Márquez, fue la que resolvió el caso de la niña Castro. Y entonces era patrullera. Ahora, ¿por qué no me dice algo útil?

—Bien —dijo Márquez, como retractándose—, todo parece indicar que la estrangularon. Pero es obvio que los detalles todavía no se los puedo dar con certeza. Para ello debo llevarme el cuerpo y practicar la autopsia. Sus pertenencias parecen intactas. Es decir, no se llevaron su cartera ni sus tarjetas. No hay dinero en la cartera, eso sí.

El doctor Márquez observa a la inspectora, mirando el cadáver.

—¿Desea echarle un vistazo antes de levantarlo, inspectora?

Castillo asiente y comienza a moverse dentro del camerino. El comandante y el doctor salen, pidiéndole a su ayudante y a otro oficial que salgan también. La inspectora se coloca unos guantes de látex y se agacha para observar de cerca el cuerpo. El cuello está claramente lastimado. Solo lleva puesta la braga y una camisa vieja, algo grande, para cubrir su cuerpo. Parece tener raspones en los brazos. Hay artículos de maquillaje que han caído del tocador. El espejo está rodeado de bombillos. Clásico. Todos ellos prendidos. Solo el espejo está quebrado. Al lado está el colgador, con ropa, pero hay varias prendas en el suelo y, cerca, zapatos regados y desordenados, tacones en su mayoría. Un tacón solitario se encuentra alejado del colgador, del otro lado del cadáver, cercano a sus pies. Hay una mesita cerca de la puerta, a cuyos pies se encuentran los trozos de cerámica y las flores. Son camelias. Rojas. La inspectora vuelve a mirar el rostro de la occisa. Y con su mano, cierra sus ojos.

Al salir ella, vuelve a entrar el forense con ayuda para llevarse el cuerpo. La inspectora advierte que Sotomayor la espera, como para decirle algo.

—Y bien, ¿qué opina, Castillo?

—Lo que me parece más obvio es que, a quien quiera que la haya asesinado, no le resultó tan fácil.

—Un pequeño desastre ese camerino, ¿no?

—Además, la mujer estaba en forma. Claro, no era musculosa. Quiero decir que, al menos, tenía mucha resistencia física. Y la chica que descubrió el cuerpo... ¿Otra actriz?

—Catrina González. Como le mencioné, fue quien descubrió el cuerpo. Estaba histérica cuando llegamos. Destrozada. Al parecer era muy cercana a Paula. Mejores amigas o algún rollo por el estilo. Ha empezado a darse a conocer en el mundo del teatro.

Ambos salieron del laberinto tras bastidores y caminaban nuevamente por el pasillo central del teatro. La maleta y el morral de Aneth permanecían donde los había dejado.

—¿Y el hombre con el que hablaban en este lugar —dijo ella—, con pinta de gringo, tiene algo que ver con el teatro?

—Se llama Nathan Smith, es el director de la obra que se estrenaba mañana, donde Nina y Paula tenían roles. Paula también se encontraba rodando una película, una adaptación contemporánea de *Lo que el viento se llevó*. Por otro lado, tanto Smith como Nina han puesto sus contactos a la orden.

—¿O sea que ya se han ido?

—El gringo se fue poco después de que los dejamos. Y Nina fue despachada hace solo momentos. Ya es bastante tarde, no sé si se ha dado cuenta. Creo que todos queremos descansar. Sobre todo usted, Castillo, que todavía no ha terminado de llegar.

—¿Qué hay de la familia de la víctima?

—Era huérfana. Fue adoptada cuando ya era una niña grande, por unos ancianos con considerable poder económico. Murieron cuando todavía era adolescente.

Ahora salen del edificio. La lluvia permanece intacta, invariable, como si fuera una dimensión agregada a la realidad de la ciudad.

—Una cosa más, comandante.

—¿Qué?

—No pude evitar notar la ausencia del inspector Goya. Tampoco, las palabras del forense. Tenía entendido que sería compañera del legendario Guillermo Goya.

El comandante escuchaba y asentía, mientras anotaba algo en una libreta.

—Castillo, el año sabático del jefe Goya terminaba la semana pasada, en teoría. Si quiere su ayuda, va a tener que sacarlo de su cueva.

El comandante extendió el papel hacia Aneth, quien lo observó con atención. Era una dirección. Abajo ponía "Jefe Goya".

—Debo serle sincero —agregó el comandante—. Solicité su transferencia porque, por todo lo que he escuchado, usted tiene madera de inspector. Promete. Y le tengo más fe a usted que a Goya. No es por nada. No me malinterprete. Respeto muchísimo a ese hombre. Pero, después de lo que le ocurrió a su compañero, no ha sido el mismo. Y la verdad es que dudo que vuelva. Nosotros lo mantenemos en nómina y, cada mes, le enviamos un cheque, por solicitud expresa del alcalde, quien piensa que es lo mínimo que podemos hacer, después de tantos años de servicio a la ciudad y a la comunidad. De cualquier forma, ya es un hombre entrado en años y hace falta sangre nueva.

—Pero podría aprender mucho del mejor. Yo apenas empiezo.

—Como le dije, Castillo, depende de si logra incorporarlo o no. Ahí le dejo la dirección. Trate de entrevistarse con él mañana temprano, antes de que empiece formalmente con la investigación. No le puedo asegurar que la vaya a recibir. Tampoco sé cuál será el estado en que se encuentre, si lo llega a ver. Yo mismo empecé a visitarlo días antes de la fecha en que, se supone, iba a reincorporarse. Y ya ve que no pude hacer mucho.

—Entiendo.

—Y ahora dígame dónde se queda. Yo la llevo. ¿Llamó a la pensión que le recomendé?

—Sí, señor.

—Bien, vamos.

Ambos se montaron en el auto del comandante. Momentos después, el auto dejaba las instalaciones del teatro y se adentraba nuevamente en la ciudad, que no dormía, pero que seguía bajo el hipnotismo de la lluvia y su sonido.

Había poco tráfico en las calles de la ciudad. Las manifestaciones habían terminado. El comandante dejó a la inspectora en la pensión, a donde ingresó con su bolso y la maleta. Una señora mayor la recibió. Aparentemente, era la suegra de Sotomayor. Seguramente por la hora, la señora se limitó a enseñarle dónde quedaba la cocina y luego dónde quedaba su habitación. Esta no era ni muy grande ni muy pequeña, perfecta para lo que buscaba por el momento y tenía su propio baño. No tardó mucho en ocupar el armario y los cajones con sus cosas. Luego se duchó, se puso ropa para dormir y, antes de ir a la cama, sacó su portátil.

Decidió hacer una búsqueda relacionada con Paula Rosales, para empaparse un poco de la información que hubiera relacionada a ella en los últimos días. Encontró algo sobre un orfanato, el cual había ayudado a financiar. También había tenido roces, con insultos y golpes de por medio, con fotógrafos indiscretos que, según parecía, la acosaban sin cesar. Una nota de hace varios días comentaba el estreno próximo de una obra donde iba a aparecer, en torno a la cual habían grandes expectativas y que, se decía, sería la actuación que la inmortalizaría como actriz. Otra nota más reciente mencionaba la cancelación de un matrimonio; otra, su comportamiento errático a medida que se acercaba el estreno de la obra, que se llamaba *La máscara transparente*, citando "fuentes cercanas" que declaraban lo difícil que resultaba trabajar con ella.

Luego, Aneth colocó un video de una entrevista, aparentemente la última que se hizo a la actriz. La belleza de Paula era realmente impactante y había algo en su forma de hablar que hipnotizaba.

—Creo que... —respondía Rosales— hay dos grandes conflictos, o problemas, que pueden atormentar a un actor o actriz. Uno, el que a mi parecer es menor, es el de que el actor se confunda con un papel. Es decir, que se vuelva incapaz de discernir entre su propia identidad y la del personaje. Es un problema terrible, claro. Pero me parece menos terrible que el otro, una versión más aterradora del anterior, y es el de poder recrear personajes muy diversos, completamente distintos unos de otros, y sufrir esa misma disociación con respecto a tu propia identidad.

—¿Por qué este le parece más terrible? —preguntaba el entrevistador.

—Porque, entonces —respondía Paula—, no hay nada que le diga al actor, o actriz, que su identidad, su yo, es otro personaje más. ¿Qué tal si, de tanto usar máscaras, se vuelve incapaz de reconocer su propio rostro?

—Pareciera que este mismo problema la atormenta a usted, Paula.

—Bueno... —replica ella, riéndose.

Aneth no puede seguir viendo la entrevista. Sus ojos se cierran. El sueño la ha vencido.

## CAPÍTULO 5

Se despertó de un golpe, sudando, muy agitado y con una terrible resaca. Imágenes fugaces y vagas cruzan por su mente, como una fiebre o un delirio. No recordaba cuánto tiempo había dormido ni qué hizo mientras estuvo despierto. No mucho, de seguro. Probablemente, los muchachos de la estación tuvieron que sacarlo cargado del bar, otra vez, y tirarlo en el colchón. De cuántos problemas no lo han sacado ya. Lo último que cree recordar es estar en el bar, contando glorias pasadas a unas chicas mucho más jóvenes que él. Ahora le parece que deben tener la misma edad de su hija y siente asco de sí mismo. Luego todo se vuelve borroso y culmina con la pesadilla de la que acaba de despertar, donde es testigo de la muerte de su compañero, muerto de un disparo, en medio de la calle, en una noche fría y lluviosa, hace tiempo. La pesadilla es tal porque repite lo sucedido sin que pueda hacer nada para evitarlo. Sin embargo, todo es confuso. Hasta la vigilia.

Con dificultad, logra levantarse del colchón. Todo se mueve, como un bote en alta mar. Un escalofrío lo recorre y vuelve a comenzar a sudar. Trata de observar la habitación. Hay libros empolvados en una esquina. Un tocadiscos viejo, acompañado de una corneta igual de vieja, sirve de apoyo a una modesta colección de vinilos aún más viejos. El armario está abierto y desordenado. Se mira la ropa, ¿desde hace cuánto no se cambia? Entonces siente unas fuertes arcadas y con torpeza se mueve unos pasos hasta el baño, donde cae de rodillas como un trasto viejo, frente al retrete, y vomita. Suda frío, profusamente, tose. Cuando logra calmarse un poco, se va gateando de vuelta al colchón y busca su saco. Lo ve del otro lado. Dice una palabra que suena como “mierda”, o “piedra”. Y se estira por encima del colchón para alcanzarlo. Cuando lo toma revisa los bolsillos. En alguno, encuentra lo que buscaba, un frasco de jarabe para la tos con codeína. Queda poco. Lo abre, empina el frasco sobre sus labios y cierra los ojos, girando su cuerpo hasta quedar boca arriba para sorber todo el contenido. Cuando deja de sentir el jarabe, pasa la lengua por el pico y trata de meterla dentro lo más que puede, con el mismo propósito. Degusta en su boca el sabor, estrechando la lengua contra el paladar. Deja caer el brazo que sostenía la botella y esta cae rodando, junto con dos frascos más, también vacíos. Cuando termina de degustar el jarabe, suelta un suspiro y algo parecido a un gemido, que a su edad y en su estado, se asemeja más al sonido que hace un perro viejo cuando se acomoda mientras duerme. Sus ojos permanecen cerrados. Piensa en su esposa. Se pregunta cómo estarán ella y su hija. Trata de buscar un recuerdo agradable de su vida juntos, pero solo logra ver su rostro molesto, gritándole que despierte.

Alguien golpea a su puerta, con firmeza. Tiene babas secas a un costado de su boca. ¿Cuánto tiempo estuvo dormido? ¿Otra vez? Vuelven a tocar. Se mueve y trata de sentarse. No tiene idea de la hora, pero definitivamente es de día. Parece que todo se mueve en cámara lenta. Le duele el cuello, estaba en una postura muy incómoda. Tocan de nuevo. Trata de decir algo, pero su voz no sale. Carraspea fuertemente su garganta. Vuelven a tocar.

—¿Qué quiere, carajo? —alcanza a gritar, con rabia.

Una voz apenas llega a sus oídos. Parece de una mujer pero no escucha bien. Vuelven a tocar. Gruñe e intenta pararse de nuevo. Lo logra, tumbando algunas cosas de un armario de gavetas. Entonces logra moverse hasta el umbral de la puerta de su habitación. Da un vistazo a la sala-cocina-comedor. Hay cosas por lavar, pero no muchas. Una cafetera en una de las hornillas. Una pequeña biblioteca. Todo parece en orden allí. Luego observa la pequeña mesa de comedor. Parece haber una nota. Se mueve hasta la mesa. Vuelven a tocar.

—¿Pero qué coño quiere? —grita.

—¿Inspector Guillermo Goya? —dice la voz de una mujer desde el otro lado.

—¡Aquí no vive ningún inspector! —grita.

Llega a la mesa pero se golpea un dedo del pie con una de las patas de una silla.

—¡La puta! —grita con ira.

—¿Señor, está bien? —pregunta la mujer.

Gruñe y mira la nota. Está escrita en una factura vieja. Dice:

*Jefecito, nunca despertó y me cansé de esperarlo. Le dejé café hecho. Llámeme, no sea malo. Dejé mi número guardado en su celular. XXXX. Vicky*.

Vuelven a tocar la puerta.

—¡Que aquí no hay ningún Goya! —grita de nuevo.

—Jefe Goya —dice la mujer—, sé que es usted, el conserje y su vecina de enfrente me dijeron que está en casa, que no sale desde hace tres días.

"Carajo, ¿llevo dormido tres días?", piensa. Entonces vuelve a mirar la nota.

—Escucha, princesa —dice, cambiando el tono, mientras se dirige a la cafetera—, no te recuerdo. Seguramente la pasamos muy bien. Pero no me interesa que nos sigamos viendo, ¿sí? Mejor vuelve de donde sea que hayas salido.

—No sé de quién habla, señor —dice la mujer—. Soy la inspectora Aneth Castillo. Acabo de ser asignada a la capital y me gustaría intercambiar observaciones con usted.

Destapa la cafetera y huele el contenido. Le viene otra arcada y tose fuertemente. Luego desecha el contenido de la cafetera en el fregadero.

—Jefe Goya, ¿se encuentra bien? —pregunta nuevamente la inspectora Castillo.

—Lo siento, inspectora, estoy de sabático. Mi reincorporación es en dos semanas.

—Disculpe que lo contradiga, señor, pero la fecha de su reincorporación pasó hace una semana, cuando menos.

El jefe Goya maldice para sus adentros. No sabe el día ni la fecha. Pero si ya se pasó, debe ser finales de octubre.

—¿Inspector? —vuelve a preguntar Castillo.

—Un momento, un momento —dice él, con fastidio.

Se acerca hasta la puerta, suspira y la abre, sin quitar el seguro. Pensaba decirle a la mujer que se retirara, que no pierda su tiempo. Su voz le indicaba que aún era bastante joven. Sin embargo, se encontró que era más alta de lo que creía y con un singular atractivo.

—No sé qué espera que le diga, inspectora —dijo, después de examinarla por un instante.

—Solo quiero hablarle de un caso reciente —replicó ella.

Todavía la observó por otro instante, recriminándose un poco por no ser capaz de mandarla al carajo. Cierra la puerta, quita el seguro y se encamina hacia el baño. Se detiene un momento antes de entrar en su habitación.

—¡Está abierto! —le dice— Tome asiento y espéreme un momento.

Goya entra y cierra la puerta. Se dirige nuevamente al baño y busca el botiquín de medicinas. Tras encontrarlo, lo abre y busca con atención entre cajas, recipientes de plástico y sobres de pastillas. Su rostro se ilumina como si se hubiera ganado la lotería. Todavía le queda algo de morfina y naloxona. Sale del baño y saca una Colt de cañón corto de una gaveta de su mesa de noche. Hace tiempo se quedó sin balas, no recuerda cómo, seguro en tontas apuestas. Vuelve al baño, saca una pastilla de morfina y la golpea suavemente con el culo del mango. Guarda los trozos más pequeños de vuelta en el recipiente y deja el más grande afuera. Luego se lo lleva a la boca y abre el caño del lavamanos. Se agacha y se ayuda con la mano para beber. Después se moja el rostro y el cabello. Se siente fresco, finalmente. Sale del baño otra vez, se pone su saco, busca sus pantuflas y por último sale a la sala-comedor-cocina. Allí consigue a la mujer, de pie, mirando la pequeña biblioteca.

—¿Le gusta leer? —pregunta el jefe Goya.

—No leo literatura, señor, si a eso se refiere —responde Castillo—. Pero veo que tiene aquí buenos amigos: Dupin, Parodi, Holmes, Spade, Marlowe...

—No lee literatura. Pero sabe quiénes son esos personajes.

—Por mi padre. Eran las únicas historias que le gustaba leer. De resto, odiaba a los artistas y el arte en general. Menos la música.

—¿Odiaba el arte? —pregunto él, mientras tomaba asiento, cada vez más intrigado por esta chica que había salido de la nada.

—Sobre todo a los poetas y la poesía.

—Suena a que hay una mujer de por medio.

Castillo volteó con una sonrisa genuina pero comedida.

—Definitivamente es usted el jefe Goya —dijo ella—, la leyenda. Sí, esa mujer vendría a ser mi madre.

—Clásico. ¿Creció con su madre entonces?

—No —respondió ella, que volteaba a ver unas fotografías en la biblioteca—. De hecho nos abandonó después de tenerme. Nunca la conocí. Era poeta, decía mi padre.

—Vaya. Creo que he perdido algo de mi magia —dijo, mientras sacaba un cigarrillo—. Pensaba que su madre lo había abandonado por un poeta. Pero si era ella misma, no lo culpo.

—¿Esta es su familia? —preguntó Aneth, señalando una de las fotografías.

—Bueno, ¿vino a una terapia familiar o tiene un caso que discutir? —dijo y encendió el cigarrillo.

—Sí, señor. Paula Rosales, todo indica que ha sido asesinada.

—¿La actriz? —dijo él, con notable sorpresa.

—La misma.

—Caramba, qué lástima. Era divina esa mujer —dijo Goya, mientras recordaba una escena controversial de la última película de Rosales, donde ella derramaba vino sobre su propio cuerpo, casi completamente desnudo.

—Su cuerpo —dijo Castillo— fue encontrado ayer, en la noche. Todo indica que fue estrangulada.

—Un momento, ¿o sea que esto acaba de ocurrir?

—Sí, señor.

—¿Qué hay de sospechosos, declaraciones, coartadas?

—Aún no he comenzado formalmente la investigación, pero...

—¿Y entonces a qué ha venido?

—Señor, es mi primera investigación como inspectora de la fuerza. El comandante me dijo que sería su compañera, pero entiendo las circunstancias y solo quería hablarle un poco de la escena del crimen y cómo fue encontrado el cuerpo.

Goya calló, maldiciendo en silencio al comandante Sotomayor. ¿Qué se creía? Ni siquiera tiene la misma cantidad de años que él en la fuerza. ¿Y ahora lo quiere poner de niñero?

—Lo siento, señorita, está perdiendo su tiempo. Cuando tenga más información le podré ayudar. Pero por ahora está mejor sola.

—Jefe Goya...

—Lo siento, tengo cosas que hacer —dijo, pero era obvio que mentía, no tenía nada que hacer.

Se levantó y se dirigió a la puerta. La abrió y, con un movimiento de su brazo, la invitó cordialmente a salir de su casa. La inspectora se levantó, frustrada. Parecía querer decir muchas cosas. Cosas malas. Pero se contenía.

—¿Al menos tiene alguna recomendación —preguntó ella, antes de salir—, con toda la experiencia que tiene?

—Piense que todos son culpables y descubra un móvil —dijo él.

—Bah... —replicó Castillo.

Goya no dijo nada y se limitó a cerrar la puerta. Del otro lado alcanzó a oír "maldito viejo borracho". Después volvió a la mesa y se sentó cerca de la biblioteca. Observó una vieja

fotografía donde aparecían él y Pérez, su difunto compañero, recibiendo un reconocimiento del entonces alcalde de la ciudad. Luego observó la de al lado y la tomó. Ahí estaban su esposa y su hija, esta última todavía pequeña. Pasó sus dedos suavemente sobre la superficie de vidrio. Volvía a sentir el mismo dolor de desgarro de aquella vez que fue obligado a abandonar su propia casa. Dejó la fotografía y tomó otra, esta de su hija sola, recién graduada de la secundaria. Una adolescente hermosa y alegre. Ahora que lo piensa, debe tener la misma edad de la inspectora. Cerca hay un teléfono viejo con contestadora. Presiona el botón de *play* para reproducir los mensajes. Una voz pregrabada le indica que tiene un solo mensaje, de hace cinco años. Luego suena un tono y oye la voz de su hija.

*Papá, por favor, prométeme que no te voy a encontrar borracho mañana. Si no logras mantenerte limpio esta vez, con todo el dolor de mi alma, voy a tener que alejarme de ti, porque no soporto ver cómo te destruyes de esta forma. No puedo... No puedo pasar por esto una vez más. Mamá dice que pierdo mi tiempo contigo, pero yo sé que no. Yo sé que esta vez sí lo vas a lograr... ¿Verdad que sí?... Mañana iremos juntos otra vez a buscar ayuda... Te amo.*

El mensaje termina. La voz pregrabada pregunta si desea guardar el mensaje o borrarlo. Goya mira por la ventana, luego se observa las manos. Piensa en su hija y en su esposa. Luego piensa en la inspectora Castillo. La voz pregrabada repite la pregunta. Guardar.

Como siempre.

## CAPÍTULO 6

Aneth sale frustrada de su encuentro con el jefe Goya y decide tomarse un café para pensar en cuál será su próximo movimiento. Después de pensárselo un rato le parece que lo más obvio es visitar el apartamento de la víctima. Antes de intentar convencer al exinspector, había ido a la comisaría para echar un primer vistazo a la evidencia. En la declaración de Catrina González leyó que la víctima tenía pareja pero vivía sola y entre sus cosas estaban las llaves de su apartamento. Antes de dejar la comisaría, pidió al criminalista, Hilario Cota, que revisaran las pertenencias de la víctima, buscando contactos o cualquier dato sobre el itinerario de la víctima. Ahora se le ocurre que después de mirar el apartamento de Rosales volverá al Teatro Imperial. Entonces, la inspectora termina el café pequeño y cargado que había pedido y se dirige al apartamento de Rosales.

Era un apartamento muy sofisticado, con muebles de madera que parecían traídos del extranjero. En el pasillo de entrada colgaban varias fotos donde salía Rosales con distintos elencos o grupos teatrales a lo largo de su carrera. Unas parecían recientes. En las más viejas se veía una Rosales que todavía no cumplía los veinte. Al entrar, Aneth advirtió que el apartamento tenía dos plantas. En la primera estaba la sala comedor (no muy grande pero espaciosa), un baño, la cocina, la lavandería y un cuarto estudio. El cuarto estudio tenía una biblioteca y un escritorio. La biblioteca tiene una variedad de libros que a la inspectora le produjo algo parecido al vértigo: novelas, obras teatrales, libros de poesía y ensayo, todos estos eran de esperarse; pero también encuentra libros sobre psiquiatría, psicología, patología, antropología, una gran cantidad de diccionarios de temas muy diversos y algunos libros sobre arte. También había un armario. Aneth investigó lo que había en él y encontró diversos documentos: copias de contratos, facturas, informes médicos. No estaban muy bien ordenados.

En la planta de arriba estaba la habitación de Rosales, otro baño, un cuarto con aparatos para hacer ejercicios y la entrada a una terraza. Esta última daba una vista espectacular de la ciudad. Aneth pensó en los años que tendría que trabajar para poder pagar un apartamento así. Ni siquiera se molestó en sacar la cuenta exacta.

La habitación de Rosales tenía pocas cosas. Una cama muy grande, un espejo en el techo, una mesa de noche y un armario de ropa que parecía otra habitación con otro baño más al fondo. Sobre la cama observó un bolso tejido que le pareció hermoso, con una mezcla extraña entre rudeza y delicadeza. El tramado de los hilos era complejo y atractivo. Se preguntó dónde lo habría comprado. Quizá en otro país. Luego revisó la mesa de noche. En sus gavetas, Aneth consiguió una extraña mezcla de libros y folletos. Entre los libros solo reconoció el de *Alicia en el país de las maravillas*. Lo hojeó y entre sus páginas halló una foto vieja, algo gastada donde aparecía una niña de unos siete u ocho años, abrazada por un niño que se ve algo mayor, acaso un par de años mayor. En la parte de atrás dice "Paula y Fernando". La inspectora advierte que es la única foto que ha visto en la casa donde Rosales todavía es una niña. Entre los folletos, hay unos que son de obras en las que Rosales ha participado anteriormente, también hay folletos de restaurantes, otros son de lugares turísticos, hay algunos de medicinas y el más raro y viejo de todos es sobre tratamiento de hormonas. Hay mucho material que revisar. Aneth llama a la comisaría y vuelve a hablar con Cota para que organice el material del apartamento. Una vez hecho esto, la inspectora Castillo se dirige nuevamente al Teatro Imperial.

La lluvia se ha reducido a llovizna, pero continúa siendo constante, incesante. Aneth decide salir del mero centro de la ciudad caminando. Al menos la parte congestionada. La ciudad parece haber retomado su cauce normal. Aunque es solo una impresión; no sabe realmente cuál es el ritmo normal de una ciudad como Sancaré, donde los barrios nuevos aparecen y otros desaparecen, como si nada; donde ocurre hasta lo impensable, donde la

periferia es imprecisa y la mirada se pierde en el horizonte. Al menos, las manifestaciones de anoche han cesado y la presencia policial ha disminuido, en lo que al centro se refiere.

Después de caminar unas cuadras, donde el tráfico es más fluido, decide tomar un taxi hasta el teatro. En algún momento del trayecto, por la radio anuncian la muerte de la famosa Paula Rosales, pero el manejo mediático que hacen del hecho es cuidadoso. Informan que la causa de muerte es suicidio. El funeral será en la tarde del día siguiente. Si tal era el caso, la autopsia y el informe deberían estar casi listos. Posteriormente, al llegar al teatro, desde afuera parece como si nada hubiera ocurrido la noche anterior. Al entrar ve personas limpiando en la antesala. Adentro ve personas en la tarima, algunos sentados con papeles en sus manos, leyendo; otros en pareja, de pie, parecen ensayar. Otros solo conversan o escuchan. Por ningún lado ve al gringo. Nathan Smith. ¿Dónde se habrá metido? Tampoco ve a Catrina González. Decide acercarse y preguntar.

Como lo imaginó, se trata de actores y actrices relacionados con el director. El grupo teatral se llama "Prosopos". Fue creado por Smith hace cinco años y lo ha dirigido desde su creación. Primero inquiere sobre el paradero del director y la actriz Catrina. Se entera de que el primero, a tempranas horas de la mañana, ha enviado un comunicado a todo el equipo que trabaja en la obra, tanto actores como técnicos, informando sobre lo sucedido y dando dos días de descanso, en señal de luto. El estreno de la obra, "La máscara transparente", se pospone para la siguiente semana. Al parecer, Paula Rosales (o "la Diva", como se referían a ella los compañeros) había sido la adquisición más importante de Smith y se había unido hacía tres años, aproximadamente. Por aquel entonces realizaban adaptaciones de obras clásicas que tuvieron tremenda recepción. "La máscara transparente" sería la primera obra inédita que montaría el grupo. Resultaba claro para Aneth que muchos no se creían que Rosales hubiera cometido suicidio. Cuando tocaban el tema, sus voces asumían un tono ligero (pero evidente) de sarcasmo. Muy parecido al tono con que le decían "Diva", solo que este último le pareció a la inspectora una mezcla de burla y envidia. Cuando preguntó acerca de si asistirían al funeral, pocos contestaron afirmativamente. La Diva, al parecer, tenía pocos amigos.

También le comentaron que su vida personal parecía ser un poco desastrosa e intensa y que no les extrañaría que, fuera del grupo teatral (al cual, a fin de cuentas, había dedicado poco tiempo de todos los siete años de carrera que alcanzó a acumular), se hubiera ganado varias enemistades y que, seguramente, no faltarían los fanáticos desquiciados que le seguían el rastro, los acosadores, los que se obsesionan con las celebridades porque no tienen vida propia. Después de todo, acaso en Prosopos estuvieran las pocas personas que realmente se preocupaban por ella, como Nina y el director. En efecto, aquellas pocas personas que le dijeron a Aneth que irían al funeral, se mostraron genuinamente dolidas y consternadas.

De "Nina" dijeron que Rosales era su mejor amiga. Aquellos que lograron hablar con ella, más temprano, decían lo mismo: que sonaba completamente devastada por la pérdida. No obstante, con respecto al director, observaron que en los últimos días había tenido fuertes e intensas discusiones con Rosales, en privado, quien al parecer estaba en algún tipo de crisis. Quienes lograron escuchar algo hablaban de gritos y amenazas.

Con toda esta información, la inspectora Castillo solo podía tener la paradójica certeza de que, en el fondo, había pocas certezas con respecto a la Diva Rosales. En última instancia, todo era impregnado por la confusión del rumor. De lo que se dijo y lo que se escuchó sobre ella. La imagen provisional que se hacía de ella la inspectora Castillo era la de una persona muy talentosa pero arrogante y prepotente, algo volátil e impredecible. Toda una diva, a fin de cuentas.

Cuando salió del edificio, Aneth decidió hacer una visita al director Nathan Smith y obtener más información sobre esas discusiones con gritos y amenazas de las que hablaban

los otros miembros del elenco. De paso, quizá podría obtener datos más concretos sobre la diva.

## CAPÍTULO 7

Cuando entró al apartamento, la voz gruesa y carrasposa de un hombre, con inocultable acento inglés norteamericano, la invitó a pasar y a tomar asiento, mientras él se terminaba de arreglar para salir pronto. También la invitó a prepararse algo del bar, si así lo deseaba. Ella agradeció el ofrecimiento y se limitó a tomar la silla que vio más cercana, para sentarse, un poco intimidada por la apariencia sofisticada del lugar donde se encontraba.

El director vivía en una de las zonas más cotizadas de la ciudad, en el *loft* de un quinto piso. Aneth solo había visto apartamentos así en la televisión o en revistas. Su decoración era ecléctica, pero liviana a la vista. Quien quiera que hubiera estado a su cargo, es evidente que ha viajado mucho y tiene un criterio muy cultivado y particular. Acaso sea el mismo director. Tendría sentido. Una mezcla entre clase y bohemia. Cada objeto parecía dotado de una singularidad perfecta, sea por su procedencia o por el material del que estaba hecho. También por su forma. Grandes cuadros abstractos, pero de figura y colorido armónicos, colgaban de las paredes. Alfombras grandes cubrían ciertos espacios, como estratégicamente; y otras, más pequeñas, parecían dispuestas al azar. Aneth no podía decir si el toque de descuido y desorden general del *loft* era genuino, o por el contrario, absolutamente intencionado, fruto de una planeación minuciosa, como si el orden buscara imitar algo que ve atractivo en el caos. Aneth no puede evitar recordar a Pedro, su padre. De todos los artistas, a quienes más odiaba, después de los poetas, era a los actores y actrices. Los "teatreros", como él los llamaba. Aparentemente, su madre también era actriz. La verdad, ahora que lo piensa bien y vuelve a ver el lugar, algo así se esperaba la inspectora de un director de teatro. Y sin embargo, la realidad supera sus expectativas.

—Inspectora Castillo —dijo Smith, cuando salió, saludando para presentarse—, es un placer conocerla.

—Señor Smith —replicó ella, estrechando su mano.

—Inspectora, *with all due respect*, debo confesarle que me sorprendió mucho escuchar su voz por teléfono. Digo, que la persona encargada de la investigación fuese una mujer. Ahora me sorprendo más al verla, si me permite decirlo.

Nathan Smith era apenas más alto que ella. Debía de tener entre cuarenta y cincuenta años. Le pareció que, a pesar de la torpe pronunciación, tenía un buen manejo del vocabulario en español.

—Estoy acostumbrada, señor Smith —dijo ella, a secas—. Créame que soy la primera en saber que es poco común ver a una mujer inspectora. A veces obtengo reacciones bastante normales, sin embargo.

—¿Normales? —dijo, extrañado— ¿De quién?

—De la gente común y sencilla.

—Oh, entiendo —dijo el director, con cautela, mientras se dirigía al bar.

—Veo que está bien acomodado. ¿Qué tiempo lleva en el país?

—En total, unos ocho años.

—¿Qué lo hizo dejar los Estados Unidos?

—Por una parte, me gusta mucho viajar.

—¿Y por qué se quedó aquí?

—En mi tierra, la realidad parece una cosa decretada. Algo fijo que no cambia. Pero aquí, como en otros países, las cosas se mezclan, hay espacio para la sorpresa y la improvisación. Y eso, en mi línea de trabajo, *moreover*, en mi visión del mundo, es esencial. Además, no está tan lejos de mi *homeland*. ¿Desea algo de tomar?

—Le agradezco, pero no vine a eso.

—*So*, dígame, ¿en qué puedo ayudarla? —le preguntó, a la vez que se preparaba un whisky.

—Como se imaginará, me interesa saber todo lo que pueda decirme de Paula Rosales. Cómo y cuándo la conoció, cómo fue su trato en los últimos días, cómo era su estado. En fin, todo lo que sepa.

—*OK*. —dijo, mientras se sentaba cerca de ella, con el trago en la mano—. Vi a Paula en persona, por primera vez, hace un poco más de tres años. De pronto cuatro. Fue en el festival de Cannes. Habían terminado de proyectar *Hombre malo, mujer buena*, que por entonces era el último *film* donde aparecía como protagonista, muy aclamado por la crítica este película. Yo había quedado absolutamente deslumbrado con su actuación. ¿Ha visto este *film*?

—Realmente no soy de ir mucho al cine, señor Smith —respondió ella, lacónicamente.

—Qué lástima... —dijo él, con afectación— Es sobre una mujer que debe defender los bienes de su familia, pero es muy débil de carácter. Sus padres son muy ancianos y no pueden ayudarla. Así que decide reinventarse y hacerse pasar por hombre, pero un hombre intransigente y déspota, fingiendo ser un primo lejano. El trabajo de Rosales fue... *just amazing*. Así que me acerqué a ella después de la proyección para felicitarla y hablarle del grupo teatral que acababa de ensamblar. Yo sabía que ella había empezado muy joven en el teatro y había escuchado que estaba considerando volver. Yo, claro, también he ganado algunos reconocimientos y tengo una larga trayectoria. Ella había escuchado de mi trabajo, por supuesto, pero en el momento se le hacía imposible unirse al grupo. Entonces me pareció una mujer muy centrada, modesta, pero increíblemente encantadora. Esta última impresión permaneció constante durante todo el tiempo que la conocí. Cuando ella quería, y sin aparente esfuerzo, era capaz de hacerte sentir... No sé cómo ponerlo en palabras. Te hacía sentir especial. Era muy desconcertante, sobre todo después de conocer su otra cara.

—¿Como el personaje de la película, déspota e intransigente?

—Qué observación tan... ¿Cómo se dice?... ¿Perspicaz? Exactamente, inspectora, una persona sumamente difícil, para quien nunca nada era suficiente, soberbia, que creía nunca cometer errores... Al comienzo, esta actitud era muy esporádica. Pero, en los últimos días, era *rather strange* ver su lado encantador. En fin, después de conocerla seguimos en contacto. Yo quería insistir en que se uniera al grupo de teatro. Aunque pocas veces hablé específicamente con ella, al final logré convencerla.

—¿Por qué el interés en que formara parte del grupo?

—De verdad debería ver alguna de sus actuaciones. Es simplemente impactante. Era justo el perfil de actriz que buscaba para las adaptaciones que estaba realizando en el momento. Además, era la estrella del momento. Hollywood se empezaba a interesar por ella.

—¿O sea que vendía muchas entradas con ella en el reparto?

—No me malentienda, inspectora. *That's not what I meant*. Si hubiera seguido viva, estoy completamente seguro de que hubiera sido una de las actrices más importantes de la historia. Eso, las personas como yo, lo sabemos. Y no era el único que lo decía.

—Pero todavía no responde mi pregunta, señor director. ¿Cómo le iba con las obras donde ella aparecía?

—Pues, ¿cómo cree? Se vendían todas las entradas. El teatro se llenaba por completo.

En este punto, Smith bebió de un solo trago lo que le quedaba en el vaso. Respiró profundo y se dirigió nuevamente al bar.

—Director, usted ha dicho —retomó Castillo— que, en los últimos días, el trato con ella se volvió muy difícil. ¿Llegaron a tener altercados?

—Sí, sobre todo hacia el final.

—¿Eran fuertes?

—No realmente. Normales para el ámbito de trabajo.

—Hay testigos que aseguran haber escuchado gritos y amenazas.

—Señorita Castillo...

—Inspectora.

—*I'm sorry*, inspectora Castillo, si usted supiera algo del mundo del teatro, o del mundo de la actuación en general, sabría que entre actores y directores nos gritamos y amenazamos todo el tiempo. Si hay una persona más narcisista que un actor, es un director. Sí, probablemente llegamos a alzar la voz mientras discutíamos Paula y yo, y quizá se nos haya escapado algún insulto.

—¿Usted la llegó a amenazar?

—No, para nada.

—¿Y qué hay de ella? ¿Lo amenazó de alguna forma?

—Pues, sí, de alguna forma, sí. Decía que iba a abandonar la obra. La que hubiéramos estrenado hoy, si no hubiera ocurrido nada.

—¿Y por qué razón?

—De un día para otro, se le metió la idea en la cabeza de realizar cambios en la trama de la obra. Prácticamente ya la obra estaba lista para ser presentada y yo mismo la había escrito. Sin embargo, en el proceso de montaje le permití realizar modificaciones a ciertos detalles de su personaje y de lo que le pasaba. Varias veces consentí sus caprichos y por lo general tenía muy buenas ideas, pero se acercaba la fecha del estreno y no iba a permitir que hiciera cambios a última hora. Esta vez había muchas cosas en juego. Permanecí firme en mi posición y ella se fue muy molesta.

—¿Y esto ocurrió anoche?

—No. La noche anterior —dijo el director, quien revisaba su celular, que acababa de sonar.

—¿Qué hacía usted ayer por la noche, cuando se encontró su cuerpo?

—¡Me encontraba en el teatro! ¡Es terrible saber que estaba en el mismo lugar que ella cuando murió y que pude haber hecho algo para evitarlo! *Jesus*... Me rompe el corazón cada vez que lo pienso.

—¿Y qué estaba haciendo?

—Los días anteriores a un estreno suelo quedarme hasta muy tarde en el teatro, repasando notas, mirando el escenario, asegurándome de haber visualizado todo a la perfección. Por un momento estuve hablando con otro actor de la obra, simplemente discutiendo la obra y las ideas que Paula quería implementar. Luego recuerdo que Nina pasó a saludar. Dijo que había olvidado algo y se retiró. Luego Iván también se fue y yo continué revisando el texto y mis notas. Puedo ser muy obsesivo con lo que me apasiona y los estrenos me generan mucha ansiedad. Revisar el texto y mis notas me calman un poco.

—¿Dónde se encontraba?

—Estaba en las butacas frente al escenario, quizá en la quinta o sexta fila, no recuerdo bien. Oiga, ahora recuerdo haberla visto a usted entrar a la sala más tarde, cuando llegó la policía y yo les daba mi testimonio.

—¿Alguna otra persona con la que pueda hablar? ¿Familia? ¿Pareja?

—Ahora que lo dice, estaba a punto de casarse, con su mánager. Yo diría que la alteración en que se encontraba últimamente estaba más relacionada con eso que con la obra. Lamentablemente, Paula era muy hermética con respecto a su vida privada. Yo no recuerdo el nombre de ese hombre y la verdad lo vi pocas veces. Solo en los estrenos. La única persona que conozco que tenía una relación cercana con ella es otra actriz de mi grupo.

—¿Nina?

—*Indeed.* Catrina González. Ahora, si me disculpa, inspectora, tengo compromisos pendientes en la tarde de hoy. Mi conductor me espera afuera. ¿Va a algún lugar en específico? Si lo desea, puedo llevarla.

Aneth se quedó pensando un momento. La verdad no tenía mucha plata como para andar pagando taxis todo el tiempo. Su sueldo no era precisamente el mejor. Al final accedió a la

propuesta y ambos salieron a un día particular que derramaba sobre ellos, simultáneamente, la luz del día y las pequeñas gotas de una llovizna persistente.

## CAPÍTULO 8

En el camino, Aneth solicitó que la dejaran en un café que no quedaba muy lejos de la estación de policía. Aprovecharía para comer algo antes de dirigirse a la estación para preguntar sobre el informe. Sin embargo, mientras comía, creyó ver a una persona conocida a través de la vitrina, pasando de largo el café. Dejó un momento su comida y salió corriendo para alcanzarlo. El andar taciturno y la apariencia andrajosa parecía confirmar su sospecha, aunque solo podía ver su andar de espaldas. Al estar lo suficientemente cerca decidió salir de dudas.

—¿Jefe Goya? —dijo, algo emocionada, pero tratando de disimularlo.

El hombre volteó un poco asustado y no dijo nada. Era la segunda vez que Aneth lo veía y le deba la misma impresión, la de una persona que no está ahí del todo, o que tiene un pie en otra dimensión.

—¿Estuvo en la estación? —preguntó, recuperando el tono ecuánime— El informe sobre el crimen debe estar listo.

—No lo está —replicó Goya y retomó su camino.

—¡Espere! —exclamó, buscando detenerlo— Vengo de entrevistar al director y también hablé con personal del grupo y del teatro.

El jefe Goya se detuvo, pausadamente. Luego asomó el perfil de su rostro.

—¿Va a venir o no? —preguntó después.

Aneth miró hacia el café, pensando en su comida. Cuando volteó hacia Goya, este retomaba su andar. Gruñó y salió corriendo al café. Llegó a su mesa, tomó sus cosas y dejó dinero sobre la mesa. Luego volvió a alcanzar al viejo Goya, quien le daba un trago a su botella personal de brandy. Al advertir la presencia de la chica, el inspector hizo un gesto para ofrecerle un trago. Después de recibir la negativa, guardó la botella en el bolsillo interno de su saco.

—¿Ahora con Nina González? —preguntó Castillo.

—Nina González —confirmó Goya.

Aneth se hizo a la orilla de la acera para pedir un taxi.

—No —se apresuró a decir Goya—. Mi auto está por aquí.

Catrina González vivía en un apartamento bastante cómodo pero que no llegaba a ser lujoso. Nada cercano al *loft* del director, sin duda, como tampoco tenía el aire sofisticado del de Rosales. No había nada rebuscado o extraordinario en la apariencia del apartamento, aparte de unos afiches de películas, dentro de los cuales se encontraba uno de *Hombre malo, mujer buena*, y un estuche duro de guitarra. Al recibirlos se mostró muy hospitalaria y simpática. Aneth notó el disimulo de la actriz al percibir el olor fuerte a alcohol y tufo de Goya.

Catrina llevaba ropa de trotar o hacer ejercicios, aunque más tarde les dijo que no tuvo ánimos para hacer nada. Ni cambiarse. Sin embargo, no por ello dejaba de presentarse arreglada. El esmero que ponía en ello ya lo había advertido Aneth, la primera vez que la vio. Pero ahora, cuando todavía la luz del día penetraba por las ventanas y la podía ver más de cerca, y con mayor detenimiento, la impresión era mayor y casi causaba en ella un sentimiento de admiración, por la misma razón que ella gastaba la mínima cantidad de tiempo posible en esos cuidados, solo lo suficiente para aparecer presentable y profesional. La actriz, en cambio, parecía ser el caso contrario y, para Aneth, era evidente que cada segundo que Nina dedicaba a su apariencia, lo hacía con sumo gusto y placer. Su maquillaje era impecable, aunque se notaba que había estado llorando. Su cabello largo era de un castaño rojizo con brillos amarillos y, aunque Castillo advertía que era ondulado, también podía distinguir el uso de productos sofisticados de cuidado para el cabello. Cada hebra parecía ocupar un lugar con un propósito. Por otro lado, su vestimenta, a pesar de ser "deportiva",

estaba combinada con mucho estilo. Casi le causaba envidia. Aneth podía imaginársela perfectamente tomándose fotos con la combinación de ropa elegida para cada ocasión y compartiéndolas por las redes sociales. Estilo era quizá la palabra con que Aneth podía definir mejor la apariencia de Nina; solo seguida por la palabra belleza y, por último, simpatía, ya que, a pesar de la imagen, lo que le transmitía en el momento era un sentimiento de desolación, de alguien que acaba de perder, súbitamente, un miembro de la familia. De manera que, la impresión general era la de una modelo —debía tener la misma estatura que Aneth— que está a punto de realizar una sesión de fotos para la sección de *fitness* de una revista de moda, pero que trata de ocultar su dolor ante la cámara.

Todo ello, el jefe Goya podía percibirlo, a su manera, ya que la inspectora podía notar cómo le agradaba mirarla y, también, el tacto insospechado con el que la trataba. "Hombres", pensaba Castillo, "qué bobos son".

—¿Cómo conoció a Paula Rosales? —preguntó Goya.

—Pau y yo nos conocemos —respondió Nina, pero se detuvo un momento— Perdón... Ambas empezamos juntas en el teatro. Éramos unas adolescentes apenas.

—¿Se conocían desde hacía mucho, entonces? —intervino Castillo.

—Sí, cariño —respondió, suspirando—. Cuando apenas empezábamos a descubrir la vida y el mundo. Fue como amistad a primera vista. Por entonces había un grupo teatral muy famoso. Se llamaba "Escena"...

—¿El de Horacio Vitto? —preguntó Goya, interrumpiendo.

—Exactamente —respondió Nina, sonriendo—. Fue antes del terrible escándalo en el que se vio envuelto y, pues, antes de su lamentable desaparición —Su mirada pareció perderse un instante pero enseguida volvió su luz y retomó—. En aquel momento el grupo había abierto, por vez primera, un curso de preparación teatral para menores de edad. Tenían la intención de crear una versión juvenil de "Escena". En fin, desde el primer día nos hicimos amigas.

—¿Se conectaron desde el primer momento? —preguntó Aneth.

—Sí. Cuando la instructora empezó a dar la charla introductoria, apenas empezando el primer día del curso, ella y yo solíamos intercambiar miradas de no entender nada, de sentirnos un poco desubicadas.

—¿Pero usted sí sabía que quería actuar? —indagó Goya.

—Sí —respondió Nina, con semblante alegre, como si esos buenos recuerdos le trajeran consuelo—. Y ella también, como lo supe unas horas después. Lo que sucede es que, aunque no lo crean, Pau era una persona muy tímida y muy privada. Yo también era muy tímida. El teatro nos ayudó mucho en ese sentido. En fin, en el primer descanso yo me alejé un poco para fumar un cigarro, un vicio que acababa de tomar (y que ya dejé, gracias a Dios). Ella se me acercó para pedirme uno, aunque no sabía fumar. Yo le enseñé, pecadora de mí. No hablamos mucho en ese momento. Lo mismo que ya nos habíamos dicho con las miradas. En el segundo descanso sí conversamos sobre nuestras actrices preferidas y sobre nuestro sueño de ser estrellas de cine. Desde entonces fuimos amigas. Claro que ella fue la única que realmente cumplió ese sueño —Su voz se quebró por un momento—. A mí al final terminó gustándome más el teatro que el mundo del cine. No hay nada como trabajar directamente con una audiencia. Y, obvio, cuando se empezó a hacer famosa nos alejamos un poco. Sin embargo, me escribía de vez en cuando. Años después, Nathan creó Prosopos y yo estuve desde el primer momento. Poco antes de eso me llegó a escribir que le gustaría volver al teatro y, en un futuro, dirigir. Meses después me volvió a mandar noticias, diciendo que Nathan la quería en el grupo y yo le comenté que trabajaba con ellos. Creo que eso fue lo que le dio el empujón final para unirse.

—Fue reportado que usted consiguió el cuerpo —dijo Goya—. ¿Nos puede contar lo que estaba haciendo antes y cómo lo encontró?

—Tuvimos un ensayo general en la mañana. Para la tarde Pau se quedó con Nathan y el actor principal para trabajar un poco más en ciertas escenas y algo sobre unas ideas que Pau tenía.

—¿El actor principal? —preguntó Aneth.

—Sí. Iván Ruiz. Como mi papel era secundario, ya no tenía nada que hacer en el teatro. Así que almorcé afuera, luego fui al gimnasio. Cuando salí de allí vine acá a mi casa, pero había olvidado las llaves en el teatro, en mi camerino. Así que volví al teatro, busqué mis llaves y antes de salir noté que la puerta del camerino de Pau, al final del pasillo, estaba abierta y con la luz encendida. Sabía que Iván y Nathan seguían en el teatro porque los había visto y saludado. Pero no había visto a Pau y me imaginé que estaría allí, así que decidí pasar para despedirme de ella...

Nina detuvo el relato un momento, tratando de controlarse.

—La puerta estaba entreabierta... —dijo, mientras la voz se le quebraba— Y cuando la empujé... Estaba ahí, tirada, inmóvil, con los ojos abiertos...

Se estaba comenzando a alterar. Cerró los ojos y respiró profundo para calmarse.

—Yo nunca había visto un cadáver —dijo, retomando el relato—. Y ver el de mi amiga... Simplemente fue demasiado. Comencé a gritar, despavorida. Estaba en pánico.

Entonces se detuvo y se levantó a servirse un trago de whisky. Les ofreció a los huéspedes, quienes se negaron pero agradecieron el ofrecimiento. Ella se volvió a sentar y se lo bebió todo de un trago.

—¿Alguna vez pelearon o hubo alguna rivalidad fuerte entre ustedes? —preguntó Castillo.

—Tú sabes cómo somos las mujeres, cariño. A veces nos tratamos peor de lo que nos trata un hombre. Pero entre ella y yo nunca hubo tal cosa. Nada dañino. Cuando comenzamos juntas había una competencia sana. ¿Pero qué hace uno cuando es testigo de esa chispa divina, ese *je ne sais quoi* del talento innato? Yo no tengo problema en admitir que soy una buena actriz de teatro. Pero no se imaginan cuánto me ha costado. Me lo he ganado con sangre, sudor y lágrimas. En cambio, cuando la veía a ella, había algo, algo que nunca supe bien identificar, pero que la hacía deslumbrarte, conmoverte, o llenarte de ira si el papel que representaba lo pedía. Yo solo podía sentir admiración y orgullo por ser testigo de cómo semejante talento iba floreciendo.

Nina se detuvo y empezó a llorar, sin estruendos, sin histerias, solo dejaba salir las lágrimas, que ahí mismo alcanzaba con un pañuelo, suspiros y algún sollozo. Aneth se tomó la libertad de tomar su vaso e ir a servirle otro trago. Tomaba ahora lentamente, respirando profundo, buscando recuperar la compostura.

—Entonces—dijo Aneth, cuando ella se calmó—, ¿podría decir que Paula confiaba en usted?

—Sí. Quizá no compartía cada una de las anécdotas, pero sí sus emociones, sus estados de ánimo, cómo se sentía con respecto a algo que hubiera sucedido.

—¿Qué nos puede decir de ella con relación a los últimos acontecimientos de su vida? ¿Le habló de algún problema grave o de alguien por quien se sintiera amenazada?

—Pues, pronto se iba a casar con Antonio Luque, un empresario que se convirtió en su mánager. Ella misma me contó, después de unos meses de comprometerse, que el matrimonio le estaba causando ansiedad. Al parecer, Luque era muy posesivo y terriblemente celoso. Le comenzaban a invadir las dudas. Precisamente, hace pocos días rompieron el compromiso, por una infidelidad... Ella me dijo que Antonio la había amenazado de muerte. Se podrán imaginar... Todo esto... —Su voz se volvió a quebrar— Ella pasó sus últimos días muy alterada.

A la mujer la invadió una desconsolación terrible. Casi no emitía sonidos y se pasaba la mano por el pecho, como tratando de aliviar un dolor. Al verla así, el jefe Goya le hizo

entender a Aneth que ya era suficiente por el momento. Al salir, Nina les ratificó que se ponía a la orden si tenían más preguntas. La tarde caía. Se montaron en el auto de Goya y comenzaron a dirigirse a la estación de policía, esperando que el informe sobre la escena del crimen estuviera listo.

—¿Y qué opina? —le preguntó Castillo a Goya, mientras iban en el auto.

—Todavía es muy temprano para sacar conclusiones —dijo él y se echó un trago de brandy—. Se muestra cooperativa y muy espontánea en sus reacciones.

—¿Pero... ?

—Pero más vale seguir pensando que todos son culpables hasta conseguir al verdadero culpable.

—¿Quién es el tal Horacio Vitto? —preguntó con curiosidad Castillo— ¿Qué le ocurrió?

—Por Dios, ¿ni siquiera veía televisión?

—Probablemente estaba cambiando los inyectores de un motor, cazando o acampando con mi padre.

—Hmm... —Goya la miraba de reojo, como un bicho raro— ¿Entonces era de las afueras de Aborín?

—¿Sabe de dónde soy?

—No soy el "jefe" Goya por nada.

—Cierto. Bueno, Horacio Vitto.

—Hace alrededor de diez años era probablemente el actor más importante o más respetado del país. No era raro verlo como actor principal en alguna telenovela. Lo mismo con las películas nacionales y hasta llegó a aparecer en algunas extranjeras. Ya había consolidado una carrera de larga trayectoria y fue uno de los pioneros del teatro moderno nacional, cuando cayó la dictadura. Sin embargo, precisamente cuando se encontraba en la cima del reconocimiento, comenzaron a aparecer denuncias de pederastia en su contra.

—¿Quiénes hacían la denuncia?

—Los padres de menores de edad que, aparentemente, él formaba en actuación, personalmente. Esto fue justo antes de la formación de Escena Juvenil. De hecho este grupo se formó para tratar de mejorar la imagen pública de Vitto y varios actores y personajes del entretenimiento lo ayudaron, trabajando en el grupo como formadores. Aunque no lo creas, funcionó. En parte porque el grupo juvenil empezaba a servir como plataforma para la formación de nuevas estrellas.

—¿Como Paula Rosales?

—Como Paula Rosales.

—¿Y qué le sucedió? ¿Cómo murió?

—Pues, ahí está el detalle. La palabra que usó Catrina González fue muy adecuada. Desapareció, literalmente.

—¿De repente? ¿De un momento a otro?

—Algo así. Una noche se reportó un incendio en su residencia. Él no se encontraba y las autoridades nunca lo pudieron ubicar. Hasta yo mismo estuve en esa casa, con mi compañero. Pero nada. Nunca se supo más de él ni se halló su cuerpo. Se cree que en el incendio se perdieron pruebas contundentes que probaban su culpabilidad con respecto a las denuncias de pederastia.

—¿Por qué se creía tal cosa?

—Cuando ocurrieron las denuncias, nunca se pudo investigar el domicilio de Vitto. Los tribunales nunca dieron la orden. Seguro estaban comprados. De igual manera, los medios apenas cubrieron estos hechos.

—Entonces, el viejo quemó las pruebas y desapareció del mapa.

—Es lo más probable. Por cierto, ¿qué hay de Smith? ¿Qué impresión le dio?

—Un poco menos transparente que Nina. Al menos en apariencia. Objetivamente, no tendría mucho qué ganar con la muerte de Rosales. Pero es posible que tuviera algún tipo de fascinación extraña por ella. No descarto que hasta haya podido ocurrir algo entre ellos. Según los del teatro, él se mostraba muy atento y preocupado por ella. Ese sería el único móvil que podría tener.

—No hay que bajar la guardia con él. Ahora sabemos que Antonio Luque es un sospechoso, pero también debemos investigar con quién le fue infiel Rosales. Aunque no sepamos quién es, es un sospechoso.

—Entendido.

## CAPÍTULO 9

—¡Que me lleve el diablo, Castillo! —dijo el comandante, cuando se dio cuenta de quién era la persona que entraba a su oficina junto a ella.

—Sotomayor —dijo Goya—, dejemos las pendejadas para después, que no hacen falta ahorita. ¿El informe está listo?

—El mismísimo jefe Goya —dijo el comandante, entre risas incrédulas—. No se le pueden enseñar trucos nuevos a un perro viejo, ¿eh? Algo me decía que no se resistiría a Castillo.

—Señor... —trató de intervenir Aneth.

—¿Ya le contó cómo le dicen en los bares del centro? —preguntó a ella el comandante— ¡El goyador!

—Lo único que me interesa es saber si el informe está listo, señor —replicó ella con seriedad.

—Está bien, está bien —dijo aquél—. Veo que los dos tienen en común la falta de sentido del humor. Sí, ya está listo. Déjenme llamar a Cota. Haremos la reunión en el salón de conferencias, en cinco minutos.

Mientras tanto, Aneth empezó a conocer a los otros colegas de la estación y el jefe Goya se dirigió al baño. Mientras caminaba hacia allá, algunos en la estación comenzaron a reconocerlo. Había cambiado mucho desde la última vez que lo vieron. Alguna vez un hombre corpulento y de apariencia decente, ahora había adelgazado considerablemente y tenía una barba de quién sabe cuándo. Su cabello también era un desastre. Le daban la bienvenida y lo saludaban con sumo respeto, tratando de disimular el impacto que les causaba el fuerte olor a alcohol del inspector. Una vez en el baño, vació la vejiga y trató de arreglarse en lo posible, frente al espejo. Lo único que pudo resolver fue mojarse la barba y el cabello para dar cierta uniformidad. O al menos una idea de eso. Que la gente vea que está bien, que aunque sea puede fingir, incluso si no es así. En un mundo de apariencias, Sancaré no era la excepción, ni siquiera estaba cerca de serlo. Y en un mundo así, en una ciudad así, no hay lugar para los extraños, los inusuales, los raros. Son confinados a los bares de mala muerte, a las prostitutas, a los drogadictos. Goya conocía la ciudad como casi nadie la conocía: el esplendor de sus cumbres de civismo y la profundidad de sus abismos de perdición. Una vez se sintió listo, un escalofrío lo recorrió, haciéndolo temblar y sudar frío. Saca de su saco un par de pastillas de naloxona y se las toma con un trago de brandy. Observa la botella. Se está acabando. Piensa en comprar otra en lo que salga de aquí.

Al salir se encuentra con los aplausos de los presentes en la estación, que se hallaban reunidos, esperando a que saliera. Entonces siente otro escalofrío atravesándolo y los aplausos le parecen chirridos de un cuchillo en tubos oxidados, la luz le molesta. Se esfuerza en mantener cierta apariencia. Después de todo, sigue siendo un tipo fuerte. O si no fuerte, resistente.

—No hace falta toda esta mierda —dijo el jefe Goya, con aplomo—. Les agradezco y todo eso, pero hay cosas más importantes que hacer.

Se escucharon algunas risas y exclamaciones de aprobación. De inmediato, Goya se dirigió al salón donde ya lo esperaban Aneth y los otros.

—¿Algún avance sobre el caso? —preguntó el comandante a Goya y Castillo.

—Tenemos un primer sospechoso —dijo la última—. Existe un móvil pasional. Se trata de Antonio Luque, mánager de la víctima. Pronto se iban a casar pero rompieron el compromiso por una infidelidad de Rosales. Una testigo asegura haber escuchado de la propia víctima que Luque la había amenazado de muerte. Es el móvil más claro que tenemos hasta el momento.

—Bien. Señor Cota, ¿qué tiene para nosotros?

—El primer detalle —dijo el criminalista, mientras exponía las fotografías pertinentes— es que la puerta no mostró señal alguna de haber sido forzada. Por otro lado, como seguro habrá notado la inspectora, la víctima apenas llevaba ropa encima. Estos dos elementos sugieren dos posibilidades principales: o la víctima conocía a la persona que la mató, o esta persona entró desapercibida y tenía los medios para entrar. Creo que estarán de acuerdo conmigo en que la segunda opción parece la menos probable.

—Considerando que la primera posibilidad fuera el caso—intervino Goya—, no solo cabría suponer que la víctima conocía a la persona, sino que había una relación cercana entre ambos. No necesariamente romántica, aunque esto también es posible, claro. Digo, a no ser que en el mundo del teatro no haya ningún tipo de barreras en ese sentido, cosa que también es posible, el hecho de que la víctima se dejara ver con tan poca ropa, implica que se sentía cómoda de esa forma alrededor de dicha persona. El problema es que, en los testimonios que hemos podido recoger la inspectora y yo, la víctima era conocida por ser muy privada, pero también por ser muy encantadora y yo diría que seductora.

—En segundo lugar —retomó Cota—, el estado general del camerino era de desorden: un florero roto, agua derramada, flores y maquillaje esparcido por el suelo, espejo del tocador roto, ropa y zapatos desordenados...

—Hubo forcejeo —interrumpió esta vez Castillo—. La víctima se encontraba en buen estado físico. Dio la pelea. No se dejó.

—Exactamente —dijo Cota, con cierta exasperación—. Un forcejeo intenso. Nada más fíjense hasta dónde llegó ese tacón —Cota señaló una foto donde se veía un tacón azul, cerca de la víctima, pero del otro lado de donde se encontraban el resto de zapatos—. En tercer lugar, no hay rastros de ADN o huellas dactilares extrañas. Todas las huellas que se encontraron pertenecen al personal del teatro o el grupo teatral, lo cual resulta lógico considerando que a los camerinos entra y sale gente todo el tiempo. Claro que esto no implica que haya sido alguien de alguno de esos grupos ya que, en el cuerpo de la víctima, no se encontraron huellas de ningún tipo. Por último, la causa de muerte, como se sospechaba, es asfixia mecánica por estrangulamiento. Hay marcas en el cuello de la víctima y la autopsia reveló daños físicos, internos, en el área del cuello. Por otro lado, el cuerpo muestra marcas de que el agresor usó las manos para estrangularla, pero que también la ahorcó con los brazos y creemos que el último método fue el que causó su muerte, aunque esta es mi opinión personal. Quizá el cambio esté relacionado con el forcejeo que hemos mencionado.

—Es probable —agregó Goya— que el agresor haya hecho esto antes. Quizá tenga antecedentes de violencia física... Por otro lado, si la atacó por la espalda, pudo haber tenido algún tipo de remordimiento o reserva con respecto a lo que iba a hacer. De pronto la atacó por la espalda para que la víctima no viera su rostro mientras lo hacía. O, simplemente, quería atacarla por sorpresa, lo que reforzaría la hipótesis de que era alguien conocido y cercano. Lo que a mi parecer deberíamos descartar es que el crimen haya sido realizado en el calor del momento, en un brote de furia circunstancial. Había premeditación. Además, si en algún momento la estranguló con sus propias manos, cara a cara, es probable que el agresor estuviera satisfaciendo algún tipo de venganza y por ello quería que la víctima lo mirara muy bien, mientras cometía el crimen.

—Luque... —intervino Castillo.

—Es posible —replicó Goya—. Sin embargo, todavía no estamos seguros de si hemos cubierto a todos los sospechosos. Lo dudo. Tenemos toda la información de contacto sobre Luque, ¿correcto?

—Así es —respondió Sotomayor—: dirección, teléfono de la casa, de la oficina y también el número de su teléfono móvil.

—Bien, mandemos a dos muchachos a su residencia, que lo mantengan vigilado en caso de que quiera hacer alguna movida extraña. Castillo, vamos a contactarlo para una cita mañana. Ya es tarde y no creo que quiera recibirnos ahora.

—Entendido —dijo Castillo.

## CAPÍTULO 10

La noche anterior, Castillo ubicó a Luque en las oficinas de su empresa. Había tratado de llamarlo a su teléfono celular, pero la llamada caía directamente al buzón de mensajes. Tampoco pudo contactarlo en su casa después de varios intentos y pensó lo peor, que se había dado a la fuga, pero por otro lado eso lo hubiera delatado como culpable. Sin embargo, cuando llamó a las oficinas pudo hablar con él. Según Luque, se quedaba trabajando hasta tarde para buscar distraer su mente, en lo posible, de la pérdida. Pautaron la cita para la mañana siguiente, ya que en la tarde sería el funeral y prefería no tener ningún otro compromiso después. A la mañana siguiente, la patrulla les confirmó a Castillo y Goya que Luque llegó tarde a su casa y que no ocurrió nada sospechoso durante la madrugada.

Castillo y el jefe Goya se encontraban llegando a Lomas del Este, la zona donde vivía Luque. Se trataba de uno de los barrios más cotizados y costosos de la ciudad, de mansiones grandes y lujosas. Quedaba claro que Luque era un hombre adinerado y exitoso. En las averiguaciones previas, ambos se enteraron de que Luque era el creador y presidente de una importante productora, encargada de eventos a gran escala y también del *managing* de artistas de diversa índole.

La lujosa casa de Luque era de un estilo minimalista, muy moderna.

—Si tuviera el dinero —dijo Goya, antes de salir del auto con Castillo—, no me construiría una casa así. Ni siquiera sé si esto es una casa. ¿Esto es una casa?

—Parecen unas cajas grandes —dijo Castillo —hechas por niños de preescolar.

Goya sacó una botella nueva de brandy y la abrió. Luego se metió una pastilla en la boca y la pasó con un trago del licor.

—¿Cómo le funciona todo eso? —le preguntó Castillo, algo desconcertada.

—Todavía no me piso el rostro.

Entonces subieron los largos escalones que atravesaban un jardín cuidadosamente trabajado, hasta la entrada principal y llamaron al timbre. Una voz les habló desde el intercomunicador, pidiéndoles que esperaran unos segundos. Momentos después les abrió la puerta un hombre de edad cercana a la de Goya, algo más alto de lo que era Catrina González. Su físico, para su edad, parecía bastante atlético. De piel morena, algo más oscura que la de Rosales. Su cabello ya mostraba varias canas. Pero no tantas como el de Goya. Estaba vestido completamente de negro y su semblante en general era de aflicción.

—Buenos días, inspectores —dijo—. Por favor, pasen adelante. Disculpen la demora.

Al entrar, los inspectores se encontraron con una suerte de pasillo, con fotos en las paredes, que daba a la sala principal. Las fotos eran numerosas y mostraban a Antonio y Paula en diversos parajes: zonas urbanas, campos, montañas. Aparecían en la torre Eiffel, con el Big Ben al fondo, o en un piso elevado, mostrando la ciudad de Manhattan. Sin embargo, las que eran más numerosas eran las de Paula sola, en medio de rodajes o piezas teatrales, o posando sola, muy coqueta, muy sensual.

Era el pasillo lo más sobrecargado de la decoración. Al pasar a la sala, una extraña sensación de calma invadió a Goya y a Castillo, propiciado por los grandes espacios y la presencia reducida de objetos. Solo un cuadro colgaba de la pared más grande. Un lienzo de gran tamaño, blanco, con algunos trazos gruesos que parecían imitar un estilo oriental, como de caracteres chinos o japoneses. Ninguno de los dos hubiera sabido cuál, si uno o lo otro. El anfitrión los invitó a sentarse.

—¿Desean algo de tomar? —preguntó después Luque, amablemente.

Aneth iba a responder que no, pero la interrumpió Goya.

—Café, por favor —dijo el último—. Bien cargado. ¿Está bien si fumo?

Antonio se mostró contrariado, pero le dijo que no había problema. Luego abrió los ventanales con un control remoto y llamó a la criada. Le pidió que hiciera café para tres. Para

Aneth era evidente que a Luque le desagradaba el jefe Goya. Eran como el día y la noche. Uno, en el abandono, sin nada que perder. El otro, parecía que lo tenía todo y que acababa de perder algo.

—Ustedes dirán en qué puedo serles útil, inspectores.

—Le agradecemos que nos haya recibido, señor Luque —dijo Aneth—. Entendemos que debe estar pasando por momentos difíciles, pero lamentablemente no podemos detener la investigación y tenemos que hacerle algunas preguntas.

—Lo comprendo perfectamente —replicó él—. Tienen trabajo que hacer y quiero dar toda la ayuda que pueda para dar con el culpable de esto.

—¿Qué se encontraba haciendo —preguntó Goya— la noche que Paula Rosales fue encontrada muerta?

—Me encontraba de viaje por trabajo. Estaba en Puerto Luz.

—¿Hay personas que puedan corroborar su presencia? —preguntó Aneth.

—Claro. Puede corroborarlo con mi secretaria y con la Dirección de Cultura del puerto.

—¿Nos podría decir —preguntó Goya— cómo conoció a Paula Rosales?

—He seguido la carrera de Paula desde que comenzó a recorrer los circuitos teatrales. Siempre fui un aficionado al teatro. Y las actrices siempre me han causado una atracción que no puedo explicar. La primera vez que la vi actuar fue en una representación de la tragedia *Antígona* y ella tenía el papel principal. Quedé completamente fascinado por su actuación y su belleza. Sin embargo, todavía no estaba convencido de que fuera una actriz talentosa. ¿Cuántas veces no hemos visto actores que solo hacen un mismo personaje, con ligeras variaciones?

—Cierto —dijo Goya.

—Por eso decidí seguirle la pista. La segunda vez que la vi fue en una obra extenuante, *¿Quién le teme a Virginia Woolf?*, no sé si la conocen.

—No —dijo Aneth, inmediatamente.

—Una vez vi una película con ese nombre —dijo Goya.

—Entonces sabe a qué me refiero. La interpretación de Paula fue tan increíble, que llegué a sentirme mal, físicamente, de lo mucho que me irritaba el personaje que interpretó. Un efecto completamente opuesto al de *Antígona*, que no despertó sino simpatía y compasión en mí. Entonces me declaré un seguidor y admirador incondicional de su trabajo. He visto cada uno de los trabajos que ha realizado desde entonces.

—¿Pero cuándo la conoció personalmente? —insistió Goya.

—Fue en el festival de teatro de Sancaré. Era la primera vez que ella participaba. El festival de ese año, como muchos otros, había sido organizado por mi productora en conjunto con la gobernación de la capital. Antes de su primera presentación me acerqué para regalarle un ramo de flores y desearle éxito en su presentación. Eso, además de decirle lo mucho que admiraba su trabajo y que tenía un gran futuro como actriz.

—¿Recuerda el tipo de flores que le regaló? —intervino Castillo.

—Era un ramo con camelias rojas y calateas naranja.

—¿Y cuándo empezó a tener una relación sentimental con ella? —preguntó Goya.

—La verdad... Ahora me parece que desde que la vi por vez primera en el escenario ya tenía una relación sentimental con ella. Claro, ignorada por mí y por ella. Con el tiempo, mi admiración fue fácilmente transmutando en amor, y ese amor, en pasión. Desde que la conocí en persona empecé a ofrecerme yo mismo para ser su mánager. Claro, yo solo pensaba en pasar el mayor tiempo posible con ella. Serle útil. Y sabía perfectamente cómo llevarla lejos y convertirla en toda una celebridad. Estuve varios años cortejándola como mánager. Puedo decir con orgullo que hice un buen trabajo. La llevé hasta Cannes. Logré que el mismo Alejandro González Iñárritu se acercara a ella para felicitarle y hablar de futuros planes. Como mánager logré acercarme más a su corazón. Y entonces empezó mi periplo de cortejo

como pareja. Habrán sido dos años de cortejo. Empezamos a salir juntos hace ocho meses. Yo no cabía en mí de la felicidad. Y...

La voz de Antonio Luque se quebró y se detuvo un momento para recuperar la compostura. Entonces llegó la criada con el café y tres tazas. Al ver a su jefe consternado, decidió dejar la bandeja en la mesa y se retiró, mirando a los invitados, indicándoles que podían tomar sus tazas.

—¿Es cierto que planeaba casarse con la víctima? —preguntó Goya, después de tomar un sorbo de su café sin azúcar.

—Sí, hace un mes le propuse matrimonio y me dijo que sí. Yo no podía creer que todo ello estuviera pasando. No podía creer mi dicha. Verán... Mis padres murieron cuando yo todavía era un muchacho. He tenido el privilegio de pertenecer a familias de mucha tradición, así que mi herencia fue cuantiosa. Sin embargo, aunque nunca tuve problemas financieros. No obstante, afectivamente, siempre me sentí muy pobre, muy hambriento. Claro, tuve a muchas mujeres. En cuanto sabían quién era, se me entregaban con facilidad. No me amaban. Pero Paula no... Paula nunca fue fácil. Sin embargo, una vez en su corazón, te hacía sentir único. Te hacía sentir que tu existencia importaba, que eras indispensable en su vida. Así que, se podrán imaginar mi felicidad cuando aceptó casarse conmigo.

—Pero rompieron el compromiso. ¿Por qué? —intervino Goya.

—Pues... —Luque soltó un hondo suspiro— Paula me fue infiel.

—¿Pero cómo sabe que le fue infiel? ¿Ella se lo confesó?

—Porque yo mismo los encontré juntos —respondió Luque, casi alzando la voz, luchado para contenerse. Su semblante había cambiado. Se podía ver la ira en su mirada, que se perdía.

—¿Con quién la encontró? —continuaba indagando Goya, como si hurgara una herida.

—Con el actorsucho ese —respondía Luque, molesto—, que se cree un galán de Hollywood...

—¿Iván Ruiz? —intervino Castillo.

—¡Ese! —exclamó Luque — El petimetre de Iván Ruiz.

—¿Qué ocurrió cuando los encontró? —retomó Goya.

Luque se tomó un momento para darle unos sorbos a su café.

—Es una de las peores cosas que he vivido —dijo luego—. Al comienzo no podía creerlo...

Otra vez Luque se detenía. Se notaba que estaba agitado. Sus ojos se tornaban brillantes.

—¿Se molestó? ¿Sintió rabia? —continuó Goya.

—¡Pero claro! —exclamó el otro— ¡Nunca me había sentido tan traicionado! Les acabo de contar lo que significaba para mí el que ella hubiera entregado su mano en matrimonio. Al verlos me sentí completamente devastado, destrozado...

El hombre cerró los ojos. Se los cubrió con la mano izquierda. Su nariz enrojecía. Estaba controlando el llanto. Daba igual. Estaba llorando, pero en silencio. Se disculpó un momento para ir al baño a reponerse.

Mientras tanto, Goya y Castillo intercambiaron miradas, como ponderando las respuestas y los relatos que acababan de escuchar, confirmando la presencia y la atención de cada uno. Luego, Aneth se levantó para dar una vuelta por el salón, mientras Goya le echaba un chorrito de brandy a su café.

—Les ruego excusen mi comportamiento —dijo Luque, cuando volvió—. No se imaginan lo afectado que estoy por su muerte. Sobre todo cuando nuestra relación quedó en tan malos términos. Les seré sincero. Cuando descubrí que Paula me estaba siendo infiel, sentí tristeza y rabia. Discutimos fuertemente. Nos gritamos y nos dijimos cosas horribles. Pero yo nunca hubiera sido capaz de ponerle una mano encima. Yo mismo fui quien decidió romper el compromiso, llevado por mi estúpido orgullo. Pero apenas la dejé me arrepentí de

haberlo hecho. Yo quería intentarlo otra vez, pero pensé que sería más prudente dejar pasar unos días y que se calmaran nuestros ánimos. Planeaba hablar con ella después de llegar de Puerto Luz... Pero ya ven que no me fue posible. Sin embargo, les puedo decir lo siguiente, investigué al fantoche ese, el tal Ruiz, después de lo sucedido. Podría jurar que ese es el desgraciado que acabó con su vida.

—¿Qué lo lleva a pensar eso? —preguntó Goya.

—Después de descubrirlos, no sé por qué, pero necesitaba saber más del hombre con quien me había engañado. Entiendo que puede parecer morboso, o masoquista de mi parte. Pero tenía que saber qué había visto Paula en él como para haber hecho lo que hizo. Descubrí que tiene antecedentes de violencia doméstica. Había estado casado y su exesposa lo denunció una vez por haberla golpeado.

—¿Está seguro de que esa información es cierta? —preguntó Aneth— ¿Es de una fuente legítima?

—Pues la dio el mismo departamento de policía —dijo Luque, con énfasis—. Ahora, si me disculpan, todavía hay cosas que arreglar sobre el funeral de esta tarde. Si tienen más preguntas, podemos pautar otra cita, para otro día, con mucho gusto.

Los inspectores agradecieron la hospitalidad de Luque y salieron de su casa. También asistirían al funeral, pero primero comerían algo. Es decir, Castillo comería algo.

## CAPÍTULO 11

—¿Ya puedo tomar su orden? —preguntó el mesonero.

—Un almuerzo del día, por favor —dijo Aneth.

—A mi tráigame solo un café —pidió Goya.

—¿Por qué no toma aunque sea una sopa? —sugirió ella.

—No empiece, Castillo —dijo, tajante, Goya.

¿Empezar qué?, pensó ella. Nunca había dicho nada con respecto a lo que comía o no comía. Ni siquiera había tenido el tiempo. Si acaso tenían un día trabajando juntos. Pero parecía más. Parecía una semana, cuando menos. Algo similar le ocurrió cuando empezó como patrullera. Los primeros días se le hacían muy largos. Sí había notado a Goya un poco más irritable de lo normal en la mañana, cuando la fue a buscar para ir a interrogar a Luque. En el poco tiempo que había trabajado con él se había dado cuenta de que no era la persona más conversadora. Sin embargo, mientras se dirigían a la residencia de Luque, para interrogarlo, se limitó a hacer esa observación sobre su casa y fue lo único que dijo en todo el camino. En cambio, en el camino al café donde ahora se encuentran, ni siquiera eso, y lo notaba aún más huraño.

—¿Qué son esas pastillas que tanto toma, jefe Goya? —preguntó ella, solo para hacerlo exasperar.

—Medicina —dijo el otro—. ¿Por qué mejor no me dice lo que le pareció Luque?

—Bueno... —dijo, desconcertada— A decir verdad, algo me dice que él es el culpable.

—¿Aún sin saber nada del amante?

—Todavía queda por investigar, pero me parece muy probable que sea él.

—¿Alguna razón o es una de esas cosas de mujeres?

—Usted puede pensar lo que quiera, Goya. A mí me parece muy sospechosa su completa disposición a colaborar con nosotros. ¿Vio cómo trataba de controlar su ira cuando hablaba sobre la infidelidad de Rosales?

—Es seguro que le dolió. Pero, ¿por qué dudar de su disposición a colaborar? ¿Acaso duda de Nina González también?

—¿Nina? No veo un móvil lo suficientemente fuerte en Catrina González y asumo que usted tampoco, como sí lo hay en el caso de Luque. Hablaba de ella como un hombre obsesionado, casi como un acosador. Además, todas las fotos en la entrada. ¿No le pareció extraño?

En ese momento, el mesonero volvió a aparecer con el primer plato del almuerzo del día, un caldo de costilla, para Aneth, y también con el café de Goya. Estos pausaron la discusión mientras tanto. Luego el hombre se retiró.

—Vi a un hombre completamente enamorado de una mujer —dijo Goya, mientras Aneth daba la primera probada a su plato—. Y estoy de acuerdo en que tiene un móvil lo suficientemente plausible. Si, en efecto, él fuera el asesino, sería lógico. Pero por ello mismo no termino de convencerme. Sería demasiado fácil como para ser cierto. Además, Luque está actuando muy tranquilo y tiene mucho que perder.

—Eso es lo que para mí lo delata. Un hombre mayor que por fin iba a casarse con la mujer de sus sueños, una mujer que llevaba años persiguiendo, a quien tenía en un altar, como a una diosa. Y de repente la encuentra teniendo relaciones con otro actor, más joven que él... Se derrumba la imagen prístina que tenía de ella y no soporta la traición. Decide matarla, pero, mientras la estrangula, tiene sentimientos encontrados, porque es la misma mujer que adora. Pero ya no puede detenerse, las denuncias de Rosales destruirían su carrera. Entonces decide ahorcarla de espaldas, para que ella no lo vea, porque siente algo de remordimiento. Tú mismo escuchaste al criminalista, hay marcas de estrangulación con las

manos y también que el asesino usó el brazo para ahorcarla. Ese hombre se ve lo suficientemente fuerte como para causar el daño que muestra el cadáver.

Aneth volvió a su sopa. Goya se quedó callado, pensativo. Ella terminó la sopa y movió el plato al frente. El mesonero, que advirtió ese movimiento, se acercó con el segundo plato, un bistec con papas a la francesa y ensalada. Aneth picó un primer trozo de carne y se lo llevó a la boca. Lo degustó un momento.

—¿Y bien? —dijo ella, con la boca llena— ¿Qué piensa?

—Honestamente, lo que dice me parece una buena asociación de elementos subjetivos con evidencia dura. Es decir, conjeturas. Son plausibles. Pero no tenemos las pruebas necesarias para probarlo. Tenemos un móvil posible y tenemos reacciones emocionales de un hombre "mayor". Creo que esa fue la palabra que usaste.

—Es cierto —dijo ella, mientras picaba otro trozo de carne—. No tenemos pruebas contundentes. Me preguntó mi opinión sobre Luque. Esa es.

Entre ellos se instaló un silencio tenso e incómodo. No dijeron otra palabra. Aneth comió en silencio y Goya se retiró un momento para ir al baño. Cuando ella terminó de almorzar, salieron en dirección al cementerio.

## CAPÍTULO 12

La lluvia no se había detenido en ningún momento. Ahora solo bajaba y subía de intensidad. Se empezaban a escuchar noticias de derrumbes en algunos de los barrios pobres que rodeaban las afueras de la capital y también deslizamientos de tierra en ciertas zonas montañosas. La llovizna suave que caía sobre ellos al salir del café, se tornaba ahora en lluvia intensa mientras iban por la autopista, camino al cementerio. En la radio se oía un avance de noticias sobre el funeral de Rosales, al cual empezaban a llegar personajes de la farándula y el entretenimiento.

Al llegar, la lluvia parecía menos fuerte, pero ambos podían ver a las personas caminando por el cementerio, paraguas en mano, solos o en parejas, para despedir o recordar a aquellos que han perdido. Ellos continuaron avanzando en el automóvil, con la intención de estacionar lo más cercano posible al funeral de la diva. Entonces empezaron a ver autos identificados con logotipos de canales de televisión o emisoras de radio y patrullas de la policía. También advirtieron que el volumen de gente aumentaba. Se dieron cuenta de que no iban a poder ver mucho desde el carro. Querían ver a los asistentes, identificar rostros, analizar posturas. Aunque nada de esto se lo comunicaron verbalmente. Solo con miradas que parecían obligatorias, como un requisito mínimo de respeto entre compañeros de trabajo. Aneth llevaba consigo un saco impermeable con capucha, que había usado desde que llegó. Goya esperó que ella se bajara de primero para sacar de la guantera una bufanda y coger un sombrero que llevaba en el asiento de atrás. Una vez fuera del auto, buscaron la loma más cercana para tener una buena panorámica del evento. Las cámaras, los personajes, despojaban al funeral de su aura solemne y sagrada. Lo convertían en un comentario más de las saturadas redes sociales, en una nota a pie de foto, perdida en una infinidad de notas más. Paula Rosales dejaba de ser un ser humano que alguna vez vivió, tuvo amigos, amores, frustraciones y esperanzas. Ahora solo era un rumor, una ausencia en el cuadro de una cámara, una cantidad asignable de información que viaja en impulsos eléctricos a través de cables, o por ondas electromagnéticas que salen del planeta breves instantes y son rebotadas de vuelta a la tierra por un satélite.

Una vez instalados en la loma, bajo el precario resguardo de un árbol, el jefe Goya se agachaba y aguzaba la vista para tratar de observar el transcurso del entierro. Entonces, Aneth sacó de su bolso unos pequeños prismáticos. Al darse cuenta de esto, Goya se volvió a poner de pie, un poco desconcertado.

—¿Esas pastillas no lo ayudan con la vista? —dijo ella.

—Está bien. Disfrute su momento. Dígame, ¿quiénes están?

—Veo a Catrina González. Allí está el director. Veo a Antonio Luque, con cara de pocos amigos. Y creo que está el amante también.

—¿Iván Ruiz? —preguntó Goya— ¿Cómo sabe?

—Luque no deja de mirarlo con odio. Además, la noche que encontraron el cuerpo de Rosales, fue la primera persona que vi en el teatro que no parecía del personal de limpieza o administrativo. No sé, tenía cara de actor. Además, concuerda con el relato de Smith y de González, que fueron las otras dos personas que vi que eran de Prosopos.

—Dame eso —dijo Goya, quitándole los prismáticos.

—¡Oye! —exclamó Castillo— Está mal de la cabeza, ¿sabe?

El jefe Goya observó detenidamente. Notó que Luque, en efecto, tenía una expresión de molestia y no de tristeza. También observó la presencia de unos presentadores de televisión y de actrices de telenovelas. El cura se encontraba a la cabeza del ataúd, hablando. La gente escuchaba en silencio.

—¿Qué sabe del pasado de Rosales? —le preguntó Castillo a Goya— Sé que era huérfana y que la adoptaron unos ancianos ricachones.

—No realmente. Según lo que decían en la televisión, cuando dieron una breve retrospectiva de su vida, Rosales misma contaba que eran unos ancianos cuya situación fue en algún momento muy próspera, pero por malas decisiones terminaron sus días en condiciones muy humildes. La señora ya no podía tener hijos. Ellos fueron los que le dieron el apellido a Paula. Me parece que, para entonces, ella tendría nueve o diez años. Según la historia de la misma Rosales, la rescataron de la calle. A ella y a otro niño, un poco mayor. Se habían escapado de la casa hogar donde vivían. No fueron los únicos. Tenía mala fama ese lugar. Poco después el chico desapareció. Fue una época terrible en la capital. Se reportaron varias desapariciones de menores por entonces. Pero la mayoría tenía que ver con niños de la calle. Una desgracia. En fin, los viejos murieron años después, cuando ella ya era adolescente. Le dejaron lo poco que les quedaba. Yo mismo recuerdo haberme encargado de alguna de estas desapariciones, pero no dimos con nada.

—¿Qué hay del orfanato? ¿Sigue funcionando?

—En verdad, no lo sé.

Entonces escucharon un bullicio que venía del entierro. Era un desastre. Al parecer, algún tipo de pelea y los oficiales de la policía trataban de restablecer el orden. A medida que se acercaban, la gente tomaba distancia, revelando al final un grupo de personas que trataban de separar a Luque, que al parecer se había abalanzado sobre Iván Ruiz, gritándole asesino. Al llegar, los inspectores ayudaron a los oficiales a terminar de separarlos.

—¡Asesino! —gritaba Luque, a quien Castillo y Goya trataban de calmar— ¡Confiésalo! ¡Fuiste tú!

—¡Ese tipo está loco! —exclamaba por su parte Ruiz, sacudiéndose la ropa— ¡Tienen que encerrarlo!

El actor fue retirándose del lugar, visiblemente molesto. Goya dejó a Castillo con Luque para acercarse a Ruiz.

—¿Señor Iván Ruiz? —le preguntó, cuando lo alcanzó.

—¿Qué quiere? —dijo el actor, malhumorado— Si es reportero, no pienso dar declaraciones en este momento. Tampoco pienso dar autógrafos...

—Inspector Guillermo Goya —dijo el jefe, mostrando su identificación—. Quisiera hacerle unas preguntas. Creo que no necesito decirle en relación con qué.

—¿No creerá lo que está diciendo el loco ese, o sí? —dijo Ruiz, mientras continuaba caminando.

—¿Es cierto que tuvo una relación amorosa con la difunta? —preguntó Goya.

—Inspector —dijo, deteniendo el paso—, con mucho gusto responderé a sus preguntas mañana, si así lo desea, pero ahora, como entenderá, no me siento nada dispuesto para un interrogatorio.

Ruiz sacó una tarjeta de su billetera y se la entregó a Goya.

—Llámeme en la mañana —le dijo—. Entonces responderé todas las preguntas que quiera.

Goya recibió la tarjeta, mientras veía al actor retirarse. Al regresar pidió a uno de los oficiales que lo mantuvieran vigilado porque era un sospechoso. Luego advirtió que Aneth y Catrina trataban de consolar y levantar a Luque, quien, de rodillas, lloraba sobre la tumba de Rosales. Le llamó la atención ver a la actriz en tacones, en plena lluvia. Luque se incorporó con la ayuda de ambas. Con los tacones, González se veía más alta que Castillo. También le pareció verla un poco más corpulenta. No era más gorda que su compañera. Tampoco era que tuviera más músculo, o más cuerpo. Aunque Aneth nunca revelaba mucho, podía ver que tenía un cuerpo en perfecta forma y condición física, muy atlética. Quizá fuera la espalda de la actriz, que sí era un poco más ancha que la de Castillo. Acaso fuera que su constitución ósea fuera más robusta. En todo caso, Goya tuvo que hacer un esfuerzo por dejar de mirarla.

Tras incorporarse junto a su compañera, el orden se instaló nuevamente y el acto retomó su curso. El cura terminó de decir las palabras y el ataúd fue descendiendo en la fosa. Las flores empezaron a llover sobre él. Se escuchaban sollozos y suspiros. Luego, unos empleados empezaron a echar tierra sobre el ataúd y, poco a poco, la fosa se fue llenando hasta quedar completamente tapada. El acto llegaba a su fin. Paula Rosales yacía bajo tierra. Los asistentes empezaron a retirarse, algunos en grupo, otros de manera individual, hasta que solo quedaron Nina, Antonio Luque y los inspectores. La actriz fue la primera en retirarse. Luego, Goya también partió, pero Aneth advirtió que se iba en una dirección distinta a la de su automóvil. Ella se despidió de Luque, quien permaneció viendo la lápida, y fue tras Goya.

La llovizna se había vuelto a asentar. La luz de la tarde comenzaba a desaparecer. Los postes de luz del cementerio se encendían. Poco a poco, la noche se iba instaurando. Goya caminaba con calma y Aneth se mantuvo a distancia mientras lo seguía. Pensó que debía respetar el espacio que él mismo se había procurado. Después de andar unos minutos, se detuvo frente a una lápida. Cuando alcanzó a leer el nombre inscrito en la piedra, se detuvo, guardando una distancia prudente con Goya. La tumba era la de un tal Marcelo Pérez, el difunto compañero de Goya. Este último permanecía en silencio, observando la piedra.

—Dentro de poco —dijo Goya, después de un silencio que a Aneth le pareció una eternidad— se cumplirá otro año de su fallecimiento.

—¿Es por eso que ha estado alterado? —preguntó Castillo.

Goya parecía asentir pero también temblar. Aunque trataba de controlarse, de aparentar.

—También me... se me acabó la naloxona —dijo, finalmente, con mucha dificultad.

—Mierda...

Permanecieron un momento más en el lugar, sin volver a hablar. Luego regresaron al auto, en silencio. Antes de subirse, Goya le pidió a su compañera que manejara, que si quería podía dejarlo en su casa y llevarse el auto a su casa. Cuando ella lo miró, para saber si hablaba en serio, lo encontró más pálido que de costumbre. Entonces se dio cuenta de que los síntomas de abstinencia comenzaban a afectar intensamente a Goya. En sus días de patrullera, aprendió a reconocer a los *junkies* a través del naloxona, con la cual controlaban los efectos de abstinencia. Claro, eran *junkies* con mucho dinero. Si al registrarlos conseguía esas pastillas, entonces sabía que en algún lugar conseguiría algún opiáceo. Casi siempre era heroína, claro.

Al entrar en el auto, Aneth comenzó a registrar el saco de Goya, quien se acurrucaba en el asiento del copiloto, tratando de envolverse en sus propios brazos para abrigarse. Temblaba y sudaba frío. Sacó un recipiente vacío de naloxona, pero no era el que buscaba. Después de un momento, sacó otro recipiente vacío. Era de morfina. Ese era el monstruo con el que ahora luchaba Goya. Aneth encendió inmediatamente el auto, sin saber exactamente lo que haría y salió del cementerio. De vez en cuando, Goya sufría espasmos y gemía de dolor. Murmuraba cosas que no se entendían bien. A veces creía escucharlo decir Pérez, Silvia, Laura. Aunque se compadecía de su estado, en ese momento no había nadie a quien Aneth detestara más que al jefe Goya. Ser borracho es una cosa, pero esto. Sabía que verlo tomar pastillas tan frecuentemente no significaba nada bueno. Pero no a este nivel. Ahora se recrimina su ingenuidad. ¿Qué pastillas se pueden tomar tan seguido y tener buenos resultados?

Mientras trata de controlar su velocidad por la autopista, piensa en cómo puede solucionar esto. Pero no se le ocurre nada. Sabe que necesita a Goya para la investigación, así sea a media máquina. No puede llevarlo a emergencias. Tendrían que internarlo por días y hay mucho trabajo que hacer. No, primero debe dejarlo en su casa, como le ha pedido. Entonces aumenta un poco la velocidad y se dirige al centro. Una vez allí, se dirige al edificio de Goya y suspira aliviada cuando ve que hay espacio para dejar el carro al frente. Se demora en hacer que el hombre se incorpore. La consciencia de este va y vuelve, como un péndulo delirante. Mientras subían las escaleras, Aneth pensó que no podría lograrlo, que se le

escurriría y caería por las escaleras como un pipote de basura. Y allí sí que tendría un verdadero problema. Sin embargo, con un esfuerzo que le pareció titánico, logró llevarlo hasta su cama, donde cayó con él, exhausta. El hombre asumía una posición fetal y trataba de cubrirse con lo que sus manos pudieran tomar. Ella yacía boca arriba, mirando un techo de pintura agrietada, recuperando fuerzas. La mano del jefe Goya pasó, tosca, por su cara, buscando una cobija. Y ella la apartó con exasperación, dándole manotazos, mientras el señor murmuraba algo inentendible. Entonces, Aneth se levantó, salió del apartamento, bajó las escaleras y abandonó el edificio, adentrándose a pie por las calles del centro. Alguien llama a su celular. Es Vicente. "Pero qué mal *timing*", piensa.

Una mezcla de ansiedad y exasperación evitaban que pudiera buscar más soluciones a la situación en la que se encontraba. Estaba ofuscada y la opción, que ahora pretendía seguir, había emergido por sí sola, como una fruta madura que se desprende solitaria. En parte no podía creer lo que estaba a punto de hacer, pero hacía todo lo posible para evitar pensar en ello.

Se alejó unas cuadras del centro, hacia una zona de edificios sin fachada, la mayoría abandonados. La policía había delimitado la zona con piquetes de seguridad, cuyo perímetro Aneth suponía que estaba alrededor de las diez cuadras. Había alcabalas en ciertos puntos a lo largo del perímetro y por lo general se encontraban oficiales custodiando los piquetes. Lo llamaban "La Paila", el pequeño corazón caótico de la capital, un lugar del cual se ausentaban la ley y el orden, de manera premeditada, el lugar a donde se intentaba confinar a todos los habitantes de la calle, los drogadictos, criminales de poca monta, personajes oscuros, marginales, cuyas vidas eran inimaginables para cualquier otro habitante normal de la capital, un lugar que apenas era mencionado y que, para los más acomodados, adquiría una dimensión mítica e infernal.

Al acercarse al piquete, unos oficiales salen a su encuentro. Ella les muestra su identificación y menciona algo sobre una investigación en curso. Estos preguntan si desea que la escolten, que si entra sola no le pueden garantizar su seguridad. Ella les replica que es mejor que entre sola, que se sabe defender y que gracias por la ayuda. En verdad, está sumamente nerviosa. Al cruzar, palpa su arma con una mano y desabrocha el estuche. A medida que se adentra, un olor a fetidez inunda su nariz. Hay gente tirada a lo largo de las aceras, algunos sobre colchones derruidos o sofás viejos, rescatados de algún basurero, algunos se drogan, otros parecen estar ya bajo los efectos de algún estupefaciente, otros duermen. En una esquina, ve a un grupo de personas fumando en círculo. No parecen del lugar. Al advertir su presencia, abren el círculo y la observan. Uno de ellos se acerca un poco.

—¿Qué busca, princesa?

—Morfina o naloxona o buprenorfina...

—Uy, pero la muñeca busca unos jugueticos bien especiales. ¿No quiere ganja, cristales, coca?

—No, solo me interesan esos.

—Déjeme hacer una llamada.

El hombre volvió con los otros y le pidió el celular a uno. Se alejó del círculo, marcó y comenzó a hablar. Daba un saludo efusivo, pero más tarde amenazaba, casi gritando. Por último reía a carcajadas para luego colgar.

—Muñeca, no tengo morfina ni los otros. Pero tengo oxicodona. Se lo tengo aquí en segundos.

Aneth se queda pensando unos instantes. No era lo que buscaba. En realidad, solo buscaba naloxona. Luego podía ser la morfina solamente. Pero oxicodona... Eso definitivamente resolvería el problema por el momento, pero podría llevar a Goya a otro nivel de adicción, fácilmente. Qué carajo, ya se había tomado la molestia de llegar hasta allí.

—Bien. Oxicodona será.

En solo instantes llegó un niño corriendo y le entregó un pequeño cilindro de plástico al hombre con quien Aneth había negociado. El hombre le hizo una seña a otro del círculo, quien miró en un bolso y acto seguido hizo gestos negativos. El niño, molesto, parecía quejarse con el *dealer*, que ahora se acercaba a ella. Esta, al escuchar el precio de la transacción, no pudo ocultar un gesto de sorpresa. Miró en su billetera y por fortuna le quedaba algo de efectivo. Todavía le faltaba algo pero le dio todo el dinero al hombre, quien volvió con los otros. El niño, que había observado el cierre del negocio, ahora se acercaba a ella.

—Madre —le decía—, tengo hambre, ¿no tendrá aunque sea unas monedas que me regale?

—Le di todo a ese *man* —respondió Aneth, el niño parecía desolado—. Pero si realmente tienes hambre te puedo invitar una hamburguesa.

El niño aceptó la propuesta.

Al salir de La Paila, los oficiales parecieron querer detener al niño, pero Aneth les dijo que estaba bien, que iba con ella. Entonces, los dos caminaron hacia el centro. Llegando, había una hamburguesería frente a una pequeña plaza con bancos de piedra. Aneth le dijo que la esperara allí, sentado. Entonces entró a la tienda y pidió una hamburguesa en combo, con papas a la francesa y una gaseosa grande. Minutos después, salió con el pedido y se sentó al lado del niño.

—¿No era que no tenía plata? —preguntó el pequeño, mientras abría el papel de la hamburguesa.

—No tenía efectivo... Los billetes.

El niño dio un gran mordisco, con mucho gusto, con algo de ansiedad, también.

—¿Usó tarjeta? —dijo luego, con la boca llena.

—Sí —dijo ella, sonriendo—. Usé mi tarjeta de débito.

El niño entonces dio un sorbo a la gaseosa y luego tomó un puñado de papas y se las comió.

—¿Y no tiene de crédito? —dijo luego el niño.

—Hace poco me dieron una. Pero casi no la uso. ¿Cómo sabes de las tarjetas?

—Ah, porque a veces me pagan usándolas. A veces usan las de crédito para pagar a los que me dan trabajo. Y a veces usan la otra para sacar dinero y dármelo a mí.

El niño volvió a dar otro mordisco a la hamburguesa.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Aneth.

—Me dicen Chapulín.

—Mucho gusto, Chapulín. Yo me llamo Aneth.

—Hola, Aneth.

El niño continuó comiendo y ella lo observó un momento.

—¿Qué hay de tus padres, Chapulín? —preguntó ella, cuando él se terminó la hamburguesa.

—Soy huérfano —respondió él, que ahora comía las papas solamente.

—¿Y desde hace cuánto estás en la calle?

—Esta vez, como un año.

—¿Esta vez?

—Por un tiempo estoy en un orfanato. Luego me escapo. Luego vuelvo. Esta vez ha sido la que me he escapado por más tiempo.

—¿Y cuántos años tienes?

—Diez —dijo él, terminando las papas.

—¿Cómo se llama el orfanato?

—Familia Casa Hogar —dijo el niño, dando los últimos sorbos a la gaseosa.

—¿Y por qué te escapas?

—A veces porque me aburro. Una vez nos llevaron a una fiesta rara de unos señores ricachones. Esa fue la primera vez que me escapé. Pero más nunca nos invitaron.

—¿Fiesta rara?

—¡Gracias por la comida! —gritó el niño y salió corriendo.

—¡Oye! ¡Espera! —gritó Aneth, pero fue inútil.

De repente Aneth recordó al jefe Goya, gritó "¡Mierda!" y también salió corriendo, pero en dirección contraria.

Al abrir la puerta de su apartamento, el hombre se encontraba en el suelo, en el umbral de su habitación. Estaba empapado en sudor pero parecía dormido. Ella tomó un vaso y lo llenó con agua. Colocó el vaso en el suelo, movió al hombre boca arriba y se puso a su cabeza, inclinándola y reposándola luego en su regazo. Sacó las pastillas y las colocó en el suelo también. Empezó entonces a darle palmadas en los cachetes, para tratar de despertarlo. El hombre comenzó a abrir los ojos y a murmurar. No estaba del todo allí, pero era mejor que nada. Entonces trató de darle un poco de agua. Logró hacerlo tomar un poco. Luego tomó una pastilla de oxicodona y se la puso en la boca, dándole un poco más de agua. Al parecer, había logrado que se la tragara. Por último, lo arrastró de los pies hasta su colchón y lo dejó allí.

Exhausta, Aneth salió de la habitación y se dejó caer en el sofá de la sala. En solo segundos, se quedó dormida.

## CAPÍTULO 13

Sus ojos se fueron abriendo, casi llevados por una voluntad propia. Podía ver parte del techo de su cuarto y parte del de su sala; en ambos, la pintura agrietada con esos óvalos de burbujas de aire atrapadas. En la calle se escuchaba por un megáfono la voz de un campesino que decía nombres de frutas y sus precios por kilo, con el comentario ocasional sobre la calidad del producto y lo barato del costo. Su cabeza se había quedado fuera del colchón otra vez pero extrañamente no le dolía tanto el cuello. Tenía la sensación de haber dormido por mil años y cargaba con un letargo profundo. En el momento, no podía recordar cómo había llegado hasta su colchón ni lo que estaba haciendo antes. Clásico. Pero se sentía bien.

Logró levantarse con cierta dificultad. La somnolencia que sentía lo hacía torpe al moverse. Sin embargo, logró cargar consigo hasta el umbral de la puerta de su habitación. Dio un vistazo a la sala. Una mujer dormía en el sofá. En un primer momento, no supo quién era ni cómo había llegado hasta allí. Se preguntó si habría estado de bar en bar y, logrando traer una chica hasta su apartamento, no pudo hacer que se le levantara. Viendo que la mujer podía muy bien tener la edad de su hija, se odió profundamente. Pero no bien había pasado un segundo en aquellas cavilaciones cuando, de súbito, recordó que esa misma mujer había venido a verlo hace apenas unos días y que investigaba un asesinato con ella. Sucesivamente vino la imagen de una casa muy grande que le pareció ridícula en una zona lujosa de la ciudad; luego a una mujer alta en licras, con tremendas piernas, atractiva; luego una lluvia incesante; luego la tumba de su compañero, y por último, un nombre. Aneth... Aneth Castillo, la inspectora Aneth Castillo. Entonces, apoyado de lado en el marco de la entrada de su habitación, bajó la cabeza y se llevó una mano a la frente, soltó un hondo suspiro y sintió una pereza milenaria, una pereza que lo llevó a desear la muerte, pero no por razones dramáticas o existenciales, sino por mera flojera, una flojera prístina, y pura, y egoísta, porque todavía había personas que interrogar, lugares a los que ir, máscaras que ponerse. Y sabía que ya no tenía jarabes con codeína, ni pastillas de morfina ni de naloxona. No sabía cómo Aneth lo había sacado de su episodio de abstinencia, ni cómo era que no se sentía morir. Pero su estado de bienestar actual no podía durar mucho y tendría que hacerse con más naloxona. Al menos, no era algo de lo que tenía que preocuparse en este preciso instante.

Se acercó al comedor y tomó asiento. Presionó *play* en la contestadora y escuchó el mensaje de su hija. Luego presionó tres para guardarlo y pensó que algo tenía que cambiar, que debía intentarlo una vez más, aunque sea por última vez. Pero después se dijo en silencio que era un viejo ridículo por haber tenido, por un breve instante, pensamientos optimistas. Luego solo se sintió confundido y con ganas de drogarse. Así que, para distraerse, se dirigió a la nevera. Solo tenía tres huevos. Los sacó. Sacó dos vasos y los llenó con agua. Bebió toda el agua de uno de los vasos (tenía mucha sed) y llevó el otro para su compañera. Lo dejó en una mesa que había a su cabeza. Cuando colocó el vaso advirtió un cilindro de plástico con pastillas. Lo miró extrañado y alcanzó a leer "oxicodona" en la etiqueta blanca. Sus ojos se iluminaron y estiró su mano para tomar el recipiente.

—¡Eh, eh! —le gritó Castillo, cogiéndole la mano—. No, señor. Esta vez yo me quedo con estas.

La mujer tomó las pastillas y se las guardó en el bolsillo interno de su saco. Luego se acomodó en el sofá, dándole la espalda. Goya soltaba otro suspiro, para después dar unos pasos y volver a la cocina. Prendió una hornilla. Sacó una sartén y la colocó sobre el fuego. Luego sacó aceite y echó un poco encima de la sartén. Esperó un momento a que se calentaran y, luego, uno a uno, fue rompiendo los huevos y vertiéndolos sobre el aceite caliente. Abrió un cajón, sacó una cuchara de madera y fue revolviendo. En unos minutos ya estaban listos. Les echó una pizca de sal y pimienta, revolvió una última vez, apagó el fuego

y luego sacó un plato. Vertió los huevos revueltos encima y lo llevó al pequeño comedor. Notó que Castillo ya estaba sentada en el sofá y lo veía impresionada.

—Vaya... —dijo, burlona— Veo que la oxicodona hace milagros.

—Y si la prueba —dijo él, con lentitud—, le va a gustar más.

Luego sacó dos platos y dos pares de cubiertos. Los llevó a la mesa y se sentó. Una vez acomodado en la silla, miró a Castillo.

—¿Y bien? —dijo— ¿Va a comer?

## CAPÍTULO 14

Iván Ruiz se encontraba en unos estudios de grabación cuando lo contactaron. Se demoraron un poco en llegar porque Aneth iba conduciendo y no conocía tan bien la ciudad. Por otro lado, el jefe Goya, en ese extraño letargo en el que se encontraba, tampoco sabía muy bien cómo dirigirla. Una vez allí, tuvieron que esperar un rato a que terminara de rodar una escena. Iba a aparecer como actor invitado en el próximo capítulo de la telenovela de mayor rating en el país, *Los gemelos*. No obstante, la espera fue de todo menos aburrida ya que aprovecharon la mesa de *catering* para compensar el escueto desayuno en casa de Goya. Este último, parecía suplir su carencia de opio con comida y café, con el respectivo toque de brandy. Cuando el actor por fin se desocupó, les pidió entrevistarse al aire libre, pues llevaba horas en el galpón, rodando las escenas donde aparecía.

—¿Nos podría relatar —comenzó Goya, con un tono inusualmente pausado— cómo conoció a Paula Rosales?

—Pues, obviamente ya sabíamos el uno del otro por la naturaleza de nuestro trabajo. Pero no fue sino hasta el montaje de *La máscara transparente* que nos conocimos en persona.

—¿Cuándo comenzó ese montaje? —preguntó Castillo.

—Hace alrededor de un año —respondió él.

—¿Pero usted no forma parte del grupo Prosopos? —insistió ella.

—No. Soy un actor invitado para la obra. Nathan dice que escribió ese personaje especialmente para mí. Eso dice él, al menos.

—¿No le cree? —preguntó Goya.

—Le creo. Pero no quiero parecer arrogante. Por lo demás, no suelo adherirme a grupos teatrales. Soy mi propio agente y me gusta trabajar en varias cosas al mismo tiempo.

—¿Y el personaje de Rosales? —retomó Castillo— ¿Smith lo escribió para ella?

—Si quiere saberlo realmente, debería preguntarle a él mismo. Pero, según creo haber entendido de mis conversaciones con él, toda esa pieza fue escrita para Paula.

—¿Qué quiere decir? —indagó Castillo.

—Pues que, al menos hasta cierto punto, la obra está inspirada en Paula. Nathan fue escribiéndola durante años, desde que ella empezó a trabajar en su grupo. A mi manera de ver, Nathan quería hacer con esa obra lo que un pintor vanguardista hace con un retrato.

—¿Puede explicarse un poco más? —preguntó Goya.

—Por supuesto —respondió Ruiz, quien parecía hallar mucho placer en escucharse hablar—. Un pintor tradicional, realista, que busca hacer imitaciones de la realidad, se preocupa porque el retrato parezca una fotografía de la persona retratada. Es decir, que todos los rasgos y detalles de su rostro queden fielmente representados. Pero a medida que la pintura avanza al siglo veinte, va abandonando su preocupación por representar la realidad. Esto, por supuesto, es mi observación personal. Pero pareciera que los pintores empiezan a plantearse el problema de cómo representar el mundo interno, subjetivo, de una persona. Entonces encontramos retratos como los de Picasso, que ya no le interesa retratar cómo es la persona "por afuera", por decirlo de alguna manera, sino por dentro, o en todo caso, como él, Picasso, la percibe. Eso era lo que quería hacer Nathan con Paula. Él, como muchos de nosotros, tenía una fascinación absoluta por Paula, por el nivel de su arte y también por su persona. Y, ahora que lo pienso, gran parte de esta fascinación se debía a que ella siempre nos pareció un gran misterio, como si una parte de ella siempre nos hubiera evadido, como si solo la hubiéramos podido sentir por breves momentos, como una brisa. Creo que *La máscara transparente* fue el intento de Nathan por capturar su esencia elusiva y misteriosa.

—¿Cuándo empezó a tener una relación amorosa con ella? —dijo Goya, como si solo hubiera estado esperando a que Ruiz terminara de hablar.

El actor carraspeó y pareció incomodarse por un momento, como si la pregunta lo hubiera tomado por sorpresa, totalmente desprevenido.

—Señor Ruiz —intervino Castillo—, entenderá que estamos realizando una investigación y ya hemos interrogado a otras personas. Sabemos que Antonio Luque los descubrió juntos, en la cama. Tenía que saber que le preguntaríamos sobre esto.

—Bien —dijo el actor, con resignación—. Hace aproximadamente seis meses. En la obra, nuestros personajes también tienen una relación íntima. En el mundo de la actuación esto es más o menos frecuente. A veces resulta difícil dejar los sentimientos en el escenario.

—¿Tenía sentimientos fuertes por ella? —preguntó Goya— ¿La amaba?

—No veo cómo eso puede tener algo que ver con su investigación.

—Por favor, responda —dijo Castillo.

El actor parecía contrariado, vulnerable.

—Sí —respondió al fin—. La amaba. Me parecía inevitable. ¿Cómo no?

—¿Hubiera deseado que se separara de Luque? —preguntó Goya.

—No creí que eso pasaría.

—¿A qué se refiere? —intervino Castillo.

—Pues... Yo sí sentía amor por Paula. Pero ella no me amaba. Al menos nunca me lo dijo y no actuaba como si me amara. Por eso no creo que nuestra relación fuese amorosa, realmente. Tampoco creo que amara a Luque.

—¿Cómo puede saberlo? —preguntó Castillo.

—Es cierto, no puedo, es una impresión. Cuando Paula hablaba sobre el amor, lo trataba como una cosa perdida y siempre mencionaba a un hombre del pasado. Pero no decía su nombre, nunca me lo dijo y nunca supe de quién hablaba. Y dudo que fuera Luque, con quien sí tenía una relación que además era pública. Seguramente sentía un gran afecto por él, le tenía cariño, le importaba. Después de todo, Luque, como mánager, hizo mucho por ella. Pero amor, lo que se dice amor, dudo que lo llegara a amar.

—¿Qué ocurrió cuando él los descubrió?

—Fue un momento terrible, como se imaginarán. El hombre estaba completamente iracundo y, por alguna razón, Paula también se puso rabiosa. Nos gritamos mucho.

—¿Él trató de agredirla a ella o a usted? —insistió Castillo.

—En un primer momento, él trató de tomarla por el brazo, pero yo no lo permití. Después de eso no volvió a ser una amenaza física.

—¿Pero sí una amenaza verbal?

—Pues, como les digo, los ánimos estaban muy caldeados y todos discutimos fuertemente. Sin embargo, recuerdo que, antes de que él se retirara, completamente furioso, estoy casi seguro que dijo "espero verte muerta".

—¿Casi seguro? —preguntó otra vez Castillo.

—Fue algo así. Ahora no recuerdo con exactitud. Pudo haber sido "ojalá te mueras".

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Paula? —intervino Goya.

—Ensayábamos las escenas finales de la obra y probábamos algunas ideas que ella tenía. Luego ella se fue a su camerino.

—¿Qué se encontraba usted haciendo cuando se descubrió el cuerpo de la actriz?

—Sé que en algún momento de la noche estuve hablando con Nathan sobre la obra. Recuerdo que luego llegó Nina, nos saludó y siguió a los camerinos. Yo me retiré de la sala y fui al cafetín, a comer algo.

—¿Qué pidió? —preguntó Castillo.

—Un *sanduche* y una malteada. Ni siquiera había empezado a comer cuando escuché a Nina gritando, fuera de sí. Me acerqué para calmarla. No podía creer lo que decía. Nathan también estaba allí. Nos asomamos en su camerino y allí estaba...

Ruiz suspiró y su mirada se perdió por unos momentos, ensimismado.

—Señor Ruiz, una última pregunta —dijo luego Castillo.

—Sí, por supuesto.

—¿De qué trata *La máscara transparente*?

—¿Ha visto la película *Persona*, de Ingmar Bergman?

Los dos inspectores respondieron negativamente.

—Qué lástima —dijo Ruiz—. Bueno... *La máscara transparente* trata sobre una actriz mundialmente reconocida por su talento proteico para la actuación, capaz de interpretar el papel que sea de manera impecable, pero que, por ese mismo talento, se va disociando de sí misma y perdiendo el sentido de la realidad. No sabe si lo que vive, lo que desea, lo que teme, es de ella realmente, o de uno de sus personajes.

—¿Cómo termina la obra? —preguntó Goya.

—Pues... En la versión de Nathan, la actriz acaba sumida en la locura y por último, en un estado catatónico.

—¿Hay otra versión?

—Bueno... Paula quería hacer unas modificaciones en la trama, incluyendo el final.

—¿Y qué ocurría en esa versión? —preguntó Castillo.

El semblante del actor cambió. De repente se mostró inquieto, como si le acabaran de dar una terrible noticia.

—En la versión de Paula... —dijo— La actriz muere estrangulada.

—¿Y esa era la escena —preguntó Goya— que ensayaban la última vez que estuvo con ella?

—Sí —respondió el actor, agitado—. De hecho, terminamos disgustados. Ella quería que la estrangulara más fuerte, quería que la estrangulara hasta quedar inconsciente, quería que fuera lo más real posible.

—¿Y por qué ese cambio? —preguntó Castillo— ¿Tiene alguna idea?

—Ella decía que el final de Nathan era casi caricaturesco y que hacía parecer al personaje muy débil. Decía que alguien que realmente tuviera esa crisis solo podría hallar algo de realidad, primero en el dolor. Pero que esto sería, a la larga, insuficiente. La muerte sería el único alivio para semejante tormento.

—No entiendo —dijo Goya—. Entonces, ¿quién la estrangula? ¿Es uno de sus personajes? ¿O es otra persona?

—Uno de sus personajes. Es decir, técnicamente se suicida.

—¿Y quién es? ¿O qué característica tiene?

—Es mi personaje. Es la versión masculina de la actriz, es quien la actriz cree que sería si fuese un hombre.

—¿Cómo eran sus relaciones íntimas? —preguntó de repente Goya.

—¿Es en serio? —reaccionó Ruiz, ofendido.

—Sabemos que tiene antecedentes de violencia, señor Ruiz —dijo Castillo.

El actor suspiró, moviendo la cabeza, como si no creyera lo que ocurría.

—Paula... Ella... Sí, le gustaba que hubiera dolor de por medio en el sexo.

—¿Le pedía que la estrangulara ahí también? —preguntó Goya.

—Sí... Pero también que la amarrara, o que le pegara con una vara... En los glúteos. A veces me pedía que la abofeteara. Pero casi siempre era un juego previo al acto...

—¿Cómo le hacían sentir estas peticiones?

—Escuchen... No estoy orgulloso de mis antecedentes. Estaba borracho y mi ex tiene una capacidad increíble para sacarme de mis casillas...

—Le creo... —dijo Goya.

—... Estuve encerrado seis meses por eso. Afortunadamente no fue en una prisión de criminales de verdad. Paula me empezó a pedir estas cosas cuando se enteró de mis

antecedentes. No me sentí cómodo, si eso es lo que quieren saber. Pero ella era muy... persuasiva. Eso no significa que sea un asesino. Sería incapaz de matar a alguien. Se los juro.

## CAPÍTULO 15

—¿Entonces, Antonio Luque? —dijo Sotomayor, tras su escritorio.

—Eso cree la socia —respondió Goya, que nunca dejaba de tener cara de sueño.

—Por ahora —replicó Castillo, mientras se sentaba—, es el principal. Nueva información ha surgido. También está eso.

El comandante permaneció en silencio un instante, ponderando posibilidades. La lluvia fuerte había vuelto y golpeaba contra las ventanas.

—¿Entonces no creen que Ruiz esté involucrado? —insistía el comandante.

—No me queda del todo claro. Pero yo lo descartaría a él y a Luque —dijo Goya.

—Hay elementos que parecieran incriminarlo a él. Las prácticas sexuales con Rosales, el hecho de que en la obra terminara con él estrangulándola, al menos en la versión de ella.

—¿De ella, de Rosales? —preguntó Sotomayor.

—Sí —afirmó Castillo—, ella quería hacer modificaciones en la obra. Sabemos que una de esas modificaciones es la que acabo de mencionar.

—Tal parece que la diva se las traía —comentó Goya—. Según Ruiz, ella quería que la estrangulación pareciera lo más real posible y le pedía que lo hiciera de verdad, hasta dejarla inconsciente. Al parecer, al actor no le gustó el juego y tuvieron algún tipo de roce.

—No entiendo cómo descartan tan fácil a Ruiz, entonces —concluyó Sotomayor—, dados sus antecedentes.

—Precisamente —intervino Castillo—. No hay antecedentes, así, en plural. Hay un hecho aislado, bajo los efectos del alcohol. No hay realmente un patrón. O al menos no hay pruebas de ello.

—¿Qué opinas, Goya? —preguntó el comandante.

—Creo que ese es un argumento válido. Por eso descartaría a Ruiz —dijo este.

—Pero —comentó Castillo—, quizá sea necesario volver a interrogar a Smith sobre los cambios que Rosales quería hacer a la obra. Resulta muy inquietante que la forma como moría su personaje fue prácticamente la misma como ella murió. Por otro lado, Ruiz comentó algo sobre un hombre en el pasado de Rosales, aparentemente ella estaba perdidamente enamorada de él. Quizá pueda haber alguna relación, o por lo menos información valiosa.

El teléfono de la oficina de Sotomayor comenzó a sonar. A los inspectores les pareció que debía ser alguien importante que preguntaba justamente por el caso. Al advertir su curiosidad, Sotomayor los despachó con un gesto. Los dos se levantaron y salieron de la oficina, llegando al acuerdo de que irían a servirse un poco de café. Se acercaron entonces a la cafetera, Aneth tomó dos vasos de cartón y sirvió la bebida caliente en ellos. Pasó uno de los vasos a Goya, que lo tomaba sin azúcar y ella tomó dos sobres para el suyo. Goya daba los primeros sorbos mientras ella revolvía el azúcar en su vaso.

—¿Entonces te gustó el actorcito? —le dijo Goya.

—Es un hombre atractivo. Pero no lo descarto por eso. Tú escuchaste lo que dijo de Luque, cuando los encontró, lo que Luque le dijo a Rosales. No importa si fue "ojalá mueras" o "espero verte muerta", la intención es la misma. Y si realmente no lo amaba, como afirma Ruiz, quizá él lo sabía, lo cual refuerza el móvil. Tienes que aceptar que el tipo estaba, o está, obsesionado con la diva.

—Tiene un interés muy fuera de lo común en ella, es verdad.

—Además... ¿Tú qué hablas? Te babeas por Nina —replicó Castillo.

En ese momento, empapada por la lluvia, aparecía por la puerta de las oficinas Catrina González. Parecía un poco alarmada. Los inspectores fueron incapaces de reaccionar por un instante. Se escuchó un portazo desde la oficina de Sotomayor, quien salía a paso rápido.

—Señorita González —decía el comandante, mientras se acercaba a ella—, por favor, tome asiento...

El comandante acercaba una silla con un brazo y con el otro tomaba el brazo de la actriz, quien parecía cojear de un pie.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Sotomayor, a quien ahora se unían Goya y Castillo.

—La lluvia está terrible —respondió González, sentándose—. Me doblé el pie en el camino. Pero estoy bien.

—¿Vino corriendo? —preguntó Goya.

—Sí... —respondió ella— Me encontraba cerca y recordé algo que quizá pudiera ser útil a la investigación.

Goya y Sotomayor observaron que venía en tacones y falda. Se distrajeron por un momento observándole las piernas.

—Díganos —dijo Castillo, con brusquedad, llamando la atención de Goya y Sotomayor— ¿Qué fue lo que recordó que le pareció tan importante?

—Bien... El día anterior a la muerte de Pau hubo un incidente en su camerino.

—¿Qué tipo de incidente? —preguntó Goya, con sorpresa en su tono.

—Alguien, una mujer, se metió en el camerino de Paula para agredirla.

—¿Agredirla físicamente? —indagó Castillo.

—Sí, bueno, verbalmente también. La mujer no dejaba de insultar a Paula y de decirle cómo le haría pagar.

—¿Usted misma fue testigo de esto? —preguntó Sotomayor.

—Yo misma fui la que las tuvo que separar —enfatizó González—. Esta mujer estaba tratando de atacar a Pau y ella, de defenderse. Cuando entré se estaban jalando los pelos, forcejeando... Fue horrible.

—¿Sabe quién es esta mujer? —preguntó Castillo.

—No recuerdo su nombre. Pero sé que es la esposa de un hombre llamado Federico Casas.

—¿Sabe quién es este hombre —intervino Goya— y por qué su esposa trataba de agredir a Rosales?

—Tengo una buena idea, al menos —comenzó a responder Catrina—. Federico es un viejo amor de Paula. Y no cualquier amor, él fue el amor de su vida, pero eso fue hace varios años... Creo que ella nunca lo superó.

—¿O sea que estaba teniendo una aventura con ese hombre? —preguntó Goya de nuevo.

—Algo así tendría que ser —respondió ella— para que esa mujer quisiera agredirla de tal forma. Pero no lo sé con certeza. Cuando le pregunté a Pau al respecto ella no me quiso responder nada, no quería tocar el tema. Se encontraba muy irritada por lo que acababa de pasar con la mujer.

—¿Y qué cosas le decía a Rosales? —preguntó esta vez Castillo.

—Le decía que era una rompe hogares, que era una zorra. Y recuerdo muy bien que le dijo que si se volvía a acercar a él, a Federico, ella misma la haría pagar con sus propias manos.

—¿Y qué aspecto tenía esta mujer?

—Estatura media —dijo Nina, haciendo memoria—, piel apiñonada, cabello ondulado, castaño, más oscuro que el mío, ojos oscuros también... Ah, tenía un pirsin muy menudo en la nariz, del lado derecho.

Los tres oficiales se quedaron en silencio un momento, procesando toda la información que Nina les suministraba.

—Hay otra cosa que quisiera saber, señorita González —dijo finalmente Goya.

—Claro, inspector. ¿Qué quiere saber?

—¿Por qué nos dice esto ahora? —replicó él— ¿Por qué no mencionó nada de esto el día que la visitamos?

—Entiendo... —respondió ella, con la cabeza baja— No lo sé, inspector, lo siento. El día que me visitaron acababa de ocurrir todo. Al menos me encontraba todavía muy afectada, todavía lo estoy. Una parte de mí se negaba, a pesar de ser yo misma quien la consiguió. Y en toda esa confusión había cosas que se me escapaban. Además, me pareció muy raro que no me contara lo de Federico. Hasta donde yo sabía, ellos tenían mucho tiempo sin estar en contacto.

—¿Federico Casas, dijo que se llamaba? —confirmaba Castillo.

—Sí. Correcto, cariño.

—¿Qué sabe de este señor? —continuaba Castillo— ¿Dónde podríamos contactarlo?

—Es médico. Sé que tiene un consultorio en el Hospital General.

—¿Alguna otra información que quiera compartir? —preguntó esta vez Goya.

Nina se quedó pensando un momento.

—No —dijo, finalmente—. Es lo único que me faltaba decirles.

Sotomayor se ofreció entonces para acompañarla hasta abajo y pedirle un taxi, mientras le insistía en que, si recordaba alguna otra información, no dudara en contactarlos. Goya y Castillo permanecían parados, terminando el café.

—¿La mujer de Casas? —preguntó Goya a Castillo— ¿Qué piensas?

—Hay que interrogar a ese tal Federico y su mujer. Un móvil muy similar al de Luque, pero en este caso sí hay antecedentes más claros. Quizá Luque no sea el culpable, después de todo.

—Federico Casas... —dijo Goya— Debe ser el mismo que mencionó Ruiz.

—Debe serlo —afirmó Castillo—. Vamos. Tenemos trabajo que hacer.

## CAPÍTULO 16

Goya y Castillo tardaron unos minutos en ubicar al doctor Federico Casas, en el directorio del Hospital General de Sancaré. Cuando dieron con su nombre, les impresionó descubrir que era neurólogo. Al llegar al consultorio, una mujer de presencia impecable los recibió preguntándoles si tenían cita con el doctor. Los inspectores respondieron que no, pero que les interesaba hablar con él sobre una investigación en curso.

La mujer tomó el teléfono para anunciar la visita de los inspectores y el propósito de la misma. Se vio obligada a repetir una vez más la información. Luego mencionó algo sobre alguien que aún no había llegado y, por último, contestó afirmativamente a lo que le preguntaban por el auricular. Al colgar, se dirigió a los inspectores diciéndoles que el doctor los recibiría después de ver a la paciente con quien se encontraba en el momento. Sin embargo, recalcó que de pronto no podría dedicarles mucho tiempo, ya que tenía otra consulta luego. No obstante, afortunadamente para ellos, el paciente todavía no llegaba.

Los inspectores se sentaron entonces, a esperar. Con tedio, hojeaban las revistas que había en la sala de espera. La primera revista que Aneth tomó era una guía de programación televisiva. Apenas vio la portada y escogió otra. Era de National Geographic y se veía mucho más interesante. Sin embargo, mientras tomaba la revista, advirtió la imagen de Paula Rosales en la portada de la revista que se encontraba debajo. Era una revista ya pasada de fecha sobre eventos sociales. Dedicaban un artículo a la actriz, pero no se enfocaba en su carrera, sino en su labor social. Específicamente, hablaba sobre una fundación que había iniciado ella misma, con la finalidad de crear albergues para niños huérfanos y niños de la calle. Su nombre era Familia Casa Hogar. Aneth recordó entonces al niño al que le invitó una hamburguesa.

—¿Jefe Goya? —preguntó.

—¿Sí? —dijo aquél.

—Usted dijo que Rosales era huérfana, ¿cierto?

—Correcto.

Aneth observó a Goya hojeando una revista. Notó que temblaba.

—¿Y que de niña estuvo en un orfanato? —volvió a preguntar.

—Correcto.

—¿Recuerda el nombre?

—Familia —respondió este—. Orfanato Familia, si mal no recuerdo.

—¿Cómo se siente? —preguntó ella, luego.

—Pues... Creo que deberías darme aunque sea un cuarto.

Aneth sacó una pastilla del recipiente y la partió. Luego le dio a Goya el pedazo más pequeño.

—¿Qué hay con el orfanato? —preguntó él, antes de tomar la pastilla.

Aneth le acercó la revista, mostrando la sección del artículo.

La puerta del consultorio se abrió y de allí salió una ancianita de aspecto alegre, que caminaba lento pero sin esfuerzo. La anciana se despedía de la secretaria para luego salir por la puerta de la sala de espera. Los inspectores se levantaron y del consultorio salió un hombre de no más de treinta y cinco años, alto, de complexión robusta, muy blanco y con un bigote grueso, negro. Al verlos, su semblante era de absoluta sorpresa.

—¿Doctor Federico Casas? —dijo Goya.

—Buenas tardes, inspectores —dijo el doctor—. Por favor, pasen.

El doctor se hizo a un lado de la puerta y los invitó a entrar. Luego, cuando Goya y Castillo entraron, entró él, cerrando la puerta tras de sí e invitándolos a sentarse. Finalmente, pasó tras su escritorio y se sentó. Sobre las paredes colgaban diplomas y reconocimientos a su labor. Sobre el escritorio se veían fotografías de un niño y una niña pequeños, y también fotos de una mujer de hermoso rostro, cabello marrón castaño, pirsin en la nariz y seria expresión.

—Inspectores —comenzó diciendo el doctor—, para serles sincero, su visita me toma por sorpresa, por aquí nunca ha pasado la policía. ¿Díganme en que puedo ayudarlos?

—Doctor Casas —dijo Castillo—, estamos aquí a propósito de la muerte de la actriz Paula Rosales.

El semblante del doctor se ablandó y pareció apagarse un poco.

—¿Paula Rosales, la actriz? —preguntó, consternado.

—Paula Rosales fue encontrada muerta en su camerino del Teatro Imperial, hace tres días. ¿No lo sabía? La noticia ha estado circulando por todos lados.

—No lo sabía, inspectores... —decía el doctor, quien miraba por la ventana— Yo realmente no veo televisión ni escucho radio. Pero ¿cómo murió?

—Por razones de seguridad, los medios manejan su muerte como un suicidio, aunque todo indica que fue un asesinato.

—Dios santo... —dijo Casas, llevándose la mano a la frente.

—Tenemos entendido —dijo Goya— que usted la conocía. ¿Es cierto?

El doctor calló un momento antes de responder. Asentía y daba la impresión de estar recolectando toda la información que iba a necesitar.

—Sí, nos conocimos hace varios años —respondió el doctor, algo ausente—. Disculpen, inspectores, realmente no me esperaba esta noticia. Es muy lamentable...

—Debido a que su asesinato todavía no se ha hecho oficial —dijo Castillo—, le agradecemos confidencialidad al respecto.

—Claro —dijo el doctor, consternado—. No sé qué decir ni cómo les podría ayudar, pero con mucho gusto responderé lo que quieran.

—Doctor —dijo Goya—, ¿cómo conoció a Paula Rosales?

—Fue en la universidad. Ella estaba a punto de graduarse en la carrera de Artes Escénicas y yo me encontraba haciendo un posgrado en la Facultad de Medicina.

—¿Pero cómo fue que se encontraron ustedes —insistía Goya— entre otros miles de estudiantes?

—Claro. Pues, fui a ver una obra del grupo teatral de su facultad. Ella aparecía. Era una de esas obras donde se busca involucrar a la audiencia. En algún momento en el transcurso de la obra, ella me empezó a interpelar directamente y yo, algo ingenuo, llegó un punto en que me pareció que todo era en serio.

—¿Cuál era el contexto? —preguntó Castillo— ¿Qué pasaba o qué le decía ella?

—Ya casi no recuerdo de qué iba la obra —respondía Casas—, había mucho de improvisación y absurdo. Lo que recuerdo es, precisamente, ese momento, donde ella, o su personaje, lloraba y lamentaba profundamente la pérdida de su amado. Le preguntaba por qué se había ido, por qué la había dejado... Parecía tan desconsolada.

—¿Y se dirigía a usted durante todo ese lamento?

—Exactamente. Poco a poco, fui sintiendo como si una esfera nos envolviera y nos separara de la realidad, creando su propio universo dentro de sí, con su propia historia y sus propias leyes. El dolor de este personaje me pareció tan real y me conmovió a tal punto que yo mismo empezaba a derramar lágrimas y a decirle que todo iba a estar bien. Recuerdo entonces que ella, o su personaje, me miró con unos ojos... como si hubiera encontrado la redención que buscaba. Reflejaban una absoluta dicha.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Goya.

—Hubo gente que empezó a aplaudir y la escena continuó. La obra retomó su curso como si nada. Yo me sentí completamente desubicado. Fue como una experiencia extracorporal. No sé cómo explicarlo. Al finalizar la obra tuve que acercármele para felicitarla y comentarle mis impresiones. Ella mencionó que nunca le había pasado algo así, en todo el tiempo que ellos tenían presentando esa obra. Luego, ella...

Al doctor pareció invadirle una gran tristeza.

—¿Ella qué, doctor? —insistía Goya.

—Cuando ya estábamos juntos, mucho después, ella me solía hablar de ese momento, de ese instante en que nos miramos en esa burbuja extraña, entre la ficción y la realidad, me dijo que en ese momento sintió, por primera vez, que su alma acariciaba el alma de otra persona, como si se hubiera fundido en algo más grande.

—¿Es decir que, en efecto, tuvieron una relación amorosa? —preguntó Castillo.

—Sí, claro. Nos enamoramos, estuvimos juntos un tiempo.

—¿Hace cuánto terminaron su relación? —preguntó Goya esta vez.

—Algo más de cinco años —respondió Federico Casas.

—¿Y por qué se separaron? ¿Fue usted el que terminó la relación?

—Sí, yo rompí con ella... Es difícil de explicar. Paula era una persona absolutamente fascinante. Pero muy inestable. Obsesiva y posesiva con el amor, se dejaba llevar fácilmente por las emociones y, cuando no se encontraba trabajando en alguna obra, cuando, por momentos, no tenía nada que hacer, se descontrolaba completamente. Por otro lado, había momentos en que actuaba hasta en tres piezas, simultáneamente, y era como estar con cuatro personas distintas...

—¿Cuatro? —preguntó Goya.

—Pues sí, ella y los tres personajes de las obras en que trabajaba. Como dije antes, al comienzo esto me parecía hasta divertido, pero me fui dando cuenta de que usaba los personajes para esconderse, para evadirse. Cada vez me era más difícil hablar con ella, con Paula. Además, ya me encontraba terminando el posgrado y estaba claro que quería asentarme y formar una familia. En cambio, Paula se sumergía cada vez más en el teatro.

—¿Y ella conocía sus deseos sobre asentarse y tener una familia? —preguntó Castillo.

—Por supuesto. Creo que fue la última conversación seria que tuve con ella.

—¿Y cómo se tomó la ruptura?

—Muy mal... Ya había tratado de terminar la relación anteriormente, pero ella era muy persuasiva, o manipuladora, ya no lo sé. En fin, ella no quería que la dejara. Al final ya no pude soportar más la situación y rompí con ella de manera tajante. Tuve que bloquear las vías de comunicación que tenía conmigo, cambiar de número. Por entonces también se me presentó una oportunidad para cambiar de residencia y lo hice.

—¿Y está casado ahora? —preguntó Goya, para ver cómo respondía.

—Sí. Y tenemos dos niños maravillosos —dijo Casas, mostrando las fotos—. Amo a mi familia. Sería incapaz de hacer algo que les pueda causar algún daño.

—¿Y más nunca, desde la ruptura, tuvo contacto con Rosales? —Goya interrogó.

—Nunca más volvimos a hablar —respondió el doctor.

—¿En todo este tiempo ella nunca más trató de buscarlo? —preguntó Castillo.

—Bueno... Hace unos meses, empecé a recibir llamadas y mensajes de ella, en mi celular. No sé cómo obtuvo mi número.

—Pero nos acaba de decir que nunca más hablaron —recalcó Goya.

—Es que nunca llegué a hablar con ella, realmente. La primera vez que lo hizo, contesté sin saber quién era. La llamada venía de un número telefónico que desconocía. En lo que escuché su voz, apenas la saludé y le dije, de la manera más cordial que pude, que no teníamos nada de qué hablar y que no me volviera a contactar.

—¿Pero ella continuó intentando? —interrogó Castillo.

—Sí. Llamó varias veces. Pero nunca contesté. Fue entonces cuando comenzaron los mensajes de texto. Eran de números distintos, pero era obvio que venían de ella.

—¿Y qué decían los mensajes? —preguntó, esta vez, Goya.

—Quería verme, que habláramos. Por un momento, consideré la posibilidad de verla. Pensé que de pronto solo necesitaba hablar con alguien que no estuviera relacionado con su mundo, con su carrera. Habiendo conocido lo obsesiva que podía ser, dudaba sobre nuestra

reunión. Pero entonces comenzaron a llegar los mensajes donde decía que nunca me había dejado de amar, que lo intentáramos otra vez. Entonces entendí que lo mejor era no verla ni responderle...

El doctor pareció que iba a decir algo, pero se detuvo y guardó silencio. Esto fue percibido por los inspectores.

—¿Qué sucede, doctor? —preguntó Castillo— ¿Hay algo que quiera decirnos?

Federico Casas guardó silencio un momento, como si estuviera eligiendo las palabras precisas.

—¿Han contemplado la posibilidad —dijo el doctor— de que, en efecto, Paula haya cometido suicidio?

—¿Por qué lo dice? —preguntó Castillo.

—Pues, como les he dicho, ella era una persona muy inestable. Y por la insistencia de sus llamadas y los mensajes que me escribió en los últimos meses... Digo, ahora me parecen más gritos de auxilio que confesiones de amor. Y a juzgar por la Paula que conocí, si las tendencias de trastornos que tenía entonces solo se intensificaron con el tiempo... pues entonces, debía de encontrarse en un lugar muy obscuro. No puedo imaginarme la desesperación que debía sentir... En todo caso, es solo un pensamiento que se me ocurrió ahorita mismo.

—Tenemos razones y evidencia que dicen lo contrario —dijo Castillo.

—Claro, ustedes son los expertos —recalcó el doctor.

—¿Y su esposa se llegó a enterar de que Rosales trataba de contactarlo?

—Sí... —dijo él, suspirando— Tuvimos una horrible discusión ese día. Ella había revisado mi celular, por otra razón, y dio con los mensajes. Mi mujer tiene su temperamento. Me costó convencerla de que nunca llegué a responderle ni hablar con ella, mucho menos verme con ella. Pero al final entró en razón. Ella sabe cuánto los amo.

—¿Y esto cuándo sucedió? —preguntó Castillo.

—Hace pocos días. Cuatro días, de pronto.

—¿Su esposa y Rosales se conocían? —preguntó Goya.

—Si acaso habremos coincidido una sola vez. Ya conocía a Viviana antes de conocer a Paula.

—¿Su esposa sentía algún tipo de enemistad particular con respecto a Rosales?

El doctor pareció contrariado. Un gesto de extrañeza cubrió su rostro.

—Perdón, inspectores, pero no veo cómo se relaciona esa pregunta con la investigación.

—¿Cómo dijo que se llama su esposa? —insistió Goya, mientras tomaba apuntes.

—Viviana... —dijo, confundido— Un momento, esto es ridículo. No estarán sugiriendo que...

—¿Está al tanto —dijo Castillo— de que su esposa intentó agredir a la víctima, en su camerino, el día antes de haber sido encontrada muerta?

—¿Cómo dice? —replicó el doctor, atónito.

—No lo sabía, entonces... —dijo Goya, con un tono de absoluta despreocupación.

—Un momento, ¿me están diciendo que mi esposa, Viviana, intentó agredir a Paula, en su camerino? No puede ser, deben haberse equivocado de persona.

—Tenemos testigos de primera mano —dijo Castillo— que aseguran haber tenido que separar a una mujer de estatura media, con pelo ondulado, castaño, ojos oscuros, pirsin en la nariz, lado derecho, que forcejeaba con Paula Rosales. Se reportó que dicha mujer amenazó con agredirla, si ella se volvía a acercar a su esposo, Federico.

El doctor se llevó las manos al rostro, totalmente incrédulo de lo que escuchaba. Se mantuvo silencio por unos momentos, procesándolo todo.

—¿Ahora entiende por qué le preguntamos sobre su esposa? —preguntó Goya.

El doctor asintió con la cabeza pero no dijo nada.

—Mencionó —dijo Castillo— que conocía a su esposa antes de conocer a Rosales. ¿Nos puede hablar un poco más de eso?

—Sí —comenzó a decir, incorporándose—. Nos conocimos por amigos en común. Poco después yo conocí a Paula y comencé a salir con ella.

—¿O sea que ella sabía que había historia entre ustedes? —continuaba interrogando Castillo.

—Sí —respondió él, suspirando.

—¿También mencionó que habían coincidido alguna vez?

—Mientras Paula y yo éramos aún novios.

—¿Recuerda si, mientras usted y Paula estaban juntos, le habló a Viviana sobre ella?

—Es posible, pero no directamente a ella. Por aquel entonces coincidíamos por el grupo de amigos con el que salíamos y varias veces yo iba solo, porque Paula tenía que ensayar.

—¿Recuerda si lo que decía era bueno o malo?

—No sabría cómo contestar eso. Supongo que bueno, sobre todo si era al comienzo de la relación.

—¿Y cuándo empezó a tener una relación con Viviana, llegó a hablar sobre Paula?

—Seguramente, pero es ese tipo de conversaciones en que las parejas hablan sobre relaciones pasadas. Ella también me ha hablado sobre sus relaciones anteriores.

—¿Y recuerda si Viviana mencionó algo, alguna vez, sobre sentir celos de Paula? Apartando la discusión que tuvieron hace poco.

—Pues, Viviana dice que desde que me conoció quiso salir conmigo. De pronto mencionó alguna vez que sentía envidia de Paula mientras salió conmigo... Escuchen, mi esposa puede ser testaruda y celosa... Y sí, está dispuesta a pelear para defender a su familia... Pero ella sería incapaz de matar a alguien. Puede que haya dicho muchas cosas, porque es algo volátil. Pero nunca hubiera llegado a matar a Paula. Seguramente solo quería asustarla para que dejara de buscarme. Puedo jurarles que esa es la razón.

—Entendemos lo que nos quiere decir, doctor —dijo Goya—. Nosotros solo estamos haciendo nuestro trabajo. Analizamos hechos, buscamos pistas e investigamos. Hasta ahora, esto es solo eso, una investigación. No hemos dicho que su esposa asesinó a Paula. Para hacer eso necesitaríamos pruebas contundentes, irrefutables. Y, por el momento, no las tenemos. Pero le mentiríamos si le dijéramos que su esposa no es una sospechosa. Si está seguro de la inocencia de su esposa, solo déjenos hacer nuestro trabajo. ¿Entendido?

—Sí... —respondió el doctor, desconcertado.

—Por lo tanto, vamos a tener que interrogar a su esposa Viviana.

—Está bien. Yo les daré mi dirección y le avisaré yo mismo sobre su visita. ¿Esta misma tarde?

—Cuanto antes, mejor —respondió Castillo.

—Una última cosa, doctor —intervino Castillo—. ¿Dónde se encontraba usted la noche en que la víctima fue encontrada, hace tres noches?

—A ver... —decía Casas, que ya se veía exhausto— Esa noche la pasé jugando póquer con unos amigos. Llegué tarde a casa.

—¿Y su esposa? —preguntó Goya.

—Diría que la pasó en casa.

—¿Puede probarlo?

—No tengo manera de probarlo —decía el doctor, a quien las preguntas le parecían inauditas— porque no hablé con ella. Pero si hubiera salido me hubiera avisado.

Luego, Federico Casas llamó a su mujer. Primero le preguntó sobre ese agarrón que tuvo con Paula, del cual los inspectores hablaban. Por sus expresiones y por lo que decía, Goya y Castillo pudieron deducir que, por un lado, el doctor no sabía sobre esa visita de su esposa a la actriz; y por el otro, que su esposa no negaba el hecho, es decir, que reconocía haber tenido

un claro altercado con la actriz. Esto daba un poco de esperanzas a los investigadores que, sin confesárselo mutuamente, se empezaban a sentir perdidos en el caso.

Después de una discusión telefónica con su esposa, el doctor Casas le informó que los inspectores pasarían por la casa para hacer unas preguntas, que por favor los recibiera y que iban en camino.

Cuando los inspectores abandonaron el consultorio, la imagen que se llevaron del doctor era de suma consternación y alarma.

## CAPÍTULO 17

La casa de la familia Casas parecía tan lujosa y grande como la de Antonio Luque. Pero su arquitectura era totalmente opuesta. Una casa grande, tradicional.

Cuando los inspectores llamaron a la puerta, una voz lejana, y con un mal humor evidente, les pidió que esperaran un momento. Cuando por fin abrieron la puerta, los recibió una mujer vestida casualmente, pero el casual de los grandes centros comerciales y las casas internacionales de ropa. Llevaba puesto lo que en esa temporada se había estipulado como casual. Su mirada era como la de alguien que espera en una cola para el banco. Como si la espera innecesariamente larga en la puerta no hubiera sido suficiente, ahora la disposición de la mujer le confirmaba, sin lugar a dudas, que la presencia de los inspectores no era bien recibida.

—Ustedes deben ser los policías que vienen a preguntarme cosas —dijo Viviana Casas.

—Inspectores —dijo Goya— Guillermo Goya y Aneth Castillo.

La mujer reparó en la apariencia de Goya y ni siquiera intentó disimular el disgusto, aun cuando el hombre había logrado bañarse y ponerse otra ropa esa mañana, al salir de su apartamento. Aneth siempre se preocupaba por lucir decente y profesional, pues le preocupaba que no la tomaran en serio. Pero tampoco iba muy lejos en los detalles para arreglarse. Sin embargo, al lado de Goya, a la esposa del doctor casi le pareció ver refinamiento.

—Vaya —dijo la mujer—, no sabía que habían mujeres policía tan bonitas y bien arregladas.

—Usted debe ser Viviana Casas —dijo Aneth.

—La misma —respondió—. Pasen.

El piso de la sala parecía de mármol. Las paredes eran blancas y estaban adornadas con cuadros de frutas o paisajes. Al fondo se podía ver un patio con el césped perfectamente podado y muebles de mimbre. En la sala, los muebles eran de diseño moderno y blancos, también.

—¿Y bien? —dijo la anfitriona— ¿Qué quieren saber?

—Nos gustaría —dijo Goya— hacerle una serie de preguntas relacionadas con Paula Rosales.

—¿Esa trepadora? —respondió ella, ofendida— ¿No se había suicidado?

—¿Entonces —dijo Aneth, muy seria— está al tanto de la muerte de Paula Rosales?

—Claro. ¿Qué creen, que no veo las noticias o qué? Ese es mi marido a quien no le gusta mirar televisión ni escuchar la radio. Yo no soy mi marido. Mi marido es mi marido y yo soy su esposa.

—¿Es cierto —continuaba Castillo— que el día anterior a su muerte, usted tuvo un altercado con Rosales?

—¿Altercado? —dijo Viviana, riéndose irónicamente— Nos peleamos, si eso es a lo que se refiere.

—¿Por qué razón? —preguntó Goya.

—Pues, porque la zorra esa quería quitarme a mi marido, el papá de mis hijos, los hijos que yo le di. ¿Le parece poco? Yo vi la cantidad de veces que lo llamó y los mensajes que le mandó, la muy maldita. No le importó que ya él se hubiera olvidado de ella, ni que estuviera casado y con hijos. ¿Qué se cree? Había escuchado que iba a estrenar algo en el Teatro Imperial. Y me fui hasta su propio camerino a decirle las cosas como son, en su propia cara. Por poco le doy su merecido, pero se atravesó una de sus amigas.

Aneth no podía creer lo que escuchaba. Esta mujer dejaba ver, sin tapujos, el odio encarnizado que sentía hacia la difunta. Con todo, trataba de guardar la compostura. De a

momentos, mientras la escuchaba, miraba furtivamente a Goya, para ver su reacción. Y a juzgar por la reacción, el jefe Goya permanecía inconmovible.

—¿Cómo conoció a Paula Rosales? —preguntó Goya.

—Nunca la conocí, realmente —dijo Viviana, un poco más calmada—. Nunca nos presentaron como tal. Sabía que salía con Federico, porque yo ya lo conocía a él por entonces. Después, cuando él y yo empezamos a estar juntos, sabía que ella lo buscaba insistentemente. Sabía el dolor de cabeza que significaba para él.

—¿Está al tanto de que Paula Rosales fue encontrada muerta el día después del altercado entre ustedes?

La mujer los miró por un momento en silencio.

—¿O sea que no se suicidó? —preguntó ella.

—Hay fuertes indicios que sugieren que fue asesinada —dijo Goya.

—Pues me alegra —replicó ella, enfáticamente— que la hayan matado. Seguramente se lo buscó, solita. Ciertamente se lo tenía merecido.

La mujer volvió a detener su discurso un momento. Luego sonrió.

—¿Ustedes creen que yo la maté? —preguntó, finalmente, casi riéndose.

—Solo estamos haciendo unas preguntas, señora Casas —dijo Castillo.

Esta vez, Viviana soltó unas carcajadas.

—Pues —dijo luego—, no saben el gusto que me dan al creerme sospechosa de la muerte de esa zorra.

—¿Qué hizo en la tarde y noche del día que Rosales fue encontrada muerta? —preguntó Goya.

—Estuve todo el día en casa. Ese día no tenía trabajo. Federico iba a pasar la tarde en una reunión del hospital y luego iba a reunirse con sus amigos. Así que yo decidí disfrutar de mi día también, dejé a los niños con su abuela, le di el día libre a la criada y pasé la tarde y la noche a mis anchas, en mi casa, tomando vino, escuchando música.

—¿A qué se dedica? —preguntó Aneth.

—Soy odontóloga —respondió la señora Casas.

—¿Hay alguien que pueda corroborar que usted estuvo aquí en la noche? —preguntó otra vez Castillo.

—Supongo que no. Pasé todo el tiempo sola. Mi esposo llegó muy tarde, en la madrugada. Cuando trabajas, estás casada y tienes hijos, tener tiempo para ti sola es un privilegio muy raro. Hay que aprovecharlo cuando se tiene.

A Aneth se le hacía cada vez más difícil aguantar el tono de superioridad de la esposa del doctor. Hubiera deseado decirle que tampoco tiene casi tiempo para ella, que ha estado en medio de tiroteos, durante horas, que ha perseguido narcotraficantes, que ha salvado niños. Pero todo eso, ya lo sabía, era inútil.

—Si no tienen más nada que preguntar —dijo luego la señora Casas—, me gustaría que termináramos la sesión. Tengo cosas que hacer.

Sin más nada que agregar y un poco estupefactos por el personaje que acababan de interrogar, los inspectores abandonaron la casa de la familia Casas. Y ambos estaban muy confundidos. Los dos subieron al auto y salieron en dirección a la estación.

—¿Soy yo sola —dijo Aneth, mientras conducía— o esa mujer está loca?

—Parece una narcisista de primera —comentó Goya— ¿Crees que ella lo hizo?

—Pues no parecía que le faltaban las ganas —admitió Castillo.

—Exactamente. Pero no está todo lo demás.

—Pero debes admitir que está raro eso de no poder corroborar su presencia en la casa esa tarde. Su esposo tampoco.

—Entonces, estaríamos hablando de que la esposa cometió el crimen y el marido está ayudándola a encubrirlo.

—Es una posibilidad.

—Hay demasiadas posibilidades —dijo Goya, exhausto—. Pero no creo que ella se mostrara tan segura si fuera la asesina, ni tan abierta con respecto al odio que siente por Rosales.

—La hipótesis de Luque como culpable no parece tan descabellada ahora, ¿no? —recordó Castillo.

—En comparación... No —admitió Goya.

## CAPÍTULO 18

En la estación de policía, Goya y Castillo se encontraban en el salón de conferencias analizando toda la información que tenían con respecto al caso Rosales. Con ellos también se hallaba Oliver Márquez, el forense que realizó la autopsia, a quien Goya había llamado para reunirse en la estación.

Resumiendo, tenían seis sospechosos: Nathan Smith, Catrina González, Antonio Luque, Iván Ruiz, Federico Casas y su esposa Viviana. De todos ellos, quien mostró con mayor intensidad una aversión por la víctima y una intención de agresión, era Viviana Casas. Aunque tenían muchas reservas al respecto, era ella la que sumaba más elementos incriminatorios claros. Junto a ella, su esposo jugaba un papel que todavía no quedaba muy claro y existía la posibilidad de que él mismo la hubiera matado. Después de todo, se sabe que Rosales lo buscaba con desesperación y que ella recibió al asesino en ropa interior, casi desnuda. En segundo lugar, muy a pesar de Goya, estaba Antonio Luque, a quien Castillo daba por culpable, más por una corazonada que por una prueba. Ahí mismo se encontraba luego Iván Ruiz, a quien la misma Castillo admitía tan sospechoso como Luque, debido a la extraña relación que tenía con Rosales y, también, al hecho de que la víctima fuera asesinada de la misma forma que el personaje de Ruiz debía matarla, en la obra de Smith. Después ubicaban a Catrina "Nina" González, aparente confidente de Rosales, quien llevaba más tiempo conociéndola de todo el grupo de sospechosos. Aunque no había ningún elemento incriminatorio, resultaba sospechoso que suministrara información importante a destiempo. Por último, estaba el director Nathan Smith, quien en apariencia tenía mucho que perder con la muerte de Rosales, pero quien tenía también una fascinación por ella que lo llevó a escribir, durante años, toda una obra de teatro.

Si veían los datos de la manera más neutral posible, los inspectores sabían que la mayoría eran conjeturas y que lo que brillaba por su ausencia eran las pruebas contundentes.

El ambiente era de cansancio. Ya era tarde y llevaban horas pasando una y otra vez por los mismos datos. Aneth y el jefe Goya, quienes se encontraban desde temprano haciendo interrogatorios, cabeceaban del sueño. Márquez por su parte, analizaba nuevamente el informe que había realizado, junto con las fotografías del cuerpo, y lo contrastaba con otros informes de muertes parecidas. A medida que revisaba más informes, Márquez podía notar un patrón inequívoco: las víctimas que habían muerto por asfixia mecánica por estrangulamiento, y que presentaban marcas y daños en el cuello muy similares a los presentes en el cuello de Rosales, en todos y cada uno de los casos, habían sido asesinadas por un hombre de entre veinticinco y treinta y cinco años de edad. Había casos en donde, a pesar de ocasionar la muerte, las marcas y daños eran menores; y sin embargo, en estos casos no todos los culpables eran mujeres. También habían hombres, pero de una constitución mucho más delgada de lo normal, algunos con perfiles depresivos y poca masa muscular.

Al confirmar que el patrón era lo suficientemente sólido y robusto, Márquez despertó a los inspectores para explicarles el descubrimiento. En un primer momento, las observaciones del forense parecieron alegrar a los inspectores. Pero el momento pareció fugaz y dio lugar a nuevas dudas. Ahora Viviana Casas debía ser descartada del cuadro. Ni hablar de Nina González. A regañadientes, Goya tuvo que admitir que el candidato que más se ajustaba era Luque, seguido por Ruiz. Goya también tenía un instinto, un poco atrofiado ahora por los años de alcoholismo y drogas. Pero el instinto le decía que, en tal caso, Ruiz era el culpable y no Luque. Pero si lo escuchaba aún más detenidamente, su instinto le decía que no estaban viendo las cosas bien y que faltaba algo, un detalle, y que ese detalle era lo que le iba a dar forma a todo el conjunto, dibujando el retrato preciso y detallado de un solo y verdadero culpable. Sin embargo, se guardaba estas impresiones para sí mismo.

El día había sido muy largo. Todos decidieron darlo por terminado. De nuevo, el jefe Goya pidió a Aneth dejarlo en su casa y llevarse su auto. Cuando dejó a Goya en su edificio, ambos quedaron de acuerdo en que al día siguiente investigarían por separado y que se reunirían nuevamente en la noche, en la estación de policía, a discutir los hallazgos y hacer algo con respecto a una acusación formal. El alcalde había empezado a presionar al comandante Sotomayor. Aunque el propósito de manejar mediáticamente una hipótesis de suicidio era evitar una bola de nieve informativa que terminara echando a perder la investigación, los días pasaban y los avances eran menores. Empezaba a correr el rumor de que Rosales en verdad había sido asesinada y, la policía, con los casos de uso ilegítimo de la fuerza que se iban acumulando en aquellos días, estaba quedando muy mal parada. En el peor de los casos, al alcalde no le importaba imputar a cualquiera, aunque no fuera el verdadero asesino, con tal de tener un culpable.

## CAPÍTULO 19

Aneth se despertó tarde. Eran las once de la mañana y estaba un poco alarmada por la hora. Por suerte, antes de dormirse pudo determinar qué sería lo primero que investigaría. Se había dado cuenta de que todo lo que había escuchado de la víctima, Paula Rosales, eran relatos e impresiones de otros. Hasta ahora no se había dedicado a conocer algo sobre la vida de la víctima. Al menos esas versiones superficiales que circulan por internet, las cuales, en el mejor de los casos, cuando menos mencionan o aluden a hechos concretos.

Había un tema en particular que le interesaba sobre Rosales y era su relación con los orfanatos, tanto su experiencia creciendo en uno como, ya mayor, su involucramiento en la creación de lo que llamaban casas hogares.

Al levantarse, buscó algo que ponerse para salir a la calle. Se vistió y salió a una tienda de víveres, donde compró unas frutas y verduras. Volvió a la pensión y se dirigió a la cocina. Sacó los productos de las bolsas, separó algunos y guardó el resto en la nevera. Tomó los que había separado, los lavó y los picó. Luego los metió en una licuadora con un poco de leche y yogur. Encendió la licuadora y esperó a que todos ingredientes quedaran bien mezclados, con un color uniforme. Tomó la licuadora y sirvió todo el contenido en un termo grande. Luego lavó el recipiente, volvió a colocarlo en su lugar y subió a su habitación con el termo.

Arriba, dispuso la portátil para trabajar y bebió un buen trago del termo. Cerró los ojos y disfrutó un momento del sabor. Después colocó el termo al lado de la portátil, acercó esta a sí un poco, abrió un buscador y escribió en el campo de búsqueda "orfanato familia". Los resultados arrojados no fueron muy alentadores. No todos se relacionaban realmente con lo que buscaba y los que tenían algo que ver, tenían información muy vaga. Curiosamente, varios de los enlaces estaban relacionados con Rosales, refiriendo los años que pasó en el lugar y, luego, cómo ella y otro niño del orfanato fueron adoptados por los ancianos vascos.

Al darse cuenta de que esta información iba a requerir algo más que internet, Aneth decidió buscar más información sobre "Familia Casa Hogar". Entonces comenzó a revisar entrevistas y reseñas sobre Rosales y la fundación. En una entrevista, leyó que Rosales le había puesto "Familia" en homenaje al orfanato que la había albergado durante los primeros años de su vida. A través de algunas reseñas, se enteró de que algunos de los empleados en la fundación habían estado en el antiguo orfanato, ya sea como huéspedes, es decir, como huérfanos, ya sea como antiguos empleados del viejo orfanato.

Aneth recordó entonces a Chapulín, el niño de La Paila, y, sin quererlo, recordó a la niña Castro, esa niña que salvó en las afueras de Aborín y que había experimentado el horror de escuchar cómo un hombre asesinaba a su madre y a su hermanito, mientras ella estaba encerrada en un baño de su casa. Entonces pensó en lo azarosa que es la vida, mezcla extraña de azar y voluntad, de azar y hacer. Por azar había entrado al cuerpo policial, por una apuesta que hizo con su padre, quien por ese entonces seguía vivo. Por hacer estaba donde estaba ahora, en la capital, inspectora Aneth Castillo, resolviendo el caso de la muerte de una diva. Aneth entonces se preguntaba qué hubiera pensado de ella si la hubiera conocido en persona, si acaso era una persona buena o mala, si realmente se había buscado esa suerte. De pronto, de haberla conocido, no le hubiera importado si vive o muere, ni encontrar el culpable de su asesinato. Pero, de pronto, era una persona que había perdido algo, muy temprano en su vida, algo que, desde entonces, empezó a buscar en todos lados, en el amor, en el teatro, en personajes de mentira, en las máscaras, en el sexo, en los amarres y los golpes de vara, en los bofetones. Y, por último, en unas manos que la estrangulen. En la muerte misma. Se preguntó entonces qué valor pueden tener las emociones, si realmente no te pueden preservar del mundo y, más importante, de uno mismo. ¿Acaso habíamos hecho que el mundo cambiara tan rápido que ni nos dimos cuenta? ¿Acaso la vida se transformaba a tal punto que nuestra mente apenas puede saber que hay un cambio, sin saber cuál, y nuestro cuerpo queda

atrapado en el pasado de sus reacciones químicas, de los antiguos genes, de órganos ancestrales que nos heredaron los peces, los reptiles y, en última instancia, los primates? ¿Cuál es el cuerpo que pide este nuevo mundo, qué mente, qué emociones?

Aneth no suele hacerse estas preguntas, pero las cosas por las que ha pasado abren puertas que no se vuelven a cerrar. Cuando recién acababan de apresar al asesino de los Castro, el viejo inspector de Aborín se acercó a ella, quien estaba claramente consternada. Solo se sentó a su lado, sin decir una palabra. El inspector ya se había retirado, pero estaba al tanto del caso y al escuchar que una patrullera de 26 años había logrado dar con el asesino se sintió obligado a llegar a la escena. Después de compartir el silencio por un rato, Aneth le preguntó al anciano:

—¿Cómo sabes cuándo retirarte? ¿Cuándo ya has visto suficiente?

—Lo sabrás —respondió el viejo—. Simplemente lo sabrás.

Unos años antes había escuchado a su padre decir algo muy similar, pero por razones completamente distintas. Es cierto que le llamó la atención escuchar a Pedro recitar la típica letanía de las personas mayores, quejándose de sus dolencias corporales a la vez que aluden al paso inexorable del tiempo. Aunque estaba acostumbrada a escucharlo quejarse de algo o alguien, fuera su espalda, una rodilla, un político, el gobierno, el mundo... Pero su discurso siempre tenía un objeto claro, un contexto pertinente, una razón de ser. Pero aquella tarde lo escuchó diferente. Mucho más tranquilo, transparente, hasta sereno, un calificativo que, propiamente, ella nunca le había podido atribuir a su padre. Hablaba como si estuviera fuera del tiempo, como si lo que dijera pudiera desprenderse de cualquier evento, o como si todo el universo humano germinara de lo que decía. Esta vez no había un contexto preciso del cual se derivara la intención de sus palabras, ni un objeto particular que le diera consistencia. A veces lo escuchaba decir "cuando ya no esté", o concluía diciendo "lo que me quede de vida". También lo sintió mucho más cariñoso. Aneth nunca sintió falta de afecto por parte de su padre pero, después de su adolescencia, era ella quien tenía que buscarlo, abrazarlo o darle un beso en la frente. Ese día fue al revés. Era él quien se mostraba atento, quien le dedicaba palabras y gestos de afecto. También llevaba meses sin verlo, es verdad. Se acababa de mudar con su novio, su primera relación seria, y solo le había dedicado a su padre una que otra llamada telefónica para que estuviera tranquilo y supiera que ella estaba bien. A la vez que experimentaba por primera vez cómo era vivir con una pareja, también conocía ese extraño sentimiento que surge cuando te das cuenta de que tus padres también envejecen. Lo vio dócil y vulnerable. Por un instante hasta llegó a sentir un ligero rechazo por su despliegue de afectividad y su semblante demasiado humano. Y por ese instante que ni siquiera duró un segundo, por ese sentimiento que ni siquiera llegó a dominar su ánimo, todavía se siente culpable. Volvió a visitarlo un par de veces más y se comportó de la misma forma. Una semana después de la última visita recibía una llamada de su tía, diciéndole que su padre estaba sufriendo un derrame cerebral y que iba con él en la ambulancia. No se pudo hacer nada. Cuando Aneth le preguntó a Pedro por qué seguía repitiendo que le quedaba poco tiempo, que cómo podía saberlo, Pedro solo respondía, "uno lo sabe, uno simplemente lo sabe".

El celular de Aneth suena. Le ha llegado un mensaje de texto. ¿Será que el jefe Goya ya encontró algo interesante? Cuando mira la pantalla, es un número que no reconoce al comienzo. El mensaje dice: "Sé que esta semana se cumple otro año de la muerte de tu padre. Solo quiero que sepas que estoy pendiente de ti y que si necesitas hablar siempre cuentas conmigo". En este momento no puede lidiar con Vicente. No sabe ni qué podría decirle ni cómo. Lo único que tiene claro por el momento son unos cuantos nombres, un par de direcciones y muchas preguntas.

La primera parada es la casa hogar más cercana, la última que Paula Rosales inauguró personalmente. En el camino piensa en lo mucho que el trabajo puede ser una excusa

perfecta, casi para lo que sea. Sobre todo estando en una relación. El antídoto para cualquier duda, la cura cuando el abismo se asoma. ¿Qué abismo? El de las personas, el que cada quien guarda y trata de esconder. Los primeros días después de la muerte de su padre estaba en completa negación. Entendía el hecho, entendía lo sucedido, pero todavía no lo comprendía. No sentía su ausencia. En su corazón era como si Pedro se hubiera ido unos días de vacaciones. Hasta que una mañana por la radio sonó una canción que tenía muchos años sin escuchar. De hecho, solo la habría escuchado en grabaciones dos o tres veces, cuando mucho. Se la había enseñado la única novia que le conoció a su padre, cuando ella todavía cursaba primaria. Se llamaba Gabriela y, excluyendo a su tía, fue lo más cercano a una madre que tuvo por entonces. Se la enseñó para que se la cantaran juntas a Pedro en su cumpleaños. Incluso después de que Gabriela y él se separaran, Pedro le siguió pidiendo a Aneth que la cantara por un par de cumpleaños más. Luego, aunque ya no se lo pedía, ella podía escucharlo de vez en cuando tarareando la melodía. Así, esa mañana, mientras empezaba a recorrer la ciudad con su compañero, algo más de una semana después de la muerte de Pedro, Aneth escuchó por la radio esa melodía, tan familiar, que decía: *poniendo la mano en el corazón, quisiera decirte al compás de un son*. Casi de inmediato sintió un nudo en la garganta y las lágrimas inundando sus ojos. Las imágenes nítidas de esos días despreocupados la asaltaron apenas reconoció la melodía. Por fin había comprendido que su padre se había ido y que no volvería más, que no escucharía otra vez su voz de tierra y raíces, que no vería sus manos manchadas y ásperas. Entonces, a su pensamiento empezaron a llegar todas las preguntas que alguna vez quiso hacerle pero que, por cualquier excusa u otra, nunca le hizo; preguntas sobre su madre, sobre el amor, sobre la vida adulta, sobre las cosas que te cambian para siempre. Ahora, mientras estaciona el auto, se le ocurre que, si estuviera vivo, le preguntaría para qué sirve la culpa.

En la entrada preguntó por América Herrera y le dijeron que se encontraba en el patio con un grupo de niños. Aneth atravesó pasillos con paredes casi inmaculadas por los cuales se filtraba el sonido de gritos y risas de infantes jugando. Pensó qué idea de familia tendrían esos niños, si algo que involucra muchas personas o acaso una sola. De pronto ni siquiera tienen una idea, así sea vaga, de lo que esa palabra significa. ¿Pero qué tan diferente es su propio caso? Solo una persona había estado ahí para ella durante toda su vida, continuamente y sin interrupciones. Quizá estos niños puedan pensar en más de una persona. Quizá en ninguna.

En el patio hay varios grupos de niños. Algunos parecieran seguir actividades dirigidas, otros juegan a su antojo. Del otro lado, ve a una mujer que parece tener la misma edad que ella y es la que más se parece a la de las imágenes que vio por internet. Está con un pequeño grupo de niñas, tejiendo. A medida que se acerca, advierte que las fotos que vio en su portátil no le hacen justicia a su rostro. Sus rasgos le dan la impresión de delicadeza. Por alguna razón se acuerda de Nina. Pero la delicadeza de esta mujer es completamente diferente, emana de ella naturalmente, sin esfuerzo alguno. Puede ver que no lleva maquillaje y aunque hay algo de salvaje, de indomable, en su aspecto, también hay un cuidado. Pero no un cuidado de la apariencia, sino de la vida. Hay una gracia con respecto a ella, casi un aura. No había reparado en ello, pero ahora, viendo a esta mujer, comprende que la delicadeza y feminidad de Nina es construida. Ya había podido adivinar el tiempo que dedicaba Nina a su apariencia, como ocurre con tantas otras mujeres, como ocurriría con ella misma, de pronto, si hubiera sido criada por una mujer de la ciudad. Pero ahora comprende que hay algo más a la belleza que proporción y mantenimiento. Acaso intuía este saber desde hace mucho. Aneth había rehuido toda su vida de su propia belleza, ocultándola con la falta de maquillaje, con su rudeza y la frialdad en el trato. Le había costado mucho aprender a lidiar con ella, con sus misteriosos efectos, con lo fácil que la gente se deja engañar por ella, sin importar la persona que hay detrás ni sus demonios. Sobre todo porque los primeros burlados, los primeros en

caer en su trampa, son los mismos que la poseen. Pero he aquí a esta mujer que no se muestra incómoda pero tampoco orgullosa de la suya propia. He aquí que no hace gestos ni ademanes para ocultarla, pero tampoco usa artificios para exagerarla o para hacer gala de ella. Como si su belleza y sus defectos fueran productos de su armonía interna, esa armonía que tanto anhela Aneth, entre lo que piensa, lo que dice y lo que hace. Solo con ver cómo las niñas observan a América, y le hacen caso, es suficiente para darse cuenta de que confían en ella y que le tienen mucho afecto. Confianza y afecto. Quizá las cosas que más anhela un alma humana y, a la vez, las más difíciles de lograr y conseguir.

—Buenas tardes —saludó Aneth—. ¿Es usted América Herrera?

—Saluden a la señorita, niñas —dijo América.

—¡Buenas tardes! —respondió el coro de vocecitas.

—Muy bien, niñas —replicó América, sonriéndoles—. Sí, yo soy América Herrera. ¿En qué la puedo ayudar?

—Soy la inspectora Aneth Castillo, me gustaría hacerle unas preguntas sobre la Fundación Familia.

—¿Esto tiene que ver algo con Paula?

Aneth asintió. América dejó a las niñas unas instrucciones y se excusó un momento para pedirle a una compañera que estuviera pendiente de las pequeñas. Luego ambas empezaron a caminar lentamente por el patio. América fue la primera en hablar, lamentándose por la muerte de Paula.

—¿Pero entonces es cierto lo que dicen, que no fue un suicidio? —preguntó ella.

—Me temo que no puedo comentarle nada al respecto —respondió Aneth—. ¿Se comunicaban a menudo?

—No, realmente. Todos los meses hablábamos por lo menos un par de veces, pero siempre relacionado a la fundación.

—¿Cómo la contactó Paula?

—La verdad fui yo la que la contactó. Me había enterado de que estaba detrás de la Fundación Familia por las noticias. Así que me acerqué a la inauguración de la primera casa hogar. Yo soy trabajadora social y el proyecto resonó mucho en mí. Sentí que en lo que a eso se refiere, Paula y yo estábamos sintonizadas en la misma frecuencia.

—¿Estaba al tanto de la trayectoria de Paula?

—Estaba al tanto de que era una actriz que se estaba volviendo famosa, claro. He visto un par de sus películas. Y, pues, sabía que era la misma Paula con la que compartí en el orfanato. Estaba contenta por ella. Fue una sorpresa muy grata saber que estaba detrás de la fundación.

—¿Cómo la recibió? ¿La reconoció de inmediato?

—Le tomó un momento reconocerme. Apenas me vio advertí la sorpresa en su rostro, pero me hizo un gesto con la mano para darle tiempo de recordar quién era. Un momento después me llamó por mi nombre y nos abrazamos.

—La recordaba con cariño.

—Sí. Yo también, claro. Supongo que para las personas que fueron criadas por sus padres desde el comienzo, el reencuentro con una amiga de la infancia siempre es ocasión de alegría. Imagínese para nosotras que pasamos varios años de nuestra infancia en un albergue.

—Claro, me imagino que se pusieron al día. ¿Hablaron largo rato?

—No tanto como me hubiera gustado. Después de hablar con ella quedé con la extraña sensación de saber menos de ella que antes. Me contó que se había comprometido, que tenía varios proyectos andando y que estaba muy ocupada.

—¿No tocaron temas personales?

—Solía preguntarme si estaba a gusto con el trabajo, si me sentía bien. Cuando le preguntaba sobre ella, no compartía nada más allá de "bien", o "con mucho trabajo". De vez en cuando compartía un recuerdo de cuando éramos niñas.

—¿O sea que crecieron juntas en el orfanato?

—Sí. Bueno, durante un tiempo. Cuando yo fui adoptada ellos todavía estaban en el orfanato.

—¿Ellos?

—Quiero decir, Paula y Fernando.

—¿Fernando?

—Ahora que pienso en ello, quizá eran hermanos de sangre. Quizá hasta llegaron juntos al orfanato.

Aneth y América se encontraban ahora en la parte techada del patio. Al observar un banco que se encontraba desocupado y un poco más alejado, América propuso sentarse en él, lo cual hicieron ambas.

—¿Qué le hace pensar que eran hermanos?

—Siempre estaban juntos. Me es difícil recordarla a ella sin su compañía. Recuerdos de ese tiempo, quiero decir.

—Cuando dijo que en sus conversaciones, a veces, ella recordaba alguna anécdota, supongo que usted también formaba parte del recuerdo.

—Sí. Durante el tiempo que compartimos en el orfanato éramos casi inseparables.

—¿Y el orfanato permitía que niñas y niños se mezclaran?

—No todo el tiempo, claro. Dormíamos en secciones separadas, por ejemplo. Cuando comíamos también lo hacíamos en mesas separadas. Pero en los ratos libres estaba permitido.

—¿Y Fernando no tenía amigos? Quiero decir, amigos varones.

—Ahora que lo pienso, supongo que tenía muy pocos. A veces los niños lo molestaban y se terminaban peleando.

—¿Tiene información sobre la suerte que tuvieron después que usted se fue?

—¿A qué se refiere?

—Es decir, si sabe cuánto tiempo más permanecieron en el orfanato, si los adoptó la misma persona.

—Algo me contó sobre eso cuando nos reencontramos. Pero era lo mismo que se maneja en los medios. Pero sí, tiempo después que yo me fui, ella y Fernando se escaparon y estuvieron un tiempo en la calle, hasta que el matrimonio de personas mayores los adoptó.

—¿Le contó algo sobre lo que le ocurrió a Fernando?

—Lo único que comentó es que una mañana salió a comprar algo y más nunca volvió. Ella todavía era pequeña y lo que recuerda es que hablaban de secuestro, quizá tráfico de menores.

Un par de niñas se acercaron a América, para mostrarle cómo iban quedando sus tejidos. Aneth los miró y le pareció que en realidad estaban quedando muy bien. Por alguna razón, recordó el bolso que vio en el apartamento de Rosales que tanto le había gustado. América las felicitó y las niñas volvieron con el grupo.

—¿Le gusta tejer? —preguntó América.

—La verdad es que no tengo ni la más mínima idea de cómo hacerlo.

—Su trabajo no es muy diferente a la actividad de tejer y es mucho más difícil.

—Es una idea interesante. ¿Lo hace desde hace mucho?

—Sí. Desde niña.

—¿Aprendió junto a Paula?

—No. La verdad es que fue junto a Fernando. La cocinera del orfanato, Fausta, ella nos empezó a enseñar a Paula y a mí, pero al final fuimos Fernando y yo los que tomamos la actividad.

—¿Fausta Evangelista? —preguntó Aneth, que tenía ese nombre en su lista.

—La misma, sí. De hecho, ella está trabajando en otra de las casas de la Fundación Familia. Paula misma me dijo que le había costado ubicarla.

—¿Pero por qué el interés en ella?

—Fausta fue la persona más cercana a nosotros en el orfanato. Fue como nuestra madre. Yo imagino que ella la quiso ubicar en caso de que necesitara un trabajo bien pagado.

—¿Ella continuó en el orfanato después que usted se fue?

—Sí. De seguro ella puede darle más información que yo. Lamento no poder serle de más ayuda. Ahora, si me disculpa, quisiera volver con mis niñas.

—Sí, entiendo. Agradezco mucho su tiempo.

Aneth se levantó para retirarse y después de dar unos pasos, escuchó la voz de América.

—Inspectora.

—Sí, dígame.

—Nunca es tarde para empezar. Digo, si después de todo esto tiene un poco de tiempo libre y le interesa, puede aprender con las otras niñas. Puede que no lo parezca, pero tejer es muy terapéutico. A mí me ayuda a despejar la mente y a pensar de manera más ordenada.

—Está bien —dijo Aneth, con una sonrisa de agradecimiento—. Lo tendré muy en cuenta. Gracias.

Quizá necesita algo así, algo que requiera tacto y cierta delicadeza. Ahora debe subirse al auto y dirigirse al albergue en las afueras de la ciudad.

## CAPÍTULO 20

Esa noche Goya entró a su apartamento con la mejor intención de acostarse y dormir hasta la mañana siguiente. Después de todo, ya venía con sueño y, en efecto, se había quedado dormido en la estación. Sin embargo, al acostarse, no hizo más que dar vueltas en la cama, ansioso, durante una hora. Se levantó molesto y se volvió a vestir. No tenía sentido intentarlo más.

Al salir del edificio ya estaba arrepentido de haber rechazado el diminuto trozo de oxicodona que Aneth le había ofrecido antes de irse. Ahora solo le quedaba vagar por el centro buscando un sitio para embriagarse, al menos medianamente. Después de unos minutos caminando, cayó en cuenta de que no tenía cigarros y no se le antojaba ningún lugar para entrar.

En una esquina compró un cigarro detallado y mientras lo prendía creyó escuchar una melodía familiar que salía de uno de los bares cercanos. Originalmente, era un bolero, pero lo que escuchaba era una versión muy libre del tema, a guitarra y voz. A juzgar por la manera en que ambos elementos interactuaban, debía tratarse de una sola persona, una mujer. No lo pensaba por alguna apreciación negativa. No había torpeza ni en ejecución del instrumento, ni en la interpretación de la voz. Pero la voz era, claramente, la de una mujer, y la guitarra quedaba reducida a la mínima cantidad de notas posibles, solo para darle sentido a los vuelos y expresiones vocales. La voz era algo carrasposa, por momentos abandonaba la melodía y solo hablaba. Para quien no tuviera el oído entrenado en música tropical, la interpretación podría pasar por un tema original. Sin embargo, el que fuera capaz de reconocer la letra sabría que se trata de una versión. Goya camina, buscando la fuente de ese sonido que lo ha hipnotizado. La mujer vuelve a la primera estrofa,

*Esperanza inútil, flor de desconsuelo, ¿por qué me persigues en mi soledad?*

Goya ubica el lugar y, a la puerta, le da unas últimas caladas a su cigarro.

*¿Por qué no me dejas ahogar mis anhelos en la amarga copa de la realidad?*

El inspector tira la colilla al suelo y la pisa, girando la punta del pie sobre ella. Entonces cruza la puerta.

*¿Por qué no me matas con un desengaño?*

Desde la entrada no se ve la tarima, cuya visión parece estar obstruida por la barra. El lugar está relativamente lleno pero ve un par de mesas vacías.

*¿Por qué no me hieres con un desamor?*

El lugar tiene una iluminación tenue, seguramente por el recital que se está llevando a cabo. Goya se acerca a la barra y pide una cerveza.

*Esperanza inútil, si ves que me engaño ¿por qué no te mueres en mi corazón?*

Toma la cerveza y se dirige a la mesa. Cuando se sienta, la intérprete le da rienda suelta a la guitarra, la cual asume el protagonismo después del coro. Cuando Goya repara en la mujer de la tarima siente, a la vez, sorpresa y espanto, emoción y desconcierto. Era Nina. Llevaba unos tenis blancos, jeans negros ajustados y una camiseta sin mangas roja. Su pelo iba suelto y por vez primera Goya reparaba en lo largo que era. No llevaba tanto maquillaje como las otras oportunidades en que la había visto. Tocaba con una guitarra española con cuerdas de nylon. Su interpretación era impresionante, por decir lo menos, no tanto porque fuera impecable, como porque parecía realizarla sin esfuerzo alguno, prestando poca atención a las posibles equivocaciones. Era como si el instrumento tuviera vida propia y ella buscara sorprenderse con él.

*Esperanza inútil, flor de desconsuelo ¿por qué no te mueres en mi corazón?*

El jefe Goya recordó que, cuando empezaba la universidad, su hija trató de aprender a tocar guitarra, sin éxito alguno. Decía que sus manos no tenían la fuerza necesaria para mantener los acordes y barras por mucho tiempo. Goya le repetía que quizá se debía a que

estaba intentando con una guitarra española, que son las que tienen el diapasón más ancho y el mástil más grueso. Laura no le hizo caso y lo dejó por completo. Pero ve la destreza con la que Nina toca el instrumento, hasta con los ojos cerrados, y no puede dejar de sorprenderse. Ahora recuerda haber visto en su apartamento un estuche de guitarra. Nunca imaginó que la tocara realmente y mucho menos así.

Nina termina la interpretación, agradece los aplausos, anuncia un breve descanso. El bar retoma su iluminación regular. La mujer se levanta de la silla, deja la guitarra en el atril y baja de la pequeña tarima. Cuando llega al bar voltea hacia las mesas. En eso ve a Goya, quien levanta la mano para saludarla. Ella sonríe y se acerca hacia él.

—Hola, cariño, qué sorpresa verte aquí.

—Señorita González, lo mismo digo.

—Ay no, dime Nina, como todos.

—Vaya sorpresa verla aquí, Nina. No sabía que cantaba y tocaba la guitarra tan bien.

—Todas las mujeres tenemos nuestras sorpresas, cariño. Ya a tu edad deberías saberlo muy bien.

—Lo he aprendido a las malas —respondió Goya, entre las risas de ambos—. ¿Te presentas a menudo?

—No tanto como hace años. Lo hago más porque me gusta que por el dinero. Hay cosas que solo salen con la música y el canto y que no puedo expresar a través de la actuación, aunque no lo crea. ¿Vienes aquí a menudo?

—No. Es primera vez que vengo a este bar, la verdad.

—¿Y qué hace recorriendo el centro a estas horas?

—No podía dormir —respondió Goya, en cuyo rostro se veía el cansancio.

—¿Es por el caso de Pau, verdad? —dijo Nina, en cuyo rostro, en cambio, se asomaba la preocupación.

Goya pensó en oxicodona, morfina, naloxona, pensó en su hija y en su esposa. Lo último era el caso Rosales.

—Sí —respondió al fin—. Siento que estamos muy cerca. Pero estamos atascados.

—¿Pero qué hay de la esposa de Federico? Yo juraba que había sido ella.

—Lo siento, pero no puedo hablar de eso.

—Es verdad, cariño. Tú que sales a buscar algo de distracción y vengo yo a agobiarte otra vez con el caso. Cuéntame ¿te parece que canto bien entonces?

—Me pareció increíble tu interpretación de *Esperanza inútil*. Y no lo digo de gratis. He escuchado varias versiones de ese tema. Soy un melómano, especialmente del género.

—¿Ah sí? ¿Te gustan mucho los boleros?

—Y el son, el danzón, la salsa, la cumbia.

—Se me hace que el jefe Goya ha recibido golpes duros del amor.

—Demasiados para mi salud.

Nina rió.

—No cualquier mujer canta boleros como tú. Se me hace que a Nina también la ha golpeado duro el amor.

—Me ha golpeado duro todo y el amor no es la excepción, cariño.

—Supongo que valen la pena los golpes si las caricias fueron mejores.

—Yo solo he conocido los golpes, por desgracia.

—¿Tan mal la han tratado?

—No... No todo ha sido malo, es verdad. Las mujeres me han tratado muy bien. Pero los hombres...

Desde la barra un hombre llamó a Nina y señaló el reloj.

—Bueno, la guitarra me llama —dijo ella—. Te dedico esta, cariño.

Nina tomó la pinta de cerveza de Goya, que ya se había terminado y le hizo un gesto al hombre del bar para que trajera otra. Luego subió al escenario. El público de Nina aplaudía su regreso y las luces volvían a la modalidad de recital. A la mesa de Goya llegó otra pinta de cerveza. Nina tomó la guitarra y se sentó en el banco frente al micrófono.

—Gracias, queridos —dijo—. Esta canción se la quiero dedicar a un amigo de la audiencia.

El jefe Goya levantó la pinta hacia Nina y ella empezó a cantar.

*Aunque tú me has dejado en el abandono...*

El inspector recordó la primera vez que sacó a bailar a Silvia. Era otra época, eran otros códigos. Se bailaba pegado, pero no se restregaban unos con otros. La música anglosajona se empezaba a escuchar más y más, pero los grandes conjuntos de música del Caribe estaban en su mejor momento. Goya sentía el cuerpo voluptuoso de Silvia, quien minutos antes le hablaba sobre un desamor y los sufrimientos de su corazón, citando versos de poemas y de canciones. Llevaba el pelo corto y quería mostrarle el dedo al patriarcado y a los capitalistas. En ese momento, el todavía joven Guillermo Goya entendió que la atracción entre dos personas se da desde el nivel atómico, pasando por el electromagnético, el químico y que acaso los pensamientos y las emociones se encuentren en ese mismo plano, invisible al ojo humano.

Hacía mucho que el recuerdo de su esposa no lo invadía con tanta nostalgia y melancolía. Y vaya que había hecho mucho para evadirlo. Pero ya estaba cansado de escapar. Ahora hallaba un alivio insospechado en esta tristeza, que de una forma extraña lo anclaba en la realidad y en su propia vida. ¿Qué habían sido los años recientes sino una ensoñación borrosa, una fiebre, un delirio? Goya termina su cerveza y espera que Nina termine su canción. Cuando ella lo hace, él se levanta y, desde lejos, le hace un gesto de agradecimiento, para luego abandonar el bar.

Al salir, compra otro cigarro en la esquina y se lo fuma de vuelta a casa. Al llegar, se desnuda en su habitación y entra al baño. Se da una ducha. Al salir, rebusca en la cesta de medicinas. Dio con dos pastillas para el mareo y se las tomó sin dudar con lo que quedaba de licor en su botella. Eso lo ayudó a cerrar los ojos un par de horas, al menos. Ya amanecía cuando los volvió a abrir y estaba convencido de que no podría volver a hacerlo. La ansiedad le abrió el apetito. Pero antes de comer necesitaba encontrar más naloxona, así que volvió a salir a caminar por el centro.

Mientras caminaba, iba repasando todo lo que sabía sobre el caso. La última información descartaba a las mujeres, al menos directamente. El atacante, el autor material, el asesino, era un hombre. Sin embargo, era posible que Viviana y Federico Casas hubieran trabajado en conjunto, por lo que su coartada tendría que ser investigada con más detalle, buscar inconsistencias, contradicciones. Resultaba obvio el desprecio que Viviana sentía por Paula Rosales, pero Federico Casas no le daba la impresión de ser alguien capaz de quitarle la vida a otra persona. No obstante, había que tomar en cuenta que la entrada al camerino nunca fue forzada, e imaginarse a Paula semidesnuda, recibiendo a Federico, el amor de su vida, no parecía tan descabellado. Al menos, no a primera vista.

Goya sube por un callejón empedrado de pequeños bares, ya cerrados. Atraviesa una plaza, avanza otra cuadra y llega a una casa grande que ha sido restaurada. Atraviesa una sala grande donde hay varias sillas dispuestas en círculo. Una señora se encuentra barriendo el piso.

—¿Llegó la doctora? —le pregunta el jefe Goya.

—Don Guillermo —le responde la señora—. Todavía no llega, pero no debe demorar. Usted sabe que a ella le gusta llegar bien temprano antes de la primera sesión. ¿Por qué no la espera ahí en la entrada de su consultorio?

—Eso haré. Gracias, Glenda.

Goya sigue avanzando por un pasillo y se sienta en una de las sillas.

Otro tanto pudo haber ocurrido con Iván Ruiz. Tampoco sería extraño que Paula hubiera recibido a su amante, buscando reconciliarse tras el altercado ocurrido durante el ensayo de ese inquietante final alternativo. Iván sabía que el corazón de Paula ardía por un hombre que no era él. Acaso la discusión los excitó a ambos, Paula le pidió que la estrangulara un poco durante el coito y los celos lo llevaron a ir más allá, a apretar un poco más. Por su complexión física, parece perfectamente capaz de causar el daño físico que presenta el cuerpo de la actriz. Demasiado capaz, quizá. A decir verdad, podía dominar completamente a Paula sin causar todo ese desastre en el camerino.

Después de todo, a lo mejor Castillo tenga razón con respecto a Luque. Debe ser más o menos contemporáneo con el mismo Goya y sabe muy bien que el millonario se encuentra en mejores condiciones físicas. Pero sigue siendo alguien mayor, que ya no tiene la misma fuerza de antes. Ciertamente no la misma que Ruiz o Casas. Paula, que también estaba en óptimas condiciones, pudo hacerle resistencia al ataque, al menos en los primeros momentos. Todo esto sin considerar su obsesión con la actriz y el golpe emocional de haberla encontrado con Ruiz en la cama, todo ello resultando en el rompimiento de su compromiso. Es posible que no planeara matarla, que haya entrado en su camerino buscando una reconciliación. A lo mejor Paula se negó, discutieron y él se dejó llevar por la rabia y la frustración.

Ahora Goya recuerda a Luque mirando desconsolado la tumba de Rosales. Luego mira la hora: seis y cuarto de la mañana. Observa la puerta frente a él y el pequeño aviso que dice "Dra. Méndez".

Por último, estaba Nathan Smith, de quien Goya menos sospecha. Según los datos en el informe de Castillo, es el que parece menos culpable. Pero él no había tenido la oportunidad de verlo ni de interrogarlo. Puede tener información importante. Después de todo, resultaba inquietante (por decir lo menos) que los cambios que Rosales quería efectuar en el final de la obra tuvieran cierta similitud con su muerte. Estaba decidido, después de esto, Goya le daría una visita a Smith. Por alguna razón, hay algo con respecto a Luque que no termina de encajar. Es posible que Smith aporte un dato importante que apunte hacia su definitiva culpabilidad o inocencia. Eso es, en el mejor de los casos. En el peor, tendrían que llevar a juicio a Luque, sin pruebas claras.

El sonido de pasos acercándose lo saca de sus cavilaciones. Al voltear, observa a una mujer de algo más de treinta, botas negras, jean negro, franela blanca, chaqueta de cuero negra. Lleva gafas oscuras, pelo recogido.

—Don Guillermo, tiempo sin verlo —le dijo.

—Hola, Camila —dijo Goya, con notable vergüenza—. Sí, tenía mucho tiempo sin venir.

—Si le soy sincera, no puedo decir que me alegre de verlo. Sé que viene a pedirme algo —La doctora abrió la puerta de su oficina—. Por otro lado, me imaginé que si me volvía a encontrar con usted, lo vería en peor estado. Ojo, no es que lo vea muy bien tampoco —La doctora entró a su oficina e hizo pasar a Goya.

—Camila, comprendo todo lo que me dices. No es para menos. Tienes razón en todo y, aunque sí vengo a pedirte algo...

—Le dije que no le iba a volver a dar morfina —lo interrumpió la doctora.

—No vengo por morfina —replicó él de inmediato.

Camila Méndez detuvo lo que estaba haciendo y miró extrañada al jefe Goya.

—Tampoco le pienso dar ningún otro opiáceo, don Guillermo.

—Solo necesito naloxona, Camila. He vuelto al trabajo, estoy investigando el caso Rosales. Tengo una nueva compañera, me recuerda a ustedes. Quiero limpiarme, quiero reorganizar mi vida...

La doctora miraba sorprendida al jefe Goya, cuyos ojos se habían enrojecido y cuya voz parecía quebrarse. Nunca lo había visto así.

—Quiero volver a estar en la vida de Laura —finalizó Goya.

Camila suspiró y apartó la mirada, confundida.

—Quiero creerle, don Guillermo. De verdad quiero creerle.

—Hablo muy en serio, Camila. ¿Alguna vez me habías escuchado decir algo parecido?

—No.

—Solo necesito la naloxona para terminar la investigación. Sea como sea, terminará pronto. Te prometo que después de eso volveré acá a terminar lo que empecé hace mucho.

Goya mantuvo la mirada fija en Camila, expectante. Había mucha convicción en sus palabras. Y, por vez primera, todo lo que había dicho lo decía con total honestidad. Realmente quería retomar el control de su vida. Realmente quería volver a ver a su hija.

Algo exasperada, como si ya estuviera lamentando su decisión, la doctora abrió una gaveta en su escritorio y sacó un talonario de récipe médico. Luego tomó un lapicero y escribió en una hoja que después arrancó, para entregársela a Goya. Este tomó el papel y lo guardó en un bolsillo.

—¿Y cómo está Laura? —preguntó Goya, después de un breve silencio.

—Está bien, don Guillermo —respondió ella, tras pensárselo un momento—. Ella está bien.

Goya agradeció a la doctora y salió camino a la farmacia más cercana. La mañana se había instalado por completo y las calles se poblaban de gente y de autos. Goya entró a la farmacia e hizo el pedido, mostrando el papel que le diera la doctora. Pagó por las pastillas y salió en busca de un lugar para desayunar. No tuvo que caminar mucho para encontrar uno. Al sentarse pidió un café y un caldo de costilla. Pasó una pastilla con unos sorbos de café, mientras esperaba por el caldo. Recordó entonces que Aneth le había comentado que Rosales, en algún momento, amenazó a Smith con abandonar la obra. Luego se preguntó qué tan en serio se habría tomado el director tal amenaza. A juzgar por lo volátil que parecía ser Rosales, es probable que Smith le haya dado importancia. Pero en dado caso, ¿quién reemplazaría a Rosales?

El caldo de costilla llega y, después de quién sabe cuánto tiempo, Goya redescubre el placer de oler un plato de comida recién hecho. Mientras toma el caldo, piensa que debe volver a repasar, con una mente fresca, toda la evidencia relacionada con la escena del crimen. Ayer fue un día muy largo de trabajo y lo poco que llegó a considerar ni siquiera lo pudo procesar correctamente. Trató de convencerse de que no existía crimen perfecto y de que debe haber un detalle que están pasando por alto. Luego trata de imaginarse a su hija, Laura. Se pregunta cuál será su aspecto actualmente, cómo llevará el pelo, si realmente estará bien. Por el momento no le queda más que creer en Camila.

Cuando termina, sale de vuelta a la calle y espera por un taxi. Momentos después uno se detiene y le pide que lo lleve al Teatro Imperial. Al llegar, recuerda que tenía años sin venir a este lugar. Muchos años. La última vez, de hecho, fue con su familia. Quizá fue por entonces que todo empezó a derrumbarse, las llamadas anónimas que resultaron en la muerte de Pérez, las peleas con Silvia porque ya no tenía tiempo para la familia y, lo más duro para él, su relación con Laura, quien ya era una adolescente, se volvía fría y distante. Por entonces, el Teatro Imperial anunció la presentación de una adaptación sin precedentes de *El Principito*, de Saint-Exupéry. Sabía que era uno de los libros favoritos de Laura. Habían sido muchas las noches que, siendo niña, Laura le pedía que le leyera el libro para dormirse. Claro, era él quien terminaba durmiéndose y ella lo despertaba para que empezara otra vez. Casi con temor y con muy pocas esperanzas, propuso el plan durante una cena. El silencio que siguió a la propuesta le resultó intolerable y deseó morir. Sin embargo, en contra de todo pronóstico,

fue Laura la primera en responder que le parecía buena idea. No lo dijo muy emocionada pero Goya se conformaba con una respuesta afirmativa.

Durante la obra, Goya se conmovió al ver a su hija aguantando el llanto durante la escena del zorro. Paradójicamente, fue entonces que comprendió que su hija había dejado de ser una niña. A la salida, Laura lo abrazó y le dijo "gracias". En los últimos meses apenas le había dirigido la palabra. Por otra parte, Silvia le sonrió antes de subirse al auto. Ese día, su mundo parecía ir recuperando, poco a poco, el equilibrio. Y así lo creyó. Estaba completamente equivocado, lamentablemente.

Al entrar al teatro se asoma por la puerta principal y advierte que un ensayo se está llevando a cabo. Para pasar inadvertido, decide tomar uno de los pasillos laterales y acercarse al escenario. Las puertas de entrada hacia la zona media de la sala están abiertas. Más adelante, en los asientos cercanos al escenario advierte a un hombre con rasgos caucásicos. Una mujer, mucho más joven está sentada a su lado. Hay otro grupo de jóvenes de pie por el pasillo central, observando la escena. En el escenario puede distinguir a Nina y a Ruiz. Al parecer son los únicos que aparecen en esta escena. Nina lleva una bata de paciente y Ruiz viste de gala. Nina observa por una ventana, dándole la espalda a Ruiz, quien parece querer convencerla de algo. Goya decide dejar la sala e ir tras bastidores.

En el pasillo anterior al escenario observa una foto grande con un texto debajo y flores. Al acercarse, advierte que es una suerte de homenaje en memoria de Rosales. En la foto aparece el reparto original de la obra. De todas las personas que aparecen en la foto, solo reconoce a cuatro. En el medio puede ver a Smith. Viste como un bohemio y abraza por la cintura a Paula y a Nina, de lado y lado. A su izquierda está Nina. Lleva un vestido corto color rojo y tacones azules. A su derecha está Paula, lleva una bata de paciente y está descalza. La bata es justo como la que le vio a Nina en el escenario. Al lado de Paula está Iván Ruiz, con el mismo traje de gala que le vio hace un momento. El jefe Goya decide asomarse nuevamente por la sala.

La sala está totalmente a oscuras, a excepción de un reflector que apunta al escenario. Este ilumina únicamente a Nina, quien sin duda lleva el peso principal de la escena. Viste la misma bata de paciente y va descalza. En una de sus manos carga una pistola y habla sobre la soledad, la incomprensión, la locura y la muerte. Tras ella, en el fondo, bajo una iluminación mucho más tenue, hay otros cuatro personajes, uno al lado del otro, observándola, juzgándola con sus miradas. Entre ellos está Ruiz. También advierte a una mujer que lleva un vestido rojo muy parecido al que lleva Nina en la foto. Lleva tacones de otro color. Goya se da cuenta de que Nina tiene hipnotizados a los compañeros que observan la escena. También a Smith. Las palabras parecieran salir naturalmente de ella. Sus líneas pudieran sonar trilladas muy fácilmente. Sin embargo, genera empatía. Domina el personaje a la perfección.

Goya decide abandonar el teatro y dirigirse a la comisaría.

## CAPÍTULO 21

El albergue es apenas más grande que el de la ciudad. Pero tiene mucho más terreno. Llegando a la casa, Aneth alcanzó a ver vacas y caballos. El cielo está nublado pero la lluvia sigue descansando.

Aneth entra a la casa y pregunta por Fausta Evangelista. Le responden que la puede conseguir en la cocina. Asomada por la puerta de la cocina solo ve a una señora sentada en una mesa, comiendo. No hay más nadie en el lugar. Los platos se han dejado secándose. En las hornillas solo hay una olla sopera. Aneth entra en la cocina y el aroma de la sopa hace sonar su estómago. El aroma se le antoja delicioso. No había reparado en el hecho de que todavía no ha almorzado.

—¿Señora Fausta Evangelista? —preguntó la inspectora.

La mujer levantó la mirada. La cucharada que iba a llevar a su boca quedó a medio camino.

—Sí, señorita —dijo, finalmente—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Soy la inspectora Aneth Castillo. Me gustaría hacerle unas preguntas sobre Paula Rosales.

Una tímida tristeza se asoma en el rostro de la mujer.

—Claro —dijo, levantándose—. Por favor, tome asiento.

—Lamento interrumpir su almuerzo.

—No se preocupe. Dígame, ¿en qué puedo serle útil?

—Tengo entendido que Paula Rosales la contactó a usted para trabajar aquí. ¿Es cierto eso?

—Sí, inspectora. La señorita Rosales todavía se acordaba de esta humilde servidora cuando empezó con la fundación.

—¿Le ofreció trabajo?

—Sí. En verdad mi trabajo es ayudar a cuidar a los niños. A veces me dejan ayudar en la cocina, como hoy.

—¿Estaba trabajando en otro sitio cuando Paula Rosales la contactó?

—No. Ya a esta edad no hay mucho que uno pueda hacer. Vivía de mi pensión, que no es mucho, pero me alcanzaba lo justo para vivir. A veces trabajaba de niñera.

—¿Y usted conocía a Paula desde pequeña, es cierto?

—Sí, desde el orfanato. Desde chiquita le gustaba actuar.

—¿Trabajó allí todo el tiempo que ella estuvo?

—Así es. Y allí continué trabajando durante un tiempo después que ella se fuera.

—¿También conocía a América y a Fernando?

—Ah, sí, claro. Esos tres iban para todos lados juntos.

—¿Los niños tenían confianza con usted?

—Siempre que podían me acompañaban o me buscaban para preguntarme cosas. A veces me ayudaban en la cocina.

—¿Es cierto que Paula y Fernando se escaparon del orfanato?

—Ay, sí, señorita inspectora. No se imagina la mortificación. Yo me moría de la angustia. No tenía la menor idea de dónde estaban, si estaban bien o mal. Nadie más se preocupaba por ellos, solo yo. ¿Pero quién más se iba a acordar? En esa época había muchos niños en el orfanato, había mucha pobreza en las calles.

—¿Pero entonces sí llegó a saber de su paradero?

Por un momento, la expresión de la señora fue de preocupación. A Aneth le pareció que el tema la estaba poniendo nerviosa.

—El niño, Fernando —dijo finalmente Fausta—. No sé cómo hizo, pero una noche se escabulló en mi cuarto y me despertó. Casi pego un grito del susto. Me dijo que necesitaban

comida, que estaban en la calle pero que habían conseguido un lugar seguro. No sé cómo hice para aguantarme el llanto de la alegría que me dio verlo y saber que Paula estaba bien.

—¿Y no querían volver al orfanato?

—No, ni muertos. Dijo que estaban más seguros en la calle. Que no eran los únicos.

—¿Sabe por qué se escaparon?

Nuevamente, Aneth advirtió que la señora se incomodaba y miraba a su alrededor.

—Por aquellos días, el párroco de la zona empezó a visitar frecuentemente el orfanato. Como se podrá imaginar, esos días las monjas querían hacer la mejor comida de la semana y tener todo el recinto más que ordenado y limpio. Ese día, el párroco elegía alrededor de cinco huérfanos, niños y niñas. Nunca supe bien por qué, pero había llegado a escuchar que eran eventos privados con los patrocinadores del orfanato, en los cuales el párroco hacía una misa.

—¿Patrocinadores?

—Los que ayudaban a mantener funcionando el orfanato.

—¿Y Paula, Fernando y América fueron elegidos una vez?

—Ya para entonces la niña América no seguía con nosotros. Pero sí, Paula y Fernando habían sido elegidos... —Fausta se había detenido.

—Por favor, continúe —le pidió Aneth.

—No sé ni qué decirle, señorita. Al día siguiente Paula y Fernando estaban distintos. De hecho, más nunca les vi esa alegría en los ojos que tanto contagiaban. Apenas comían, apenas jugaban. Esos niños no se podían estar un momento quietos. Algún juego inventaban, algo hacían. Pero después de esa mañana se les veía quietos, sin ánimos.

—¿Sabe lo que les sucedió? ¿Tenía que ver algo con el evento del párroco?

—Nunca me lo dijeron. Pero a la semana siguiente los habían vuelto a invitar. El párroco ni siquiera visitó el orfanato. Al parecer se lo comunicó a la madre superiora y ella se lo dijo a los niños. Y nunca se me quitará de la cabeza la convicción con que Fernando me decía que más nunca volvería a ese lugar y que más nunca dejaría que se llevaran a Paula. Nunca había visto odio en los ojos de un niño, hasta ese día. Al día siguiente habían desaparecido. Jamás me dijeron nada sobre ese evento, pero después de enterarme que se habían escapado, yo me imaginaba lo peor. Desde entonces, más niños empezaron a escaparse del orfanato. Fue una cosa horrible.

—¿Alguna vez volvió a saber de Fernando o Paula después de que él se apareciera en su cuarto?

—Fernando se volvió a aparecer un tiempo después para decirme que los había recibido una señora mayor que vivía sola con su esposo, que estaban bien y que ya no tenía que preocuparme por ellos. No me dijo mucho más. Se fue rápido y más nunca volví a verlo. Años después supe de Paula y lo que había sido de ella por la televisión y las noticias. Hasta lloré de la emoción al saber que estaba llevando una vida exitosa después de tener una infancia tan dura. Y ahora está muerta.

Fausta comenzó a llorar. Trataba de contenerse en lo posible. Aneth le buscó un vaso con agua y poco a poco fue calmándose. La inspectora no podía sacarse de la cabeza al niño Fernando y su misteriosa desaparición. Hermano o guardián, tenía que haber sido una figura muy importante en la infancia de Paula y sin embargo casi no se le mencionaba.

—Señora Fausta, lamento tener que insistir con el tema, pero necesito hacerle más preguntas. ¿Usted recuerda si Fernando compartía con otros niños?

—Muy poco, señorita. Fernando era un niño... especial.

—¿Qué quiere decir?

—Pues... No le gustaba hacer las mismas cosas que a los otros niños. Los niños varones, me refiero.

—¿Qué cosas le gustaba hacer?

—Ahora que lo pienso, él fue el que empezó con eso de actuar. Inventaba escenas parecidas a las de las películas que veían, o de las telenovelas que yo miraba. Él ponía a actuar a Paulita y a los otros niños que estuvieran en el grupo. Pero una vez se intercambiaron los papeles y él hacía el papel de la mujer y Paulita el del hombre. Yo, apenas me di cuenta les llamé la atención, porque así no son las cosas, ¿cierto? También hubo otro día en que yo fui a mi cuarto a buscar algo y lo encontré usando mi maquillaje.

—¿Y qué hizo?

—Pues lo agarré bien fuerte y lo regañé. Pero no le pegué. Pobrecito... Ahora me arrepiento. Pero al día siguiente se desquitó y me dejó encerrada en la cocina. Yo nunca le pregunté, pero sabía que había sido él.

—¿Cómo lo trataban los otros niños?

—Algunos sí eran amigables. Pero había otros que lo fastidiaban, diciéndole que era una niña.

—¿Y esto ocurría muy a menudo?

—No realmente, solo a veces. La verdad es que Fernando era un niño que no dejaba que se burlaran de él. Cuando alguien lo fastidiaba le caía a trompadas con una furia tal que las monjas tenían que separarlos y lo regañaban a él muy duro, pobrecito. Así igualito defendía a Paulita y a América.

—¿Señora Fausta, tiene idea de en dónde podría encontrar una base de datos de los niños del orfanato?

—La verdad es que no lo sé, señorita. Lo dudo. En el orfanato hubo un incendio en las oficinas principales y, según escuché, se perdieron todos los equipos y documentos. Esa fue una de las razones por las que el orfanato terminó cerrándose. Yo para entonces ya me había ido.

Cuando Fausta terminó de hablar hubo un silencio, mientras Aneth terminaba de anotar las cosas más importantes de lo que le decía la señora. De repente, su estómago volvió a crujir, reclamándole el abandono en el que lo tenía. El sonido, que había sido escuchado por ambas, logró soltarles unas cuantas risas. La señora se levantó y sirvió dos platos hondos con la crema de verduras que había en la olla. A Aneth le pareció que un pedacito del cielo se acercaba a ella cuando vio el planto frente a sí.

Entonces ambas tomaron la crema con algo de pan. De vez en cuando, Fausta comentaba lo buena que Paula había sido con ella desde que la volvió a contactar. Decía que la llamaba a menudo para saber cómo estaba de ánimos, de salud, recordándole que le hiciera saber cualquier cosa que necesitara, que no se preocupara por el dinero. También le contó cómo la hacía reír con sus historias de rodajes y anécdotas del mundo del teatro, del cual siempre decía que estaba lleno de locos. Por último, las llamadas casi siempre terminaban con ambas recordando vivencias del orfanato. Fausta comentó que más de una vez quiso preguntarle por Fernando, pero que no lo hizo por pena. Si Paula misma no decía nada, era mejor dejarlo así, dijo. Cuando terminaron, Aneth le agradeció por el almuerzo que le había parecido exquisito. Fausta se despidió de ella abrazándola, diciéndole que, por alguna razón, ella le recordaba a sus "hijas del orfanato", refiriéndose a América y Paula.

Mientras se dirigía al auto, Aneth pensaba que, apartando a América, Fausta había sido la única persona que realmente había hablado bien de Paula Rosales, la única que hablaba de ella con genuino afecto. América ya le había dado esa impresión, pero muy ligeramente. Al final prevalecía ese sentimiento de desconexión, que era lo mismo que ocurría con los otros. Pero al menos América hablaba de ella como otro ser humano, no como una diva, una diosa o como una idea abstracta. ¿De qué servía tener semejante talento, si al final se convierte en una muralla que te separa del resto? Ah, pero las murallas también sirven como defensa. Quizá Fausta fue el último puente que la unió con el resto de la humanidad, con su centro cálido y familiar. En la mente de Aneth, Paula aparecía como un ser completamente aislado y

solitario, como un sol, como una estrella, incapaz de acercarse mucho a algo sin consumirlo en llamas. Eso era lo que había ocurrido con Luque, sin duda. Se acercó mucho al sol y terminó como Ícaro, destrozado. Aneth sintió tristeza por ella. Acaso también sentía esa tristeza por sí misma, también solitaria.

Ahora recuerda a Vicente. ¿Acaso había querido huir de él? ¿Por qué no había podido contarle lo que realmente había sucedido? ¿Por qué sentía que era su única responsabilidad? La conmoción del caso de la niña Castro la había hecho perder un embarazo que apenas comenzaba. Primero fueron las pesadillas. Y una madrugada se levantó con un dolor intolerable en el vientre. Vicente estaba en el desierto, por trabajo. Aneth tuvo que ir sola a emergencias. Más tarde le preguntarían si sabía que había estado embarazada y que lo había perdido. Nunca pudo decirle a Vicente que estaba embarazada. Se sentía culpable. Se hundía en la depresión. Tenía que esconderse en el baño a llorar. Por entonces supo que en la capital buscaban un inspector e hizo todos los trámites para mover su solicitud. Cuando Vicente volvió ya todo había cambiado. Ella era otra mujer. ¿Por qué no había podido decirle siquiera que estaba embarazada? ¿Temor? ¿Acaso Vicente la dejaría o le pediría que abortara? ¿Acaso no tenía derecho a saberlo? Una vez que ya todo hubo pasado, no tenía sentido comentar nada al respecto. Ya era muy tarde. Paula tenía a Fausta como último puente, como última esperanza. ¿Pero cuál es el puente de Aneth? No Vicente, no si supiera todo esto. El único puente sólido era su padre y hace tiempo que se fue. En este momento, lo más parecido es una estructura fantasmal y difusa llamada Paula Rosales. Este caso es lo único que la mantiene unida al mundo. Su trabajo es lo único que le da sentido a su vida. Al menos por el momento.

Al abandonar el albergue Aneth advierte que, casi sin darse cuenta, se ha ido gestando en ella una corazonada, una intuición, o lo que sea a lo que la gente se refiere cuando dice "simplemente lo sabrás". Pero no quería hacerse ilusiones todavía. Tomó su celular y llamó a la comisaría. Contactó a Hilario Cota para saber el estado del material de evidencia en el apartamento de Rosales. Este le respondió que todo se encontraba organizado en la sala de evidencias. Luego le pide a Cota que investigue sobre la base de datos del viejo Orfanato Familia y que, de ser posible, compare los informes de incendio de ese orfanato y de la casa de Horacio Vitto. Las quejas de Cota como respuesta la llevaron a edulcorar su voz y hablar de lo cerca que estaban de resolver el caso. El compañero suspiró y le dijo que haría todo lo posible.

Minutos más tarde, cuando Aneth ya se encontraba entrando a la ciudad recibió una llamada. Era Goya.

—Tenemos que reunirnos en la comisaría —dijo él.

—No se imagina cuánto —respondió ella.

Mientras se adentra en la ciudad, Aneth piensa que de pronto este trabajo no sea para ella. Duda. Sí, le da sentido a su existencia porque es lo único que tiene en este momento. Pero quizá no era tan buena como pensaba. No para esto. Posiblemente tenga que reevaluar sus capacidades, sus aptitudes. Si no hay una solución satisfactoria en este caso, a lo mejor debe retirarse y dedicarse a otra cosa. Quizá a los motores y los autos, algo más tranquilo. Pero todavía no todo está dicho. Todavía queda un pequeño tramo que recorrer y acaso ese pequeño tramo guarde sorpresas inesperadas.

A su memoria viene uno de sus recuerdos más viejos, una vez que encontró muerta a una de sus primeras mascotas, un conejito que llamó Teté. Fue entonces cuando aprendió que todo lo que estaba vivo, en algún momento, iba a perecer. Estaba desconsolada y le decía a Pedro que no era justo, que para qué había vida entonces. Pedro le preguntó entonces cuál era su comida favorita. Ella le contestó que la torta de zanahoria que hacía su tía.

—¿Cuánto te gusta? —preguntaba Pedro.

—Mucho, mucho —respondía la pequeña Aneth, que ya cambiaba la cara triste.

—Cuando tu tía te da un pedazo de torta, ¿ese pedazo dura para siempre?

—No.

—Entonces sabes que el pedazo se va a acabar en algún momento.

—Sí.

—E igual te lo comes.

—Sí.

—Y si tu tía trajera un pedazo ahorita, ¿te lo dejarías de comer porque sabes que se va a acabar?

—¡No! —respondía la niña, con absoluta seguridad, sonriendo.

—Te la comerías con mucho gusto, ¿verdad?

—¡Sí!

—¿Quieres ir a casa de tu tía a comer torta de zanahoria?

—¡Sí!

## CAPÍTULO 22

El salón se encontraba inundado de evidencia del caso Rosales. Sobre los escritorios reposaban informes de diversa índole, objetos en bolsas plásticas de tamaño varío recuperados de la escena del crimen, fotografías. Las últimas ocupaban también una de las paredes del lugar y parte de un pizarra grande, que también tenía escrito en letra grande y legible pistas sobre el caso. El jefe Goya estaba de pie. De a momentos miraba la pared con las fotografías, la pizarra y los objetos que eran evidencia de la escena del crimen, como si quisiera recomponer la escena en su pensamiento. Aneth, por su parte, parecía muy enfocada en unas cajas que había sobre su escritorio. En las cajas se encontraba la evidencia que había sido recuperada del apartamento de Rosales.

Goya observa con detenimiento las fotos de la escena del crimen. Observa el florero roto, algunos trozos de vidrio esparcidos a la altura del cuerpo de la víctima, otros se pierden entre zapatos y ropa, pero la mayoría se acumulan en un lugar cercano a sus pies, muy cerca también de una mesa algo elevada que a Goya le parece el epítome de lo impráctico por tener las patas muy juntas y delgadas. Seguramente solo servía para el florero y le llama la atención que no haya resultado en el piso también. Quizá el asesino la había vuelto a levantar. ¿Pero por qué razón? ¿Un extraño sentido de culpa? A lo mejor era de esas cosas que simplemente no tenían explicación, como tantas otras en la vida, algo que a Goya le resultaba muy difícil de entender. Durante mucho tiempo soñó con un mundo ordenado, descifrable, inteligible, y guardó secretamente la esperanza de que, oculto en un substrato muy fundamental de la realidad, ese orden podía existir y era accesible. Pero desde hace unos años ha abandonado ese sueño, esa esperanza. Y ese abandono lo había gratificado con una libertad que no había conocido antes, la libertad de no querer entenderlo todo, de no extraer un sentido y un significado a cada evento de su vida. La extraña libertad de la incertidumbre, que no viene sin cierto horror. Ahora Goya observa las flores, las camelias rojas, ya secas, sobre algunos de los trozos de vidrio del florero. También había algo de agua, pero no mucha. Goya buscó por los escritorios y encontró los trozos de vidrio y las camelias. Las últimas estaban más secas que en la foto, claro está. Entonces revisó sus apuntes sobre su visita a Luque. En efecto, el casi viudo recordaba perfectamente regalarle años atrás un ramo con camelias rojas y calateas naranja. Era muy probable que las flores en su camerino se las hubiera dado Luque. Y si ya estaban algo secas, ya tendrían varios días ahí. Quizá se las regaló cuando su relación todavía parecía perfecta. Pero unas flores no se secan así a menos que se las abandone. Al parecer, Luque no era lo más importante en la vida de Rosales. Qué difícil parece poder permanecer en el corazón de alguien. Uno pensaría que lo mejor es tener un ojo atento a este tipo de detalles, estar siempre en guardia. Pero nadie puede vivir así, pendiente de cualquier señal de decadencia, sin volverse loco.

Goya se enfoca en las prendas de vestir. En las fotos observa que algunas terminaron en el suelo, otras apenas colgaban de sus respectivas perchas. Algunas lograron permanecer colgadas y bien puestas, quizá algo movidas. Ahora Goya revisa la ropa que forma parte de la evidencia sobre los escritorios: una bata de paciente, como la de la fotografía que vio en el teatro y como la que llevaba puesta Nina en el ensayo; un kimono largo con motivos orientales, que no parece original, unas prendas de gala, una chaqueta negra de cuero, una bufanda, una sudadera, una franela blanca y unos jean azules. Logra identificar lo que aparece en las fotos, pero hay prendas que están sobre el escritorio que no se ven en las fotos. Mucha de esta ropa debía ser vestuario del teatro, sino toda. Sale un momento de la sala para pedirle a un oficial que averigüe si el grupo Prosopos posee una modista propia, o alguien que se dedique al vestuario del elenco. Con seguridad debía haber una, o uno.

A continuación, Goya trata de hacer lo mismo con los zapatos: un par de botas negras, que logra identificar en las fotos, en el suelo, cerca del tocador de Rosales, una está caída; un

par de tacones negros que no alcanza a ver bien en las fotos, seguro tapados por la ropa que cayó; un par de tenis blancos, de los cuales solo uno se asoma en las fotografías; un par de tacones dorados, ambos visibles en las fotos, uno cercano a la rodilla derecha de la víctima y otro un poco más arriba, a la altura de la cintura; unas sandalias, de las que solo se aprecian unas tiras largas en las fotografías; un par de mocasines negros, que tampoco se ven muy bien. En las fotografías, del lado izquierdo de la víctima, ve un tacón azul. Goya empieza a rebuscar entre los objetos que están sobre el escritorio, hasta que da con un tacón azul. Sigue buscando, pero no consigue el otro. Luego revisa en los informes el inventario de objetos de la escena del crimen. Lo revisa una y otra vez, pero no hay equivocación posible: es un solo tacón azul, correspondiente al pie derecho. Observa nuevamente el zapato y se da cuenta de que la zapatilla tiene el tacón roto.

La pregunta era obvia. ¿Por qué uno solo? Pero de esta pregunta podían derivarse mil más. ¿Cómo terminó un tacón azul, solitario, en el camerino de Rosales? ¿Acaso era de ella y había olvidado el otro en su apartamento? ¿Era parte de la obra que solo se usara el tacón del pie derecho? ¿O acaso lo había perdido la asesina? ¿Pero no se habían descartado la posibilidad de que fuera una mujer? Tenía que ser alguno de los hombres. ¿Iván Ruiz? ¿Estaría el travestismo también incluido en la lista de juegos sexuales de los amantes? ¿Acaso se sintió denigrado al extremo por las peticiones de Paula e, incapaz de seguir soportándolo, se abalanzó contra ella? Sea como sea, han cometido un error grave al pasar este detalle por alto. Goya se enfurece.

—El idiota de Cota... —dijo en voz alta Goya, exasperado.

—¿Qué sucede? —preguntó Aneth, tras levantar la mirada de los documentos que revisaba.

—El pendejo pasó por alto que se encontró un solo tacón azul. No un par, como el resto de calzados de la escena del crimen. Un solo tacón azul, el del pie derecho. Y, escucha esto, tiene el taco roto.

—El forcejeo... —dijo Aneth, como pensando en voz alta.

—Puede ser. O puede ser que no. Se supone que el asesino es un hombre, pero el idiota se pudo haber equivocado con eso también.

—Calma, jefe. No se desespere. Yo le dejé una tarea a Cota y en cualquier momento entra en la sala. Estoy segura de que hay una explicación para todo.

—¿Por qué estás tan segura?

—Tenga un poco más de paciencia, jefe. Necesito confirmar datos. Siga atando cabos en la evidencia, seguramente van a aparecer más cosas.

Aneth se retiró hacia la ventana y sacó su celular para hacer unas llamadas. Goya suspiró y se dirigió al baño. Mientras orinaba, pensaba en lo que le había dicho a Camila en la mañana. El gusano de la duda se escondía bajo el suelo de su pensamiento. Realmente quería limpiarse, pero tampoco se podía engañar. Lo había intentado varias veces, sin éxito alguno. Y eso que había tenido el apoyo de su hija. Ahora, solo, la dificultad le parecía mayor. Se lava las manos, se moja el rostro y se da palmadas sobre las mejillas, tratando de espantar las dudas. De sus bolsillos saca el recipiente de naloxona y toma otra pastilla.

Goya sale del baño. El oficial a quien le había pedido que averiguara sobre la persona encargada del vestuario de Prosopos se le acerca. Le dice que, en efecto, hay una mujer encargada de ello y le entrega un papel con su nombre y un número de celular. Goya entonces recuerda que Viviana Casas había tenido un altercado en el mismo camerino de Rosales, poco antes de su muerte. Goya vuelve a su escritorio y busca en sus apuntes el número de Federico Casas. La llamada cae y timbra varias veces, pero nadie responde. Luego suena el buzón de voz. Goya cancela la llamada, se pasa la mano por el rostro, se preocupa, suspira y vuelve a llamar. La llamada cae. Timbra una vez. Vuelve a timbrar. Entonces escucha la voz del doctor, quien se excusa por no haberle respondido antes. Se encontraba despidiendo a un

paciente. Entonces le pregunta al inspector en qué lo puede ayudar y se extraña cuando este le explica la razón de su llamada. El doctor le responde que no recuerda que su esposa tenga unos tacones azules y que, si los tiene, no los debe usar mucho. El inspector le pregunta posteriormente si sabe la talla de calzado de su esposa y él le responde que, al menos los que él le ha regalado, son talla siete.

Goya cuelga la llamada sin siquiera despedirse. Observa que Aneth sigue hablando por teléfono y luego busca el tacón azul. Tras verlo con detenimiento, advierte que un número nueve, grande y claro, se muestra en la base del calzado. El inspector suspira y empieza a buscar información sobre la obra *La máscara transparente* en su computador. Entre los resultados aparecen notas de prensa del día. Uno de los titulares lee "La caída de una diva". Le da un vistazo a la nota y advierte que se menciona la palabra homicidio, su nombre y el de su compañera como los encargados de la investigación. Maldice en su mente a Sotomayor, quien seguro ha dado declaraciones que debió guardarse. No sabe si su esposa y su hija leen la prensa con detenimiento, pero la nota no dejaba a los inspectores muy bien parados. Luego revisa imágenes de promoción de la obra. Al parecer se estrena mañana. Ya sabía que la sustituta de Paula sería la propia Nina, a quien recordaba en la pequeña tarima del bar, cantando boleros. Entre las imágenes reconoce la que vio en el teatro, con todo el equipo involucrado en el montaje y representación de la obra antes del asesinato. Luego advierte otras fotos que, supone, deben ser de la misma sesión, ya que los rostros conocidos llevan la misma ropa, pero en las que aparece Smith con cada una de las estrellas principales de la obra, y otra en la que aparecen solo las últimas, sin Smith. Ahí ve a Ruiz, vestido de gala; a Rosales, con la bata de paciente; cuando Goya observa a Nina, su mirada se aguza. Calzaba unos tacones azules que cuando menos son muy parecidos al tacón encontrado en la escena del crimen.

Entonces vuelve a tomar el tacón. Lo observa y luego mira las fotos donde aparece Nina. No tiene un ojo entrenado para tacones; todos le parecen iguales pero podría jurar que son el mismo. Vuelve a mirar la talla, el nueve grande y visible. De inmediato busca el papel que le había dado el oficial cuando salió del baño. Lo consigue en un bolsillo, toma un teléfono y llama al número que aparece en el papel. Después de unos momentos lo atiende una mujer de voz cordial. Goya le explica quien es, lo que está haciendo y la ayuda que necesita de ella. La mujer le pide que espere. Momentos después vuelve a escucharle y le dice que la talla de calzado de la actriz Catrina González es, en efecto, nueve. Goya le pide un último favor: conocer la talla de calzado de la difunta Paula Rosales: la mujer le indica que la talla de ella era cinco y medio, o seis, dependiendo del tipo de calzado, pero que la primera medida era la más común. Después de confirmar esta información, el inspector le agradece a la mujer y termina la llamada. Se levanta, entonces, para ver revisar los zapatos de Rosales. La mujer no se equivocaba, la mayoría era talla cinco y medio. Al poner el tacón solo al lado de uno de los de Rosales, repara en la diferencia considerable de tamaño. De cinco y medio a nueve hay una gran diferencia. No tanto así, de siete a nueve. Sin embargo, recordaba la estatura de Viviana Casas y no era ni más alta ni del mismo tamaño que Nina. Luego piensa en esta última, recuerda la vez que la vio durante el funeral de Rosales, llevaba también tacones y se veía muy alta; luego recuerda verla cantando la noche anterior, manejando con considerable facilidad el cuello de la guitarra española. Por último, recuerda la vez que se apareció en la estación, toda mojada. Sí, esa vez cojeaba de un pie. Pero no estaba seguro de si era el pie derecho.

Goya revisa sus apuntes sobre la entrevista con Nina. Según su coartada, antes de ir al teatro, donde encontraría el cuerpo sin vida de Rosales, había estado en el gimnasio. Sin embargo, cualquier mención al respecto había sido omitida por Nina en la primera declaración. Y ya había ocurrido antes, haya sido intencional o no. Fue lo que ocurrió con la mención del altercado entre Viviana Casas y Paula. Ahora, Goya se pregunta si no existirá la

posibilidad de que el asesino fuese una mujer. Nina era alta, en buen estado físico. Goya toma la decisión de que debe reunir aquí a Cota, Márquez y a Sotomayor.

Momentos más tarde, los cinco se encuentran reunidos en la sala. En primer lugar, Goya reprende a Cota por el descuido del tacón solitario, que muy probablemente pertenecía a Catrina González y que hubiera encaminado la investigación por otra dirección. A partir de ahí, comenzó a explicar detenidamente lo que fue descubriendo, las razones que tenía para pensar que dicho tacón pertenecía a Nina y les comentó, además, su visita al teatro en la mañana y el hecho de que Nina ahora sería la actriz principal.

—Por lo tanto —decía Goya—, debemos preguntarnos si es absolutamente imposible que una mujer sea la asesina de Rosales. Pensemos en las características físicas de Catrina González. ¿Pudiera ella ser la culpable?

—Jefe Goya —intervino Márquez—, estoy de acuerdo en que Cota tuvo un gran descuido con ese detalle, pero he revisado exhaustivamente el informe en el que expone esa idea, así como las fuentes, y coincido completamente con sus conclusiones. Es imposible que haya sido una mujer.

—¿Pero no pudiera ser esta una excepción? —preguntó Sotomayor.

—O es una cosa o es la otra —dijo Cota, quien le entregaba a Castillo un sobre.

Hubo un silencio. Aneth tomó el sobre, lo abrió y sacó de él unos documentos que ojeó rápidamente.

—Creo que, de cierta forma —dijo Aneth—, las dos cosas son posibles.

—Por favor, explíquese, inspectora —dijo Sotomayor.

Aneth reunió varios de los documentos que había estado revisando.

—Vayamos por partes —dijo—. El cadáver fue encontrado en el camerino. Sabemos que la entrada al camerino no fue forzada de ninguna manera y que Rosales tuvo que haber dejado entrar a la persona que la mató, por lo que podemos decir que conocía íntimamente a esta persona. Asumiendo que tuvo que haber sido un hombre, tenemos que descartar a Iván Ruiz porque se encontraba con Nathan Smith en el momento en que Nina encontró a Rosales muerta. Además, tanto Iván como Nathan habían estado con Paula más temprano, trabajando en la obra. Y ninguno perdió de vista al otro después de que Paula abandonara la sala para ir a su camerino. Esto los descarta a ambos como sospechosos. Ellos se habían quedado discutiendo la obra y más tarde escucharían los gritos de Nina. Por lo tanto, en teoría, ellos serían los últimos que vieron a Rosales con vida.

Aneth carraspeó y tomó un poco de agua de un vaso que tenía cerca.

—Por otro lado —continuó—, tenemos a Antonio Luque. Ahora entiendo lo que decía el jefe Goya con respecto a él: tiene el perfil perfecto para ser el culpable. Pero no tiene el fundamental. No estaba en la ciudad en el momento del crimen. Más temprano corroboré con las autoridades del puerto la presencia de Luque. Si pensáramos que pudo haber enviado a alguien para matar a Rosales, ¿a quién? Sabemos que Rosales dejó entrar al asesino. Ningún matón pudo haber entrado de la forma en que, aparentemente, entró el asesino. Eso nos deja con Federico Casas. Cierto es que su esposa, Viviana, había tenido un altercado con la víctima. Sin embargo, como mencionó el jefe Goya, el tacón azul no puede ser de ella. Y aunque por un momento consideramos que podrían haber conspirado los dos, ocurre lo mismo que con Luque. Corroboré la coartada de Casas. Sí estuvo con un grupo de amigos durante la tarde, hasta tarde en la noche. Y si le hacemos caso al informe, Viviana no pudo haber sido.

—Inspectora, no sé a dónde quiere llegar —interrumpió Márquez.

—Primero —dijo Aneth—, quiero que se pregunten lo siguiente. ¿Quién nos llevó a mí y al jefe Goya a investigar a Federico y Viviana Casas? Nina. ¿Quién nos llevó a investigar a Antonio Luque? Nina. Smith y Ruiz fueron los únicos que investigamos sin información de ella y a los dos ya los hemos descartado. Más preguntas. ¿De quién es el tacón azul, muy

probablemente? De Nina, quién por demás cojea del pie derecho, eso sí lo recuerdo. Créanme, si se te rompe el tacón mientras apoyas tu peso sobre él, te doblarás el tobillo y te va a doler. Por último, ¿quién fue la primera en ver a Rosales muerta? Nina también.

—Castillo —intervino Goya—, estoy de acuerdo en todo lo que dices, pero los señores aquí descartan que ella haya sido la culpable porque es mujer.

—¡Y ahí es donde todos se equivocan!

—¿Cómo? —exclamaron los cuatro, al unísono.

Aneth se detuvo un momento para retomar el aliento y ordenar sus ideas.

—Como sabemos —dijo finalmente—, Paula Rosales era huérfana y pasó una parte considerable de su infancia en un orfanato. Cuando, más tarde, los Rosales (quienes le dieron el apellido) la rescataron de la calle, también recibieron a un niño. En mis averiguaciones del día de hoy, he podido determinar que este mismo niño, pocos años mayor que ella, también estuvo con ella en el orfanato y hasta se les consideraba hermanos. Este niño fue objeto de burlas muchas veces porque le gustaba hacer las mismas cosas que a las niñas. Le gustaba maquillarse y fantasear con un príncipe azul. Le gustaba jugar a ser actor y actriz y le contagió su gusto a la pequeña Paula. Pero un día, el niño decidió escapar del orfanato y llevarse a Paula con él, después de vivir algo que los perturbó y cambió completamente, según el testimonio de empleados del orfanato. Lo que les sucedió nunca se supo, pero tomó lugar en un evento "privado", con miembros del clérigo y otros personajes con poder económico que financiaban el funcionamiento del orfanato. Este niño se llamaba Fernando y desapareció tiempo después de que los Rosales los rescataran a ambos de la calle. Por aquellos días, el orfanato sufrió unos daños que arruinaron completamente su estructura administrativa, lo que causó su posterior cierre. Los registros y documentos legales de los niños se perdieron. Es de pensar que los Rosales, que en algún momento gozaron de un gran privilegio económico, tenían muchos contactos en el área legal. La falta de documentos seguramente facilitó la adopción de los Rosales, suponiendo que se tenga a los abogados apropiados.

—Es cierto —intervino Sotomayor—. Por aquellos días el gobierno promulgó unas políticas excepcionales para ayudar a solventar la crisis de niños indigentes que vivió la capital después del cierre del orfanato.

—Exactamente —retomó Castillo—. Pero para entonces ya Fernando había desaparecido, por lo que nunca existió legalmente, ni tuvo el apellido de los señores. Cinco años después, encontramos a una adolescente Paula Rosales empezando su entrenamiento de actuación en un grupo vinculado al famoso actor Horacio Vitto, quien se encontraba saliendo de una mala racha provocada por acusaciones de pederastia. Se cree que las primeras acusaciones, las cuales fueron sin duda descartadas por increíbles, se remontaban hasta tres o cuatro años atrás. En este mismo grupo se hallaba otra adolescente que buscaba formarse en el teatro, Catrina González.

Aneth empezó a buscar en la pila de documentos. Los hombres la miraban a ella y se miraban entre sí con absoluta intriga.

—Cuando visité el apartamento de Rosales —dijo Castillo—, me llamó mucho la atención una gran cantidad de copias de documentos que guardaba en un armario, en su estudio. Buena parte de estos documentos están relacionados a una aseguradora, Seguros Única, que, como supe luego, estaba relacionada con la fundación para niños de la calle que Rosales había creado. Muchos de estos documentos son informes médicos de niños de la Fundación Familia. Lo que no sabía era que esta misma aseguradora tuvo otro nombre y otros dueños, varios años antes, cuando estaba vinculada al orfanato donde Rosales pasó parte de su infancia. Por entonces se llamaba Seguros Vital y era propiedad de la familia Vitto, la misma familia del actor. Entre los documentos, había unos que databan a algo más de cinco años atrás. Pero la fundación de Rosales empezó hace un poco más de un año, máximo dos, y

estos documentos no se referían a ella. Se referían a una persona llamada Fernando González. Los más viejos cubren el monto para tratamiento de hormonas. Y el último, una cirugía muy costosa de cambio de sexo. Buscando con más detenimiento, encontré documentos más viejos, con el nombre anterior de la compañía, relacionados a la misma persona.

Entonces, Aneth separó un documento de los otros y se los pasó a sus compañeros.

—Y mi sorpresa fue total cuando encontré esto. Una copia de un documento legal donde Horacio Vitto se declara como el representante legal y guardián de un tal Fernando González, de catorce años.

El silencio era total. Aneth volvió a tomar agua y sintió nervios, esperando la reacción de sus compañeros, pero estos no decían nada.

—Comparando —continuó ella— el informe del incendio ocurrido en la residencia de Horacio Vitto, y el ocurrido en el orfanato, las semejanzas son impresionantes. Algo me dice que Vitto formó parte del evento que tanto cambió a Paula y Fernando. Toda la evidencia que he revisado sugiere que Fernando González desapareció de la residencia de los Rosales, quizá de forma voluntaria, quizá por amenaza, para vivir en la calle y, para su desgracia, Vitto dio con él de alguna forma. No sabría decir si Fernando llegó a vivir con Vitto todo el tiempo, pero lo dudo. Sin embargo, lo que sí queda claro, por los documentos, es que le interesaba mantenerlo en perfecta salud para poder satisfacer sus propias perversiones con el pobre joven. Seguramente lo vestía, le pagaba una vivienda y alimentación, después de todo, era su protegido. Pero es de suponer que estos documentos legales no estaban en posesión de Fernando. De otra manera, Vitto no tendría como chantajearlo y hacerlo acceder a sus bajezas. Lo cual me lleva a pensar que, en primer lugar, de alguna manera Fernando pudo recuperarlos de las manos del actor; en segundo lugar, Rosales estaba al tanto de todo esto, pues los documentos estaban en su apartamento. El jefe Goya me habló de rumores que decían que el incendio fue producido por el mismo Vitto para desaparecer evidencia que lo vinculara con las acusaciones de pederastia, para luego desaparecer del mapa. Pero, tomando en cuenta todo esto, existe la posibilidad de que fuera Fernando quien, con total perspicacia e incapaz de tolerar la miseria de su situación, matara a Vitto y luego borrara cualquier rastro con el incendio, salvando únicamente los documentos legales que le daban existencia y que quizá le permitirían gozar de una retribución económica. Claro que para entonces ya había más que asumido una nueva identidad. Ya no era Fernando. Ahora era Catrina González.

Aneth podía percibir el desconcierto en los ojos de sus compañeros, en especial Goya y Sotomayor, quienes claramente encontraban a la actriz muy atractiva, pero ahora se hallaban en pugna con sus propios prejuicios. Y en verdad Nina era atractiva. El tratamiento de hormonas y la operación habían dado el toque final. Pero aún conservaba el vigor masculino. Rosales era el testimonio. Pero no le había sido fácil. Después de confirmar sus sospechas con los documentos que guardaba Paula Rosales, Aneth entendió a Nina, entendió su rabia, su desolación, aún peor que la de Rosales, porque, seguramente, si hubiera nacido con un cuerpo de mujer, sus compañeros no tendrían las caras que tienen ahora. Si hubiera nacido con cuerpo de mujer, seguro no hubiera tenido que pelearse tanto con otros niños, ni hubiera tenido que recibir los regaños de tantos adultos, cuando solo trataba de ser ella misma, ella con cuerpo de él.

—Nina tuvo que vivir toda su vida a la sombra de Paula —dijo Aneth—, aun cuando ella fue quien le hizo descubrir esa pasión. El talento y la hermosura de Paula eran completamente gratuitos. Eran dones con los que había nacido. Y sobre todo, había nacido mujer. Pero Nina tuvo que luchar y pelear, literalmente, por esas cosas, solo para encontrar que al final era Paula la que alcanzaba el éxito y no ella. Años y años soportando abusos, cuidando de ella y, a la vez, albergando una envidia secreta. Sus sentimientos encontrados hicieron una bomba de tiempo que explotó cuando Paula decidió volver a la obra, cuando ya el director Smith, como explicó el jefe Goya, preparaba a Nina para el rol principal. Esa tarde seguramente

nunca dejó el teatro, esperó pacientemente a que Paula entrara a su camerino. Ni siquiera se molestó en cambiarse. Tocó la puerta, entró, la observó mirándose al espejo como una diva y no lo soportó. Rompió el espejo del tocador y cuando ella volteó la comenzó a ahorcar con sus manos. Como Rosales se encontraba en buenas condiciones físicas, trató de zafarse, pero Nina la volvió a capturar por detrás, esta vez con sus brazos, y fue allí cuando el tacón derecho se rompió y ambas cayeron al piso, Rosales sobre Nina. Ahí le aplicó todas sus fuerzas, hasta que Paula exhaló el último aliento. Quizá Nina terminó más alterada de lo que esperaba y salió cuanto antes, olvidando el tacón azul roto. Entonces se cambió, salió, dio unas vueltas y volvió al teatro, saludando a Ruiz y al director, para luego montar la escena de descubrir el cadáver de Rosales.

Los hombres habían escuchado con atención y sorpresa todo el relato de Castillo. Lo último que se esperaban era semejante intervención, que produjo en ellos toda una variedad de emociones. Aunque todavía no decían nada, los cuatro estaban de acuerdo en que la hipótesis de Aneth era la más plausible y convincente de todas las que habían ido ensayando a lo largo de la investigación. Revisando los documentos que ella había separado se daban cuenta de que los hechos fundamentales sobre la historia de Nina eran ciertos. Ahora solo quedaba abrir una investigación formal en su contra, como presunta culpable del asesinato de Paula Rosales, lo cual significaba que tenían que ubicarla, ir por ella y detenerla. Mañana sería el estreno de la obra, quizá el momento que ella más había esperado en su vida. Aneth y Goya sabían que Nina no se perdería por nada del mundo ese momento, por lo que estaban seguros de que no escaparía.

—Muy bien, Aneth —dijo Goya—. Me has convencido. Pero si todo lo que has dicho es cierto, o al menos lo más importante, tenemos que escucharlo de ella misma. Tenemos que traerla, interrogarla formalmente, hacer que confiese. Solo así será un trabajo perfecto, un caso resuelto, limpio y pulcro.

—Está bien, jefe —replicó Aneth.

—Dime Goya. Ya basta de usted y de jefe. Me hace sentir más viejo de lo que ya soy.

—Está bien, Goya. Busquemos a Nina entonces.

## CAPÍTULO 23

La tarde comenzaba a caer. Durante el día, los vientos habían ido despejando el cielo, poco a poco. Cuando el sol comenzó a despedirse, tuvo a su disposición todo el lienzo celeste para pintar su adiós provisorio, colorido y melancólico. Aún no salía de escena cuando, del lado opuesto, la luna ya hacía su tímida aparición, a la vanguardia de un azul que se hacía cada vez más oscuro, hasta volverse negro. El sol se encargaba de crear un techo, acaso ilusorio, durante el día; pero la luna, por el contrario, insinuaba ese fondo infinito, fondo sin fondo, del espacio estelar. Pero en ese momento, ambos convivían, aunque a la distancia, creando un equilibrio precario, amplificando una frontera donde la noche y el día son simultáneos y crean la más amplia diversidad visual de las veinticuatro horas terrestres. En ese momento, hay una oscuridad más inquietante que la de la noche misma. No es una oscuridad por ausencia de luz, sino por presencia de una luz muy particular. Unas tardes, es una oscuridad que se asemeja al azul; otras, es una oscuridad parda. Pero, en todo caso, el efecto es el mismo: por un momento, las cosas pierden su esencia, su singularidad y parecieran fundirse en esa oscuridad, que no es la de la noche. Esta oculta toda la diversidad, borra todas las diferencias en una misma negrura. Pero la anterior mantiene el mínimo de diferencias, sin eliminar lo múltiple.

Ese es el momento por el que Catrina González vive cada día. Sus sueños más ambiciosos no serían posibles si no fuera por ese momento, por ese breve descanso de las diferencias y de las identidades. Quien vive en la desesperación, quien padece su miseria intolerable, jamás podría soñar con una vida larga si no hallara un alivio, así sea tan solo momentáneo, de sus incesantes golpes. Cada mañana, cuando se miraba al espejo, se felicitaba de lo lejos que había llegado. Solo ella sabía lo que le había costado. Y, sin embargo, el desasosiego no dejaba de merodear las profundidades de su alma. Entonces sentía la ponzoña de la insatisfacción, su veneno casi imperceptible, y enseguida tenía que tomar fuerzas y domar las turbulencias de su espíritu. Solo así podía continuar con su día, solo así podía convencerse de que sus sueños valían la pena y que eran posibles. ¿De qué puede ser capaz una persona para huir de la desesperación? De mucho, sin duda. Eso lo sabía ella muy bien. Acaso sea más preciso decir: de todo, se es capaz de todo. Hay cosas de las cuales no se pueden volver. Hay límites que, una vez transgredidos, desaparecen, borrando con ellos el espacio de legitimidad que indicaban. No se puede regresar a un lugar que ya no está allí, que ya no existe.

Claro, no siempre podía presenciar ese momento, el momento de la transformación vespertina, en que el día se convierte en noche. Pero entonces le bastaba saber que existía, que estaba sucediendo, aunque ella no estuviera ahí para verlo. Le bastaba con estar consciente, de saber la hora, dependiendo de la temporada, del mes, pero que en todo caso nunca era menor a las cinco de la tarde, y nunca mayor a las ocho de la noche. No importaba si estaba en un ensayo o en el tren subterráneo. Podía decirse a sí misma "es hora, está pasando", y con ello sentir el alivio y la justificación que necesitaba. Por mucho tiempo se tuvo que conformar con saber que ciertas cosas eran posibles, que pasaban, así no le pasaran a ella. Así fue por mucho tiempo su relación con Paula. Que ella fuera feliz, aunque Nina tuviera que vivir en la miseria. Que ella sepa lo que es el cielo, aunque la vida de Nina fuese un infierno. Que ella fuera la niña que Fernando no podía ser, la joven que Catrina aspiraba y, por último, la mujer con la vida que Nina soñaba, una vida de glamur, de viajes, de sesiones de fotos, de fama, de admiradores, de alfombras rojas, de festivales, de entrevistas, de rodajes. Que Paula estuviera en el *spotlight*, aunque el lugar de Nina estuviera muy lejos de él. Pero Paula nunca supo agradecerle todo lo que hizo por ella. Y lo único que Nina le había pedido era que se tomara un tiempo para organizar su vida, que se tomara un descanso de Prosopos, que le diera la oportunidad de tener el rol principal. Después de todo, ya ella era

conocida y ya tenía muchos otros proyectos esperando. Podía prescindir de *La máscara transparente*. Nunca le había pedido nada de corazón, solo esto. Pero ella tenía que creerse una diva, irreemplazable, tenía que querer tenerlo todo, como si no tuviera suficiente, no dejar nada para nadie. Si Paula, por quien había hecho tanto, no fue capaz de hacer eso por ella, entonces no podía esperar nada de nadie. Si no podía ser su aliada, entonces se convertía en un obstáculo.

Desde su ventana, Nina presencia la desaparición de ese instante que adora. Había apagado todas las luces de su apartamento para verlo cubrirse por ese manto, que en esta ocasión fue de azules y que ya empieza a oscurecerse. Piensa en la primera vez que sintió esto, cuando todavía no estaba en el orfanato y era una criatura de la calle, indeterminada, que algunos creían que era niño y otros niña, por su pelo, largo y sucio, y por su rostro de facciones delicadas. Recuerda cómo se escabullía a menudo en el Teatro Imperial, donde, por entonces, ensayaba todos los días un grupo de ballet clásico. Recuerda mirar a las bailarinas, como en un trance, hipnotizada por la gracia de sus movimientos. Recuerda verlas maquillarse y arreglarse. Hasta que un día, uno de los productores reparó en su presencia, y la hubieran sacado, sino fuera por una de ellas, la bailarina principal que al conmoverse por su rostro y su pelo largo, le pidió que la dejara quedarse. Esa fue la primera vez que alguien la trató con cariño. Al ver la curiosidad con que la veía, la mujer le limpió la cara y la maquilló, mientras le hablaba en un idioma que desconocía. Esa tarde, después de su ensayo, la bailarina la llevó a su cuarto de hotel para alimentarla, bañarla y darle una ropita más nueva. Mientras la desnudaba para meterla a la ducha, Nina notó su rostro de confusión cuando se dio cuenta de que era un niño. Por un momento, el rostro y la mirada de la bailarina, que hasta entonces había sido solo de compasión y de afecto, pareció de decepción y tristeza. Lo metió a la ducha y salió del baño. Mientras se bañaba, la criatura derramó amargas lágrimas porque pensaba que había hecho algo malo. Cuando salió, encontró a la bailarina sentada en la cama. El amor había vuelto a su expresión. La mujer la abrazó fuertemente, hablando en una voz suave y tierna, diciendo cosas que no podía entender. Fue entonces cuando la criatura reparó en la habitación: toda ella se encontraba bañada en esa luz tenue y extraña, propia de cuando ya se extingue la tarde; vagamente podía distinguir la cama de la mesa de noche, del armario; casi no podía distinguir a la mujer de sí. Todo simplemente se fundía en ese abrazo y en ese sentimiento cálido que producía. Entonces sintió que todo estaba bien. Al día siguiente, la mujer ya se iba a otro país. Dejó a Nina en las puertas del orfanato y la abandonó con lágrimas en los ojos.

El momento se ha ido. Hoy pudo ser testigo de él. Pudo disfrutarlo. Ahora, una noche muy despejada se instala. Una que otra estrella se hace visible, lo mismo que el cinturón de Orión y un punto rojo que se imagina debe ser Marte.

Nina prende una lámpara para iluminar parcialmente la sala del apartamento. Está preocupada. Sabe que los inspectores todavía no han resuelto el caso. Goya no había usado esas palabras textuales la noche anterior, pero por lo menos dio a entender que no estaban nada convencidos de arrestar a Antonio Luque o a Viviana Casas. Debió planearlo mejor, trabajar más profundamente en la incriminación. Con Vitto había sido mucho más fácil. Las circunstancias eran favorables, muy distintas a las presentes. La verdad es que nunca pensó que tendría que matar a Paula. Si le hubieran dicho hace un año que eso pasaría, no lo habría creído. Meses atrás, ya la cosa era distinta. Ella, que conoció a Paula casi toda su vida, sabía muy bien lo mucho que había cambiado en los últimos cinco años, cuando comenzó a hacerse famosa, cuando las llamadas de revistas y de productores comenzaron a rebosar, cuando se vio obligada a comenzar a rechazar propuestas. Esto, en parte, había sido beneficioso para ella, quien sacaba algún trabajo o algún papel gracias a esos rechazos. Claro, nunca como sustituta de Rosales, el papel para el cual hacía la audición. Pero algo era algo. Pero en los últimos meses, se había vuelto intolerable. Ya ni siquiera se molestaba en pretender que le

importaba su existencia y solo la buscaba cuando la necesitaba para algo. Ni siquiera se molestó en felicitarla por su cumpleaños, como una perfecta extraña, ella, que no había hecho más que defenderla y ayudarla durante toda su vida. Paula Rosales ya había muerto. Si no lo hubiera hecho ella, habría sido Iván, quien era incapaz de decirle no, incluso a sus juegos de asfixia erótica. Y si no era él, eran las drogas y el alcohol. Y si no eso, el mismo Luque, cuando se diera cuenta de que no dejaba de engañarlo. Era una bomba de tiempo, un auto sin frenos por una bajada peligrosa, un accidente esperando ocurrir. Ahora Nina piensa que quizá debió esperarla, o mejor dicho, esperar a que ella misma encontrara la muerte. A lo mejor ha cometido un error grave. Ahora se pregunta si acaso Paula guardaba documentos que podían revelar su identidad previa. Ella lo ha desaparecido todo. Para el mundo es, y siempre ha sido, Catrina González.

Un cansancio que parece milenario se asienta sobre Nina. El desasosiego se apodera de su alma. Siempre escapando de algo, siempre encubriendo un secreto, siempre acechada por algo. Quiere acabar con todo. Pero solo después de mañana, solo después del estreno, solo después de haberse parado en el medio del escenario, cerca del borde, y escuchar el estruendo de aplausos resonando en el Teatro Imperial, solo después de ver semejante audiencia de pie, aclamándola. Solo después de escuchar tras bastidores los aplausos y silbidos de la audiencia, pidiéndole que vuelva a salir, y de dejarse agasajar un poco más por su ovación. Únicamente después de que todo ello suceda, entonces que pase lo que tenga que pasar. Si la policía descubre que ella es la asesina, qué importa, con tal que haya tenido tiempo de vivir aquello, una o varias veces. Y si la hiel de la insatisfacción todavía la corroe por dentro, entonces que sea ella misma quien acabe con su propio sufrimiento, que sea ella misma quien asuma la soberanía de su vida al decretar el momento, el lugar y la forma de acabarla. Y entonces todo será silencio, quietud, paz.

Nina se sienta en un escritorio cerca del balcón. Prende su portátil y abre un archivo de texto. Escribe unas líneas y luego guarda el archivo en una carpeta con escritos similares, pero no lo cierra, en caso de que se le ocurra algo más que agregar. Luego abre una gaveta. De ella saca una pistola reluciente. La toma en su mano, siente su peso. Luego la pone sobre el escritorio, saca el cartucho de balas. Está completamente cargado. Lo vuelve a poner y desliza el cañón. Luego la deja sobre el escritorio y piensa que si nada de lo que quiere hacer funciona, este será su último recurso, la solución final. Luego se voltea y mira por el balcón. Observa la silueta de los grandes edificios que se ven al fondo. Toma una libreta y un lápiz, y empieza a dibujar esa silueta. Le provoca seguir dibujando pero está ansiosa. Es el estreno de mañana. Conoce el personaje y sus líneas a la perfección. Sabe que su interpretación es tan buena o mejor que la de Paula. ¿Pero qué tal si al público no le gusta? ¿Qué tal si la sombra de Paula se cierne con más saña sobre ella?

Entonces escucha que tocan a su puerta.

Nina no espera a nadie. Se extraña. Decide entonces mantenerse en silencio. Vuelven a tocar. Quizá sea algún vecino, mejor pretender que está dormida.

Vuelven a tocar a la puerta.

No sabe qué hacer. Se imagina lo peor. Maldice su suerte. Se pregunta por qué no se esperaron a mañana, por qué no le dieron esa oportunidad.

—Señorita Catrina González —grita la voz de una mujer mientras toca la puerta nuevamente.

Nina siente un nudo en la garganta. Se contiene. Sus ojos se llenan de lágrimas y estas empiezan a caer por sus mejillas. Se pregunta por qué. Siente una tristeza infinita y una opresión en su pecho. Maldice la vida, por injusta. Toma el lápiz y escribe algo debajo del dibujo que acababa de hacer.

—¿Está ahí, Nina? Somos los inspectores Castillo y Goya —grita la mujer, del otro lado.

Al parecer, después de todo, no tendrá la oportunidad con la que tanto soñaba. No se parará en el escenario ni mirara la sala llena, la audiencia de pie, no escuchará sus aplausos. Entonces reniega de todo y de todos y los manda al infierno en su pensamiento. Con una mano se limpia las lágrimas, se recompone. No se los va a hacer fácil. Respira profundo.

Vuelven a tocar a la puerta.

—¿Quién es? —grita, con voz fingida.

—Buenas noches, señorita González. Somos los inspectores Castillo y Goya —grita la voz de una mujer.

Sus sentidos se aguzan y la piel se le eriza. Toma la pistola y se levanta. Luego se acerca al pasillo de la entrada pero mantiene cierta distancia.

—Inspectores —dice—, qué pena, ya estaba en cama, dormida, no los puedo recibir ahora.

—Nina, necesitamos hablar con usted —dice Castillo—. Lo lamentamos, pero esto no puede esperar.

Nina ya sabe por qué no puede esperar. Su garganta se seca, el ritmo de los latidos de su corazón aumenta. Conservando la distancia se coloca de frente a la entrada. Toma la pistola con ambas manos y apunta hacia el centro de la puerta.

—Lo siento mucho, cariño —dice—. Pero mañana me espera un gran día. Y muy largo también, tengo que madrugar y necesito dormir. Mañana por la noche los puedo atender con mucho gusto.

Hay un silencio. Nina traga saliva, pero le parece que traga tierra. Todavía no pierde la esperanza de que le den tiempo hasta mañana en la noche.

—Nina —grita Goya—, sabemos que mató a Paula Rosales. Sabemos que usted y Fernando González son la misma persona.

El aire pareciera haber adquirido consistencia sólida. Nina puede escuchar sus propios latidos retumbando en todo su cuerpo. Carga la pistola y escucha dos clic del otro lado de la puerta.

Nina pensó en el abrazo de la bailarina, en las noches que durmió abrazando a la pequeña Paula para protegerla del frío de la ciudad. Por alguna razón, pensó en Goya y en la expresión de deleite en su rostro mientras le dedicaba su interpretación de *Lágrimas negras*.

Entonces abrió fuego, sin clemencia, sin perdón. Los disparos también llovieron desde el otro lado. Las ráfagas atravesaron desde ambos extremos la puerta de la entrada de su apartamento, acompañadas de un estruendo que resonó en todo el edificio e, incluso, en toda la cuadra.

El silencio que siguió solo podía compararse al silencio de un cementerio en una noche sin viento.

## CAPÍTULO 24

Aneth únicamente escucha un zumbido en sus oídos. El tiempo parece pasar lentamente. Su cabello tapa parte de su visión. Su espalda se apoya en la pared frente a la puerta del apartamento de González. Sus piernas, ligeramente flexionadas, tiemblan. Solo su brazo izquierdo permanece estirado, apuntando, también tembloroso. Puede ver el humo salir con parsimonia de la punta del cañón. Su corazón golpea con fuerza, un golpe opaco; su respiración entrecortada hace temblar su mandíbula. Advierte que su brazo derecho está flexionado y sangra, pero no siente dolor. Observa nuevamente la puerta. Son numerosos los agujeros de bala que la cubren y hasta le han arrancado pequeños trozos. Haces de luz se cuelan por los agujeros. No es mucho lo que alcanza a ver del otro lado, pero no ve a nadie.

Mira a su lado y ve a Goya en el suelo, aunque parte de su tronco, sus hombros y su cabeza se recuestan de la misma pared. Tiene la mirada perdida, apenas puede abrir los ojos, está cubierto de sangre. Mira más allá con una mirada horrorizada y ve a los oficiales de apoyo entrando por las escaleras. Aneth grita el apellido de su compañero, pero solo escucha un ruido enmudecido dentro de sí y termina de caer de rodillas para saber su estado. Tiene pulso, respira con dificultad. Ella grita pidiendo apoyo médico, unos oficiales llegan a socorrer a su compañero y también a ella, y otros más hacen entrada en el apartamento de González.

Cuando logra ponerse de pie con ayuda el dolor aparece de repente, punzante, en su brazo derecho, en el costado izquierdo de su abdomen y en el muslo del mismo lado. No se explica cómo puede mantenerse de pie o siquiera estar viva. Los oficiales tratan de obstruir el sangramiento que sufre el jefe Goya en su estómago y cerca de su hombro derecho. Él voltea a mirarla y levanta su mano mostrando el pulgar hacia arriba. Aneth experimenta un ligero alivio y asiente. Luego se da cuenta de que un oficial ha estado preguntándole algo y lo aparta con su brazo diciendo que está bien. Es entonces cuando decide entrar al apartamento de González.

Empieza a cruzar la entrada y al fondo ve unos oficiales de rodillas tratando de auxiliar a alguien. Le dan la espalda a Aneth y observan hacia el suelo. Cuando se acerca más los oficiales voltean y al advertir su presencia abren espacio para que ella observe también. En el suelo está Nina, ensangrentada, con varios impactos de bala en el cuerpo. Expulsa sangre por su boca y tiene espasmos musculares. Aneth la observa, pero no siente odio. Cuando Nina se percata que la inspectora está allí, una ligera sonrisa parece adornar su rostro. Entonces tartamudea, trata de decirle algo. Aneth se acerca.

—Parece... —decía Nina, tiritando— que me descubrieron... cariño.

Una gran contracción pareció poseerla y luego dejó de respirar. Ahí estaba, con los ojos abiertos, sin vida. Como también lo estuvo Paula. Aneth se preguntó qué sería de su vida si hubiera tenido que vivir las mismas cosas que Nina vivió. Habrá quien piense que se dejó corromper por el mundo, porque fue capaz de quitarle la vida a otra persona, una persona muy cercana a ella, además. Pero, luego, ¿no pudo también haberse convertido en alguien mucho peor, en un verdadero monstruo? Como aquellos capaces de practicar las torturas más terribles sobre sus víctimas, antes de matarlas. Quizá el pasado de las personas no pueda justificar sus acciones presentes. Quizá no pueda legitimarlas de manera definitiva. Pero al menos puede ayudar a comprenderlas, a darles un sentido. Y eso por lo menos nos ayuda a continuar con nuestras vidas.

Aneth le dio un vistazo a la sala. Cerca del balcón vio una portátil sobre un escritorio. El reflejo en la ventana le mostraba que estaba encendida. Se acercó y observó que un archivo de texto estaba abierto. Lo leyó. Luego vio, a un lado de la portátil, un cuaderno abierto con un dibujo. Tenía algo escrito:

*pobre alma en desconsuelo*

*que murió con una identidad perdida*
*y tuvo que convertirse en asesina*
*para contrarrestar los designios*
*de la naturaleza*

Luego Aneth se dirigió a la habitación de Nina. Encendió la luz, la cama se hallaba tendida. Encima vio un bolso tejido como el que Paula tenía sobre su cama. Ahora sabe que los hizo ella y que había aprendido a tejer junto a América. El closet estaba cerrado. Lo abrió. Sobre una pequeña hilera de pares de zapatos, vio un tacón azul solitario que correspondía al pie izquierdo. Entonces un par de paramédicos entraron a la habitación y asistieron a Aneth.

## CAPÍTULO 25

Al salir del edificio vio al jefe Goya sobre una camilla. Lo estaban introduciendo a una ambulancia, en la cual ahora ella entraba con ayuda de los paramédicos. En el camino, Goya la observaba con algo parecido a una sonrisa. A veces parecía quedarse dormido. Aneth entonces miraba preocupada al paramédico, pero este le decía que iba a estar bien.

Cuando llegaron a emergencias, sacaron de inmediato a Goya y lo llevaron directo a quirófano. Luego bajaron a Aneth y la sentaron en una silla de ruedas. Un enfermero la llevó a una sala general con muchas camillas, la mayoría ocupadas, y la ayudó a acostarse en una de ellas. Momentos después llegó un doctor a examinarla. Tenía una bala alojada en el brazo derecho. Otro disparo había rozado su mejilla derecha, causando un corte superficial. En la zona del abdomen, del costado izquierdo, otra disparo la había rozado, pero el corte en este caso era mucho más profundo. Lo mismo había ocurrido con su muslo. Lo primero que el médico hizo fue retirar la bala de su brazo, lo cual le causó un gran dolor, pero pudo aguantarlo. Tanto en el abdomen como en su muslo tuvo que aplicar puntos. Había tenido suerte. El impacto en su brazo, que era el más grave, requeriría rehabilitación, pero iba a quedar bien. Al dejarla, el doctor le recomendó que permaneciera acostada y descansara. Ella, pensando en el estado de su compañero, ya mayor, no pudo hacerle caso al doctor. Trató de entrar al quirófano pero no se lo permitieron, así que le tocó esperar en el pasillo, donde buscó un lugar para sentarse.

Pasó un tiempo que a Aneth le pareció una eternidad, cuando por fin salieron los doctores del quirófano y tras ellos, Goya en una camilla. Se acercó a los doctores para preguntar por el estado del señor, y estos, advirtiendo su cercanía, le notificaron que estaba fuera de peligro y que necesitaba descansar. Siguió entonces a los enfermeros que lo llevaron hasta una habitación, pero no la dejaron entrar. Así que, nuevamente, tuvo que esperar afuera. Poco después vio la figura de Sotomayor asomarse al final del pasillo, y tras él, una mujer joven que nunca había visto antes, o que al menos no reconocía. Sotomayor señaló en dirección de Aneth y luego se retiró. A medida que se acercaba la mujer, podía advertir que debía ser más o menos de su edad. Se acercó un poco más y pudo distinguir preocupación e indecisión en su rostro. Cuando llegó a la puerta de la habitación ya Aneth sabía que era la hija de Goya, Laura. Ella trató de mirar por la ventana, pero las cortinas estaban cerradas. No sabía qué hacer, o por lo menos eso le pareció a Aneth.

—Los doctores —dijo— me aseguraron que va a estar bien, pero que necesita descansar.

La mujer la miró, asintiendo con lentitud. Se llevaba una mano a la boca, como si quisiera decir algo, pero sin saber qué.

—Deberías aprovechar y entrar un momento ahorita —dijo Aneth—. No creo que nadie pase.

La mujer volvió a asentir. Respiró profundo y entró sigilosamente a la habitación. Aneth trató de imaginarse lo que podía estar sintiendo en ese momento Laura, pero estaba demasiado agotada y, en su lugar, recostó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Tuvo una breve ensoñación. La despertó el crujir del asiento a su lado. Era Laura. Aneth podía ver que estaba conmocionada. Ambas permanecieron en silencio un rato.

—¿Cómo lo viste? —dijo finalmente Aneth.

—Bien —respondió ella—. Está flaco y viejo.

Laura rió y se llevó las manos a los ojos y respiró profundo.

—Tu padre... —dijo luego— ¿Cómo le está sentando la edad?

—Técnicamente —respondió Aneth—, ya no le hace efecto.

Laura la miró extrañada.

—Está muerto —replicó Aneth.

—Dios mío, soy una tonta, lo siento mucho —dijo Laura, avergonzada—. Eso fue muy imprudente.

—Está bien, no tenías por qué saberlo —dijo Aneth.

Aneth se empezó a reír y Laura también.

—¿Lo extrañas? —le preguntó Laura.

—No te imaginas cuánto.

Laura asintió y otra vez parecía que iba a llorar. Estuvieron en silencio otro rato hasta que, finalmente, Laura se levantó.

—Gracias —le dijo.

Aneth la miró, asintiendo. Sin decir más, Laura se retiró. Cuando desapareció del pasillo, Aneth solo podía pensar en cuánto se alegraría Goya al enterarse de la breve visita de su hija. De pronto ni siquiera le creía.

En ese momento, una llamada llegaba al celular de Aneth. Era Vicente. Cerró los ojos y respiró profundo. Caminó por el pasillo y salió a las escaleras. Ya el celular no recibía ninguna llamada y entonces fue ella quien lo llamó. La llamada repicó una vez, dos veces y cuando ya iba a la tercera contestó un hombre.

—Hola... —dijo Aneth con una voz muy tímida— Tenemos que hablar...

# EPÍLOGO

"Taxis de mierda", pensó Goya, después de que uno se negara a llevarlo al centro. A estas horas de la madrugada todos pasan ocupados. Todos dejan los bares o discotecas para volver a sus casas o continuar la borrachera en otro lugar. Y con esta lluvia, mucho peor. Entre tantos bares cercanos a su casa, tenía que sugerir *El Templo de la Música*, el más lejano. Bueno, a fin de cuentas, había que celebrar el reencuentro con los compañeros de trabajo, después de tantos días de ausencia, de los cuales algunos los pasó inconsciente, otros recuperándose de los disparos recibidos en el caso Rosales, y muchos más en rehabilitación. Ciertamente no era la mejor idea visitar un bar acompañado de personas que iban a beber, a solo días de haber sido dado de alta. Pero así es la vida: te suelta pruebas que no esperas. Aneth se había aparecido en la oficina sin previo aviso, cuando todavía le quedaban unos días de permiso, y se mostró entusiasmada con la idea de salir con los compañeros. Algo que definitivamente no se esperaba. Y así era él: si no era capaz de pasearse por la boca del lobo y salir vivo para contarlo, no había trabajo de rehabilitación que valiera la pena. Por eso, a pesar del frío, la lluvia y los taxis de mierda, se siente bien por haber superado la prueba. En toda la noche no ha tocado una sola gota de alcohol. Claro, Aneth y Márquez le habían prometido que no le permitirían beber un solo trago. Solo palabras. Para el estado en que terminaron ambos, sobre todo Oliver, muy bien pudo haber bebido hasta la embriaguez también. Pero pudo controlarse. Se sentía particularmente fuerte de voluntad. Quizá porque existía la posibilidad de invitar a su hija a almorzar al día siguiente. Por fin había logrado hablar por teléfono con ella. Fue una llamada muy corta y su voz era fría. Tampoco había aceptado la invitación. Dijo que lo pensaría, pero para Goya eso era mucho más de lo que podía esperar. Estaba consciente de ello, y eso le daba una alegría que casi sentía como una bendición, porque le permitía valorar cualquier oportunidad de acercamiento, por más mínima que fuese. Pasa otro taxi. Nada.

En fin, todo sea con tal de volver a ver a su hija. Después que Castillo le contara sobre su corta visita, mientras él todavía estaba inconsciente en el hospital, sintió que las dudas con respecto a sí mismo se despejaban y que tenía la fuerza para al menos intentarlo y limpiarse. Claro, todo esto apenas empezaba. La rehabilitación no había sido nada fácil. Primero, porque era el más viejo del grupo, rodeado de niños que tenían más dinero que padres o alguna figura vagamente similar. Y entonces aparecía Camila, con sus preguntas que realmente no eran preguntas. "¿Y si hubiera sido adicto cuando todavía criaba a Laura?" Y, como siempre, tenía razón. Sin embargo, lo que realmente le parecía difícil, y con lo que todavía no terminaba de reconciliarse, era esa parte de resignarse, de rendirse ante algún tipo de poder superior. Ya era suficientemente duro aceptar que no tenía ningún tipo de control o poder sobre su adicción, que era débil, y que esa compulsión era la manifestación de esa misma debilidad y falta de control. Pero de ahí a aceptar que la adicción solo es superable mediante la ayuda de Dios, a quien rezamos porque haga desaparecer esas fallas en nuestro carácter que posibilitan nuestra adicción… eso era un paso muy grande. Además, le parecía paradójico reconocer la falta de control ante la adicción y, a la vez, esperar que otra fuerza sobre la cual tampoco tenemos control alguno la haga desaparecer mágicamente.

"Aleluya", dice Goya cuando por fin ve pasar un autobús. Al observar las personas y los rostros que le rodean siente un pequeño vértigo. ¿Cuántos años había desperdiciado sintiendo lástima de sí mismo, viviendo en el pasado, abandonado al delirio de los sentidos? Hacer lo correcto siempre es lo más difícil, vaya aliciente. Para incentivos nada como la muerte o, en su caso, una experiencia cercana a la muerte. A veces lo asaltan recuerdos fugaces de la noche en que él y Castillo se pararon frente a la puerta del apartamento de Catrina González y llamaron. Todavía recuerda el sonido metálico de la pistola cargándose al otro lado de la puerta y el frío que lo recorrió al sentir los impactos de bala en su cuerpo. Apenas alcanzó a

sacar su arma y, si acaso, disparar dos o tres veces. Pero lo hizo. El día que mataron a Pérez ni siquiera le dio tiempo de eso. Cuando vio a Aneth sacando su pistola, sintió que otra vez se encontraba en la pesadilla que lo asaltaba tantas noches. Solo trató de llevar a Castillo al suelo, pero entonces recibía los disparos y caía él. Recuerda cierto alivio cuando la vio de pie, con vida, pero también recuerda la inmensa tristeza cuando sintió que se iba sin poder ver a Laura por última vez. Después todo se vuelve borroso: luces, voces, sirenas y más luces. En algún momento soñó que el suceso se repetía, que volvía al apartamento de Nina. Y cuando sintió los disparos, despertó asustado. Por fortuna, Castillo estuvo ahí para calmarlo, para decirle que ya todo había pasado. Nina había muerto en el intercambio. Ella también había resultado herida, pero estaba bien. Sotomayor había dado una rueda de prensa y la noticia circulaba por todo el país. Sin embargo, casi nadie se interesaba en los inspectores a cargo, dijo ella. Goya le respondió que mejor se acostumbraba a eso. El público siempre es ingrato con la policía y, en parte, tenían razón. Es mejor así. Es mejor no alimentar el ego de los oficiales de la fuerza. Si no, se transforman en políticos y de eso ya tenemos suficiente. Goya se contenta de haber visto a Castillo animada, muchísimo mejor que esa última vez. Los días de descanso en Aborín le habían sentado bien, sin duda. Al parecer, pudo resolver lo que tenía que resolver. Ahora Goya revisa en los bolsillos de su saco. Todavía está ahí, envuelto en papel aluminio, un trozo de torta de zanahoria de la tía de Castillo. Lo saca y lo abre. Lo acerca un poco a su nariz y puede percibir un aroma muy agradable. Toma un trozo con sus dedos y lo lleva a la boca, imagina un bosque en un día soleado y fresco, imagina la sonrisa de una madre, el calor femenino. En verdad Castillo no exageraba al decir que era la mejor torta de zanahoria que iba a probar en su vida. Está increíblemente deliciosa. Y más ahora, en una madrugada fría y lluviosa, que le niega los paraísos artificiales de la droga y el alcohol. Ahora los dulces son una de las pocas colgadas que se puede permitir.

Goya se baja por fin en el centro. Todavía hay muchas personas en las calles. La lluvia se ha detenido, al menos por el momento. Comienza entonces a caminar hacia su edificio y, mientras sonríe, se pregunta cómo estará Márquez. Nunca lo había visto tan borracho. La verdad sea dicha, nunca lo había visto borracho para nada. Alguna vez lo habrá visto tomarse un par de cervezas, pero nada más. Qué va. Un hombre demasiado serio y estricto como para permitirse ese tipo de relajos. Su profesión lo exige, también. Pero ya que el mismo Goya no podía beber, Márquez iba a tener que hacerlo por dos o por uno y medio, al menos. Y él mismo se iba a encargar de eso. En parte, Oliver se lo había buscado. No paraba de quejarse del lugar, de los asistentes y sus edades, de la música y la edad de él mismo, del volumen, afortunadamente, él sabía cómo resolver la situación. Solo bastarían unos pocos *shots* de tequila inteligentemente distribuidos, y el resto lo podía hacer la cerveza. Quién hubiera visto a Oliver cuando dejó el bar, cantando, mientras él y Castillo cuidaban de que no cayera al piso.

Ahora Goya pasa frente al bar donde vio a Nina. La recuerda todavía cantando, sentada... ¿o sentado? Técnicamente, sentada, pero... Mejor dejar de pensar en ello. Y pensar que se sintió atraído hacia ella. Todavía Goya no sabe qué hacer con todo ello y solo recuerda el dolor y la soledad que se insinuaba en su canto. Goya se pregunta qué habrá en la tristeza que nos hipnotiza tanto, que nos engancha y hasta nos puede encadenar.

Por fin llega a su edificio. Después de pasar tantos días fuera, siente un cariño renovado por ese pequeño espacio que puede llamar suyo. Vaya que lo tiene descuidado. Apenas ha logrado disminuir un poco el desorden de su habitación. Quiere darle una buena limpiada a todo el lugar, pintar las paredes, botar unas cuantas cosas. Pero, en vez de ello, Goya se quita la ropa, se mete en la ducha y disfruta del agua caliente. Al salir, se tira sobre el colchón y su celular suena. Es Sotomayor.

—Sotomayor —le respondió—, son pasadas las cuatro de la mañana, ¿no puede vivir sin mí o qué?

—Goya —dijo el comandante—, lamento despertarte a estas horas, pero ha habido un incidente en un lugar que estoy seguro que conoces, el Templo de la Música.

—¡Eso fue rápido! —dijo Goya, riendo— ¿Llamó a Castillo? ¿Quién le dijo?

—¿Goya, de qué hablas? —replicó aquél.

—Del incidente. Tenía que ver lo borracho que estaba Márquez, no paraba de decir "no me empujen que yo me caigo solo" —Goya reía otra vez—. Sotomayor, yo sé que está molesto por no haber podido acompañarnos, pero no es motivo para llamarme a estas horas. Llegué hace poco, no he dormido nada.

—¿Estuvieron en el Templo? —preguntó Sotomayor con admonición— ¿A qué hora abandonaron el lugar?

—Hace dos horas, cuando mucho —respondió Goya, cambiando el tono de voz.

—Goya, el cuerpo de Pedro Celada ha sido encontrado sin vida en ese mismo lugar.

Goya exhaló, agotado. Le hubiera gustado dormir al menos un par de horas. Ahora, si acaso Laura acepta la invitación, quizá no pueda almorzar con ella.

—Voy en camino, Sotomayor.

# Mirada Obsesiva

## Prólogo

He leído que la relación entre el artista suizo Alberto Giacometti y el pensador francés Jean Paul Sartre convergen en el existencialismo, es decir, la necesidad de la construcción de un hombre nuevo. Sin duda esos aires pesimistas que dejó la segunda guerra mundial son sacudidos gracias al manifiesto Sartriano *Existencialismo y Humanismo*. Muchas vidas en Europa han quedado en la desolación y encuentran en el existencialismo una forma de recuperar la libertad, por medio de la propia responsabilidad inherente al ser humano. Así me siento, como una persona desolada que ha sido destruida por alguien que ha pretendido tener siempre todo bajo control, con una mirada fría y distante. Por eso pagará. Yo tomaré mi responsabilidad y haré que salde sus deudas. Les juro que voy a renacer hasta que pague toda mi desgracia. Estoy pensando en pequeñas cuotas de tortura psicológica. ¿Y por qué no una tortura física? No lo había contemplado, pero sería interesante. Sea lo que sea, lo haré para recuperar mi libertad mental.

La obsesión de la mirada, presente en la obra de Giacometti presenta una gran sed de vislumbrar aquella diferencia entre la vida y la muerte. Una vez el crítico de arte André Parinaud le preguntó a Giacometti*:*

*"¿Podría decirse, Giacometti, sin exagerar, que sus esculturas de cabezas tienen como único objetivo sostener la mirada, intentar comprenderla y circunscribirla?*

*—No pienso directamente en la mirada, sino en la propia forma del ojo… en la apariencia de la forma. Si captase la forma del ojo, el resultado sería algo que se parecería a la mirada. Sí, tal vez todo el arte consiste en conseguir situar la pupila… La mirada está hecha por el entorno del ojo. El ojo siempre tiene un aspecto frío y distante. Lo que determina el ojo es el contenedor. Pero la dificultad para expresar realmente ese "detalle" es la misma que hay para traducir, para comprender el conjunto. Si yo lo miro a usted de frente, me olvido del perfil. Si miro el perfil, me olvido de la cara. Todo se vuelve discontinuo. El hecho está ahí. Nunca consigo captar el conjunto. ¡Demasiadas etapas! ¡Demasiados niveles! El ser humano se vuelve complejo. Y, en ese sentido, ya no consigo aprehenderlo. El misterio se espesa sin cesar desde el primer día..."*

Yo también estoy obsesionado con la mirada y con los ojos como Giacometti. Por esta razón, voy a utilizar el símbolo que nos hermana para controlar su respiración, su movimiento, su angustia, su vida. Si alguien interfiere llevará el peso de esta lenta venganza y recibirá lo mismo si impide mi objetivo. Observar en silencio sin que nadie lo sepa es un poder único que ellos ignoran y que solo yo disfruto. Nadie estará a salvo mientras ellos estén atrapados en un constante juzgar. Sus vidas se convertirán en misteriosos desórdenes. Yo solo devuelvo la moneda. ¿Con quién empezaré?

## CAPÍTULO I: Síndrome de Stendhal

Ya son las cuatro y cuarto de la tarde, y antes de ir a su hogar, Valeria decide hacer una breve parada en el café preferido llamado "Giacometti" como homenaje al artista suizo y propiedad de uno de sus más queridos amigos. Entra al café y está casi lleno pues es temporada de lluvia. Hay un ambiente ameno que la hace inmediatamente olvidar los días pesados de trabajo. Ubica su paraguas cerca de la puerta, y se dirige a su pequeña mesa preferida, que tiene una ventana por la que visualiza un maravilloso parque. Observa que su mesa está agradablemente decorada con un nuevo mantel color blanco. Se sienta y llama a su amigo.

—¡Hola, Gianfranco! —exclama Valeria.

—¡*Signorina, dammi un momento*! —vocifera el hombre.

—Tómate tu tiempo —Ella claramente comprende lo que le ha dicho y como su amigo ha hablado en italiano, recuerda con pena que no ha podido retomar sus estudios en la nueva lengua que él le ha inspirado. Mientras tanto, Gianfranco le da instrucciones al mesero a quien le delega ciertas tareas para ocuparse de su amiga que acaba de llegar.

—¿Cómo has estado? ¡Pero qué tonto soy! No debo preguntar, ¡estás hermosa! —Sonríe Valeria ante el simpático comentario.

—Han pasado tantas cosas en la oficina que me ha dejado tan agotada que no pude repasar mi lección de italiano en mi hora de almuerzo.

—A tus veinticinco años no deberías permitir el agotamiento, además, no te preocupes, todo a su ritmo, los idiomas se van apropiando de manera natural sin presiones ni afanes… *tranquillità* —expresa Gianfranco en tono paterno.

—Con tu afabilidad, créeme que ya no me siento tan extenuada. A propósito del tema, ¿qué has sabido de tus parientes lejanos en Italia?

La simple y normal pregunta le ocasiona a Gianfranco un evidente dolor, la alegría que lo caracteriza se ve interrumpida por una tristeza visiblemente enconada. Esta incómodo por la pregunta, pero con rapidez disfraza su melancolía.

—Pues la verdad, nuestra comunicación no es muy fluida. Hace un par de meses recibí un correo de mi primo, pero eso es todo.

El hombre le contesta de una manera bastante escueta. Valeria infiere que no ha sido un buen momento para preguntar; sin embargo, hubiera preferido escuchar más detalles. De manera improvisada, Gianfranco realiza una charla cotidiana sobre la construcción de algunas ampliaciones que se harán en el parque. Sin duda es un tema un tanto aburrido para Valeria, pero necesario para saber las últimas novedades del barrio. Conversan un poco sobre el tema. Igual, Valeria observa que Gianfranco está desencajado. El hombre italiano le da la espalda para preparar el café. Ella sabe que todavía no se ha recuperado por la pregunta algo "indiscreta", aún más, cuando se trata de temas familiares. A pesar del mal momento, igual existe un cálido ambiente entre ellos dos. Él le prepara a Valeria su café preferido: *macchiato*.

—¡Toma *Signorina*, esto te quitará el cansancio! —verbaliza efusivamente como buen italiano y su semblante ya parece estar recuperándose.

Se retira Gianfranco por un momento para atender nuevos clientes. Mientras él se retira, la joven se da cuenta de que la mesa está bellamente decorada con un jarroncito de flores frescas que la hace distinguir de las demás. Sabe que las ha puesto Gianfranco, porque conoce que sus flores favoritas son las de lavanda. Contempla las flores y ubica una servilleta paralela a la tacita de café, toma las galletas de cereza ubicándolas de forma lineal en su plato y las consume con cuidado para evitar manchar el mantel. Mientras toma su café, se queda observando algunos afiches del artista Giacometti. Hay fotografías de esculturas, trazos y dibujos de figuras humanas solitarias, con apariencia nerviosa, transmitiendo

soledad y aislamiento. También a mano izquierda se encuentran algunas obras realizadas por Gianfranco. El viejo vuelve a la mesa y Valeria aprovecha la ocasión para preguntarle:

—Gianfranco, sabía que los afiches que decoran tu café son del artista suizo Giacometti, pero nunca te he preguntado qué significan para ti estas obras —expresa Valeria con cierta curiosidad.

—Claro, te contesto: de acuerdo a Jean Paul Sartre, quien escribió un ensayo sobre las esculturas de Alberto Giacometti, el artista estaba obsesionado con el vacío. La obra del artista traduce los conceptos de soledad, aislamiento e insustancialidad. Estos últimos componentes perfilaron su vida. Cuando era muy joven, fui estudiante de arte y como sabes, trabajé en ello. Como no soportaba la academia, decidí tomar cursos libres en Florencia. Fue una época en la que estaba rodeado de artistas, filósofos y escritores. Conocí mucha gente, pero igual, me sentía bastante solo. En aquel entonces, procuraba visitar cuanta exposición surgía en cada galería o museo. De todas las obras que visité la que más me sorprendió fue la obra de Alberto Giacometti. Tanto fue la impresión de sus exposiciones que pensé que había adquirido el "síndrome de Stendhal"

—¿Síndrome de Stendal? ¡Jamás la había escuchado! —comenta atentamente Valeria.

—También le denominan "síndrome de Florencia". Son sensaciones extremas provocadas por obras de bellas artes. El nombre de este síndrome fue otorgado por el escritor francés Henri Beyle, bajo el seudónimo Stendhal. Todo se originó cuando el escritor realizó un viaje a Florencia. Lo que experimentó en aquella bella ciudad lo plasmó en un escrito, describiendo que le latía tan fuerte el corazón que sentía que se iba a caer de la impresión. Esto les ha ocurrido a personas que son sumamente sensibles. Incluso a mí me pasó con la obra de Giacometti. Sentía que se exacerbaban todos mis sentidos y prácticamente lo convertí en una enfermedad psicosomática que me duró varias semanas. Sentía mareos y vértigos. No sé si atribuir aquella intensidad de sentimientos a la soledad que me caracteriza desde muy joven. Como sabes Valeria, tengo una vida solitaria, aunque a mis sesenta y tantos años hasta ahora no me he quejado de ella, hasta el momento. ¡Ah! lo olvidaba, igual Giacometti se casó después de un buen largo tiempo, así que, entonces, tal vez en mi caso, tenga todavía alguna esperanza. —Termina la explicación con una gran carcajada.

El hombre maduro se retira para atender a un cliente, en tanto que Valeria permanece pensativa debido a la profunda explicación de Gianfranco. Su amigo está abriendo una ventana de su pasado. Él casi no habla de ello, pero Valeria siente orgullo, pues le ha compartido algo tan íntimo como las profundidades emocionales. Así mismo, reflexiona que ambos comparten un común denominador: la de no tener familia, conjugado con la tendencia a la soledad que comparten y a la que diariamente le hacen trampa frecuentándose en el café. A pesar de que Gianfranco solo le ha contado un trozo bastante importante de su vida, Valeria está orgullosa por la confianza que le están entregando. Sin embargo, le genera inquietud, lo que ella le ha preguntado, quizás inconscientemente, ella tiene un deseo de expresión de hablar sobre su propia familia y comentar por qué ella está tan alejada. En su interior, tiene un deseo ferviente de sanar las relaciones con sus padres, incluso realizar una sanación que incluya todos los ancestros. Por otro lado, Valeria ha consolidado una excelente reputación profesional, pero detrás de esta apariencia, hay dolores familiares, por eso entiende y se acerca a Gianfranco. Comprende la pregunta evadida, y el súbito cambio de tema acerca de su familia, remplazado por un banal tema urbano. Es muy difícil hablar de la familia más aún si se tiene un mar de secretos. Su reflexión se extiende, mientras toma otro sorbo de café. Las gotas de lluvia caen sobre la ventana, y la meditación se hace más existencialista. Se cuestiona repetitivamente si debía preguntarle a su amigo o guardar un poco más de prudencia. Además, está avergonzada ya que se imagina si a ella le hubieran hecho esa pregunta en el trabajo. Se lamenta haberlo hecho en un momento inapropiado y lo

peor en su espacio laboral. La culpabilidad, una profunda ansiedad y un cansancio mental de su propio hermetismo caracterizan el momento reflexivo. Piensa que está aburrida de responderle a todo el mundo con monosílabos, cuando le pregunta por su familia, sin embargo, toma la decisión de acabar con su introspección de una manera paulatina. Toma la decisión de hablar con Gianfranco, pero debe buscar un tiempo adecuado para conversar acerca de la necesidad de expresar y compartir aquellos momentos que ambos tanto protegen. Para Valeria, Gianfranco se ha convertido en una persona bastante importante y se ha dado cuenta de que él merece toda su confianza. Ella se sorprende de su monologo mental y las conclusiones a las que ha llegado, ya que quiere proponer abrir las puertas de un pasado que lastima. Su naturaleza reservada le ha limitado tener amigos y quiere acabar con esa actitud. Sabe que la soledad la está perturbando, debido a la reserva en la que se mantiene, así que decide encontrar el momento para que ambos se sinceren de ese pasado doloroso familiar. Valeria ha leído el desconsuelo familiar en la expresión facial de Gianfranco, pues lo ha dicho todo. Ella quiere ayudarlo, y compartir que callar puede tener un desenlace en una enfermedad física. La joven rememora una y otra vez la cara de sufrimiento de su viejo amigo, e intuye que debe ser lo bastante serio para nunca hablar del tema, ya que no es la primera vez que ella intenta indagar un poco más de él. Ella insiste en su reflexión con la retención de las palabras, que, a su modo de ver, resumen la conversación con Gianfranco: "vacío y aislamiento". Términos que la hacen sentir aludida, relacionados a su hogar representado en la ausencia de objetos y el obsesivo control de ellos. Concluye que, gracias a la explicación de las obras de arte que decora el café, se ha develado una afinidad jamás antes contemplada entre ellos. Se toma el último sorbo de café. Mira su reloj y se da cuenta de que en diez minutos serán las cinco de la tarde, pues es tiempo de llegar a casa, como sinónimo de refugio de calma. Ella sabe que es el único lugar que puede ejercer control absoluto de su existencia. Se despide de Gianfranco y él le recomienda escuchar la canción *La pioggia* de Gigliola Cinquetti para sus lecciones de italiano, pues más no podría ser más precisa por los días lluviosos. Agradeciéndole el buen momento, se abrazan cordialmente y Valeria le explica que debe marcharse ya que debe recibir en la noche a los técnicos para la instalación de televisión digital. Toma su paraguas y se marcha.

Gianfranco, por su parte, se retira al baño para liberar todas las lágrimas contenidas y ocasionadas por la simple pregunta. Se encierra en el baño del café y siente punzadas intermitentes en su corazón. La angustia aprisionada en su pecho lo domina. Se da cuenta de que todavía no ha sanado su doloroso pasado familiar. Ha sido tal el impacto de la pregunta de Valeria que hace que se siente en el piso del baño tratando de contener su llanto en una toalla que toma del mueble. Las imágenes de su única esposa e hijo en Italia inundan su cabeza. Son imágenes de absoluta felicidad que en cuestión de segundos se transforma en vacío y soledad. Infiere que la intención de Valeria, es tratar de ayudarlo, pues las emociones reprimidas están saliendo a flote. Su depresión ha durado por muchos años, por lo tanto, se sorprende en la situación que se encuentra llorando como un niño encerrado, entonces, lo niega con furia, y se repite a sí mismo, que no es posible reaccionar así. Se lava la cara, se mira en el espejo y se llena de fuerza pues la vida debe continuar. En cuestión de segundos sale del baño y su cara se ha transformado: saluda con una gran sonrisa a un cliente que lee un libro y él le corresponde el saludo.

A las cinco de la tarde, Valeria llega a su departamento de estilo minimalista y luminoso gracias a las cuatro paredes blancas y al ventanal con una gran vista a innumerables departamentos. Su hogar está decorado con contadas pertenencias: una cama, un sofá, una mesa, un escritorio, una biblioteca y una pequeña cocina. El departamento prácticamente parece un cubo, ya que todas las superficies están limpias y desocupadas. A mano izquierda, se encuentra un balcón con un diminuto jardín que ella misma se ha

esmerado en mantener. A mano derecha, está una gran biblioteca de roble, con una gran colección de música, películas y nuevos libros de aprendizaje de italiano. En cuanto al piso, está hecho de madera clara y en un estado impecable, que ella misma intenta brillar a menudo. Deja las llaves en la mesita de la entrada y advierte que su diploma, recibido el año pasado, está algo torcido, y entonces lo endereza. Sin lugar a dudas, ella disfruta el alineamiento que acaba de realizar. Se desplaza hasta la cocina, para verificar las labores que quiere llevar a cabo. Allí tiene un calendario donde escribe con estricta programación las labores hogareñas. Esta práctica la lleva realizando los últimos años. Como es lunes, revisa en el calendario lo que debe cumplir: trabajo en el jardín y estudio de italiano. Luego se pone cómoda, con un pantalón de algodón y una camiseta blanca para recoger las hojas que se han caído en su diminuto jardín, en ese que mantiene a la perfección: un pequeño bonsái, una matera de forma rectangular con flores, dos plantas de fresas y tres árboles ornamentales de naranjos. Cuando toma la pequeña pala para remover la tierra, recuerda al compañero francés con quien compartió un curso de mantenimiento de jardinería interior. Él le había dicho que tenía *main-verte*, expresión francesa para referir que se tiene buena mano con las plantas. Y debe ser cierto, ya que las hojas de sus plantas han permanecido verdes. Este recuerdo le refuerza la convicción de cuidar de su jardín con las herramientas indispensables que ha procurado comprar semanalmente. Se pone sus lentes y poda el bonsái con meticulosidad. Luego aplica el fertilizante que debe poner a la tierra para recuperar los nutrientes del árbol. Finaliza la rutina hogareña limpiando el jardín. Después de esta actividad, toma un baño rápido. Al cabo de quince minutos recibe a los técnicos de la instalación y un par de hombres comienzan su trabajo en la sección del balcón, mientras que otro taladra la pared para introducir la fibra óptica. Después de cinco minutos, un par de técnicos entran con las botas embarradas ya que no ha parado de llover desde hace cinco días. Las pulsiones de orden en Valeria comienzan a traducirse en un tensional nerviosismo. Se lamenta de no haber comprado un plástico para proteger su recién instalado piso. Se dirige a la cocina para buscar algunos periódicos para intentar proteger el piso, abre el mueble donde guarda los productos de aseo y no encuentra ni una sola hoja. En su ingenuidad, pensó que los hombres serían cuidadosos al caminar por el paso obligado de la sala. La joven observa cómo entran y salen. No aguanta más y decide detener en la entrada de la casa al jefe de los técnicos:

—Por favor, ¿es posible limpiar sus botas antes de entrar al recién piso instalado? —expresa Valeria con cierta molestia.

—Señorita, en tiempos de lluvia es difícil que su piso permanezca limpio. ¿No cree usted? —El hombre se ríe con desparpajo.

—Tiene razón, pero pido que sean más cuidadosos.

—Disculpe señorita, pero es su culpa por no dejarnos una protección. Además, vinimos a instalar su televisión, no a cuidar su piso —responde el hombre arrodillado con cierta rudeza mientras corta cables.

Valeria queda muda pues en el fondo el técnico tiene en parte la razón, pero es inevitable para ella ver como personas ajenas le ensucian su casa, claramente sin intención alguna. Estas normales acciones le generan un profundo disgusto al punto de darle mucha rabia pues no soporta ver como su recién instalado piso de madera clara esté sufriendo rayaduras. Al terminar, los hombres le explican cómo utilizar su nueva instalación de televisión digital. Ella los escucha visiblemente molesta por el desorden causado. Para Valeria, actos tan banales y urbanos, como instalaciones que dejan pequeños trozos de cables, polvo y aserrín, desencadenan en ella estados inquietantes. Cuando se van los trabajadores, la joven se apresura a limpiar lo que ha dejado la instalación. Limpia de una manera casi angustiosa. Repite la lamentación varias veces por cada imperfecto que encuentra en la madera. Cuando termina de encerar el piso, observa que algo se ha podido

recuperar, y así, su molestia disminuye. No obstante, decide enviar por correo electrónico una queja a la compañía de televisión digital y señalar lo ocurrido. Descansa mentalmente después de haber escrito la queja. Se va a la cama a estudiar las lecciones de italiano por dos horas. Finalmente, decide ir a dormir. Minutos antes de quedarse dormida, se cuestiona si se ha exacerbado en su reclamo escrito.

## CAPÍTULO II: Sección E

Valeria envía los archivos de programas financieros de su computador a las carpetas digitales y a la impresora central de la oficina. Se levanta de su escritorio y se dirige a la sección de fotocopiadora para sacar tres paquetes de informes para la junta directiva programada para el día siguiente. Mientras los clasifica, un colega se queda observándola y se acerca para despedirse amablemente. Conversan un buen rato sobre nuevas aplicaciones administrativas para ser descargadas en sus teléfonos inteligentes. El compañero, aprovechando la instancia, le dice de manera cortés, que le ha quedado estupendo el nuevo traje que ha estrenado. Valeria interpreta lo que ha escuchado como una pequeña dosis de flirteo, sin hacerla sentir incómoda. La joven camina con donaire por el pasillo, pues irradia seguridad y sencillez. Por otro lado, un par de compañeras se dan cuenta del ligero coqueteo y admiten que es bastante atractiva e inteligente. Valeria se da cuenta de las miradas de aquellas dos chicas, y nuevamente se concentra en su tarea final de grapar los documentos. Mientras se apaga el computador, ella aprovecha el instante para terminar de organizar su escritorio: separa alfabéticamente lo impreso con clips de colores y lo guarda en el contenedor de la gaveta para la reunión programada a las diez de la mañana. Como le gusta la organización en todo sentido de la palabra, ubica el lapicero a la izquierda, centra su silla y se da cuenta ligeramente de que diminutos papeles yacen en la alfombra. Toma el teléfono y pregunta a la sección de aseo si está disponible una aspiradora manual y le responden que puede ir a tomarla. Va a recogerla y regresa a su puesto de trabajo. Se inclina con sumo cuidado para no arrugar los pliegues de su falda, aspirando con minuciosidad. Este banal acto desata risillas ahogadas en un pequeño grupo de compañeros. Valeria se da cuenta de la imprudencia, pero la ignora. Termina la organización de su oficina y se coloca su abrigo. De repente, su jefe entra a la oficina:

—Valeria, ¡qué bueno que te alcanzo! Quiero felicitarte antes de que te vayas —anuncia el jefe, en voz alta.

—¿A qué se refiere? —pregunta Valeria algo intrigada.

—He revisado las estadísticas de productividad y tu eficacia en los resultados trimestrales supera los rendimientos del último año.

—Sinceramente me sorprende lo que usted dice —expresa Valeria con modestia.

—No te sorprendas. Es producto de tu perseverancia, que se traduce en resultados concretos. En consideración a tu excelente desempeño, hemos decidido en la directiva que ese logro se reflejará en bonos extras a final de mes.

Ella le agradece y sale tranquilamente de la oficina. Sin embargo, se da cuenta de que la envidia se intensifica en algunos compañeros, pues han escuchado la retroalimentación mensual. Valeria sabe que se acrecentarán rumores de pasillos centrados en su mente estructurada y su productividad laboral. Sin embargo, otro grupo de compañeros la detienen en la puerta de la oficina y la felicitan:

—¡Muy bien Valeria, te lo mereces después de tanto esfuerzo!

—¡Muchas gracias compañeros! —De manera grata, Valeria se sonroja ligeramente.

—¿Te diste cuenta de las caras del grupo de la sección E?

—¿Sección E? —pregunta intrigada Valeria.

—Sí. Sección E, por E de envidia —aseguran todos al unísono—. Tú sabes que aquí se debe hablar en clave para no decir sus nombres. Es notorio que te envidian, pero igual se entiende por el porcentaje que recibirás en tu bono, que es muy difícil de alcanzar. Además, el jefe prácticamente lo vociferó: nosotros lo escuchamos con la puerta cerrada. Creemos que lo hizo intencionalmente. Estamos seguros de que nos quiere dar un mensaje para generar comentarios en la oficina, sobre todo con lo que más se discute: el tema de los sueldos.

—¿Ustedes creen? —responde Valeria amigablemente para evitar malas interpretaciones.

Valeria siente que ha hecho bien en responder de manera prudente a los últimos comentarios relacionados a la suscitación de envidia por el bono extra sobre su sueldo. Sabe que es una considerable suma. Igual ella empatiza por unos cuantos segundos con sus compañeros de la "sección E", pues ella lo interpreta como frustración disfrazada de envidia. Prosigue el grupo de compañeros:

—¿Por qué se rieron de ti antes de la noticia de tu bono? —Insisten curiosamente los colegas.

—Bueno muchachos creo que es suficiente por hoy, tengo que irme, ¡que tengan una buena tarde! —responde con reservas ya que prefiere no realizar ningún comentario acerca del incidente.

Sus compañeros ya conocen muy bien el hermetismo de Valeria y luego se despiden. Valeria piensa que a veces reservarse es conveniente para evitar que un simple comentario pueda desatar la peor de las guerras, cuando de ambientes laborales se trata. No obstante, recuerda los eventos paradójicos del día: la felicitación por ser buena trabajadora y las ridículas risillas de un par de compañeros. Analiza el último momento, en el que utiliza la aspiradora manual, y sabe que a algunas personas les molesta el orden extremo. Al mismo tiempo, no le importa; al contrario, crece en ella un sentimiento de seguridad interior y prefiere recordar las felicitaciones que acaban de darle sus compañeros.

## CAPÍTULO III: Teoría del 99 %

Es un nuevo día y Valeria se despierta a las siete de la mañana. Se pone sus zapatillas de *jogging*, su ropa deportiva *dry fit* y guarda un pequeño cronómetro en su bolsillo. Al salir, se dirige a un bello parque con árboles frondosos que está contiguo a su departamento. Se hidrata previamente, realiza sus ejercicios de calentamiento y luego se dispone a dar varias vueltas al parque, con el tiempo que ha programado con el cronómetro. Regresa a su departamento y en treinta minutos se organiza: toma su baño, se viste y elige un precioso vestido bastante *chic*, ya que deberá realizar una presentación en la junta directiva. Los siguientes cuarenta y cinco minutos los emplea para desayunar y leer el periódico. Luego, prepara un desayuno bastante ligero: fresas con un trozo de melón porque ha decidido estar bajo una rigurosa dieta. Una vez lista, se dispone para ir hacia el trabajo en quince minutos. Camina sin premura ya que todas sus acciones están cumplidas. No le gustan los afanes ni las improvisaciones. Como todos los días, llega a la oficina puntualmente a las diez de la mañana.

Valeria conecta el computador al proyector mientras que un compañero apaga las luces para la correcta visualización de las diapositivas. Comienza la exposición que ella ha preparado el día anterior; sin embargo, a medida que habla, se percata de las miradas e intentan desconcentrarla. Igual, ella retoma su argumentación con tal seriedad y profesionalismo que las sustenta con fluidez y cierra el evento con una sesión de preguntas. La exposición de Valeria ha provocado un cálido aplauso. Todos se retiran del salón y el jefe nuevamente la felicita en voz alta. Aquellas apreciaciones están al límite de la adulación y posiblemente le traerá nuevamente resquemores en la oficina, aunque por diplomacia, le agradece. Recoge su computador y se da cuenta de que en los pasillos están reunidos varios compañeros que quieren saber detalles ocurridos en la reunión.

—Valeria ahora entendemos todo. Ya sabemos por qué te aplaudieron, fue por tu vestido vaporoso que te has puesto, ¡te encuentras preciosa!

—¡Ustedes tan bromistas como siempre! —responde Valeria con gracia.

—Es evidente que te ha ido bien. Es tu semana de la suerte. Vimos a la junta directiva saliendo bastante satisfechos con el informe que has presentado.

—Muchachos, no considero que esto se deba a la "suerte". Realizar este informe me tomó mucho tiempo de preparación.

—Claro Valeria, lo sabemos, hemos dicho "semana de la suerte" porque sin lugar a dudas tu biorritmo debe estar alto en la parte intelectual, recuerda que ayer te felicitaron y hoy nuevamente. ¿Sabes? Los aplausos se escucharon por toda la oficina. Y queríamos comentarte que ignores al grupo de la sección E. Los celos profesionales proliferan.

Valeria analiza detenidamente lo que ha escuchado. De la conversación percibe la buena intención del grupo que se le ha acercado. Sin embargo, siente que su presencia laboral está causando revuelo con una mezcla de admiración, envidia e incluso protección, por lo que les presenta a sus compañeros, en un tono bastante amable, lo que ha sido la filosofía que le ha permitido ser pragmática en la vida:

—Tengo una teoría del 99 %.

—¿De qué trata? —preguntan con real interés en el tema.

—El 99 % de la humanidad reacciona así ante mi presencia: A un 33 % le caeré bien, al otro 33 % le caeré mal, y al restante 33 % le seré indiferente.

—Por supuesto, te encuentras en el porcentaje de percepción negativa. ¡Tú les caes pésimo! —Ríen animadamente por la deducción de la teoría.

—Exacto —responde Valeria de forma contundente —. Considero que uno debe ser práctico. No significa que no me haga respetar. Si se sobrepasan, pondré límites. Ustedes me conocen y me caracterizo por ser disciplinada. Por todo lo que haga seré criticada y si no

hiciera nada también ocurrirá lo mismo. Entonces, ¿qué más da? Por lo tanto, muchachos no me cuenten más detalles sobre los "compañeros de la sección E". Es evidente que no les caigo para nada bien, pero no guardo nada negativo contra ellos. No me caen mal, solo pretendo que esto se desarrolle fluidamente —añade Valeria con firmeza.

—De acuerdo. No nos sorprende tu franqueza, pero tienes razón, no te comentaremos nada al respecto, solo queríamos protegerte. En cambio, a nosotros nos caen muy mal y cualquier cosa que nos hagan nos defenderemos. ¿No es verdad muchachos? —Los colegas asienten con la cabeza.

—De todos modos, les agradezco que quieran advertirme. Bueno, los dejo, tengo mucho trabajo por hacer.

Se despiden y cada uno se va al lugar de trabajo. Valeria organiza su escritorio y mientras inicia la sesión del trabajo, piensa en todo lo que ha ocurrido. Tanta felicitación le está trayendo problemas en el ambiente laboral y considera que debe buscar un adecuado momento para dialogar con su jefe y encontrar soluciones hacia el camino de la prudencia. Para ella, los últimos eventos, se están convirtiendo en un tema discutible. Después de sus momentos reflexivos, se entrega al trabajo represado. No obstante, el tiempo transcurre muy rápido y sorpresivamente ya ha acabado el día laboral. Mientras prepara su cartera, recibe un mensaje de texto de una amiga cercana que le confirma que irá a su departamento en la noche para ver una película. Es martes y para ella es sinónimo de ocio programado. Quiere realizar algo divertido antes de la mitad de la semana, puede reactivarla energéticamente. Valeria está contenta porque compartir con su amiga no puede ser más oportuno después del día tan ajetreado que ha tenido. Al salir de la oficina, pasa por el café de Gianfranco. Él la recibe con efusividad. Toman juntos un café ya que él ha decidido hacer un pequeño descanso. Valeria saca su agenda y le lee una serie de preguntas sobre la lengua italiana a nivel fonético. Él le responde todas las dudas y le dice que debe escuchar a su cantante preferida de los años setenta, Gigliola Cinquetti, quien interpreta la canción *Alle porte del sole*. Le sugiere que practique y escuche repetidamente la canción hasta que se apropie de los sonidos resultantes entre la consonante C y las vocales I y E. Termina la sesión de estudio y Valeria le expresa lo feliz que está por avanzar en sus clases:

—Aprecio el tiempo que te tomas para compartir tu cultura conmigo; hoy he avanzado muchísimo.

—Al contrario, yo te agradezco. Con estos estudios, me permite una cercanía con mi patria y quién mejor que tú "heredes" mi bagaje cultural. Me siento vivo al hablar en mi lengua materna. Eso no te lo puedo negar. Además, ¿cómo no compartirte al amor platónico de mi juventud?

—¿Te refieres a Gigliola Cinquetti?

—¡Qué mujer y qué voz! Siempre la amé, platónicamente —contesta con una carcajada nostálgica.

—¿Y has tenido un amor real?

—En realidad, he tenido varios amores. Pero un verdadero caballero no tiene memoria—responde el hombre con aparente reserva.

Ella comprende la respuesta prudente del hombre maduro, y también hubiera respondido igual, con discreción. No obstante, la joven se cuestiona si ha cruzado el límite de la privacidad. Terminan su sesión de estudios con un cálido abrazo y, mientras se separan, Gianfranco le dice que, poco a poco, le hará una lista de canciones italianas. La tarde va cayendo y Valeria llega a su casa pronto para organizar un poco, antes de que llegue su amiga Francisca. Le queda tiempo para preparar rápidamente una pizza de tomate y queso *mozzarella*. A las siete y cuarto recibe a su amiga. Conversan un buen rato y Valeria le comenta que ha comprado una película italiana llamada *La Notte* del año 1961, protagonizada por Marcello Mastroianni y Jeanne Moreau. Su amiga no está muy de

acuerdo, sin embargo, comenta que desea desconectarse de un día muy pesado de trabajo. Cenan y toman un buen vino, ven la película y, al cabo de dos horas, su amiga se prepara para marcharse.

—¿Francisca, Te gustó la película? —pregunta Valeria.

—Sinceramente no me gustó mucho, pero en realidad disfrute viendo a Marcello Mastroianni —contesta su amiga con picardía.

—¡Francisca estás loca!

—¡Tú eres la loca por estar estudiando y pensando en italiano todo el rato! Mira, hasta estamos comiendo comida italiana ¡Además, no tenía ni idea que íbamos a ver esta película!

—A mí me fascinó. Adoro las películas en blanco y negro. —Emocionada responde Valeria.

—A propósito, ¿Desde cuándo esta afición por la cultura italiana? ¿No será por el hombre del café? ¿Te estás enamorando de ese hombre mayor? —ríen como dos niñas pequeñas.

—¡Qué curiosa eres! ¡Haces muchas preguntas! —contesta Valeria con cierta timidez.

—No soy curiosa, solo quiero saber dónde te estás metiendo. Tengo derecho a preguntar. Me preocupo —dice Francisca, con semblante serio.

—Primero déjame aclararte que entre Gianfranco y yo solo hay una bonita amistad. A ambos nos gusta disfrutar de la soledad y respetar nuestros espacios y tiempos. A veces tiene actitudes bastante paternales y debo confesarte que me gusta sentirme "sobreprotegida" por ejemplo, cuando yo cruzo la avenida y él se cerciora que los coches estén detenidos.

—¿En serio? No te creo. ¿No será que inconscientemente te estás enamorando de él? —Su amiga no muy convencida, le repara.

—El hecho de que comparta con él todos los días en su café no significa que esté naciendo un romance. Hemos creado un lazo muy cálido de amistad. Si fuere así, inmediatamente lo habría notado y las cosas serían diferentes.

—Bueno. Me convenciste ¿Y qué tal que él sí se esté enamorando de ti?

—Francisca, no lo creo. Te repito que ya lo habría notado. Pero sí te puedo confesar algo. Él me ha inspirado para estudiar la lengua italiana.

—Ya. Te veo muy convencida. Valeria, tengo otra pregunta: ¿No te sientes sola? ¿No crees que es tiempo de establecer una relación? Eres hermosa, inteligente, has logrado tu propio espacio e independencia. Me cuesta creer que no tengas pareja. Y debo ser sincera contigo, tu casa es preciosa, pero es algo vacía, le falta "alguien". Me refiero a que le falta un componente humano.

—¿Te parece Francisca?

—¿De verdad no estás saliendo con nadie? —Insiste preocupada la amiga.

—En realidad, no; no te niego que en la oficina tengo algunos colegas que me flirtean, pero nada serio.

—¿Alguien te gusta?

—No.

La conversación se diluye. Ninguna de las dos se incomoda, a pesar del silencio que se establece entre las dos y se despiden con gran afectuosidad. Ha quedado un poco de desorden, pero la joven organiza rápidamente. Mientras lo hace, repite mentalmente la conversación que ha tenido con su amiga y eso la lleva a analizar la relación que tiene con Gianfranco. Esta nueva preocupación ocupa en la mente de Valeria una buena parte de la noche. La semilla de la duda ha sido plantada por Francisca. Termina la limpieza de la sala, y todavía no puede identificar qué clase de amor siente por el hombre italiano. "¿Qué estoy sintiendo por él?", se cuestiona acostada en el sofá.

## CAPÍTULO IV: Ruptura de la cotidianidad

Al día siguiente, un cielo despejado es el protagonista matutino. Valeria abre las cortinas de su departamento. Disfruta por algunos minutos de la luminosidad que proyecta su departamento. Es un día maravilloso. Sin embargo, ha amanecido un tanto distraída y falta de energía y emprende su rutina mañanera. Cuando sale del departamento, toma la ruta acostumbrada. Al cruzar la avenida, lo hace de manera desprevenida. De repente, un ciclista distraído, la atropella. Valeria cae al suelo mientras que el ciclista va a su auxilio.

—¡Señorita, discúlpeme! No la he visto. ¿Cómo está? —expresa con preocupación el hombre.

—No lo vi. De verdad que no lo vi. —Valeria se lleva las manos al tobillo y su expresión facial deja ver el dolor que siente.

—Yo tampoco la vi. ¡Créame! ¡Por favor, excúseme! ¡Esto es inaceptable!

—No puedo levantarme. ¡Me duele mucho el tobillo!

—Permítame ayudarla.

El ciclista la ayuda también a recoger su bolso y una carpeta. Valeria no puede caminar, así que se sostiene en el hombre desconocido e intenta sacudirse el polvo del pavimento. Inevitablemente, ella cojea y el hombre la ayuda a sentarse en un banco del parque contiguo a la avenida. Cuando ella se sienta con dificultad, se queda observándolo, pues su rostro le parece familiar:

—Tengo la sensación de haberlo visto en el barrio. Creo que lo conozco.

—Sí, probablemente. Quizá usted me ha visto en esta avenida principal. Mi madre vive a la vuelta de la manzana y procuro visitarla a menudo. Pero dígame, por favor, ¿quiere que la lleve a urgencias?

—No creo que sea necesario. Creo que no fue más que el susto.

—¿Usted dónde vive? Déjeme entonces, llevarla hasta su casa.

Valeria le indica la puerta principal de su edificio. No soporta el dolor. El hombre saca de su bolso un candado y una cadena para asegurar su medio de transporte en un bicicletero urbano y así poder ayudar a caminar a la joven accidentada. Se dirigen ambos al edificio y él la ayuda a subir las escaleras. Una vez en el departamento de Valeria, le pregunta nuevamente:

—¿Le duele mucho? ¿Tenía una cita? Lo pregunto pues debe avisar de este accidente, que ha sido claramente por mi culpa. ¿No debería contarle a la persona con quien usted se iba a encontrar lo que le ha pasado?

—No. No me dirigía a ninguna cita. Iba hacia mi trabajo.

—¿Iba a tomar un taxi?

—En realidad, todos los días voy caminando hasta el trabajo.

—Entonces… debe avisar a su oficina y contar lo que le hice.

—¡Por favor le pido que deje de culpabilizarse! La responsabilidad es compartida. Yo crucé sin mirar en ambos sentidos. Así que este accidente es también mi culpa — contesta Valeria, con un tono bastante molesto.

—Entonces desde hoy compartimos este evento. Ahora bien, si somos dueños de tal responsabilidad, creo que lo mínimo que podríamos hacer hoy, es saber nuestros nombres.

—Me llamo Valeria Gómez —responde la joven con cierta desazón.

—¡Es un placer conocerla! Me llamo Mariano Estévez.

—No encuentro mis llaves. —Evade Valeria la presentación.

—Permítame sostener sus cosas mientras usted las busca en el bolso. —El ciclista intenta resarcir su perjuicio con caballerosidad.

Mientras la joven abre la puerta, Mariano pide permiso para entrar. La ayuda a sentarse en el sofá y le dice:

—Valeria, su tobillo está inflamado. No creo que esté roto, pero le recomiendo que vaya al doctor para salir de dudas. Mientras tanto sería bueno que se aplique hielo para evitar que se inflame más la lesión. —Ella lo observa e intenta cambiar el tema. —Bueno, yo también he interrumpido su día. ¿Iba al trabajo también?

—Sí. Me dirigía hacia una galería a entregar un proyecto fotográfico.

—Ya. —Valeria mira su reloj y se preocupa—. Creo que debo comunicarme con mi oficina.

—Tiene toda la razón. Ya me marcho. Estoy tranquilo por haberla dejado en su casa sana y salva. Disculpe, ¿puedo hacerle otra pregunta?

—Cuénteme…

—¿Puedo volverla a ver? Es para saber cómo evoluciona su lesión.

—Puede ser. —Ella le contesta de manera cortante.

—No olvide aplicarse hielo. Hasta pronto, Valeria.

Cuando Mariano se disponía a cerrar la puerta, vuelve a dirigirse a la joven y le indica que ha encontrado un sobre:

—Estaba aquí afuera, en el suelo, frente a la puerta. Alguien debe de haberlo dejado recién, porque no estaba cuando llegamos —explica Mariano.

—De acuerdo; por favor déjelo encima de la biblioteca. Gracias.

—Bueno, hasta pronto. —Cierra la puerta y finalmente se va.

Con dificultad, Valeria reacomoda su pierna y su tobillo. Saca el teléfono de su bolso y habla con su jefe inmediato. Le comenta lo sucedido y este le dice que vaya al doctor y que solicite un justificativo médico para efectos del reembolso laboral. También le pide mantenerlo informado. Cuelga su teléfono, y a la primera persona que piensa pedir ayuda es a su amigo Gianfranco. Lo llama, y en cuestión de minutos, Gianfranco se presenta en su departamento con su viejo coche. Durante el trayecto a urgencias, Valeria le va contando a Gianfranco los detalles que ocurrieron:

—¿Quién te ha ayudado a desplazarte hasta la casa?

—Creo que no me escuchaste. Ya te dije, lo hizo el ciclista.

—¡Es inconcebible su acto!

—Gianfranco, que poco objetivo eres. Yo asumo parte de la responsabilidad porque no tuve la precaución correspondiente.

—¡Te he dicho muchas veces que hay que tener mucho cuidado en aquella avenida peligrosa!

—Gianfranco, fue una distracción. Eso es todo.

—¡Siempre he dicho que de la nada puede aparecer imprudentes coches!

—De acuerdo. —Valeria opta por escucharlo ya que Gianfranco prosigue con el discurso paternalista.

—Además, ¡por más tranquilas que parezcan las calles! ¡Son engañosas! —Gianfranco la reprende durante el trayecto.

Finalmente, llegan a la clínica. Esperan solamente unos treinta minutos. Han tenido suerte porque creían que les iba a tomar más tiempo la espera. El doctor la examina y ordena unas radiografías. Al analizarlas, llega a la conclusión de que su tobillo presenta un esguince y le coloca una férula, inmovilizándole el pie. Asimismo, le ordena quedarse en la casa durante un par de días y en completa calma, ya que la verdadera recuperación reside en la quietud. Valeria le solicita el justificativo laboral y el doctor la prescribe por dos días.

Ya es media tarde y Gianfranco la lleva nuevamente a la casa. Él la acomoda en el sofá, con la pierna lastimada apoyada sobre otra. Luego va a la cocina, le prepara una sopa y algunas gelatinas, ya que tiene la creencia de que con estas ayudará a regenerar la lesión. Su amigo debe dejarla, pues tiene que ocuparse de unos proveedores. Valeria se queda acostada en su sofá y no da crédito de todo lo que ha pasado. Mira el reloj y recuerda llamar a su jefe

para comentar las últimas novedades. No tiene mucho apetito y con dificultad logra levantarse para lavar los platos ya que no le gusta que queden cosas pendientes. Su pie todavía resentido y toma los analgésicos de acuerdo a los horarios determinados. Va hasta su habitación con mucha contrariedad y duerme por espacio de dos horas. Al despertar, se entristece pues su rutina está alterada. Observa su calendario y la actividad correspondiente del día miércoles se relaciona a la jardinería y lectura de nuevos libros. Es imposible realizar las actividades mencionadas, y una gran incomodidad se apodera de ella; no sabe qué hacer. Observa detenidamente toda su casa, y solo ve temas sin atender, convertidos ahora en impedimentos. Le desespera no poder controlar los eventos en su casa. Valeria siente su tobillo tan lastimado como rota está su cotidianidad. Por primera vez en su vida ha tenido un accidente que la ha empujado a la improductividad. Para evitar la confrontación consigo misma, intenta escapar navegando por internet. La incomodidad y el dolor que despierta no le permiten la concentración necesaria. De repente, suena su teléfono y ella contesta:

—Valeria, soy Gianfranco. ¿Cómo sigues?

—No te lo puedo negar, me siento muy incómoda.

—He llamado también para disculparme te reprendí en el trayecto hacia la clínica. Debí ser más comprensivo.

—No hay problema, al contrario, quiero agradecer tu presencia en mi vida. Por otro lado, no soporto este dolor.

—Tienes que tener paciencia, la primera noche después de un accidente es la peor, todos los dolores están vivos.

—Es la mejor descripción. Se está despertando el dolor y no puedo hacer nada.

—No olvides tomar la medicina.

—Ya lo hice. Como fue hace un momento, no siento los efectos.

—Ya verás que pronto te sentirás mejor. Recuerda descansar. Bueno *Tesoro,* debo dejarte, *Addio*. Valeria se queda algo sorprendida, pues su amigo nunca le había dicho *Tesoro*. Busca en el diccionario italiano para encontrar la correcta semántica. Se tranquiliza ya que la palabra tiene una connotación familiar. Recuerda la conversación que tuvo con Francisca. Por unos instantes piensa que quizás Gianfranco está desarrollando sentimientos por ella. Pero lo duda, y una tristeza inmensa se apodera de ella. Cae en la cuenta de que mantenerse ocupada en cada detalle de su hogar la ayuda a alejarse de los dolores que ha tenido en su vida personal. Para evitar ese estado, enciende su nueva televisión digital y no encuentra nada que la entretenga. No quiere pensar más. Cierra las cortinas, se coloca su piyama y decide dormir para olvidar su infortunado día.

## CAPÍTULO V: El ojo incógnito

El dolor de su pie lastimado no la deja hacer nada, así que Valeria decide en la mañana sentarse a leer en el sofá y descansar su pie lastimado. Con dificultad, logra llegar a la biblioteca y comienza a buscar algún libro que le interese. Saca un libro de sanación del árbol genealógico que le ha recomendado su terapeuta. Valeria está bastante interesada en perdonar su pasado, incluyendo los de sus ancestros. De repente, observa un sobre blanco. Valeria recuerda que le había pedido a Mariano dejar aquel sobre encima del mueble. Lo abre y en él sólo hay un pedazo de papel con un dibujo en el centro: un ojo. Le da vuelta al papel y ve que no hay ningún escrito. Se intriga por unos instantes pues le parece raro. Al final, lo atribuye a una publicidad de expectación para llamar la atención; se convence que puede ser un logo para un producto de lanzamiento y olvida el tema. Regresa al sofá y lee por varias horas, dejando que la lectura la tranquilice. Al mediodía, recibe la llamada de Gianfranco y le pregunta si puede pasar. A los quince minutos llega su amigo con un par de muletas. Valeria aprecia el regalo, y las prueba. Mientras las ensaya, se lastima tratando de poner el pie izquierdo en el suelo. Con solo apoyarlo, no aguanta ni la férula. De todas maneras, logra algo de independencia. Gianfranco le propone si desea comer en el café, pues podría prepararle allí una sopa y un exquisito emparedado. A Valeria le parece un excelente plan. Sus primeros pasos con las nuevas muletas son torpes, sobre todo cuando ella baja las escaleras; sin embargo, gracias a la paciencia de Gianfranco, ella está menos nerviosa. Llegan al café, y Gianfranco la ayuda a ubicarse en la mesa.

—Espérame. Ya te traigo la sopa *minestrone.*

—¡Qué delicia! ¡Tengo todo el tiempo del mundo y más con estas muletas! —expresa Valeria con humor irónico.

Mientras ella espera se da cuenta de que la mesita tiene un jarroncito de margaritas frescas. Las mira detenidamente, luego alza la vista y observa a Gianfranco trayendo la bandeja con la sopa caliente con paso corto para evitar que se derrame. Este acto de bondad la inunda de ternura, al punto de derramar algunas lágrimas. Gianfranco pone el plato de sopa en la mesa. Ella sonríe, y luego seca sus ojos con un pañuelito que saca de su cartera.

—¿Te está doliendo? ¿Llamo al doctor?

—Gianfranco, no exageremos.

—No minimices la situación, esta lesión es muy seria.

—Cuéntame, ¿Tú hiciste la sopa? Huele muy bien.

—Me cambias el tema.

—Dime, en serio.

—Sí. Yo la hice. Mi *nona* me la preparaba cuando era chico.

Valeria al ver la sopa humeante, su apetito regresa y se la toma con mucho gusto. Gianfranco retira el plato de la mesa y le pregunta qué quiere hacer. Ella dice que desea continuar las clases de italiano. Juntos amplían algunos detalles de la gramática italiana. De repente, Valeria se percata que entra Mariano al café. Ella se arregla sutilmente su cabello. El joven se sienta en una mesa contigua al bar y saluda a Gianfranco, por lo que Valeria le pregunta a Gianfranco:

—¿Conoces a Mariano?

—Sí, ese joven es un cliente regular. Siempre llega a esta misma hora y luego se marcha a las cuatro. Y tú, lo conoces por lo que veo.

—Él me atropelló con la bicicleta.

—¿Qué? No lo puedo creer. Luce tan cuidadoso. Pero… ¿cómo pudo ser tan imprudente? —habla Gianfranco con enojo.

—Ya te lo comenté, yo también fui imprudente.

—Eso es verdad. Siempre te he advertido de esa avenida peligrosa.

Se levanta Gianfranco a recibir a un matrimonio italiano que viven en la ciudad. Los recibe afectuosamente. Regresa a la mesa de Valeria y dice que la dejará sola por un rato. Valeria se despide, contestándole que prefiere estar en su casa y que, si quiere, pueden verse al día siguiente en su departamento. Gianfranco insiste en que se quede un rato más y que espere hasta que pueda acompañarla, pero Valeria quiere irse acostumbrando a caminar con las muletas y en realidad lo que está es tratando de evitar a Mariano. Antes de que ella pueda levantarse de su silla, este se da cuenta de la evasión y se acerca a su mesa.

—Hola, Valeria. ¿No le parece otra coincidencia?

—No debería ser coincidencia, usted me dijo que su madre vivía cerca.

No lo creo. ¿Cuánta gente vive en el mismo edificio y ni siquiera saben de la existencia el uno del otro?

—Su argumento me parece lógico. Bueno, Mariano, lo dejo, debo ir a descansar.

—Por favor, Valeria, lo mínimo que puedo hacer por usted es llevarla hasta su casa. ¿Me permite? Yo sé que le molesta que le repita cuán culpable me siento de haberla lastimado. Pero una cosa es decirlo, y otra, sentirlo.

Inevitablemente, ella sonríe y acepta la petición. Reconoce que hay algo en él que le atrae. No sabe qué es. A lo mejor es su sonrisa encantadora. Mariano le ayuda a llevar su bolso, mientras ella se adapta a sus nuevas muletas, tratando de bajar las escalerillas del café. En el trayecto, la joven inicia la conversación.

—Mariano, cuénteme. Creo que usted me dijo que era fotógrafo. ¿Trabaja usted en una galería?

—Te acordaste de algo. Discúlpame, ¿te puedo tutear? Si nos estamos encontrando tan seguido, la palabra "usted" me parece muy distante y me hace sentir a mil kilómetros de ti. Y la verdad, si nos vamos encontrar por las avenidas o por los cafés, bien pudiera estar naciendo una amistad —le comenta Mariano, ampliando esa sonrisa que empieza a gustarle, y mucho, a Valeria.

—De acuerdo Mariano, está bien. Reformulo la pregunta, ¿a qué te dedicas?

—Trabajo para un proyecto personal de fotografía llamado "Realidad Factual". El tema que elegí es retratar lo que el transeúnte ignora, como esquinas, puentes, postes, cables de electricidad, todo lo que ocurre especialmente en la calle.

—¡Un poco frío para mi gusto! —exclama Valeria en tono franco.

—Aparentemente, parece frío, pero nosotros como transeúntes dejamos mucha energía en ellos. Eso lo hace especiales. Yo pretendo que la gente vea eso que hace únicos a los objetos, que deje de observarlos diariamente sin analizar que, de una manera o de otra, se esconden muchas historias.

—No lo había visto de esa manera. Entregamos energía a todos los lugares que tú mencionas. La mayoría de las veces pasamos más tiempo afuera que en nuestros propios hogares.

—Me gustaría que visitaras mi exposición fotográfica. De hecho, te invito. Lo más probable es que tengas otras muchas interpretaciones cuando veas mis fotografías.

Valeria lo escucha atentamente, pero sin querer presiona su pie lastimado en la acera emitiendo una queja de dolor.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Me dolió un poco mi tobillo.

Llegan al departamento y Mariano sostiene la puerta para que Valeria pueda entrar. Hay otro sobre en el suelo, y Valeria le pide a Mariano que lo levante, lo que él no tarda en hacer y se lo da. Ella abre el sobre y nuevamente hay un ojo dibujado. Esta vez, tiene colores.

—¡No lo puedo creer! ¡Otra vez esa publicidad basura!

—Déjame ver. Oh sí, es la típica publicidad de lanzamientos de nuevos productos. Piensan que pueden atraparte con símbolos rarísimos. Parece la apertura de un nuevo bar nocturno.

Entran al departamento y Mariano la ayuda a sentarse en el sofá. Se acerca de manera respetuosa para despedirse con un beso en la mejilla. Valeria le agrada la inesperada despedida y también le corresponde con algo de afecto. Cuando Mariano ve que esta cómoda, le pregunta su número de teléfono para llamarla luego y saber cómo sigue. La joven saca un bolígrafo de su bolso y lo escribe en el sobre del extraño dibujo. Se despiden y el joven cierra la puerta del departamento. Luego, Valeria con cierta dificultad se desplaza a la cocina para tirar al basurero aquella hoja con el ojo incógnito. Mientras lo lanza, le da un poco de rabia, pues es una pérdida de tiempo esas supuestas publicidades. Va nuevamente hasta su sofá y mira su cronograma, sabe que el cuidado de su jardín se está descuidando. Se levanta, ajusta sus muletas y riega las plantas de su diminuto jardín, pero se da cuenta de que ha dejado un charco en el balcón. Mira hacia la cocina, pues allí están sus objetos de limpieza, y sabe que lo que ha hecho significa otro desplazamiento. El esfuerzo le ha producido tener un dolor intenso en su pie. Decide abandonar su jardín e ir hasta su habitación, pero se da cuenta de que algunos libros están al revés. Le parece extraño, ya que ella los ordena alfabéticamente, y por tamaños. Nuevamente una sensación extraña se apodera de ella. Sabe perfectamente que no pudo ser ella. Igual tiene unos instantes de duda, pues el día anterior experimentó una singular depresión que pudo haber ocasionado el descuido.

## CAPÍTULO VI: El pasado no perdona

Queda solamente un día de permiso laboral para Valeria. Ella, esta vez, ya no se despierta a la hora acostumbrada. Se ha levantado de la cama a las once de la mañana y se molesta por la pérdida del día. Se baña con mucha dificultad, debido a la férula, y se viste muy cómoda para compensar el dolor que sintió en el baño. Hasta ahí la acompaña la rutina diaria que se ha impuesto. Luego, piensa nerviosamente con quien compartir su tiempo. Todavía no lo tiene muy claro. Sabe que sus actividades programadas son como pequeñas cortinas de humo para evitar la soledad. Siente una desesperación inmensa si alguien no la visita, si nadie viene, pues de otra forma ella se autoanalizará minuciosamente. Sicoanalizarse es sinónimo de hurgar el pasado no sanado. Recoge un tecito realizado en microondas. No le gusta mucho, pero por un tema de rapidez lo prepara. Mientras toma su té recuerda el evento en el café, cuando hizo sentir incómodo a Gianfranco. Se le ocurre que su departamento podría ser un espacio neutral para sincerarse y hablar del tema. Así que decide llamar a Gianfranco para que pasen tiempo juntos y le propone que almuerce con ella, pues pedirá comida a domicilio para agradecerle por todo lo que él ha hecho.

—Gianfranco, soy Valeria. ¿Interrumpo?

—No, de ningún modo. Cuéntame.

—Me gustaría que pases a almorzar por casa. ¿Tienes tiempo?

—Podría ser. Déjame delegar un par de temas a los empleados del café e iré en una hora.

Valeria cuelga e intenta estudiar italiano, pero es inútil, no se halla, pues no termina de aceptar que su rutina se ha descompuesto totalmente. Se va hasta la cama, atribuyéndose la completa responsabilidad por el accidente. Repite mentalmente su autoproclamada sentencia cinco veces, como un mantra. Luego se pregunta qué hubiera pasado de haber tomado otra vía para evitar el accidente con Mariano. Sin duda, su vida no estaría tan desordenada, pues ahora, su trabajo y su casa están en un gran descuido. Piensa que las actividades laborales estarán en completo atraso y un profundo estrés se apodera de ella. Pero, entonces, Valeria recrea situaciones en su mente, negando la actual realidad que la rodea. Imagina que conoce a Mariano en el café. Piensa que todo sería muy diferente. Sin embargo, admite que ha nacido un especial gusto por él. Sonríe al recordar cómo Mariano corrió a auxiliarla cuando él mismo la atropelló. Un torbellino de sensaciones, de molestias y arrepentimiento la sobrecoge, pero son interrumpidas por el llamado del timbre.

Gianfranco saluda a su amiga y trae de postre *Tiramisu*. Él se acomoda y minutos más tarde recibe el pedido a domicilio. Comen y hablan como de costumbre. Ya finalizada la hora de comer, Valeria toma coraje y se sincera con Gianfranco:

—Te he invitado porque quiero mostrarte mi aprecio por todo lo que haces por mí. Pero también quiero pedirte disculpas.

—¿Disculpas? ¿De qué hablas? No me has hecho nada.

—Sé que esta semana he cometido una gran imprudencia. Me he inmiscuido en tu vida privada, preguntándote sobre tu familia. Sé que lo he hecho dos o tres veces, pero quizá, de manera inconsciente yo también desee contarte mi vida personal —asevera Valeria.

Él se queda en silencio pues no sabe qué decir. Mira al suelo y toma un gran sorbo de agua. Valeria prosigue:

—Seré franca, creo que ambos hemos desarrollado un lazo de amistad muy fuerte y que nos hemos protegido mutuamente. En los últimos meses he estado visitando a un terapeuta, que me ha ayudado mucho, y él me dice que el primer paso para mi curación es curar a mi entorno. Sin querer y poco a poco me he dado cuenta de que tienes un dolor latente en el fondo de tu alma. Quiero ayudarte Gianfranco, y si quieres sentirte más cómodo, yo también tengo un pasado que estoy cansada de proteger. Si me permites, puedo escucharte y con ello

podremos sanar juntos. Si lo deseas, yo comienzo contándote mi historia o, al contrario, puedes empezar tú. Tú decides.

El hombre se lleva las manos a la cara para intentar ocultar su dolor. Por unos instantes, la observa, sopesa si debe contarle su pasado y, finalmente, se atreve de una manera muy decidida.

—Valeria, tienes toda la razón. He tratado de ocultar mi dolor, pero me has hecho ver que ha fracasado en mi intento de enmascarar la tragedia personal que arrastro. No creo que hayas cometido ninguna imprudencia; al contrario, aprecio tu preocupación por mí. Quiero aclararte que si no he mencionado estos temas personales es porque me reprimo, hay algo que me impide expresarlo. Pero desde que llegue a este país, eres la única amiga en la que puedo confiar. Ahora bien, si ha surgido este momento es porque, quizá, la vida me está señalando que debo desahogarme y compartirlo con alguien. Te contaré: cuando tenía como treinta años estaba en Florencia. Siempre me había gustado pintar y, en aquel tiempo, trabajaba además ayudando a un escultor prestigioso que vendía pequeñas esculturas en mármol. Su nombre era Enrico y aprendí el oficio con él.

—No tenía ni idea que te dedicabas a la escultura. ¡Considero que es un gran talento, Gianfranco!

—Un talento que he abandonado —responde el hombre con gran tristeza.

—Pero ¿por qué lo abandonaste?

—Ya te enterarás con la historia. En aquel tiempo había mucha demanda de las réplicas de las esculturas religiosas de Michelangelo. Un día, el maestro Enrico me pide que me haga cargo de la atención del taller. Abrí el local muy temprano y tuve mucha suerte, porque vendí varias esculturas y recuerdo muy bien unos cursos de escultura y cerámica. De repente, entró una chica a preguntar por el maestro y me dijo que venía a dejar una hoja de vida como practicante en su taller. Por supuesto, tomé el papel y me ofrecí a entregárselo al maestro. Debo confesar que me quedé impresionado por su belleza interior.

—¿Cómo puedes deducir su belleza interior si ni siquiera la conocías?

—Me di cuenta como la dulzura de sus ojos conectaba con mi corazón en pocos segundos. Sentí que ella también hizo lo mismo. Me enamoré inmediatamente de ella. Al final fue Giulia quien retomó la conversación. Todo en ella me tenía fascinado. Luego, llegó Enrico y le entregué la hoja de vida. Él la citó a una entrevista el día siguiente. Ella llegó puntualmente a la cita y el maestro se reunió con ella un buen rato. Al final, ambos salieron del taller mientras Enrico le anunciaba su nuevo cargo en el taller. Yo sería su maestro. Encantado, le fui presentando cada paso de la producción de las pequeñas esculturas que realizábamos en el taller. Una de las réplicas más vendidas era la *Pietá*. Poco a poco me fui involucrando con Giulia. Trabajábamos día y noche. Nos enamoramos y tuvimos un hermoso noviazgo y al año quedó embarazada. Estaba tan feliz Valeria, que era como tocar el cielo con las manos. Formamos un pequeño hogar cerca del taller. Yo seguí trabajando con el viejo Enrico. Las ventas con los turistas subían y el maestro me subió el sueldo. Compré todo lo que requería un hogar. Nació un bello *bambino*.

—¿Un hijo? ¡Qué maravilloso! Me imagino la felicidad de ustedes.

—La felicidad no cabía en nuestros corazones. Lo bautizamos con el nombre de Gino. Poco tiempo después, decidimos casarnos. El maestro Enrico y su esposa Ana fueron los padrinos de nuestro matrimonio. Mi vida era todo lo que había soñado. Florencia, bella ciudad artística, me estaba entregando una vida de ensueño. Giulia y yo decidimos que trabajaríamos duro para abrir nuestro propio taller. De todas maneras, mi esposa se convirtió en un pilar muy fuerte en el taller de Enrico, mientras tanto nuestro hijo iba creciendo. Paz, amor, tranquilidad, la vida nos sonreía. Como típica familia italiana, todos los domingos, permanecíamos unidos alrededor de la mesa. Unas veces en mi casa y otras en casa de Enrico. Disfruté de esta bella estabilidad por más de veinte años. Nuestro objetivo de reunir

el dinero se estaba concretando. Nuestro hijo decidió estudiar en la Facultad de Derecho y eligió Roma para estudiar allí. Sin embargo, no dejó nunca de visitarnos en vacaciones. Por otra parte, la salud del viejo Enrico estaba debilitándose. Cayó en cama, y tuvo que cerrar el taller. Hablé con el maestro Enrico y me dijo que en vida ya había traspasado su único bien, la casa taller, a sus dos hijos que trabajaban en la banca. Mientras él estaba hospitalizado, sus hijos vendieron rápidamente la propiedad, y dieron la noticia de que ellos pagarían un asilo, para que tuviera "independencia" en compañía de su esposa. El maestro Enrico no pudo soportar aquella situación y murió.

—¿Por lo menos los hijos visitaban a sus padres?

—No. Tenían una pésima relación familiar.

—Pienso que su muerte se aceleró cuando supo la venta de la casa taller y tuvo que enfrentarse a la frialdad de sus dos hijos. Su mujer tampoco pudo soportar perder a su marido y murió a la semana. Con Giulia, ya habíamos hablado que algún día debíamos ser independientes, pero como teníamos tanto amor al maestro Enrico, fuimos leales con él hasta el final. Lloramos mucho tiempo la muerte de nuestro padre artístico y familiar, porque ambos éramos huérfanos y nos habíamos encontrado solos en la vida hasta que conocimos a Enrico. Mi padre me abandonó cuando tenía cinco años y mi madre me dejó donde mi *nona*. Mi madre nunca volvió. Por eso, me aferré tanto a mi familia, ya que ellos habían sanado aquel abandono familiar. Finalmente, mi mujer y yo compramos un pequeño local y seguimos los pasos de maestro Enrico. Con Giulia, nos daba miedo tener el final de Enrico. Así que hablamos con Gino, acerca de nuestro temor: perder nuestro hogar, nuestro taller, nuestra libertad. Gino juro que nunca haría eso. Él nos respondió que había elegido las leyes para defender los casos con justicia. Nuestro hijo se recibió en la Facultad de Derecho. Y entonces…

A Gianfranco se le quiebra la voz. Valeria lo contiene, tomándole la mano y le dice:

—Toma este vaso con agua, tranquilo.

—Viajamos en nuestro auto hacia Roma para la graduación de Gino. Fuimos a un costoso restaurante. Habíamos tomado la decisión juntos, de celebrar sin escatimar gastos. Era una victoria para los tres observar a Gino tan realizado con su nueva carrera. Éramos muy unidos. Aquella noche, en la cena, Gino alzó la copa y brindó por su madre y por mí. Repitió, una y otra vez, que yo era un padre bondadoso. Yo brindé también por tener una mujer dulce y un hijo respetuoso.

—Yo también brindaría por ti. —Valeria toma el brazo de Gianfranco, presintiendo que pronto le contará la tragedia de su vida.

—Después, los tres brindamos por el maestro Enrico y por Ana, acabando en un abrazo largo que luego se haría eterno en mi mente. Pasamos la noche en un bonito hotel para terminar la celebración en familia. En la mañana, muy temprano decidimos regresar a Florencia. Era de madrugada y las carreteras estaban algo oscuras, así que yo decidí manejar. Saliendo de Roma, me cegó una luz potente que me hizo perder el control del auto y volcamos. Desperté al otro día en un hospital de Roma. Los doctores me informaron que mi familia no había resistido el impacto y que el hombre que había ocasionado el accidente había confesado su responsabilidad. Me dijeron yo tenía una suerte increíble pues solo había sufrido algunas contusiones y heridas que sanarían rápidamente. ¿Suerte? ¿Que yo había tenido suerte? Mi vida se desplomó en un segundo al escuchar la tragedia. Pasé de la gloria al infierno. Llegó el reporte policial y leí que el causante del accidente era un hombre de mediana edad, que estaba con tratamiento psiquiátrico con pastillas tranquilizantes, del que había hecho caso omiso al conducir. El hombre, por haber confesado y llamado a la policía, redujo sustancialmente su pena en la cárcel. No sé cómo saque fuerzas para encargarme del funeral de mi hijo y mi esposa.

—De verdad, lo siento mucho. ¡Qué devastador! —La joven se seca algunas lágrimas de su rostro, pues conecta con el gran dolor de su amigo.

—Los únicos que me acompañaron fueron los alumnos de nuestro taller y los amigos de infancia de Gino. Pasé varias semanas en las que no comía, no me bañaba, no trabajaba, pues no había motivo por el cual vivir. Pensé que los estudiantes del taller me demandarían por incumplir el contrato, pero, al contrario, me visitaron y me ofrecieron ayuda. Decidieron entre todos internarme inmediatamente en una clínica psiquiátrica, con la ayuda de la seguridad social, debido a la depresión crónica que yo estaba sufriendo. En ese lugar estuve tres meses, no sané la perdida de mi familia, pero logró que entendiera que debía luchar por mí, para seguir adelante con mi vida. Cuando salí de allí, fui derivado de psiquiatría a psicología, con visita semanal, para tratar la gran culpabilidad que sentía por haber manejado aquella madrugada. Yo sentía que había segado la vida de mi familia. En una de mis sesiones, mi psicóloga me dijo que yo debía visitar en la cárcel al responsable del accidente. No se me había ocurrido y decidí visitarlo al otro día. Cuando el hombre me vio, agradeció varias veces mi visita y pidió perdón. Vi tanta humildad en sus ojos que sentí un golpe de compasión. No sé por qué pensé que yo también podría estar en su situación, pues ahora yo estaba medicado con tranquilizantes. Regresé a mi taller, devolví a los estudiantes el monto de sus matrículas e inscripciones, vendí todo y decidí empezar una nueva vida, en un nuevo país, con un idioma diferente, que pudiera anestesiarme de mi gran pérdida. Aún tengo una sombra negra de dolor, de soledad, que me cubre y me embarga. Eso pasó hace diez años. Heme aquí, intentando recuperar mi vida. Eso es todo.

La joven se queda observando a su amigo y lo abraza por la espalda. Es un gesto dulce, que busca confortarlo. Él se seca las lágrimas y regresa al presente, acomodándose con entereza.

—Gianfranco, tú historia me estremece. Lo siento mucho, de verdad, es muy doloroso. Nunca te había imaginado en una situación así. Es, sin duda, una lección difícil de entender. Sin embargo, detrás de ese dolor, estoy segura que vienen premios de amor universal para ti. Estoy segura. Después de escucharte, estoy más que convencida de compartirte mi historia. Ahora le estoy encontrando la razón, el porqué del accidente que sufrí esta semana, pues ha hecho que nos unamos más y podamos abrir nuestro interior. Quiero que nos sinceremos. Poder verbalizar todo lo que nos ha causado daño. Te elijo a ti, porque te has convertido en un gran amigo y por más que trataste de maquillar tu dolor con risas y alegrías, yo me daba cuenta de que te pasaba algo muy profundo, que se evidenciaba cuando bajabas la mirada. Por esta razón, también quiero y necesito hablar de mí, Gianfranco. El silencio, a veces, puede ser un gran enemigo. Debo confesar que le tengo un miedo inmenso.

—Así es Valeria, encuentro razón en lo que dices, escucharte hablar de esta manera, me haces sentir importante. Llevo diez años de silencio, a lo mejor puedo estar enfermando. Además, no te había preguntado si te pasaba algo, solo vi una chica independiente y segura de sí misma. También estoy interesado en nuestra curación mutua. Escucharnos puede ser muy beneficioso.

—Yo también he estado visitando un terapeuta que me ha ayudado a superar muchos traumas familiares y a caer en cuenta sobre muchas verdades. Mi primera verdad es el tratamiento del hermetismo que me caracteriza. Además, tengo muchas inseguridades.

—Bueno como todos.

—Una inseguridad que también trato de ocultar bajo mi profesionalismo en el trabajo. Provengo de una familia bastante disfuncional. Cecilia Gómez, mi madre, se enamoró de un hombre casado. Ella, una joven de diecinueve años, estudiante de la Facultad de Literatura y él, un hombre que se acercaba a los sesenta. Él era profesor titular de una prestigiosa universidad que perfilaba para ser decano de la Facultad de Letras. La fama del profesor se extendía por su gran capacidad oratoria y extraordinario bagaje cultural. Desde que se

vieron en el salón de clases, la atracción física fue inevitable. Tuvieron su primer amorío en la habitación universitaria que le pagaban mis abuelos a mi madre. Se destacaron por tener una relación bastante compleja, que oscilaba desde la indiferencia hasta la obsesión. Él establecía las reglas de la relación, pues tenía una reputación que cuidar, sobre todo por su esposa que era hija de una familia influyente de la ciudad. Un día, él la evitaba, otro, la perseguía mientras mi madre le dedicaba eternos ruegos.

—Al parecer, tu padre sabía cómo manipular la situación.

—Exacto. Él sabía cómo dominarla, ya que era muy sagaz. Manejaba a la perfección las artimañas para evitar ser descubierto. Según lo que me cuenta mi madre, su amor se convirtió en devoción a medida que él le entregaba indiferencia. El año universitario siguió su curso, mientras que mi madre perdía la cabeza, diciéndole que lo esperaba diariamente en la habitación. Ella, por supuesto, perdió el año académico, mientras que él aprovechaba su vulnerabilidad emocional. Mi madre fue cediendo cada vez a las seducciones del "grande" Juan Pedro Sanmartín, con la ínfima hora que le dedicaba a diario. Finalmente, cuando acaba el año universitario, él le dice que su relación ha acabado. Ella desesperada, decide quedar embarazada con la esperanza de retenerlo. Cuando se entera, Juan Pedro la amenaza, diciéndole que tiene el poder de destruir a su padre, quien era un viejo conductor de buses urbanos y realizaba esfuerzos enormes para pagar la universidad por medio de préstamos bancarios. Ella se asusta, y decide desaparecer de la vista de Juan Pedro y, paradójicamente, ese año lo ascienden como decano de la facultad. Mi abuelo se entera del embarazo y la rechaza. Le recrimina por todo el esfuerzo realizado para pagar sus estudios en literatura y la expulsa de la casa. Mi abuela le ruega que no lo haga, pero no logra convencerlo.

—¿Dónde naciste? ¿Quién las acompañó durante el parto? —Gianfranco pregunta preocupado.

—Yo nací en un hospital público en vísperas de otoño y, como siempre, mi abuela nos acompañó. A los tres años mi abuelo, todavía decepcionado, pregunta quién es el padre y Cecilia lo confiesa. Cuando mi abuelo escucha su nombre, lo busca en los periódicos, y confirma que fue designado como Ministro de Educación. Cecilia no podía creer el ascenso estrepitoso de Juan Pedro, mientras ella caía en depresión y angustia por el rechazo de su padre.

—Pero… ¿tú y tu madre donde se fueron a vivir?

—En aquel momento, Gianfranco, vivíamos en una vieja pensión fea y sucia. Mi alegría semanal era cuando mi abuelita venía a escondidas de mi abuelo. Nos llevaba comida caliente. Yo comenzaba a entender, a mis tres años, que la tristeza me embargaba profundamente pues mi mamá no desarrollaba ningún afecto por mí, al contrario, me rechazaba constantemente. Se entregó al trago. Solo tomaba *pastis* que era la bebida alcohólica que compartía con Juan Pedro en sus encuentros amorosos. Por otra parte, no tenía claro cuál era su trabajo. Cuando estaba borracha me decía que le dijera Cecilia, que ella no era mi mamá. Sentía un agujero en mi corazón cuando escuchaba esas palabras. La habitación era bastante descuidada. Cuando tenía como once años, finalmente, entendí de que vivíamos: un hombre que salía de la habitación le entregó unos cuantos billetes. Me di cuenta, que mientras ella me mandaba a jugar a la calle, salían hombres cada vez diferentes tratándola con mucha confianza. Esa escena, me marcó, pues yo la veía afectuosa con ellos, pero conmigo era un hielo.

—Tan pequeña para conocer una realidad tan cruda. Lo lamento Valeria.

—Dentro de aquella cruda realidad, la única persona de quien recibía amor, era de mi abuela quien procuraba que yo tuviera ropa limpia. Aprendí a cocinar, a limpiar y organizar la casa, gracias a las enseñanzas de mi abuela. Pero cuando yo llegaba de la escuela, ya estaba sucio por botellas y colillas de cigarros. A mis quince años decidí hacer un plan de vida: salir de esa habitación y refugiarme en la escuela para ser alguien independiente. Gané

reconocimientos académicos y mi mamá, en vez de felicitarme, no hacía más que reprocharme que esos premios no era más que una verdadera falsedad. En ese momento, de ironías y humillaciones me entero que mi padre es el famoso Juan Pedro Sanmartín. En mi inocencia, planeo visitarlo, voy a la biblioteca de mi escuela a buscar toda la información sobre él; me entero de su vida profesional y sin duda nace una admiración que necesita ser prolongada en el refugio de un abrazo paterno. Ya a mis dieciocho años "mi hogar" ya era un completo infierno, así que decidí buscar trabajo cuando me graduará del colegio. Tuve la suerte de encontrar trabajo como ayudante de fotocopiadora en la universidad donde mi madre había estudiado. Además, tenía la esperanza de hablar con mi padre, de una manera muy discreta. Me entero que estaba en Europa, en un puesto diplomático pero que había comunicado que regresaría al *alma mater*. Esto me dio esperanzas, así que me enfoque en solamente trabajar. El primer mes como no tenía donde vivir, planee dormir en la biblioteca por los primeros dos meses y me bañaba en las duchas del gimnasio olímpico. No hubo problema por utilizar estos baños, ya que la comunidad universitaria me conocía pues me desplazaba por todas las facultades a recoger material para ser fotocopiado.

—¡Por Dios, Valeria, qué carácter autónomo tienes! —Completamente sorprendido por la historia, Gianfranco se enorgullece por todos los actos de su amiga.

—Debo admitir que mi vida se ha forjado por múltiples dolores que aún no logro superar; sin embargo, si me he hecho sola, es gracias a las enseñanzas de mi abuela.

—Completamente de acuerdo. Yo soy quien soy por mi *nona*.

—La situación de dormir en las bibliotecas y bañarme en el gimnasio olímpico la soporté por espacio de dos meses. En ese tiempo, ingresé a la universidad para estudiar Finanzas Internacionales. Con mis ahorros, pude alquilar una habitación cerca de la universidad para evitar pagar el transporte. Era un poco más caro, pero valía la pena. Estaba muy feliz por mis logros laborales y visitaba a mi abuela desafiando la mirada de mi abuelo que se fue diluyendo por mi carácter trabajador y persistente. Pasa el tiempo, y pude encontrar un trabajo complementario como administrativa, gracias a mis dotes matemáticas. Un día, me entero que el profesor Sanmartín había regresado a la universidad. Entonces me lleno de fuerza para preguntar por él y logro conseguir una cita. Él me recibe de una manera muy cordial y veo un hombre apacible y tranquilo. Pensé que al verlo tan dócil se me facilitaría la situación, pero fue todo, al contrario; esa inicial imagen fue una trampa en la que caí fácilmente, pues sentía que me ablandaba. Yo no sabía cómo iniciar la conversación, pero me presentó como la hija de Cecilia Gómez, una estudiante suya de hace veinte años. Su cara apacible se transformó en la de una bestia a punto de atacar. Inmediatamente, un aire helado se estableció entre los dos. Él me pide que me retire, puesto que no hay nada que hablar. Nuevamente saco valentía y le expreso que soy el fruto de sus encuentros. De una manera muy inteligente me dice que no sabe de qué le hablo. Su fría actitud hace que yo llore amargamente. Con mi deseo de establecer una ilusa relación con él, no había estudiado la posibilidad de que él podría hacer que perdiera mi empleo. Entonces, de repente, mi tristeza se convierte en un deseo de venganza. Le digo que si hace que pierda mi empleo yo gritaré a los cuatro vientos su falta de reconocimiento con la ayuda de un abogado, para solicitar un examen de ADN.

—¿Realizaste el examen para exigir tus derechos? —En un tono bastante molesto le pregunta Gianfranco.

—No lo hice. Mi admiración por él se derrumbó en un instante y, a partir de ahí, ya no estaba orgullosa de su herencia genética. Al contrario. Vi un ser abominable que se asusta y acepta mi amenaza. Me estrecha la mano, diciendo "trato hecho" como si se tratara de una transacción financiera. Salgo de allí jurándome que saldré adelante y que me congelaré emocionalmente. No permitiría más maltratos ni humillaciones. Mi relación con mi madre es nula y de su familia no tengo trato con nadie más, excepto con mi abuela, a quien veo

ocasionalmente. Finalmente, me gradúo y, gracias a mi buen promedio, pude conseguir empleo en una multinacional financiera. Ese es mi pasado que tanto me duele.

Los dos, se miran y se abrazan, porque saben que hoy ha sido un día muy importante. Ambos lloran profusamente. Han expresado todo su dolor contenido liberado en el transcurrir de una tarde. Gianfranco, siente que un gran peso sale de su corazón, y que un nuevo ciclo se abre. Valeria expresa su liberación pues no se había atrevido hablar de su vida personal. Observa en la mirada de Gianfranco mucha tranquilidad. De todas maneras, Valeria le pregunta a su amigo:

—¿Has perdonado al hombre que está en la cárcel?

—Él ya salió por su confesión y buena conducta. A veces lo perdono, a veces lo condeno, No tengo un estado definido. Lo único que sé es que el pasado no perdona y que no se puede juzgar. ¿Y en tu caso, has perdonado a tus padres?

—Por lo menos tú tratas de avanzar. En mi caso, no me nace hacerlo. Mi odio se ha convertido en frialdad hacia ellos. Prefiero no sentir nada. Solo indiferencia. Por eso estoy yendo a terapias para transformar esos malos sentimientos en algo bueno. A propósito, Gianfranco, me he dado cuenta de que eres un hombre serio. Te pido que quede esta conversación entre los dos.

El hombre todavía en un estado sensible, le agradece todo, la abraza y dice que descuide, que su vida ha quedado en buenas manos. Se marcha y Valeria queda sola.

## CAPÍTULO VII: Divina Juventud

Gianfranco después de visitar a su amiga, llega al café y le pide al mesero que termine de atender por el día. Sube al segundo piso de su local, donde tiene instalado un improvisado hogar. Una cama, un sillón y un bar. Abre la botella de whisky y se acomoda en el sillón comprado de segunda mano. Llora pues hoy su herida se ha abierto de extremo a extremo. Se dirige a un pequeño mueble, saca algunas hojas en blanco y realiza algunos trazos. Dibuja repitiendo los nombres de Giulia y Gino. Cada vez que termina un dibujo lo lanza al aire. Ya son varios. Bebe toda la botella hasta que se queda dormido. Ya es media noche. El mesero sube al segundo piso, para entregarle las llaves del local. Golpea repetidas veces, pero no hay respuesta. Sin embargo, él empuja suavemente la puerta y el joven Germán deja las llaves en la mesita de noche. Lo despierta suavemente para ayudarlo a desplazarlo hasta la cama, pero Gianfranco bastante alcoholizado repite el nombre de Valeria y le dice al joven:

—Germán, Alcánzame el whisky.

—Don Gianfranco. Por favor no tome más, mejor descanse.

—¡Hazme caso! —Gianfranco ordena de manera molesta.

El mesero no le hace caso porque Gianfranco se queda dormido en su cama y él lo cubre con una manta. Mira el piso, evitando pisar los bosquejos. Ajusta la puerta y se retira. Al otro día, Gianfranco despierta de una gran resaca y le surgen unas incontrolables ganas de comprar un ramo de lavanda para su amiga Valeria, como sinónimo de entregarse mutuamente una parte de sí. Se baña y baja al café y pide un contundente desayuno.

Entretanto Mariano, compra material fotográfico. Él todavía se resiste algo a la tecnología, y prefiere revelar rollos fotográficos en su propio cuarto oscuro con la técnica antigua de impresión. Cuando termina de comprar los materiales pasa por una floristería. Le pide a la vendedora que le preparé un bello ramo de lavanda pues piensa dejarlas en el departamento de Valeria. La vendedora un poco curiosa, le pregunta a quién serán dirigidas y él le dice que siente afectos por una chica. Cuando sale Mariano de la floristería, se encuentra con Gianfranco y se saludan.

—Mariano, ¿Cómo estás? ¡Qué bueno que te encuentro!

—¿Cómo está, Gianfranco?

—Me gustaría hacerte una pregunta: ¿Cómo es que no viste a la chica que atropellaste con tu bicicleta? —Con aire de reclamo pregunta Gianfranco.

—Precisamente le estoy comprando estas flores para excusarme. Le he hecho un daño inmenso, y pienso revertir esta situación.

—Es lo mínimo muchacho. —Gianfranco le da dos palmaditas en el brazo de Mariano y entra la floristería.

La vendedora saluda amablemente a Gianfranco, ya que es un cliente habitual. La mujer siempre le ofrece buenos descuentos. Él le pide un gran ramo de lavanda. La vendedora le pregunta:

—Don Gianfranco, veo que hoy ha comprado más. ¿Entonces esto significa que sí le están correspondiendo?

—Pienso que se debe demostrar los afectos el día de hoy. Mañana es tarde. —Le termina de corresponder con una gran carcajada, paga a la mujer y se va.

La mujer infiere que esas flores son para la joven que ahora anda en muletas. Ella los ha visto con el viejo y ahora con el joven. Se ríe sola, y ubica el dinero en la caja registradora exclamando:

—¡La suerte de la divina juventud!

Mariano llega a su departamento completamente molesto por la palmaditas que recibió de Gianfranco. Lo atribuye claramente a los celos que el viejo pudo sentir de su juventud.

Como él sabe que es bastante atractivo, su ego masculino opaca la inseguridad que sintió por algunos instantes. Se dirige al cuarto oscuro a dejar los materiales fotográficos. Luego busca un jarrón para que las flores de lavanda no se marchiten. Pronto va a la cocina y se prepara un batido proteínico de chocolate y le agrega tres huevos crudos, ya que su secreta pasión es la de cultivar su cuerpo. Después de tomar la bebida, mira su cuerpo. Sabe que es un hombre de muy buena estatura de corte atlético. Piensa un buen rato, buscando una excusa para poder visitar a Valeria. Sin duda le encanta, pero no sabe cómo abordarla. Sabe muy bien que debe aprovechar el tiempo de la licencia médica que le han otorgado a Valeria, pues pronto ella debe volver a trabajar. Antes de llamar a Valeria, se pone muy nervioso, a tal punto que siente que pierde algo de oxígeno. Respira profundo varias veces y hace prácticas gesticulares frente a un espejo que bordea los muros de la sala principal. Los signos de pánico que le produce la simple llamada, lo pone tan tembloroso que logra calmarse con un vaso lleno de agua helada. Se calma un poco, y habla en voz alta para practicar lo que desea decir: ¿Quieres salir a bailar conmigo? y se repite que es un tonto, pues ella no puede ni caminar. ¿Cómo está tu pie herido? y se recrimina por la trillada pregunta. ¿Necesitas algo? Se dice a sí mismo, que la respuesta será negativa pues se ha dado cuenta de que ella es muy autosuficiente. Por último, toma la decisión de ser un poco más directo, y llevarle las flores que ha comprado para ella. En fin, Mariano se enreda por la simpleza del acto de llamar a alguien. Toma el sobre, donde Valeria le escribió su número telefónico. Al marcar el teléfono, sus dedos le tiemblan como a un adolescente. De repente, de manera paradójica, la seguridad vino como un rayo, cuando ella le contesta:

—Hola Valeria, hablas con Mariano —expresa a la joven mientras se organiza la barba que procura mantener organizada.

—¿Cómo estás? cuéntame —responde Valeria, con tono cortante.

—Me gustaría pasar y dejarte algo. No me demoro nada.

—¿No puedes esperar hasta mañana?

—Seré muy breve.

—Bien. Entonces llega a las cinco de la tarde.

—Muy bien nos vemos allá. Hasta pronto.

Mariano no puede creer que ha logrado una cita. Se da cuenta de que el teléfono y sus manos están empapados ya que padece una enfermedad llamada hiperhidrosis. Va hasta el baño y se seca las manos. Se aplica el medicamento en forma de gel y se acuesta en la cama a esperar que sean las cinco de la tarde. Cuando se levanta, busca su mejor ropa para impresionar a Valeria, abre su ropero, pero hay tanto desorden. Hay ropa limpia mezclada con la sucia. Se desespera y la tira al suelo. Entonces, prefiere ir con la ropa que tiene puesta.

Finalmente ha llegado la hora, Mariano llega al departamento de Valeria. Ella abre la puerta. Mariano queda asombrado por su belleza ya que es una chica con una mirada intensa. Esto le produce un nerviosismo que no sabe si puede traicionarlo. Sin embargo, tratando de camuflar la angustia que le produce, le entrega las flores y le dice:

—Hola, un detalle para ti.

—¡Muchas gracias! —La joven intenta disimular la alegría al verlo.

—No pienso demorarme, me gusta cumplir mis promesas. Solo he venido a traerlas.

—¿Cómo sabes que me encanta las flores de lavanda?

—No lo sé. Eran las flores más llamativas del local donde las compré.

—¿Otra coincidencia? —Valeria le pregunta con cierto flirteo.

—Me gustaría que las pusieras en agua fresca.

—Prefiero dejarlas que se sequen. No quiero botarlas. Una vez que se marchitan, igual guardan un olor encantador. —Ella las pone en un jarrón.

—Bien, entonces me voy. Si necesitas algo, no dudes en llamarme.

El joven hombre se retira, ajusta la puerta y se va. A Valeria le parece que ha realizado un acto ubicado y le gusta que su privacidad esté siendo respetada, huele las flores y siente que ya se está acostumbrando a los gestos de Mariano.

## CAPÍTULO VIII: Suciedad interior

Valeria contrata un taxi para llegar puntualmente a la oficina. Sus compañeros la reciben con afecto y se ofrecen a ayudarla en lo que necesite. La ponen al día de todo lo sucedido en los días de ausencia y luego se retiran a su labor. Se acerca su jefe a saludarla y le delega tareas a ser entregadas en la tarde. Ella, muy animada trabaja cuidando cada detalle del proceso, pues se trata de proyecciones financieras para un contrato millonario que ha ganado la empresa. A pesar de la disposición de siempre, ella siente que es otra. Ha pasado por tantos eventos en el último fin de semana, ya que se está gestando un cambio interno en ella. Sin embargo, Valeria experimenta una preocupación absoluta por la desorganización de las actividades programadas en su hogar. Piensa en su psicólogo y le envía un mensaje de texto para apartar una cita al final de la tarde. Mientras trabaja, siente una energía diferente. Por primera vez en su vida está pensando en sí misma, pero vuelve a pesar en el desorden que se está generando en su hogar. Realiza su trabajo con el mismo profesionalismo, pero se la pasa mirando el reloj central de la oficina, pues unos deseos inmensos de hablar con el terapeuta la controlan. Quiere hablar cuanto antes y comentarle que su primer ejercicio de liberación fue realizado. Igual, el tiempo pasa volando y llega a su cita con el terapeuta. Llama al taxista para que la recoja. Quince minutos después, llega al consultorio. La secretaria le indica que el psicólogo la atenderá en diez minutos. Los diez minutos se transforman en treinta, y treinta en cincuenta, tiempo suficiente para que Valeria se desespere, ya que no tiene la paciencia para no estar haciendo nada productivo. Finalmente, la secretaria la invita a seguir al consultorio. El psicólogo Isaac Jiménez se excusa y se queda sorprendido por el evidente accidente que Valeria ha sufrido.

—Buenas Tardes, Isaac. —Diplomáticamente saluda Valeria, tratando de encubrir su molestia por el tiempo de espera.

—¿Qué te ha pasado? —Bastante preocupado le pregunta el psicólogo.

—Un accidente saliendo hacia el trabajo.

El terapeuta la ayuda a ubicarse, pero ya Valeria ha ganado cierta habilidad tanto en desplazarse como sentarse. La joven actualiza al psicólogo sobre los hechos que han desestabilizado su cotidianidad. Isaac le expresa que ve algo nuevo en ella. Ella le cuenta de que ha dado un paso importante para romper con su hermetismo y le aclara que por fin le ha contado su vida dolorosa a alguien que también ha tenido un destino trágico. El terapeuta le llama la atención especialmente lo que está hablando en primera instancia:

—¿Valeria, a qué te refieres exactamente sobre la "desestabilización" de la cotidianidad?

—Sí, he logrado estructurar mi vida, desde que dejé el desorden de la casa de mi madre; además, convertí la indiferencia absoluta de mi padre, en una vida organizada, limpia y recta en todo sentido. Especialmente considero que el único lugar que puedo ejercer control es en mi hogar. No soportó que mi casa este hecho un desastre. Desde que me accidenté, no puedo realizar actividades simples como agacharme a arreglar el jardín, aspirar la alfombra o limpiar el polvo acumulado en la biblioteca. No soporto que la taza del café deje marcas en la mesa; claro, lo he limpiado, pero no queda como debería estar: impecable. El hombre la observa fijamente, y todo lo que ella dice, lo plasma en unos extraños símbolos sobre un cuaderno.

—¿La limpieza de tu hogar lo realizas cada fin de semana? ¿Cada tres días? ¿Todos los días?

—Todos los días debo dedicar dos a tres horas de limpieza, a veces puedo durar cuatro horas de limpieza, sobre todo el baño y la cocina. Es indispensable que todo luzca resplandeciente. El punto es que llevo casi cuatro días sin organizar y sinceramente me

parece que todo está en un estado inaceptable. Debo comprobar diariamente que todo esté limpio.

—¿No puedes contratar algún servicio de aseo que se ocupe de las tareas?

—Imposible. No me gustaría contratar a alguien que me ayude a limpiar. Si permito que alguien limpie mi casa, estaría indagando en mi privacidad: leyendo los títulos de mis libros, los nombres de mis películas, los productos, las cajas en las que guardo algunos documentos, escritos, diarios, etc. No soportaría que alguien tocara mis cosas.

—Valeria, ¿qué vas a hacer si tienes tu pie lastimado? No puedes controlar las cosas que demanda tu hogar. ¿Qué harás?

—No sé, pero trataré de limpiar mi hogar lentamente. El problema es que esta mañana me dio una ligera explosión de cólera, viendo la acumulación de polvo que tienen las sillas de madera del comedor. Quería limpiar, pero como le digo, todavía siento dolor en flexionar.

—Valeria, has analizado ¿qué significa la limpieza excesiva que aplicas en tu vida cotidiana? —El psicólogo le pregunta mientras continúa rayando el cuaderno, con exagerados trazos.

—Puede ser... ¿Control, orden, seguridad? —Valeria le intriga lo que hace el psicólogo.

—Sugiero que analices profundamente también otra pregunta ¿Qué intentas eliminar de tu interior?

—¿Está intentado decir que existe suciedad en mi interior?

—No lo he dicho yo. Lo has dicho tú.

La joven se molesta por las preguntas psicológicas. Justo en aquel momento, termina la sesión. El psicólogo le recomienda que reflexione y comparta las conclusiones a las que ella ha llegado próximas sesiones. Valeria se retira indignada mientras él continúa consignando la sesión en el cuaderno, esta vez con una rara caligrafía.

## CAPÍTULO IX: Romance Lunático

Los días y las semanas transcurren para Valeria. Ella ha preferido ignorar la tarea que le ha dejado su terapeuta. De todos modos, reflexiona la relación entre ser excesivamente prolija y su mundo interior. A veces se resiste a creer aquellas inferencias del psicólogo. Llega la conclusión que está ofendida. Después piensa, y se pide a sí misma, ser objetiva con el análisis. Después de la sesión, han pasado muchos días, y ella no responde las llamadas del terapeuta. Un día llega tarde a su casa, pues hubo una junta extraordinaria sobre unas decisiones tributarias que se determinaron a última hora. Camina con un poco más de normalidad pues en la última visita al doctor, este le ha retirado la férula. Su pie ha tenido una leve recuperación, así que ha dejado las muletas. Se desplaza hasta su jardín con un recipiente lleno de agua para regar sus plantas, y se da cuenta en el trayecto que algunos almohadones del sofá han sido cambiados de lugar. Esto le produce tal ira que termina por mojar la alfombra. No le queda más remedio que limpiar y secar.

En pleno momento irritable llama Mariano y le pregunta si quiere comer algo ligero. Ella le responde de muy mala manera, pero él logra calmarla y le propone arreglar el mal rato con una deliciosa pizza. Ella accede y toma su abrigo para encontrarse con Mariano.

Se encuentran en la pizzería del barrio, un lugar bastante pintoresco, con ambiente tenue. Valeria encuentra precioso el lugar y el mal momento que ha pasado en su departamento se ha desvanecido. Mariano le propone si desea acompañar la pizza con vino o bebida gaseosa. Ella elige vino. Mariano entonces ordena la pizza al gusto de Valeria y el mejor vino de la casa. Valeria no puede evitar que le guste el galanteo. Por lo tanto, le pide que le dé un momento para ir al baño. La joven aprovecha el momento para perfeccionar su maquillaje y aplicar disimuladamente un discreto perfume que guarda en su cartera. Luego, ella regresa y encuentra una bonita mesa con una deliciosa pizza mediterránea y un vino chileno. Las conversaciones, risas y coqueteos están a la orden de la noche. Mariano, en un tono bastante caballero, le dice al mesero que él se encargara de la atención de la mesa. Mientras charlan animadamente. Valeria se da cuenta de que ha recibido un mensaje de Gianfranco. Ella disimuladamente apaga el celular. Entretanto, Mariano se encarga de servir las copas y los platos. Valeria entre risas expresa que se siente algo mareada, pero ella le atribuye aquella sensación al vino pues ya ha bebido más de tres copas. La atracción de los jóvenes no da más espera. Se quedan mirando fijamente, tratando de adivinar quién dará el primer paso para el primer beso. Ella no aguanta más y es ella quien lo besa apasionadamente. El joven paga la cuenta, y caminan por el parque como un par de enamorados. Mariano está muy pendiente del pie de Valeria y dice que tenga cuidado al caminar. Paran un instante y le señala cuán grande está la luna. Escuchar esto para Valeria, siente que su pasión se exacerba más y dice que con razón está viviendo un romance lunático. Los deseos se hacen más incontenibles. Valeria, decidida, le propone que vayan a su departamento. Ella lo invita a seguir, y saca de un pequeño mueble un vino que no había abierto desde la navidad. Saca las dos copas y Mariano se ocupa de servirlas. Se sientan en el sofá. Entre copas y besos terminan en la habitación. Cuando Mariano entra a la habitación, se da cuenta de que hay un gran espejo y esto lo hace enloquecer aún más de deseo. Valeria se asombra del cuerpo atlético de Mariano y le confiesa cuánto le gusta. Hacen el amor hasta las cinco de mañana. Mariano se queda dormido, pero Valeria está despierta pues no da crédito en lo que ha sucedido. Sabe que tiene que dormir un par de horas antes de ir a la oficina, toma el brazo de Mariano y logra conciliar el sueño.

Pasan los días y el romance se consolida aún más. Comparten más tiempo juntos, y después del trabajo, van al cine. Otros días, Valeria, lo invita a pequeñas cenas improvisadas en su hogar. Un día, Mariano le informa a Valeria que no podrá estar con ella el jueves por la tarde, pues deberá cuidar a su madre. Valeria le dice que no hay ningún problema y piensa

que esta situación será favorable para oxigenar la nueva relación tan intensa que se ha formado.

Como de costumbre, Valeria llega a su casa, y se da cuenta de que no tiene el mismo aire de organización. En la cocina, se percata de que los cubiertos han sido intercambiados de lugar y en la habitación, sus prendas de vestir están cambiadas de posición en el ropero. La nueva situación le genera muchísima sospecha e incluso miedo, porque su primera reacción es pensar que alguien ha entrado a su casa. Los extraños intercambios le producen un mayor estado angustiante cuando entra a su habitación y ve algo que la asusta aún más: puertas del ropero abiertas de par en par con algunas prendas de ropa interior caídas en el suelo.

## CAPÍTULO X: Bonsái Q.E.P.D.

Han pasado ciertos detalles que se escapan del orden exhaustivo que intenta supervisar diariamente la joven. Concluye que está distraída por el cambio de rutina que le ha impuesto el accidente en el pie y su nuevo romance. La tranquilidad se difumina y la invade nuevamente la angustia. Nada en esta serie de eventos le parece lógico; la situación con los sobres y bosquejos de ojos que ha recibido y detalles del hogar, que están cambiados de lugar o dirección. Todo esto la pone muy nerviosa. Intenta calmarse, pues sabe que ha habido cambios importantes en su vida, la recuperación lenta de su pie, su nuevo romance y los nuevos horarios en la oficina, así que logra convencerse, que lo sucedido es producto de su distracción

Pasan algunos días. Las rutinas laborales agotan un poco a Valeria, pero con energía para ocuparse de su jardín. Le pide perdón a sus plantas y árboles, especialmente a su bonsái, expresándoles que no ha sido "una buena madre jardinera". Poda, riega y limpia. Está contenta porque puede flexionar su cuerpo suavemente pues, poco a poco, ha podido recuperar la fuerza de su pie. De repente se acuerda de su psicólogo. Tiene un pequeño remordimiento por no responderle las llamadas. Toma su teléfono y le envía un mensaje de texto, indicándole que cuando esté preparada para contestar la última pregunta, retomarán las sesiones. De repente, suena el teléfono.

—Valeria, ¿Cómo estás? Quiero proponerte algo.

—¿Mariano, ¿Qué estás pensando?

—Aprovechando que vives en el barrio de mi madre, quisiera que me acompañaras a verla. Quiero presentártela.

—¿Esta misma tarde?

—¿Es posible?

—Para mí es un honor conocer a tu madre.

—De acuerdo. Paso al medio día. Ella va a prepararnos un delicioso almuerzo.

Después de la inusitada propuesta, Valeria busca su mejor vestido y se alista para ir a la cita. Está algo nerviosa, pues le luce apresurada la propuesta de Mariano y se cuestiona el haber aceptado. No quiere tener "familia política", le desagrada todo tipo de compromiso familiar.

A la hora, vuelve a llamar Mariano:

—Valeria, se cancela la cita.

—¿Qué ocurrió? Te escucho nervioso.

—Debo llevarla a la clínica. Siente una opresión fuerte en el pecho.—Le aclara Mariano, quien suena realmente muy preocupado.

—¡No puede ser! Déjame acompañarte.

—No, a mi madre le gusta su privacidad, más en temas de salud, y no me gustaría molestarla con eso.

—Por favor, te pido que me mantengas informada.

—Te prometo pasar por tu departamento tan pronto pueda.

Valeria cuelga el teléfono y su vestido. A pesar de que no le gustan los compromisos familiares, se preocupa por la desconocida señora. Se pregunta si se trata de un ataque al corazón. Igual, al poco rato su nerviosismo desaparece. Se pone ropa cómoda y va al supermercado a comprar algunos quesos y vinos para Mariano. Hace una pequeña parada en el café de Gianfranco. Él se alegra de verla nuevamente. No pueden conversar mucho porque es un día particularmente ajetreado para él. Se despide Valeria y regresa a su departamento.

Cuando abre la puerta, Valeria no da crédito lo que ve: sus plantas de fresas están regadas por todo el departamento, la tierra húmeda esparcida por la alfombra y el recién

podado bonsái encima de su hasta hace poco organizada cama. Ella grita y llora de dolor por lo que le han hecho. Definitivamente, se convence de que no es una distracción de su parte y que se trata de un acoso. Alguien la está hostigando. Reúne mentalmente los eventos desde las extrañas tarjetas con los ojos dibujados y las cosas cambiadas de lugar. Toma un cuchillo para que la acompañe a revisar todos los espacios del departamento y se cerciora que no haya nadie. Llama a Mariano angustiada y le cuenta lo que ha encontrado. Él, preocupado, le dice que, todavía está en el hospital, pero que, en cuanto deje a su madre estabilizada, irá a buscarla. También le dice que se tranquilice y vaya al café, porque allá estará segura, y que por nada del mundo se quede en el departamento. Mariano teme por su seguridad y la calma, prometiéndole cuidarla toda la noche. Valeria va llorando hacia el café:

—¿*Tesoro*, que te pasó? —Asombrado recibe con los brazos abiertos a Valeria.

—¡Horrible! Gianfranco. Han entrado a mi departamento y destrozaron mi jardín. Se ensañaron con mi amado bonsái.

—¡Oh ven aquí, *Tesoro*! —La consuela abrazándola con mayor fuerza.

—Alguien me vigila, me acosa. ¡Qué clase de enemigo me he ganado! —Llora la joven amargamente.

—Ven siéntate. —Ubica a Valeria en la mesa de siempre.

Valeria le cuenta los sucesos extraños en su departamento. A la hora, llega Mariano al café, quien la besa y la consuela. Gianfranco comprende de inmediato el motivo de la ausencia de Valeria. Se sorprende un poco de la actitud de su amiga y se cuestiona el por qué no le ha contado acerca de su nueva relación, luego de la cercanía que habían logrado después de la confesión conjunta de sus vidas privadas. A pesar de esto, Gianfranco le promete a Valeria que, frente a cualquier situación que pasé, él irá a protegerla. La nueva pareja sale del café. A Gianfranco no le gusta la nueva actitud de Mariano. Mariano también mira con recelo al dueño del café.

La pareja llega al departamento y él limpia todo el desastre mientras Valeria se lamenta por la destrucción de su jardín, especialmente por el bonsái que tanto amaba. Lo toma y las raíces están destrozadas. Debajo de la tierra húmeda, ella encuentra una hoja con un bosquejo del ojo. Esto último la pone aún más nerviosa y definitivamente se convence que es un acoso. Alguien ha entrado en su casa. Valeria no puede dejar de llorar y pone al destrozado bonsái en una bolsa, dejándolo en el balcón. Afectada le dice "que en paz descanses" a su bonsái. Mariano le pregunta si tiene enemigos y ella sospecha de un grupo de colegas que le tienen envidia, pues no sabe a quién más relacionar. Luego la llama Gianfranco y le pregunta lo mismo. Además, él le dice, que quizás sean unos delincuentes que frecuentan departamentos cuando los dueños no están. Ella queda confundida y sospecha aún más. Entonces, decide llamar a la policía y Mariano la apoya. Llegan a los diez minutos. Valeria muy nerviosa, les cuenta los hechos desde los extraños dibujos del ojo, los cambios de posición de ciertos objetos de la casa hasta la destrucción de su jardín. A ellos se les parece menor la escena y le restan importancia al asunto, diciendo que lo del bonsái destrozado ha debido ser una broma de mal gusto o que alguien habrá entrado a robarle, pero, al no haber visto nada de valor, se vengaron ensuciándole el departamento. Valeria les afirma que ningún objeto de valor se encuentra en el departamento. Los agentes de policía concluyen que hicieron todo eso para molestarla. Al ver que Valeria no queda satisfecha con sus explicaciones, le aclaran que es normal que los ladrones hagan cosas así, como ensuciar las paredes, dejar las heladeras abiertas para que todo quede mojado, romper vidrios, orinar en los rincones, etc. De todas maneras, ella insiste con el dibujo que encontró debajo del bonsái destrozado y ellos les interpretan como la extensión de una paranoia. Se retiran y Valeria queda inconforme con la actitud incrédula de los policías. Mariano le pide que se calme, y le dice que es preferible tomar decisiones con la mente descansada. La

convence. Ambos terminan de limpiar el desorden creado. Llega la noche, y Mariano la abraza todo el tiempo y se queda con ella, como él lo ha prometido.

A la mañana siguiente, un precioso día de domingo, nada logra animar a Valeria. Deja de prestar atención a la rutinaria organización de su hogar. Se convence que aquella supervisión que controlaba a diario en su departamento le está ocasionando estragos mentales. Advierte que verificar la posición de los objetos se está convirtiendo en una tortura. Mientras ella realiza las revisiones, Mariano la observa y le formula una pregunta inquietante:

—Valeria, espero que no te molestes con mi pregunta: ¿no será que tú estás haciendo estos actos vandálicos y no te das cuenta?

—¡Qué insensibilidad! ¿Qué me estas intentando decir? ¿Qué estoy loca? —Furiosa, le pregunta.

—Lo pregunto porque la cerradura no está violentada. He preguntado a los vecinos y no han visto algún sospechoso entrando al departamento.

—¿Sabes qué? ¡Quiero que te vayas de mi departamento y me dejes sola!

—Valeria, solo digo una posibilidad.

—¡Vete! —Valeria le señala la puerta.

El hombre no puede creer la actitud de Valeria. Toma su abrigo y se va. Valeria va hacia la cocina, saca un cuchillo aún más grande y lo pone en la mesa de la sala, en caso de que vuelva el acosador.

## CAPÍTULO XI: Espectros de paz

Gianfranco cierra el local a las doce de la noche y sube las escaleras que dan a su hogar. Le agrega un poco de whisky, pero esta vez al café. Termina de leer su periódico vespertino de suscripción. A él le encanta leer tanto en la mañana como en la noche. Toma un poco del café *Irish* y recuerda que se ha prometido a sí mismo dejar paulatinamente el alcohol, pero sabe que no podrá ser de golpe. A pesar que Valeria tiene una nueva pareja, él la extraña profundamente. Se sienta en su viejo sillón y luego recuerda una obra musical en piano del maestro ruso Rajmáninov. Se dirige a un viejo baúl y le da alegría encontrarlo. Pone en el viejo tocadiscos *Preludio en do sostenido menor*. Se emociona al escucharlo, pues esta obra le ayudaba a aplicarse con gran concentración cuando trabajaba con su esposa. De repente, le surgen unas ganas inmensas de dibujar mientras escucha otras obras prodigiosas, como *Nocturnos* de Chopin. Tiene tanta inspiración que dibuja bellamente el rostro de su amiga Valeria. Cuando lo termina, lo guarda en un libro para después entregárselo. Las obras musicales lo transportan a la época cuando trabajaba en el taller del maestro Enrico. Recuerdos felices inundan de emoción a Gianfranco. Dibuja a Giulia, luego a su hijo, Gino. No puede creer la fidelidad de los rasgos fisonómicos que ha logrado. Al terminar de dibujar se queda dormido, y tiene el siguiente sueño: una figura transparente se le acerca. Gianfranco reconoce a Giulia observándolo con amor, aparece luego su hijo, con gran felicidad en los ojos. De repente, un calor especial envuelve al cuerpo de Gianfranco. Se despiden las dos figuras señalándoles el corazón. Gianfranco se lleva las manos al pecho. El sueño se acaba, dejando detrás de sí una sensación de calma en la habitación. Gianfranco duda si ha sido un sueño o una visión, por la nitidez de la imagen. Sabe que está tomando menos alcohol, así que no puede atribuir aquella escena a posibles distorsiones de la realidad. Queda en un estado de indescriptible felicidad. Percibe que una luz nace en su interior. Quisiera llamar a Valeria, pero sabe que es tarde, además, con su nueva relación, prefiere ser prudente. Siente que la música le ha abierto todos los sentidos, así que decide pintar rápidamente lo que ha visto. Termina los bosquejos y los guarda en una carpeta. Gianfranco sabe que esta noche marca un antes y un después en su vida. Pues no los había soñado desde la pérdida familiar. Ha concluido que la liberación y los pasos del perdón hacia sí mismo le están permitiendo ver a su familia difunta. Decide volver a dormir y trata de repetir en su mente aquellos espectros de paz, hasta caer nuevamente en un sueño profundo. Al otro día Gianfranco despierta muy emocionado por la visita del más allá. Pero no sabe cómo interpretar aquella señal que sus familiares hicieron. Se levanta con una felicidad que no experimentaba hace más de diez años. Decide ir a la marquetería para solicitar que los dibujos que se plasmaron de las visiones y el dibujo del rostro de Valeria sean enmarcados. El dueño de la marquetería felicita a Gianfranco y le da su opinión:

—¡Excelentes retratos!

—Muchas gracias.

—¡Qué hermosas mujeres!

—¡Sin duda!

—Hay un especial brillo en los ojos de la mujer joven.

—Sí, es una mujer bastante lista.

—En cambio en la otra mujer tiene una mirada serena.

—Creo que he podido plasmar la personalidad de estas increíbles mujeres.

Gianfranco se regocija al escuchar los comentarios del hombre. Piensa que sus talentos aún están intactos. Regresa al café con las nuevas enmarcaciones y las guarda en su habitación. Baja al café y se dispone a trabajar. De pronto entra el mesero con una gran caja de provisiones. Recuerda que tiempo atrás habían conversado sobre el significado de los

sueños. Sabe que tiene confianza con su empleado pues es discreto y responsable. No hay mucha afluencia en el café, así que decide llamarlo:

—Germán, tengo una duda, pero no es de tipo laboral. —Gianfranco finaliza la oración con una risa nerviosa.

—Cuénteme jefe, ¿le ocurre algo?

—Estoy bien. Solo que anoche tuve un sueño o una visión. Todavía dudo de ello. Lo único que puedo asegurar es que me inquieta.

—Cuénteme su sueño.

—Unos familiares fallecidos señalaban mi corazón y luego se despedían pacíficamente ¿cómo interpretas tú este sueño?

—Los sueños se convierten en lugares etéreos para encontrarnos con nuestros seres queridos que han partido a otros planos. Tengo la creencia que nuestros "muertos" regresan para advertirnos de algún acontecimiento que podría afectar nuestra vida. Si han señalado su corazón, considero que ellos intentan entregarle un mensaje de protección emocional. Pase lo que pase ellos estarán protegiéndolo, en caso de algún incidente emocional. Claro está que también pueden hacerle entender que cuide su corazón físico. Don Gianfranco, es mi interpretación. Usted tiene otra cultura, pero en la mía, damos importancia al mundo espiritual.

Gianfranco agradece la interpretación y le pide a Germán que regrese a sus actividades. Queda aún más confundido. Se formula las siguientes preguntas: ¿Su salud corre peligro? ¿De quién deberá protegerse emocionalmente? ¿Quién le hará daño? ¿Qué incidente podría pasar en sus primeros momentos de paz?

## CAPÍTULO XII: Burla a la cordura

Transcurre un par de días. Una cierta normalidad regresa al departamento de Valeria pues al parecer la misteriosa presencia no ha dejado signos de aparición. No obstante, aquel lugar impecable pasa a ser un lugar desordenado, con mucha acumulación de polvo y ropa sin organizar. El jardín está completamente olvidado y las fresas empiezan a secarse. Valeria sabe que el último evento de su jardín destruido la ha hecho descuidar el hogar. Por otro lado, le remuerde haber gritado a Mariano. Lo llama y este no contesta. Se desespera y vuelve a intentar el llamado una hora más tarde. No lo consigue. Pasa la tarde deprimida y la soledad la carcome. Llega la noche y, preocupada por Mariano, vuelve a marcar y este le contesta:

—¿Aló?

—¿Por qué no contestabas? Te he marcado todo el día.

—Me dijiste que me fuera de tu casa. Eso hice.

—Discúlpame, estoy teniendo reacciones que yo misma desconozco.

—Entiendo. Pero no tienes derecho a tratarme de esa manera tan hostil.

—Ven. Hablemos.

—No puedo. Estoy ocupado.

—¿Después vendrás?

—Sí. Por favor cuídate.

Valeria, se percata que todavía Mariano está dolido por su reacción. Se avergüenza. También tiene otro remordimiento pues se ha olvidado completamente de Gianfranco y de sus clases de italiano; luego, piensa que Mariano no es muy conversador como antes, pero si sumamente afectuoso. En esa parte, ella realiza comparaciones. Con Gianfranco, hablaban tantos temas tan profundos con gran complementación intelectual. Con Mariano existe una química increíble, difícil de ignorar. En plena reflexión, recibe un llamado de Gianfranco quien le pide si puede visitarla al otro día. Valeria se alegra y dice que puede venir. En ese justo momento llega Mariano al departamento y Valeria le da un gran beso, y él le corresponde. Olvidan el disgusto y se reconcilian. Ella le prepara una rápida cena y le dice:

—Mariano, antes que lo olvide: mañana no podemos vernos.

—¿Por qué? ¿Ahora qué pasa?

—Mañana viene Gianfranco. Quiero compartir con él. Se ha portado muy bien conmigo y no quiero que sigan pasando las semanas sin verlo.

—¿No puede venir entre semana? Los fines de semana siempre lo pasamos juntos.—De manera celosa, expresa Mariano.

—Lo tengo abandonado. Debes entender.

Mariano le pide disculpas a su novia, por su reacción algo posesiva. Le expresa que lo entienda pues prácticamente él está viviendo en el departamento, con la diferencia que él duerme donde su madre. Ella encuentra la razón a Mariano, pero le pide que también la comprenda ya que Gianfranco es una parte muy importante de su vida.

Al otro día Mariano está muy aburrido. Va a la floristería a comprar algunas rosas para su madre. Durante el trayecto reflexiona que está muy acostumbrado a la presencia de Valeria en su vida. Así que decide ir a su departamento a encerrarse en el cuarto oscuro a revelar algunos rollos que tenía en su bolso. Mientras que retoca algunas fotos, siente celos al pensar que Gianfranco irá al departamento de su novia. Así que decide llamar a Julián, un amigo que también se dedica a la fotografía. Lo convence a tomar algunas cervezas. Una hora más tarde, llega su amigo y Mariano lo invita al cuarto oscuro donde también tiene un muro con un gran espejo.

Los dos amigos hablan de todo un poco. De repente, Mariano cambia de actitud y su amigo le pregunta qué le pasa:

—Confieso que a pesar de que siempre me ha ido bien con las mujeres, no estoy muy seguro por Valeria. Siento incertidumbre en la relación que ambos estamos iniciando.

—Mariano, ¿pero tu relación es seria para hablar de esta forma?

—Esta relación es especial. Pero tengo otra confesión. Estoy celoso de Gianfranco.

—¿El italiano viejo del café?

—Sí.

—Creo que es un poco mayor para tu novia. —Su amigo lo dice en tono burlón.

—¿Qué tiene que ver la edad? ¡No seas ridículo! En fin. Tengo además celos profesionales he visto en sus cuadros un don increíble en sus trazos.

—Eres fotógrafo. Tienes otro talento que no se puede comparar a la pintura.

—Estudié fotografía porque encuentro que es una manera de plasmar la realidad automáticamente a diferencia de los artistas plásticos que pueden hacerlo sin necesidad de tecnologías.

—Mejor tómate una cerveza y relájate. Disfruta tu relación, sin analizar el futuro. Además, lo más incierto son las relaciones amorosas y que no queda más camino que vivir el romance del presente.

—¡No soporto tus ideas desprendidas! —De repente, se le desencadena a Mariano, la hiperhidrosis de las manos. Toma unas toallas y se las seca. Julián ya conoce la afección de Mariano, y sabe que solo le pasa cuando las emociones son muy extremas, por tanto, le cambia de tema, para que no sufra más. Termina la visita y Julián se va.

Simultáneamente, Gianfranco llega al departamento de Valeria. Se da cuenta de que aquella pulcritud del departamento ha desaparecido. Ve muchos platos y vasos sin lavar y la basura está atiborrada de cajas de comidas rápidas. También observa que el jardín está completamente seco. Valeria se da cuenta de lo asombrado que está Gianfranco, pero ella lo ignora. Ella lo invita a sentarse, y ella recibe el cuadro con un bonito papel de regalo:

—Toma mi amiga, ábrelo, lo pinte pensando en ti.

—¿En serio? ¿Qué has hecho? —Sorprendida Valeria abre su regalo y se queda mirando el retrato con ternura.

—¿Qué opinas? —Con el ánimo de saber pronto la impresión del retrato, Gianfranco evidencia cierta ansiedad.

—¡Que puedo decir, ¡Estoy sin palabras! ¡Tienes una habilidad increíble en plasmar mi mirada!

—¡Lo más lindo que tienes en tu cara, son tus ojos!

—Muchas gracias, Gianfranco. —Con mucha emoción deja el cuadro al lado de la pared.

—Además, tengo otro regalo, pero este no es tan artístico.

Le entrega una bolsa con un delicioso emparedado y un café en un pequeño termo. Valeria ríe con el comentario simpático y Valeria guarda su comida en el refrigerador. Pero también se da cuenta de que dentro de la bolsa está el periódico del día y se lo devuelve a Gianfranco, él lo toma, y lo pone en la mesa de centro, diciéndole que lo quiere compartir para que no se aburra. Conversan de temas cotidianos. Gianfranco, de repente, cambia el tema:

—El motivo del regalo, es para agradecer tu interés en mi curación personal. Desde aquel día de nuestra conversación, Me han pasado cosas extraordinarias.

—¿Ahora cómo te sientes?

—Encuentro que me he perdonado. Haber enfrentado mi dolor, ha logrado que observe mi tragedia como un regalo divino.

—¿A qué te refieres?

—Valeria, espero que no pienses que estoy loco, pero una noche, estaba con una gran inspiración. Te pinté a ti, luego a mi esposa y a mi hijo. De repente, tuve un sueño o una

visión. Me confundo porque las escenas fueron muy nítidas: dos figuras de luz aparecieron delante de mí. Eran mi esposa y mi hijo, con sus miradas, yo los percibí en estado de paz. Era una clara escena cuidándose uno al otro. A mi esposa la vi muy joven. Súbitamente, aquella brumosa escena, se dispersó, e inmediatamente la plasmé en otro dibujo.

—¿Tienes los dibujos aquí?

—No. Los tengo en el café. Cuando vayas te los enseñaré.

—¡No sé qué decirte, esto es increíble!

Gianfranco de forma poética, describe a Valeria, el nuevo hombre que es. Él está tan emocionado que no para de hablar. Pero Valeria se da cuenta de algo extraño en el periódico, hay un dibujo, del mismo ojo, algo garabateado que le han dejan en el departamento. Ella entra en pánico, y trata de disimular su miedo. Ella pretende que lo escucha, tratando de ocultar su miedo, pues piensa que en cualquier momento puede atacarla. Se convence definitivamente que el acosador es su amigo. Mira el cuchillo que dejó en la mesa. Valeria lo interrumpe, y le hace saber que le ha vuelto el dolor en su pie y que desea ir a descansar. Gianfranco comprende, toma su abrigo y se va. Valeria verifica por la ventana si se ha ido del edificio y luego se lleva las manos a la cabeza y llora. No puede creer que al hombre al que le ha dado toda la confianza, esté desquiciándola. Vuelve a mirar ese dibujo extraño en el periódico. Piensa que detrás de tal caballerosidad se encuentra un hombre desequilibrado. Se altera bastante, toma el teléfono, y llama rápidamente a Mariano. Él la escucha agitada y este a su vez, corre a su auxilio. Mientras que llega Mariano, Valeria tiene un ataque de ira y se dirige hacia el retrato pintado por Gianfranco estrellándolo contra la pared. En ese justo momento, entra Mariano y no da crédito de los que está viendo:

—Valeria ¡Cálmate! ¡Te puedes lastimar! —Mariano la toma por los brazos y la contiene.

—¡Ya sé quién es la persona que me quiere enloquecer! —Afirma Valeria desconsoladamente.

—¿Quién es?

—¡Es Gianfranco!

—¿Estás segura? ¿De dónde sacas tal afirmación?

Valeria le cuenta todo lo que pasó, los detalles de la historia psicótica de los espectros, el periódico con el ojo garabateado y el regalo. Mientras Mariano escucha, se enfada mucho y califica a Gianfranco de loco y cínico. Al mismo tiempo, llama la atención a Valeria por la destrucción del retrato, ya que la policía podría haber cotejado los trazos del retrato con el garabato del periódico. Ella le encuentra la razón y busca una bolsa para guardar el retrato. Mariano, con expresión preocupada en su rostro, se acerca a Valeria y dice que tiene que saber algo más:

—¡Ya no puedo resistir nada más, Mariano! ¡Pero te exijo que me cuentes ya! —La histeria apresa a Valeria y su cara está irreconocible.

—No te molestes con lo que te voy a decir, pero cuando llegó el día en que nos conocimos ya sabía tanto de ti que en ningún momento te sentí una persona nueva —le dice el joven, con cierto temor a nuevas reacciones.

—¡No puede ser! ¡Mi intimidad al descubierto! ¿Cómo lo sabías? —El llanto se hace más frenético mientras Mariano la abraza.

—Yo frecuentaba el café antes de conocernos. Gianfranco mencionaba tu nombre por cada oportunidad de charla con los clientes. No paraba de hablar de lo bella que eres. Sin embargo…

—¿Sin embargo qué? —La joven le insiste que termine la idea pues Mariano se complica en terminar la idea.

—Sin embargo, reía de tu prolijidad, pero destacó tu profesionalismo laboral y tu amor por la cultura italiana. Él está obsesionado contigo ¡Pero, por favor no llores más!

—¿Cómo quieres que no llore? ¡Si mi vida ha sido expuesta por todo el barrio! ¡Gianfranco fuera que está psicótico, además es un indiscreto! ¡Me ha traicionado! ¡Jamás no lo hubiera creído de él! ¡Se burla de mi privacidad, de mi hogar, de la cordura! ¡Ahora entiendo todo! Haciéndose pasar como un padre comprensivo, tratándome supuestamente como una hija. ¡Y resulta que, para rematar, Gianfranco está obsesionado conmigo!

Mariano la alza en brazos y la lleva a la habitación, la cubre de mantas y almohadones para que termine de desahogar todos esos sentimientos decepcionantes. Le prepara un té de canela que él mismo se la da. En definitiva, ella se queda dormida y él se queda al lado de ella, cuidándola.

## CAPÍTULO XIII: *Addio* Italia

Después de lo sucedido, algunas semanas transcurren con cierta calma. Valeria intenta poner de su parte para reconstruir su cotidianidad. Mientras trabaja, los recuerdos intermitentes con Gianfranco se hacen más intensos. Se promete a sí misma que hará lo posible para evitarlo, de hecho, ha cambiado las rutas para llegar al trabajo; sabe que deberá dar una gran vuelta a la manzana para evitar algunos posibles encuentros con Gianfranco, como la panadería donde encarga la pastelería para su negocio y esto le demandará caminar por otro barrio. Pero no le importa. Pues está completamente decidida a no hablar más con el hombre italiano. Tanto ha sido el impacto que ha reunido todo el material que ha comprado para el estudio de la cultura italiana y lo ha puesto en una gran caja para donarlo a la biblioteca municipal. Descubre en ella misma, una faceta radical para poder olvidar este amargo ciclo de su vida. Quiere cerrarlo a como dé lugar. Mariano se ofrece a llevar los libros a la biblioteca, sin embargo, le pregunta si está segura, ya que él piensa que la cultura no tiene nada que ver. Ella está tan determinada que hasta su pequeña colección de películas italianas las pone en una caja para realizar otra donación. Sin embargo, algunos momentos de negación se apoderan de ella, pues resiste a creer que Gianfranco se ha obsesionado con ella. Van a la biblioteca juntos y hacen la donación. Luego, regresan al departamento, y Valeria con cierta sensación persecutoria revisa el orden de su hogar y se da cuenta, que la normalidad comienza a establecerse. Mariano, por su parte dice que necesita hablar con ella:

—Considero que debí omitir la parte en que te comenté que Gianfranco contaba tu vida en el café. Observo que esto te ha causado más dolor que los daños materiales.

—Es verdad. No sé qué es más doloroso: que haya contado mi vida, o haberlo considerado alguien cercano a mí. Esto es un tema cerrado para mí. Es una mala experiencia, la cual deberé con el tiempo comprender las lecciones que debo aprender. Mariano la abraza y de regalo le trae unos chocolates para intentarla sacar de esos estados de tristeza que la ha caracterizado las últimas semanas. Mariano dice que debe ir a la farmacia a comprar los medicamentos a su madre y que deberá dejarla. Valeria, le dice que no hay problema. Se despiden y vuelve a recordarle que no dude en llamarlo. Dos horas más tarde, El teléfono de Valeria suena. Ella toma el teléfono y en la pantalla aparece el nombre de Gianfranco. Ella lanza el teléfono al sofá, y corre a la habitación a esconderse. Nuevamente suena una segunda vez y esta vez deja un mensaje de voz donde expresa que está preocupado pues no la visto por el barrio. Ella revisa las puertas y ventanas pues tiene miedo que la ataque. Recuerda que él le ha contado que estuvo en un centro psiquiátrico después de la muerte de su familia y se lamenta no haber considerado este punto. Sin embargo, no desea molestar a Mariano, pues está con su madre cuidándola. Pues ya tuvo suficiente haberlo sacado del hospital en plena urgencia. Se calma. Toma un gran vaso de agua fresca. Decide ir a la cama y se dispone ver televisión para olvidar el susto del día. Las dos tardes siguientes, Gianfranco va hasta su departamento, para intentar hablar con su amiga. Es inútil. Valeria hace caso omiso y por supuesto trata de no hacer ruido para que él piense que ella no está.

Al otro día por la tarde, Mariano la llama para decirle que la galería fotográfica le ha comprado algunas obras, y desea enseñárselas. Ella dice que será un gran gusto ver su exposición. Van juntos a ver la obra. Entran a la galería y Valeria observa que cada lienzo fotográfico está marcado con el nombre de Tomás Torres.

—Mariano, ¿es tu seudónimo artístico Tomás Torres?

—Sí, ¿No lo sabías?

—Nunca me lo habías contado.

—Pero si te lo conté desde el principio. Tal vez no lo recuerdas.

—Creo entonces que estoy perdiendo la memoria después de lo que me ha venido ocurriendo.

Recorren la galería y observan cuadros de detalles urbanos y la lucha de la naturaleza verde con las ciudades de cemento. Él le da un pequeño recorrido, explicándole cada foto. Salen de la galería, y Mariano se despide de la mujer que les abre la puerta de salida. Valeria lo felicita, pues encuentra que su obra revela un gran significado que revela el afán del hombre a pavimentar cuanta superficie natural encuentre. Dice que no quiere entrar en profundos análisis pues no quiere pensar. Los últimos eventos la han dejado agotada. Mariano dice que le tiene otra sorpresa, pero que deberán recogerla en la floristería del barrio:

—No quiero ir allí. Gianfranco frecuenta mucho ese negocio.

—Considero que no debes darle el poder del territorio pues tú perteneces al barrio.

—Posiblemente se encuentre en la floristería.

—A esta hora el café debe estar más lleno que nunca. No tengas miedo. Yo te protejo.

La vendedora abre las puertas del local, y saluda a Mariano con mucha cordialidad. Valeria mira la lavanda de una manera muy melancólica, pero el joven la sorprende con la compra de un bonsái. Ella fascinada con el regalo le da un gran beso. La vendedora de flores los felicita por la bonita pareja que han hecho. A Valeria no le gusta el comentario de la mujer pues la encuentra indiscreta. Mariano igual le agradece el comentario a la vendedora y se muestra muy orgulloso de la relación. Cuando cruzan la calle, observan que Gianfranco sale del café, gritando el nombre de Valeria. La joven bastante atemorizada le pide a Mariano que aligeren el paso, pues quiere evitarlo. Gianfranco, se queda pasmado que Valeria lo haya ignorado. Sin embargo, piensa que no lo ha escuchado porque algunos coches han pasado a cierta velocidad, y esto no permitió que la joven haya escuchado su nombre. La pareja llega al departamento. Valeria atemorizada dice:

—Te lo dije. Me vio. Estaba pendiente de mí.

—Lo importante es que te vio conmigo. Se dio cuenta de que lo ignoramos y no queremos saber nada de él.

—A lo mejor vuelva cuando me encuentre sola.

—Mejor preocúpate por tu nuevo bonsái. Tranquila.

Ella está afectada por ver a Gianfranco llamándola, pero Mariano la besa para que ella intente olvidar el mal momento. Hacen el amor. Él la abraza muy fuerte y le expresa que sus sentimientos crecen. Se viste y le dice que debe marcharse ya que debe hacer otra entrega fotográfica. Valeria le agradece el bello bonsái, pero no corresponde las palabras sentimentales del joven.

Mientras tanto, Gianfranco ya comprende que Valeria lo está evitando, piensa que quizá ha hecho ofensivo, algo que él no se ha dado cuenta, intenta atar cabos en cual momento pudo haberla ofendido tan gravemente por haber decidido desaparecer abruptamente. Sin embargo, esa misma noche, planea dejarle una nota debajo de la puerta expresando su profundo dolor. Va hasta su habitación, busca un sobre y un papel blanco, y escribe cuán afligido está y espera algún día haber reparado el daño causado. Amanece. Cuando Valeria se dirige a la cocina, ve un sobre debajo de la puerta, lo primero que relaciona es aquel ojo nefasto que intenta enloquecerla. Igual, abre el sobre para intentar ver de qué se trata, pero se sorprende, pues se trata de una pequeña carta escrita a mano, que se centra en la aflicción de Gianfranco. Ella lee repetidas veces la frase: "Espero algún día reparar el daño causado". Lo que concluye que él está aceptando la culpabilidad de los hechos. Guarda la nota, para reunir las pruebas necesarias, en caso de un ataque mucho más fuerte. Aparece sorpresivamente Mariano muy temprano, esta vez sin avisar.

—Disculpa venir sin avisar. Pero estoy muy preocupado, pues no recibí la llamada que tú acostumbras.

—Mira la nota que me ha dejado Gianfranco debajo de la puerta. —La joven le entrega el papel a Mariano.

—¡Así que el viejo está aceptando su culpabilidad! Sin embargo, tengo otra teoría, Tal vez él está sufriendo esquizofrenia mal tratada, pues a lo mejor ni él se ha dado cuenta del daño realizado.

—¿Qué estás diciendo? Me confundes… ¿por qué lo dices como tratando de justificarlo?

—No lo sé. Pero si estamos seguros que está loco.

La percepción de Mariano la aterra más, y le dice que prefiere cambiar de tema y que mejor la acompañe pronto al trabajo pues se acerca la hora de entrada. Mariano la acompaña. Durante el trayecto, le dice que considera necesario que vivan juntos para poder cuidarla día y noche. Ella se queda en silencio. Se establece un momento incomodo, pues quedan algunas cuadras por caminar. Al llegar a la oficina. Mariano le dice que no tiene que responder de inmediato. Le propone que tome su tiempo a considerar este paso y que, si lo desea, puede verlo desde un punto práctico, ya que podrían compartir juntos los gastos. Le propone que tome la decisión en una buena cuota de libertad. Le da un gran beso afectuoso y ella entra a la oficina.

Valeria saluda a sus compañeros. Se sienta en su puesto de trabajo y la propuesta la ha dejado descolocada. Está muy nerviosa con la propuesta de Mariano. Nunca ha convivido con una pareja. Además, tampoco ha visto a su madre para tener un referente un poco más profundo de él. De todas maneras, considera que, por una parte, mejor no saber nada de su familia. Admite que es una "alérgica" por todo lo que se relacione con la familia. Valeria prefiere no presionar para que le presente a su madre. Reflexiona que Mariano se está convirtiendo en parte de su vida, pero quiere estar nuevamente sola. Recuerda todo lo que le ha pasado y sabe que, es ella misma, quien busca su protección. La dispersión laboral es interrumpida por la llegada de una nueva compañera llamada Mónica Vélez. El jefe las presenta, y le indica que Valeria realizará la capacitación correspondiente. Pasan tiempo hablando de los nuevos programas financieros. Mónica y Valeria, se han caído muy bien a tal punto que Mónica la ha invitado a almorzar. Poseen muchos intereses laborales y conversan todo el día, sobre el nuevo proyecto que les han encomendado. Este nuevo evento laboral ha ayudado mucho a Valeria. Ahora su mente se ha enfocado por varias horas hasta por la noche. Valeria llama a su novio, y le dice que mejor se vean al otro día y que por favor espere su llamado, pues quiere dedicarle tiempo al nuevo proyecto. Continúa con su nueva compañera. Valeria se da cuenta de que Mónica es una chica que no tiene líos de privacidad. Piden comida. Mientras cenan conversan sobre las actividades deportivas de moda:

—Tenemos con mi novio un negocio de deportes extremos. Está ubicado cerca del lago. Los fines de semana, lo acompaño a realizar algunas actividades deportivas como el senderismo. Si te animas, puedes ir. Puedo hacerte un buen precio.

—Me gusta lo que haces en tu tiempo libre. Me gustaría ir al lago este fin de semana.

—No te arrepentirás.

Ha llegado el fin de semana para realizar algunas actividades lacustres gracias a la invitación de su nueva compañera. Valeria desea dar un paseo en lancha. Mónica le indica a cuál subir y le desea que se divierta mientras ella trabaja en el local deportivo. La guía turística señala las montañas que bordea el lago mientras el conductor maneja la lancha con una velocidad adecuada. Finaliza el paseo por una hora. Después de un sábado entretenido, Valeria le agradece a su nueva amiga la invitación. Valeria llega a su casa tarde en la noche. Observa detenidamente el departamento, y este le desencadena inevitables escenas que pasan por su cabeza: los encuentros con Gianfranco, la tierra húmeda por el suelo y aquellos dibujos de ojos extraños. Se sacude fuertemente la cabeza y niega lo que le está pasando.

Decide que lo mejor es ir a dormir para olvidar los incidentes. Pero no será así. Valeria tiene una pesadilla. Sueña que viaja en una lancha. Mira a su alrededor y el lago está lleno de destrozos con agua contaminada. Observa que la persona que maneja la lancha, le da la espalda, y no sabe quién es. Escucha estruendosos rayos. Se levanta y observa que una fuerte tormenta se acerca. Valeria intenta protegerse de la lluvia, pero el conductor de la lancha, hace un viraje tan violento, que la hace caer al piso. La joven lastimada, intenta pararse y el agresivo conductor realiza nuevamente la misma maniobra. Ella cae nuevamente al suelo, y la tormenta llega con tal fuerza que se inunda la lancha. El conductor incógnito, dobla la velocidad, y Valeria se agarra de la silla con fuerza. La lancha se dirige hacia una montaña con una velocidad exorbitante. La joven quiere lanzarse al agua, pero no puede hacerlo. Piensa que debe detener al hombre y tomar el control de la lancha, pero la figura toma la forma aleatoria de un viejo hombre y de un joven. Lastimada, logra enderezarse y toca el hombro del conductor quien gira bruscamente. Ve algo que la horroriza: el rostro de Gianfranco riendo malévolamente. Valeria despierta gritando. Enciende la lámpara de la mesa de noche y llora porque todavía está traumatizada. Mira el reloj y todavía son las dos de la mañana. Piensa en la propuesta de Mariano, y se convence definitivamente de que alguien la cuide. Ha tratado de manejar su traumatismo con independencia, pero siente que no puede más. Inmediatamente llama a Mariano y le pide que por favor pasen la noche juntos. Mariano, llega en quince minutos.

—Estaba preocupado por ti.

—Estoy bien. Solo que te extrañaba.

—Pero… ¿has mirado el reloj?

—Lo sé. No es una hora lógica para encuentros. Quiero que estemos juntos. Eso es todo.

Se abrazan fuertemente. Ella no le cuenta nada, pues no quiere ser evidente que ha tomado la decisión bajo el efecto del miedo. Piensa contar su decisión en el desayuno del domingo. Se quedan dormidos. Cuando despiertan, Valeria le lleva el desayuno a la cama y le agradece por salir corriendo como siempre a su búsqueda.

—Te estás convirtiendo en lo más importante y quiero que te sientas segura a mi lado.

—Mariano. He pensado en tu propuesta. Si lo deseas, puedes vivir aquí.

—¿En serio?

—Por favor hazlo rápido, pues hoy no quiero estar sola.

—Estoy feliz por tu decisión. Quiero protegerte.— La besa con pasión al escuchar la nueva decisión.

Mariano trae sus cosas ese mismo domingo. Valeria al ver las cosas de su pareja, se sorprende del tamaño del espejo. Le parece el tamaño exagerado. Él lo ubica en el muro, al lado de la biblioteca. Ella se disgusta y considera que no hará juego con la decoración minimalista que ella ha intentado ambientar en su hogar. Cuando Mariano termina de desempacar, le propone que vayan juntos a la cerrajería para tener su propia llave. De ahí, van al supermercado, y compran comida para toda la semana. Mariano quiere encargarse de esos gastos. Valeria le gusta el nuevo rol de proveedor de su novio, pues sus amigas le han dicho hasta el cansancio que quien es tacaño con el dinero, es tacaño con el amor. Valeria le ha gustado ese primer detalle, de ocuparse del mercado, además no ha escatimado en comprar los mejores productos, sin mirar el precio. Llegan al departamento, y entre ambos organizan el refrigerador con los recién alimentos comprados. Se besan y deciden pasar la tarde viendo una película de acción elegida por Mariano. Ella no le gusta la idea, pero no se la hace saber, por los últimos gestos de protección.

## CAPÍTULO XIV: Zozobra

Durante la semana, la pareja comienza poco a poco adaptarse en la nueva dinámica de convivencia mutua. Mariano se encarga de regar el jardín. Valeria también intenta cumplir las actividades que escribe en el cronograma. No lo había tocado desde que ocurrieron aquellos actos de vandalismo en su hogar y, de repente, con gran pesar, borra las actividades de clase de italiano. Una mezcla de melancolía inunda su interior. Se lamenta por los libros que ha donado en la librería. En lo más profundo de la posición radical que ha adoptado con este asunto, también se entristece por haber regalado toda su colección de cultura italiana. Se obliga a recordar los eventos destructivos y termina de borrar el tablero con gran determinación, para reestructurar la semana. Valeria recibe una llamada de Mónica. Ambas hablan por un espacio de dos horas sobre lo que está pasando con el nuevo proyecto que juntas están realizando. Para animarla, Mónica le pregunta a Valeria, si quiere realizar las actividades programadas de senderismo y le argumenta que la única manera de sanar su pie es tratarlo con normalidad. Valeria acepta y no se lo comunica a Mariano. Llega un nuevo fin de semana y Valeria se dispone a organizar una pequeña maleta para su sábado deportivo. Intenta no despertar a Mariano y cierra la puerta con mucha delicadeza. Se va sin dar aviso a Mariano, ya que su carácter autónomo desde muy joven lo tiene profundamente arraigado. Mariano se despierta, y busca a su novia por todo el departamento. Al darse cuenta de que no está, la llama al teléfono y ella no contesta. Él no puede creer que esto esté pasando. Por un momento, infiere que Valeria solo lo busca cuando lo necesita. Se mira en su espejo ubicado al lado de la biblioteca; su cara hierve de ira y sus manos se humedecen al punto de mojar su ropa de dormir. Una vez más Valeria lo ha ignorado. Tal es la ira que lo domina que seca sus manos con rabia. Surge un deseo único de controlarle sus horarios. Pasan las horas y no sabe nada de ella. Toma su chaqueta y se va. Anochece y Valeria llega nuevamente renovada por su nueva actividad. Piensa ahora hacerlo cada sábado, para reemplazar su antigua actividad de *jogging*. Ella realiza las actividades cotidianas del hogar y se pregunta dónde está Mariano. Ella lo llama, pero tiene el teléfono apagado. Interpreta que al apagar el teléfono es un nuevo juego poder. De todas maneras, ella reconoce que no quería ser interrumpida en su nueva actividad. Llega a la conclusión que debió establecer ciertas reglas que ella considera irrompibles, como los horarios, la libertad de salir sin informar, y realizar las actividades en completa normalidad sin modificar su individualidad. Ella se acuesta y se queda dormida. Pero la despierta varios ruidos en la puerta a las tres de la mañana. Un ruido bastante extraño que se repite constantemente. Se asusta porque escucha que alguien empuja la puerta. Ella va hasta la cocina y toma una botella de vino pues podría ser el acosador. En posición de defensa, está a punto de lanzarlo, mientras abre la puerta. El hombre prende la luz:

—¡Soy yo! ¡Soy yo! ¡No me lances la botella! — Mariano trata de cubrirse el rostro.

—¡Discúlpame! ¿Pero por qué no podías abrir la puerta? ¡Te demoraste mucho! — La joven, con un tono nervioso, pone la botella en la mesa.

—Te pido que te calmes. Todavía no conozco la puerta y me confundí entre las llaves del departamento de mi madre y las tuyas.

—De acuerdo, ven a acostarte. —Valeria se lo dice en un tono ya más calmado.

—No puedo creer tu frialdad—Mariano incrédulo por la reacción de su novia.

—¿A qué te refieres?

—Primero, te vas un sábado por la mañana, sin dejarme nota alguna. Llamo a tu teléfono y lo tuviste apagado durante todo el día. Sinceramente, casi entro en una crisis nerviosa y luego me dio mucha rabia tu desconsideración. Lo primero que pensé es que el hombre que te asedia, te había raptado, pero luego llego en plena madrugada y tú sin preguntarme dónde he estado. ¡No muestras signos de preocupación!

La joven queda en silencio; no había visto la situación de ese modo. Se sintió profundamente desconsiderada y egoísta. Un silencio se establece entre los dos. Valeria en un tono dulce le dice:

—Mariano tienes toda la razón. Pienso que he sido desconsiderada contigo. Pensé que el hecho de vivir juntos no iba a alterar nuestra individualidad. Consideré que mantendríamos el curso normal de nuestras vidas sin dar explicaciones como quien informa un niño a su madre. Me cuesta mucho dar explicaciones en relación a mis horas de llegada, paraderos y compañías.

—Me dio mucha rabia, porque el gran objetivo de estar aquí es cuidarte de esos eventos extraños que te están ocurriendo y de quién esté detrás de ellos. Si no hubiera tales signos de acoso, te juro que compartiría en un 100 % tu visión de vida. Pero entiende, me he apropiado de tu situación.

—Lamento mucho involucrarte en mis problemas, pero una zozobra me invade que me impulsa a huir e ignorar estos últimos disturbios que agobian mi vida.

Valeria justifica su alejamiento. Lo abraza y le pide disculpas por no haber dado aviso. Lo toma de la mano y le dice que vayan a dormir. Ella promete que mañana domingo hará todo lo posible para que su reconciliación sea la mejor que juntos hayan vivido. Mariano, sonríe con lo que ella dice, y mientras la abraza, le dice en un tono muy cariñoso que le avise siempre donde está mientras se soluciona la situación, que ello será temporal mientras se normaliza todo. Valeria está de acuerdo y le agradece la preocupación. Terminan la conversación y se quedan dormidos.

## CAPÍTULO XV: Insidioso mural

Pasa una semana. Las rutinas poco a poco se establecen. Mariano viene del mercado y le enseña a Valeria las frutas frescas que ha comprado para ella. Él prepara sus batidos proteínicos y le agrega cuatro huevos. Ya ella ha descubierto el secreto que mantiene su cuerpo atlético, que tanto le gusta. Le da un beso de despedida y le dice que se va a hacer su recorrido en bicicleta por el barrio. Ella, por su parte, va hasta su trabajo, esta vez sola, ya que quiere poco a poco restablecer su más preciada individualidad. Pero este día le depara una sorpresa, algo con lo que ella no esperaría jamás encontrar. En la tarde, Valeria llega a su departamento con las compras. Le ha comprado a Mariano una trentena de huevos para su rutina deportiva. Cuando abre la puerta, no puede creer lo que está viendo, suelta la caja y todos los huevos caen al suelo. Nuevamente, la presencia misteriosa ha hecho una de las suyas. Un mural. Con la técnica propia a la de un artista. Es un ojo perfectamente dibujado, con las partes que lo componen, propias del órgano: esclerótica, iris, pupila, pestañas y párpado, finalizando con una gran ceja. El "ojo mural" está sobre una de las paredes blancas que se encuentra justo al frente de la puerta. Despavorida, toma el teléfono y ahogada por el llanto, llama a su novio. Mariano le dice que llame a la policía, mientras él llega. Esta vez la policía no ha llegado a los diez minutos como la primera vez, han llegado a los treinta minutos. Mientras los espera, ella limpia el desastre sin dejar de llorar y está presa del miedo, que su afán de limpieza no logra calmar. Llegan los mismos policías que la visitaron la primera vez, observan el nuevo mural y la interrogan:

—¿Tiene algún sospechoso identificado?

—Sí. Sospecho del dueño del café que está ubicado en pleno corazón del barrio. Se llama Gianfranco Ferri.

—¿Es conocido suyo?

—Sí. Es alguien a quien le he dado toda la confianza.

—¿Qué le hace pensar que sea el autor de estos dibujos extraños?

—Una vez él trajo un periódico con unos garabatos parecidos a los que me han dejado aquí en el departamento. Además, él es artista. Miren lo que me regaló el último día que lo vi. —Le muestra el retrato hecho por Gianfranco.

—Vemos que el sospechoso la ha retratado a usted.

—¡Les pido que tomen fotos de ese mural! ¡Por favor cotejen estos trazos del retrato! —Valeria les ruega, con voz angustiosa.

Los agentes de policía toman fotos al insidioso mural y colocan las evidencias en unos plásticos transparentes para evitar contaminar los posibles indicios y así encontrar al acosador. Se despiden y dicen que estarán en contacto con ella en cuanto haya novedades. Mariano llega a los quince minutos, y ve el gran ojo pintado en la pared. Se asusta y repite que no había visto nunca tanta locura. Valeria, por su parte, está en el sofá en absoluto silencio, como presa de la parálisis. Tiene miedo de volverse loca. Mariano la abraza y promete tomar medidas más extremas. Valeria con la mirada perdida, dice:

—¡Quiero irme lejos! ¡No deseo permanecer ni un solo minuto en este lugar!

—¡Valeria! ¿Qué dices? ¡Esto no puede quedar impune! ¿No has visto que ha venido la policía y van a capturar al acosador?

—¿No ves como ellos me miran? Ya me están mirando como una loca paranoica.

—¡Por Dios Valeria! Ellos deben actuar de manera objetiva. Hasta pueden sospechar de ti.

—¡Ahora resulta que yo soy una loca vándala! ¡Esto ya me lo has dicho por segunda vez! —Furiosa, le contesta.

—Solo digo que ellos deben manejar la situación con imparcialidad. Te pido que te calmes. No eres ni la primera ni la última en recibir ataques vandálicos. No estoy

justificando, pero debes actuar con racionalidad. —La abraza para apaciguar sus ánimos y logra conseguirlo.

—De acuerdo. Tienes razón.

—Creo que deberemos tomar las siguientes medidas: no debes confiar más en tus compañeros de trabajo incluida tu nueva amiga Mónica.

—¿Tú crees que puede ser una confabulación laboral? —Valeria consternada, vuelve a llorar.

—Puede ser. Pero ahora el directo sospechoso es Gianfranco, y deberemos desconfiar de tus círculos personales y laborales. Mírame a los ojos. Confía en mí. Nada malo va a sucederte mientras estés conmigo.

Ni siquiera las palabras de Mariano la animan. Queda tan deprimida que llama a su jefe y le avisa que no podrá ir a trabajar al día siguiente. También le expresa a Mariano, que no quiere salir a ninguna parte y que solo quiere dormir sin tener que contar las horas. Él le dice que es lo mejor que ha escuchado para que ella se proteja de las lesiones psicológicas que está sufriendo. De repente, suena el teléfono de Mariano. Él contesta. Habla por unos minutos. Valeria se pone la ropa de dormir y se acuesta. Luego, él la interrumpe:

—Valeria, debo visitar a mi madre.

—Mariano, ¡haz lo que quieras! —Le contesta de mal modo.

—Solo quiero avisarte, luego haré unas compras para eliminar ese dibujo.

—¿Quién te entiende? ¡Me calmas, y al minuto me lo recuerdas! —Molesta le responde.

—Puedes responderme como quieras, pero te prometo que te protegeré.

—¡Vete de una vez por todas! —Le grita, pues no quiere saber de nadie.

Mariano se va molesto por la reacción de Valeria y regresa a la hora. La despierta y dice que ha sacado de la mesa de noche de su madre algunos calmantes médicos; si quiere, puede tomar una pastilla, pero le advierte que no sabe cómo va a reaccionar el organismo y que puede que la haga perder la noción del tiempo. Ella dice que no le importa, que eso es lo que quiere. Entonces Mariano va hacia la cocina a buscar un vaso con agua, se lo lleva y Valeria toma la pastilla. Poco a poco, Valeria se va adormeciendo. Mariano le hace saber que no dormirá con ella en la cama, y que se quedará vigilando la puerta y meditará las medidas que tomarán ambos para que cese el acoso. Ella lo observa fijamente y no le dice nada, pues ni siquiera puede mover ni su boca y cae en un sueño profundo. Mariano cierra las cortinas y se va a la sala a cuidar de la puerta, pues está extremamente preocupado por la seguridad de su novia. Se quedará en el sofá en caso de que vuelva el misterioso personaje.

Han pasado casi dieciocho horas. Valeria despierta confundida, no sabe qué hora es, tiene la sensación de haber dormido un siglo. Va al baño algo mareada y luego llama a Mariano:

—¿Qué hora es?

—Ya casi son las nueve de la noche

—¿Tantas horas he dormido?

—Te lo advertí, esa pastilla es bastante fuerte.

—Mariano, no recuerdo haber soñado nada. Ni siquiera pesadillas tuve.

—En realidad, esa pastilla te bloquea la capacidad, incluso, la de soñar.

—¿Quién te las dio?

—Te dije que se las saqué a mi madre. Seguramente se las recetó el médico.

—Perdí la noción del tiempo y desperté sin recordar nada negativo.

—Bueno en realidad, te di una pastilla completa. Debí haberte dado solo un cuarto. Cuando te vi en estado de shock y con tal estado de nervios, me tomé la libertad de quitársela a mi madre. Tiene una caja completa de medicamentos.

—Mariano, creo que voy a necesitarlas, ya no aguanto más. Además, no quisiera ir al doctor, porque tendría que usar el seguro médico que cubre la empresa donde trabajo y terminarían por enterarse de todo lo que me ha pasado; no deseo que estos temas afecten mi imagen laboral.

—No te preocupes. Si vuelvo a verte en ese estado de nervios, tendré que dártela, pero no hay que abusar.

Mariano, sentado al lado suyo, le explica lo que ha pensado para reforzar el hogar. Dice que piensa instalar una cámara de vigilancia para que ella pueda ver desde su teléfono cualquier movimiento. También propone cambiar las cerraduras. Ella no opina nada al respecto. Para no agobiarla con las nuevas tareas, él dice que se encargara de todo. Luego de la larga conversación, Mariano le trae un caldo de pollo antes de volver a dormir. Valeria le gusta la personalidad protectora de su novio. Sin embargo, le pide aquella pastilla que le bloquea cualquier angustia. Él dice que le dará solo un cuarto, pero es tanta la presión que Valeria ejerce sobre Mariano que logra convencerlo para que le dé una completa. Vuelve Valeria a quedarse completamente dormida y esta vez Mariano se quedará con ella en la cama. Al otro día, ella despierta a la diez de la mañana. Reacciona aturdida y en algún momento se percata que todavía está en plena semana laboral. Se organiza en menos de quince minutos, pero no lamenta llegar tarde. Decide tomar un taxi y Mariano la acompaña hasta la puerta del trabajo. Se encuentra en la puerta de la oficina con el jefe y este le pregunta:

—¿Qué ocurre contigo Valeria?

—Buenos días, he tenido un inconveniente de índole personal que tenía solucionarlo en el acto.

—Seré sincero. No me gustó la ausencia de ayer. Ayer era un día bastante importante. ¿Lo recuerdas?

—Sí. Pero un inconveniente surgió.

—¿Qué sucedió?

—Se está solucionando. Disculpe voy a retirarme —contesta de manera descortés.

El jefe no puede creer la respuesta y la actitud de Valeria. Entretanto, Mariano va a comprar las nuevas cámaras de seguridad, las latas de pintura blanca para interiores y las cerraduras. Valeria llama a Mariano y le dice que va a llegar tarde pues debe recuperar el tiempo laboral. Él encuentra perfecto lo que escucha, ya que tendrá el tiempo suficiente para instalar lo que ha planeado, sobre todo, pintar el misterioso mural y cubrirlo de blanco; quiere que cuando Valeria regrese, encuentre listo todo lo que él ha prometido. Simultáneamente, Valeria mientras trabaja, recibe un mensaje de texto del terapeuta para saber si se encuentra bien. Ella se queda un buen tiempo pensativa pues no había sospechado del psicólogo. Él conoce todas sus debilidades. Piensa que también pudo haber orquestado tal trama de locura. Pero pronto lo descarta porque, hasta donde sabe, él no tiene habilidades artísticas y el mural presentaba un claro manejo de técnica ilustrativa. Así que regresa con la principal sospecha contra Gianfranco Ferri. Entretanto, en el departamento, Mariano decide primero cubrir de blanco el extraño dibujo y abrir la ventana de par en par, para ventilar el olor característico de pintura. Luego instala las cámaras y hace los ajustes informáticos desde la computadora. Termina instalando las nuevas cerraduras. Quiere impresionar a Valeria por la rapidez en encontrar el refuerzo necesario en su hogar y hacerle saber que él puede protegerla de cuanta amenaza exista. Valeria llama a Mariano, y la recoge en la oficina. Regresan juntos y Valeria queda sorprendida por la rapidez de la instalación y, sobre todo, por el cubrimiento perfecto del blanco sobre el indeseado ojo. Una pequeña tranquilidad le retorna, como si nada hubiera pasado, y abraza fuertemente a Mariano, quien le acaricia el cabello mientras le asegura que su meta es verla tranquila. Cenan carne y verduras. Valeria saca una botella de vino y beben unas cuantas copas.

—Ten cuidado en mezclar alcohol con los medicamentos, pues algunos restos del tranquilizante pueden estar en tu cuerpo.

—A propósito, dame una pastilla. ¡Te lo ruego!

—Te voy a entregar la caja del medicamento, pues no debes rogar por nada. Tienes la suficiente madurez como para regular el consumo del tranquilizante.

—Estoy decidida a bloquear mis sentimientos y angustias.

Valeria nunca ha conversado con su novio acerca de su relación con Cecilia. Por unos instantes la recuerda y se percata que siempre la vio en estados adictivos. Lamenta haberla juzgado por aquellos comportamientos que alteraban propia vida y la de ella. Por primera vez, la comprende y llega a la conclusión que se puede caer fácilmente en una adicción.

## CAPÍTULO XVI: ¿Cámaras de seguridad?

Pasan unas semanas. Valeria está completamente dependiente del medicamento. En horas del almuerzo se encuentra con Francisca, la amiga que solía visitarla para ver películas o conversar. Francisca le pregunta si ha visto a su pretendiente italiano. Ella prefiere guardar silencio con lo que está ocurriendo. Su amiga comenta que un día pasó con su hermana a tomar café donde el italiano. Le dijo que era muy bien parecido y que sus canas lo hacían más atractivo. Como la hermana está estudiando una maestría en historia del arte, ella le explicó las obras que decoraban el sitio. Su hermana le comentó sobre la vida de Giacometti y su mujer Annette, veintidós años menor que él, quien lo ayudó a superar sus crisis depresivas y la obsesión por la mirada y los ojos. Esto último logra que Valeria salga del aturdimiento que le están produciendo las pastillas y la deja fría. No sabe que pensar. Piensa que Francisca es una enviada del acosador. Simula que ha recibido un llamado urgente del trabajo y parte de inmediato. No sabe si pensar que su miedo tiene tal fuerza de atracción que su amiga lo ha identificado todo o es una absurda coincidencia. Llega a casa y le comenta a Mariano aquel hecho insólito.

Las cámaras de seguridad han impregnado al departamento de un aire demasiado frío y creado un nuevo ambiente que Valeria ya no siente como su hogar. Toma un té de menta, para tratar de relajarse. Mira cada esquina, nerviosa, y el bombillo rojo que titila en las cámaras la agobia. Tiene temor que el intruso conozca las claves para ingresar a los programas de las cámaras de vigilancia. Intenta buscar un punto para evitar ser observada por la cámara. Es imposible escapar de estos aparatos, que cubren cada espacio del departamento. Asimismo, a pesar de todos los actos de protección por parte de Mariano, aún no logra adaptarse a la convivencia. El único lugar en el que no hay cámaras es el baño, así que decide tomar un largo baño para reflexionar sobre la nueva relación que tiene. Ha reconocido interiormente que acepta a Mariano en su departamento por miedo a nuevos acosos, aunque admite que le fascina físicamente. Seguro que con el tiempo encontrarán algunas cosas en común, ya que Valeria aprecia las conversaciones profundas y, hasta el momento, no logra conseguirlas con Mariano.

Transcurre exactamente dos semanas. Mónica se sorprende del modo gradual en que Valeria se ha ido alejando de ella. Trabajan juntas todavía, pero una barrera se establece entre ellas. Mónica se siente relegada por su amiga ya que le hubiera gustado que Valeria fuera más directa y le hubiera comunicado el porqué de su lejanía. Ha escuchado comentarios sobre el cambio extraño de Valeria. La han encontrado durmiendo encima de la mesa de trabajo. Está llegando tarde. De la franqueza que la caracterizaba, ya no hay rastro. Rehúye de los demás, siendo tajante y fría. Es otra Valeria. Incluso aquel donaire en su vestir se está perdiendo. En la tarde, el jefe la llama a la oficina para entregarle un reporte bimensual:

—Valeria te comunico que tu productividad ha bajado vertiginosamente. Igualmente, quisiera expresar mi preocupación, pero no es laboral.

—No entiendo. Explíquese.

—Discúlpame por entrometerme en tu vida personal, pero te encuentro delgada y con muchas ojeras. ¿Qué ocurre?

—Estoy bien. ¿Me quería comunicar otro tema? —Valeria tajantemente cambia la conversación.

—Como no demostraste un justificativo médico por la última ausencia, tendré que descontarte el día.

—Es lógico que usted tome esta decisión. —contesta aún más antipática.

—Muy bien. Creo que no quieres conversar. Pero te advierto que, si el mal rendimiento prosigue, tendré que prescindir de tus servicios.

Valeria sale de la oficina y se deprime completamente. Su única tabla de salvación era enfocarse en su trabajo para olvidar sus problemas, pero la advertencia la hunde en el precipicio de la desesperación. Algunos compañeros que la apoyaban, ahora la evitan. Ella escucha algunas murmuraciones y el rumor de su baja productividad se propaga por toda la oficina. Algunos expresan con satisfacción que su "reinado" ha acabado, otros se conduelen y quisieran ayudarla, pero no pueden ya que el límite que Valeria ha puesto es difícil de franquear.

Esta vez no quiere ir al departamento, quiere estar absolutamente sola. No desea ver esas cámaras instaladas, parece una oficina de banco más que un hogar. Ha decidido ir a la biblioteca municipal para no dejar rastros de búsqueda digital en su teléfono o en su computador. Quiere buscar los significados que se encuentra detrás de aquel "ojo" y sobre la vida del artista Giacometti. Su amiga Francisca la ha dejado completamente intrigada. Le pide ayuda al bibliotecario y este le indica que lo siga. Primero se dirigen a la sección de misterio y le entrega un libro de cultura egipcia. Y luego van a la sección de arte y le entrega el libro del célebre artista suizo. Tiene miedo que la figura misteriosa la esté observando, busca la última mesa del recinto para tener mayor control si alguien la está observando. Descubre en el primer libro la vida del artista y la relación de sus obras con lo ocular. Al parecer, a Giacometti le tomó muchos años recuperarse de los estragos de la segunda guerra mundial. El impacto de la guerra marca sus obras. Considera que la vida se escapa por los ojos y que la mirada es la diferencia entre la vida y la muerte. Ahora comprende la intención de Gianfranco al nombrar al café. Después de leer una hora aquel libro, con mucha atención, se dispone a leer el significado desde la perspectiva egipcia. Tanto el ojo derecho como el izquierdo poseen diferentes significados. El derecho asociado al sol y al origen de la luz. El izquierdo se asocia a la oscuridad y a lo lunático. Ella trata de recordar la posición exacta del ojo pintado en la pared de su departamento. Inmediatamente lo asocia al ojo izquierdo. Un escalofrío le recorre la espalda y tiene miedo de lo que puedan hacer con ella. Funde la asociación con lo absolutamente negativo, lo oscuro con la muerte. Entrega los libros y se dirige a su casa bastante deprimida. Se cuestiona si ha sido masoquista al buscar aquella información justo en el día de la sentencia laboral. Mariano la recibe preocupado,

—¿Por qué no has contestado mis llamadas?

—Estaba en una junta en la cual prohibían el uso del teléfono. —Valeria le ha mentido a su pareja.

—Nunca te había escuchado que ahora se prohíba el uso de celulares en tu oficina.

—Tiempos de prohibiciones regresan.

Después de la segunda mentira, Valeria busca los tranquilizantes; lo hace a escondidas de Mariano. Pero es inevitable, su rostro evidencia somnolencia.

—Creo que quizás debes dejar de consumir esas pastillas. —Le repara Mariano.

—¿Tú crees que después de haberme enterado que estoy a punto de ser despedida y ver como mi casa se destruye yo quiera estar en los cinco sentidos?

Valeria solo quiere dormir después de un viernes caótico. Al despertar en la mañana, una nueva y más terrorífica invasión ocurre. Esta vez, en lugar de suceder cuando ambos estaban fuera del hogar, sucede con ellos adentro, mientras han dormido juntos toda la noche. Al despertar, notan varios objetos cambiados de lugar, sobre el suelo, formando un ojo. Libros, lámparas y elementos de jardinería simulan la forma ocular. Valeria no puede creer lo que está viendo, se pone histérica y vocifera:

—¡Me van a matar!

—¿Qué estás diciendo?

—¡Ese ojo tiene un mensaje oculto de muerte!

—¿De dónde sacas tal locura?

—¡He investigado cada símbolo que quiere que yo interprete y todo encauza a la muerte! —Mariano la toma de los brazos, pero ella se suelta enérgicamente.

La joven siente que va a enloquecer y por un momento se queda mirando a Mariano en silencio. Tiene miedo de que la paranoia que siente esté distorsionando los hechos y el grave estrés que ha sufrido las últimas semanas desencadene una esquizofrenia. Mariano niega lo que dice y revisa inmediatamente las grabaciones de la noche anterior. Con horror le informa que las cámaras fueron detenidas en modo remoto justo anoche, cuando dormían. Valeria no le cree, así que ella misma comprueba lo de las escenas borradas. Todas las escenas cotidianas se visualizan, excepto las de la noche anterior. Ella se convence de que el acosador también sería un intruso digital. Empieza a gritar nuevamente como loca dirigiéndose a la ventana:

—¡Salga de su cueva! ¡Cobarde! ¡Dé la cara!

—¡Por favor, Valeria, cálmate!

—¡Te odio, Gianfranco!¡Eres un maniático!¡Te di todo! —Grita Valeria refiriéndose a compartir su pasado familiar

Mariano, queda impávido por las palabras de Valeria y las interpreta en el plano amoroso. Sale furioso hacia el baño, y siente que los celos lo comen vivo. Valeria, presa de la ira, toma un martillo y una silla. Empieza a destruir todas las cámaras. Por cada aparato que ella destruye, grita:

— ¿Cámaras de seguridad? ¡Estas son las cámaras de la locura! ¡Escúchame muy bien, sé que me estás viendo!¡Te voy a encontrar y te destruiré como lo estoy haciendo con estas máquinas que tanto odio!

Luego, con puntapiés, destruye la forma del raro ojo. Mientras tanto, en el baño, las manos de Mariano empiezan a sudar incontrolablemente y se las seca para que ella no se dé cuenta de su afección. Valeria por su parte, poco a poco se calma y recupera su estado racional bebiendo un gran vaso con vino. Llama a Mariano, pero esta vez él no contesta a su llamado.

—¡Mariano abre la puerta!

—Valeria, por favor, ¡déjame solo!

—Debes entender que estoy perdiendo la cabeza.

—No estoy molesto contigo, estoy molesto conmigo. No estoy logrando protegerte. Anoche se han burlado en mis narices. Apagaron las cámaras. No entiendo. Gianfranco enloqueció y la policía aún no lo detiene.

—De verdad que no entiendo. Por favor, sal de ahí.

El joven hombre sale. Se miran a los ojos y luego se abrazan. De todas maneras, Mariano le dice:

—¡Tengo un mal presentimiento!

—¡Dime!

—Este ataque no solo es contra ti, es también contra mí.

—¡No había contemplado esta posibilidad!

—¡Valeria debemos cambiar de trabajo, de ciudad o de país! Este acoso ha llegado muy lejos debemos protegernos.

Valeria se ilusiona con lo que dice Mariano. Lo compara como una luz en un infinito túnel oscuro. Mariano le toma las manos y le pide lo siguiente, con un tono de voz muy suave:

—Por favor, Valeria. Trata de mantener la cordura y yo me encargaré de presentarte las ideas más concretas para salir de esa situación, ya que la policía no se ha comunicado para concluir este caso de locura. El acosador está muy trastornado y puede pasar una tragedia.

Valeria respira profundo. Ella encuentra en aquella propuesta una posibilidad de escapar del suplicio mental que están sufriendo. Valeria le pide a Mariano que no hable con

los vecinos. No lo había considerado como sospechosos, pues a pesar de que lucen como personas trabajadoras y correctas no significa confiar en ellos.

Después de la neurótica escena, Mariano sale a comprar algo de comida. Valeria decide limpiar los destrozos hechos por ella y un vacío la consume. No solo la protección y la provisión que ofrece Mariano la satisface. Se avergüenza de admitir aquellas conclusiones. De todas maneras, reconoce que entre los dos crece un vínculo especial que se ha desarrollado durante la peor pesadilla de su vida. Por su parte. Mariano no sabe cómo manejar la situación y decide llamar a Julián. Le pregunta si es posible que se vean el lunes por la tarde y acuerdan la cita. Media hora más tarde, Mariano regresa al departamento y encuentra la mayoría de los libros y algunos objetos decorativos metidos en una caja. La joven perturbada no soporta la idea de que sus objetos han sido tocados el acosador. Quiere botarlos o donarlos a la biblioteca. El departamento luce vacío. Mariano sirve la comida, y comen en completo silencio. El tema de conversación de todo lo relacionado con el acosador está agotado. Ninguno de los dos intenta proponer un nuevo tema para hablar. Mariano se queda observándola. Él intenta besarla para seducirla, pero ella lo rechaza sutilmente. El silencio se hace más incómodo. De repente, a Valeria se le ocurre una idea, pero no quiere compartirla con su novio. Ha perdido la confianza en compartir sus temas más íntimos, después de enterarse que Gianfranco ha contado su vida en el café. Inventa una mentira convincente para no estar ni un solo minuto más en el departamento. Además, es claro que la protección de Mariano no está dando resultado. Anoche ha entrado el acosador y se supone que él se daría cuenta. Inventa que quiere ver a su abuela, le miente diciéndole que ella es muy tradicional y vería con malos ojos si llega con un hombre, sin presentarlo a la familia. Le recuerda que la relación en la que están debe desafiar toda imposición contra la libertad. Sabe que ha aceptado rendir cuentas de su paradero, de sus actividades e informar con quién está, todo por culpa de los últimos acontecimientos, pero que esta vez ella intentará ser valiente. Está cansada de estar angustiada. Él le dice que no hay problema. Pero debajo de la mesa Mariano cierra los puños tratando de disimular el gran disgusto que le está ocasionando toda la situación. Alguien es culpable y pagará por esto. De todos modos, cambia de actitud y le dice:

—No te creo. ¿A dónde vas?

—Voy a casa de mi abuela.

—¡No conozco a tu abuela!

—¡Yo tampoco conozco a tu madre y no me quejo!

—¡No me hables como se te dé la gana! —La toma del brazo.

—Te pido que me sueltes. ¡Hago lo que quiero!

—¿No te das cuenta de que corres peligro andando sola en la calle?

—¡El peligro está aquí en la casa! ¡Prefiero estar afuera! ¡Lo más probable es que la protección este afuera! —La joven sale ofuscada y da un portazo.

Entretanto, Mariano va hacia su espejo. Se observa y ve su rostro iracundo por la forma que sale Valeria y se le desencadena la hiperhidrosis en sus manos.

## CAPÍTULO XVII: Miguel Ángel

La joven sale del departamento alrededor de las dos de la tarde y se dirige al centro de la ciudad, hacia un sector conocido por sus videntes y tarotistas. Ha recordado que cuando iba al café, escuchaba en la radio a un hombre llamado Miguel Ángel, quien se dedica a ver el futuro o a leer las cartas a los radioescuchas. Está al límite de la angustia, pues no confía ni en ella misma. Quiere que alguien la ayude y ahora opta por la perspectiva esotérica. Toda su vida se ha destacado por ser pragmática, pero lo que le está ocurriendo no sabe si ya se trata de alguna situación paranormal, o de una enfermedad mental. Necesita una explicación y darle una oportunidad a la intuición. Se conecta a internet por su teléfono y busca la dirección del adivino. Anota la dirección en un papel y borra el historial de su celular, pues no quiere contarle a nadie este secreto. Llega al consultorio, que se caracteriza por un portón antiguo de madera. Valeria toca el timbre y abre el portón una mujer de cabello blanco:

—Buenas tardes. ¿Se encuentra Miguel Ángel?

—Miguel Ángel está, pero… ¿viene a una consulta?

—Sí.

—Lo lamento. No podrá atenderla porque él da citas previas.

—Le ruego señora que por favor hablé con Miguel Ángel. ¡Es un caso de vida o muerte! ¡Estoy dispuesta a esperar horas hasta que él se desocupe!

La mujer al escuchar los ruegos de angustia, se da cuenta de que se encuentra en una situación bastante grave, le dice que espere un momento y que le comentará la situación a Miguel Ángel. Valeria se sienta en la pequeña escalera que da al portón repitiendo en su mente la figura incisiva del ojo y la destrucción de las cámaras de seguridad realizadas por ella. A los diez minutos sale la mujer y le dice que puede entrar. La joven se muestra bastante agradecida. Hay una gran sala y está increíblemente llena. Le dan una ficha número treinta y dos. Se sienta y le ofrecen revistas para que se distraiga. Sin embargo, ella se queda observando una vitrina con venta de amuletos, velas e imágenes de santos. No puede creer a la situación a la que ha llegado. La necesidad de supervivencia y el mecanismo de defensa la han empujado a considerar una opinión opuesta a la racionalidad. Lee varias revistas. Espera por espacio de tres horas, pero a Valeria no le importaría esperar lo que fuera necesario. Finalmente, el salón está prácticamente desocupado. Solo quedan ella y un hombre. Los dos empiezan a hablar sobre Miguel Ángel. Él dice que se destaca por ser un hombre generoso y acertado. Valeria sospecha que se trate de una manipulación de mercadeo. Ya está perdiendo la fe en las personas. Sin embargo, en el fondo, quiere volver a creer, a confiar, incluso en los extraños. Llaman la ficha treinta y uno. Al hombre lo han atendido rápido, pues se trataba de la entrega de unas velas. Pronto, la secretaria le agradece la paciencia y le anuncia que puede pasar al consultorio. De repente, Valeria ve un hombre de unos setenta años, de mirada limpia y profunda. Sus ojos son sabios y está vestido con ropas blancas. La pared está decorada con ilustraciones de maestros ascendidos y una suave música de la Nueva Era. La invita a tomar asiento y le dice:

—Debes disculparme las horas de espera, pero espero que comprendas que las citas son programadas.

—Yo debo disculparme Miguel Ángel. Yo le agradezco que me atienda. Pues estoy desesperada y necesito ayuda urgente.

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Valeria.

—¿En qué te puedo ayudar?

—He venido a saber las características físicas y psicológicas de la persona que me está haciendo daño. —Valeria llora inevitablemente.

—Debes tomar té relajante. Estas muy alterada. —Miguel Ángel le sirve una taza de té caliente y le ofrece unos pañuelos para que se desahogue.

El viejo hombre se limita a observarla mientras Valeria se toma el té. Cuando la ve calmada, le dice:

—Concéntrate y pide al universo objetividad para saber quién es la persona que está dañando tu vida. Por favor baraja este tarot y dame tres cartas.

Valeria concentrada baraja el mazo de bellas figuras medievales y le entrega las tres cartas solicitadas. Miguel Ángel se preocupa al ver el resultado de las cartas, pero en un tono sereno le expresa:

—Gracias a tu pasado familiar has salido adelante en la vida. Eres una mujer trabajadora y responsable. En esta carta indica a un hombre desequilibrado. Te conoce desde hace años.

—¿Años?

—Sí. Lo suficiente para saber todo de ti. Este hombre ha estado en varios sanatorios visitado por una mujer. Utiliza su físico para engañar a sus víctimas. Tiene alma oscura.

—¿Qué edad tiene? —Le pregunta un tanto incrédula.

—Es un hombre joven que has dejado entrar a tu vida. Debes cuidarte de él. Quiere destruirte tanto emocional como físicamente.

—Quiere decir que me quiere ver muerta.

—Así es Valeria, por eso debemos proteger tu cuerpo mental y físico desde ahora.

—¿A qué se refiere?

—Te atendí porque tienes razón. Este es un caso de vida o muerte.

—Debes realizar un baño de esencias en completa soledad pues tienes una alta carga de larvas energéticas que están contaminando tu espíritu.

—No puedo hacerlo en casa pues estoy viviendo con alguien.

—Te propongo que lo hagas aquí, con la ayuda de mi secretaria. Ella es de absoluta confianza.

Valeria reflexiona lo que le ha dicho el tarotista. Se decide y le dice que por favor lo haga. Llama a la secretaria para que venga a ayudarlo y le explica los elementos que debe traer. La mujer entra con el palo santo y Miguel Ángel enciende las ramas y chisporrotean. Al ver el humo negro, habla en lengua quechua. Le pide que se retire su ropa y que se ponga una blusa blanca que le entrega la secretaria para evitar que el aroma de la rama del árbol que utilizará en el ritual delate dónde ha estado, ya que ella ha venido a escondidas. Ella se queda mirándolo, pues ella ha omitido ese detalle al vidente. El hombre realiza oraciones fuertes mencionando santos protectores hablando en español y en quechua. Quema el palo santo pasándolo por todo su cuerpo. Valeria siente que el humo le renueva el espíritu. Miguel Ángel eleva las manos al universo e invoca a la energía de la vida para que la joven sea protegida. Al terminar el ritual de limpieza, la secretaria trae la ropa y Valeria se la pone. Miguel Ángel le advierte que la limpieza puede verse afectada con mareos o vómitos, pues toda carga negativa, y más aún en su caso se expresará en el cuerpo físico. Cuando termina el ritual, Valeria le pregunta:

—¿Cómo sabe que he venido a escondidas?

—Te aconsejo dejar de mentir, así sean con mentiras pequeñas, pues haces un daño tremendo a tu evolución.

Ella sabe que ha mentido últimamente. Luego saca la billetera y presiente que deberá pagar con tarjeta de crédito pues ha pasado más de dos horas de consulta. Pregunta cuánto le debe. Miguel Ángel le dice una suma justa y que deberá entregar en donaciones y en persona, a familiares suyos en estado precario. Miguel Ángel le dice que debe vencer el orgullo y debe ayudar a alguien en su familia. Ese será su pago. Valeria está sorprendida ya

que no puede creer la humildad del viejo hombre y piensa inmediatamente en su madre. Ella, un poco indiscreta y llena de curiosidad, le pregunta:

—Miguel Ángel ¿a qué se debe esta insólita forma de pago?

—No quiero perder el don que me ha dado el universo, ya que estoy interesado en poder ayudar a la colectividad humana y en su evolución del alma. Sé que tengo una alta reputación que me ha otorgado el espacio radial. Alguna gente me ha aconsejado cobrar exageradamente. No deseo caer en la trampa de la superficialidad.

Valeria le agradece el espacio y se retira. Toma un bus para llegar a su departamento. Advierte interiormente hay un cambio. Sin embargo, no está muy convencida, ya que la adivinación no le pareció muy acertada pues ha dicho que quien desea hacerle daño es un hombre joven que la conoce desde hace años. El único hombre joven, que ella ha dejado entrar en su vida, es Mariano y lo conoce de este mismo año. Piensa en otros hombres jóvenes que son compañeros de trabajo o de universidad, y que la conocen solo superficialmente.

La joven llega justo a las ocho de la noche. Mariano no ha llegado, así que aprovecha a lavar su ropa para evitar levantar suspicacia sobre el olor a palo santo. Rápidamente cuelga su ropa, toma un rápido baño y se pone rápidamente la ropa de dormir. Ya son las nueve de la noche y todavía no llega Mariano. Se mete a su cama y reflexiona todo lo que ha pasado el día de hoy. Escucha las llaves en la puerta y Valeria simula que duerme. Recuerda las palabras de Miguel Ángel y decide no mentir. Así que vuelve y se acomoda en la almohada. Mariano entra a la habitación y le da un beso en la boca pues quiere olvidar la pelea que tuvieron en la tarde. Le pregunta si quiere un trozo de pastel de cerezas. Valeria le dice que sí. Él va a la cocina por platos y algunas sodas. De un momento a otro, Valeria siente unas náuseas terribles y va al baño. Vomita tal como lo ha advertido Miguel Ángel. Mariano se da cuenta y pregunta si necesita ayuda. Valeria se lava sus dientes recordando las palabras de Miguel Ángel que solo vomitaría en caso de haber cargas negativas. Ella se asusta y piensa que tal vez puede ser Mariano. Pero recuerda que el adivino le ha dicho que es un hombre joven que la conoce de años atrás. Pero niega la sospecha. Ella sale del baño y Mariano le pregunta:

—¿Te encuentras bien?

—Sí, mejor.

—¿Todavía quieres pastel?

—Tengo ganas de comer. Mariano tengo una pregunta: ¿No estás molesto? Esta tarde tuvimos una fuerte discusión.

—Valeria. No te niego que tus actitudes me hieren. Pero mejor olvidemos lo que ha pasado y comamos el pastel.

—Mariano, disculpa, de verdad. Es muy noble de tu parte no iniciar una discusión. No me justifico más, pero ya no sé cómo iré a reaccionar cuando ocurra algo anormal.

Él le sirve el pastel y, esta vez, no le hace ninguna pregunta sobre el día o sus actividades. Además, ella no quiere mentir, ni quiere desvelar la visita al tarotista. Sin embargo, Valeria quiere que conversen y entonces le pregunta:

—¿Cómo ha sido tu tarde?

—Tengo nuevo contrato en un centro comercial para tomar unas fotografías para promocionar algunos restaurantes.

—¡Te felicito! ¿Cuándo empezarás a trabajar?

—El lunes.

—¿Cómo va tu exposición?

—Muy bien, gracias por preguntar. He vendido un lienzo fotográfico.

Vuelve la pareja a estar en silencio. No hay caso. Mariano no es muy conversador. Así que Valeria enciende el televisor y escuchan las noticias de la noche. Terminan el pastel.

Valeria regresa al baño y Mariano verifica puertas y ventanas debido al fracaso de las cámaras de video vigilancia. No quiere volver a tocar el tema, pues con lo que ha visto hoy, sobre la irrupción neurótica de su novia, prefiere guardar silencio. Él se pone su ropa de dormir. Desea tocarla, pero Valeria gira su espalda y le da las buenas noches. Mariano apaga la luz. Valeria rememora su encuentro con Miguel Ángel. Una sensación de purificación la invade y no piensa en las pastillas tranquilizantes. Cierra sus ojos repitiendo varias veces el nombre de Miguel Ángel. Duerme, esta vez, con una particular paz.

## CAPÍTULO XVIII: Doble Lamento

Llega otro lunes laboral. Mariano se viste con ropa de oficina. Valeria es la primera vez que lo ve vestido de esa manera y lo mira fascinada. Ella ha decidido recuperar su estatus en el trabajo y, por tanto, quiere ir más temprano a la oficina. Sin embargo, la imagen del ritual de la semana pasada la distrae. La escena se repite en su mente una y otra vez. No sabe exactamente qué significan las palabras pronunciadas por Miguel Ángel en quechua, pero la sensación de purificación espiritual aún permanece. Súbitamente, suena el teléfono de Valeria y le informan que no tendrá que ir a trabajar. Un corte de luz en el sector no ha podido solucionarse y, tratándose de un daño grave, parece que tomará todo el día en repararse. Valeria no quiere permanecer en el departamento. No obstante, se queda y decide abrir las persianas para que entre toda la luz solar. Mariano le dice que se cuide y se va. Valeria está paranoica con los vecinos de alrededor. Desde su balcón puede ver varios edificios, innumerables departamentos que tienen vista hacia el suyo. Ella observa hacia afuera durante un largo rato y en algún momento le parece distinguir un ligero movimiento en la ventana de uno de los apartamentos del edificio contiguo. Le parece ver a alguien que, desde una ventana, la observa con una lente. Ella parpadea varias veces para poder enfocar aquella persona. Identifica que raros movimientos del sujeto los realiza con la lente de su cámara. El reflejo de la luz en el vidrio de aquel prismático le hace sospechar. Se esconde debajo de la ventana, porque se ha dado cuenta de que alguien la observa. Rápidamente, comienza a cerrar las persianas del gran ventanal que apenas hace un rato abrió. Decide, entonces, encerrarse en su casa, asegura la cerradura y vuelve a llorar por el suplicio en el que se encuentra. Está paralizada por lo que ha visto y recuerda las palabras de Miguel Ángel, que ella está en peligro de muerte. En eso el vidente no miente. Una angustia latente se establece a la altura de su corazón. Si sigue así, terminará enfermando y el acosador se saldrá con la suya. Al mediodía llega Mariano y la encuentra en un rincón de la cocina, completamente atemorizada. La levanta y la lleva a la habitación. Ella le comenta lo ocurrido. Él lo desestima, pues el barrio se caracteriza por tener grandes edificios, de veinte y hasta de treinta y cinco pisos, con muchísima gente a la que les puede resultar interesante usar algún telescopio o una cámara para ver o tratar de retratar cualquier cosa, desde un ave hasta un ovni.

El día siguiente, cuando Mariano vuelve a irse muy temprano para trabajar, a Valeria le informan que deberá trabajar desde la casa, pues ha sido tan grave el daño eléctrico que deberán reinstalar las conexiones en la oficina. Le parece una estupenda idea para ocupar su mente y desviar toda la locura de información que ella ha estado tratando de digerir. Trabaja y la tarde transcurre rápido; en pleno análisis financiero, recibe una llamada de la policía. Le preguntan si puede acercarse a la estación policial del barrio pues nuevos datos del posible sospechoso han surgido. Ella le dice que pasará lo más pronto posible. Valeria tiene una mezcla de nervios y felicidad por el avance de la policía; toma su abrigo y llega a los diez minutos. Reconoce al par de policías y se dirige hacia ellos:

—Recibí una llamada de ustedes hace diez minutos.

—Buenos tardes. Por favor entre a la oficina.

—¿Qué ha pasado con Gianfranco Ferri, lo han investigado?

—¡Señorita cálmese! Está agitada.

—¿Qué han sabido? —Valeria respira profundo.

—Las últimas semanas, hemos intentado contactar al señor Gianfranco Ferri. Hemos ido a buscarlo al café, pero el mesero nos informó que había partido a Italia hace dos semanas atrás. Luego contrastamos la información con los reportes del aeropuerto internacional y confirmamos que la información es verídica.

—¿Hace cuánto ha dicho que se fue de viaje?

—Dos semanas.

Valeria se descompone, pues el último ataque ha sido el fin de semana.

—¿Le ocurre algo?

—El fin de semana hubo una intrusión.

—¿Lo informó a la policía?

—No.

—¿Cómo quiere que le ayudemos si omite esta importante información?

—Sucedió en la noche, mientras dormía con mi novio. Entraron y formaron el símbolo del ojo con objetos de mi casa.

—Solicitamos que cada evento que ocurra sea informado. Además, ¿cómo quiere que avancemos en el caso si no nos informa lo acontecido? No queremos vernos obligados a cerrar el caso y continuar con otras investigaciones donde los afectados colaboran permanentemente. —Le aclara el agente tratando de convencer a la joven.

—¡Por favor, no cierren el caso! Les mantendré informados.

Valeria se retira de la estación policial y regresa a su departamento. No quiso dar detalles de lo ocurrido y menos de las destrucciones que ella realizó. Teme que la tilden de neurótica. Cierra a doble llave su puerta, y se lleva las manos a la boca. No puede dar crédito a lo que ha escuchado. El último ataque grave perpetrado por la noche fue hace menos de dos semanas. Comprende que su amigo no pudo haberle hecho daño y que no es el acosador. Tiene sentimientos encontrados entre felicidad y tristeza. Se arrepiente por haber tratado mal y las calumnias que ha proferido contra Gianfranco. No quiere imaginar cuando se entere que los libros y películas en italiano han sido donados. De todas maneras, piensa que, aún sin quererlo, ha sido una buena obra. De repente, recuerda las palabras de Miguel Ángel sobre asistir a una persona en estado precario. La primera persona en la que piensa es en su madre. Sabe que su situación es terrible, además no la ve hace siete años. Considera que debe ir hoy mismo, antes que llegue Mariano, para no tener que dar detalles personales. Nunca han hablado de ello. Además, ella no conoce tampoco familiares suyos. Entrega el informe a su jefe por correo electrónico y se apresura a visitar a su madre. Le pone nerviosa que Cecilia la trate mal. De todas maneras, quiere acercarse a ella y hacerle saber que hizo mal en juzgarla en sus adicciones. Va al supermercado y compra artículos de primera necesidad y comida. Va al cajero automático y retira dinero para dárselo a su madre. Toma el bus y se dirige al barrio donde ella pasó toda su niñez. Millones de recuerdos pasan su mente: buenos y malos. Se le escurren las lágrimas y rápidamente las seca. Se baja del bus y encuentra la casa. Toca el timbre de la casa y sale una señora con semblante nada amigable.

—Buenas tardes, señora Antonia. ¿Se acuerda de mí? Soy Valeria Gómez, la hija de Cecilia. ¿Ella está?

—¡Cómo está usted de cambiada! Ni la reconocí. Su mamá no vive aquí hace como cinco años.

—Pero... ¿por qué se fue?

—Yo la eché.

—¿Qué hizo?

—Yo aguanté muchas cosas que usted ya sabe. Su madre empezó a beber más desde que usted se fue de la casa. Entonces dejó de pagarme el arriendo por un año. Y la eché.

—¿A dónde se fue?

—No tengo la menor idea.

—¿No sabe nada? ¿Algún dato?

—No sé nada. Y sinceramente no me interesa saber nada de ella. Me dio muchos problemas con los vecinos mientras estuvo aquí. Así que disculpe, tengo mucho por hacer.

La dueña de la pensión cierra la puerta. Valeria siente desmayarse. Golpea cada puerta vecina de la pensión y nadie da respuesta de su madre. Regresa a su departamento

desconsolada por las noticias que ha recibido. Ahora su pena es doble: por tratar mal a Gianfranco y no encontrar a su madre.

## CAPÍTULO XIX: Método *non sancto*

Valeria llega a su casa. Llama a Mariano por el departamento, pero no hay nadie. Encuentra una nota firmada por Mariano y esta dice que llegará tarde. Esta nota le genera una sensación de libertad pues quiere llorar por su madre y su amigo sin que Mariano se dé cuenta. Está consternada por la desaparición de su madre y la acusación falsa contra Gianfranco. Mira a su alrededor y se deprime profundamente cuando ve en el suelo algunas maletas fotográficas y dos trípodes. Le da fastidio y se convence que no está hecha para convivir con alguien. En un solo instante pasa del fastidio al sufrimiento. Vuelve a llorar por más de hora sin parar. La almohada de su cama está húmeda por todas las lágrimas de las lamentaciones. Pero en medio de sus continuos reproches por ignorar a su madre los siete años y juzgar a Gianfranco, para de llorar cuando recuerda al misterioso personaje que la observaba desde la ventana. Se dirige hacia la ventana sin temor e intenta divisar el departamento en el que ha visto al hombre de los prismáticos. Se da cuenta de que está ubicado en el séptimo piso, y orientado hacia el centro de la cuadra Valeria distingue que aquel departamento tiene cortinas negras. Esto se le produce un escalofrío que le hiela la sangre, pues a diferencia de todos los departamentos, estos tienen cortinas de colores agradables. Sin embargo, Valeria considera este detalle que puede ayudarle a ubicar al verdadero sospechoso. Aprovecha que Mariano no está, y está decidida a resolver la situación sin ayuda de nadie pues ni las supuestas ayudas policiales ni la de Mariano están funcionando. Sale del edificio rápidamente, rogando no encontrarse con Mariano. Le da rabia recordar la última intrusión y que su novio no se haya despertado a detener el acosador. Por lo tanto, saca fuerzas de manera repentina, para investigar y enfrentar aquel hombre en la ventana. Llega al edificio y mira hacia arriba analizando nuevamente cuál es el departamento. Confirma que está ubicado en el séptimo piso. Desea entrar, pero no tiene una excusa válida para hacerlo. Aprovecha que el conserje está regando el jardín y entra rápidamente con una señora que habita en el edificio. Las dos entran al ascensor y la señora presiona el botón número cuatro. Las dos se observan, pero no se dirigen la palabra. Una sensación de valentía y miedo inunda el plexo solar de Valeria, pero ella respira disimuladamente para calmarse. Las puertas del ascensor se abren en el piso cuatro. Valeria espera que la mujer salga del ascensor y presiona el botón número siete. Su corazón se acelera y respira aún más fuerte. Tiene un mal presentimiento. El ascensor abre las puertas en el piso siete. Al salir del ascensor se encuentra con hombre que ha subido por la escalera. La tensión en su pecho se exacerba, pero se tranquiliza cuando ve que el hombre continúa subiendo otro piso más. Por unos segundos pensó que se trataba del hombre de los prismáticos. Se alista para realizar su búsqueda con cierta prudencia. Se da cuenta de que hay cinco departamentos posibles con vista a la calle. Luego, la joven golpea cada puerta de cada uno de los cincos departamentos, pero no obtiene respuesta. Valeria está frustrada pues nadie sale a su llamado. Pero vuelve a intentarlo, esta vez golpeando con mayor fuerza. Tiene miedo de llamar la atención, pero sale una mujer anciana con un delantal muy molesta por la presencia ajena en el edificio y le pregunta:

—¿Por qué subió sin autorización? ¿No se registró con el conserje?

—Disculpe señora, no sabía que en este edificio tenían ese tipo reglas.

—Le pido que se retire y se registre con el conserje. ¡Ha realizado una intrusión! —expresa la vieja dama con desconfianza y molestia.

—Señora, ¡no se moleste! Le enseñaré mi identificación. ¡Pero tiene que ayudarme! —Valeria abre la cartera y le muestra el carnet donde trabaja.

—¡No es mi problema! ¡Váyase!

—¡Hay un hombre que me está hostigando y quiero detener esta situación! —Con voz angustiada le ruega a la anciana.

—¿Qué dice? ¡Debió venir con la policía!

—Tiene razón. Si quiere quédese con mi carnet, y luego vengo con la policía para que usted me crea, ¡pero le pido que me dé información sobre alguien que decore las ventanas con cortinas negras en este séptimo piso.

—¡Ah! ¡El departamento 713! Ahí vivía una señora que falleció hace más de cuatro años y ahora ocasionalmente viene su hijo. Además, desde que falleció la señora Helena, este muchacho decoró con esas cortinas negras que yo encuentro nefastas.

—Usted cree que ese hombre esté ahí y no quiera recibirme.

—¿Quién? ¿Mariano?

—¿Mariano? ¿Dijo Mariano? —pregunta Valeria presintiendo lo peor.

—Sí. Mariano Estévez. Veo que usted ya lo conoce.

Valeria empalidece y pierde un poco el equilibrio. La anciana la toma del brazo. La joven no puede hablar del impacto, y deja a la anciana sola. De repente sale corriendo hacia las escaleras y la anciana se compadece de la muchacha pues ha visto la cara de dolor y le grita:

—¡No se vaya así! ¡Tenga cuidado al bajar las escaleras!

—¡Le pido que no le cuente nada a él! —Le ruega la joven mientras baja por las escaleras de una forma desesperada.

Valeria inmediatamente sale corriendo de aquel edificio y vuelve a su hogar. Busca rápidamente un objeto para bloquear la entrada de su apartamento pues teme por su vida. Decide ubicar un sillón detrás de la puerta mientras revisa las cosas de Mariano. Está desesperada por hallar algo. Revisa su clóset, algunos cajones y una gran maleta con rollos fotográficos. Abre cada uno de sus bolsillos hasta que encuentra un cuaderno que ella reconoce. Es el cuaderno de anotaciones de su psicólogo. Llora esta vez, pero de la ira. Observa las anotaciones y extrae dos conclusiones de su análisis: es posible que Mariano lo ha robado o el sicólogo Isaac la está asediando y pretende incriminar a Mariano. Su angustia se acrecienta al borde la locura mientras abre el cuaderno donde están condensadas las percepciones psicológicas de Isaac. Lee todos sus miedos y odios familiares. De todos modos, robado o no, Mariano se ha enterado de su vida personal. Sigue revisando en el cuaderno y en un margen, muy pequeño, hay garabateado un ojo. Entonces se da cuenta de que el periódico que aquella vez le trajo Gianfranco podría haber pasado por las manos de Mariano o de Isaac, en el café, antes de que este lo trajera. Hila en su mente una serie de eventos desde que conoció a Mariano ya que ha tenido acceso a su casa en los últimos tiempos, incluso antes de vivir con él. También recuerda que Mariano había sido quien había querido ponerla en contra de los otros que la rodeaban, porque quería siempre estar protegiéndola; finalmente, se acuerda que él le había dado el sobre con el primer ojo el día en el que "casualmente" se habían conocido cuando él la atropelló con la bicicleta. Pero cae en un estado de negación preguntándose cómo ha llegado este cuaderno dentro de las pertenencias de Mariano. Sabe que debe actuar rápido para confirmar estas confusas conclusiones. Se dirige hacia la cocina y mete un cuchillo en la cartera al igual que el cuaderno. Improvisa una maleta con alguna ropa y artículos de aseo pues no piensa pasar ni una sola noche más allí. Entonces se le ocurre dejar una falsa nota escribiendo que supuestamente deberá trabajar para evitar perder el empleo y que por eso no regresará a casa. De este modo, no levantará sospecha con Mariano y huye. Mientras corre le surge una idea que llevará a cabo; un método *non sancto.* Una fuente de orgullo brota en su interior y se ha jurado a sí misma que realizará actos incluso fuera del margen de la ley.

## CAPÍTULO XX: Gatelle Burt

Valeria sale urgentemente del edificio. En ese momento pasa un taxi y lo toma para salir rápidamente de allí. Al subirse le pide al taxista que la lleve al hotel que se encuentra al lado del aeropuerto. Durante el trayecto no da crédito a los últimos descubrimientos. Valeria permanece en estado de shock por algunos minutos. Luego piensa que se encuentra completamente sola en el mundo y resume los últimos hechos de manera obsesiva en su mente: su madre desaparecida, la calumnia hacia Gianfranco, su hogar destrozado, los amigos que ella ha alejado, el psicólogo como nuevo sospechoso y lo peor: su pareja como un posible acosador. No entiende tanta desgracia. Se desordena el cabello con sus manos y está al límite de un colapso nervioso; cree que el mundo está en su contra y razones no le faltan. El taxista la observa por el retrovisor y se asusta ante las reacciones de la chica. Él no se contiene y le dice:

—¡Disculpe mi intromisión, señorita, pero la veo tan afectada! ¿Necesita que la lleve mejor al hospital? Su cara está transfigurada.

—Señor, por favor, ¡necesito llegar rápidamente al hotel! ¡Siento que me voy a desmayar!

—Se está contradiciendo. Creo que mejor la llevo al hospital.

—¡Haga lo que le digo!

Finalmente, en treinta minutos llega al hotel. Valeria baja su pequeña maleta improvisada algo mareada y le paga al taxista, quien nuevamente le dirige la palabra:

—Si necesita ayuda esta noche, cuente conmigo. Tome la tarjeta con mi número. Yo tengo turno toda la noche. Lo digo por si no llega la ambulancia a tiempo, yo puedo llevarla al hospital que queda a diez minutos de aquí. Me quedaré en este sector del aeropuerto.

Valeria le agradece, guarda la tarjeta y entra al hotel. La recepcionista la atiende y le pregunta el tiempo de estadía, Valeria dice que será indefinido. Paga por adelantado por una semana y le dan las llaves de la habitación 505. Toma el ascensor y encuentra la habitación. Abre la puerta y entra en un acogedor dormitorio, bien iluminado, con una pequeña sala y un baño con tina. La joven verifica la puerta y decide relajarse y sumergirse en la tina. El baño la relaja y por primera vez durante mucho tiempo experimenta armonía mental. Permanece allí por una hora, luego de lo cual se mete a la cama y ordena un emparedado con jugo de frutas. La paz de su vida, que ha sido arrancada a la fuerza, retorna levemente en aquella habitación de hotel. El baño la ha dejado renovada para analizar aquel método *non sancto* que se ha planteado para encontrar el paradero de su madre y entrar en el departamento de Mariano. Llega su orden de comida y come con libertad. Abre las cortinas de la habitación y observa el panorama citadino. Luces titilantes urbanas permiten concentración para idear su plan. Sin embargo, vuelven los pensamientos obsesivos: permanece algunos segundos atónita al recordar aquel cuaderno en las pertenencias de Mariano. Concluye que deberá contratar a alguien que la ayude a cometer el delito de entrar sin permiso a la propiedad privada de Mariano Estévez. Piensa en el cerrajero del barrio y descarta la idea pues ya la conocen. De repente, recuerda al taxista que le entregó la tarjeta. Abre la cartera y lee el nombre de Arturo Téllez. Se le ocurre que deberá contratarlo para que la ayude en los desplazamientos ya que no quiere regresar a su departamento pues considera que tiene una carga negativa e indeseada. Mira el reloj y son las once de la noche. Sabe que Mariano ya está en el departamento, entonces decide llamar de manera cariñosa para evitar sospechas y confirmar que ha leído la nota. Respira profundo por la nueva farsa que va a crear y llama:

—¿Mariano?

—¿Dónde estás? Es muy tarde.

—¿Leíste mi nota?

—Sí, Valeria, pero ¿tuviste que llamar tan tarde para decirme cómo estás?

—Mariano, solo llamo para decirte que descanses.

—Bueno, pero entonces voy a cerrar todo.

—Descansa. Besos. Buenas noches.

Cuelga con fastidio por el cinismo que ha cometido. Pero ya no le importa, quiere salvar su vida y desenmascarar al verdadero acosador. Toma el directorio pues está decidida a contratar a un detective privado para que la ayude a descifrar los misterios que envuelven su vida. Son muchos temas que ella deberá resolver que solo encauzan al concepto del enigma. Encuentra una lista extensa de detectives privados. Ninguno le llama la atención, hasta que ve el nombre de una mujer. Le da una buena corazonada. Lee lo siguiente en el aviso del directorio telefónico. "Gatelle Burt. Detective Privada. 24 horas sobre 24 siete días sobre siete." Valeria llama al número indicado y la mujer contesta al segundo timbre:

—Habla Gatelle Burt ¿en qué puedo ayudarle?

—Gatelle. Habla…Emma. —Se demora en presentarse ya que Valeria ha dicho un falso nombre.

—Emma. De acuerdo. La escucho.

—Necesito verla urgente. ¿Puede venir a un hotel ahora mismo?

—Claro que sí. Pero deberá depositar la tarifa establecida en mi página Web. En la pestaña "casos urgentes" encontrará los precios que contemplan asesoría e investigación de la primera etapa del caso. Una vez usted cancele, iré al espacio que usted indique en quince minutos. Me presentaré vestida de motociclista y dirá usted en recepción que ha realizado un pedido a domicilio.

—Muy bien. Enviaré la confirmación de pago a su correo, dirección y número de habitación del hotel. Nos vemos entonces en veinte minutos.

Valeria verifica la confirmación de la página web de la investigadora. Mira el reloj y marca las once y treinta minutos. Realiza el pago en línea y luego envía los datos de su ubicación. Mientras lo hace un pensamiento la asalta: está hastiada de que su mundo lo conformen solo hombres; ha sido muy preferencial con el sexo opuesto y quiere una visión femenina de su situación en desgracia. Luego, llama a recepción y solicita que estén pendientes del domicilio. Pasan los quince minutos exactos y suena el teléfono de la habitación:

—Buenas Noches. Su orden de comida está aquí.

—Sí. Puede seguir. Gracias.

Los nervios se apoderan de Valeria pues debe resumir su vida privada a una extraña. Pero igual se tranquiliza por el buen presentimiento que le ha traído la primera conversación que sostuvo con la detective. Prepara la sala para la reunión que tendrá. En un par de minutos, tocan a la puerta. Valeria observa que se trata de una mujer tan atractiva como ella que bordea los cuarenta años. Es de mediana estatura, de ojos color verde oliva con voz muy firme.

—Emma, buenas noches. Mucho gusto. Soy Gatelle Burt. —Extiende la mano y pide permiso para poner el casco de motociclista en una silla.

—Por favor, siga.

—¿Dónde está la basura?

—¿Por qué la necesita?

—Quiero botar esta caja desocupada del supuesto pedido.

—Oh sí. Tiene razón. Démela y yo la boto.

—Emma. Debe ser breve. Entenderá que el hotel no debe sospechar.

—Para empezar. No me llamo Emma. Mi nombre es Valeria. —Confiesa la joven pues desde que vio a Gatelle le ha generado confianza.

—Ya lo sabía.

—¿Cómo lo supo?

—Por su transferencia bancaria.

—Claro. Iré directo al grano. He sido acosada psicológicamente. Deseo descubrir las verdaderas intenciones de mi novio, de mi terapeuta y encontrar a mi madre desaparecida.

—¿Valeria, ¿cuál es su prioridad?

—Todas.

—Bien. Estaremos trabajando simultáneamente con otras dos detectives para delegar los casos que usted desea que se resuelvan. Por otro lado, tengo otra pregunta: ¿La policía sabe de esto y han abierto un caso?

—Sí. No obstante, mi confianza en ellos se diluye. Mi percepción es que ellos me ven como una paranoica. Sin embargo, al menos han descartado a una persona que me arrepiento de haber incriminado.

—Bien. Sugiero que se presente en la comisaria de la policía semanalmente. De este modo, sabrán por su interés a pesar de su incredulidad en ellos. Por otro lado, es importante que me dé datos sensibles como números telefónicos, direcciones y características psicológicas de las personas implicadas en estas investigaciones.

—Muy bien. Se lo enviaré a su correo.

Valeria le tranquiliza saber que Gatelle iniciará todas las investigaciones solicitadas de manera simultánea. Sintetiza la historia lo más rápido que puede pidiéndole que le ayude a resolver los casos. Le muestra a Gatelle el cuaderno de su seguimiento psicológico y le solicita investigar si ha sido robado y cómo llegó a las pertenencias de su novio. También le señala el dibujo del ojo encontrado en el cuaderno como símbolo del acoso. Valeria quiere saber quién es el verdadero acosador, ya que desafortunadamente ahora está desconfiando de Mariano, o descubrir si quieren implicarlo a él como sospechoso siendo inocente. Gatelle pide permiso para tomar fotografías del cuaderno y Valeria autoriza.

—De acuerdo. Como ha dicho que trabajará los casos de manera simultánea, entonces le daré los datos para que vaya al consultorio psicológico. Sin embargo, yo personalmente quisiera entrar al departamento de Mariano y descubrir que tiene allí. ¿Cómo puedo entrar?

—Mi equipo de trabajo se compone por dos mujeres de confianza. Son expertas en investigación y solución de temas técnicos, como, por ejemplo, entrar a un departamento sin ser descubiertas. Es más, podremos darle la llave para que entre sin ningún miedo.

—¡Excelente, Gatelle!

—Le mantendré informada el plan a seguir.

—Es importante que me mantenga informada. Deseo que se me comunique cada detalle.

Se despide y la detective se retira rápidamente. La recepcionista no se ha dado cuenta de la salida de Gatelle porque está atendiendo a un equipo de basquetbolistas. La detective se sube a la moto y parte a buscar a los verdaderos culpables del caos que se ha instalado en la vida de Valeria.

## CAPÍTULO XXI: Mentira fatal

Al día siguiente, Mariano despierta a las nueve de la mañana. Mira su teléfono y se percata que no hay ningún mensaje de su novia. Sospecha que se trata de una mentira de Valeria. A pesar que no le convenció la llamada de anoche, quiere ver cuanto antes a Valeria. La extrañó bastante anoche. Se organiza y piensa ir hasta su trabajo para saber de ella. Llega a la oficina y lo atiende un guardia.

—Buenos días. Busco a Valeria Gómez.

—¿Valeria Gómez? Hoy no la he visto llegar a la empresa.

—¿Qué dice? ¡Pero ella dijo que pasó toda la noche trabajando aquí!

—¿Quién es usted?

—Soy su novio y estoy sumamente preocupado.

—¿Por qué no habla con su jefe directo?

—Sí. Por favor.

El guardia llama al jefe de Valeria y le comenta la situación de la que se acaba de enterar. Luego de cinco minutos de espera, el guardia le pide una identificación a Mariano y le invita a seguir a la empresa, indicándole el camino a tomar para llegar a la sección financiera. Mariano llega a la oficina indicada, toca la puerta y lo hacen pasar:

—Buenos días. Me presento. Soy Mariano Estévez. El novio de Valeria Gómez.

—Siéntese por favor.

—Estoy aquí porque Valeria me dijo que pasaría toda la noche trabajando, pero el guardia me ha informado que no está.

—Lamento informarle que Valeria le ha mentido. Hay políticas internas que prohíben esa práctica, excepto si se presenta algo extraordinario como la caída de bolsas internacionales. Y ayer no pasó nada de lo señalado.

—¿Por qué me ha dicho tal mentira?

—Estamos tan extrañados como usted. El comportamiento de Valeria nos resulta desconocido y, sinceramente debo decir que su rendimiento está cada vez más bajo. Su apariencia física no nos ayuda a la imagen corporativa. Disculpe la intromisión, pero ¿sabe usted que le ocurre?

—Lamento informar que Valeria se comporta de una manera bastante agresiva conmigo. Trato de ayudarle, pero no hay caso. A medida que ella me grita, yo me propongo tener actitudes de nobleza y protección por lo que le está pasando.

—¿Lo que le está pasando? ¿Qué le ocurre?

—Ni yo lo entiendo. No le quito más tiempo. Debo seguir buscando a mi novia.

Se retira Mariano, indignado, y el jefe está atónito por lo que se ha enterado. No puede creer que su empleada estrella esté decayendo de ese modo y que, además, tenga comportamientos agresivos en su vida personal. Por otro lado, Mariano siente ira contra Valeria, pero sonríe: la semilla de la duda contra su novia ya está diseminada en su ambiente laboral.

Entre tanto, Valeria en el hotel se prepara para ir a trabajar. Se ha maquillado y vestido muy bien. Está decidida a ser fuerte y no descuidar más su imagen personal. Ha llegado a la siguiente conclusión: en caso que Mariano no resulte implicado en la nefasta situación, está decidida a terminarle y pedirle que se vaya de la casa. No lo ama. Solo es una atracción física que ha terminado. No hay profundidad en las conversaciones, no hay gustos en común, y lo relaciona con una de las peores épocas de su vida. De hecho, le tiene miedo y sospecha de él. Su discurso de protección no la convence más...De todos modos, quiere los resultados de Gatelle Burt cuanto antes. No obstante, contempla la otra cara de la situación: si Mariano resulta ser el acosador, tendrá que ser muy hábil para que la policía lo detenga y encarcele. Quiere que su plan de investigación resulte. Está dispuesta a pagar la suma que

sea. Estos últimos pensamientos generan en ella un optimismo que la embarga después de la conversación que tuvo anoche con la detective Burt. Llega a la oficina a las diez en punto y el guardia le dice:

—Señorita, ¿se encuentra bien?

—Me siento muy bien. Pero, ¿por qué su cara de preocupación?

—Porque su novio vino y dijo que usted había estado trabajando toda la noche en la empresa.

—¿Qué? ¿Vino Mariano?

—Así es. Un señor llamado Mariano Estévez. Y habló con su jefe.

Valeria corre hacia la oficina para hablar con su jefe. Se lo encuentra en el pasillo. La invita a seguir a la oficina.

—Siéntate. Necesito hablar contigo.

—¿Qué ha pasado?

—Vino tu pareja y le has mentido y nos has mentido. Utilizaste el nombre de la empresa para tus fines personales. Esto no lo voy a permitir.

—Le pido que me escuche. Estoy en una situación muy seria.

—¿Cuántas veces te solicité que me contaras lo que te ocurría? ¿Ahora quieres contar lo que te pasa? ¿Justo hoy?

—Tiene razón. Aprecio su preocupación, pero los problemas personales quedan fuera de lo laboral y por eso no pude contarle. Pido excusas por utilizar el nombre de la empresa. Lo único que le puedo decir es que estoy en una situación bastante delicada.

—Me temo Valeria que va empeorar tu situación. Igual has involucrado a la empresa en tus temas personales. Te contradices. Has admitido que has mentido y esto no lo puedo tolerar. No tengo más confianza en ti. Estás despedida. Te pido que entregues tu computador y tu oficina. Prescindiremos de tus servicios.

—¡Por favor no lo haga! No puede basar su decisión en algo personal. Debe basarse en mi trabajo. ¡Cometí un error! ¡Lo admito!

—Lo lamento. Este acto de engaño contradice las políticas de la empresa. En tres días hábiles saldría tu cheque. El departamento de recursos humanos se contactará contigo. Agradezco lo que en tu etapa inicial aportaste en la empresa. Un gusto conocerte Valeria.

—¿Puedo saber por lo menos qué le dijo Mariano?

—Son tus problemas personales. No deseo inmiscuirme en tus asuntos. Me es indiferente. Te pido que te retires.

Valeria recibe otro golpe emocional. No puede creer que Mariano se haya atrevido a hablar con su jefe. Él sabía perfectamente que mezclar la parte privada con el trabajo le traería problemas. Sin embargo, se recrimina a sí misma por haber mentido e involucrado a la empresa. Recuerda las advertencias de Miguel Ángel sobre no volver a mentir. Ahora, ha perdido su empleo por esta mentira fatal. Va a la oficina, organiza el computador y lo lleva a la sección de recursos humanos. Firma los respectivos documentos acerca del despido. Le pide a la secretaria una caja para guardar algunas pertenencias que están en su escritorio. Todos se dan cuenta. Los que la odian y los que la aprecian. Sus compañeros intentan acercarse, pero Valeria pone una barrera emocional que impide que los compañeros se despidan. La única que irrumpe esa barrera es su compañera Mónica:

—Es evidente que te vas.

—Así es Mónica. Aprecio que te atrevas a hablarme ya que he puesto muchas barreras.

—Lo intenté, Valeria, muchas veces, pero no quiero juzgarte. Solo quiero decirte que, si quieres ir al lago y distraerte, si necesitas una amiga con quien hablar, puedes contar conmigo.

—Muchas gracias. Aprecio tu gentileza, Mónica.

Las dos colegas se abrazan. Los compañeros que siempre la habían apoyado también se acercan. Le expresan solidaridad y le hacen saber lo bonita que está. Intercambian teléfonos. Los compañeros que la detestan hacen sonido con unas tazas de café simulando un brindis. Valeria le parece ridículo ese acto infantil comparado con los meses de terror psicológico que ha venido sufriendo. Sale de la empresa consternada y se dirige al hotel, y no al departamento, pues teme encontrarse con Mariano.

## CAPÍTULO XXII: Llave azul, llave roja

Gatelle Burt está reunida con sus dos colegas en su oficina de investigaciones. La oficina tiene sofisticados aparatos de investigación como cámaras, micrófonos, radares digitales, computadores y otros *gadgets*. Pareciera el espacio de un estudio audiovisual. En otro espacio, tiene un gran clóset donde hay todo tipo de disfraces. No escatima en gastos para resolver sus casos y mantener a su clientela informada. Delega a la investigadora privada Ramírez el caso de desaparición de Cecilia Gómez y buscar una copia de llave del departamento de Mariano.

—Muy bien, Ramírez, aquí está la dirección donde fue vista Cecilia Gómez por última vez.

—De acuerdo. En cuanto tenga información le llamo.

—Perfecto. Si necesita refuerzos, avise inmediatamente a la detective Robles.

Se retira la detective Ramírez. Entre tanto Gatelle se queda conversando el plan con la detective Robles, quien se quedará en la oficina monitoreando las actividades de las solicitudes de las investigadoras.

El plan que Gatelle llevará a cabo lo ejecutará hoy mismo para resolver el misterio del cuaderno. Ha logrado a última hora una cita con el psicólogo Isaac Jiménez. La cita acordada se ha fijado a las dieciséis horas. Se disfrazará de una mujer un tanto desaliñada, de unos cincuenta años, haciéndose pasar por la madre de Valeria. Se pone una melena postiza rubia, intentando parecerse físicamente gracias a una foto que le ha enviado por correo electrónico Valeria. Ha decidido este plan porque ha confirmado que el psicólogo no tiene fotografías familiares de Valeria. Se maquilla simulando algunas arrugas más pronunciadas. Se ha enterado que Cecilia Gómez es alcohólica, por lo que toma unos dulces de anís para simular que ha tomado un *pastis.* Sin embargo, ha comprado el licor y lo pone en la cartera de manera que pueda ser visto por el psicólogo. La detective Burt llama a Valeria y le informa el paso a seguir:

—Valeria, he logrado concretar una cita con su psicólogo a las dieciséis horas. Así que, por favor, no conteste las llamadas de nadie hasta que yo me comunique con usted. Cuando nos veamos, le daré evidencias visuales de lo que le estoy hablando.

—Muy bien. Le comento que he sido despedida de mi trabajo y que, por lo tanto, estaré en el hotel. No me atrevo a ir a mi departamento hasta que tenga una nueva información.

—No lo haga. Espere mi llamado. Hasta pronto.

La detective Burt llega al consultorio y antes de entrar se asegura de tomar un buen trago del licor. La secretaria la mira con cierta displicencia. Un par de pacientes también esperan al psicólogo. Minutos más tarde, la hacen seguir.

—Señora Cecilia Gómez por favor siéntese.

—Doctor Jiménez. ¿Cómo está?

—No soy doctor, puede llamarme Isaac.

—He venido a decirle que estoy muy preocupada por mi hija, Valeria Gómez.

—¿Valeria Gómez?

—Sí. Me he enterado que usted la atiende. Me lo contó mi madre.

—¡Es maravilloso que usted esté aquí!

—Sí, gracias. Me he enterado que usted la atiende y he venido a decirle que estoy dispuesta a realizar una terapia familiar. Me imagino que usted documenta y pueda usted agregarme en su expediente.

—¡Oh, sí! El expediente. Pero temo decirle que semanas atrás entraron unos ladrones y me robaron información de varios pacientes. No le he comunicado a Valeria porque la he llamado tantas veces que prefiero que sea ella quien me llame y así poder comunicarle este asalto.

—¡Es terrible! A mi hija no le gustará saber que su información rueda por ahí. —La detective saca la botella del *pastis* y simula tomar un pequeño trago.

—Así es. Pero ya interpuse la denuncia. Están investigando el caso. Han tomado huellas dactilares en las puertas. —El psicólogo se limita a observar como la mujer guarda la botella en la cartera y recuerda que la madre de Valeria es alcohólica por lo que le ha contado en las sesiones.

—Bueno, solo he venido a informarle que estoy disponible para solucionar el conflicto con mi hija. Pero no le informe hasta que ella lo busque.

—Muy bien. ¿Cómo puedo contactarla?

—No se preocupe. Le daré mis datos a su secretaria. Hasta pronto.

Gatelle Burt sale del consultorio. Obviamente no le entrega ningún dato a la secretaria y llama a la detective Robles para que corrobore con sus contactos en la policía la denuncia de robo realizada por el psicólogo Isaac Jiménez. Una hora más tarde, regresa el llamado a la detective Burt.

—Afirmativo. El psicólogo realizó una denuncia de robo en su oficina.

—¿Existe una evidencia más fuerte?

—De acuerdo al archivo policial, hay un video en el que se aprecia que un par de sujetos realizan el robo. A esa misma hora el psicólogo Isaac Jiménez se encontraba en un coctel de trabajo. El acto delincuencial fue perpetrado en la noche.

—Muy bien. Al parecer a Isaac le han robado el cuaderno.

—Otra pregunta: ¿las fotos y grabaciones que realicé en el consultorio las recibió?

—Correcto. Tengo aquí las copias de ello.

—Estamos en contacto. Hasta Pronto.

Gatelle llama a Valeria para comunicarle el primer avance de la investigación. Le solicita que se vean en un café universitario. Entonces, Valeria llama a Arturo Téllez, el taxista que le entregó la tarjeta. Arturo acude a su llamado para que la lleve al lugar de la cita. Durante el trayecto, Valeria le señala unas observaciones.

—Lo estaré contratando por varios días. Pero la condición principal es que usted no dé información a nadie sobre los lugares a donde voy o con quién me encuentro.

—¿Cómo puedo dar información al respecto si ni siquiera sé su nombre?

—Lo sé. Pero quiero asegurar su servicio de confiabilidad. ¿Podré confiar en usted?

—Cuente conmigo. Para su tranquilidad, me limitaré a mi oficio de conductor eficiente.

Valeria se tranquiliza, quiere volver a confiar en alguien. Arturo ha llegado en menos de diez minutos al café universitario. La joven le pide que la espere. El taxista se estaciona en una zona permitida. Gatelle saluda a Valeria, quien casi no la reconoce porque tiene un atuendo diferente. Piden un café y hablan sobre las últimas actualizaciones del hecho alrededor del robo del cuaderno.

—Valeria, está verificado. A Isaac, su terapeuta, le han robado los expedientes de su oficina un par de sujetos.

—¿Gatelle, está segura?

—Puedo asegurar con una probabilidad de un 50 %. Falta una prueba de ADN o de huella dactilar que compruebe la certeza. Lo estamos verificando con contactos policiales que tienen acceso a las bases de datos de las denuncias de robos. Por otro lado, he grabado la reunión que sostuve con el psicólogo. Recuerde que me hice pasar por su madre. No puede llamar al psicólogo hasta cuando yo le diga. Observe en el computador nuestra conversación.

—Sí. Él es Isaac.

—Hemos analizado el lenguaje corporal del psicólogo y fue consecuente con sus palabras. Está realmente preocupado por el robo de esta información tan importante. Además, por favor, observe las imágenes que nuestro equipo ha conseguido. —Gatelle le

muestra imágenes del consultorio asaltado y fotos del coctel donde se encontraba el psicólogo.

—Déjeme ver.

—Si se da cuenta, ambos eventos sucedieron simultáneamente. Observe el reloj de ambas capturas de video en este computador.

—Es cierto. Tiene la misma fecha y la misma hora. Por lo tanto, podemos decir que el psicólogo está descartado. —Valeria expresa con tranquilidad.

—Exacto. El paso a seguir es desvelar la intención de Mariano.

—¿Cuándo podré ir al departamento de Mariano?

—Lo más pronto posible.

—Sea más concreta, por favor. Mi vida es un desorden y necesito resolver esto cuanto antes.

—Cuestión de un día más. Permanezca en el hotel. Por favor no salga a ningún lado y si necesita ayuda extraordinaria no dude en hacérmelo saber.

Se despiden. Valeria se sube al taxi y pide que la regrese al hotel. Entra a la habitación y pasa toda la tarde en cama reflexionando sobre el informe de la detective Burt. De repente, se asoma la preocupación por la pérdida del empleo. No sabe qué hacer acerca de su vida laboral. En su hoja de vida ya no podrá poner la empresa por la que ha trabajado los últimos años. Si la pone de referencia, se enterarán de la mentira que involucró a la empresa. Prefiere no pensar más en ello y entonces recuerda los videos que le enseñó la detective Burt. Un misterio se ha esclarecido. Ya no duda de Isaac. Lo más probable es que Mariano le haya robado el cuaderno y, de repente, Valeria no puede más y llora, pues él se ha enterado de sus secretos más íntimos. A pesar de que no está confirmado que Mariano sea el acosador, está decepcionada de él. Se atrevió ir al trabajo y empeorar las cosas. Sin embargo, aún después de esta reflexión, se pide a sí misma objetividad. Ella ocasionó su despido por mentir. Intenta detener el pensamiento repetitivo. Ahora piensa en su madre. Se preocupa por dónde pueda estar, pasando necesidades. Al mismo tiempo, piensa en Gianfranco ya que lo extraña muchísimo. Luego de todo este proceso en el que no lo ha visto concluye que lo ama, pero desde la libertad. Nunca pensó que también se pueden amar a los amigos. En este tiempo de distancia ha comprendido que es un amor incondicional. No es romántico. Lo siente incluso como a un familiar. Sus reflexiones sensibles se acaban cuando enciende el celular y encuentra sesenta llamadas perdidas de Mariano. Sin duda ha enloquecido de incertidumbre. Valeria tiene miedo de regresar al departamento. Pero se le ocurre llamar a la detective Burt.

—Gatelle, tengo sesenta llamadas perdidas de Mariano. ¡Tengo mucho miedo!

—El número de llamadas delata su personalidad obsesiva. Debe cuidarse de ese hombre.

—Quisiera regresar a mi casa, pero ¿es posible que usted le pida a alguien que cambie las cerraduras del departamento?

—Es posible. Podremos hacerlo hoy.

—¡Muy bien!

—Le tengo datos nuevos. Mariano ha compartido tiempo con un hombre llamado Julián. ¿Lo conoce?

—Creo que él lo ha nombrado. Me parece que son compañeros de estudios universitarios. La verdad nunca me interesé en su vida privada.

—Muy bien. Realizaremos esta operación ahora y le avisaremos cuando todo esté listo.

La detective Burt envía un par de técnicos de cerrajería de confianza. Llegan al departamento de Valeria y de una manera impecable van realizando el cambio. Mientras tanto afuera del departamento se encuentra la detective Robles quien se encarga de custodiar la cuadra para avisar en caso que llegue Mariano. Finalizan el cambio de cerraduras. Se

retiran inmediatamente y le informan a la detective Burt. En solo un par de horas la solicitud de Valeria ha sido ejecutada de manera eficiente. La detective entonces llama a Valeria.

—Llamo para decirle que las llaves están listas. ¿Desea que se las lleve?

—Por favor.

—Usted dirá nuevamente en la recepción del hotel que vendrá una amiga a saludarle. Me vestiré de ejecutiva de banco.

—Tiene razón. Es preciso que utilicemos otro argumento.

Valeria está sorprendida de la eficiencia de Gatelle Burt. Ha sido un apoyo extraordinario. Inmediatamente va al computador y realiza una nueva transferencia a la detective para cancelar el cambio de cerraduras. Está muy contenta con sus servicios. Su corazonada no le ha fallado; esto le devuelve una cuota de confianza en sí misma. A los diez minutos llega la detective Burt al hotel.

—Aquí tiene las dos llaves que solicitó.

—Muy bien, Gatelle.

—Esta llave azul es para entrar a su casa y la llave roja es para entrar a la casa de Mariano. Establecimos los colores de este modo para que no se confunda. Guárdelas en su bolso. Por otra parte, disculpe lo que voy a decirle. Hay que observar la difícil situación por la que atraviesa desde la perspectiva optimista. Ha sido despedida de su trabajo para que usted solucione radicalmente sus problemas con dedicación absoluta. De haber estado usted trabajando, nuestras operaciones no estarían fluyendo de la manera en que lo están haciendo y de la forma que nos permite avanzar en estos casos. Así que, por favor, esté atenta a mi llamado, porque todo dependerá de los movimientos de Mariano.

—No lo había visto de esta manera que usted plantea. Gracias por compartirme su punto de vista.

—Esperemos de verdad que todo salga bien. Tengo que pedirle, además, que, en estas situaciones de investigación, decida mantener usted una posición bastante racional. Hemos investigado un poco más y tengo nuevos datos sobre la vida de Mariano que necesito que usted escuche.

—¡Me asusta!

—No me ha entendido, Valeria. Acabo de decirle que no puede permitir que el miedo la domine. Debe escuchar y observar con la mayor frialdad del caso.

—Intentaré. De verdad. Antes de usted conocerme mis respuestas ante la situación de persecución psicológica las tomaba con bastante nerviosismo. Hasta ahora intento reponerme.

—Es preciso que adopte una posición de cordura desde ahora. Este es el nuevo dato que le quiero enseñar, pero con video—La detective Burt después de haber preparado psicológicamente a Valeria le muestra las imágenes en el pequeño computador.

—¿Mariano dónde está entrando y con quién?

—Solo sabemos que ha estado mintiéndole sobre el lugar de trabajo. No existe tal galería de entrega de fotos. No ha logrado ese contrato de fotografía en el centro comercial.

—¿Entonces a qué se dedica?

—Todavía no lo tenemos claro. Pero en el video, observamos que el barrio donde se encuentra la casa donde ellos ingresan, no es de muy buena reputación. Hemos investigado que se trata una discoteca clandestina que opera a cualquier hora. Los hemos visto juntos los dos últimos días, en el mismo lugar en horas de la mañana y luego regresan de manera individual en la tarde. La investigación está en desarrollo.

—¡Pero él me dijo que estaba organizando una exposición!

—Recuerde, debe mantener su mente fría para estos temas. Hay otro dato.

—De acuerdo, déjeme digerir esta última información.

—El seudónimo artístico "Tomas Torres" no le pertenece a Mariano Estévez. Buscamos en la base de datos de propiedad intelectual y le pertenece verdaderamente a un fotógrafo bastante cotizado llamado Joan Pérez.

—¡No puedo creerlo! ¡Cómo puede ser tan sinvergüenza sustentando cada fotografía y pretendiendo que es su exposición! ¡Luego hablando como un filósofo de pacotilla!

—Observe este documento que reitera lo que digo. —Nuevamente le muestra en el pequeño computador.

—En el documento está el nombre de la galería donde él me llevo.

—La detective Ramírez, quien está con el caso de su madre, también ha hablado con el dueño de la galería. Ella se hizo pasar por una falsa coleccionista de arte y así pudo comprobar que Mariano Estévez no tiene relación con la galería.

—¿Pero en qué mentira me he estado sosteniendo?

—Estos han sido los datos que hemos estado recopilando. Ahora falta que usted ingrese al departamento de Mariano tal como lo pidió. Tendremos refuerzos en el exterior del edificio para protegerla.

—A propósito, ¿qué ha sabido de mi madre?

—Todavía la investigación está en desarrollo.

—Le pido que me dé pronto un nuevo dato. No puedo creer la desaparición de mi madre.

—Muy bien, la mantendré al tanto. Le pido que en una hora me llame para decirme a cuál departamento piensa ir primero y organizar la operación de refuerzos correspondientes. ¡Ah!, lo olvidaba: falta que me dé información de su amigo Gianfranco. Necesito investigarlo también. Deme sus datos como direcciones de casa o trabajo, teléfonos, etc.

—Lo último que sé es que él estaba en Italia. No sé si se fue de vacaciones. Su café se llama "Giacometti" y está ubicado en el centro del barrio donde vivo.

—Muy bien, esta información es suficiente. Estaré atenta a su decisión. Recuerde que debemos investigar a Gianfranco. A mi modo de ver, es necesario verificar si él es el acosador. La policía le informó, pero no le dieron pruebas concretas.

—¿Usted cree? Tiene razón. Ellos se limitaron a informarme, pero no me dieron fotografías o videos para que yo me convenciera.

—No soy muy religiosa, pero recuerde, como dijo Santo Tomas: "Ver para creer".

Gatelle Burt toma la maleta ejecutiva y se va con paso acelerado. Valeria tiene las dos llaves. Ahora podrá entrar fácilmente a su casa y a la de Mariano para descubrir la verdadera personalidad del hombre a quien le entregó toda su confianza. En la mesa están la llave azul y la llave roja. No sabe a dónde ir primero. Necesita digerir la información que le está llegando como un rayo a su cabeza. Prepara la tina, toma unas velitas y las enciende. Trata de seguir los consejos de Gatelle Burt. Se está controlando a petición de la detective. Se sumerge en la tina por casi un minuto. Debajo del agua, intenta gritar para sacar de su mente las mentiras que le ha dicho Mariano acerca de su supuesta profesión. También Gatelle duda de Gianfranco porque no lo ha investigado. Esto último la descoloca. Intenta apelar a la cordura, pero ha descubierto que le duele esta situación, porque a pesar que no ama a Mariano, ha desarrollado un pequeño lazo emocional que empieza a desgarrarse por las últimas investigaciones. Ya sabe que es un completo mentiroso, pero ¿será el acosador? Eso no lo ha confirmado la detective Burt. Después de un largo baño, se viste y entiende que el tiempo es oro. Nuevamente va a la mesa y observa las llaves. ¿Cuál elegirá?

## CAPÍTULO XXIII: Hiperhidrosis

Está anocheciendo. Mariano llega al departamento de Valeria, intenta abrir la puerta, pero no logra conseguirlo. Vuelve a introducir la llave a la cerradura y se percata ha sido cambiada. Empuja la puerta como tratando de derribarla, pero es inútil. Le da mucha rabia y tanta frustración que termina dándole patadas a su maleta deportiva. La hiperhidrosis está descontrolada, dejando la cerradura mojada. Inmediatamente llama a Valeria y le deja un mensaje de voz:

—Valeria, ¿por qué desapareces y ahora no me dejas entrar al hogar que intentamos construir? Te he intentado proteger y tu respuesta desagradecida es ignorarme y lanzarme a la calle. No puedo creer tu actitud. Por lo menos dame la cara, termíname de una manera más honesta entregándome mis cosas para entonces terminar este ciclo. —Lo expresa Mariano llorando con evidente voz afligida.

Cuelga el teléfono y vuelve a dar un empujón a la puerta. Llama a su amigo Julián, y se va. La detective Robles se da cuenta de todo y lo filma. Inmediatamente lo envía a la detective Gatelle Burt. También se ha dado cuenta de la afección de Mariano e inmediatamente corre a su coche para encontrar el material adecuado y recoger el fluido. Lo realiza de una manera precisa pues quiere corroborarlo con las huellas que dejaron los dos sujetos en el asalto del consultorio del psicólogo Isaac Jiménez. Va al laboratorio para analizar el resultado que piensa entregar cuanto antes, valiéndose de sus contactos con la policía.

Al otro día, Valeria despierta con sensación de tranquilidad. Ha descansado y está disfrutando el hotel a pesar de todas sus circunstancias, pero sabe que tiene poco tiempo para poder permitirse este lujo. No tiene empleo, y todavía no la han llamado del departamento de recursos humanos para entregarle el cheque y darle tranquilidad económica, aunque sea por un cierto tiempo. Le angustia mirar el teléfono inteligente y encontrar algún mensaje de Mariano. Sus miedos se hacen realidad. Esta vez solo hay un mensaje en el buzón de voz, aunque en el fondo se alegra de no encontrar desesperantes llamadas perdidas. Toma valentía y escucha el mensaje. Es la primera vez que lo escucha llorar. Admite que se siente un poco avergonzada de cambiar las cerraduras y de no permitirle que entre en su casa. Todavía no tiene certeza de si él es acosador. Recuerda que la detective Gatelle Burt le ha dicho que solo hay un 50 % de probabilidades que Mariano sea el autor del robo del cuaderno, por lo que, luego de escuchar la llamada, cae en un precipicio de incertidumbre. Está claro que Mariano es un mentiroso, pero eso no lo hace una mala persona, piensa Valeria, y admite que él ha estado protegiéndola de esos ataques siniestros que todavía se traducen en pesadillas nocturnas. Tiene ganas de llamarlo y cambia de opinión para terminarle de la forma que él solicita. Considera que es lo mínimo que puede hacer, cerrar el ciclo con honestidad y mirándole a la cara. Independiente a ello, igual quiere entrar al departamento. Es una absurda contradicción que ronda en su cabeza. Entonces toma el teléfono para llamarlo, pero justo en ese justo momento llama la detective Gatelle Burt:

—Buenos días, Valeria. Disculpe interrumpir. Sé que le dije que esperaba su llamada para escuchar la decisión de si deseaba primero ir a su casa o a la de Mariano. Pero tengo que comunicarle algo que podrá influir en su decisión. Tiene que venir a la librería que se encuentra al lado del Ministerio de Educación. La cito allí, porque ese lugar es relativamente nuevo y casi nadie lo conoce. Venga a la brevedad.

—Muy bien. Salgo para allá.

Valeria llama rápidamente al taxista Arturo Téllez. El hombre la recoge. Durante el trayecto, la joven lo mira y percibe una buena sensación. Piensa que es un hombre honrado

y que está cumpliendo su palabra de ser discreto, pues solo se limita a su trabajo de transportarla. Pronto llegan al lugar que le ha indicado la detective Burt.

—Siéntese por favor—. La detective le señala el lugar para que ella tenga un punto de observación favorable, si alguien la está mirando.

—Lamento tener malas noticias.

—Me estoy acostumbrado a ellas. ¡Dígamelo rápido, por favor!

—Mariano es el autor del robo y asalto del consultorio. Se ha comprobado en un 100 %.

—¿Cómo supo eso?

—Tengo los resultados del laboratorio. Nuestras conexiones en la policía nos dieron los análisis de la toma de huellas dactilares y algunos rastros de fluidos que ellos recogieron. Tomamos aquellos resultados y nosotros lo cotejamos con las pruebas que recogió la detective Robles. Le comento que filmamos el momento cuando Mariano regresó a su departamento. Como se dará cuenta en el video, tiene un ataque de ira que le desencadena una enfermedad que se llama hiperhidrosis.

—¿Hiperhidrosis? ¿Qué es eso?

— Hiperhidrosis es una enfermedad en la que las glándulas sudoríparas son hiperactivas. Es una sudoración incontrolable. ¿Nunca lo vio padecer esta enfermedad?

—¡Jamás!

—Muy bien. Observe el video. Vea primero cómo intenta derribar la puerta. Su cara está transformada.

—¡Dios mío! ¡Parece una bestia! No lo reconozco. Jamás le vi una expresión tan violenta.

—Ahora observe las patadas que le da a su bolso deportivo.

—¡Definitivamente es otra persona!

—La detective Robles realizó un acercamiento con la cámara. Si se da cuenta, las manos parece que las hubiera metido en un río. Sudan de manera incontrolada.

—Pero ¿cómo no pude darme cuenta?

—Usted no se dio cuenta porque a él se le desencadena cuando está bajo los efectos de una emoción fuerte, como es la ira en este caso. Y por lo que deduzco él se presentó ante usted como una persona comprensiva, tranquila y noble.

—Así se me presentó. Cuando yo reía, lloraba o peleaba, incluso cuando yo también tuve ataques de ira y destruí las cámaras de vigilancia que él instaló, él permaneció sereno y calmado.

—Lamento informarle que esa reacción precisamente era lo que él buscaba. Descontrolarla para producirse placer a sí mismo. Ahora analicemos el video del asalto. Mariano toma las llaves, se pone nervioso al no poder entrar y se limpia las manos en su ropa. Al intentar abrir, toca el primer pomo de la puerta y deja allí sus fluidos sudoríparos. La detective Robles tomó las muestras, se cotejaron con las pruebas de la policía y el resultado es que ambos fluidos pertenecen a la misma persona.

—¡No sé qué decir! ¡Me he quedado sin palabras!

—Por favor, tómese su tiempo para asimilar esta situación.

—Definitivamente él ya sabe toda mi vida personal. El psicólogo consignó cada detalle personal de mi vida privada. Mariano utilizó esos detalles para enloquecerme. ¡Él es el acosador!

—No debe sacar esas conclusiones. Sé que hasta el momento todo apunta a él. Pero debemos tener pruebas concretas para incriminarlo. Falta cerciorarnos de las intenciones de Gianfranco. Aún no podemos descartar a nadie. Valeria, no deseo presionarla más, pero tendré que hacerlo, deberá tomar una decisión en este café. Ahora ¿dónde piensa ir primero? ¿Cuál llave va a utilizar?

—Sin duda, Gatelle. Debo ir al departamento de Mariano. Le agradezco que me telefoneara usted justo cuando yo iba a llamarlo.

—¿Por qué razón iba a contactarlo?

—Me dejó un mensaje de voz.

—¿Puedo escucharlo? —Valeria le acerca su teléfono a la detective.

—Si se da cuenta está llorando. Es bastante creíble. Casi caigo en su trampa.

—Me alegra haber llamado en el momento preciso. El curso de la investigación hubiera tomado un rumbo distinto.

—Estuve a punto de buscarlo y cerrar este ciclo que me agobia.

—Apele a la racionalidad. Le estaré señalando este consejo mientras dure la investigación, pero sugiero que lo aplique de por vida, cuando la situación lo amerite. El tiempo es oro. Estaremos llamándola para informarle cuándo debe entrar. Le advierto que puede ser en cualquier momento. Mariano no tiene un horario regular. Lo hemos visto incluso saliendo del departamento en la madrugada. Debe estar preparada. No obstante, permanezca tranquila. Hasta pronto.

Gatelle Burt se va en su motocicleta negra. Mientras tanto Valeria sube al taxi y Arturo la regresa al hotel. Está claro. Mariano sustrajo el cuaderno. Los resultados de las pruebas de ADN que leyó son concluyentes y un elemento objetivo que no piensa obviar. Recuerda que Miguel Ángel le había dicho que la persona que le quería hacer daño es una persona joven, con alma oscura y que la conoce de años. Ese último dato no le cuadra. A Mariano lo conoce solo desde hace unos meses, el tiempo que ha durado el acoso. Pero cambia de parecer, pues nuevamente la detective Gatelle pone bajo la lupa de la duda a su amigo italiano. ¿Será Gianfranco el acosador?

## CAPÍTULO XXIV: Junglas de cemento

La detective Ramírez busca en el barrio donde Valeria pasó su niñez y donde fue vista por última vez la señora Cecilia Gómez. Después de varios días de búsqueda, obtiene por fin un primer dato que le da un señor que cuida coches, pero que no será gratis:

—Señorita, la información que me pide vale. Recuerde que estamos en la jungla de cemento y no se trata de un mundo gentil.

—¿Cuánto quiere?

—Deme cinco billetes de la denominación más alta.

—Está exagerando, ¿verdad?

—No hay problema. Si no quiere información, entonces no me pague. Así de sencillo.

—De acuerdo. Pero tendré que regresar porque no me alcanza el dinero que me pide. No se vaya, espéreme.

No hay cajeros electrónicos por la zona, porque no es comercial, lo que obliga a la detective Ramírez a desplazarse hasta un centro comercial y retirar el dinero en un banco. Es el primer dato que va obtener y no puede darse el lujo de perderlo. La información es poder. El hombre que cuida los coches tiene ese poder por ahora, porque es un caso difícil, más todavía si se considera que la señora Cecilia tiene un nulo contacto familiar, ningún historial laboral y mucho menos un historial crediticio que permita obtener datos de una persona desaparecida. Saca el dinero y envía el comprobante a la detective Gatelle Burt. Regresa donde el hombre que sabe todo lo que ocurre en esa calle. Le entrega el dinero y le pregunta:

—¿Cuando fui la última vez que la vio?

—Yo creo que el mes pasado. Estuvo vendiendo dulces en esa esquina; tenía un comportamiento variable que solo lograba calmar con el alcohol. Tiene fama de borracha.

—¿Le comentó alguna vez dónde compraba el alcohol?

—Sí. ¿Ve aquella licorería que está ubicada? Allá iba.

—¿Sabe si está casada, si tiene hijos?

—¿Casada? —Le pregunta el hombre con una gran carcajada—. Si a ella lo que le gustaba es la vida fácil, señorita. Utilizaba de fachada la venta de dulces para luego ofrecer sus servicios como trabajadora sexual. Solía frecuentar esta zona en busca de clientes. Pero, de repente, desapareció. Nunca más la vi.

Hay una nueva información que da luz verde al caso. Por lo menos, un mes atrás, Cecilia Gómez estaba viva. Por los antecedentes y la falta de información, ya la detective Ramírez había contemplado la posibilidad de dar a Cecilia por muerta. Incluso, estaba dispuesta en buscar en la morgue. Pero, con este nuevo dato, la detective Ramírez cruza la avenida y habla con el dependiente de la licorería.

—Señor, buenas tardes. Busco el paradero de la señora que ve en la foto. Su nombre es Cecilia Gómez.

—Déjeme ver. Esta foto no es muy reciente que digamos.

—Como entenderá años atrás no teníamos a nuestro alcance la tecnología que ahora todos gozamos.

—Mmm. Creo reconocerla. Esta mujer se paraba en esa esquina del parqueadero. Vendía dulces y cigarros. —El dependiente le entrega la foto a la detective Ramírez y ella se alegra de que el hombre que le acaba de dar la información no le mintió.

—¿Venía a comprarle licor?

—No me compraba. Pero igual venía a recoger las botellas con algunos restos de licor que los jóvenes dejaban en el piso. Yo igual la observaba. Parecía buena mujer. Pero las malas lenguas dicen que se prostituye.

—¿Tiene alguna idea de dónde pueda estar?

—Como los chismes abundan, un proveedor de cerveza me contó que la vio en las cantinas de los barrios periféricos de aquellas montañas.

La detective sale satisfecha con la información. A pesar de que se tratan de comentarios de la jungla del cemento, igual le proporcionan directrices para dar con el paradero de la madre de Valeria. Se sube a su coche y en veinte minutos llega al barrio periférico que le señaló el hombre de la licorería. Está atardeciendo y llama a la detective Robles para comunicar el lugar a donde se dirige.

Los caminos no están pavimentados. No hay señalización. Se nota el abandono de la alcaldía. Necesita dejar el coche en un lugar seguro, pero no hay aparcamientos. Solo un par de jóvenes que están parados en una esquina. Llama a uno de ellos:

—¿Me puedes cuidar el coche?—Le muestra un par de billetes.

—¿Cuánto tiempo?

—Un par de horas, incluso menos.

—Entonces deme el doble de lo que me está enseñando. Este barrio es muy peligroso y me estoy exponiendo.

—De acuerdo. ¿Has visto a esta mujer? —La detective le muestra la foto al chico.

—No.

—Bien. ¿Dónde están las cantinas?

—A la vuelta de la esquina.

—Cuídame el coche. Ya vengo.

La mujer camina con premura ya que comienza a oscurecer y las calles están desiertas. Sin embargo, ella está preparada para cualquier ataque. Antes de dedicarse al oficio de detective privada, fue policía y guardaespaldas. Tiene vasta experiencia en artes marciales. Igual ha aprendido en la vida que el peligro puede surgir en cualquier lado. Se cerciora de que su arma permanezca al lado de la cintura, ya que un grupo de hombres salen a la esquina. Se desespera pues no logra encontrar tales cantinas. De repente sale un anciano que trae unos baldes con agua. La detective Ramírez lo detiene:

—Disculpe, señor, ¿sabe dónde están las cantinas? Estoy buscando a esta mujer. —La detective le enseña la foto.

—¡Buenas noches! Señorita, no veo la foto en esta oscuridad. ¿Qué dice? ¿Las cantinas? Debe virar a mano izquierda. Tenga cuidado, ha venido con esa chaqueta de cuero y se la pueden quitar. No debe caminar sola.

—Gracias por su advertencia, caballero.

Finalmente, la detective Ramírez llega a la cantina. Está llena de hombres, que se quedan mirándola. La mujer con firmeza habla con el cantinero y le enseña la foto:

—¿Ha visto a esta mujer?

—¿Es policía?

—Sí, lo soy. —La detective transporta una verdad al presente.

—¡Oh, Cecilia! ¡Cómo se veía de linda en la foto! ¿En que se metió ahora?

—Dígame ¿Dónde está esta mujer? Es importante saber su paradero. Su familia está angustiada, buscándola.

—La pobre está en el refugio para personas que viven en la calle. Cecilia está muy enferma.

—¿Sabe dónde queda ese refugio?

—Me contaron que la encontraron una noche tirada en la calle y la municipalidad la trasladó para el refugio del noroeste de la ciudad. Búsquela allá. Quizá le den la información que está buscando.

—Muchas gracias.

Lo que acaba de escuchar la detective Ramírez le permite rendir resultados a la detective Gatelle Burt. La mujer va corriendo por las calles oscuras, ya que no hay

iluminación pública. Cuando llega al coche, se percata que ha sido desvalijado exteriormente. Abre el automóvil y por suerte sus artefactos de trabajo están intactos. Sabía que estaba corriendo un riesgo y lo asume. Luego viene un par de jóvenes y le dicen:

—Felipe estaba cuidando su coche. Pero vinieron dos hombres, lo empujaron y le quitaron el dinero que usted le dio. Intentaron abrir su coche y no pudieron, pero se llevaron piezas de su coche.

—¿Lo lastimaron?

—No. Solo lo empujaron y él salió corriendo.

Ella se lamenta por haber involucrado al joven. Pero se calma a sí misma diciendo que quizá solo fue el susto del empujón. Tiene una naturaleza autosuficiente y reconoce que debió pedir refuerzos. Expuso al joven y él se lo advirtió. Pero son los gajes del oficio. Por ahora, debe seguir la pista a Cecilia Gómez. ¿Qué será lo siguiente que encontrará?

## CAPÍTULO XXV: Mente fría

Al parecer, Mariano retoma la cotidianidad que él tenía antes de conocer a Valeria. Se dirige hacia la floristería para comprar rosas. Al llegar, la dueña del local ve su rostro sombrío y le pregunta:

—Joven, hoy luce triste. ¿Está bien?

—Sí, lo estoy. Mi novia me ha terminado. ¿La recuerda? Solía comprarle flores de lavanda y una vez recogimos en este local un bonsái.

—Oh, sí. Lo recuerdo perfectamente ¡Que pareja tan maravillosa formaban ustedes juntos! ¡Usted tan atractivo y ella tan bella, aunque un poco antipática! Disculpe la pregunta, ¿lo dejó por el italiano? —La indiscreción se destaca en la conversación.

—No, hasta donde sé, no me ha contado nada al respecto. ¿Los ha visto juntos?

—Lo que pasa es que Don Gianfranco llegó esta semana. Y me pareció raro que su novia haya terminado con usted justo cuando él llego de Italia. Le cuento que él también me compraba muchas flores de lavanda para ella.

—Sí, es verdad.

—Y esas rosas, ¿son para otra chica?

—Son para mi mamá.

Mientras que la dueña de la floristería y Mariano conversan, no se han dado cuenta de que la detective Robles está fingiendo ver las flores y las plantas. La conversación que acaban de tener está siendo filmada por ella.

—¡Oh! ¡Qué joven tan adorable! Reservaré las mejores rosas para usted.

—Gracias señora. Por favor si sabe algo de Valeria, mi exnovia, o de Gianfranco, hágamelo saber. Prefiero la verdad para acabar con mi dolor, que no logró superar.

—No se preocupe, cuente con ello. Un hombre tan atractivo como usted merece toda la felicidad del mundo.

Después de la conversación con alta dosis de zalamería por parte de la dueña de la floristería, Mariano se transforma en un ser iracundo. Va llorando por la calle porque no sabe dónde está Valeria. La detective Robles lo sigue, pero desde el coche. El joven ingresa a su departamento y lleva las rosas al cuarto de su madre. Minutos más tarde decide revelar durante la tarde todos los rollos fotográficos. Saca el cálculo y le espera revelar cientos de fotos. Una vez en el oscuro, llora y grita como un hombre desesperado. Está sufriendo por Valeria. No soporta la idea de que ella no se haya comunicado. Pero no quiere llamar más. Sabe muy bien que tarde o temprano se encontrarán y pierde la noción del tiempo. Las acciones de Mariano están afectando las investigaciones privadas. Así que la detective Ramírez, quien se mantiene estacionada en un lugar estratégico, cerca del departamento de Mariano, llama a la detective Gatelle Burt:

—Tengo malas noticias.

—La escucho.

—Mariano Estévez lleva horas en su departamento. Esta vez no salió alternadamente como solía hacerlo los anteriores días.

—De acuerdo. A las diez de la noche, usted llamará refuerzos para relevar la guardia.

—Entendido.

Hay un sustancial cambio de planes. La idea era que Valeria fuera tan pronto como ella pudiera al departamento de Mariano a buscar evidencias sobre si es el autor de los mensajes del maléfico ojo. Pero ello no será posible sin poner en grave riesgo a Valeria, así que la detective Gatelle Burt llama a su cliente:

—Buenas tardes, Valeria.

—Hola, Gatelle. Cuénteme, ¿alguna novedad?

—Mariano no sale de su departamento, lleva horas allí. Le sugiero que salga del hotel y vaya a su casa. Dice que tiene algún conductor de confianza, ¿verdad?

—Así es, Gatelle. De todos modos, mi decisión ya se la iba a comunicar. Ya no quiero estar más escondida. Volveré a mi casa.

—Perfecto. Cuando usted vaya ¿puedo ingresar a su casa para comunicarle el plan a seguir?

—Estoy de acuerdo con usted. Nos vemos en una hora.

La joven empaca su maleta. Llama a Arturo para que la recoja en el taxi. Está preocupada porque no la llaman de recursos humanos para que le entreguen el cheque. Si no se comunican con ella, tendrá que ir o llamar; acciones que no quisiera realizar. Guarda la llave azul y la llave roja en el bolsillo de su chaqueta. Se despide agradecidamente de la habitación que tanto le procuró. Lo compara como una isla de paz en un océano de engaños, mentiras y ataques psicológicos. Al menos ha podido dormir en paz. Baja a la recepción, paga con tarjeta de crédito y realiza el *check-out* correspondiente. Arturo llega de forma expedita y la lleva hasta su casa. Valeria se despide de él de manera afable pues ya no podrá contratar sus servicios como conductor. Tiene que aminorar gastos, porque las investigaciones se han extendido. El taxista le agradece la confianza y le reitera su apoyo en caso que lo necesite. En la puerta del edificio se encuentra la detective Burt. Valeria la invita a seguir. Busca en su chaqueta la llave azul y se percata de que es una cerradura de alta calidad, abre la puerta y las mujeres ingresan al departamento.

—Gatelle. Por fin entro a mi departamento.

—Valeria. He venido hasta aquí para presentarle mi plan, pero me gustaría que conociera a las detectives Ramírez y Robles quienes han estado coordinando las investigaciones bajo mi dirección.

—No hay ningún problema. Igual quiero conocerlas. Han hecho un excelente trabajo.

—Me gustaría que nos dijera lo que acaba de decir al terminar el trabajo, aún no sabemos qué desenlace va a terminar.

—¿Qué dice? Me asusta.

—Recuerde que su caso es muy serio. Podríamos estar hablando de un asesino que comienza su plan con un acoso.

—De verdad, intento reponerme, pero sus palabras me angustian.

—Intento ser realista y comunicarles a mis clientes que adopte una actitud centrada. Ignoramos el final. Quisiéramos entregarle siempre informes positivos, que se convierten en nuestros objetivos, sin embargo, debido a su naturaleza sensible y afable, le advierto lo que puede venir.

—Detective Gatelle, agradezco que me conecte a la realidad de las cosas. ¿Debo asumir, entonces, que esto puede no tener un final feliz?

—Exacto. Siempre con la mente fría.

—Es difícil, pero no imposible. Mente fría, mente fría. —Valeria se repite el consejo de la detective Gatelle Burt.

Las detectives llegan al departamento. Gatelle abre la puerta y las presenta. Valeria trae algunas sillas para comenzar la reunión. Una vez la mesa preparada, la detective Gatelle Burt toma la palabra:

—Valeria, ahora que la observo equilibrada emocionalmente, la detective Ramírez tiene algo que comentarle.

—Estoy lista.

—Valeria, tengo una noticia buena y otra mala. —Con suma diplomacia habla la detective Ramírez.

—¡Por favor, empiece con la buena noticia!

—La señora Cecilia está viva.

—¿Qué la hizo pensar que estuviera muerta?

—Llegó un punto de mi investigación en que casi empiezo a recorrer las morgues. Realicé investigaciones en los hospitales sin obtener respuesta.

—Pero mi madre es una mujer relativamente joven.

—La juventud no es sinónimo de inmortalidad. Quizá pensar de otra manera es un tanto ingenuo.

—Es cierto, la ingenuidad es la que me ha llevado a estos límites —asevera Valeria—. ¿Cuál es la mala noticia? No demore más en decírmela, cualquiera que sea.

—Puedo clasificarla como una mala noticia, Valeria, porque su fue encontrada en la calle y su estado de salud es muy serio.

—¿En la calle? No lo puedo creer ¿Dónde se encuentra?

—Ahora está en el hospital público. Está muy débil. Cuando yo la encontré, estaba en el refugio para personas que se encuentran en situación de calle.

—¡Debo ir ya!

—Es inútil Valeria. A esta hora no permiten el ingreso. Deberá esperar hasta mañana.

—¿Le comentó que yo la estaba buscando?

—No pude hablar con ella. Pero he verificado que se trata de ella.

—¿Tiene la dirección del hospital?

—Sí. La señora Cecilia está en el hospital San Gabriel.

Valeria llora. Son inútiles los consejos que acaba de escuchar. Ha intentado mantener la mente fría y sus emociones a un lado como le ha solicitado Gatelle Burt, pero es imposible. Las detectives se conduelen por lo que le está pasando a la joven. Las desgracias no tardan en hacerse presentes en cada aspecto de su vida. Solo se limitan a escuchar el llanto incontenible de la joven. En la mesa hay agua y le sirven un vaso. Ha logrado calmarse un poco. Deja de llorar, ha tomado una resolución y les dice:

—¿Cuál es el plan a seguir?

—Ganaremos tiempo, ya que usted vive cerca del departamento de Mariano. Esta noche usted entrará y la acompañará la detective Robles, quien subirá a custodiarla. La excusa que usted presentará en la recepción del edificio, en caso de que le pregunten hacia dónde se dirige es que le lleva su maleta fotográfica. La detective Ramírez se encargará de distraer al conserje mientras ustedes ingresan. Esté pendiente. Nosotras nos vamos.

—Antes de que se vaya, Gatelle, quiero pedirle que si me llega a pasar algo comuniquen lo sucedido a Gianfranco Ferri. Actualícele lo ocurrido. Él es mi mejor amigo, es como mi familia. Algo en mi corazón me dice que él es inocente. Le autorizo contarle este tema delicado.

—De acuerdo Valeria. Lo comunicaré siempre y cuando no esté implicado en este caso.

Se retiran las detectives. La joven no quiere saber más. No le queda otro remedio que tratar de tener su mente fría para poder continuar con el plan. Una vez más debe prepararse para encontrarse con una sorpresa que le depara el destino. ¿Agradable o desagradable? No lo sabrá hasta que entre al departamento de Mariano

## CAPÍTULO XXVI: ¡Sorpresa!

El teléfono de Valeria suena. La despiertan a las dos de la mañana.

—¿Aló? —contesta aturdida.

—Valeria, despierte, no hay tiempo que perder. En la puerta está la detective Robles.

La joven toma el bolso, verifica que esté la llave roja y un fuerte presentimiento hace que vaya a la cocina y se lleve un cuchillo. Lo ubica en su bolso. Recuerda llevar la maleta fotográfica de Mariano. Sale del edificio y la detective Robles protege a Valeria quien le hace la siguiente pregunta:

—¿Están seguras de que Mariano no está en su departamento?

—Estamos seguras. Además, observamos que lo recogió ese tipo que siempre lo acompaña a todos lados. Su nombre es Julián. Nuestro refuerzo nos dice que se ambos se encuentran en aquella casa que opera como discoteca clandestina. Así que tenemos tiempo. Ahora debemos esperar la señal de las detectives.

En ese mismo instante, la detective Burt y la detective Ramírez distraen al conserje. Lo hacen salir para que él ayude a retirar el coche supuestamente varado justo al frente del garaje del edificio. El hombre colabora con las detectives, quienes se hacen pasar por unas turistas con acento extranjero. Con la señal enviada por la detective Burt, la detective Robles ingresa con Valeria al edificio. Toman el ascensor y llegan al séptimo piso. Buscan el apartamento 713. Valeria saca la llave roja. Lo introduce en la cerradura y abre la puerta con una facilidad que no ella no puede terminar de creerse, enciende las luces y se da cuenta de que el departamento está abandonado. Camina hacia la ventana y toca las pesadas cortinas pesadas de color negro. La detective Robles está detrás de ella, filmando el departamento de Mariano. Le parece extraño que el departamento no luzca familiar, ya que Mariano siempre le había dicho que iba a la casa de su madre, a verla y a cuidarla porque estaba muy enferma, pero es evidente que allí no ha vivido nadie en años. Sin embargo, abre la puerta de la habitación que huele excesivamente a rosas, pero ve alguien acostado en la cama, y cuando se acerca es un cuerpo embalsamado vestido de dama de alta sociedad. Valeria grita de espanto.

—Valeria, por favor contrólese. Podemos llamar la atención y la policía nos puede incriminar. —La detective Robles intenta calmar a la joven, ya que ella sí está acostumbrada a las escenas con difuntos.

—¡Como quiere que me calme! Hay una mujer embalsamada. La vecina ha tenido razón. Lleva muerta un buen tiempo. ¡Esta persona debe ser su madre! ¡Debe ser Helena! ¿Entonces qué hace aquí Mariano?

—Por favor vayamos a otra habitación, tenemos poco tiempo. —Mientras que la detective sigue filmando.

Valeria todavía muy nerviosa busca la ventana desde la que se ve su propio patio y lo que descubre es perturbador: una habitación que tiene una gran biblioteca de libros de arte, en la mayoría de Alberto Giacometti y fotos del café de Gianfranco Ferri. Pero lo que más le aterra a Valeria es ver que la pared está cubierta por fotografías suyas. Ella en su casa, en su patio, tomando sol, duchándose, vestida, desnuda; ella en la calle, ella en el café, en el trabajo; ella durmiendo. La joven se lleva las manos a su cara y siente que es la protagonista de una historia de terror. Descubren que hay una cámara con teleobjetivo descansando sobre la mesa, y Valeria la toma y la usa para ver su propio balcón. Allí, en el balcón, en el centro, puede ver algo blanco; algo que no estaba cuando revisó la casa. Haciendo foco, logra ver lo que es el objeto: se trata de un pedazo de papel, con un ojo dibujado. Le pide a la detective Robles que mire por el teleobjetivo y, en efecto, nuevamente está ese fatídico ojo en el departamento. En ese momento, la detective Robles se tropieza y su teléfono inteligente cae

al suelo haciéndose mil pedazos. Lo recoge y está completamente roto. Entonces se dirige a Valeria:

—Valeria ¿trajo su teléfono?

—No lo traje.

—Debemos salir inmediatamente. No tenemos quién nos avise.

—¡No! Debo encontrar más pruebas.

—¿Le parece poco lo que vio?

—Quiero mirar la habitación que falta. Luego nos vamos.

Valeria abre el cuarto oscuro y, en la cuerda donde se cuelgan las fotografías, puede ver que se trata de su rostro y muchos acercamientos del ojo izquierdo.

Afuera del edificio, Gatelle Burt está desesperada; no ha podido comunicarse con la detective Robles para dar la señal de peligro. Llama al teléfono de Valeria, pero no hay respuesta. Mariano ya ha ingresado al edificio. La detective Ramírez intenta ingresar al edificio, pero es detenida por el conserje. La reconoce como la mujer del supuesto coche varado y amenaza con llamar a la policía. La detective Ramírez corre e ingresa al coche y le solicita a la detective Gatelle Burt que arranque de inmediato. Huyen del edificio bastante preocupadas, tratando de crear un nuevo plan. Solo se han alejado una cuadra del edificio. Gatelle pide refuerzos y solicita otro coche.

Entretanto, mientras Valeria y la detective Robles deciden irse del departamento, escuchan que en la cerradura introducen una llave. Ya es muy tarde para salir. Están atrapadas en el departamento del acosador psicópata. Las dos corren y se esconden en el cuarto donde está la madre fallecida y embalsamada de Mariano. No hay escapatoria. El acosador ha detectado que alguien ha entrado a su casa, hay pequeños trozos del teléfono en el suelo, el teleobjetivo está movido y la puerta del cuarto oscuro está abierta, cuando él siempre se asegura de que permanezca completamente cerrada para evitar que los rayos de luz alteren sus fotos. Se ríe, pues ya se ha da cuenta de que su maleta fotográfica está en el suelo e infiere que Valeria está allí. Escucha un pequeño ruido que proviene de la habitación de su madre fallecida. Mariano enloquece y grita:

—¡Valeria, debes salir! No te haré daño.

Las mujeres están escondidas en la habitación. La detective Robles alista su arma en caso de que Mariano se ponga violento. De repente, Mariano entra en la habitación y enciende la luz, con el rostro completamente cambiado: ahora tiene su verdadero rostro, el de la locura.

—¡Sorpresa! —Con tono irónico, Mariano avanza hacia las mujeres.

—¡Deténgase o disparo! —La detective Robles se interpone entre Valeria y Mariano.

—¡No creo que exponga a la correcta y perfecta señorita Valeria! —Nuevamente Mariano ironiza.

—¡Es en serio! ¡Retroceda! —Apuntando el arma más firme la detective está a punto de dispararle.

—¡No entiendo Mariano! ¿Por qué has montado todo este espectáculo? Intentando protegerme y… ¡eres tú el verdadero acosador! —Valeria se le enfrenta.

—¡Pero todo ha sido por tu bien!

—¿Por mi bien? ¿A qué te refieres?

—¡Porque te he observado desde hace años!

—¿Años?

—¡Sí! Desde que llegaste a este barrio. ¡Toda sola y desprotegida! ¡Pobrecita! Desde que te vi, decidí que serías mía. ¡Y lo logré! —Esas palabras toman sentido para Valeria. Es la visión que tuvo Miguel Ángel en el tarot. El adivino había dicho que se trataba de un hombre que utilizaba su físico y que conocía a Valeria hace años.

—¡Eres una persona malvada, de alma oscura! —Le grita Valeria.

—¿Ya no me quieres? ¿O ya no te sirvo?

Mariano avanza hacia Valeria, decidido a llevársela por la fuerza, y la detective Ramírez le dispara.

El acosador cae al suelo. Valeria abraza a la detective Robles y se disponen a huir. Pero Mariano ha simulado estar herido. Él toma la lámpara de la mesa de noche donde yace el cadáver de su madre y lo estrella contra la cabeza de la detective Robles. Esta cae al suelo, inconsciente. Valeria grita, pero Mariano logra alcanzarla y comienza a ahorcarla. La joven saca un cuchillo de su bolso e intenta herirlo, pero es inútil, él le gana en fuerza física. Empiezan a forcejear mientras él intenta taparle la boca. Arrastrándola con él, va hacia un mueble de dónde saca una tela para cubrir la boca de Valeria. Mariano rápidamente va por unos sedantes que están en la habitación de su madre e inyecta a la joven, durmiéndola. Mariano alza el cuerpo de Valeria y la lleva al departamento contiguo, que es de su propiedad. Se encierra allí, con ella, mientras amanece.

Mientras tanto, la detective Gatelle Burt no tiene ninguna noticia de la detective Robles ni de Valeria. Toma la decisión, en conjunto con la detective Ramírez, de llamar a la policía. En cuestión de pocos minutos ellos llegan. Suben al departamento y encuentran a la detective Robles en el suelo. La detective Gatelle Burt la lleva a urgencias pues está inconsciente. Uno de los policías que revisan el lugar se da cuenta del cadáver embalsamado sobre la cama. Buscan al acosador y a Valeria y no hay rastro de ellos. Declaran al departamento como zona de investigación policial. Gatelle Burt sabe que Mariano está en el edificio y no ha salido, pero hay tantos departamentos que tendrían que investigar uno por uno. Eso es imposible. Está preocupada por su cliente y por la salud de la detective herida. Igual está siendo atendida y el doctor asegura que, aunque inconsciente, está bien y que en cualquier momento despertará. Se lamenta que todo haya salido mal. No entiende que pasó y, mientras espera que la detective se recupere, la detective Burt toma las filmaciones realizadas por la detective Robles para analizar lo ocurrido. En ese momento, llega la detective Ramírez y le pregunta:

—¿Cómo está Robles? ¿Ya recuperó la conciencia?

—El doctor me dijo que en cualquier momento va a despertar y que sus heridas y contusiones están siendo atendidas. ¿Alguna novedad?

—Mariano no ha salido del edificio. O huyó camuflado en otro auto o sigue en el edificio.

—Él está ahí. Pero ese edificio antiguo parece una colmena. Hay infinidad de departamentos.

—Detective Gatelle, ¿usted ya reviso el material que recopiló la detective Robles?

—Me disponía hacerlo.

Juntas revisan el material. Claramente el video evidencia la falla en el plan. A la detective Robles se le rompió el teléfono y ese era su único medio de comunicación con el equipo detectivesco. Se dan cuenta de todo lo ocurrido: el cadáver embalsamado, los libros de arte de Giacometti, los cientos de fotos que Mariano le tomó a Valeria los últimos cinco años y al café de Gianfranco, varias fotografías de ojos izquierdos. También escuchan la conversación sostenida entre Valeria y Robles sobre el símbolo del ojo que reaparece en el balcón de su cliente. Analizan la defensa de la detective Robles para proteger a Valeria y, en la escena final, ven cómo Mariano finge estar herido para luego lastimar en la cabeza a la detective. Desde ahí no hay filmación de los hechos, solo el audio, ya que cuando lastima a la detective, la cámara de video cae con ella. En el audio se escucha forcejeos, apertura de cajones, sillas que se corren por el piso y, finalmente, un portazo. Luego el audio permanece en silencio, hasta que entra la policía. Gatelle Burt respira profundamente. ¿Cuál será el siguiente paso?

## CAPÍTULO XXVII: Segunda oportunidad

Las detectives Burt y Ramírez continúan trabajando en el caso. Valeria, de manera correcta había realizado un pago adelantado. De todos modos y aunque Valeria no hubiera cancelado, igual hubieran proseguido hasta resolver el caso. No hay noticias de Valeria ni de Mariano. Han pasado tres días. Gatelle Burt teme lo peor. Sin embargo, está trabajando en conjunto con la policía para rescatar a Valeria. Ya se está hablando de un secuestro. Claramente, está descartada la sospecha contra Gianfranco Ferri. Así que la detective Gatelle Burt decide ir al café Giacometti para actualizar a Gianfranco sobre lo sucedido. Gianfranco la recibe amablemente y ella le solicita que hablen en privado.

—Señor Ferri. Me llamo Gatelle Burt. Soy detective privada y me contrató su mejor amiga, Valeria, para resolver unos casos.

—¿Casos?

—Sí. Sobre el tema de las intrusiones en su departamento y los mensajes de símbolos extraños de un ojo.

—Claro que lo recuerdo. Pero repentinamente Valeria me dejó de hablar, por lo tanto, desconozco que ha ocurrido en su vida.

—Señor Ferri, lamento informarle que Valeria está secuestrada.

—¿Secuestrada? ¡Oh, Dios mío! ¿Qué le han hecho a la *bambina?* —Gianfranco se lleva las manos al corazón, sintiendo un dolor tan fuerte, como si le hubieran arrancado un pedazo.

—Lleva dos días desaparecida.

—¿Tiene idea de quien se la llevó?

—Su novio, Mariano Estévez.

—Pero, ¿por qué la secuestró? —Gianfranco no da crédito a lo que escucha.

—Ella quería saber quién la estaba acosando. Incluso pensó en usted y por eso se alejó.

—Ahora entiendo el cambio abrupto que tuvo conmigo.

—Luego le explicaré con más detalle, pero una de las razones por las que Valeria sospechó de usted es debido al nombre del café, "Giacometti", pues recuerda al artista suizo que estaba obsesionado con la mirada o con los ojos. Y ese fue el principal símbolo del acoso.

—Pero no puede basar sus sospechas por gustos artísticos. Yo le comenté el porqué de mi admiración por este artista.

—No se sienta aludido, yo solo le explico las razones para que entienda que necesito que me ayude y esté atento hasta que Valeria aparezca.

—¿Acaso han descubierto quien es el acosador?

—Así es. Se trata del mismo Mariano Estévez.

—¡Lo sabía! Ese hombre cambió bastante conmigo desde que empezó a salir con Valeria y yo presentía algo malo sobre él. Mariano tenía una sutil mirada de locura, pero no quise decirle nada a Valeria por respeto a su nueva relación. Es una tristeza que una mujer tan dulce y tan correcta haya caído en las manos de un psicópata.

—Tengo otro problema delicado a comunicar. La madre de Valeria está el hospital San Gabriel. La encontraron en la calle y luego la derivaron a un refugio para personas en situación de riesgo. Allí enfermó y ahora está hospitalizada.

—¡No puede ser! ¡La madre de Valeria! ¿Por qué tanta mala noticia junta?

—Señor Ferri, esta información se la he proporcionado porque usted no está dentro de la lista de sospechosos. Debo confesar que sospeché de usted por varias razones, pero todas las he desechado. La principal sospecha que yo tenía es que usted es un talentoso artista y los trazos de los dibujos extraños tenían una técnica muy similar a la suya. Pero hemos descubierto que Mariano tenía muchas fotos de las obras que decoran su café e intentó

copiarlas con mucha exactitud. Además, principalmente, Valeria me pidió que le contara sobre esta situación a usted, en caso de que pasará algo desafortunado como efectivamente sucedió.

—Gracias por su sinceridad y por avisarme de los hechos, detective Gatelle. Le pido que cuando estén en operaciones de rescate, me llamen. Yo quiero participar si puedo ser de ayuda. Además, si se llegan a comunicar con Valeria, por favor dígale que yo me ocuparé de su madre.

—Señor Ferri, aquí están mis datos. Estaremos en contacto.

Gianfranco está bastante preocupado por Valeria. Se encierra en el baño y ora profundamente para que no le pase nada a ella. Luego, se dirige a la cocina donde habla con Germán, a quien le delega todo lo concerniente al café, pues no sabe cuándo regresará. Toma su abrigo y se va al hospital. Gianfranco pregunta por la señora Cecilia Gómez. Ha tenido suerte de que lo hayan dejado pasar, pues ha escuchado que en los hospitales públicos cambian los horarios de visitas a las personas hospitalizadas. La enfermera lo hace seguir.

—Señora Cecilia, buenas tardes.

—Buenas tardes. ¿Quién es usted? —La señora lo mira de una manera especial.

—Soy Gianfranco. Un amigo de su hija Valeria. —Él la observa con la misma energía que ella ha entregado.

—¡Valeria, mi hija! ¿Cómo está? —Gianfranco prefiere evitar la pregunta, ya que debe encontrar un momento más apropiado para darle la noticia.

—Señora, su hija me pidió que viniera a ver cómo sigue usted. —Gianfranco con un tono compasivo se dirige a la señora Cecilia, que hace que se desahogue.

—Estoy regular del cuerpo físico, pero muy mal en mi corazón y en mi alma. Me siento profundamente arrepentida por cómo he tratado a mi hija todos estos años. Estuve al borde de la muerte, ¿sabe? Yo he tenido problemas de alcoholismo. Debido a una gran borrachera, caí al pavimento. Me encontraron con hipotermia, porque justo aquel día fue el día más frío de invierno. —Gianfranco sabe que Cecilia divaga por los efectos de las medicinas, pero la deja continuar —. Unas personas bondadosas me recogieron y me llevaron a un refugio. Allí enfermé gravemente y me hospitalizaron. Tuve una gran infección pulmonar y renal. En este lugar viví una experiencia fuera de lo común. Estaba empeorando y al borde de la muerte. Vi un gran túnel, señor Gianfranco, sentí como el alma se desprendía de mi pecho. Pero un ser de energía me comunicó que debía seguir aquí en la tierra para una gran segunda oportunidad. Creo que usted es un enviado de esa energía hermosa, pues mis plegarias han sido escuchadas y ahora sé dónde está mi hija.

—Señora, yo le agradezco su confianza, pero…

La enfermera interrumpe la conversación, y solicita a Gianfranco que se retire. Cecilia le agradece el acto de bondad y le pide que su hija vaya a verla. El hombre le promete que mañana pasará a visitarla. Gianfranco no puede creer la historia de Cecilia, aunque la comprende mucho porque él también se ha entregado al alcohol. Ahora ya lo ha superado. Brota en su alma la necesidad de ayudarla para que la segunda oportunidad de la que ella habla sea dada. Se propone encontrar a Valeria y ayudar a su madre. Ese será su proyecto de vida de ahora en adelante, pero ¿conseguirá encontrar a Valeria con vida?

## CAPÍTULO XXVIII: Caras idénticas

Las detectives Burt y Ramírez no logran dar con el paradero de Valeria. Han pasado varias semanas y temen lo peor. Mariano por su parte, no volvió a su departamento. Los equipos detectivescos han establecido una operación de vigilancia por los alrededores del edificio de Mariano y no hay nuevos datos que puedan ayudar a avanzar en el tema. Mariano se ha escabullido de una manera impecable llevándose a Valeria. Interrogan al conserje y dice que no lo ha visto ni entrar ni salir. Por otro lado, ambas regresan a la oficina. La detective Burt sostiene una gran conversación con la detective Ramírez sobre los últimos reportes recogidos en el hospital psiquiátrico durante las últimas semanas:

—Detective Ramírez, tengo nuevos datos sobre la vida de Mariano Estévez.

—¿Qué ha descubierto detective Burt?

—Encontré información en el expediente psiquiátrico de Mariano Estévez. También he encontrado otra buena fuente de investigación espeluznante en el cementerio central. Lo resumiré así: Mariano estuvo varias veces hospitalizado por trastornos psicóticos desde sus ocho años de edad. Fue internado regularmente por una mujer de alta sociedad llamada Helena de Estévez, su madre. Esta mujer tuvo gran influencia en la ciudad y en el país como crítica de arte. También fue poseedora de varias galerías de arte. Madre e hijo tuvieron una relación de amor y odio, sumisión y rebeldía. Es claro que la señora Helena influyó desde pequeño en Mariano. Lo introdujo en el mundo de las bellas artes obligándolo a seguir sus pasos. Lo inscribió en varias escuelas de arte, donde fue rechazado sistemáticamente por no tener el don artístico del dibujo. Entonces decidió estudiar fotografía para complacer a su madre. La señora Estévez criticó fuertemente el estilo fotográfico de Mariano, al punto que él desertó de sus estudios. Viajó a Europa para desintoxicarse de la relación tan fuerte que tenía con su madre. Llegó a Paris donde descubrió ciertas inclinaciones filosóficas. Se obsesionó con los manifiestos del existencialismo que aboga Jean Paul Sartre.

—¿Qué dicen esos tales manifiestos?

—El existencialismo demanda una forma de recuperar la libertad, por medio de la propia responsabilidad inherente al ser humano. Mariano se obsesionó a tal punto que no hablaba más que de libertad. Una libertad que había sido aplastada por las demandas y exigencias de su madre. Y convirtió aquella "responsabilidad propia del ser humano" interpretándolo como una venganza lenta y fría. La responsabilidad de vengar la humillación de su libertad.

—Detective Burt, ¿cómo sabe esto último?

—Es la conclusión a la que llegó su terapeuta en el último reporte psiquiátrico de hace cinco años.

—Tengo otra pregunta: ¿cómo es que el cuerpo de la señora Helena todavía estaba en la habitación?

—De acuerdo al análisis del cadáver de la señora Helena murió por envenenamiento. Presuntamente este hecho se le puede atribuir a Mariano Estévez. Mariano se encargó del funeral y comentó que su madre murió súbitamente. Todo el mundo le creyó pues era una mujer relativamente mayor y no se realizó ninguna autopsia. Luego del funeral, Mariano pagó para que exhumaran el cuerpo de su madre y se lo llevo a casa. Todo fuera de la ley, pero quienes debían notificarlo a las autoridades simplemente callaron.

—¡Increíble! Este hombre está enfermo.

—¿Pero por qué se ensañó con Valeria?

—No va a creer lo que le voy a contar. Afortunadamente Valeria me dijo el nombre de su padre. Él se llama Juan Pedro Sanmartín, quien es primo hermano de la señora Helena de Estévez. Si observas la foto de la señora Helena y la foto de Valeria te darás cuenta de que son casi idénticas.

—¡Es cierto, son como dos gotas de agua! Mariano sublimó el amor y odio en Valeria.

—Exactamente. Se ha vengado de manera psicológica. Temo que ahora se vengue de Valeria con torturas físicas hasta llegar a la muerte.

—¿Y a qué se debe ese fatídico ojo?

—Sabemos bien que Mariano es voyerista. Es decir, una persona que disfruta contemplando actitudes íntimas. Creo que por ahí podremos relacionar su obsesión con ese símbolo del ojo. De acuerdo a la última grabación que la detective Robles realizó en el día del secuestro, Mariano confiesa a Valeria que la ha seguido los últimos cinco años desde que ella llegó al barrio. Por lo tanto, él ya estaba al tanto de la amistad profunda con Gianfranco. Simulaba ser un cliente más del café para poder estar cerca de Valeria. Como Mariano sabe de historia del arte, él ya estaba enterado de la vida artística de Giacometti, aquel artista que decía que estaba obsesionado con los ojos, pero claramente bajo la lupa conceptual, no bajo la lupa psicótica a la que recurre Mariano. Entonces, utilizó con mayor razón este símbolo para implicar a Gianfranco y ponerlo en contra de Valeria.

—¡La felicito Detective Burt! Creo que hemos dado con los motivos de Mariano Estévez para cometer todos estos delitos.

—¡No podemos cantar victoria! Solo cuando aparezca Valeria y Mariano esté en la cárcel nos podremos felicitar. Pasemos a otro tema. ¿Qué ha sabido de Julián, el mejor amigo de Mariano?

—También está desaparecido. Lo más probable es que esté con Mariano ayudando a que el secuestro prosiga. Pero ya pudimos infiltrarnos en la discoteca clandestina. Ellos allí se divertían a cualquier hora. Es un lugar donde respetan a Mariano, porque es un cliente que da mucho dinero. También nos hemos enterado de que Julián trabaja para él. Fuimos a su departamento y solo tiene fotos de él con Mariano. Esta historia parece una cadena de obsesiones. Nuestros refuerzos ya están enterados para que en terminales aéreas y de transportes sean detenidos a la brevedad si ellos intentan escapar.

## CAPÍTULO XXIX: Balde de agua helada

Tal como lo ha prometido Gianfranco, va a visitar a Cecilia, la madre de Valeria. Lo hacen esperar un par de horas, porque han dicho que están realizando una limpieza sanitaria. Finalmente lo hacen pasar y la ve organizando un pequeño bolso.

—Señora Cecilia, buenas tardes.

—¿Gianfranco me dijo que se llamaba?

—Sí. ¿Cómo está?

—Estoy bien.

—¿Pero por qué empaca la maleta? ¿Le dieron de alta?

—Sí. Me han dicho que estoy recuperada. Estoy regular, pero puedo caminar que es lo importante. ¿Y mi hija?

—¿Podríamos hablar de ella afuera?

—¿Le pasó algo?

—Permítame ayudarla con su bolso. La invito a cenar a mi café para que podamos conversar.

Gianfranco invita a la señora Cecilia a que se suba en el viejo coche. Él pone la pequeña maleta en el baúl. Conduce con mucho cuidado ya que la madre de Valeria está todavía delicada. Ella está asombrada de la caballerosidad de Gianfranco. Lo mira y le parece un hombre dulce. Llegan al café Giacometti y ella se percata del nombre artístico del café.

—¿Le gusta Giacometti?

—Mucho.

—Ayer justo leí en el periódico que sus obras se subastan en Christie's.

—No sabía; supongo que es un precio inimaginable.

—Exacto.

El hombre maduro, le enseña el café.

—¡Qué lindo café!

—Por favor, señora Cecilia. Tome asiento.

—No me diga señora. Dígame simplemente Cecilia.

—De acuerdo. Cecilia. Ya le traigo su almuerzo.

El hombre italiano llama a Germán y solicita que la cena sea servida de inmediato. Cecilia se avergüenza de estar en aquel lugar porque algunos clientes son ejecutivos. Mira su ropa y trata de organizarla. Traen un delicioso almuerzo, y ella lo come con timidez. Gianfranco la alienta para que se sienta en confianza. Cuando termina, Cecilia pregunta por su hija:

—¿Dónde está Valeria? ¿Está trabajando?

—Cecilia, me temo que debo darle tristes noticias.

—¿Está muerta?

—No diga eso ni en broma. Pero estaba buscando el momento para decirle que su hija ha desaparecido.

—¿Cómo? ¿Por qué me dice esto hasta ahora?

—No es fácil decirlo. Le pido que se ponga en mi posición. Yo también me acabo de enterar hace poco.

—¿Por qué está desaparecida mi hija? ¿Cuándo fue la última vez que la vieron? —Cecilia llora profusamente.

—Desafortunadamente, cayó en una mala relación sentimental. Él se la ha llevado a la fuerza sin dar ninguna explicación ni dejar rastro.

—¿Qué voy hacer? ¿A quién debo acudir?

—Lo único que le pido es que se calme. A Valeria la secuestraron; perdón… está desaparecida.

—Gianfranco, ¡por Dios! ¿Secuestrada o desaparecida? ¡Hay una gran diferencia! —vuelve a llorar la madre de Valeria.

—No quisiera excusarme por las fallas lingüísticas, sé que mi español no es muy bueno y a veces hablo muy mal e incluso completo las frases de lengua española con palabras italianas. —responde de manera nerviosa Gianfranco tratando de evadir la pregunta.

—¡Responda, por favor, sabe de lo que le hablo!

—Está secuestrada.

—¿La policía la está buscando?

—Sí, Cecilia. Incluso un equipo de detectives está investigando rigurosamente para dar con el paradero de Valeria, pero le pido por favor que se calme.

—¿Mis padres saben de esto?

—Hasta donde yo sé, no. Es difícil de asimilar, pero la detective Gatelle Burt se ha comprometido de entregarme un reporte. Le he solicitado que el día del rescate me llame para que yo pueda colaborar.

—¡Secuestrada por su novio! Creo que estoy recibiendo mi castigo por descuidar y menospreciar a mi hija. No basta con mi arrepentimiento.

—No se flagele más, Cecilia. Ahora no nos queda más que esperar.

—No puedo creer que yo reciba esta noticia tan trágica, justo cuando he decidido cambiar para recuperar a mi hija.

—Cecilia, ¡no se victimice más! ¡Si la vida le puso esta lección tan grande es porque tiene que luchar por su hija con el doble o incluso con el triple de esfuerzo! —La mujer recibe la reflexión de Gianfranco como un balde de agua helada.

—Tiene razón, Gianfranco. Si tiene una noticia le suplico que me llame.

—¿A dónde va tan tarde?

—Me voy al refugio.

—No puedo permitir esto. Le pido que se quede aquí, en el café.

—No quisiera molestarlo más.

—Hágame caso. Venga conmigo, debe descansar.

Gianfranco llama a Germán y le solicita que instale a la señora Cecilia en su habitación del segundo piso. También le pide que organice la pequeña recámara al lado de la bodega, para que Gianfranco pueda dormir allí.

—Muchas gracias, Gianfranco. Esto será temporal. —le dice Cecilia, quien muestra signos de un evidente cansancio.

—No se preocupe. Hoy concéntrese en descansar. Mañana vendrán nuevas soluciones. Hasta mañana.

El joven Germán organiza la habitación y el baño para la señora Cecilia. Baja los artículos personales de su jefe y los acomoda en la habitación al lado de la bodega. Gianfranco porque ha logrado convencer a Cecilia de que pase la noche en su casa y se le ha ocurrido un plan para ayudarla a recuperar la confianza de Valeria.

Al otro día, Cecilia se levanta temprano y Gianfranco le comunica lo que está convencido será una buena noticia para la mujer:

—Cecilia, ¿quieres trabajar conmigo en el café?

—¿De verdad, Gianfranco? ¿Confía en mí al punto de ofrecerme esta solución? Usted no me conoce. He cometido muchos errores en mi vida.

—Conozco a la nueva mujer que me contó con sinceridad que la vida le ha dado una segunda oportunidad. Y para una segunda oportunidad se empieza con la confianza. Confío en ti, Cecilia. Y tú, confía en ti misma, por ti y por la recuperación de la confianza de tu hija.

Cecilia abraza a Gianfranco. No puede creer que comience realmente su segunda oportunidad en la vida.

## CAPÍTULO XXX: Esclavo sin voluntad

Han pasado exactamente cuatro semanas de la desaparición de Valeria. La policía y la detective Burt trabajan arduamente para que el rescate sea prontamente organizado. Entretanto, Mariano ha estado escondido en una cabaña de propiedad de su familia, justamente cerca del lago donde Valeria solía realizar actividades con el acompañamiento de su compañera de trabajo, Mónica. Mariano le ha pagado a Julián para que él se encargue de llevar los alimentos y agua. Hasta ahora, nadie se ha dado cuenta de lo que estos dos se traen entre manos.

—Aquí tienes lo que me has pedido.

—¿Te has cerciorado que no te han venido siguiendo?

—No creo que sigan a un pobre hombre que cabalga. —Los dos hombres ríen del supuesto chiste que acaba de realizar Julián. Y es que, para evitar sospechas, llega a la cabaña en caballo.

—¿Trajiste la gasolina?

—Sí. Ya el tanque de la lancha está lleno. ¿Piensas pasear con tu novia?

—En cuanto acepte que seremos pareja y vuelva todo a la normalidad, la llevaré de paseo.

Valeria en aquel momento escucha lo que dicen y trata de hablar, pero no puede porque está sedada. Así ha estado las últimas cuatro semanas, en las que Mariano se ha dedicado a drogarla, pues piensa que puede borrar los malos momentos que han pasado. Julián se queda mirando a Valeria, quien con la mirada le pide ayuda. No puede sostenerle la mirada. Al final, Julián ha logrado empatizar con la joven y, aunque él ha sido compañero de aventuras de Mariano durante muchos años, piensa que esto ha llegado al límite. La mirada de Valeria ha logrado que tenga un gran peso en su conciencia, del que quiere liberarse y cuanto antes mejor. Trata de convencerlo y se dirige a Mariano.

—Oye, ¿por qué no sueltas a la muchacha? Ya es suficiente.

—¿Qué me estás diciendo? ¡Repítelo!

—¡No sedes más a Valeria, puede fallecer de un paro cardiaco!

—¿Estás intentando convencerme después de que te he pagado todo el dinero que me has pedido para que me ayudes a esconderla en la cabaña?

—Bueno, viejo, ¡cálmate!

—¡Entonces trae el dinero y la suelto!

—¿Sabes qué? Me aburrí de ser tu mensajero. ¡Ya me cansé!

—Hay una fuerte dependencia entre los dos. Yo te necesito y tú me necesitas.

—De verdad, Mariano, ¡no sé qué estás jugando, pero me estás asustando! Llevas cuatro semanas dopando a esta pobre chica. ¡Para ya!

—No seas estúpido Julián. No voy a parar hasta que ella me diga que ya todo está olvidado.

—¡Es imposible! Creo que ni te reconoce. Haz llegado al límite.

—Si me abandonas te destruiré en todo aspecto de tu vida. Empezaré por la parte económica. Si me dejas, quedarás en la calle. Son años que dependes de mí.

—¿Sabes qué, Mariano? No me importa, ¡Suelta a la chica!

—No te metas en mis asuntos sentimentales. ¡Jamás me metí en los tuyos! —Mariano toma una botella y amenaza con romperla en su cabeza.

—Cálmate, ¡pareces un loco!

—Enloquezco porque huelo la traición.

—No te traicionaré, tranquilo.

—Claro, no es llegar y encontrar un Mariano que te ayude en todo lo que pides materialmente. Pensándolo bien, ya no dependeré de ti. Buscaré a alguien más inteligente que tú.

—¡Tranquilo viejo! Haz lo que quieras con tu novia. Creo que me retiro.

Cuando Julián da la vuelta, Mariano le rompe la botella en la cabeza. Cae hacia adelante. Solo pierde la consciencia unos segundos y, al despertarse, Julián permanece en el suelo. Se toca la cabeza y está sangrando. Después de tantos años de compartir aventuras locas, no lo había visto en una fase tan psicótica. Ha actuado como un loco. Mira a Valeria y la observa débil. Tiene miedo de que muera y observa que las manos de Mariano sudan profusamente limpiándoselas con mucha rabia. Julián yace en el suelo. Sigue simulando que está inconsciente. Recuerda las palabras hirientes de Mariano. Nunca lo había humillado de esa manera. Reconoce que ha vivido a expensas de él, trayéndole lo que él pide desde lo lícito hasta lo ilícito. Esta pelea lo ha despertado reconociendo que está hastiado de los servicios. Es hora de liberarse de Mariano. Espera que gire y dar fin a las reverencias. Valeria, en ese momento mira a Julián. Él le hace una señal con la mano para que espere. Mariano termina de secarse las manos y abre un compartimiento donde hay un rifle. En ese justo momento, cuando Mariano está de espaldas, Julián le propina una patada por la espalda. Cae Mariano al suelo y mira a Valeria, a quien Julián intenta desamarrar. Mariano lo insulta porque no puede levantarse del dolor y Julián promete a la chica que vendrá por ayuda, rompe la ventana y huye cabalgando. Mariano se levanta y se percata de la dirección por donde huye Julián. Toma el rifle. Tiene un pequeño visor que apunta a la cabeza y dispara. Julián cae del caballo. Y el caballo frena. Mariano empieza a correr para atrapar a Julián, pero el joven herido se da cuenta de que el disparo solo le ha alcanzado el brazo. Toma nuevamente el caballo y logra huir. Esta vez, Mariano no tiene buena puntería y regresa a la cabaña para desquitarse con Valeria.

—Te he dicho, Helena, que todo es por tu culpa.

—No soy He-le-na. —Valeria apenas puede pronunciar.

—Eres como mi madre. Son como dos gotas de agua, Valeria. Te odio y te amo a la vez.

—Cal-ma.

—¿Me pides calma? No seas ridícula. Dime que me amas y te liberaré.

Valeria baja la cabeza. Ella solo quiere morir. Ha llegado al límite de las desgracias. Rememora la expresión facial de redención de Julián. Puede que él cumpla su palabra, pues ha prometido ayudarle. Siente que, en medio de los peores momentos, todavía se puede creer en la humanidad. Desde que Mariano la secuestró, ella se refugia en su mente. Su cuerpo físico solo ha recibido inyecciones de dopaje. Mariano vuelve a hablarle otra vez.

—¿En quién piensas ahora? ¿En Julián?

La joven tiene miedo, no sabe si Mariano ha leído sus pensamientos o ha dicho todo lo que pensaba.

—¿Sabes Valeria? No me preocuparé por Julián. Siempre fue un cobarde. Por eso lo elegí, porque es como un esclavo sin voluntad. Tendré que eliminarlo. Creo que es hora de descansar. Pero antes, haré un par de llamadas para que vigilen nuestra cabaña.

Mariano llama a un par de sujetos que viven a la altura de la entrada de la laguna. Se han comprometido con Mariano a avisarle si ven algo extraño, como coches policiales o lanchas que vayan a dirección hacia su cabaña. Toma a Valeria y la acomoda en la cama, diciéndole:

—Descansa amor. Conmigo nada te va a pasar. Hasta mañana.

Valeria no responde. Ahora está desmayada porque Mariano le ha inyectado otra dosis. La cubre con una manta y se queda dormido al lado de ella.

## CAPÍTULO XXXI: Vivir una vida menos ordenada

Es de madrugada y la detective Ramírez todavía trabaja. Debe entregar un informe a un hombre que tiene un alto cargo financiero, quien solicitó sus servicios para descubrir la infidelidad de su esposa. Le parece ridículo el caso, comparado con lo que está sufriendo Valeria. Sin embargo, no quiere juzgar al hombre de banco porque, cuando se reunió con ella, estaba sufriendo bastante considerando que él había sido fiel toda la vida. De repente, suena su teléfono.

—Detective Ramírez, habla Burt.

—¿Qué sucede?

—Buenas noticias. Julián se entregó y confesó el paradero de Valeria.

—¡Excelente noticia! ¿Cuál es el paso a seguir?

—Mañana por la mañana, vamos a rescatarla.

—¿A qué hora?

—Ocho de la mañana. Es la hora que suele levantarse Mariano.

—No debemos fallar. Es la gran oportunidad para cerrar este caso y que Valeria salga con vida.

—¡Qué bueno que esté con vida!

—El operativo de rescate puede complicarse porque Mariano ha dopado a Valeria durante las últimas cuatro semanas.

—Detective Burt, prefiero que esté dopada antes que herida o muerta.

—Así es. Pasaremos por usted a las seis de la mañana. Descanse.

Gatelle Burt, con su sentido de la responsabilidad y de la ética, recuerda a Gianfranco porque le ha prometido un avance informativo. Entonces, lo llama a pesar de la hora:

—Señor Ferri. Disculpe que lo llame de madrugada.

—No hay problema. ¿Encontraron a Valeria?

—Tenemos datos que nos pueden acercar a ella. Lo actualizo. Lo que ocurrió fue extraordinario. Julián, el mejor amigo de Mariano, ha confesado su participación en el secuestro de Valeria. Lo han formalizado como cómplice, pero se reducirán las penas de robo del consultorio y secuestro si colabora con la captura a Mariano. Él ha accedido a cooperar con la policía en todo lo que le solicitan.

—Entonces, ¿a qué hora me presento y en dónde?

—No se preocupe. Una furgoneta lo recogerá a usted y otros detectives. La policía está enterada y lanchas especializadas están preparadas.

—¿Lanchas?

—Valeria se encuentra en una cabaña en un lugar lacustre.

—De acuerdo. Nos vemos en pocas horas.

—Descanse todo lo que pueda. Hasta pronto.

Una mezcla de felicidad y angustia se apodera de Gianfranco. Debe avisar a Cecilia de las últimas novedades. Sube al segundo piso y le cuenta lo que se ha descubierto.

—Voy a ir con ustedes. —le dice Cecilia muy decidida. Aún está reponiéndose de su enfermedad, pero por su hija es capaz de todo.

—Cecilia, no podrá ir. Es un operativo policial y de seguro la detective Burt ha tenido que mover sus influencias para permitir que yo les acompañe. Usted deberá permanecer aquí en el café y se hará cargo de lo que le pedí. ¿De acuerdo?

—Estaré preocupada. ¡Déjeme ir con usted!

—Por favor, debe entender que este operativo es sumamente peligroso. Le pido prudencia ya que no debe exponerse; aún está usted convaleciente y debe cuidar su salud física.

—De acuerdo, Gianfranco.

—En caso de que yo no pueda comunicarme, lo hará la detective Gatelle Burt.

Cecilia permanece en silencio y prefiere confiar en las palabras de Gianfranco. El reloj marca las seis de la mañana. La furgoneta ya ha recogido a las detectives Burt y Ramírez, a Gianfranco y otros agentes especiales que cubrirán el operativo de rescate. Se dirigen a la cabaña donde Valeria está secuestrada y divisan el lugar del secuestro. Mariano se despierta con el ruido de la furgoneta y una sirena policial, y no da crédito a la ineficiencia de los vigilantes que había contratado en la entrada de la laguna. Toma su maleta, el rifle y lleva cargada a Valeria en sus espaldas. Emite una gran queja de dolor por la patada que le propinó Julián. Igual, Mariano tiene buena musculatura y pone Valeria inconsciente en la lancha que le había preparado Julián, antes de la pelea. Enciende la lancha y emprende la huida. Unos segundos después, en una embarcación policial se suben las detectives Burt, Ramírez y Gianfranco. Conduce un agente preparado para la persecución. Están a punto de alcanzarlos. Cuando la lancha policial se acerca a la de Mariano, Gianfranco de una manera arriesgada se abalanza sobre ella y Mariano, quien se mantiene aferrado al timón, gira su cabeza, y su reacción es reír como un loco. Suelta el timón y empieza a luchar con Gianfranco. La lancha está sin control. Entonces, la detective Burt salta a la embarcación y toma el control para evitar el accidente. Los dos hombres siguen luchando, mientras Valeria continúa inconsciente, tirada en el piso de la lancha. Mariano, de repente, saca un cuchillo y trata de clavárselo a Gianfranco a la altura del corazón, quien cae herido. La detective Burt conduce la lancha y se da cuenta de que la lucha ha sido ganada por Mariano. Este, a su vez, alza los brazos para atribuirse la victoria e intenta asesinar a Valeria con el mismo cuchillo que atacó a Gianfranco, pero la detective Ramírez salta a la lancha dándole un potente golpe en la cabeza que lo desmaya.

***

Ha finalizado la persecución y tanto Valeria como Gianfranco son derivados de urgencia al hospital. En cuanto Mariano despierta, se percata que está esposado y rodeado por oficiales de policía. Termina en un psiquiátrico de máxima seguridad y su condena se amplía, ya que los policías descubren que contaba con casos de acoso anteriores a otras chicas. No volverá ver a nadie porque está privado de la libertad. Ha perdido completamente la razón.

Todo vuelve a la normalidad. Valeria se recupera gracias a los cuidados de su madre, Cecilia, con quien se ha reconciliado. Un profundo agradecimiento siente por todas las personas que han hecho que ella vuelva a creer en la humanidad: en primer lugar, agradece a Gianfranco quien se recupera del golpe con el cuchillo que le propinó Mariano; afortunadamente el golpe fue amortiguado por un chaleco antibalas proporcionado por la policía. Ahora, el hombre italiano solo envía besos al cielo, porque su esposa e hijo protegieron su corazón, mensaje revelado en aquel sueño de hace unos meses. Valeria también agradece profundamente a las detectives Burt, Ramírez y Robles, quienes se comprometieron a velar por su vida y resolvieron el caso. Después de esta dura lección de vida, Valeria se ha prometido no ser tan estructurada como antes y dejar de ser presa del reloj, del calendario, del orden y sus normas... Ahora es una joven normal, que ha aprendido a vivir una vida menos ordenada, porque sabe que no desea que nadie, ni siquiera ella misma, vuelva a tener control sobre su vida.

# La Última Bala

## Capítulo 1: El mensaje

Las noches en la gran ciudad de Seattle eran casi siempre nubladas. En frías noches como esa, siempre era necesario beber algo caliente, o eso creía el detective Olivert Crane, un joven policía de veintiocho años, de cabello castaño corto peinado hacia atrás. Disfrutaba de un café sentado cómodamente dentro de su auto, aparcado frente a su restaurante favorito, el único lugar donde lograba relajarse un poco. Adoraba el café mokaccino.

Ese día había comenzado como uno más, solo debía hacer su trabajo. Todo había estado muy tranquilo desde la mañana, lo que le pareció extraño considerando los altos índices de criminalidad, que iban en aumento en los últimos años. La población había crecido considerablemente, incrementándose en los barrios de las afueras de la ciudad, y los criminales no eran la excepción. Faltaban pocos minutos para la media noche y su turno ya estaba por terminar, solo un poco más y podría irse a dormir. Pero justo antes de encender el auto sonó su intercomunicador.

—Atención a todas las unidades, tenemos reportes de un grupo armado con rehenes en el Westlake Center. Todas las unidades disponibles acudan al lugar de inmediato —informó una mujer.

—Aquí el capitán Richars, voy en camino. Cambio —se escuchó la voz de un hombre. Se sucedieron más mensajes de otros policías que también estaban de camino. Teniendo en cuenta que el lugar no quedaba muy lejos decidió acudir.

—Otro día de trabajo —se dijo. Terminó rápidamente su café y encendió su viejo auto clásico, un Ford Mustang del setenta y seis de color azul oscuro, muy bien cuidado considerando sus años. Aceleró en dirección al Westlake Center.

El centro comercial era muy activo durante el día, cientos de personas caminaban de un lado a otro haciendo sus compras. Era uno de los lugares de visita favoritos de los turistas. Pero esa noche los únicos presentes en los alrededores eran varias unidades de policía, que recién habían llegado. Estaban ya en posición frente al centro comercial, a cubierto detrás de sus vehículos y esperando las indicaciones del capitán.

—Aquí el escuadrón de asalto, estamos llegando al Westlake Center —se escuchó por el intercomunicador.

—Entendido. Tomen posiciones y esperen órdenes —respondió el capitán Richars. Él era el agente encargado de esa zona de la ciudad.

En ese momento, un furgón negro se acercó por la parte posterior del centro comercial y estacionó a una cuadra de distancia para evitar ser vistos desde el edificio. Un escuadrón de asalto, compuesto por treinta hombres armados con rifles de asalto del calibre treinta y cinco, salió de la puerta trasera del furgón en dos filas. Iban vestidos de negro y solo se divisaba la luz de la linterna que tenían junto a la cámara del casco.

A los oficiales apostados frente al centro comercial no les sería fácil acceder al edificio pues se divisaban varios secuestradores en lo alto, todos ellos con pasamontañas y rifles del calibre veintidós semiautomáticos. Vigilaban que nadie se acercara al edificio y ya habían hecho algunos disparos de advertencia, pero no parecía que tuvieran la intención de atacar.

—Control. ¿Ya han identificado a los secuestradores y el número de ellos? —preguntó el capitán a la sala de control de Inteligencia por el intercomunicador.

—Señor. Conseguimos intervenir las cámaras de seguridad del Westlake Center. Hemos localizado a veinte secuestradores desplegados por todo el edificio, incluyendo a los que están en la azotea. Todos llevan el rostro cubierto con pasamontañas y los que están en el interior portan ametralladoras del calibre veintidós —respondieron.

—Escuadrón de asalto, ingresen con precaución y sigan las indicaciones de Inteligencia. Si oponen resistencia elimínenlos —ordenó el capitán.

—Sí, señor —respondieron. El escuadrón de asalto había ubicado la entrada de servicio del edificio. Forzaron las puertas e ingresaron en fila, revisando toda el área y avanzando una vez asegurada. Siguiendo las instrucciones de Inteligencia se dispersaron en parejas hacia las ubicaciones asignadas.

El Westlake Center era un lugar grande. El edificio constaba de cuatro pisos, con muchos comercios en cada uno. Las parejas de uniformados se dirigieron a los puntos establecidos y tomaron posiciones a la espera de nuevas órdenes. Debían tener cuidado ya que desconocían lo bien entrenados que estarían los secuestradores.

—En posición —anunció cada uno de los agentes por su intercomunicador.

Olivert, ya en la zona, vio a varios policías a cubierto frente al edificio encabezados por el capitán Richars. Detuvo su auto detrás de las patrullas, sacó su pistola de la funda y le colocó un cargador nuevo y el silenciador. Bajó del auto y corrió, agachándose, hasta donde estaba el capitán. Por suerte no recibió ningún disparo desde la azotea.

—¿Cómo está la situación, capitán? —preguntó Olivert.

—Son veinte en total pero aún no sabemos la ubicación de los rehenes. El escuadrón de asalto ya está dentro del edificio, localizarán a los secuestradores y entonces podremos entrar para arrinconarlos —le explicó al detective mientras tomaba el intercomunicador para dar la orden—. Aquí el capitán Richars, comiencen la operación.

En el interior del edificio los agentes comenzaron a movilizarse. Los encuentros con los secuestradores comenzaron, según lo previsto. Desde fuera se podían escuchar múltiples disparos y estallidos de los vidrios. Los hombres que estaban de vigilancia en la azotea bajaron de prisa alertados por los ruidos.

—¡Ahora! ¡Muévanse! —ordenó el capitán a todos los agentes de fuera. El detective Crane fue el primero en entrar.

Dentro del Westlake Center todo era un caos, los agentes habían subestimado la experiencia de los secuestradores con las armas y estaban teniendo problemas. Mientras Olivert subía por las escaleras podía ver los cuerpos sin vida de algunos agentes, casi todos muertos por disparos en la cabeza; obviamente se trataba de un grupo con experiencia. Al ver que dos de los secuestradores corrían en su dirección, se escondió detrás de un muro y esperó. En el momento exacto en que pasaron por su lado les disparó en las piernas, haciéndoles caer al instante. Sin darles tiempo de reaccionar les volvió a disparar, esta vez apuntando a cada uno en el centro de la frente. Este era siempre su objetivo, una muerte instantánea.

—Cuatro—dijo en voz baja. Él siempre había tenido el mal hábito de contar las balas, en ocasiones lo hacía inconscientemente. Su pistola tenía un cartucho de dieciséis balas. Llevaba la cuenta mental de las que ya había usado, así siempre sabía cuántas le quedaban y tenía tiempo para preparar otro cartucho. Siguió por el pasillo hacia los pisos superiores; por el camino seguía viendo cuerpos de agentes con disparos en la cabeza.

Repentinamente, le dispararon desde el piso superior. A cubierto detrás de una columna logró localizarles. Solo eran tres, los que antes habían estado en la azotea, sus rifles los delataban. Suspiró y salió de su escondite apuntando a lo alto con su arma; tres balas fueron suficientes para terminar con ellos, siempre al mismo punto.

—Siete —murmuró mientras buscaba a su alrededor a más de ellos. Escuchó pasos en uno de los pasillos a su espalda, pero se tranquilizó al ver que eran tres agentes de asalto—. ¿Cuál es la situación? —preguntó Olivert.

—Ya hemos asegurado los pisos inferiores, pero aún no hemos localizado a los rehenes —le contestó uno de los agentes con tono firme. Se reflejaba respeto en sus palabras.

—Deben de estar en algún lugar de los pisos superiores. Yo iré por la escalera de servicio, vosotros subir por la principal. —Olivert corrió hacia el interior de los pasillos.

Encontró la escalera de servicio y entró con cautela, siempre vigilando hacia arriba. De repente escuchó cómo se abría una puerta del piso superior y los pasos de alguien que bajaba

corriendo por las escaleras. Olivert se tensó pero pensó rápido y decidió ir a su encuentro sigilosamente. Eran dos criminales más. Tomándolos por sorpresa ejecutó el mismo procedimiento que antes, un solo disparo a la cabeza.

—Nueve. —Ya le quedaba menos de medio cargador. Preparó otro y lo guardó en uno de los bolsillos de su chaqueta.

Sin detenerse subió hasta el cuarto piso, el lugar más probable donde estarían los rehenes. Abrió con cuidado la puerta de emergencia, siempre atento y vigilando la zona. El lugar estaba despejado así que salió al pasillo principal. En ese momento se escucharon disparos en el piso inferior. Se acercó a la barandilla de la escalera principal para ver la situación en la que se encontraban los demás agentes. Comprobó aliviado que habían llegado los demás oficiales junto con el capitán Richars y que ya se habían encargado de varios secuestradores. Despreocupado siguió su camino hacia el fondo del pasillo.

Al otro extremo había una especie de salón de fiestas, un lugar muy espacioso. Atravesó con cautela el salón, siempre vigilando aquellos puntos desde donde podría ser atacado. De pronto escuchó varias voces ahogadas al otro lado de un muro. Olivert se acercó para tratar de entender lo que decían, sin éxito. Decidió asomarse con un movimiento rápido, apuntando con su arma, y se encontró con un grupo de civiles amarrados y amordazados que se alteraron al verlo.

—No se preocupen, he venido para sacarlos de aquí —les dijo para tranquilizarlos. Guardó su arma y se acercó a ellos para desatarlos con un cuchillo que guardaba en el interior de la chaqueta. Comenzó a cortar las cuerdas con cuidado.

—Una buena noche para ser un héroe, ¿no crees? —se oyó una voz a sus espaldas. Rápidamente sacó su arma. Desde otro pasillo se acercaban tres secuestradores; el del medio fue quien le habló. Tranquilamente se acercó hacia Olivert portando un revólver en su mano derecha, los otros dos se quedaron atrás.

—¡Tiren sus armas al suelo y las manos detrás de la cabeza! ¡Ahora! —les ordenó Olivert, alerta a cualquier movimiento y sin despegar la vista de los otros dos. Sabía que estaba en total desventaja. Si tenía que enfrentarlos debía ser muy rápido.

—No hay necesidad de ponernos violentos, ya nada de eso es necesario —decía el sujeto mientras caminaba con la misma tranquilidad de antes, siempre observando a Olivert—. Hay que tener mucho cuidado contigo, eliminaste a varios de mis hombres sin mucho esfuerzo, estoy impresionado. —Se detuvo. Olivert seguía apuntándole con la pistola, los otros dos seguían sin moverse.

—¿Cuáles eran sus intenciones al tomar rehenes? —le preguntó para intentar conseguir algo de información. Mientras tanto seguían escuchándose algunos disparos en el pasillo, lo que significaba que aún quedaban más—. ¿Querían dinero?

—Nosotros no hacemos esto por dinero, sino por algo mucho más grande —con su otra mano sujetó el cañón de la pistola—, todo esto es solo para enviar un mensaje, nuestras vidas son la última de nuestras preocupaciones.

—¿A qué te refieres con eso? —preguntó Olivert confundido.

—Muy pronto lo averiguarán. Esta ciudad sufrirá un gran cambio, pero ninguno de ustedes vivirá para verlo. Nosotros ya tomamos nuestra decisión —concluyó.

Llevó la pistola hasta su cabeza y se disparó en la sien. Los otros dos, que también portaban un revólver, hicieron lo mismo. La acción hizo temblar de horror a los rehenes y Olivert quedó perplejo, maldiciendo en voz baja por no haber podido evitarlo. Por el pasillo de entrada al salón se escucharon pasos, eran los demás agentes que habían logrado despejar todos los pisos. Dos de ellos se acercaron corriendo a los cuerpos para verificar que estaban muertos, mientras los demás ayudaban a los rehenes.

—Buen trabajo, detective —dijo satisfecho el capitán Richars.

—Yo no hice nada, los muy desgraciados se suicidaron —respondió haciendo notar su molestia. El capitán se mostró desconcertado con la respuesta. Al ver que los rehenes ya estaban a salvo ya no había razones para seguir ahí—. Tengo que irme, buen trabajo a todos —dijo mientras guardaba su arma.

—Espera, ¿te dijeron algo? —preguntó deteniendo a Olivert.

—Solo querían enviar un mensaje. —Le dio la espalda y se marchó.

Mientras bajaba por la escalera llegaban los equipos de emergencia para tratar a los heridos y transportar los cuerpos. La escena en el Westlake Center había sido macabra, más aún si se tomaban en consideración los motivos que pudieron tener los secuestradores. Olivert salió del centro comercial y caminó hacia su Mustang sin dejar de preguntarse qué había querido decir aquel sujeto. Se subió a su auto y se recostó tomándose unos minutos para despejarse. Él no era de los que fumaran o quisieran echar unos tragos tras un duro día de trabajo; y no era por mantenerse en forma, simplemente no lo necesitaba. Ya un poco más calmado encendió el auto y se fue.

Durante el camino de regreso a casa, Olivert no podía evitar pensar en las palabras de ese hombre. ¿Cuál sería ese motivo mucho más grande que el dinero? ¿Qué maldito mensaje? Por más que estrujara su cabeza pensando no llegaría a ninguna conclusión, por lo menos no esa noche. Parecía cosa de dementes, algo superior a su entendimiento. Para distraerse encendió la radio, la primera emisora que encontró emitía música jazz.

—Más que perfecto —pensó—. ¿Apareces en un momento como este? —Los pensamientos de Olivert fueron reemplazados por los recuerdos de su padre. Pensó en todas las veces que tuvo que soportar sus canciones y no pudo evitar sonreír—. Siempre supiste encontrar la manera de hacerme olvidar mis problemas —dijo con cierta melancolía, y continuó escuchando música el resto del camino.

El departamento de Olivert estaba al este del Westlake Center, le tomó unos veinte minutos llegar hasta allí. Estacionó el auto en un garaje privado del complejo de apartamentos, en una plaza que tenía reservada en el segundo piso. Unos cuantos tramos más de escalera y ya estaría en su hogar. Su departamento era pequeño pero para él era más que perfecto. Nunca le gustaron las cosas muy llamativas, solo tenía lo esencial para poder llamarlo hogar. Había una sala con pocos muebles y una cocina comedor. Separando estas dos habitaciones, un pequeño pasillo llevaba hasta su habitación, hacia donde se dirigió. Estaba tan cansado que tan solo se quitó los zapatos y se dejó caer en la cama.

—Otro día normal de trabajo —dijo exhausto y se quedó dormido casi al instante.

## Capítulo 2: Moviendo los hilos

Se despertó al día siguiente con el estrepitoso sonido de la alarma del reloj. Al tratar de apagarlo se dio cuenta de que se había quedado dormido al borde de la cama; estuvo a punto de caerse pero reaccionó a tiempo. Se sentó en la cama frotándose los ojos, le costaba ver con claridad. Luego apagó el ruidoso despertador.

—Supongo que debo agradecerte esta vez… —dijo Olivert todavía con sueño. Bostezó un par de veces y se levantó, se quitó la ropa sucia que llevaba desde la noche anterior y tomó una ducha.

Su nevera estaba medio vacía ya que casi nunca estaba en casa y solía comer fuera. Desayunó algo rápido, un par de panqueques y una taza de café, y salió directo a la agencia de policía. Esta quedaba al norte de Seattle pero no muy lejos de donde vivía, solo le tomaba unos diez minutos llegar hasta allí. Esa mañana el cielo estaba igual que el de la noche anterior, nublado. La noche anterior… Olivert trataba de no nublar su cabeza con la insólita experiencia vivida, aunque las últimas palabras de aquel sujeto seguían dando vueltas en su cabeza.

Llegó a la agencia y estacionó el auto junto a la entrada principal, que era amplia y con puertas de vidrio reforzado. Sobre esta lucía un cartel en el que se leía "Departamento de Investigación de Seattle" junto a la insignia de color azul, con el lema "Servicio. Orgullo. Dedicación" inscrito dentro. Era una de las agencias más importantes y reconocidas de la ciudad. De camino a la entrada pensó en la ropa que llevaba puesta, una camisa blanca de vestir, una chaqueta marrón y unos pantalones del mismo color, y en cómo una de las ventajas de ser detective era que te permitían vestir de esa manera. En su mano derecha llevaba una carpeta con documentos.

—Buenos días, detective Crane —lo saludaron algunos oficiales al cruzarse con él. Olivert les devolvía el saludo forzando una sonrisa. El lugar estaba lleno de policías que iban de un lado a otro, o contestaban los teléfonos que sonaban sin cesar.

Se dirigió hacia la oficina del jefe, al otro extremo de los abarrotados pasillos. Al otro lado de la puerta de madera estaba Sonia, la secretaria, una señora de unos cincuenta años y de complexión delgada, que evidentemente se preocupada por mantener una buena imagen. Llevaba un vestido azul oscuro con accesorios que la hacían ver elegante, además de un estudiado maquillaje que la hacía lucir atractiva.

—Buenos días, Sonia —la saludó, sin poder evitar mostrarse preocupado.

—Buenos días, Olivert —respondió Sonia cubriendo el auricular del teléfono con una mano. Luego volvió al teléfono para despedirse y colgar—. ¿Noche difícil? —le preguntó al notar el estado del detective.

—Solo un poco extraña, por así decirlo —respondió evitando dar detalles.

—¿En qué puedo ayudarte?

—He venido a traerle a Robert mi reporte de ayer —dijo mostrándole la carpeta del reporte que había preparado por la mañana, después de ducharse.

—Déjame comunicárselo. —Levantó el auricular del teléfono y presionó una tecla en el marcador automático. Pasaron pocos segundos hasta que respondieron del otro lado de la línea—. Señor, Olivert Crane viene a traer su reporte. —Se escuchó una voz grave, aunque no logró entender lo que decía. Sonia colgó el teléfono—. Puedes pasar —le dijo ella mientras comenzaba a teclear en su computadora.

—Muchas gracias. —Se dirigió hacia la puerta de madera identificada con el nombre *Robert Padish. Jefe de Policía.*

La oficina del jefe Padish podía considerarse como una gran obra de arte en sí misma. Tenía copias de pinturas de artistas muy famosos, de técnica realista aunque de muy diferentes estilos artísticos, como *Relojes Blandos* de Salvador Dalí y *La Gioconda* de

Leonardo da Vinci. Los muebles estaban tapizados en un azul ultramar y la alfombra era del mismo color. En el centro de la oficina había un gran escritorio de madera de roble americano en donde lo esperaba sentado un hombre mayor, pero en buena forma física. Robert Padish llevaba unos treinta años siendo jefe de policía y, a lo largo de todos sus años de servicio, se había ganado la admiración y el reconocimiento de personas importantes de la política y la alta sociedad. Al igual que su oficina, a él le gustaba vestir de manera elegante. Esta vez llevaba una camisa de vestir azul clara bajo un traje negro. Era de complexión fuerte y la ausencia de cabello la compensaba con una prolija barba.

—Buenos días, Olivert —lo saludó dejando a un lado los documentos que atiborraban su escritorio.

—Buenos días, Robert —devolvió el saludo mientras dejaba su reporte sobre el escritorio. Robert, sin mediar palabra, lo tomó y comenzó a leer. Pasaron unos cuantos minutos hasta que habló.

—Cada día parecen tener más experiencia en los enfrentamientos armados —dijo mientras seguía leyendo—. Aunque veo que siguen sin estar a tu altura. —Lo miró fijamente por unos segundos. Olivert se mantenía impasible. Robert siguió leyendo durante otros tantos minutos y al terminar cerró la carpeta y la dejó sobre su escritorio. Después de un largo suspiro preguntó—: ¿a qué se refería con enviar un mensaje?

—He estado preguntándome lo mismo —respondió Olivert—, ya había tenido casos de criminales que se suicidan cuando ha fallado un ataque, siempre a causa del miedo —Se detuvo por unos segundos—. Pero esta es la primera vez que lo veo en un acto tan consciente, como si desde el principio ya tuvieran pensado morir.

—Ciertamente es algo que no se puede pasar por alto —Se recostó en su silla—. Nos han dejado muchos interrogantes.

—¿Qué propones que hagamos? —Le miró expectante.

—Por el momento nada, solo mantenernos alerta —dijo Robert con tono firme—. No podemos iniciar una investigación sin pruebas. Además, bien podrían haber sido solo unos jóvenes drogados.

—Pero parecían ser muy conscientes de sus actos, a mi parecer. Por no hablar de su armamento y su aparente experiencia.

—Bueno, primero hay que considerar todas las posibilidades —Robert tomó algunas de las carpetas que estaban sobre su escritorio y las acomodó frente a él—. Tómate el día libre y despeja un poco tu mente, te haré saber si descubrimos algo nuevo al respecto —Y siguió leyendo el resto de los documentos. Olivert pensó que tal vez le estaba dando demasiada importancia, que aquel truculento suceso aún estaba demasiado reciente. No tenía la mente fría ni despejada para pensar con claridad, tal vez le vendría bien el día libre.

—Con permiso. —Se dio la vuelta y se fue.

Sonia atendía otra llamada cuando Olivert salió de la oficina. Se adentró por los pasillos abarrotados de oficiales, esta vez tomando el de la derecha que llevaba a un área de oficinas. Desde allí volvió a girar a la derecha. Un par de pasos después se detuvo frente a una puerta de madera identificada con el rótulo *Olivert Crane. Detective*. Sacó las llaves del bolsillo de su pantalón y le quitó el seguro a la puerta, entró y encendió la luz. Su oficina no era tan espaciosa como la de Robert, pero a él no le importaba. Contaba con pocos muebles; un escritorio sobre el que destacaban la computadora y algunos documentos; una silla cómoda aunque algo raída; unas estanterías y una mesita baja con una cafetera eléctrica encima. Caminó hasta el escritorio y tomó asiento. Se recostó en el espaldar e intentó no seguir pensando en el asunto de la noche pasada.

—Creo que le estoy dando demasiadas vueltas —murmuró. Lo mejor era olvidarse por completo del tema, de todas formas no había antecedentes de casos similares y Robert le había dicho que le avisaría si averiguaba algo. Miraba al techo ensimismado, así estuvo un

rato hasta que por fin decidió ir a dar una vuelta por la ciudad y despejar su mente. Se levantó de la silla estirando los brazos y salió de la oficina cerrando la puerta con llave.

Salió del área de oficinas, que ahora estaba más transitable. A esta hora la mayoría de los oficiales estaban haciendo los patrullajes habituales, tan solo quedaban los encargados de recibir las llamadas de emergencia. Pasó con calma entre los escritorios en dirección a la entrada principal.

—¡Olivert! —alguien lo llamaba desde un pasillo a su izquierda, era el oficial Barry Hogan que se acercaba sonriente. Barry era más joven que Olivert, tenía unos veinticuatro años y vestía el típico uniforme policial. A simple vista parecía que recién hubiera cumplido los dieciocho años, pues su rostro cubierto de pecas reflejaba juventud. Era de baja estatura, apenas llegaba a la altura del cuello de Olivert. Su cabello era de un opaco tono rojizo y lo llevaba algo alborotado, motivo por el cual siempre recibía llamadas de atención por parte de Robert. Barry tenía el don de ganarse la simpatía de casi cualquier persona que hablase con él, aunque también podía ser un poco infantil de vez en cuando—. Buenos días, ¿cómo has estado?

—Buenos días, Barry —respondió Olivert, deteniéndose y estrechando su mano—, y respondiendo a tu pregunta, he tenido días mejores.

—Al igual que todos en esta agencia —dijo Barry con una enorme sonrisa—. Es raro verte por aquí a esta hora, ¿acaso ya terminaste con todo el crimen de la ciudad? —bromeó.

—Eso quisiera —No pudo evitar reír con su pregunta—. Robert me dio el día libre. Pensaba ir a dar una vuelta por la ciudad, ya sabes, para despejar un poco la mente.

—Te entiendo, yo también lo hago de vez en cuando, me ayuda a relajarme —comentó Barry. Al mismo tiempo fue consciente de cuantas horas pasaba dentro del auto patrullando—. Aún faltan unas horas antes de mi ronda del día, ¿te molesta si te acompaño un rato?

—Supongo que no —contestó Olivert, Barry se alegró. Salieron de la agencia y caminaron hasta donde estaba estacionado el auto de Olivert.

—¿Aún no has considerado mi oferta? —preguntó Barry admirando el Mustang.

—Ya te he dicho que no, mi auto no está a la venta —dijo Olivert subiendo al auto.

—Nada pierdo por preguntar —dijo Barry decepcionado. Olivert arrancó y se fueron de allí.

Estuvieron un tiempo recorriendo la ciudad conduciendo de un lado a otro sin ningún destino, el único objetivo era calmar la mente y disfrutar del camino. Barry permanentemente buscaba sacar algún tema de conversación para animar el momento, era muy impropio de él quedarse callado. Aunque Olivert intentaba no seguirle mucho el juego, al final se reía con todo lo que decía. Barry en verdad sabía alegrar a las personas. Contaba muchas historias, en su mayoría exageradas, sobre autos, armas e incluso videojuegos. Sin darse cuenta, Olivert había olvidado por completo sus preocupaciones de esa mañana.

—Me estaba preguntando, Barry… Dijiste que faltaban algunas horas para empezar tu turno, entonces ¿qué hacías en la agencia tan temprano? —preguntó intrigado.

—Estaba investigando un poco —contestó—. Buscaba información sobre casos antiguos, hay muchos que nunca se resolvieron por completo.

—¿A qué te refieres? —Le pareció extraño que Barry mostrara interés por ese tipo de cosas—. Siempre procuramos investigar hasta el último detalle de todos los casos que se nos presenten.

—Verás, hay algo que siempre he pensado sobre los criminales —explicó Barry—. Siempre trabajan para alguien, siempre hay alguien más moviendo los hilos, un simple asesino no mata solo por matar a menos que sea un psicópata. —Oliver se sorprendió de lo que estaba diciendo Barry, es el tipo de cosas que nunca esperarías de personas como él. Aún así, sintió curiosidad sobre lo que decía y también le trajo algunos recuerdos desagradables.

—Quién habría pensado que te pudieran interesar ese tipo de cosas —dijo Olivert.

—En realidad soy así desde niño, siempre he querido saber hasta el más mínimo detalle de todo. Esta es una de las razones por la cual me hice policía —explicó.

—¿Y qué casos estabas investigando hoy? —le preguntó curioso. Al momento el semblante de Barry se puso serio y miró hacia fuera de la ventanilla. Después de unos segundos volvió a mirar a Olivert.

—El de tu padre —Al escucharlo Olivert se heló y frenó el auto de golpe haciendo que Barry se sobresaltara. Tuvieron suerte de que en ese momento no hubiera muchas personas en la calle, estaban pasando por una zona urbana pero a esas horas los niños seguían en la escuela—. ¿Por qué? —le preguntó con mirada seria. Pasaron varios segundos hasta que Barry decidió responderle.

—Siempre me pareció un caso muy extraño —dijo, aún no se le había pasado el susto—. Atraparon al culpable de una manera… demasiado fácil. Además, no parecía tener síntomas de demencia, ni lo hizo con intención de robarle. Yo creo que…

—¡Para! —dijo callándolo.

—Lo siento Olivert. No era mi intención…

—Descuida —murmuró Olivert mirando por la ventanilla—. Pero, por favor, no vuelvas a mencionar el caso de mi padre. No es algo de lo que me guste hablar y menos aún hoy —el auto se llenó de un silencio abrumador, que fue interrumpido por una llamada del intercomunicador.

—Atención a todas las unidades, tenemos reportes de disparos en los alrededores de los apartamentos Comstock cerca del Parque Kerry. Necesitamos que un oficial cercano a la zona inspeccione el lugar. —Volvieron a repetir el mensaje una vez más y Olivert, por impulso, tomó el intercomunicador.

—Aquí el detective Crane, estoy a unas cuadras de la zona. El agente Barry Hogan está conmigo, vamos para allá. Cambio —contestó.

—Entendido detective Crane. Cambio. —Barry se mostraba preocupado tras el aviso. Olivert pisó el acelerador y se dirigió hacia el lugar indicado.

—Siento haberte hecho enojar con lo de tu padre, pero considera lo que haces, no recomiendo… —le decía Barry sintiéndose culpable por la reacción de Olivert.

—No estoy molesto, solo quiero comprobar algo —dijo cortándole.

Olivert conducía su Mustang a gran velocidad. No estaba enfadado con Barry, aunque era un tema doloroso. Su padre había muerto asesinado, supuestamente a manos de un psicópata, aunque como bien había dicho Barry, en realidad no parecía que tuviera signos de demencia. Aún así, el caso se cerró, y de eso hace ya muchos años. En pocos minutos llegaron a la zona residencial y estacionaron el auto próximo a un departamento de ladrillos. En la calle había varias personas reunidas, parecían preocupadas por algo. Se acercaron a ellos.

—Buenos días, recibimos una llamada acerca de unos disparos por esta zona —dijo Olivert mostrando su placa. Un hombre adulto que estaba entre ellos se acercó a él.

—Sí, fui yo quien llamó. Nosotros vivimos en esos departamentos de ahí —dijo señalando unos edificios de cuatro pisos. Los tres primeros eran de ladrillo visto y el último era de madera, de color blanco—. Escuchamos varios disparos y salimos lo más rápido que pudimos. Pero aún tememos que les pueda ocurrir algo a los niños en la escuela. —Al otro lado de la calle se encontraba la escuela católica St. Anne.

—¿Sabe de dónde pudieron provenir los disparos? —preguntó Barry.

—Yo vivo en el tercero y puedo asegurar que vinieron desde el piso de arriba, aunque no quise averiguarlo. Ya avisamos a la escuela y cuidarán de los niños hasta que sepamos que es seguro —explicó el hombre.

—Muy bien, iré a investigar —dijo Olivert y caminó hacia el edificio de apartamentos. Barry lo siguió de cerca. Entraron con sus pistolas en mano y subieron por las escaleras vigilando cada extremo de los apartamentos, en alerta ante una posible emboscada.

—No era necesario que vinieras. Además, prefiero trabajar solo —le dijo Olivert a Barry.

—Solo vengo para asegurarme de que no vas a hacer ninguna locura —dijo Barry, todavía notaba cierta molestia en él—. Además, ¿qué es eso que quieres comprobar?

—Solo investigo —se limitó a responder. En cuanto llegaron al segundo piso escucharon un disparo, inmediatamente se pusieron a cubierto. Olivert se asomó, mirando detenidamente la zona, pero no logró ver a nadie. Se preguntó por qué tan solo un disparo.

—Ese disparo no iba dirigido a nosotros —comentó Barry acercándose a Olivert.

—Exacto —dijo Olivert saliendo de detrás del muro. Corrió escaleras arriba seguido por Barry.

Llegaron al cuarto piso quedando totalmente al descubierto. Solo había dos apartamentos por lo que el disparo debió de originarse dentro de uno de ellos. Olivert vio que en la puerta del de la derecha había un agujero de bala y tenía una ventana rota. Le hizo una señal a Barry con la mano y rápidamente cada uno tomó posición a ambos lados de la puerta.

—No logro ver a nadie —dijo Barry asomándose por la ventana rota. Solo podía ver unos cuantos muebles pero no había señal alguna de personas dentro de la habitación.

—Voy a entrar. —El primer pensamiento de Olivert fue derribar la puerta, pero estaba sin seguro. Ingresó con cautela mirando por todas partes con su arma en alto, Barry lo siguió de cerca. En el salón principal no había nadie.

Olivert tomó el largo pasillo y la primera habitación que encontró fue el baño. No había nadie pero estaba hecho un desastre, seguramente hubo una pelea en ese lugar. Siguió hasta las habitaciones del fondo, por el suelo de pasillo había ropa desgarrada tirada y restos de comida rápida. La puerta del dormitorio estaba entreabierta, entró apuntando con su arma y esperando lo peor. Se encontró con algo que no esperaba, aunque tampoco pareció sorprenderle mucho. En el suelo estaban los cuerpos sin vida de cinco hombres jóvenes, todos con sangre en la cabeza producida por las heridas de bala, justamente en la sien, además de múltiples cortes en sus cuerpos.

—No puede ser una coincidencia —se dijo a sí mismo. Se agachó para revisar los cuerpos, que aún estaban tibios—, todos han muerto recientemente. —Buscó a su alrededor el arma con la que se dispararon. Si lo que estaba pensando era verdad, debería estar cerca. En ese preciso momento escuchó que una puerta se abría, ante tal escenario había pasado por alto inspeccionar el baño de la habitación.

—¡No te muevas! —escuchó la voz de un hombre gritarle detrás suyo y sintió como le acercaban un arma a la cabeza. La voz sonaba apresurada y sentía como el arma temblaba, parecía como si la persona a sus espaldas estuviera bajo el efecto de alguna droga—. Tira el arma y levanta las manos.

Olivert hizo lo que le pedía, tiró el arma hacia su izquierda y levantó los brazos, mientras pensaba en la manera más rápida para salir de esa situación. No era la primera vez que le sucedía algo así, por lo que sabía que cualquier cosa que intensase debía ser ejecutada con rapidez. Lo que sea que esta persona consumió ha podido agudizarle los sentidos; tendría que distraerlo de alguna manera.

—¡Suelta el arma! —escuchó decir a Barry, que seguramente estaba apuntando al sujeto. Notó que en el momento en que Barry gritó, el arma que lo apuntaba se movía, debía aprovechar...

Rápidamente, con la mano derecha apartó el arma de su cabeza; ante este movimiento el hombre reaccionó con un disparo que impactó en la pared de la habitación. Olivert agarró la mano que sostenía el arma y la tensó hacia un lado obligándolo a soltarla. El joven trató de

apartarse pero terminó cayendo al suelo y rodando hasta la ventana; con un movimiento rápido se puso de pie, pero ya era tarde, ambos oficiales lo apuntaban, Olivert sostenía la que había sido su arma.

—¡De rodillas, ahora! —le ordenó Olivert. El hombre tenía cortes similares a los otros que estaban muertos, principalmente en los brazos.

—No deberían meterse en lo que no les incumbe —dijo el joven sonriendo con una expresión psicótica, mientras daba pasos hacia atrás.

—¡Detente ahí, no te muevas! —le ordenó Barry acercándose lentamente al joven. En ese momento pudo observar horrorizado toda la escena, los cuerpos en el piso.

—Ninguno puede hacer nada, ya tomé mi decisión. Muy pronto ustedes también tendrán que hacerlo —dicho esto corrió y saltó por la ventana, rompiéndola en mil pedazos. Los policías se asomaron en el momento justo en que su cuerpo daba de seco contra el pavimento.

—¡Demonios! —exclamó furioso golpeando el muro. Olivert recordaba claramente esas palabras, eran idénticas a las que dijo el sujeto de la noche anterior, no podía tratarse de una simple coincidencia.

—Qué desastre —dijo Barry guardando su arma y volteando para ver los demás cuerpos—. Un verdadero desastre —suspiró. Trataba de comprender la situación—. ¿Qué habrá pasado aquí?, dudo mucho que él solo haya podido matar a los otros cinco.

—Si tuviese que adivinar, diría que fue una cadena de suicidios—dijo Olivert.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó con curiosidad.

—Todos tienen los mismos cortes y el orificio de bala en el mismo lugar —Observó los cuerpos—. Además, no veo signos de que hayan sido amordazados y la frecuencia de los disparos no fue continua, lo más probable es que se estuvieran turnando.

—¿Con qué propósito?, tendrían que haber estado locos o drogados para hacer algo así. —Barry estaba confundido y no sabía que pensar.

—O podrían ser ambas cosas. —Olivert se asomó por la ventana y observó el cielo. Notó que se estaban empezando a formar muchas nubes grises y que en cualquier momento comenzaría a llover. Ya olía a tormenta.

—Tenemos que avisar de esto al jefe Padish, pero antes llamaré a los del Equipo Forense para que se encarguen de los cuerpos y revisen el área —dijo Barry sacando un teléfono de su bolsillo. Hizo la llamada, les explicó la situación, les dio la dirección del lugar y colgó—. Ya vienen en camino, solo tardarán unos minutos.

—Aún debemos explicarle a los residentes lo que sucedió, sin muchos detalles, claro —dijo Olivert.

—Me encargaré de eso, de todas formas voy a esperar abajo a que lleguen los forenses. —Barry se fue del lugar hacia la planta baja. Olivert quiso quedarse un poco más para intentar acomodar sus pensamientos, "no puede ser una simple coincidencia", se repetía.

Cuando Barry llegó a la planta baja vio que los residentes reunidos a un lado edificio, habían sido testigos de los hechos, oyeron cómo se rompió la ventana del departamento y vieron al joven caer al suelo. Estaban a unos pocos metros de la escena, horrorizados. Barry se acercó a ellos.

—Por favor, apártense —dijo apartándoles de la escena y acercándose al cuerpo. Se agachó para buscarle el pulso pero nada, habría muerto al instante—. Necesito que despejen el área, ya contacté a los forenses para que revisen la zona.

—¿Qué fue lo que paso ahí arriba? —le preguntó una de las vecinas. Todos estaban conmocionados.

—Encontramos a cinco jóvenes muertos en uno de los departamentos del cuarto piso —comenzó a explicar Barry—. Al parecer él fue el responsable, pero saltó por la ventana antes de que pudiéramos atraparlo —Esa noticia no se la esperaban, sus rostros palidecieron—. ¿Saben quiénes eran ellos?

—Bueno, solo sabemos que allí vivían varios chicos, siempre salían temprano y volvían muy tarde, lo sé porque llegaban con su música a todo volumen, anoche también —explicó un hombre.

—¿Llevaban mucho tiempo viviendo ahí?

—La verdad es que no, se mudaron hace unas dos semanas. Nunca supimos quiénes eran. —Los demás vecinos asentían con la cabeza.

—¿Saben quién vive en el departamento de al lado?

—Ese lugar lleva varios años vacío. Esos dos del cuarto piso son los departamentos más costosos del edificio, siempre pensé que alguno de esos chicos debía de ser el hijo de un multimillonario. —En ese momento llegaron dos furgones cada uno identificado con el logotipo del Equipo Forense del Departamento de Investigación de Seattle.

—Muy bien, por ahora que no entre nadie al edificio, nos encargaremos de revisar la zona y de los cuerpos. Avisen a la escuela y díganles que la situación ya está controlada —dijo Barry. A dos de los forenses les indicó el piso en el que se encontraban los cuerpos, mientras otros dos traían una camilla para llevarse al que yacía en el suelo.

Los forenses se dedicaron a analizarlos mientras Olivert permanecía allí, de pie, mirando por la ventana rota. Se había convencido de que existía una conexión entre los hechos ocurridos en aquel lugar y lo sucedido la noche anterior. Afuera había comenzado a llover.

Media hora después, los forenses se habían llevado los cuerpos y recogido muestras del lugar. Se marcharon al laboratorio para procesar toda la información recogida. El lugar fue clausurado a los civiles mientras continuara la investigación de lo ocurrido.

—Olivert, escucha —dijo Barry.

—¿Qué sucede? —preguntó saliendo de sus pensamientos.

—Iré con los forenses para ayudarles a transportar los cuerpos, nos vemos después en la agencia.

—De acuerdo, infórmame si descubren algo importante. —Barry se retiró del lugar.

Olivert permaneció allí unos minutos más. Había decidido investigar a fondo este asunto, quería asegurarse de que existiera una conexión entre los dos casos. Temía que se pudiera convertir en un serio problema, así que pensó hablar con el jefe Padish al respecto. Bajó rápidamente las escaleras y se dirigió a su auto. Lo encendió y aceleró, tomando el camino más rápido para llegar a la agencia. Al llegar fue directo a la oficina de Robert y le solicitó a Sonia hablar con él lo antes posible, ella extrañada por su comportamiento lo hizo.

—Déjame investigar este asunto. Sé que debe existir una conexión entre estos casos, que podría tratarse de alguna amenaza para la ciudad —le dijo Olivert a Robert.

—Comprendo que estemos enfrentándonos a una situación extraña, pero no podemos solo suponer que se trate de algún ataque o conspiración —dijo Robert al escuchar el relato de los hechos sucedidos ese día. Tampoco pudo evitar la preocupación—. Jamás nos hemos enfrentado a este tipo de situaciones, así que tenemos que tomárnoslo con calma y pensar primero —Estaba sentado tras su escritorio, tratando de digerir lo que se le estaba comunicando—. Es una situación delicada, debemos tener cuidado al decidir nuestros próximos movimientos.

—Todos esos chicos también se suicidaron, se turnaron para hacerlo. Querían hacer lo mismo que los sujetos de anoche, enviarnos un mensaje.

—¿Qué te hace suponer eso? —preguntó Robert con curiosidad por la conclusión a la que había llegado el detective. Olivert tomó aire un par de veces antes de continuar.

—Como ya te he dicho, ninguno de ellos tenía marcas de haber sido amordazados, solo unos cortes. El que estaba vivo y nos enfrentó también los tenía. Y las palabras que dijo… —En ese momento sonó el teléfono, se escuchó la voz de Sonia al otro lado de la línea.

—Muy bien, hazlo pasar —dijo Robert. La puerta se abrió y entró un hombre de unos treinta años, de complexión delgada y cabello negro bien peinado. Vestía un traje gris muy

elegante y en su mano derecha traía un maletín—. Consejero Álvarez, bienvenido —saludó al recién llegado levantándose de su asiento y estrechando su mano.

—Jefe Padish, un gusto verlo de nuevo —respondió el hombre.

—Olivert, te presento al consejero del alcalde, Patrick Álvarez.

—Detective Olivert Crane, es un placer conocerlo —saludó extendiendo su mano.

—Igualmente —dijo él estrechándole la mano y sin ocultar cierta confusión por su presencia—. ¿Nos conocemos?

—No lo creo, pero he oído hablar mucho de usted, el jefe Padish siempre dice que es uno de sus mejores agentes —explicó el consejero.

—Llamé al consejero explicándole el asunto y me informó que no han sido los únicos casos —aclaró Robert. Olivert se quedó petrificado al escuchar eso. Patrick colocó su maletín sobre el escritorio, lo abrió, sacó varios documentos y se puso los anteojos que llevaba en uno de los bolsillos interiores de la chaqueta.

—Ya habíamos recibido informes similares de otras agencias de policía de la ciudad —Les entregó varios documentos—. Asaltos, secuestros, amenazas de muerte y en todos estos casos, cuando se lograba acorralar a los delincuentes, se suicidaban. —A medida que Olivert leía los documentos su preocupación iba en aumento, al igual que la de Robert.

—Siempre a la cabeza —dijo Olivert—. Los secuestradores de anoche, los chicos de hoy, todos se dispararon en la cabeza, más específicamente en la sien.

—El alcalde se ha mostrado muy preocupado por el asunto, ya ha enviado un comunicado a todas las agencias de la ciudad —explicó Patrick—. Tenemos que priorizar la seguridad frente a este tipo de criminales, las órdenes son desarmarlos sin matarlos y evitar que usen cualquier medio para quitarse la vida.

—¿Hace cuánto se registró el primer caso de este tipo? —preguntó Olivert.

—Hace tres semanas más o menos —contestó Patrick—. Al principio fueron muy pocos los casos, pero al pasar los días aumentaron considerablemente.

—No transcurrió ni un día entre los dos casos a los que acudí. Quién sabe cuántos podremos tener después en un solo día —dijo Olivert.

—Debemos informar de esto a todos los oficiales, prepararé una reunión para discutir este asunto —dijo Robert tomando el teléfono y marcando el número directo de Sonia—. ¡Sonia! Comunícate con todos los agentes disponibles, quiero que vengan inmediatamente a la agencia, tendremos una reunión de emergencia —dicho esto colgó—. Esto es todo por el momento, Olivert. Te avisaré cuando comience la reunión.

—De acuerdo, con permiso —dijo, dejando el lugar. De alguna manera esa conversación lo hizo sentirse más aliviado, ahora tendría la oportunidad de investigar más a fondo los casos.

Olivert fue directo a su oficina. Al llegar colocó su chaqueta en la silla y se recostó en ella. Para haber sido un día sin mucho trabajo se sentía sumamente agotado. Cerró los ojos un momento para intentar descansar un poco la vista, pero casi al instante tocaron a la puerta. Aun a su pesar y sin muchas ganas de hablar con nadie en ese momento, le anunció a quien golpeaba que podía pasar. Era Barry, una de las pocas personas con la que tenía ánimos para hablar.

—Barry, ¿qué sucede? —se mostró interesado, suponiendo que tal vez le traería noticias.

—Vengo a contarte algo que averiguaron acerca de los cuerpos —Justo lo que Olivert esperaba—. Analizaron los de hoy y también los de los secuestradores de la otra noche. En todos los cuerpos encontraron sustancias químicas similares. Al parecer todos estaban bajo los efectos de una misma droga, aunque aún no han conseguido identificarla. —Esto era algo que Olivert en verdad no se lo esperaba, aunque Robert ya había mencionado que esa podría ser la causa de los suicidios.

—Me pregunto si será lo mismo en todos los casos —murmuró medio absorto.

—¿A qué te refieres? —preguntó Barry.

—Hace un momento estaba hablando en la oficina de Robert, cuando llegó un tipo que dijo ser el consejero del alcalde. Nos contó que desde hace ya varias semanas están sucediendo casos similares en otras agencias de policía de la ciudad; los criminales terminaban suicidándose cuando estaban a punto de ser atrapados —le explicó.

—Olivert. ¿Recuerdas lo que te dije hoy acerca de los criminales?

—Siempre hay alguien más moviendo los hilos… —Olivert recordó todo lo que le había comentado Barry, a la vez que tomaba consciencia de lo que estaba sucediendo en la ciudad. Ahora todo le parecía tener más sentido—. Entonces se trata de algún pez gordo, quizás sea algún traficante de drogas.

—Pero no se trata de uno cualquiera, hablamos de alguien que posee una droga tan potente que puede controlar las acciones de los demás. Quién sabe de qué sería capaz si se propagara más —agregó Barry—. Aunque aún son solo especulaciones.

—Pero hasta ahora es lo único que tenemos, debemos investigar más sobre esta droga.

—El laboratorio ya se está encargando de eso, nos darán los resultados cuando terminen el análisis —dijo Barry con una sonrisa.

—Realmente me impresionas, Barry —admitió Olivert sentándose en su silla—. Parecía que solo fueras un joven un tanto infantil, pero realmente sabes hacer bien tu trabajo.

—No te preocupes, suelen tener esa impresión de mí —respondió sonriendo.

—Robert me dijo que hoy convocaría una reunión, informaremos de este asunto a todos los policías de la agencia.

—Me parece bien —dijo Barry—. Yo todavía tengo algunas cosas que hacer, nos vemos después. —Se despidió mientras salía de la oficina.

Durante la siguiente hora Olivert permaneció en su oficina, pretendía cerrar los ojos por unos minutos pero se quedó dormido sobre el escritorio. El sonido del teléfono lo despertó.

—¿Sí? —respondió todavía adormilado.

—Olivert, habla Sonia —escuchó la voz de la secretaria de Robert—. En unos minutos comenzaremos la reunión.

—Muy bien, gracias. —Colgó el teléfono, se recostó en la silla y se frotó los ojos. Cuando ya se encontraba completamente despierto, se levantó, tomó su chaqueta y salió de la oficina.

Al otro lado del edificio quedaba la sala de reuniones, con capacidad para cincuenta personas. Ya habían llegado varios policías que ocuparon las sillas de las primeras filas. Olivert se sentó en una de las centrales. A los diez minutos el lugar estaba lleno, unos pocos habían quedado de pie al fondo de la sala. Todos guardaron silencio cuando el jefe Padish entró y fue directo al frente de la sala. Durante la siguiente hora explicó detalladamente todo el asunto de los suicidios, incluso Barry participó explicando lo que habían descubierto en el laboratorio sobre la droga. Olivert se encontraba muy concentrado en el asunto, no dejaba de pensar en lo que había dicho Barry sobre la posibilidad de que alguien más pudiera estar controlando a todos los criminales. Inevitablemente pensó en su padre y en lo que sucedió aquel día, aunque sabía que eso había pasado hace casi diez años y sería muy difícil averiguar si estuvo relacionado con estos casos.

Antes de finalizar la reunión, el jefe les comunicó a todos la indicación que le había dado el consejero Patrick: debían preservar la vida de los criminales. Después, cada uno volvió a su puesto de trabajo. Olivert fue uno de los últimos en retirarse, mientras lo hacía se le acercó Robert.

—Ven a mi oficina en diez minutos, necesito darte una noticia —le dijo y se fue.

Olivert se quedó muy extrañado. "¿Por qué querría verme en su oficina?, pudo habérmelo dicho aquí", pensó. Siguió camino de su oficina, distraído de repente chocó con alguien que pasaba a su izquierda. Se trataba de una mujer un poco más joven que él. Vestía

camisa blanca, pantalones negros y chaqueta beige. Llevaba su cabello castaño atado en una cola de caballo.

—Disculpe —le dijo Olivert. Ella solo volteó para mirarlo de reojo, por un segundo, mientras seguía caminando, tenía una expresión seria. Él la siguió con la mirada hasta que la misteriosa mujer desapareció por otro pasillo.

—Oye, ¿estás bien? —escuchó que alguien le hablaba. Era Barry.

—¿Eh? Sí, estoy bien, ¿por qué lo preguntas?

—Parecías como perdido en el espacio —bromeó.

—No es nada importante —le dijo—, hablamos luego. Robert quiere que vaya a su oficina. —Y se fue.

Habían transcurrido los diez minutos y Olivert ya se encontraba frente a su oficina. Sonia le avisó que lo estaban esperando. Al entrar se sorprendió al ver a la mujer con la que se había chocado minutos antes. Para su sorpresa, parecían estar discutiendo.

—Olivert, qué bueno que ya estés aquí —le dijo Robert. Parecía aliviado con su llegada—. Por favor, acércate. —Estaban sentados uno a cada lado del escritorio. El detective tomó asiento junto a la mujer, que por la expresión de su cara parecía estar muy molesta.

—Escucha con atención Olivert. Sé que tienes tu propia manera de trabajar, pero ahora parece que nos estamos enfrentando a algo grande —Comenzó a explicar Robert. Olivert no entendía a dónde quería llegar el jefe con todo esto—. Quiero que conozcas a la detective Jenny Collins, acaba de ser transferida desde Nueva York y comenzará a trabajar con nosotros a partir de hoy —Olivert la miró pero ella no parecía tener interés en saludarlo—. A partir de ahora ella será tu nueva compañera. —Esa última noticia lo tomó por sorpresa.

—Disculpa... ¿Cómo has dicho? —le preguntó para asegurarse de haber escuchado bien.

—Lo que escuchaste. Supe por Barry que tuviste problemas con el sujeto de hoy —Al escuchar estas palabras le entraron ganas de golpear a Barry—. Si no hubiera sido por él, quién sabe qué te pudiera haber pasado.

—Jefe, tenía la situación controlada, solo que él se me adelantó —replicó Olivert indignado—. Además, sabes muy bien que trabajo mejor solo.

—Conozco tus razones y espero que puedas entenderlo. De todas formas, solo será hasta que solucionemos este asunto. Ya he tomado la decisión y ambos deben obedecerla, eso es todo —finalizó.

—Qué ridiculez —dijo Jenny, que salió de la oficina sin decir nada más.

—Mira, Olivert… tuvo algunos problemas antes de ser transferida aquí, así que intenta llevarte bien con ella —le recomendó Robert.

—Lo único que hará será estorbarme —dijo Olivert resignado.

—Descubrirás que tienen más en común de lo que crees. Ya puedes retirarte. —Olivert salió de la oficina. No le gustaba nada la idea de tener una compañera, siempre había hecho mejor las cosas solo, o al menos eso es lo que se había hecho creer a sí mismo.

El día ya había terminado dando lugar a la fría noche. En realidad aún seguía siendo su día libre, así que decidió regresar a su departamento. Ese día habían pasado demasiadas cosas que aún no comprendía y solo quería irse a dormir. Cuando salía de la agencia hacia su auto, vio a la detective Collins intentando detener un taxi, pero todos llevaban pasajeros y parecía algo frustrada. Olivert no quería tener nada que ver con ella, por lo que siguió directo hasta su auto, se subió y lo encendió. Echó un vistazo rápido para comprobar que aún seguía intentando detener un taxi. En esa zona de la ciudad tan transitada y a esa hora, ya estaba por oscurecer, le sería muy difícil detener uno. Olivert permaneció unos minutos parado, observando, hasta que se rindió. Golpeó con fuerza el volante y aceleró hasta quedar frente a ella.

—¿Necesitas ayuda? —En su interior no podía creer lo que estaba diciendo.

—No, gracias, estoy bien —respondió ella, intentando ignorarlo.

—Debo decirte que te tomará horas poder parar un taxi, es una de las zonas más transitadas de la ciudad —le explicó. Ella volvió la mirada a la calle y observó que el número de taxis estaba disminuyendo, y que los pocos que pasaban estaban ocupados. Sin más opción tuvo que aceptar la ayuda de Olivert.

—¿Hacia dónde? —le preguntó.

—Hacia el este, cerca de los Teatros Landmark—le dijo en un tono seco. Olivert agradeció que al menos quedara en la misma dirección que su departamento.

Durante el camino ninguno de los dos dijo ni una sola palabra, el ambiente era muy tenso. Jenny miraba por la ventanilla. Olivert ni siquiera creyó que un poco de música lo relajaría, por lo que se concentró en conducir. En poco tiempo ya estaban llegando a la zona que le indicó Jenny, siguió varias calles más y se detuvo frente a una casa de color blanco. No tenía muy buen aspecto pero era grande.

—Listo, fue todo un placer —dijo Olivert sarcásticamente.

—Agradezco mucho que me hayas traído, pero esto no significa que ahora me agrade la idea de que seamos compañeros —le dijo Jenny en tono serio. Abrió la puerta del auto y se bajó. Olivert no pareció muy impresionado con su declaración, él también pensaba lo mismo—. Así que solo asegúrate de no estorbarme —dijo a través de la ventanilla para después caminar hacia su casa. Esas últimas palabras en verdad que no las esperaba y se sorprendió, pues se parecía a algo que él hubiera dicho.

—Solo espero que tú tampoco lo hagas —murmuró. Aceleró y se fue en dirección a su departamento. Ese día había sido aún más extraño que el anterior.

## Capítulo 3: Respuesta incorrecta

La mañana no podía ser más frustrante para Olivert. Durante toda la noche apenas había logrado conciliar el sueño. No sólo le daba vueltas una y otra vez a los casos de suicidio, sino que ahora también debía lidiar con la idea de tener a un nuevo compañero. Él siempre había preferido hacer las cosas por su cuenta, en su tiempo como detective nunca antes había necesitado de ningún compañero.

Se levantó de la cama con mucho pesar, fue directo a la cocina y preparó dos tazas de café. No tenía muchos ánimos de ir a trabajar pero sabía que no podía perder el tiempo, había mucho que investigar. Mientras se arreglaba para salir sonó su teléfono móvil, uno muy sencillo ya que solo lo usaba para llamadas y mensajes. Al revisar la llamada entrante vio que se trataba de Robert, quizás tenía noticias nuevas en relación a los casos de suicidio

—¿Sí?, diga —contestó.

—Olivert, buenos días —escuchó al jefe Robert al otro lado de la línea.

—Buenos días, ¿qué sucede? —Olivert seguía arreglándose mientras hablaba por teléfono—, no es muy habitual recibir una llamada tuya y menos a estas horas.

—Te llamo para evitarte la molestia de venir a la agencia. Quiero informarte de que oficialmente te he asignado un nuevo caso de investigación —Olivert se detuvo y prestó atención—. El laboratorio aún sigue tratando de identificar la sustancia encontrada en los cuerpos de ayer. Necesitamos todas las muestras que podamos encontrar y, si es posible, encontrar su fuente —Olivert ya tenía una idea de a dónde quería llegar el jefe con todo esto—. Necesito que investigues a un traficante de drogas, los informes indican que lleva varias semanas vendiendo una nueva droga y sospechamos que podría ser nuestra fuente.

—Está bien, ¿y dónde le busco?

—Sonia te enviará los detalles del caso. Sé que ya has hecho este tipo de trabajos antes y por eso te lo he asignado.

—Entiendo, estaré en camino una vez tenga los datos —dijo Olivert mientras buscaba ropa en su armario. Sabía que para este tipo de investigación no debía verse como un detective, sino mucho más casual. Una camiseta blanca y unos jeans azules serían suficientes.

—Ya mandé a que informaran de esto a la detective Collins, estará esperándote en su casa —Olivert se detuvo en seco, por unos minutos había olvidado por completo que ahora ya no trabajaba solo. Estuvo a punto de lanzar el teléfono contra el suelo pero se contuvo—. Sé que aún no te agrada mi decisión de asignarte a una compañera, pero créeme, no lo hubiera hecho si no lo viera necesario. Buena suerte. —Y colgó.

—Esto parece una broma pesada. —Se miró en el espejo del armario y suspiró. Terminó de arreglarse, tomó los cafés y salió.

Agradeció saber dónde vivía la detective Collins, así no tendría que preocuparse por averiguar su dirección. Jenny también había escogido un atuendo casual, una blusa negra sin mangas y unos jeans grises. Subió al auto sin decir una palabra y se quedó mirando por la ventanilla del acompañante. Olivert agradeció que al menos no fuera muy habladora. Debían ir hacia el norte de la ciudad, a uno de los barrios que quedaba en las afueras de la ciudad, les tomaría unos veinte minutos.

El objetivo de la investigación era encontrar al distribuidor de la droga que encontraron en los cuerpos de los suicidas. A varios agentes les habían encargado casos similares en diferentes áreas de la ciudad. Tenían que investigar a un traficante de drogas conocido por el nombre de Frank. Según los informes, llevaba varias semanas vendiendo una droga que él mismo fabricaba, aquellos que la consumían padecían delirios y cambios radicales de conducta. El laboratorio aún no había identificado la droga exacta implicada en los hechos acontecidos en los días anteriores, pero este traficante era uno de los principales sospechosos.

Además, existían rumores de que estaba involucrado en varios casos de asesinato, aunque aún no se había podido demostrar.

—Espero que encontremos información que nos sea de utilidad —dijo Olivert casi para sí mismo, no esperaba respuesta de Jenny.

Al poco tiempo llegaron a la zona donde supuestamente el traficante vendía su mercancía. Antes tendrían que recorrer la zona en busca de los vendedores, ya que Frank solo participaba en negocios muy importantes y no se dejaba ver en público.

—¿Cómo le encontraremos? —preguntó Jenny mirando hacia el frente. Olivert se sorprendió ante la repentina pregunta. Era la primera vez que iban a mantener una conversación normal, aunque fuera sobre la misión.

—Primero debemos encontrar a sus vendedores y obtener un poco de esa droga, después el laboratorio se encargará de determinar si se trata de la misma —explicó él.

Estuvieron buscando a los vendedores por lo menos media hora, solo contaban con un punto de referencia. Por fin encontraron a dos sospechosos recostados en un muro cerca de un cruce con semáforo. Su apariencia dejaba mucho que desear, vestían camisetas interiores negras y pantalones azules muy rasgados y sucios.

—Y ahí los tienes —dijo Olivert deteniendo el auto al otro lado de la calle.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó Jenny desconfiada; también podrían ser simples civiles aunque algo desaliñados.

—Por su apariencia poco agradable pero, sobre todo, porque están cerca de un semáforo, un buen lugar para comprar drogas mientras esperas a que cambie la luz roja. Las ventas suelen durar solo unos segundos —De la guantera del auto sacó un pequeño estuche que contenía un par de lentes oscuros, los limpió un poco con su camiseta y se los colocó—. Son detalles muy simples pero efectivos —Aceleró el auto llegando al semáforo donde estaban los supuestos vendedores—. Tú solo sígueme el juego —dijo sin mirar a Jenny. Con sus ropas no tendrían por qué sospechar de ellos, parecían la típica pareja con mucho dinero en busca de algo que necesitaban. Llegaron al cruce justo cuando la luz del semáforo cambiaba a rojo. Olivert les silbó mientras se ajustaba los lentes, ellos les vieron y disimuladamente caminaron hasta el auto. Se detuvieron a un metro de distancia.

—Buen auto, amigo —dijo uno de ellos admirando el Mustang; un punto más a su favor para no parecer policías.

—¿Qué mercancía tienen? —les preguntó con una sonrisa arrogante.

—Depende de lo que estén buscando —dijo el otro. Siempre había cierta desconfianza antes de hacer negocios, debían ser precavidos y tener cuidado de a quién le vendían.

—Ya saben a cuál me refiero, escuché de un amigo que por aquí se consigue la mejor —dijo Olivert manteniendo la sonrisa—. Mi novia y yo estamos muy interesados en comprar un poco —Al escuchar eso, Jenny lo miró con una expresión molesta—. Lo siento cariño, no te molestes —le dijo a Jenny, que le siguió el juego y apartó su mirada hacia la ventanilla. Muchos pensarían que era una buena actriz pero solo estaba siendo ella misma—. Se molesta con mucha facilidad, en verdad no sé qué hacer con ella —les dijo a los dos sujetos, aunque en parte no estaba mintiendo. Los dos se miraron y sonrieron.

—Tenemos una mercancía nueva, se ha estado vendiendo bien estos días, quizás sea esto lo que buscan —dijo uno.

—¿Me aseguras que es de buena calidad? —preguntó Olivert quitándose los lentes.

—Te puedo asegurar que volverás luego a por más —dijo el otro con una extraña sonrisa.

—Eso es lo que quería escuchar. —De su bolsillo sacó varios billetes enrollados, en total eran mil dólares, uno de ellos los tomó disimuladamente. Después de revisarlos y contarlos le hizo una seña a su compañero, quien sacó de su bolsillo dos pequeñas bolsas negras. Se acercó al auto y se las entregó a Olivert.

—Que la disfruten —les dijo retrocediendo como si nada hubiera pasado. Todo sucedió en el tiempo justo, en ese momento la luz del semáforo cambiaba a verde. Olivert aceleró perdiéndoles de vista.

—Salió bien —dijo satisfecho quitándose los lentes.

—¿Tu novia? —preguntó mirándole de reojo.

—Tenía que hacer que nos creyeran, no te lo tomes a mal. —En el fondo le parecía muy divertido.

—¿Volvemos a la agencia? —Jenny miraba por la ventanilla.

—Sí, vamos a llevar esto a los del laboratorio para que lo analicen y esperar los resultados. Sea o no la droga causante de los suicidios, volveremos para arrestarlos. Así que estate preparada, esto podría ser un poco difícil.

—Sé muy bien cómo hacer mi trabajo. ¿Recuerdas? Yo también soy detective —dijo ella cruzándose de brazos.

Tomaron la autopista, el camino más rápido para regresar a la agencia. En el auto volvió a reinar el silencio. Sin perder tiempo fueron en directo al sector del laboratorio para entregarles la droga que habían comprado. Mark Wallace era el director del Departamento de Investigación Forense, un hombre alto de unos cuarenta años con el cabello rubio peinado hacia atrás. Llevaba una camisa azul oscura debajo de la bata blanca de laboratorio. Se podría decir que era un prodigio de su generación, desde los dieciocho años había trabajado en la rama forense y en tan solo unos años ya se había convertido en el director.

El laboratorio era un lugar muy espacioso, provisto de todo tipo de artefactos y herramientas para el análisis de ADN, huellas dactilares o muestras sanguíneas. También había varios terminales conectados a una base de datos que incluía información de todos los ciudadanos registrados en el sistema. En el otro extremo del laboratorio se encontraba la sala de autopsias. Las muestras fueron colocadas en una especie de tanque mezclador, con forma de cilindro, que hacía girar todo su contenido para separar y analizar todos sus componentes.

—¿Ya han identificado la droga de los cuerpos? —le preguntó Olivert al director forense.

—Me temo que no —respondió—. Solo hemos podido reconocer algunos de los componentes químicos comunes en las drogas, y un compuesto proveniente de alguna clase de planta extraña.

—¿Qué clase de planta? —preguntó Olivert.

—Pues no lo sabemos. No se encuentra en nuestra base de datos, pero creemos que podría tratarse de una nueva especie o en el peor de los casos, de alguna especie genéticamente alterada —explicó Mark. El cilindro emitió un pitido que significaba que ya había terminado de analizar la muestra—. Veamos si encontramos nuestra fuente. —A la computadora que estaba al lado del cilindro comenzaron a llegarle los datos que se extrajeron de la muestra.

—Dime que lo encontramos —dijo Olivert esperando una respuesta afirmativa del forense. Mark analizaba los resultados pero cuando terminó su rostro tomó una expresión seria.

—No se encontró ninguna similitud con las otras muestras —Ahora su expresión cambió a una de completa preocupación—. Pero…

—¿Qué sucede? —le preguntó Olivert alarmado por su expresión.

—Diez… veinte… —Mark contaba en voz baja siguiendo una larga lista de nombres que apareció en la pantalla—. Este compuesto contiene al menos treinta tipos distintos de drogas, una sola dosis podría matar a una persona en apenas unos días. —Olivert y Jenny se impresionaron con los resultados.

—Informa de esto a Robert, nosotros saldremos inmediatamente —dijo Olivert saliendo de prisa de la sala, seguido por Jenny.

El depósito de armas de la agencia estaba provisto de todo tipo de armamento y municiones, incluyendo varios tipos de explosivos, chalecos antibalas y trajes blindados. Olivert sabía que no había que tomar a la ligera a los traficantes de drogas, con todos los negocios que hacían debían de tener un buen proveedor de armas. Tomaron del depósito todo lo que creyeron necesario: chalecos antibalas, municiones y algunas pistolas extra.

—¿Pediremos refuerzos? —preguntó Jenny mientras cargaba su arma—. Seguro que son muchos más que nosotros dos. —Olivert no se esperaba esa pregunta. Él siempre trabajaba solo y tampoco estaba acostumbrado a pedir apoyo.

—Creo que con nosotros dos será más que suficiente —respondió Olivert—. Una cosa es portar un arma y otra muy diferente es saber usarla, y ellos solo las usan para intimidar.

—¿Alguna vez has tenido miedo en tu trabajo? —Le extrañó aún más que de repente hiciera ese tipo de pregunta. Olivert la miró a los ojos.

—Siempre tengo miedo, pero no por eso permitiré que me maten tan fácilmente —dijo en un tono serio.

—Es bueno saber eso. Ya estoy lista, te esperaré en la entrada.

Las palabras de Jenny se quedaron rondando en su mente, se preguntaba a qué venía esa conversación. Decidió no darle mucha importancia al asunto, por el momento, y concentrarse en su siguiente movimiento. Quizás ese traficante no tuviese nada que ver con los suicidios, pero de todas formas era una plaga que debía ser eliminada. Ya preparado salió del depósito al encuentro de Jenny.

Hicieron el mismo camino para volver a ese barrio, pero esta vez tenían mucha prisa. Olivert adelantaba a todos los autos en su camino y traspasaba el límite de velocidad. Su Mustang era mucho más efectivo en cuestiones de velocidad que los autos comunes de la policía. En solo diez minutos ya habían llegado al lugar donde habían comprado la droga, pero los vendedores ahora no estaban. En esa misma calle ya no había nadie.

—¿En dónde estarán? —se preguntó Jenny buscándolos con la vista.

—No deben de estar muy lejos, siempre permanecen en una misma área, solo cambian un poco de lugar —dijo Olivert. Siguieron buscándolos por otras calles hasta que llegaron a un área más residencial. En la zona no veían a nadie.

De una de las casas vieron salir a un grupo de seis sujetos que reían sin parar, entre ellos identificaron a los dos vendedores. Todos actuaban de manera extraña, se tambaleaban e incluso algunos se caían al suelo para después levantarse de nuevo.

—Rápido —dijo Olivert deteniendo el auto de golpe, ambos salieron a toda prisa pasando la calle al encuentro de los sujetos—. ¡Alto ahí, al suelo y las manos sobre la cabeza! —les gritó.

A pesar de que los sujetos se mostraron sorprendidos, no parecían muy preocupados. Estaban siendo apuntados con armas y seguían riendo sin parar.

—Oye… yo te recuerdo… —balbuceó uno de ellos. Era uno de los que le había vendido la droga— Eres el tipo a quien le vendí esta mañana… —Estaba riéndose—. ¿Te gusto la mercancía?, tengo más ahí dentro si quieres.

—Escucha, dinos dónde está Frank. —Jenny les amenazó con su arma.

—¿Frank? —preguntó otro de los vendedores—. Él es un gran jefe… quiso recompensarnos por nuestro gran trabajo… dijo que podíamos tomar todo lo que quisiéramos de esta cosa… —De uno de sus bolsillos sacó una de las mismas bolsas negras que le vendió a Olivert.

—Parece que Frank no quiere dejar ningún testigo —dijo Olivert viendo el estado en el que estaban. Ellos no debían de estar al tanto de cuán letal podía ser esa droga. Olivert tomó su teléfono y marcó un número—. Necesito que llamen a emergencias, tengo a varios sujetos con sobredosis y necesitan atención inmediata. —Mientras vio cómo Jenny colocaba su arma en la frente de uno de los sujetos.

—¡Dime dónde está! ¡Ahora! —le ordenó. Jenny tenía poca paciencia y mucho menos con estos tipos.

—Tranquila preciosa… —dijo riéndose—. Seguro que está en su vieja bodega… al final de la calle… — Señaló la dirección y siguió riendo—. Cuando lo vean… salúdenlo de mi parte…

—¿Podemos confiar en lo que dice? —le preguntó a Olivert, sin despegar la mirada del sujeto.

—En ese estado no creo que sea capaz de mentir. ¡Vamos! —Corrieron rápidamente hacia el auto y fueron en la dirección señalada.

Salieron de la zona residencial y llegaron a un área más deshabitada, con solo unas pocas casas abandonadas y una carretera agrietada. A ambos lados del camino se veían contenedores, todos abiertos y vacíos. Al fondo encontraron un viejo almacén de madera; ese debía de ser el lugar que les habían indicado.

—Vayamos a pie, así somos muy visibles —dijo Olivert apartando el auto del camino. Lo estacionó detrás de uno de los contenedores.

Se dirigieron con cuidado hasta el almacén usando los contenedores para ocultarse. En el aire se percibía un fuerte olor a productos químicos. No se veía a nadie en los alrededores y las puertas del almacén estaban cerradas. De repente estas se abrieron y del interior salieron dos hombres, cada uno con una escopeta del calibre veinte, que tomaron posición a los lados de las enormes puertas de metal.

—No creo que nos dejen entrar si lo pedimos amablemente —dijo Olivert. Estaban escondidos detrás de un contenedor a unos diez metros del almacén.

—Yo me encargo —dijo Jenny saliendo del escondite. Inmediatamente fue vista por los hombres, pero antes de que tuvieran la oportunidad de apuntarla cada uno recibió un disparo en el centro del pecho, ambos cayeron al suelo soltando las armas—. No te quedes ahí parado ¡Andando! —Jenny corrió hacia las puertas del almacén.

—¡Espera! —gritó Olivert corriendo detrás de ella. En ese momento las puertas volvieron a abrirse, salieron tres hombres más haciendo que Jenny se frenara de golpe. Una vez más, antes de que cualquiera de ellos tuviera la ocasión de apuntarle, cada uno recibió un disparo en el pecho. Después ingresó al almacén—. Hará que la maten —se dijo Olivert mientras la seguía.

En el interior el olor a químicos era aún más fuerte y estaba lleno de contendores vacíos. Era un espacio muy grande y no veía a Jenny por ningún lado. Escuchó disparos de escopeta y pistola, corrió hacia el fondo del almacén suponiendo que hacía allí se dirigía Jenny.

—¿Dónde estás? —dijo en voz baja, mientras la buscaba con la vista. De la nada aparecieron dos sujetos que le dispararon. Olivert logró cubrirse a tiempo detrás de uno de los contenedores, pero las balas lo atravesaban por lo que decidió enfrentarlos. Salió por el otro lado disparándole a cada uno, también en el pecho—. Dos —murmuró. Con la orden que había dado el consejero del alcalde, ahora debían tratar de preservar la vida de los criminales, de modo que Olivert tuvo que cambiar su hábito y apuntar también al pecho.

Mientras avanzaba dentro del almacén notó que cada vez los disparos eran menos constantes, incluso ya había dejado de escuchar el sonido de la pistola de Jenny. No pudo evitar preocuparse. Se encontró con algunos hombres más, pero no fue difícil deshacerse de ellos. Siguió avanzado y vio en el suelo los cuerpos de otros criminales retorcidos de dolor, Jenny no parecía tener ningún problema. En un momento dejó de escuchar disparos, su pulso se aceleró y apresuró el paso, en poco tiempo logró llegar al fondo del almacén. Revisaba todo el lugar sin dejar de apuntar con su arma. Era una zona abierta con bolsas negras por todas partes, de todas se desprendía un olor extraño. Llegó hasta un pequeño depósito; la puerta estaba abierta así que se acercó con cuidado.

No vio a nadie, lo que era extraño ya que podría decirse que ahí mismo era donde preparaban las bolsas con la droga. Desde fuera parecía un laboratorio, lleno de tubos de ensayo con sustancias de colores oscuros y olores extraños. Cuando estaba junto a la puerta escuchó que alguien murmuraba, sin esperar más entró con el arma en alto, preparado para dispararle a quien fuera. Lo que encontró en el interior de la habitación le sorprendió, Jenny apuntaba a la cabeza de un hombre que estaba tirado en el suelo. El hombre estaba muy asustado, su mano derecha sangraba debido a una herida de bala, a su lado había una pistola cubierta de sangre.

—Tardaste mucho —le dijo ella. Olivert estaba impresionado, Jenny había logrado pasar sobre todos aquellos hombres y, además, con un solo disparo había desarmado a quien creían que era Frank—. Hay muchos criminales heridos, llama a emergencias para que se hagan cargo de ellos —dijo guardando su arma. Salió del depósito y el hombre se quedó en el suelo temblando. Olivert aún no sabía qué pensar de todo eso, prácticamente se había hecho cargo de todo ella sola.

Pasados diez minutos llegaron varias ambulancias y patrullas, también estaba el jefe Robert. El equipo de forenses estaba llevándose todas las evidencias de la producción y venta de drogas. Jenny esperaba dentro del auto de Olivert mientras él hablaba con Robert.

—Ya te lo había dicho, ella también sabe hacer muy bien su trabajo —le dijo Robert mientras supervisaba la recolección de evidencias.

—Eso lo noté muy bien, pero ¿qué clase de entrenamiento ha recibido? —preguntó Olivert. Desde donde estaban podía ver a Jenny en el auto, como siempre ella solo miraba por la ventanilla hacia la nada—. Se arriesgó demasiado al entrar al almacén como si nada, pudieron haberla matado por su imprudencia.

—¿Has oído hablar de las calles de Nueva York? —preguntó Robert—. Son lugares muy peligrosos para quienes no conocen su historia. Allí hay quienes aprenden a hacer lo que sea para sobrevivir en las calles y Jenny no es la excepción —dijo en un tono serio—. Trata de entenderla un poco, ha tenido una vida muy difícil —le explicó. En poco tiempo ya habían limpiado todo el lugar y recogido todas las evidencias. Empezaron a hacer un seguimiento de todos los clientes, querían averiguar qué tan extensa era la red de compradores y, a ser posible, encontrar algo en relación con la droga que estaban investigando.

Durante el regreso a la ciudad Olivert quería hacerle varias preguntas a Jenny, pero no encontraba la manera de iniciar la conversación. Su forma de actuar en ese tipo de situación le había impresionado, pero le preocupaba el hecho de que se arriesgase demasiado. Suspiraba de frustración al no saber qué hacer.

—Si quieres decir algo, dilo de una vez —dijo ella sorprendiéndolo nuevamente.

—Solo quería saber si estabas bien, me preocupé un poco cuando entraste así al almacén.

—Sé muy bien lo que hago, no es la primera vez que estoy en un enfrentamiento —dijo ella con un tono seco.

—Y debo admitirlo, tienes un buen dominio de las armas, en verdad me impresionaste.

—Gracias, pero solo trato de hacer bien mi trabajo —dijo Jenny sin mirarle, se recostó un poco en el asiento, parecía cansada. Olivert no quiso insistir en el tema, aunque aún seguía preocupado.

Ella le había comentado que quería descansar un poco, así que se ofreció para llevarla a su casa. Ya faltaban pocas horas para que empezara a anochecer y no suponía ningún problema que ella se fuera temprano a casa, además tenía pensado volver a la agencia para ver si habían averiguado algo nuevo sobre la droga. Se sentía decepcionado por el hecho de que los traficantes no tuvieran ninguna relación con el caso de los suicidios.

—Atención a todas las unidades, tenemos una situación de emergencia. Nos han informado que un grupo armado ingresó al Banco de América del distrito Universitario. Hay muertos y algunos heridos. Todas las unidades disponibles acudan al lugar inmediatamente

—dijeron por el intercomunicador. Por un momento Olivert consideró si debía ir, ya casi estaban llegando a la casa de Jenny.

—Ya escuchaste, vamos rápido —le dijo a Olivert, que se extrañó del repentino cambio de actitud. Hacía solo unos minutos Jenny había dicho que quería descansar.

—Recién resolvimos un caso, tómatelo con más calma. Ya habrá otros oficiales en camino, además, ya casi llegamos a tu casa —dijo él.

—No hay tiempo para eso, solo conduce. —Casi sonó como si fuera una orden. Al principio quería intentar convencerla, pero algo le decía que ella no le escucharía. Sin más opción tomó una calle a su izquierda en dirección al Banco de América, les tomaría unos cinco minutos llegar hasta allí.

El Banco de América es uno de los más importantes de los Estados Unidos, además de una de las empresas más grandes del mundo. Ese día había sido el blanco de un grupo de ladrones bien armados. Fuera del banco ya había algunas patrullas. Entre los oficiales se encontraba Barry, que estaba patrullando con su compañero cerca del área y fueron unos de los primeros en llegar. Se dirigieron hacia la entrada principal posicionándose a ambos lados de la puerta, otros dos policías los acompañaban.

—¿Listo? —le preguntó Barry a su compañero.

—Listo —respondió él. Mike era un policía un poco más novato que Barry, de cabello negro no muy largo. Llevaban ya un año patrullando juntos y se compenetraban a la perfección. Los demás policías que estaban con ellos también estaban listos.

Al lado de la entrada principal se ubicaba el acceso al estacionamiento subterráneo que llevaba al otro extremo del banco. Otros dos equipos de oficiales ingresarían por allí. Todos mantenían sus posiciones esperando las señales del otro equipo. Ninguno conocía el número de delincuentes ni el armamento del que disponían.

—Todos listos. Entremos. —Barry dio la orden por el intercomunicador.

Ingresaron a la vez por las dos entradas. El banco no era muy grande y el único lugar en donde podrían estar los delincuentes era en la bóveda. Se movilizaron rápidamente por los pasillos y se desplegaron. Barry fue el primero en toparse con uno de los criminales, que llevaba una camiseta negra con pantalones militares y portaba una ametralladora AK103. Todos los delincuentes vestían de la misma manera y usaban el mismo tipo de armas. En el momento en que vio a Barry comenzó a dispararle, pero este logró ponerse a cubierto y responder a sus disparos. Hubo enfrentamientos en distintos lugares del banco. Cuando Barry se percató de que habían formado una especie de perímetro, protegiendo el pasillo que llevaba a la parte trasera del banco, retrocedió como pudo, pero no pudo evitar quedar acorralado y ya casi no le quedaban municiones.

—¡Retrocedan todos, reagrúpense fuera del edificio! —dijo por su radio. Todos los oficiales comenzaron a retroceder.

—¡Barry, corre! —le gritó Mike. Ambos corrieron hacia la puerta principal, pero mientras lo hacían dos balas alcanzaron a Mike por la espalda derribándolo. Barry retrocedió para ayudarlo—. ¡No vengas! —gritó entre gemidos. Barry se detuvo en seco. Uno de los hombres vio como Mike intentaba levantarse y no dudó en dispararle un par de veces más acabando con su vida.

Barry fue testigo de toda la escena, vio cómo su compañero era asesinado. Lleno de ira levantó su arma y comenzó a disparar. El sujeto respondió con más disparos mientras se cubría detrás de una columna. Barry sin pensarlo avanzó saltando sobre unas mesas y llegó hasta él tumbándole de una patada. Antes de que el sujeto pudiera levantarse recibió múltiples balas en el cuerpo. Barry se acercó al cuerpo de su compañero y cayó de rodillas junto a él.

—Mike… —Se sentó en el suelo detrás de una columna, a lo lejos seguía escuchando las ametralladoras.

—Barry —escuchó que alguien le llamaba, eran Olivert y Jenny.

—Lo siento —dijeron al reconocer al compañero caído.

—Parece como si solo estuvieran jugando —dijo Barry irritado.

—Mejor sal fuera, nosotros nos encargaremos. —Olivert pensó que estaba demasiado fuera de sí, no sería bueno para nadie que él siguiera allí dentro.

—¡No! Iré con ustedes —dijo Barry levantándose.

—No puedo dejar que lo hagas en este estado. —Olivert le detuvo.

—¡Mataron a Mike! —gritó con el rostro desencajado.

—Y tú solo estás buscando que te maten a ti también. Te estoy salvando la vida —El tono de Olivert era muy serio, si había algo que a él le molestaba de verdad era una persona consumida por la ira—. Ve afuera y espera los refuerzos, es una orden. —Sin más opción Barry le obedeció. Olivert y Jenny continuaron avanzando.

Iban encontrándose con más delincuentes y Jenny, con una puntería casi perfecta, logró desarmarlos incluso a varios metros de distancia. Olivert, sin embargo, apuntaba a las piernas y los brazos, su objetivo era inmovilizarlos. Sintió que entre ellos había una especie de sincronización, de alguna manera logró adaptarse al ritmo de Jenny. Pensó que quizás tendría algo que ver con el caso anterior. Olivert aún estaba un poco preocupado por ella.

—Dieciséis —murmuró. Retiró el cargador vacío de su pistola y lo reemplazó en un instante por uno nuevo que sacó de sus bolsillos. Esta fue la primera vez que Jenny notó ese extraño hábito en él. Le escuchó contar en voz baja todas las balas que usó del primero cartucho y lo mismo con las del segundo.

—¿Por qué las cuentas? —preguntó mientras también recargaba su arma. Olivert se sintió avergonzado, él sabía que incluso en ocasiones lo hacía de manera inconsciente.

—Solo es un mal hábito, me ayuda a concentrarme —admitió él.

En la parte más profunda del edificio se encontraba la bóveda. Estaba protegida por una gran puerta de acero y rejas, frente a ella estaban el resto de los criminales, en total eran cuatro. Junto a ellos también había varios rehenes, empleados del banco y civiles. Dos sujetos intentaban abrir la puerta de la bóveda, pero parecía que eso les llevaría tiempo.

—¡Deprisa!, seguramente pidieron refuerzos y no quiero seguir aquí cuando todos esos policías lleguen —dijo uno de ellos, parecía ser quien daba las órdenes. Era el único que usaba una boina militar roja que tenía bordada la cabeza de un águila.

—Ya falta muy poco —dijo otro de los que estaban intentando abrir la puerta de la bóveda. Para forzarla estaban usando diferentes tipos de herramientas.

—¡Quietos! —Olivert y Jenny llegaron con sus armas en alto. Uno de la izquierda les apuntó con su ametralladora, pero Jenny actuó más rápido disparándole en una de las manos, lo que hizo que la soltara gritando del dolor.

—Interesante, no parecen ser unos simples policías —dijo el de la boina—. Permítanme que les felicite por haber llegado tan lejos, no pensé que lograrían pasar tan rápido a través de mis hombres. —Aplaudió un par de veces. Los dos que estaban forzando la puerta se detuvieron y se acercaron a él.

—¡No se muevan! —les ordenó Jenny.

—¡Suelten las armas! —dijo Olivert.

—Está bien, no hace falta ponernos violentos. Nos rendimos. —Los tres soltaron sus armas y levantaron los brazos.

—No intenten nada —dijo Olivert. Jenny y él se acercaron a ellos cautelosamente para evitar cualquier ataque sorpresivo.

—Antes de nada, déjame preguntarte algo, ¿de verdad crees que puedes detener esto? —le preguntó el sujeto mientras sonreía.

—Solo sé que tu plan ha fracasado —dijo Olivert a un metro de él. Ya casi podía olerle el aliento.

—Respuesta incorrecta —dijo con sorna. Cada uno de ellos sacó del bolsillo un cuchillo que se colocaron en el cuello, incluso el que había recibido el disparo en la mano, a pesar del dolor. Olivert corrió hacia él y logró tumbarlo antes de que pudiera hacer cualquier movimiento. Jenny también fue lo suficientemente rápida como para disparar a los otros dos en los brazos haciendo que soltaran los cuchillos. Aun en el suelo aquel sujeto seguía riendo mientras Olivert lo apuntaba—. Demasiado tarde, ya está decidido—. El sujeto de la boina movió la boca y Olivert pudo ver que dentro tenía una especie de pastilla. La mordió y repentinamente su cuerpo comenzó a temblar. De la boca salió una espuma blanca y en cuestión de segundos su cuerpo dejó de moverse. Había muerto.

—¡No puede ser! —dijo Olivert incrédulo. Los demás también habían hecho lo mismo. Todos muertos por esa pastilla que al parecer llevaban escondida dentro de la boca. En ese momento apareció Barry y empalideció mirando los cuerpos en el suelo.

—¡Vengan a ver esto! —dijo indicándoles el exterior de la sala.

Temieron saber a qué se refería. Salieron corriendo de la bóveda y allí unos policías habían logrado inmovilizar a algunos criminales, pero todos habían hecho lo mismo. Una espuma blanca salía de sus bocas, ya no tenían pulso.

—No de nuevo… —Olivert suspiró desesperado.

Al poco tiempo los forenses llegaron para retirar los cuerpos. Los policías ayudaban a los rehenes, aún aterrados por lo vivido, y los guiaban hacia las ambulancias, donde había algunos psicólogos especializados en estos casos. Olivert observaba la escena recostado en su auto, Jenny estaba sentada dentro.

—¿Qué opinas de todo esto? —le preguntó a ella.

—Fuimos descuidados —respondió con indiferencia—. Tenemos a veinte sospechosos muertos y ninguna pista sobre la droga, tenían todo muy bien planeado, en caso de que quedaran desarmados usarían ese veneno —A lo lejos vio como Barry ayudaba a transportar los cuerpos de los oficiales caídos, tres muertos y otros dos heridos. Barry había tenido mucha suerte, pero por desgracia Mike no. Olivert no le conocía muy bien, pero sí sabía que era un gran amigo de Barry—. Debo ir a la agencia, necesito saber qué más han averiguado. —Rodeó el auto y subió en él.

—Voy contigo —le dijo Jenny. Olivert recordó que antes del suceso ella quería ir a su casa a descansar, pero supuso que habría cambiado de opinión después de lo que había pasado. Sin decir nada aceleró.

Llegaron casi al mismo tiempo que los forenses, los acompañaron hasta la sala de análisis para saber qué podían averiguar sobre ese veneno que usaron los perpetradores. Estuvieron de pie esperando mientras Mark y su equipo analizaban todas las muestras. Casi una hora después Mark se acercó a ellos.

—Esto es realmente interesante —dijo, se veía cansado—. Hicimos las pruebas de ADN, pero se podría decir que ninguno de ellos existe. En la base de datos no hay nombres, ni antecedentes, nada —explicó.

—¿Qué hay del veneno que usaron? —preguntó Jenny.

—Ácido sulfúrico, sumamente mortal, todos sus órganos internos quedaron destrozados —respondió, aunque ese no había sido el hallazgo más importante—. También encontramos restos de la misma droga que hemos estado investigando, pero a estas alturas dudo mucho que nos sea de alguna utilidad. —Soltó un largo suspiro.

—Seguimos igual que al principio, no tenemos nada —dijo Olivert.

—¿Qué me dice de ese símbolo? —dijo Jenny, señalando la boina que llevaba puesta el líder—. ¿Significa algo?

—Ya lo hemos enviado a inteligencia para que lo investiguen, tendremos que esperar para saber si descubren algo. —Mark regresó con su equipo para seguir analizando las muestras. Olivert se pasó las manos por el rostro.

—Tengo que hablar con Robert —dijo Olivert saliendo de la sala, Jenny lo siguió—. No es necesario que vengas conmigo —le dijo bruscamente. No era su intención hablarle así, pero en ese momento se sentía muy estresado.

—Este asunto también me concierne a mí —le dijo ella.

—Como quieras —dijo sin ánimos de discutir. Llegaron a la oficina de Robert, pero Sonia no quería dejarles entrar ya que Robert estaba muy ocupado. Olivert insistió en que se trataba de algo muy importante y al final les dejó pasar.

Parecía que cada vez que Olivert acudía a la oficina del Jefe, la cantidad de documentos sobre su escritorio aumentaba. Había docenas de carpetas apiladas no solo sobre el escritorio, sino también en el suelo.

—Espero que sea importante, como ven ahora mismo estoy muy ocupado. —Robert también tenía una expresión de cansancio.

—Los ataques se están haciendo más frecuentes —dijo Olivert—, y también más organizados. Los sujetos que entraron hoy en el banco ya habían tomado medidas, todos terminaron envenenándose.

—No sería el primero de hoy —dijo Robert, la noticia no parecía haberlo impresionado.

—¿Cómo? —preguntó Olivert—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Hace poco recibí una llamada del consejero Álvarez. Todas las demás agencias de la ciudad reportaron el mismo suceso, casos de robos y envenenamiento, además de que en todos se encontraron restos de la misma droga —. Les entregó una carpeta, Olivert la tomó, era un registro de las comunicaciones entre policías. En total habían sido diez ataques similares, todos con el mismo resultado.

—Esta situación se nos está descontrolando —comentó Jenny.

—Sí, cada vez son más organizados, lo único que debemos hacer es serlo más que ellos —dijo Robert—. ¿Y el análisis de la droga?

—Aún no saben nada al respecto —dijo Olivert—, siguen investigándola.

—No podremos saber más hasta que atrapemos a uno de ellos, así que asegúrense de tener éxito la próxima vez. Es todo lo que puedo decirles por ahora —Tomó otra de las carpetas y comenzó a leer su contenido—. Ya pueden irse.

Sin decir nada ambos se fueron. Olivert se dirigió a su oficina, mientras que Jenny fue al laboratorio a esperar si encontraban algo relevante.

—¿Qué planean? —se preguntó Olivert en voz baja. Aún no lograba entender qué era lo que buscaban con toda esa red de suicidios, no le encontraba ningún sentido.

## Capítulo 4: La trampa

Patrick Álvarez ya había finalizado su horario de trabajo ese día, el sol se estaba ocultando cuando se dirigió al estacionamiento de la alcaldía. En el edificio solo quedaban él, su compañero de trabajo David y algunos guardias de seguridad. Había sido otro día agotador con todos esos casos que debía coordinar, así que el trayecto hasta su auto fue el único momento de descanso que pudo tener en todo el día.

—Tanto trabajo, no puedo creer que seamos los últimos en irnos —dijo Patrick. Durante todo el día había recibido informes, que debía remitir al alcalde, y planeado reuniones con los jefes de policía. A la salida de las oficinas se encontró con David, que trabajaba en la sección de administración y también había estado muy ocupado ese día.

—Mira el lado positivo, nos pagarán horas extras —comentó David riendo. Tenía la misma edad que Patrick, el cabello negro engominado y vestía un traje de color gris claro.

—Creo que sería lo único positivo de este día. Ahora solo quiero dormir un poco. —Pasaron por la puerta de seguridad despidiéndose del guardia. En el estacionamiento sus autos eran los únicos que quedaban.

Después de despedirse cada uno subió a su auto. Patrick conducía un Audi 2015 A7 de color plateado, siempre lo consideró un auto con mucho estilo y que alguien con su sueldo podía costearse sin muchos problemas. Salieron del estacionamiento tomando distintas direcciones. Patrick vivía más al norte de la ciudad pero no muy lejos. Lo bueno de salir tarde del trabajo era que a esas horas ya casi no había autos por las calles, por lo que se alegró al pensar que en pocos minutos llegaría a su casa.

Se detuvo en la luz roja de un semáforo. A su lado una furgoneta negra también esperaba el cambio de luz. Patrick no se había dado cuenta de que venía detrás de él. Cuando la luz del semáforo cambió, Patrick avanzó pero la furgoneta no se movió. Repentinamente otra furgoneta negra se cruzó en su camino bloqueándole el paso. Patrick sorprendido frenó de golpe. La que esperaba en el semáforo avanzó y se detuvo exactamente detrás de él, ya no tenía escapatoria. De cada furgoneta bajaron cuatro hombres que rodearon su auto, todos vestían uniforme de color negro, llevaban máscaras del mismo color y portaban escopetas del calibre veinte semiautomáticas.

—¡Sal del auto! —le ordenó uno de ellos apuntándolo. Patrick estaba completamente en shock. Abrió la puerta y salió despacio con las manos levantadas. Le temblaban las piernas. Los sujetos le cubrieron la cabeza con un saco negro y lo metieron en una de las furgonetas, mientras que otro se subió al Audi. Los tres vehículos arrancaron y desaparecieron de allí.

A primera hora del día siguiente, todas las agencias de la ciudad habían sido informadas de lo sucedido la noche anterior. En una de las cámaras de seguridad del cruce de semáforos, se logró ver el momento exacto en que el consejero Patrick fue secuestrado y cómo las furgonetas habían tomado dirección este. Por el momento solo tenían la dirección donde se había realizado el secuestro, pero no contaban con ninguna información útil para hacer un seguimiento, pues ninguno de los dos vehículos tenía placa. Oficiales de varias agencias estuvieron patrullando durante toda la mañana por los alrededores, sin encontrar señal alguna. El alcalde fue uno de los que más se concentró en la búsqueda ya que Patrick, aparte de ser un valioso compañero de trabajo, era un gran amigo.

Los dos detectives estaban en la agencia revisando una y otra vez las grabaciones que captaron el secuestro, en busca de algún detalle que pudiera llevarles hasta ellos, pero no lograban encontrar algo que fuera de utilidad. Conversaron con varios oficiales buscando información, pero nadie sabía nada más al respecto.

—No tenemos nombres, placas, puntos de referencia, nada… —dijo Olivert—. Prácticamente desaparecieron sin dejar rastro. —Él y Jenny se encontraban cerca del área de

oficinas y podían ver a todos los oficiales de la agencia ir y venir. La noticia parecía haber sacudido a la ciudad entera.

—Ni siquiera sabemos si aún sigue dentro de la ciudad, podría estar en cualquier parte —comentó Jenny.

—Olivert —Alguien le llamaba, era Mark el director de Investigación Forense—. Me alegra encontrarles, necesito que me acompañen al laboratorio, encontramos algo que seguro querrán saber —les dijo. Apenas se movieron advirtieron que todo el personal de la agencia se estaba reuniendo cerca de ellos, parecían haber visto algo que les sorprendió. Se acercaron para averiguar de qué se trataba.

Los oficiales estaban frente a un gran televisor, en el que normalmente se transmitían las noticias para estar siempre al tanto de todo lo que pasaba en la ciudad, pero esta vez era algo diferente. Olivert sintió que su sangre se helaba. En la pantalla aparecía la imagen del consejero del alcalde. Estaba en una habitación apenas iluminada, esposado a una silla, amordazado y con varias marcas de golpes. Se sacudía violentamente en vano tratando de liberarse. Después de casi un minuto, la transmisión se detuvo y la pantalla del televisor quedó completamente en negro. Todos hicieron silencio.

—¡Atención a todos! —gritó alguien. Todos voltearon a ver, era Robert—. Necesito que rastreen el origen de esa transmisión lo antes posible. Una vez hecho eso, quiero que todos los oficiales posibles acudan al lugar inmediatamente. ¡Muévanse! —Todos obedecieron y regresaron a sus respectivos trabajos.

—¿Qué piensas sobre esto? —le preguntó Jenny a Olivert.

—Muchas cosas —contestó con ironía—. Vayamos a ver si logran rastrear la transmisión. —Jenny y Olivert se dirigieron al Departamento de Inteligencia. Allí se realizaban tareas de decodificación, espionaje, rastreo y hackeo. En el lugar, además de los detectives, había varios oficiales más, todos esperando impacientes a que lograran encontrar la ubicación de Patrick.

En las pantallas, el equipo estaba reproduciendo el mismo video en el que Patrick aparecía golpeado. Lo primero que trataban de hacer era reconocer el lugar, aunque lamentablemente la penumbra de la habitación en la que se grabó les impedía obtener cualquier información adicional. Otros trataban de descubrir desde dónde había sido enviado el video, ya que si habían podido interferir la emisión del canal de noticias, es porque estarían usando un equipo especial. Tras varios intentos, lograron encontrar la ubicación exacta desde la cual se trasmitió el video, un complejo de apartamentos al este de la ciudad, cerca del Parque Madison y el lago Washington.

—Lo encontramos —dijo uno de los miembros del equipo de Inteligencia.

—Informen de esto a los equipos de asalto y a todos los agentes disponibles —ordenó otro miembro del equipo. Las líneas de comunicaciones de la agencia se encargarían de difundir el mensaje a otras agencias.

—Nosotros también vamos —dijo Olivert, saliendo deprisa de la sala.

Casi todos los oficiales de la agencia estaban de camino al lugar con la esperanza de poder llegar a tiempo, aunque estaba un poco apartado. Los primeros en llegar fueron los equipos de asalto, en dos camiones negros que llevaban a treinta agentes. Los edificios de la zona parecían estar abandonados, todos en mal estado y algunos por derrumbarse. En total eran seis edificios de apartamentos, de seis pisos cada uno y veinte departamentos en cada piso.

—Aquí Carson, hemos llegado al lugar. ¿Ya han localizado la fuente de la trasmisión? —preguntó el líder del equipo de asalto por el intercomunicador.

—Estamos teniendo interferencias en la señal, deben de tener algún equipo que la distorsiona, pero podemos asegurar que se encuentran en uno de esos edificios —respondieron desde Inteligencia.

—Entendido, revisaremos todo el perímetro. Manténganos informados. —Los agentes se dispersaron por la zona, ingresando primero en aquellos edificios que se veían más estables. Los agentes avanzaban con cautela por cada piso, ya que estaban en territorio enemigo y en cualquier momento podían ser emboscados.

Seguían llegando más oficiales, unos entraban para colaborar en la revisión de los apartamentos y otros permanecían a la espera por si se requería ayuda. Jenny y Olivert también llegaron a la zona y aparcaron el Mustang.

—Esto es extraño —dijo Olivert mientras bajaba del auto y observaba los edificios.

—¿A qué te refieres? —Jenny salió del auto y se quedó mirando a Olivert, que estaba de espaldas.

—¿Cuántas llamadas de emergencia hemos recibido hoy?

—Ninguna que yo recuerde —dijo ella haciendo memoria—. ¿Por qué lo preguntas?

—En los últimos días se han registrado alrededor de diez ataques por día en toda la ciudad —le explicaba Olivert mientras veía cómo la gran mayoría de los oficiales de la agencia estaban en el lugar, incluso oficiales de otras agencias de la ciudad—. Pero hoy estamos todos ocupados en este único caso. —Jenny pareció entender a qué se refería.

—¿Crees que también han planeado esto? —Jenny seguía mirándole. Olivert se giró hacia ella.

—Considerando lo que he visto en los últimos dos días, no me sorprendería —dijo él preocupado.

En uno de los edificios, el equipo de Carson había llegado al último piso y revisaban cada departamento. Desde el pasillo notaron que uno de ellos tenía una puerta distinta, hecha de acero y en perfectas condiciones.

—Aquí Carson, parece que hemos encontrado el lugar, entraremos para confirmarlo. —Dos agentes de su equipo, sopletes en mano, comenzaron a cortar las bisagras y la cerradura de la pesada puerta.

Tras unos minutos finalmente consiguieron entrar en el departamento, apuntando con sus armas en todas direcciones. El lugar era espacioso y estaba poco iluminado, las paredes estaban agrietadas y había manchas de humedad por todos lados. Revisaron las habitaciones, que estaban en muy malas condiciones, hasta que se toparon con otra puerta de acero. A diferencia de la primera, esta estaba entreabierta. Carson la empujó con el cañón de su arma para asegurarse de que no hubiera ninguna trampa. Se sorprendieron al ver el interior, era totalmente diferente al resto del apartamento. Las paredes eran de color gris y el suelo de cerámica blanca, había varias pantallas apagadas y equipos de comunicación. Parecía una estación de radio. En el centro de la habitación había alguien sentado en una silla, con la cabeza agachada y cubierta por un saco negro, frente a él había una cámara. Era la misma escena que habían visto en las noticias, lo verdaderamente preocupante era que la persona que estaba allí, no se movía. Se acercaron con cuidado rodeando al cuerpo y Carson retiró el saco que le cubría la cabeza. Tan solo era un maniquí.

—No puede ser —dijo Carson. Repentinamente todos los televisores de la sala se encendieron y los oficiales se pusieron en guardia. Al principio solo se veían interferencias en las pantallas, pero después apareció la imagen de un hombre con máscara negra, acompañado por otros dos enmascarados. El lugar en el que estaba oscuro.

—¿De verdad creían que les sería tan fácil? —El que hablaba era el hombre del centro, su voz era áspera y enérgica —. Esto es un mensaje para sus jefes, no deben subestimarnos —Todo lo que se veía en las pantallas se transmitía al Departamento de Inteligencia, a través de las cámaras en los cascos de los oficiales—. Tómense esto como un recordatorio, para que no lo olviden. —Elevó su manó derecha dejando ver un detonador inalámbrico de forma cilíndrica. A los pocos segundos lo presionó.

Los tres hombres se hicieron a un lado. Detrás de ellos estaba Patrick esposado y golpeado. Aquel era el verdadero lugar de origen de la transmisión, donde se encontraban los agentes era solo un montaje. La imagen cambió a negro y apareció un contador que marcaba treinta segundos e inició la cuenta regresiva. Al mismo tiempo, en la sala donde se encontraban los agentes, comenzaron a parpadear varias luces rojas en el techo y a sonar el tono de un contador. Los agentes cayeron en la cuenta de lo que eso significaba.

—¡Salgan de aquí! ¡Rápido! —gritó Carson.

Todos corrieron deprisa hacia la puerta, alcanzaron el pasillo y se dirigieron a las escaleras, los treinta segundos ya casi habían terminado. Desde abajo, donde estaban los detectives, vieron cómo los agentes corrían a toda prisa. El contador llegó a cero. La habitación gris fue la primera en explotar, luego lo hizo el departamento entero, seguido por el resto de departamentos del sexto piso. Por todo el edificio se desató una cadena de explosiones. Todos los presentes en la zona retrocedieron ante los escombros que caían. El equipo de Carson no tuvo tiempo de escapar y fueron consumidos por las explosiones. Los criminales debían de haber colocado sustancias combustibles o deflagrantes en distintos puntos del edificio, pues en la última explosión todo el edificio se derrumbó en un mar de llamas. En los demás edificios también se escucharon los contadores. Con la misma intensidad que las anteriores, las explosiones inundaron toda el área, con ellas se fueron el resto de los edificios y los agentes que seguían en su interior. Los oficiales que se encontraban en los alrededores se alejaron lo más que pudieron, pero muchos fueron alcanzados por los escombros en llamas.

Una vez que terminaron las explosiones, toda la zona quedó cubierta de humo. Los restos de los edificios aún estaban en llamas al igual que los alrededores. Olivert apenas había logrado escapar, estaba tirado en el suelo, con la ropa quemada. Sus brazos y piernas habían sufrido varias quemaduras al igual que su espalda. Como consecuencia de un acto reflejo tenía abrazada a Jenny, que solo estaba un poco golpeada, casi ilesa, aunque cubierta de polvo y cenizas. Olivert se separó de ella mientras se quejaba por el dolor que le causaban las quemaduras.

—¡Olivert! —gritó al ver su estado. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que no era el único en esas condiciones, algunos policías estaban peor que Olivert y otros incluso muertos. Ella, por el contrario, era una de las pocas personas que no estaban heridas.

—Llama a emergencias… rápido… —dijo dolorido. Jenny sin perder tiempo hizo lo que le pidió.

Los bomberos llegaron rápidamente al lugar de las explosiones; mientras algunos se encargaban de apagar las llamas que quedaban, otros atendían a los heridos. Lograron rescatar a muchos oficiales que habían quedado sepultados bajo los escombros. Las ambulancias se encargaron de transportar a los heridos a los hospitales más cercanos, pero necesitaron pedir refuerzos debido a la cantidad de heridos que había que atender.

El hospital al que fue trasladado Olivert estaba abarrotado de oficiales heridos, muchos con quemaduras de primer grado e incluso a algunos se les tuvo que amputar algún miembro. El detective Olivert ya había sido tratado de sus quemaduras y descansaba en la camilla de una sala donde habían llevado a la mayoría de los heridos. Tenía los brazos, las piernas y la espalda cubiertos de gasas. Jenny estaba sentada a su lado bastante preocupada.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó.

—Un poco mejor… aunque todavía me duele.

—¿Por qué hiciste eso? —Aún estaba conmovida por el gesto que tuvo al intentar protegerla.

—No lo sé, solo lo hice —respondía a duras penas al estar tumbado bocabajo, debido a las heridas de la espalda.

Los jefes de las distintas agencias de policía de la ciudad no tardaron en llegar para conocer el estado en que se encontraban sus agentes. Entre ellos estaba Robert, cuyo rostro reflejaba preocupación. Después de hablar con varios agentes, se acercó a la camilla de Olivert.

—Olivert —dijo Robert al verlo. Se sentía aliviado de que su estado no fuese demasiado grave, muchos de los demás policías no habían corrido la misma suerte que él—. Me alegra ver que te encuentras bien.

—Caímos completamente en su trampa, señor —dijo Olivert incorporándose para hablar con él.

—Lo sé, vi las grabaciones del equipo de asalto. Los subestimé —Se sentía responsable por lo que le sucedió a sus hombres—. Este es el resultado de mi error —dijo mirando a su alrededor, pensando en todos esos policías heridos y en los que no estaban allí, en los muertos.

—No te culpes por esto, todos nosotros los subestimamos. Nos creímos capaces de controlar la situación, pero no fue así —dijo bajando un poco la mirada hacia sus heridas— y pagamos un alto precio.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Jenny—. No tenemos ninguna información sobre ellos, seguimos donde empezamos.

—Por ahora solo preocúpate por mejorarte —le dijo Robert—, en estos momentos Inteligencia está haciendo todo lo posible para localizar al consejero. Como ahora solo contamos con menos de la mitad de nuestros agentes, me he visto en la necesidad de solicitar apoyo. A partir de mañana ya tendremos nuevos policías a nuestra disposición.

—¿Que planeas hacer para encontrarle? —preguntó Olivert.

—Aún no lo sé, pero confío plenamente en mi equipo, estoy seguro de que lo encontraremos —dijo Robert, y se retiró de la sala.

—Vaya día —dijo Olivert con un largo suspiro.

—Necesito hacer una llamada, ahora vuelvo —dijo Jenny mientras se iba de la sala.

***

El teléfono de su escritorio sonó sacándolo de sus pensamientos, en cierta forma le asustó el sonido. Se limpió el rostro con un pañuelo que sacó del bolsillo de su abrigo y contestó la llamada.

—¿Qué sucede, Sonia? —le preguntó Robert a su secretaria. Con tantas cosas en las que pensar, no era de extrañar que estuviese tan estresado.

—Señor, uno de nuestros nuevos agentes ha llegado y quiere verlo, ¿desea que lo haga pasar? —Al menos ese día estaba recibiendo buenas noticias, con este ya serían veinte los nuevos oficiales.

—Sí, por favor, hazlo pasar —dijo Robert y colgó el auricular. Casi al instante entró alguien en su oficina, era un hombre de alta estatura y cabello negro corto. Vestía una camisa azul oscura y pantalones negros, y curiosamente llevaba puesto un chaleco antibalas. En su rostro se reflejaba una sonrisa muy confiada.

—Señor Padish, un gusto verlo de nuevo.

—Joseph, agradezco mucho que hayas podido venir —dijo Robert. Se levantó de su silla, fue hasta él y estrechó su mano, parecía feliz de verlo.

—Siempre es un verdadero placer trabajar con usted, señor —dijo Joseph— ahora dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

—Como ya sabes, estamos un poco cortos de agentes. Seguro que escuchaste lo que ocurrió ayer.

—Se me informó esta mañana, debo decir que la situación se les descontroló. Siento mucho lo de sus hombres, espero que se recuperen pronto —dijo Joseph, aunque su sonrisa no había cambiado mucho, y esto Robert lo notó.

—Por eso me vi en la necesidad de pedir apoyo y tú estabas entre mis primeras opciones, eres uno de los mejores agentes con los que he tenido la oportunidad de trabajar.

—Por no decir el mejor —agregó Joseph con orgullo. Robert no le dio mucha importancia a sus palabras y volvió a sentarse en su escritorio.

—En estos momentos, mi equipo de Inteligencia sigue rastreando a los secuestradores. Con los nuevos agentes que han llegado quiero resolver este caso en el menor tiempo posible —le dijo—. Además, debido al incidente de ayer, no está disponible uno de mis mejores agentes, así que necesito que tomes su lugar mientras se recupera, ¿crees que puedas hacerte cargo?

—Por supuesto. Comenzaré de inmediato —dijo mostrando una sonrisa de placer. Se dirigió hacia la puerta y salió de la oficina.

***

Desde hacía horas lo único que veía era oscuridad. Le dolían las muñecas por las esposas que lo retenían a la silla, y ni siquiera podía gritar ni pedir ayuda porque tenía la boca tapada con cinta adhesiva. Tenía el rostro magullado y dolorido de todos los golpes que le dieron. De repente se paralizó de miedo al oír que la puerta se estaba abriendo.

—Espero que estés despierto —dijo la voz de un hombre.

Le retiraron el saco negro que cubría su cabeza y la luz de una linterna lo cegó. Apartó la vista de la luz y tras varios segundos pudo reconocer al hombre que tenía en frente, era uno de los secuestradores. Le invadió el miedo e inútilmente intentó alejarse de él.

—Ya es momento de que nos seas de utilidad, puedes sentirte orgulloso de eso —le dijo despegando bruscamente la cinta de la boca y quitándole las esposas—. ¡Camina! —le ordenó apuntándole con una pistola. Patrick le obedeció y salieron de la habitación.

## Capítulo 5: Justo a tiempo

Olivert solo estuvo un día internado en el hospital. Fue dado de alta principalmente por su insistencia en abandonar el lugar; no le gustaba estar sin hacer nada y más aún teniendo tanto trabajo que hacer. Además, no creía que sus heridas fueran tan graves. Hacía ya varias horas que Jenny se había ido a casa, dijo que tenía algo muy importante que hacer. El Mustang estaba en el taller debido a los escombros que le cayeron encima, así que no tuvo más alternativa que tomar un taxi hasta su casa. Hacía muchos años que no se subía a uno.

Al llegar a su departamento lo primero que hizo fue recostarse en su cama, la única en la que de verdad le gustaba descansar. Todavía tenía la piel enrojecida por las quemaduras y sintió dolor al recostarse. Robert le dijo que se tomara su tiempo para recuperarse, pues ese mismo día llegarían nuevos agentes que les ayudarían a seguir buscando al consejero del alcalde. Pero Olivert creía que, si los secuestradores fueron capaces de engañar tan fácilmente a Inteligencia, sería muy difícil encontrarlos. Pensaba ir a la agencia para seguir con la búsqueda, pero Robert se enteró a tiempo de su alta del hospital y, conociendo lo obstinado que era Olivert, le ordenó a tomarse el resto del día libre para recuperarse por completo. Al detective no le gustó nada la orden pero, viendo que aún no estaba en óptimas condiciones para volver al trabajo, decidió aceptar. Pensó que seguramente Jenny estaría en la agencia ayudando en todo lo que pudiera.

—Seguro que se siente muy mal porque ya no tiene a su chofer personal —dijo Olivert para sí mismo, riendo.

El dolor continuaba por lo que alcanzó su chaqueta, que estaba tirada en el suelo, y sacó un pequeño frasco de pastillas, unos calmantes que le habían dado en el hospital. Se tomó dos y volvió a recostarse en su cama. Pensó que lo único bueno de todo esto era que estaba en su hogar y podría descansar tranquilo. En solo unos minutos se quedó dormido.

A la mañana siguiente Olivert se despertó con el incesante sonido del timbre de su departamento, alguien debía de estar muy desesperado por querer verlo. Quiso ignorarlo durante un tiempo con la esperanza de que quien estuviera llamando se fuera, pero solo provocó que aumentase la insistencia. Cuando ya estaba por saltar de la cama del enojo, el sonido se detuvo. Por un momento creyó que lo había logrado y podía seguir descansando, pero entonces sonó su teléfono celular.

—¿Qué esperas para abrir? No tengo todo el día. —Era un mensaje de Jenny, una de las últimas personas que esperaba pasaran por su casa. Pasaron varios minutos mientras decidía si debía levantarse, cuando el timbre volvió a sonar.

—De todas las personas… —decía mientras se levantaba de su cama. Al hacerlo se cayó el frasco de calmantes, ya quedaba menos de la mitad—. No debí tomar tantas...

Salió de su habitación y se dirigió hacia la puerta del departamento, miró por la mirilla y efectivamente era Jenny. Pero para su sorpresa Barry también estaba con ella. Tras un largo suspiro abrió la puerta.

—Ya era hora. ¿Por qué tardaste tanto? —dijo algo seria. Aunque Jenny estaba preocupada por él, no sabía mostrarlo, en general no era muy buena expresando sentimientos. Además, pensaba que lo mejor era que Olivert volviera cuanto antes al trabajo, sobre todo ahora que parecían tener nuevas informaciones sobre el caso.

—Buenos días, Olivert —le saludó Barry.

—No sé cuál de los dos me sorprende más ver aquí en mi puerta —comentó Olivert.

—Jenny me pidió que la trajera a tu casa. Ya sabes que aún no empieza mi turno de patrullaje, así que no hay problema —explicó.

—Y, ¿en qué puedo ayudarte? —le preguntó a Jenny. No veía muchas razones por las cuales quisiera venir tan temprano a verle.

—Te he traído algo de información que estoy segura te interesará, ¿podemos pasar? —Y como si hubiese sido una orden, Olivert se hizo a un lado y ella entró como si nada.

—Con permiso —dijo Barry al entrar en el departamento. Olivert miró fuera por un momento comprobando que no hubiera nadie más; era otro de sus hábitos.

—¿De qué se trata? —le preguntó Olivert mientras los guiaba a la sala de su casa.

—Es acerca de los hombres que intentaron robar el Banco de América el otro día. Mark encontró algo relacionado con el símbolo de la boina del líder —le dijo Jenny. Olivert mostró interés inmediato, sin embargo Barry parecía molesto ante el asunto, dedujo que le debió traer recuerdos de Mike—. Encontraron una relación en una base de datos en desuso. Al parecer, la cabeza del águila era el símbolo de un equipo de combate armado que trabajó en cierta ocasión bajo las órdenes del Presidente. Fue disuelto hace más de un año porque desobedecieron una orden causando la muerte de un importante general. Además, resultó ser un equipo muy inestable y, según los informes oficiales, todos sus miembros fueron ejecutados después de eso.

—¿Ejecutados? —se preguntó Olivert extrañado—. A mí no me pareció que estuviesen muertos, no en ese momento, claro.

—Oficialmente deberían estar muertos, aunque casi todos los registros fueron borrados y no tenemos el nombre de ninguno de ellos —dijo Jenny.

—Entonces si no estuvieran muertos, la pregunta más importante sería ¿dónde estuvieron todo este tiempo? —preguntó Olivert.

—Seguramente en el sótano de alguien con suficiente poder como para evitar sus ejecuciones —comentó Barry—, mantener sus vidas en secreto y usarlos para su propia conveniencia. ¿Recuerdas lo que te dije sobre que alguien más siempre está moviendo los hilos?

—Eso solo nos lleva a otra interrogante, ¿quién los habrá estado controlando? —Se cruzó de brazos mientras pensaba sobre el asunto. De repente sonó el teléfono de Jenny.

—De acuerdo, voy en camino —dijo ella y colgó—. Era Robert, parece que Inteligencia está a punto de encontrar la ubicación del consejero. ¿Quieres regresar hoy a la agencia o prefieres seguir durmiendo?

—Solo dame unos minutos para cambiarme —dijo Olivert caminando hacia su habitación.

—Puedo llevarles si quieren —les dijo Barry.

Los tres oficiales llegaron a la agencia. Hoy era un día muy activo, los nuevos agentes preparaban sus equipos en el depósito esperando nuevas órdenes. Tras la desafortunada muerte del agente Carson y de sus hombres, se formó un nuevo equipo de asalto de dieciséis agentes con un nuevo equipamiento: rifles de asalto del calibre cincuenta con mira infrarroja; granadas cegadoras y fragmentarias; uniformes resistentes al fuego y con un mejor refuerzo antibalas; dispositivos detectores de explosivos y radios de mayor alcance a prueba de interferencias. Fallar no era una opción.

Olivert, Jenny y Barry fueron directamente a la sala de Inteligencia, querían asegurarse de que la ubicación encontrada esta vez fuera la correcta. Robert, estaba en el lugar supervisando todas las operaciones.

—Jefe Padish —le habló Jenny. Él volteó a verla y se sorprendió al ver que Olivert estaba con ella.

—¿Olivert? creía que estabas en casa recuperándote.

—Hay demasiadas cosas por hacer como para quedarme acostado en una cama —dijo Olivert.

—Supongo que ya da igual discutir eso contigo —Robert volvió a mirar las pantallas donde se mostraban varias localidades marcadas sobre el mapa de la ciudad.

—¿Ya sabemos dónde tienen al consejero? —preguntó Barry.

—Estamos muy cerca de averiguarlo —respondió Robert—. Del video que logramos recuperar de la cámara de Carson, obtuvimos el mensaje que recibieron de los secuestradores y lo estamos usando para localizarlos. Haremos que sus esfuerzos no hayan sido en vano.

—Esta vez debemos ser más cuidadosos, podrían estar guiándonos a otra trampa —comentó Jenny.

—Ya hemos tomado medidas. Nuestro nuevo equipo de asalto cuenta ahora con mejor armamento e instrumentos de infiltración —explicó el jefe —, utilizaremos todo a nuestra disposición para cumplir con éxito esta misión.

—Señor, tenemos algo —dijo uno de los miembros de Inteligencia. En la pantalla aparecía el mapa de la ciudad con un punto azul—. El mensaje fue enviado desde una red de almacenes en el distrito industrial al norte de la ciudad, pero la señal es grande y no puedo fijar con exactitud el lugar. Seguiré trabajando para averiguarlo.

—Eso será suficiente por ahora —dijo Robert—. Notifiquen de esto al equipo de asalto, que acudan al lugar inmediatamente.

—Nosotros también vamos —dijo Barry preparándose para irse.

—Esperen. Ustedes no irán a ninguna parte —ordenó el jefe con semblante serio—. Ya he perdido a muchos agentes y no pienso arriesgarme a perder más. Los nuevos agentes se harán cargo, estoy seguro que podrán lograrlo. —A pesar de que no se lo tomaron muy bien, era una orden directa y no podían desobedecerla. Por el momento se quedarían ahí observando todo a través de las pantallas.

Un helicóptero de la agencia ya se encontraba sobrevolando el área donde detectaron el origen del mensaje, una zona industrial muy amplia con más de doscientos almacenes. Mediante una cámara de alta definición transmitían imágenes de toda la zona directamente a las pantallas de Inteligencia. El equipo de asalto llegó al lugar en un camión azul oscuro, deteniéndose junto a unos contenedores en las cercanías de la zona de almacenes. El camión tenía mayor blindaje que su versión anterior, era perfecto para adentrarse en un área de combate como también para realizar una retirada de emergencia. Las puertas traseras se abrieron y salieron los dieciséis miembros del nuevo equipo, que rápidamente tomaron posiciones.

—Aquí Halcón Uno. Estamos en posición, esperamos órdenes —habló el líder del equipo a través del intercomunicador.

—Recibido Halcón Uno, mantengan sus posiciones mientras localizamos el origen del mensaje —respondieron desde Inteligencia.

—Entendido —dijo el líder.

En las pantallas, el radio de búsqueda disminuía mientras seguían escaneando toda el área, hasta que por fin se logró ubicar el almacén del cual provenía la señal del mensaje.

—Lo encontramos —Todos en la sala miraron fijamente a la pantalla—. Almacén E-38, al noreste de su posición.

—Recibido —dijo el líder de Halcón Uno—. Divídanse en equipos de cuatro y rodeen al objetivo, cualquier intento de resistencia debe ser eliminado en el acto. ¡Vamos!

Los agentes avanzaron adentrándose entre los almacenes. Más al suroeste se encontraba su objetivo, a unos doscientos metros de su posición. Los almacenes estaban identificados por letras desde la A hasta la Z, y cada uno estaba numerado, alrededor de cien por letra. Los cuatro equipos se desplegaron en direcciones diferentes para llegar al almacén desde distintos puntos y asegurar completamente el área.

—Aquí Halcón Uno. Estamos a unos cien metros del objetivo. Sin señal de los secuestradores —comunicó el líder del equipo.

—Estén alerta, podrían emboscarlos desde cualquier dirección —dijo Robert. Cada agente llevaba en su muñeca izquierda un dispositivo con una mini pantalla, capaz de detectar

explosivos de detonador electrónico en un radio de cincuenta metros. Empezaron a parpadear mostrando varios puntos en distintas direcciones, todos a pocos metros delante de ellos.

—¡Retrocedan! —gritó Halcón Uno, ya todos sabían lo que mostraban sus pantallas. Inmediatamente retrocedieron escondiéndose detrás de unos almacenes cercanos.

Los puntos parpadeaban cada vez más rápido y, en un instante, varios almacenes explotaron en una reacción en cadena. Fueron diez en total. Desde la sala de Inteligencia todos veían lo que sucedía a través de la cámara del helicóptero, que se vio obligado a elevarse más para alejarse de las explosiones.

—¡Halcón Uno, responda! —dijo Robert por el intercomunicador preocupado por su equipo—. ¿Están bien? —Por las cámaras de sus cascos solo veían humo, no podía saber si todos se encontraban bien. Pasaron varios segundos en los que tan solo se escuchaban interferencias. La cámara del helicóptero tampoco era capaz de visualizarlos por el humo y tampoco podía acercarse mucho con todas esas llamas.

—¡Señor…! —se escuchó por la radio una voz entrecortada—. ¡Estamos bien!, logramos alejarnos lo suficiente antes de que la explosión nos alcanzara por completo. —Los nuevos uniformes habían sido una ayuda fundamental, aunque si la explosión los hubiera alcanzado no habrían corrido la misma suerte.

—¿Cuál es su posición? —preguntó Robert.

—No sabría decirle con certeza, hay mucho humo, casi no puedo ver nada —Se empezaron a escuchar algunos disparos—. ¡Nos atacan! ¡Tomen posición a cubierto!

De distintas direcciones aparecieron hombres con uniformes negros y máscaras del mismo color, armados con escopetas semiautomáticas. También les disparaban con ametralladoras desde lo alto de varios almacenes.

—¡Respondan al fuego enemigo! —gritó Halcón Uno a través de su radio. Todos los agentes tomaban posiciones y contraatacaban como podían aun con la poca visibilidad debido al humo, pero los atacantes les ganaban en número—. ¡Cambien a visión térmica! ¡Háganlos retroceder!

Sus cascos tenían dispositivos capaces de detectar cualquier señal de calor, incluso con las llamas a su alrededor, eran capaces de ver los cuerpos de sus atacantes. Las nuevas armas contaban con una mejor precisión y velocidad de disparo. Y también llevaban máscaras antigás así que comenzaron a usar el humo a su favor. Se escondieron dentro de las columnas de humo y con ayuda de sus visores térmicos localizaban y eliminaban a sus atacantes. Aunque en un principio les superaban en número, lograron controlar completamente la situación, llegando también a eliminar a los que estaban en las azoteas y a obligar al resto de los atacantes a retroceder.

—¡Sigan moviéndose, continúen avanzando a través del humo! —ordenó Halcón Uno. Corrieron en dirección al objetivo mientras seguían haciéndolos retroceder.

—Debo admitirlo, son muy buenos —dijo Olivert en la sala de Inteligencia. Desde la cámara del helicóptero no se podía visualizar nada con claridad, pero podían ver lo que sucedía a través de las cámaras en los cascos de los agentes.

—Solicité a los mejores agentes disponibles, están preparados para cualquier circunstancia —dijo Robert—. Además cuentan con el mejor equipo tecnológico que pudimos proporcionarles.

—Supongo que tampoco éramos necesarios para esta misión, estos agentes son increíbles —dijo Barry impresionado. Jenny por su parte, se mantenía en silencio y seria.

Después de lograr pasar a través de todo el humo, localizaron el almacén E-38 varios metros más adelante. Algunos de los criminales estaban ingresando al lugar.

—Encontramos el almacén. Vamos a entrar —comunicó Halcón Uno.

—Procedan con cautela, podría haber más trampas en los alrededores —dijo Robert.

Los almacenes eran de unos diez metros de alto y veinte de ancho, no tenían ventanas, solo unas grandes puertas por las que entraron los hombres que perseguían. La entrada medía ocho metros de alto y estaba formada por dos grandes puertas corredizas de metal, que estaban abiertas.

—Nos dividiremos en dos grupos. Nosotros iremos por la puerta principal, el resto rodeará el perímetro y buscará otro acceso —señaló Halcón Uno—. Una vez dentro prioricen la búsqueda del consejero y eliminen a todo el que interfiera.

Se dividieron en dos equipos de ocho agentes. Dos de los que ingresarían por la puerta delantera, prepararon granadas cegadoras que arrojaron al interior. Esperaron a que explotasen y entraron rápidamente al almacén. Sus dispositivos no detectaban ningún explosivo cercano lo cual significaba un problema menos para ellos, pero todos seguían con sus máscaras antigás puestas. El interior era espacioso y estaba iluminado por unos reflectores, había andamios con diferentes niveles de altura y diversos materiales de construcción por todo el almacén. También había varias escaleras que llevaban a tres plataformas con barandillas. Se escuchó el sonido que se produce cuando las armas son cargadas, provenía de diferentes puntos dentro del almacén. Varios hombres uniformados aparecieron con ametralladoras y escopetas, abriendo fuego contra ellos.

Los agentes se dispersaron por todo el lugar, cada uno buscando un lugar a cubierto desde el cual poder responder el ataque. En el intento dos de ellos cayeron, el resto logró conseguir cubrirse de la lluvia de balas detrás de unos tractores y unas vigas de acero.

—¡Señor! ¡No tenemos ninguna cobertura para contraatacar! —dijo uno de los agentes.

—¡Grupo Dos! ¡Nos han acorralado, necesitamos apoyo de inmediato! —dijo Halcón Uno por el intercomunicador. Intentaban responder a los disparos, pero debían de ser unos cuarenta hombres los que les tenían acorralados.

—Grupo Uno, hemos escuchado los disparos, estamos llegando a su posición —habló por radio un miembro del otro grupo. Desde el fondo del almacén, el segundo grupo de asalto apareció con sus armas en alto. Tomándoles por sorpresa, lograron derribar a un tercio de los hombres que mantenían acorralado al primer grupo. Aprovechando la oportunidad estos salieron de su escondite y también comenzaron a disparar. Los agentes eran superiores en cuanto a habilidad con las armas, por lo que lograron eliminarlos.

—Reagrúpense —dijo Halcón Uno. Todos se reunieron en el centro del almacén, revisando los alrededores por si todavía quedaba alguien más que pudiera atacarlos—. Zona segura, buen trabajo a todos.

—Aquí Robert, reporten su situación.

—Señor, ya hemos asegurado el área, pero hemos perdido a dos de nuestros hombres —dijo Halcón Uno—. Seguimos con la búsqueda del consejero.

—Entendido, sigan ejecutando la misión con extremo cuidado.

—Sí, Señor —En lo más alto de las plataformas observaron lo que parecían ser unas oficinas, dos salas ubicadas en ambas esquinas al fondo del almacén—. Revisemos esos lugares. ¡Vamos!

Volvieron a dividirse en dos equipos, cada uno se encargaría de revisar una oficina. Subieron las escaleras a toda prisa sin bajar la guardia. El segundo grupo llegó a su destino, entrando en la oficina con las armas preparadas por si encontraban obstáculos. El interior de la oficina también era espacioso y solo tenía unas pocas mesas. Un pequeño pasillo conducía a otras tres salas más pequeñas, donde encontraron una gran cantidad de armas, municiones y explosivos, pero no había rastros del consejero.

—Aquí Grupo Dos. Encontramos todo un arsenal de armas y explosivos en una de las oficinas del almacén —comunicó uno de ellos al personal de inteligencia.

—Recibido Grupo Dos. Procedan a asegurarlas todas, debemos averiguar cómo las obtuvieron.

—Entendido.

Mientras tanto, el otro grupo también había accedido a la oficina del otro extremo, que estaba completamente vacía y a oscuras. La última habitación estaba cerrada con llave. Los agentes tomaron posición a ambos lados de la puerta, dos de ellos se encargarían de derribarla y los otros dos ingresarían una vez abierta. En el momento en que estaban listos para hacerlo, escucharon de nuevo que sus dispositivos sonaban, tres puntos más parpadeaban y señalaban que los explosivos estaban del otro lado de la puerta.

—¡Aléjense de la puerta! —gritó Halcón Uno. De inmediato se apartaron, pero justo en el momento en que la puerta explotó arrojándolos a varios metros de ella. A duras penas intentaron levantarse.

—¡Que nadie se mueva! —escucharon que alguien les gritaba.

Una vez que el polvo se disipó, vieron que desde la puerta que había explotado salía un hombre de uniforme negro y máscara. En su mano derecha sostenía una especie de dispositivo y con su brazo izquierdo llevaba tomado del cuello al consejero, que se veía en muy mal estado, apenas respiraba. Además, en la cintura llevaba amarrada una correa con pequeños cilindros de metal, eran explosivos.

—¡Apártense todos!, no querrán obligarme a volarlos en pedazos —dijo mostrando el dispositivo.

Vieron que era un detonador de presión que no se activaría a menos que liberase la presión que su mano ejercía sobre el dispositivo. Si decidían matarlo, el sujeto podría contar con el tiempo suficiente para activarlo mientras caía al suelo. Se encontraban en una encrucijada. Todos los agentes mantuvieron la distancia, el hombre caminó lentamente a través de ellos dirigiéndose hacia la puerta para salir de la oficina. Pero en ese momento llegaron los miembros del otro equipo, que lo apuntaron al instante.

—¡No disparen! Tiene un detonador a presión, déjenlo pasar —les dijo el líder de equipo con un tono enojado, desde el interior de la oficina.

Los agentes recién llegados se hicieron a un lado, sin dejar de apuntarlo mientras pasaba entre ellos. Bajó por las escaleras prácticamente arrastrando al consejero hasta la entrada principal del almacén.

—Serás mi boleto de salida—le dijo el hombre a Patrick, aunque este no parecía escucharlo, apenas estaba consciente.

Salieron del almacén buscando la vía más rápida para escapar. Las llamas de las explosiones aún ardían aunque con menor intensidad, pero no tenían posibilidades de pasar a través de ellas así que tomaron otra dirección a través de los otros almacenes. Los agentes los seguían de cerca, a pocos metros, vigilaban cada uno de sus movimientos, esperando el momento oportuno para actuar y rescatar al consejero.

—¡Ahí! Los veo —Señaló Robert en un punto de la pantalla, donde sus agentes perseguían al secuestrador—. Dile al helicóptero que se acerque —le dijo a uno de los miembros de Inteligencia. El helicóptero descendió. Así con la ayuda de la cámara aérea podrían determinar mejor la ubicación del consejero.

—Señor, ¿qué propone que hagamos? —preguntó Halcón Uno. Para ellos no sería ningún problema deshacerse del sujeto, pero no podían garantizar la supervivencia del consejero.

—Escucha, Robert —dijo Olivert—. Hay un circuito de seguridad dentro de los detonadores de presión, si logran cortarlo podrán desconectarlo y los explosivos no se activarán.

—¿En qué lugar del detonador se encuentra ese circuito? —preguntó Robert.

—Justo en la parte central inferior del dispositivo, pero deben tener mucho cuidado, si no logran romper el circuito en el primer intento, el detonador se activará —explicó.

—¿Escuchó eso, Halcón Uno? —le preguntó Robert.

—Fuerte y claro, Señor —respondió. Los agentes continuaban con la persecución del secuestrador. Siguiendo la recomendación de Olivert, trataban de apuntarle en la parte inferior del dispositivo, pero les resultaba muy difícil porque la mano del sujeto se agitaba mucho. Además, era un blanco minúsculo y debían ejecutar un disparo certero o el más mínimo error podría resultar fatal.

—No puedo asegurar bien el objetivo —dijo uno de los agentes, los demás también tenían el mismo problema.

—Jefe, mire esto —llamaron a Robert. Una de las pantallas transmitía la vista aérea de la cámara del helicóptero. Se podía ver que más allá, en la dirección que tomaba el secuestrador, había un camión blindado parecido al de los agentes de asalto pero más pequeño, seguramente sería su vehículo de escape.

—Halcón Uno, deténganle lo antes posible, se está dirigiendo hacia un vehículo blindado. Si logra llegar hasta allí perderemos al consejero —les comunicó Robert.

Los agentes lograron ver el camión blindado unos treinta metros más adelante. Avanzaron rápido para intentar impedir que el secuestrador llegara hasta él.

—¡Les dije que no se acercaran más! —gritó el sujeto levantando la mano con la que sostenía el detonador—. ¡No me obliguen a…! —En ese instante se escuchó un disparo y después silencio. El sujeto sintió un fuerte dolor en su mano derecha, por su brazo se dibujaban varias líneas de sangre. Una bala había atravesado completamente su mano y el detonador, pero aún así, instintivamente presionó el botón con la intención de activar los explosivos que llevaba encima. No sucedió nada, la bala había dado exactamente en el objetivo, el circuito de seguridad.

—Parece que llegué justo a tiempo —decía una voz por el intercomunicador. Robert de inmediato reconoció a quién pertenecía esa voz.

—¿Joseph? —preguntó Robert. Las computadoras rastrearon de dónde provenía el origen de la comunicación. Era de la misma zona de almacenes, a unos cincuenta metros de la ubicación de los demás agentes. Se encontraba agazapado sobre un contenedor, en sus manos sostenía un fusil de francotirador del calibre siete con sesenta y dos—. ¿En qué momento…?

—Puedes agradecérmelo después, Robert —dijo Joseph—, concéntrate primero en rescatar al consejero.

Los agentes desconocían el origen del disparo, pero al darse cuenta de que el detonador había sido inutilizado, corrieron hacia el secuestrador. Tras el impacto de bala, el secuestrador, en un acto reflejo había soltado a Patrick que estaba en el suelo quejándose de dolor. Los agentes lo alcanzaron, lo rodearon y rescataron al consejero.

—Señor. El consejero está a salvo y tenemos a su captor. Misión cumplida —comunicó Halcón Uno. En la sala de Inteligencia se escucharon suspiros de alivio y algún aplauso. Llevaban ya algunos días investigando el caso y les alegraba que todo hubiera terminado bien. Robert se comunicó con Joseph de inmediato.

—Pudiste avisar que estabas en camino —le dijo mientras se secaba la frente con un pañuelo, él también se encontraba muy aliviado.

—Sabe muy bien cómo trabajo, es mejor cuando nadie sabe dónde estás —respondió Joseph.

—Regresa cuanto antes a la agencia, tenemos muchas cosas que discutir.

—Muy bien, voy para allá. —En su rostro tenía su típica sonrisa. La cámara del helicóptero mostró cómo se bajaba del contenedor y se dirigía hacia un vehículo, un Ferrari convertible blanco. Subió en él y se fue del lugar.

—Buen trabajo a todos —dijo Robert a los agentes por radio—. Regresen a la agencia, tengo que interrogar a ese sujeto.

—Sí, señor —respondió Halcón Uno.

En ese momento estaban llegando varios camiones de bomberos y también los forenses; tenían mucho trabajo por hacer. Los agentes especiales regresaron al camión aparcado junto a los contenedores. Dos de ellos llevaban sujeto por ambos brazos al secuestrador, cuyo semblante reflejaba una leve sonrisa y una mirada perturbadora.

## Capítulo 6: La incertidumbre

Llegaron a la agencia e inmediatamente llevaron al sujeto a la sala de interrogatorios. Antes se aseguraron de que no tuviese nada consigo que le permitiera tomar medidas extremas; revisaron toda su ropa y hasta su boca, solo para estar seguros. Estaba esposado y la herida de su mano ya había sido tratada por un médico. Cuando estaban en los almacenes y le retiraron la máscara se sorprendieron al ver un rostro cubierto de cicatrices, sin duda se trataba de alguien que vivió y sobrevivió a muchos enfrentamientos.

El mismo jefe Robert, en compañía de otros dos oficiales, se encargó del interrogatorio; el objetivo era obtener información acerca del plan para secuestrar al consejero. Lamentablemente no lograron conseguir ninguna información, ya que a cada pregunta que le hacían el secuestrador respondía balbuceando palabras incomprensibles. Sabían que bien podría estar evitando las preguntas y en varias ocasiones tuvieron que acudir a las amenazas, pero lo único que lograron con el interrogatorio fueron los balbuceos y las carcajadas del sujeto. Estaba claro que no tenía pensado colaborar con ellos, sin importar el método que utilizaran.

—Pierden el tiempo —les decía el hombre—. Pueden usar todas las amenazas que quieran e incluso torturarme pero no conseguirán nada de mí. —Tenía un extraño comportamiento psicótico.

Después de más de una hora de interrogatorio seguían sin obtener información, incluso ahora tenían más dudas que antes. Sospechaban que el sujeto pudiera estar involucrado en los casos de suicidios. Lo llevaron a una celda donde lo mantendrían vigilado las veinticuatros horas del día si era necesario, quizás más adelante podrían sacarle algo de información.

—Una vez más, seguimos donde empezamos —dijo Olivert. Estaba sentado en un banco de metal cerca de la entrada principal de la agencia. Barry y Jenny estaban de pie frente a él. Robert ya les había informado sobre lo ocurrido durante el interrogatorio y Olivert se sentía decepcionado.

—Pero logramos encontrar al consejero, no todo fue una causa perdida —dijo Barry.

—No me lo tomes a mal, estoy feliz de que él este a salvo —dijo Olivert—, pero me parece que estamos pasando algo por alto.

—¿Te refieres a sus propósitos? —preguntó Jenny.

—Exactamente, aún no sabemos cuál era el objetivo al secuestrar a Patrick, es como si solo quisieran provocarnos —explicó—. Nuestro único sospechoso no quiere darnos ninguna información, y bien podría estar también vinculado con los suicidios.

—¿Ya has discutido esto con Robert? —preguntó Barry.

—Aún no, pero seguramente ya se habrá dado cuenta de eso.

—Detective Olivert Crane, detective Jenny Collins y oficial Barry Hogan —escucharon que alguien les llamaba. Era un hombre alto con chaleco antibalas y una gran sonrisa, el responsable del disparo que había desactivado el detonador. Junto a él estaba Robert—. Es un placer poder conocerles al fin. —Se extrañaron por el inesperado saludo.

—Agentes —dijo Robert. Olivert se levantó del banco—. Quiero que conozcan al detective Joseph White, estará trabajando con nosotros un tiempo mientras nuestros oficiales se recuperan.

—¿Cómo sabe nuestros nombres? —preguntó Jenny extrañada.

—He leído sus expedientes, me gusta conocer bien a mis compañeros. Espero que podamos trabajar bien juntos —dijo Joseph mientras les estrechaba la mano a cada uno de ellos.

—Igualmente, detective —dijo él estrechando su mano. Aunque le pareció algo inquietante el hecho de que les hubiera investigado.

—Preferiría que se dirigieran a mí como teniente, gracias —agregó Joseph con media sonrisa—, resalta mejor mi estilo de trabajo.

—¿Y cuál es ese? —preguntó Barry curioso.

—Operaciones especiales, cualquier tipo de trabajo que para muchos sería imposible. Hoy ya vieron una muestra de lo que soy capaz de hacer. —A Olivert le pareció un poco molesta su actitud, aunque lo disimuló.

—Muy bien, ahora si me disculpan, debo encontrarme con el alcalde —dijo Robert—. Iremos al hospital a ver al consejero, quiere agradecerme personalmente que lo hayamos rescatado.

—Yo también debo irme, tengo algunos asuntos pendientes que atender —dijo Joseph palmeando el hombro derecho de Olivert—. Nos vemos después.

—No me agrada para nada —comentó Jenny.

—Tenemos mejores cosas de las que preocuparnos —le dijo Olivert—. No le des importancia.

Robert llegó al hospital donde había sido internado el consejero, había acordado reunirse allí con alguien antes de entrar en la habitación. Preguntó en recepción por la habitación en la que se encontraba internado Patrick Álvarez. Era la habitación trescientos treinta y ocho, en el tercer piso, que estaba custodiada por un oficial que al ver a Robert se puso firme. En ese momento llegaba un hombre de traje negro, de unos cuarenta años y cabello negro un poco canoso, venía acompañado por unos oficiales, sus guardaespaldas.

—Alcalde Marcus, es bueno verlo de nuevo —le saludó Robert extendiendo su mano.

—No seamos tan formales, Robert —le dijo el alcalde estrechando su mano—. También es bueno verte, tanto trabajo no me deja tiempo para hablar con los viejos amigos.

—Bueno, mi amigo Marcus dejó de lado los bolos para trabajar en una oficina todo el día. Quien iba a pensar que llegaría tan lejos —dijo Robert.

—A veces hasta a mí me cuesta creerlo —Rieron—. En todo caso, realmente te estoy muy agradecido, a ti y a tus hombres, Patrick se encuentra vivo gracias a vosotros.

—Solo hacemos nuestro trabajo —le dijo Robert—. ¿Entramos?

—Espero que esté despierto. Me dijeron que estaba inconsciente desde que lo trajeron aquí. —Se acercaron a la puerta de la habitación y entraron.

Era una habitación pequeña con una cama reclinable, un televisor, sillas para las visitas y un baño. Cuando entraron se sorprendieron al ver que Patrick estaba sentado en el borde de la cama mirando de frente hacia la puerta, se veía un poco pálido.

—Patrick, ya estás despierto —dijo Marcus acercándose y quedando frente a él—. Me alegra mucho ver que ya estás mejor.

—Marcus… —dijo Patrick en voz baja, sonriendo un poco al verlo—. Gracias por venir a verme… —Agachó la cabeza.

—Es lo menos que puedo hacer considerando todo por lo que has pasado —le dijo Marcus. Robert notó algo raro en Patrick y avanzó hasta quedar a un lado de Marcus.

—Patrick, soy yo, Robert —le habló—. Sé que es algo apresurado, pero necesito saber más detalles acerca de tu secuestro, ¿qué fue lo que te hicieron?

—Robert… —volvió a levantar la cabeza y habló con el mismo tono de voz—. También me alegra mucho verte. —Sonrió de nuevo y comenzó a reír, era notorio que algo extraño le ocurría.

—Llama a un médico —le dijo Marcus al oficial que cuidaba la habitación—, parece que a Patrick le pasa algo—. El oficial se fue corriendo.

—¡Marcus! —gritó Patrick con fuerza al mismo tiempo que saltaba hacia él. Robert se interpuso en su camino y le sujetó por los brazos.

—Patrick, ¿qué es lo que te pasa? —le preguntó Robert.

—¡Apártate! —gritó de nuevo Patrick. De pronto parecía una persona completamente diferente, parecía un lunático.

Patrick se agitó liberándose de Robert, lo empujó con fuerza tirándolo al suelo, y se arrojó sobre Marcus. Lo embistió golpeándolo fuertemente contra la pared. Los oficiales que estaban fuera escucharon el golpe y entraron de inmediato. Robert y Marcus estaban tirados en el suelo y Patrick de pie se tambaleaba de un lado a otro, instintivamente sacaron sus pistolas y lo apuntaron.

—¡No disparen! —les ordenó Marcus mientras usaba la pared como apoyo para poder levantarse. Robert ya estaba en pie.

—¡Patrick!, ¿qué crees que estás haciendo? —Robert intentaba razonar con él.

Esta vez, Patrick corrió hacia los dos oficiales. Estos no supieron que hacer ante la orden que habían recibido del alcalde, todo lo que hicieron fue sujetarlo entre los dos para intentar tranquilizarlo pero les costaba mantenerlo quieto. Con mucha fuerza, Patrick logró tumbarlos. Robert reaccionó enseguida y forcejeó tratando de quitarles a Patrick de encima, hasta que logró lanzarlo al otro extremo de la habitación. Marcus miraba la escena, incrédulo.

—¡Patrick, detente! —gritó Marcus—. ¡Deja esta locura inmediatamente!

Patrick se levantó lentamente del suelo mientras Marcus se acercaba a él. Durante el forcejeo con los oficiales Patrick había logrado arrebatarle a uno de ellos el arma y apuntaba a Marcus.

—Tú no te muevas —dijo Patrick en tono acelerado, Marcus quedó completamente congelado, nunca creyó que él sería capaz de apuntarle con un arma.

—¡Patrick, piensa en lo que estás haciendo! —dijo Robert— ¡no hagas algo de lo que te puedas arrepentir! —Siguió intentando razonar con él, pero Patrick reía a carcajadas.

—Ustedes no tienen ni idea de lo que ocurre en esta ciudad —les dijo sujetando la pistola con fuerza. Le temblaba la mano—. Yo solo debía enviarles un mensaje y aquí lo tienen. —Llevó la pistola hasta su cabeza y se disparó. Todos se quedaron impresionados al ver eso, la expresión de Marcus era de terror total.

***

Barry fue asignado con la tarea de vigilar al prisionero durante la noche. Le mantenían esposado para evitar que intentara algo extraño. La zona de celdas estaba ubicada en la parte más profunda de la agencia, en total había cuatro celdas de muros de cemento, sin ninguna ventana y con una sola entrada, una puerta de metal reforzada. La única forma de abrir aquella puerta era con la llave que tenía Barry. Él se encontraba sentado en una pequeña silla de metal y miraba fijamente al prisionero, que hacía lo mismo sentado en el suelo de su celda.

—Sabes, podrías ahorrarte muchos problemas si solo nos dieras un poco de información —le dijo Barry. Vigilar prisioneros era una de las tareas que menos le gustaba hacer, le resultaba muy aburrido.

—Eres muy considerado —Sonrió el sujeto—, pero solo estoy esperando el momento adecuado.

—¿Qué planeas hacer? —le preguntó Barry curioso.

—Digamos que solo es cuestión de tiempo. —Se levantó y permaneció quieto en el mismo lugar. Barry presintió algo raro en él y también se levantó. Caminó hacia adelante quedando a un metro de la celda.

—No intentes nada, te lo advierto —dijo Barry.

—¿Puedes decirme la hora? —le preguntó.

Barry no sabía qué planeaba, aunque sí sabía que no podría hacer mucho porque estaba esposado y todas sus pertenencias habían sido confiscadas. En el caso de que intentara golpearse contra las paredes o los barrotes de la celda, entraría y lo detendría.

—Te estoy vigilando —dijo Barry. Levantó rápido su mano izquierda para ver la hora—. Son las ocho —le dijo volviendo a centrar su mirada en él.

—Muchas gracias —le dijo el hombre mientras sonreía—. Fue una bonita charla, pero mi trabajo ya está hecho —A pesar de que estaba esposado, con su mano izquierda sacó una pequeña pistola del bolsillo del pantalón. Barry saltó hacia atrás mientras desenfundaba su arma—. Nos vemos. —Antes de que Barry pudiera apuntarle, el sujeto se disparó en la cabeza.

Barry se quedó paralizado tratando de entender lo ocurrido, se preguntaba en qué momento había logrado conseguir esa pistola. De la frustración que sentía pateó con fuerza uno de los barrotes de la celda y salió del lugar.

Rápidamente se había corrido la noticia sobre lo ocurrido en el hospital con Patrick y en la agencia con el prisionero. El alcalde Marcus era uno de los que estaba más conmocionado. Ambos cuerpos fueron recogidos por los forenses y llevados al laboratorio para ser analizados. Robert esperaba los resultados mientras discutía lo sucedido con Marcus y Barry.

—En verdad no sé cómo pudo ocurrir esto —dijo Barry —. De pronto sacó una pistola de su bolsillo y se disparó, no tengo idea de cómo pudo obtenerla… Se supone que le registraron cuando llegó a la agencia.

—Barry, escucha —dijo Robert. Él también estaba muy preocupado por los incidentes de esa noche. A su lado, el alcalde se mantenía callado—. Solo quiero que hagas memoria, en algún momento tuvo que conseguir el arma, pudo haber sido en algún instante mientras era llevado a la celda.

—Siempre estuvo esposado y le llevamos sujetándole por los brazos, no hay manera de que pudiera haber tomado un arma que viera por ahí de casualidad —explicó Barry.

—De verdad que no sé qué hacer con esto —dijo Robert con un largo suspiro. Miró a Marcus por unos instantes, este miraba la puerta de la sala de autopsia; en ese momento estaban analizando el cuerpo de Patrick—. Marcus, ¿estás bien? —le preguntó, aunque conocía muy bien la respuesta.

—Sabes, Patrick siempre sabía exactamente qué decir, la mayoría de las buenas decisiones que he tomado en toda mi carrera han sido gracias a él —dijo Marcus—. Que terminara así… es algo que aún no puedo creer.

—Entiendo cómo te sientes, para mí también fue un buen amigo, me ayudó bastante en el pasado —dijo Robert.

—Quiero que encuentres al responsable de todo esto —Cambió su tono de voz, ahora mostraba ira—. No me importa si tienes que voltear de cabeza la ciudad entera.

—Te prometo que haré todo lo que esté a mi alcance —dijo Robert. Después se retiró.

Varios minutos después, Mark salió de la sala de autopsia con una leve sonrisa. Robert estaba allí esperando el resultado de las autopsias.

—Bueno, esto es verdaderamente interesante —dijo Mark.

—¿Qué fue lo que encontraste? —preguntó Robert.

—La misma droga en ambos cuerpos, tus sospechas fueron correctas —dijo él—. Pero esta vez es diferente a los casos anteriores. Se encontraba en menor cantidad pero esparcida por todo el organismo, nos resultó difícil encontrarla —Hizo una pequeña pausa—. Estas dosis fueron menores pero mucho más concentradas que las anteriores, diría que unas tres veces más potente.

—Puedo entender eso de los criminales —dijo Barry— pero, ¿cómo pudo afectar de esa manera al consejero?

—No habíamos hecho este tipo de exámenes antes, creíamos que solo eran dementes y psicópatas jugando con drogas —explicó Mark—, pero teniendo en cuenta lo que pasó con el consejero, logramos encontrar algo más con esta droga.

—¿Y qué fue? —preguntó Robert.

—Algo en sus cerebros —respondió—. Sabemos muy bien que este tipo de sustancias pueden cambiar completamente la conducta de quien las consume. Esta vez encontramos algo más que eso. Síganme y les mostraré.

Cerca de ellos había varias computadoras. De uno de los bolsillos de la bata de laboratorio Mark tomó un dispositivo que introdujo en una de ellas. Tras unos segundos, en la pantalla apareció la imagen de un cerebro.

—El lóbulo frontal —Señaló la parte delantera del cerebro que brillaba en un tono rojo—. Así es como se ve cuando la persona ingiere cualquier tipo de droga, comúnmente solo presenta cambios radicales de emociones pero momentáneos —Tocó la pantalla sobre la zona roja, que cambió a un tono más oscuro—. Este es el estado en el que se encontraban el cerebro del consejero y el del prisionero. —Aunque Robert y Barry no entendían muy bien de qué se trataba ambos estaban pálidos, sabían que eso no podía ser nada bueno.

—¿Y esto qué significa? —preguntó Barry.

—Un cambio total —le dijo Mark—. No solo sus emociones cambiaron, sino también todas sus decisiones, su propia voluntad. Dejó de ser él mismo por completo, es como si le hubieran lavado el cerebro.

***

Cuando Olivert y Jenny escucharon el mensaje sobre lo ocurrido con Patrick, ya se encontraban de camino a la agencia. Esa noche habían estado patrullando el área este de la ciudad por lo que se encontraban lejos. Estaban usando un auto patrulla de la agencia ya que el Mustang de Olivert aún seguía en el taller. Al llegar fueron directamente hacia el laboratorio, pero de camino se encontraron con Robert.

—Robert. Dinos exactamente qué fue lo que pasó —dijo Olivert. Estaba algo alterado, esa noticia en verdad que les sorprendió a todos.

—Es tal y como lo comunicaron, Patrick se suicidó —respondió—. Se encontraba bajo los efectos de la misma droga usada en los casos de suicidios.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Jenny—, él no tenía nada que ver con todo esto.

—Me temo que es mucho más complicado de lo que creíamos —dijo Robert—. Me dirigía a mi oficina, vengan conmigo y se lo explicaré.

Robert les explicó todo lo sucedido en el hospital y con el prisionero, también les comunicó lo que habían descubierto sobre la droga, que era capaz de cambiar no solo la conducta sino también la voluntad y la toma de decisiones de aquellos que la consumían.

—Esto no puede ser cierto —comentó Olivert mientras se llevaba una mano a la frente y caminaba dando vueltas por la oficina sin dirección alguna—, ¿cómo es posible que algo así pueda existir?

—No lo sé —dijo Robert. Su frustración era notable al igual que la de Olivert—. En todos mis años como jefe de policía jamás había visto algo parecido, todos estos suicidios… y seguimos sin tener ninguna pista de quién podría estar produciendo la droga.

—Todo fue para nada, ¿cuántas vidas se perdieron intentando rescatar al consejero? —se preguntaba Jenny recordando a todos los agentes que murieron durante la explosión de los edificios y a los que seguían en el hospital.

—Ya nada de eso importa —dijo Olivert—. ¿Qué es lo que vamos a hacer a partir de ahora?, esto ya se nos ha escapado completamente de las manos.

—Quisiera poder responder a tu pregunta —admitió Robert—, pero por ahora solo podemos seguir investigando, sin ningún lugar donde empezar a buscar. Es todo lo que podemos hacer.

—Todo esto es una locura —dijo Olivert molesto.

—Tranquilízate —le dijo Jenny—, no lograrás nada con molestarte.

—Es mejor que vuelvan a sus deberes, en estos momentos tengo muchas cosas en qué pensar. Mañana seguiremos discutiendo sobre este asunto —les dijo Robert.

—Entendido —respondió Jenny. Olivert permaneció callado, ambos se dirigieron hacia la puerta para irse.

—Olivert, ¿tienes un momento? —dijo Robert antes de que salieran de su oficina—. Necesito decirte algo, en privado.

—Adelántate, enseguida te alcanzo —le dijo a Jenny, que le miró por unos segundos y después a Robert, y sin decir nada cerró la puerta—. ¿Qué quieres decirme?

—Verás… —dijo tratando de encontrar las palabras adecuadas—. Necesito que tengas mucho cuidado a partir de ahora. —Olivert notó que sus manos temblaban.

—¿A qué viene eso? —le preguntó.

—Es por lo que pasó hoy con el prisionero. Es obvio que alguien de la agencia está colaborando con esos criminales. —Olivert no parecía muy impresionado ante eso, él también había considerado esa posibilidad. Esa pistola no pudo haber aparecido por arte de magia en el bolsillo del sujeto, alguien tuvo que habérsela dado en algún momento.

—¿Tienes idea de quién podría ser? —le preguntó con la guardia en alto, le pareció extraño que quisiera decirle esto solo a él.

—Escucha, sé que te preguntas por qué te quiero decir esto solo a ti —Se aclaró la garganta—. Pero por el momento eres la única persona en la que de verdad sé que puedo confiar.

—Me conoces bien desde hace muchos años, sabes que nunca haría algo como eso —dijo Olivert.

—Lo sé muy bien, es por eso que te estoy advirtiendo —Su tono de voz cambió—. Mantente siempre alerta, a partir de este momento todos en la agencia son sospechosos.

***

Jenny solía despertarse muy temprano porque le gustaba salir a correr por las mañanas, le ayudaba a despejar la mente. Ese día había corrido más de lo habitual, sentía que ahora más que nunca debía estar preparada. Perder tantos casos era algo que ya estaba molestándole mucho, y quería acabar con las olas de suicidios de una vez por todas. Aunque el hecho de no tener ningún sospechoso era lo que más le molestaba. Corrió más de media hora y regresó a su casa. Tomó una ducha, se vistió y preparó algo para desayunar, no era muy buena cocinando así que para ella cualquier cosa estaba bien, un sándwich improvisado y una taza de café eran suficientes. Buscó su teléfono en la mesita de noche de la habitación, marcó un número y esperó. Después de casi un minuto alguien contestó.

—¿No te parece que es un poco temprano para llamarme? —contestó un hombre con tono soñoliento.

—Sabes muy bien que ya no puedo seguir esperando, me dijiste que me darías esas pruebas hace dos días —le reclamó Jenny.

—Me ha tomado más de lo previsto conseguir esos archivos, hay mucha seguridad en los sistemas de la policía. Debo ser muy cuidadoso o podrían descubrirme —respondió.

—Como sea, solo asegúrate de tenerlos listos para hoy. Nos estamos quedando sin tiempo. —Y colgó.

Pocas veces había tomado un taxi para ir a la agencia, casi siempre era Olivert quien se pasaba a por ella para ir a trabajar. No sabía si era por obligación o lo hacía por gusto, pero cualquiera que fuese la razón a ella no le importaba mucho. Una vez lista salió de su casa y caminó hasta la avenida principal, que quedaba a solo una calle de su casa. Tuvo que esperar varios minutos hasta que logró parar un taxi.

Al poco tiempo de llegar a la agencia recibió un mensaje de Olivert. Decía que iría primero al taller, porque le habían informado de que su auto ya estaba listo, y que tardaría más o menos una hora en llegar a la agencia.

—Esto me da algo de tiempo —dijo Jenny en voz baja. Atravesó las oficinas hasta llegar frente a una puerta de madera con un cartel que decía *Archivos Generales*. En ese lugar estaban almacenados los registros de todos los policías de la agencia, los antecedentes de todos los criminales que habían capturado y todo lo referente a cada caso que había sido investigado desde que se fundó la agencia. Al entrar vio unos diez pasillos de archiveros de metal y, a la izquierda, cinco computadoras encendidas. A esa hora de la mañana el archivo solía estar vacío y ese día no era la excepción. "Perfecto" se dijo a sí misma.

***

Olivert se dirigió al taller, tal como le dijo a Jenny por mensaje. El taller donde había dejado su Mustang en reparación era un lugar inmenso, todo techado y completamente asfaltado. Se dirigió hacia a la oficina de pagos donde preguntó por su auto. Llamaron al mecánico encargado de su reparación, un hombre de unos treinta años, un poco obeso, con un uniforme azul lleno de manchas de aceite. Guió a Olivert hasta el auto mientras buscaba conversación.

—Debo admitirlo, tuve algunos problemas para conseguir las piezas para reparar tu auto. Un modelo como este no es algo que se vea todos los días.

—Fue un regalo de mi padre, no me puedo despegar de él fácilmente —dijo Olivert. Llegaron a una especie de almacén dentro del taller, estaba cerrado con un portón corredero de metal. El interior estaba oscuro, el mecánico entró y accionó un interruptor. Ahí estaba su Mustang completamente reparado, todas las quemaduras y las abolladuras habían desaparecido por completo, parecía casi nuevo—. Un buen trabajo, debo decir —le dijo Olivert, no podía ocultar su alegría.

—Siempre me aseguro de darle el mejor servicio a mis clientes —le dijo el mecánico.

Se subió al auto y lo encendió. Lo aceleró y le invadió la alegría al escuchar el sonido del motor. Llevó el auto hasta la entrada del taller y pagó las reparaciones; un costo algo excesivo pero no le dio importancia, valía la pena. Salió en dirección a la agencia, el taller se encontraba más al este de donde él vivía así que le tomaría cerca de veinte minutos llegar. Ese día tenía planeado revisar los registros de los casos de suicidios, con la esperanza de encontrar algún detalle que hubiesen pasado por alto.

## Capítulo 7: Caos en la ciudad

En el centro de la ciudad, al igual que cualquier día hábil, las personas y vehículos iban y venían en todas direcciones, cada uno ocupado en sus propios asuntos y trabajos. La mayoría ignoraba lo que ocurría a su alrededor y, por supuesto, desconocía la amenaza que había caído sobre la ciudad en los últimos días. Pero una persona en particular se había encargado de preparar algo importante, algo que haría que todos en la ciudad se enteraran de qué eran capaces. En el último piso de uno de los edificios más altos de la ciudad, esa persona veía cómo todos disfrutaban de otro día tranquilo en sus vidas, nadie sabía lo que estaba por pasar. El hombre, vestido con una gabardina beige, tomó su teléfono y marcó un número.

—Inicien —dijo, y colgó el teléfono. Se quedó mirando a través de la ventana del departamento donde se encontraba, no pudo evitar sonreír—. Es hora de darnos a conocer.

Una multitud de personas esperaba impaciente a que cambiara la luz del semáforo, llevaban prisa. En cuanto cambió avanzaron apresuradamente, solo contaban con unos pocos segundos para cruzar antes de que la luz volviera a cambiar a rojo. Mientras cruzaban escucharon un fuerte golpe cerca de ellos, muchos ni se molestaron en ver de qué se trataba y siguieron caminando. Aquellos que sí lo hicieron se llevaron un gran susto. En el pavimento un hombre yacía inmóvil sobre un charco de sangre, su cabeza estaba agrietada dejando ver los sesos, y sus ojos abiertos estaban enrojecidos. Empezaron a gritar aterrados y se alejaron lo más que pudieron. En las cercanías se empezaron a escuchar otros golpes similares, las personas seguían gritando al ver a más hombres en las mismas condiciones. Algunos levantaron la vista y observaron que muchas personas se estaban tirando desde los edificios cercanos, los veían caer. Decenas de cuerpos comenzaron a caer por todas partes, muchos aplastando a las personas que iban por la calle. El caos no tardó en llegar, todos comenzaron a correr mientras más cuerpos seguían cayendo.

Mirando todo el caos que había creado, la sonrisa del hombre de gabardina beige creció aún más. Tomó de nuevo su teléfono y marcó otro número.

—Todo listo, ya hemos comenzado oficialmente. —Después de decir esto colgó, miró una vez más por la ventana y se fue.

—A todas las unidades en la zona centro de la ciudad. Recibimos varios informes de una terrible situación en la zona, todos los agentes disponibles acudan al lugar inmediatamente —escuchó Olivert a través de la radio de su auto. Este tipo de noticias era lo único que de verdad no echaba de menos, pero no iba a pasarlo por alto, tomó su intercomunicador.

—Aquí el detective Crane, estoy en camino. —Rápidamente tomó un desvío por una calle a la izquierda y se dirigió al centro de la ciudad.

Según se iba acercando al centro de la ciudad, veía cómo las personas corrían aterradas en dirección contraria. Olivert logró ver cómo desde lo alto de los edificios muchas personas se estaban arrojando al vacío. No quería correr el riesgo de que alguno de ellos le cayese encima, cuando recién lo había sacado del taller, así que decidió estacionar el Mustang en la calle por la que iba, ya que ahí no había ningún edificio cercano. Bajó rápidamente mientras verificaba su arma, debía estar preparado por si se estaba fraguando algún ataque. Corrió a través de la multitud luchando para que no lo derribaran, por todas partes escuchaba los gritos de la gente y ese escalofriante sonido seco cada vez que uno de esos hombres se estrellaban contra el suelo.

Desde otras calles iban llegando patrullas de policías, algunas con la mala fortuna de que un cuerpo cayera sobre ellas, aunque ninguno de los que iba dentro resultó herido. En poco tiempo toda la zona había quedado completamente desierta, solo quedaban Olivert y unos pocos oficiales más. La escena era horrorosa, por todas partes había cuerpos reventados sobre el cemento, varios de esos hombres habían caído sobre algunas personas aplastándolas.

—Nunca imaginé que llegarían tan lejos —dijo Olivert.

Ya no caían más cuerpos, así que supuso que por el momento estarían a salvo, pero de igual manera había que estar alerta. Se acercó a uno de los cuerpos y se agachó para revisarlo. Descartando la enorme grieta en su cabeza resultante de la caída, no tenía ninguna otra herida visible en el cuerpo, aunque seguramente tendría diversas fracturas internas debidas al fuerte golpe. Al lugar llegaron ambulancias y equipos forenses que de inmediato comenzaron a atender a los heridos y a trasladar los cuerpos. Entre las patrullas que se acercaron al lugar destacaba un auto, un convertible blanco conducido por el teniente Joseph. Estacionó cerca de donde estaba Olivert, bajó del auto y caminó hacia él. Llevaba lentes oscuros y un chaleco antibalas y, como siempre, mantenía esa sonrisa vanidosa en el rostro que a Olivert ya le empezaba a molestar.

—Detective Crane, un gusto verlo de nuevo —le dijo mientras se quitaba los lentes.

Olivert no respondió. Joseph se detuvo a su lado y observó el cuerpo que Olivert había estado revisando, después miró a su alrededor y vio los demás cuerpos que estaban siendo transportados por los paramédicos y forenses.

—Un verdadero desastre, ¿qué opinas de todo esto? —dijo, aún con esa sonrisa en su rostro.

—Son los mismos que han estado causando los suicidios, eso tenlo por seguro —le dijo Olivert fríamente.

—¿Y cómo estás tan seguro de eso? —le preguntó Joseph curioso.

—Se tiraron desde distintos edificios —Señaló cinco edificios alrededor suyo—. Los vi saltar cuando llegué aquí y ninguno estaba amarrado ni amordazado. Además no presentaban signos de haber sido forzados a saltar —Tomó un largo respiro antes de continuar—. Puedo asegurar que si se atrevieron a hacer algo como esto es porque han decidido darse a conocer. Seguro que ya tienen un gran plan en marcha.

—Eso podría ser una gran problema para nosotros —dijo Joseph mostrándose algo preocupado.

—Podríamos inspeccionar algunos de esos edificios, pero dudo mucho que lleguemos a encontrar algo que nos sea de utilidad, no suelen dejar evidencias —dijo Olivert.

—Ya he enviado a algunos hombres a revisarlos, solo por si acaso. Me mantendrán informado si encuentran algo —le dijo Joseph.

—Espero que tengan suerte —comentó Olivert.

Tardaron aproximadamente una hora en trasladar todos los cuerpos. Por suerte, algunas de las personas que habían sido aplastadas por ellos lograron sobrevivir. Los agentes que revisaron los edificios no encontraron ninguna evidencia. Las puertas de las azoteas desde donde se arrojaron no estaban forzadas, se encontraban todas bajo llave.

—Señor, ya hemos revisado todos los pisos de uno de los edificios, pero no encontramos nada sospechoso, los otros equipos han informado lo mismo del resto de los edificios —le dijo uno de los agentes a Joseph a través de un radio comunicador que tenía en su cinturón. Recibió la misma noticia de los otros agentes que también habían inspeccionado los edificios.

—Recibido —respondió Joseph—. Eso es todo por ahora, ya pueden regresar a la agencia. Buen trabajo a todos.

—Entendido.

—Supongo que ya no hay nada que hacer aquí, volveré a la agencia e informaré de esto a Robert —le dijo Olivert empezando a caminar hacia su auto.

—Ten mucho cuidado por el camino, detective —le dijo Joseph mientras también se dirigía hacia su auto—. Sabiendo lo que le pasó al consejero del alcalde, creo que nosotros podríamos ser los siguientes —al escuchar eso Olivert volteó hacia donde estaba Joseph. No había considerado este punto hasta el momento; si fueron capaces de perseguir al consejero Patrick, bien podrían estar detrás de la policía.

Olivert se quedó mirando el auto de Joseph, lo siguió con la vista desde el momento en que lo encendió hasta cuando se marchó del lugar. En ese momento le invadió un extraño presentimiento. Se fue deprisa hasta donde había dejado su auto, alegrándose de haberlo estacionado fuera del área donde cayeron los cuerpos. Subió en él y se marchó.

***

Durante toda la hora que estuvo revisando los registros, había sido la única persona en el lugar. Supuso que con todos los problemas que había en la ciudad, la mayoría de los agentes estarían ocupados haciendo patrullajes, así que tuvo toda la tranquilidad que necesitaba para investigar. Sobre el escritorio ya tenía apilados más de treinta registros de casos viejos de todo tipo: robos, violaciones, secuestros, drogas, entre muchos otros, pero aún no encontraba lo que realmente estaba buscando. Dejó caer algunos documentos sobre el escritorio y se recostó en la silla. Suspiraba cansada mientras miraba hacia el techo.

—¿Dónde podrán estar? —se preguntó bajando la vista de nuevo hacia los documentos apilados.

De repente sonó su teléfono rompiendo el silencio que reinaba en el lugar. Rápidamente miró a ver quién era y contestó.

—Espero que si me llamas es para decirme que ya lo encontraste —dijo Jenny fríamente.

—Aún estoy trabajando en eso —le dijo el mismo hombre que le había llamado por la mañana.

—¿Y entonces para qué me llamas?

—Mientras intentaba acceder a los datos que buscas, logré conseguir algo más. Es información referente al caso que hemos estado investigando estos últimos años —le dijo.

—¿Lo dices en serio? —le preguntó Jenny levantándose de la silla, parecía muy sorprendida.

—Te lo aseguro. Ven a verme en treinta minutos al lugar que teníamos acordado, y asegúrate de que nadie te siga.

Se cortó la llamada y Jenny se fue hacia la salida de inmediato, sin importarle dejar los documentos sobre el escritorio. Al salir de la sala se aseguró de que nadie la viera, pasó por el área de oficinas y se dirigió hacia la puerta principal. Pero cuando ya estaba a un paso de salir se cruzó con Barry, que estaba entrando en la agencia.

—Jenny, buenos días —le saludó. No estaba tan entusiasta como siempre, parecía algo decaído.

—Disculpa, Barry —le dijo pasando por su lado—. Ahora no puedo hablar, llevo algo de prisa —Jenny siguió caminando hacia la salida.

—Está bien, nos vemos luego.

Barry se extrañó un poco de lo apresurada que iba Jenny, pero no le dio más importancia y siguió su camino. Se dirigió hacia la oficina de Robert, esa mañana había recibido una llamada de él diciéndole que fuese a verlo lo antes posible, que se trataba de algo muy urgente.

Jenny tomó un taxi para ir al lugar acordado, al este de la agencia. Se detuvo a unas calles del Parque Woodland, frente al Blue Star Café & Pub, un restaurante conocido por tener una buena carta y un ambiente muy agradable, era un buen lugar para pasar el rato, conversar y relajarse. Fuera del restaurante habían colocado algunas mesas con sombrillas, detrás de una cerca de metal pintada en rojo. Jenny caminó hasta una de ellas y tomó asiento. Escogió sentarse en una de las sillas que quedaban cubiertas por la sombra de la sombrilla, ya que ese día, a diferencia de los anteriores, no estaba nublado, el sol brillaba con intensidad. Revisó su teléfono para confirmar la hora, solo habían pasado unos veinte minutos desde que recibió la llamada.

Mientras esperaba ordenó un vaso de agua y se dedicó a observar a su alrededor, a los vehículos y personas que pasaban frente al restaurante. Pasados unos diez minutos le vio venir desde el otro lado de la calle, le reconoció de inmediato. Era un hombre de cabello rubio corto y en punta, con llevaba unos lentes oscuros y vestía una chaqueta azul oscuro abierta y unos pantalones beige. Se aproximó a las mesas y tomó asiento a su lado.

—Me alegra mucho verte de nuevo —le dijo el hombre quitándose los lentes y sonriendo.

—Sabes que no tengo tiempo para charlas innecesarias, Martin. Solo dime qué fue lo que encontraste.

—Sabes, a veces me gustaría que solo nos reuniéramos para charlar un poco —dijo Martin mostrándose algo decepcionado. Del bolsillo interior de la chaqueta sacó un pequeño sobre blanco que le entregó a Jenny—. Es impresionante lo que puedes averiguar con solo husmear por ahí —Jenny tomó el sobre y lo abrió enseguida—, aunque te lo advierto, no te va a gustar verlo.

En el interior del sobre había algunos documentos doblados y varias fotografías que llamaron su atención. En ellas vio algunos cuerpos de hombres y mujeres cubiertos de sangre, con los rostros destrozados. Varios recuerdos recorrieron su mente. De la impresión que le provocó verlas apartó la vista por un momento y respiró profundo. Después de unos minutos leyendo los documentos Jenny estaba boquiabierta.

—Esto… no puede ser —dijo ella mirando fijamente a Martin, que ahora estaba bastante serio—. ¿Puedes asegurarme que estos archivos son reales?

—Era una base de datos encriptada. Considerando lo mucho que me costó desbloquearla y el lugar en el que estaba, puedo asegurarte que son auténticos —respondió él.

—No será fácil hacer esto —dijo Jenny recostándose en la silla—. No podré hacerlo sin que él interfiera.

—¿Lo dices por tu compañero? —preguntó Martin.

—Estoy segura de que querrá hacerlo si se entera de esto. —Miraba a su alrededor mientras guardaba los documentos y las fotos dentro del sobre.

—Sabes muy bien lo que tienes que hacer si eso llega a pasar. No podemos permitir que nadie interfiera en nuestro trabajo —dijo mientras Jenny se levantaba de la silla.

—Lo sé muy bien —Bebió lo poco que quedaba de agua en su vaso—. Tengo que irme, ¿puedes pagar por mí? —Colocó el vaso sobre la mesa frente a Martin.

—Seguro, será un placer —dijo él con pocos ánimos. Jenny se fue caminando por la acera con cierta prisa y Martin se quedó ahí sentado, pensativo.

El Mustang recién reparado se detuvo frente a la agencia. Olivert se dirigió directamente hasta su oficina, donde se dedicó a revisar algunos expedientes que tenía guardados en su escritorio, sobre distintos casos de suicidios; entre ellos estaban aquellos a los cuales él había acudido. Estuvo revisando cada uno de ellos durante un rato, pero por más que lo intentaba no podía concentrarse. Olivert aún tenía un extraño presentimiento en relación con lo que le dijo Joseph, por su mente seguían pasando esas palabras y su miedo crecía a cada segundo. Al final, dejó a un lado los documentos y se quedó pensando detenidamente en el caso del secuestro del consejero Patrick.

—Cualquiera de nosotros podría ser el siguiente —se dijo a sí mismo, de pronto se levantó de su silla sobresaltado. No había visto a Jenny en toda la mañana ni sabido nada de ella, a esa hora ya debería estar en la agencia. Salió apresurado de la oficina y comenzó a buscarla por todas partes. Revisó cada una de las salas donde creyó que podría estar, incluso preguntó por ella a todas las personas con las que se cruzaba, pero nadie la había visto ese día. Intentó llamarla varias veces a su teléfono, pero estaba apagado. Llegó a la entrada principal de la agencia y se quedó mirando fijamente las puertas, con la esperanza de que ella entrase en cualquier momento como si nada.

—Olivert —escuchó que alguien lo llamaba. Se sobresaltó y volteó rápidamente, era Robert— ¿te encuentras bien?, te veo preocupado.

—Robert, ¿has visto a Jenny? —le preguntó desviando su pregunta.

—Bueno, hoy no he visto a la teniente Collins. ¿Por qué?, ¿le ha sucedido algo?

—Es que… —Trató de calmarse un poco—. He estado preocupado últimamente con respecto al secuestro del consejero, estuve pensando que cualquiera de nosotros podría ser el siguiente y aún seguimos sin saber nada de lo que planean.

—Escúchame, Olivert —le dijo Robert tratando de calmarlo, ya sabía a donde quería llegar—, tienes que tranquilizarte, no lograrás nada en este estado —Le miró fijamente—. Estoy seguro de que ella se encuentra bien. Ahora que recuerdo… Barry mencionó haberla visto hoy temprano saliendo de la agencia. Seguro que solo salió por un momento.

—No lo sé, ni siquiera contesta a mis llamadas —Volvió a sacar el teléfono del bolsillo y marcó el número de Jenny, pero seguía apagado.

—Tal vez deberías mirar un poco más a tu alrededor —le dijo Robert señalando la entrada principal. Olivert volteó sin entender a qué se refería, y vio que en ese momento Jenny entraba en la agencia.

—¡Jenny! —la llamó mientras corría hacia ella. Jenny se sorprendió y se detuvo.

—Olivert, ¿sucede algo malo? —preguntó al verlo tan agitado.

—¿Te encuentras bien?, ¿dónde estabas? —Su rostro se veía pálido.

—Estoy bien, solo estaba dando una vuelta por la ciudad. ¿Te pasa algo?

—Digamos que le tenías muy preocupado, ya estaba empezando a hacer toda una escena —comentó Robert llegando junto a ellos—. Ahora si me disculpan, tengo mucho trabajo que hacer.

—¿Estabas preocupado por mí? —le preguntó a Olivert sin comprender la situación—. No es algo muy común en ti.

—Es por lo que pasó con el consejero, por un momento pensé que te había ocurrido algo. No sabía dónde estabas y como no contestabas a mis llamadas me preocupé aún más —admitió él, sintiéndose algo avergonzado.

—Ah sí, mi teléfono… —dijo ella buscando en el bolsillo de su pantalón blanco—. Olvidé cargarlo esta mañana antes de salir de casa y hace como una hora que murió.

—Está bien —dijo Olivert suspirando de alivio—, dejémoslo así. Me alegra que estés bien.

—De acuerdo. ¡Ah!, por cierto, me alegra saber que tu auto ya está reparado, lo vi estacionado frente a la agencia. Ya me estaba cansando de tomar taxis.

—No será mucho el cambio—le dijo Olivert ahora con una pequeña sonrisa—, a partir de ahora empezaré a cobrarte cada vez que te lleve a algún sitio.

—Muy gracioso —dijo ella riéndose un poco—. Bueno, ¿algo nuevo que reportar hoy?

—Ni te lo imaginas —dijo Olivert recordando lo ocurrido por la mañana—. Vamos primero a la oficina de Robert y se lo cuento allí a los dos.

Al llegar a la oficina hablaron con Sonia y de inmediato les hizo pasar. Olivert comenzó a contarles lo ocurrido en el centro de la ciudad, los hombres que se arrojaban desde los edificios, así como la conversación con Joseph y el extraño presentimiento de que ellos podrían ser los siguientes objetivos.

—La verdad es que ya no sé qué métodos debemos usar —dijo Robert, con gesto de desesperación—. Da igual qué medidas tomamos siempre logran evadirlas.

—Con todo respeto, señor —Interrumpió Jenny—. Como no hemos podido encontrar ninguna pista de dónde podrían estar, propongo que les obliguemos a salir. —Olivert la miró asombrado por su propuesta.

—¿Y cómo pretendes que hagamos eso? —preguntó Olivert—, seguimos sin tener ningún sospechoso y no sabemos cuántos son. ¿Es que quieres que salgamos a las calles y provoquemos a todos los criminales de la ciudad?

—Precisamente. Si no podemos encontrarlos, entonces que ellos vengan a nosotros.

—Es una locura, ¿cómo crees que haríamos algo así?

—Olivert, espera —le interrumpió Robert, ambos detectives centraron su atención en él—. Esto es algo que aún no hemos intentado… —Se quedó pensando en la idea de Jenny.

—No hablarás en serio, ¿verdad? —Olivert no podía creer que estuviese considerando semejante locura—. Hacer eso podría provocar aún más caos en la ciudad.

—Tomaré toda la responsabilidad por esta decisión —dijo Robert levantándose de su asiento, con expresión seria—. La ciudad ya se encuentra en un terrible caos y si es necesario un poco más para detener esta ola de suicidios, entonces correré el riesgo —Caminó pasando al lado de ellos en dirección a la puerta, se detuvo un momento mientras sostenía la perilla y volteó a verlos—. Quédense aquí en la agencia a esperar mis siguientes órdenes. Volveré enseguida —Robert salió de la oficina.

—Nada bueno saldrá de todo esto —dijo Olivert.

—Escúchame. Estamos ya en un punto en el que se requieren acciones precipitadas —le dijo Jenny yendo hacia la puerta.

—¿Y no te importan todas las vidas que pueden perderse con esta locura?

Jenny se detuvo y le miró fijamente.

—De donde yo vengo aprendes a tomar decisiones difíciles sin importar las consecuencias. A veces es necesario hacer grandes sacrificios para alcanzar nuestros objetivos —le dijo en un tono frío. Olivert se quedó callado, abrió la puerta y se fue.

Desde el caso del secuestro del consejero, el número de agentes de asalto casi se había triplicado. Esta vez más de cuarenta agentes se preparaban en el depósito de armas de la agencia. Robert había tomado la difícil decisión de cubrir todas las calles de la ciudad y capturar a cualquier persona sospechosa, empezando por aquellas áreas donde se habían hecho la mayoría de las denuncias. Para cubrir más zonas de la ciudad, Robert había solicitado el apoyo de las demás agencias. Muchas dudaron de esta medida tan extrema que había tomado, pero todas se unieron al plan porque, al igual que él, querían terminar con esos ataques.

Cerca del anochecer, decenas de camiones negros se habían desplegado por las calles de la ciudad. El primer destino fue los barrios de las afueras, principales focos de origen de la mayoría de los crímenes. Cientos de agentes se encargaban de revisar hasta el último rincón, y no pasó mucho tiempo antes de que se originasen las primeras batallas. Debido a la presencia de los agentes muchas bandas criminales aparecieron para atacarlos, armados con ametralladoras y granadas de mano, por lo que se vieron obligados a usar vehículos con torreta e incluso lanzallamas. En cada barrio los enfrentamientos se prolongaron por varias horas, el silencio inicial había sido reemplazado completamente por una lluvia de balas. Por todas partes llegaban refuerzos de ambos bandos y no parecía tener fin; incluso algunos helicópteros de las agencias aparecieron con francotiradores.

Alrededor de la media noche finalmente pararon los enfrentamientos. Ambos bandos habían sufrido muchas bajas, pero ningún civil había resultado herido de gravedad ya permanecieron escondidos en sus hogares. La gran mayoría de los delincuentes habían muerto y los miembros supervivientes terminaron huyendo, por lo que se lograron pocas capturas. Era una medida extrema tomada ante la desesperación, y aún les quedaba mucho para terminar con todo el caos que había cubierto la ciudad en las últimas semanas.

## Capítulo 8: Acorralados

Al día siguiente, en todos los medios de comunicación, solo se hablaba de lo ocurrido la noche anterior, la feroz guerra que se libró en los barrios que rodeaban el centro de la ciudad. La noticia de que todo había sido planeado por el jefe Padish se esparció rápidamente y fueron muchos los que cuestionaron sus métodos. Si se hubiera cometido un solo error la guerra podría haberse extendido al resto de la ciudad. A pesar de todo esto las calles parecían estar muy tranquilas esa mañana, aunque no tenía por qué ser una buena señal. La ciudad estaba en estado de emergencia, el alcalde Marcus había dado la orden de que todos los establecimientos y compañías cerraran sus puertas, y todos los civiles permanecieran en sus hogares o en algún lugar seguro. Los medios de comunicación eran los únicos que estaban trabajando, aunque bajo la protección de varios agentes, ya que el alcalde había prometido que mantendría a la ciudad informada de todo lo que ocurriera. En realidad, esta era una manera de evitar el caos entre sus habitantes. Además, las vías de entrada y salida de la ciudad fueron cerradas; a nadie se le permitiría entrar ni salir durante las veinticuatro horas del día.

Las labores de seguimiento continuaron ese día. Todos los agentes disponibles tenían la misión de encontrar y arrestar a los criminales más buscados por la policía de Seattle, además de detener a las bandas callejeras, pues ya había varios informes de ataques a propiedades privadas. Olivert y Jenny no fueron la excepción. Esa mañana temprano habían sido llamados para patrullar la parte sureste de la ciudad. Como el resto de los oficiales asignados a áreas cercanas, las órdenes eran acudir a cualquier emergencia en el menor tiempo posible.

—La ciudad entera parece un pueblo fantasma —comentó Jenny mirando a través de la ventanilla del auto.

—Las decisiones precipitadas provocan este tipo de cosas —comentó Olivert, aún en desacuerdo por la medida extrema que se había tomado. Los dos llevaban puesto el chaleco antibalas.

—Es mejor así que seguir esperando para atraparlos. Después de lo de anoche, estoy segura de que vendrán a por nosotros —dijo Jenny mientras seguía observando las calles.

—Solo espero que no vengan todos a la vez o tendremos problemas.

—Sabremos cuidarnos si eso llegara a ocurrir. No te preocupes por mí, no es mi primera guerra —dijo mirándole fijamente, luego volvió a mirar por la ventanilla. Olivert se quedó callado.

La ciudad entera parecía estar muerta, solo había unos pocos autos abandonados en medio de las calles. Por las ventanas de las casas se podía ver a algunas personas asomadas, que obviamente desconocían el peligro inminente que se aproximaba a la ciudad. Todos los agentes mantenían una constante comunicación a través de sus intercomunicadores y, en caso de algún problema, las unidades cercanas al área debían acudir de inmediato.

—Atención a todas las unidades, al habla el oficial Norris. Interceptamos a un grupo armado conduciendo una camioneta azul en el distrito noreste de Seattle. Estamos persiguiéndoles, solicitamos refuerzos — escucharon por el intercomunicador. Durante toda la mañana habían estado recibiendo noticias similares, pero en esta ocasión se encontraban del otro lado de la ciudad y les tomaría mucho tiempo llegar.

—Aquí el capitán Richars, voy en camino —dijo el capitán. Otros dos oficiales también comunicaron que se encontraban en camino.

—Es un gran alivio que todos estemos en las calles, así podemos cubrir todas las áreas de la ciudad —comentó Olivert, hasta el momento ellos no habían tenido problema alguno, pero sabían que debían estar alerta.

—Atención a todas las unidades. Unos civiles informaron sobre unos pandilleros disparando armas en los alrededores de los Apartamentos Hill Crest por la treinta y cinco.

Todos los oficiales cercanos al área diríjanse al lugar inmediatamente —escucharon nuevamente por el intercomunicador. Esta vez sí se encontraban cerca del lugar, de inmediato Olivert tomó el intercomunicador.

—Aquí el detective Crane, estamos en camino. —Colgó y aceleró el Mustang en dirección al lugar indicado, tan solo a unas pocas cuadras.

—Genial, un poco de diversión —dijo Jenny.

—Así parece —dijo Olivert.

Solo les tomó unos minutos llegar al lugar. Olivert conducía despacio para poder observar la zona y localizar a los pandilleros. Cuando estaban a una calle de distancia, detrás de los apartamentos, escucharon varios disparos, además de gritos y el sonido de neumáticos derrapando con fuerza sobre el asfalto. Olivert en seguida estacionó el auto y bajaron.

—Es mejor si vamos a pie, así somos menos visibles —dijo Olivert cargando su arma.

Corrieron con sus pistolas en mano, cargadas y con el silenciador puesto, hasta una gasolinera cercana a los apartamentos. Olivert se asomó con cuidado por uno de los muros laterales de la gasolinera, así tendría una visión más amplia de la calle y nadie les vería. Logró divisar los apartamentos Hill Crest, un edificio de tres pisos de color blanco, con cuatro departamentos en cada uno. Enseguida supieron la razón por la cual habían sido llamados. Justo enfrente del edificio había dos camionetas blancas estacionadas en medio de la calle y a su alrededor ocho hombres sin camisas, con el tatuaje de una calavera en la espalda y con la mitad del rostro cubierto con trapos negros. Llevaban ametralladoras AK-47 con las que disparaban al aire mientras reían, como si eso fuera una diversión. Prácticamente habían destruido todo a su paso; varios autos en los alrededores tenían innumerables marcas de balas y otros estaban en llamas; a lo largo de toda la calle y en las aceras había marcas de neumáticos, la zona era un completo desastre. Los hombres gritaban sin parar y disparaban hacia algunos de los departamentos, que ya tenían muchas ventanas rotas y las paredes llenas de agujeros de bala.

—Son como niños con juguetes nuevos —comentó Jenny.

—Tengo un plan, no nos será muy difícil lidiar con ellos —dijo Olivert mirando hacia donde estaban los pandilleros. Fijó la vista en sus camionetas—. He visto que tienes buena puntería, ayúdame a deshacerme de esas camionetas —Jenny entendió al instante a qué se refería, ambos fueron por detrás del edificio y siguieron hasta llegar a un lado de los departamentos, hasta el momento todo iba bien, los delincuentes aún no se habían percatado de su presencia—. Tú la izquierda, yo la derecha, vamos.

Ambos salieron del escondite apuntando sus armas hacia donde estaban los pandilleros, que justo en ese momento les vieron. Estaban a unos diez metros de distancia cuando empezaron a disparar, haciendo que los pandilleros se cubrieran detrás de las camionetas. Cada uno disparó un total de cuatro balas y volvieron rápidamente a cubrirse detrás del muro. Los pandilleros reaccionaron ante el cese al fuego y subieron a los vehículos para perseguirlos, pero notaron que todos sus neumáticos estaban desinflados. El objetivo de los disparos había sido inutilizarlos, por lo que no tuvieron más alternativa que ir a por ellos a pie apuntando con sus armas.

—Aparta la vista —le dijo a Jenny.

De su chaleco sacó una especie de granada, retiró el seguro y la arrojó hacia los pandilleros. Un fuerte resplandor los cegó y desorientó por completo, todos se cubrían los ojos mientras retrocedían esperando poder recobrar la vista.

—Ahora, igual que antes —le dijo Olivert.

Salieron del escondite aprovechando que no podían verles, Jenny se encargó de los cuatro de la izquierda y Olivert de los de la derecha. Un disparo en una pierna y otro en un hombro fue suficiente para derribarles y hacerles soltar las armas. Algunos intentaron

alcanzar sus armas en el suelo, pero solo lograron recibir otro disparo en la mano haciendo que se quejaran aún más del dolor

—Aléjalas de ellos —le dijo Olivert a Jenny. Se acercaron y patearon las armas lejos de ellos—. ¡No se muevan!, las manos a la cabeza ¡ahora!

—Aquí la detective Collins —dijo Jenny por el intercomunicador—. Hemos inmovilizado a unos pandilleros frente a los Apartamentos Hill Crest, solicitamos atención médica cuanto antes.

—Entendido detective, enviaremos un equipo médico a su posición —le dijeron desde la agencia.

—Ya hemos terminado por aquí —dijo Jenny.

—No te relajes, aún tenemos mucho trabajo que hacer hoy —dijo Olivert.

Se quedaron vigilándoles hasta que llegó el equipo médico. A los paramédicos sólo les tomó diez minutos encargarse de todos los heridos. Oliver y Jenny esperaron a que se los llevaran, y luego se fueron de allí hacia el este de la ciudad, la siguiente zona que se les había asignado.

***

El jefe Padish también estaba ocupado ese día. El alcalde Marcus le había encargado personalmente que mantuviera una estricta vigilancia sobre los tres centros de detención de la ciudad, porque temía que se convirtieran en blancos para los criminales. Robert iba de un lado a otro en una camioneta blindada de color verde, le acompañaban otros tres camiones blindados como escolta, uno al frente y dos detrás. Cada uno con equipos militares de diez hombres de fuerzas especiales, todos preparados para cualquier posible ataque.

—Sargento Farman, ¿cómo estamos en las demás zonas de la ciudad? —le preguntó Robert al hombre de su izquierda. En el vehículo le acompañaban cuatro militares, uno a cada lado de él en el asiento trasero y dos más en los asientos delanteros.

—Señor, hemos recibido reportes durante toda la mañana, sobre todo de ataques de bandas callejeras y algunos robos. Los agentes han conseguido controlarlos, así que de momento no hay nada de qué preocuparse —le respondió el sargento, un hombre alto de cabello negro corto y atuendo militar.

—Me alegra mucho escuchar eso —dijo Robert.

Además de tener vigilados los centros de detenciones, era una manera de mantener seguro al jefe Robert, pues cabía la posibilidad de que él también pudiera ser uno de los blancos principales. Siguiendo la ruta programada tomaron la interestatal desde Northgate en dirección hacia el sur, esta era la manera más rápida de trasladarse de un extremo al otro de la ciudad. El camino se encontraba completamente despejado por lo cual se movían rápidamente. A lo lejos se vislumbraban algunos helicópteros encargados de mantener un continuo patrullaje sobre la ciudad, eran los principales ojos de la policía.

—Aquí el Sargento Farman a todos los Tormenta en el área, ¿cuál es la situación en tierra?—habló a través del intercomunicador.

—Aquí Tormenta Uno, todo en orden en el oeste —le respondieron. Los Tormenta eran helicópteros armados, de color verde y con una gran capacidad de maniobrabilidad en espacios cerrados, aunque eso dependía mucho del peso que llevasen. Estaban provistos de una Minigun lateral, una ametralladora rotativa de seis cañones con una capacidad de fuego de tres mil balas por minuto. En total había unos diez helicópteros sobrevolando la ciudad.

—Aquí Tormenta Tres, la zona sur se mantiene tranquila. —Ningún helicóptero reportó problemas.

—Señor, todo limpio —le dijo el sargento a Robert.

Ya se encontraban a mitad de camino de su destino, el sur de la ciudad. Allí se encontraba uno de los centros de detención donde debían hacer una parada para hablar con el director. De repente sonó el intercomunicador del sargento.

—Señor, aquí Tormenta Ocho, detectamos movimiento por Lake City Way. Tres camiones de carga se dirigen hacia la interestatal, van hacia ustedes. —El sargento rápidamente miró por la ventanilla de su izquierda y a lo lejos logró confirmar lo que le había dicho Tormenta Ocho. Tres camiones de carga de color gris se dirigían hacia ellos.

—Aquí el sargento Farman, tenemos compañía. Manténganse todos alerta —comunicó el sargento.

Los soldados dentro de los camiones tomaron sus armas y se mantuvieron en posición a la espera; a la más mínima señal de amenaza abrirían fuego de inmediato. Tormenta Ocho también llegó al lugar y empezó a sobrevolar cerca de los vehículos que les perseguían.

—Deténganse ahora mismo e identifíquense —dijo el piloto del helicóptero por el megáfono—. Si no obedecen nos veremos obligados a abrir fuego.

En el camión del medio, en la parte de superior de la caja de carga, se abrió una escotilla por donde salió un hombre asomando la parte superior de su cuerpo. Llevaba un uniforme negro y la cara cubierta por una máscara del mismo color. En su hombro derecho cargaba un lanzacohetes RPG-7 que levantó apuntando hacia el helicóptero. Antes de que el Tormenta Ocho lograra reaccionar, aquel hombre disparó. Sin tiempo para maniobrar y esquivarlo, el helicóptero recibió el impacto, explotó y cayó envuelto en llamas. Los soldados inmediatamente abrieron fuego con ametralladoras del calibre cincuenta. El hombre de la escotilla volvió a meterse dentro y la cerró. Los disparos no parecían hacerles ningún daño y los camiones grises aceleraron aún más.

—Atención soldados, usen todo el armamento que tengan —dijo Farman por el intercomunicador—. Jackson, la prioridad es asegurar al jefe Padish —le dijo al conductor del vehículo.

—Sí, señor —respondió el conductor, que aceleró a fondo al igual que el camión escolta delante de ellos. Saldrían de la interestatal por la siguiente salida y llevarían a Robert a un lugar seguro.

—Jefe Padish, póngase a cubierto —le dijo Farman a Robert, que obedeció agachando la cabeza.

Debido al fuerte blindaje de los camiones que les perseguían, los soldados cambiaron a la segunda función de sus armas, pues también contaban con lanzagranadas. Apuntaron hacia los camiones y dispararon. Desde un compartimiento en la parte inferior de las armas, pequeñas granadas salían disparadas impactando de frente contra los camiones. Uno de ellos se tambaleó debido al impacto y al final cayó de lado mientras se incendiaba, al cabo de unos segundos explotó. Todavía quedaban otros dos objetivos. Las cubiertas de los otros camiones habían resistido la explosión de las granadas, incluso los parabrisas estaban reforzados y no tenían ni una sola grieta.

—¡Sigan disparando! ¡No permitan que se acerquen más! —gritó uno de los soldados.

Siguieron disparando pero los camiones no se detenían, de hecho aceleraron más aún y lograron posicionarse a ambos lados de los camiones escolta. Los soldados no dejaban de disparar pero seguían sin poder atravesar su blindaje. Las escotillas en la parte superior de ambos camiones se abrieron. Aparecieron dos hombres portando unos lanzacohetes y dispararon a la vez a los dos camiones escolta, que desaparecieron en medio de las fuertes explosiones. Los camiones grises continuaron avanzando hacia el vehículo en el que iba Robert.

—No es posible —dijo Farman mirando lo que había ocurrido detrás de ellos por una ventanilla. Rápidamente tomó de nuevo el intercomunicador—. Aquí el sargento Farman, solicito todo el apoyo aéreo disponible en la interestatal, ¡estamos bajo ataque!

—Aquí Tormenta Tres, estoy llegando a su posición.

Otro helicóptero llegó también a la interestatal para ayudarlos, pasó sobre el vehículo blindado llegando al encuentro de los criminales. Avanzó pasando sobre ellos, dio la vuelta y los siguió de cerca a un lado de la interestatal. La puerta izquierda del helicóptero se abrió y asomó la Minigun, un soldado comenzó a dispararles. Los hombres de los lanzacohetes intentaban derribarlo, pero los continuos disparos hacían que los camiones se movieran de un lado a otro y les resultara difícil hacerlo. Algunas balas alcanzaron a uno de los sujetos en la escotilla haciendo que cayera dentro del camión, no sin antes presionar el gatillo del arma por instinto; esto causó una fuerte explosión dentro que hizo que el vehículo entero explotara unos segundos después. Ahora ya solo quedaba un camión enemigo.

—¡Que alguien derribe a ese helicóptero! —gritó el conductor del camión restante.

El responsable del lanzacohetes volvió a su posición, y aprovechó un momento en que el camión estaba estable para disparar. Afortunadamente el helicóptero se alejó un poco antes, y el oficial que usaba la Minigun siguió disparando. Después de una lluvia interminable de disparos lograron atravesar el blindaje del camión, haciendo que explotara el depósito.

—Aquí Tormenta Tres, señor. Todos los objetivos han sido eliminados.

—Buen trabajo —les dijo Farman aliviado—. Señor Padish, ya está a salvo. Seguiremos nuestro camino como estaba previsto —le dijo a Robert. Este levantó la cabeza y miró por la ventanilla.

—Les cubriremos hasta que lleven al jefe Padish a un lugar seguro —le dijo el piloto al sargento.

—De acuerdo, contamos con ustedes —respondió Farman.

Aún tenían al camión escolta delante de ellos y ya se encontraban cerca de la salida para ir al centro de detención. Debían salir cuando antes de la interestatal, allí seguían siendo un blanco fácil. Al poco tiempo, Farman recibió otra llamada por el intercomunicador.

—Sargento, unos vehículos se aproximan de frente —dijo el conductor del camión escolta.

—Tormenta Ocho, confirme la situación en la vía —le dijo el sargento al piloto del helicóptero.

—Señor, tres vehículos blindados se dirigen directamente hacia ustedes a toda velocidad —contestaron.

—No puede ser… —murmuró el sargento. Farman sintió miedo de lo que pudiera suceder.

Tres vehículos blindados de color gris se acercaban rápidamente en formación de triángulo. Al conductor del camión escolta no le daba tiempo a frenar ni a retirarse, no tenía tampoco hacia dónde ir, ni había forma de evitar el encuentro. Tres oficiales abrieron fuego sobre los camiones que se aproximaban, pero tampoco fue de mucha utilidad porque estaban reforzados. Desde el helicóptero, el soldado a cargo de la Minigun también hacía todo lo posible por detenerlos, pero por mucho que les disparaba no lograba detenerles. El primero de los tres camiones se adelantó a su encuentro chocando de frente contra el camión escolta. Tras el impacto ambos quedaron completamente destrozados a un lado de la vía, y los sujetos que habían subido al techo cayeron bruscamente sobre el asfalto. El vehículo en el que iba Robert frenó en seco al presenciar eso. Si eran capaces de usar a sus hombres de esa manera, no podían ni imaginarse de lo que serían capaces de hacer si llegaban a atraparlos.

—¡Da la vuelta de inmediato, debemos salir de aquí cuanto antes! —le gritó el sargento Farman al conductor. El vehículo dio la vuelta de inmediato y aceleró al máximo para escapar de los otros dos camiones blindados.

—Intentaremos detenerlos, ustedes continúen —les comunicó el piloto del helicóptero. Pero al maniobrar para iniciar el ataque contra los camiones, el piloto vio que el vehículo donde estaba Robert había frenado de golpe.

—¡Tormenta Ocho, cuidado atrás!—gritó Farman por el intercomunicador. El piloto del helicóptero giró la cabeza y vio como un cohete se dirigía directamente hacia ellos. Ya no había tiempo para esquivarlo. Fue alcanzado y explotó cayendo en llamas fuera de la interestatal.

—Nos han acorralado —dijo uno de los cuatro soldados que protegían a Robert. Vieron cómo los camiones se dirigían hacia ellos por ambos lados de la vía.

—Debemos proteger al jefe Padish, dimos nuestra palabra de que lo mantendríamos a salvo —le dijo el sargento a sus hombres.

—Nos ganan en número y armas —comentó el conductor.

—No intentarán nada excesivo, si su objetivo es secuestrar al jefe Padish, usaremos eso como una ventaja a nuestro favor —dijo el sargento—. Jefe, manténgase a cubierto, nos encargaremos de esto.

Los dos camiones se detuvieron a pocos metros, formando una especie de barricada, la única manera que tenían de escapar era pasando por encima ellos. El sargento y sus hombres abrieron fuego, se habían quedado dentro del vehículo usándolo como escudo y disparando a través de unas aberturas en las ventanillas, que eran a prueba de balas pero aun así no durarían mucho. De cada uno de los vehículos enemigos salieron alrededor de diez hombres disparando contra ellos.

Desconocían la razón por la que perseguían al jefe Robert, pero estaban seguros de que darían su vida para impedirlo. Si había algo de lo cual se enorgullecían las fuerzas especiales era de su ejemplar manejo de las armas. Sus rigurosos entrenamientos los hacían capaces de adaptarse a cualquier situación y, por mucha que fuera la desventaja, siempre encontraban la manera de superarla. Gracias a una puntería casi perfecta, de excelente precisión, uno a uno caían sus atacantes.

El vehículo en el que estaban, a diferencia de los demás de las fuerzas especiales, contaba con un doble armazón que lo hacía ideal para cualquier misión. Fue el mismo alcalde Marcus quien insistió en que lo utilizaran, "nunca se está lo suficientemente seguro y más en estos días", fue lo que le dijo a Robert. A los atacantes les costaba acercarse, no habían considerado la diferencia de experiencia, y obviamente eran superados por la de los oficiales. Ya casi la mitad de ellos había caído.

—Ya es hora de salir de aquí, cambien a segunda función —ordenó el sargento a sus hombres.

Todos cambiaron a la función lanzagranadas. Mientras dos se encargaban de mantener alejados a los atacantes, los otros dos intentaban despejar el camino para poder pasar y seguir hacia la salida.

—Apunten a los neumáticos, las granadas harán el resto —dijo el sargento Farman.

Siguieron sus órdenes y la explosión resultante provocó que los camiones se agitaran fuertemente hacia un lado. Lo intentaron un par de veces más, haciendo que el tanque de gasolina de uno de los camiones explotara. El camión se elevó y cayó a un lado de la vía. Los hombres que habían quedado al descubierto después de las explosiones no tuvieron tiempo de moverse antes de recibir una ristra de balas.

—¡Todo listo! ¡Vámonos! —ordenó el sargento.

El conductor tomó de nuevo el control del vehículo y aceleró. Los atacantes subieron al camión que se mantenía en pie y comenzaron a perseguirlos nuevamente.

—Iremos directamente hasta nuestra base en el sur, lo mantendremos a salvo allí hasta que hayamos resuelto todo este asunto —le dijo el sargento Farman a Robert.

—En serio aprecio todo lo que hacen por mí, me encargaré de que obtengan un buen reconocimiento por esto —le dijo Robert a los soldados.

—Solo hacemos nuestro trabajo, señor —le dijo el conductor sonriendo.

Pasaron en medio de los vehículos en llamas que habían caído a los lados de la vía, mientras el camión enemigo los seguía de cerca con varios hombres disparando desde el techo. Lograron llegar a la salida y dejaron la interestatal tomando la Airport Way. Conducían a toda velocidad por esta larga carretera recta y les seguían de cerca disparándoles para intentar detenerlos. Una vez que alcanzaron una zona más comercial, comenzaron a elaborar un plan para deshacerse de ellos. Si no podían contraatacar, intentarían perderlos entre las calles de la ciudad, aprovechando que el vehículo también poseía una gran maniobrabilidad en curvas cerradas. Comenzaron con el plan, para sorpresa de los atacantes giraron rápidamente a la derecha y siguieron recto por esa vía, al camión enemigo le resultó difícil girar por pero al final lo logró, aunque les adelantaron bastante. Repitieron la misma maniobra en las siguientes calles, haciendo giros rápidos en las esquinas y tomando callejones estrechos por los cuales apenas podía pasar el camión, hasta que al fin lograron perderlos de vista. Ya no había señal de ellos por ninguna parte.

—Los hemos perdido —dijo el sargento Farman mirando por las ventanillas, luego se recostó en el asiento y suspiró de alivió—. Buen trabajo Jackson, juro que te invitaré a un par de cervezas cuando todo esto haya terminado.

—Me aseguraré de que cumpla su palabra, señor —respondió Jackson feliz.

—Estamos a unos pocos minutos de la base, jefe Padish —le dijo Farman a Robert—, ya puede estar tranquilo.

Cuando estaban girando a la izquierda, de la nada apareció el camión que les había estado persiguiendo y venía en dirección contraria. Chocaron con una increíble fuerza haciendo que el vehículo atacante saliera despedido a varios metros de distancia, se volteara y quedara de cabeza. De repente, por otra calle apareció un nuevo camión blindado que paró junto al del jefe Padish. El vehículo casi no había recibido daños por el choque, debido a su doble reforzamiento se encontraba casi intacto, pero las ventanillas se habían roto por la fuerza del impacto y ahora estaban indefensos. Se abrieron las puertas del camión enemigo y bajaron varios hombres armados que los rodearon apuntándolos.

—Señor… —dijo Farman dolorido. Le sangraba la frente y se encontraba desorientado por el golpe. Robert tampoco se encontraba en buenas condiciones, sentía un inmenso dolor en los brazos y las piernas, miró a su alrededor y vio a los demás soldados en condiciones similares. Los hombres que los tenían rodeados se acercaron más hasta estar a solo un metro de ellos, pero ninguno era capaz de moverse.

—¡Salgan del vehículo, ahora! —les ordenó uno de ellos, pero los oficiales eran incapaces de responder y reaccionar. Los atacantes les sujetaron por los brazos y los arrastraron fuera del vehículo. A los cuatro soldados los arrodillaron en el suelo mientras les apuntaban a la cabeza. Robert también estaba arrodillado pero lejos de ellos, dos hombres le sujetaban por los hombros porque se tambaleaba hacia los lados del dolor incesante que sentía.

En ese mismo momento, un camión más llegó al lugar. La puerta del asiento del copiloto se abrió y bajó un hombre que destacaba de los demás. Llevaba una escopeta sobre el hombro derecho y ninguna máscara le cubría el rostro. Era alto y calvo, de un físico enorme que le daría miedo a cualquiera. Se acercó hasta donde tenían a Robert y se detuvo frente a él, sonriendo victorioso.

—Tú vendrás con nosotros. Llévenlo al camión —le ordenó a los hombres que lo sujetaban.

Lo levantaron del suelo sin tener en consideración el intenso dolor que sentía. Lo llevaron hasta la parte trasera del camión, abrieron sus puertas, lo empujaron dentro y de inmediato cerraron detrás de él. El interior estaba vacío y muy oscuro, la única luz que había era la que entraba por unas pequeñas rejillas en el techo.

—Hora de irnos —escuchó decir al mismo hombre que le hizo subir al camión—. No necesito rehenes, deshaceros de ellos. —Escuchó algunos disparos y cómo varios cuerpos caían al suelo. Sin poder hacer nada se recostó en una de las paredes del contenedor y se dejó caer al suelo mientras respiraba agitado. Su cuerpo seguía muy dolorido. Los camiones arrancaron y el incierto destino de Robert quedó en sus manos.

Todas las comunicaciones llevadas a cabo durante el ataque en la interestatal habían sido registradas por los miembros de Inteligencia. Pero desde la última transmisión del sargento Farman, no habían vuelto a saber nada más de ellos y tampoco habían recibido ninguna llamada del jefe Padish. Todos estaban realmente preocupados por él, era inevitable pensar lo peor. Por el momento, lo único que podían hacer era enviar un comunicado a todos los miembros de la agencia sobre la desaparición de Robert. Obviamente al instante recibieron muchas preguntas pidiendo más detalles, pero lo único que sabían era que habían perdido toda comunicación con él y con el equipo responsable de su traslado. En poco tiempo y sin necesidad de esperar una orden, todos los agentes de la ciudad iniciaron la búsqueda.

Olivert y Jenny se habían dirigido rápidamente a la agencia apenas recibieron la noticia sobre Robert. Fueron directos al departamento de Inteligencia para recabar información sobre su paradero.

—¿Qué es lo que tenemos hasta ahora? —le preguntó Olivert a unos miembros del equipo de Inteligencia que trabajaban en unas computadoras.

—Señor, solo tenemos algunos informes de varios civiles, cerca de donde encontraron los cuerpos del sargento Farman y de sus hombres, que dicen haber visto dos camiones alejarse hacia el sur —le dijo una mujer de cabello castaño y cola de caballo.

—Al menos nuestra área de búsqueda se redujo un poco —comentó Jenny, aunque sabía que de todas formas les tomaría trabajo poder encontrar a Robert.

—No podrán salir de la ciudad con todos los accesos bloqueados —dijo Olivert.

—Pero sin pistas que podamos rastrear… encontrarle no será sencillo —dijo Jenny.

Olivert ya se estaba desesperando por no saber qué hacer, qué plan poner en marcha. "¿Qué habría hecho Robert en esta situación?" pensó. Olivert era uno de los que estaba más preocupados por él.

—Es posible que yo sepa a dónde le llevaron —escucharon decir a alguien que entraba en la sala. Era Joseph, tenía una expresión seria en el rostro, parecía estar preocupado por Robert.

—¿Cómo puedes saber eso? —Olivert no se fiaba de él.

—Uno de mis agentes detectó a los camiones que buscamos. Los vio llegar hasta New Holly —explicó Joseph—, donde entraron en una fábrica abandonada cerca de la calle treinta y siete con Myrtle.

—¿Estás seguro de que podemos confiar en esa información? —le preguntó Olivert aún desconfiado.

—Cree lo que quieras, detective —dijo Joseph algo molesto—. Yo ya he cumplido al venir a informaros sobre lo que he averiguado, lo que hagas a partir de ahora es tu problema. Yo me encargaré de rescatar al jefe Padish —dicho eso salió de la sala. Olivert se quedó en silencio sin saber qué decir.

—¿Qué piensas hacer ahora? —le preguntó Jenny. Los miembros de Inteligencia también esperaban su respuesta.

—Envíen algunos equipos a inspeccionar el área. Si esa información resulta ser cierta, que nos informen de inmediato —Al instante, todos los miembros de inteligencia empezaron a contactar a los agentes cercanos a New Holly—. Ahora solo nos queda esperar. —Se quedó mirando las pantallas.

—Parece que algo te está molestando —dijo Jenny.

—Es solo que no me agrada para nada —le respondió en voz baja—. No es alguien a quien le confiaría mi vida —Jenny no dijo nada después de escuchar eso.

—Inteligencia dice que existe una posibilidad de que el jefe se encuentre en ese lugar, espero que estén en lo cierto —le dijo el oficial Johnson a su compañero, ellos fueron los primeros en acudir al lugar ya que eran los que estaban más cerca.

—Lo averiguaremos muy pronto, mantente alerta —dijo Santos, su compañero, mientras conducía.

—Ya puedo ver el lugar —dijo Johnson señalando un viejo edificio más adelante.

Cruzaron una calle más y llegaron a la fábrica abandonada. En sus tiempos de gloria fue una de las más importantes distribuidoras de alimentos en la ciudad, pero hacía varios años que había quebrado, principalmente por problemas económicos. Ahora ese lugar solo era el hogar de vagabundos, o al menos eso era lo que se decía. La entrada principal era un enorme portón de metal de unos dos metros de altura que se veía en buenas condiciones, tratándose de un lugar abandonado. Se detuvieron a pocos metros de la entrada, bajaron del auto y se acercaron al portón, desde donde apenas podían ver el tejado de la fábrica.

—¿Estará abierto? —se preguntó Johnson acercándose. Intentó abrirlo pero no se movió, se dio cuenta de que estaba cerrado por dentro.

—Rodeemos el lugar, tal vez encontremos otra entrada —le dijo Santos. Fueron por un camino a mano derecha, pero el sonido de unos disparos les hizo detenerse. Algunas balas impactaron en el suelo a pocos centímetros delante de ellos haciendo que retrocedieran.

Ambos desenfundaron sus pistolas mientras buscaban el origen de los disparos. Se apartaron del camino y fijaron su vista más allá del portón. Pudieron ver que en el techo de la fábrica había un hombre con una ametralladora, y junto a él aparecieron otros tres sujetos que les apuntaron e inmediatamente comenzaron a dispararles de nuevo.

—Salgamos de aquí —dijo Johnson mientras corría hacia el auto. Seguían disparándoles pero las balas daban cerca de ellos, como si solo quisieran ahuyentarlos.

—Hay que informar de esto en la agencia. Este es el lugar. Seguro que el jefe Padish está ahí dentro en alguna parte —dijo Santos. Llegaron al auto y abandonaron el lugar. Los hombres del tejado dejaron de disparar y regresaron al interior de la fábrica.

—Ellos enviarán el mensaje —dijo un hombre que había presenciado lo ocurrido desde una de las ventanas de la fábrica. Se trataba del mismo sujeto que se había llevado a Robert. Detrás de él había cuatro hombres de pie—. Preparar las armas, muy pronto tendremos visita —les dijo.

Todos se alejaron de allí dejándole solo, aunque no del todo. A su derecha había alguien sentado en el suelo y recostado en una pared. Era Robert, que apenas podía moverse del dolor que sentía por todo el cuerpo. El corpulento secuestrador sonrió divertido mientras se acercaba a él.

—Ahora veremos de qué son capaces tus hombres… ¿hasta qué punto se arriesgarán para intentar salvarte? —Robert se limitó a mirarlo durante unos segundos, luego dirigió la mirada hacia la ventana y se quedó así un largo tiempo. Apenas podía notar lo nublado que estaba el cielo ese día.

## Capítulo 9: Acciones que acaban matándote

Los oficiales Johnson y Santos de regreso a la agencia fueron informando a Inteligencia sobre todo lo ocurrido en la fábrica, cómo les disparaban para ahuyentarles y la alta probabilidad de que el jefe Padish estuviera allí retenido. Al llegar, fueron directamente a la sala de Inteligencia donde Olivert les estaba esperando. Además de lo que ya habían informado por sus intercomunicadores, dieron una descripción más detallada de los hechos. En ese momento, Olivert ocupaba el lugar de Robert, pues en su ausencia el oficial con más experiencia tenía que reemplazarlo. Pero en realidad a Olivert no le agradaba la idea de ser jefe, solo lo hacía para poder rescatar a Robert cuanto antes.

—Lo que aún no sabemos es el número de hombres que hay en esa fábrica —dijo Olivert mientras revisaba los monitores. Gracias a la visión satelital tenían una vista clara del exterior de la fábrica, en la azotea había algunos hombres cubriendo cada extremo del lugar, pero no sabían cuántos más habría en el interior—. Son aproximadamente trescientos metros cuadrados, un área demasiado grande, así que debemos actuar con mucho cuidado.

—Tampoco sabemos de qué armas disponen. Los equipos que utilizaron para secuestrar al jefe Padish no los puede conseguir cualquiera. Será una misión complicada —dijo Jenny bastante seria.

—Teniendo en cuenta lo bien organizados que están, lo mejor sería solicitar más apoyo —dijo Olivert. Luego se dirigió hacia uno de los agentes de Inteligencia—. Comuníquenme con el general Carrigan, estoy seguro de que querrá participar en esto.

El general Carrigan era uno de los hombres más importantes de toda la milicia por sus grandes hazañas en el pasado y, aún con cincuenta años, demostraba ser todavía todo un profesional. Era un hombre mayor pero estaba en buena forma, siempre llevaba el uniforme militar puesto. Su lugar de trabajo era una base militar al sur de Seattle, hacia donde se dirigían el sargento Farman y sus hombres cuando trasladaban a Robert. Cuando se enteró de lo que le había ocurrido a sus hombres, juró que los responsables pagarían por lo que hicieron. Olivert había contactado con él y le había explicado que aquella fábrica era el lugar donde se escondían los secuestradores y donde probablemente tendrían a Robert, y el general había accedido a colaborar de inmediato.

—Cuenten conmigo, me encargaré de proporcionarles todos los hombres y el equipo que sea necesario —le dijo el general a Olivert por teléfono. Su voz era grave e intimidante.

—Le agradezco mucho su ayuda, general —le dijo Olivert colgando el teléfono—. Escuchen bien todos, necesito que envíen de inmediato a ese lugar a todos los equipos de asalto disponibles —les dijo a todos los miembros de Inteligencia—. Y que nuestros helicópteros estén listos y a la espera de mis órdenes —dicho eso dejó la sala. Jenny se quedó unos segundos más observando los monitores, algo parecía molestarle, y luego se fue.

***

El general Carrigan estaba supervisando la movilización de algunos vehículos blindados, cinco en total, cada uno con un equipo de quince soldados bien armados. El mismo general en persona se encargaría de guiarlos hacia el lugar acordado y comandar el ataque, pues para él esto ya se trataba de un asunto personal. Además, contaban con dos de sus mejores helicópteros de ataque, de mayor blindaje y más veloces que sus versiones anteriores. Estaban equipados con dos torretas en los laterales, con versiones modificadas de las Minigun, de mejor precisión y una mayor cadencia de tiro.

—¡Escuchen atentamente, soldados! —les dijo el general a sus hombres desde lo alto de uno de los vehículos para que todos pudieran oírle—. No voy a mentirles, vamos camino a un peligroso campo de batalla y no sabemos lo que nos espera allí —Todos escuchaban atentamente sus palabras, entre los soldados él era una figura de gran respeto—, pero por el

honor de todos nuestros compañeros caídos, nosotros nos encargaremos de llevar justicia en sus nombres —Se detuvo por unos segundos mientras observaba a sus hombres— ¿Están preparados?

—¡Señor! ¡Sí, señor! —Todos los soldados presentes se pusieron firmes e hicieron un saludo militar.

—Eso quería escuchar —les dijo el general—. ¡Salimos de inmediato!

Los soldados subieron a los camiones y enseguida se pusieron en marcha. Desde la base militar solo les tomaría unos pocos minutos llegar a la fábrica.

***

—Aquí el detective Crane a todos los oficiales que se dirigen New Holly —transmitía Olivert por el intercomunicador de su auto. Él y Jenny ya estaban de camino a la fábrica—. Tomen posición en diferentes puntos alrededor de toda el área. No debemos darles ninguna oportunidad de escapar. Debemos asegurar el éxito de esta misión.

—Siempre dices que prefieres trabajar solo —le dijo Jenny—, pero tienes un don para dirigir a las personas, ¿no has considerado ser jefe de policía? —A Olivert le tomó por sorpresa esa pregunta y más viniendo de ella, aunque no era la primera vez que le decían algo similar, eso mismo ya lo había escuchado de otras personas que reconocían sus habilidades.

—Me han hecho esa misma pregunta muchas veces y siempre contesto lo mismo. Simplemente no me interesa —dijo sin vacilar—. Trabajar todo el día en una oficina no es lo mío —Jenny se quedó pensativa y el resto del camino ninguno de los dos dijo nada más.

Alrededor de toda la fábrica varias unidades de asalto y equipos militares habían tomado posiciones, mantenían vigiladas cada una de sus entradas y la azotea mientras esperaban órdenes. El general Carrigan hacía poco que había llegado al lugar, coordinaba la posición de sus hombres mientras les explicaba el plan que ejecutarían una vez que hubiesen entrado en la fábrica. En ese momento llegaron Olivert y Jenny fueron directos a ver al general. Se encontraban a unos diez metros de la entrada principal detrás de unas barricadas, donde algunos soldados estaban a cubierto vigilando. Hasta el momento, no habían visto ningún movimiento en los alrededores de la fábrica, todo parecía demasiado tranquilo.

—Tiempo sin verlo, general —le saludó Olivert acercándose a él—. Qué bueno que aún no haya decidido retirarse.

—Detective Crane —dijo el general estrechando su mano—, hará falta más que los años para hacer que deje mi puesto, eso se lo puedo asegurar.

—¿Cómo va todo por ahora?

—Desde que llegamos no hemos visto ningún movimiento en toda el área, es fácil pensar que esperan a que entremos para tendernos una trampa —le dijo Carrigan.

Con unos binoculares observaba cada rincón de la fábrica e intentaba localizar a los hombres que secuestraron a Robert, pero sin ningún éxito.

—Nuestro equipo de Inteligencia ha estado monitoreando el lugar desde que dos de nuestros agentes notificaron que los habían atacado. Desde entonces nadie ha entrado ni salido.

—Al menos sabemos que sí están ahí dentro.

—Señor —unos de los hombres del general se acercó a él—. Todos se encuentran en las posiciones asignadas y esperan sus órdenes.

—De acuerdo, puede regresar a su puesto —El soldado hizo un saludo militar y se retiró. Carrigan tomó el intercomunicador que llevaba en su cinturón—. Señores, llegó la hora de iniciar esta operación.

En total había tres entradas a la fábrica, cada una con unos enormes portones de metal y en cada uno de ellos habían colocado varios explosivos C4. Los activaron en el momento en que el general dio la orden para entrar y, tras unas fuertes explosiones, los portones cayeron

pesadamente hacia adentro. De inmediato, todos los soldados detrás de las barricadas avanzaron hacia el interior.

—Aquí el detective Crane a todos los equipos de asalto. Comienza la misión.

Más allá de las barricadas estaban los camiones negros de asalto y los equipos de cinco hombres cada uno que, ya preparados, avanzaron dentro del área de la fábrica. Alrededor de ésta había un terreno baldío con restos de tractores y maquinaria, todos enrojecidos por el óxido. La fábrica estaba conformada por un área de producción central de unos mil metros cuadrados de extensión, con un edificio de tres pisos de oficinas de unos veinte metros de alto en total, y otros dos edificios de cinco pisos cada uno ubicados a ambos lados. Los equipos que entraron en la zona se dispersaron en diferentes direcciones.

—Aquí Anderson. Mi equipo registrará el edificio de la derecha —dijo el líder de uno de los equipos militares a través de su intercomunicador.

—Aquí Zorro Uno, ingresaremos al complejo central —informó el líder de un equipo de asalto.

Todos los equipos se dirigieron a los lugares indicados. Las entradas estaban cerradas por lo que forzaron las cerraduras. Estando en alerta ante una posible emboscada ingresaron a los edificios.

Los pasillos estaban completamente a oscuras y parecían interminables así que los equipos avanzaban con cuidado mientras registraban cada una de las oficinas. Además, los dispositivos de sus muñecas les avisarían si detectaban cualquier explosivo.

—Piso uno, despejado —dijo Anderson—. Procedemos a subir al piso dos.

La estructura central era la parte más amplia de toda la fábrica y estaba dividida en varios sectores de producción. El equipo Zorro Uno revisaba a fondo el lugar, a oscuras y con maquinaria oxidada por todas partes. En cualquier momento podrían ser víctimas de una emboscada.

—Ramírez, informe de su situación —solicitó el general al líder de otro equipo.

—Señor, nos encontramos en la zona de carga, hemos encontrado los camiones negros que mencionaron en los reportes —informó el soldado Ramírez. Su equipo junto a otros dos se encontraban inspeccionando los camiones en la amplia zona de carga de la parte trasera del complejo central.

—Entendido. Encárguense bien de eso, no quiero que tengan la más mínima oportunidad de escapar.

—Sí, Señor.

El equipo de Ramírez siguió registrando los más de diez camiones, primero las zonas de asientos, después la parte trasera, el cajón de carga. Cuando abrieron las puertas de uno de ellos, fueron sorprendidos por varios hombres con máscaras negras que portaban ametralladores y escopetas. Los soldados reaccionaron al instante y retrocedieron, ambos bandos comenzaron a disparar. De los demás camiones empezaron a salir más hombres. Estaban acorralados.

Desde donde estaban el general y los detectives se escucharon claramente los disparos, era la señal de que los enfrentamientos ya habían comenzado. Inmediatamente, varios grupos de soldados y equipos de asalto que se encontraban cercanos a la zona de carga acudieron en su ayuda.

Mientras tanto, los equipos que inspeccionaban los edificios laterales ya estaban terminando de registrar el tercer piso, pero en el momento en que se dirigieron hacia las escaleras para subir al piso superior, sus dispositivos sonaron indicando varios explosivos cerca de ellos. De repente las puertas de las oficinas estallaron, y de cada una salieron varios hombres armados que comenzaron a atacarlos.

Aquellos que habían ingresado al complejo central fueron sorprendidos por varios reflectores, que fueron encendidos desde uno de los pasillos del fondo, y unos veinte hombres

se acercaron a ellos disparando a discreción. Los oficiales aprovecharon los restos de maquinaria para cubrirse y contraatacar.

Por las azoteas del complejo central y de los edificios laterales aparecieron más hombres, todos armados con ametralladoras. Los equipos que en ese momento estaban en los terrenos exteriores de la fábrica, usaron los viejos tractores para cubrirse y responder al fuego enemigo.

Todas las áreas de la fábrica se habían convertido en un campo de guerra.

—General, llame a sus helicópteros. Que eliminen a los de las azoteas —le dijo Olivert a Carrigan.

—Me has leído la mente, detective —dijo el general tomando su intercomunicador para contactar con los helicópteros, que aguardaban sobrevolando en los alrededores de la fábrica—. Llegó la hora, avancen y eliminen a todos los objetivos.

—Aquí Huracán Uno avanzando —respondió uno de los pilotos.

—Aquí Huracán Dos, me encargaré del edificio del este —comunicó otro piloto.

Los superiores de Carrigan solo le habían permitido usar dos helicópteros para la misión, pero serían más que suficientes. Llegaron desde diferentes direcciones y sobrevolaron los muros de la fábrica y el terreno baldío, a tan solo unos diez metros de los edificios. Ante la presencia de los helicópteros, los hombres en las azoteas comenzaron a disparar, aunque con el buen blindaje que tenían y el buen manejo de sus pilotos, no les sería fácil derribarlos. Las puertas laterales de ambos helicópteros se abrieron revelando las torretas con las Minigun modificadas. Gracias su gran potencia y precisión de disparo, no les tomó mucho trabajo deshacerse de la mayoría de los hombres y, gracias a esto, los equipos sobre el terreno aprovecharon la oportunidad para ingresar a los edificios y apoyar a los equipos que ya estaban dentro.

—Nos encargaremos de cubrirlos desde fuera —informó Huracán Uno.

Sobre el tejado de los edificios había unos pequeños almacenes de donde salieron más hombres portando todo tipo de armas pesadas, desde lanzacohetes hasta torretas móviles. Tomaron posición en distintos puntos de la azotea y comenzaron a atacar a los helicópteros. Los pilotos reaccionaron rápidamente y se alejaron, viéndose forzados a realizar algunas maniobras para que los cohetes no les alcanzaran. Además debían apartarse de la línea de fuego de las torretas que usaban un calibre de bala capaz de atravesar su blindaje. Ahora tenían que sobrevolar en círculos alrededor de los edificios mientras atacaban, ya no podían acercarse más porque los atacantes los estaban manteniendo a raya.

—Sera mejor que solicitemos más apoyo aéreo —dijo Olivert, no sabía de cuantas armas disponían esos sujetos y no quería correr el riesgo ya que era la vida de Robert la que estaba en juego. De nuevo tomó su intercomunicador y contactó con Inteligencia—. Aquí el detective Crane, necesito que envíen a todos nuestros Black Hawk de inmediato.

—Recibido —respondieron desde Inteligencia—. Los Black Hawk Uno y Tres están despegando ahora mismo, y los Black Hawk Dos y Cuatro ya están en el aire y se dirigen hacia su posición.

—De acuerdo, buen trabajo.

Al lugar llegaron dos helicópteros más, pertenecían a la misma agencia de Inteligencia. Aunque no poseían un blindaje muy resistente, sí eran muy ligeros por lo que resultaban ser más veloces y ágiles que los helicópteros militares. Se mantuvieron a mayor distancia que estos, pero a cada lado tenían a un agente de asalto portando un rifle semiautomático del calibre cero veintidós y preparados para disparar.

—Eliminen primero a las torretas, los hombres de Carrigan se encargarán de los lanzacohetes —les ordenó Olivert.

En total había seis torretas en la azotea. Los helicópteros se mantuvieron estables en el aire mientras los agentes apuntaban, era un gran trabajo que requería de una gran precisión.

Al tener los blancos en la mira dispararon enseguida. Cada uno de los manejadores de las torretas cayó ante la impecable puntería de los agentes. Gracias a esto los helicópteros militares pudieron volver a estabilizarse y las Minigun terminaron el trabajo eliminando a los hombres que portaban los lanzacohetes.

—Un gran trabajo, debo decir —dijo el general satisfecho.

—Guardémonos los halagos para después —dijo Olivert—, esto aún está lejos de terminar.

De pronto escucharon como si encendieran unos vehículos, era un fuerte sonido que se escuchaba por toda la zona.

—¡Señor!—dijo Ramírez con voz agitada por el intercomunicador . Su equipo y otros más habían sido emboscados en la zona de carga— ¡Mataron a casi todos mis hombres! Salieron de la zona de carga en dos camiones, es muy probable que se estén dirigiendo hacia su posición.

El sonido de los motores se hizo más fuerte, y por la parte trasera aparecieron los diez camiones que los equipos de militares habían encontrado en la zona de carga. Las puertas laterales de las cajas de carga iban abiertas y dentro había varios hombres con diferentes armas de fuego. Además, en los techos de los mismos otros hombres estaban armados con lanzacohetes.

—Huracán Uno y Dos, desháganse de los camiones inmediatamente —ordenó Carrigan.

—A todos los Black Hawk, elimínenlos cuanto antes —ordenó Olivert.

Enseguida los helicópteros comenzaron a disparar contra los camiones. Las balas de la Minigun no podían perforar fácilmente las cubiertas, además les costaba apuntar debido a que se mantenían en constante movimiento, de un lado a otro maniobraban bruscamente. Los agentes de asalto de los helicópteros apuntaban principalmente a los conductores de los camiones, contaban con la suficiente experiencia para poder acertarles aun estando en movimiento, pero tras varios intentos fallidos se dieron cuenta de que los parabrisas estaban fuertemente reforzados y apenas no les habían hecho algún daño.

—Hay que cambiar de táctica. Les llevará demasiado tiempo deshacerse de ellos si continúan así —comentó Olivert.

—Ya lo tengo resuelto —dijo Carrigan—. Unidades. ¡Avancen!

Desde los camiones en los que había llegado con sus hombres, bajaron dos equipos más de soldados que entraron de inmediato en la zona portando ametralladoras con función de lanzagranadas. Dispararon las granadas contra los camiones, usando la misma estrategia que sus compañeros caídos en la interestatal, apuntando siempre a los neumáticos. Dos de los camiones se tambalearon hacia un lado y terminaron volcando. Entonces las Minigun aprovecharon la oportunidad para dispararles haciendo que desaparecieran en medio de fuertes explosiones. Los hombres con lanzacohetes eran los primeros en caer, gracias a los agentes de asalto y su casi perfecta puntería. El resto de los camiones iban cayendo uno a uno gracias a la combinación de las granadas y las Minigun, de esta forma no pasó mucho tiempo hasta que lograron deshacerse de todos ellos.

—Excelente trabajo a todos —les felicitó el general sonriendo.

—Permanezcan sobrevolando el área y estén alerta, no sabemos qué más nos tienen preparado —dijo Olivert.

—Envíen un equipo médico a la zona de carga, tenemos algunos hombres heridos —dijo Carrigan.

De otro de los camiones bajaron dos soldados con cascos de color blanco, que indicaban que eran del equipo médico, y fueron escoltados por un grupo de soldados.

—Parece que ha llegado nuestro turno de actuar —dijo Jenny—. Dentro aún necesitan apoyo, voy a entrar. —Se adelantó corriendo en dirección a la fábrica.

—¡Jenny, espera! —gritó Olivert. Pero ella le ignoró y siguió corriendo—. Esta imprudente…—Aún no se había acostumbrado a su carácter impulsivo—. ¿Puedes tomar el mando?

—No será ningún problema —contestó Carrigan.

Olivert también entró corriendo detrás de Jenny. En el interior de los edificios se habían multiplicado los enfrentamientos y ambos bandos habían sufrido innumerables bajas. Los equipos de asalto y soldados habían logrado avanzar casi hasta el último piso, habiendo sido de gran ayuda los dispositivos detectores de explosivos.

—Señor, nos acercamos al último piso —informó Anderson.

—Estén alerta, puede que les espere otra emboscada.

Siguieron avanzando hasta llegar al último tramo de escaleras, sus detectores no recibían ninguna señal y subieron sin ningún problema. El último piso era un área de oficinas que inspeccionaron una a una. Cuando ya habían revisado casi todo el piso, les pareció extraño no haber recibido más ataques; el piso se encontraba completamente vacío.

—Aquí Anderson, no encontramos nada en el último piso. Sin rastro del jefe Padish —dijo Anderson decepcionado. Sentía que sus hombres habían muerto por nada.

—Entendido —respondió Carrigan—. Por ahora necesito que regresen cuanto antes, los demás equipos necesitan apoyo.

—A sus órdenes —dijo Anderson, que dio la orden a los demás soldados y agentes de abandonar el lugar para dirigirse al complejo central.

Jenny había llegado al área de producción donde se habían iniciado todos los enfrentamientos. Por todos partes se veían los restos de múltiples explosiones y había marcas de bala en el piso y las paredes. Además había varios cuerpos sin vida tanto de los enemigos como de sus compañeros. A lo lejos, en otra sección de la fábrica a mano derecha, logró escuchar varios disparos, y sin perder tiempo se dirigió hacia allí. Olivert también llegó al mismo lugar y pudo ver a Jenny ir por el camino de la derecha. Mientras corría para alcanzarla, atravesaba los pasillos de la fábrica e iba viendo los destrozos tras los enfrentamientos, pero no veía a Jenny por ningún lado.

—¿A dónde has ido? —se preguntó algo preocupado.

Siguió corriendo revisando cada uno de los pasillos que cruzaba, pero no había rastro de ella. Llegó hasta el final de un pasillo donde encontró una puerta de metal corrediza que estaba entreabierta, se notaba que la cerradura había sido forzada. Se acercó con cuidado y la abrió asomándose poco a poco. A lo lejos divisó a tres hombres de uniforme negro que estaban revisando los cuerpos de algunos soldados muertos, parecían disfrutar registrándolos y buscando algo que poder robar.

—Deberían tener un poco de respeto —murmuró Olivert. Atravesó por completo el umbral de la puerta y les silbó para llamar su atención. En el instante en que se dieron cuenta de la presencia de Olivert, cada uno recibió un disparo en la cabeza antes de siquiera poder desenfundar sus armas—. Tres —dijo retomando su viejo hábito. No era algo propio de él atacar a alguien por la espalda, siempre ofrecía a sus enemigos la oportunidad de defenderse, aunque nunca llegaban a ser tan rápidos como él.

—¡Al suelo! —Olivert escuchó una voz femenina que le gritó. Por propio reflejo hizo lo que le pidió, pero entonces dispararon un arma varias veces. Se dio la vuelta y vio a dos sujetos muertos—. No es propio de ti distraerte de esta manera. —Volvió a escuchar la voz esta vez en un tono serio. Era Jenny, que se acercaba hacia él.

—Solo estaba pensando en algunas cosas, lo tenía todo controlado —dijo Olivert.

—Como sea. Es mejor seguir, aún tenemos mucho trabajo que hacer. —Dio media vuelta y regresó por el pasillo por el que vino.

—¡Espera! —gritó Olivert, pero ella de nuevo lo ignoró y siguió caminando a paso rápido—. ¿Qué rayos te sucede ahora?

Olivert corrió para alcanzarla y la siguió de cerca. En el camino comenzaron a encontrarse con algunos soldados y agentes, todos estaban inmersos en varios enfrentamientos, en los que también participaron. Así continuaron avanzando, uniéndose a todos los equipos con los que se encontraban. En poco tiempo habían logrado asegurar toda la zona inferior de la fábrica. Como ya habían eliminado a todos los enemigos del exterior, los equipos que estaban fuera pudieron entrar y apoyarlos.

Siguieron hacia las oficinas de los pisos superiores por un largo tramo de escaleras, al llegar arriba los equipos se desplegaron para cubrir toda la zona de manera más rápida. Olivert y Jenny se unieron a un grupo de asalto formado por seis hombres. De varias oficinas comenzaron a salir más enemigos abriendo fuego. Aunque los detectives solo contaban con sus pistolas, un solo disparo era suficiente para deshacerse rápidamente de cada uno de ellos.

—Sigan avanzando rápido hacia los pisos superiores —les dijo Olivert a todos sus hombres a través del intercomunicador—. General Carrigan ¿cuál es la situación fuera de la fábrica?

—Todo en orden detective —respondió el general—. La zona exterior está completamente despejada. Me dirijo con un equipo hacia el edificio de la derecha, perdí toda comunicación con los equipos que envíe a revisarlo.

—Entendido, buena suerte —le dijo Olivert cortando la transmisión, en ese momento se detuvo al darse cuenta que ya llevaba tiempo sin recibir noticias de los equipos que envió a ese edificio—. Zorro Tres, reporte su situación —llamó al líder de uno de los equipos, pero nadie respondió y la señal tenía un poco de interferencia—. Atención a los Black Hawk, necesito que echen un vistazo al edificio de la derecha.

—Sí, señor —respondieron los pilotos.

—Debemos continuar —le dijo Olivert a Jenny y a los agentes de su grupo.

Llegaron al último piso que, a diferencia de los demás, estaba completamente vacío. Ocurrió lo mismo que en el edificio de la izquierda, por mucho que buscaron, no encontraron rastro alguno del enemigo ni de Robert.

—Entonces solo queda un lugar en el que pueda estar —dijo Olivert.

En ese momento escucharon unas fuertes explosiones que provenían del exterior de la fábrica. Se acercaron rápidamente a unos ventanales de las oficinas y se sorprendieron al ver cómo dos de los Black Hawk caían envueltos en llamas y explotaban al chocar contra el suelo.

—¡Señor, nos atacan desde el edificio del este!—dijo por el intercomunicador uno de los Black Hawk—. ¡Están usando misiles rastreadores de calor! —Se escuchó, en el mismo momento en que los oficiales veían como un misil lanzado desde la azotea del edificio contiguo alcanzaba al Black Hawk con el que se estaba comunicando Olivert. El piloto había intentado evitarlo virando hacia un lado, pero el misil también había cambiado de dirección siguiéndolo y a una increíble velocidad lo había finalmente alcanzado. La transmisión se interrumpió cuando el helicóptero explotó y cayó envuelto en llamas.

—No es posible —dijo Olivert en voz baja mirando la azotea del edificio de al lado. Era un poco más alto que el complejo central donde se encontraban, y varios hombres de pie cerca del borde, levantaban sobre sus hombros un enorme cilindro de color verde, un lanzamisiles muy poco común—. General, responda. —Intentó comunicarse con él pero solo escuchaba interferencias en la llamada. Olivert sintió que la sangre se le helaba, de pronto salió corriendo de la oficina.

Corrió por todos los pasillos hasta que encontró las escaleras que llevaban a la azotea, recordó haberlas visto cuando estuvieron registrando ese piso. Subió rápidamente hasta que llegó a una puerta que abrió de una patada. Fue recibido por una lluvia de balas de los hombres del edificio contiguo. Olivert corrió hacia uno de los almacenes que se encontraban

cerca y se cubrió detrás de una de sus paredes, al ser de cemento le protegería de las balas, pero no contaría con tanta suerte si llegasen a usar un lanzacohetes.

—¡Alto el fuego! —escuchó que alguien gritaba haciendo eco entre ambos edificios. Los hombres dejaron de disparar y Olivert se asomó un poco para ver lo que pasaba. Entonces vio a un hombre calvo, de un físico enorme, de pie en el borde del edificio de al lado.

—No sé si serás muy valiente o muy estúpido por haber subido solo —rió el hombre.

—¿Quién eres? —preguntó Olivert apenas dejándose ver, aunque ambos edificios estaban lo suficientemente cerca. El hombre volvió a reír ante su pregunta.

—Nadie en particular, aunque hay quienes me llaman Tank. Solo soy alguien a quien le gusta mucho la destrucción —Miró hacia su izquierda, a los helicópteros en llamas que habían sido derribados por sus hombres—, y me gusta llevarla a todas partes.

—¿Dónde está Robert?

—¿Te refieres a este anciano? —Tank hizo una señal con su brazo y unos de sus hombres se acercó a él. Traía a alguien que tenía las manos amarradas a la espalda, un saco negro cubriéndole el rostro, y luchaba inútilmente por soltarse. El hombre corpulento tomó al sujeto por los hombros, le obligó a caminar hasta el borde del edificio y retiró el saco revelando el rostro de Robert. No tenía muy buen aspecto, su cuerpo tenía múltiples heridas y estaba sangrando por la frente—. Le hemos estado cuidando, ha sido un buen incentivo para que vinieran a nosotros.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Olivert ahora enojado.

—Aplastar toda esperanza en esta ciudad —dijo Tank en tono serio—. Nuestro señor jefe de policía aquí presente resulta ser alguien muy importante para sus habitantes, sin él entrarían en un estado de pánico único. —Acercó a Robert aún más al borde del edificio. Si llegara a caer sería una muerte segura.

—¡Detente! —gritó desesperado. Por un segundo pensó en dispararle, si lograba matarlo en ese instante podría salvar a Robert, aunque debía tener mucho cuidado de no herirle.

—Olivert —escuchó la voz de Jenny detrás de él, volteó hacia las escaleras y la vio llegar junto a varios agentes de asalto y algunos militares, que al ver al hombre sosteniendo al jefe Padish le apuntaron de inmediato.

—¡No disparen! —les ordenó Olivert. Todos ellos se sorprendieron por la orden, le obedecieron aunque se quedaron apuntándolo, solo por si intentaba algo precipitado.

—Veo que eres muy hábil, detective —dijo Tank—, pero tus acciones por intentar desesperadamente salvar a otros te llevará algún día a tu propia muerte. —Lo acercó aún más al borde, ya estaba en un punto en el que si soltaba su hombro Robert caería al vacío.

—¡Eres un maldito cobarde! —gritó Olivert apuntándole con su pistola.

Las manos le temblaban, no sabía qué hacer, la vida de Robert pendía de un hilo. En medio de sus pensamientos, escuchó que sonaba el intercomunicador de su cinturón, estaba recibiendo una llamada, seguramente de alguno de los agentes de asalto, aunque no tenía ninguna intención de contestar.

—Piensas demasiado las cosas, detective—decía una voz por el intercomunicador. Aún en medio de la desesperación, al instante reconoció a quién pertenecía.

—¿Joseph? —murmuró Olivert sin despegar la vista del sujeto.

—Te daré una mano, no la desperdicies —dijo Joseph terminando con la comunicación.

A una cuadra de la fábrica, Joseph se encontraba en la azotea de un edificio de seis pisos. No hacía mucho que había llegado al lugar y se había ocupado de medir la distancia con su objetivo y la velocidad del viento, detalles importantes que un francotirador nunca debía descuidar.

—Distancia de cien metros, viento de quince kilómetros por hora —A su lado tenía un pequeño anemómetro con el que podía medir la velocidad del viento. “Será sencillo” pensó

mientras sostenía su viejo pero potente rifle. Ya tenía a su objetivo en la mira—. Espero que aprecies esto.

Disparó. La primera bala impactó directamente en la cabeza de uno de los hombres cerca de Tank, matándolo al instante. Según volteaba para ver lo que le había pasado, tres más de sus hombres cayeron de igual manera.

—¿Qué demonios está pasando? —se preguntó Tank. Tomó a Robert del cuello y lo llevó hacia atrás—. ¡Mátenlos a todos! —ordenó a sus hombres mientras se dirigía hacia las escaleras.

Se originó un nuevo enfrentamiento. Olivert intentó disparar a Tank para detenerlo pero estaba demasiado expuesto y las balas podían alcanzarlo, se cubrió de nuevo detrás del almacén y comenzó a disparar. Joseph seguía disparando y logró deshacerse de la mayoría de los hombres, además los agentes dentro del Black Hawk también hicieron valer su habilidad con los rifles y eliminaron a todos los que portaban lanzamisiles. Solo fue una mera cuestión de tiempo el eliminar a todos los hombres de la azotea. Olivert miró hacia las escaleras, pero el hombre ya se había llevado consigo a Robert.

—Señor —le habló uno de los agentes a Olivert—, debemos bajar rápido e interceptarlo cuando salga del edificio.

—Seguirá usando a Robert como escudo, hay que intentar otra cosa —dijo Olivert.

En ese mismo momento, logró ver a Tank por las escaleras junto a las ventanas, ya había bajado un piso arrastrando a Robert con él. A Olivert se le ocurrió la idea más peligrosa que había tenido en su vida. Casi inconscientemente comenzó a caminar hacia la cornisa de la azotea, apresuró el paso y luego corrió. Jenny lo vio y creyó saber lo que estaba pensando.

—¡Olivert, detente! —le gritó, aunque esta vez era él quien no quería escuchar.

Olivert llegó al borde, tomó un último impulso y saltó. Todos los agentes y soldados que estaban en la azotea se quedaron sin palabras, alarmados corrieron todos hacia la cornisa. Dos pisos más abajo, en el edificio de al lado, Tank seguía bajando las escaleras arrastrando a Robert, cuando de repente la ventana a su lado estalló en pedazos y Olivert apareció atravesando los cristales. La fuerza con la que se lanzó hizo que chocara contra ellos, derribándolos. Robert cayó a unos pocos metros de Tank, Olivert aun incrédulo por lo que acababa de hacer intentó ponerse de pie, pero Tank lo detuvo con una patada en la espalda.

—Te dije que algún día tus acciones terminarían matándote —dijo Tank mientras lo pateaba en el estómago dejándolo sin aire—. Te haré el gran favor de hacerlo yo mismo.

Sacó la pistola que llevaba en la funda de su cinturón y le apuntó. Olivert aún estaba sin aire, no podía detenerlo, cerró los ojos por reflejo y entonces escuchó un disparo.

—¡Aléjate de él! —alguien gritó. Abrió los ojos y vio que Tank se había apartado de él, había soltado la pistola y ahora se sujetaba el hombro derecho que sangraba. Volteó la mirada en la dirección del grito, era el general Carrigan—. Me alegro de haber llegado a tiempo —le dijo a Olivert mientras apuntaba a Tank.

—General… —le dijo Olivert mientras tosía recuperando el aire y se ponía en pie—, creí… que había muerto…

—Una explosión dañó mi intercomunicador, nos acorralaron en el segundo piso pero por suerte logramos salir ilesos —le explicó el general—. Subimos en cuanto pudimos. Me alegra haber llegado a tiempo —junto al general había varios soldados que rodeaban a Tank apuntándolo.

—No lo maten… —ordenó Olivert—. Aún tengo muchas preguntas que hacerle. —Los soldados se acercaron lentamente hacia Tank, le sujetaron por los brazos y le obligaron a arrodillarse en el suelo.

—También me alegra ver que estás bien —dijo Carrigan acercándose a Robert. Con un cuchillo cortó las cuerdas de sus brazos y le ayudó a levantarse.

—Es una forma de decirlo… —dijo Robert dolorido aún por las heridas—. Muchas gracias por la ayuda.

—A quien debería agradecerle de verdad es a su detective, él hizo todo esto posible —dijo Carrigan. Olivert se acercó a ellos, se sentía muy aliviado al ver que Robert se encontraba a salvo.

—Es bueno verte vivo —dijo Olivert medio en broma mientras sonreía.

—Debo decir que eso fue lo más estúpido que te he visto hacer desde que te conozco —le dijo Robert refiriéndose al salto que había hecho entre los edificios—, pero ante todo debo agradecerte, lograste salvarme. —Ahora podía respirar tranquilo, aunque todavía sentía su cuerpo muy dolorido.

—Me encargaré de llamarte una ambulancia, estás hecho un desastre —bromeó Olivert.

—Por favor… no soporto este dolor en la espalda —dijo Robert.

—Señor —dijo uno de los soldados—. Le hemos registrado y está completamente limpio.

—Buen trabajo —les dijo Carrigan—, llévenlo con los hombres de Robert, ellos se encargarán de él. —Dicho esto, sus hombres se llevaron a Tank esposado.

—Recuerda bien mis palabras, detective —le dijo Tank a Olivert mientras se lo llevaban—. Personas como tú no viven mucho tiempo.

Olivert se quedó mirándolo fijamente hasta que desapareció por las escaleras con los hombres de Carrigan. Sus palabras lo hicieron pensar, era cierto que estuvo cerca de morir intentando salvar a Robert, quien sabe hasta cuándo le duraría la suerte.

Ese día había sido una guerra, todos agradecían que no se hubiera extendido por la ciudad, los oficiales fueron capaces de detener a esos hombres aunque el trabajo costó muchas bajas. Lo extraño fue que no descubrieron exactamente cuáles eran sus planes, el sujeto que se hacía llamar Tank decía que querían aplastar toda esperanza en la ciudad, pero ¿con qué propósito?

Retiraron a todas las unidades y comenzaron una investigación a fondo en la fábrica y llevaron a todos los heridos a las salas de emergencia. El primero en ser atendido fue Robert, después de todo, él fue la razón por la que la misión se llevó a cabo.

Al siguiente día, el alcalde Marcus había retirado la orden de emergencia en la ciudad. Con todo el asunto ya resuelto y con Robert a salvo, no veía razones para que los habitantes de la ciudad siguieran escondidos, todos estaban agradecidos de que todo eso ya hubiera terminado. En cuanto habilitaron las visitas, Olivert fue a ver a Robert quien estaba muy agradecido por haber sido salvado, aunque sabía que el detective había recibido ayuda para poder lograrlo.

—¿Qué se siente al estar vivo de nuevo? —le preguntó Olivert de pie a un lado de su cama.

—Solo agradezco que ese insoportable dolor se haya ido, pero no podré volver al trabajo por algunos días —respondió Robert. Tenía vendada la frente y parte del torso, su cama estaba inclinada de tal manera que mantenía su espalda recta, era la parte de su cuerpo que más se había dañado con el choque—. ¿Podrías seguir tomando mi lugar mientras tanto?, escuché que hiciste un gran trabajo mientras no estuve.

—Sabes muy bien lo que pienso sobre tu trabajo —le dijo Olivert—, no creo que pueda llegar a acostumbrarme.

—No pienso obligarte a hacerlo, ya veré si consigo a alguien más. Le preguntaré a Sonia, tal vez le agrade la idea —bromeó Robert. Los dos rieron.

—Supongo que así todos los criminales nos tendrían más miedo —continuó Olivert con la broma.

—Por cierto, Olivert —le dijo su jefe—, ¿dónde está Jenny?, te dije que debías estar siempre con tu compañera.

—Me dijo que tenía un asunto importante que atender, que nos veríamos después en la agencia —respondió Olivert. Aunque ella le dijera que estaría bien, no podía evitar sentirse preocupado. Robert recordó el ataque de pánico que había tenido cuando no supo dónde estaba, ahora parecía que se lo estaba tomando con más calma.

—Ya veo —dijo Robert—. Entonces dime, ¿encontraron algo en esa fábrica?

—No encontramos nada —dijo Olivert mostrándose un tanto decepcionado—, solo armas y municiones, pero ningún rastro de la droga que buscamos.

—¿Nuestro prisionero nos ha revelado algo importante?

—No quiere decirnos nada, es igual que el último hombre al que interrogamos. Da igual lo que intentemos, no nos dará ninguna información.

—Entiendo —Robert soltó un largo suspiro—. Tal parece que debemos seguir buscando.

—Puedo asegurarle que haré todo lo que esté en mi mano para resolver esto. Presiento que estamos muy cerca de lograrlo.

—Me alegra escuchar eso.

—Tengo que irme, te dejo para que pueda descansa. Olivert se dirigió hacia la puerta de la habitación.

—Una última cosa, Olivert. Hoy arrestaron al oficial Hogan, existen sospechas de que podría estar implicado en los ataques de ayer. —Olivert tardó varios segundos en procesar lo que le había dicho.

—¿Cómo dices? —Olivert se acercó de nuevo a él—, ¿de verdad crees que Barry sería capaz de hacer eso?

—La verdad es que yo tampoco lo creo capaz de algo así y quiero creer que es inocente —respondió Robert—, pero la evidencia juega en su contra. A menos que puedas probar su inocencia, él seguirá estando dentro de una celda.

—¿Tú ordenaste su arresto?

—Joseph llegó aquí mucho antes que tú con varias pruebas que señalaban a Hogan —De alguna manera esto no le impresionaba mucho a Olivert—. No tuve más opción que dar la orden de arresto.

—Iré inmediatamente a resolver esto —dijo Olivert molesto. Se dirigió de nuevo hacia la puerta y salió de la habitación, pasó en medio de dos agentes que se encontraban a ambos lados de la puerta, eran los encargados de proteger a Robert.

***

El Northgate Mall era otro de los lugares más frecuentados por los habitantes de la ciudad y los turistas Tenía más de cien tiendas diferentes y más de diez restaurantes de todo tipo, era un lugar en el cual se podía encontrar de todo un poco. Jenny caminaba por sus pasillos sin dirección alguna mientras miraba los escaparates de las tiendas. Esa misma mañana había acordado encontrarse de nuevo con Martin, al parecer él había encontrado más información que podría ser vital para resolver el caso que investigaban, pero ya llevaba casi media hora de retraso, algo poco habitual en él.

—¿Dónde estás? —se preguntaba Jenny mirando por todos los pasillos por si lograba verlo. Tampoco contestaba el teléfono y ya comenzaba a impacientarse.

Siguió paseando y de vez en cuando volvía a llamarlo pero siempre con el mismo resultado, ahora de verdad empezaba a preocuparse, Martin llevaba casi una hora de retraso. Se dirigió a la entrada del centro comercial y se dedicó a buscarlo desesperadamente por las calles en los alrededores del centro comercial, pero seguía sin tener suerte. Su teléfono sonó de pronto, rápidamente miró quién llamaba, era Martin.

—Martin, ¿dónde demonios estas? —preguntó molesta, pero solo escuchó silencio del otro lado de la línea— ¿Martin? —Se escuchó una respiración agitada.

—¡Jenny! —escuchó a Martin gritar su nombre desesperadamente. Jenny se asustó.

—Martin, ¿qué sucede?, ¿dónde estás? —No hubo respuesta, solo un silencio de varios segundos.

—¡Escúchame atentamente! —gritó de nuevo, se escuchaba como si estuviese corriendo—. ¡En este momento me están persiguiendo, descubrieron que los estaba investigando! —Jenny se quedó congelada al escuchar eso—. ¡Ya te envié toda la información que encontré al respecto, asegúrate de revisarla bien!

—¡Dime donde estas, iré a ayudarte enseguida! —le dijo ella ya temiendo que podría ocurrirle lo peor.

—Ya es muy tarde para mí —Hubo otra pequeña pausa—. Hagas lo que hagas, no vuelvas a llamar a este número… —Se escuchó un disparo en el momento en que Martin dejaba de hablar, el rostro de Jenny se puso pálido.

—¿Martin? —preguntó con una lágrima cayendo por su rostro, pero no hubo respuesta alguna. Otra vez escuchó esa respiración agitada.

—Ahora sigues tú—dijo una voz muy distinta la de Martin. De inmediato colgó la llamada, temblorosa y completamente aterrada se fue corriendo del lugar.

***

Olivert llegó a la agencia y se dirigió directamente hacia la zona de celdas. Al llegar vio que efectivamente Barry estaba sentado en un banco dentro de una de ellas. Al ver a Olivert se levantó y corrió hasta los barrotes.

—¡Olivert!—gritó Barry—. Me alegro mucho de verte, tienes que ayudarme, me están culpando por lo que ocurrió ayer con el jefe Padish, pero tú sabes muy bien que yo jamás haría algo así.

—Mantén la calma y escúchame —dijo Barry—. Te sacaré de aquí, no te preocupes, demostraré que eres inocente.

—Eso te resultará un poco difícil —escuchó que alguien más llegaba al lugar, ya no necesitaba identificar la voz para saber de quién se trataba, efectivamente era Joseph.

—¿Qué intentas ganar con esto? —preguntó Olivert acercándose a él y agarrándolo de la camisa.

—Solo hago lo que las pruebas indican —dijo Joseph completamente calmado.

—¿Qué pruebas son esas?

—Desde que Robert ordenó limpiar la ciudad, no se había sabido nada del oficial Hogan —dijo Joseph—. Incluso durante la misión de rescate tampoco hubo señal alguna de él.

—Estaba fuera de la ciudad, me fui poco antes de que cerraran todas las vías —explicó Barry.

—¿No te parece que eso es muy conveniente? —le preguntó Joseph a Olivert—. Y aparece justo cuando ya todo se ha solucionado.

—Fue cuando retiraron la orden de cierre en la ciudad, que pude regresar. No querían dejarme pasar, ni siquiera siendo un oficial.

—He contactado con los puestos de control que había en todas las entradas de la ciudad y nadie te vio en ningún momento durante los ataques —le dijo Joseph a Barry, que no podía creer lo que escuchaba.

—Puede que no lo recuerden. Que estuviera fuera de la ciudad en ese momento no es prueba suficiente para culparlo de los ataques —dijo Olivert.

—Eso pensé yo también hasta que registramos su casa —dijo Joseph. Barry se impresionó con lo que dijo—. Encontramos las mismas armas que usaron esos hombres; lanzacohetes; torretas; misiles. No creo que sea una simple coincidencia.

—Debieron colocar esas cosas en mi casa, alguien debe querer inculparme —dijo Barry—.Olivert, dile algo.

Olivert se mantuvo en silencio, no encontraba qué decir ante esas últimas pruebas aunque sabía bien que Barry no era capaz de nada de eso, al menos hasta donde le conocía.

—Demostraré que es inocente y encontraré al verdadero responsable —dijo Olivert soltando la camisa.

—Avísame si logras hacerlo. Mientras tanto, Hogan seguirá encerrado hasta que decidan qué hacer con él —dijo Joseph serio, después caminó de regreso a la puerta y salió del lugar. Olivert se acercó a la celda quedando frente a Barry.

—Mírame directamente a los ojos y dime que eres inocente —le ordenó a Barry.

—Olivert, yo… —Barry se sorprendió de la forma en que le hablaba Olivert.

—¡Dilo! —gritó.

—Soy inocente, lo juro —dijo Barry un poco asustado.

—¿Qué hacías fuera de la ciudad? —siguió preguntándole.

—Fui a Renton a visitar a mi madre, estos días ha estado muy enferma —respondió Barry.

—Tendré que contactarla para confirmarlo.

—¿Acaso no confías en mí? —le preguntó Barry.

—Solo quiero estar completamente seguro, me pedirán pruebas cuando intente demostrar tu inocencia —le dijo Olivert—, ¿y las armas en tu casa?

—Ya se los dije antes, alguien más debió colocarlas ahí, las únicas armas que tengo son mi pistola y una escopeta debajo de mi cama —le explicó, Olivert se apartó de la celda mientras pensaba.

—Será muy difícil encontrar una manera de explicar esas armas sin pruebas —dijo Olivert.

—Tienes que sacarme de aquí, no sabemos que podría estar planeando quien quiera que me haya inculpado —le dijo Barry.

—Lo haré, te lo prometo —dijo Olivert serio— y encontraré a quien hizo esto —dicho eso, también se fue del lugar dejando solo a Barry.

Olivert salió de la agencia y condujo su Mustang por las interminables calles de la ciudad. Ahora más que nunca tenía muchas cosas en qué pensar y conducir le ayudaba a despejar un poco la mente. Debía decidir con cuidado sus próximos movimientos. El cielo comenzó a cubrirse de nubes oscuras y en poco tiempo una fuerte tormenta cayó sobre la ciudad. Después de un rato conduciendo ya eran pocos los autos que circulaban por las calles, todas las personas se habían refugiado de la tormenta. Decidió dirigirse hacia su departamento para esperar allí a que parase la lluvia.

Tomó un atajo para llegar más rápido, a un lado de la vía vio a una mujer caminando a un paso muy lento, no llevaba paraguas y estaba empapada. Como no conducía demasiado rápido por la lluvia, cuando pasó a su lado pudo distinguir su rostro, la reconoció enseguida y se sorprendió enormemente, era Jenny. Olivert frenó el auto de golpe y retrocedió rápidamente parando a un lado. Ella tenía la mirada distante y ni siquiera parecía haber notado a Olivert.

—¡Jenny! —la llamó pero ella no pareció escucharlo, seguía caminando, pensó que tal vez era por la lluvia—. ¡Jenny!

Decidió ir a sacarla de esa lluvia, tomó una chaqueta que estaba en el asiento trasero y salió del auto. Llegó hasta donde estaba ella y la cubrió con la chaqueta.

—¡Jenny! —dijo mientras la sujetaba de los hombros. Ella al fin pareció notarlo y levantó la mirada hacia él, sus ojos estaban muy enrojecidos, como si hubiese estado llorando—. Ven conmigo, te llevaré a tu casa—. La llevó rápidamente hasta su auto y la sentó en el asiento del acompañante, dio la vuelta al auto y se subió, Jenny estaba temblando. Sin esperar más, aceleró el Mustang a fondo.

Agradeció que el atajo que había tomado pasara cerca de la casa de Jenny, solo era un pequeño desvío el que tenía que tomar. A los diez minutos ya habían llegado frente a la casa de Jenny. Olivert podía asegurar que ahora la tormenta estaba aún peor que antes.

—Ya hemos llegado —le dijo a Jenny, que seguía teniendo una mirada distante. Olivert bajó del auto y fue hasta la puerta del acompañante, la ayudó a bajar y la llevó hasta la puerta de su casa, casi cargándola. Intentó abrir la puerta pero estaba cerrada, le preguntó a Jenny si podía darle la llave para abrirla, pero ella seguía sin reaccionar. Pasó casi un minuto intentando que ella le respondiera. Cuando al fin pareció darse cuenta de la situación, levantó su mano derecha señalando a la parte superior del marco de la puerta de madera. Olivert pasó la mano sobre el marco y sintió una pequeña tabla que estaba suelta, la levantó un poco y notó que debajo había un pequeño compartimiento donde encontró una llave.

—Qué ingeniosa —murmuró Olivert. Tomó la llave y abrió quitando el seguro.

Cerró la puerta detrás de él volviendo a poner el seguro y guardando la llave en un bolsillo de su pantalón. Se adentró en la casa intentando encontrar la habitación de Jenny. El interior era bastante simple, se parecía mucho a su departamento, solo había unos pocos muebles. Había un pequeño pasillo con dos puertas a ambos lados, la primera que probó pareció ser su habitación. Allí había una pequeña cama, un televisor y un armario de madera. Abrió completamente la puerta y llevó a Jenny hasta la cama donde la sentó.

—Traeré algo para secarte —dijo Olivert saliendo de la habitación. Revisó la otra puerta del pasillo, era un baño. Debajo del lavamanos vio unos cajones donde encontró toallas, las tomó y regresó con Jenny, que seguía sentada en el borde de la cama—. Déjame ayudarte —le dijo llegando frente a ella y agachándose un poco. Extendió una de las toallas sobre el cabello y otra sobre los hombros.

—¿Por qué haces esto?

—¿Por qué hago esto? —se preguntó Olivert. Le molestó un poco que aún después de haberla recogido bajo esa tormenta y de traerla hasta su casa le preguntara eso—. Eres tú deberías decirme por qué estabas caminando bajo la lluvia —Jenny bajó la cabeza y no respondió, lo que le hizo sentirse culpable—. Oye, lo siento —se disculpó—, es que me preocupa mucho verte así, ¿puedes decirme si te ocurrió algo malo? —Jenny continúo con la cabeza agachada.

—No es nada.

—No creo que no sea nada, obviamente algo te pasó, ¿has estado llorando, verdad? —A la mente de Jenny volvieron las últimas palabras que le dijo Martin y también el disparo, además de lo que le dijo esa otra persona poco antes de colgar la llamada.

—Escucha, Olivert —dijo Jenny levantando la cabeza y mirándolo fijamente—. Te agradezco mucho que me hayas traído, pero de verdad necesito estar sola. Por favor… —Notó que sus ojos comenzaban a humedecerse. No le gustaba que estuviese evadiendo su pregunta, de verdad quería ayudarla pero sintió que por el momento era mejor dejarla sola.

—Muy bien —dijo Olivert levantándose—. Me iré pero mañana volveré a ver cómo estas, ¿te parece bien? —Ella asintió sin decir nada.

Olivert no quiso seguir incomodándola y decidió que ya era hora de irse. Salió de la habitación y se dirigió a la puerta principal, vio que aún seguía lloviendo. Sacó la llave que tenía en su bolsillo y abrió la puerta. Una vez fuera, cerró de nuevo con llave y la deslizó por debajo de la puerta. Corrió rápidamente mojándose por la fuerte lluvia, abrió la puerta del auto y entró. Se quedó ahí sentado si hacer nada más que solo pensar. Varios temas pasaban por su cabeza; el caso de las drogas del que aún seguían sin tener ningún pista; Barry que había sido arrestado porque alguien le inculpaba de algo que no hizo, y ahora Jenny. Seguía preguntándose la razón por la cual se encontraba así. Ella siempre había sido muy seria desde que la conoció, y verla de esa manera en verdad era algo que le preocupaba, pero por el momento le daría su espacio. Tal vez para al día siguiente, ya un poco más calmada, podría

contarle lo que ocurría, o al menos eso es lo que le gustaría a Olivert, pero no sabía si ella estaría dispuesta a hablarle del tema. Miró una última vez hacia la casa de Jenny, después encendió el auto y se marchó.

Dentro de la casa todo era silencio, salvo por el constante sonido de las gotas de lluvia. Jenny seguía sentada a oscuras en el borde de su cama, las lágrimas comenzaron a recorrer sus mejillas y terminó rompiendo en llanto.

## Capítulo 10: El buen camino

Al día siguiente el cielo amaneció completamente nublado, la tormenta había durado casi toda la noche y hacía poco que había cesado. Canales de agua recorrían todas las calles y el clima estaba frío, se podría pensar que dentro de poco comenzaría también a nevar, ya que se acercaba esa época del año. Olivert se dirigía a casa de Jenny porque había quedado en ir a verla por la mañana para ver si ya se sentía mejor. Llevaba puesto un abrigo de color gris, algo ligero que no le impedía hacer su trabajo pero suficiente como para mantenerlo caliente.

Detuvo su auto frente a la casa de Jenny, bajo de él y fue hasta la puerta principal. Después de llamar un par de veces se quedó esperando. Al poco tiempo escuchó unos pasos que desde el interior se aproximaban hacia la puerta. Jenny abrió, llevaba puesto un abrigo de color beige y tenía una mirada seria, aunque eso era lo normal en ella.

—Buenos días —dijo Olivert—. ¿Ya te sientes mejor?

—Supongo que sí —respondió con la misma indiferencia de siempre, aunque Olivert notó algo más, parecía molesta.

—¿Estás segura? Te noto algo alterada.

—Estoy bien —dijo casi regañándolo—. ¿Qué tenemos para hoy?

Jenny se quedó mirándole fijamente. Olivert pensó que por el momento era mejor no seguir con las preguntas, esperaría a que estuviese más calmada.

—Es un asunto delicado. Vamos, te lo contaré por el camino.

Jenny pasó el umbral de la puerta y cerró con llave, se dirigieron al auto y se fueron. Mientras conducía, Olivert le contó todo sobre el asunto de Barry y cómo había sido sospechosamente inculpado. Jenny también se mostró sorprendida, nunca creería que él fuese capaz de algo semejante, pero lo que más le sorprendió fue que Joseph estuviera involucrado en su captura. Algo parecía inquietarle mucho al respecto.

—Primero iremos a investigar la casa de Barry, con suerte encontraremos algo que nos sea de utilidad —dijo Olivert.

—Ya habrán limpiado todo el lugar —comentó Jenny. Ahora, aparte de estar seria se veía muy molesta, pero Olivert sabía que no le diría nada si le preguntaba.

—Siempre hay algún detalle que se pasa por alto, y eso es lo que buscaremos —dijo Olivert sonriendo e intentando ser optimista. Pero la expresión de Jenny no cambió en absoluto y decidió concentrarse en conducir.

La casa de Barry quedaba al noreste de la ciudad, en un pequeño complejo de apartamentos de madera de tres pisos, a unas pocas cuadras del Carkeek Park.

—Es aquí —dijo Olivert bajando del auto. Se quedaron observando los apartamentos mientras ubicaban el de Barry—. Planta baja, apartamento cinco.

No tardó mucho en ubicar el que buscaban, era el último a la izquierda de la planta baja y, al igual que el resto de los apartamentos, era de color gris. Caminaron por un sendero asfaltado rodeado de jardines hasta llegar a la puerta de madera blanca. Olivert sacó unas llaves del bolsillo de su pantalón, quitó el seguro de la cerradura y entró al departamento seguido por Jenny. Todo el interior se encontraba desordenado, debería haber quedado así después de que vinieran los oficiales a supuestamente llevarse las armas que luego usaron para inculpar a Barry, debieron registrar hasta el último lugar de ese apartamento.

—¿Aún crees que podemos encontrar algo? —preguntó Jenny.

—No lo sabremos hasta intentarlo —dijo Olivert entrando.

Toda la casa estaba desordenada, la sala, la cocina, el baño e incluso la habitación de Barry. Revisaron cada rincón buscando cualquier cosa que se les hubiera pasado por alto, pero no encontraron nada.

—Estamos perdiendo el tiempo, es mejor comenzar a buscar a quien inculpó a Barry —dijo Jenny con claros signos de enfado.

Estaban revisando la habitación de Barry. Todo había sido movido y había muchas cosas tiradas por el suelo, principalmente ropa. La cama había sido levantada y apoyada en una de las paredes, Jenny se encontraba de pie en el lugar donde al parecer había estado antes de ser movida, justo en el medio de la habitación.

—Detente —dijo Olivert de pronto. Jenny se detuvo sin entender por qué lo había dicho—. ¿Escuchaste eso?

—¿El qué?

—Tu pie derecho, levántalo —Ella extrañada hizo lo que le pedía Olivert y entonces se dio cuenta de algo, la madera debajo de ella crujió cuando movió su pie—. Déjame ver — Jenny se movió a un lado a la vez que Olivert comenzó a revisar la madera. Esta estaba suelta así que la levantó.

—¿Una escopeta? —dijo Jenny al ver el interior. En el suelo había un pequeño agujero donde efectivamente había una escopeta, un modelo algo viejo de cañón largo del calibre veintiocho.

—Otra parte de la historia a su favor —dijo Olivert mientras revisaba la escopeta. Estaba cargada, seguramente la guardaba para casos de emergencia—. Ayer conseguí el número de su madre, que vive en Renton y está enferma. Verifiqué que efectivamente se encontraba con ella durante los ataques.

—Entonces solo nos faltaría explicar lo de las armas que encontraron aquí —dijo Jenny.

—Debemos ir al almacén de evidencias, hay que revisar de cerca esas armas —

Olivert se llevó la escopeta, creyó que no sería buena idea dejarla allí. Salieron aprisa del departamento y subieron al auto. Se dirigían a la agencia, porque ahí estaban depositadas todas las armas que supuestamente encontraron en casa de Barry.

—¿Era necesario traer esa escopeta? —preguntó Jenny. Olivert la había colocado en el asiento trasero.

—Solo es que no quería dejarla ahí, otros agentes podrían volver al departamento y encontrarla. Y al parecer Barry tiene cierto cariño por ella, si no por qué iba a tenerla ahí escondida.

Las calles ese día estaban casi desiertas, seguramente se debía al cielo tan nublado y oscuro que indicaba que en cualquier momento podría desatarse una tormenta como la del día anterior. Olivert desde hacía un rato había notado algo raro, dos furgones grises parecían seguirlos. Ya hacía rato que iban detrás de ellos y no creía que fuese una coincidencia que pasaran por las mismas calles que ellos. Esto sucedió cuando estaban a mitad de camino a la agencia; no podía significar nada bueno.

—Parece que tendremos un poco de compañía, prepárate —le dijo a Jenny. Ella volteó y observó a los furgones que aceleraban acercándose rápidamente hacia ellos.

—Nos persiguen por lo de Barry, él sabía que iríamos a investigar —dijo ella. Olivert no sabía de qué estaba hablando y solo se concentró en conducir—. Nos seguirán a donde quiera que vayamos, debemos detenerlos aquí y ahora.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó Olivert sin entender de qué hablaba.

Por las ventanillas de los techos de ambas camionetas se asomaron unos hombres que usaban camisas negras y portaban ametralladoras semiautomáticas, con las que comenzaron a dispararles.

—¡Sujétate! —le gritó Olivert al escuchar los disparos.

Giró bruscamente por una calle a su derecha y aceleró más, los dos furgones les siguieron de cerca mientras seguían disparándoles. Jenny se asomaba por su ventanilla para dispararles, pero con tantos movimientos del auto le costaba apuntar bien. Sería mejor encontrar un lugar donde detenerse y poder responder al fuego.

Olivert siguió girando calle tras calle mientras trataba de evitar los disparos. Algunos habían impactado en la cubierta y las ventanillas del Mustang, pero por suerte había mandado reforzarlos la última vez que estuvo en el taller.

Por una de las calles por las que pasaron Olivert divisó una oportunidad, a su izquierda había un estacionamiento de cinco pisos. Frenó de golpe cruzando el auto hacia la izquierda, en el momento justo para poder tomar la rampa de entrada al estacionamiento y ascender a los pisos superiores. Pero ambos furgones les seguían de cerca sin dejar de dispararles. La subida era en espiral por lo que casi ninguna bala llegó a impactar contra el auto, al llegar al cuarto piso se adentraron en la zona de estacionamiento. Allí apenas había unos pocos autos, lo que les permitía maniobrar sin problemas entre las columnas de cemento.

—Les costará moverse en este lugar, aprovecha la oportunidad para disparar —le dijo Olivert a su compañera.

El espacio entre las columnas era estrecho pero Olivert no tuvo ningún problema en pasar entre ellas, en cambio a los furgones les resultaba bastante difícil por lo que habían reducido considerablemente la velocidad. Jenny aprovechó la oportunidad y disparó, primero a los hombres asomados por las ventanillas de los techos, un disparo a cada uno fue suficiente. Aún así los furgones no cejaban en perseguirles. Ahora por la ventanilla del acompañante y la de los asientos traseros se asomaron más hombres armados con ametralladoras que abrieron fuego de inmediato.

Olivert siguió maniobrando entre las columnas usándolas también como escudo ante la lluvia de balas, mientras Jenny continuó respondiendo a los disparos. Ya tenían enfrente de ellos el muro de cemento, era el final del camino. Entonces Olivert frenó con fuerza, a la vez que giró hasta el final el volante hacia la izquierda haciendo un giro de 180 grados, para ir directamente hacia los furgones.

—Cada uno de un lado —dijo Olivert acelerando directo al encuentro con los furgones. Los hombres seguían disparando sin detenerse, aunque la cubierta del auto era resistente no aguantaría mucho más tiempo.

Olivert logró pasar el auto entre ambos furgones. Todo parecía pasar en cámara lenta. Al alcanzar a los furgones los detectives apuntaron a los conductores, un disparo en la cabeza consiguió matarles en el acto. Esto provocó que las camionetas se salieran de control, debido a la velocidad que llevaban, voltearan y rodaran una cierta distancia hasta terminar chocando con dos columnas de cemento. Uno quedó volcado de lado y el otro de cabeza.

—Que no escapen —dijo Jenny. Olivert volvió a girar al igual que lo había hecho antes y maniobró hacia los furgones.

De los hombres que quedaban dentro, solo dos salieron arrastrándose, heridos por el choque. Pero al ver cómo los detectives se dirigían de nuevo hacia ellos, comenzaron a disparar. Esta vez no tenían cómo cubrirse, estaban completamente expuestos. Así que Olivert detuvo el auto y bajaron cubriéndose con las puertas del Mustang, así tendrían cierta estabilidad y mejor puntería para acertar a diez metros de donde se encontraban ellos. Tan solo les tomó unos segundos apuntar a cada objetivo y disparar. Un disparo a cada uno para terminar con todo esto.

—Desgraciados —dijo Olivert saliendo de su posición. Se dirigió al frente de su auto, y bastante enfadado observó todos los agujeros de bala en la cubierta y en los vidrios. Es cierto que ese blindaje extra les había salvado de un peor destino, pero eso no quitaba el hecho que otra vez el Mustang hubiera quedado en terribles condiciones—. Recién salió del taller —dijo soltando un fuerte suspiro.

—Lo importante es que todavía funciona. Vamos rápido a la agencia. Nos estamos quedando sin tiempo.

—¿Me puedes explicar a qué viene todo eso? —preguntó Olivert. Ya se estaba cansando de esos extraños comentarios, además aún no sabía qué demonios le había pasado el día

anterior. Ella parecía saber qué era lo que estaba pasando pero no se molestaba en explicárselo— ¿Qué tanto sabes de lo que está pasando?, dijiste que alguien los había enviado por haber ido a la casa de Barry, ¿a quién te refieres?

—Olivert. No hay tiempo para dar explicaciones —dijo Jenny subiendo al auto—. Tenemos que irnos de aquí.

Olivert estaba cansado de tantos secretos. Sabía que Jenny callaba algo de suma importancia, pero también sabía que en ese momento cada segundo era valioso. Así que sin decir nada más, subió al auto y siguieron camino hacia la agencia.

Lograron llegar sin ningún otro inconveniente, estacionaron frente al edificio y entraron de prisa directos hacia la sala de evidencias. Era una sala a la que no podía acceder cualquiera, detrás de un cristal antibalas había un oficial encargado de proporcionar las evidencias a los oficiales que las solicitaban.

—Jason, buenos días —saludó Olivert al oficial, de su misma edad aproximadamente.

—Detective Crane, buenos días. Cuánto tiempo sin verle, ¿en qué puedo ayudarle?

—Necesito revisar unas armas que trajeron aquí hace poco, son del caso del oficial Barry Hogan.

—Escuché lo del caso del oficial Hogan —dijo Jason mientras buscaba en su computadora—. Si me lo preguntaran, jamás pensaría que él pudiera formar parte de algo así.

—Estamos tratando de probar su inocencia, por eso necesitamos revisar esas armas —dijo Olivert. Jenny se mantenía detrás de él, parecía estar inquieta por algo.

—Esto es extraño —dijo Jason al recibir una advertencia en su computadora—. Según la base de datos no existe ningún registro de esas armas.

—No puede ser —dijo Olivert—, ayer registraron el caso de Barry.

—No sé qué habrá pasado, yo mismo las registré en el almacén. Esperen aquí un momento. —Jason se levantó de la silla y salió por una puerta detrás de él. Allí dentro era donde se almacenaban todas las evidencias que se requisaban en cada caso, era un lugar inmenso.

—Esto no me gusta —comentó Jenny cada vez más impaciente.

—Relájate, seguramente debe de ser algún error en el sistema —dijo Olivert.

Al cabo de un minuto regresó Jason, fue directamente a su escritorio con cierta prisa, parecía preocupado por algo.

—No están —dijo de pie frente a la computadora—. Han desaparecido las armas del almacén.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Olivert golpeando el cristal reforzado.

—Déjeme revisar las cámaras de seguridad, no tengo ningún registro de que alguien se las haya llevado —Revisó de nuevo en su computadora para buscar las grabaciones del último día, la única oportunidad en la que podrían haberse llevado todo eso era durante la noche, cuando la oficina estaba cerrada. Después de buscar un buen rato su rostro empalideció—. Las grabaciones… todas han sido borradas…

En ese momento Olivert no sabía qué pensar, por impulso se dirigió hacia la puerta y salió rápidamente del lugar. Salió corriendo por los pasillos dirigiéndose hacia el otro lado del edificio, llegó hasta una puerta ancha y entró, era la sala de Inteligencia. Todos en el lugar estaban bastante ocupados, iban de un lado a otro revisando las computadoras.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Olivert llamando la atención de algunos miembros.

—Señor, hemos tenido problemas con todos los sistemas desde esta mañana. Nada responde y tampoco podemos comunicarnos con nuestros agentes —le explicó un hombre.

—Necesito revisar las grabaciones de las cámaras de seguridad de anoche, ¿pueden hacerlo? —le preguntó Olivert.

—Fueron borrados al igual que muchos de nuestros datos, nuestros sistemas están completamente en blanco —respondió. Olivert ya no sabía qué pensar, era una situación muy grave, quien fuera había sido capaz de entrar en todos los sistemas de seguridad.

—Olivert —Jenny entró en la sala—. ¿Qué sucede?

—Todo el sistema de la agencia ha sido atacado. No tenemos nada.

De repente una fuerte sacudida del edificio sorprendió a todos en la sala, seguida de una fuerte explosión y numerosos gritos que provenían de la entrada principal.

—¡Andando! —le dijo Olivert a Jenny. Ambos desenfundaron sus pistolas y salieron corriendo de la sala.

De camino hacia la entrada se empezaron a escuchar numerosos disparos y los gritos se hacían cada vez más fuertes. Vieron cómo los empleados de la agencia corrían en dirección contraria a la de ellos. A lo lejos algunos oficiales retrocedían mientras disparaban, algunas balas les alcanzaron y cayeron muertos. Los detectives llegaron al pasillo principal y vieron a los atacantes, vestían de la misma manera que los hombres de por la mañana, eran alrededor de veinte armados con ametralladoras. La entrada principal estaba completamente destrozada y cubierta en llamas, eso explicaba la sacudida y la explosión que escucharon.

—¡Retrocedan! —gritó Olivert.

Los criminales se dispersaron por los pasillos de la agencia eliminando a todo aquel que encontraban en su camino. Los detectives seguían retrocediendo mientras eran perseguidos por varios de ellos. Usaban los muros de las oficinas para cubrirse de las balas y solo se asomaban un poco para disparar. Por todas partes lanzaban granadas de fragmentación destruyendo todo a su paso, cada sala a la que llegaban terminaba en llamas y con todo su interior destruido. Solo habían podido eliminar a unos pocos y parecía que cada vez llegaban más. Los detectives habían sido acorralados más al fondo de las oficinas junto a otros oficiales y empleados.

La agencia tenía una especie de búnker que se había diseñado en caso de ataques de este tipo. Tenía espacio suficiente para unas cien personas, la puerta era de acero y se abría introduciendo una contraseña en el panel junto a la puerta. Olivert agradeció que Robert le hubiese confiado aquella contraseña hacía tiempo. Todos los presentes entraron. Las paredes tenían una cubierta de acero delgada, pero suficiente como para resistir varias explosiones de granadas fragmentarias. Después de un rato dentro del búnker, ya no se escuchaban más disparos y las explosiones se habían detenido. Olivert miró a través de la ventanilla de la puerta de doble vidrio reforzado. Al parecer los hombres que les atacaron se habían ido.

—¿A dónde fueron?

Olivert les hizo una señal a los que estaban con él para que se quedaran atrás. Introdujo de nuevo la contraseña de la puerta y la abrió con cuidado. Salió del búnker con Jenny para revisar si ya era seguro salir. Todo alrededor de ellos estaba en llamas y destruido por las granadas. Había cuerpos por el suelo tanto de empleados como de oficiales. Esta vez habían llegado demasiado lejos, les habían atacado por sorpresa cuando todos sus sistemas de seguridad y comunicación estaban caídos y serían incapaces de pedir apoyo. Desde la noche anterior, cuando se llevaron las armas del almacén de evidencias ya lo tendrían todo planeado. Escucharon el arranque de varios motores que hicieron eco por toda la agencia, provenían de la entrada principal. Corrieron hacia allí y cuando llegaron vieron varios furgones grises alejarse de la agencia en diferentes direcciones. En el estado en que había quedado la agencia sería una pérdida de tiempo seguirlos.

—Solo hicieron esto como una advertencia, quieren que nos apartemos de su camino —dijo Jenny molesta. Caminó a través de la entrada destruida llegando hasta la acera. Varios civiles se acercaban impresionados; que una agencia de policía hubiera sufrido este tipo de ataque era algo que no muchos se esperarían.

—Esto no puede estar pasando —dijo Olivert llevándose ambas manos a la frente. Volteó para ver el interior de la agencia y todo el rastro de destrucción que habían dejado esos hombres en apenas unos minutos. Los de esa misma mañana también habían formado parte de todo esto, seguramente ellos fueron los primeros blancos antes de atacar la agencia—. Debemos asegurar a los heridos.

Al poco tiempo llegaron varias ambulancias, de inmediato comenzaron a atender a los heridos y a transportar a los de mayor gravedad a los hospitales cercanos. Los que solo habían sufrido golpes o heridas leves fueron tratados ahí mismo. Varios miembros de asalto llegaron a la agencia y se encargaron de crear un perímetro alrededor para mantener vigilada toda la zona, era posible que pudieran sufrir un nuevo ataque de este tipo así lo mejor sería estar preparados.

Olivert revisaba las oficinas y demás salas de la agencia en busca de heridos, así como para verificar el estado en que habían quedado. Era muy poco lo que se podía salvar. Cuando llegó al almacén de evidencias vio que la puerta estaba abierta. Entró con cuidado, allí todo se encontraba en las mismas condiciones que el resto del edificio. El vidrio reforzado que protegía la zona del escritorio de Jason tenía muchos impactos de balas.

—¡Jason! —Olivert gritó su nombre pero no recibió respuesta. Se acercó al vidrio y se asomó por encima del escritorio, entonces lo vio, ahí estaba Jason tirado en el suelo, temblando y con su pistola en la mano. Al tener este tipo de trabajo administrativo no contaba con mucha experiencia en los enfrentamientos, si seguía vivo era gracias al vidrio—. Jason, soy yo, Olivert. —Al escucharlo levantó la mirada, pareció alegrarse al verlo.

—Detective, me alegro tanto de verle. ¿Qué fue lo que paso ahí afuera? —preguntó aún sentado en el suelo.

—Recibimos un ataque sorpresa, toda la agencia ha sufrido daños terribles —dijo Olivert al tiempo que Jason se levantaba—. Necesito que vayas a ayudar a los heridos, te contaré los detalles después.

—De acuerdo.

Olivert abrió la puerta y salió de la sala. Siguió registrando el resto del edificio. De repente, recordó que Barry seguía encerrado en la celda y fue directamente a verlo. La puerta del lugar también se encontraba abierta, a diferencia de Jason, Barry no contaba con nada que le permitiera protegerse de las balas. Olivert entró de inmediato y no creyó lo que vio. La celda donde antes se encontraba Barry estaba abierta y no había señales de él por ninguna parte. Pero lo que realmente le impresionó fue ver que al final de todas las celdas, en el muro de cemento había un enorme agujero que llevaba a un callejón por detrás de la agencia. Sacó su pistola y se acercó, se asomó por agujero apuntando con su arma. Pensó que tal vez encontraría a más de esos hombres o tal vez a Barry, pero allí no había nadie.

—¿Qué fue lo que ocurrió aquí? —se dijo Olivert.

Mientras tanto Jenny estaba ayudando a mover a los heridos, los llevaban fuera de la agencia para subirlos a las ambulancias y trasladarlos al hospital. Vio como eran transportados los cuerpos de todos aquellos que murieron durante el ataque y se sentía bastante enfadada al respecto. En ese momento, su teléfono sonó, lo tomó de su bolsillo y revisó de quién era la llamada entrante Era un número desconocido pero tras dudar un poco respondió la llamada.

—¿Quién habla?

—¿Te gustó mi pequeño saludo? —escuchó una voz que para ella fue familiar, era la misma que le habló cuando asesinaron a Martin. Por un momento pensó en colgar la llamada, pero siguió hablando.

—¿Por qué mataste a Martin? —No le gustaba sacar el tema pero quería saber por qué su amigo había tenido que morir a manos de él.

—Digamos que se acercó demasiado a donde no debía —le respondió el sujeto del otro lado de la línea.

—¿Qué es lo que intentas lograr con todo esto?

—Llevar la desesperación a esta ciudad, después de eso me encargaré de reducirla a cenizas. Pero te daré una pequeña oportunidad, tómalo como un pequeño regalo por lo de tu amigo. Hay un hospital abandonado al oeste, en Sunset Hill, asegúrate de venir sola. Te estaré esperando. —Se cortó la llamada.

Sabía que seguramente se tratara de una trampa pero a Jenny ya no le importaba nada, solo quería encontrarlo y vengar la muerte de su amigo. Estacionadas frente a la agencia había varias patrullas de policía, Jenny caminó hacia allí aprovechando que no había nadie cerca. Agradeció que una de ellas tuviera las llaves puestas, subió al auto y aceleró de prisa en la dirección que le habían indicado.

—¡Jenny! —Olivert estaba saliendo de la agencia cuando a los lejos logró ver lo que hizo Jenny. Conociéndola sabía que seguramente intentaría alguna locura, así que decidió seguirla. Corrió hacia el Mustang y lo encendió de inmediato, aceleró todo lo que pudo y fue tras ella.

Jenny iba más adelantada que él. Le costaría bastante trabajo alcanzarla si continuaba siguiéndola de esa manera, pero Olivert conocía bien la ciudad y cada uno de sus atajos. Al ver que Jenny había tomado una vía principal, adivinó hacia donde iba. Frenó de golpe en un cruce de varias calles y subió por la calle a su derecha. A diferencia de ella, que debía lidiar con algunos autos que circulaban por la avenida y con varios semáforos, Olivert había tomado una ruta más directa evitando todos esos inconvenientes.

Sunset Hill no se encontraba muy lejos de la agencia, ya había estado en ese lugar días antes durante un patrullaje. Jenny consideró que lo conocía lo suficiente como para saber dónde se encontraba el hospital abandonado. Pero cuando estaba pasando por un semáforo de la nada apareció un auto por su derecha que se dirigió directamente hacia ella. De la impresión clavó los frenos de la patrulla que giró un poco hacia la izquierda, aquel auto se detuvo frente a ella cortándole el paso.

—¿Qué demonios sucede contigo?—le gritó Jenny al auto que se interpuso en su camino. Pero cuando se fijó bien reconoció al instante el auto y al conductor que bajaba de él.

—Eso es algo que debería preguntarte yo a ti —dijo Olivert con claros signos de enojo.

—Esto no tiene nada que ver contigo, apártate de mi camino.

—¿No crees que ya es hora de darme algunas respuestas? ¿Qué es lo que sabes de todo lo que está pasando?

—¡He dicho que te apartes de mi camino! —gritó ella apuntándole con la pistola. Al principio lo sorprendió pero luego él se mantuvo firme.

—¿Eres consciente de lo que estás haciendo? —preguntó Olivert fríamente, como si nada le afectara y sin mover un pelo—. ¿Tan desesperada estás por hacer esto?

—¡Tú no lo entiendes, tengo que hacerlo! —Se acercó a él quedando a unos pocos centímetros mientras seguía apuntándole.

—No pienso dejarte ir hasta que me respondas —Olivert no tenía ninguna intención de moverse. Ya le había consentido muchas veces que no dijera nada, pero esta vez no le permitiría seguir hasta que lo hiciera.

—¿Por qué me haces esto? —le preguntó Jenny, esta vez su expresión era de tristeza.

—Solo quiero ayudarte —El tono de Olivert cambió, ahora estaba más calmado.

—¿Por qué? —Bajó un poco la pistola—. ¿Por qué llegar tan lejos solo por eso?

—Eres mi compañera, se supone que siempre debo protegerte —dijo Olivert mirándola fijamente—. Ahora, por favor, responde a mi pregunta y yo te ayudaré en todo lo que pueda, lo prometo.

Jenny bajó su arma, pensó en el asunto un minuto y por fin se decidió a hablar.

—Cuando llegué a Seattle, lo hice siguiendo la pista de un sujeto que asesinó a unos buenos amigos míos en Nueva York, hace algunos años. Yo era huérfana y ellos me habían acogido como parte de su familia —le contó ella con cierto dolor en sus palabras—. Decidí ingresar en la policía local para tener acceso a los registros y poder encontrarle. Fue poco después que conocí a mi amigo Martin, él me ha ayudado bastante para buscarle, incluso aquí en Seattle nos manteníamos en contacto y llegué a encontrarme con él en una ocasión para discutir más sobre el asunto —Olivert entonces entendió las veces en que ella le decía que tenía algunas cosas que hacer en la ciudad—. Ayer debía encontrarme de nuevo con él en Northgate Mall, pero recibí una llamada de él y parecía que lo estaban persiguiendo —Una lagrima rodó por su mejilla—. Escuché un disparo… después alguien más tomó el teléfono y me dijo que yo era la siguiente…—Se tomó unos segundos antes de seguir hablando—. Hace un momento esa persona me llamó… dijo estaría esperándome en Sunset Hill en un hospital abandonado… que fuese sola…

—¿Tenías pensado ir a ese lugar tú sola? Pudiste decírmelo, te habría ayudado.

—Quería hacerlo sola… sin involucrar a nadie más en mis asuntos.

—Dime dónde está, me encargaré de él.

—Debo hacer esto sola, por favor, no te metas.

—Sabes muy bien que no te dejaré. Iré contigo o de lo contrario no permitiré que sigas —Cruzó los brazos demostrando que hablaba muy en serio. Jenny sabía perfectamente que no lograría convencerle y consideró todas las posibles opciones para poder apartarlo, pero ninguna funcionaría con él, así que tuvo que ceder.

—Muy bien —dijo Jenny. Olivert sonrió.

—¿Ves como no era tan difícil? Vamos en mi auto, conozco un camino para llegar rápido a ese hospital —subió al Mustang. Jenny dudó unos segundos antes de hacerlo, aún no estaba completamente segura de querer involucrar a Olivert en ese asunto.

Tomaron un camino diferente a la vía principal, se encontraban a tan solo unas pocas cuadras del lugar. El hospital llevaba abandonado varios años, se decía que alguien había comprado el terreno varios meses atrás para construir una especie de fábrica, pero el lugar estaba exactamente igual desde entonces. A Olivert siempre le había parecido raro, llegó a pensar que tal vez los planes de esa persona habían cambiado en el último momento y se había olvidado del lugar, aunque nada era seguro.

—Entonces, ¿cuántos sospechosos teníais? —preguntó Olivert. Si llevaban varios años en esto debían de tener una lista larga.

—Nunca llegamos a tener nada concreto, el sujeto era muy cuidadoso y jamás dejaba pistas —le explicó Jenny—. Solo seguíamos los rastros de sus asesinatos.

—¿Y cómo sabes que se encuentra en Seattle?

—Los asesinatos se detuvieron completamente, durante semanas no hubo actividad alguna del asesino —tomó una pequeña pausa—. Fue cuando comencé a tener problemas —A Olivert le sorprendió eso último que dijo—. Me desesperé completamente por encontrarlo e incluso puse en riesgo nuestras vidas muchas veces.

—Recuerdo que Robert mencionó algo al respecto, pero no pensé que se trataría de algo tan grave.

—Entonces escuchamos la noticia sobre algunos asesinatos que ocurrieron varias semanas atrás aquí en Seattle, todos sucedieron de la misma manera que en Nueva York.

—Resolveremos esto, ya lo verás.

Estaban a dos calles del hospital pero ya podían ver la vieja estructura de tres pisos muy descuidada. En su momento había sido uno de los primeros hospitales que había tenido la ciudad. Olivert notó algo extraño en la azotea del edificio, era un pequeño resplandor, como si la poca luz del sol que pasaba entre las nubes se reflejase en un metal o en un espejo. De repente vio que por un instante el resplandor se hizo más grande. Supo entonces lo que era,

les habían disparado. Una bala impactó con fuerza en el parabrisas del auto, que a pesar de estar reforzado se agrietó. Solo el arma y la buena puntería de un francotirador podrían causar eso.

—¡Sujétate! —le dijo a Jenny.

Olivert movió el auto de un lado a otro a la vez que los resplandores se hacían más continuos. Logró esquivar algunas balas que impactaron contra el asfalto, pero varias impactaron contra el parabrisas.

—Tomaremos un pequeño desvío—dijo Olivert.

Giró el auto tomando una calle a la izquierda, usaría los edificios de la zona para desaparecer del rango de visión y al mismo tiempo poder llegar hasta el hospital. Condujo por algunos callejones angostos rodeados de edificios. Cuando salieron aparecieron justo frente al hospital. Olivert miró hacia la azotea y el resplandor había desaparecido.

—Mantente alerta en todo momento, ese francotirador nos tiene ventaja —dijo Olivert. Del asiento trasero tomó dos chalecos antibalas que se colocaron, y comenzaron a preparar varios cargadores extra para las pistolas—. Estamos listos, andando.

Se encontraban frente a la entrada principal del hospital.

—Un momento, olvidé algo —Olivert fue al auto y revisó el asiento trasero. Volvió cargando una escopeta.

—¿Esa es la escopeta de Barry?

—Podría sernos de utilidad, se la devolveré cuando le encuentre.

—¿A qué te refieres? —preguntó Jenny—. ¿Es que no está en la celda de la agencia?

—Es verdad, aún no te he dicho —le dijo mientras caminaban a la entrada con sus pistolas en alto. Olivert se había colocado la escopeta en la espalda, en un pequeño sujetador del chaleco diseñado para cargar ese tipo de armas—. Después de que nos atacaran fui a ver si se encontraba bien, pero su celda estaba abierta y había un enorme agujero en el muro que llevaba hacia un callejón. Está claro que logró escapar, aunque no sabría decir si le ayudaron o simplemente tuvo mucha suerte.

—Ya se lo preguntaremos cuando le veamos, yo también tengo algunas preguntas para él —dijo Jenny.

Pasaron por lo que quedaba de las antiguas puertas de madera. Todo el interior estaba oscuro y seguramente a cualquiera le daría miedo entrar. Encendieron las linternas manteniéndolas a la misma altura que sus armas. Tomaron el pasillo central, que conectaba con todos los demás del primer piso, hasta la zona central del hospital donde una vez hubo una oficina de información. Sobre ellos había una enorme cúpula de vidrio por la que podía verse el cielo, la mitad estaba rota.

—¡Muévete! —gritó Jenny apartando a Olivert a un lado. A través de la cúpula en la azotea logró ver que la persona que les había disparado antes estaba apuntándoles.

Una bala pasó justo al lado de Olivert cuando Jenny lo apartó. De inmediato ambos comenzaron a disparar al sujeto, pero este se apartó evitando las balas y desapareció.

—Tenemos que subir a la azotea —dijo Jenny.

Ambos corrieron de nuevo hacia los pasillos para buscar las escaleras. Subieron sin parar hasta el tercer piso, estas escaleras no llevaban al techo así que debían buscar otras. Todas las habitaciones estaban vacías y tenían las ventanas y las puertas derrumbadas. Por el suelo de los pasillos había artículos médicos, desde gasas y vendas hasta jeringas. Lograron encontrar la escalera y apresuraron el paso. Pero por ella, en ese momento bajaba el sujeto que les había disparado, llevaba una gabardina beige y curiosamente una máscara negra, en sus manos portaba un viejo rifle. El sujeto al verlos les apuntó de inmediato. Los detectives se metieron rápidamente en una habitación que estaba a su derecha, en el momento justo en el que el sujeto disparó varias veces. Este se fue corriendo por otro pasillo.

—No debemos perderle —dijo Olivert.

Siguieron corriendo por los pasillos, que cada vez estaban en peor estado. El sujeto al que seguían de vez en cuando se detenía para dispararles pero siempre lograban apartarse a tiempo, le dispararon en varias oportunidades pero tampoco lograron acertarle, el mal estado del suelo hacia muy difícil mantenerse firme y poder disparar a la vez. En más de una ocasión, los detectives estuvieron cerca de caer por algún agujero, lo que le dio ventaja al sujeto para perderles de vista. Una de las razones por las cuales el hospital había sido abandonado fue la cantidad de temblores que hubo en la época, por eso toda la estructura había quedado inestable.

Corrían a ciegas sin saber qué camino había tomado el sujeto, hasta que regresaron al área central donde estaba la cúpula, estaban de pie sobre un pequeño balcón, y por ninguna parte había señal del hombre al que perseguían.

—¿A dónde habrá ido? —se preguntó Jenny.

—Hay que seguir buscando, no creo que intente escapar después de hacernos venir hasta aquí —dijo Olivert.

Regresaron al lugar donde le habían perdido de vista. El suelo debajo de ellos crujía al pasar, debían terminar rápido con esto antes de que el edificio se les cayese encima. Entonces escucharon más disparos, miraron detrás de ellos hacia otro pasillo y ahí le vieron. Volvió a escaparse pero esta vez vieron cómo bajaba por unas escaleras de emergencia que estaban detrás de él. Jenny salió corriendo y fue la primera en llegar a la planta baja. Justo en el momento en que escuchó un disparo y sintió un horrible dolor en el pecho. Olivert llegó al lugar en el momento en que ella cayó al suelo.

—¡Jenny! —gritó desesperado, dejó su pistola y se agachó para levantarla. La bala había atravesado limpiamente el chaleco antibalas e impactado en el lado derecho de su pecho. Respiraba con mucha dificultad—. Quédate conmigo, no te atrevas a cerrar los ojos. —De su boca caía una línea de sangre y no podía hablar.

—¡No te muevas!—dijo el sujeto acercándose a él mientras le apuntaba—. Es increíble cómo alguien puede caer tan rápido en la desesperación… la gran diferencia que puede hacer una simple bala —Llegó a un lado de Olivert y puso el cañón del rifle a escasos centímetros de su cabeza—. Un consejo, no la muevas mucho, un mal movimiento la mataría al instante. —Olivert sostenía a Jenny. Su respiración se entrecortaba cada vez más y fue cerrando poco a poco los ojos.

—Jenny… —dijo Olivert.

Jenny cerró completamente los ojos, en nada iba a dejar de respirar.

—Es una pena —dijo burlándose—. Todos estos años buscándome y termina muriendo de esta forma. De verdad que es lamentable —Olivert colocó con cuidado el cuerpo de Jenny en el suelo—. Ahora es tu turno.

El sujeto se preparó para disparar, pero si había algo en lo que Olivert era muy bueno era con las armas. Conocía muy bien el mecanismo, ese pequeño lapso de tiempo entre el momento en que se presiona el gatillo y el momento en que la bala sale disparada. Reconoció el sonido, un chasquido del gatillo de ese viejo rifle, y reaccionó. Olivert se levantó apartando el cañón del rifle justo cuando la bala salió disparada impactando contra el techo. En esa maniobra fue capaz de derribarlo y hacer que soltara el rifle, que pateó lejos de él. Antes de que pudiera levantarse, tomó su pistola y le apuntó.

—Quítate esa ridícula máscara, Joseph —dijo Olivert en tono serio.

—Veo que no logré engañarte, no me equivocaba cuando decía que había que tener cuidado contigo —dijo aún sentado en el suelo. Se llevó una mano a la cara y retiró la máscara mostrando que efectivamente se trataba él—. ¿Hace cuánto que lo sabes? —le preguntó de nuevo con esa sonrisa que tanto irritaba a Olivert.

—No hay muchos que puedan disparar con esa precisión desde donde tú lo hiciste —dijo Olivert mirándole con ira—. Y menos aún disparar solo por diversión. Pudiste matarnos si hubieras querido.

—Solo quería divertirme un poco —dijo Joseph volteando hacia donde estaba el cuerpo inmóvil de Jenny—. Aunque ella terminó rápido con la diversión —El comentario hizo enfurecer a Olivert, que lo agarró por la gabardina con la mano izquierda y lo levantó sin dejar de apuntarlo con la pistola.

—No pongas a prueba mi paciencia. La única razón por la cual sigues vivo es porque tengo algunas preguntas.

—Y con gusto podría responderlas todas —Joseph en ningún momento dejó de sonreír. Olivert no sabría decir si toda esta situación estaba planeada o simplemente estaba demente—. Solo pido que me sueltes y me dejes levantarme. —Olivert se quedó quieto por un tiempo mientras analizaba la situación, seguramente Joseph buscaría cualquier oportunidad para matarlo, no debía confiar en su palabra, pero sí había varias cosas que quería averiguar.

—No intentes nada o juro que te volaré la cabeza —le dijo Olivert soltándolo, se apartó un poco de él sin dejar de apuntarlo.

—Puedes confiar en mí —dijo Joseph—. Ahora… ¿qué es lo primero que quieres saber?

—¿Por qué mataste a los amigos de Jenny? —le preguntó ya casi sabiendo la respuesta.

—Solo fueron un blanco —admitió como si nada—. Fue uno de mis primeros trabajos y debo decir que de los mejores. —Sin que Olivert se diera cuenta, en su mano derecha sostenía un pequeño dispositivo de color negro que emitía una pequeña luz.

—¿Estás implicado con la droga que hace que la gente se suicide?

—En parte. Colaboré con alguien que me prometió buen dinero a cambio —Olivert no sabía si creerle, aunque dentro de poco eso no sería de mucha importancia.

—¿Intentaste matar a Robert?

—Quería apartarle de mi camino. Estaba siendo un gran obstáculo para mis planes. Pero mis hombres no resultaron ser muy eficientes, por eso dejé que viviera un poco más… pensé que más adelante me podría ser útil —Esto hizo que Olivert se enfureciera aún más. Se acercó a él colocando el arma en su cabeza—. Supongo que ya no habrá más preguntas…

—Solo una más —dijo Olivert, que ya estaba preparado para dispararle.

—Lo siento, me temo que ya no habrá más —Joseph cerró sus ojos a la vez que algo comenzó a brillar con mucha intensidad en su mano derecha. Olivert se apartó cegado por la luz, al tiempo que dejó de apuntarle para cubrirse los ojos—. Un último regalo de mi parte, disfrútalo.

Joseph se fue corriendo por el pasillo detrás de él.

—¡Detente! —gritó intentando apuntarle a pesar de que aún veía borroso.

Olivert logró despejar un poco su vista justo a tiempo para ver en qué dirección se había ido, Joseph se dirigía a la parte central donde estaba la cúpula. Le siguió pero al correr iba chocando con las paredes del pasillo. Pasaron a la parte más profunda del hospital y Olivert iba disparándole pero sin poder apuntar bien. Joseph llegó hasta una puerta doble por la cual entró, parecían ser unas escaleras que se dirigían hacia abajo. Olivert sin pensarlo dos veces también bajó por ellas, fueron unos largos escalones hasta que por fin logró llegar al final. El lugar estaba aún más oscuro que el resto del hospital por lo que encendió su linterna. A donde quiera que apuntara veía cajas de madera y mesas por todas partes, además de muchos tubos de ensayo con una sustancia dentro que no pudo identificar. Sentía un extraño olor en el aire, pero aún no había rastros de Joseph.

Cuanto más avanzaba, más se daba cuenta de lo enorme que era ese lugar. Por mucho que caminase seguía sin encontrarse con ninguna otra puerta o muro, y la luz de su linterna parecía desaparecer en la oscuridad. Escuchó algunas pisadas cerca de él y alumbró en todas direcciones intentando encontrar su origen, pero no veía nada.

—No descuides tu espalda —escuchó la voz de Joseph detrás de él. Le sujetó los brazos tensándoselos de manera que le hizo soltar la linterna, pero se resistía a soltar la pistola—. Tus esfuerzos son inútiles —Le quitó la escopeta que llevaba en la espalda y finalmente hizo que soltara su pistola. Las pateó fuera del alcance de Olivert y le soltó—. Al final, la diferencia entre nosotros es inmensa.

Olivert se apartó un poco de él mientras recuperaba la movilidad de su brazo, tenía que admitir que podría tener razón, después de todo seguía perteneciendo a las fuerzas especiales.

—¿Ahora qué planeas? —preguntó Olivert analizando a Joseph. Vio que este no portaba armas, además se había quitado la gabardina y el chaleco antibalas que siempre llevaba puesto. La linterna en el suelo era lo único que le permitía ver, tenía un pequeño campo de visión pero era suficiente para poder ver claramente a Joseph.

—¿Te parece si resolvemos esto como hombres? —le retó Joseph.

—Me sorprende que alguien como tú proponga eso —No parecía tener más opción que acceder, por mucho que mirara a su alrededor no podía ver su pistola ni la escopeta de Barry.

—Solo quiero ver cuánto vales sin tu arma —Dijo de nuevo con esa sonrisa confiada. Olivert también se quitó su chaleco.

—Te prometo que borraré esa estúpida sonrisa de tu rostro —dijo Olivert acercándose a él rápidamente.

Lanzó el primer golpe directo al rostro de Joseph pero, para su sorpresa, este logró atrapar su puño con la mano izquierda para después golpear a Olivert en el rostro con la derecha. Tomó un poco de distancia.

—¿Es esto todo lo que tienes? —se burló Joseph—. Si es así esto no durarás mucho.

Esta vez fue Joseph quien fue hacia Olivert. El detective no sabía por dónde esperar sus golpes así que solo se mantuvo en guardia. Le sorprendió que se acercara tan rápido. Joseph hizo un giro sobre su propio eje dándole una fuerte patada en el pecho y tumbándole en el suelo con un intenso dolor.

—¿Tantos años usando una pistola y olvidaste como usar los puños?

Olivert usó una mesa cercana para poder levantarse mientras recuperaba el aliento.

—Solo estoy… un poco oxidado.

Olivert, en sus primeros años como agente empleaba más la fuerza para resolver los casos, pero eso cambió según mejoró en el uso de las armas. Al final le resultaba más rápido inmovilizar a los criminales con solo un disparo.

Joseph fue de nuevo a por Olivert aprovechando que aún se estaba recuperando de la patada. Tenía la intensión de golpearle en el estómago para hacer que cayera nuevamente al suelo, parecía estar disfrutando. Pero esta vez no esperó que Olivert reaccionara así, se hizo a un lado al tiempo que sujetó su brazo con la mano izquierda, mientras que con la otra le acertó un golpe en el rostro haciendo que Joseph retrocediera.

—Veo que tienes algunos trucos, eso me gusta.

Ambos volvieron a encontrarse mientras seguían lanzando golpes en todas direcciones, muchos eran bloqueados o esquivados, aunque también lograban acertar algunos. Mientras seguía peleando, Olivert fue recordando esas largas horas de entrenamiento cuando Robert le instruía de joven, siempre había sido un muy buen maestro. Los golpes y movimientos de Olivert fueron haciéndose más rápidos y Joseph lo notaba, aunque él tampoco se quedaba atrás demostrando la experiencia de un miembro de las fuerzas especiales. Joseph corrió hacia Olivert y lo embistió tumbándole en el suelo, lo tomó de un brazo y de una pierna, lo levantó llevándolo hacia un lado y le hizo caer sobre una mesa cercana que terminó rompiéndose por la fuerza del impacto.

—¡Levántate! —le gritó a Olivert—. ¡Aún no he terminado contigo!

Olivert se levantó con algo de dolor en la espalda y recibió dos golpes más de Joseph, pero logró apartar un tercero. Entonces empleó el mismo método que Joseph había usado

antes, giró sobre sí mismo y le dio una patada en el pecho. Joseph cayó al suelo y Olivert aprovechó la oportunidad para acercarse a él. Le dio otra patada pero esta vez en el rostro, luego otra más y una tercera. Ahora la frente de Joseph sangraba.

—Ni siquiera con esto pagarás todo el daño que has hecho —dijo Olivert mientras se preparaba para darle otra patada en el rostro.

En ese momento Joseph sacó algo de su bota derecha un pequeño cuchillo. Esas botas resultaban lo suficientemente grandes como para esconder ese tipo de objetos. Le hizo un profundo corte en la pierna izquierda por lo que Olivert retrocedió del dolor y cayó al suelo.

—Cobarde… —dijo Olivert entre dientes.

—Con los años aprendes a usar cualquier método con tal de ganar.

Retrocedió aún más tratando de hacer tiempo y pensar en la manera de quitarle ese cuchillo, pero Joseph corrió hasta él apuntándole. Olivert con movimientos lentos apenas lograba esquivarlo, aunque le resultó muy provechoso el hecho de que la sangre que bajaba por el rostro de Joseph le había cubierto un ojo.

Joseph logró provocarle varios cortes en los brazos aunque no tan profundos como el de la pierna, pero le afectaban lo bastante a la hora de defenderse. Al alejarse de Joseph, también lo hizo del resplandor de la linterna. Le había perdido completamente de vista en medio de la oscuridad. Intentó alejarse más tratando de buscar la salida. En la oscuridad escuchaba cómo Joseph lo llamaba pero no lograba ubicarlo.

—¡Sorpresa! —Joseph apareció delante de él y le apuñaló con el cuchillo en su costado derecho. Olivert cayó al suelo de rodillas mientras se apretaba la zona herida intentando frenar la sangre—. El mejor de la agencia… —Le dio una patada en el estómago haciendo que cayera completamente de lado—. No eres nada —Levantó la mano izquierda en la que sostenía una pistola, era la que Olivert había perdido—. Irónico, ¿no te parece? —De nuevo esa irritante sonrisa—. Muerto por tu propia arma.

Olivert cerró los ojos cuando escuchó el disparo, ya había aceptado que era su fin. Pero no entendió por qué no sentía ningún dolor, tal vez Joseph le había brindado una muerte instantánea. Al abrir los ojos, frente a él vio a Joseph apoyado en una mesa cercana, había soltado la pistola y el cuchillo y se sujetaba el brazo que sangraba. Escuchó otro disparo. Era Joseph quien los recibía, esta vez en la espalda y casi inmediatamente recibió otros dos que hicieron que cayera de espaldas.

—Olivert, levántate —escuchó una voz que se acercaba a él, una que reconoció al instante. Era Barry, que sostenía una pistola y una linterna. Vio que llevaba puesto su chaleco antibalas con la escopeta en la espalda—. Apártate de él —Aún sin creer que fuese él, hizo lo que le pidió. Con mucho esfuerzo fue capaz de ponerse de pie mientras seguía sujetándose la herida por la puñalada.

—Barry… ¿cómo me encontraste?, ¿dónde estabas?

—Te vi saliendo de la agencia con mucha prisa y te seguí, aunque me fue difícil pasar desapercibido —dijo Barry—. En cuanto a tu otra pregunta… cuando atacaron la agencia, aparecieron varios hombres que abrieron mi celda e intentaron llevarme con ellos. Yo me resistí a golpes y patadas, y en el forcejeo logré tomar una de sus granadas de mano. La lancé y al explotar hizo un agujero en el muro de las celdas por el que pude escapar —Miró a su alrededor como si estuviera buscando algo, sin dejar de apuntar a Joseph—. ¿Dónde está Jenny? —Olivert no dijo nada y bajó la mirada. Barry creyó entender el por qué de esa reacción—. ¿Acaso está…? —Olivert tan solo asintió—. ¡Desgraciado! —le gritó a Joseph apuntándole con la pistola.

—¡Barry, detente! —gritó Olivert haciendo que se detuviera. La ira también podía reflejarse en su rostro—.Yo me encargaré de él.

Olivert se colocó a un lado de Joseph, que aún estaba con vida pero respirando con dificultad.

—¿Podrías por favor encargarte del cuerpo de Jenny?, no quisiera dejarla en un lugar como este —dijo Olivert, se notaba el dolor en sus palabras. Barry se quedó quieto unos segundos, como fuera de sí, hasta que guardó su arma. Solo Olivert debía encargarse de él.

—De acuerdo —dijo Barry. Le dio la linterna a Olivert y se fue por la misma escalera por la que había bajado antes.

—Más te vale que aún te quede aliento para responder —le dijo a Joseph agachándose un poco hacia él para asegurarse de que no tuviese más armas escondidas—. Ahora dime, ¿para quién trabajas?, ¿quién es el que hizo circular esa droga? —Joseph volvió a sonreír ante sus preguntas.

—Eso… es algo que descubrirás muy pronto…—le dijo Joseph, tosió un par de veces mientras escupía sangre—. Solo lamento… nunca haberme quedado con su puesto… —Soltó su último respiro.

—Merecías un destino peor —dijo Olivert lleno de dolor.

Debía ir rápido a que le cerraran esa herida antes de morir desangrado. Tomó su arma y fue caminando lentamente hacia las escaleras.

—Olivert —escuchó una voz detrás de él. Por un momento creyó que era Barry hasta que notó que no era su voz. Al voltear y alumbrarle con su linterna se sorprendió enormemente al ver de quién se trataba.

—¿Robert? —preguntó extrañado al ver al jefe de policía caminando hacia él con una linterna en la mano—. ¿Qué haces aquí?, deberías estar en el hospital.

—Solo vine a ver cómo había resultado todo —le dijo él. Alumbró a un lado viendo el cuerpo de Joseph—. Parece ser que ganaste, me alegro por eso.

—¿Cómo supiste que estaba aquí? Nadie sabía que venía a este lugar —No sabía por qué pero apretaba con fuerza su pistola, de alguna manera tenía un muy mal presentimiento sobre todo esto.

—Digamos que fue una corazonada —dijo con expresión seria—, además había algo que quería enseñarte.

Robert fue caminando por su izquierda unos pocos metros hasta llegar a un muro, en el que Olivert nunca se había fijado, y pareció activar algún interruptor. Las luces del lugar se encendieron todas a la vez, haciendo que Olivert se tuviera que cubrir los ojos. Después de haber estado todo ese tiempo en la oscuridad tenía que acostumbrarse a la luz. Cuando por fin pudo mirar a su alrededor se quedó sorprendido al ver dónde se encontraba. El lugar era más espacioso de lo que pensaba, debían de ser unos seiscientos metros cuadrados. Por todas partes había mesas, más de cien, todas con equipos químicos encima. Vio muchos tubos de ensayo y cientos de cajas de madera amontonadas.

—¿Qué es todo esto?

—Aquí es donde se produce —dijo Robert caminando cerca de él.

—¿Qué estás diciendo?, ¿qué es lo que hacen aquí? —Olivert comenzó a subir su arma, sus manos aún le temblaban pero temía cuál iba a ser la respuesta, tenía un extraño presentimiento.

—La droga que tanto hemos buscado, toda sale de este lugar —dijo con tono serio. El miedo invadió por completo a Olivert—. Fui yo quien la creó.

—¡Cállate! —gritó apuntándole al fin. Robert se quedó quieto—. Deja de decir tonterías, no puedes ser tú.

—Si me estas apuntando con el arma, es porque sabes que digo la verdad. ¿Por qué no puedes aceptarlo? —Fue acercándose a él a la vez que Olivert retrocedía.

—No puedes ser tú, te conozco desde hace años —dijo Olivert—, has dedicado toda tu vida a mantener segura esta ciudad.

—¿Y que he ganado a cambio? No importa cuánto lo intentara, cuánto sudor sacrificase, esta ciudad nunca fue segura para nadie, tú más que nadie lo sabes bien —Desenfundó la

pistola que llevaba en el cinturón—. No importa lo que haga, el crimen jamás desaparecerá —Le apuntó—. Por eso hice esto.

—¿Provocar que las personas se suiciden es tu supuesta solución?

—Mi solución es que obedezcan —dijo Robert—, lo que hace esta droga es hacer que todo el que la consuma se vuelva extremadamente susceptible, de manera que obedecerá cualquier orden que se le dé, eso incluye tener que suicidarse —por impulso Olivert le disparó. Nadie más que él se mostró sorprendido ante eso, aunque falló después de todo, la bala pasó a un lado de Robert—. Estás herido —le dijo señalando la puñalada que le había dado Joseph—, ese incesante dolor afecta completamente a tu precisión —Esta vez fue Robert quien disparó, la bala impactó en el hombro derecho de Olivert—. La mía es más que perfecta.

Olivert no podía creer nada de lo que estaba ocurriendo, la persona a quien más admiraba y que le había cuidado por tantos años acababa de dispararle. Correr fue lo único que se le ocurrió hacer. Con las heridas en su cuerpo realmente le costaba moverse, con cada paso que daba sentía un intenso dolor en su pierna, en su costado y ahora en su hombro. Robert no tuvo ningún problema en alcanzarle y empujarle hacia un lado haciéndole caer.

—No creí que Joseph te fuera a dejar en tan mal estado, parece que no te enseñé tan bien como pensaba.

Olivert se arrastró como pudo hasta una mesa cercana que usó para ponerse de nuevo de pie. Estaba completamente en shock. En ese momento su mente seguía diciéndole que debía salir corriendo lo más rápido posible de ese lugar.

—¿Él estuvo trabajando para ti todo el tiempo?

—Solo hasta que quiso tomar el mando —Rodeó a Olivert como si fuera su presa—. Ese secuestro fue un intento por deshacerse de mí, aunque debo admitir que estuvo muy bien planeado, por un momento de verdad creí que lo lograría.

—¿Fuiste tú el que le dio la pistola al prisionero que se suicidó?

—Claro… ¿Quién si no? Estuve más de una hora interrogándole o mejor dicho, esperando la oportunidad para meterle la pistola en el bolsillo.

—Y todo lo que me has enseñado… ¿solo fueron absurdas palabras?

—Todo fue verdad, hasta la última de ellas —Robert se detuvo—. Esperaba que algún día pudieras apoyar mi causa, pero resultaste ser alguien demasiado bondadoso y supe que jamás lo harías.

—Me alegro de haber escogido el buen camino —dijo Olivert apoyado en la mesa.

—¿Buen camino? —preguntó Robert—, es curioso que lo digas, ¿recuerdas lo que te dijo Tank? —Olivert sabía muy bien a qué se refería—. Ese camino que tomaste solo te llevará a tu propia muerte —Le apuntó nuevamente, aunque Olivert fue el primero en disparar. Intentó usar el apoyo de la mesa para mejorar su precisión pero no hubo ningún cambio, seguía fallando—.Ya has gastado diez balas de ese cartucho y no tienes más recargas.

—¿Cuentas mis balas?

—¿Acaso olvidaste de quién aprendiste ese mal hábito? —Robert pateó una de las mesas que tenía cerca en dirección a Olivert. Esta no le golpeó pero sí impactó contra la mesa en la que él se apoyaba, haciéndolo caer al suelo—. Todas tus habilidades, conocimientos de las armas, todo lo que sabes te lo enseñé yo —Se acercó hasta quedar frente a él y le pisó la pierna, justo donde Joseph le había apuñalado—. ¿Ya lo entiendes?, yo te hice quien eres ahora, te entrené para que nunca pudieras vencerme —Ejerció más presión en su pierna haciendo que Olivert se quejara del dolor. En un acto reflejo disparó varias veces sin tan siquiera hacer el esfuerzo de apuntar, solo esperaba que alguna bala le diese—. Quince balas.

Retiró su pie de la pierna de Olivert, que aprovechó la oportunidad para ponerse en pie lo más rápido que pudo, pero el dolor era insoportable y ya no tenía más fuerzas para seguir moviéndose, se volvió a quedar apoyado en la mesa con Robert a solo un metro de él.

—Aunque debo admirar tu voluntad. Me recuerdas bastante a tu padre —Esto era lo último que Olivert necesitaba escuchar. Cualquier tema en relación con su padre era algo que a él no le gustaba tocar.

—No vuelvas a mencionar a mi padre —dijo en tono de amenaza.

—De verdad que lamento mucho su muerte, no quería que terminase de esa forma —dijo Robert.

—¿A qué te refieres con eso?

—El sujeto que asesinó a tu padre solía trabajar para mí —Olivert se quedó sin habla al escuchar eso—, se supone que solo debía asustarle. Pero tu padre resultó ser alguien muy curioso y no debió meterse en donde no debía —Levantó su arma apuntando a Olivert, pensaba poner fin a todo esto—. No pensé que quisiera enfrentarme, y lamentablemente fue su intento de justicia lo que le llevó a la muerte —En un reflejo automático Olivert levantó su arma y disparó, pero nuevamente falló—. Esa fue tu última bala.

Para Olivert todo parecía estar pasando en cámara lenta, frente a él vio a Robert presionando lentamente el gatillo de su pistola. En su estado ya no tenía manera de escapar, ya había considerado quedarse quieto y esperar a que la muerte viniera a por él. Pero entonces escuchó ese único mecanismo que toda arma posee al momento de ser disparada, tan claro como nunca antes lo había escuchado, tal vez ya no podía escapar pero sí podía luchar, como también lo hizo su padre. Teniendo en cuenta la dirección en que le apuntaba, se movió rápidamente hacia la derecha justo en el momento en que la bala salió disparada. En un movimiento rápido, sacando sus últimas fuerzas, logró llegar frente a Robert que quedó impresionado. Olivert levantó su pistola a pesar del dolor y apuntó directamente en el centro de su pecho a pocos centímetros de Robert.

—Esta es mi última bala —Disparó. A esa distancia jamás podría fallar. Robert cayó de espaldas al suelo soltando su arma y en el acto su respiración se vio fuertemente agitada.

—Pero… ¿cómo es posible…? —se preguntó Robert sin apenas aliento para hablar. La sangre comenzaba a desbordarse por su boca y por la zona del impacto de bala. Olivert se acercó a él.

—Cartuchos modificados, una bala extra —dijo dejando caer el cargador vacío.

—Que ingenioso…

Por un segundo creyó ver que Robert sonreía, su cuerpo se relajó y se quedó inmóvil sin decir nada más, era otra vida que se esfumaba en ese lugar ese mismo día.

—Adiós, Robert —dijo Olivert sintiendo cómo un gran alivio envolvía su cuerpo. Se dejó caer al suelo completamente exhausto, ya había perdido mucha sangre Tardó unos minutos en volver a ponerse de pie, estaba por dirigirse a las escaleras para salir de ahí cuando vio algo que Robert sostenía en su mano izquierda, un pequeño objeto metálico. Se agachó un poco y lo recogió, era su encendedor—. Supongo que puedo tomarlo como una pequeña herencia.

El hospital había sido completamente consumido por las llamas, todo rastro de la droga que había en el almacén había sido completamente destruido. Olivert había logrado salir y se quedó esperando frente al lugar hasta que llegaron las ambulancias y los de emergencias, fue el primer gran respiro que había tenido en mucho tiempo.

Pasaron dos días desde entonces. Olivert había permanecido todo ese tiempo ingresado en el hospital para que curaran sus heridas, con toda la sangre que había perdido tenía que mantener reposo. La noticia de que había logrado destruir la fuente de la droga se esparció rápidamente y recibió un gran reconocimiento. Todos aquellos implicados que seguían libres fueron capturados en los días siguientes.

Olivert caminaba lentamente por los pasillos del hospital debido al corte en su pierna. Llevaba el brazo derecho sujeto por vendas y aún sentía dolor De su bolsillo sacó un frasco de calmantes y se tomó uno. Debía permanecer al menos otro día en el hospital antes de ser dado de alta y dar paseos por los pasillos era lo único que le entretenía, además de algunas visitas que le permitían tener. Se detuvo frente a una de las habitaciones, tocó un par de veces y luego entró.

—Buenos días —saludó a la persona que estaba acostada en una cama. Era Jenny—. ¿Cómo te sientes? —Caminó hasta quedar a un lado de su cama.

—Igual que todas las demás veces que me lo has preguntado. Me encuentro bien —respondió ella. A Olivert le alegraba que hubiera sobrevivido al disparo. Se salvó por muy poco, solo había caído inconsciente después de eso, pero cuando Barry vio que aún estaba viva no pudo contener su emoción. Ahora ella sonreía, le gustaba verla así, ella también había logrado quitarse un gran peso de encima.

—Solo me aseguro de que estés bien, no me culpes por preocuparme —dijo Olivert sonriendo. Se sentó en una pequeña silla de madera a un lado de la cama. Se oyó cómo alguien llamaba a la puerta.

—Buenos días, ¿cómo se sienten? —preguntó Barry entrando en la habitación. Eso hizo que ambos rieran—. ¿Dije algo gracioso?

Después de lo ocurrido en el viejo hospital, Olivert consiguió retirar todos los cargos de los que Barry había sido acusado. Había explicado todo lo referente a Joseph y cómo había inculpado a Barry con falsas pruebas. Además explicó cómo siempre había sido él el responsable del tráfico de la droga. Olivert también le había contado a Barry y a Jenny lo ocurrido con Robert. Barry fue el primero en mostrarse sorprendido, era la última persona que esperaría que hiciera algo así. Pero Jenny, por el contrario, no se había impresionado, ella les confesó que aparte de investigar a Joseph por la muerte de sus amigos, también había estado investigando el tráfico de una droga que estuvo circulando por Nueva York hacía más o menos un año. La implicación del jefe Padish había sido la última información que le había dejado Martin antes de ser asesinado y hasta el mismo día del enfrentamiento no había podido descubrirlo.

Además de todo eso, Olivert les había pedido un gran favor. Él quería conservar el buen nombre de Robert aunque hubiera sido el culpable de todo. Mucha gente le respetaba y admiraba, y él quería que siguiera siendo así. Si la gente se enteraba de que Robert Padish, el jefe de policía de una de las más reconocidas e importantes agencias de la ciudad, había sido el causante de todo el dolor de esas últimas semanas, todos perderían completamente la confianza en la policía. Al final lo que anunciaron fue que lamentablemente había muerto durante el enfrentamiento con Joseph, de esa manera lograrían mantener el orden en la ciudad.

—Y bueno… hay algo que quiero comentarles, antes que a cualquier otra persona—dijo Olivert llamando la atención de ambos agentes—. Después de mucho pensarlo al final tomé una decisión… Aceptaré el trabajo como jefe de la agencia. —Jenny y Barry se impresionaron con la noticia, no se lo esperaban, aunque estaban muy felices por su decisión.

—Creía que trabajar en una oficina no era tu estilo —dijo Jenny sonriendo.

—A veces es bueno cambiar un poco de estilo —dijo Olivert—. Estos días he recibido un montón de recomendaciones, no tendrán ningún problema en aceptarme.

—Seguro. Bueno, tengo que irme —dijo Barry dirigiéndose a la puerta—, ahora tengo más trabajo que antes —Olivert había recomendado a Barry para un ascenso, en agradecimiento por haberle salvado la vida. Ahora era el detective Barry Hogan—. Nos vemos luego.

—Entonces —le dijo Jenny a Olivert—, si vas a ser el nuevo jefe de policía, supongo que ya no seré tu compañera.

—No, exactamente —le dijo Olivert sonriendo—. Pero ser jefe no impedirá que siga trabajando fuera de la agencia. De vez en cuando cubriré algunos casos y me hará mucha falta mi problemática compañera.

—¿Eso fue un cumplido? —preguntó Jenny riendo ante la forma en que la había llamado.

—Puede ser —dijo Olivert sonriéndole. Levantó su mano y la llevó hasta la de Jenny sujetándola con suavidad. Ella le devolvió el gesto—. Y bien, ¿qué me dices?

—Será un placer.

# Pesadilla en el Hospital General

# CAPÍTULO I

Eran las cuatro y cuarenta de la madrugada cuando levantaron a Julián Torres por tercera vez.

La primera había ocurrido alrededor de la una y apenas había logrado dormir media hora. Sin embargo había alcanzado a soñar que su guardia había terminado y que estaba en el estacionamiento, listo para irse, pero por más que buscaba y buscaba, no conseguía su pequeño coche. Se levantó preguntándose si eso no calificaría como una pesadilla. Al salir del cuarto de descanso y avanzar un tramo, se insultó mentalmente cuando advirtió que había olvidado su bata. Luego, al acercarse a la sala, cruzó los dedos para que se tratara de un caso sencillo. Estaba de suerte, el caso no le iba a tomar mucho tiempo. Aparentemente, un niño que no cenó lo suficiente. Se levantó con hambre tras haber dormido un buen rato. Aprovechó que sus padres aún dormían para dirigirse directo a la cocina, a coger de esas galletas de chocolate que solo le permitían comer una vez al día, después del almuerzo. Ya lo había hecho antes, explicaba la madre. Tomaba un banco y se subía para llegar a la parte de arriba del estante, donde ella las colocaba, supuestamente fuera de su alcance. Pero esta vez utilizó el banco que no tenía las patas firmemente unidas al asiento. Cuando se subió y se puso de puntillas sobre él, el banco se dobló todo lo que pudo pero al final cedió. Los padres escucharon un ruido enmudecido primero —en efecto, fue lo que los despertó— acompañado de un temblor tímido, y luego algo que se asemejaba más a un aullido, al aullido de un crío de lobo perdido en una larga travesía invernal, que al llanto de un niño. De la habitación primero salió la madre, con esa suerte de urgencia que parece ser inherente a casi todas; luego la siguió el padre, más dormido que despierto, que es como Julián se encuentra en este momento, mientras se restriega los ojos con los dedos, escuchando el relato de la señora. En la cocina, encontraron al niño en el suelo, llorando, incapaz de mover la pierna derecha. Bueno, nada grave. El procedimiento es sencillo: reposicionar el hueso y mandarle a colocar un yeso. Primero debe esperar la radiografía simple, sin embargo. Protocolo. Llegan los resultados, eleva la placa para acercarla a la luz y precisar los detalles. Como lo había pensado, una luxación en el tobillo. El chico tuvo suerte. Ahora lo distrae preguntándole sobre las galletas mientras va ubicando con las manos el lugar preciso donde deberá aplicar la fuerza. Ahora le hace otra pregunta y cuando lo ve pensando la respuesta, en el momento de máxima distracción, pum, un apretón. Claro que le dolió y claro que lloró, pero mucho menos que si le hubiera avisado lo que iba a hacer.

La segunda vez que levantaron a Julián había logrado dormir una hora y media, al menos. A pesar de haber dormido más tiempo, no podía recordar lo que sea que hubiera soñado. Al levantarse, recordó que el cerebro nunca descansa y que uno sueña aunque no lo recuerde. Luego se preguntó si uno no lo recordaría por ser un sueño muy terrible, o por ser uno muy bueno. Se obligó a abandonar el tema concluyendo que, seguramente, ninguna de las dos opciones, sino todo lo contrario. La escena que le tocó en emergencias, eso sí, era un poco más complicada. Un hombre (debía estar alrededor de los cincuenta) caminaba muy borracho hacia su casa. Lo acompañaba su mujer, a quien habían llamado desde el bar para avisarle que su esposo se estaba metiendo otra vez en problemas y que necesitaba que lo fuera a buscar. El bar se encontraba a pocas cuadras de su casa y en el camino había un edificio de tres pisos que acababan de demoler. Mientras lo pasaban de largo, al hombre se le ocurrió meterse para vaciar la vejiga —las cosas que hace la gente borracha, piensa Julián— pero al tratar de salir tropezó con unos escombros y cayó. Por esas cosas de la vida, que para algunos es el azar y para otros el destino, en ese preciso lugar se encontraba, como si lo hubiera estado esperando, como si hubiera sido puesto ahí para él, un pedazo de vidrio, el único en toda esa área, que mostraba los dientes picados en dirección al cielo nocturno. Al caer, se le enterró por el costado izquierdo, prácticamente a nivel de la cintura, justo debajo

de la costilla. Cuando la mujer supo lo que le había sucedido a su marido empezó a gritar por ayuda. De los edificios cercanos empezaron a asomarse caras; del bar, a salir gente. Algunos borrachos, otros no, como el dueño, quien llamó a la ambulancia mientras, en su cabeza, sacaba la cuenta de cuántas había tenido que llamar en este mes y se cuestionaba profundamente haber pensado alguna vez que abrir un bar era una buena idea.

Esto, para qué negarlo, sí le iba a tomar más tiempo. Cuando se empieza la residencia, este tipo de cosas impresionan. Aunque se sepa la teoría y se hayan visto fotos, cadáveres incluso, nada de eso es suficiente. Cuando todo ocurre en vivo, de prisa, mientras el tiempo se agota y las soluciones posibles son muy reducidas —por no decir que una sola— en comparación a todo lo que puede salir mal... Esa es la verdadera prueba. Aprender a desarrollar la frialdad necesaria para asumir la presión de una guardia en emergencias, un fin de semana, cuando todos dan rienda suelta a sus instintos, como si en la semana tuvieran que pretender pertenecer a la civilización, como si durante ese tiempo fuera una obligación usar un disfraz de humano que el viernes al llegar la noche se echa junto con la ropa para lavar. Hay quienes lo echan desde el jueves. Eso sí, hay quienes nunca lo echan, pero también quienes nunca se lo ponen. A veces puede que seas el único residente despierto y se presentan varios casos a la vez, todos graves, todos con el tiempo contado, pero unos más que otros. Ahí es cuando uno se debe transformar en el maestro zen para no dejarse llevar por la premura, no desesperar. A diferencia de los zen, sin embargo, tal autocontrol no llega por vía de la meditación sino por la práctica. Así se aprende a jerarquizar, a establecer prioridades entre las emergencias de los que sufren pero tienen más tiempo que aquellos que ya ni siquiera están conscientes, pero cuya urgencia es tal que pueden morir en breves momentos.

Sin embargo, ya ha pasado casi un año desde que empezó la residencia y hay tan pocas cosas que se puedan resistir al embrujo de la costumbre. Es difícil pensar que alguien se pueda acostumbrar a una sala de emergencias. Y sin embargo, ocurre todo el tiempo. Los pasillos y salas que se llenan de pacientes en camillas, o sillas de rueda, algunos recuperándose, algunos muriendo, la ocasional pelea entre bandas criminales que tratan de ajustar cuentas, o las peleas de personas normales por familia, o por amor. Y claro, siempre están los casos de personas por las que ya no se puede hacer nada, las personas que llegan muertas o que mueren en la sala, acompañados por los llantos de quienes los lloran. Nada de esto está hecho para el débil de corazón. O quizá lo más correcto sea decir que hasta los corazones débiles pueden endurecerse ante la frecuencia de estas escenas. Aun así, hay ciertos temples que no podrían tolerarlo.

Por suerte para este borracho, los paramédicos habían logrado controlar un poco el sangramiento, así que no llega dejando manchones de sangre. Y por suerte, también, tenía mucho alcohol en ella. El hombre se quejaba del dolor, pero no daba alaridos ni se retorcía, como otros casos parecidos que Julián había atendido, donde los pacientes estaban —muy a su pesar— en su completo y sano juicio. Aquí, el hombre incluso se distraía por momentos y empezaba a maldecir nombres inentendibles, tratando de mover los puños en el aire, luchando contra los demonios invisibles del delirio etílico. Acaso se pueda prescindir de anestesia en este caso, piensa Julián, y así ahorrar algunos suministros médicos que en los hospitales, como siempre, no suelen abundar. Pero, primero lo primero.

Es increíble lo fácil que el vidrio puede penetrar en el cuerpo, dado el impulso adecuado. Julián reza a un dios impreciso (y en el que cree dudosamente) porque el pulmón izquierdo no esté comprometido. Si es así, entonces eso implica un pulmón colapsado, una pleura inflada y, en resumidas cuentas, quirófano y cirugía. Y él aún no domina ese nivel quirúrgico, por lo que tendría que llamar a otro doctor y Julián suele molestarse cuando le toca un caso que no puede resolver de principio a fin. Pero todavía no se sabe nada del pulmón. Entonces realiza un examen superficial. No presenta jadeos intensos. Da unos pequeños golpes sobre la costilla izquierda y la zona superior izquierda del abdomen. Percibe un sonido hueco. Parece

que dicho dios ha escuchado su plegaria. Pero para estar seguro, pide una radiografía. Por suerte el paciente es, no digamos que gordo, pero sí grueso, un poco por encima del peso ideal. Con la ayuda de una enfermera lleva al paciente a la sala de rayos X.

Mientras espera se dirige al ala de enfermería para pedir café. Después se lo toma pensando si este caso podría lograr interesar a Villalobos para que hable con él. El café está muy caliente. Solo logra darle unos cuantos sorbos porque la enfermera lo llamó para avisarle que el paciente estaba de vuelta en el pabellón y que ya salían las radiografías. En efecto, cuando llega, la enfermera le entrega las placas, que él toma y eleva hacia la luz para examinarlas. El pulmón y la pleura están intactos. Lo que queda es limpiar y suturar. Ya el hombre está inconsciente de la embriaguez y no hará falta la anestesia. Julián quita la cura provisional que colocaron los paramédicos. La carne del paciente se abre mostrando su grosor y la profundidad del corte. El fondo blanco es la grasa, tan injustamente condenada en cualquier otra oportunidad; aquí, es la salvadora. Julián ahora toma hilo y aguja para empezar a saturar. Por alguna razón, disfruta las suturas. En parte porque le quedan bien. Vuelve a limpiar y coloca por último la gasa. En unas horas, el hombre despertará sin saber cómo fue que llegó aquí. Al salir de la sala le da las noticias a la esposa, quien le agradece sin mucha exaltación, quizá un poco aburrida de tener que pasar por estas cosas cada vez que su marido se embriaga. Parece que Julián está de suerte esta noche. No le ha tocado nada particularmente complicado.

Entonces se dirigió nuevamente al cuarto de descanso. Ya son tres las noches en este trote. De jueves para viernes fue más suave, al menos. Al llegar, se acostó por tercera vez en esta noche, con la esperanza de siquiera ver el sol cuando se volviera a levantar. Pero no fue así. Cuando lo volvieron a llamar y abrió los ojos, se fijó en el reloj del despertador de la habitación. Eran, como dijimos al comienzo, las cuatro y cuarenta de la madrugada y acaso habría logrado dormir una hora. Esta vez, sin embargo, sí recordaba algo del sueño y de hecho todavía podía escuchar las carcajadas de Villalobos en el cafetín del hospital, cuando se dio cuenta de que él no llevaba pantalones. Él, de hecho, tampoco se había dado cuenta hasta que escuchó la carcajada, una carcajada que poco a poco se fue convirtiendo en un ruido electrónico, aquel que le indica que es requerido en emergencias. Se pregunta si el sueño calificaría como pesadilla mientras se pone los zapatos. De salida, ya casi cerraba la puerta del cuarto de descanso cuando se dio cuenta de que olvidaba la bata. Nuevamente.

—¡Mierda! —exclamó, no tanto un grito como sí una recriminación y un regaño a sí mismo.

Cuando llegaba a la sala, Julián observó que había dos funcionarios de la policía custodiando la entrada. Ya lo había visto en oportunidades anteriores. A veces los delincuentes aprovechan los hospitales para esconderse de la policía. Lo cual siempre le pareció a Julián una mala idea, algo que no haría si fuera un criminal. Pero en otras ocasiones, cuando el paciente llegaba a causa de un enfrentamiento con ellos, siempre había funcionarios que llegaban con él para asegurarse de que no se escape después. Julián incluso había escuchado de casos en los que el paciente era ultimado por bandas enemigas en la misma sala de emergencia. Uno o dos individuos que alcanzaban entrar sin mucho aspaviento, dar dos o tres disparos al paciente, y salir de inmediato. Una secuencia sin interrupciones, pero sin apuros. Así le decían. Él personalmente no había sido testigo de semejantes escenas.

—Buenas madrugadas, oficiales —dijo Julián cuando se disponía a cruzar la puerta. Uno de ellos, sin embargo, extendió el brazo, bloqueando el paso. El otro le pidió identificarse. Extraño, nunca le habían pedido identificación antes.

—Dr. Julián Torres —dijo el oficial, mientras miraba su carné—, disculpe la molestia y gracias por su colaboración. Siga.

Se imaginó que el paciente debía de ser uno de los pesados.

Al entregar el carné de vuelta a Julián, el oficial, algo torpe, lo dejó caer al suelo. Ambos se agacharon a recogerlo, pero el oficial insistió en que él lo haría. Julián permaneció agachado para recibir su carné. Extraños le parecieron los zapatos del oficial, unas botas de vaquero, punta alargada, con adornos de piel de serpiente.

—Su carné, doctor —dijo el oficial, notando que Julián parecía distraído viendo sus botas.

—Sí. Claro. Gracias —respondió él, obviando la observación. Hay una emergencia esperando.

Al entrar vio a un hombre de unos cuarenta años. Tenía golpes, moretones y heridas en todo el cuerpo. También tenía bastantes tatuajes. El informe de los paramédicos indicaba que había sufrido un accidente de tránsito severo, con el resultante politraumatismo. Posiblemente fracturas y hemorragias internas. Las heridas por cortaduras no parecían graves y seguramente fueron producidas por los pequeños trozos de vidrio de las ventanas. Pero los golpes sí parecían serios. Grandes hematomas visibles en el cuerpo y zonas con hinchazón pronunciada, incluyendo el rostro. Exteriormente, al menos, no había desangramiento como tal. Pero había que descartar que no tuviera algún derrame interno, sobre todo en la cabeza. Y, por supuesto, esto significaba pedir las respectivas radiografías. ¡Que el dios impreciso —pensaba Julián— te guarde en su gloria, gran Wilhelm Röntgen! ¡Cuántas vidas y cuántas dolencias no se han salvado y aliviado gracias a ti!

Con la ayuda de otra enfermera, llevó al paciente a la sala de rayos X. Los oficiales los siguieron. Luego Julián hizo la visita de costumbre al ala de enfermería a pedir un poco de café. Mientras se lo tomaba, se imaginaba a Villalobos bailando para él. La falta de sueño, pensó. A los pocos minutos, Julián tuvo que correr de vuelta a la sala de rayos X. El hombre había recuperado la consciencia, pero al parecer estaba muy alterado. Cuando llegó, los oficiales y una enfermera trataban de controlar al paciente, que parecía preguntar por alguien, pero solo repetía desesperadamente la pregunta "¿dónde está?". Julián trató de saber por quién preguntaba, pero era inútil. Era como si no lo escuchara. Mientras tanto, trasladaban al paciente al pabellón de emergencias nuevamente. Los oficiales se quedaron en la entrada, custodiándola, y Julián entró con la camilla. Una vez adentro, solicitó un calmante a una enfermera, aunque el hombre parecía menos alarmado.

—Soy el Dr. Julián Torres. Usted se encuentra en el Hospital General. ¿Sabe por qué está aquí?

—¿Dónde está? Ya debe haber llegado. Debe saber que estoy aquí.

—No me ha querido decir a quién busca, señor. Usted llegó solo, custodiado por los oficiales que están en la entrada. Más nadie.

—Voy a morir…

—Es algo temprano para saber eso. Le puedo decir que si estuviera agonizando, no me estaría hablando en este momento. Dígame, ¿cuál es su nombre?

En ese momento llegó el auxiliar de los rayos X con las placas que le habían sacado al hombre. Julián empezó a examinarlas. La situación no parece ser tan grave, los golpes no han afectado órganos internos, incluyendo el cerebro. A decir por la apariencia exterior del paciente, esto parece obra del dios impreciso. Mejor quedar vuelto mierda por fuera que por dentro, piensa.

—¿Lo ve? La situación no es tan grave, caballero. Tiene un par de fracturas, eso sí, y una fisura en un hueso. Pero no va a morir. Se va a recuperar.

A pesar de las noticias, el hombre continúa nervioso. De hecho, no está seguro de que siquiera haya escuchado lo que le dijo. Julián deja las placas en una mesa cercana y se dispone a tratar las fracturas. A medida que procedía, le decía lo que iba a hacer, pero no parecía prestarle atención. Una pequeña corrección en la tibia y colocación de las férulas tanto en la pierna como el brazo lastimados. Luego procedió a limpiar y suturar una herida

abierta en la cabeza del paciente. Nada grave, solo una pequeña abertura que con seis puntos se puede cerrar. Luego limpió y aplicó la gasa. Durante todo este tiempo el hombre apenas se quejaba del dolor. Por último limpió las otras heridas, colocó gasas y vendajes donde era necesario. Por suerte le alcanzó el antiséptico. Cuando miraba lo poco que quedaba en el recipiente, alguien corre la cortina. Ha llegado el calmante, pero es otra la enfermera que lo trae. De hecho, Julián nunca la había visto. Pero como tanta gente nueva aparece y desaparece en el hospital, no reparó mucho en ello. Sin embargo, el paciente sí. Empezó a gritar que lo saquen de ahí, o que saquen a la enfermera. Al ver que el hombre trataba de bajarse de la camilla, Julián tuvo que controlarlo mientras la enfermera preparaba la inyección. En ese momento, en el forcejeo, el paciente llevó la mano que podía mover a su cuello, buscando una cadena. Cuando la ubicó, la arrancó de un tirón. En ella colgaba algo que Julián no alcanzó a identificar. El hombre cerró el puño y lo llevó a uno de los bolsillos de la bata del doctor, donde soltó la cadena. Julián lo miró atónito y volteó a mirar a la enfermera, pero esta apenas se empezaba a voltear en ese momento, tras expulsar una pequeña cantidad del calmante de la jeringa, asegurándose de que no quedara aire por dentro. El doctor le pidió ver la ampolleta y la jeringa, para asegurarse de que el medicamento y las dosis fueran correctos. Todo estaba en orden.

La enfermera entonces aplicó el calmante mientras Julián sostenía al hombre, a la vez que este último gritaba que la echara, que lo quería matar, muy agitado. Cuando terminó de verter la dosis en el canal, le pidió que se retirara, lo que la enfermera hizo de inmediato. Así, poco a poco, el forcejeo del paciente iba disminuyendo en fuerza, hasta detenerse. Al fin, pensó Julián, que entre la falta de sueño y todo este episodio había quedado completamente exhausto. Sin embargo, si bien el paciente ya no forcejeaba, todavía estaba consciente.

—Esta ciudad… —decía el hombre, arrastrando las palabras.

—Cálmese. Pronto estará bien.

—Toda esta ciudad es cómplice… Toda… Está sucia… No hay nada, ni una pared, ni una persona que no haya sido tocada por esa suciedad… Ya ni siquiera importa si lo saben o no…

—Señor… —Julián se llevaba la mano al rostro, tratando de masajear sus ojos con los dedos. Todo esto... Por un momento pensó que acaso se había quedado dormido sentado en alguna parte del hospital, sin darse cuenta.

—Tiene… —preguntó el paciente— ¿Tiene ahí su teléfono?

—Sí, lo tengo.

—Mire este tatuaje —dijo el paciente, mientras indicaba su hombro con el mentón—. Tómele una foto.

De manera automática, sin cuestionarlo, Julián sacó su móvil, enfocó el tatuaje y capturó su imagen. Era un tatuaje extraño, a pesar de su sencillez. No parecía tal. Era algo como un rostro. O al menos de eso tenía la apariencia. Apariencia de tatuaje, apariencia de rostro.

—¿Listo? ¿Se ve claramente?

—Sí.

—¿Seguro?

—Seguro, caballero. Seguro.

—Bien… Parece un tipo inteligente… Así sabrá donde usar la llave… Mejor a un panoli que a uno de esos cabrones…

—¿Cómo?

Entonces sonó el localizador de Julián. Otro caso que atender. Tras observar el aparato, volvió la mirada al extraño paciente. Se encontraba dormido. Rápidamente, Julián confirmó su estado y signos vitales. Está estable. Entonces sale de prisa.

Cuando deja el pabellón, advierte que al fin el sol ha salido. Se le ocurre que de pronto esta sea la mañana de un domingo que más se ha demorado en llegar, en lo que lleva de vida.

A medida que avanza en su residencia, se ha dado cuenta que el intersticio entre uno y otro paciente, poco a poco, empieza a convertirse en un espacio sagrado. Su importancia no se debe al tiempo que duran, naturalmente, pues suelen ser muy breves. Se vuelven sagrados por lo mucho que se aprende a aprovecharlos, como cuando se dormita entre estaciones del tren subterráneo: uno cabecea por tan solo unos segundos, y sin embargo es capaz de tener sueños que duran horas. Todos los intersticios que se puedan aprovechar son vitales en guardias pesadas, como esta, donde la jornada parece alargarse sin fin. Debe ser el cansancio y el sueño, pero no se puede quitar la imagen de Villalobos de la cabeza.

Julián llega a la puerta del quirófano, donde lo requerían. Se asoma por la ventana en la puerta y ve a otra residente, preparándose. La conoce. Tiene un año más que él en la residencia, pero es más joven. Se nombre es Alejandra. Una chica brillante, cuando menos, según la opinión general de los médicos del hospital. No es difícil de creer, pensando en lo seria que es. Julián lleva semanas tratando de invitarle un café, solo un café, ni siquiera unas cervezas, o una cena, o una caminata. Ella solo habla con él si se trata de la residencia, o de algún paciente en particular.

—Torres, te demoraste mucho —dijo ella.

—Ehm… Doctora, no ha pasado ni un minuto desde que me llamaron.

—Es en broma. Estoy llegando, mi turno ya empezó. Anda y descansa. Pareces un cuadro del Greco. Además, se trata de un pulmón colapsado y creo que tú todavía no…

—Hasta luego, doctora —subiendo un poco el tono para evitar que siga hablando, o para no escucharla terminar de decir lo que estaba diciendo. Quizá por ese sueño, o pesadilla, todavía no se decidía.

Así era Alejandra Villalobos. Quiso decirle que justamente la estaba pensando. Pero no era el momento. Ella no era fría, realmente. Podía empatizar sin aparente esfuerzo y ser solidaria. Era más bien escrupulosa y muy comedida. Parecía de principios muy firmes, incorruptible. Profesionalmente era exhaustiva, minuciosa, sin dejar cabos sueltos. Era en la medicina donde dejaba ver la vehemencia de la que era capaz. Sobre todo cuando algo le salía mal, que aunque ocurría poco, resultaba evidente cuánto la frustraba. Al conocer este tipo de detalles, a Julián no le sorprendía que los de la vieja escuela la adoraran. Ese cinismo que parecía ser inherente en tantos compañeros y compañeras, e inclusive en él mismo, parecía no haberse prendido de ella, por alguna razón que él no sabía explicarse. Todo en ella parecía transmitir mesura, proporción, la justa medida. Hasta en lo físico, su belleza no era exagerada, pero sí cautivante, por decir lo menos; y su propia figura, sinuosa sin ser voluptuosa. O al menos eso parecía sugerir el uniforme. Y era increíblemente difícil de seducir. Julián nunca la había visto coquetear —o algo remotamente parecido— con nadie. Solo podía sacarle una sonrisa, o una risa incluso, quedando en ridículo frente a ella. Como ahora. Aunque no recuerda quién es el Greco o cómo son sus pinturas, sabe que no debe ser algo bonito y que definitivamente no lo está comparando con actores o deportistas. Doblemente ridiculizado: burlado su semblante y burlado su intelecto con una referencia que se le escapa. Al menos llevo puestos los pantalones, piensa. Y luego se dice que aunque no los tuviera, en verdad no habría nada de qué avergonzarse. No más que otros, en tal caso. Tampoco es que Julián fuese un gran artista de la conquista, claro. Pero había tenido su cuota de relaciones apasionadas con mujeres que parecían inalcanzables. Por eso no se rendía. Aunque, más que por su propio historial, no se rendía porque no podía. Sentir la atracción que sentía hacia ella era, para él, inevitable.

—Es verdad. Necesito dormir —se dijo, en voz baja, para no seguir pensando en ella.

Julián soltó un largo suspiro mientras salía del quirófano. Caminaba con calma llevándose las manos a los bolsillos de la bata. Se detuvo entonces, al sentir la cadena que pusiera ese hombre en uno de sus bolsillos. Lo había olvidado. Sacó la cadena y tomándola por sus dos extremos, con una sola mano, soltó el resto para contemplarla. Era de plata, sin

duda. Sus aros, un poco más gruesos y de mayor diámetro que la típica cadena con crucifijo. Abajo, colgando, una llave. Parece de cobre y debe tener algún tiempo, a juzgar por su opacidad. No es muy grande. Cabe en la palma de su mano. Y por su apariencia —una barrita de cobre con un aro por un extremo, por el cual pasa la cadena; y por el otro el diente que abre la cerradura— definitivamente debe ser de alguna gaveta de escritorio, o algún tipo de cofre. ¿Quién podría querer asegurar algo de vital importancia con una cerradura tan simple, como lo sugiere la llave? Quizá el hombre estaba bajo el efecto de algún tipo de alucinógeno. Después de todo parece ser un delincuente y los delincuentes suelen drogarse. No son prejuicios. Son hechos. De eso sí había sido testigo. Ya sea heridos o muertos, cuando se analizaba la sangre, los resultados arrojaban la presencia de algún estupefaciente. Cocaína o metanfetaminas eran las más frecuentes. Pero no siempre estaban drogados, sin embargo. Debió haber solicitado un examen de sangre para este caso. Entonces decidió volver para entregarle la cadena, solicitar el respectivo examen de sangre y asegurarse de que continúa estable.

Mientras camina de vuelta al pabellón de emergencia, Julián recuerda algo que ocurrió en sus primeras guardias de emergencia. Era una pobre chica, de unos 20 años, que había consumido LSD y en la alucinación pensaba que iba a desaparecer. La traía una amiga, con la que estaba compartiendo la experiencia. Ella no parecía estar para nada preocupada y de hecho frecuentemente soltaba una risilla ante toda la situación. Le confesó que era primera vez que su amiga hacía ácidos y que solo la había traído porque no dejaba de insistir en ello y no iba a dejar de hacerlo si no la acompañaba al hospital.

—Yo la conozco —le dijo al joven doctor.

La chica (que se llamaba Lucy), le decía a su amiga (Cielo) que se sentía morir. Y eso mismo era lo que no dejaba de repetirle a Julián.

—Creo que mejor le hubiera dado media dosis —decía Cielo.

Julián pensaba que si la realidad no era extraña entonces qué lo era, y que si es obra del impreciso dios, no cabe duda de que tiene sentido del humor.

—¿Así que Lucy está en pánico gracias a Cielo? —preguntaba abiertamente, algo que a veces hacen los doctores, si se lo piensa: preguntas retóricas, para romper el hielo. Cielo entonces soltaba otra risilla.

Lo que causó más impresión en Julián fue que Lucy sacó una foto de su cartera. Era una fotografía de su madre. Y se la estaba entregando para decirle que la buscara cuando muriera para darle un mensaje de su parte, decirle que lo sentía mucho, que ella nunca quiso decepcionarla, que ojalá hubiera podido ser la hija que ella hubiera deseado. Le costó un poco convencerla de que estaría bien, que solo había sufrido una baja de tensión y por eso el mareo y la palidez, pero que no era nada grave, que el suero la ayudaría y estaría bien antes de que se diera cuenta. Le entregó la foto a la amiga y salió.

Pero ahora Julián llega a la puerta del pabellón y se extraña al no ver a los oficiales. Al entrar, la sonrisa que el recuerdo anterior había colocado en su rostro se desdibuja. En la misma camilla donde había dejado al paciente durmiendo, ahora se halla un cuerpo cubierto por una sábana. Al descubrir su rostro confirmó lo temido. Era el hombre del tatuaje.

Ha muerto.

Julián se inquieta. Siente un frío que le recorre el espinazo y los pelos se le paran de punta. Esto era lo que menos esperaba. Cuando lo dejó, el hombre tenía el pulso estable, como todos los otros signos vitales. Respiraba sin dificultades, la presión arterial estaba algo elevada, pero dentro de los valores de estabilidad, las radiografías mostraban que los pulmones no habían sido afectados, tampoco el corazón. No tenía hemorragias internas. Los sangramientos externos también habían sido controlados. El calmante y la dosis aplicada también eran los adecuados. Además solo se ausentó por breves momentos.

Entonces preguntó a las enfermeras si sabían qué había pasado. Se encontraban muy ocupadas, a decir verdad. Ninguna sabía nada. Ni siquiera se habían enterado que había muerto alguien. Hubo una, sin embargo, que había escuchado algo sobre un paro cardíaco, pero su recuento era muy vago. Habló de oficiales de la policía entrando y saliendo rápidamente, diciendo por sus radios cosas que no escuchó bien, entre las cuales estaba la palabra infarto, pero que quizá no hubiera sido esa la palabra, de pronto pudo ser otra. Era nueva y ya parecía tener suficiente en sus manos como para seguir molestándola, así que Julián lo dejó. Sin embargo, no se convencía. El cuadro del paciente no presentaba ningún riesgo de fallas cardíacas y cuando se fue estaba perfectamente estable.

—El informe —piensa— debe haber un informe.

## CAPÍTULO II

Con frecuencia, durante los años que ha estado formándose y practicando la profesión de la medicina, Julián se ha cuestionado si realmente ha hecho la elección correcta. No era por el *gore* que acompañaba la profesión. La verdad es que a veces le parecía mucho más sangrienta la ortodoncia, una verdadera carnicería legal y localizada que —y he aquí uno de los toques de humor del dios impreciso— era usualmente ejecutada por mujeres increíblemente sexys y delicadas. En otras palabras, estaban rebuenas, divinas. Varias veces, entre clases, él y otros compañeros podían pasar un buen rato haciendo turismo en los pasillos de odontología, preguntándose qué clase de bestia sexual podía esconderse detrás de ese maquillaje cuidadosamente aplicado, de ese cabello arreglado con dedicación, en fin, tiempo, mucho tiempo invertido, una cantidad de tiempo solo comparable al que pasaban a puerta cerrada abriendo más huecos en la boca, destrozando dientes con máquinas de ruidos espeluznantes, usando pinzas para arrancar muelas enteras con el mero pulso de sus brazos, esos brazos que, desnudos, eran capaces ellos solos de levantar el pensamiento de más de un chico —y también de humedecer el de más de una chica, para ser francos—, por no hablar de sus manos, manos de princesa, manos delicadas, hermosas manos cubiertas de látex que metían tan frecuentemente en las bocas de otros y que manipulaban todo ese arsenal más cercano al Medioevo que a nuestra era contemporánea, civilizada, moderna, urbana, de modas, tendencias y redes sociales.

No, no era por el *gore*. Y tampoco era el tiempo, la cantidad de tiempo que requería en una vida alcanzar a ser un especialista reconocido, vanguardista, innovador, sea en el área que fuere. Tiempo que había que descontar de la vida social, del disfrute, de la irresponsabilidad, pero también de los *hobbies*, del descanso, de la vida familiar, y por lo tanto, de los hijos, si se llegaran a tener, los hijos o hijas que necesitan de la presencia de uno, de que uno les muestre el mundo, de que les enseñen cómo son las cosas, lo bueno, lo malo, y la vasta galería de grises y otros colores que hay en medio. El tiempo, que para unos es un obstáculo y para otros una posibilidad, pero que en todo caso es lo único que tenemos, aquello de lo que estamos hechos, nuestra única y verdadera posesión, nuestra moneda de cambio, pero cuya transacción (con frecuencia aterradora) no es ejecutada por nosotros mismos, sino en nuestro lugar: siempre hay alguien que quiere más tiempo del que le da el universo y solo puede tomarlo de otras personas. Pero no era por el tiempo que él se cuestionaba la elección. Después de todo, nunca se ha visto como un hombre de familia. La suya propia, como buena familia burguesa, era distante, reservada, miraba toda emocionalidad y sentimentalismo con aprensión, fieles creyentes de la meritocracia, la voluntad y de un libre albedrío que, de alguna manera, podían ajustar a los designios y planes de Dios, un Dios muy preciso en este caso, un Dios Cristiano, Católico, Apostólico y Romano. Y aunque a Julián le gustaban los niños, esas personitas que parecen locas o borrachas, no se veía como un papá. Si acaso como un tío, lo cual es más probable, en vista de las últimas noticias de su hermana mayor, pues la verdad no tiene la menor idea de cómo él podría criar a un hijo o hija. No con lo distraído que es.

Esa es la verdadera razón. Es decir, su cuestionamiento no tenía nada que ver con los sacrificios que implicaba la carrera; más bien tenía que ver con las aptitudes que exigía. Concentración, memoria, atención sostenida, tomar decisiones bajo presión, pensar rápido, solución de problemas. Su distracción podía comprometer muchas de estas exigencias. Y la preocupación que esto le generaba nacía del más puro espíritu de empatía y compasión. No le preocupaba por el efecto que pudiera tener sobre su reputación como médico sino, más bien, porque podía poner en peligro la vida de sus pacientes. De solo imaginar que, por un descuido suyo, algún paciente que no estuviera en situación de riesgo, pueda morir, le causa un terror solamente comparable al que sienten los futbolistas cuando meten un auto-gol.

Es por esta razón que la muerte del paciente de los tatuajes lo ha inquietado tanto. Peor aún, es primera vez que pierde a un paciente al que ha tratado. Esto podría tener consecuencias nefastas para él. Podrían suspenderlo. ¿Qué tal si hubo algún detalle que pasó por alto en el diagnóstico de su situación? ¿Qué tal si tenía alguna sustancia venenosa o tóxica en la sangre que no detectó por no haber realizado el análisis pertinente? Los nervios siempre hacen que Julián analice las cosas mucho más allá de lo necesario. Su cabeza se llena de mil preguntas mientras trata de ubicar el informe. Cuando lo consigue siente cierto alivio. Es casi como si alguien hubiera tratado de esconder el portapapeles con el diagnóstico. Aun así, el ápice de calma que había sentido resultó siendo vano y fugaz. El informe omitía una cantidad enorme de datos y era sumamente vago. Solo se hacía énfasis en dos cosas: el paciente (cuyo nombre había sido indicado mediante una X) había sufrido un paro cardiorrespiratorio y su muerte había sido considerada como "natural". Ahora retira la vista del informe y la dirige a un punto indefinido, de pronto a un horizonte imaginario, pero un horizonte cuya línea se retuerce. Por un breve instante, cierra los ojos y siente un pequeño vacío en el pecho: se estaba quedando dormido de pie. Una enfermera ha visto que por un instante pareció que perdía el equilibrio y se le acercó a preguntarle si estaba bien, si necesitaba algo.

—Necesito dormir —respondió Julián, mientras volvía a masajear sus ojos con los dedos.

Cuando los volvió a abrir, se dio cuenta que el cuerpo del paciente fallecido estaba terminando de ser retirado del pabellón de emergencias. Corrió hasta la puerta, la entreabrió y se asomó para confirmar su sospecha: el cuerpo estaba siendo llevado a patología. Esto le pareció muy buena oportunidad para averiguar las causas del fallecimiento: podía bajar y consultar con el patólogo, de pronto hasta podría presenciar la autopsia directamente y conocer su diagnóstico.

Al salir por completo del pabellón, algo le dijo que quizá lo mejor era hacer un poco de tiempo y no ir tras la camilla de una vez. Decidió ir al baño a despertarse un poco. Entró y fue directo al lavamanos. Abrió la llave del agua fría. Se lavó las manos, agachó un poco el rostro y se lo empezó a mojar una y otra vez, haciéndose la idea que con cada una se despertaba un poco más. Cerró la llave y se miró al espejo. Sus ojeras eran pronunciadas y su rostro estaba un poco hinchado. Sentía todo el cuerpo hinchado, la verdad. Se dio unas palmadas en los cachetes y volvió a salir. Cruzó el pasillo y se dirigió al ascensor. Pulsó el botón y se recostó sobre una de las paredes. Justo antes de cerrarse, un brazo se atravesó y las puertas volvieron a abrirse.

—Alejandra —dijo Julián con un gesto de sorpresa.

—Torres. Te ves terrible. Te hacía durmiendo en tu casa. ¿Sube?

—Baja. No, algo se presentó. Perdí un paciente…

Tras estas palabras ambos sintieron una suerte de vacío en el ascensor, un silencio que parecía más bien succionar todo tipo de sonido.

—Lo siento mucho, Julián —Era primera vez que lo llamaba por su nombre de pila, y también primera vez que le dirigía esa mirada compasiva—, pero ¿qué pasó?

—No lo sé. Voy a patología por eso. Lo dejé completamente estable por un momento, que es cuando me viste en el quirófano. Cuando volví, estaba muerto. ¿Por qué no estás en el quirófano?

—Eso está muy raro... No, me peleé con el Dr. Barreras. Viejo verde.

El ascensor se detuvo y se abrieron sus puertas.

—Aquí me bajo —dijo él, mientras salía sin detenimientos—. Suerte.

—Oye, búscame cuando sepas lo que sucedió, para que me cuentes.

Bueno. Al menos ahora quiere que le hable de algo, pensó.

***

Cuando entró a la morgue, la doctora Cornelle terminaba el diagnóstico del cuerpo de un chico joven, de unos 16 años.

—Me da mucha lástima cada vez que me tocan estos muchachos, tan jóvenes. Tengo una hija que tiene esa edad y su preocupación es conservar su figura y ejercitarse. Los compañeros se mueren por ella. La llaman todo el tiempo, le mandan mensajes. Ella ni se imagina lo que tienen que vivir otros —La doctora empezaba a cerrar la bolsa negra—. Este chico, como muchos, ni siquiera tienen quien los sufra, quien derrame una lágrima por ellos, nadie viene a reclamarlos, para darles un entierro, para llevarles flores a una tumba y ser recordados. ¿Y quién podría? Han matado, han violado, han robado. Y sin embargo son el último eslabón, el efecto más superficial y efímero de una máquina abominable, que nos excede, que es más que nosotros, Torres…

La profesora Cornelle, que en la universidad enseñaba patología, siempre había causado impresión por sus reflexiones imprevistas y un tanto deprimentes, pero no por ello menos verosímiles.

—A veces me pregunto —continuó— si todos no estamos ya marcados por ella, manchados por su sangre. ¿Habrá alguien que no?

—Ehm…

—¿Qué lo trae por aquí, Torres?

—Hace poco debió haber llegado un cuerpo. Hombre, alrededor de 50 años. Muchos tatuajes.

—Si trajeron uno hace nada, no lo he visto. Pero le advierto que no lo voy a ver. Hay un procedimiento legal que seguir. Además tengo muchos en espera.

—Lo traté yo mismo, había quedado en condiciones estables. Me retiré por solo unos momentos a atender otra emergencia en la que al final no hizo falta mi intervención. Cuando volví, había fallecido y, según el informe, fue una muerte natural por un paro cardiorrespiratorio. Usted sabe que nadie va a venir a reclamar este cuerpo, como tantos otros, como al del chico que acaba de ver.

La doctora se quedó mirándolo a los ojos, como si estuviera tratando de disuadirse a sí misma de prestarle ayuda al doctor aprendiz. En efecto, esto podía acarrearle muchos problemas si se llegaba a saber. En este tipo de casos tiene que ser un juez el que dé la orden para la necropsia, o quizá se pudiera hacer algo si estuvieran los familiares. Pero Torres tiene razón, lo más seguro es que ningún familiar se asome a reclamar el cuerpo. Este tipo probablemente estaba completamente solo. Completamente rodeado de gente, pero ninguno en quién confiar. Por otro lado, no sería la primera vez que se salta el protocolo. En esta ciudad la justicia es la que menos ha logrado escapar de los tentáculos de la máquina, de ese monstruo, que es el crimen organizado. A veces, pareciera ser la única cosa organizada en este mundo.

Con mucha calma retiró la camilla en la que trabajaba y se dirigió a la que tenía el cuerpo del paciente fallecido de Torres. Éste la ayudó a moverla al centro de la sala, al lado de sus instrumentos de trabajo: bisturí, cuchillos, pinzas y tijeras de diverso tamaño, enterótomo, costótomo, sierras manuales y vibradoras, martillo y cincel, agujas, hilos y grapas, reglas, esponjas, mascarillas y guantes.

La doctora tomó el portapapeles. Se desconocía completamente la procedencia del individuo. En el informe no se indicaba nombre, ni apellidos, dirección o número de identificación. Nada. Solo indicaba la hora de fallecimiento. 5:23 am. La doctora rellenó el número de autopsia correspondiente, hora de fallecimiento y hora de admisión.

—¿Entonces no llevaba ningún tipo de identificación o efectos personales? —preguntó la doctora.

—Nada —dijo Julián, que se llevó las manos a los bolsillos de la bata, palpando en uno de ellos la cadena y la llave que le diera el paciente.

Entonces, la doctora Cornelle tomó una bata quirúrgica, que alcanzó a Julián junto con una mascarilla. Después, ella misma tomó una y otra, y se las colocó también. Luego empezó a preparar el cuerpo. Tomó una muestra de sangre que mandó a análisis.

—Lo único que vamos a hacer es abrir el tórax. Ya que hubo paro cardiorrespiratorio, solo queremos confirmar eso.

—Con eso me conformo —respondió él, ansioso.

Entonces la doctora tomó la sierra vibradora y se ubicó a nivel del pecho del cadáver. Luego estiró un poco los brazos para alcanzar la zona donde aplicaría la fuerza y colocó con firmeza la sierra sobre el tórax del cuerpo. Julián podía ver la hoja de la sierra penetrando sobre la piel inerte del cadáver. Entonces se sintió enfermo y tuvo que salir de la sala. Mientras cruzaba la puerta, empezó a escuchar el sonido del motor de la sierra vibradora y el rechinar de su hoja atravesando carne y huesos. Por lo general, no reacciona así.

—Realmente necesito dormir —se dijo.

Mientras respiraba profundamente, Julián se asomó a través de las ventanas de la puerta del pasillo. A lo lejos, del ascensor vio a salir a uno de los oficiales que hace rato custodiaban la entrada del pabellón de emergencias. Sin dudarlo, salió corriendo de vuelta a la sala.

—¡Doctora, se acerca un oficial de la policía! —exclamó, con premura.

Ambos se pusieron a acomodar la escena.

—Torres, todo indica que sí fue un paro cardíaco. Tiene todas las características de una típica asistolia. ¿Aplicó algún relajante muscular?

—Treinta miligramos.

—Pero eso no mata ni a un bebé…

—Exactamente. Debo hablar de esto con el director.

Al volver a colocar la camilla en su lugar anterior, Julián le agradeció a la doctora y salió. Cuando atravesó la puerta del pasillo se cruzó con el oficial. Le hizo un saludo asintiendo con la cabeza y se dirigió al ascensor.

***

Cuando anunció su presencia, el doctor Richard Dorrs lo hizo pasar de inmediato. En muchos aspectos, el hospital ya no estaba tan bien equipado como antes. Aun así, nada de esto ocurría con la oficina del director. Era evidente. Nada más la antesala a su oficina ya lo dejaba claro. Una pared completamente empedrada de tonalidades grises y opacas, las otras en un beige muy elegante con el logotipo del hospital. Un televisor pantalla plana del tamaño ideal para la sala y para el entretenimiento de los que esperan. Los sillones eran de una comodidad excepcional, acolchados, también en un gris que podía pasar por color negro para el ojo no atento. Asimismo, la recepción estaba marcada por un bajo muro de granito impecablemente pulido que indicaba a los visitantes el nombre del lugar donde se encontraban, tras el cual se ubicaba el escritorio de la secretaria. Toda la sala podía gozar de iluminación natural durante el día, como en este momento, gracias a las ventanas amplias. El Hospital General era uno de los edificios más viejos de la ciudad y, por ello, la ubicación de esta oficina —la principal— se encontraba en el verdadero tope del edificio, casi como la corona de un panóptico.

Julián se acercó a la gran puerta de madera de la oficina, sin poder dejar de admirar el marco imponente, tallado con mucho arte. Ya varios compañeros, con más antigüedad que él, le habían comentado cuánto había cambiado esa oficina. En verdad el Dr. Richard Dorrs no llevaba mucho tiempo siendo el director. Tomó el lugar uno o dos meses antes de que Julián empezara su residencia. El director anterior, el Dr. Luciano Garibaldi, que lo fue durante más de cuarenta años, había muerto repentinamente, de un infarto. De los setenta y tantos años que vivió, los últimos los vivió con un corazón en condiciones muy delicadas. Lo que parecía evidente para todos era que Garibaldi era una persona mucho más humilde que Dorrs. De la

misma forma, las puertas de la oficina, mientras fue director, siempre permanecieron —literalmente— abiertas. Tal no era el caso con el nuevo jefe. En verdad, Julián nunca entendió la simpatía que le mostró desde el primer momento. O mejor dicho, sabía que tal simpatía no tenía nada que ver con él, sino con su propio padre, ya fallecido, quien también fuera médico y que, sin duda, había sido uno de los neurólogos más respetados del país. Le parecía mucho más coherente, por ejemplo, el respeto que mostraba por Villalobos, siendo lo brillante que era, todo por esfuerzo propio, sin la ayuda del prestigio de otros, sin reflejar otra luz que la de ella misma.

Así pues, Julián ya conocía la oficina del doctor Dorrs, pero no por ello dejaba de impactarle su amplitud y el efecto que causaba su disposición circular. En una de las caras de la oficina, se disponía una gran biblioteca, con varios incunables, clásicos en la medicina, la física, la química, la biología, e incluso, obras literarias. En la otra cara de la circunferencia colgaban los diversos diplomas y reconocimientos del doctor Dorrs, fotografías con personajes importantes, como el actual alcalde de la ciudad y el ministro de salud, pero también con anteriores presidentes de la república, personajes de la farándula y también fotos familiares, la mayoría tomadas durante diversos eventos de beneficencia, llevados a cabo por él y su esposa. Y en el extremo opuesto de la entrada, el escritorio del director. Por detrás, un gran ventanal que dejaba ver una vista espectacular y única del centro de la ciudad. El doctor, sentado tras su escritorio, en una silla que parecía muy cómoda —y en el cual Julián perfectamente podría caer dormido durante varias horas en este momento— daba la espalda al visitante, contemplando el paisaje.

—¡Julián! —dijo, mientras daba la vuelta en su silla—. Qué agradable sorpresa recibir tu visita. Y eres muy afortunado, te digo, porque usualmente no estoy los fines de semana en el hospital, mucho menos un domingo como este. Por favor, toma asiento.

Mientras Julián se sentaba, el director se colocó de perfil para volver a contemplar la vista.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué ciertos paisajes, ciertas vistas, tienen el efecto que tienen sobre el alma humana? ¿Por qué son capaces de hipnotizarnos, casi como si pudiéramos vislumbrar a Dios? Claro que, cuando digo "alma", o "dios", estoy siendo un poco ingenuo, o mejor dicho, estoy abusando de nuestra propia ignorancia, pero una ignorancia benévola, porque somos capaces de advertirla; la podemos identificar y decir "esto es algo que sabemos que no sabemos" —El director se levanta de la silla y se acerca al ventanal, dando otra vez la espalda al visitante—. Porque, la verdad sea dicha aun no hemos hallado la más mínima evidencia de que alguno de estos conceptos, o ideas, existan. No obstante, rigurosamente hablando, tampoco hay evidencia contundente que niegue dicha existencia. Después de todo, desde muy temprano el ser humano pareció intuirla…

—Dr. Dorrs... —dijo Julián, tratando de aprovechar el pequeño silencio para tomar la palabra y contarle sobre los sospechosos eventos que había presenciado. Acaso la falta de firmeza en su impulso hizo fracasar dicho intento.

—Los trabajos más antiguos de esa biblioteca lo atestiguan. Y a pesar de la aparición del método científico, aun hasta la actualidad, de alguna forma u otra, los científicos no pueden evitar postular la existencia de algún tipo de mecanismo, o en todo caso, un concepto unificador que funge como principio de génesis y organización de todo. Darwin lo llamó "selección natural". Algunos físicos en estos días la llaman "Teoría M", para otros, "diseño inteligente". En la esfera humana, para Freud era la libido. No importa el nombre, en última instancia se trata de algo que permite la existencia de materia inerte, pero también la existencia tuya y mía. En otras palabras, la razón de que, como decía Heidegger, exista algo en lugar de nada.

El director entonces se voltea y camina hacia Julián, apoyándose de pie sobre su escritorio.

—¿Será esa misma la razón por la que, cuando miro a través de la ventana y veo el centro de la ciudad en calma, el cielo casi completamente despejado y el sol radiante en esta mañana, será por eso que me conmuevo tanto? ¿Será esa misma la razón por la que Proust era capaz de ver rostros en un paisaje? ¿Porque en el fondo hay una identidad entre ambos? Discúlpame, Julián, suelo divagar mucho en las mañanas, sobre todo cuando mi mujer está de viaje. Me hago viejo y la nostalgia me invade cada vez más fácilmente. ¿En qué te puedo ayudar? ¿A qué debo tu agradable presencia?

Julián había quedado absorto y confundido con todo el palabrerío que había proferido el director. Sumado al sueño y el cansancio que llevaba encima, casi se sentía alucinando, o ya dormido pero con los ojos abiertos. No sabía la diferencia.

El director hizo un chasquido con los dedos.

—Sí, doctor Dorrs —dijo, reincorporándose—, quería ponerlo al tanto de una serie de eventos de los que he sido testigo que juzgo, cuando menos, curiosos, y qué usted debería saber.

—Soy todo oídos —respondió el director, sonriendo.

—Verá, en la madrugada fui llamado para atender el caso de un paciente, al parecer un criminal, que había sufrido un accidente de tránsito. Tenía varias lesiones: hematomas, heridas menores, dos fracturas y una fisura. Las radiografías no mostraron ningún tipo de complicación interna, sin embargo. Ni en el cerebro, ni en los otros órganos internos. El tipo, para la apariencia que tenía, había tenido mucha suerte.

Mientras hablaba, Julián notaba que el doctor Dorrs con frecuencia volteaba a mirar hacia la puerta, como si estuviera esperando a alguien. Él mismo no había volteado a mirar para no dejar en evidencia el comportamiento del director.

—Recibí otra llamada —continuó diciendo—, por lo que tuve que ausentarme. Sin embargo, cuando lo dejé estaba completamente estable. Ni siquiera me fui por mucho tiempo porque en el quirófano ya no me requerían. Cuando volví, había fallecido. Supuestamente un paro cardiorrespiratorio espontáneo. Muerte natural.

—¿Y cuál es la parte que debería interesarme? —interpeló, con desdén.

—Pues, el paciente no corría ningún riesgo de paro.

—No te devanes los sesos, Julián. Existen mil razones por las que se pudo haber presentado ese paro de manera imprevista. Te ves muy cansado, ¿has dormido algo?

—La verdad es que he dormido muy poco en las últimas tres noches —dijo, con un tono neutral. Le molestaba que todos parecieran hacer la misma observación. Se sintió débil.

—No tienes por qué sentir culpa. A lo mejor eso, mezclado con el cansancio y el sueño te están haciendo ver cosas donde no las hay.

Acaso tenga razón. En efecto, el sueño lo estaba haciendo ver cosas. Pero ninguna que tenga que ver con todo este embrollo. Sin embargo, no se decide si sospechar o no del director. Duda.

—Dices que era un delincuente, ¿por qué lo dices?

—Había policías custodiando la entrada. Precisamente uno de ellos…

Interrumpió el relato. Alguien entraba por la puerta. Era un enfermero que trae un par de maletines de primeros auxilios. Julián se restregaba los ojos, solo para confirmar que no estuviera soñando. Cuando lo volvió a mirar hacía entrega de los maletines al director. En ese momento, se dio cuenta que el enfermero llevaba las mismas botas que uno de los oficiales que custodiaban la entrada. Sin embargo, no puede precisar si es la misma persona o no. No recuerda bien cómo lucía. De hecho, no está seguro si el oficial que vio abajo hace un rato era uno de los que custodiaba la entrada. Cada vez le está costando más mantenerse despierto. Pero las botas, esas sí son las mismas botas, definitivamente, la punta alargada, la piel de serpiente, tienen que ser las mismas. Si sus sospechas son ciertas, el problema es mucho más grande de lo que se puede imaginar en este momento. Tiene que cambiar de plan.

—Muchas gracias por el favor —le decía el director al enfermero, mientras este último volvía a salir de la oficina—. ¿Me decías, Julián?

—No, nada, doctor Dorrs. Tiene todo la razón. Necesito dormir. No sé realmente ni siquiera cómo sigo despierto, ni cómo puedo estar hablando con usted. Estoy, como dice usted, elaborando más de la cuenta. Disculpe la molestia. Me retiro.

Se levantó y se dirigió a la puerta para salir.

—Escuché que tu hermana se casará pronto —alcanzó a decir el director, mientras Julián abría la puerta—. Por favor, hazle llegar un gran saludo de mi parte y mis mejores deseos. Y un gran saludo para tu madre también.

—Seguro —respondió, volteando mientras salía por la gran puerta.

***

Mientras se montaba de nuevo en el ascensor, Julián decide bajar de nuevo con la doctora Cornelle. Ya sabe que, al menos por el momento, no puede confiar en el director. Pero quiere saber más sobre la muerte de ese hombre, ese anónimo que parece estar poniendo de cabeza toda su realidad. Descendiendo, sube la cabeza y cierra los ojos. Se vuelve a dar palmadas en los cachetes, pero casi no siente nada. Por momentos le parece que Alejandra está de nuevo en el ascensor y le dirige frases incoherentes. En una oportunidad pierde el equilibrio nuevamente, pero se recupera rápido antes de caer dormido.

Por fin llega al sótano y se dirige con la doctora. Cuando la ve, su semblante ha cambiado. No tiene ese aire de estoicismo que la caracterizaba. Ahora lo que transmite es aprensión.

—Doctora Cornelle, las cosas son más extrañas de lo que parecen —empezó a decir, pero se detuvo ante un gesto de su interlocutora.

La doctora se acercó a él, colocándose a su lado, ambos cuerpos dirigidos en la misma dirección. Luego, ella pasó su brazo más próximo a él sobre su espalda, reposando la mano sobre el hombro más lejano, y con la otra mano tomó el brazo de Julián más próximo. Entonces, con calma, empezó a conducirlo, dando la vuelta, hacia la salida.

—A veces debemos aparentar que somos otra cosa de lo que realmente somos —comenzó a decir—, porque hay ojos viéndonos, ojos que si nos descubren, nos pueden hacer daño.

La sensación de extrañeza en Julián aumentaba y volvió a perder el equilibrio. Al recuperarse con ayuda de la doctora, ya casi en la salida, y con mucho disimulo, ella soltó el brazo de Julián para sacar un papel que ella tenía guardado, literalmente, bajo la manga de su bata. Entonces lo colocó en el bolsillo de la de Julián.

—Buen día, doctor —le dijo, mientras lo terminaba de sacar de la sala, dándole unas palmaditas en la espalda.

El asombro de Julián se redoblaba, solo igualado por su extenuación. No sabía a dónde dirigirse, ni qué hacer. Las sospechas crecían y la situación solo parecía hacerse más compleja. Todo lo cual no hacía más que aumentar su obsesión por saber la verdad, o la obsesión de creer que había una verdad que develar. Ya no lo sabía. Sí, tenía que dormir, pero las palabras de la doctora ahora agregan miedo a la mezcla volátil y siente una ansiedad que no lo deja descansar.

Mientras espera el ascensor se lleva las manos a los bolsillos. En uno puede palpar la cadena y la llave; en otro, el papel que le dio la doctora. Entra al ascensor y saca el papel. Es la orden de análisis de sangre del fallecido. ¿Será que hay algo que debe investigar en los resultados? ¿Será ese el mensaje de la doctora? La vigilan a ella, y por lo tanto, a él también. Su visión está algo borrosa. Otra vez se restriega los ojos para observar bien el papel. En efecto, es la orden de análisis. Con esto podría ir a reclamar los resultados. Es lo que debe

hacer. Ahora mira el papel por el otro lado, un movimiento ya casi automático. Pero hay algo anotado detrás. Julián acerca el papel para leer.

*El cuerpo fue reclamado para incineración. Me han amenazado. Por favor, no vuelvas. El peor escenario parece ser el verdadero. Debes cuidarte mucho.*

Julián guardó el papel nuevamente. Se llevó las manos al rostro y lo dirigió hacia arriba. Sin duda, el peor domingo de su vida. Él, que para esta hora se imaginaba en casa, durmiendo, para más tarde participar en el campeonato de fútbol, noche de hombres, en la consola de su viejo amigo Willy. Y ahora, en solo unas horas, parecía ser que se hallaba envuelto en una trama de conspiración y muerte. Por momentos le parecía que el ascensor se detenía y que otra vez Villalobos compartía un breve momento con él.

—Torres, ¿estás bien? —le decía y él sonreía— ¿Julián? ¿Qué fue lo que sucedió con el paciente?

—Villalobos —respondía él—, no te rías, tengo los pantalones puestos…

—¿Qué? ¿Julián?

Él estiraba los brazos para tocarla y parecía que lo hacía. ¿Estará o no ahí, realmente? Ya no sabía si soñaba o no. Y ya no le importaba. Se dejó ir. El capitán abandonó el barco, como dicen. Se olvidó de todo y de todos. Pero no de Villalobos. O por lo menos fue lo último en irse de su consciencia.

Entonces, se desplomó.

La doctora Villalobos, preocupada, se agachó para asegurarse de su estado. Por suerte, respiraba bien, tenía pulso. Estaba vivo. Por algo la gente muere primero de sueño que de hambre, pensó. La doctora entonces pulsó el botón del piso de emergencias para llevarlo a la habitación de descanso. Al llegar, pidió ayuda al personal que se encontraba cercano. Ella le quitó la bata antes que los enfermeros lo levantaran. Lo llevaron entonces con mucho sigilo y cuidado. Al menos con el que era posible.

—Pobre. Le ganó el sueño —le dijo a los enfermeros que la ayudaban a moverlo.

—¿Primera jornada larga? —le preguntó uno.

—No lo sé. Me imagino. Al menos tres días.

Llegaron a la habitación. Ella abrió la puerta y desocupó el sofá, pues ya había alguien en el colchón. Entonces colocaron a Torres. La doctora agradeció a los enfermeros y estos salieron. Entonces ella revisó los bolsillos de la bata. Sacó la cadena y el papel. Los vio con extrañeza pero se los guardó ella misma.

Antes de salir y cerrar la puerta, volteó a mirarlo. Ya estaba roncando.

Ella sonrió y salió.

## CAPÍTULO III

El momento en el que despertamos de un sueño siempre es impreciso, elusivo, aparece cuando ya no es, se presenta como ya ido. Al igual que el momento cuando caemos dormidos, o cuando aparecemos en el sueño.

Julián escuchó un ruido que se repitió tres o cuatro veces. El mismo ruido que hacen los celulares al vibrar sobre una mesa. Le da flojera despertar. Técnicamente, ya está despierto, o casi completamente despierto; pero sabe que si se concentra, podrá volverse a dormir por un buen rato. Tiene el día libre. Quiere pasar la mayor parte de estas 24 horas durmiendo. Quiere levantarse tarde, cuando el día empiece a caer, levantarse con el ocaso y pedir una pizza con tocineta que comerá echado, viendo televisión, o viendo películas; en todo caso, haciendo algo que requiera el mínimo esfuerzo. No quiere tener nada que ver con el máximo esfuerzo, a menos que sea para follar, pero está solo en su cama y está solo en su vida. No solitario, pero no tiene ninguna relación seria. Con Villalobos, con ella sí, con ella lo que quiera.

—Ya, Julián… —se dice a sí mismo, murmurando, entre dormido y despierto.

Sea como sea, todo esto será más tarde, cuando se levante, no ahorita que ya se está acomodando para dormir otro rato. ¿Cuánto tiempo habrá estado dormido? Le da la impresión de que ha tenido mil sueños, con mafias que lo persiguen, con cadáveres que desaparecen, con Villalobos riéndose de él, con extraños matones de botas puntiagudas de cuero de serpiente. Entonces ese ruido otra vez. Sí, es el celular otra vez. ¿Quién le puede estar escribiendo? ¿Qué día es hoy? Recuerda entonces a Villalobos hablándole en un ascensor. Otra vez, la vibración del celular. Una, dos, tres veces. Recuerda un papel, una cadena y una llave.

—Creo que hay alguien desesperado por comunicarse contigo, Torres —le dice una voz femenina, demasiado familiar, casi imposiblemente familiar, una voz capaz de generar en él, a la vez, excitación y calma.

Empieza a abrir los ojos, poco a poco, como teniendo que despertar sus propios párpados primero. Mientras tanto se pregunta si no será que salió a beber y embriagarse como un salvaje. Empieza a ver manchas de colores. Empieza a distinguir que ya no es de día. Que la luz que lo tiene medio cegado es artificial. La visión empieza a ajustarse, las formas se acomodan.

—Vaya que necesitabas dormir, hombre —dijo la voz, que ahora ya podía identificar con un rostro. No cabía duda que era ella.

Por mucho que ver a Villalobos sentada frente a él le entusiasmaba, ahora que se daba cuenta que no estaba en su habitación (y ni siquiera en su apartamento), no podía evitar extrañarse por la inusual circunstancia de despertar con la visión de ella, pero en la habitación de descanso del hospital. ¿Qué tan profundo había dormido?

—Pobre —dijo Alejandra, riéndose—. Al parecer no recuerdas absolutamente nada, ¿no?

Él continuaba sin entender. Pero ahora sonreía. A veces el cerebro suprime el recuerdo de eventos traumáticos por el sufrimiento que implican. ¿Sería posible lo contrario? ¿Suprimir el recuerdo de eventos traumáticos, pero por el regocijo, el deleite, que producen?

—No te preocupes. Ya lo harás —dijo ella, mirándolo. Si él no la conociera, y si no hubiera acabado de despertar, se diría que hasta lo miraba con compasión.

En efecto, ahora vuelve otra vez a su memoria la imagen de su encuentro en el ascensor, y también la de la cadena con la llave y el papel. Luego, repentinamente, vino a él el rostro de ese hombre extraño, el paciente X, que tenía un tatuaje de una cara en el hombro, o que tenía algo que parecía un tatuaje de algo que parecía una cara. Entonces, casi con violencia, o lo que algunos llamarían violencia, pero otros ímpetu, trató de levantarse, solo para sentir la sorpresa de ver a la doctora Villalobos frustrando su intento.

—Calma —dijo, con admonición en su tono—, calma. No abuses de tu cuerpo. Has dormido durante 12 horas, aproximadamente.

Mirándola con asombro, empezó a palparse los bolsillos por encima, frenéticamente.

—Hey —dijo ella, subiendo el tono, casi regañándolo, mientras estiraba el brazo y, con una fuerza muy delicada, ponía los dedos de su mano sobre el pecho de Julián, con la intención de hacer que se detuviera, con mucho tacto, eso sí, a la vez que buscaba su mirada, solicitando toda su atención—. Te recuerdo que te desmayaste por el nivel de extenuación que tenías.

Y logró su cometido. Tenía toda la atención de él.

—¿Entonces —dijo Julián sonriendo—, me tengo que desmayar frente a ti para captar algo de tu interés?

—Y si estuvieras al borde de la muerte, tendrías mi completo interés —respondió ella, de inmediato—. ¿Estás buscando esto?

De su bolsillo, salió primero la cadena de plata con la llave, la cual puso en su regazo. Después sacó la orden de análisis de sangre que mandó a realizar la doctora Cornelle. Julián observaba, impresionado. Ahora, toda la jornada anterior, la serie de eventos extraños que presenció, tanto en emergencias, como con la doctora y el director, relucían claramente en su memoria.

—Tengo los resultados —dijo ella, y mientras los sacaba de su morral para entregárselos, continuó—. El nivel de potasio en la sangre del cuerpo era inusualmente elevado. Y digo "era" porque, confirmado, el cuerpo fue desaparecido. No aparece en ningún registro.

Julián la escuchaba con total atención.

—A mi juicio —continuó—, eso es lo que realmente hace todo este rollo muy sospechoso. Los niveles de potasio elevados pueden deberse a muchas razones. Es decir, sabemos que la asistolia casi siempre ocurre por acción del potasio elevado que cambia la polaridad del pulso eléctrico del corazón y que, por lo tanto, cambia su ritmo de latido, las secuencias de sus movimientos.

—Pero… —dijo Julián, tratando de tomar el hilo de la conversación, inútilmente.

—Pero, es verdad —dijo ella, interrumpiendo—, una de esas razones puede ser la administración de un calmante en altas dosis. Lo cual se hace más plausible si tomamos en cuenta tu parte de la historia, es decir, que dejaste al paciente en condiciones estables, solo por breves momentos, y cuando volviste, estaba muerto. Eso, sumado a que el cadáver fue desaparecido, hace pensar que hay alguien, o varias personas, que no quieren que se investigue mucho sobre el caso.

—¿También hablas así en la cama? —preguntó Julián, más bien creyendo que lo pensaba sin decirlo.

Villalobos le lanzó los resultados del análisis en la cara.

—Lo siento… Pensé en voz alta.

—Eres un idiota.

Julián se sentó bien en el mueble. Tomó su celular de la mesa para ver quién le escribía. Era Willy. Quería confirmar si llegaría a la sesión de videojuegos. Ya todos estaban allá.

—No. Te cuento luego —fue lo que se limitó a responder.

Toda esta situación le causaba mucha preocupación. Y aunque trataba de tomar distancia y pensar fríamente en qué cosa hacer, no podía. Las opciones que ponderaba eran muy vagas: cambiar de ciudad, irse del país, permanecer en el hospital y hacer como si nada. Por más vagas que resultasen estas salidas, ninguna era del todo alocada. Tenía los medios para cambiar de ciudad o para probar suerte en otro país. Por otro lado, la simpatía que le tenía Dorrs parecía ser lo suficientemente flexible como para haberle dado una advertencia primero, antes de tomar medidas drásticas. Si no, ¿qué era eso de que mejor descansara, que

el sueño le estaba afectando? Por no mencionar la entrada de ese enfermero, sospechoso a todas luces. En realidad, la opción de permanecer en el hospital era la que menos le gustaba, por no decir que le causaba un sabor sumamente amargo y un olor fétido. En el fondo, él sabía que no había nada que garantizara realmente su vida. Menos aun si sabían que había estado curioseando en sucesos que se esforzaban en hacer desaparecer, sin dejar rastro. Estaba también lo que le había dicho la doctora. Ella misma había sido amenazada. Ahora entendía lo que le decía mientras lo sacaba de la sala. En efecto, hay ojos, hay cámaras en todos lados. Ahí mismo, en el cuarto donde está él y Alejandra hay una cámara. Quién sabe si micrófonos. Si es así, su conversación ya los ha delatado y sus vidas corren peligro. Otra vez los nervios quieren apoderarse de él. Debe hacer un esfuerzo para convencerse de que la situación no es tan grave, aunque no sea así.

—¿Qué tienes? —preguntó ella, sacándolo de sus cavilaciones.

—Nada. Suspiro por ti —le respondió, mientras tomaba una de las hojas de los resultados y anotaba algo en la parte de atrás—. Por la felicidad que me causa tenerte aquí y por la nostalgia que ya me invade de saber que dejarás esta habitación.

Julián le pasó el papel, con disimulo.

—Ay, Torres, ¿no puedes conseguir algo más original que decir? —decía ella, mientras leía la nota.

Ella lo miró a los ojos. La nota decía:

*Hay cámaras por todas partes. ¿Y micrófonos?*

*Nuestras vidas corren peligro.*

—Yo pensaba que tenías algo de inteligencia —le siguió diciendo a Julián, mientras tomaba el teléfono celular de él y anotaba su propio número de celular—. Pero dices lo mismo que cualquier hombre.

Fue entonces cuando sonó el localizador de Alejandra. Ambos se miraron.

—Emergencias —dijo ella.

Notó la expresión de preocupación en el rostro de Julián. Se levantó de la silla, dejando en el asiento la cadena con la llave, dándole dos palmadas, queriendo llamar la atención de Julián sobre ambos objetos.

—Y, por cierto, no —dijo, en el umbral de la puerta.

—¿No qué?

—No hablo como un libro de texto en la cama.

Salió y cerró la puerta. Julián sintió una sacudida en su entrepierna. O acaso fuera su celular. Había llegado otro mensaje. Entonces recordó que ella había anotado su número. Desbloqueó la pantalla pero no vio su número. Luego revisó sus contactos. Allí estaba: "AV". Después de esta confirmación revisó el mensaje que acababa de llegar. Era Willy.

—¿Villalobos? —era lo único que decía el mensaje.

—No exactamente. Voy para allá —respondió.

***

Por supuesto, había otra opción. Una opción que Julián no había contemplado, o que no había querido contemplar, una que de pronto se asomó en su cabeza pero que él, como los que pasan por alto las infidelidades de sus parejas, había ignorado. Era, a la vez, la opción menos vaga —aunque tampoco podemos decir que fuera la más precisa—, y la más atrevida, la más osada, la más demente, la que solo un loco intentaría. En suma, la más peligrosa. Esta opción no implicaba salir de la ciudad, mucho menos del país. Implicaba permanecer, pero no para seguirle el juego a los poderes detrás de estos sucesos. Era la opción de llegar al fondo del asunto y enfrentar los embates que aguardaran las consecuencias de esta elección.

Hace momentos, ni siquiera se había molestado en considerarla. No fue sino hasta que Alejandra, antes de irse, le recordó la llave, lo que, a su vez, le hizo recordar la foto que

tomara de ese extraño tatuaje en el cuerpo del paciente X, por culpa de quien ha empezado todo este vericueto. Porque esto apenas es el inicio. Es de lo único que está seguro Julián Torres. El hombre dijo algo de que en el tatuaje estaría la clave para el uso de la llave. Lo que sea que abra esta llave, debe ser tan importante como para que lo hayan tratado de asesinar (porque seguramente ese accidente de tránsito no fue tan accidental), como para que hayan desaparecido su cadáver. Y como para que hasta el director esté involucrado. Ahora cree recordar otra cosa que dijo, que todos en la ciudad estábamos manchados con la misma suciedad. ¿Será esa la máquina abominable de la que hablaba la doctora Cornelle? Pues si no lo es, Julián es incapaz de imaginarse en este momento qué otra cosa pudiera ser más abominable. Ahora tiene un lugar por donde empezar, entonces. Y conoce a la persona perfecta para ayudarlo a continuar, si acepta la propuesta, claro. Es su mejor amigo, de hecho.

Julián recoge sus cosas, se asegura de guardar bien la cadena con la llave y sale de la habitación. Saldrá del hospital también, en dirección al apartamento de Willy.

## CAPÍTULO IV

A diferencia de lo que muchas otras personas se imaginaban, Alejandra Villalobos vivía de acuerdo a muy pocas reglas. Como esto, quizá, sea una exageración, digamos que vivía de acuerdo a un número reducido de principios. Axiomas, si se tratara de una demostración matemática. Lo que muchos no podían vislumbrar, menos aun entender, era que un número muy reducido de principios podía, sin embargo, generar una cantidad abismal de reglas. Sobre todo si se tomaba en cuenta el afán de Alejandra Villalobos por no contradecirse. Pero eran los principios los que realmente le importaban.

Sin embargo, acababa de coquetear con alguien, una acción que ella percibía tan desgastada por la frecuencia con que lo hacía la gente en general, y la poca importancia que, por ello mismo, parecían darle. A veces ni ella misma puede evitar contradecirse. Eso es lo que pasa por su cabeza mientras camina hacia emergencias, después de dejar a Julián en la habitación.

Alejandra Villalobos no creía en un dios preciso. Tampoco en uno impreciso. No creía en ninguna clase de dios. Era atea. Y de pronto esta firme creencia en nada fuera lo que, paradójicamente, la llevaba a ser tan fiel a esos pocos principios que seguía, o que intentaba seguir. Si el mundo, si el universo mismo, sin propósito, sin voluntad, inconsciente, era una maraña caótica de causas y efectos, coherentes en unos casos, completamente contradictorios en otros muchos, ¿qué cosa, entonces, podía esperarse de un ser humano, una criatura tan minúscula y efímera, y sin embargo dotada de algo que se ha dado en llamar conciencia? Y aunque mucho admiraba las palabras del poeta Walt Whitman, cuando se jactaba de contradecirse porque entonces podía decir que contenía multitudes, Alejandra Villalobos había constituido casi todo su ser con la única intención de refutar ese argumento. Acaso como un acto supremo de soberbia, sabiendo lo fácil que resultaba a cualquiera contradecirse. Se propuso entonces ir a contracorriente, como un salmón metafísico que contravenía la misma naturaleza de las cosas. Y, sin embargo, conceptos como contradicción o paradoja eran las ideas que, en el fondo, le producían más terror. La falta de creencia en una fuerza superior trascendental, en un principio organizador del universo que no fuera contingente y azaroso, la colocaba a ella como la única y soberana responsable de sus propias convicciones. Algo que experimentaba, a la vez, con gozo y terror. Y también algo que, en sí mismo, resultaba una creencia, una idea de la cual tenía que convencerse, porque bien pudiera ser que las contingencias de la vida fueran las verdaderas responsables de las formas en que la gente concibe su propia existencia y su propósito.

Llega a emergencias y le dicen que su paciente es una mujer que va a dar a luz en el taxi que la trajo. No puede esperar más. Sale del edificio corriendo y se dirige al taxi. La chica está en el asiento de atrás. No tiene un médico que haya supervisado su embarazo. Ya rompió fuentes y, en efecto, no puede esperar más. Se pone manos a la obra.

Pero ella a veces se permitía obviar las posibilidades donde no tuviera el control de su vida, o al menos de lo que creía que era la vida. Después de todo, la suya propia se había encargado de determinar las condiciones de quien ella es ahora; pero eran sus principios, esa dimensión moral con la que decidió identificarse —en oposición a lo real, que no era inmoral, sino amoral—, los que la habían traído efectivamente a este punto, con sus logros y fracasos. Al menos, así lo creía.

Dispone lo mejor que puede el espacio para el parto, con paños y batas quirúrgicas. Luego se pone los guantes.

Entre las memorias más antiguas que Alejandra Villalobos puede recordar de su vida, está esa imagen cruda de su padre llorando a su mujer en brazos, es decir, a la madre de Alejandra. Pero también un río, los sembradíos de uva y el olor que impregna a la sierra cuando llueve, que son las cosas que terminaron reemplazando la memoria de su madre, que

cosechaba las uvas, lavaba en el río y le cantaba cuando llovía. La felicidad de estos días se vio bruscamente terminada cuando un grupo armado azotó la pequeña villa donde nació y de la que tuvo que huir con su padre, los únicos que habían quedado vivos. Eran los últimos días del conflicto armado, cuando la turbulencia social apenas empezaba a disiparse. Tenía apenas tres años.

Ahora empieza a darle instrucciones a la mujer.

Se establecieron en la ciudad, donde el gobierno prestaba ayuda a los desplazados por el conflicto armado. Su padre era originario de la ciudad. Era una persona sumamente cultivada y todo un autodidacta. Se había instruido en varios idiomas, historia, literatura, arte, y por si fuera poco tenía destrezas matemáticas muy notables. De hecho, era el maestro en el pequeño colegio de la villa donde nació Alejandra y todo lo que ella sabía sobre aquello que tradicionalmente llaman humanidades, se debía a él. Era mucha la admiración que le tenía. Por eso mismo, desde pequeña, cuando empezó sus estudios, se propuso ser la mejor, lograr nada menos que la excelencia.

Ahora empieza a darle ánimos y coraje a la mujer. En los partos, a eso es a lo que se reduce la labor del médico porque todo el trabajo debe hacerlo la madre. Claro, siempre y cuando no tenga que sacarlo ella misma con una cesárea.

Con el tiempo, cuando a ella le faltaba poco para terminar la secundaria, su padre cayó enfermo. Según lo que él mismo le contó, tenía complicaciones serias en los riñones. Tuvieron que quitarle uno de ellos. Pero empeoró tanto que solo se salvaría con un trasplante. Así le habían dicho los doctores. Cuando él supo que se acercaba lo inevitable, le dijo a su hija que no debía estar triste por su ausencia, pues la muerte nos llega a todos por igual, tarde o temprano. Le dijo también que tenía que sentir alegría cuando lo recordara y que, sobre todo, debía seguir adelante. Y la única forma de seguir hacia adelante es dando un paso al frente.

Así fue como la desgracia apareció nuevamente en la vida de Alejandra Villalobos. Su padre murió esperando un órgano que nunca llegó. Y por si ello fuera poco, debido a razones muy confusas que nunca llegó a entender en ese momento, el cuerpo de su padre nunca le fue entregado. Nada la frustró más que ver cómo la salud de su papá decaía lentamente, sin ella poder hacer nada, solo logrando darle la alegría de ser la mejor en su colegio. Es posible que fuera este hecho el más determinante en la elección de su carrera.

—¡Puje, madre! ¡Puje! —le grita Alejandra a la mujer.

Esa fue la razón de por qué asumió uno de esos principios en los que creía fervientemente: siempre hay que seguir hacia adelante y la única forma de hacerlo es moviéndose. O también, todo cambia porque todo debe cambiar.

—¡Ya está empezando a salir! ¡Ya falta poco! ¡Vamos!

Cuando empezó a estudiar medicina sentía un entusiasmo único. Hasta a ella misma le sorprendía la vehemencia con la que se dedicaba a las clases, a las lecturas, a prepararse para los exámenes. Y desde muy temprano empezó a resaltar, por ello mismo, sobre el resto del curso y los profesores comenzaron a notarla. Posteriormente, ya más avanzada la carrera, fue cuando empezó a escuchar por primera vez los rumores que la obligarían a replantearse la imagen prístina que tenía de los profesionales de la medicina. Se hablaba sobre una red de tráfico de órganos y de medicamentos. Se hablaba de cuerpos desaparecidos y de drogas. Los rumores le tocaron una fibra delicada, ya que le recordaban el sufrimiento por el que tuvo que pasar su padre. También fue por entonces que comenzaron a resurgir los recuerdos más viejos de su infancia. Tanto los buenos como los malos. Poco a poco, se fue fijando en su cabeza la idea de que ella podría averiguar qué sucedió con los restos de su padre y quizá dar un vistazo a su historial, si es que acaso pudiera haber un archivo donde se guardan. Si bien no se había quedado rumiando el sufrimiento de su pérdida, tampoco la había superado completamente. Algo siempre quedaba, un sinsabor, un residuo, un vacío que reclamaba ciertos datos que le

permitieran darle un sentido a su muerte, sin importar que ese sentido fuese construido por ella misma.

El bebé sale. Es una niña. La madre llora, de dolor y felicidad. Alejandra no, pero ciertamente está feliz. Muy feliz. Le entrega la bebé a la mujer y mira alrededor. No se había dado cuenta, pero a la escena se habían allegado muchos espectadores que ahora aplauden y celebran también, como si fueran todos una gran familia, recordándole a ella que en las emergencias de hospitales no todo es tragedia y llanto. También hay ocasiones para la celebración. Y el llanto.

Cuando empezó la residencia fue presentada al director de entonces, el Dr. Garibaldi, por la profesora de patología, la Dra. Cornelle, quien le tenía un particular afecto. Ella sintió una conexión inmediata con el bondadoso anciano, que la trataba como a una nieta. Fue el viejo Luciano la primera persona a quien contó la historia de su padre. Y un poco, también, la suya propia. Ni siquiera a sus compañeras de estudio, amigas muy queridas por ella y que estaban en el extranjero haciendo sus especializaciones, había contado esto. Conmovido por el relato, el director primero le ofreció unas disculpas muy sentidas por lo que había ocurrido. A él también habían llegado los rumores y hacía ya un tiempo que estaba trabajando en desenmascarar a los doctores, del mismo hospital, que estaban involucrados. Le contó que estaba procediendo con mucha cautela porque podía tratarse de una red muy grande y, por lo tanto, investigar al respecto resultaba muy peligroso. También le habló sobre un archivo relacionado con la donación y las solicitudes de órganos para trasplante. En los dos años que Alejandra ha estado en la residencia, casi en secreto, cada vez que puede revisa el archivo, aunque por breves periodos de tiempo. El problema es que los documentos de los casos de desapariciones —como el de su padre— no se encuentran. Como si nunca hubieran existido. Lo único que ha logrado conocer con certeza es que, durante varios años, precisamente desde el año en que murió su padre y hasta hace un poco más de un año, cuando fue elegido director, el encargado de los procesos de órganos era un doctor de la junta directiva, Richard Dorrs.

Ahora Alejandra Villalobos ingresa con una camilla que lleva a la nueva madre al edificio.

La última vez que habló con el viejo Garibaldi, este le dijo que estaba a punto de encontrar pruebas irrefutables sobre los implicados en la red. Más tarde, ese mismo día, se anunció su muerte. Cuando el nombramiento del Dr. Dorrs fue conocido, Alejandra sintió un escalofrío, pues supo que era un hombre con mucho poder, y peor aún, mucha ambición. Sabía que cualquier intento de llevar a cabo una investigación por su cuenta debía ser realizado con el mayor de los escrúpulos.

Alejandra Villalobos deja a la nueva madre en el cuidado de enfermeras.

Por esa razón, su comportamiento en el hospital trata de limitarse a lo estrictamente profesional. Porque no sabe en quién confiar. Esa fue la mejor manera que consiguió para lidiar con la nueva situación, sin exponerse pero a la vez receptiva a toda la información que pudiera obtener de cualquier persona que trabajara en el hospital, de una forma u otra. Por eso también evitaba tanto a Julián Torres, porque veía con recelo el interés que tenía por ella, sobretodo sabiendo la simpatía que tenía Dorrs por él.

Sin embargo, todo ha cambiado en las últimas horas. La historia de Torres parece ser genuina. Si ha fingido todo, incluyendo el desmayo, se trataría de alguien muy despiadado. Y también, de un plan muy elaborado. Además, los resultados del análisis de sangre, la desaparición de ese cuerpo, la llave. Todo ello parece confirmar sus sospechas. De todas maneras, analizándolo fríamente, el director no debería tener razones para sospechar que ella sabe algo. Sumado a eso, por lo que había alcanzado a inspeccionar en el último año, las cámaras son solo cámaras, no registran ningún tipo de audio. Tampoco ha logrado detectar

micrófonos en ningún sitio. Mucho menos en la habitación de descanso. El nuevo director se ha esforzado en tener a todos bien vigilados, pero aún no los controlaba completamente.

Su teléfono celular suena. Es Torres. Sale nuevamente del edificio para atender la llamada.

—¿Todo bien?

—Sí. Era una mujer que estaba dando a luz.

—¿Has hablado con alguien de esto?

—Torres, tengo fuertes razones para creer que el director está involucrado en una red de tráfico de órganos, cuando menos.

—Mierda… Yo estaba a punto de decirte que sospechaba de él.

—¿Tomaste la llave?

—Sí. Ya sé qué hacer. No te lo había contado pero, antes de dejarlo, el tipo de la llave me pidió que tomara una foto de uno de sus tatuajes. Me dijo que ahí encontraría la clave para saber cómo usar la llave.

—¡Excelente! Debe tratarse de alguien muy importante.

—Creo que es primera vez que te escucho emocionada por algo.

—Por favor, no te transformes en un idiota tan rápido, ¿sí?

—Conozco a alguien que nos puede ayudar, pero no es seguro. Voy en camino a verlo.

—Bien. Mantenme al tanto.

Al terminar la llamada y volverse en dirección al edificio, mira a un enfermero que se encuentra en la entrada y quien no le quita la mirada de encima. Tiene unos zapatos muy curiosos.

## CAPÍTULO V

Aunque Julián pudiera temerle a muchas cosas —sobre todo ahora que emprendía conscientemente una empresa tan riesgosa, como siempre lo es la lucha contra el mal— no había nada que le causara más terror que el aburrimiento, una vida completamente en orden, el exilio absoluto del azar en la existencia. Pues sentir terror ante una amenaza evidente, digamos un terremoto, un asalto a mano armada, una guerra, era algo consecuente, una reacción perfectamente coherente y natural. Genuina, sería la palabra que él usaría. Pero, en cambio, el terror ante aquello que no representa un verdadero peligro, al menos de manera inmediata, le parecía infinitamente más miserable, más terrible, más visceral incluso, y podía llevarlo hasta la misma náusea.

Este era un terror que había experimentado innumerables veces en su infancia, al igual que en su adolescencia, y que estaba íntimamente ligado a la vida en familia. Su familia. Lo sintió por primera vez aquella vez que su padre lo llevó con él al campo de golf, para que aprendiera el juego. Lo sentía cada vez que asistía a una competencia de equitación, en las que siempre concursaba su hermana y solía ganar. O también cada vez que su madre se reunía a tomar el té con sus amigas para ver quién tenía la familia más exitosa; entonces ella llamaba a Julián, a su "bebé", que por entonces tendría unos 7 años, para que interpretara alguna pieza en el piano y así todas admiraran la destreza de su hijo en el instrumento, como un mono de circo causando asombro en la audiencia. Y sin embargo, fue gracias a su tutora de piano que advirtió la existencia de otras posibilidades; de cierta manera y por un breve momento, ella alcanzó a retirar las gríngolas de su modo de vida, dejándole ver el mundo allá afuera y la vastedad de toda su potencia. En esas contadas salidas que hizo con ella al centro de la ciudad, bajo la excusa de reforzar ciertos conocimientos musicales en las tiendas de discos, conoció grandes intérpretes de música clásica, sí, pero que también eran excelentes músicos de jazz, blues, salsa, samba, tango… La diversidad era asombrosa. Y también alcanzó a ver niños que jugaban fútbol con latas de basura, que se ensuciaba y sangraban por las caídas en el mismo asfalto por donde pasaban los autos; vio artistas callejeros de todas las edades. Sin embargo, cuando la familia se enteró que tales salidas se salían frecuentemente de lo académico, tomaron la decisión de despedir a la tutora. Entonces, el pequeño Julián le recriminó a ella el haberlo llevado a esos lugares, cuando sabía lo que podía pasar. Ella le preguntó que si hubiera preferido no haber vivido nada de eso, a evitarse el regaño de su madre, a lo cual él respondió que no se arrepentía de haber realizado esas salidas. Antes de irse, ella le dijo algo que permaneció en él por siempre: que aunque existiera el riesgo del fracaso, valía la pena el intento porque siempre se encuentran tesoros en el camino.

Ahora, mientras se dirige a donde su amigo Willy, piensa que esta pudiera ser la oportunidad que estaba esperando.

Sí, muchas veces deseó haber crecido con otra familia. Había tantos otros momentos, detalles, que ponían en evidencia la esterilidad de sus rituales y, en suma, la artificialidad de ese mundo, lo limitado de su perspectiva, lo mucho que excluía esa pequeña burbuja en la que existían. Pero lo que más se recriminaba era su propia complicidad, la forma en la que se veía una y otra vez persuadido por las comodidades, los privilegios y las facilidades del *status quo*. A pesar de no sentirse identificado con todo ello, no se había logrado desentender del todo tampoco. Quizá esta fuera otra razón por la cual le causara tanto terror, porque era implacable, por lo imperceptible en su forma de obrar, por la invisibilidad de los efectos que tenía sobre él. Solo podía darse cuenta cuando ya era muy tarde, cuando ya se sentía sumergido en algo que él llamaba aburrimiento porque su vocabulario no era muy amplio, pero que era mucho más desolador y corrosivo que lo que podría indicar esa palabra, y que sería mejor designado por un psicólogo o un psiquiatra como abulia, o depresión, o desidia,

pero que en cualquier caso le hacía sentir ese vacío que le quitaba toda motivación por hacer algo y todo interés por la vida.

Y así pasó muchas tardes de su infancia y parte de su adolescencia. Sin embargo, ya empezando la secundaria, comenzó a realizar escapadas al centro de la ciudad, a mezclarse en su bullicio, en sus olores, en ese caos. Al comienzo asistía a las salas de videojuegos, donde podía pasar horas. Solía preferir los juegos de peleas. Se volvió tan bueno que, a veces, los otros chicos se arremolinaban alrededor solo para verlo jugar. Era uno de los mejores. Pero había otro chico con el que también hacían lo mismo: un local, un muchacho de lentes, algo gordo, pero que parecía completamente inofensivo. Los que frecuentaban la sala le decían a Julián que ese muchacho era mejor que él, lo retaban a jugar contra él. La primera vez que lo hizo estaba seguro de que lo vencería. Pero se llevó una sorpresa. El chico lo venció con rapidez y sin esfuerzo. Así fue que conoció a Willy. En aquel entonces se llevaban a cabo duelos épicos entre ellos, con una audiencia que incluía a casi todos lo que estuvieran en la sala. En ocasiones ganaría él, en otras Willy, habría días de buena racha para uno y humillación para el otro. En todo caso, fue entonces cuando empezó a crearse una amistad entre ambos, una amistad que quedó sellada una tarde en la que intentaron robar a Julián cuando salía de la sala de juegos camino a su casa. Eran dos muchachos, si acaso un año mayor que él y sin embargo entre los dos querían someterlo. Cuando apareció Willy, demostró un valor y una fiereza que dejaron atónito a Julián. Cuando los jóvenes ladrones vieron que la empresa no sería tan fácil como creyeron, decidieron huir. Desde entonces han sido amigos. No digamos que amigos inseparables, pero sí muy estrechos. Aunque Julián y Willy compartían la afición por los videojuegos, para el primero era un interés que se reducía solamente a eso. El segundo, en cambio, tenía un interés tal que los videojuegos eran solo la punta del iceberg, no por ello menos importante, pero era solo la parte visible y comprensible de una inquietud que se extendía a la informática, las computadoras, la programación y otras cosas relacionadas que Julián ni siquiera sabía que existían. Por ello, las aventuras que se escapaban de estas áreas, que tenían que ver con socializar y conocer otras personas, esas debía llevarlas a cabo Julián solo, o con otros amigos, ya que cuando él se las proponía, Willy solía pasar. Sin embargo, esto nunca perjudicó la amistad que tenían.

Julián ahora piensa en lo mucho que su amigo se impresionará cuando le cuente sobre los avances que ha logrado con Villalobos. Sin embargo, duda sobre si contarle el resto, toda esa historia demente que se empezó a insinuar en su vida desde la madrugada. Le resultaría increíble, seguramente. Pero podría ponerlo en peligro también a él. Aun así, sus conocimientos y habilidades podrían serle de muchísima ayuda. Y en este momento necesita toda la ayuda que pueda obtener. Villalobos también está en el mismo barco que él, al parecer. Quedó sorprendido y fascinado al escucharle hablar sobre las sospechas que tenía en relación con el director. ¿Será que ella ha estado investigando esto? ¿Y por cuánto tiempo? Más importante, ¿por qué razón? Para lo poco que sabe de ella, la verdad es que podrían haber miles de razones para que la estudiante modelo haya estado investigando sobre una posible red de tráfico de órganos y medicamentos, como le comentó. No sabe realmente nada sobre ella. No sabe si nació en la ciudad, quiénes son sus padres, si prefiere los gatos a los perros, qué tipo de películas le gustan. Por otro lado, concordaría con esa imagen de superheroína que ya tenía de ella. Pero si se trata de una red tan poderosa, ella misma podría formar parte y trabajar para el director, quien le tiene sin duda mucha admiración. Existe la posibilidad de que detrás de esa imagen pulcra se esconda una verdadera criminal. Quizá por eso rehuía de él. Quizá por eso ahora tiene su interés, porque él está metiendo la nariz donde no debe. Y sin embargo, también es posible que su interés se deba a que ambos comparten la misma inquietud. Es decir, aunque pueda deberse a razones distintas, ambos quieren lograr el mismo cometido. De ser así, ella debe tener información valiosa también. Aun así, estaría corriendo un gran riesgo. En el mejor de los casos, aun no sospechan de ella, pero es solo

cuestión de tiempo para que lo hagan. En el peor, saben que ha estado metiéndose donde no debe y en cualquier momento podrían tomar medidas al respecto.

—Ya, Julián —se dice, para controlarse—. Exageras porque estás nervioso. Mejor dejarlo para después. Primero tengo que saber si Willy me va a ayudar.

Aparca su vehículo en un estacionamiento cercano al edificio de Willy. Cuando sale, mira alrededor por precaución. Alguien podría haber estado siguiéndolo. Pero, al parecer, no es el caso. Mientras camina al edificio intenta llamar a Alejandra. La llamada llega, pero no contesta. Debe estar ocupada. Entonces arriba a la entrada y presiona el 4b en el intercomunicador.

—¿Sí? —pregunta una voz de boca llena de comida que, a través del aparato, suena mucho más caricaturesca de lo que realmente es.

—Llegué —responde él, con cierta premura en su tono.

Se escucha un timbre. Julián abre la puerta del edificio.

—¿Abrió? —dice, después de una breve pausa, la voz a través del parlante, ahora sin comida.

—Sí. Voy subiendo —responde, mientras termina de entrar.

Julián camina hasta el ascensor. Espera a que llegue. Cuando entra, pulsa el número 4. Se cierran las puertas y sube. Cuando llega y se abren las puertas, ahí está Willy, con gafas, como siempre, grande y gordo.

—¿Qué? —dice primero Willy— ¿Ya la doctorcita te aflojó un número de teléfono o algo más?

—Tengo su número —responde Julián, subiendo las cejas, mientras sale del ascensor—, aunque no me lo dio por las razones que piensas y que yo hubiera preferido.

—¿Y entonces por qué? —le replica Willy, casi riéndose, mientras camina hacia su puerta— ¿Por lástima?

—Cabrón —concluye el amigo, antes de entrar.

Entran y cruzan por el pasillo de la entrada. Julián siempre se entretiene viendo los afiches con los que su amigo cubre las paredes del pasillo, sobre todo de películas de ciencia ficción. Los suele reemplazar, también. Ha tomado como un *hobby* la búsqueda de afiches de colección. Tenía tiempo sin visitarlo. Ahora puede ver que hay tres nuevos.

—¿Nuevas adquisiciones? —le pregunta.

—Sí —responde Willy—. Un tipo europeo que los estaba vendiendo a través de internet. Salieron algo costosos, pero para algo se trabaja, ¿no?

—Willy, tú no trabajas —le dice Julián, con tono burlón.

—Puede que no vaya a una oficina —responde el otro, defendiéndose—, que no tenga que usar un uniforme, como ciertos amigos, incluso puede que no tenga un salario fijo. Pero gano dinero haciendo cosas para gente que me paga por ello, compañero. Tal como tú. Me gano la vida como cualquier otro.

A veces, Julián envidia el tipo de vida de su amigo. Lo cual le parece contradictorio porque, a fin de cuentas, él decidió elegir la medicina porque pensó que lo salvaría de esa monotonía que tanto le aterraba y tal parece que no se equivocó al respecto. Sin embargo, había tenido que comprometer muchas cosas en las cuales no creía además de tener que sentirse, hasta cierto punto, a la sombra de su padre, lo cual por otra parte le había dado ciertas facilidades. Esto no quería decir que hubiera recibido "ayudas", desde el punto de vista académico. Tuvo que ganarse las notas y aprobar todos los exámenes como cualquier otro alumno. Pero sí en cuanto a que supieran quién era, que existía. El prestigio de su difunto padre se extendía, de cierta forma, a él mismo. En cambio, la manera de adaptarse de su amigo a un mundo tan despiadado en muchos sentidos, sin comprometer sus propia ideas o el estilo de vida que quería llevar, eso le parecía admirable y, a veces, incluso, como decíamos, envidiable.

En la sala, al fondo, están varios amigos sentados sobre unos cojines frente a un televisor, grandísimo, de última generación, al cual hay conectado un sistema de sonido igual de poderoso, jugando al fútbol en la consola. Él los saluda y ellos responden sin quitar la mirada del partido de mentira. Julián observa unas botellas de cerveza vacías que hay sobre una mesa sencilla, cerca de él. Willy se da cuenta y le ofrece una, lo cual Julián acepta con gusto. Willy tiene mucho de *geek*, pero también mucho de calle por haber crecido en el centro, donde aún vivía, en el mismo apartamento que era de su madre. Julián empieza a mirar su biblioteca, llena de libros sobre programas y equipos de computación, tecnología, ingeniería de audio. Pero los que más sobresale, son los libros de juegos de rol, esos tomos grandes y coloridos, llenos de dibujos e información sobre el mundo ficticio del juego, sus personajes, sus historias, sus reglas y todo lo que el cuentacuentos —que es el puesto favorito de Willy— debe saber para dirigir las sesiones.

—¿Y entonces? —comienza a decir Willy, mientras busca una cerveza en su nevera— ¿Hacemos equipo para la próxima ronda? Acabamos de empezar.

—No. Bueno, la verdad es que primero necesito hablarte de algo—le responde.

Willy le acerca la cerveza y lo mira a los ojos. Nota el semblante serio de su amigo. Entiende que algo importante está pasando. Su propio semblante, entonces, cambia según lo requerido.

—Bien —le dice—. Por supuesto. Hablemos.

Willy entonces se dirige al pasillo que lleva a las habitaciones y Julián lo sigue. Una de las habitaciones es el dormitorio de Willy, un colchón grande directamente sobre el piso y muchas fotos familiares colgando sobre las paredes. Julián no había puesto cuidado, hasta ahora, en la austeridad en la que vivía su amigo, limitándose casi a lo estrictamente necesario para vivir y trabajar. Ni más, ni menos. Bueno, esto si no se tomaba en cuenta el televisor y el sistema de sonido. En la otra habitación tenía una cantidad de equipos electrónicos cuyas funciones él desconocía por completo. Sabía que muchos eran para reparar, que era una de las maneras con las que Willy ganaba algo de dinero. No la principal, sin embargo. De esa habitación solo alcanzaba a reconocer monitores de computadores, algunas torres de CPU, una mesa y herramientas: una soldadora y varios tipos de destornilladores o ,al menos, algo parecido a eso.

La habitación más grande, su amigo la había reservado para su operación principal. Willy era un programador. Y sus ingresos más grandes se debían a los trabajos que realizaba a destajo programando sistemas de seguridad para diversas páginas web. Un porcentaje de sus clientes eran tiendas que, para adaptarse a los nuevos tiempos, estaban empezando a vender por internet. También había muchas otras tiendas virtuales. Pero, curiosamente, los clientes que mejor le pagaban eran los sitios porno que, aparentemente, se preocupaban mucho por la privacidad de sus visitantes y clientes, en el caso de aquellas páginas de *camgirls* que tenían un tráfico de información altísimo, lo cual incluía, por supuesto, numerosas transacciones bancarias. La habitación tenía aire acondicionado, pero también varios ventiladores para disipar el calor de las máquinas que Willy tenía conectadas. Tenía tres monitores, que usaba al tiempo, y otros dos que dejaba a la mano en caso de que necesitara uno más o de que alguno de los que ya estaba usando se averiara. Julián varias veces le preguntó que por qué razón tenía tantas cosas conectadas. Lo que le sorprendió de la respuesta fue que la mayoría de esos equipos no eran necesarios para el trabajo como tal, pero sí, en cambio, para proteger su privacidad y para que nadie pudiera rastrear su ubicación. O, por lo menos, para que quien, o quienes, quisieran hacerlo, se sintieran en un infierno virtual al ver la cantidad de obstáculos con los que tendrían que lidiar.

—Soy todo oídos, hermano —dijo Willy, elevando su botella de cerveza, para chocarla contra la de su amigo.

—¡Salud! —dijo él, golpeándola contra la otra, tras lo cual prosiguió—. No sé ni por dónde empezar realmente. Pero creo que un buen comienzo es decir que necesito tu ayuda.

—Para lo que sea —dijo Willy, sin pensarlo.

—Ya va, espera un momento. Antes de aceptar, tienes que escuchar unas cuantas cosas. Si estoy en lo correcto (y todo indica que sí lo estoy), se trata de un asunto muy delicado; es más, delicado no es ni siquiera la palabra, es algo jodidamente serio, algo que nos podría cagar la vida.

—Mierda, nunca te había notado tan preocupado —dijo el amigo. Y era verdad, nunca lo había visto así.

—Hermano, estoy hablando de algo loco, algo que parece de película, algo que tiene que ver con crimen organizado, cuerpos desaparecidos y todo el paquete.

—¡Carajo! ¿Y la doctorcita tiene algo que ver en todo ese cuadro? —dijo Willy, más emocionado que aterrado, lo cual de cierta forma era un desconcierto para su amigo, quien parecía no lograr transmitir la gravedad del asunto. Hasta ahora parece ser el único al que le dan ganas de ir al baño cuando piensa en lo serio del problema.

—Sí… Alejandra está relacionada de alguna forma —dijo, resignado.

—¡Uy! ¡Pero si ya la llamas por su nombre! —irrumpió Willy, socarrón.

—¡Willy, no seas pendejo! —exclamó Julián.

—¿Qué? ¿Acaso no te excitó un poco escucharla diciéndote su número de teléfono?

—Lo anotó con sus propias manos en mi celular, hermano —dijo el otro, cediendo un poco al humor de su amigo, mientras alzaban la voz, en una suerte de celebración que para algunos podría ser muy masculina y para otros, muy patética.

—Pero un momento, ¿cuándo empezó todo esto?, ¿qué fue lo que sucedió? —preguntó Willy.

—Todo ha sucedido hoy, hermano —dijo Julián—. Todo ha sucedido hoy, desde muy temprano, antes de que saliera el sol.

—¿Qué esperas? ¡Suéltalo! —dijo el otro, con mucha expectativa.

—Willy, si aceptas ayudarme, debes tener muy en claro que tu vida va a estar en peligro. Podemos terminar muertos.

—Peligro, mafias, mujeres… Cuenta conmigo —dijo, con mucha seguridad—. Pero, espera. Debo hacer algo primero. Espérame aquí.

Entonces, Willy salió de la habitación. Julián escuchó sus pasos a través del pasillo. Escuchó su voz, aunque no alcanzaba a distinguir lo que decía por el bullicio de un estadio virtual y las voces grabadas de unos narradores. Luego, el bullicio paró por completo, los narradores dejaron de escucharse. Julián pudo distinguir el sonido de la puerta de la entrada abriéndose y los pasos de los amigos por la sala, saliendo del apartamento. Y, por último, la puerta de la entrada cerrándose. Entonces los pasos de Willy se fueron acercando y reapareció en la habitación.

—Ahora sí, hermano —dijo—, cuéntame qué es lo que está pasando y cómo te voy a ayudar.

Julián tomó aire y se tomó un momento para ordenar sus ideas.

—Hoy, alrededor de las cinco de la mañana, tuve que atender a un paciente que había sufrido un accidente de tránsito. El tipo se veía terrible, la verdad. Pero después de examinarlo bien, me di cuenta que su vida no iba a correr peligro, que tratándole bien los daños externos se podría recuperar completamente. A todas estas, yo tengo un sueño que no te imaginas, por no hablar del cansancio. Ando en guardia desde el jueves y te digo que no había dormido ni cinco horas en todas esas noches.

—Grave.

—Muy grave. Entonces, lo extraño es que el tipo, desde que recuperó la consciencia, se comportaba de manera muy extraña, estaba asustado y decía que lo iban a matar. Yo le decía

que no tenía nada de qué preocuparse porque había policías escoltando la entrada. Al rato yo recibo otra llamada, pero dejo al tipo dormido como un bebé y completamente estable. No me demoré nada, porque el otro paciente había sido atendido por Alejandra, que estaba empezando su turno. Cuando vuelvo, el tipo estaba muerto.

—Carajos…

—Pero eso es lo más extraño. Antes de dejarlo, el tipo me dio una llave y me pidió que le fotografiara un tatuaje que tenía en el hombro. Me dijo que en el tatuaje estaba la clave para la llave, o algo así.

—¿Pero no estaría drogado?

—Pensé lo mismo pero en su sangre no había presencia de ninguna sustancia alucinógena. Sí había, en cambio, una gran cantidad de potasio, lo cual no es común y es lo que lo mató. En fin, el asunto es que más tarde el cadáver desapareció, sin dejar registros de ningún tipo. Y cuando traté de contarle todo esto al director del hospital, el tipo se comportó extrañamente, intentando disuadirme de investigar más sobre el asunto.

—¿Pero dónde entra la doctorcita en todo esto? —preguntó Willy.

—Pues parece ser que Alejandra ha estado investigando este asunto. Yo le comenté sobre lo que había pasado, pero nunca le pude contar con detalles todo. En algún momento me desmayé o caí dormido sin darme cuenta. El hecho es que ella sospecha que el director está involucrado en una red de tráfico de órganos, medicamentos y drogas. Ella fue la que me confirmó la desaparición del cadáver y los registros, así como los resultados de sangre.

—Pero qué mujer…

—No tienes la menor idea…

Ambos se quedaron en silencio un momento, pensando en Alejandra Villalobos. Julián recordando su voz, sus gestos, sus formas. Willy, imaginándolo todo porque realmente no tenía la menor idea de cómo era la doctora. Solo había escuchado las descripciones de su amigo, que rayaban en lo completamente vago, impreciso y muy sentimental.

—Entonces, dime, ¿cómo te puedo ayudar? —dijo, rompiendo el silencio.

—Pues, no sé en qué orden —explicaba Julián—, pero tenemos que descubrir qué abre esta llave. Pudiera ser útil acceder a bases de datos sobre el hospital. En verdad no tengo muy claro qué deberíamos hacer. Lo único que sé es que la llave debe ser importante. Si los tipos querían hacer desaparecer a ese hombre, debe ser por algo.

Willy se quedó pensando.

—¿Qué sabemos de él? —preguntó.

—Nada —respondió el amigo, con cierto desconcierto en su tono—. El tipo llegó sin nada, sin identificación, sin ningún tipo de efectos personales. Solo la llave, aparentemente, y me la entregó a mí. Ahora que lo recuerdo, uno de los oficiales me pareció sospechoso. Llevaba unas botas muy poco usuales.

—¿No se supone que tienen un uniforme reglamentado? —preguntó Willy, mientras empezaba a trabajar en el computador.

—Por eso fue que me llamó la atención. De hecho, cuando hablé con el director nos interrumpió alguien que entró a la oficina. Estoy casi seguro de que era el mismo oficial de la sala de emergencias, pero vestido de enfermero. En realidad no recuerdo la apariencia del tipo, pero podría jurar que tenía las mismas botas. El problema es que ya estaba a punto de colapsar del sueño y el cansancio. A veces me parecía que estaba alucinando. En fin, sea como sea, si en realidad era el mismo tipo, y si la red es tan grande como parece, es probable que hayan despojado al hombre del accidente de cualquier identificación antes de llevarlo a emergencias.

—Ok. Quizá podemos averiguar algo sobre quién es. Envíame la foto del tatuaje.

En ese momento sonó el teléfono de Julián. Ambos se miraron. Era Alejandra. Willy sonrió y volvió a la computadora mientras su amigo salía de la habitación para hablar.

—¿Entonces sí contamos con ayuda? —preguntó la voz en el teléfono.

—Sí, estamos empezando —dijo Julián, a quien le entusiasmaba saber que ella consideraba que estaban trabajando juntos—. ¿Estás bien?

—Hay un enfermero, no sé si lo he visto antes, pero me está empezando a asustar; con todo lo que está pasando, diría que me vigila.

—¿Lleva unas botas de vaquero, puntiagudas? —preguntó Julián, con evidente preocupación.

—Sí. ¿Sabes quién es? —inquirió ella, tratando de disimular la aprensión.

—Estoy casi seguro de que es el matón personal de Dorrs. Creo que deberías salir de ahí.

—No voy a salir corriendo —replicó, un poco ofendida—. Además, si sospechan de mí, huyendo no haría más que terminar de delatarme.

—Está bien —respondió con resignación, reconociendo que ella estaba en lo cierto—. Pero entonces trata de estar siempre rodeada de gente. Todo el tiempo.

—Torres, ¡sé cómo cuidarme sola! —le respondió con firmeza, tratando de mostrarse invulnerable—. No es primera vez que mi vida corre peligro.

—Está bien, está bien —reaccionó él, que había advertido la intención de sus palabras, pero que también sabía que estaba asustada; de otra forma no lo hubiera llamado por su nombre—. Solo estoy preocupado, eso es todo.

***

Al terminar la llamada, Alejandra Villalobos trataba de poner orden en ese campo de batalla que, para algunos, es el corazón, pero que para otros se trata más bien de una tierra baldía, si se permite la expresión. Mucho estaba sucediendo en su mundo interior. Las emociones iban y venían, daban vueltas, se mezclaban unas con otras, como un mar en tempestad en el cual se halla un velero indefenso y ella es el velero. Sentía miedo, temor, ansiedad, debido a que ahora parecía que, evidentemente, el director sospechaba de ella. Se sentía en parte ofendida por la conversación con Torres, pero también se sentía acompañada, presente en el pensamiento de otra persona y esto la confortaba. Por alguna razón, también empezó a sentir hambre.

En el cafetín, mientras cenaba algo, un hombre se sentó en su mesa. Era Richard Dorrs. Ella trató de disimular su inquietud ante su presencia. Sabía lo excepcional de la compañía. El director rara vez salía de su oficina, rara vez se le veía caminando por los pasillos del hospital, a menos que fuera estrictamente necesario. Y nunca lo había visto en el cafetín, mezclándose con el resto de los mortales ordinarios. Mucho menos un domingo por la noche. Algo había cambiado.

—Señor director, buenas noches. Disculpe mi asombro, en verdad no es común verlo por acá.

—Buenas noches, doctora Villalobos. Ya que mi mujer anda de vacaciones y me encuentro en el hospital, me provocó recorrer el hospital y tomarme un café. A veces la oficina es un lugar muy solitario, sobre todo un domingo por la noche.

—Solo puedo imaginármelo.

—Supe que el doctor Torres tuvo un pequeño episodio el día de hoy. Según entiendo, usted estuvo al tanto, ¿cierto?

—Ah, sí —respondió Alejandra—. El pobre no pudo más. Falta de sueño.

—¿Le comentó algo en especial? ¿Algún paciente con el que tuviera algún problema?

—No, nada de eso. Antes de colapsar, ni siquiera podía entender lo que decía.

—Todo un personaje ese Torres, ¿no? —dijo el director, riéndose con mesura.

—Me parece alguien bastante ordinario, y muy despistado para dedicarse a la medicina, si me permite el atrevimiento.

—En eso no se parece ni una pizca a su padre, un hombre sumamente ecuánime y cuidadoso.

—¿Su padre? ¿Su padre es médico? —replicó ella, con visible sorpresa.

—Lo era. Era médico —respondió, con excesiva solemnidad —. Lamentablemente falleció, hará unos cuatro o cinco años, no lo recuerdo bien. Ya era un hombre anciano.

—Vaya…

—Es un muchacho de buenas intenciones, me parece.

—Todos actuamos siempre con las mejores intenciones, ¿no es así? —interpeló ella, mirándolo a los ojos.

—Hablando de padres —dijo el director, sin revelar el más mínimo atisbo de sentirse intimidado—. Me encantaría conocer a los suyos, doctora. Deben sentirse tan orgullosos de tener una hija tan excepcional. Sería todo un placer recibirlos en mi casa para cenar. Un día de estos. Cuando pueda, sin presiones. ¿Qué le parece?

No solo fue la pregunta que acababa de hacer Dorrs. Fue sobre todo el tono de su voz al hacer la pregunta lo que le erizó los pelos a Alejandra, quien empezaba a ponerse nerviosa. La forma en que la planteó fue muy astuta. Por un lado, el director se presentaba como un ignorante de la suerte de sus padres y de la historia misma de Alejandra. Sin embargo, en las presentes circunstancias, sabiendo lo que ella sabía, la pregunta más bien parecía sugerir lo contrario. Acaso supiera perfectamente todo ello y fuera el responsable de la muerte de su padre, de tal suerte que ahora la obligaba a exponerse, de una manera u otra.

—Estoy segura de que ellos estarían encantados —dijo, resolviendo un punto medio entre la verdad y la mentira.

Hubo un silencio mientras ambos se observaban, retándose, esperando cualquier gesto que delatara lo que el otro trataba de ocultar.

—Bien —dijo Dorrs—. Así quedamos entonces. Hágame saber qué fecha les resulta más cómoda. Con toda seguridad puedo hacer un espacio en mi agenda.

Se despidieron y el director se retiró del cafetín.

***

Cuando la llamada con Alejandra terminó, Julián pensaba que, aunque ignorara completamente la suerte de ambos, si lograban sobrevivir a todo y, más importante, si en algún momento ella y él terminaban juntos, lo que acababa de pasar podía muy bien contar como su primera pelea, o lo que algunos llamarían pelea, otros discusión, y unos pocos, incluso, un ritual pre-coito. Claro que él ignoraba por completo estas últimas opciones.

—¿Y bien? —preguntó Willy, al notar que su amigo estaba de vuelta en la habitación.

—Si estuviéramos juntos, diría que acabamos de tener nuestra primera pelea. O algo parecido.

—¿Pero qué información tiene?

—Ah, sí, al parecer la están vigilando. Creo que ya sospechan de ambos.

—Bueno —dijo Willy, mientras volvía al computador—, eso significa que tenemos que movernos rápido ¿Sabes algo del accidente que tuvo ese tipo?

—Sí. Supuestamente estaba saliendo de la ciudad por la autopista este. O al menos eso dijeron los paramédicos.

—Bien. Distrito 3. Voy a tratar de acceder a la base de datos de la policía. Búscame otra cerveza.

Julián vio la manera en que su amigo empezaba a manipular el teclado y cómo se abrían y cerraban ventanas en la pantalla, cómo escribía códigos y protocolos que parecían de mentira, como si presionara teclas al azar. Cuando no pudo más con el asombro, tomó las botellas vacías y fue en dirección a la cocina. Abrió la nevera: solo había porciones de pizza guardadas en recipientes de plástico y cervezas. Tomó dos y volvió a la habitación.

—Bueno, la policía no guarda registros del levantamiento de ningún accidente de tránsito en el Distrito 3, ocurrido en ese lapso de tiempo.

—¿Exista la posibilidad de acceder a grabaciones de cámaras de seguridad? —preguntó Julián.

—Me gusta, me gusta como piensas.

Tras realizar otra serie de maniobras ininteligibles para Julián, Willy accedió al registro de grabaciones del Distrito 3. Estas estaban organizadas según calles y zonas. Después de echar un vistazo, encontró la que buscaba: *AE - Autopista Este*. Seleccionó la fecha de hoy. Luego exploró los registros de horas. *3:00-5:00 a.m*. Ese era el que buscaba. Tras descargar el archivo, lo puso a reproducir. Ambos vieron la pantalla con atención. No ocurría nada en la autopista a las 3 de la madrugada. Willy fue adelantando el video poco a poco. Primero se alcanzaba a ver un indigente que buscaba un lugar para dormir y luego desaparecía de la escena. Adelantó otro poco. Aparecía entonces un auto que salía de la ciudad y se detenía al lado del camino. El conductor salía a orinar, luego regresaba y retomaba su camino. Adelantó otro tanto más. Otro auto se detenía. Salía un hombre del asiento del conductor y caminaba hasta la ventana del copiloto. Luego salía una mujer. Empezaban a besarse y a follar.

—Willy, no estamos aquí para ver porno —reclamó Julián, con tono admonitorio.

—Vale, vale —respondió el otro, alargando las palabras.

Entonces, adelantó otro poco el video. El hombre y la mujer compartían un cigarrillo y luego salían de la ciudad. Casi inmediatamente después, sin embargo, Willy tuvo que detener el *fast forward*. Un auto deportivo, pero de un modelo viejo, salía a gran velocidad y una camioneta le seguía, también a toda velocidad, como si estuviera persiguiéndola. Ambos se perdían en la autopista. Luego aparecía otro vehículo que se detenía y se orillaba en dirección al canal de regreso a la ciudad. Sin esperarlo, ambos luego vieron al auto deportivo volver por el otro canal a gran velocidad. El auto que se había orillado entonces se le atravesaba, haciendo que perdiera el control y provocando que se estrellase contra las defensas, las cuales logró superar, abandonando la autopista dando vueltas y saliéndose así del campo visual de la cámara. Julián y Willy se miraron, sorprendidos. Luego aparecía la camioneta por el canal de venida, la cual también se detenía, cercana al otro auto. De los autos se bajaron los conductores, aparentemente los únicos tripulantes de sus respectivos vehículos, y caminaban en dirección al deportivo. No pudieron ver lo que hacían, pues se escapaban del alcance de la cámara pero al rato volvieron corriendo, para montarse nuevamente y salir a toda velocidad. Momentos después aparecía una ambulancia por el canal de ida, que luego cruzaba al otro canal buscando un acceso para llegar hasta el auto accidentado. Después de eso, no se volvía a ver nada más que fuera sospechoso.

Por un momento, ambos amigos permanecieron sin decir nada, pensando en lo que acababan de ver. El accidente no había sido tal, después de todo. Lo habían producido estos sujetos que estaban persiguiendo al hombre del tatuaje de eso que parecía un rostro, quien milagrosamente —o por desgracia— había logrado sobrevivir al mismo, solo para prolongar por unas horas más su vida, posponiendo en vano su cita con la muerte. Las preocupaciones de Julián se asentaron solo un poco más. Willy, sin embargo, sentía temor por primera vez, al haber presenciado solo una muestra de todo aquello sobre lo cual su amigo le había contado. Este, en efecto, lo notó en su semblante.

—¿Todavía estás seguro de que me quieres seguir ayudando? —preguntó.

—Sigues contando conmigo, hermano —respondió Willy, quien ahora más que nunca se sentía comprometido a ayudarlo, pues se daba cuenta de de lo mucho que corría peligro la vida de su amigo.

## CAPÍTULO VI

Willy le ofreció a su amigo quedarse en su departamento a descansar unas horas, antes de que fuera nuevamente al hospital, mientras él continuaba investigando. Sin embargo, este prefirió ir a descansar a su propia casa. Willy tuvo que aceptar la decisión, sabiendo que tal opción no estaba exenta de peligro. Al despedirlo, le dijo lo que siempre decía cada vez que eso sucedía, algo que se había vuelto una suerte de ritual entre ellos, una suerte de sello de la amistad, algo que para él les daba el aura honorable de esas memorables amistades épicas de las grandes sagas de fantasía, o de ciencia ficción, pero que en todo caso son ficticias: el gran Xorxos y Nix, Zildlund y Thandre, Proclius y Tirrius... y la lista podía ser más larga, si Willy se entusiasmaba en ello.

—¿Conclusión? —era la parte de Willy, que abría el fugaz ritual.

—Extraterrestres —respondía Julián, cerrando la despedida.

Se trataba, también, de un pequeño homenaje (propuesto por Willy) a una de las mujeres de ciencias más admiradas por él, de hecho, de los seres humanos más admirados por Willy, en líneas generales, y cuyo nombre su amigo nunca podía recordar, porque no era una persona que se interesara mucho en las ciencias. Esto le resultaba profundamente paradójico, considerando que ya estaba especializándose como cirujano en medicina. Su nombre era Marla Mugan, un nombre bastante particular si se lo mira detenidamente, pero que era responsable de una de las series documentales de divulgación científica más famosas durante la infancia de Willy. De esta serie, había un episodio, el más querido por Willy, donde la mujer de ciencias explicaba las amplias posibilidades de hallar vida en planetas remotos, entre los muchos que se encuentran regados en el universo; si era inteligente o no, eso era otro asunto. Después de todo, ¿podría decirse que el ser humano fuese realmente una forma de vida inteligente del universo? Este era, en efecto, el nombre de la serie, *El Universo*, un nombre simple, sencillo, directo, al punto, que designaba con completa exactitud el contenido que representaba, muy a diferencia de lo que vive Willy en este momento, mientras busca la forma de acceder a información que no se encuentra designada directamente, sino de manera elíptica y tangencial. Pues solo de tal manera puede llegarse a la identidad de quien, para él, es un completo desconocido. O era, técnicamente hablando.

Willy Baralt era el hijo de un hombre que se dedicaba a reparar computadoras y otros equipos electrónicos. Fue de las primeras personas de la ciudad en realizar este tipo de tareas. Así que el pequeño Willy estuvo expuesto a este tipo de cosas desde muy temprano.

Ahora piensa en cuál es la información que tiene disponible y de qué manera puede serle útil. Tiene un video donde se muestra el accidente del sujeto y tiene una foto de un tatuaje. Por la forma en que murió, la forma en que desapareció su cuerpo y el mismo video, el tipo debía de representar un alto grado de amenaza para ese cartel. Sin embargo, no necesariamente tenía que significar que perteneciera a un cartel enemigo. Podía tratarse de un traidor, alguien muy poderoso en la red, con mucha información, capaz de implicar a las personas más importantes.

En su casa las cosas nunca fueron fáciles. Su padre tenía su propio negocio, pero no era precisamente el negocio más próspero. Cuando los vecinos le llevaban algún aparato, sabía que no podía cobrarles lo que realmente se merecía, pues no lo iban a poder pagar. Y cuando le llegaban clientes que trabajaban en algún edificio del gobierno, de los muchos que había por la zona, o que venían de los distritos más acomodados, porque habían escuchado lo buen reparador que era, estos no le querían pagar lo que realmente costaba el trabajo, a cuenta de que no tenía un título universitario. Y sí, no alcanzó a terminar la ingeniería electrónica porque no pudo seguir pagándose los estudios. Pero sabía mucho más que la mayoría de sus compañeros que sí tenían un título y que muchas veces llegaban a su tienda a pedirle ayuda.

Willy decide revisar las noticias. Asesinatos, peleas entre bandas, tráfico de drogas, escasez controlada de ciertos medicamentos, denuncias sobre cuerpos exhumados en los cementerios, cuerpos que desaparecen en la morgue, denuncias sobre irregularidades en el sistema de donación de órganos. El cuadro que pintaban estas noticias era uno muy oscuro. Pero, a decir verdad, nada que Willy no hubiera escuchado antes.

Willy empezó a ayudar en la tienda de su padre a la vez que hacía la secundaria. Con el entusiasmo que sentía hacia el oficio de su padre, sumado a la rapidez con que aprendía, la tienda empezó a despachar el doble del trabajo que hacía solo el viejo William, su padre. Esto significó más clientes, más trabajo y, por ende, más ganancias. Así, la familia empezó a prosperar. En pocos años lograron pagar el préstamo del banco para el apartamento, el mismo en el que vive todavía, y entonces, al menos, la familia tuvo la seguridad de tener un techo. Sin embargo, así como el dios impreciso da, también quita, no todo podía ser felicidad para el joven Willy.

Un día, antes de cerrar, llegaron a la tienda una serie de sujetos con aspecto, cuando menos, amenazador. De hecho, técnicamente fueron estos sujetos los que cerraron la tienda, antes de la hora establecida. Entre ellos, uno resaltaba más por el estilo con que vestía que por su estatura. Y también porque todos lo llamaban "jefe", claro. Este jefe había entrado con la intención de hacerle una propuesta al viejo William. Aparentemente, el hombre estaba muy informado y al tanto de los cambios que ocurrían en la sociedad. Por lo tanto, estaba muy consciente del rol fundamental que comenzaba a jugar la tecnología, cuya importancia solo iba a aumentar. Sabiendo, entonces, que la tecnología significaba, en otras palabras, poder, necesitaba a alguien a cargo de dicha dimensión, o mejor dicho, alguien que pudiera crear dicha infraestructura en su operación. Dicha persona, decía el tipo, sería su mano derecha y juntos podrían dominar, en pocos días, ese distrito. Con un poco más de trabajo, podrían incluso controlar la ciudad. No fue sino hasta ese momento que el viejo William supo la fama que tenía, la de alguien que sabía mucho de circuitos, de computadoras y redes. En el fondo, un poco a su pesar, se sintió halagado por la propuesta del que parecía ser un criminal de importancia en el barrio. Pero la sensación duró muy poco, lo que dura el fulgor de la llama de un fósforo al prenderse, lo que dura una señal nerviosa desde el pie hasta el cerebro. Enseguida sintió repulsión nada más de imaginarse empleando sus conocimientos para semejantes fines. Por otro lado, le pareció admirable que un criminal que no parecía ser muy brillante tuviera tales perspectivas sobre la tecnología, muy acertadas además. Sin embargo, ni aunque quisiera, podría llevar a cabo lo que el tipo tenía en mente. Willy permanecía en el pequeño depósito, escondido, escuchando, temiendo por su vida, pero más que por la suya, por la de su padre.

En este punto, a Willy se le ocurre que quizá pueda rastrear la ruta que hacía el tipo antes de llegar a la autopista del este. Esto podía significar mucho tiempo, pero era lo mejor que se le ocurrió en el momento.

El viejo William se negó rotundamente a la propuesta del criminal. No sin temor. A lo mejor por eso, después del no rotundo, trató de hacerle entender al "jefe" que él no era la persona indicada para el trabajo. Que lo que quería hacer requería de alguien mucho más avezado que él, con muchos más recursos y mucho mejor equipado. El tipo mandó a dos de sus hombres a poner de rodillas a William. El criminal sacó su revólver y lo apuntó a su cabeza. William pudo sentir el frío acero del cañón tocando su frente.

—¿Sabes que podrías morir, cierto? —le dijo el "jefe", con una calma aterrorizante, mirando, a través de sus lentes oscuros, los ojos de William.

—Lo sé —respondía este, tratando de tragar saliva, pues se le había secado la garganta.

—¿Sabes qué le sucede a las personas que me rechazan? —preguntó después, asintiendo levemente con la cabeza..

—Me lo puedo imaginar —respondió el padre, sintiendo su corazón latir cada vez más fuerte.

El tipo cargó la pistola. Al escuchar el sonido metálico, William cerró los ojos. En su mente, comenzó a realizar una oración, por su hijo y por su mujer. Willy ya sabía prácticamente lo mismo que él y podría tomar las riendas del negocio. Esto lo tranquilizó. Por un breve instante hubo un silencio, un silencio que tenía una especie de succión por sí mismo y que arrastraba la respiración de los presentes e, incluso, los ruidos de la calle. El joven Willy, en el depósito, se tapaba la boca con las manos. Luego, William escuchó otro sonido metálico muy parecido al anterior e instantes después, la puerta de su tienda abrirse. Y entonces, abrió los ojos. Los tipos empezaban a salir. Su "jefe" no se veía por ningún sitio. El último lacayo en salir volteó a mirarlo.

—Piénselo bien —dijo antes de salir, cerrando la puerta de un golpe.

El viejo relajó al fin su pecho y soltó el aire, echándose al suelo, aliviado. El joven Willy salió inmediatamente en su ayuda. Tenía lágrimas en los ojos, pero no había llanto. Su padre, al observarlo, pudo divisar el hombre que sería, el hombre que, de cierta forma, ya era, y entendió que el tiempo que le quedaba para seguir al lado de su familia iba a ser mucho más corto de lo que hubiera preferido. Sabía que los hombres volverían y que, muy probablemente, no lo dejarían con vida la próxima vez. Sin embargo, el viejo William le dijo a su hijo que todo estaba bien, que no pasaba nada. Luego le pidió dos cosas a su hijo: primero, que no le contara nada a su madre; y segundo, que desde ese día se dedicase por completo a sus estudios y que no se acercara a la tienda. Con la primera petición, Willy no tuvo ningún problema. La segunda, no obstante, la tuvo que aceptar a regañadientes.

Willy logra rastrear la ruta del deportivo hasta el distrito del centro, relativamente cerca de su casa, alrededor de las tres de la madrugada, donde se detuvo un momento a poner gasolina. No era suficiente, había que continuar, retroceder un poco más en la ruta.

Como es lógico, el deportivo pudo haber llegado al centro desde los distritos del norte, o del sur. Willy trata de pensar como un criminal, trata de pensar qué zonas de la ciudad podrían ser importantes o de interés para un criminal. Las zonas del norte son las de mayor poder. Pero es un poder institucionalizado. Los políticos poderosos viven en el norte, pero también los presidentes de entidades financieras, los presidentes de corporaciones, los grandes personajes de los medios, de la farándula, los de la moda. Sin duda hay peces grandes en el norte, pero, si es el caso, ahí también se encuentran los que no quieren que se sepa la verdad. De ahí no pudo haber salido nuestro paciente X, que aunque tenía un modelo clásico de deportivo, no lo tenía en las mejores condiciones, a juzgar por lo que se pudo ver en los videos del centro. El sur podría ser el lugar. Pero de ser el caso, todo se haría más difícil. El sur es vasto, pero no hay poderes institucionalizados, no obstante. Los poderes establecidos son ilegales y el cáncer que afecta a sus propios habitantes. El paciente X bien podía ser del sur y tener mucho poder sobre varias de sus bandas, pero si llegó a ser importante, visible para los peces del norte, tenía que haber escalado mucho en la pirámide de corrupción, crimen y poder, funcionando como una especie de intermediario entre los proveedores, los financiadores y los consumidores. Lo cual nos lleva al oeste. Los distritos del puerto. Ahora Willy se recrimina la demora de esta revelación. El paciente X era el contacto del puerto. El encargado de las transacciones, el rostro de los que ponían el dinero pero querían permanecer ocultos.

Una tarde, mientras Willy miraba un episodio de *El Universo*, con Marla Mugan, llegaron gritando a su balcón unos amigos de la sala de juegos, que quedaba frente a la tienda de su padre. Aparentemente, había humo saliendo de la tienda. Willy salió corriendo hacia ella. Su madre dijo que se adelantara, que ella no podía ir tan rápido, que lo alcanzaría allá. Cuando Willy llegó, en efecto, se alcanzaban a ver llamas dentro de la tienda. Entró de prisa a la tienda de al lado para acceder al pasillo que daba hacia las puertas de los depósitos. En el

pasillo vio a personas de las tiendas próximas tratando de abrir la puerta del depósito, pero el candado no los dejaba. Willy tenía una llave. Abrió veloz la puerta y vio a su padre en el suelo, malherido. Aun las llamas no lo tocaban. Cuando Willy lo logró sacar de la tienda, este estaba inconsciente. Una vez en la calle, lo tendió en el suelo, sosteniendo su cabeza, mientras le gritaba a la gente que hiciera más espacio, que necesitaba aire. Empezó a darle palmadas en el rostro, a ver si reaccionaba. El viejo William abrió los ojos, pero respiraba con dificultad y se veía muy mal. Fue entonces cuando llegaron los bomberos, una ambulancia y la madre de Willy, doña Wendy, la mujer de William. Los paramédicos colocaron al señor en una camilla, que luego subieron a la ambulancia, en compañía de su hijo y su esposa. Lamentablemente, el señor no llegaría con vida al hospital. Antes de soltar su último aliento, miró a su hijo a los ojos, quien tomaba su mano, y sonrió sintiendo una alegría infinita.

Willy no se equivoca. El deportivo ha llegado al centro desde el oeste, pero en algún momento se pierde. Revisa las capturas de las cámaras del puerto. Revisa las de la zona norte y no consigue nada. Solo lanchas y yates de la gente rica. En las del centro, la guardia costera, pero ningún rastro del deportivo. Solo quedan las del sur, pero tras revisarlas tampoco arrojan resultados satisfactorios. Bueno, al menos ya sabe por dónde empezar a buscar. Pero lo mejor será buscar en persona, con Julián. Ya van a ser las cinco de la madrugada. Hay que descansar. Antes de acostarse, Willy toma su celular.

—Ya sé dónde podemos empezar a buscar —le escribe a su amigo.

Se echa en la cama y cae dormido casi de inmediato.

## CAPÍTULO VII

Apenas termina de cenar en el cafetín, Alejandra Villalobos se dirige al estacionamiento. Entra en su automóvil y procede a la salida. El intercambio con el director la ha dejado muy inquieta. Cualquier otra persona diría asustada, pero la ilusión de control la hace sentirse un poco más segura, por lo que el calificativo que se ajusta a esas condiciones es el de inquietud. Hasta ese momento podía obrar bajo el supuesto de que el director, Richard Dorrs, no tenía razones para sospechar de ella. Eso, de cierta forma, le permitía hacerse la idea de que efectivamente ella no era una persona de interés para él. Además, no fue sino hasta su intercambio con Julián que sus sospechas parecieron confirmarse. Antes de eso, la figura de Dorrs como un actor principal en la red de corrupción permanecía como una posibilidad. Solo una posibilidad. Pero ahora se insinuaba, incluso, como el culpable de la muerte de su padre. Alejandra Villalobos había pensado que su visibilidad, su condición de alumna excepcional, de alguna forma la podía proteger en relación a las sospechas que tenía del director y las averiguaciones clandestinas que llevaba a cabo. Pero, al parecer, su contacto con Torres había cambiado eso. Acaso eso nunca fue así. Es posible que Dorrs ya la hubiera fichado desde las contadas ocasiones en que habló con el viejo Luciano Garibaldi. En cuyo caso, Dorrs solo habría estado esperando una señal, una confirmación de que ella podía resultar un peligro para sus planes.

Alejandra Villalobos abandona el estacionamiento y por su retrovisor observa otro auto que sale y toma la misma dirección que ella. Ya no puede seguir subestimando el riesgo de la posición en que se encuentra. Acelera y se adentra en la autopista. Después de un par de minutos vuelve a mirar por el retrovisor. Bien atrás alcanza a ver el mismo carro. Entonces toma su celular. Debe llamar a Torres.

—Creo que me siguen —Es lo primero que le dice.

—¿Dónde estás? —le responde él, con voz carrasposa.

—En la autopista, dirección este.

—Bien, toma la salida del Distrito 5, en dirección al norte. Luego dirígete al retorno y vuelve a tomar la autopista, pero en dirección oeste. Llámame entonces. Quizá los perdamos con eso.

Terminó la llamada. Un momento después observó el aviso de salida al Distrito 5. Siguió las indicaciones de Torres. Tomó la dirección norte y por poco pierde el retorno. Sin embargo logró hacer el desvío justo a tiempo. En unos momentos ya está nuevamente en la autopista, dirección oeste. Miró por el retrovisor. No vio el auto sospechoso. Decidió acelerar un poco más y volver a mirar en un momento. Pasó el aviso de salida al Distrito 6 y ahora sí, volvió a mirar por el retrovisor. Nada. Llama a Torres otra vez.

—Creo que lo perdí —dice, después de soltar una pequeña bocanada de aire, con un alivio evidente.

—Bien —responde Julián, ahora un poco más tranquilo también—. No bajes la guardia. Mantente alerta.

—¿Y ahora qué? —replicó impaciente la mujer, casi interrumpiéndolo, como si lo que le decía resultara muy obvio, molestamente obvio.

—Vas a tomar la salida del Distrito 7, en sentido sur. Al salir, vas a conseguir una calle que continua en sentido oeste. Después de tres cuadras… —Torres calló, como pensando.

—¿Ajá? —interpeló ella, mientras empezaba a ver la señal que indicaba la salida al Distrito 7.

—De pronto son cuatro cuadras, o cinco…

—¡Julián! —exclamó, perdiendo la poca paciencia que tenía.

—¡Está bien! —dijo, retomando sus ideas—. Eso no importa, vas a ver una tienda de Siempre 24/7. Estaciona el auto allí. Esa tienda queda justo detrás de mi edificio. No te bajes del vehículo. Yo te voy a estar esperando.

Apenas terminó la llamada tomó la salida indicada. Tras lo cual observó la bifurcación para salir en sentido norte o sentido sur. Tomó la izquierda, que era la correspondiente. Ahora se encontraba pasando por debajo de la autopista, que a esa altura se elevaba al nivel de varios de los edificios viejos y a pocos niveles de los distritos centrales. Posteriormente tomó el desvío en sentido oeste, mientras miraba a los indigentes, bajo la autopista, calentarse las manos en fogatas improvisadas sobre barriles de basura, tratando de hallar alivio del frío nocturno, que en esa época del año siempre envolvía numerosas partes de la ciudad con brisas intensas y desapacibles. Al avanzar unas cuadras, sin embargo, y cuando ya era visible el aviso de Siempre 24/7, Alejandra tuvo que hacer un desvío antes de tiempo. Por el retrovisor alcanzaba a ver lo que parecía ser el mismo auto que le seguía anteriormente, que empezaba a hacer el cruce a la calle donde ella manejaba. Aunque le llevaba cierta ventaja, quiso tratar de perderlo al primer intento.

Al realizar el cruce imprevisto, apagó las luces del auto mientras resolvía una ruta alterna para llegar al lugar de encuentro con Julián. Dio entonces con una plaza que tenía un estacionamiento subterráneo. Entró y estacionó lo más rápido que pudo en el primer puesto que consiguió. Rápidamente, subió las escaleras que llevaban a la superficie. Una vez arriba, se acercó a una hilera de autos que estaban estacionados en la calle para ocultarse y observar. En unos momentos el carro aparecía por la calle en la que ella había tomado el desvío. No parecía tener mucho afán, bien por disimulo, para evitar ser descubiertos por ella (en cuyo caso, les llevaba la delantera) o bien porque la razón de seguirla no era mortal, al menos a corto plazo, sino para mantenerla vigilada, a raya. En lo que cruzara esa línea invisible, cuya ubicación, extensión y cobertura solo ellos conocían, entonces tendrían que eliminarla. Alejandra se pregunta quiénes serán ellos, cuántos son, dónde viven, cuáles serán las fachadas, las máscaras, que usan para dar la apariencia humana, social, civil, que muestran al mundo, como la fachada de médico neurólogo del director Richard Dorrs.

El auto empieza entonces a bordear la plaza casi completamente solitaria y oscura, habitada solo por indigentes que eligen sus bancos para acostarse cubriéndose con varias capas de cartón, hábilmente dispuestas, o también aquellos con menos suplementos, que eligen yacer entre los arbustos y que sean ellos los que los protejan del frío. Un camión de basura empieza a recorrer la zona también. A medida que el automóvil que la busca da la vuelta a la plaza con lentitud, Alejandra Villalobos se asegura de permanecer lejana y oculta, moviéndose con la cabeza baja, con firme agilidad, cuidando cada paso. Cuando el auto alcanza la esquina opuesta a ella, aprovecha el camión de basura para cruzar la calle y colocarse en sentido oeste, pensando que todavía debe llegar a la tienda. Oculta, observa el auto entrar al estacionamiento subterráneo de la plaza. En lo que el vehículo se pierde de vista, sale corriendo hacia la tienda. Siente su ritmo cardíaco acelerarse, comienza a sudar, su garganta se seca. Cuando ya se encuentra cercana, baja la velocidad, camina con prisa y empieza a tomar aire.

Entonces una mano tapa su boca y un brazo la toma por la cintura, desde atrás, llevándola detrás de unos arbustos.

Parte de la preparación que Alejandra Villalobos determinó para sí misma, cuando no estaba sumergida en los libros de medicina, eran las artes marciales. Concretamente, el kárate, que según leyó en varios foros sobre el tema, combinaba eficientemente las técnicas de autodefensa, fundamentadas sobre el principio del uso de la fuerza misma del enemigo, pero también técnicas de ofensiva, enseñando a golpear y patear apropiadamente, es decir, causando el mayor daño posible. Aunque se consideraba una mujer con determinación y firmeza, no se concebía como alguien agresivo. Y en verdad no lo era. Pero después de

perder a su padre, hallándose sola ante el mundo (a excepción de algunos familiares) y, sobre todo, conociendo bien todas las estadísticas que demostraban los diversos grados y tipos de amenaza que representa el hombre para la mujer, no dudó en inscribirse en la escuela de kárate más cercana a su domicilio.

Por esta razón, cuando se vio levantada del suelo, llevada tras de unos arbustos, a la sombra de una camioneta, apenas pudo reaccionar: con su pierna derecha pisó resueltamente el pie derecho de su aparente agresor, tras lo cual este retiró las manos, y entonces ella, sin voltear y con el codo izquierdo, propinó un golpe a la costilla del individuo, que apenas había logrado cubrirse con el antebrazo. Al sentirlo caer al piso, Alejandra se voltea y le comienza a descargar más puñetazos, pero lo ve tratando de gritar sin emitir sonido (si tal cosa es posible), diciendo algo parecido a "soy yo, soy yo". Alejandra abrió los ojos de asombro y se detuvo a observarlo. Julián yacía en el suelo, sobándose y quejándose, soltando ruidos que más bien parecían ladridos salidos de un perro malherido, que se retuerce de dolor en el piso. Alejandra trató de ayudarlo a incorporarse.

—¡Julián! —exclamó ella, entre dientes, definitivamente como una maestra que amonesta a su pequeño alumno en medio de un acto público.

Julián se limitó a emitir quejidos inentendibles.

—Mierda, ¿no ibas a esperarme en la tienda? —replicó ella, molesta.

—Me están vigilando, carajo —alcanzó al fin a decir Julián—. Tuve que escabullirme por la parte de atrás de la tienda.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes? —seguía preguntando.

—Porque solo hasta ahora empezaron a vigilar esa parte de atrás del edificio —dijo el otro, doblemente molesto, por la agresión física anterior y la psicológica que ocurría en ese preciso momento—. Antes solo estaban en la entrada.

—Ah, perfecto, ¿solo en la entrada? —respondió ella, con un sarcasmo bastante notable.

—No quería ponerte más nerviosa —dijo, aunque se arrepintió apenas esas palabras salieron de su boca.

—¡Que no estoy nerviosa! —exclamó ella, dándole otro golpe.

Entonces, Alejandra escuchó un automóvil acercarse, desde la plaza. Al darse cuenta de ello, empujó a Julián, que ya estaba en el suelo, para que se ocultara acostado bien pegado al arbusto. Luego ella se acostó junto a él, de lo cual ahora ella se arrepintió casi inmediatamente, pues quedaron frente a frente. Hubo un silencio incómodo. Al menos incómodo por su parte. Entonces vio que Julián estaba a punto de decir algo.

—Ni se te ocurra —sentenció ella, apenas advirtió el gesto.

El auto empezaba entonces a pasar de largo, lentamente. La camioneta que se encontraba estacionada tapando los arbustos, los mantenían ocultos.

—Está bien. Sí, estoy nerviosa —admitió ella luego—, pero ¿por qué me dijiste que viniera si también te tenían vigilado?

—Todavía no me había dado cuenta en ese momento. Tampoco sabía bien qué hacer —admitió Julián.

Alejandra entonces pudo ver el auto detenerse frente a la tienda, muy cerca de otro que se hallaba estacionado cerca. Parece que los conductores están hablando.

—Siento haberte pisado y golpeado —le dijo ella, ahora cambiando por completo la expresión en su rostro, mostrando una expresión suave, casi tierna, de preocupación—. Tenemos que irnos.

Agachados, se dirigieron a la esquina, aprovechando cualquier elemento para ocultar su presencia. Cuando se percataron que los hombres entraban a la tienda, en la esquina tomaron el sentido sur. Alejandra ayudaba a Julián, quien cojeaba un poco al caminar. No podían volver al auto de ella, pues los que la vigilaban ya sabían dónde lo había dejado y quizá alguien se encontraba allí, esperando por ellos. Unas cuadras más hacia el sur se encontraba

una estación de monorriel. Una vez en la estación, resolvieron ir a uno de los distritos del este, a buscar una habitación para pasar la noche, o lo que quedaba de ella.

En el camino Julián cayó dormido. Su cabeza reposaba sobre el hombro derecho de Alejandra. Ella, en cambio, no tenía sueño aún. El cielo estaba despejado, dejando ver unas cuantas estrellas más de lo que suelen permitir las grandes metrópolis. La ciudad dormía, con esa calma característica de los lunes en la madrugada. Desde la altura del monorriel, se veía indefensa, tranquila. Se entristeció al pensar que era solo una apariencia, pero una apariencia en la que muchas personas creían. Después de la firma de paz del conflicto armado, reforzado por toda la propaganda mediática correspondiente, se creó una ilusión de paz y orden en la que casi todos creían. Cuando miraba hacia el norte, podía notar los edificios que se hacían cada vez más grandes, hasta llegar a rascacielos apenas visibles desde donde estaba. Hacia el sur, en cambio, la mayoría eran bajos y cada vez se hacían más pequeños, hasta las montañas lejanas del sur, donde la gente pobre armaba sus casas con cualquier tipo de material que les fuera útil. Gente que venía de otras partes del país, como ella lo hizo alguna vez junto a su padre, huyendo de la violencia. Y sin embargo, ¿qué hay más violento que una ciudad? ¿Qué hay más agresivo que su ritmo, su tamaño, sus contrastes, su indolencia? ¿Qué más vertiginoso que su anonimato, el ser de todos y de nadie a la vez?

Pero esta ciudad tiene dueños. Ella lo sabe muy bien. No es ni de todos, ni de nadie. Es de unos pocos. Unos pocos, tras el telón, obrando en las sombras, moviendo los hilos, tejiendo su red, como arañas malignas, decidiendo, escribiendo, la suerte de sus habitantes, borrando y reescribiendo palabras en sus historias, divirtiéndose, riendo. Pero nunca sufriendo. Nunca llorando, nunca pasando hambre, o frío. Eso es lo que se oculta tras esa apariencia tan cuidadosamente construida de progreso y emprendimiento. Pero a pesar de todo, hay algo, algo en el momento, que le permite apreciar la belleza rara, incalificable, de cuanto puede ver. Quizá sea la calma, el descanso que al fin puede tomar de un día tan intenso, entre recibir pacientes y tratar de evitar encontrarse sola con el hombre de las botas extravagantes, o de eludir a quienes la seguían. Quizá fuera también el deseo que sentía de ver la ciudad libre de todo ese cáncer, de ese monstruo oscuro del crimen organizado. Acaso las visiones que tenía de la ciudad en ese momento, las fotografías mentales que tomaba del paisaje urbano, le permitieran vislumbrar la posibilidad de que tal cosa ocurriera. Entonces piensa que, si dios existe, debe ser un dios mediocre, carente de la precisión que uno esperaría de un ser todopoderoso. En todo caso, la pelea ha empezado, el árbitro así lo ha indicado. Solo resta aprender a leer al contrincante, conocer sus puntos débiles y golpear donde se debe, sin dudar y con toda la potencia de la que se dispone. Han superado este *round*, pero ignora cuántos serán. Pero no vale la pena devanarse los sesos con tales pensamientos en este momento. Es un momento de descansar y, en lo posible, relajarse.

Al llegar a la estación de destino, Julián es el que toma la batuta, el que indica el camino. Alejandra nunca había recorrido esas calles realmente. En el camino, aprovechan una farmacia que está de turno para proveerse de medicinas, comida, bebidas y algunos productos de aseo. Luego caminan unas cuadras más y llegan al motel de destino. No tiene buen aspecto, pero ciertamente resulta perfecto para pasar la noche desapercibidos.

***

En la recepción, una señora los atiende. Ya estaba dormida, pero al oír el timbre no dudó en atenderlos. No se puede dar el lujo de desperdiciar clientes. Julián pide la habitación. La señora le pregunta que si de una o dos camas. Alejandra lo mira con seriedad. Él le responde a la señora que de dos camas. Los dos suben, agotados, al piso 3, donde queda su habitación. Al entrar, les sorprende el estado de la habitación. Pero por buenas razones: se encontraba mucho más limpia de lo que esperaban. Alejandra es la primera en pedir el baño para ducharse. Julián no tiene ningún problema y decide recostarse sobre una de las camas.

Mientras espera, siente cierta desesperanza al pensar en que sus periplos apenas comienzan y ya lo tienen exhausto. También piensa en la mujer que se baña tan cerca de él, pero inaccesible a sus ojos. Y aunque lo más corriente, para quien gusta de las mujeres, hubiera sido imaginar sus formas, su piel desnuda, el agua recorriendo su cuerpo y el placer reflejado en su rostro al sentir que sus músculos se relajan, la verdad es que él no pudo imaginarse tal cosa. Lo que pensó en su lugar fue la curiosa forma en que la vida a veces parece darnos lo que pedimos, pero de una forma completamente inesperada, insospechada, bajo un arreglo que nos resulta apenas reconocible. Si pensaba en los elementos que componían su presente circunstancia, diríase que al fin su deseo estaba siendo realizado. Después de todo, estaba ella, Alejandra Villalobos, él, Julián Torres, solos, en una habitación, sin nadie que los moleste, sin pacientes ni emergencias que atender, sin excusas para que ella evitara su trato. Los ingredientes estaban ahí. Pero la receta era otra. Estaban allí, pero escapando de la muerte o de su amenaza más próxima. Se encontraban huyendo por sus vidas; él, lastimado por ella, paradójicamente: con certeza, un moretón en su antebrazo izquierdo; y con probabilidad, con un hematoma en su pie derecho. Ahora que lo pensaba bien, prefería sin duda la pesadilla (o el sueño), en el que aparecía en el cafetín sin pantalones y ella se reía a carcajadas. No obstante, a decir verdad, nunca había fantaseado con tenerla en un cuarto de motel. Había soñado con la intimidad de su piel, y su imaginación deliraba al imaginársela follar. Pero no había un lugar determinado y preciso donde tales elaboraciones tenían lugar. Sobre todo, porque apenas deseaba que aceptara compartir un momento casual con él, fuera del ámbito de trabajo, fuera de las preocupaciones profesionales y los comentarios sobre pacientes. Sin embargo, es capaz de apreciar el privilegio (aunque de pronto esta no fuera la palabra más precisa) de conocerla bajo estas circunstancias, en la supervivencia, en el peligro, donde aquello de lo que estamos hechos se revela espontáneamente, sin segundas intenciones, ni correcciones. Solo la naturaleza de cada quien, latiendo, viva y genuinamente, emergiendo para enfrentar los embates de una empresa de locos, con todas las probabilidades en contra.

Alejandra sale del baño. Una toalla envolviendo su cabello y otra, su cuerpo, justo debajo de las axilas, cubriendo sus pechos, parte de su espalda, su cintura y abdomen, su cadera, sus glúteos y su sexo; pero revelando sus hombros desnudos, su cuello estilizado, sus brazos, sus muslos y sus pantorrillas, su piel morena. Es la primera vez que la observa sin uniforme y su belleza lo impresiona más de lo que esperaba. Los ojos de Julián idolatran la visión y ella se puede dar cuenta de ello.

—¡Hey! ¡Pervertido! —le grita, haciéndolo reaccionar —Alcánzame mi bolso, ¿quieres?

Julián lo hace y ella vuelve a entrar al baño. Después de unos minutos vuelve a salir, vestida.

—Tu turno —le dice.

Julián entra al baño. Todavía adolorido. Se quita la ropa y entra a la ducha. Empieza a sentir el agua refrescando su cuerpo cuando escucha a Alejandra gritar. Sale inmediatamente con desespero, mientras se queja mentalmente del dios impreciso, que no lo deja siquiera darse una ducha tranquilo.

—¡Alejandra! —grita, mientras abre la puerta, pero se da cuenta que está bien.

—Una cucaracha, lo siento —replicó ella, algo avergonzada, bajando la cabeza.

—Un matón no te quita la vista de encima y tú como si nada, eres capaz de molerme a golpes, ¿pero una cucaracha de hace gritar? —reclamó entonces.

—Julián… —dijo ella, con la cabeza baja, apartándola en otra dirección y extendiendo su brazo, señalando con su mano vagamente en dirección a él. Estaba desnudo.

—¡Mierda! ¿Es en serio? —gritó, lleno de rabia ante el dios impreciso que ahora le parecía que se burlaba abiertamente de él, haciéndolo pasar por un infierno personal, como el de su sueño (o pesadilla), aunque no estaba en un cafetín, al menos, y eso había que

agradecerlo. Aunque después de cerrar la puerta y escuchar las carcajadas de ella, cualquier vestigio de agradecimiento se evaporó.

Luego, retomó su baño y afortunadamente esta vez nada lo interrumpió. Cuando salió y se miró en el espejo, notó que los golpes de Alejandra le habían dejado unos cuantos moretones. Su pie derecho estaba terrible.

—¿Me puedes alcanzar las medicinas? —le preguntó a ella.

—Déjame ayudarte. Sal —le dijo, muy amablemente.

—No, lo puedo hacer solo, no te preocupes —replicó él, algo orgulloso.

—Yo sé que lo puedes hacer solo, pero te quiero ayudar —dijo Alejandra—. Es lo mínimo que puedo hacer. Vamos, no te hagas rogar.

En breve, la puerta del baño se abrió y salió con los pantalones puestos y la toalla en los hombros. Se sentó en una silla. Ella se ocupó del pie primero.

—Se ve horrible —dijo Alejandra, rompiendo el silencio, mientras preparaba una inyección.

—Me diste una paliza, básicamente —dijo él, riéndose.

—Una mujer tiene que saber defenderse en una ciudad como esta —concluyó, aplicando la inyección.

—¿Cómo fue que empezaste a sospechar de Dorrs? No hemos hablado nada al respecto —dijo, después de terminar de recibir la inyección.

—Es una historia larga —dijo, mientras sacaba un par de cosas de una bolsa.

—Creo que tenemos tiempo —insistió él.

Alejandra aplicó un espray sobre el pie. Luego sacó una venda.

—Mi padre murió por complicaciones en los riñones, hace varios años —comenzó a decir, mientras colocaba la venda.

—Lo siento —dijo él.

—Primero tuvieron que quitarle uno, que ya no estaba funcionando. Posteriormente, al otro también le pasaría lo mismo. Murió esperando que le donaran un riñón. Para colmo de males, nunca pude enterrarlo porque su cuerpo simplemente desapareció.

Julián escuchaba con atención. Después de que ella dijera eso último, él ya empezaba a entender más o menos por donde iría la historia.

—Cuando empecé la residencia —dijo Alejandra, retomando la narración mientras comenzaba a tratar los otros moretones—, llegué a hacer amistad con el director anterior, Luciano Garibaldi, un señor increíblemente amable y diametralmente opuesto a Dorrs.

—Sí, he escuchado sobre él. Pero nunca lo conocí.

—Claro, tú empezaste cuando Dorrs estaba recién instalado en su nuevo puesto. En fin, a medida que el viejo Garibaldi me cogía confianza, y yo a él, el tema del tráfico de órganos y los cuerpos que desaparecían era inevitable. ¿Me sigues?

—Absolutamente —respondió él, que en el momento se miraba el pie herido y lo movía—. ¿Entonces Garibaldi sospechaba de Dorrs?

—No exactamente. Lo primero que yo le conté fue todo el embrollo relacionado con mi padre. En la universidad, yo ya había escuchado rumores sobre actividades ilícitas en el hospital. Pero no les había puesto mucha atención, ni siquiera entendía bien de qué se trataba. En realidad, yo le hablé a Luciano sobre mi padre para saber si había alguna forma de acceder a su historial médico. Solo quería saber con exactitud qué era lo que le había pasado, lo cual hasta el sol de hoy ignoro. Y ahí fue cuando empecé a notar las primeras irregularidades. Busqué y busqué cualquier tipo de documento con su nombre, incluso cualquier registro de su cuerpo después de muerto, pero no conseguí nada.

—¿Pero qué excusa dieron para no entregar su cuerpo? —preguntó Julián, sumamente intrigado.

—No recuerdo exactamente. Como mínimo habrán pasado diez años desde entonces. El asunto es que ese problema fue saldado entre un abogado designado por el estado, que se suponía me representaba, y los abogados del hospital. Ahora sé que nada de eso fue regular, que así no es el procedimiento, pero entonces ignoraba completamente el tema, sin contar que el abogado buscaba enredarme más, usando términos extraños, invocando procesos complejos, hablando de leyes y qué sé yo.

—Seguramente inventándolo todo.

—Exactamente. Fue a raíz de la ausencia de cualquier tipo de registro sobre mi padre que el tema de las desapariciones y el tráfico salió a colación. Tratando de resumir las cosas, Garibaldi estaba al tanto de los rumores, pero la red criminal había actuado con tal cautela y planificación que lograba burlar cualquier tipo de control, sin dejar evidencias de su operar. Por temor a la reputación del hospital y la suya propia, Garibaldi trató el tema con mucho sigilo. Pero empezó a investigar al respecto. Fue por entonces que me dijo que había un miembro de la junta directiva que se encargaba del asunto de la donación de órganos. ¿Adivina quién?

—Dorrs —respondió Julián, sin dudar.

—Precisamente. Entonces, sin conocer a Dorrs realmente, ya le empezaba a tener reservas. Pocos días después, Luciano me contó en secreto que estaba a punto de descubrir algo importante con respecto a la red de tráfico. Le pregunté por nombres, pero me contestó que le faltaba un pedazo del rompecabezas para saber quiénes eran los verdaderos implicados. Ese mismo día, al atardecer, murió.

—Carajo… Y poco después Dorrs fue nombrado director.

—Casualmente fue designado como el nuevo director. ¿Qué conveniente, no? —dijo ella, con el sarcasmo que ya empezaba a parecerle familiar a él.

—Muy conveniente —dijo, mientras se levantaba de la silla, terminando de acomodar las vendas que Alejandra le acababa de colocar.

Entonces ella bostezó y el gesto se le contagió a él. Acomodaron las cosas, apagaron la luz y cada quién se metió en una cama distinta. Una vez adentro se deshicieron de toda, o parte, de su ropa para estar más cómodos. Julián quería saber más de ella. Después de todo, la cruda realidad es que no está garantizado que lleguen con vida a la próxima noche.

—¿Y tu madre? —preguntó él, algo tímido— ¿Vive?

—No. Mi madre murió cuando yo era muy chica. Mi padre y yo tuvimos que huir del pueblo donde vivíamos en la sierra.

—Desplazados…

—Así es… No recuerdo mucho de ella. Recuerdo mucho su voz, porque cantaba mucho. Cantaba cuando íbamos al río, cantaba cuando llovía… Mi padre decía que era una mujer excepcional. Decía que en el pueblo la querían mucho. Que era como la doctora del pueblo. La gente acudía a ella por dolencias, enfermedades, pero también buscando consejos, cuando tenían problemas. La única vez que vi a mi padre llorar fue hablando de ella.

—¿Y él qué hacía?

—Era el maestro de la escuelita del pueblo.

—Ya entiendo.

—¿Qué?

—Digo, ya entiendo, al menos un poco, por qué eres como eres.

—¿Y cómo soy?

—Pues, tienes convicciones muy fuertes, muy sólidas, no dejas que la mierda del mundo, ni la de nadie, te cambie; puedes ver a la realidad por lo que es y sin embargo, tener esperanzas. Eres capaz de tomar el camino correcto, aun cuando al mundo no le importa, porque el mundo casi siempre va por el otro camino.

—No, estoy llena de defectos. Espero mucho de la gente, soy muy desconfiada, me cuesta divertirme y pasarla bien, siempre ando pensando en el trabajo.

—Pero eres muy buena en lo que haces.

—Supongo… Pero ¿qué hay de ti? ¿Tú padre fue médico, no?

—Sí. Neurólogo, como Dorrs.

—Por él fue que lo supe. Pensaba que vivía.

—No, él murió… Pues ahora que lo pienso debió haber muerto hace 10 años también, más o menos.

—¿Y cómo era?

—En realidad, no lo sé muy bien. Era un viejo muy distante, encerrado en su propio mundo de conceptos, teorías e investigaciones. Y aunque dedicó todo su tiempo a entender el cerebro humano, nunca fue capaz de entender a las personas, sus temores, esperanzas, su humanidad. Le era casi imposible sentir empatía por otros, mucho menos solidaridad.

—¿Y tu madre?

—Bueno… Mi señora madre vive en una burbuja de tazas de té, tardes en el club y muchas apariencias.

—Suena a que no te llevas muy bien con tu familia.

—Pues, ciertamente no somos la familia más unida. No lo sé. Creo que ellos mismos nunca hicieron el esfuerzo para que eso pasara.

—Deberías perdonarlos. Por más que odie admitirlo, nuestras crianzas determinan mucho de lo que somos y pensamos. Tú y yo hemos logrado romper con eso, o al menos hecho el intento. Pero no todos tienen la oportunidad de hacerlo. Sobre todo deberías hacerlo por ti. No vale la pena cargar con eso.

—Es verdad.

Hubo un breve silencio, que fue interrumpido por él.

—Alejandra, gracias por compartir tu historia conmigo —dijo, de una manera muy espontánea y sincera.

—Gracias a ti por escucharme —dijo ella, sorprendida de escuchar lo que dijo, sintiendo que algo había cambiado en él, o que algo en la percepción que ella tenía de él había cambiado; en todo caso hubo un cambio cualitativo en la relación y en la dinámica de ambos, expresado por lo que dijo Julián y confirmado por el efecto que causaron sus palabras en Alejandra.

El celular de él sonó. Acababa de recibir un mensaje.

—¿Y? ¿Es algo importante? —preguntó Alejandra.

—Es Willy —respondió él.

—¿Willy? —interrogó ella.

—Es el que nos está ayudando. Podemos confiar en él, no te preocupes. Es mi mejor amigo. Ya tenemos un punto de partida para comenzar a investigar.

## CAPÍTULO VIII

Ella fue la primera en despertar. Miró la hora. Eran las doce del mediodía.

—Mierda —pensó.

Se sentó en la cama. Empezó a mover sus articulaciones. Mover los pies en círculos, las manos, los hombros, el cuello. Cuando le pareció que la sangre circulaba con mayor intensidad se levantó. Entonces se echó un estirón para desperezarse. Volteó a mirar a la otra cama. Julián seguía dormido y de hecho hasta roncaba. Se colocó los pantalones, los únicos que tenía, los del uniforme, tomó su bolso y sacó un cepillo de dientes y la crema dental.

Acto seguido, se dirigió al baño. Se mojó la cara, se observó en el espejo.

—Hoy te espera un día largo —se dijo en voz baja.

Colocó crema sobre el cepillo, abrió la llave del agua y lo mojó un toque. Luego cerró la llave.

Cuando empezó a cepillarse, se le ocurrió revisar lo que ponían en la televisión. Buscó el control en la mesita al lado de su cama y presionó el botón de encendido. En la tele transmitían la emisión meridiana de noticias. Lo que miró y escuchó hizo que dejara de cepillarse.

—… Se desconoce el paradero de los sospechosos —decía la reportera en la tele —, pero se les considera altamente peligrosos…

Entonces la pantalla mostró una foto de un hombre que identificaban como Julián Torres y otra de una mujer, identificada como Alejandra Villalobos. Y en efecto, eran ellos. Alejandra pasó sobre su cama y empezó a sacudir con la mano al hombre acostado en la otra, para despertarlo, mientras decía su nombre una y otra vez.

—¡Julián! ¡Las noticias! —decía, ansiosamente, pero con dificultad por la crema dental con la que se había estado cepillando.

El pobre hombre, que se encontraba en el sueño más profundo, que es el mejor porque no se recuerda nada, si se soñó algo bueno o algo malo, si tu vida corre peligro o no en la vigilia, se sintió como aquellos hombres que resucitan con descargas eléctricas controladas.

—¿Qué pasó? ¿Qué? —empezó a decir una y otra vez.

Alejandra le repetía que mirara y escuchara lo que pasaban en la televisión.

—… Repetimos —decía la reportera —Si conocen el paradero de estas personas, Julián Torres o Alejandra Villalobos, por favor avisen a la policía, que dará una recompensa por la información suministrada…

—Puta madre —dijo el doctor Torres.

En seguida llamó a Willy, que por su parte, también se encontraba dormido.

—¿Qué pasó, hermano? —dijo la voz por el auricular.

—Willy, ¿estás viendo las noticias? —preguntó su amigo, con aprensión.

—No, viejo… —dijo, desperezándose.

—Willy, enciende la televisión ya.

Entonces los tres escucharon lo que decía la reportera.

—… Repetimos, estos sujetos están relacionados con una red de tráfico de órganos, medicinas, drogas, laboratorios clandestinos, y son los principales sospechosos de la muerte de la doctora Helena Cornelle, patóloga ampliamente reconocida en el país…

—Puta madre —dijo Willy Baralt.

—Hijos de puta —dijo Alejandra Villalobos.

Julián Torres no dijo nada, porque apenas podía creer lo que estaba pasando.

—Hermano, ¿qué vamos a hacer? ¿Recibiste mi mensaje? —dijo la voz por el auricular.

—Sí… Estoy pensando —respondió Julián, mientras se acercaba a consolar a su compañera, quien lloraba por la muerte de la doctora Cornelle, a quien consideraba como lo más cercano a una madre que tenía en su vida.

Julián cerró los ojos y subió la cabeza, pensando cuál sería el siguiente movimiento que debían hacer en este tablero impreciso, pero mortal, del cual ahora no había escapatoria. Debía ser un movimiento audaz, capaz de evadir el jaque que se cernía de repente.

—Willy, ya sé lo que hay que hacer —dijo.

—Ese es mi muchacho —dijo el amigo—. Predica. ¿Cuál es el salmo?

—Vas a tener que ir de compras y, luego, llegar hasta nosotros.

—¿Pero dónde están?

—En el motel frente al Firenze.

—¿Tan rápido?

—Willy… —dijo Julián, estirando el nombre, amonestando.

—Tienes toda la razón. Dime qué es lo que tienes en mente.

## CAPÍTULO IX

Mientras preparaba sus cosas para salir, Willy pensaba en lo perfecto del plan que habían elaborado él y su amigo. La idea inicial había sido de Julián, pero él la había completado, le había dado una forma concreta, digna de una campaña de "Magos y Demonios", uno de sus juegos de rol preferidos. Lo primero, que ya estaba hecho, era encriptar la comunicación entre ellos, camuflarlos por así decir, entre los miles de intercambios de información que ocurrían en la ciudad.

Willy coloca su computadora portátil, junto con otros elementos que pueden resultar útiles, en su morral. Luego prepara el sistema de seguridad que ha ideado especialmente para este tipo de ocasiones y que será monitoreado por su computador principal. Después, entra a su habitación y mira una pequeña fotografía de su madre. La saca de su marco, le da un beso y se la guarda en la cartera, pensando que será su amuleto especial, su talismán de protección, su conjuro secreto para llevar a final feliz la aventura que se disponía a emprender. Por último, le da un último vistazo a su apartamento y sonríe como el emperador que mira orgulloso la exuberancia y vastedad de sus tierras. Entonces, cierra la puerta y se dirige al estacionamiento.

La situación había tomado un giro totalmente inesperado. De eso no cabía la menor duda. La última campaña de los engendros del infierno había sido muy buena. Excelente, a decir verdad. Digna de un enemigo a la altura. Con la pequeña diferencia de que este enemigo no era honorable, como suelen ser los enemigos de las grandes épicas. Era, por el contrario, completamente despreciable y lleno de perfidia. No obstante, como se dijo, tenían el plan perfecto. La jugada de los engendros se proponía exponer a los héroes, descubrir su identidad y transformarlos en el enemigo público, manipulando sus sentimientos y los de la población. Su plan buscaría revertir, al menos, el primer efecto: ocultar su identidad. Claro, el problema radicaba en cómo lograrlo, y sobre todo, cómo lograrlo de manera efectiva, sin llamar la atención. Para desgracia de los engendros, y fortuna de los héroes, el día que habían elegido para su movida era el mismo en que la ciudad celebraba los carnavales. Sin duda, su amigo, Julián Torres, había pensado en lo irónico del hecho, aclamando el fino humor de ese dios impreciso y paradójico de las cosas. Pero donde su amigo ve imprecisión, Willy ve riqueza, ve Providencia, que sin importar el nombre que se le dé, para él es el bien, las fuerzas del bien, buscando establecer orden y balance en las cosas, el mundo, el universo, pero que bien pudiera ser también un libro o una idea.

Carnaval, mediodía de carnaval, pensaba Willy, mientras salía en su auto del edificio. Ritual antiguo, ancestral, en el que se subvierte el orden establecido. Los esclavos serán amos y los amos, esclavos. El rey burlado por sus súbditos, el instinto ocupando el lugar de la razón. Anarquismo de los ancestros, que todo lo dosifican, como la naturaleza, que obra en porciones, en estaciones, en ciclos. ¡Ah, esa antigua sabiduría de la humanidad! ¡Preclara y audaz! Willy podía sentir la expansión del valor en su pecho, de la fuerza en sus brazos y de la resistencia en sus piernas, como los guerreros que en carruajes se acercan a la batalla, aunque simplemente iba manejando un vehículo. De hecho, también siente hambre en su estómago. Ahora que cae en cuenta, no ha desayunado. ¡Guerrero no comido, no es guerrero preparado! Willy se sorprende de sí mismo al advertir la emoción que siente, incluso tratándose de una situación seria como la que va a emprender.

Hace una pequeña parada en un puesto de hamburguesas callejeras. Ya lo conocen y apenas lo ven, empiezan a preparar la más grande. Sin embargo, no es por el tamaño que Willy prefiere este puesto, es por las salsas. Todo está en las salsas. Los ingredientes de la hamburguesa como tal, tomando en cuenta la velocidad con que deben entregar los pedidos, no varían mucho en sabor. Las salsas, en cambio, pueden hacer la diferencia. Claro que este

lugar tiene las de ganar, pues hacen sus propias hamburguesas y preparan sus propias salsas. Cuando le entregan el material, Willy lo devora con emoción y esmero.

Más tarde, mientras explora los atuendos, Willy considera las posibilidades. Ya sabe lo que buscará para él. Será el gran Xorxos, el mítico guerrero de las sabanas de Xarxan, el personaje de rol favorito de Willy. Pero Julián, ¿quién podría ser? Claro, médico en la vida real, debe mutar en curandero o, mejor, un mago. El mago Zildlund, de las montañas flotantes de Armatis, un personaje poderoso en un juego de computadora que él mismo ayudó a programar. Pero la doctora Villalobos… No sabe cómo luce realmente. Pero sabe que Julián nunca la ha visto sin uniforme, al menos hasta hace unos días, y más de una vez ha bromeado con que posiblemente nadie la haya visto en ropa casual, mucho menos desnuda. Es perfecto. Qué mejor disfraz que la piel misma. Pero debe ocultar su rostro, que ya todos conocen en la ciudad. Será entonces Kazumi, la misteriosa guerrera vengadora, tan seductora como mortal, uno de los mejores personajes de *Manga* que Willy conoce.

Genial, todo encaja perfectamente. Willy elige y compra, entonces, los atuendos y accesorios necesarios.

El plan es perfecto. Willy se siente muy satisfecho de sí.

***

Finalmente, Willy llega con provisiones para sus compañeros de lucha. Trae los disfraces, mudas de ropa para los próximos días y comida. Los más buscados de la ciudad estaban desesperados porque llegara. Por un lado, estaban muertos de hambre, pues ya habían consumido las provisiones escasas que consiguieron en la farmacia y que, básicamente, consistían de galletas, gaseosas y barras de chocolate. Por otra parte, ambos estaban desesperados por salir de la habitación, ansiosos por empezar a desentrañar la trama misma que los quería aplastar. Por suerte, cuando pagaron la habitación no dejaron ningún tipo de identidad y la pagaron en efectivo, argumentando que solo la usarían un rato, posiblemente largo, pero rato al fin.

Apenas tocó la puerta, Julián la abrió de inmediato. Se saludaron con un abrazo y entonces le presentó a Alejandra. Antes de saludarla, Willy dejó en el suelo las bolsas.

—Al fin tengo el gusto de conocerla, famosa doncella —dijo Willy, haciendo una reverencia.

Julián estaba acostumbrado a este tipo de comportamientos de su amigo, en los cuales de repente se asumía como un personaje de sus ficciones favoritas y que ocurría, sobre todo, cuando se encontraba en un humor particular, un humor que bien podía llamarse emoción, o también entusiasmo, y que podía despertarse en él por las razones más dispares. Sin embargo, en este momento, sabía la razón y, aunque la supiera y le pareciera típica de él, no dejaba de asombrarle. Acaso por eso sonriera al verlo hacer la reverencia.

—Mi estimado señor —respondió ella, estirando su mano—, mucho esperábamos ambos su llegada y confieso que grande era mi inquietud por conocerlo.

Los anacronismos espontáneos —si acaso podían llamarse así— en las maneras de su amigo podían ser hasta predecibles, en ciertas ocasiones, para Julián. Pero ver a Alejandra replicar en el mismo tono, como si nada —ella, que era la encarnación misma de la seriedad— le parecía excesivo. Y lo demostró con un carraspeo de su garganta.

—Aquí traigo sus atuendos —continuó Willy, en el mismo registro— y fiambres, para el deleite de sus gustos y la satisfacción de sus estómagos, así como otras mudas para las jornadas que nos esperan.

Julián lo miró seriamente, como diciendo “ya déjate de tontadas, pendejo”.

—Está bien, traje hamburguesas —dijo, volviendo al tiempo presente.

Willy las sacó y entregó una a cada uno. Al empezar a abrir la suya, Alejandra se permitió un momento para apreciar el olor que emanaba, tras lo cual agradeció al nuevo

amigo, diciéndole que aunque apenas lo conocía, ya le tenía aprecio. Por su parte, Willy volteaba a mirar a Julián para decirle que le caía bien la doctora.

Después de terminar la comida, Willy les entregó los atuendos respectivos, explicando sus trasfondos, es decir que Alejandra sería una asesina vengadora y Julián un mago. El de Julián era el más sencillo, pues solo consistía en una túnica casi idéntica al hábito de un monje, una peluca y una barba. La de Willy era un poco más compleja, pues debía colocase un yelmo y una capa, pero la ropa en sí era normal.

—¡Willy, esto es ridículo! ¡Llevo muy poco tiempo conociéndote y ya te odio! —gritó desde el baño Alejandra, quien acababa de inspeccionar su disfraz, que más parecía un traje de baño que la túnica de una guerrera vengadora.

El amigo de Julián se reía en silencio, mirando a Julián en un gesto de complicidad. Pero Julián le devolvía una mirada de sospecha.

—Alejandra, piénsalo —argumentaba Willy—, es el disfraz perfecto, nadie espera verte así. Además, tu rostro estará cubierto.

—Tienes razón, pero no dejo de resentir esto —concluyó Kazumi.

Julián se puso una de las mudas de ropa normal que trajo Willy y, encima, la túnica. Luego se bajó la capucha para colocarse la peluca y, por último, pasando unas tiras por detrás de sus orejas, la copiosa barba. Cuando ya camuflaba bien su rostro, remató con la capucha.

—¿Y? ¿Qué tal? —preguntó a su amigo.

—Eres Zildlund —contestó—, el protector de las montañas flotantes.

Por su parte, Xorxos se colocó la falsa armadura, la capa y el falso yelmo. Se miró en un espejo y se sintió poderoso.

—¿Eh? —volteó a preguntar a Zildlund.

—¿Cómo dices que se llamaba? —volvió a preguntar el mago.

—Xorxos, idiota —contestó, molesto—, ¿cuántas veces más lo tengo que repetir? Xorxos. No es muy difícil. Xorxos.

—Está bien, está bien, pido disculpas, gran Xorxos —solicitó el mago.

—Lo dejaré pasar solo por la admiración que siento por tus grandes poderes, Zildlund.

—Agradezco su gran nobleza y honorabilidad, gran Xorxos —manifestó el mago, con una voz más apropiada a su naturaleza.

Entonces, la puerta del baño se abrió y lo que el guerrero y el mago vieron asombró infinitamente sus intelectos, deslumbrados ante la figura que se presentaba ante ellos. Sus cabellos estaban recogidos en una cola de caballo que apuntaba al cielo; su rostro estaba cubierto como el de una ninja y sus ojos, ocultos tras una malla; su cuello adornado por una gargantilla, sus hombros desnudos, guantes largos en sus manos, el cuerpo cubierto por una sola pieza bien ceñida, como la de las gimnastas, pero que dejaba al descubierto las curvas de su cadera; sus piernas cubiertas por mallas y llevando unas botas altas.

—Bueno, idiotas, alcáncenme mi bolso —dijo Kazumi, con tono de aburrimiento.

Julián reaccionó y le alcanzó lo que pedía. Del bolso, Alejandra sacó una bufanda grande y negra que se amarró en la cadera, haciéndola sentir más cómoda, aminorando un poco el exabrupto que para ella significaba lo poco que llevaba puesto y lo mucho que no. Así, listos y preparados, los tres salieron. El destino sería el oeste y sus distritos, a seguir el rastro del paciente X y, con suerte, hallar alguna pista sobre la llave.

# CAPÍTULO X

El día era claro. El cielo dejaba espacio para el azul, aunque no estuviera despejado por completo. Curiosamente, las nubes parecían empezar a acumularse en ese anillo invisible que es el horizonte. La luz empezaba a mostrarse gentil, mientras comenzaba su camino descendente, perdiendo la intensidad del mediodía y permitiendo que la brisa de un verano que está a punto de terminar refresque los cuerpos de todas las personas que se han lanzado a celebrar a las calles.

Willy, Alejandra y Julián se adentran en la calle, camino a la estación del monorriel, mientras tratan de reubicarse en sus propios cuerpos, como si lo que los cubre les impusiera —a cada uno de forma particular— una respiración específica, una manera especial de caminar y de habitar el mundo. Hay muchos niños jugando con pintura, agua y harina. Algunos, incluso se acercan a ellos, amenazando con mojarlos, pero al ver la gran estatura y la extraña vestimenta de un Xorxos intimidante, desisten rápidamente del intento. Willy es a quien le ha resultado menos problemático el uso del disfraz. Por el contrario, es como si algo en su verdadera naturaleza pudiera al fin ser revelado sin ningún tipo de escrúpulo, como si fuera su verdadera piel.

—¿Cómo me veo? —pregunta Alejandra, mientras se acercan a la entrada de la estación—. No sé ni cómo caminar con esto puesto.

—Te ves perfecta —dice Willy—. Solo recuerda quien eres.

—Alejan… —empezó a responder.

—Kazumi —la interrumpió Willy—. Si solo piensas que bajo ese atuendo…

—Son unas pocas telas que apenas me están cubriendo —ahora lo interrumpía Alejandra—. Y no creo que califique como "atuendo".

—El punto es —retomó Willy— que si no dejas de pensar que la que va enmascarada es Alejandra Villalobos, la doctora perfecta, solo te vas a poner más y más incómoda y vas a llamar más la atención. En cambio, si piensas que la que está revelando partes de su cuerpo, la que tiene una figura sexy pero es capaz de matar, es Kazumi, es decir, tú, entonces te parecerá natural lo que sea que hagas. En toda esta ciudad todos saben quién es Alejandra Villalobos, la doctora, que apareció en las noticias. Pero nadie sabe, nadie, quién es Kazumi.

Alejandra entonces dio un vistazo a la ciudad que se iba revelando ante sus ojos, mientras terminaban de subir las escaleras para esperar la llegada del tren. Todo lo que había dicho Willy sonaba bastante coherente. Si había sido capaz de aplicarse a tantas cosas, de seguro también podría realizar este ejercicio, despersonalizarse por algunas horas, las que pudiera manejar. Olvidar su pasado, esa carga que ensombrecía su futuro, pero quedándose con lo único realmente valioso: el derecho a reclamar justicia.

En el tren tuvieron que permanecer parados. Había gente que salía del trabajo, otros que apenas iban a comenzar su jornada, madres que llevaban o traían a sus niñas y niños disfrazados, muchas chicas y chicos que salían de sus estudios, algunos disfrazados, otros pocos con el uniforme de siempre, gastando bromas entre sí. Un par de estaciones más adelante se desocupó un poco el vagón pero entraron tres oficiales de policía y, justo antes de cerrarse las puertas, entró tras ellos alguien que vestía con la elegancia de los escoltas que trabajan en seguridad privada.

—Disimulen —dijo Julián— y tómenlo con calma, pero entre los policías, si es que son policías, está el matón de Dorrs. Miren, las mismas botas. Creo que es el mismo del hospital.

Lo mejor que pudieron, los otros dos repararon en los zapatos del que acababa de entrar. A Willy le parecieron muy cercanos a los que se había imaginado, como las de narcos que dominan desiertos. Alejandra miró a Julián.

—¿Es él? —preguntó Willy— ¿Ese es el matón?

—El mismo —dijo Alejandra—. Y al parecer por fin puede usar su propia ropa.

Los tres observaron cómo el vaquero se acercaba a los oficiales para decirles algo. Parecía estar dando instrucciones. Los oficiales entonces empezaron a pedir identificación a ciertas personas en el vagón. Todavía se encontraban lejos de ellos.

—Tenemos que salir en la próxima estación —opinó Julián.

—Quedamos en evidencia —replicó Alejandra.

—Apenas vamos a medio camino —agregó Willy.

Los oficiales ahora estaban más cerca, hablando con un Frankenstein que al parecer se rehusaba a dar su identificación.

—Deben haber pasado toda la noche registrando el centro y el oeste de la ciudad —continuó diciendo Julián.

Ahora Frankenstein se encontraba forcejeando con dos de los oficiales. Alcanzaron a escucharlo decir que si los oficiales no le mostraban identificación, él tampoco lo haría. Mientras tanto, el vaquero observaba la escena desde lejos. El tercer oficial ya se colocaba frente a Willy, quien estaba entre los otros dos..

—Buenas tardes —dijo el oficial, mirándolos a los tres. El que más descubría el rostro, a excepción de sus ojos, era Willy. Los ojos de Alejandra, que era lo que más se exponía de su rostro, se escondían efectivamente tras la malla que los cubría. Julián lograba esconder completamente el rostro tras la capucha, sus brazos y manos los cubría bajo las mangas del hábito, cual monje.

—¡*Bordla, golgir mixhtú*! —profirió Willy.

Lo que Julián pensó al escuchar semejantes sonidos, que salían de la boca de su amigo, se relacionaba a la ruina total. Lo único que lo salvó de derrumbarse fue recordar que no podían ver su rostro. Y aunque las palabras "ruina total" también resonaban en la cabeza de Alejandra, su rostro trataba de disimular su sorpresa. Se sintió ridícula al recordar, al igual que Julián, que tenía el rostro cubierto y que no importaba. Ambos se miraron por un breve instante para luego dirigir sus rostros al oficial, quien por la misma perplejidad que le produjo la respuesta obtenida, olvidó que debía dar algún tipo de réplica. No obstante, apenas comenzaba a darla, Willy lo interrumpió.

—*Xe hir Xorxos* —dijo, poniendo las manos sobre su pecho, para luego señalar a Alejandra— ¡*Xa har Kazumi*! ¡*Ek xi hor Zildlund*! —dijo por último, mientras señalaba a Julián.

El oficial se volteó a mirar a Alejandra, la cual le sopló un beso. Luego miró a Julián y observó una capucha que asentía levemente, en un gesto mínimo de reconocimiento. Después volvió a mirar a Willy y este soltó una carcajada. Extrañado, el oficial volteó un instante a ver a sus compañeros, que estaban saliendo por la puerta, llevándose a Frankenstein, con el tren apenas detenido, seguidos por el lacayo de Dorrs. Al advertir que salían, fue tras ellos.

—¿Qué carajos fue eso? —preguntó Julián a Willy.

—Eso fue una muestra de *xerjirhlr* —dijo este—, la lengua nativa del reino de donde proviene Xorxos.

—Es la segunda vez que me alegro de lo extraño que eres, Willy —concluyó Alejandra.

***

La estación se encontraba a unas cuantas cuadras del puerto, así que todavía debían caminar un buen tramo antes de llegar. Sin embargo, esto les sería útil. Willy les mencionó que fue por estas calles que perdió el rastro de aquel deportivo viejo y algo descuidado, presumiblemente conducido por el paciente X. El sol caía un poco más, ocupando más espacio en el campo visual de los que caminan hacia el puerto. Toda esta zona fue urbanizada después del conflicto armado. El hecho de que el único enfrentamiento verdadero y prolongado ocurriera en el puerto, evitó que se intensificara más la devastación, a través de toda la capital. Pero el puerto tuvo que pagar el precio. Las luchas lo dejaron en ruinas. No

obstante, ahora podía apreciársele completamente renacido, con el sol creando una iluminación de postal, montones de gente, de todas las edades, recorriendo sus bulevares, celebrando de una manera u otra el carnaval; la mayoría acumulándose, enfilados, en las aceras de la gran avenida, observando o participando en la marcha de comparsas, malabaristas, músicos, que mientras pasan, borran el recuerdo oscuro de las balas, las explosiones y la sangre. Ahora, se respiraba por fin otro aire. Y todos lo sabían.

—Me acabo de acordar de algo —mencionó Willy, mientras comenzaban a adentrarse en las calles del puerto—. Por aquí hay calles donde pueden verse anuncios con un estilo muy semejante al del tatuaje.

—¿Qué tatuaje? —preguntó Alejandra, con cierta afectación en su tono. Y también en el gesto que asumió su rostro, aunque eso ellos no pudieron verlo.

—El del paciente X —respondió Julián, tras lo cual debió apartarse súbitamente para evitar estrellarse contra un malabarista en monociclo—. Tenía un tatuaje en su hombro. Parece una especie de símbolo religioso —concluyó tras reincorporarse.

—¿Y cuándo me lo piensan mostrar? —dijo ella, molesta.

Willy sacó su celular y buscó la imagen. Un coro de bufones los atravesó al son de baladas antiguas. Cuando la consiguió, se la mostró. Alejandra tomó el teléfono y observó detenidamente la imagen. Le resultaba familiar. Sabía que pertenecía a la iconografía de alguna de las grandes civilizaciones nativas del pasado. Acaso el rostro de algún dios del desierto o la montaña.

—Debe ser de alguna de las culturas nativas de los Andes, o de América Central —dijo ella.

Entonces se encontraron con la marcha en la gran avenida. Los espacios se reducían a medida que los grupos de personas aumentaban. El bullicio de la gente se mezclaba con la música que salía de cada comparsa y voces hablando por megáfonos, haciendo comentarios sobre el desfile. Debían buscar la forma de cruzar hasta el otro lado de la avenida y, para no perder el ritmo, continuaron moviéndose entre la gente hacia el sur. Quizá hubiera oportunidad de atravesar el desfile entre una y otra comparsa, o quizá tendrían que esperar a dar con el final del desfile. Los tres se percataron de que había una importante presencia policial, por lo que no debían descuidarse en ningún momento. Sin embargo, entre el sol y la cantidad de gente, el calor los empezaba a afectar. Especialmente a Julián, cuyo hábito comenzaba a darle la sensación de sofocamiento.

—Necesito agua —dijo—. Estoy algo mareado.

—Toma —dijo Alejandra, que iba de primera, volteando para entregarle el termo con agua.

—¿Estás bien? —preguntó Willy a Julián, quien iba delante de él.

—Necesito quitarme esto —agregó Julián, tratando de ventilarse un poco moviendo el hábito—. Me voy a evaporar aquí adentro.

—Aguanta un poco más —recomendó Alejandra—. Hay policías cerca. Puede ser peligroso.

Sin embargo, Julián no pudo esperar más y se bajó la capucha. Se echó un poco de agua en el rostro y soltó una bocanada de aire, aliviado. Cuando volvía a abrir los ojos, detuvo su mirada sobre una de las comparsas próximas a pasar por donde caminaban. Cuando Willy y Alejandra advirtieron que había algo en específico que captaba la atención de su compañero, observaron en la misma dirección. A un poco más de una cuadra se elevaban varios flotantes con figuras indígenas. Y entre ellas, los tres podían distinguir, no sin asombro, el mismo rostro geométrico que el paciente X tenía tatuado. Los tres se miraron, Julián volvió a subirse la capucha y aceleraron el paso para ver de cerca la comparsa.

A medida que se acercaban, era notable que la presencia policial aumentaba. Oficiales en motocicletas encabezaban la comparsa, así como otros efectivos uniformados y personal de

seguridad. Los seguían miembros de una banda marcial, encargada de la música. Luego venía una gran carroza de la cual se amarraban los flotantes de figuras indígenas. También, en ella se encontraban distintas personalidades importantes de la capital. Algunos saludaban alegremente, otros iban sentados cómodamente y unos pocos permanecían de pie observando con una sonrisa a la gente que se amontonaba en las aceras para observar el espectáculo. Precisamente, en tal postura fue que Alejandra y Julián pudieron observar —y de cierta forma se lo esperaban— al señor director del Hospital General, el doctor Richard Dorrs. Willy podía al fin darle rostro a la persona que estaba detrás de todo esto, sin que por ello dejara de parecerle menos misterioso. La confianza que expresaba su postura, la seguridad en su rostro y esa sonrisa, la que solo tienen los poderosos. Ni siquiera el alcalde de la ciudad, quien ocupaba el lugar prominente de la carroza y cuya voz se proyectaba por los parlantes hacia las calles, rebotando entre edificios y callejones, declamando un discurso sentido y fervoroso, ni siquiera él transmitía la seguridad de Dorrs, quien solo en apariencia se encontraba relegado a un segundo plano. Pero lo que los tres hallaron más inquietante de toda la escena, fue la persona que se encontraba al lado de Dorrs. Allí estaba, con la típica expresión seria, la postura amenazante y las mismas botas de siempre, el guardaespaldas de Dorrs. ¿No lo acababan de ver bajándose en una estación cercana al centro?

—¿Soy la única a la que le parece imposible que ese tipo esté ahí? —preguntó Alejandra, sin quitar la vista de él.

—Supongo que, técnicamente, es posible —respondió Willy.

—Sea como sea, ahora le temo más a ese sujeto —intervino Julián—. Cosa que pensaba imposible.

—¿Pero qué hay de los símbolos indígenas? —inquirió Alejandra, mirándolos.

—Mira —dijo Julián, observando lo que venía detrás de la carroza.

Grupos de personas llevaban banderas extendidas, una bandera tras otra, cada una con un símbolo indígena, los mismos que se veían en los flotantes. Cuando pasaba el grupo con el símbolo del rostro los tres gritaron, preguntándoles qué era o qué representaba. Pero fue inútil, el bullicio hacía casi inaudible las respuestas y solo alcanzaban a entender “Dios”, e “Indígena”. Por fortuna, terminando esta comparsa encontraron suficiente espacio para poder cruzar a la otra acera. Luego retomaron el camino hacia el puerto. Una vez ahí, entraron en la primera tienda de comida que consiguieron. Al entrar, Alejandra y Willy se ubicaron en una mesa, mientras Julián iba al baño.

***

Apenas entró al baño, lo primero que hizo Julián fue quitarse el hábito, poniéndolo encima de una de las puertas de los excusados, mientras orinaba. Por un instante, se sintió como en una guardia, en esos momentos sagrados entre un paciente y otro. Al contrastar tal recuerdo con sus circunstancias presentes sintió algo parecido al vértigo. Pero respiró con calma al recordar que, hasta ahora, a pesar de que eran buscados en toda la ciudad y señalados como criminales, aún seguía íntegro, sin ningún tipo de daño. Al salir, se mojó el rostro y el cabello, para refrescarse, disfrutando del hecho de estar con vida, cuestión que cada vez más le parecía un privilegio. Tomó unas toallas de papel para secarse y mientras lo hacía pudo escuchar que otra persona había entrado y se lavaba las manos.

—¿El hábito hace o no hace al monje? —preguntó dicha persona, mientras activaba el secador de manos.

Julián se disponía a observarlo, mientras terminaba de secarse.

—Pues, a veces sí y a veces no —respondió, mientras botaba la toalla y volteaba a verlo.

Era un oficial de policía, quien lo observaba con una sonrisa benévola. Sin embargo, dicha sonrisa se le fue borrando al ver la reacción del otro, que había detenido todo

movimiento al mirarlo. Por un instante ambos se observaron fríamente, sin mover un dedo, sin decir palabra.

***

Apenas se sentaron, Alejandra y Willy se percataron que había poca gente en el lugar. En la televisión daban un avance de noticias.

—El director de la Policía Nacional —decía la periodista— ha podido confirmar la muerte de uno de los criminales más poderosos y buscados de la capital, David Testino, uno de los eslabones clave en las redes de tráfico ilegales de nuestra ciudad…

Ambos no quitaban el ojo de la pantalla, en donde ahora se mostraba una imagen del criminal muerto.

—… Testino —continuaba la periodista— era ampliamente conocido por sus excentricidades, como la posesión de animales exóticos y colecciones de autos deportivos...

—Para los que dicen que nunca hacemos nada —dijo un hombre en voz alta, en el local.

Al voltear, ambos se percataron de que se trataba de un policía. Su presencia se les había pasado por alto completamente.

—… Sin embargo —continuaba diciendo la periodista—, no se han revelado las circunstancias de la muerte del criminal, detalles que por el momento son considerados como confidenciales por las autoridades…

Alejandra había notado que Willy se había concentrado inusualmente en lo que se escuchaba y veía por el televisor. Parecía que murmuraba. Luego advirtió que el policía ya no estaba en su mesa. Miró alrededor y tampoco lo vio. La puerta del pasillo a los baños todavía se movía.

—Ya vuelvo —le dijo a Willy, sacándolo de sus cavilaciones.

—Ok —él se limitó a responder.

Abrió la puerta con cuidado y comenzó a atravesar el pasillo. Al llegar a la entrada del baño de hombres, comenzó a abrir la puerta con sigilo. A medida que lo hacía, la voz de un hombre que hablaba se empezaba a distinguir. Era el policía, que apuntaba a Julián con un arma mientras le decía que se volteara para colocarle las esposas. Ella tocó la espalda del policía y cuando este comenzaba a voltear el rostro, le soltó una sola patada por encima de la oreja. Cayó inconsciente.

—Te debo la vida, otra vez —dijo Julián mientras se colocaba nuevamente el hábito.

—¿Alcanzó a pedir refuerzos? —preguntó ella.

—Sí —respondió—. Tenemos que salir rápido de acá.

Al salir del baño notaron que había más gente. Willy los esperaba cerca de la puerta. Mientras salían, comenzaba a llegar la policía. Empezaron a alejarse, aliviados, del restaurante.

—Creo que sé quién es el paciente X —les dijo Willy.

Ya el sol se ponía en el horizonte, la noche poco a poco se insinuaba, mientras fuegos artificiales iluminaban el cielo a lo lejos, con explosiones coloridas. Sin embargo, cuando ya llegaban a la esquina, comenzaron a escuchar los gritos de un policía demandando que se detengan. Al darse cuenta, empezaron a correr, doblando en la esquina. Mientras terminaba de cruzar, Alejandra sintió un golpe en el estómago, se retorció del dolor y luego sintió una mano que la sujetaba por la nuca y la estrellaba contra un basurero. El matón de Dorrs sacó su pistola y apuntó hacia ella, que yacía en el suelo, sin poder recuperarse. Cuando ya halaba el gatillo, Julián se abalanzó sobre él, desviando el disparo, cuyo sonido se destacó sobre las detonaciones de los fuegos artificiales, creando confusión en la calle. El matón derribó sin problema a Julián y se colocó sobre él, ahorcándolo. Fue entonces cuando sintió un golpe fuerte en la espalda y luego alguien que lo cogía y levantaba. Por último se sintió volar por los aires para caer, como una bomba, sobre el policía que aparecía en la esquina. Willy cargó

a Alejandra, Julián se incorporó y comenzaron a correr. Se encontraban en la calle paralela a la gran avenida, así que, aunque había bastantes personas, tenían espacio para moverse.

Ya el desfile había terminado de pasar por la gran avenida, pero un gran número de gente continuaba recorriéndola. Pasar al otro lado era, no obstante, más fácil. Justo cuando se preparaban para abandonar la gran avenida, los efectivos de la policía comenzaron a hacer presencia, buscándolos. Alejandra le hizo señales a Willy de que ya podía caminar. Los tres se metieron en un edificio donde operaba un pequeño centro comercial. Se dirigieron al baño.

—Es hora del plan B —dijo Willy, mientras sacaba varias cosas de su morral.

A Julián le entregó un afro de peluca y unos lentes oscuros. Y a Alejandra le dio un sombrero y un antifaz. Cuando salieron, los dos tenían puesta la muda de ropa que les había llevado Willy, junto con los últimos artículos que les entregó. Willy también vestía casual y solo añadía una cachucha que llevaba puesta.

Los tres salieron del edificio. Debían caminar unas cuantas cuadras para llegar a una calle donde circularan vehículos. Habían decidido tomar un taxi para ir al centro, a la casa de Willy.

## CAPÍTULO XI

—Creo que sé quién es el paciente X —les dijo Willy, mientras salían caminando del boulevard.

—¿Testino? —preguntó Alejandra, quien también había escuchado parte del avance de noticias en la televisión.

—¿Cómo? —expresó Julián— ¿De qué me perdí?

—Antes de que Alejandra te salvara el pellejo en el restaurante del muelle, estábamos sentados escuchando un avance de las noticias. La policía confirmó la muerte de David Testino.

—¿El mismo Testino que fue culpable de lo que le sucedió a tu padre? —volvió a preguntar Julián.

Alejandra miró a Willy, quien le hacía señales a un taxi para que se detuviera. La frase que acababa de escuchar le causó gran impresión. La idea que se había formado del compañero grandulón nunca contempló la posibilidad de una tragedia, como la que sugería la frase dicha por Julián. Sin embargo, ella misma también era una sobreviviente. Pensó que es posible que lo verdaderamente extraño sean las familias que no hayan vivido semejantes traumas. Interrumpió su pensamiento para entrar al taxi, seguida por Julián. Willy iría de copiloto.

En el centro, el tráfico se había intensificado notablemente. Tuvieron que bajarse a unas cuantas cuadras del edificio. No había tiempo que perder. El grandulón había propuesto pasar la noche en su apartamento, mientras él aprovechaba para recaudar información sobre Testino. Además, ya sabían que el tatuaje se relacionaba con culturas indígenas. Podían aprovechar para investigar más al respecto. Y si daban con pistas significativas, podrían investigarlas a la mañana siguiente.

—Entonces —comenzó a decir Alejandra a Willy, tímidamente — ¿Ya sabías sobre Testino por experiencias personales?

—Cuando su nombre empezó a ser parte de los rumores de la ciudad —respondía Willy, mientras caminaban al edificio—, mucha gente en el centro decía que Testino había empezado siendo el jefe de varias bandas pequeñas por estas zonas. Bajo su mando se unificaron.

—¿Fue por entonces que perdiste a tu padre? —preguntó ella luego.

—Sí. Todo lo que yo sé lo aprendí de mi padre. Testino lo quería reclutar, sabía que su conocimiento le podía ser muy útil. Pero el viejo se negó, a pesar de las amenazas. Un día, quemaron su tienda. Yo logré salvarlo de las llamas, pero era muy tarde, ya había inhalado mucho humo, sus pulmones y su corazón colapsaron.

Ya el edificio era visible. Solo tenían que terminar de caminar una cuadra. Mucha gente recorría las calles, buscando algún bar donde beber o un lugar para bailar.

—¿Y la imagen que mostraron en la televisión era la misma del hombre que amenazó a tu padre?

—Pues nunca vi el rostro de Testino en vivo y directo. Solo escuché su voz, que recuerdo muy bien porque tenía un acento extraño, o mejor dicho, una mezcla extraña de acentos.

—Lo primero que debemos hacer es buscar esas imágenes de Testino —dijo Julián, mientras se acercaban a la esquina del edificio—. Yo sí recuerdo su rostro.

Entonces, un estruendo ensordeció sus oídos y solo pudieron reaccionar tirándose al suelo, cubriendo sus rostros. Lo único que lograban percibir era un rugir mudo acompañado de alarmas de carros, gritos de gente, cosas rompiéndose.

Desorientado, Willy levantó el rostro para mirar alrededor. Solo podía oír claramente un zumbido en sus oídos. Había gente que corría, alejándose de su edificio. Sus compañeros

permanecían en el suelo, como volviendo en sí mismos. Willy se incorporó para mirar el edificio. Había humo y llamas saliendo de uno de los apartamentos. No podía ver cuál porque solo veía uno de los lados del edificio, no su fachada frontal. Ahora un hombre caía en llamas sobre un auto estacionado al frente. En el suelo se veían varios equipos quemados, que seguramente salieron volando con la explosión. Willy cruzó al otro lado de la calle para tener una mejor perspectiva de la fachada y confirmar sus sospechas. En efecto, era su apartamento, el mismo en el que nació y creció, con sus padres, luego solo con su madre y en los últimos meses, completamente solo. El sistema de seguridad que implantó en su propio apartamento no era más que una explosión, intensa, pero controlada, destinada a deshacerse de sus equipos más importantes y peligrosos, si caían en las manos equivocadas. El sistema se activaría si algún intruso lograba entrar en su apartamento en su ausencia y también estaba destinado a causarle algún tipo de daño a dicho intruso o intrusos. Al parecer esto también lo había logrado. Por lo menos así lo atestigua el sujeto que cayó desde su balcón, en llamas. Ahora puede observar a unos tipos sospechosos que salen del edificio. No pueden permanecer ahí más tiempo. Willy cruzó de vuelta y se acercó a sus compañeros, quienes ya se incorporaban. Se colocó en medio de ambos, pasó sus brazos sobre los hombros de ellos y comenzaron a caminar en dirección contraria. De sus ojos caían lágrimas.

—Willy… —comenzaba a decir Alejandra.

—Habrá tiempo luego para eso —respondió él—. Ahora tenemos que encontrar un lugar donde escondernos.

—¿Pero a dónde podemos ir? —preguntó Julián.

—Lucas —dijo Willy, recuperando la compostura.

Alejandra los miró a ambos, esperando más información.

—Es un amigo de completa confianza —retomó Willy— que vive en el sur. Juntos hemos programado juegos para computadora y siempre que hay una sesión de rol él está ahí también. Su familia tiene una pequeña panadería y nos puede esconder en el depósito. Además, también tiene conexión encriptada a la red, lo cual nos ayudará a realizar nuestras búsquedas con mayor seguridad.

—¿Es decir? —preguntó Alejandra.

—Sea cual sea la información que busquemos por internet, no podrán rastrear nuestra ubicación. Estoy completamente seguro de que hay gente monitoreando el tráfico de datos en la capital y que, de una forma u otra, trabaja con o para Dorrs. Esta era la razón por la que Testino quería a mi padre. Y sin duda deben estarle prestando especial atención al hospital y a las solicitudes de información relacionadas con ustedes y con Testino. Además, ahora saben que estamos juntos. Deben haber rastreado los mensajes entre Julián y yo, antes de que encriptara nuestros teléfonos. Por eso querían husmear mi apartamento. Por suerte, me les adelanté.

—¿O sea que tú? —comenzó a preguntar Alejandra.

—Sí. Fui yo —confirmó Willy.

El silencio los embargó a los tres. Al empezar el día contaban con cierta seguridad, entre Willy y los disfraces. Sin embargo la situación había cambiado. Ahora quienes los buscaban sabían que eran tres y que se habían ocultado bajo los disfraces. Ya no contaban con esos factores de sorpresa. Alejandra, quien en un principio había asumido toda la empresa con convicción y sin temor, ahora dudaba de si realmente iban a poder lograr lo que se proponían. No obstante, también sabía que al menos ella y Willy habían sido directamente afectados por la red en la que se encontraban Dorrs y Testino. Después de todo, los culpables de las muertes de ambos padres eran los mismos. Extrañamente, Julián no se encontraba particularmente desesperanzado. Lo que sentía era una especie de resignación. El desarraigo con respecto a su familia lo llevaba a pensar que, en verdad, no tenía nada que perder, que si al final somos criaturas mortales, más vale morir por una causa justa. Esto lo llevó a percibir,

por primera vez, el calor del valor y el coraje que sienten aquellos que van a la guerra sabiendo que quizá no volverán. Willy, por su parte, trataba de rearmar el rompecabezas de la llave y el tatuaje, a la luz de los últimos acontecimientos. Entonces llegaron a la estación del monorriel.

—Todo el sistema del monorriel está lleno de cámaras de seguridad—dijo Willy—. Ya no podemos correr ese riesgo. Mejor tomamos un autobús al sur.

Julián y Alejandra estuvieron de acuerdo. El sol se había escondido hacía rato y la noche ya se había instalado. A lo lejos, los tres podían escuchar la sirena de los bomberos. A su alrededor, en los puestos de comida, gente comentaba la explosión que acababa de suceder. Los olores llegaban hasta ellos, para hacerlos percatarse del hambre que tenían y el cansancio que sentían. Entonces llegó el autobús que esperaban. Los tres se montaron y partieron hacia el sur.

***

Después de rodar por una media hora, se bajaron. Caminaron un par de cuadras y se acercaron a un edificio en cuya planta baja había una panadería. Estaba abierta, y dentro algunas personas cenaban mientras hablaban o miraban la televisión.

—¡*Kimsa*! —gritó Willy, dirigiéndose a las ventanas de la planta arriba de la panadería.

La señora que se sentaba tras la caja registradora de la panadería, advirtió la presencia del grandulón.

—¡Hola, Willy! —gritó.

Justo después un rostro se asomó desde una de las ventanas, arriba.

—¡*Kimsa*! —gritó—. Ya bajo.

Alejandra y Julián se miraron. Willy volteó a verlos.

—Es un saludo entre guerreros, en *Magos y dragones* —dijo.

—Algo nos imaginábamos —dijo Julián, mientras Alejandra asentía.

Entonces apareció Lucas. Un sujeto muy flaco, pero alto, como de la estatura de Willy.

—Hermano, tengo un código naranja —fue lo primero que le dijo Willy, al estrechar su mano.

Lucas elevó sus cejas con cierta impresión. Al parecer no se esperaba lo que dijo su amigo, a quien miraba fijamente mientras asentía. Luego, Willy los presentó a todos debidamente.

—Madre, estaremos atrás —le gritó Lucas a la señora tras la caja registradora.

Entonces caminaron hasta la parte de atrás del edificio. Lucas sacó una llave y abrió una puerta de garaje, entró en la oscuridad y prendió una luz. Luego se asomó y los invitó a pasar. Era un lugar espacioso con sacos de ingredientes, comidas, recipientes de botellas llenos y vacíos. Lucas cerró la puerta de la calle con seguro y luego atravesó el depósito para abrir otra puerta. Al pasar, encontraron un cuarto amplio sin mucho adentro. Un televisor viejo en una mesa, acompañada de unas sillas, un pequeño anaquel de libros, un sofá y una computadora muy parecida a la que tenía Willy en su cuarto. Lucas los invitó a sentarse. Alejandra y Julián lo hicieron en el sofá, tras lo cual se quitaron los respectivos lentes, sombreros y pelucas. Willy se sentó en una de las sillas de la mesa.

—A ustedes no dejan de mencionarlos en las noticias —comentó Lucas, mirando a Julián y Alejandra.

—¿Escuchaste sobre Testino? —le preguntó Willy.

—Eso es lo único que mencionan más que a los doctores —respondió Lucas, mientras prendía el televisor.

En la pantalla, se veía al presentador de noticias hablando y, a su lado, un recuadro con la imagen de un tipo identificado como David Testino.

—Es él —dijo Julián—. Ese es el paciente X. Claro, debe ser una foto más vieja. El hombre que yo traté estaba mucho más envejecido, canoso, con algunas arrugas. Pero definitivamente es la misma persona.

—Muy bien, Willy —dijo Lucas—. Veo que esto sí es un código naranja. Así llamamos a…

—Déjame adivinar —interrumpió Alejandra—. Lo sacaron de un juego de rol.

—¡Exactamente! —replicó Lucas, con notable alegría en su rostro, mirando a Willy— Bueno, díganme, ¿en qué los puedo ayudar?

—Necesitamos buscar información, hermano —dijo el grandulón.

—Entonces, vinieron al lugar adecuado —dijo Lucas—. Deben tener hambre. Espérenme aquí un momento.

—¿Puedo? —preguntó Willy, señalando la computadora.

—Toda tuya —respondió el amigo.

Willy se sentó frente a la computadora y comenzó a trabajar. Por su parte, Julián curaba a Alejandra, quien había quedado lastimada del encuentro con el matón de las botas.

—Es imposible conseguir información sobre Testino —dijo Willy, después de un rato.

—Eso tiene sentido —respondió Julián— ¿Qué hay del tatuaje?

—No se sabe exactamente qué representa, es algún tipo de deidad de las antiguas civilizaciones indígenas, pero tampoco se sabe con certeza cuál.

—Busca sobre lugares de comida andina o mexicana —dijo Alejandra—, o mercados donde vendan productos típicos de esas zonas.

—¡Es cierto! —exclamó Willy— Doctora, usted es una genio, si me permite decírselo.

Entonces abrieron la puerta y entró una mujer con una bandeja en la que llevaba café y pasteles para comer. Los dejó sobre la mesa y miró a Willy. Él se había dado cuenta de su presencia y también la miraba.

—Sofía —dijo él, pausadamente, mientras se levantaba de la silla— Pensaba que seguías en el extranjero.

—Hola —dijo ella, con timidez, apartando la mirada— Regresé apenas hace unos días. Cuando Lucas dijo que estabas aquí me alegré mucho y pasé a saludar.

Ambos se saludaron con un abrazo. Alejandra y Julián se volvían a mirar con asombro, pensando en que su compañero era como una muñeca rusa de sorpresas, una dentro de otra. Luego entró Lucas haciendo un carraspeo de garganta. Willy y Sofía se separaron y ella se presentó a Julián y Alejandra, para después salir.

—Entonces —dijo Lucas— ¿Para qué soy bueno?

Willy le contó una versión resumida pero acertada de todos los eventos que los llevaron hasta ese lugar, en el depósito de la panadería de los padres de Lucas; las palabras director, hospital, matón, tráfico, desaparición, cadáver, drogas, órganos, Testino y tatuaje pudieron escucharse en su relato.

—De manera que —concluía Willy— ahora estamos buscando cualquier lugar de la ciudad que se pueda relacionar con el tatuaje, o mejor dicho, con ese símbolo indígena. De alguna forma eso debe estar conectado con la llave y, tratándose de Testino, solo Dios sabe qué cosa custodia esta llave.

—Déjenme ayudarlos en eso —replicó Lucas—. Mientras, ustedes aprovechen para comer algo. Afuera hay un baño con ducha, por si quieren asearse. Les he puesto toallas limpias.

***

Cuando por fin terminaron de asearse y alimentarse, los tres se sentaron alrededor de Lucas, quien se disponía a contarles lo que había logrado investigar.

—Bien, amigos —dijo Lucas, mientras abría ventanas para mostrar mapas—. Lo primero que hice fue buscar establecimientos relacionados con comida andina o productos de la zona. Como pueden ver, no son muchos los lugares, pero se encuentran literalmente regados por la ciudad, casi en todos los distritos. Esto, me parece, no nos facilita ninguna conclusión sólida.

De la impresora comenzaron a salir reproducciones de los mapas que Lucas les mostraba.

—Por otro lado —continuó—, se podría perder mucho tiempo tratando de buscar algo en estos lugares y creo que, en las circunstancias en las que se encuentran, no pueden darse ese lujo.

Lucas tomó los papeles impresos y se los entregó a Willy.

—Después de esta búsqueda, decidí investigar los lugares que tuvieran mayor presencia de habitantes de las regiones andinas. Desafortunadamente, esto tampoco arrojó resultados esperanzadores. No es una comunidad realmente numerosa en la ciudad y sus pocos miembros se encuentran tan dispersos como los establecimientos.

Al escuchar esto, los tres soltaron suspiros de desconcierto.

—Pero… —dijo Lucas, alargando las vocales.

Ahora los tres lo miraban con evidente ansiedad.

—Encontré algo —continuaba Lucas— que pudiera ser una pista. Aunque no estoy completamente seguro de que lo sea, es lo más cercano que he conseguido. Como todas las búsquedas las he extrapolado con mapas de la ciudad, recordé que de niño, para aprendernos los distritos de la capital, en clase solíamos comparar la forma del distrito con alguna cosa que nos resultara familiar, para poder aprender cuál era el número de cada uno.

Aunque no dijeron nada, tanto Alejandra como Willy y Julián recordaron este truco mnemotécnico, que era ampliamente empleado por las maestras de primaria en la capital. Aunque no dijeron nada, los tres se insultaron mentalmente, recriminándose por semejante descuido y no haber considerado los factores en los que Lucas pensó, tan solo a un par de horas de haber comenzado a investigar.

—Fue entonces —seguía diciendo Lucas— que recordé que había un distrito que se parecía a una cara. Bueno, realmente no era que la forma del distrito fuera la de una cara. Simplemente era lo más parecido que se me había podido ocurrir de chico. Era un distrito del sur, casualmente. Más específicamente, el Distrito 33, en el portal del sur.

En ese momento, Lucas tomó una hoja de la impresora que acababa de reproducir una imagen. Era la forma del Distrito 33 y bajo ella, la forma del símbolo indígena. Al entregarles la hoja, Lucas miró con satisfacción cómo sus rostros se iluminaban de alegría al contemplar las similitudes de ambas formas.

—Hermano —le dijo Willy—, si esto no es una pista, no sé qué lo sea.

—Pues no puedo garantizarles que lo sea —replicaba Lucas, con modestia—. Pero de toda la información que manejan al respecto, creo que ese es el dato más sólido que tienen. Ese sería el primer lugar que yo revisaría. Es más, si quieren yo mismo puedo inspeccionar con mi hermana los establecimientos de comida y los mercados, mientras ustedes van al portal del sur.

Los tres le agradecieron repetidamente todo lo que estaba haciendo por ellos.

## CAPÍTULO XII

De los tres, Julián había sido el único que aún no se había duchado. Tenía mucha hambre, así que lo primero que hizo —y primero que sus dos compañeros— fue saciar su hambre y sed. Luego espero un rato a digerir bien la comida. Fue entonces cuando Lucas les explicó sus descubrimientos. Cuando terminó de hacerlo, Julián sintió que era el momento perfecto para darse una ducha.

Al salir y entrar a la sala donde estaban los otros, vio a Willy, Lucas y Sofía, acomodando el lugar para que pasaran la noche. El sofá se había convertido en una cama y había una colchoneta extra al lado, ambos con sábanas para abrigarse. Alejandra no estaba.

—Saliendo —dijo Lucas, leyendo sus pensamientos—, a la derecha, hay una puerta que da a un pasillo donde están las escaleras. La puerta está abierta. Ella necesitaba respirar aire fresco y yo le dije que en la azotea era seguro.

Julián le agradeció la información y salió de la sala. Abrió la puerta y entró al pasillo, a la izquierda podía verse la cocina de la panadería y a la derecha estaban las escaleras. Subió un piso y luego otro. La puerta de la azotea se hallaba entreabierta. Terminó de abrirla y pasó. Al frente, apoyada sobre un muro bajo, contemplando la noche, estaba Alejandra, quien apenas había volteado para ver quien había llegado. Su larga cabellera suelta cubría buena parte de su espalda y se movía con el viento. El cielo estaba nublado. Nubes enrojecidas por las luces de la ciudad. En las cuatro direcciones se desplegaba el sur de la ciudad, como un manto de casitas y edificios pequeños. A lo lejos podía verse la estructura del monorriel, bifurcándose en ciertos puntos, perdiéndose aún más en el sur. Por alguna razón, Julián recordó vagamente las palabras que dijera Dorrs la última vez que estuvo en su oficina, mientras miraba a través del ventanal y hablaba de los paisajes y de cómo pueden recordarnos a alguien en particular. Pero este paisaje incluía a una persona, a la doctora Alejandra Villalobos. De alguna manera, el desierto que se extendía como infinito y el cielo nublado, le dijeron a Julián algo sobre el alma de esa mujer, algo sobre cómo se sentía en ese momento. Se acercó a ella.

—Te hacía falta un momento así, ¿verdad? —le dijo a ella.

Ella solo se limitó a voltear a verlo y esbozar una sonrisa. Pero no era una sonrisa de alegría.

—¿Prefieres estar sola? —preguntó Julián— No hay problema, solo dímelo. Yo entiendo.

—No. Está bien —dijo ella.

Julián se colocó a su lado, también contemplando el sur. Ambos permanecían en silencio.

—Tengo miedo —dijo Alejandra.

—Considerando lo que vivimos hoy, me parece bastante normal y hasta saludable —le respondió Julián.

—No, pero esto es distinto. Es un mal presentimiento. No sé. Nunca había sentido este temor. De pequeña pasé tiempos muy difíciles con mi papá. Pero, de alguna manera, él siempre lograba permanecer optimista, lograba contagiarme de su propia valentía. Incluso antes de morir, siempre había una chispa de esperanza en sus ojos. Gracias a él aprendí a ver esa misma chispa en mis propios ojos. Pero hoy, al verme en el espejo después de bañarme, ya no estaba ahí. Cuando el maldito matón de Dorrs me neutralizó con solo dos golpes, nunca me había sentido tan vulnerable. Me pudo haber matado, tan fácilmente, si no hubiera sido por…

Su voz se entrecortó y paró de hablar. Cerró los ojos y bajó su rostro, tapándose a medias la boca con su mano. Julián se acercó con mucha calma a ella y la abrazó. Al comienzo hubo una fugaz reacción de rechazo por parte de ella, pero a medida que sentía la compasión de

otra persona, se daba cuenta de cuánto le hacía falta ese abrazo. Finalmente, dejó caer un poco su propio peso sobre el pecho de quien la abrazaba y empezó a llorar, largo y tendido. Por su mente pasaban recuerdos de su niñez, de su graduación, del hospital, y también preguntas sobre el porvenir que les aguardaba. Cuando por fin se sintió aliviada, se separó de él.

—Gracias por salvarme —le dijo a Julián.

—Estamos a mano —replicó él—. Tú también me salvaste en el baño.

—Es cierto —dijo ella, riéndose—. Y tampoco lo hubiéramos logrado sin Willy. Me da mucha pena que haya perdido su apartamento. Vaya que hemos pasado por mucho hoy.

—Pero todavía tenemos trabajo que hacer.

—Y si mañana llegamos a conseguir algo importante, ¿qué haremos luego? ¿A quién podemos acudir? ¿Cómo saber quién no forma parte de la red?

—No lo sé, pero estoy seguro que algo se nos ocurrirá. Por ahora, no debemos pensar más allá de lo necesario. Habrá que esperar a mañana, cuando lleguemos al portal, para ver si logramos dar con algo. Luego veremos qué hacer.

—¿Bajamos? —preguntó ella, después de un breve silencio.

—Bajamos —concluyó él.

Alejandra volvió a abrazarlo y le agradeció el apoyo. Luego bajaron. Cuando llegaron a la sala, Willy dormía como una roca en la colchoneta.

***

Cuando abrió los ojos, en la cabeza de Willy aún resonaban las palabras que su madre le había dicho en el sueño: mucho cacique y poco indio. La frase resultaba particularmente extraña porque era lo único que recordaba del sueño y no había ningún tipo de contexto que le permitiera dar sentido.

Se levantó con cuidado para no despertar a sus compañeros. Tomó su celular y miró la hora. Ya casi eran las cinco. Subió a la azotea y se percató de que apenas comenzaba a verse algo de luz en el este. Volvió a bajar y en la panadería ya trabajaban preparando masas, calentando los hornos. En media hora comenzarían a salir los primeros panes y comenzaría a llegar la gente. Entre las personas que trabajaban en la cocina, estaba Sofía. Se acababa de dar cuenta de la presencia de Willy.

—¿Ya se van? —preguntó ella, con algo de desconcierto, mientras se limpiaba las manos en el delantal.

—No —se apresuró a decir Willy—. Pronto, pero mis amigos todavía no se han despertado.

—Avísame, ya les tengo el desayuno —dijo Sofía, pero se notaba que no quería terminar de conversar.

—¿Sofía?

—Dime —dijo ella, expectante.

—Hay algo que debo hacer con mis amigos. Algo peligroso.

—Ujum —alcanzó a manifestar Sofía, con temor.

—Si no vuelvo a verte, por la razón que sea, quiero que sepas que eres la mujer más hermosa y fascinante que he conocido y que te agradezco por haber sido mi amiga.

Los ojos de Sofía empezaron a brillar, como si las lágrimas estuvieran a punto de caer de ellos.

—Pero, si vuelvo —continuó Willy—, y te prometo que lo haré, ¿te gustaría salir conmigo a comer o tomar algo?

Sofía rió.

—Claro —dijo, sonrojada, secándose las lágrimas.

Entonces apareció Julián.

—Willy, ¿por qué no nos despertaste? —le preguntó Julián.
—Me acabo de levantar, hermano—respondió.
—Les voy a servir el desayuno —dijo Sofía.
—Yo te ayudo —agregó Willy.

***

Después de que los tres desayunaron, Lucas apareció y se ofreció para llevarlos hasta el portal. Minutos después iban los cuatro en una camioneta vieja, en plena mañana de un cielo azul y despejado. Lucas había encendido la radio para escuchar las noticias. El anuncio de la muerte de Testino causaba controversia en el país entero. La falta de información sobre su muerte y la ausencia del cuerpo provocaban las acusaciones más audaces de algunos periodistas, quienes denunciaban los nexos de Testino con el mismo cuerpo policial y miembros de la clase política. Las redes de tráfico ilegales se extendían más allá de las fronteras de la capital y del país mismo. En la mente de Willy volvían a resonar las palabras escuchadas en el sueño, mucho cacique y poco indio. Finalmente, tiempo después, Lucas los dejó cerca del portal, en pleno Distrito 33.

Ninguno de los tres conocía realmente el distrito, ninguno lo había recorrido, únicamente atravesado, de paso, cuando salían de la capital por el sur. Acaso debido a esta razón se encontraban desorientados en el pequeño parque donde se bajaron. Buscaron un banco para sentarse y observar los mapas que habían impreso del distrito. ¿Dónde empezar a buscar? No sabían si buscaban un apartamento, una tienda, una casa, un banco, no sabían nada. Miraron a su alrededor: había gente que caminaba, otros abrían sus tiendas, algunos niños jugaban en el parque. Parecía ser un día normal como cualquier otro. A lo lejos, podían escuchar la voz de un predicador. Julián miró el mapa. Cerca se encontraba la plaza principal del distrito. A falta de mejor opción, comenzaron a caminar hacia la plaza.

A medida que se acercaban, la voz del predicador se volvía más clara, sus palabras se hacían inteligibles. Al llegar a la plaza podían ver al hombre frente a una iglesia, hablando sobre el arrepentimiento, el perdón y la justicia, ante una audiencia casi inexistente. En una de las esquinas jugaba una niña con un cometín, aprovechando la brisa fuerte de la mañana que se movía por la plaza. La niña continuó por una de las calles, acudiendo al llamado de su madre. Instintivamente, Alejandra comenzó a caminar en esa dirección. Cuando se percataron de que su compañera caminaba, Willy y Julián siguieron tras ella.

Al llegar a la esquina, Alejandra miró a la niña hablar con quien parecía ser su madre, una mujer que llevaba a espalda un bebé, envuelto en una manta. Tenían rasgos indígenas. Alejandra se acercó a ella y le mostró la imagen del rostro. La señora comenzó a hablarle en una lengua que no conocía, mostrándole con señas que debía caminar más y en algún momento cruzar a la izquierda. Y así lo hicieron los tres. En cada esquina se detenían un momento a observar la calle perpendicular, buscando alguna señal, alguna indicación. Tras varias cuadras, vieron a su izquierda un edificio abandonado que tras un amplio portón abierto, dejaba ver un patio interno con pequeñas tiendas adentro. Al acercarse a la entrada, un olor muy fuerte y desagradable los perturbó. Al terminar de entrar pudieron percatarse de que se trataba de un viejo mercado popular, que por alguna razón había dejado de funcionar. Willy comenzó a observar las tiendas. La mayoría tenían nombres indígenas, el cacique tal, el cacique cual. Otra vez, recordó las palabras de su madre en el sueño. Fue entonces cuando miró una tienda que solo se llamaba “El Indio”. Se acercó inmediatamente para inspeccionar la entrada. El aviso con el nombre era de lo más simple y no añadía más nada. La persiana de seguridad tampoco revelaba nada en particular. Sin embargo, en el suelo, justo en frente de la entrada, halló lo que estaba buscando.

—¡Muchachos! —gritó Willy a sus compañeros.

Cuando Alejandra y Julián llegaron, pudieron observar el símbolo del rostro en el suelo. Era pequeño y quien no pusiera cuidado seguramente ni se daría cuenta de su presencia.

—Tiene que ser aquí —dijo Julián.

A diferencia de las otras, la persiana de seguridad de la tienda no se veía tan vieja. Parecía que había tenido años de uso, claro. Pero no tantos como las persianas o rejas de las otras, que ya habían perdido el color y estaban completamente cubiertas de óxido. Además, tenía candados en buen estado. Si en efecto este era el lugar, Testino había sido muy astuto en elegirlo. Acaso podría estar vinculado a él desde años atrás. No obstante, quedaba por resolver algo elemental. ¿Cómo entrarían?

—Debería haber algún tipo de acceso por otro lado —dijo Alejandra.

Willy asintió y les mencionó que la tienda de su papá lo tenía. Ya que la tienda quedaba en la cara del edificio que daba hacia la siguiente calle perpendicular, decidieron revisar la fachada que daba a la otra calle, para buscar alguna puerta al edificio mismo. De hecho la encontraron y, por fortuna, no tenía puerta.

Al entrar, les impresionó el grado de abandono del edificio. Las paredes estaban peladas, con trozos caídos. Muchas de las paredes traseras de las tiendas estaban casi completamente derribadas. Desde afuera, se podía ver que el edificio estaba abandonado, pero la inspección interna lo revelaba en ruinas. Sin embargo, no era el único en el sur que se encontraba en estas condiciones. Muchas veces los desplazados por la guerra y los habitantes de la calle los usaban como refugio. Cuando llegaron a la tienda encontraron la misma persiana y los mismos candados. Se miraron. Julián sugirió subir al segundo piso, quizá podrían encontrar una manera de acceder, acaso una parte del suelo de la segunda planta se hubiera derrumbado, dándoles un espacio para pasar.

Comenzaron a subir las escaleras y les volvió a penetrar el olor fétido. Aceleraron el paso para huir de semejante olor y al llegar al pasillo advirtieron que uno de los muros parecía tener dibujos hechos por un niño, pero parecían recientes. Continuaron caminando en dirección al apartamento que se encontraba por encima de la tienda. Pudieron entrar fácilmente porque no tenía puerta. Adentro solo había escombros, trozos de vidrio que alguna vez fueron parte de las ventanas y manchones de fogatas en el suelo. No consiguieron nada. Sin embargo, cuando se disponían a salir, frente a la entrada había una puerta. Cuando la abrieron observaron que había un conducto de basura, otro de ventilación, así como llaves de tuberías y controles del sistema de corriente. Tanto el conducto de basura como el de ventilación tenían que llegar hasta la tienda. El problema residía en qué tan amplios eran los conductos como para que alguien pudiera pasar. Luego también existía el riesgo que los conductos no soportaran el peso. De todas maneras, Julián abrió la tapa del conducto de basura. Cuando lo hizo Alejandra dio un grito de susto al ver que ratas y cucarachas salían de allí. Willy se asomó por la rejilla del conducto de ventilación: no se veía en mejor estado.

Alejandra sintió náuseas y salió al pasillo. Empezó a hacer respiraciones profundas para hacer desaparecer la sensación. Miró hacia el fondo del pasillo y le pareció ver una especie de sombra que rápidamente se esfumó. Intrigada, comenzó a caminar lentamente hacia el fondo del pasillo. A medida que pasaba los apartamentos, echaba un vistazo al interior, alerta. En uno vio juguetes o pedazos de juguetes, regados. En otro vio ropa que colgaba de cuerdas. Volteó a mirar a sus compañeros, quienes comenzaban a caminar en su dirección. Ella les hizo una seña de que no hicieran ruido. Al llegar al fondo del pasillo, empezó a entrar en el último apartamento. Tampoco tenía puertas y sus ventanas no tenían vidrios. En la sala vio una suerte de estufa, improvisada con ladrillos y una rejilla sobre ellos. Encima de la rejilla había una olla pequeña. Seguramente había sido recogida de la basura. Alejandra se fue acercando a la entrada de la habitación. A medida que lo hacía, comenzaba a ver los pies descalzos y sucios de una mujer, acaso de la misma edad que ella, que en una mano sostenía un trozo de vidrio apuntando hacia Alejandra y, con la otra, resguardaba a una niña que se

protegía detrás de ella. La mujer y la niña tenían rasgos indígenas, como las que habían visto en la calle hacía poco, y le hablaban en la misma lengua extraña, con tono amenazante. En su cuello, a manera de collar, alcanzó a ver una cuerda larga. No podía ver lo que colgaba de ella, porque se perdía en la ropa. Pero más arriba, cercano al cuello de la mujer, prendía una figura muy parecida el símbolo indígena.

Alejandra subió sus manos, en señal de que no les haría daño. Se fue agachando lentamente, sosteniéndose sobre una de sus rodillas. Con calma, se retiró el morral de la espalda y lo colocó sobre su muslo, abriéndolo lentamente. Entonces comenzó a sacar unas frutas que Sofía le había dado, antes de que salieran. Una manzana, un par de naranjas y unos bananos. Los dejó en el suelo y retrocedió unos pasos. Atrás de ella ya llegaban Julián y Willy. La mujer bajó lentamente la mano y con temor recogió las frutas. La niña comía la manzana. Alejandra luego empezó a buscar algo en el bolso de Willy. Sacó el papel que tenía el símbolo.

—¿Has entrado a la tienda que tiene esto? —le preguntó Alejandra a la mujer, mientras señalaba el papel.

Entonces la mujer se sacó la cuerda del cuello. Tenía una llave. La mujer se acercó a Alejandra y se la entregó.

—David —fue lo único que dijo la mujer cuando lo hizo.

Al subir la persiana en la entrada del pasillo, pudieron notar que la puerta de acceso estaba intacta. Y estaba abierta. La tiendita debió ser de aquellas que venden un poco de todo, pero sobre todo comida y bebida. En todo caso, ya nada quedaba. Si estuvo provisionada, seguramente la mujer y la niña consumieron lo que había. Bajo la caja registradora, Julián observó una caja de seguridad. Se agachó un poco para detallar la cerradura. Era pequeña y encima tenía pintado con marcador el símbolo.

—Creo que lo logramos —dijo Julián, mientras sacaba la caja y la ponía sobre el mostrador. En seguida, Alejandra y Willy se acercaron.

Julián sacó la llave. Su mano temblaba un poco. Sus corazones comenzaban a latir fuertemente. Tratando de calmarse, Julián respiró profundo y fue introduciendo la llave.

—Bueno, este es el momento —dijo—. Es todo o nada.

Giró con firmeza la llave y pasó. Los tres se miraron, sonriendo. Julián retiró la tapa y los tres se asomaron para ver su contenido.

Había un cuaderno y, encima de este, un *pendrive*. Alejandra los guardó en su morral. Salieron de la tienda, cerraron la persiana y subieron al segundo piso. Al fondo del pasillo podían ver a la mujer y la niña. La mujer parecía estar susurrando algo, mientras le hacía un gesto a Alejandra para que se acercara. Cuando llegó hasta ella y le entregó la llave, la mujer señaló en dirección al patio central del edificio. A lo lejos podía ver al guardaespaldas de Dorrs y a dos sujetos más, inspeccionando las tiendas del otro lado.

—Tenemos que irnos —dijo ella, cuando volvió hasta sus compañeros—. Y ya. El vaquero está aquí.

Bajaron rápidamente hasta la planta baja y salieron del edificio. En la calle, sin decirse nada, los tres pensaron en lo mismo.

¿A dónde irían ahora?

## CAPÍTULO XIII

Alejandra recordó que en el puerto del sur había transbordadores que los podían llevar a los puertos respectivos del centro o el norte de la ciudad. Como no estaban muy lejos del puerto, estuvieron de acuerdo con la idea. Antes de entrar en el trasbordador, decidieron colocarse los implementos de la noche anterior, por si acaso. Alejandra se puso el sombrero, Julián el afro y Willy la cachucha. Esta vez, los tres llevaban gafas oscuras. Al entrar e inspeccionar el transporte, vieron un banco disponible en uno de los pasillos al aire libre del trasbordador. Se sentaron.

—¿Y ahora qué? —les preguntó Alejandra.

—Tenemos que ver lo que hay en el cuaderno y el *pendrive* —dijo Julián.

—Sí, pero ¿dónde? —volvió a decir ella— ¿En la calle? ¿Deberíamos volver con Lucas?

—Lo voy a llamar —intervino Willy—. Mientras, podemos aprovechar que tengo mi portátil aquí para hacer una copia del contenido del *pendrive*.

—Está bien —dijo Alejandra, mientras lo sacaba y se lo entregaba.

Willy tomó su portátil, la abrió y conectó el dispositivo. Luego tomó su celular y llamó a Lucas, mientras iniciaba el proceso de respaldo de la información del dispositivo. Julián se había levantado para ir al baño y Alejandra sacó el cuaderno para hojearlo.

La letra de Testino era, por momentos, incomprensible. Había frases sueltas, listas de palabras, diagramas o garabatos que parecían diagramas, a veces había párrafos largos, notas, apuntes. El cuaderno estaba casi completamente escrito, a excepción de las hojas que nada más tenían una frase y unas cuantas más, al final del cuaderno. Le llamó la atención que, al menos a primera vista, no había escrito ni un solo número, ninguna cuenta, nada que tuviera que ver con algún tipo de contabilidad. Por eso, luego de esa primera inspección general, Alejandra decidió volver a las primeras páginas, para enfocarse en el contenido.

La primera página tenía unos dibujos. Era el símbolo indígena. ¿Quizá los dibujos eran anteriores al tatuaje? Luego, Alejandra se percató de que en la contrasolapa había una frase escrita. Parecía decir: *las fuerzas del bien, buscando establecer orden y balance en las cosas, el mundo, el universo, pero el universo pudiera ser un libro o una idea*. A medida que veía bien las páginas, se daba cuenta de que todo iba en el mismo tono. Todo parecía indicar que el cuaderno era un reservorio de los pensamientos e inquietudes de Testino. En las páginas principales se podía leer: *he elegido el mal y lo sigo eligiendo, aún sabiendo que pudiera servir a un bien superior, aún cuando puedo hacer caer a todos los corruptos y reír de último*. Y más adelante: *el poder es control, por eso, cuando se tiene mucho poder no se lo puede soltar sin antes aceptar algún tipo de muerte*.

Alejandra cerró el cuaderno un momento y dirigió su mirada al frente, al mar que se perdía en el horizonte, donde los azules del agua y el aire se confundían. El cielo seguía despejado y el sol ya casi en su cenit. Entonces Julián apareció otra vez y se volvió a sentar con ellos.

—¿Y bien? —preguntó él— ¿Qué hay del cuaderno?

—Es muy extraño —dijo Alejandra, mientras se lo entregaba—, pero parece que Testino tenía algo de escritor en él.

—¿Es un diario? —preguntó Julián, extrañado, mientras lo abría.

—No exactamente —respondía ella—. No está fechado ni cuenta su día a día. Son como pensamientos, reflexiones, no sé ni cómo llamarlos, en verdad estoy confundida.

*Quizá* —leía Julián en el cuaderno—*pueda crear una versión de mí que sea capaz de renunciar al poder que realmente tengo y que solo irá creciendo, porque conozco las debilidades de aquellos con quienes trabajo. Sé cuál es su precio, sé cuál es la secuencia de palabras que podría destruirlos, incluso de los que están por encima de mí…*

Julián miró a Alejandra con una expresión de incomprensión. Ella se limitó a asentir, como reconociendo esa misma incomprensión, como diciéndole que era exactamente lo mismo que ese cuaderno producía en ella.

—Creo que lo mejor —irrumpió Willy— es que no volvamos con Lucas. Me dice que la policía pasó por su casa, preguntando por nosotros y que está casi seguro de que los están vigilando.

—¿Sofía está bien? —preguntó Alejandra.

—Sí —dijo el grandulón, sonriendo, aliviado—. Sofía está bien.

—¿Qué opinan? —intervino Julián— ¿Qué haremos entonces?

***

Tres horas más tarde, los tres se encontraban en el Distrito 19, al noreste de la ciudad. Durante casi todo el tiempo de la travesía estuvieron discutiendo sobre cuáles serían los siguientes pasos. Era un asunto delicado y sus vidas dependían de lo que harían en las próximas horas. Contando con que no ocurriera nada en el transcurrir de las horas.

Primero repasaron las opciones más obvias. Ir a la policía, ir a la sede de algún medio televisivo, pedir refugio en alguna embajada o solicitar la ayuda de una ONG. También pensaron recurrir a algún ministerio o, mejor, a algún político de oposición. Pero todas estas opciones presentaban el mismo problema. Después de hacer un respaldo de lo que había en el *pendrive*, Willy alcanzó a revisar muy someramente los contenidos. Sabía que había muchos, muchísimos nombres, había números de cuentas bancarias, números de contactos, montos de dinero, había cuentas, había nombres de empresas y largas listas de ciudadanos ordenadas por número de identificación. Es decir, el tipo de cosas que Alejandra esperaba encontrar en el cuaderno. Y eso es solo lo que Willy revisó por encima, en la superficie. Todavía quedaban muchos documentos por revisar. El argumento de Willy era que, hasta que no revisaran con mayor atención los documentos, no sabrían con quién podía contar, sin importar la institución de la que formara parte.

Ahora bien, para lograr conocer más sobre los datos que tenían en su posesión, iban a necesitar algo de tiempo y, también, un lugar, un espacio particular, donde nadie los molestara y donde supieran que estarían relativamente a salvo del vaquero de Dorrs. Ya sabían que no podían recurrir a Lucas, muy a pesar de todos, especialmente de Willy, que no veía el momento de salir con Sofía. Ninguno de los tres pudo pensar en algún otro amigo de suma confianza. Además, probablemente ya estaban siendo vigilados, esperando a que ellos los contactaran. Luego pensaron en lugares públicos. La universidad había que descartarla por ser una opción muy obvia. Alguna sala de juegos o computadoras podía ser, pero todavía era riesgoso. Willy sugirió ir al hospital, a la boca del lobo. Y aunque a Julián y Alejandra no les pareció tan descabellada la idea, les parecía que no era el momento. Tendrían que pasar mucho tiempo allá sin ser reconocidos, lo cual sería muy difícil.

Irónicamente, la solución apareció primero como un chiste. Ofuscada de tanto considerar opciones, llegó un momento en que el alma de Alejandra se oscureció y no veía más que fracaso y perdición, imaginándose ya muerta, su cuerpo desaparecido y su honra, por la que tan duro había trabajado durante toda su vida, perdida para siempre entre las mentiras de Richard Dorrs.

—Mejor vámonos a un bar de *strippers* y bebamos hasta morir —fue lo que dijo Alejandra en ese momento.

Curiosamente, la reacción inmediata de los tres fue reírse a carcajadas hasta la privación, hasta las lágrimas, hasta ese rezago de tos que suele quedar al final de un ataque intenso de risa.

—Y les puedo apostar —dijo Julián entonces— que lo haríamos tranquilamente, ¿quién se pondría a buscarnos en el Distrito 19?

En lo que se terminaron de decir esas palabras, el semblante de los tres cambió completamente. Ahora era de una seriedad solo comparable a los que trabajan en vacunas contra enfermedades mortales.

Así fue que terminaron en el Distrito 19.

***

Nuevamente, se encontraban los tres en un motel, pero esta vez justo al lado de un bar de *strippers*. Cuando la recepcionista le entregó la llave a Alejandra, al ver que eran tres los que entraban, sonrió diciéndole "diviértete, nena".

Llegaron a la habitación y ella abrió la puerta. Al entrar, buscó el interruptor de la luz, mientras los otros se acomodaban. Había tres interruptores juntos. Subió el primero y una luz roja iluminó el cuarto. Lo volvió a apagar. Subió el siguiente y empezó a sonar una radio, en la emisora de canciones románticas. Después de quejarse, Alejandra bajó el interruptor y se dirigió al tercero. Al fin, luz normal. El cuarto tenía un baño, televisor, espejos por todos lados y una cama amplia.

—Pues, está hecho para lo que está hecho —dijo Willy.

En una pequeña mesa, Willy colocó su portátil y la conectó al cargador. La abrió y sin perder más tiempo empezó a revisar los archivos. Primero empezó con los archivos que ya había visto someramente. La lista que había visto de cuentas bancarias no era de personas naturales. Era de empresas. Willy leyó los nombres de varias de estas en voz alta, en caso de que Julián o Alejandra reconocieran alguna. Sin embargo, ninguno había escuchado mencionar ninguno de esos nombres, nunca. Esto los llevaba a suponer que eran empresas fantasma, creadas para lavar dinero y evadir impuestos. El segundo archivo que revisó tenía una lista de nombres completos con todos sus datos: números de identificación, direcciones domiciliarias, empresa y trabajo que desempeñan, números de contacto, correos electrónicos. Entre los nombres, pudieron reconocer empresarios poderosos, algunos médicos reconocidos, magistrados de la república, dueños de canales de televisión y prensa, algunos periodistas, fabricantes de armas, figuras del alto mando policial y militar, algunas figuras políticas y unas pocas de la farándula. Esta lista les daba un panorama abismal de la situación, lo profundo que penetraba la red en la trama social del país. Sin embargo, también les daba una idea del rango de acción que los tres tenían. El siguiente archivo que revisó también contenía una lista de nombres con todos sus datos e información de contacto. Era muchísimo más larga que la anterior, pero no reconocieron ningún nombre. Sin embargo, a juzgar por las direcciones, la lista cubría casi todo el territorio nacional. Debían de ser eslabones importantes, pero ubicados por debajo de Testino en la pirámide de poder.

Por último, Willy revisó un archivo liviano, identificado como "Por hacer". En el archivo había cinco nombres. Podía reconocer cuatro de ellos. El primero era Mario Cano, un activista campesino que había sido asesinado dos semanas atrás. El siguiente era Henry Correa, un periodista desaparecido días después de la muerte de Cano. La tercera fue reconocida por Julián y Alejandra. Era la doctora Cornelle.

—¿Cuál es el otro nombre, Willy? —preguntaba Alejandra.

Willy hacía sonidos, como buscando palabras.

—¿Y bien? —reiteró ella.

—El siguiente nombre es Alejandra Villalobos —dijo Willy.

—Mierda… —replicó Alejandra— Ya es como obvio que nos quieren matar a los tres, pero no sabía que me tenían en la mira desde hace días. ¿Quién es el otro?

—Eric Mann —dijo Willy.

—No me suena —dijo Julián.

Ninguna sabía quién era, pero estaban seguros de que no lo habían escuchado mencionar en las noticias, así que de pronto seguía vivo. Willy buscó más información.

—Es un agente federal. Al parecer ha estado tras la pista de Testino y sus cómplices, pero no ha tenido pruebas contundentes para arrestar a los implicados, por no mencionar que había sido incapaz de capturar a Testino.

—Ese es nuestro hombre —dijo Alejandra—. Él es quien nos puede ayudar.

—¿Podemos averiguar su dirección —preguntó Julián—, o contactarlo de alguna manera?

—Déjenme ver qué puedo hacer —respondió Willy.

El grandulón empezó entonces a teclear en su portátil.

—¿Tienen hambre o sed? —preguntó Alejandra.

—¡Ambas! —gritó Willy.

—Yo te acompaño —dijo Julián.

En seguida, los dos salieron de la habitación.

—¿No te has preguntado —comenzó a decir Alejandra— si Dorrs buscaba lo mismo que nosotros? ¿Él sabrá que tenemos toda esta información?

—Pues —respondía Julián—, no creo que el vaquero llegara al portal del sur a buscarnos a nosotros solamente. Creo que Testino planeaba delatarlos y Dorrs es demasiado astuto como para creer que Testino no tendría un soporte de todos los negocios que hacía.

Ya terminaban de bajar por las escaleras cuando Julián se percató de que olvidaba su billetera.

—¡Vamos, Julián! —dijo.

—¿Qué sucede? —preguntó Alejandra.

—Olvidé mi billetera.

—Al frente hay una tienda, te espero ahí —dijo ella, adelantándose.

Apenas terminaba de subir las escaleras, Julián escuchó a su compañera gritar. Volvió a bajar velozmente y salió del motel.

—¡Julián! —gritaba Alejandra, mientras trataba de librarse de dos hombres que la metían en una van.

El conductor se asomó por la ventana, estiró su brazo apuntando un arma y comenzó a disparar. Julián se tiró al suelo y trató de resguardarse tras unos pipotes de basura. Luego escuchó rechinar los cauchos de la van. Al levantarse, el vehículo se alejaba con velocidad. Empezó a correr.

—¡No! —gritaba mientras iba corriendo— ¡Alejandra!

La van cruzó por una calle y se perdió. Julián cayó de rodillas al suelo, derrotado, maldiciendo a Dorrs. Después de un momento, escuchó su celular timbrando. Lo sacó inmediatamente y miró la pantalla. Era del Hospital General.

—Julián querido —decía la voz por el auricular—, no te imaginas lo mucho que me alegra que me hayas contestado.

—Deja los rodeos, maldito —dijo Julián—. ¡Sé quién eres, sé que fue por orden tuya que se llevaron a Alejandra!

—Oh, la brillante doctora Villalobos. Créeme, me da mucha pena hacer pasar por estas cosas a una de las doctoras más jóvenes y prometedoras. Pero, a veces, situaciones extremas requieren medidas extremas.

—Ni se te ocurra hacerle daño. Te juro que si le tocas un solo…

—Escúchame bien, niño —interrumpió Dorrs, cambiando su tono completamente—. Si aún siguen vivos ustedes tres es solo porque yo lo he permitido. Solo necesito decir una palabra para hacerlos desaparecer, así de pequeño es el esfuerzo que debo hacer. ¿Me entiendes?

—…

—La única razón por la que los dejé recorrer la ciudad fue para que consiguieran algo en particular. Ahora, ustedes tienen ese algo y yo acabo de obtener algo que tú deseas. Creo que la solución se desprende por sí sola.

—¿Dónde?

—Ven al hospital. Solo. Trae el *pendrive*, trae todos los respaldos que hayan hecho de la información, incluyendo la portátil de tu amigo. Aquí estaré yo.

Por el auricular, Julián escuchaba ahora solamente el tono de llamada terminada.

## CAPÍTULO XIV

A diferencia de la noche anterior, esta vez el cielo estaba despejado. Algunas estrellas alcanzaban a asomarse. Entre ellas, Alnitak, Alnilam y Mintaka, más conocidas por la mayoría de los mortales como Las Tres Marías, o Los Tres Reyes Magos, o también como El Cinturón de Orión. Aunque Willy prefería los nombres de origen árabe, cada vez que las veía no pensaba en esos nombres. Al menos, no a primeras. Pensaba más bien en sus padres y en aquella ocasión que lo llevaron por primera vez a acampar de noche. La impresión que causó sobre él el cielo nocturno, lleno de estrellas, nunca se borraría de su memoria. También fue la primera vez que reconoció esas tres estrellas.

—Son tres estrellas —le dijo su madre—. Tres. Como nosotros, que somos tres también. La más grande es tu padre y la más pequeña eres tú.

Cada vez que las podía ver, sonreía con ese recuerdo, como lo hace ahora, mientras va en un taxi para ir al encuentro de Eric Mann. Acababa de dar con un número de teléfono cuando llegó Julián a la habitación, alterado, explicándole lo que había pasado con Alejandra. No quedaba mucho por pensar y hacer. Julián debía ir a donde tenía que ir, con todo lo que Dorrs le había pedido. Pero Willy no podía resignarse y ya. Había logrado hablar con el agente federal, explicándole la situación reciente, y pronto se encontrarían. Afortunadamente, se encontraba un poco más al norte del Distrito 19 y no tardaría más de veinte minutos en llegar al lugar acordado. Willy le había explicado que muy probablemente lo estarían vigilando, así que había que hacerlo todo de manera muy disimulada. Mann le propuso un plan interesante.

Todavía le costaba creer que el hombre al que habían estado buscando, resultaba ser el mismo que había sido responsable por la muerte del viejo William. Después de todo, Testino había logrado su cometido. Controlar la ciudad. Sin duda había otros con más poder económico, financiero, político… Pero, en el fondo, quien realmente podía mover todas las cuerdas, la persona de quién más dependía el sistema, o mejor dicho, el parasistema, era Testino. Él era el verdadero director tras el telón. Y sin embargo, ahora ni siquiera su cadáver se encontraba sobre la faz de la tierra. Lo que Willy no terminaba de entender era si Testino había muerto porque tenía planeado delatarlos o si, por el contrario, Dorrs había decidido eliminarlo, de manera inesperada para Testino, con el fin de hacerse con su poder. Lo que estaba claro era que, hasta hace solo días, ambos eran como las dos caras de una misma moneda. Y esto era un problema, porque parece difícil que dos personas puedan estar ocupando el mismo puesto, en una cadena despiadada donde se es o más o menos poderoso que alguien, pero nunca igual. Seguramente Testino hubiera hecho lo mismo con Dorrs, transcurrido el tiempo necesario.

Por otro lado, a pesar de que la situación se había tornado sumamente crítica, había algo que le daba esperanzas a Willy. Aun cuando Dorrs se esforzaba por mostrarse seguro, aun cuando parecía actuar fría y calculadamente, todo el asunto de la muerte de Testino se le estaba escapando de las manos. No solo la gente común y corriente, sino también personas influyentes empezaban a cuestionar los poderes que se habían instaurado después del acuerdo de paz y el cierre del conflicto armado, el caldo en el que las redes ilegales actuales se habían cocinado. Las denuncias de tráfico ilegal de órganos y cuerpos desaparecidos cada vez resonaban con mayor intensidad y se generalizaban en todo el país. Probablemente, Dorrs pensó que podría manejar fácilmente el trabajo de dos. Pero al parecer se había equivocado. A Willy se le antojaba como desesperada la acción de secuestrar a Alejandra. ¿Por qué simplemente no los mató a los tres y ya? Lo que quiere es asegurarse de tener todas las copias de los documentos de Testino. Si los mataba, nada le garantizaba que esa información no se hubiera reproducido y mandado a diversos lugares, todo ello sin que él tuviera manera de saber cuántas copias y a quiénes. La posesión de esa información les daba a ellos una ventaja

sobre Dorrs. Y la única manera de revertir esa situación era secuestrando a Alejandra. Pero en el fondo, Dorrs debe saber que eso no le garantiza completamente el control de esa información. Muy probablemente se encuentre planeando su escape en este momento, mientras espera a que Julián le lleve los archivos de Testino.

Willy se baja del taxi, justo a la entrada del parque de diversiones. Voltea a mirar al otro lado de la calle. Allí está la pizzería Bacco, justo como le dijo el agente. Mira a su alrededor. Gente entra y sale del parque, otros se encuentran en los puestos de comida cercanos a la entrada. Nada sospechoso. Aunque ya no puede estar completamente seguro de nada. De igual manera cruza la calle hacia la pizzería. Al entrar lo invade el olor seductor e inconfundible de la pizza. Puede distinguir pepperoni, orégano, aceitunas, la misma masa recién salida del horno. La satisfacción que le producen lo llena de valor para acometer la misión que le espera.

Había bastante gente en el lugar y, sin embargo, había una caja disponible para hacer su pedido. Willy se acercó.

—Buenas noches —dijo la chica en la caja—, bienvenido a Bacco, ¿me podría indicar su orden?

—Buenas noches —dijo Willy—. Voy a pedir la pizza especial de la noche.

La chica dejó de manipular la caja y lo volvió a mirar.

—Claro, señor Baralt —dijo, asintiendo—. Permítame un momento.

La chica se retiró. Willy esperó un momento y ella volvió a aparecer.

—Mi compañero lo ayudará con el pedido —dijo ella, inclinándose hacia Willy y señalando el pasillo de los baños, donde otro empleado lo miraba.

—Gracias —dijo.

Cuando Willy se acercaba a la entrada del pasillo, el empleado se adelantó para que lo siguiera. Al final de este había una puerta que decía "SOLO EMPLEADOS". El hombre sacó una llave, abrió la puerta y le dio paso a Willy. Era otro pasillo que daba hacia el estacionamiento particular de la pizzería, donde estaban las motos para entregas a domicilio y algunas vans, que usaban principalmente para el transporte de ingredientes. Una de estas vans, precisamente, se encontraba al final del pasillo.

—Listo para el domicilio hasta el hospital, grandulón —dijo el conductor.

—¿Tú eres Mann? —preguntó Willy.

La puerta corrediza de la van se abrió, mostrando a alguien. Willy alcanzaba a ver unos equipos y monitores.

—No. Tú eres Mann —corrigió Willy.

—Eres muy perspicaz, Willy —dijo el agente—. Puedes llamarme Eric.

—Se podría decir —admitió el grandulón.

—¿Cómo estamos? —preguntó el agente al hombre que venía con Willy.

—Bien. Nadie lo siguió —dijo él, mientras se dirigía a la puerta del copiloto.

—¿Vamos? —preguntó el agente a Willy.

Al subir, Willy pudo distinguir diversos equipos de monitoreo y computadoras. También había otras máquinas con las que podían camuflar su conexión a internet. Eran parecidas a las que tuvo en su casa. "Épico" era la palabra que le venía a la cabeza al ver lo que escondían las apariencias de la van y, también, al darse cuenta de la operación de la cual estaba formando parte.

—¿Trajiste la información? —preguntó Eric a Willy.

—Aquí está —respondió, sacando un dispositivo de su bolsillo.

Después de recibirlo, el agente se lo entregó al encargado de las máquinas para que analizara la información.

—Oficialmente —comenzó a decir Eric—, el caso está cerrado, por lo que, técnicamente, todos los que estamos en esta van estamos rompiendo unas cuantas leyes. Pero,

si tienes buena parte de la información que estoy pensando, tendremos suficientes pruebas para proceder y conservar nuestros trabajos. Bueno, en tu caso, Willy, lo suficiente para conservar tu libertad.

—Pues eso suena bien. Ya perdí mi apartamento y la mayoría de mis pocas posesiones en una explosión, ayer.

—¿La explosión del centro fue tu apartamento? —intervino el conductor.

—Sí, viejo, era el mío —confirmó.

—Por cierto —dijo el agente—, ese es Jota tras el volante, aquel es Marco y aquí atrás, ayudándome con los equipos, está Charly.

—Un placer, hermanos —dijo Willy.

—Jefe —dijo Charly—, esto es una mina de oro. Con lo que hay aquí podemos atrapar a los peces más grandes. Hay hasta grabaciones. Testino sabía lo que hacía.

—Excelente, Charly —replicó Mann—. Eso es precisamente lo que quería escuchar.

Willy entonces escuchó al agente comunicarse con algún compañero de la fuerza. No podía escuchar bien lo que decía, pero pedía apoyo de algún tipo. Luego se acercó a Charly para ver si podía ayudarlo.

—No en este momento —dijo.

—¿Estás tratando de ubicar un archivo? —le preguntó luego.

—Estoy tratando de mandar esta misma información a varios contactos que, sabemos, son seguros. Gente en los medios, en el Congreso, algunos políticos. Hay muchos que no querrían que nada de esto se hiciera público, como te podrás imaginar, por eso el jefe no le ha pedido apoyo a su jefe. No sabemos si es peligroso. Aunque no lo veo en los archivos. Cuanto antes se haga público esto, quedará claro que hicimos lo correcto.

El tiempo pasaba. Willy se preocupaba por sus amigos y su suerte. ¿Qué tal si cuando llegaban ya era muy tarde? En el peor de los casos, si los perdía, al menos no sería en vano. Al menos el mundo sabría quiénes eran los corruptos, y con suerte, varios de ellos caerían presos.

Después de rodar un rato en silencio, Willy vio como todos se empezaban a preparar.

—Yo subiré solo primero. En las circunstancias en las que estamos, es mejor no arriesgar más vidas.

—No. Yo voy también —dijo Willy.

—Grandulón… Yo entiendo que…

—No le estoy pidiendo permiso agente. Tiene todas las pruebas que necesita porque nosotros hemos arriesgado nuestras vidas, en estos últimos dos días, para encontrarlas. Y, créame, no fue fácil. Ahora, Julián y Alejandra, son la única familia que me queda, no tengo más nada. Quiero hacer todo lo posible para salvarlos.

El agente Mann se quedó mirándolo a los ojos, sorprendido.

—Muy bien, grandulón—dijo, lanzándole un chaleco antibalas— Pero vas a usar esto. Y vas a hacer seguir mis órdenes al pie de la letra.

—Sí, señor —dijo Willy.

—Charly, ¿tenemos vía de acceso?

—Sí, jefe —respondió Charly—. La oficina del director se encuentra en la última planta del edificio central. Hay un ascensor de aseo que sube directamente. Pero para llegar hay que acceder desde la parte trasera del edificio.

—Bien —retomó Mann—, cambio de planes. Jota y Marco, necesito que ustedes revisen otras zonas clave del hospital. Charly, indícales.

Mientras tanto, Willy trataba de ponerse el chaleco antibalas y, por primera vez, deseó no ser tan grande.

Al llegar, los primeros en bajarse fueron Mann y Willy. Los otros se encargaron de distraer a los guardias mientras ellos se escabullían a la parte de atrás del hospital. La parte de

atrás era la sección donde se manejaban la llegada de implementos de diverso tipo: medicinas, comida, equipos médicos, entre otros. Llegaron al edificio central y pudieron observar la entrada a la que se refería Charly. Al entrar, habían ciertos miembros del personal de aseo trabajando. Mann les mostró su identificación de agente y les pidió su colaboración. Una señora, llamada Clara, les indicó el ascensor que buscaban.

—¿Esto tiene que ver con el doctor Torres? —preguntó la señora.

Impresionados, ambos le respondieron afirmativamente.

—Entonces van al lugar correcto —fue lo último que les dijo, antes que se cerraran las puertas del ascensor.

Al llegar a la última planta, Mann fue el primero en salir. Avanzó varios pasos antes de indicarle a Willy que saliera también, pero que se quedara ahí mismo. En ese momento, ambos escucharon una puerta que se cerraba con fuerza. Mann se movió hasta la esquina y empezó a asomarse hacia el pasillo desde donde vino el sonido. En el pasillo solo había dos puertas y únicamente podía ver la que estaba en la pared de enfrente. Luego vio que esa puerta se empezaba a abrir y se volvió a esconder. Otra vez escucharon una puerta cerrarse fuertemente. Mann, que estaba más cerca, escuchó también unos pasos que parecían entrar por la otra puerta, al frente. Debía de estar abierta ya que no escuchó la puerta en sí. Entonces se volvió a asomar. No vio a nadie.

Willy notó que, con un movimiento rápido, el agente se había colocado a la entrada del pasillo, en la pared opuesta. Luego advirtió que le hacía otra señal de que permaneciera en el mismo lugar y lo vio desaparecer, adentrándose en el pasillo, apuntando su arma. Willy no pudo soportar la intriga y lentamente comenzó a moverse a la esquina del pasillo. Cuando llegó, lentamente se fue asomando, tal como lo hizo el agente. A lo largo del pasillo solo podía ver dos puertas, una frente a otra, y la que quedaba justo enfrente estaba cerrada.

Luego escuchó unos disparos.

## CAPÍTULO XV

El sonido del río que pasa. El cuerpito está sumergido en agua que no está ni fría ni caliente. Su madre la sostiene, lavando su cabello, cantando. Su voz es dulce como la miel, refrescante como la brisa en verano, su voz es un hogar, un abrazo.

La misma voz canta, pero ahora la lleva en su espalda. Puede sentir la luz del sol en su carita, dándole calor, como si la acariciara. El campo es verde y extenso, los colores son muy vivos. Ahora su padre la toma y la carga, mientras su madre lo abraza. Papá. Mamá. Alejandra.

Ahora siente ardor en su cara y en sus brazos. Siente miedo. Llora. Frente a ella, su papá grita con su mamá en brazos. Sus gritos son cada vez más intolerables.

—¡No! —grita Alejandra.

Abre los ojos. Se encuentra frente a un gran ventanal. Puede ver el centro de la ciudad. Siente una presión sobre sus brazos y piernas. Trata de moverse, pero no puede.

—¡Maldito! —grita nuevamente.

—Calma, doctora Villalobos —dijo Dorrs—. Nadie la puede escuchar. Quiero decir, nadie que la pueda ayudar.

—Eres un maldito cobarde —dijo ella.

—No es tanto cobardía, como sí inteligencia. Así es que hemos sobrevivido como especie. Así es que David le ganó a Goliat.

—David liberó a los suyos. Tú no has hecho más que esclavizar esta ciudad.

—Es la responsabilidad de cada hombre liberarse a sí mismo.

—¡Es la responsabilidad de cada ser humano el velar por sus hermanos!

Dorrs se abstuvo de responderle inmediatamente. Alejandra podía escuchar sus pasos a través de la oficina, a espaldas de ella, riéndose contenidamente.

—En verdad tiene una mente fascinante, doctora. Usted tiene algo, una chispa, lo que Schille llamaría una gracia, una bendición de los dioses. Ahora entiendo por qué el viejo Garibaldi lo tomó tanto afecto.

—No vuelvas a pronunciar su nombre. No eres ni la sombra de lo que fue el doctor Garibaldi. Ni siquiera cerca.

—Y he allí su problema, doctora. Le pone demasiados límites a su propia mente y eso hace que distorsione la realidad. La verdad es lo completamente opuesto. El viejo Luciano no es ni la sombra de mis zapatos y estoy seguro que nunca fue capaz de imaginarse teniendo todo el poder que yo poseo.

—¡Era un hombre de convicciones! ¡Un hombre que creía en dejar un mundo mejor del que le había tocado!

—Y otra vez con esas ideas inútiles. ¿No se da cuenta de todo lo que podría lograr si no se pusiera esos límites?

—Solo a través de los límites es posible la forma, señor Richard Dorrs.

Alejandra pudo escuchar los pasos del director acercándose.

—Doctor Richard Dorrs —dijo él.

—Señor Dorrs —dijo ella.

—¡Dije doctor! —gritó él, colocándosele al frente— Ambos somos doctores.

—No mereces llamarte así. Eres una desgracia para todos nos…

Alejandra recibió un bofetón que la tumbó de lado. Cuando cayó, sintió el amarre del brazo aflojarse.

—¿Ve lo que me obliga a hacer, doctora? —dijo Dorrs, mientras la levantaba— En verdad no deseo lastimarla. Solo quiero que me entreguen lo que les he pedido.

—No te saldrás con la tuya —dijo ella.

—Llevo años haciéndolo. Desde mucho antes de que empezara a estudiar medicina. No sabía por qué, pero desde la primera vez la vi, me resultaba terriblemente familiar. Pero no sabía de dónde. Primero pensé que, de pronto, la había visto en alguno de los eventos de beneficencia de mi esposa. Pero no era así. Luego pensé que quizá tus padres eran amigos de su familia. Pero cuando traté de averiguar al respecto, nadie sabía de dónde habías salido ni quiénes eran tus padres. Fue entonces cuando empecé a vislumbrar la razón. Son los ojos. Una de esas pocas cosas que no pierden vigencia por más que se las repita. Los ojos son la ventana del alma. Entonces recordé. Claro, habías crecido, pero eras la misma niña que lloraba en un pasillo de cuidados intensivos. Así fue que recordé a tu padre y entonces todo tuvo sentido.

—Maldito infeliz… No hables de mi padre. No te atrevas a hablar de él.

—Doctora —dijo, mientras se inclinaba hacia ella—, si le sirve de consuelo, su padre se encontraba en un estado irreversible de enfermedad renal. No había nada que se pudiera hacer por él. Bueno, un trasplante, claro está. Pero tal opción no era la mejor para el negocio. Menos todavía si consideramos que el resto de sus órganos estaban en buenas condiciones. Tuvimos que dejarlo morir...

El rostro de Dorrs se encontraba cerca del de ella. Fue entonces cuando soltó su brazo y cerró el puño. Acumuló toda la fuerza que pudo, canalizada a través de la ira que sentía por quien le hablaba de frente y golpeó su cara. Dorrs cayó hacia atrás, sentado, quejándose de dolor mientras se llevaba las manos a la nariz. Alejandra volteó a mirar el escritorio. Cerca había una botella de whisky. La tomó y con todas sus fuerzas golpeó nuevamente a Dorrs en la cabeza. Ahora él se encontraba tirado en el suelo, gimiendo. Rompió la botella sobre el escritorio y usó los picos para soltar el otro brazo. Cuando lo logró, Dorrs trataba de levantarse. Se le acababa el tiempo. Comenzó a soltar el amarre de uno de los tobillos. Dorrs ya se incorporaba. Tenía un tobillo suelto y comenzó a soltar el otro. Dorrs se abalanzó sobre ella. Cayeron al suelo y, con el impulso logró lanzarlo hacia atrás.

Alejandra se levantó y se acercó a él. Dorrs se estaba levantando. Le pateó la cara y él volvió a caer. La puerta de la oficina se abrió. Era el vaquero que venía corriendo hacia ella. Alejandra tomó la silla donde estaba amarrada y se la lanzó. El hombre se cubrió con los brazos, desviándola, momento que ella aprovechó para atacarlo de lado, pateando la parte lateral de su rodilla. El matón soltó un grito, perdiendo un poco el equilibrio y entonces Alejandra, que ya estaba a sus espaldas, pateó su cabeza, por un lado. Cuando vio que el tipo cayó al suelo delante de ella, se disponía a volver hacia Dorrs, pero alguien la sostuvo desde atrás. Instintivamente se volteó pasando su brazo por encima del que la sostenía, para aplicar una llave. Sin embargo, con desconcierto vio de nuevo el rostro del vaquero. Quizá fuera la perplejidad de la visión lo que la distrajo y evitó que se defendiera del golpe que le dio, derribándola en el suelo. Lo último que vio antes de perder el conocimiento, fue al vaquero ayudando al otro vaquero a levantarse.

Con razón, eran dos, fue lo último que pensó.

## CAPÍTULO XVI

Julián iba camino al hospital.

Nunca se había sentido tan preocupado como ahora. Ni siquiera cuando su padre estuvo convaleciente. Ni siquiera aquella vez que secuestraron a su hermana. De su familia, era ella a quien más afecto le tenía, sobre todo por los primeros recuerdos que tenía de ella, que siempre jugaba con él y le enseñaba cosas. Era mayor que él. Luego vino el colegio y la equitación y el ballet. Poco a poco fueron separándose y nunca llegarían a ser tan unidos. Por un lado, se sentía culpable por no haber estado más cercano a su familia. Pero por otro, sabía que la culpa era inútil. Sobre todo porque tenía claro que ese distanciamiento no lo había buscado él intencionalmente. Era parte de la dinámica que sus padres habían instaurado. Incluso parte de la misma relación entre ellos. Ahora entendía mejor el desapego general que tenía hacia las cosas. Desapego que muchas veces se transformaba en apatía.

Era ese mismo impulso el que lo llevaba ahora a arrepentirse de haberse embarcado en semejante tarea, hace solo un par de días. Había tenido otras opciones. Pudo haberse ido a otro sitio, vivir en otro país, otro continente. Es más, pudo haber cambiado completamente de vida, dedicarse a la música o estudiar cine. Eran dos cosas que siempre le habían gustado. ¿Pero qué le aseguraba que cualquier día en esa nueva vida, sin esperarlo, no volviera a aparecer ese aburrimiento, esa abulia, sentirse en el centro gris del abismo? ¿Qué le garantizaba que el desapego, que más bien era desarraigo, desaparecería? En realidad, esto último no lo había vuelto a sentir desde que empezó todo. Claro que el acecho incesante del peligro no le daba semejante oportunidad. No había tenido tiempo para calmarse y ver lo que pasaba. Sin embargo, esto pudiera ser completamente irrelevante. Pues el hecho era que ahora Julián sí sentía un arraigo, un apego, se interesaba por alguien y se preocupaba genuinamente por su bienestar. Y era ese alguien quien corría gran peligro en este momento.

La atracción que sentía hacia Alejandra le pareció evidente desde que la conoció. Pero muchas veces le había ocurrido que ese mismo sentimiento de atracción hacia alguien, que podía generarle tanto deseo, se esfumaba cuando empezaba a conocerla, dando lugar al desinterés y la decepción. Secretamente, era lo que pensaba que pasaría con Alejandra. En parte por ello mismo estaba tan ansioso por pasar un momento junto a ella, antes que todo esto empezara, como para ver qué sucedía. Así podía ahorrarse tiempo y salir de la decepción cuanto antes. A veces solo bastaban unos minutos para que esa sensación de aburrimiento apareciera. A veces horas, días, meses. Nunca años. No lo había experimentado todavía. Pero la realidad lo había superado, le había presentado un escenario que no se imaginó. Cada momento que había pasado con ella, durante estos días, solo lo deslumbraba más y más. No ocurría como con otras mujeres que daban una impresión de normalidad y que, en efecto, resultaban siendo completamente normales y tradicionales. Estas, no obstante, le parecían mil veces preferibles a aquellas otras que dan una impresión de misterio muy seductora, pero que luego no revelan más nada, solo son una fachada de misterio. Pero Alejandra se escapaba a todo esto. Era fuera de serie. Había algo de misterio, algo que provocaba mucho interés en la imagen que proyectaba, una gracia con respecto a ella. Y sin embargo, también mucho de seriedad y de reglas, sin duda. Pero he aquí que la persona terminaba siendo infinitamente más rica, más viva, palpitante, que lo que uno llegaba a imaginarse.

Y era primera vez que una persona le producía esa fascinación, ese interés y ese afecto. Con seguridad, en este momento, le daba un propósito, una certeza, cosas ambas que el dios impreciso se guardaba con mucho recelo. Y era la certeza de saber que había algo que él tenía que hacer y que solo él podía hacerlo. Claro que, en las presentes circunstancias, se trataba de una tarea muy concreta, difícil y peligrosa: rescatarla. Ahora que lo piensa, también tiene otra certeza: sería capaz de dar la vida por ella. Lo cual es otra forma de decir (por mucho que le

incomode admitirlo) que la ama, que siente amor por ella y que haría lo que fuera por estar con ella.

Quizá fuera ese amor lo que ahora desnudaba la ciudad ante sus ojos, causándole impresiones insospechadas, mientras va camino al hospital. Quizá sea por eso que siente esperanza al ver el cielo despejado que revela varias estrellas a través de la vasta extensión de la ciudad. Quizá sea por eso que se llena de valor al ver las personas que aún trabajan en la noche, contagiándose de su fuerza. Prácticamente, toda su vida había estado aislado del centro crudo y palpitante de la vida. Y ahora se encontraba inmerso, siguiendo su ritmo. Pero era un proceso que ya había empezado con las prácticas rurales, terminando la carrera y, luego, con la residencia en el hospital. En este momento parecía como si hubiera terminado de entrar, de acceder. Como si la primera etapa de un proceso iniciático hubiera terminado o estuviera a punto de terminar.

Ahora el autobús entra al centro de la ciudad. Mira sus calles, su gente. Todo lo aprecia como si fuera la primera vez que lo ve o, también, como si fuera la última. Ya los arrepentimientos se han desvanecido. Y las dudas, por igual. Lo que le queda es dejarlo ir todo, entregarse a la merced del mundo, del universo, acaso del dios impreciso. Pero en todo caso, a la merced de algo que sea más grande que Richard Dorrs y el poder que tiene. No hay plan B, no tiene un As bajo la manga. No posee las habilidades de pelea de Alejandra, ni los conocimientos de Willy. Lo único que tiene es lo que quiere Dorrs. A partir de ahí, el resto será improvisación. Una vez escuchó a un músico de jazz decir que en la improvisación nunca hay errores, porque no hay un plan predeterminado. No hay equivocación porque no tenía que ser de cierta forma particular. Ahora Julián solo reza al dios impreciso porque eso que le escuchó al músico, de alguna forma inesperada y desconocida por él, pueda acudir en su ayuda.

***

Julián llega por fin al hospital. Lleva puesta la cachucha de Willy y unas gafas oscuras para tratar de ocultar su rostro. No es la noche más movida en el hospital. Con todo lo que está ocurriendo en la ciudad, oculto a los ojos del ciudadano común, la tranquilidad del hospital no puede dejar de parecerle sospechosa.

Julián camina hacia el pabellón central, en cuya última planta está el despacho del director. Cuando llega a los ascensores, una mujer del aseo parece reconocerlo y se le acerca.

—¿Doctor Torres? —le dice.

—Clara... —dice Julián, sin saber qué hacer.

—¿Es verdad lo que dicen de usted y la doctora Villalobos?

—Por supuesto que no, Clara —respondió—. Es el director el que está detrás de todo.

—Doctor, mucho ha sucedido en estos últimos días. No se imagina. Han renunciado muchísimas personas, corren los rumores más disparatados. La doctora Cornelle fue encontrada muerta.

—Sí. Nos enteramos…

—¿O sea que la doctora está con usted?

—Dorrs la ha secuestrado. No sé dónde está.

—Dios santo… —dijo la señora, persignándose.

—Señora Clara, sea como sea, todo terminará esta noche.

La señora lo miró, con temor, no de él, sino por lo que podría sucederle.

—Vaya a su casa lo antes que pueda —dijo Julián—. Asegúrese de reunir a su familia.

—Que mi Dios bendito lo acompañe, doctor —le respondió—. Permiso.

La señora se retiró. Julián pensó que sin duda necesitaría la bendición de un dios, preciso o impreciso. También pensó que si lo que le había dicho Clara era cierto, Dorrs debía estar más desesperado de lo que aparentaba. La situación se le estaba yendo de las manos.

Momentos después llegó el ascensor. Julián entró y pulsó el botón de la última planta. Mientras subía, ensayaba mentalmente posibles escenarios, buscaba posibilidades de volver la situación a su favor. Pero nada concreto aparecía en su mente, solo la imagen de Alejandra encerrada en algún lugar, sufriendo, corriendo peligro.

Al abrirse las puertas, Julián fue directo al despacho del director, resueltamente, sin más vacilaciones. Al llegar al pasillo anterior, pudo ver que la puerta de la sala de espera estaba abierta. Se acercó con precaución, hasta que se percató de que lo mismo ocurría con la puerta del despacho. Al asomarse al interior del despacho, vio a Alejandra en el suelo, boca abajo, frente al escritorio de Dorrs quien, como siempre, miraba por el ventanal. Al lado de Alejandra, de espaldas, estaba el vaquero, acomodándose la ropa, como si se acabara de levantar.

—¡Alejandra! —gritó Julián, corriendo a verla.

Sin embargo, al cruzar la puerta, sintió un golpe devastador en el estómago que lo derribó al suelo. Mientras se retorcía de dolor, trató de mirar hacia arriba. Vio al vaquero, duplicado en otro exactamente igual, ambos rostros de la muerte mirándolo desde arriba. Julián cerró los ojos, perplejo, mientras tosía y botaba saliva por la boca. Los volvió a abrir.

—Sí —dijo uno.

—Somos dos —dijo el otro.

Uno de ellos lo levantó mientras el otro le quitaba el morral. Luego, el mismo que lo sostenía lo golpeó en la cara y volvió a caer al suelo. Gimiendo del dolor, se arrastró por el suelo, como pudo, para llegar hasta Alejandra. Cuando lo hizo, la volteó para mirarla. Tenía un ojo morado y sangre en el rostro. Había sangrado por la nariz y tenía roto el labio superior, que estaba algo hinchado. Sin embargo, respiraba, tenía pulso, estaba viva. Luego, sintió una mano que tomaba uno de sus tobillos y empezaba a arrastrarlo nuevamente, alejándolo de ella. Por último lo sentaron en una silla.

—Julián —decía Dorrs, aún mirando por el ventanal—. Querido Julián… Me da mucho gusto tenerte de nuevo en mi oficina, sobre todo en las presentes circunstancias. Para ser sincero, debo decir que hubiera preferido que fueran otras las condiciones de nuestro encuentro. Pero las cosas son lo que son, ¿no? Es inútil perder tiempo considerando realidades alternativas e inexistentes.

Por fin, Dorrs se voltea. Julián puede ver que también había sido lastimado, que ha recibido una pequeñísima dosis de lo que se merece. Miró nuevamente a Alejandra y sonrió, pensando en que era una verdadera guerrera, sintiéndose orgulloso de ella.

—No obstante —continuó Dorrs—, no puedo dejar de pensar en lo diferente que sería todo si me hubieras hecho caso y te hubieras alejado cuando te lo sugerí. Y ahora mírate ahí sentado, golpeado, sangrando, derrotado. Y mírala a ella, a la brillante doctora Villalobos, inconsciente, tirada en el suelo. También golpeada, también derrotada.

—Y usted también recibió su porción —dijo Julián.

Uno de los vaqueros volvió a golpearlo.

—¿Sabes? —retomó Dorrs, riéndose— Creo que acabo de darme cuenta de la única cosa que tienes parecida a tu difunto padre. El sentido del humor. Algo impertinente. Algo provocador. Sin duda el tipo de bromas que le gustaba gastarme. Pero, de resto, no te pareces en nada a él. Al parecer no te tocó nada de su dedicación, nada de su interés por el conocimiento. La verdad nunca conocí nadie como él, tan despreocupado del mundo y su mundanal ruido, tan desdeñoso del ser humano común y corriente, tan abstraído en ideas, conceptos y teorías. Algo realmente admirable. Por desgracia, ese mismo desapego lo hacía completamente inapto para ocupar puestos de poder. Ni siquiera en el hospital. También lo hacía ignorar las muchas dimensiones del alma humana, desconociendo completamente lo que es la confianza, la desconfianza, y la utilidad de ambas. Fue gracias a su muerte que yo entré por fin a la junta directiva del hospital.

—Es increíble lo fascinantemente complejo que es el organismo vivo, como una relojería recursiva. Y quizá por su misma complejidad, frágil, muy frágil. Un elemento tan simple como el potasio, esencial para todo organismo biológico, puede, irónicamente, hacerlo colapsar. Toma el corazón, por ejemplo. Solo con elevar los niveles de potasio, su ritmo se descalabra, llevándolo al grado cero del movimiento.

—¿Estás diciendo que…? —comenzó a preguntar Julián, pero en seguida fue interrumpido.

—Sobrevivimos porque somos egoístas, Julián, porque luchamos por nuestra vida. La existencia es una lucha tras otra, una competencia. El niño aprende a mentir desde el momento en que sabe hablar. La corrupción es parte de la vida misma. Desde que los seres humanos existen, han existido entre ellos las mentiras, los robos, los asesinatos. Si no, ¿qué hace un país cuando conquista otro? El crimen es lo único constante en la existencia del hombre, el crimen es el único orden que surge siempre, por sí solo, entre nosotros. Sin el crimen, Julián, no existiría la sociedad. Cada quien debe elegir si será el depredador o la presa.

—Vas a pagar muy caro todo esto…

Dorrs abrió el morral de Julián, que se encontraba sobre su escritorio. Sacó la portátil de Willy, el *pendrive* y el cuaderno de Testino. Tomó el cuaderno y lo ojeó. Julián pudo escuchar nuevamente esa risa contenida, característica de él.

—Nunca comprendí las inquietudes literarias de Testino —dijo Dorrs—. Aunque, ciertamente, hay más similitudes entre el crimen y la literatura de lo que la gente suele pensar.

Julián levantó la cabeza para verlo. Él abría la laptop y colocaba el dispositivo para mirarlo. Luego, Julián pensó en lo que Dorrs acaba de decir. ¿Inquietudes literarias de Testino? Pero su pensamiento se interrumpió el ver que Alejandra empezaba a moverse.

—Alejandra… —dijo Julián.

—Vaya —replicó Dorrs—, parece que la bella durmiente vuelve a nosotros.

Alejandra apenas lograba moverse, volviendo en sí lentamente, quejándose de todos los dolores que sentía. Por su parte, Dorrs cerraba con satisfacción la portátil. Tenía todo lo que quería. Luego la guardó junto al dispositivo, en el morral, llevándolo a su hombro y dejando el cuaderno en el escritorio.

—¿Está todo listo? —preguntó el director.

—Sí —dijo uno de los lacayos.

—El helicóptero llegará en cualquier momento —dijo el otro.

—Excelente. Llévenselos al depósito y mátenlos.

El director salió del despacho. Uno de los matones amarró los pies y manos de Julián, cargándolo luego en su hombro. El otro hizo lo mismo con Alejandra. Salieron del despacho y luego de la sala de espera. Frente a esta había una puerta. La abrieron y los lanzaron al suelo. Julián y Alejandra miraron a sus verdugos. Ambos buscaron sus armas para sacarlas, pero no las encontraron. Los gemelos se miraron.

—¿Las estaba mirando la secretaria? —dijo uno.

—Nunca las volvimos a tomar —dijo el otro.

Alejandra y Julián los vieron salir y cerrar la puerta. Ahora eran ellos los que se miraban.

—Supongo que hasta aquí llegamos —dijo Alejandra, con un nudo en la garganta.

—Te amo —dijo Julián.

—Yo también te amo—dijo ella, soltando unas lágrimas.

Ambos se empezaron a mover como gusanos, tratando de acercarse, para darse un primer y último beso, antes de abandonar este mundo. Cuando ya sus labios se acercaban, escucharon disparos afuera. Luego escucharon pasos acercándose. Se miraron y luego miraron la puerta, que se abría.

Era Willy.

***

Willy se apresuró a desamarrarlos. En eso, otra persona se asomó por la puerta.

—¿Dónde está Dorrs?

—Es el agente Mann —dijo Willy.

—¡En el helipuerto! —gritó Alejandra— ¡Al otro lado del pasillo, hay un pasaje hasta la azotea del próximo edificio!

El agente Mann salió corriendo, comunicándose por radio, dando instrucciones. Willy por fin había terminado de soltarlos. Los tres se abrazaron. Alejandra estaba notablemente emotiva y lloraba, intentando controlarse. Willy, en cambio, no se controlaba. Julián no lloraba, pero sí estaba emocionado. Solo que sabía que esto todavía no terminaba.

—Tenemos que ir tras Dorrs —dijo—. Tenemos que ver qué pasa.

—¿Puedes caminar? —preguntó Willy a Alejandra.

—Sí, vamos —respondió ella.

Entonces los tres salieron del pasillo. Al cruzar el pasillo que daba al ascensor, de sus puertas salió un grupo de policías, disparándoles. Apuraron el paso y dieron con un salón donde se reunía la junta directiva. En la antesala habían dejado un carrito de aseo. Con eso y algunas sillas trataron de bloquear el paso. Continuaron por otro pasillo y al final se alcanzaba a ver otra pequeña sala. Escucharon unos disparos. Los policías habían atravesado el obstáculo que habían improvisado. Luego vieron a alguien asomarse por la sala. Willy lo reconoció. Era Jota a cuyo lado apareció después Marco.

—¿Y esos? —preguntó Alejandra.

—Son de los nuestros —dijo Willy—¡Rápido, vamos!

Cuando llegaron a la sala, los nuevos compañeros de Willy corrieron una mesa y la voltearon en la entrada a la sala. Entonces empezaron a disparar contra los policías. Del otro lado estaba el pasaje. Jota entregó otra pistola a Willy y entonces los tres empezaron a cruzar el pasaje.

A medida que cruzaban, podían escuchar disparos y gritos que venían de la azotea. El agente Mann demandaba a Dorrs entregarse a la justicia y este se negaba. Al llegar al otro lado del pasaje había unas escaleras que subían hasta la azotea. Después de las escaleras parecía haber otro pasillo. Comenzaron a subir lentamente. La voz de Mann se escuchaba cerca. Cuando terminaron de subir, lo vieron al final del pasillo, cubriéndose con una de las paredes, agachado. En la otra pared se estrellaban balas que disparaba Dorrs azarosamente.

—¡Se terminó, Dorrs! —gritaba Mann —¡Estás acabado!

—¡Nunca! —respondía aquel.

Mann se percató de la presencia de los tres.

—Según mis cálculos —les dijo—, deben estar a punto de acabársele las balas. Le quedan tres.

Otra bala se estrelló en la pared.

—Dos —corrigió Mann—. Willy, cuando escuches el segundo yo saldré y tú me cubrirás desde aquí.

—Entendido —dijo él.

Mann asomó un poco la cara. Sonó otro disparo.

—Vamos, ¿dónde están? —dijo el agente, para sí.

—¿Quiénes? —preguntó Willy.

Entonces, Julián observó que, a cierta distancia, aparecía Dorrs. En su rostro llevaba la expresión del que disfruta torturar, del que no le importa nada y es capaz de poner al mundo entero en llamas, de tener la oportunidad. Lo vio apuntar hacia ellos y disparar. De su lado, escuchó al mismo tiempo una detonación del agente Mann, que había apuntado hacia Dorrs y

apretado el gatillo. En cuestión de instantes vio la pistola volar de las manos de Dorrs, mientras, al fondo, por detrás de la azotea, aparecía un helicóptero con las siglas de la policía federal y Mann corría en dirección al criminal.

Todo había ocurrido muy rápido y Julián no terminaba de reaccionar. Instintivamente se pasó las manos por el cuerpo, pero no sintió ninguna herida, ni sentía ningún dolor. Volteó a mirar a Alejandra, quien a su vez lo vio a él y entonces ambos voltearon a mirar a Willy. El grandulón yacía en el suelo, boca arriba, con los ojos abiertos.

—¡Willy! —gritaron ambos, acercándose a él.

Entonces el compañero comenzó a toser fuertemente, tratando de coger aire, tocándose el pecho. Al subirse la camisa, sus amigos advirtieron que llevaba un chaleco antibalas. Lo ayudaron a sacárselo.

—Mierda… —alcanzó a decir Willy— Eso sí que estuvo cerca.

En ese momento, aparecieron por las escaleras Jota y Marco. Habían llegado refuerzos y lograron apresar a los policías agresores. Al mirar al otro lado, vieron a agentes que se bajaban del helicóptero y a Dorrs en el suelo, boca abajo, con las manos atrás, mientras Mann le colocaba las esposas. Los tres se levantaron. Parecía mentira, pero lo habían logrado. Ahí estaba Dorrs, con las manos atrás, esposadas, custodiado por oficiales de la ley, siendo llevado para su enjuiciamiento. Las muertes de sus padres no serían en vano. Ahora existía una verdadera posibilidad de justicia.

—Willy —dijo Mann—, ¿cómo estuvo ese primer disparo recibido?

—Nada mal, agente. Casi me muero.

—Muchachos —replicó el agente—, los voy necesitar para algo más. Les tengo que pedir que me acompañen a la sede para tomar sus declaraciones. Es parte del procedimiento.

—Claro —dijo Alejandra, mientras los otros dos asentían.

—Excelente —concluyó Mann—. Los estaré esperando abajo.

***

En la camioneta, el agente Mann prendía la radio. Quería saber si las noticias decían algo sobre los documentos, si es que los contactos a los que los envió habían servido de algo.

—… Lo que sabemos hasta este momento —decía la reportera por la radio—, es que el director del Hospital General, el doctor Richard Dorrs, está siendo interrogado por su presunta implicación en las redes de tráfico de órganos, medicinas y drogas, en la capital. Hay pruebas contundentes de los delitos, que están siendo evaluadas por expertos y que, aparentemente, vienen del mismísimo David Testino, quien podría haber guardado estas evidencias como soporte de los negocios que realizaba con Dorrs y otros eminentes personajes del país…

El agente volteó a mirarlos, sonriendo. Su alegría era evidente, así como la de ellos.

—… Una de las versiones que se manejan —continuaba la reportera— es que Testino planeaba delatar a varios miembros de la red clandestina, razón por la cual fue asesinado por ellos. Varios miembros de la policía serán investigados también, siendo que su versión de los hechos era un montaje de la misma red ilegal. Por otra parte, se presume la inocencia de los doctores Julián Torres y Alejandra Villalobos, y del ciudadano Willy Baralt, quienes estaban siendo buscados por las autoridades por su presunta vinculación con estos grupos ilegales. Y como información de última hora, cuando son las cuatro y cuarenta de la madrugada en esta emisión especial, ciudadanos de la capital se concentran en la plaza central, frente al palacio presidencial, para protestar por la vinculación de personas del gobierno con el criminal David Testino, como lo sugieren las pruebas que fueron enviadas anónimamente a numerosos medios y otras instituciones del país.

Cuando llegaron a la sede, Alejandra dormía, recostada sobre el hombro de Julián. Willy roncaba, recostado de la ventana. Julián los empezó a despertar. El primero en bajarse fue el agente Mann, quien inmediatamente hizo una llamada.

—No puedo esperar para ver a Sofía —dijo Willy.

—Viejo, te apuesto a que va a llorar de la alegría cuando te vea —dijo Julián.

—Sí. Le gustas muchísimo, Willy —dijo Alejandra.

—¿Tú crees? —le preguntó el grandulón.

—Sí. Créeme. Yo soy mujer. Yo sé —concluyó ella.

En eso, el agente se acercó a ellos.

—Bien, señores —dijo Mann— estamos listos para recibirlos y tomar sus declaraciones.

Así, empezaron a caminar hacia el edificio, dirigidos por el agente, quien era seguido por Willy. Tras ellos, Alejandra y Julián iban tomados de la mano.

Cuando entraron a las oficinas, donde tomarían las declaraciones, los cuatro vieron a los compañeros y compañeras del agente pararse de sus sillas, detener lo que estaban haciendo. Primero uno, después varios, y finalmente todos, comenzaron a aplaudir a Julián, a Willy, a Alejandra y al agente Mann, por lo que habían logrado. Silbidos y gritos de celebración llegaban a sus oídos. Y entonces las personas empezaron a acercarse para felicitarlos personalmente y para decirles que estaban haciendo historia.

Después de los agasajos, Mann fue a revisar que todo estuviera listo para la declaración de los tres, que sería simultánea. Mientras tanto, ellos permanecían sentados, esperando, tomando una taza de café que les supo a gloria. Finalmente, al fondo del pasillo apareció Eric Mann para avisarles que todo estaba listo. Los tres se miraron, sonriendo. Pronto, no tendrían que seguir escondiéndose, ni ocultando su apariencia. Podrían caminar libremente como siempre lo habían hecho.

Pronto sus vidas retornarían a la normalidad. Solo que ahora todo sería como nuevo, como si se les hubiera dado la oportunidad de empezar de nuevo. La vida volvía a reinventarse y cobraba un nuevo significado para ellos. El futuro volvía a ser esperanzador y, esta vez, más prometedor, pues esta nueva oportunidad lo era también para toda la capital y, hasta cierto punto, para todo el país también. Podrían arrancar las malas hierbas e intentar construir una sociedad más justa, donde la vida tuviera valor y se tratara con respeto. ¿Cuántas sociedades habían tenido semejante oportunidad para deshacerse de los corruptos, de los que solo procuran su propio interés, para así volver a creer en el otro?

Pero si las cosas vuelven a empeorar, solo harán falta unos cuantos que crean realmente en la justicia y en hacer lo correcto. Unos pocos que tengan el valor, el coraje, la valentía de luchar por el bien, de hacerle la guerra a quienes usan el poder de manera despiadada. Esta vez fueron tres, principalmente. Pero uno solo es suficiente. Uno solo que sea capaz de alumbrar el camino, de mostrar cuál debe ser el siguiente paso y que con ese gesto muestre que no todo está perdido.

## CAPÍTULO XVII

Julián no puede dormir. Se encuentra acostado, mirando el techo, acariciando el brazo de Alejandra que lo abraza, mientras ella duerme como un bebé, boca abajo. Puede escuchar, si bien muy bajo, el ronquido de Willy en la otra habitación. En verdad disfruta mucho la compañía de su amigo en el apartamento, pero también espera que pronto pueda conseguir a donde mudarse, acaso con su nueva compañera. Pero esto no es lo que lo mantiene despierto.

De todas las cosas que había escuchado decir a Richard Dorrs, las únicas que realmente todavía recordaba eran las que dijo refiriéndose a Testino y sus inquietudes literarias. Era el extraño cuaderno de Testino lo que no lo dejaba dormir. Y cuanto más intentaba no pensar en él, más se obsesionaba.

Con delicadeza, retiró el brazo de Alejandra, luego cubrió su cuerpo desnudo con una sábana. Se levantó, su puso los *boxer* y salió del cuarto. Cerró la puerta con cuidado. La puerta de la otra habitación estaba entreabierta. Se asomó, vio a su amigo y a Sofía, durmiendo como niños, a la vez que se preguntaba cómo era que ella lograba dormir con los ronquidos del otro. Sonrió y cerró la puerta. Luego se dirigió a la cocina. Tomó un vaso con agua y se sentó en el sofá. Trató un momento de convencerse de que no sabía por qué se había levantado de la cama y por qué estaba ahora en la sala. Pero era ridículo, ¿a quién quería engañar?

Entonces se levantó, abrió un cajón del escritorio y sacó el cuaderno de Testino. Prendió la lámpara y abrió al azar el cuaderno.

*El crimen* —leía— *es lo único constante en la existencia del hombre. Es el único orden que surge, siempre por sí solo, entre nosotros. Sin el crimen, no existiría la sociedad. Cada quien debe elegir si será el depredador o la presa*.

Cerró el cuaderno. Era como una droga extraña. Cada vez que leía un fragmento le quedaba una sensación de familiaridad muy inquietante, cercana incluso a la repulsión. Y sin embargo, no podía dejar de hacerlo. Era la segunda vez que miraba el cuaderno a escondidas. La única manera posible porque nadie sabe que él lo tiene. Volvió a abrir el cuaderno.

*Decían las tribus antiguas* —comenzaba el fragmento— *que los chamanes conocían las puertas a otras dimensiones y que algunos, incluso, podían manipularlas a su antojo. La física actual nos dice que es posible que existan numerosos universos, como distintas versiones del que todos conocemos y vivimos. Si esto es así, entonces, en alguno de esos mundos posibles yo no soy un criminal. En otro, soy un criminal que logra redimirse, sacrificándose. En otro soy solo una idea que no llega a materializarse de ninguna forma. En otro, soy una idea materializada en un libro y solo existo si alguien me lee, como si solo existiera en estas líneas...*

Julián se detuvo. Sintió un escalofrío. Miró a su alrededor. Todo estaba quieto y en silencio. Respiró profundo y continuó leyendo.

*Entonces, si escribiera una versión de la realidad, ¿estaría creando un portal a esa dimensión, a ese universo en el que la versión no es tal, sino la realidad? ¿No era eso mismo lo que hacían los chamanes antiguos? ¿En cuántos universos existe este mismo cuaderno? ¿En cuál el cuaderno es un libro dentro de otro libro y quienes lo leen son personajes de papel?*

Julián cerró inmediatamente el libro. Tenía que sacarse a Testino de la cabeza. Seguir leyendo esto podía significar perder la razón, o al menos así lo sintió. Solo había una solución posible.

***

Un cielo parcialmente nublado cubría la ciudad. La luna llena tenía el color de la miel. Se escuchaban los autos atravesando la autopista. Desde la azotea no había más que la ciudad para ver y escuchar.

Julián se agachó, colocó el cuaderno en el suelo y lo abrió de par en par. Puso un par de piedras, una de cada lado. Arrancó un pedazo de hoja y se la puso en el bolsillo. Luego comenzó a verter kerosene sobre el cuaderno. Cuando terminó de echar la cantidad que consideró apropiada, puso el recipiente en el suelo, lejos del cuaderno. Tomó el pedazo de papel y lo enrolló. Sacó un encendedor y le prendió fuego. Cuando vio que el papel ardía suficientemente, lo lanzó sobre el cuaderno. Las llamas comenzaron a consumirlo, sus hojas a oscurecerse. Julián observaba como el humo subía hacia el cielo nocturno, sintiendo poco a poco que la calma volvía a su ser.

Tomó la determinación de olvidarse de estos días de angustia, de no pensar más en ellos en lo que el fuego terminara de consumir las hojas del cuaderno. Ya la pesadilla había quedado atrás, ahora solo tenía que dejarla ahí, en el pasado, y seguir adelante.

Bajó nuevamente a su apartamento. En el baño se lavó bien las manos para quitarse el olor a kerosene. Al abrir la puerta de su habitación vio a Alejandra tal como la había dejado, su divina silueta marcada por la sábana que la cubría. Se quitó la ropa y volvió a meterse en la cama. Empezó a darle besos a Alejandra en la mejilla. Cuando ella se despertó y le sonrió, se besaron.

—¿Dónde estabas? —la escuchó decir, con un tono suave y tierno.

—Fui a tomar agua. Me desperté con mucha sed.

—Te lo dije. Tienes que tomar más agua —le dijo, mientras se recostaba en su pecho.

—Tienes razón. Lo haré.

Julián cerró los ojos. Sentía paz y tranquilidad.

—Te amo —dijo ella.

—Y yo a ti.

En instantes, ambos quedaron dormidos. La pesadilla había terminado.

# El Silencio de Lucía

## Prólogo

Desde el umbral de la puerta, la ve dormir. Parece un ángel arrullado por el sueño de los justos. La ve acomodarse en la cama, buscando la posición más placentera. Aunque la visión lo deleita, las circunstancias de su presencia están muy lejos de ello. Cuánto hubiera querido poder acostarse a su lado y dormir con ella, olvidarlo todo, el pasado y el futuro. Qué no daría porque ella hubiese estado esperándolo como sucedió alguna vez. ¿Cómo es que eso ya no puede ser posible?

Ahora se le ocurre que quizá nunca entendió lo que era el amor. Y sin embargo, lo sentía. O al menos eso le parecía. La necesidad de sentir el tacto de esa persona y solo de ella, de escuchar su voz. El deseo de que te exprese afecto, que comparta sus pensamientos contigo y tener a esa misma persona en tus propios pensamientos durante la mayor parte del día. Eso tiene que ser amor. De qué otra cosa, si no, hablan los poetas, qué otro motivo se oculta detrás de tantas canciones, cuántos retratos no se debían a ese deseo. Y a la vez, cuánta desdicha, cuántas lágrimas, cuántas muertes, cuántos cuerpos no reclamaba. Somos seres desdichados, a la merced de un universo que no podemos comprender. No sabemos lo que nos mueve, no sabemos lo que nos pasará, no sabemos qué lugar ocupamos, no sabemos realmente qué es lo que queremos, ni qué es lo que esperamos. Pero a veces, en el intervalo, fuera de foco, ahí donde nadie se fija, brota un fulgor de belleza, una alegría para nuestra alma herida. Y pasamos toda la vida tratando de preservar su recuerdo, aun cuando hace mucho que el mundo nos ha doblegado y partido en pedazos.

El valle de lágrimas, el valle de la muerte. Claro que añoramos la redención, claro que esperamos a que un dios nos salve, que nos diga que todo nuestro sufrimiento tiene un sentido, una razón de ser y que tras cada lágrima se halla una promesa. La promesa de que en algún lugar existe la paz, o de que en algún momento existirá.

Ahora se acerca a ella y se agacha para ver su rostro. Hay algo terrible en la belleza que nos hace querer poseerla, tenerla solo para nosotros. Pero qué poco de esa belleza, de toda la belleza del universo, nos corresponde. Es tan minúscula la porción de amor que nos toca. La tristeza es una consecuencia de la belleza más frecuente que la felicidad. El regocijo dura solo un instante. La tristeza, mucho más.

Se pregunta entonces cuál será su reacción cuando abra los ojos y lo vea allí, qué expresión tendrá su rostro cuando eso ocurra. Podrían hacer tantas cosas juntos. Él podría llevarla a donde a ella le diera la gana. Sus deseos serían órdenes. Eso es amor. Y tiene tanto de eso por dentro. Ni siquiera sabe por qué tiene tanto cuando no hay donde ponerlo, cuando no hay quien quiera recibirlo. Si ella pudiera entender. Eso es. Solo tiene que hacerla entender. De lo contrario, todo se volvería tan difícil. Todo se perdería definitivamente. ¿Acaso su opinión no cuenta también? Él tiene los mismos derechos que ella.

No vale la pena preocuparse por eso en este instante. Lo mejor es simplemente disfrutar de este momento de paz, dejarlo que dure lo que tiene que durar, sean segundos, o minutos. Lo que pase luego, pasará luego, no ahora. Así que mejor dejar los pensamientos sobre el futuro para cuando el futuro sea presente. El resto es ansiedad.

—No te olvides del propósito de tu visita —le dice alguien —. Hay algo que debes cumplir y que te conviene que cumplas.

Asiente. Quiere esperar a que despierte, pero para entonces quizás ya hayan vuelto. Y todo se complicaría más. Al parecer tendrá que despertarla de su dulce sueño. En el fondo ya sabe cuál será su respuesta.

Sabe que, muy probablemente, tendrá que matarla.

## Capítulo 1

Ya lleva unos cuantos años sentándose en la misma mesa de la biblioteca. Casi siempre es el único que se sienta allí. De ser posible, siempre elige sentarse en el puesto que da hacia la ventana para saber si salió el sol o si llueve. Son contadas las veces cuando hay otros sentados allí... Simplemente es una mesa que se encuentra bastante apartada y pocas veces la biblioteca está tan llena como para que otras personas tengan que usarla también. Otra ventaja es que tiene unos computadores cerca. En la mesa, tiene la prensa del día, el *Walden* de Thoreau, un libro sobre permacultura y un cuaderno donde toma apuntes.

Mira la hora. Se acerca el momento de salir a la plaza. Ve por la ventana. Es un día soleado y parece correr bastante brisa. Nada como tomar un poco de sol y tratar de tocar —así sea tangencialmente— la vida. Ya está a punto de terminar de leer este párrafo. Luego será momento de irse.

"Si un hombre no va al paso con sus compañeros, quizá sea porque escucha otro tambor."

—Chavela Vargas escuchaba otro tambor… —piensa.

"Dejad que marche al son de la música que escucha, por mucho que se aparte."

—Simón Rodríguez escuchaba otro tambor…

Cierra el libro y a su mente vienen imágenes y sonidos de tambores, luego vienen melodías y acordes varios y, por último, ritmos de distintas partes del mundo.

A la mesa se acerca Juanita, la bibliotecaria a la que siempre pide ayuda, para avisarle que al fin consiguió el libro de Borges sobre budismo por el que había preguntado.

—Escuchar música es una de las pocas actividades donde una persona usa todas las áreas del cerebro —le dice a ella.

Ya los de la biblioteca lo conocen. Saben que puede ser excéntrico a veces, aún cuando trata de pasar desapercibido. Pero también saben que es incapaz de hacerle daño a nadie. Y saben que lleva una tristeza muy honda en su alma, aunque pocos lo sepan y aunque él mismo no lo admita.

Ella ha ido tomándole afecto, porque a pesar de ser tan descuidado, tiene una nobleza que le conoce a muy poca gente.

—Angela Davies escucha otro tambor —le dice ahora, mientras recoge sus cosas.

El hombre empieza a desaparecer por la entrada de la biblioteca. Juanita se despide, pero él no responde.

Puede sentir la luz en sus ojos, obligándole a cerrarlos un poco. Los sonidos de la plaza emergen y empiezan a distinguirse los colores de la escena. Va caminando hacia el centro, donde quiere encontrar un lugar para sentarse. A medida que camina va observando a la gente con el ceño todavía algo fruncido por la intensidad de la luz.

Quienes frecuentaban la plaza principal o la biblioteca ya no se extrañaban de verlo. A los niños ya no les daba curiosidad su presencia y en el caso de los adultos, ya no se sentían incomodados por ella. Al comienzo sí, era como el elefante en el cuarto. No se le acercaban y si por casualidad él se sentaba cerca de alguna pareja, estos rápidamente se alejaban. No faltaba el grupo de chicas de secundaria que lo miraban de a turnos, susurrando quién sabe qué y si él les dirigía la mirada -como diciendo no me molesten- ellas se reían. Tampoco faltaba la que se le acercaba a pedirle un cigarrillo. Pero él no fumaba. De eso ya hace algún tiempo. Ahora simplemente pareciera haberse logrado mimetizar con la plaza, con los grises del concreto, con el marrón oscuro de la tierra, el verde de los árboles, las risas de los niños, la música de los artistas callejeros, la gente hablando. Varias veces lo escuchaban hablando solo, pero ya sabían que no era agresivo.

—No siempre fue así —piensa.

Su apariencia era algo descuidada, pero no era andrajosa. Su contextura, delgada. Un rostro de facciones fuertes y una barba que no manifestaba una elección o la expresión de un estilo. Por el contrario, daba la impresión de una piedra rodante, o la de un papel llevado por el viento. Era fácil advertir que esas eran cuestiones que apenas cruzarían por su cabeza. Era fácil advertir que su mente no se ocupaba de esas cosas, las apariencias, las pretensiones. No, su cabeza prefiere entretenerse con otras cosas, porque le gusta vagar y divagar. Ni siquiera se da cuenta. A veces un recuerdo lo llega a abstraer tanto que el mundo exterior, esa realidad común a todos, desaparece. Y de repente, un ruido, una palabra, una brisa o una luz lo traen de vuelta. Desde hace un par de años, ha empezado a tener unas experiencias bastante inusuales, como que está leyendo las noticias y de repente lee algún titular, o alguna línea que va dirigida a él. Cuando eso le sucede, se dice a sí mismo que son *flashbacks* de los psicotrópicos que consumió alguna vez con una mujer que amó. A veces esa misma mujer se le aparece en sueños, dormido o despierto, y le habla. Otras, le ocurre que mira el cielo y este empieza a moverse y cambiar de colores. Con cierta frecuencia se sorprende preguntándole a otra persona si algo o alguien están realmente donde él lo ve, solo para asegurarse de que es real.

Por eso trataba de ocupar su mente en cosas concretas, que de alguna forma involucraran objetos físicos, reales. Casi siempre eran libros y lecturas. Por lo general más de una y hasta tres simultáneas. Por ello pasaba gran parte de su tiempo en la biblioteca. Su vida se había convertido en un circuito bastante reducido: de la casa a la biblioteca, de la biblioteca tan solo unos pasos hasta la plaza, donde se sentaba un buen rato a pensar en lo que había leído, o simplemente a observar, estar presente, en el presente. Solo así podía evitar pensar en lo que no quería.

¿Y quién no tiene recuerdos que quisiera olvidar? ¿Quién no trata de fabricar un baúl en su mente para guardarlos? ¿Quién no ha desesperado al constatar cómo tienen vida propia, cómo luchan por salir de donde uno los ha encadenado, cómo se fugan de a momentos? La vida es sufrimiento, una de las cuatro verdades nobles del budismo. "Quién iba a pensar que yo terminaría leyendo sobre budismo -se dice- cuando era ella la que se interesaba por las religiones". Una pelota de fútbol llega hasta sus pies. Afortunadamente lo distrajo de sus pensamientos. La patea de vuelta. —Gracias, señor Darío —le dice la muchachita. Ya la conocía. Era hija de Juanita, la de la biblioteca. —Si tan solo Henry saliera un buen rato a jugar —piensa Darío.

—No pienses en eso —se dice— siente tu propia respiración y observa la plaza. Curiosamente, un hombre con sombrero gris se ha sentado a su izquierda, aunque no muy cerca. No lo quiere ver directamente para no ser maleducado, pero definitivamente lo vio venir de reojo directamente hasta su lado. Su apariencia es bastante inusual. Casi nadie usa sombreros por aquí —piensa— ni se visten así. Está seguro que nunca lo ha visto. Pareciera que esperara a alguien. Clásico, esperar de brazos cruzados. Darío también ha llegado a conocer, de vista al menos, a las personas que frecuentan la plaza. Hay niños jugando con sus mascotas. Ellos viven aquí cerca también. —De pronto deberíamos tener un perro —se dice. Más a la derecha, la anciana que siempre se queda dormida sentada. Los chicos de secundaria hoy no vinieron. Pero nunca había visto a este hombre. Darío voltea a su izquierda, pero ya el hombre no está. En su lugar ve un papel, casi parece una tarjeta. Se inclina un poco para ver si alcanza a leer algo. Pero no tiene nada escrito, al menos por esa cara. Vuelve a mirar a su alrededor. Nada, el hombre no se ve por ningún lado.

A Darío le vence la curiosidad. Se mueve un poco hacia la izquierda, coge el papel y lo voltea. ¿Será que ese tipo dejó una nota para la persona con la que se iba a encontrar? Quizás no se iba a encontrar con nadie. —Aquí no había más nadie sentado sino yo y él.

Solo tiene una palabra escrita a mano: MORTET.

—”*È possibile vivere nella disperazione e non desiderare la morte*?” —. Eso fue lo primero que le dijo Lucía, en un cafetín universitario, sin siquiera conocerlo. Años después le contaría que fue porque él estaba leyendo *La Divina comedia* en ese momento. Lo sabía porque él, que estaba sentado en la mesa contigua, tenía los pies sobre la silla y apoyaba el libro sobre sus rodillas, mostrando la portada. Ella estudiaba italiano y algún profesor le recomendó leer 1934, de Alberto Moravia, que comienza precisamente con esa pregunta.

Y la respuesta, ahora lo sabe, es no. No se puede vivir en la desesperación sin desear la muerte. No sin al menos desearla. El deseo, fuente de todo sufrimiento en esta vida, otra de las cuatro verdades nobles del budismo. Pero en ese momento, hace años, mientras odiaba a Dante y su largo periplo, apenas vislumbraba el significado de la pregunta, apenas logró escuchar lo que dijo Lucía al ver su rostro.

—No sé italiano—fue lo único que alcanzó a responder.—“¿Es posible vivir en la desesperación sin desear la muerte?”—tradujo ella. Se quedó callado.—En verdad, está parafraseando al joven Werther, de Goethe —prosiguió ella.—Werther, el de los sufrimientos —respondió él. Lo había leído con mucho más gusto que a Dante.—Sí, el de los sufrimientos —replicó ella, riéndose—. ¿Sabías que para el budismo el deseo es la causa de todo sufrimiento?

Conversaron un poco más y ella se fue. Vaya impresión que le causó ese breve intercambio. Lucía exudaba vida. ¿Qué hacía una chica como ella preguntando sobre la muerte y sobre el budismo? No le preguntó si conocía tal o cual discoteca, si le gustaba el tequila, si fumaba marihuana… Él ya estaba a punto de graduarse y nunca se había topado con alguien así.

Ahora Darío llegaba a su casa, asombrado de todo lo que le había hecho recordar esa palabra. MORTET. Debe ser latín, pensó.

## Capítulo 2

En la escuela no le iba realmente bien. Pero tampoco le iba mal. Era bastante retraído, eso sí. No es fácil estar rodeado de niños que comentan la comida que les hizo su madre para llevar. Aunque con el tiempo se aprende un poco, pero siempre es incómodo. A los doce años ya no le das importancia. Solo peleas si tienes que defenderte, porque uno no se puede dejar joder. Si bien Darío no estaba todo el tiempo pendiente de él, eso le dio espacio, algo de independencia y eso forma el carácter. Sabe hacerse respetar si es necesario.

Los profesores de Henry Blass han tenido que entrevistarse con su padre varias veces porque "tiene problemas reconociendo figuras de autoridad". La primera vez que lo citaron fue cuando Henry estaba empezando primaria, porque le había dicho al resto de la clase que Santa Claus no existía, que los regalos se los daban sus propios padres. En eso Darío nunca guardó ningún misterio y él igual se emocionaba porque de cualquier forma estaba recibiendo un regalo. Alguien le estaba dando algo, gratis, sin pedir nada a cambio. Y no cualquier regalo, a veces era algo para armar, a veces una consola, o videojuegos. A Henry le fascinaba ver cómo se construía algo y entender cómo funcionaba.

La segunda vez que citaron a Darío, no mucho después, fue porque les había explicado a unas compañeras cómo se hacían los bebés realmente. Pero sin ningún tipo de perversión, solo compartiendo conocimiento.

—¿Pero los ha agredido física o verbalmente? —preguntaba Darío.

—No —le respondían.

—¿Les ha gritado o se ha comportado violentamente hacia ustedes?

—Tampoco.

—¿Y entonces? —preguntaba, más bien como si se tratara de un punto y final.

La respuesta que le daba la psicóloga siempre iba por las líneas de falta de participación, o de que a veces no les hacía caso. Lo que resultaba evidente para Darío era que estos profesores tenían problemas para ser una autoridad legítima. Pero no podía decirles eso. Ya tenía suficiente con las visitas domiciliarias que hacía la institución de bienestar familiar, amenazando con quitarle a Henry, porque cada vez corría más el rumor de que estaba loco, de que no podía criar a un hijo como lo estaba haciendo. Si bien desde hace un tiempo Henry no es el mayor fanático de Darío, le tiene una suerte de compasión. Sabe que ha pasado por cosas difíciles y, si bien las cosas pudieran estar mejor, también es cierto que pudieran estar muchísimo peor. Además, tiene claro que en cualquier otro lado no podría tener las libertades que le da Darío. Por eso, cuando lo entrevistaban, siempre respondía que él no quería vivir en otro sitio, que ahí estaba bien y que Darío nunca le había hecho daño. Todo lo cual era cierto. Afortunadamente, hacía tiempo que no lo volvían a citar en la escuela, a menos que fuese por un problema de notas.

Henry, para su edad, estaba enterado de muchas cosas del mundo y de la vida. Quizás gracias a Darío, que nunca quiso criar a un niño con una perspectiva falsa de las cosas. —El mundo es un espectáculo hermoso pero también terrible —le dijo una vez. Y esto ya lo intuía. Solo conocía a su madre por las contadas historias que Darío de vez en cuando le soltaba. Hablaba muy poco de ella. El haberla perdido desde tan chico le obligó a plantearse preguntas muy duras para un niño. ¿Acaso existe un dios que nos cuide? ¿Es justa la vida? El mundo es un espectáculo hermoso, pero también terrible. Internet le confirmaba esto todos los días. Sin duda era el ciberespacio el mayor responsable por toda la información que Henry ya manejaba. Con su afición a armar y desarmar cosas, el computador de la casa fue ensamblado por él mismo. Tenía todo lo ideal para sacar lo mejor de los juegos y de internet. Ese era su verdadero lugar. O su no-lugar. El no lugar donde nadie le puede decir que es un freak, que no tiene mamá, o que tiene un papá loco.

Desde hace unos meses ha establecido un pequeño ritual cada vez que llega de la escuela al apartamento. Entra a su habitación, prende el ordenador y pone a sonar *Signos*, la canción de Soda Estéreo, mientras se cambia y espera a su padre, que nunca demora más de 10 minutos en llegar. "No hay un modo, no hay un punto exacto. Te doy todo y siempre guardo algo". El tema lo hacía entrar en un pequeño trance. Hace unas semanas, Darío estaba limpiando y sacando trastos viejos para botar. Consiguió el disco y tras mirarlo un rato, sentado en el sofá, fue directo a ese tema. A Henry le llamó la atención porque no era el estilo de música que ponía Darío. Casi siempre era alguna banda extraña y desconocida, o música vieja, de la que se escucha vieja: blues, folk, boleros y tampoco faltaba la salsa. Pero esto era definitivamente distinto, era en español, pero no sonaba viejo, no se escuchaba esa suerte de sucio acústico de aquellas grabaciones de los años cuarenta, o incluso de antes. Aunque podía intuir que no era una grabación reciente, sonaba actual pero no sin ser experimental, era una música entendible. Ambos estuvieron sentados en el sofá y cuando el tema terminó, Darío guardó el CD. Ya lo iba a colocar en la bolsa para botar, pero Henry le dijo que no lo hiciera, que se lo quería quedar. —Solo te pido que no lo pongas cuando yo estoy aquí, por favor —le pidió Darío. Llevaba toda su vida viviendo con él y ya había entendido que, aunque no creyera que estaba loco, sabía que definitivamente no era alguien ordinario y que a veces era simplemente mejor aceptar las pocas condiciones que establecía. Así, resolvió poner el disco al llegar a casa y cuando llegaba su padre lo quitaba. "Si estás oculta, cómo saber quién eres" -escribe en su blog.

Suena la puerta del apartamento. Debe haber llegado Darío.

—¡Hola, Darío! —grita Henry. Pero al parecer no lo ha escuchado. Va a la cocina y lo encuentra sirviendo la comida. Lo puede escuchar murmurando, pareciera que solo repite una palabra.

—Hola Darío —le repite.

—Henry —responde Darío—, ¿por casualidad sabes qué significa la palabra mortet?

Mientras comían, Darío le mostró a Henry un papel con algo escrito y le preguntaba si podía ver el papel, si podía tocarlo, si podía confirmarle que realmente tenía algo escrito. Henry respondió afirmativamente a todo.

—¿Y dónde lo conseguiste?

—En la plaza.

Henry le pidió a Darío la ensalada.

—¿Lo encontraste en el piso?

—Estaba sentado en la plaza y se acercó un tipo que nunca había visto.

—En esta ciudad hay muchas personas que nunca has visto, Darío.

—Escúchame, te digo que este tipo tenía una pinta extraña, parecía sacado de una película de Hitchcock.

—¿El de la escena de la ducha?

—El tipo se sentó en el mismo banco donde yo estaba...

—Eso sí es nuevo.

—No le presté atención realmente, pero cuando me di cuenta ya se había ido y dejó este papel en su lugar.

—MORTET... ¿Será una palabra?

—Podría ser un código también. Parte de una transacción clandestina.

—Y sabiendo eso tú tomaste las precauciones necesarias y trajiste el papel a nuestra casa.

—Te digo que estuve en la plaza un rato. Me levanté y di unas vueltas para ver si alguien venía a buscarlo, pero nunca nadie apareció.

Terminaron de comer. Henry retiró los platos y Darío iba lavando las cosas.

—Ven Darío, quizás podemos conseguir algo por internet —le dijo Henry al terminar.

—Tú busca por ahí y yo reviso en unos diccionarios que tengo en la biblioteca, por si acaso —respondió el otro.

Pasaron un buen rato, agotando páginas virtuales, páginas materiales, intercambiando información, mientras por los parlantes un coro de niños cantaba *We don't need no education*…

—¿Nada?

—Nada —dice Henry—. Hay palabras parecidas. La más cercana es Morte y viene del latín. Pero ninguna declinación la hace terminar en T.

En el fondo, el chico solo espera que esto no sea algo que Darío se inventó. Sabía que su mente era volátil y lo fácil que podía desarrollar una fijación con ciertas ideas. Como aquella época en que solo podían tomar agua del manantial de la montaña al este de la ciudad porque el agua que llegaba al apartamento era veneno, el agua que vendían en las tiendas era veneno. Y se iban entonces con muchos recipientes y botellas vacías subiendo el cerro mientras Darío le hablaba sobre cómo la naturaleza siempre fue una fuente de sabiduría para los seres humanos. Lo sorprendía lo lejos que lo podían llevar esas fijaciones. Fue en ese momento cuando Darío empezó también con la idea de desarrollar una jardinería urbana en el apartamento, porque las élites del poder estaban empezando a planear una gran escasez en un futuro cercano, con la cual doblegarían por completo a los pueblos, es decir, a muchos millones de personas como ellos. —Nadie es como nosotros, Darío —era lo única respuesta que podía pensar Henry en su interior. A él no le parecía raro que lo consideraran loco. Pero a Tesla también lo creyeron loco y a Turing. Si algo le había quedado a Henry de esas pocas ocasiones en las que pasaban buena parte de la noche investigando sobre la historia oculta de los gobiernos y lo que nunca dicen de las grandes corporaciones, es decir, sobre todo aquello que no te dicen ni enseñan en la escuela, si algo ha ido aprendiendo es que los que parecen locos a veces pueden estar más cuerdos que se creen normales.

—Si todo lo que dice en verdad pasó —piensa Henry—, pues sí es bastante extraño, sobre todo por esa palabra. No había nada sobre esa palabra y eso que todo está en internet, no conseguir algo en internet es imposible.

Quizá alguno de sus amigos en la *deep web* pueda ayudarle a encontrar algo.

## Capítulo 3

Por un momento, cuando ocurrió lo del papel, creyó que era una de sus alucinaciones. Pero al constatar que todo realmente había sucedido, Darío se obsesionaba más y más con esa palabra y con ese personaje de sombrero gris. ¿Y si el mensaje iba dirigido a él? ¿Y si ellos saben quién es y lo andan buscando porque sabe mucho? ¿Y si Henry está en peligro? Si hay gente buscándolo podría ser cualquiera, haciéndose pasar por alguien del aseo urbano, un electricista, un peatón o una señora sentada en la calle. Podría ser alguien de la biblioteca.

"Paul Bennewitz escuchaba otro tambor… Pero uno falso". Este era un caso sobre el que había leído recientemente. Un hombre que fue suministrado información falsa sobre extraterrestres por parte de agentes del gobierno de los Estados Unidos de América. Se trató de todo un teatro montado para que Bennewitz creyera que se acercaba una invasión de seres de otro planeta. Hasta llegó a escribir un artículo con información muy detallada al respecto, Proyecto Beta. Pero todo era falso. Sin embargo, la situación se le asemejaba a la de una persona famosa disfrazándose de sí misma, usando una máscara con una versión caricaturizada de su propio rostro. Algo querían ocultar si fueron capaces de llegar tan lejos en la fabricación de todos esos datos falsos. Bennewitz terminó sus días en un manicomio. De pronto, también quieren volver loco a Darío.

O, quizás, es por la siembra urbana que ha logrado desarrollar en la azotea de su edificio. Orégano, albahaca, cilantro, ajo, hierba buena, toronjil… Va creciendo poco a poco y son ingredientes que ya los vecinos no tienen que comprar. Esto no les conviene a los carteles de alimentos. Al poder nunca le conviene una comunidad autosuficiente, capaz de funcionar con independencia. Allí está Monsanto, por ejemplo, obligando a varios países y a cientos de tribus originarias, tribus con miles de años de tradición y conocimiento, forzándolas a utilizar únicamente sus semillas para la siembra. Esas semillas que han modificado en laboratorios quién sabe con qué finalidad. Pero si fuese para bien, no gastarían tantos millones en *lobbying* para que los estados impongan las leyes que a ellos les conviene y en censurar a los que denuncian sus irregularidades. —Qué va. Ellos serían los primeros en querer hacer desaparecer a personas como yo —piensa.

En el resto de esa semana no fue más a la biblioteca. Ahora solo iba a la plaza. Decidió que si alguien lo perseguía mejor era pretender que él no sabía nada y así, de pronto, lo podía poner al descubierto. En la plaza trataba de leer y lo lograba a ratos, pero solo esperaba volver a ver a aquel personaje extraño. Preguntaba en las tiendas que rodeaban la plaza y a las personas que siempre la frecuentaban. Pero ninguno recordaba haberlo visto.

Una noche soñó que llegaba a la orilla de un río, donde un barco se alejaba siguiendo su cauce. Algo le obligaba a alcanzarlo. El cielo estaba absolutamente despejado, pero no podía ver el sol por ningún sitio. En el barco llegaba a distinguir una figura femenina, como la de Lucía, pero su cabello no era negro, sino rojo, y cubría completamente su rostro. Trataba de gritar su nombre, de llamarla, pero ningún sonido salía. Empezó a correr tras el barco, que ahora pasaba bajo un puente y ya casi lo alcanzaba. Sin embargo, cuando trató de subir al puente para saltar hacia el barco, se encontró con que el puente, el río y el barco, eran una pintura en una pared. Cuando miró a su alrededor se encontraba en la plaza, pero estaba completamente sola. Al voltear ya no vio la pared con la escena anterior, sino al hombre del sombrero gris perdiéndose en la lejanía.

Despertó más temprano de lo usual. La angustia y la ansiedad podía sentirlas en el corazón, como si una mano invisible lo apretara, tan solo un poco. Se levantó de la cama y de su armario sacó una caja que llevaba mucho tiempo guardada. La desempolvó y la abrió. En ella había un libro, un par de anillos y un cordón umbilical guardado en un pequeño frasco. El libro se llamaba No hay más que presente. Había sido el último regalo de Lucía. Se lo entregó al día siguiente de haber vuelto a casa, luego de haberse ido por varios días después de una

horrible pelea. Darío recuerda haber sentido la misma ansiedad y angustia cuando se fue. La misma que siente ahora. El libro iba de meditación, conciencia plena y otras técnicas budistas para desacondicionar la mente de lo que causa sufrimiento. Apenas ahora Darío entiende por qué ese afán de ella en todo lo que pudiera ayudarla a ocupar su mente. Boxeo, bicicleta, sudoku, tejer, hacer mandalas… Su mente era una fábrica incesante de intereses, pero también de incertidumbres, sin descanso. Era como si el mundo, ese mundo en el que uno convive con otros, compra el pan, hace la comida, era como si ese mundo fuese dirigido por el tiempo de los astros, de las galaxias y las constelaciones; pero el interno, aquel que regía su mente, aquel que nunca descansaba, transcurría según el tiempo de las partículas cuánticas, donde el tiempo deja de ser lineal, donde los opuestos se encuentran, donde la paradoja es la regla. Y para Darío, que siempre se había regido por el tiempo de los planetas y su estoicismo, desde hace un tiempo se ha empezado a revelar esta otra dimensión. Ya todo había cambiado. Y ahora es que se empieza a dar cuenta de cuánto. La fugaz aparición del hombre del sombrero gris había trastocado hasta su misma percepción del tiempo. E, irónicamente, lo había hecho comprender una dimensión hasta ahora insospechada de su difunta compañera, la experiencia de un tiempo fuera de quicio. Darío había caído en el agujero del conejo, pero este no era un país de las maravillas. Tomó el libro y guardó la caja. Hizo el desayuno con calma, sin apuros. Levantó a Henry, comieron y lo acompañó caminando hasta el colegio. Luego fue a la plaza, ubicándose en el mismo lugar donde vio por primera vez al hombre del sombrero gris. Allí empezó a leer el libro.

Tras un par de horas de lectura ya tenía una idea más o menos formada de lo que el libro llamaba conciencia plena. Así que lo cerró y lo puso a su izquierda. Miró el reloj, las 10:10 a. m. Según lo entendía, lo primero era cerrar los ojos y enfocarse en la respiración. Esto ya lo sabía, porque era lo que Lucía siempre le repetía cada vez que lo veía preocupado: tomar tres respiraciones profundas. Debía lograr un intercambio fluido entre inspiración y expiración, a un ritmo calmado. Siguió la recomendación del libro y cada vez que inhalaba aire se hacía la imagen de la orilla de una playa, cuando las olas se recogían. Llenaba lo más profundo que podía los pulmones para luego exhalar lentamente, imaginándose entonces el mar liberando las olas sobre la arena. Esta era la base de la práctica: concientizar la respiración. Luego su atención debía ampliarse, primero a su cuerpo, a sus sensaciones; la brisa sobre su rostro, el calor de un sol gentil posándose sobre sus manos, que a su vez descansaban sobre sus muslos. Ahora podía escuchar su corazón latir. Enseguida entraban los sonidos de la plaza, los carros que transitaban, voces mezclándose en una trama irreconocible, pájaros que cantan… Por un momento se sintió un espectador anónimo del mundo. ¿Pero qué pensaba? Una vez que su mente recorría las impresiones de su cuerpo y del mundo exterior solo podía volver sobre sí misma, rumiar, como decía el libro, y era entonces cuando debía empezar el verdadero ejercicio para lo cual todo lo anterior era un mero calentamiento. Entonces se recordaba de chico subido a un árbol y luego la primera niña por la que llegó a tener sentimientos fuertes. De ahí saltaba al funeral de su madre cuando era un adolescente. A continuación, sentía un pequeño dolor en su pecho. Estos eran el tipo de pensamientos que debían observarse, únicamente verlos como llegan y se van solos. Pero cuando aparecía Lucía, algo en el pensamiento se enganchaba a él y no al revés. Y sentía culpa. Culpa de no haberla podido entender del todo, culpa por nunca saber bien cómo murió. Pero la culpa era producto de su identificación con esos recuerdos, el efecto de actuarlos nuevamente, como si se tratara de una vieja obra de teatro que ya conocía demasiado bien. Trataba de aislar la culpa para lanzarla lejos, pero se le escurría como agua entre las manos. Su corazón ahora se acelera y su respiración se descontrola.

"Abre los ojos."

"Respira profundo. Toma aire y retenlo un momento para que tu cerebro libere endorfinas. Cálmate."

Darío tomó el libro nuevamente. Pero sus sentidos se agudizaron completamente, la piel endureció, los pelos se le pusieron de punta, como un animal acechado por un depredador elusivo. Entre las páginas del libro observó un papelito, justo como el que dejó el hombre del sombrero gris la primera vez.

Miró a su alrededor, en vano, porque el hombre no se veía por ningún sitio. ¿Cuánto tiempo había pasado? 10:18 a. m. ¿Apenas ocho minutos? Pero entonces tuvo que estar mirándome desde algún lugar para saber en qué momento acercarse, pensó Darío. Todavía no se atrevía a sacar el papel y ver lo que tenía escrito. Tenía que ser él, era el mismo tipo de papel y aparentemente de las mismas dimensiones. Contó hasta tres: 1 (¿quién es esta persona?)... 2 (¿qué quiere de mí?)... 3 (¿por qué estoy volviendo a recordar a Lucía?).

Darío saca el papel. Es la misma caligrafía del anterior. Lo que leyó lo dejó en una incertidumbre aún mayor, lo cual pensaba que no era posible. Otra vez, la mano invisible apretaba su corazón, pero más fuerte.

El papel decía esto: RUA10

## Capítulo 4

En esos días Darío trabajaba en una editorial nacional pequeña, pero con un catálogo único. La vida era muy distinta entonces. Él mismo era muy distinto. No le interesaban realmente los embates del mundo ni el destino de la humanidad. No se preocupaba por los poderosos, ni por la autonomía de las personas. Sabía que la vida no era justa. Que había lugares donde la gente ni siquiera tenía agua para beber, que no existían guerras buenas sino víctimas y refugiados. Sabía que los bancos eran dirigidos por personas que parecían más demonios que humanos. Pero no se involucraba ni intelectual ni emocionalmente. Le parecía una causa perdida de antemano y que no tendría sentido siquiera tomar postura al respecto.

Por entonces la editorial donde trabajaba iba a lanzar por vez primera una publicación de un autor de lengua extranjera. Se trataba de un poeta italiano que además nunca había sido traducido al español anteriormente. Sin embargo él no estuvo realmente involucrado con ese proyecto en particular. Este lo había manejado su jefe, directamente. El bautizo del libro iba a realizarse en la embajada de Italia.

Darío no era de asistir a este tipo de eventos. A ningún tipo de eventos realmente. Solo le generaban ansiedad. Lo único que realmente disfrutaba era el vino gratis. Además su jefe le había pedido que asistiera. Como era la primera vez que el poeta venía al país y la editorial tenía pocos empleados, le pareció que sería un gesto de cordialidad tenerlos presentes. La verdad es que, en lo que iba de año, este había sido el único evento. Qué importa, pensó, solo estaré un rato y después me devuelvo.

La presentación del libro se había demorado un poco porque el traductor no llegaba. Sin embargo, decidieron empezar de todas maneras. En cualquier caso la esposa del embajador podía realizar esa función. —Mujeres —le comentó a Darío su jefe. Por fortuna –o por desgracia– un poco antes de que el embajador terminara las palabras de presentación llegó el traductor. O traductora, mejor dicho. Darío reconoció a Lucía inmediatamente y no pudo ocultar una sonrisa en su rostro. La verdad era que habían coincidido muy pocas veces en la universidad, apenas logrando saludarse e intercambiar breves palabras. En el momento él salía con otra chica y como de alguna forma u otra siempre había estado en una relación, nunca volvió a pensar en Lucía, a pesar de cuánto le había impresionado. Sofía se llamaba su novia actual. Estaba loca por él. Cuando tu pareja comenta espontáneamente lo hermosos que serían los hijos de ambos, si los tuvieran, sabes que va en serio. O, al menos, sabes que sienten algo muy fuerte por ti. Pero Darío no estaba en la misma página. Le gustaba, sí. Su compañía le agradaba, pero siempre había un momento en el que deseaba estar solo. Sabía que ni siquiera podrían vivir juntos. Al menos no por ahora. Qué cosa tan rara es la química entre las personas. Sin duda. La química, la física, todas las ciencias que quieras. Puedes estar con una persona absolutamente hermosa, pero si no puedes ver su chispa, su gracia, de nada sirve. Y esa gracia fue lo primero que vio Darío en Lucía, cuando ni siquiera se daba cuenta de que le preguntaba algo en italiano, aquella vez. Ahora podía entenderlo, mientras la miraba y escuchaba traduciendo al poeta. *Traduttore*, *traditore*, pensó, sonriendo, recordando esa frase que tantas veces escuchó como estudiante de literatura y que podía parafrasearse como el traductor es un traidor. Traiciona para dar vida, para alumbrar al texto en otra lengua.

La presentación había terminado, comenzaban los saludos, las presentaciones formales, el protocolo. Y comenzaban a repartirse los vinos. —Al fin —se dijo Darío. Sofía, que aún no se graduaba, pero que estaba a punto, le comentaba sobre los avances en su tesis de grado, ya estaba casi terminada. Darío trataba de prestarle atención pero no podía. Buscaba a Lucía con la mirada y también al mesonero con los vinos. —Si me le voy a acercar será mejor que tenga unos cuantos encima —pensó. A la tercera copa Sofía tenía que irse, pues era un jueves por la noche y debía hacer una entrega a la mañana siguiente. Darío la acompañó a la entrada,

cuarta copa en mano, para pedirle un taxi. Al volver al salón, ubicó a Lucía. Ya la podía ver pero todavía hablaba con otros, con su jefe y el poeta. Prefirió esperar un poco, solo para agotar la posibilidad de encontrarla sola, como en efecto sucedió. Aprovechó cuando ella dejaba su copa en una mesa. Así, mientras ella le daba la espalda preguntó, —*È possibile vivere nella disperazione e non desideratto la morte*? —. Vio cómo el cuerpo de Lucía se detuvo por un segundo y luego cómo se volteaba con el rostro iluminado.

—¡Darío! *Non e possibile*! —dijo Lucía, y lo abrazó. Darío se sintió flotar, elevarse, era como una droga, pensó. —Pero no es *desideratto* —le corrigió ella— es *desiderare*.

De inmediato se instalaron a conversar los dos, a ponerse al tanto de sus respectivas vidas. Él le contó sobre sus primeros trabajos después de graduarse; librerías, bibliotecas, fundaciones. Y ahora en esta editorial.

—¿Y estás casado? ¿Ya tienes hijos? —Como siempre, Darío se sorprendía de las preguntas de Lucía, de cuán directa podía ser.

—Pues, ninguna de las dos —le respondió—. Mi novia estaba aquí, se acaba de ir, pero no tengo planes de casarme o tener hijos con ella —le explicó.

—Ah, tienes novia —le contestó Lucía, con un tono que en ese momento fue incapaz de descifrar.

—¿Y tú? —replicaba él, que lo último que quería era que la conversación terminara.

—¿Tú sí te casaste y tienes hijos? —preguntó, casi titubeando.

Lucía se sonrió y tras una pausa muy breve dijo —No, yo creo que no sería capaz de ninguna de las dos—. E hizo un gesto que a Darío le pareció muy tierno y cómico, como si Lucía le estuviera pidiendo disculpas.

—Yo creo que tampoco —le afirmó Darío, para que ella no se sintiera apenada.

Lucía definitivamente reconoció la intención de sus palabras y cogiéndolo del brazo —ella también tenía unas copas encima— le dijo:

—Yo creo que serías un muy buen padre.

—¿Yo? —le contestó Darío— ¡Imposible! Estoy completamente absorbido por mi propia persona, no puedo convivir con nada que requiera más atención que yo mismo —le explicó bajando la cabeza.

Ella se rió.

—Bobo, créeme, yo sé leer a las personas, le dijo ella, y puedo ver que tú tienes un buen corazón y que eres noble.

—¿Y tu novio? ¿Está aquí? —preguntó Darío.

El semblante de Lucía, de regular brillante, se ensombreció.

—Estoy saliendo de una relación —le comentó—. Alguien a quien conozco desde hace mucho, pero no siempre hemos sido novios. Resultó siendo una persona muy posesiva —terminó de explicar.

El tono de Lucía había cambiado definitivamente, a Darío le había quedado muy claro. ¿Quién sería esa persona? ¿Qué ser humano podría ser capaz de ensombrecer esa fuerza de vida llamada Lucía?

—Lo siento —le dijo él— debes estar pasando por un momento difícil.

—Sí, un poco —le respondió ella. Pero ahí mismo recuperó su luz y prosiguió— ¡Pero ya no hablemos más del pasado! Cuéntame, ¿qué películas buenas has visto últimamente?

Qué increíble es esta mujer, se dijo Darío, hace unos segundos se veía hundida en un abismo insoslayable y ya está de nuevo por encima de todos, alumbrando todo el salón, qué fuerza.

Esa fue la única nota triste de la noche. El resto fueron conversaciones sobre libros, películas, música, costumbres curiosas de países lejanos. Antes de despedirse, se intercambiaron números con la promesa de verse pronto otra vez. Muy en el fondo, aunque le costaba admitirlo, ya estaba enamorado de ella.

Darío pensaba que había logrado librarse de esos recuerdos, o al menos librarse del afecto que les tenía. Hacía años que había logrado dejar de pensar en Lucía, si no era por la ocasional referencia fugaz. Pero ¿revivir momentos? Eso era volver a abrir heridas cuyo cierre era frágil y precario y que, sin embargo, se había logrado a costa de su propia cordura.

## Capítulo 5

—RUA10… Este tiene menos sentido que el anterior.

Era con él. Definitivamente los mensajes iban dirigidos a su persona. ¿Pero qué le quieren decir? Se incorporó y empezó a preguntar frenéticamente a las personas de la plaza si habían visto a alguien pasar por donde él estaba sentado, si habían visto a alguien con un sombrero gris. Nadie había visto nada. —¿Pero quién es esta persona? —se preguntaba Darío—. ¿Me estaré volviendo loco? Debo ir al apartamento —se dijo.

Una vez ahí, Darío se sentó en el sofá y puso ambos papeles en la mesita de enfrente. Detalló los papeles: eran del mismo tipo. No un papel bond cualquiera. Eran muy parecidos al papel kraft, bien podía ser usado para tarjetas o para algo artesanal. Además, eran del mismo tamaño. Ahora ponía atención en la caligrafía: ambos escritos a mano, con un lapicero de tinta y la misma caligrafía. Tenía que ser la misma persona. ¿Alguien que trabaja en imprentas, de pronto? ¿O alguien con algún tipo de negocio o servicio? Lo último también era posible, pues el tamaño del papel parecía el de una tarjeta de presentación. Dios… Darío se tapaba el rostro con las manos, tratando de entender lo que estaba pasando y controlar la situación. Ahora que lo piensa, todo esto comenzó desde que empezó a leer sobre budismo. Después de todos estos años, al fin se interesaba por un tema sobre el que su esposa insistió tanto que leyera. Los sueños, los recuerdos sobre Lucía, la angustia, ese personaje extraño, los papeles... —Debo calmarme —pensó—, solo así sabré qué hacer. Mejor empiezo a preparar la comida para que esté lista cuando Henry llegue. De paso, él quizá me pueda ayudar.

—Darío, ¿qué haces aquí? —le preguntó Henry, sorprendido. Él se limitó a mostrarle el nuevo papel. Henry inspeccionó ambos y llegó a la misma conclusión que Darío: tenían que ser de la misma persona. Ambos se dirigieron al computador a ver si podían conseguir más información.

—¿Otra vez fue en la plaza? —preguntó Henry.

—Sí.

—¿Y no le preguntaste nada?

—Estaba leyendo un libro que me regaló tu mamá sobre meditación. Entonces me puse a practicar… —Henry interrumpió a Darío.

—¿No se te ocurrió que de pronto era mejor practicar acá y más bien en la plaza estar pendiente del tipo ese?

Darío hizo silencio.

—Lo siento…

—No, no, está bien. Sígueme contando.

—Habrían pasado cinco minutos mientras meditaba, apenas. Y cuando abro los ojos, tomo el libro para seguir leyendo y el papel estaba allí.

—¿El libro estaba cerrado y apareció puesto como un marca libros?

—Exactamente.

—Darío, no quiero molestarte ni nada, pero tú sabes que llevas años sin tomar tu medicación y que a veces haces cosas sin darte cuenta. ¿Sabes que es posible que seas tú mismo, verdad?

Darío se quedó pensativo. Sabía que Henry estaba otra vez en lo cierto. Era posible. Sin embargo, se le ocurrió algo. Fue a la sala un momento y volvió a la habitación de Henry con un lápiz y un papel.

—Hagamos un experimento. Sé que de pronto no será el más conclusivo, pero es lo único que se me ocurre. Voy a escribir en este papel ambas palabras con ambas manos y vamos a comparar la escritura.

A Henry le pareció bien. Entonces Darío empezó con la mano que no sabía usar, la derecha. Escribió MORTET primera, y luego RUA10. Sin ver le pasó la hoja a Henry.

—Toma la hoja y dóblala de tal forma que no pueda ver lo que escribí, para ahora escribir del otro lado con la otra mano.

Henry hizo el doble y puso la hoja en el escritorio para que Darío volviera a escribir. Este procedió, entonces, a escribir otra vez las dos palabras. Cuando terminó, desdobló la hoja y la colocó frente a ambos, para que la pudieran evaluar.

En verdad las caligrafías eran bien diferentes. A excepción de cierta similitud en la o y la u, parecían ser escritas por personas distintas.

—Esto de pronto no sea mucho —dijo Darío—, pero es lo único que te puedo demostrar por ahora; además, el papel que él está usando no tengo idea de qué tipo es y si buscas en esta casa, e incluso si lo buscas en las tiendas de la ciudad, te apuesto a que no lo vas a conseguir. Mientras trabajé con libros, nunca lo vi; trabajé con parecidos, pero no con ese, por eso creo que lo debe haber importado pero no sé de dónde, tienes que creerme.

—Tranquilo, Darío —le respondió Henry—. Mira, he estado buscando RUA10 pero no aparece nada, solo direcciones de lugares en Brasil, Portugal, Cabo Verde y otros que ni idea.

—Rua significa 'calle' en portugués; rue en francés...

—Pero nada con referencia a RUA10 exactamente.

Henry podía ver la angustia reflejada en su rostro y ahora su propio semblante se apagaba.

—¿Qué tienes Henry? —preguntó Darío.

—No… Nada —respondió. Pero Darío sabía que tenía algo que decir.

—Dime, puedes decirme lo que sea —le contestó.

Henry buscaba otras palabras para tratar de hacer la pregunta sin inquietar mucho a Darío. Pero no había sino las que tenía.

—¿Cómo murió mamá?

Darío respiró profundamente. Sabía que un día llegaría esta conversación, pero nunca se imaginó que fuera bajo estas circunstancias. —Bueno, de pronto no haya mejor momento que este —pensó.

Le empezó a contar que por entonces Lucía se ejercitaba haciendo *boxing*. Ella era así, se interesaba por algo y, de una forma u otra, se zambullía en ese tema por días, semanas o meses. Incluso, en una misma semana podían ser varias cosas y no paraba de hablar sobre lo que sea que fuese su obsesión del momento. Henry todavía no cumplía el año, pero ya podía dejarlo con Darío unas horas mientras ella se ejercitaba y de paso volvía a ponerse en forma. Una noche, antes de dormir, le comentó de una incomodidad que sentía en la mandíbula. Darío le dijo que seguramente ese día el entrenamiento había sido duro. Pero, como apenas era una incomodidad y Lucía no se veía realmente aquejada de dolor, no le prestó mucha importancia. Ese es el único detalle fuera de lo normal que podía recordar. Y ni siquiera parecía algo serio. De todas maneras, Darío le dijo a Lucía que se tomara el día siguiente. Después de todo, los sábados solo trabajaba medio tiempo. Él tenía libres los sábados y podía hacer desayuno y estar pendiente del bebé. "Eres el mejor marido del mundo", fue lo último que le dijo Lucía, antes de dormir.

A la mañana siguiente él se despertó temprano. Lucía seguía dormida. Estaba caliente y respiraba, eso lo recuerda bien. Pasando por la cuna vio que Henry despertaba, así que decidió llevarlo con él para comprar las cosas del desayuno. Se le ocurrió hacer unos burritos que era uno de los desayunos preferidos de Lucía. Compró todo en el mercado popular que hacían por las mañanas de los fines de semana en la plaza: frijoles ya hechos, tortillas, aguacate, queso, crema, tomate, cebolla, cilantro, limón, una pechuga de pollo, lo demás ya lo tenía en casa. Cuando volvió Lucía seguía en el cuarto. Darío no quiso despertarla, así que fue directo a la cocina con Henry a preparar el desayuno. Hizo una ensalada, licuó los

frijoles, rayó el queso y preparó la pechuga en tiritas. De beber, hizo jugo de mora. Dejó todo listo y servido, le preparó el tetero a Henry y se lo dio de una vez, antes de que llorara. Así le daba tiempo a Lucía de despertar. Al menos eso fue lo que pensó. —Es curioso —le decía Darío a Henry— hacemos planes, tenemos expectativas de las cosas, incluso cuando nos levantamos, expectativas de cómo va a ser el día que nos espera—. Su voz empezaba a quebrarse y Henry podía ver cómo las lágrimas empezaban a asomarse en los ojos de Darío— pero no hay nada completamente seguro, cada momento que podemos compartir, cada segundo que todo marcha bien, cada alegría que tenemos, por pequeña que sea, es un verdadero milagro, ahora lo sé… Fui entonces a despertar a tu mamá. Abrí la puerta del cuarto y me quedé ahí parado, llamándola, pero no me respondía ni se movía.

Darío tuvo que detenerse, porque ya el llanto estaba a punto de estallar. Henry ya sabía lo que venía. —Entonces me acerqué a su lado y me di cuenta de que no respiraba —prosiguió Darío—. Tu mamá ya se había ido.

Por primera vez Henry vio a Darío llorar. La persona que de regular tenía un semblante imperturbable, que solo era expresivo lo absolutamente necesario, ahora lo veía derrumbarse, completamente devastado. Era también la primera vez que escuchaba el relato sobre la muerte de su madre. Su conmoción no fue menor a la del hombre que lloraba frente a él. Así, abrazándolo, lloró amargamente también. A veces, nada une más a las personas que el reconocerse como seres vulnerables, imperfectos. Por primera vez y después de mucho tiempo, ambos pudieron compartir la insondable tristeza de haber perdido a alguien amado. Para Henry esta ausencia, este vacío, había pasado a formar una parte medular de su ser y le hacía amar aquello que, de cierta forma, nunca había tenido. Si acaso, recordaba una melodía vaga con una voz femenina que pudo haber sido ella y que a veces volvía en sueños. No sabía si era realmente un recuerdo o su imaginación. No podía comprenderlo bien, pero nunca se había sentido tan cerca a su madre como en este momento.

Después de recuperar el aliento, Darío le pidió el disco de Soda Estéreo a Henry y puso el tema que le dio el nombre. Luego dijo: —Esta canción era una de los temas favoritos de tu madre, de todos los tiempos; cuando empezamos a salir lo escuchaba mucho, luego lo dejó y en sus últimos días lo colocaba varias veces por día; solía tararear la melodía cuando te tenía en brazos. Yo no podía creer lo que pasaba esa mañana —continuó— y me demoré en llamar a la policía; por un momento pensé que moriría ahí con ella, sentía que mi corazón se desvanecía… Nunca he sentido un dolor tan profundo… Lo único que me salvó, lo único que me salva, era saber que tú estabas ahí, Henry; cuando por fin tuve el coraje de llamar a las autoridades me di cuenta de que la pesadilla apenas empezaba; después de levantar la escena, ya que era imposible precisar que la muerte había sido natural, era obligatorio que le hicieran una autopsia.

—¿Porque podía tratarse de un homicidio? — dijo Henry, finalizando la idea.

—Exactamente —respondió Darío—. Era un procedimiento legal obligatorio y, por supuesto, existiendo la posibilidad de que hubiera ocurrido un delito, debía haber sospechosos… Y yo era el primero.

## Capítulo 6

Siempre se había creído muy frágil para este mundo. Quizás por eso lo resentía secretamente cuando constataba que nada la podía romper. Pero no había nada puntual a lo cual pudiera dirigir esa desazón y entonces se sentía como una herida siempre abierta. Todo la atravesaba. Constantemente.

El autobús se acerca a su parada. Se había ubicado en el fondo para tener la mochila cerca sin estorbar a otros. Por fortuna no se llenó mucho esta vez. Apenas quedan algunos pasajeros. Delante de ella se va un señor que ya va medio borracho. Ella ahora se levanta para salir. Siente una tristeza al pasarle de lado a una señora de rostro ausente: algo está pasando donde vive, no quiere enfrentarlo. Ahora le pasa de largo a dos chicas que revisan sus celulares: con ellas es todo lo contrario, van a una fiesta. Se baja del bus, agradeciéndole al conductor.

Sentir no era una elección para ella. Era de lo que estaba hecha. Y no se trataba tanto de los sentidos, aunque estaban involucrados por supuesto. Se trataba de lo invisible. Se trataba de energía, de calor o de falta de calor, de entrar a un lugar y sentir una ola invisible y pesada que te barre aunque sigas caminando. Se trataba de estar a punto de conversar con alguien y saber de antemano que hace poco recibieron una buena noticia. Se trataba de la conmoción que trae lágrimas a tus ojos cuando la belleza irrumpe bajo la forma de un acontecimiento, de algo o alguien... No importaba si grandioso o insignificante. Se trataba de la realidad, en toda su crudeza y desnudez, palpitante, más allá de las palabras, en ese mar caótico e inmensurable que llamamos emociones. Podía estar en un lugar sentada al lado de alguien que no conocía y sentirse feliz o triste, inexplicablemente, para luego darse cuenta de que la otra persona se sentía igual. Más tarde entendería que el sentimiento súbito llegaba porque la otra persona se sentía así.

Ahora empieza a bajar de la loma. Por aquí ya el camino no está pavimentado, pero definitivamente hay un camino. Es claro que por aquí bajan personas y carros por igual. A medida que baja, empieza a atravesar una suerte de bosque. La vegetación es algo densa y hay árboles que se elevan muy a lo alto. Sin embargo, el cielo nunca deja de ser visible. Los sonidos de la naturaleza nocturna empiezan a aparecer: aves, sapos… Los acompaña el sonido de un río que cada vez suena más cercano. Se detiene y toma una bocanada profunda de aire. La retiene y pasan por su memoria imágenes fugaces de su niñez y su adolescencia. Suelta lentamente el aire por la boca. El aire que se respira aquí es único. Se da cuenta de lo mucho que le hacía falta.

De niña era difícil permanecer mucho tiempo en un lugar con mucha gente. La abrumaban. Incluso ya siendo más grande, había ocasiones en las que terminaba con dolor de estómago. Todavía la agota, unas veces más que otras, pero ya ha aprendido a montar esas olas. Esto no quiere decir que evitara a las personas; le gustaba sentirse conectada, formar parte de la comunidad humana. De hecho, todo ocurría como si fuese la gente la que la buscaba a ella. Era increíble cómo atraía gente, siempre. Incluso, en la calle no era nada raro que se le acercara un extraño a contarle algo muy personal, como si necesitaran desesperadamente soltar algo, o que en una fila de gente la eligieran a ella para preguntarle por una dirección o por un lugar. Había un calor, un confort, una brisa que emanaba de ella y que las personas sentían sin darse cuenta, atrayéndolas. Sin duda, siempre fue como una luz, como las estrellas que guían a los navegantes nocturnos, como la luna misma cuando está llena en una noche despejada. De pronto por eso la gente siempre hacía el mismo gesto cuando les decía su nombre, como diciendo "claro, qué otro nombre te iba a dar tu madre sino Lucía". Justo como pasa ahora, mientras la señora que le preguntaba si este era el camino a la playa, le agradece. Era uno de los lugares a los que más le encantaba llegar sobre la faz de la tierra. Sobre todo porque, si se iba a pie, solo se le podía llegar desde la montaña:

atravesar la vegetación de bosque tropical, y cuando se empieza a bajar, ir escuchando poco a poco el oleaje, en la lejanía, y sentir cómo se va insinuando el olor del mar. Para ella era algo casi místico que se hacía más intenso si se llegaba de noche, en luna llena, siendo esta la única guía del camino. Justo como ahora.

Sí. A veces es necesario estar sola. Y la palabra no pudiera ser más apropiada: necesario. Llega un momento en que la carga es muy pesada. Es inevitable. No sabes si lo que sientes realmente viene de ti o de afuera. No sabes si viene de tus aspiraciones, de lo que quieres, si lo tomaste de tu pareja o simplemente estaba flotando en el aire. El afuera puede ser amenazador y no siempre se puede estar sola. Entonces, solo queda construir una muralla con alcohol, drogas, sexo… Una sola que colme esa capacidad de recepción; una sola, para que las otras no puedan entrar, porque siempre están ahí, toda esa información flotando. Ahora que lo piensa, flotar es el mejor verbo con el que podría definir a Darío.

Antes de llegar a la playa hay un pequeño lago donde Lucía ahora está refrescando su rostro. El agua solo puede estarse quieta en un lago o en un vaso. De lo contrario solo conoce el movimiento. Está en su propia naturaleza, moverse por el camino de la menor resistencia. Pero el aire… El aire flota y aunque tampoco conoce lo estático, es invisible; solo lo puedes sentir cuando te acaricia el rostro, o por su susurro en los árboles, o sus acrobacias en las hojas secas y los papeles abandonados de la calle. Sin duda, el aire también ayuda a mover las olas que Lucía tanto ama. Darío sin duda sabe cómo moverla. Pero a veces ella no sabe cómo moverlo a él. Y le desespera. Por eso le tiene rabia al silencio, al silencio que pareciera apoderarse más y más de Darío. El silencio de un globo inflándose que solo suena al estallar. Y estalló. Es primera vez que se pelean de esa forma, con gritos, lanzando cosas, golpeando puertas. ¿Cómo pueden llegar a eso dos personas que se aman? A pesar de todo, Lucía prefiere los gritos al silencio que vino después. Si hay algo que no tolera es que la dejen colgada cuando los ánimos están así de caldeados. Es ahí cuando las emociones se apoderan de ella realmente.

Y la culpa emerge.

Piensa en las cosas que se dijeron y, sobre todo, las últimas que ella le dijo. Solo de recordarlo se le arruga el corazón un poquito. Luego se dice, es una mierda, pelear es una mierda y ya. Porque si él supiera cuánto le duele, cuánto le frustra que no entiendan lo que ella quiere decir, aunque lo repita y lo repita… Aunque trata de no pensar en todo esto, es inevitable.

Ahora puede ver el mar y la playa empieza a descubrirse de entre los árboles y la vegetación. Una mujer llegando sola a una playa, por la noche. No es común.

## Capítulo 7

Desde pequeña supo que el mundo era mucho más de lo que podían ver los ojos, que hay ocasiones en las uno puede saber algo, de repente, sin saber cómo. A veces, la información podía llegar a través de los sueños, como cuando soñó que su abuela se sentaba en su cama y se despedía: a la mañana siguiente su madre le dijo que había muerto mientras dormía. El más allá. Luna empezó a darse cuenta, después de esto, que quizás su hija no era como cualquier otra niña. Podían ser coincidencias, claro, pero eso no les quitaba el velo de misterio.

Una vez, Luna fue a comprar la lotería y tomó tres tickets, según un número que había soñado, otro número del santo del día y alguna otra cábala. Nada más tenía dinero para comprar uno solo y, aunque casi siempre solo jugaba los triples, esta vez el premio era gordo. Con los tres en la mano, a la manera de una mano de naipes, le dijo a Lucía que escogiera uno. No le tomó ni siquiera un segundo a la niña, que sin dudar le dijo que era el de la izquierda. Luna dudó, porque no era ni el número del santo, ni el del sueño, que eran los que le daban más confianza. Ese domingo se escuchó un grito a toda voz en el pueblo. Llorando de felicidad, Luna cargaba a su hija besándola y dándole las gracias. Con el premio, y un pequeño crédito, logró montar el hostal turístico con el que soñaba. Ese hostal con vista al mar. Quizás por eso más tarde Lucía, sin dudar, se dijo que estudiaría idiomas cuando se enteró que existía esa carrera. Creció escuchando *good mornings*, *ça va biens*, *pregos*, *obrigados* y *gute nachts* desde niña. La pequeña sabía ganarse a todos en el hostal. Rápidamente, aprendió a saludar, a despedirse y a decir por favor y gracias en todos esos idiomas. Sin embargo, esa era solo la manifestación social y actual de una habilidad mucho más profunda y que parecía involucrar un lenguaje mucho más vasto y cósmico.

El más allá quizás estaba más acá para ella, pensaba Luna. Esto se hizo más evidente con un caso que resonó mucho en la isla donde creció Lucía, pues era la primera vez que se oía de un asesino en serie de mujeres. "Caronte" lo llamaron los periódicos, porque las víctimas siempre aparecían en la orilla de alguna playa, arrastradas por las olas, como llevadas por el mismísimo barco de la muerte y su nefasto capitán. Ya eran tres las occisas de las que se tenía noticia y las tres en la misma semana. Los patólogos habían logrado determinar que el asesino las golpeaba para poder violarlas. Por último, las soltaba en el mar, inconscientes, y morían ahogadas, no sin antes arrancarles un mechón del cabello. De hecho, la tercera víctima había sido encontrada por Lucía muy temprano en la mañana, cuando apenas salía el sol, porque soñó con una sirena que le pedía ayuda. Se levantó con una angustia que nunca había sentido antes. Salió a la orilla y allí estaba, el cuerpo tostado por el sol de una joven con los ojos dirigidos a un cielo que empezaba a esclarecerse. La sorprendió lo poco que la escena le había horrorizado, a pesar del cuerpo hinchado y las marcas de violencia. Lucía sabía que era la sirena de su sueño pero ya no desesperaba; de ella emanaba ahora una paz que Lucía podía percibir. Esa mañana aprendió algo que nunca olvidaría y que nunca ha logrado entender del todo: aprendió sobre esa extraña belleza que hay en la serenidad de la muerte.

Más tarde, cuando las autoridades se encontraban levantando la escena, mientras Luna les pedía a los agentes más vigilancia en su zona porque estas cosas no son buenas para el negocio, su hija desayunaba en la cocina mientras escuchaba radio con un aparatito portátil que su madre tenía desde hace tiempo. Luna acababa de entrar para ofrecerle algo de tomar a los agentes encargados del caso. Lucía buscaba estaciones, pero se quedó escuchando el ruido blanco por un momento. Los agentes bebían agua mientras veían extrañados cómo la niña prestaba atención a ese ruido. Al notar la curiosidad de los agentes, Luna se dio cuenta de lo que hacía su hija. ¿Mi amor, por qué no pones una estación? ¿Se dañó el aparato? A lo cual Lucía respondió, mami, el señor que las mata se llama Lázaro. Apenas terminó de decir esto,

el aparatito se acomodó y sonaba El Nazareno, del Maelo Rivera: no sé de donde una voz vine a escuchar… Mientras Luna acompañaba a los agentes a la salida, les dijo que hacía pocos años, un hombre llamado Lázaro se había fugado después de matar a su mujer y que por poco mata a su propio hijo también. ¿Por qué no le echan un ojo a eso? les preguntó, yo sé que suena muy raro todo esto, pero háganme ese favor, ¿sí? De hecho los agentes recordaban el caso.

Tres días más tarde, en efecto, la policía dio con el tal Lázaro en una isla cercana. Se había improvisado una "casa" en la cual las autoridades hallaron a una mujer amarrada, todavía con vida, y también los mechones de cabello de las víctimas. Resultó que sí tenía un peñero después de todo.

Para Luna, saber que su hija tenía esas cualidades le causaban preocupación, porque temía que le pudieran causar daño y le planteaba el problema de cómo criarla. Lo mejor que se le ocurrió fue tenerla siempre estimulada, aprendiendo cosas todo el tiempo. Y en esto resultó muy útil tener un hostal, a donde solían llegar personas con afición por actividades muy diversas, desde ajedrez hasta malabares, pasando por el yoga y la música. Y cuando Luna confirmó que disfrutaba mucho hacer todas estas cosas y mantenerse ocupada, entonces pudo estar más tranquila.

## Capítulo 8

—Antes de enterarnos que te íbamos a tener, tu madre y yo tuvimos una pelea fuerte —Darío continuó diciendo—. Nada físico, pues ni en mi peor estado hubiera sido capaz de ponerle una mano encima. Ella… Tu madre era como un bote en el mar… Cuando la abrumaba una emoción fuerte era como si ella misma fuera presa de una tempestad. Nosotros llevábamos tres años juntos y los dos últimos viviendo en este mismo apartamento. Ella quería casarse y tener hijos rápido. Pero yo estaba pasando por un momento difícil, la editorial donde trabajaba había sido absorbida por una multinacional y los nuevos dueños decidieron trabajar con gente que ya tenían. Todo ocurrió muy rápido. Aunque yo sabía que quería independizarme en algún momento, quedarme sin trabajo me tomó por sorpresa… Y a pesar de que lograba conseguir trabajar en proyectos pequeños, estaba ganando una miseria para el momento. Pero tu mamá decía que eso no importaba, que con la herencia que le había dejado tu abuela podíamos comenzar, que seguramente yo conseguiría proyectos grandes muy rápido. Yo en ese momento pensé que era tomar un riesgo muy grande. Los días pasaban y mi situación no mejoraba. Vivía muy preocupado y empezaba a sentirme muy frustrado… Y eso era lo peor para alguien como tu mamá, que lo percibía en el ambiente y le afectaba también… Mi frustración se convertía en la de ella. Y no había sentimiento que le hiciera más daño a tu madre que el de la frustración. Esto se fue convirtiendo en una bola de nieve que explotó una madrugada que llegó borracha, cuando se suponía que esa noche nos encontraríamos en ese lugar de comida italiana donde te llevo a veces para cenar… Yo juraba que a partir de esa cena todo mejoraría. Me había jurado que arreglaría todo y hasta le iba a proponer matrimonio. Ya lo tenía todo preparado, el anillo estaría en la primera copa de vino tinto que nos íbamos a tomar. Quizás fui muy ingenuo al querer planear todo eso en un momento en que nuestra relación estaba tan frágil.

Darío respiró profundamente, retomando el aliento, calmando la guerra que se libraba en su corazón al revivir estos momentos. Miró los ojos de Henry, que eran igual a los de su madre. Luego continuó: —Después de la pelea, tu madre empezó a guardar ropa en una mochila… Y yo no podía sentir otra cosa que rabia, sentía tanta rabia. No fui capaz de ver más allá de mi propio orgullo… Y la dejé ir, completamente seguro de que volvería al día siguiente, arrepentida, completamente seguro de que más nunca querría volver con ella. No hay nada más patético que el orgullo herido de un hombre, porque de alguna manera realmente cree que el universo está en la obligación de repararlo, de resarcir esa herida. Tu madre ni volvió ni llamó al día siguiente. Tampoco el día después. Tampoco el que siguió a ese. Y yo, por más que traté de ocultármelo, por más que traté de convencerme de lo contrario, ya me daba cuenta de que había cometido un error, quizás el peor de mi vida, al dejarla ir. Entonces, tomé una nueva resolución. Me juré a mi mismo que si volvía a tener la oportunidad de verla o escucharla, haría todo lo posible para que lo intentáramos otra vez.

Darío volvió a hacer una pausa, era como si primero examinara la serie de recuerdos que iba a relatar, como para confirmar lo que iba a decir, como no queriendo traicionar la memoria de cada momento que vivió con ella. —Y Dios, o el universo, o sea lo que haya sido, me dio esa oportunidad. Ya no recuerdo bien si fue más o menos de una semana, el hecho es que una noche tocaron el timbre y cuando abrí la puerta era ella. No más de verme noté como se le aguaron los ojos y trató de sonreír, o mejor dicho, quería sonreír, estaba tratando de contenerse. Todo eso no pudo haber sido más de cinco segundos. Y, sin embargo, de pronto porque estaba tan sorprendido de verla, todo lo vi desenvolverse tan pausadamente… Pude ver tan claramente toda esa sucesión de gestos que llegaron a transmitirme lo que había detrás, lo que los movía. Fue entonces cuando supe que estaba salvado. Que lo volveríamos a intentar. Y esto me conmovió tanto que sentí que mis piernas cedían al peso de mi alegría. La abracé de rodillas pidiéndole perdón entre lágrimas,

diciéndole que no había nada que yo hubiera amado más en el mundo, que quería pasar el resto de mi vida con ella y tener todos los hijos que pudiéramos tener… Ella besaba mi cabeza, abrazándola…

Hubo otro silencio. Darío soltó una risa tímida. Y terminó diciendo —Y bueno, pues más o menos nueve meses después naciste tú, Henry. Sin embargo, para la policía la pelea era un elemento de sospecha. También en esa semana llegaron los resultados de la autopsia… Y sucedió lo que menos me esperaba, lo que consideraba más improbable… No sabían, no podían concluir con certeza qué fue lo que mató a tu madre. Técnicamente pudo haber muerto por sofocación. Pero el cuerpo no mostraba signos inequívocos de asfixia. En última instancia, no había evidencia médica para probar que hubiera ocurrido un homicidio. Esto, para la policía, sumado al hecho de que tu madre había heredado una cantidad, aunque no muy grande, de dinero de tu abuela y que tenía un seguro de vida que respondería con una pensión sólida, todo ello les daba a entender que yo saldría muy beneficiado si algo le pasaba a ella. Ellos sabían que mi situación financiera no era muy sólida. Eso les daba más razones para sospechar de mí… Hasta el día de hoy el agente Colmenares debe creer que yo fui el responsable. Tú sabes que a mí no me interesa el dinero. Tu madre lo sabía también. De otra manera, hubiera estudiado otra cosa que literatura… Con el tiempo se dieron cuenta de que no había evidencias que me implicaran. Solo tenían sospechas y conjeturas para las que nunca iban a encontrar pruebas porque yo no lo hice. Algunos médicos dijeron que era posible que el entrenamiento del boxeo pudiera haber impactado fuertemente el cuerpo de tu madre, sobre todo su corazón. Ella apenas terminaba de recuperarse físicamente del embarazo y el parto. Decían que de pronto tuvo una falla cardíaca que la mató. Pero también era solo una posibilidad, no una certeza.

—Desde entonces nada me ha pesado más que no saber qué le sucedió, qué cosa o quién fue el responsable de quitarnos a tu madre. Y no me había dado cuenta hasta ahora de lo mucho que le ha costado a mi salud. Tú lo sabes, yo sé que has tenido que acostumbrarte a escuchar en la escuela que yo estoy loco. Y muy probablemente el que la policía nunca haya dejado de sospechar de mí ha tenido que ver en la opinión que tienen de mí en tu escuela y en esas visitas de los institutos familiares para ver si tú estás bien. Los rumores se esparcen como epidemias.

Darío guardó silencio un momento y se dirigió a la ventana para abrirla y dejar que corriera el aire, como queriendo que esos malos recuerdos salgan también.

—Tu mamá… Ella siempre tuvo una conexión muy especial con todo… No sé cómo explicártelo. Pero quizás no necesite hacerlo, de pronto ya sabes a qué me refiero. ¿Nunca te ha parecido curioso el hecho de que casi siempre adivines quién está llamando cuando suena el teléfono?

Henry asentía con la cabeza, pero continuaba sin decir palabra.

—Pues… Digamos que tu mamá hacía esas cosas también. De repente simplemente sabía cosas. Así como era capaz de adivinar el humor de alguien, o de absorber los sentimientos de una persona, a veces se le ocurrían cosas, o tenía sueños que no sé de qué manera le transmitían mensajes. Al comienzo me costaba creerle… Pero con el tiempo empecé a creerlo posible. Ahora recuerdo que, días antes de que le pasara lo que sea que se la llevó, muchas cosas empezaron a recordarle a su niñez y al lugar donde creció, ¿sabes, la isla?… Sobre todo recordaba con mucho afecto la playa donde tu abuela tuvo un hostal. A veces, le invadía una nostalgia increíble por ese lugar- Una madrugada me despertó, me abrazaba muy fuertemente y me decía gracias, nunca te podré agradecer lo suficiente por haberme salvado. Pero ¿salvado de qué? le decía yo. Y ella me respondió que antes de empezar a salir conmigo en verdad no sabía qué iba a ser de su vida, que en verdad a veces había momentos en los que sentía que desaparecía, incluso acompañados de episodios de catatonia. Ahora que lo pienso, ¿será que sabía lo que iba a pasarle? Justo después de

agradecerme, y antes de volverse a dormir, me preguntó que qué preferiría yo al morir, si ser enterrado o cremado. Yo le dije que en verdad no sabía, que lo que fuera mejor para ustedes Luego ella me dijo, ya quedándose dormida, que ella quería ser cremada y que quería sus cenizas esparcidas en el mar, en la playa donde creció. Así, cuando quisiéramos visitarla, bastaría con ir a esa playa y meternos al agua. Así ella podría abrazarnos otra vez.—Y eso fue lo que hice. Cuando nos la entregaron hicimos un pequeño servicio antes de cremarla. Fueron algunos amigos. Traté de contactar a una señora que era amiga de tu abuela Luna, que conocía a tu mamá desde que era una niña. Pero no la pude contactar. Al día siguiente me fui contigo y con ella, nos fuimos todos a la isla. Y con ambos en brazos me metí al mar y ahí esparcí sus cenizas. Y ahí nos abraza cuando estamos allí. Por eso íbamos tanto a ese lugar, Henry.

Después del largo relato, se estuvieron en silencio un buen momento. Henry procesaba cuidadosamente todo lo que Darío había relatado y este trataba de calmar sus pensamientos. Lo único que Henry dijo en el resto de la noche fue gracias. Le agradecía a Darío por haberle contado todo eso, que fue mucho más de lo que él esperaba.

Antes de ir a dormir, Darío decidió que lo mejor sería sellar algunas ventanas, sobre todo la que daba a la escalera de emergencia. Cuando terminó pasó por la habitación de Henry. Ya dormía. Luego fue a la suya, entró al baño, se desnudó y se metió a la ducha. Mientras se bañaba, se preguntaba si acaso lo que hay detrás de todo esto no son grupos clandestinos ni conspiraciones. Había considerado las opciones más salvajes, pero no la más cercana, la de que todo esto tuviera que ver con la muerte de su esposa, la cual siempre quedó rodeada de tantas interrogantes.

Sale de la ducha. Se seca. Tenía días sin bañarse. Desempaña el espejo y se mira. Sea como sea, todo esto le ha hecho recordar cómo era él mismo cuando Lucía vivía y estaban juntos y ahora sus ojos ven cuánto ha cambiado su apariencia. Ha perdido peso. Estira sus brazos y los observa. Se mira de un lado y de otro, los músculos que mueven su cuerpo son apenas una manta que cubre sus huesos, apenas más gruesos que su piel. Tiene unas ojeras grandes porque casi no duerme. Su espalda se ha encorvado un poco. De su nariz y de sus oídos salen algunos pelos. Varios. Tiene varias canas que no tenía antes, en su barba y su cabello. Su extraña barba se le asemeja a un trapo viejo. Esto le causa gracia. Tiene los labios secos y partidos porque siempre se los muerde. Solo su alma sabe lo mucho que ha cambiado en su forma de ser. Sin duda, en el intento de evadirse de la tristeza ha realizado muchas cosas que el Darío de antes nunca se hubiera imaginado y en este proceso ha inventado para sí mismo nuevos comportamientos, nuevas curiosidades, nuevas dedicaciones, todas las cuales el Darío anterior ignoraba completamente. Este era un Darío comprometido con la humanidad, pero desde la clandestinidad. Ahora le parecía que había causas perdidas que igual merecen la pena defender. Acaso no estén perdidas realmente. En su habitación guardaba tratados para la organización de comunidades autónomas, compilaciones y comentarios de críticas a las instituciones estatales y financieras. Apuntes sobre métodos de siembra urbana y reciclaje. Todo lo cual pensaba soltar por internet y en folletos que dejaría por la ciudad. Pero todavía tenía que terminarlos. También tenía ensayos donde criticaba las posturas y argumentos que los grupos poderosos usaban para implantar sus políticas. Relaciones de datos duros donde exponía las manipulaciones que efectuaban ciertas figuras políticas y empresariales, locales y nacionales, con la finalidad de enriquecerse a costa de la quiebra de miles de familias y personas que no tienen mucho. Todos estos solía repartirlos entre reporteros y medios alternativos, anónimamente. Muchos de ellos habían tenido repercusión local. En cambio, el Darío anterior a Lucía era apático y cínico. Sin embargo, a pesar de estas acciones que sin duda tenían un propósito y un efecto comunitario, él mismo es incapaz del contacto con otros y quizás usa su propia apariencia, andrajosa y taciturna, para que la gente se aleje de él porque en el fondo desconfía de ellos. Cada vez le cuesta más

distinguir la apariencia de la realidad, el mundo interno del externo, la verdad de la mentira. Cada vez se encuentra más enajenado y, paradójicamente, más lejano a la humanidad. Esto compromete sus intentos de lucha por lo que le parece justo. Y si sigue ese camino, sabe que lo único que le espera es una gran oscuridad.

## Capítulo 9

En los días siguientes Darío dejó de ir a la plaza también. Caminaba con Henry hasta su colegio y permanecía cerca, leyendo en un café, mientras esperaba a que saliera después del mediodía. Temía que toda esta situación se intensificara, o peor, que alguien quisiera hacerle daño a Henry. Hoy sin embargo no puede vigilar la escuela todo el día porque tiene que ir al banco.

En el camino, Darío le daba vueltas a la situación de los mensajes anónimos. Duda siquiera que puedan ser llamados mensajes. Y aunque pueda decir que la preocupación que le han generado es producto de su imaginación, o de su mente inestable, le resulta imposible saber si exageraba o no. Además, no puede evitarlo. No puede evitar que le angustie. Había pensado ir a la policía, pero ¿qué les iba a decir? Apenas habían sido dos los hechos y ni siquiera habían sido consecutivos, sino con algunos días de por medio. Darío conoce bien que dos ocurrencias de la misma instancia son suficientes para distinguir un patrón, pero ¿le va a decir eso al agente Colmenares? Sin embargo, los mensajes estaban clara y definitivamente dirigidos a él, aun cuando su significado era incierto. Si le mostraba eso a la policía, con la fama que tenía, era claro que lo despacharían rápidamente. No obstante, le parecía que era mejor no subestimar todo esto. Esa era su conclusión. Por eso tiene que estar pendiente de Henry lo más que pueda. —Malditos bancos... —piensa Darío.

Es extraño pero, por alguna razón que él relacionaba sobre todo con la muerte de Lucía, con el hecho de que trata de reprimir todo duelo por la pérdida, su relación con Henry no había sido lo cercana que debía ser. No sabía tampoco cómo se supone que debía ser. Por otro lado, tenía conciencia de lo mucho que a Henry le ha hecho falta tener una figura materna. Y aunque realmente se preocupaba por él, el afecto que le expresaba siempre era controlado, dosificado. De hecho, desde hace mucho tiempo dejó de llamarle hijo. Solo Henry. Solo usaba ese nombre. Dicen que el primer paso para resolver un problema es reconocerlo, pero en este momento Darío lo pone en duda. De nada sirve saber el problema si no sabes ni siquiera cómo funciona, ni cómo acceder a él. El hecho de que él se mostrara inconmovible con la muerte de Lucía no iba a hacer que Henry sintiera menos su ausencia. Y más importante que todo esto, Henry era lo único que tenía; en verdad, era el único propósito de todo lo que hacía. Si de una forma u otra deseaba un mundo mejor y trataba de hacer algo al respecto, era por él; todo lo demás giraba alrededor.

En el banco, la fila era larga. Se coloca de último. La máquina de números está dañada, como cosa rara. Mira alrededor: todas las sillas están ocupadas. —Si toda esta gente supiera —piensa Darío— la cantidad de plata que no tiene este banco. Sí, claro que seguro dicen que tienen millones de millones. ¿Pero cuánto dinero tienen efectivamente? ¿15 %... 30 % de lo que dicen? Eso es lo que realmente hay en efectivo, en los cajeros, las cajas, cajas fuertes y bóvedas. El resto son dígitos, números en una pantalla, ceros y unos en un código fuente de una base de datos, impulsos eléctricos en un sistema de cables y servidores. Si algo le pasara a esos servidores, o si la base de datos se volviera inaccesible y la información irrecuperable, todo el dinero que supuestamente está ahí desaparecería. Si la gente supiera esto ¿seguirían usando los bancos?... Bah, qué digo, si yo mismo lo sé y aquí estoy.

Darío mira la hora y ve que apenas han pasado dos minutos. La fila ni se ha movido. Sigue igual de lenta. Ahora empieza a contar las personas que tiene adelante:

—Señora de cabello gris,

—Joven con gorro de los *Yankees*,

—Señor calvo,

—Mujer de pelo muy largo,

—Madre con bebé,

—Mesonero,

—Cocinera,
—Mujer,
—Mujer,
—Hombre,
—Sombr…

¿Sombrero gris? El corazón de Darío se acelera. Es él. ¿Qué hacer? ¿Enfrentarlo? ¿Huir? Hay escoltas armados recargando cajeros automáticos. Tengo que asegurarme de que sea él, piensa Darío. Pero al asomarse el hombre se da cuenta y sale corriendo. Darío le grita y sale tras él, pero los escoltas lo detienen. Lo ve en la calle subirse a un auto. Darío les grita a los guardias que lo dejen, que el hombre que salió corriendo ha estado acosando a su familia en las últimas semanas y ahora se escapó otra vez gracias a ellos. —Guarda la compostura —se dice—. Ya no se puede hacer nada. Ve por Henry ya mismo.

## Capítulo 10

La playa iluminada por la luna llena, solamente acompañada por el sonido de las olas. De alguna forma esta escena siempre iba con ella. Quedó tatuada en su alma desde niña, dibujada por los pequeños paseos en los que su madre la llevaba en brazos entonando melodías para hacerla dormir cuando todavía era una bebé; y, por fin, coloreada e impresa en las noches que ella misma pasaba sentada en la arena frente al hostal, preguntándose cuál de las estrellas que veía realmente estaba ahí y cuál ya era una memoria del universo. Pero ¿qué otra niña o niño pensaba en estas cosas?

La pequeña Lucía fue dándose cuenta de que esta conexión con el universo no era algo común. Su mundo interno, tan permeable a lo que vemos y a lo que no, era por ello amplio y profuso. Así, fue entendiendo que las cosas poco comunes tienden a tocar una fibra delicada en las personas. Su sensibilidad la unía a ellas, pero a la vez, la diferenciaba. No podía ser compartido completamente con cualquier otra niña o niño, ni siquiera con cualquier adulto. Ella podía asomarse al templo interno de cualquiera, pero muy pocos podían asomarse al de ella. Podía intuir que esta fibra fundamental era capaz de determinar aquello que las personas eran capaces de aceptar, y por ende, también lo que no pueden más que rechazar. Más tarde, esto mismo la ayudaría a "leerlas". Sin embargo, la dejaba en un lugar muy extraño. A pesar de poder jugar con muchos y muchas otras niñas, quedaba esa porción que debía guardarse, o que no valía la pena compartir, porque no resonaba en nadie más. Una rareza, sin duda, tener don para las gentes, poder ser el alma de una fiesta, pero a la vez necesitar la soledad, sentirse a gusto en ella.

Una noche, la pequeña Lucía soñó que se encontraba en un oasis en el desierto. Por alguna razón, podía pararse sobre el agua y no se hundía. Volaba un cometa que apenas podía ver de lo alto que se había elevado. El viento lo llevaba en una dirección y ella sostenía fuerte la cuerda para que no se le escapara. El viento empezó a soplar más fuerte y casi suelta la cuerda, pero vio que a lo lejos, hacia donde el cometa iba, había otro. Entonces, empezó a caminar en esa dirección. A medida que caminaba por la arena un hilo de agua que venía del oasis la seguía. Así, empezó a ver que el cometa era sostenido por un niño que también estaba en otro oasis, pero a medida que se acercaba el día se convertía en noche. Se despertó y sigilosamente salió de su casa. En la playa no había nadie y corría el viento nocturno de las playas. Caminó hasta la orilla y sobre el techo de una casa, no muy lejos, alcanzó a ver un niño que volaba un cometa, como en su sueño. El niño levantó la mano y la saludó. Ella saludó de vuelta. La brisa por un momento se hizo más fuerte. Al niño, que con el saludo descuidó la cuerda, se le escapó el cometa. Ambos lo vieron navegar la brisa mientras descendía poco a poco. El cometa cayó en el agua, pero no muy lejos de Lucía y las olas lo trajeron hasta la orilla. Lo tomó y recogió la cuerda. Cuando volteó a ver al niño, este volvió a levantar la mano, pero para despedirse. Lucía se despidió también. El niño se bajó del techo y se metió por la ventana de la casa. Lucía miró el cometa y se devolvió con él a su casa. Dejó el cometa amarrado en la reja de una de las ventanas de la entrada antes de volver a la cama. Al día siguiente empezaba clases. Cuando Lucía salió en la mañana para ir a la escuela el cometa ya no estaba donde lo había dejado.

En el salón de clases, antes de empezar, la profesora les notificó que iban a tener un nuevo compañero y que se llamaba Efraín. Cuando el niño entró al salón, Lucía lo reconoció. Era el mismo del cometa. Más tarde ese día, al salir de clases se acercó a ella para decirle que anoche, antes de que lo viera en el techo de su casa, él había soñado que se encontraba con ella en un desierto.

## Capítulo 11

Darío iba camino al colegio de Henry. El hombre del sombrero gris se le había escapado. Le inquietaba el hecho de que haya evitado confrontarlo, de que haya decidido huir sin titubeos. Le parecía que esto descartaba en buena medida las posibilidades de que sus intenciones fueran buenas, de que quisiera ayudarlo o avisarle de algún peligro. Claro, es posible que no quiera que descubra su identidad y que por eso me haya evitado. Quizá trabaja para la misma organización o para la misma persona que me desea eliminar y, si descubren que intenta ayudarme, su vida puede correr peligro también.

Ya se encontraba cerca. Solo le faltaba cruzar la calle y caminar una cuadra más, pero el semáforo está dando el paso a los carros en este momento. Un poco más allá en la misma esquina, una mujer va de la mano con un niño que juega haciendo rebotar una pelota en el piso. Ambos también esperan que cambie la luz. La pelota ha dado en una parte irregular de la acera y sale en dirección a Darío. Él reacciona a tiempo para pararla con los pies y se agacha a recogerla. El niño se ríe y se acerca a él para pedirle la pelota. La señora entonces se da cuenta de lo que ha pasado y mira a Darío. En lo que ve su aspecto se asusta y hala al niño para que sea ella quien le pida la pelota. Darío entiende y con calma extiende el brazo para entregar la pelota. La señora se le acerca con cautela y le agradece. La luz ya ha cambiado y ellos cruzan la calle con apuro. A media calle, la señora mira hacia atrás. Quizás hace un par de semanas algo así le hubiera tenido sin cuidado. Pero ahora, no sabe por qué, lo deja con una sensación amarga.

—Eres un chiste —piensa—. Crees que eres importante pero la verdad es que a nadie le importa si vives o mueres, ni siquiera a tu hijo, no has sabido darle el amor que necesita y por eso vive pegado al computador, sin tener la vida que necesita alguien de su edad, tener amigos, correr, tener una pelea… A los poderosos les vale mierda el mundo, les vale mierda cuando cientos de personas manifiestan en su contra ¿por qué les iba a importar tu vida?, ¿acaso alguna vez un empresario o un político ha tratado de demandarte? No. Y tú sabes muy bien que eso es lo primero que hacen. Y la policía ¿acaso te ha metido preso?, ¿cuándo ha sido la única vez que la policía se ha interesado en ti? Si en verdad el hombre del sombrero gris es real, y te quiere hacer daño o te quiere dar un mensaje, tiene que estar relacionado con la muerte de Lucía. Eso sí es real. Lucía murió. Lucía está muerta, Darío.

Cuando Darío llegó al colegio, Henry todavía no salía de clases. Eso lo calmó. Aprovechó el tiempo para preguntar a la directora si recordaba que algún hombre, mayor que él y con sombrero gris, hubiera estado preguntando por Henry, pero la directora le dijo que no, que nada por el estilo. Darío volvió y esperó a Henry, quien no tardó en salir.

—Lo vi. Estaba en el banco. Se dio cuenta de que iba tras él y salió corriendo. Los escoltas pendejos me detuvieron… En la calle lo vi montándose a un carro y se perdió.

—¿Estaba en el banco?

—No sé si sabía que yo iba a ir, o si fue pura casualidad. El hecho es que se escapó.

—¿Qué hacemos? ¿Vamos a la policía?

—No. Tenemos que recopilar toda la información que podamos sobre la muerte de tu madre. Si esto está pasando realmente, quizá tenga que ver con tu madre.

Darío y Henry llegaron al edificio y bajaron al sótano a buscar el auto. Cuando llegaron, se dieron cuenta de que había otra nota en el parabrisas. Tiene las mismas características de las anteriores, pero esta vez dice algo perfectamente reconocible por ambos: HENRY.

Si había algún resto de duda, ahora resultaba terriblemente claro que los mensajes iban dirigidos a Darío. Sus sentidos empezaron a nublarse, hay algo de borroso en su visión y algo de mudez en lo que escucha, todo lo que ve se aleja y se acerca, como palpitando, su corazón se vuelve a acelerar y su respiración también. Su primera reacción es proteger a Henry, luego mirar alrededor. Hay pocos carros en el estacionamiento, que es pequeño. No hay nadie, es

claro. Darío sube a Henry en la parte de atrás del carro. No quiere correr riesgos. Enciende el motor de su vehículo, cierra los ojos un momento y respira profundo.

Darío sale lentamente del estacionamiento. Sus sentidos aún zumban. Las cosas parecen dar vueltas o moverse rápido a su alrededor. Se pregunta si debería manejar así. Pero si no, ¿qué? Esperar un taxi o caminar hasta la parada del bus es más peligroso. ¿Y si esta persona de los mensajes mató a Lucía? ¿Y si tiene cómplices? Podrían secuestrarlos a los dos o atropellarlos en la calle. Además, la estación de policía no está muy lejos; de ir en el vehículo, les tomaría máximo veinte minutos, si es que hay mucho tráfico. Lucía pudo haber sido asesinada; el responsable, ese hombre y los mensajes pueden ser una trampa. ¿Y si se proponía eso mismo, que salieran los dos en el carro? Por otro lado ¿por qué razón hubiera querido matarla? Darío recuerda que, antes de esa horrible pelea, a veces le invadía una sensación extraña con respecto a ella, como si le ocultara algo, de que había muchas cosas que no le contaba; pero no, Lucía nunca sería capaz de hacerle daño a alguien. Sí, claro que tenía arrebatos emocionales —¿quién no los tiene?— pero ella era una persona fundamentalmente buena y compasiva. Podía tener sus sombras, como todos, pero era incapaz de imaginársela queriendo infligir dolor a alguien, al menos no de manera intencionada ni por el placer de causar sufrimiento... Darío estaba en pánico y absorto completamente en sus cavilaciones. El mundo exterior se había enmudecido para él. Por eso, fue incapaz de escuchar los gritos de Henry, que intentaba avisarle que un carro venía sobre ellos.

Todo transcurre en un vértigo mudo, como si el tiempo entrara en una burbuja. La parte delantera de una camioneta empieza a doblar la puerta del copiloto en el carro de Darío. El vidrio de la ventana estalla y comienza a quebrarse. Algunos pedazos salen volando hacia el interior del vehículo, unos caen en el asiento del copiloto, otros golpean el brazo y el rostro de Darío. El tablero del automóvil se empieza a deformar del lado derecho y el parabrisas también estalla por ese lado. La camioneta entonces se empieza a alejar, proyectando el auto hacia la izquierda. El mundo exterior gira alrededor, aunque en verdad es el vehículo el que está dando vueltas horizontalmente. En circunstancias como estas, en verdad, no tienes ni puedes tener control de tu cuerpo y te mueves dentro del auto a la voluntad de la física más elemental y newtoniana. Ni siquiera te da tiempo de pensar que tu hijo va en la parte trasera y que puede estar muy mal herido. Todo esto transcurre en instantes pero la experiencia lo procesa de una forma muy pura, sin mediaciones. No hay tiempo para la reflexión; solo para la acción y la reacción, para la energía, el movimiento, la inercia… Esta es una violencia sinestésica, capaz de hacerte ver la eternidad del instante y de percibir lo que ya no pasa por los sentidos. Casi se podría decir que es una suerte de nirvana, de iluminación. Dicen que los antiguos maestros zen siempre llevaban un bastón en su mano y no precisamente para ayudarse al caminar. Esta terminaba siendo una función secundaria. El verdadero propósito del bastón era más bien de naturaleza violenta. Cada vez que un discípulo usaba la razón para explicar un *koan*, o para entender el *satori*, entonces el maestro, de manera súbita, golpeaba fuertemente con el bastón la cabeza del discípulo. El objeto de este acto era el de suspender la actividad mental racional. Solo así, cabía la posibilidad de que el alumno vislumbrara la experiencia pura, sin mediaciones, del *satori*, el golpe abrupto del vacío a la mente.

Lo que Darío vislumbró fue el rostro sonriente de Lucía, que, con un susurro estruendoso, le decía AHORA.

Su corazón late rápidamente. Trata de moverse pero las piernas no responden. No tiene tiempo para preocuparse por eso. Mira hacia atrás. Henry está en shock y grita, pero se está moviendo. Grita su nombre y le pide que lo mire a los ojos. Le pide que respire profundo junto a él, a la cuenta de tres. Inhalan. Exhalan. Le pregunta si puede mover sus piernas y sus brazos y el niño le responde que sí. Mira alrededor. Quedaron en el medio de la calle. De un lado, está el parque central. Hay gente que se detiene a ver qué sucedió. Se da cuenta de que

fueron impactados por el lado del copiloto, y que hay una camioneta estrellada en la esquina contra un poste. Al parecer, no hay más carros afectados. Sus piernas… Ahora sí se mueven. Mira al otro auto de nuevo. El conductor se está empezando a incorporar. Sin embargo, se da cuenta de que otro automóvil se ha detenido a ver si el conductor está bien. Ahí está, es el hombre del sombrero gris. —Rápido —se dice Darío—, tengo que sacar a Henry de aquí.

Trata de abrir la puerta pero al hacer fuerza con la muñeca le entra un dolor punzante. —Puede estar fracturada —piensa—. Usa la otra mano y no hay problemas. Mira de nuevo aquel auto, el hombre del sombrero gris se ha bajado. Definitivamente es él.

Darío sale del auto. Hay gente que lo ayuda mientras lo escucha quejarse del dolor. Las rodillas responden con algo de lentitud, pero puede caminar. Abre la puerta trasera y saca a Henry. Lo revisa rápidamente, tiene algunos cortes, pero nada grave, y puede moverse bien. Lo más rápido que pueden se adentran en el parque. Darío voltea. El hombre del sombrero gris abre la puerta de conductor de la camioneta. Darío y Henry siguen caminando hasta unas rocas grandes que se ven relativamente cerca. Se detienen ahí un momento, escondidos. Darío recupera un poco el aliento y se asoma otra vez. El hombre del sombrero gris camina hasta la orilla del camino y mira hacia el parque, buscándolos. Puede verlo sacar su celular y hacer una llamada. Luego, lo ve regresar a su auto, entra y se va.

Darío llama a la policía. —Sí… Emergencias, estoy con mi hijo en el parque central... Acabamos de tener un accidente… Sí, estamos heridos… Tuvimos que abandonar el carro porque hay alguien que nos quiere matar… Sí, estamos cerca…

El peligro ha pasado. Por fin puede sentarse y estirar las piernas. Henry se sienta a su lado. Ambos miran a lo lejos a unos muchachos jugando fútbol en el parque. Ambos sintieron ese asombro ante el mundo: que aunque sea un solo lugar, puede tener personas muy cerca viviendo circunstancias completamente diferentes.

—Debería hacer algún deporte… —dijo Henry.

—Somos dos.

Las sirenas de la policía empezaron a escucharse.

Darío volteó a mirar hacia la calle. Vio que había gente hablando con la policía, señalando en su dirección.

—Entonces el tipo del sombrero gris sí nos quiere fuera del mapa, ¿no? —preguntó Henry.

—No estoy seguro todavía. Yo creo que sí, pero la persona que nos chocó no era él. Aunque sí, apareció luego y se bajó a mirar la camioneta que nos dio. No sé si conocía o no al conductor, si era parte de un plan o no.

Llegaron unos oficiales.

—¿Son los del accidente? ¿Los del Chevette?

—Sí, señor —dijo Darío.

## Capítulo 12

Los oficiales ayudaron a Henry y a Darío a levantarse. Caminaron hasta el lugar del accidente, donde había ambulancia. Darío miró a la camioneta. El conductor ya no estaba.

—Tenemos que llevarlos al hospital. Es parte del procedimiento —dijo uno de los paramédicos.

Una vez ahí, revisaron a Henry, quien afortunadamente estaba bien. Darío se había fracturado la muñeca izquierda y hubo que ponerle un yeso. Mientras terminaban de ponérselo, llegó alguien a quien Darío no estaba muy contento de ver.

—Pero si es el señor Darío Blass. -dijo el agente.

—Colmenares...

—¿Cuál ha sido su última aventura?

—Señor policía, la cafetería no queda por aquí —dijo Henry.

—Vaya… Tiene garra el chico ¿no? —replicó el agente—. Colmenares… Agente Colmenares.

—Bueno, Agente Colmenares —retomó Darío—. La verdad es que me alegra que haya llegado. ¿Tiene alguna idea de quién es la persona que nos golpeó?

Colmenares exhaló, un poco desconcertado de no poder seguir bromeando un poco.

—Creo que basta y sobra con decirle que se trata de un sujeto que conducía en estado de ebriedad. No tiene antecedentes.

Esta información calmó un poco a Darío. Quizá no era un cómplice después de todo.

—Agente Colmenares, hay un hombre que creo que quiere hacernos daño. No lo conocemos. No sabemos de dónde salió ni quién es. Pero nos está acosando. Deja notas que no sabemos qué significan. Pero ya van tres y la última solo tenía el nombre de mi hijo. La conseguimos en el parabrisas del auto, justo antes de salir y que nos estrelláramos con la camioneta.

—Ya estaba esperando la historia asombrosa, señor Blass. Me dice que los quiere matar. ¿Con qué? ¿Con papelitos?

—Puede estar relacionado con la muerte de mi mamá —interrumpió Henry. Darío lo miró como si hubiera revelado mucha información.

Colmenares miró al chico. Su semblante cambió. Parecía que ahora sí iba a empezar a escuchar con atención.

—¿Cuándo empezó esto?

—Hace más o menos dos semanas —explicaba Darío—. Las dos primeras en la plaza frente a la biblioteca central y la última la dejó en el parabrisas del auto, en el estacionamiento del edificio donde vivimos.

La doctora terminó de poner el yeso. Darío tenía las notas en su billetera y le pidió a Henry que lo ayudara para mostrárselas a Colmenares. Este, cuando las recibió, no supo qué hacer de ellas.

—¿Y cómo le entregó las dos primeras notas?

—La primera vez yo estaba sentado en uno de los bancos de la plaza, los del área circular. Yo estaba haciendo tiempo antes de volver al apartamento. Él se vino a sentar en el mismo banco. Yo no alcancé a detallarlo bien, pero sí pude ver que usaba un sombrero gris y que vestía con ropa que parecía vieja. Yo no le presté importancia porque no hizo ningún tipo de contacto conmigo. Yo me distraje un momento y ya no lo volví a ver. En su lugar, vi la nota que dice MORTET. La segunda vez, la dejó en un libro que yo estaba leyendo, pero no sé cómo porque nunca me di cuenta. Volví a verlo en el banco después, no sé si por casualidad o qué. Pero tenía la misma pinta, sombrero gris y ropa vieja.

Darío podía ver que Colmenares estaba muy escéptico con respecto a su relato.

—Así que sombrero gris.

—Sí. Es más, lo vi después de que sucedió el accidente. Por eso, Henry y yo estábamos escondidos en el parque. Vi que venía por el canal donde quedó la camioneta, se bajó de su auto y abrió la puerta del conductor de la camioneta, para ver cómo estaba el que manejaba. No sé si se conocen. Pero puedes confirmar con el que manejaba.

Colmenares se comunicó con los compañeros que trataban con el otro conductor para confirmar la información. Luego se ofreció para llevarlos.

En el camino, los compañeros se comunicaron nuevamente con él para darle razón. El hombre sí recuerda haber sido interpelado por alguien de sombrero gris, pero nunca lo había visto en su vida. Y, a juzgar por las otras preguntas que hicieron los oficiales, no pareciera estar mintiendo y tampoco parece tener motivos para hacerlo. Se trata de un tipo que tuvo un muy mal día. Fue despedido hoy mismo de su trabajo y decidió que lo único que podía hacer era emborracharse.

Sin embargo, lo que seguía inquietando a Darío era qué iba a pasar ahora. Le argumentó a Colmenares que parecía obvio que iba a aparecer de nuevo, pero ¿de qué forma? Además, todavía no queda claro qué es lo que quiere. Si el que los chocó no tenía nada que ver, no queda descartada la posibilidad de que quiera lastimarlos, pero tampoco es la única conclusión posible. Colmenares le explicó que, por el momento, dada la información que tienen, no hay mucho que puedan hacer. Lo único sería revisar los documentos relativos a la muerte de su esposa y estar vigilantes a la presencia de cualquier sujeto que encaje con el perfil del hombre de sombrero gris.

—¿Pero no hay nadie que pudiera darnos más información sobre la vida de su esposa antes de conocerlo, Darío?

Darío se quedó un rato pensando. Acaban de llegar al edificio.

—¿Nada? —dijo Colmenares— ¿Amigos, familia, amigos de la familia? No importa qué tan lejano pueda ser el nexo. Trate de recordar.

El agente le entregó a Darío una tarjeta de contacto.

—Lo único que se me ocurre es preguntar en la escuela de idiomas modernos, en la universidad. Debe haber varios profesores que la recuerdan, sin duda. De pronto hasta hay compañeros de estudio que están dando clases ahora.

—Eso fue lo que hice hace años, cuando acababa de suceder todo —replicó—, pero volveré a hacerlo. Ha pasado mucho tiempo y, es verdad, puedo conseguir personas que no interrogué aquella vez.

Darío bajo del carro y abrió atrás para que saliera Henry. Se despidieron del agente, quien se quedó esperando a que entraran al edificio. Caminando hacia la puerta, Henry le preguntó si no había alguna tía, o alguien que viviera en la isla que hubiera conocido a su mamá. Darío se detuvo y lo miró. Ha recordado algo.

Colmenares ya estaba empezando a avanzar pero escuchó los gritos de ellos, llamándolo. Volteó para confirmar y los vio haciendo señas con los brazos en alto. Retrocedió y bajó la ventana del copiloto.

—Cuando fue la cremación —Darío empezó a explicar— yo traté de contactar a todas las personas que yo sabía que conocían a Lucía, es decir, a los que me era posible contactar porque ella tenía amigos como por etapas. Traté de contactar a una señora que había sido amiga de la mamá de Lucía y que la conocía desde niña. Se llama Marina. No recuerdo el apellido. Solo sé que llegó a trabajar con la mamá de Lucía en su hostal, en Playa Encantada. Nunca pude dar con ella. Me dijeron que hasta hacía poco vivió allí, pero que se había ido, no sabían a dónde.

—¿Existe la posibilidad de que pueda averiguar el apellido de esa tal Marina? ¿Quizá algo que Lucía haya dejado en el apartamento?

—Voy a revisar ahorita mismo y le aviso cualquier cosa.

Colmenares partió.

Darío y Henry subieron al apartamento. Henry entró a su cuarto un momento. Darío se disponía a buscar en la sala cuando sonó el teléfono. Sus sentidos se pusieron en alerta. Henry salió de su cuarto al escucharlo también. Darío tomó el teléfono y lo dejó sonar unas veces más. Miró el indicador de la llamada, pero decía número privado. Respiró profundo y se llevó el auricular al oído.

—¿Aló?

## Capítulo 13

Lucía se había prometido que no volvería a ver a Efraín. Sin embargo, ahora que camina sobre la arena blanca y fría por la noche, mientras comienza a cruzar a lo largo la orilla de la playa, piensa que no era tanto una promesa como una sospecha. Jamás pensó que volvería a saber de él y ciertamente cortó todo tipo de contacto o nexo con él. De hecho tenía muchísimo tiempo que ni siquiera pensaba en él. Ella había logrado entrenarse para no mirar atrás en lo relacionado a alguna parcela de su vida, sean relaciones, personas o momentos. Si no lo lograba, buscaba la forma de al menos quedar en paz con ello. Pero en el caso de Efraín sí lo había logrado.

Si Lucía era aire, Efraín era fuego. Si Lucía podía ser una tempestad, Efraín podía ser un incendio forestal. Pero también podía ser una fogata en una noche fría, o una antorcha en la oscuridad. Había un lado cálido que fue el primero que Lucía conoció cuando eran niños. Era una cualidad que admiraba porque era un niño que no tenía padres. Lo crió una tía que llegó a ser muy amiga de Luna. Lo único que llegó a saber Lucía era que un accidente los había separado, pero hasta ahora no sabía qué era lo que sucedió con ellos exactamente. Ni siquiera Efraín lo sabía.

Ella sabe que las cosas tienen una manera de darse que nunca llegaremos a entender bien. Pero nunca deja de asombrarle. Hay momentos en que tu mayor deseo es encontrarte con alguien, pero no se da. Qué más quisiera ella que poder hacer desaparecer ya mismo la rabia y la frustración y estar con Darío. Pero no puede. No sabe si realmente ya todo terminó entre ellos. Pero tampoco sabe si continuará. Y hay otros momentos en que no tienes el menor deseo de ver a alguien. Y sin embargo, todo sucede de tal forma que te ves casi obligada a hacerlo. Ella venía esperando estar sola porque necesitaba venir, recuperar energías, despejar el alma y la mente, renovarse para entonces saber qué hacer. Incluso se alegraba de que pudiera ver a Marina. Cuando le avisó que Efraín también había llegado hacía poco le dio un poco de rabia. Se iba a ver obligada a encontrárselo. Por eso le dejó claro que si venía, solo sería en plan de amigos. Que entre ellos ya no hay nada que buscar, ni rescatar. Él le dijo que estaba bien, que él sabía, que solo necesitaba alguien con quien hablar. Ella se consuela pensando que, de pronto, esta es una buena oportunidad para dejar todo en buenos términos.

En el fondo, muy en el fondo, en esa zona recóndita del alma donde somos capaces de ignorar ciertas verdades, en esa bóveda que guarda confesiones esperando ser escuchadas, ella sabe perfectamente que él iba a decir eso. Era capaz de decir cualquier cosa, capaz de aceptar cualquier condición con tal de que le permita volver a verla, volver a escuchar su voz. Porque ella sabe que Efraín no puede dejar de amarla. Pero también sabe que su amor es un agujero negro del cual debe cuidarse. Es eso mismo lo que los separó hace ya cuatro años o más.

Lucía se detiene a descansar un momento. Suelta su mochila y se sienta en la orilla, estirando sus piernas, dejando que el agua toque sus pies únicamente. Se siente opaca. ¿Será bueno mutar tanto como lo hace? ¿Hasta qué punto la Lucía que conoció Efraín es la misma que ha conocido Darío? Porque ellos son muy distintos. De Efraín la separó ese insaciable pero asfixiante deseo de ella… Mas de Darío la separa su… Lucía no lo quiere admitir pero, secretamente accede a ver a Efraín porque ella cree que Darío, con su frustración, ha dejado de hacerla sentir deseada. La frustración de él se vuelve la de ella porque no sabe cómo arreglar eso que le parece que se ha roto. Su frustración es el síntoma de un temor profundo y que, para ella, está en la base de todo, porque implica la posibilidad de que realmente exista o no el amor. Lucía se enfoca en su respiración. Su mundo interno es una tormenta en este momento.

Pero tampoco puede ignorar su conexión con Efraín. En la infancia, en esos breves años antes de separarse durante la adolescencia, era el único niño con el cual podía compartir ese pedazo que guardaba para sí, ese pedazo que comprendía los sueños, los mensajes, todo eso que la razón no podía explicar. Porque Efraín también tenía ese raro don, el de ser una antena del cosmos. Pero en su caso, decir que era un don o una bendición era una broma muy cruel. La palabra que él siempre usaba era —maldición—. Sufría la maldición de sentir más allá de los sentidos. Lucía recuerda que, siendo niños, Efraín le contaba sobre pesadillas terribles que tenía, muy parecidas a la que ella tuvo con la sirena, pero en el caso de Efraín eran simplemente mujeres, mujeres que morían ahogadas en el mar, en la más espantosa desesperación. Por eso, lo que para Lucía causaba el efecto de una comunión con la humanidad, para Efraín significaba el exilio, o la brecha de una separación irreconciliable con su propia especie. Y era ahí donde aparecía el rol de Lucía, como el único puente, el último que quedaba, con la humanidad. Al menos eso fue lo que le dijo a ella, hace mucho, cuando eran novios. Por eso no había manera de que la olvidara.

Saber esto era peligroso para Lucía porque, si su mayor virtud era su infinita compasión, esa también podía ser su más grande debilidad. Esa era la zona de su alma que tocaba Efraín. ¿Cuánto puede darse ella al mundo sin que el mundo la devore? ¿Dónde está la línea que separa la compasión de la vanidad de sentirse necesitada? ¿Y dónde está la línea que separa el sentimiento de la manipulación? La adoración que él le tenía irradiaba una luz cálida, pero detrás de esa luz, prendida de esa luz como un parásito, ella sabía que habitaba una oscuridad gélida. Porque no era una oscuridad que viniera desde el centro del alma de Efraín, sino que la traía con él, como si viniera arrastrando un peso que no podía soltar.

Cuando se separó de él estaba feliz de recuperar su espacio. Sin embargo, la capacidad que tenía para controlar esa ósmosis entre lo de afuera y lo de adentro había quedado completamente trastocada. Ella era más vulnerable que nunca. No extrañaba para nada a Efraín, pero se hallaba en un desierto inmenso y sin brújula. En esos momentos le parecía que solo existía para no vivir. Era entonces cuando el mundo se volvía insoportable y deseaba la muerte. Era entonces cuando la vida le parecía absurda y por ello trágica, cuando la humanidad le parecía sin remedio, la esperanza se desvanecía y la luz de su alma descendía bajo tierra a donde ni ella misma la podía ver ni sentir, en el centro gris del abismo.

Ese abismo era lo que Lucía más temía, por su fuerza oscura e inexplicablemente atrayente, capaz de arrastrarla a pesar de sí misma, a pesar de no querer sucumbir a él y la hacía pasar horas completamente ausente, sin mover un dedo, buscando algo, un sentido, un propósito, un significado, una razón, una respuesta, o una persona, un rostro, una palabra, un recuerdo, una melodía, un color, un sonido… Algo… Lo que fuera… Pero no conseguía nada. Ese abismo lo iba chupando todo y ella se sentía desaparecer. Así cualquier oportunidad que se presentara para evadirse de esa nada la aprovechaba sin dudar, buscando sentir algo o no sentir absolutamente nada, ya fuera a través de sexo con extraños o extrañas, orgías en fiestas, drogas, beber hasta la inconsciencia… Y así fue descendiendo en esa espiral.

Habiendo perdido la esperanza en sí misma y el recuerdo de lo que era, estaba dispuesta a entregarse al abismo. Recordó que Efraín alguna vez le habló de una planta cuyo extracto en dosis altas era mortal. Ya había decidido el día. Sería después del último trabajo que tenía programado en la embajada de Italia. Su último compromiso con la humanidad, hacer de traductora a un escritor que iba a bautizar un libro. Tomaría unos cuantos vinos. Disfrutaría por última vez de las conversaciones, los chistes y las risas, quizá hasta podría tener sexo por última vez. Y por fin, cuando llegara a su habitación en la madrugada, le daría fin a todo.

Sorpresa para ella, sus planes cambiaron. Esa misma noche se reencontró con alguien de la universidad que conocía muy poco y que, a pesar de ello, siempre le había transmitido algo bonito. Darío.

Aplazó la fecha fatal una noche más, pero los encuentros con él, poco a poco, fueron haciendo desaparecer la idea mórbida de su cabeza.

## Capítulo 14

Henry vio a Darío sosteniendo el teléfono en su oído, pero no decía nada. No había ningún tipo de reacción de su parte. ¿Le estarán diciendo algo? Se acercó y se miraron. Darío tiene una expresión de shock. Algo ha pasado. Quizá era la policía. Darío está bajando el teléfono y Henry lo toma. Mira el indicador. Tiene llamadas perdidas. Se acerca el auricular al oído. Solo escucha el tono de la línea. Revisa las llamadas. Todas dicen "número privado".

—¿Quién era? ¿Qué te dijeron? —pregunta Henry.

—Era la voz de un hombre —dijo Darío. —Solo dijo "sé quién fue".

Esta era, sin duda, la respuesta que menos se esperaba Henry. Había tanta información, tantas cosas que había ignorado de su madre durante todos estos años. Y en solo unos cuantos días caía toda esta avalancha de confesiones y de relatos. Apenas podía procesarlo. ¿Sé quién fue? ¿Cómo que "sé quién fue"? —Darío está convencido que todo esto tiene que ver con mamá —piensa Henry—. ¿Pero entonces… la mataron? ¿Alguien la mató? La misma persona que ha dejado todos estos mensajes debe haber sido la que llamó. El teléfono lo pudo haber conseguido en un directorio. Y sabe también dónde vivimos. Ya sabía quién era Darío, solo así pudo haberle dejado los mensajes anteriores. El teléfono de acá es lo de menos. ¿Cómo supo quién era Darío? ¿Lo conocía? Pero los amigos comunes de Lucía y él ya están descartados. Darío dice que nunca ha visto a este tipo del sombrero gris. —Si de verdad conocía a mamá desde hace tiempo y mi papá no, no hay manera de saber quién es, porque tendría que ser alguien que Lucía mantuvo oculto. Pero puede ser que no los conociera a ambos.

Henry pensó: —Internet… Espérame aquí, Darío —dijo.

Fue a su cuarto y prendió el computador. Abrió todas las cuentas relacionadas con su presencia en la red. —Sabe quién es Darío —pensó Henry— y también sabe quién soy yo, porque el último papel que nos puso tenía mi nombre.

Henry se fija en que tiene un mensaje en uno de sus correos. Es su contacto de la *deep web*. Pero tampoco sabe nada de las palabras. Casi apaga la computadora cuando se da cuenta de que ha olvidado revisar su blog. Abre la página, abre su cuenta: tiene un mensaje anónimo en la última entrada que escribió. Abre la entrada.

El mensaje dice:

Une las piezas… La historia ya está contada...

## Capítulo 15

Darío apenas salía del estupor de la llamada y este mensaje termina de sacudirlo. Todo el panorama ha cambiado. Ninguna de las suposiciones que había enmarcado los últimos acontecimientos de su vida tenían sentido ya. Y, aun así, todavía no llegaba a vislumbrar el alcance. No era una simple vuelta de tuerca, donde ese demonio que sus temores habían fabricado —ya se daba cuenta— ahora cambiaba de rol y de disfraz, para convertirse en la versión retorcida de un ángel, apareciendo para asomar la posibilidad de una verdad totalmente devastadora. Ahora se ríe por alguna vez haber dudado de la realidad de ese ser.

Esa historia que Darío había construido durante doce años, con tanto cuidado y celo, que lo había transformado en esta persona que es ahora; ese castillo de naipes que resguardaba el dolor de una pérdida absurda y sin sentido, con solo una llamada, solo tres palabras, se había derrumbado. Y el colapso traía la promesa de una respuesta, una razón, una causa para la muerte de Lucía. Qué ironía, pensaba Darío, aquello que tanto quería, aquello que le parecía era lo único que le permitiría —si acaso lo lograba— hacer la paz con su fallecimiento, saber por qué murió, cuál era la causa de su muerte, ahora le era concedido. No obstante, como se presentaban las cosas, Darío mucho se temía que lo que encontraría en el fondo de esta caja de Pandora no iba a ser paz. Lo único que podía saber con certeza es que ahora tiene más preguntas que antes. Y más emociones. Ahora, empieza a nacer en él una rabia que rápidamente se va transformando en inquina, en furia. Ahora, la posibilidad de que Lucía hubiera sido asesinada cobra mayor peso, aunque de inmediato Darío no supiera quién pudo haber sido ni por qué. Pero no le hacía falta saber las respuestas para reconocer que no iban a ser fáciles de asimilar ni de entender, porque no puede haber razón apaciguadora detrás de un homicidio premeditado. Menos, si se lo quiso hacer pasar por muerte natural. Menos, si el homicidio no dejó ningún rastro de la persona que lo perpetró.

El escenario se oscurecía más. Darío quiere que el mundo desaparezca y que nada de esto esté pasando. Aunque sea por un momento. Entonces, cierra los ojos. Durante años se disciplinó para olvidar, en lo posible, a la mujer que ama y que perdió. Aprendió a dominar cualquier intrusión de su memoria. Y en los últimos días había sido testigo del resurgimiento de recuerdos que había olvidado cuánto amaba. Ya basta de eso. Más vale sumergirse en las evocaciones.

Todavía recuerda esa extraña sensación la primera mañana después que regresó Lucía. Un día, la persona que amas está en tu cama y eres incapaz de imaginar su ausencia. Al día siguiente, ya no está y lo que parece mentira es que haya vivido contigo. ¿Por qué la realidad de la soledad y el dolor te parece más contundente que la de la alegría? Luego vuelve, aparece de nuevo y no puedes creer haber sobrevivido sin ella. Sientes que tu suerte es única. Allí está ella, abrazada a ti, desnuda, apenas cubierta por una manta. Te despiertas sin cansancio, porque de cierta forma has querido despertar. No sabes la hora exacta, pero sabes que es muy temprano. Ella todavía huele a playa. Seguro estuvo en la isla. Tenía mucho tiempo sin ir. Por un momento, Darío pensó que Lucía nunca volvería a la isla. Solía hablar de ella cuando empezaron a salir. Pero hubo un punto en que dejó de hacerlo. No le sorprendió, realmente, porque ella mutaba, se reinventaba constantemente. Cambiaba de corte o de color de cabello, o ambos, su vestimenta siempre iba variando también. Y no volvía atrás. Por eso, pensó que no volvería a verla en su cama, así, como esa mañana. Recuerda cómo sintió su piel esa noche, el calor de su tacto, el magnetismo de ese cuerpo, sentir sus labios, su lengua, el estremecimiento mutuo al fundir sus cuerpos. Al día siguiente, decidieron que se casarían cuanto antes.

Ahora recuerda la primera vez que fueron juntos a la isla, ese primer atardecer, cuando él estaba sentado en la orilla y ella en el agua. La arena blanca en la que se hundían sus talones, la playa azul y cristalina, tinturada levemente por el sol que caía; un cielo coloreado con

tonalidades delirantes, con la luna que ya hacía presencia y las estrellas que poco a poco empezaban a insinuarse; ambos mirándose, diciéndose todo lo que las palabras no alcanzan a expresar. Recuerda a Lucía saliendo del agua, completamente dorada por la luz, como bañada en oro, recuerda toda la belleza que ella le revelaba en ese momento mientras iba a su encuentro, recuerda la felicidad plena que sentía, la perfección de toda esa tarde. Quería vivir por siempre ahí, en ese momento, junto a ella

Pasan los días. En un momento, tu mujer duerme y, en otro, la encuentras muerta. Pasan los días. Pero ya no es como en la separación, que el haber estado juntos parece más un producto de la imaginación que una realidad pasada. No. Ahora la ausencia es lo que no se puede creer. Ahora la muerte es lo que parece producto de la imaginación, de una pesadilla.

Darío abre los ojos.

Prefiere creer que Lucía decidió desaparecer pero que, en algún momento, algún día, volverá. Sabe que la burbuja está a punto de romperse. Que tarde o temprano eso va a suceder. Pero va a hacer lo posible para que no pase hasta que desentrañe completamente este acertijo, hasta que obtenga las respuestas que este extraño, que este anónimo, dice tener. Solo después de ese golpe —no importa lo duro y mortal que pueda ser— podrá enfrentar la verdad, sea cual sea.

—Sea quien sea —piensa Darío— sabe quién fue y ya nos dio las piezas de la historia. De pronto, nuestro error fue buscar el significado de las partes; estábamos tomando las sílabas por palabras, las notas por acordes. MORTET, RUA10, HENRY. Si estas son las piezas, entonces debe haber alguna forma de juntarlas de manera que puedan apuntar a algo y así tener algún sentido.

Darío entonces empezó a unir variaciones de a dos términos de estas tres variables y se las fue dictando a Henry para que las buscara por internet. Después de varias búsquedas una pista resultó clara porque se repetía varias veces: Monterua 10, un sector relativamente nuevo de la ciudad.

Al fin aparece un lugar en el que, al menos, pueden intentar obtener más información. Esto renueva un poco los ánimos de Darío, pues es lo más cercano que han tenido a una pista en días. Ahora, un cansancio como de siglos cae sobre él y cae en cuenta de lo largo y extenuante que ha sido ese día. Ya no le quedan energías y de ninguna manera podría ir a Monterua en este momento. Mañana. Mejor mañana.

Henry se quedó dormido sobre la cama. Lo ayuda a cubrirse con la manta y va a su habitación. Se desnuda y se tira en la cama. Intenta pensar en cómo será el itinerario de mañana, pero cae dormido, rendido.

## Capítulo 16

Mientras cada ola que llega a la playa le trae recuerdos, Lucía ahora puede ver lo que alguna vez fue el hostal de su madre. Ha cambiado bastante. Lo tomó un hotel de cadena y, en la gerencia, ahora trabaja la tía de Efraín. Ella sí volvió. Hace mucho tiempo se fue con él a vivir a la costa, pero en tierra firme. Todavía ellos eran niños. Lucía permaneció en la isla hasta terminar la secundaria. Años después, se habían vuelto a encontrar en la capital cuando Lucía todavía estudiaba en la universidad.

Efraín aparece en sueños primero —piensa Lucía—. Luego aparece en la vigilia.

En los años de la universidad, recuerda que iba a presentar un final. Aunque no le preocupaba lo que pensaran las personas de ella, se esforzaba por tener las mejores notas. Y por supuesto, los profesores, en general, la adoraban. Pero en esta ocasión no había podido estudiar lo suficiente, así que el examen la tenía ansiosa. Cuando se echó a dormir, se soñó en un salón de clases muy grande. Ella estaba sentada en las últimas filas. La profesora sentada en el escritorio se veía a lo lejos, empequeñecida por la distancia. Tenía una hoja en su pupitre, Lucía tenía la hoja del examen, pero por más que la revisaba no veía ninguna pregunta o indicación en ella. Luego, de la nada, sentado al frente aparece Efraín que se voltea y le ofrece una hoja de color rojo con un lapicero. Sin hacer preguntas, tomó la hoja que tenía unos garabatos y estos eran las preguntas del examen. Sin embargo, cada vez que escribía sobre el papel, las palabras empezaban a aparecer escritas en su cuerpo.

Al día siguiente, le fue regular en la prueba. Pero en el autobús de camino a casa se subió un hare krishna vendiendo libros. Al principio, Lucía no lo reconoció. La ropa, el corte, los años sin verse. Pero Efraín no demoró nada en saber que era ella, a pesar de los *piercings*, del pelo corto y verde. Aún recuerda esa emoción al darse cuenta de que era él. No era que se hubiera olvidado de Efraín, pero definitivamente no estaba ocupando sus pensamientos en esos días; más bien, estaban dedicados a palabras, lecturas y un profesor que no sabía cómo quitarse de encima.

Lucía escuchó conmovida cómo Efraín había terminado en ese bus, vendiendo libros de sabiduría oriental. Ella misma estaba, precisamente, empezando a leer sobre esos temas, especialmente sobre budismo. Podía sentir la alegría inmensa que había producido su encuentro en él. Las pupilas dilatadas, todo su cuerpo dirigido hacia ella mientras le hablaba, acompañando su discurso con los brazos y las manos, mirándola a los ojos todo el tiempo. "En este momento —pensó Lucía aquella vez— para él yo soy la única persona en este bus, es como si me hubiera estado buscando todo este tiempo". La historia de Efraín, de alguna manera, la podía intuir y su relato solo fue una confirmación: problemas con drogas, delincuencia juvenil, un tiempo viviendo en la calle hasta que los krishna lo rescataron. Lucía se sintió un poco culpable por no haber tratado de contactarlo antes; después de todo, habían tenido una conexión única en la infancia, pero la vida universitaria te muestra tantos tipos de personas... Conoció otros como ella, pero no era lo mismo. Efraín alcanzó a ver cómo esa culpa se asomaba en la expresión de sus ojos y terminó su historia diciendo que en verdad estaba agradecido por cómo sucedió todo, las cosas que le habían pasado, las decisiones que tomó, porque todo eso lo llevó a este momento, en este bus, hablando con ella después de tantos años. En ese momento, Lucía supo —y probablemente Efraín también— que iban a enamorarse el uno del otro. Quién sabe si por mucho tiempo o por poco.

Al comienzo, ella pensó que sería por mucho; eso es lo que hubiera querido porque la intensidad de las emociones que sentían ambos era nueva, resonaba en el otro. La pasión los desbordaba y se la daban a beber del uno al otro, ofreciéndose sin restricciones. Ni siquiera se preocupaban por definir la relación o por darle un nombre, solamente esperaban el momento en que se encontrarían. Efraín parecía inspirar mucha confianza a Lucía y siempre aceptaba sus condiciones. El delirio intenso en el que estaban la hizo creer que duraría mucho, porque

así somos los humanos, queremos que dure y permanezca. A los cuatro meses, ya se consideraban pareja. Sin embargo, eso coincidió en los días en que ella tenía que hacer muchas entregas. Estaba realizando la tesis y no podía verse con Efraín mucho.

Fue entonces cuando ella empezó a notar cambios en él. Dejó por completo a los krishnas. Se obsesionaba con ella. La llamaba a cada rato y le dejaba mensajes, porque creía que Lucía lo estaba evadiendo, diciéndole cómo no podría vivir sin ella, que quiere tenerla para toda la vida. Y esa palabra —tener— era la que Lucía no podía soportar, porque no podía, no quería, sentirse como algo que otra persona tiene, como un objeto poseído por alguien. Y así era, él se mostraba cada vez más posesivo y Lucía iba siendo testigo de cómo cada vez iba viendo menos y menos personas, amigos, amigas, cómo la gente cada vez la llamaba menos. Las pocas veces que lograba estar con Efraín en grupo, cuando desviaba por un segundo su atención para hablar con otra persona, Efraín le dirigía una mirada de castigo que Lucía cada vez toleraba menos.

Con Darío era todo lo contrario. En estos últimos días antes de separarse, a Lucía le daba la impresión de que no le importaba lo que ella hiciera. Paradójicamente, ese rasgo posesivo y celópata que le causó espanto en Efraín, casi lo deseaba en Darío. Por lo menos una pizca.

Llegó un momento en que Lucía supo que su relación con Efraín no iba a durar mucho más. Ya para ella la emoción se había ido.

## Capítulo 17

Esa mañana no se levantaron temprano. Después de la intensa jornada que les había tocado vivir el día anterior, Darío pensó que lo mejor sería que ambos durmieran lo que fuera necesario y descansaran bien. Después de todo, ese día prometía ser largo también.

Cuando despertó, había olvidado el yeso que tenía por la fractura en la muñeca y los golpes que su cuerpo había sufrido en el accidente. Le costó un poco levantarse. Pero su mente estaba en calma, podía pensar claramente y estaba dispuesto a enfrentarse a lo que sea que ese día tuviera preparado para él y Henry. Ambos se alistaron sin apuro y decidieron que desayunarían en el camino. Darío nunca deja de asombrarse de la capacidad del ser humano para acostumbrarse a sus circunstancias. Es capaz de acostumbrarse al hambre, a la sed, al sobretrabajo, a la violencia, a la opresión, a la inseguridad, a la guerra. Pero también puede vivir en el desierto o en el hielo, puede vivir en la montaña, hasta en la selva. Su adaptación es el mejor testimonio de sus grandes logros. Y también el de sus mayores fracasos. Cuando se detuvieron a comer, por un momento, mientras se bajaba del auto que alquilaron, Darío olvidó el propósito angustioso que motivaba esta salida, casi le pareció que salía con Henry de vacaciones, como tantas otras veces.

Ahora que lo piensa, no ha sido tan difícil criar a un hijo solo. Pero ser viudo… No había caído en cuenta de que nunca, en todos estos años desde que perdió a Lucía, se había considerado como viudo. Había olvidado que esa era una forma de definir su estado civil, al menos. A pesar de haber tenido que llenar formularios y de recibir una pensión por esa misma condición… Otra cosa más que su mente se ha encargado de mantener oculto. Pero criar a Henry ha sido otra cosa. Ahora reconoce el error de no haberle hablado lo suficiente de Lucía, de contarle cada día aunque sea algo breve, un detalle, pinceladas que lo ayuden a crearse una imagen de su propia madre. Debo arreglarlo, piensa ahora, mientras les traen a ambos un desayuno americano.

—Sea lo que sea que encontremos hoy —le decía a Henry— más vale desayunar algo que nos guste mucho, algo que nos haga sentir bien.

Henry asentía con la cabeza mientras empezaba a comer.

Por lo demás, Henry disfrutaba mucho la soledad, a diferencia de él. Darío se había acostumbrado a estar solo porque no tenía otra opción. Tenía que admitir que, a pesar de la ansiedad que le causaban las situaciones sociales, en el fondo sí añoraba la conexión con otros, sentirse parte de alguna forma de la comunidad, sin importar lo pequeña que fuera. Pero el no saber qué decir; el sentirse juzgado, la desconfianza que surgía de repente, todo esto terminaba agotándolo con una frustración que trataba de evitar a toda costa. Le tocó aprender a reprimir y controlar esa añoranza, esa necesidad de contacto humano. En cambio, le parecía que Henry podía socializar fácilmente, pero elegía no hacerlo. Podía conversar, pero no sentía necesidad de ello. De hecho, también sabía defenderse y no dejarse doblegar. En la escuela fue esa, varias veces, la razón de otras citaciones. Darío ignoraba estas aún más que las otras, porque siempre le decían que la confrontación empezaba por el otro niño. Henry era incapaz de empezar una pelea de gratis y no por falta de cojones, sino de interés. Era fácil ver lo mucho que disfrutaba jugar solo, creando cosas, inventando juegos. Y en eso se diferenciaba de Lucía, que aunque disfrutaba la soledad sí le gustaba ser parte de una comunidad y no le costaba trabajo tampoco. Darío incluso pensaba que ella sentía cierta obligación, como si la humanidad necesitara de ella. Ahora, Darío sonríe antes de tomar un sorbo de café, pensando en lo distintos que eran Lucía y él en ese sentido, y en cómo se combinaron esas formas para generar otra completamente distinta en Henry.

—¿Por qué te ríes, Darío?

—Es que recordé algo.

—¿Un chiste?

—No exactamente pero es algo gracioso.

—Eso suena a anécdota.

—Correcto.

—¿Es de Lucía?

—¿Sabías que tu madre una vez hizo que una señora se desmayara?

—¿Qué? ¿Quería que se desmayara?

—Nosotros queríamos hacer un dinero extra para subir al Nevado del Norte, pero teníamos que comprar varios implementos para poder subir; tú sabes, cosas para acampar, ropa especial, además de la comida… Apenas empezábamos a salir y se acercaba Halloween. Nos enteramos que en un centro comercial…

—¿Cuál?

—En donde siempre consigues los armables que te gustan.

Darío tomó otro sorbo de café.

—Bueno, querían contratar gente para hacerle promoción a una tienda de disfraces y cosas para fiestas. Los disfraces eran muy buenos y la paga no estaba nada mal para solo dos días de trabajo. Era perfecto. En fin, estábamos llegando a la tienda, pero como todavía teníamos tiempo pasamos por otro lugar cerca a comprar algo de tomar. Había una señora que quería comprar un desinfectante para las manos y estaba siendo muy grosera con la chica que la atendía. Tenía una falta de empatía absoluta y la trataba como si fuera su sirvienta o qué sé yo. El caso es que, si había algo que tu mamá no toleraba era la falta de solidaridad y empatía, es decir, la arrogancia y la soberbia. Y yo tampoco, la verdad. Así que ni siquiera compramos nada de tomar, aprovechamos que éramos los primeros en llegar a la tienda para disfrazarnos de una. Para suerte nuestra, la señora había ido a uno de los baños del centro comercial en el mismo piso. Si recuerdas bien, en ese centro comercial, antes de llegar a los baños, hay un pasillo. Le pedimos a un vigilante que nos avisara cuando la señora saliera. La idea era que tu mamá apareciera primero y yo después. Ella estaba disfrazada de zombi y yo del asesino de una película de terror…

—¿Freddy Kruger?

—No…

—¿Jason?

—Tampoco… El de Halloween, la película. En fin, luego te lo muestro…

—¡Ah, ya sé! Tiene una máscara parecida a la de Jason…

—Ese, sí, en fin, la cosa es que el hombre nos dio la señal y justo antes de que la señora saliera del pasillo tu mamá saltó y se le atravesó en el medio y yo que venía detrás lo único que escucho es un grito a todo pulmón… Del susto, la señora había perdido el sentido…

Henry se reía con la boca llena. Se veía contento.

—El vigilante nos ayudó a levantarla y ahí mismito volvió en sí. Cuando se incorporó estaba toda indignada por lo que hicimos y nosotros no podíamos aguantar la risa. Bueno, tu mamá no estaba tratando de aguantarse la risa para nada. Yo lo intenté, pero fue inútil. El hecho es que la señora se quejó en la tienda y nos echaron. Pero al menos nos quedamos con la satisfacción de haberla hecho pasar ese susto.

—¿Y qué pasó con el Nevado?

—Sigue ahí. Al menos hasta la última vez que miré.

—...

—No pudimos ir. Obvio.

Terminaron el desayuno. Henry pidió después una malteada.

El camino a Monterua 10 no resultó complicado para Darío. Cuando estaban llegando, se dio cuenta de que muy cerca de allí era que Lucía iba a clases de boxeo. Como tal, él nunca llegó hasta Monterua, pero el boxeo quedaría máximo a diez minutos en carro. Está en las

afueras de la ciudad y las vías que conducen a ella están casi nuevas. Entraron y decidieron primero recorrer el sector para tener una idea de cómo era el lugar.

A medida que recorrían las calles, se daban cuenta de que el lugar era pequeño. Había un polideportivo, varios sitios de comida, un hotel y un motel. Todos llevaban el mismo nombre del sector, exactamente el mismo nombre sin ninguna variación. Monterua 10. De resto, edificios de vivienda, máximo de tres pisos, y casas que seguramente tenían tiempo de construidas en la zona. Al terminar el sondeo, parquearon en el polideportivo. Era el lugar más céntrico. De paso, les pareció un buen lugar para empezar a preguntar y era mejor que dejar el carro en la calle. Henry llevaba una foto de su madre y una libreta para ir tomando apuntes.

Primero, pasaron por la administración del polideportivo. Todas las personas a las que Henry mostró la foto dieron respuestas rotundamente negativas. Luego, pasaron por una panadería. Ahí no estaban completamente seguros de haberla visto, es posible, pero pueden estar equivocados, Al menos, les dijeron que en el hotel había una señora que llevaba mucho tiempo trabajando allí y que quizá los podría ayudar. Llegaron al hotel y preguntaron por los empleados más antiguos. Les hablaron sobre esa misma señora: llevaba veinte años limpiando habitaciones. A Darío y a Henry les pareció que esa tenía que ser una buena oportunidad para saber algo. Cuando la ubicaron, Henry le mostró la foto, pero la señora no estaba segura. Puede que sí. Puede que no. Ahora era ella la que les recomendaba ir al bar que estaba en la otra esquina. Para allá iba mucha gente y es el único lugar donde los dueños siguen siendo los mismos desde hace tiempo.

Salieron camino al bar. Ya era pasado el mediodía, pero el cielo estaba gris y empezaban a caer gotas. Todo parecía indicar que dentro de poco estallaría una lluvia fuerte. Llegaron a la otra esquina y se fijaron en el aviso de la entrada. Bar-Restaurante Monterua 10. Ese era. De paso, podían esperar a que escampe si es que no conseguían nada.

Se sentaron en una mesa cercana a la entrada. En el momento, el lugar estaba casi lleno, pero estaba atendiendo una sola mesera. —Pobre —pensó Darío. Le dio pena con la chica y decidió esperar a que se desocupara un poco. Vio que Henry anotaba en su libreta.

—¿Qué has anotado hasta ahora?

—Los lugares donde hemos preguntado y sus números de registro.

—Muy bien. ¿Tienes hambre?

—No. Todavía.

—¿Pedimos algo de tomar?

—Ok.

Darío levantó la mano para ver si la chica lo veía. Pero parece que no.

—¿Sí crees que consigamos algo? —pregunta a Henry.

—Bueno, es la única opción que tenemos ahorita.

—Cierto. Pero ahora la policía nos está ayudando, ¿recuerdas?

Al fin la chica está desocupada, pero un poco lejos. Darío se levanta y le hace señas. Cuando llegó, Darío le pidió dos limonadas. Ella tomó la orden y Henry le mostró la foto.

—Señorita, ¿recuerda si ha visto a esta mujer?

—Yo llevo poco tiempo trabajando aquí —respondió ella—, pero permítanme mostrarle la foto a la señora que está en la caja, ella siempre ha trabajado aquí.

Darío y Henry la vieron caminar hasta la caja con la foto de Lucía. La señora en la caja estaba recibiendo unos pagos. Cuando terminó, la mesera le mostró la foto mientras le decía algo. La señora tomó la fotografía, la miró con detenimiento. Luego le dijo algo a la mesera, moviendo la cabeza, como preguntando. La mesera volteó entonces a mirarlos a ellos, señalándolos. La señora los miró. Entrecerraba los ojos como queriendo reconocer a alguien. Darío y Henry se miraron. Sus corazones empezaban a acelerarse. Quizá sepa algo.

La señora se bajó del banco donde estaba sentada, salió de la barra y empezó a caminar hacia la mesa de ellos.

## Capítulo 18

—Buenas tardes, señor, joven… Me dice Rebeca que ustedes están preguntando por esta mujer —decía mientras entregaba la foto.

—Así es —responde Darío— ¿Recuerda haberla visto aquí, o de pronto por el sector?

—Pues sí recuerdo a una mujer muy parecida a la de esta de la foto —la señora hablaba con aplomo—, pero tenía el pelo más bien largo, bastante largo a decir verdad y de color oscuro, creería que negro, si es que es la misma de la que yo hablo.

Henry y Darío se miraron, asintiendo.

—Sí, señora —Darío intervino—, esta foto es anterior. A medida que se lo dejaba crecer, se iba cortando las partes que tenían el castaño claro que se ve en la foto…

—Y ¿por qué pregunta el señor, si me permite? —interrogaba la señora—. ¿Es familia?

—Yo soy su… —Darío titubeó—. Nosotros estuvimos casados. Henry es nuestro hijo.

La señora miró a Henry. Hubo un breve silencio. Luego continuó.

—Sí, se parece a ella, tiene los mismos ojos… Pero eso fue hace mucho tiempo, señor, hace bastante tiempo que vi a esa persona por acá. De hecho, sí vino algunas veces a este restaurante. Recuerdo que, las veces que lo hizo, era o miércoles, o jueves, porque esos días llegan las provisiones de cerveza. Fueron pocas, pero lo suficiente para dejar una impresión. Aquí hasta tenía admiradores. Una mujer muy guapa, si me permite decirlo, y muy, pero muy amable, siempre muy cordial y respetuosa. Yo creo que por eso es que la recuerdo, porque no hemos tenido un cliente tan amable como ella… No sé cómo explicarlo, pero parecía ser tan buena persona. Pero bueno, si estuvieron casados debe saber a qué me refiero…

—¿Hace cuánto tiempo —interrumpió Darío— digo, más o menos cuándo fue la última vez que la vio, señora?

—Uy… —la señora se rascaba la cabeza, recordando— No lo sé exactamente. Pero con toda seguridad no menos de diez años.

Darío iba a hacer otra pregunta, pero se detuvo. La señora estaba esperando a que dijera algo, porque se veía que estaba buscando palabras.

—¿Señora, usted recuerda si ella venía acompañada, o si alguien la esperaba aquí, o quizá alguien que llegaba luego?

—No, señor. Siempre estaba sola. Al menos las veces que yo la vi. De vez en cuando alguna mesera se sentaba un ratico a hacerle conversación. Siempre pedía una merengada o un batido. Y bueno, como le comentaba antes, muchos hombres aquí, pues, quedaban impresionados con su belleza, pero nunca pasaba de un saludo muy cordial, si acaso. Nunca ninguno se llegó a sentar con ella.

—¿Recuerda si usaba alguna ropa en particular?

La señora se quedó pensativa.

—Ahora que pienso —dijo— siempre tenía ropa deportiva. Yo creía que era porque se ejercitaba en el polideportivo. Pero ahora que usted me hace todas estas preguntas, no tengo idea de por qué llevaría esa ropa. ¿Ella no vivía por acá cerca?

—No…

Hubo un silencio mientras Darío y Henry terminaron sus bebidas con premura. Le agradecieron a la mujer por su ayuda, pagaron y salieron del restaurante.

Darío comenzaba a sentir el peso de la angustia sobre su pecho, pero ocultaba su preocupación de Henry, que más bien parecía animado. Definitivamente, tenía que ser ella, piensa.

—¿Qué piensas, Darío?

—Los miércoles y los jueves eran los días que ella entrenaba, pero eso no era tan cerca de aquí; es decir, hay otros lugares más cercanos para comer o tomar algo. Por otro lado, la

señora dice que la última vez fue hace no menos de diez años por seguro, que es un tiempo que puede corresponder con el que lleva de fallecida Lucía. Todo coincide.

Darío siente miedo, mira hacia todas partes mientras camina con Henry. También su cuerpo está al tanto y la química del peligro empieza a activarse. Más vale tratar de retomar la calma. Está tratando de asimilar la situación de la mejor manera posible, se siente el único espectador de una película en primera persona. Siente que esto no le pasa a él sino a una versión de Darío, una versión del personaje en una novela policial o de suspenso, de esas que tanto leyó en la universidad. Ahora resulta que Lucía vino más de una vez a este lugar, cuando menos. Pero no recuerda que ella le haya comentado nada al respecto.

—De pronto venía antes del boxeo —piensa— o después; de pronto exagero.

—¿Pero eso no es una buena noticia? ¿No es una pista?

—Es bueno porque es una pista. Pero lo que me extraña es que tu mamá nunca me haya comentado de las veces que vino.

—¿Pero Lucía era como yo? ¿Sabes, así, de que le gustara estar sola?

—Pues sí, a veces buscaba estar sola, es verdad.

Quizás todo esto es una broma muy pesada de alguno de esos admiradores de los que hablaba la señora, alguna mente enferma y sin oficio. En cualquier caso, Darío concluye que lo mejor es dar con la persona que está detrás de este teatrillo y que la justicia se encargue del resto. Siente ganas de irse de allí. Pero decide ir al motel antes, que es el único lugar que falta por revisar.

En el motel nadie la recuerda. Pero nadie ha trabajado ahí desde hace tanto. Darío logra ver al gerente, quien le dice que el motel estuvo mucho tiempo cerrado y que el dueño actual lo compró y reactivó hace pocos años.

—Lo único que sé —dice el señor— es que el dueño anterior cerró el negocio, porque tuvo problemas personales con un cliente, pero esa es toda la información que manejo al respecto.

—¿Y no sabe si el cliente era hombre o mujer —pregunta Darío— o cuál era el nombre del dueño anterior?

—Lo siento, hombre —responde el gerente—. Lo que le diga es mentira porque no tengo la menor idea.

Darío y Henry abandonan el motel y se dirigen al polideportivo. Ya no hay más nada que hacer en Monterua 10. Al menos por ahora.

Darío se siente desconcertado. Esperaba que este día fuera más fructífero. La verdad es que tenía demasiadas expectativas, esperaba hoy mismo enterarse de todo, descubrir quién es esta persona que ahora los está llamando. Los escenarios posibles que crea en su mente lo están empezando a atormentar. De pronto, alguna sociedad clandestina usa la muerte de su esposa para volverlo loco, para que no siga indagando en los hechos. Sus pensamientos empiezan a desvariar otra vez. Llevaba días sintiéndose más anclado en el mundo, con los pies sobre la tierra, a pesar de las circunstancias, o gracias a ellas mismas. Pero no deja de preguntarse cuál será la verdad que subyace bajo toda esta maraña de eventos disparatados

—Ánimo, Darío —le dice Henry, atajándolo en sus cavilaciones.

Una vez que ambos se han montado en el carro, Henry saca su libreta.

—Mira, he tomado nota de toda la información que hemos podido obtener hoy; tengo mucha información para sacar más información de los establecimientos. Te prometo que con esto voy a poder encontrar más cosas en internet, como el nombre del dueño anterior del motel y, quizá, de otros lugares también; eso nos tiene que ayudar en algo.

El entusiasmo de Henry le recordó al de su madre y logró su intención.

—Tienes razón, Henry —le dijo Darío sonriendo. Y partieron de vuelta a casa.

## Capítulo 19

Lucía entra a la recepción del hotel. El lugar le parece agradable, todavía guarda un toque hogareño. El recepcionista la saluda y le pregunta si tiene una reservación. Lucía responde que en verdad pasaba a saludar a alguien, que si se encontraba la señora Marina Robles.

—Sí —le respondió el chico—, sí está, permítame un momento para ubicarla, ¿quién la solicita?

—Lucía —le responde ella—. Lucía Costa.

—Si quiere tome asiento —le responde el chico— mientras la llamo.

Lucía suelta su mochila y se sienta. Ha sido un viaje largo. Le ha tomado prácticamente todo el día llegar hasta ahí. Desde que salió de la capital, en la mañana, se demoró cinco horas en llegar hasta el puerto. Luego dos horas en un transbordador que la lleva hasta la isla y tres horas más para llegar a playa Encantada. Al fin puede sentarse y decir que llegó. La última vez que vio a Marina fue en el funeral de Luna. Ella había vuelto a la isla, unos tres años antes de que su madre se fuera. ¿Será que Efraín se está quedando acá —se pregunta— o estará acampando en la Hermanita?

La "Hermanita", como los locales la llamaban, era una playa mucho más pequeña, algo escondida, que se encontraba al este de la Encantada, pasando una loma más o menos pedregosa que era donde esta terminaba. Algunos niños suelen ir a jugar en el día. Y algunos adultos acampan ahí a veces. Ahora, Lucía recuerda que cuando estuvo de pareja con Efraín, este le había contado que había vuelto a la isla antes de ir a la capital y acampó durante varios meses en la Hermanita, antes de entregarse de lleno con los krishnas.

Lucía puede ver la luna desde donde está sentada. La ve radiante y piensa que en ningún otro lugar se ve la luna como en la Encantada. Piensa en cómo se verán los cielos de esos planetas que tienen más de una, o cómo se verá el de Saturno, con ese anillo único; piensa en el futuro lejano y probable de una humanidad que ella no podrá ver ni vivir; piensa en las partículas, los átomos, las partes imperceptibles que la componen, que ensamblan ese ser capaz de nombrarse a sí mismo Lucía; se pregunta por la historia de esas partículas, cuál será su edad, de dónde habrán venido, qué ha tenido que pasar para que lleguen a esta configuración presente y a dónde irán cuando ella muera, o mejor dicho, cuando las partes infinitesimales que la conforman se separen para formar parte de otras configuraciones; se pregunta si esas partes llegarán a conocer lo que hay fuera de este planeta, otras atmósferas, otras galaxias, o si ya las han conocido y, si se quedan, de qué otros seres harán parte… Y Lucía vuelve a sentir ese pálpito, ese impulso, esa ansia que la acompaña desde niña, desde que tiene conciencia, esa sed de lo infinito, de absorber el universo, de diluirse en el tiempo, de saberlo todo, de experimentarlo todo, de ser una bacteria, una piedra, un río, una araña, un tigre, un ave; de ser un iceberg, un mar, de ser aire y fuego… De ser nada. ¿Qué es esto —se pregunta— que el universo ha puesto en mi corazón o mi alma, esta hambre que no es de comida, esta hambre que no termina, este amor que quiere abarcarlo todo, pero que no desemboca?

Lucía se dio cuenta de lo lejos que se le podía escapar el pensamiento y se rió de sí.

Cuando llegó Marina, le dio un abrazo como si fuera su propia madre. A pesar de lo afectuoso de su saludo, al cual Lucía respondió con el mismo cariño, mientras se abrazaban hubo algo en el gesto de Marina que a Lucía le generó desconfianza. Después de ver su rostro supo que algo no andaba bien. Claro, había envejecido, pero no era eso. No parece que haya llorado hace poco, al menos no esa noche. Quizá es solo cansancio.

—Qué lindo verte de nuevo, Lucía, siempre me llena de alegría, siento que es como poder abrazar a tu madre.

—Gracias, Tía Marina, que lindo verte a ti también. Este lugar está muy bonito.

—Sí, ¿verdad? Tu mamá estaría contenta. Aunque tú sabes que hubiera preferido que te quedaras con el hostal.

—Sí, yo sé, pero es que en verdad yo no hubiera podido, tú sabes que esos amarres no van muy bien conmigo.

—Cierto. Luna también tenía eso claro. Oye, por cierto, ¿tú te acuerdas de ese amigo de tu mamá que se hospedó mucho tiempo aquí, iba y venía?

—Sí, claro, Michele.

—Bueno. Imagínate que estuvo por aquí hace poco. Está viejito, pero con el ánimo intacto. En fin, te dejó un presente. Espérame un segundo para buscártelo.

Lucía estaba contenta por saber que Michele seguía vivo. Fue lo más cercano a un padre que llegó a tener. Pasaba temporadas en el hostal y fue lo más parecido que su madre tuvo a un novio.

—Aquí está.

—Gracias, Marina —Lucía hizo un silencio y después añadió—. Oye, y entonces… ¿Efraín está por la isla?

—Sí, de hecho se está hospedando en la cabaña del extremo occidente, que da hacia la orilla. Pero hoy se fue a acampar a la Hermanita… Tú te vas a quedar aquí, ¿no?

—Pues…

—Sí, sí, por Dios, va completamente por la casa, no te tienes que preocupar por nada.

La verdad es que no podía negarse. El cansancio ya le ganaba y necesitaba dormir.

Después de llegar a su habitación y darse un baño, se echó a la cama y, apenas se acostó, ya estaba dormida.

## Capítulo 20

Cuando llegaron al apartamento, Henry propuso que Darío hiciera algo para cenar mientras él buscaba más información.

Desde que todo esto empezó, la forma en que Henry veía las cosas cambiaba, sin que él se diera cuenta. Esta sensación era completamente nueva para él, la de una transformación. Era algo que no podía precisar, pero por alguna razón sabía que ya nada volvería a ser como antes. No hay vuelta atrás: esa era la frase que definía la sensación, esa frase que había escuchado tantas veces repetirse en películas y dibujos animados en la televisión, pero que ahora por primera vez expresaba su vida misma en este momento por el que estaba pasando. De una forma u otra, su vida siempre había sido acompañada por una pantalla. Y desde que aprendió a navegar por internet, ese se convirtió, a la vez, en medio y fin. Sentía que tenía más control sobre lo que hacía y sobre lo que le pasaba. Incluso, podía elegir interactuar con alguien o no, podía elegir la forma de ese intercambio y, por último, podía elegir si responder o no al intento de comunicación de otra persona. La escuela era solo una pausa, un interludio, como del sueño a la vigilia.

Pero el mundo más allá de la escuela, de la pantalla, el mundo allá afuera, ese permanecía en la indiferencia porque, para Henry, no había nada de interés que le pudiera ofrecer. Hasta ese momento, la relación de Henry con la humanidad misma era la de un usuario, o más bien, la relación de un espectador con una película. Pero era uno neutral, que no juzgaba si era un espectáculo malo o bueno, no tomaba partido, no participaba. Él sentía, aunque no fuera de manera consciente, que su función era la de estar al tanto. Era como si todo tuviera una misma valoración a priori: todo es información, pero hay información que resulta inmediatamente útil, y hay otra cuya utilidad requiere un procesamiento; está ahí, parece que se oculta, pero está.

Justo como ocurre con la información que recogieron hoy. Por ahora no consigue nada, pero sabe que hay una forma, sabe que esa información está ahí, solo debe dar con la forma correcta de recuperarla.

Las aventuras de los últimos días le habían mostrado un mundo corporal que impone una libertad que era desconocida para él hasta ese entonces. Una libertad donde puedes herir o ser herido, pero también puedes hacer reír, o te pueden hacer reír a ti. En la red, la información te usa tanto como tú a ella. Pero afuera hay una distancia, una posibilidad de escapar al monitoreo, medida y utilización de tus preferencias, y de tus comportamientos. Piensa en cómo ha cambiado su relación con Darío, por ejemplo. Desde hace algún tiempo le guardaba un poco de rencor. Pensaba que Lucía nunca le había importado realmente, porque casi no hablaba de ella y que él mismo era un estorbo en su vida, el niño que le dejó una mujer que no quería. De hecho, hasta llegó a pensar que Darío tuvo algo que ver con su muerte y que lo abandonaría a él en cualquier momento. Pero ni a eso le daba importancia. Ahora se da cuenta de que todo era imaginación, que lo que ocurría con Darío era todo lo contrario. Más bien, ya estaba a punto de perder la razón por la pérdida y por ser incapaz de aceptarla. De pronto la humanidad que se le reveló en Darío, se reflejó en él. Entonces todos deben tenerla, todas las personas que veía en la calle cuando caminaba al colegio y todos los niños que también asistían. Ahora, más bien, Darío le preocupaba. Podía ver como los eventos que se iban desarrollando lo afectaban y podía intuir las posibilidades que más temía. De cierta manera, sabía que él mismo, Henry Blass, no tenía nada que perder, sea cual fuere el resultado de todo esto. Él nunca conoció a Lucía, luego no tiene ni en su recuerdo ni en su alma una imagen que defender de ella. Pero Darío… Parece que su versión de Lucía está amenazada y eso lo puede destrozar.

Henry ha dado con un nombre.

Corrió emocionado a la cocina a contarle a Darío y se sorprendió a sí mismo al escucharse decir ¡Papá!

Hubo un silencio. Henry sabía que tenía mucho tiempo sin llamarlo de esa manera. Pero se tranquilizó al escuchar, con no menos sorpresa, que Darío le respondía llamándolo hijo. Henry le dice a su padre que consiguió el nombre del antiguo dueño del motel, pero que no pudo conseguir ninguna foto ni nada que dé una pista de cómo es físicamente.

Se llama Richard Espinosa.

## Capítulo 21

Esa noche, Lucía soñó que aparecía en la orilla de un río. Del otro lado podía ver a Efraín que no se daba cuenta de que ella estaba ahí. Él ponía una flor sobre un féretro que era llevado por la corriente.

Se levantó sintiendo que su cuerpo pesaba mucho. Eran un poco más de las doce del mediodía. Hacía mucho que no dormía tanto. Todavía permaneció un rato echada en la cama, pensando por qué, después de tantas horas durmiendo, solo podía recordar un sueño tan breve. No se sentía lista para encontrarse con Efraín, porque la verdad es que su último recuerdo de él era más bien antipático. Incluso, después de terminar él seguía buscándola, pidiéndole tan solo un momento para hablar. Ella tuvo que amenazar con una orden de restricción. Nunca se imaginó que tendría que usar ese término y mucho menos con él.

El lado oscuro de Efraín. Vaya triste sorpresa.

Aprovechó la tarde para visitar la tumba de su madre y para estar un rato sola en la playa. Si Efraín aparecía, pues qué más da. Sin embargo, no lo hizo. Cuando salió de la playa sintió que su cuerpo y su espíritu recuperaban las fuerzas que tanto necesitaba. Las esperanzas también se renovaban, a pesar de la incertidumbre.

Empieza a caer la tarde y Lucía empieza a entrar en la Hermanita. Puede ver una carpa y alguien sentado en la orilla de la playa. Solo voy a saludar —se dijo ella— ver cómo está, dejar las cosas en orden y me regreso a la habitación.

Lucía no lo saluda, pero se sienta también en la orilla.

—¿Cómo estuvo el viaje? —pregunta Efraín.

—Bien.

—¿Quieres agua?

—Bueno.

Efraín se levantó a buscar el agua en su carpa. El sonido de las olas era lo único que se escuchaba. Regresó con los dos vasos y se sentó. Ambos estuvieron en silencio mientras miraban el sol caer y ocultarse tras el horizonte.

La noche se asienta y él se levanta a prender una fogata que ya tenía preparada frente a su carpa. La prende e invita a Lucía a sentarse cerca.

—En verdad no creí que vendrías —dice Efraín.

—No vine por ti…

—Ya sé, ya sé… Eso me quedó bastante claro, créeme.

—¿Cómo has estado? Me dijiste que necesitabas alguien para hablar.

—¿Cuándo he estado bien, Lucía? Ni siquiera estando juntos estaba bien, aunque estaba feliz. Pero igual mi alegría parecía de enfermo.

—Pero al comienzo no. Te veías con mucha salud más bien y calmado, había paz en ti ¿nunca volviste con los krishna?

—Por un tiempo. Pero dejé de creerles. ¿Recuerdas las pesadillas que tenía de niño? Empezaron a aparecer otra vez. Meditar no me ayuda, también por eso los dejé. Y los sueños siempre empiezan en la Encantada. Yo estoy en la orilla, soy un niño otra vez y puedo escucharlas llamándome desde la profundidad del agua y algo me arrastra hacia el agua. Entonces decidí venir, a ver si algo cambiaba. De paso visitaba a mi tía.

—¿Y pararon las pesadillas?

Efraín se mantuvo en silencio.

—Por cierto —continuó Lucía—, tu tía se veía como preocupada. ¿Le pasó algo?

—Cuando llegué, mi tía se sorprendió mucho de verme. Hasta lloró.

—Seguro le alegró un montón verte.

—No realmente. Después me di cuenta. Me invitó a comer, se veía nerviosa. Cuando terminamos yo le conté de mis pesadillas y entonces se puso a llorar otra vez. Yo le pregunté,

tía, qué pasa, por qué estás llorando otra vez, te ves triste. Y mi tía solo me decía "ay, mi niño, ay…". Y yo sabía que tenía algo que decirme, o que me estaba ocultando algo. Ella me contó que el día anterior había muerto una persona que le traía los peores recuerdos de su vida…"

Efraín guardó silencio un momento, mientras echaba ramas en la fogata, sin retirar los ojos del fuego ni un solo instante.

—¿Pero de qué estaba hablando ella, Efraín?

—Eso fue lo que yo le pregunté. Si era alguien que le había hecho mal, ¿por qué iba a estar triste? Ella me repetía que era la única persona que realmente había odiado con todo su corazón, mientras trataba de calmarse…

Efraín suspiraba y movía las brasas con una rama. Lucía entendió que todo esto era algo muy delicado, pero ni siquiera podía imaginarse lo que sería.

—Entonces —Efraín retomó el relato— mi tía me contó sobre un caso muy sonado, que seguro tú debes recordar, de unos homicidios que empezaron a ocurrir en la isla, e incluso en la Encantada, mujeres que aparecían arrastradas por las olas, ahogadas…

El corazón de Lucía empezó a latir fuertemente.

—… Y que de alguna forma la policía había logrado atrapar al asesino gracias a ti. Un tal Lázaro, que luego fue hecho preso. Pues ese hombre era el que había muerto. Y aquí es donde se pone buena la historia, Lucía…

Ella empezó a sentir miedo.

—Después que mi tía me cuenta eso, yo ya sabía que esas eran las mujeres de mis pesadillas. Pero aun no entendía qué tenía que ver mi tía en todo esto. Así que le seguí preguntando, pero ojalá no lo hubiera hecho, ojalá lo hubiera dejado ahí y me hubiera venido a acampar de una, o dejado esta maldita isla…

Los ojos de Efraín se empezaron a llenar de lágrimas. Estaba conteniendo un llanto, pero un llanto lleno de rabia. Lucía trató de decir algo, pero Efraín continuó, elevando el tono de voz.

—Entonces mi tía me contó que cuando atraparon a Lázaro encontraron a una mujer que tenía secuestrada y que seguro sería su próxima víctima. Era ella, era mi tía la mujer que rescataron…

Ahora Lucía comprendió a dónde iba todo. Comprendió el gran cuadro trágico en el que estaba inmerso Efraín, que ahora cerraba los ojos tratando de controlar su llanto.

—Efraín… —Lucía ahora también soltaba lágrimas— Efraín… Lázaro era tu padre.

Rompió en llanto, el pobre niño acosado por las visiones de las víctimas de su padre. Se había derrumbado sobre el regazo de Lucía, quien trataba de consolarlo.

## Capítulo 22

Richard Espinosa. Darío hace memoria, pero por más que lo intenta no recuerda ningún conocido de Lucía que tuviera ese nombre. Miró el reloj. Son apenas pasadas las siete. Todavía puede volver al motel a preguntar si por casualidad en algún documento, o algo parecido, hay más información relacionada a ese nombre.

—Hijo, eres un genio —le dice a Henry—. Voy a ir rápidamente al motel a preguntar otra vez. Trataré de regresar lo antes posible, pero si tienes mucha hambre no me esperes y come de una vez. Recuerda no quitar el seguro de la puerta y tener las ventanas bien cerradas.

—Está bien —le dijo Henry.

Mientras Darío iba de vuelta a Monterua 10, pensaba en lo espontáneo que había sido Henry al llamarlo papá. Ese pequeño detalle lo había llenado de fuerzas otra vez. Después de mucho tiempo, Darío tenía esperanzas. No sabía qué era lo que iba a encontrar. Pero, por primera vez, sentía que empezaba a crear una verdadera relación con su hijo y eso le daba valor y coraje, le daba un propósito y lo anclaba en el presente. Le hacía recordar que todas sus luchas tenían sentido. Además, él mismo también lo había llamado hijo, aún cuando pensaba que eso ya no pasaría otra vez. Y no porque él no quisiera. Simplemente era muy autoconsciente al respeto. Le faltaba dejar que surgiera la espontaneidad. Ya casi se había resignado a repetir la misma historia de su propio padre y él, pero ahora existía la posibilidad de romper ese círculo.

Una vez en Monterua 10, Darío se dirigió directamente al parqueadero del motel, estacionó el carro y entró a la recepción. Ahí encontró a la misma persona que lo atendió en la tarde. Preguntó por el gerente, pero le dijeron que ya no estaba. Luego preguntó quién quedaba encargado del motel. El muchacho, entonces, le pidió que esperara y entró por una puerta detrás de él.

Después de esperar un momento, salió el recepcionista y otra persona. No recuerda haberla visto más temprano y, ciertamente, no es el gerente con el que habló antes. Resulta que era el dueño actual. Esto le dio más ánimos a Darío, pues le parecía que aumentaba las posibilidades de salir de este atolladero de datos sin sentido y seguir una pista clara. No obstante, el hombre se mostraba reticente a las preguntas de Darío, lo miraba con desconfianza. Le preguntaba que quién era él y por qué preguntaba por esas cosas. Darío se vio obligado a contarle, de la manera más abreviada posible, todas las circunstancias que lo traían a este motel y hacer esas preguntas: que hace un poco más de diez años quedó viudo, que creía que su esposa había muerto por causas naturales, aunque extrañas, que desde hace unas semanas un hombre que no conoce ha estado dejándole mensajes sugiriendo que fue asesinada y que las pistas lo habían traído a este sector. Lo último que habían logrado adivinar era que el dueño de este motel en ese tiempo era un hombre llamado Richard Espinosa. Él solo quería hablar con él, porque existía la posibilidad de que pudiera darle más información sobre su esposa. En el bar dicen haberla visto, pero necesita confirmar esa información.

El dueño, curiosamente un hombre de origen italiano llamado Paolo, le comentó que solamente vio al dueño una vez, cuando la firma del documento de compraventa del motel. La mayoría de las conversaciones y reuniones se llevaron a cabo a través de los abogados del Sr. Espinosa. Cuando Darío le preguntó por las razones que obligaron a esta persona a cerrar y luego vender el motel, Paolo no supo darle respuesta. Solo sabía lo que los abogados le habían dicho: que el Sr. Espinosa quería cambiar de aires, vivir en otro lado e invertir en otros proyectos. De hecho, Paolo le explicó a Darío que ese hecho también lo hizo dudar mucho sobre si comprar o no el motel. Pero que después de haber revisado el estado legal y estructural del edificio, todo aparecía en orden. Y hasta la fecha no ha tenido ningún

problema. Darío quiso saber si tenía algún tipo de documento o información de contacto del Sr. Espinosa. El hombre le pidió que esperara un momento mientras buscaba.

Si bien estaba ansioso, el ánimo de Darío permanecía fuerte. Se preguntaba qué clase de problema podía llevar a alguien a cerrar un negocio. Según los abogados, eran razones simples, de proyectos personales. Pero la versión del gerente es otra y tiene que ver con un cliente del motel. En el primer caso, no había nada que obligara a hacer más preguntas. Al menos en principio. Después de todo, es perfectamente natural que las personas quieran iniciar nuevos proyectos sin importar la edad. Pero en el segundo, la situación plantea más preguntas. No tiene por qué estar necesariamente relacionadas con Lucía, pero cabe la posibilidad. En cualquier caso, si alguien tiene las respuestas es ese tal Richard Espinosa. Tengo que llegar a él.

Paolo vuelve con una carpeta en sus manos. En efecto sí tiene unos números de contacto del Sr. Espinosa, también número de identificación y una dirección. En verdad, no puede decirle con certeza si alguna de esa información siga vigente. Supondría que el documento de identidad sí. Pero esa es la única forma que tiene de ayudarlo.

Mientras Darío anotaba la información en una libreta, se dio cuenta de que todo este tiempo, durante todas las pesquisas del día, había estado ignorando un detalle fundamental, que, por alguna razón que no puede explicarse en este momento, había sido completamente olvidado por Darío. Entonces, le preguntó a Paolo si recordaba algo del aspecto del Sr. Espinosa, si de pronto podía describirlo.

—Yo diría —le respondió— que debemos tener más o menos la misma edad; yo tengo cincuenta y ocho años, así que digamos que él tendrá alrededor de sesenta años bien llevados. Me parece recordar que era un poco más bajo que yo, pero menos canoso. Hay personas que, a pesar de la edad conservan en buena medida su color de cabello. Yo no soy una de esas personas definitivamente. Por otro lado, su contextura era normal; no era una persona delgada. Más bien era un tipo algo grueso.

—Y de su rostro —le preguntó Darío—, ¿recuerda algo en particular de su rostro y de su forma de vestir?

—No realmente —le respondió Paolo—. Tenía un rostro que en el mediterráneo podía pasar por local. No era caucásico, pero tampoco tenía rasgos indígenas o mestizos. En verdad, pude detallar poco su rostro porque… ah, eso… durante toda esa reunión llevó puesto un sombrero gris...

—¿Cómo dijo? —lo interrumpió Darío— ¿Un sombrero gris? ¿Un sombrero como esos de las películas viejas?

—Sí, exacto —retomó Paolo—, un fedora; en general su vestimenta era del estilo de las personas mayores que usan sombreros todavía. No muy común realmente. Solo se quitó el sombrero por un momento para darme la mano, cuando los abogados nos presentaron formalmente…

Paolo siguió hablando, pero Darío ya no lo escuchaba. El hombre del sombrero gris… Tiene que ser el mismo… Richard Espinosa es el hombre del sombrero gris, el mismo que fue dueño de ese motel. Al fin, después de tantas angustias, una pista clara que podría llevarlo a la persona que empezó todo esto, al responsable de tantos desbarajustes. Él es el hombre que, o bien sabe una verdad capaz de cambiarle la vida a Darío, o bien es un charlatán fraudulento.

Darío ni siquiera esperó a que el hombre terminara de hablar. Le agradeció por toda su ayuda y se marchó del motel.

## Capítulo 23

En el camino de vuelta al apartamento, Darío contemplaba las posibilidades de acción que había disponibles. Tenía información sobre Richard Espinosa. De pronto, ya no vivía en la misma dirección ni tenía el mismo número de teléfono. Lo primero que había que hacer entonces era confirmar si el teléfono seguía siendo el mismo. Luego —ya sería mañana— podría confirmar la dirección.

—Mierda… Dejé mi celular —piensa.

En última instancia tenía el número de documento y se imagina que, en dado caso, eso le podría ser útil a la policía para ubicarlo. Ahora que lo piensa, ¿no sería mejor avisar a la policía de una vez, hacer una parada rápida en la jefatura e informarles que ya sabe quién es el hombre del sombrero gris? Si no consigue a Colmenares, sin duda lo puede contactar desde allá. Además, quizá el agente también ha descubierto algo. Aunque, pensándolo bien, quizá no sea la mejor opción. No debería dejar a Henry solo. Este tipo, Espinosa, sabe dónde viven. Lo que podría hacer es llegar y recoger a Henry para luego ir a la policía. Eso suena más razonable. Sea como sea, lo mejor entonces será ir primero al apartamento.

¿Cuál podía ser la relación entre Espinosa y Lucía? Si en efecto alguien la mató, ¿habría sido él? Según los mensajes, cuando menos, sabría quién fue el responsable. En verdad, Darío hacía suposiciones de más, porque en rigor ningún mensaje ha comunicado que Lucía haya sido asesinada. Pero es que ese siempre ha sido el gran misterio, la causa de su muerte. ¿De qué otro responsable podía estar hablando? ¿Y qué significaba el mensaje con el nombre de Henry? ¿Será que hizo algo a través de internet? Pues sí, sabe mucho de informática para su edad, pero él no podría estar tan involucrado con algún tipo de cuestión ilegal por ese medio. En tal caso, si la posibilidad de otra explicación era plausible, tendría que ver con Darío y no con Henry. Espinosa ha llevado a cabo toda aquella cantidad de acciones con la finalidad de tener su completa atención.

Poco a poco se está resignando a la posibilidad de que Lucía le hubiera ocultado todo un aspecto de su vida. Es decir, no es por ligerezas que alguien decide acabar con la vida de otro. En el mejor de los casos, Lucía podía haber estado involucrada en actividades ilegales de algún tipo. Actividades oscuras en todo caso. Otra posibilidad era que, en algún momento de su vida, Lucía hubiera infligido algún daño irreparable a alguien y que esa persona haya decidido vengarse; de pronto algún admirador antiguo que ya estaba trastornado cuando la conoció y que en su delirio creó una relación inexistente, una obsesión no correspondida por ella, que hasta pudo ignorar completamente el efecto que causaba sobre una mentalidad frágil. ¿Cuántos y cuántas no han muerto a manos de un admirador obsesivo y anónimo?

Sin embargo, el peor de los escenarios posibles era aquel a donde su mente volvía obsesivamente, de manera masoquista. En ese escenario, Lucía le era infiel con una persona que desconocía completamente. Sí, claro que sabía que Lucía tenía "amigos" o compañeros de trabajo que, sin duda, mostraban un interés particular hacia ella, a los cuales no les costaba imaginar fantaseando sobre su mujer. Pero ninguno de los que había conocido le daba la impresión de estar al nivel de ella, por eso le parecía inverosímil verla cumpliendo los deseos de alguno de ellos. Quizá era aquí donde aparecía Richard Espinosa y su motel, quizás ese era el lugar donde se encontraba con su amante secreto. En todo caso, de ser así, esa persona con la que le hubiera sido infiel no habría podido superar no tenerla completamente para sí, convirtiendo su pasión en tristeza, su tristeza en frustración y su frustración en rabia, en odio, en venganza, llevándolo a matarla, porque si no podía ser de él, no sería de nadie. Rabia y venganza. Esas palabras quedaban resonando en Darío y poco a poco se incorporaban a él, envenenando su alma, haciéndole sentir celos, los celos más inocuos que alguna vez sintió en su vida.

Todas estas posibilidades resultaban terribles y lo único que despertaban en Darío era angustia. Era incapaz de decidir cuál era peor realmente, porque todas sugerían una dimensión de Lucía que ella intencionalmente le había estado ocultado. Por ello, también cualquiera de ellas le resultaba increíble, inasimilable e inadmisible. Puede ser Henry tuviera la razón, que solo iba a estar un rato apartada y despejar la mente un rato, puede incluso que ella misma hubiera pedido una habitación en el motel para ella. O puede que ni siquiera sea eso, puede que Espinosa la conociera de las prácticas de boxeo; después de todo, si vivía cerca podía ir sin ningún problema.

Ahora se pregunta si realmente no hubiera sido mejor quedarse en la ignorancia, haber aceptado la muerte absurda de su esposa y continuar con su vida. ¿Cuál es el precio de la verdad? Se intercambia una verdad por una mentira. Se obtiene la certeza con respecto a algo y se pierde, no una incertidumbre, sino la comprensión errónea de algo. ¿Y cuál es la comprensión errónea en este caso? ¿Creer que Lucía lo amaba? ¿Creer que era el único hombre en la vida de Lucía? Si esto fuera así, ¿sería capaz de perdonarla?

Darío llega a su edificio, parquea el carro, lo apaga, toma tres respiraciones profundas, reteniendo antes de exhalar. Debe despejar su mente primero, ordenar bien sus pensamientos para realizar las llamadas que debe realizar. Sale del auto y sube a su apartamento mientras se enfoca en lo que va hacer apenas entre: llamar a los números que anotó y contarle a Henry lo que pudo averiguar. Que ese tal Richard es el hombre del sombrero gris.

Darío entra a su apartamento y llama a su hijo, pero nadie responde. Va a la habitación de Henry para informarlo, pero no está ahí. Se asoma en el baño, tampoco. Empieza a llamarlo por su nombre para que salga de donde sea que está escondido. Nadie responde. Mira ahora en su cuarto, luego en la sala, la cocina, el baño… Nada, Henry no está por ningún lado. Rápidamente, llama a su celular y le cae directamente la contestadora. Otra vez su cuerpo activa las alarmas, se eleva su ritmo cardíaco, se contraen los poros de su piel, sus oídos zumban… El desespero se apodera de él. Lo único que le quedaba era su hijo y, justo cuando estaba mejorando su relación, su vida se ve amenazada.

Darío sale del apartamento y empieza a preguntar a los vecinos si por casualidad han visto a su hijo, pero ninguno sabe nada. Luego, recuerda que en el primero había una señora que lo cuidaba a veces cuando era más pequeño. Cuando le abre la puerta, la señora lo deja pasar. Darío le cuenta todo, pero la señora no ha visto a su hijo. Con ella a veces está un nieto que es de la edad de Henry, lo más cercano que tuvo a un amiguito siendo más pequeño. El niño va a la cocina y cuando ve a Darío, después de saludarlo, le pregunta que qué fue lo que consiguió Henry. Darío no entiende la pregunta, no sabe a lo que se refiere. Mario le dice que es que en su blog publicó algo hace poco. Darío lo mira fijamente. El niño lo lleva a la computadora para mostrarle lo que publicó.

La última entrada dice “LO TENGO”. Se subió hace media hora aproximadamente.

No hay más tiempo que perder, Darío sale de inmediato, camino a la policía.

## Capítulo 24

Darío salió agitado al encuentro de la incertidumbre por las calles de una noche lluviosa y colapsada de autos y personas. Un manto rojizo de nubes cubría la ciudad. Los faros de los autos despedían luces que se mezclaban con los avisos luminosos, filtrándose a través de los sonidos de las gotas estrellándose sobre la superficie de las cosas terrestres, los cornetazos ocasionales de conductores impacientes, envolviendo los chapoteos de la gente caminando con prisa, sus murmullos... Y toda esa avalancha de información atravesando la mente de Darío, mutando en pensamientos y sensaciones, convirtiéndose en parte de su desesperación, multiplicando los rostros de su pavor y opacando el propósito de su propia presencia en ese afuera.

Empezaba a percibir un sabor extraño en su boca, una sensación rara en su mandíbula y una especie de presión en la cabeza. La agitación lo empezaba a desorientar. Desordenaba sus pensamientos y cualquier intento de linealidad o lógica. Por alguna razón pensaba en pastillas y en pinturas de Turner. Algo le resultaba familiar en todas estas impresiones, pero era imposible precisar qué cosa. Ahora solo podía reírse, soltar carcajadas de frente a lo absurdo. Entonces su imaginación recreaba formas, colores, como si fueran pinturas al instante. Y en su rostro se dibujaba una sonrisa de admiración ante estas elaboraciones de su mente.

Entonces le parecía que las calles se prolongaban al infinito, estiradas por un demiurgo aciago, o más bien burlón, que luego las soltaba para verlas encogerse infinitesimalmente. Darío se percibía por un momento como un punto irreconocible y en seguida sus miembros se agrandaban y debía calcular cada paso que daba, creyendo que tumbaría a las personas que pasaban por su lado. Mientras tanto, la profusión de sonidos de la noche perdían su distinción, se fundían en un contínuo parecido al ruido blanco, a la vez que algunos eran traducidos por su cerebro en reflejos de color que adornaban azarosamente su panorama alucinado; de pronto Darío no sabía si se estaba moviendo o si había permanecido estático, como humo suspendido. El mundo se había convertido todo en ruido: ruido visual, ruido sonoro, ruido táctil, ruido oloroso, y comenzaba a permearse dentro de su cuerpo. Él mismo ahora se diluía en el caos indiferenciado, como parte de un plano amorfo. Quizá era esa parte primitiva, animal, la que lo llevaba a mover su cuerpo, casi de manera inconsciente, y esos movimientos lograban devolverle cierta orientación, como si sus propios músculos se hubieran visto obligados a relevar al cerebro. Así logró recuperar, poco a poco, cierto grado de identidad corporal. Cuando el campo visual empezó a recobrar su familiaridad, comprendió que había llegado a una esquina. No sabía cuál. Apenas el concepto era asible en el delirio y esta misma precariedad volvía todo ello irrelevante. Conceptos, categorías, nombres y etiquetas habían colapsado. Lo que importaba en ese momento era encontrar un lugar para recostarse, respirar, recolectarse, tratar de reconstruir el sentido.

Reposó sobre un muro. Cerró los ojos y a la vez otros miles se abrían en su pensamiento. Los volvía a abrir entonces, para escapar de ese horror. Luego los volvía a cerrar y le parecía que el suelo desaparecía, que se encontraba suspendido en la nada y que él mismo era esa nada. Los abría otra vez, y se daba cuenta de que empezaba a lograr distinguir a la gente que caminaba por la calle, pero sus rostros se volvían monstruosos y le hablaban en lenguas extrañas. Los cerraba nuevamente. Podía ver al hombre del sombrero gris en la pantalla de su conciencia, cambiando de forma, transformándose en un ojo gigante, en un triángulo, en una araña, en un buda… Un buda dorado, calma en su rostro, mesura en su sonrisa, gracia en su postura… Recordó entonces que el buda meditaba y esto lo llevó al recuerdo de su esposa y, por último, al de su hijo. Por eso está donde está. Iba camino a la policía porque Henry corre peligro. El hombre del sombrero gris lo ha secuestrado. El hombre del sombrero gris tiene un nombre. Su nombre es Richard Espinosa.

Entonces Darío respira profundo, tratando de mantener a Henry en el pensamiento. Es lo único que lo puede anclar en la geografía urbana de la lluvia y de las calles, en dirección a la jefatura. Policía, oficiales, el agente Colmenares. —Debo llamarlo —piensa Darío y comienza a caminar. Todavía siente algo de vértigo, o es un mareo, ya no sabe. Busca luego el contacto del agente en su celular. Escucha voces que lo llaman, personas que susurran su nombre y el de Henry. Mira hacia los lados y le parece que todos los rostros que pasan lo miran con desprecio, reclamándole el no haber salvado a Lucía. Entonces siente que una mano se posa sobre su hombro.

—Señor Darío… —le dice alguien y él voltea pero no sabe qué está pasando.

—Señor Darío, soy yo, Juanita. —a Darío entonces le vienen a la mente montones de libros, clasificaciones de libros y, finalmente, una biblioteca. Recuerda entonces a alguien de ojos grandes con anteojos en esa biblioteca y se atreve a pronunciar su nombre, repitiéndolo varias veces, más para sí que para ella. Juanita ya lo había visto una vez en un estado parecido, en la biblioteca, pero permanecía sentado en el puesto de siempre, apenas moviéndose, cerrando los ojos y bajando la cabeza a veces, como si estuviera mareado. Se preguntó si llevaría mucho tiempo así, si acaso esa no fuera la razón por la que llevaba tantos días sin asomarse por la biblioteca o la plaza, donde siempre se le veía.

—¿Sí me recuerda? ¿Sabe en donde se encuentra, Darío? ¿Recuerda a dónde se dirigía? —. Él cerró los ojos como buscando ordenar sus pensamientos. Eran muchas preguntas, el había preguntado por un libro de Borges. Abre los ojos y recuerda que está en la calle.

—Mi hijo —alcanzó a decir—, Henry. Está en peligro. Hay un hombre. Dice saber algo sobre la muerte de mi esposa. Nos ha estado amenazando. Él lo tiene. Tengo que ir a la policía.

—Yo lo voy a ayudar, tranquilo —dijo ella—. Juanita, miraba a los lados. Sin saber realmente qué hacer. Vacilaba con respecto a cómo tomar las palabras de Darío, ¿serían verdad o parte de su desvarío, a pesar de sí mismo? ¿Quizá lo mejor sería llamar a una ambulancia?

—Sé lo que piensas —dijo Darío, atajando sus cavilaciones—, hacía mucho tiempo que no me encontraba como me ves… Llevo días cuidando a Henry por lo que te acabo de contar. Por favor, solo necesito llegar a la jefatura de la policía...

—Todavía falta recorrer un tramo de camino —respondió Juanita—, pero con este tráfico, vamos a llegar más rápido a pie que en taxi.

—Necesito otro favor. Necesito que busques en mi celular un número. Agente Colmenares. Necesito que lo llames.

Juanita tomó el celular mientras comenzaban a caminar los dos, ella llevándolo del brazo. Esto definitivamente no estaba dentro de los planes de esta noche. Ya le había dicho a su hija que verían una película junto a la abuela. Halló rápidamente el número, pero cuando llamó nadie contestó. Caminaron otro tramo y volvió a intentar, pero ocurrió lo mismo. Después del último intento, cuando cayó la contestadora dejó un mensaje:

—Agente Colmenares, este es un mensaje de parte del Sr. Darío Blass. Se ha presentado una emergencia y necesita su ayuda inmediata. Ya nosotros estamos cerca de la jefatura. Llegaremos en unos minutos. Por favor, espérenos en la jefatura, o venga lo antes posible si se encuentra afuera.

Darío empezaba a sentir que las cosas volvían a su lugar: la lluvia volvía a ser lluvia, pero más calmada, los autos eran autos otra vez, los sonidos recuperaban sus contornos y el campo visual sus distinciones; él mismo empezaba a caminar en sus propios zapatos sin mayores sobresaltos. Todo permanecía en la medida esperada y en las proporciones que le eran familiares.

Tras llegar a la estación, Darío causó un poco de revuelo por la exaltación que mostró al ver que en la recepción no respondían a su solicitud de contactar al agente Colmenares.

Algunos oficiales y empleados lo recordaban de hace años, por las visitas relativas al fallecimiento de Lucía. No le tenían confianza. Un par se acercaron a él cuando vieron su reacción, por sospechar que podría tornarse violento, pero Darío entendió. Juanita permanecía acompañándolo. Sentía compasión de él y estuvo a punto de sugerir acompañarlo de vuelta a su hogar, viendo la respuesta de los oficiales en general. Sin embargo, en ese preciso momento entró Colmenares, quien se acercó directamente a Darío.

—Tengo información —le dijo Colmenares—. Resulta que…

—Secuestró a mi hijo… —interrumpió Darío— Cuando volví ya no estaba. Sé que fue él. Se llama Richard Espinosa.

El agente hizo pasar a Darío para ponerse al tanto de la situación. Juanita los vio entrar, sorprendida. Todo lo que él había dicho estaba realmente sucediendo. Sintió un asomo de vergüenza por no haberle creído. Buscó un lugar donde sentarse, sacó su celular y llamó a su casa.

## Capítulo 25

Mientras entraban, Darío le insistía a Colmenares para que mandara patrullas en busca de su hijo y para que rastreara la señal de su celular, que estaba apagado cuando llamó, pero pudiera estar encendido ahora. El agente se resistía porque no sabía qué había sucedido. Sin embargo al final tuvo que ceder, al menos con lo del celular, al ver que Darío no iba a desistir si no hacía algo. Tras ordenar el rastreo, le pidió a Darío que tomara asiento, mientras él buscaba café para ambos. El tiempo pasaba, aumentando las probabilidades de que algo malo le pasara a su hijo y Darío se impacientaba más. Acababa de experimentar los efectos que toda la situación había producido en su frágil mente y no quería imaginarse qué le esperaría si el escenario se volvía más oscuro.

—¿Con o sin azúcar? —preguntaba Colmenares, mientras colocaba ambas tazas sobre su escritorio. Se arrepintió de la pregunta al ver la mirada de Darío acompañado del respectivo silencio incómodo.

—Ayer mismo —intervino Darío sin hacer caso de la pregunta—, después de que Ud. nos dejara en el apartamento, recibimos una llamada. La persona que llamó solo dijo "sé quién fue" y colgó. Henry luego encontró que, en su blog, alguien había dejado un mensaje de manera anónima. Decía "Une las piezas, la historia está contada". ¿Me sigue?

Colmenares asentía, viéndolo atentamente mientras sorbía de su café.

Darío continuó —Dimos con la información de un lugar que podría sernos de utilidad. Y hoy mismo lo visitamos durante el día. Monterua 10, se llama. Nos enteramos de que Lucía en efecto llegó a comer varias veces en un bar de la zona. Antes de devolvernos, decidimos preguntar en el único motel que había. Ahí nos dijeron que el lugar tuvo otro dueño por los años en que Lucía estaba viva. Cuando volvimos Henry pudo descubrir que se llamaba Richard Espinosa…

—No entiendo a dónde quiere llegar con esto —lo interrumpió Colmenares.

—Cuando supimos el nombre, yo volví solo a Monterua 10 y pude conseguir al dueño actual del motel. Él me confirmó que el dueño anterior se llamaba así y en la descripción que hizo del hombre mencionó que siempre llevaba un sombrero gris y que vestía de manera curiosa. Es él. Richard Espinosa es el hombre del sombrero gris.

—¿Pero por qué no me informó de todo esto antes... Monterua 10, Richard Espinosa?

—Monterua no era nada seguro. Y cuando salí por segunda vez hacia ese sector olvidé el celular. Precisamente, cuando volví al apartamento Henry no estaba. Un vecino, un niño que lo conoce, me mostró un mensaje que había colocado en su blog, más o menos media hora antes de que yo llegara. El mensaje decía "LO TENGO". Espinosa sabe dónde vivimos y sabía del blog de Henry, él mismo había puesto el mensaje que nos llevó a Monterua 10. Tuvo que haber sorprendido a Henry en su habitación. Seguro Henry tenía abierto su blog en el momento y fue Espinosa mismo quien escribió el mensaje antes de secuestrarlo.

Colmenares iba anotando datos del relato que hacía Darío.

—Tiene que ayudarme a buscar a mi hijo. Para este momento quizá Espinosa ya lo ha lastimado. Quién sabe lo que le pueda pasar.

—Ya estamos rastreando su celular...

—¿Y si tratamos de ubicar a Espinosa? Tengo información sobre él.

Darío sacó su libreta, arrancó una hoja y se la dio al agente.

—¿Ha podido confirmar esta información? —le preguntó.

—No he tenido tiempo. Pensaba hacer eso al llegar al apartamento, pero… ya ve.

—Está bien. Necesito que me espere aquí un momento. Veamos qué podemos averiguar de ese tal Richard Espinosa.

Colmenares salió. Darío se sintió sofocado. De pronto, le pareció que todo el lugar era muy pequeño y que el aire ni siquiera circulaba bien. Decidió entonces salir a la calle a

refrescarse con el frío de la noche. Parecía que la noche le iba a dar pocos momentos para descansar y más valía aprovechar esas pequeñas oportunidades. Afuera, frente a la entrada, vio que Juanita fumaba un cigarrillo.

—No tenías por qué quedarte… —dijo Darío, aunque apenas salieron las palabras de su boca, advirtió que salieron de una manera poco delicada. Hubo algo de brusquedad en su tono, incluso. Lo notó especialmente por el pequeño silencio a continuación y por la reacción de Juanita, que al mismo tiempo parecía desconcertada y avergonzada.

—Pero menos mal que lo hiciste —dijo después— porque antes no tuve tiempo de agradecerte por tu ayuda. De hecho, ahora que lo pienso, creo que ni siquiera te he agradecido por toda la ayuda que siempre me has brindado en la biblioteca… Así que, pues, gracias...

—Por nada —dijo Juanita, mientras echaba la colilla al suelo y la pisaba—. No tenía nada más que hacer... —hizo un silencio repentino y luego dijo— La verdad es que sí tenía planes, pero no eran urgentes y me pareció que estabas en una situación difícil. No te veías muy bien cuando te encontré. Quise quedarme por si necesitaban de mi ayuda. Después de todo, te he visto casi todos los días en la biblioteca, al menos durante un par de años.

Juanita hizo el gesto de ofrecerle un cigarro. Pero Darío no fuma.

—Hacía mucho —dijo él— que no me ocurría un episodio de esos. Solía tomar una medicación… Nunca habían sido tan intensos como esta vez. Los anteriores habían sido suaves, realmente. Muy parecidos a los *flashbacks* de los ácidos. Hasta eran divertidos. Pero esta vez... Supongo que el pánico del momento influyó también.

—¿Qué ha sabido de su hijo? —Juanita cambió el registro, pensó que de pronto había tenido más confianza de la debida.

Darío suspiró, recostado sobre el muro de la jefatura. Movía la cabeza dando una respuesta negativa a la pregunta de Juanita. Luego la bajó, mirando el suelo. Tomaba conciencia de la posibilidad de que más nunca lo viera. Sus peores temores se convertían en lágrimas que salían tímidamente de sus ojos. Al ver esto, casi sin darse cuenta, Juanita lo abrazó de manera espontánea. Al principio fue un titubeo, pero al ver que Darío no lo rechazaba, sino que más bien dejaba caer un poco su propio peso, el abrazó se tornó más afectuoso.

—Es lo único que me queda… —fue lo que alcanzó a decir él. Por fin sentía algo muy cercano al consuelo de otra persona. Se daba cuenta de cómo le hacía falta. ¿Hacía cuánto no recibía un gesto de empatía de alguien que no fuera su hijo?

A ella siempre le había parecido curioso que los abrazos tuvieran —casi sin excepción— ese detalle extra, esa suerte de impulso a mejorarlo, a mover las manos, sobando la espalda del otro. Había sido el mismo Darío quien le había dicho una vez que las señales corporales producidas por las caricias, o por sobar una parte del cuerpo después de un golpe, llegaban más rápido al cerebro que las señales de dolor. De manera que había algo de sabiduría y verdad en ese gesto de las madres al sobar a sus hijos o hijas, cuando se caían. El comentario lo había hecho luego de ver el saludo efusivo entre Juanita y una antigua amiga que se encontró por casualidad en la biblioteca. Quién lo diría. Ella nunca se imaginó que alguna vez se vería en esta situación, consolando a quien era, sin duda, el usuario más peculiar de su lugar de trabajo.

—Todo va a estar bien —le decía ella, y por su parte, Darío se daba cuenta de cuánto necesitaba escuchar esto, aunque las probabilidades aseguraran lo contrario, solo escuchar esas palabras y sentir el apoyo de alguien, saber que tu vida y lo que pasa en ella es importante para alguien más. En eso, vio al agente Colmenares asomarse desde la entrada de la jefatura. Evidentemente lo buscaba.

—Hemos logrado rastrear el celular —dijo—. Pero la ubicación que nos da es tu misma dirección, Darío. El mismo edificio donde vives.

Darío lo miró, extrañado.

—¿El celular aparece en mi apartamento? —preguntó.

—Presumiblemente. Ya ordené una patrulla de refuerzos para que se quede vigilando el lugar después de la inspección. Asumo que vendrá conmigo.

—Juanita, ¿podrías acompañarme? Es posible que necesite su ayuda.

—Darío… —dijo el agente— No recomiendo…

—Sí, sí puedo —respondió ella, sin dejar terminar a Colmenares—. Además mañana es mi día libre en la biblioteca.

—Agente, si Henry está ahí, Ud. mismo puede escoltar a la señora Juanita hasta donde vive, cuando terminemos.

## Capítulo 26

En el camino, Darío se imaginaba las posibilidades escondidas detrás del resultado del rastreo. Le parecía obvio que no había manera de que el celular apareciera en el apartamento. Además, él mismo lo había buscado cuando estaba ahí y no lo consiguió. ¿Cómo terminó allí? Henry pudo haber salido solo un momento, si bien por una razón totalmente desconocida, después de lo cual volvió al apartamento. En ese caso, Darío habría tenido una reacción desproporcionada, pero legítima, tomando en cuenta las circunstancias en las que se encuentran, y considerando que él mismo le dijo que no saliera para nada. ¿Por qué habría de desobedecerlo? Por otro lado, es verdad que había criado a Henry para que cuestionara la autoridad para pensar por sí mismo. Otra posibilidad es que el celular siempre hubiera estado allí y que Darío simplemente no lo vio. Pero entonces, ¿por qué sus llamadas pasaban directamente al buzón de voz? Sin embargo, esto podría estar relacionado con la posibilidad anterior. Las pilas pudieron acabarse mientras Henry estaba afuera y, ahora que se encontraba nuevamente en el apartamento, había podido prender el celular. Ahora bien, podía ser que Henry estuviera, en efecto, en el apartamento, pero acompañado de Espinosa, como parte de un plan elaborado, quién sabe con qué fin. En ese caso, la amenaza permanecía intacta y la integridad de su hijo era solo una esperanza. Sin embargo, también existía la posibilidad, quizá la peor, de que Henry continuara secuestrado en un lugar desconocido y que Espinosa hubiera vuelto brevemente al apartamento para dejar el celular, queriendo despistar a Darío, anticipándose a la policía misma. En ese caso, ya no hallarían a nadie en el apartamento, seguramente otro mensaje, otro acertijo. Pero ¿y si al entrar al apartamento hallaran solamente a Espinosa?

—Los números de teléfono no están habilitados —dijo Colmenares, sacándolo de sus cavilaciones lúgubres.

—¿Cómo?

—Los supuestos números telefónicos de Espinosa que habías logrado obtener. No están en servicio. Estoy esperando respuesta sobre la dirección. Y el número de identificación sí está registrado. Tiene antecedentes por juegos ilícitos.

Darío se quedó pensando. Los antecedentes no mejoraban el panorama. Quizás la venta del motel pueda estar relacionada con alguna actividad de ese tipo, para evitar caer en las manos de la policía nuevamente. Pero todavía no ve la posible relación con Lucía. Ella no era de cartas ni apuestas realmente.

—¿Llegamos? —preguntó Juanita.

—Esto lo vamos a hacer así —les dijo el agente—: nosotros iremos despejando las áreas y luego pasan ustedes. ¿Entendido?

Ambos asintieron.

Se encontraban frente al edificio. Notaron la presencia de oficiales vigilando la entrada. Era primera vez que Juanita vivía algo así. Casi parecía una escena sacada de una novela de Tom Clancy. Entraron al edificio. Una vez dentro, bajo órdenes de Colmenares, procedieron hacia las escaleras. Algunos miembros del cuerpo policial se iban cubriendo puestos estratégicos a medida que subían, a lo largo de las escaleras hasta el piso tres, donde vivía Darío. Así, ellos también subían a medida que los oficiales se aseguraban que cada piso no presentara amenazas. Llegaron por fin a la puerta de su apartamento.

Darío entregó sus llaves.

Un oficial abrió la puerta mientras el otro, desde la entrada inspeccionaba. Luego entraron dos más y uno permaneció en la entrada. Detrás de él esperaban Colmenares, Juanita y Darío. Pasó un momento y por fin el oficial que esperaba en la entrada les hizo señales de que era seguro pasar.

Mientras cruzaban el umbral, Darío descartaba escenarios con desconcierto. Sí es verdad que en el fondo parecía poco probable que Henry apareciera así de fácil, como si nada. Pero aún sabiendo esto no podía abandonar la expectativa. Nada le resulta más difícil de soltar al alma humana que la esperanza, incluso cuando la realidad parece descartar su posibilidad. Sin embargo, notó que el agente se dirigía directamente a la habitación de Henry, dirigido por los oficiales que ya habían registrado el lugar. Por un segundo Darío se imaginó lo peor. ¿Pudiera ser que Henry apareciera muerto? Darío se apresuró a entrar pero no estaba Henry, bajo ninguna forma. El oficial que ya estaba en su cuarto le señalaba un celular conectado al toma corriente en la pared, cargándose. Era el celular de Henry. Y al encontrarlo ahí conectado confirmó que el celular no estaba ahí antes, porque recuerda con certeza haber revisado ese lugar.

—Creo que en el celular hay algo que le interesa —dijo el oficial.

Darío desconectó el cargador de la pared y el celular del cargador. Desbloqueó el celular, el cual no solicitaba ninguna contraseña. Cuando desapareció la pantalla de bloqueo, se mostró la aplicación de mensajería. Había un mensaje escrito, sin enviar. El mensaje decía lo siguiente:

PAPÁ CONSEGUÍ LA DIRECCIÓN DE RICHARD ESPINOSA REVISA EN MI COMPUTADOR

Darío todavía no sabía cuál era la situación pero decidió dejar eso para después y prendió el computador. Mientras tanto Colmenares revisaba el celular de Henry. Juanita, por su parte, recogía sus primeras impresiones de la habitación de Henry: revistas sobre computadores y juegos, paredes color blanco, una cama sencilla, un computador sobre un pequeño escritorio también sencillo, un equipo de sonido. Lo abrió a ver si había algún disco adentro. Lo había y lo conocía, uno de sus favoritos, *Signos*, de Soda Estéreo.

—Su hijo parece saber mucho de sistemas operativos —dijo el agente.

—Aquí está la dirección —dijo Darío, quien había abierto un documento que se llamaba Richard Espinosa.

Entonces todos vieron la pantalla. La dirección no era la misma que Darío había obtenido antes. Miró en la habitación buscando algo. Luego salió de ella y revisó el apartamento.

—¿Qué buscas, Darío? Te puedo ayudar —dijo Juanita.

—El morral de Henry, no está por ningún lado. Lo debió haber llevado, pero… No entiendo.

El agente Colmenares salió de la habitación de Henry.

—Me acaban de confirmar la dirección que tú tenías —dijo—. Al parecer no vive allí ningún Richard Espinosa. Los que habitan actualmente el lugar lo están arrendando, pero nunca han oído ese nombre. Se lo arriendan a otra persona.

Darío se sentó en el sofá de la sala. Hacía mucho que no había tanta gente en su apartamento. La razón de su presencia distaba mucho de ser la preferida por él. Su propio santuario ocupado por agentes de la ley, el brazo opresor del sistema, protegiendo los intereses de los verdaderos criminales. Sin embargo, ahora eran la única ayuda que tenía. Pero estaba Juanita, por quien ahora empezaba a tener simpatía, lo más cercano a un vínculo con alguien real en años. En medio de este escenario, Darío empezaba a resignarse a las dos únicas explicaciones posibles: o todo esto era parte de una trampa fabricada por Espinosa, o el mismo Henry había decidido ir hasta él. Lo segundo, para lo cual Darío no hallaba sentido, era a la vez lo que más se temía. ¿Por qué razón un niño de doce años iría a exponerse de esta manera, dispuesto a correr semejante riesgo? Tenía que estar consciente del peligro al que se podía enfrentar. Luego, qué era lo que esperaba lograr. Quizás eso fuera lo que Espinosa quería. Usar su punto débil, hacer que Henry mismo vaya hasta él. Pero no estoy solo, piensa Darío. Y si algo le llega a pasar a Henry, solo el mismo Darío sabe de lo que sería capaz.

## Capítulo 27

—Un niño como tú no debería estar viajando solo tan tarde —dijo el taxista.

—No lo hago todo el tiempo —respondió Henry.

Todavía no comprendía por completo la situación a la que se iba a enfrentar. No podía creer que hubiera podido obtener la dirección de Espinosa siquiera. t1r0l0ko tenía que ser muy bueno para haber podido dar con ella. Lo había conocido jugando simuladores de combate en la red. Bueno, quizá conocer no sea el verbo más adecuado para describir el contacto, a través de la interfaz de mensajería instantánea de un juego, con otro usuario, apenas identificado por un alias: t1r0l0ko. Se percataron de que frecuentaban los mismos servidores y luego formaron un clan al que después otros se unieron. Henry apenas empezaba a interesarse en los códigos fuente, la programación y los protocolos de red, con los cuales ya estaba más familiarizado. Apenas estaba aprendiendo. Pero era rápido en eso.

Henry no sabía ni su verdadero nombre, ni su apariencia, si era de sexo masculino o femenino. Intuía que debía ser mayor y más temprano lo había podido confirmar. Se suponía que se iban a encontrar en la farmacia más cercana a su casa. Ya había transcurrido un tiempo considerable desde que su padre había vuelto a salir cuando t1r0l0ko le dijo que tenía la información. Pero unos minutos después de haber llegado al lugar acordado, recibió un mensaje con la dirección de Espinosa y un comentario. "Solo quería confirmar que eras un niño", decía.

Su celular se apagó justo después. Fue entonces que decidió volver al apartamento para recargarlo. Pensaba esperar a Darío para darle la noticia y planear juntos el siguiente paso. Sin embargo, cuando llegó al apartamento y conectó el celular, decidió que solo esperaría un momento, lo suficiente para volverlo a prender y dejarlo cargando con un mensaje para Darío. Estaba muy emocionado por haber conseguido ubicar a este tipo. Además, sentía que había que actuar rápido, que seguramente pronto cambiaría de domicilio. Si Espinosa se encontraba realmente en esa dirección, no podían dejar que escapara. Durante todos estos días, él había sido el que les llevaba la ventaja. Ahora Henry quería sorprenderlo. Sabía que Darío llegaría después.

Ya se encontraba cerca. Era un suburbio tranquilo, con casas de un solo piso en su mayoría. Le indicó al taxista que se bajaba en la esquina. Pensó que era más seguro bajarse en un lugar apartado que exponerse bajándose del taxi frente a la casa. Le pagó al taxista y lo vio partir. Luego confirmó la calle en la que se encontraba. Todavía tenía que atravesar unas tres cuadras. Mientras caminaba con prisa, pero con calma, reparó en que la vía principal —la que usaban los autos— daba el acceso a la entrada frontal de las casas. Sin embargo, por detrás había una especie de callejón, sobre todo para el uso de los caminantes, por el cual se podía acceder a la entrada trasera de cada una de las casas. La segunda opción le pareció la mejor.

Lo ayudaba la hora. Era tarde y no había mucho movimiento en las casas. Algunas tenían piscinas en el patio trasero. Otras, jardines que delataban dedicación. Alguna tenía una parrillera. Todas le transmitían a Henry la misma sensación: familia, reuniones. Todas menos aquella que era su destino.

Un césped cortado al raso, unos cubos de basura y nada más. Todas las otras casas tenían algún tipo de cerco, a veces una reja sencilla de tubos y alambre, también las habían de tablones de madera; algunas tenían un muro bajo con vigas gruesas encima y alambres de púa al tope y pocas tenían una pared completa cercando todo el terreno. Así era la que estaba justo antes de la casa que Henry buscaba. Pero esa estaba completamente al descubierto. Henry advirtió un pasadizo lateral que lleva a la parte frontal, pero antes de caminar por él, escuchó la puerta trasera sonar y notó que alguien estaba saliendo. Henry se oculta tras la pared de la casa de al lado. Escucha el chasquido de un encendedor. Momentos después

puede percibir el olor a cigarro. Definitivamente, hay alguien en casa. ¿Será Richard Espinosa? Desde que todo esto empezó nunca ha podido ver al hombre de sombrero gris. No sabe quién es, claro, pero tampoco qué aspecto tiene. Eso va a hacer todo mucho más difícil. No lo había pensado antes. Se agacha todo lo que puede, buscando el ángulo más seguro posible para echarle un vistazo al fumador. Henry va asomando la cabeza poco a poco. El patio empieza a visualizarse. Es un hombre mayor el que fuma, pero ni tiene sombrero gris ni vestimenta curiosa. Una camiseta, pantalones y los pies descalzos. El hombre voltea y Henry se esconde nuevamente, preparándose para correr si es necesario. Su corazón late con fuerza y trata de controlar la respiración. Escucha unas pisadas y la puerta que se vuelve a cerrar. Vuelve a asomarse, pero no ve a nadie. Me salvé, piensa. Henry continúa por el pasadizo, alcanza a distinguir una ventana lateral, aunque tiene la cortina cerrada. No queda de otra, hay que revisar las frontales.

Al pasar a la fachada de la casa, aprecia con claridad que ambas, de lado y lado, dejan ver el interior. No hay ningún auto o algún otro vehículo estacionado al frente. Se asoma por la ventana más cercana, la izquierda. No hay mucho que ver, no obstante: un sofá viejo con un televisor encendido al frente y una mesa ordinaria con unas sillas por detrás. Toda la casa, o al menos lo que había alcanzado a ver hasta ahora, le daba la impresión de abandono, casi de pobreza. Llama la atención que, quien fuera el que la habitaba, no parece importarle la seguridad de su vivienda, o la suya propia. Quizá no tenía nada que perder, nada de valor. Volvió a mirar hacia dentro. Esta vez notó que cerca había un perchero. Los artículos que colgaban en él lo comenzaron a poner nervioso: un saco viejo, una bufanda por encima y, al tope, un sombrero gris.

Cuando Henry vio el sombrero sintió una mano que se posaba sobre su hombro izquierdo, apretándolo con firmeza, a la vez que una voz le decía:

“Bienvenido, Henry Blass.”

## Capítulo 28

Darío y el agente Colmenares salieron con destino a la dirección que Henry había encontrado. Con ellos, a la retaguardia, también iban algunas patrullas de refuerzo. El lugar a donde se dirigen se encuentra al sur de la ciudad. Hacia el norte empiezan a surgir las montañas que más arriba se ensamblan en cordilleras. Ahí, la vida abunda en flora y fauna. Pero, camino al sur, todo esto va dando lugar, paulatinamente, a un desierto que se extiende poblado de polvo, piedras, carreteras que se pierden en el horizonte y las ocasionales formaciones rocosas. Quizás por eso, Colmenares había solicitado el apoyo por vía aérea también, un helicóptero que todavía no debía aparecer, para evitar cualquier intento de fuga del sospechoso, pero cuyo piloto tenía que estar prevenido y actuar de inmediato, en lo que el agente confirmara su presencia.

A medida que avanzaban, Darío recordaba ese sueño en que aparecía esa otra versión de Lucía. Daba la impresión de una guerrera, de una amazona derrotada, de pie, impávida, mirando el camino que el barco dejaba atrás, ese río en medio de la nada. Se recuerda corriendo tras ese barco, intentando gritar su nombre, intentando pedir ayuda. Pedir su propia redención. El sufrimiento puede erradicarse, si se elimina su causa: la tercera verdad noble del budismo. —Y su causa es una moneda engañosa y traicionera, que por un lado tiene al apego y por el otro el deseo —le dijo Lucía una vez, mientras pintaban la habitación que sería de Henry. —Pero la vida humana parece muy difícil que la podamos entender sin ambas cosas, ¿cierto? —concluyó. Estas palabras, dichas en un momento tan aparentemente ordinario, habían sido pronunciadas con tal simpleza que Darío apenas les prestó atención. Sin embargo, reverberaban ahora en su mente, en un momento tan decisivo, revelando su verdadera dimensión.

—Una mañana, hace veinte años —dijo el agente Colmenares—, fui llamado al *penthouse* de uno de los edificios del norte de la ciudad. Se había reportado una muerte...

Darío volteó a mirar al agente, entendiendo que se disponía a relatar algo.

—Al entrar al apartamento vi a una señora llorando. Hacía el aseo en el apartamento y fue la que encontró el cuerpo. Se veía un camino de pétalos de rosa que iba desde la entrada hasta la habitación principal. Eran muchos pétalos, como podrás imaginarte. En la habitación, las luces estaban prendidas a nivel bajo y unas botellas de vino, sin abrir, reposaban en la cama. En el baño, la escena del crimen era terrible y nada más con la primera impresión se podía saber que era un crimen pasional —el agente hizo un silencio—. El amor, Darío. El amor nos vuelve locos a todos. Pero a algunos esa locura les es dada por Dios y a otros por el Diablo. Era una mujer que había sido apuñalada múltiples veces. La forma y posición de cada corte provocado por el cuchillo no manifestaba frialdad ni cálculo. Su disposición era más bien azarosa y sumamente violenta, evidenciando la lucha de la víctima por tratar de librarse de su terrible suerte y, peor aún, el arrebato horroroso del asesino. Esa misma mañana, mientras terminábamos de levantar la escena, llegó un hombre muy bien vestido, con un par de maletas. Era el esposo que llegaba de un viaje de negocios, nos contó. Al entender lo que había sucedido se derrumbó de dolor. Nunca había visto tanto dolor en un rostro. Al menos en ese momento me dio esa impresión. Y eso que he visto cosas terribles, Darío. Cosas terribles. En fin, después de muchas pesquisas, nos dimos cuenta de que el hombre se había enterado que su mujer lo estaba engañando con otra persona que había conocido por internet. Se enteró por el descuido más tonto y común: la mujer usó el portátil de su esposo para revisar su correo y olvidó cerrar la sesión. El hombre miró toda la correspondencia entre ellos, las citas a escondidas que acordaban, los comentarios sobre sus momentos íntimos, las frases en las que expresaban su deseo de volverse a ver. Imagínate, descubrir una infidelidad de esa manera. Claro, eso de ir por todos y cada uno de los correos que se intercambiaron… Eso ya es de masoquistas. Pero, luego, qué puedo saber yo. Nunca he estado en una situación

así… Al día siguiente el hombre inventó la excusa de un viaje imprevisto de negocios. Era una prueba. Teniendo acceso al buzón de correo de su mujer, quería comprobar, o mejor dicho, corroborar la infidelidad. En el fondo, el tipo solo quería una última razón para matarla y saber si se citarían en su apartamento. Como nos confesó luego, él mismo estaba dispuesto a esperar todo el tiempo que fuera necesario.

—¿Es decir que fueron dos los cadáveres que hallaron esa mañana? —preguntó Darío.

—El deseo del hombre se cumplió. En efecto, se citarían esa misma noche, tarde, después de que el hombre saliera del trabajo. Una hora antes de la hora pautada por los amantes, el hombre, ocultando su identidad, volvió a su apartamento para encontrar la escena que ya describí al comienzo: los pétalos, la luz tenue, las botellas de vino… Al entrar en el baño, vio a su mujer en la tina, con los ojos cerrados, escuchando Kenny G. ¿Quién se relaja escuchando eso, por cierto? En fin, ahí mismo la asesinó a puñaladas y ahí mismo la dejó. Luego abandonó el apartamento, dejando intacto el escenario romántico. Quería que el amante de su esposa la encontrara muerta, nos confesó luego. Y no lo quería matar a él para obligarlo a vivir con la culpa de su muerte. Desgraciadamente, atrapamos muy tarde a este tipo. El amante, en efecto, no pudo con la culpa y se suicidó.

Colmenares detuvo el relato un momento, mientras prendía un cigarrillo.

—Pasé mucho tiempo —continuó, después de soltar la primera bocanada de humo—, tratando de explicarme cómo es que la misma persona que la asesinó, con tal violencia, fuera la misma persona que diera tales muestras de dolor y sufrimiento a la mañana siguiente. Quizá fue hasta entonces que pudo sufrir por haber sido engañado. Quizá no fue sino hasta ese momento que se dio cuenta de lo que había hecho. De pronto, un poco de las dos. Nunca lo sabré. El hecho es que desde entonces no me dejo convencer por ese tipo de muestras de emocionalidad. Al menos, no tan fácilmente.

—¿Esta es su forma de pedirme disculpas? —intervino Darío, mirando al agente con sospecha.

—Supongo que sí. Por eso sospeché de usted en ese entonces. Y sé que no debió haber sido fácil tener que soportarnos cuando trataba de lidiar con la pérdida de su esposa. Lo siento.

Darío miraba la carretera. No dijo nada. Las patrullas, que iban adelante, notificaron al agente que ya estaban llegando al lugar.

—Marina Robles —dijo luego el agente.

—¿Cómo? —preguntó Darío, fuera de base.

—Es el apellido de la persona que Ud. me había dicho, la amiga de la madre de Lucía.

—Lo siento, estaba distraído. Claro, ahora lo recuerdo, ese es su nombre completo.

—Tengo unos contactos en la jefatura de la isla que me deben unos cuantos favores. Les pedí el favor de que hicieran las averiguaciones respectivas. Me dicen que la señora no vive ahí desde hace mucho. Hablaron con el gerente actual del hotel de la Encantada.

El auto y las patrullas se detuvieron unas cuadras antes de la casa del sospechoso. Colmenares mandó oficiales a la casas que la rodeaban para informarles del operativo y mandó también francotiradores para confirmar la presencia del niño y la de Espinosa, de quien ya conocían el aspecto por los archivos relacionados con su número de identificación. Colmenares y Darío permanecían en el auto.

—De hecho el gerente lleva varios años trabajando ahí y conoció a la Sra. Robles porque llegó a trabajar para ella. Aparentemente, le tiene afecto a la señora. Dice que siempre fue una jefa excepcional. Por entonces él estaba en la recepción. Cuando supo por qué preguntaban, recordó que no mucho antes de ella irse, él comenzó a notarla muy preocupada y ansiosa. Esto le llamó la atención porque de regular le parecía más bien relajada y de buen humor. De hecho, dice que la única vez que le vio los ojos hinchados, como si acabara de llorar, fue por esos días. El hombre también recuerda la llegada de una chica que él nunca

había visto antes. Supuso que debía de conocer a la Sra. Robles, porque cuando presenció el encuentro entre ambas, el saludo que se dieron fue evidentemente afectuoso. Era un afecto que la señora solo mostraba con personas cercanas, o que conociera desde hace mucho. Creyó que eran familia porque escuchó a la chica llamarla "tía Marina". La descripción de esta chica concuerda con la de Lucía.

Darío se quedó mirando al agente, intrigado. Recordó el olor de Lucía cuando volvió, muchos días después de su breve separación. Era un olor a playa, agua salada, arena.

—El gerente dio una última información que me ha dejado pensando…

—Jefe, tenemos confirmación del sospechoso —lo interrumpió uno de los francotiradores por el radio—. Esperamos confirmación del niño.

Al escuchar esto, Darío intentó salir del auto, pero Colmenares lo detuvo, tomándolo del brazo.

—Darío, el gerente dijo —continuó el agente— que lo único que él podía relacionar con el cambio de ánimo de la Sra. Robles fue la llegada de un sobrino de ella, a quien tampoco había visto antes, alguien de quien Lucía y ella parecían haber hablado. Su nombre era Efraín Robles. Él se estuvo hospedando en el hotel por unos días, pero que nunca se despidió de la Sra. Robles al partir. ¿Conoces a este tal Efraín, Darío? ¿Recuerdas si Lucía te habló alguna vez de él?

—Jefe, tenemos confirmación del niño…

—¿Cuál es el estado del niño? —preguntó el agente.

—El niño parece no correr peligro, pero si algo sucede, en la presente posición no podríamos neutralizar al sospechoso sin ponerlo en riesgo —fue lo que terminó de escucharse por el radio.

—¿Ven alguna señal de amenaza?

—El niño parece estar llorando, o lloró en algún momento. Pero está calmado. Están sentados en una mesa conversando. No hay ninguna señal que indique que Espinosa le quiere hacer daño.

—Tenemos que hacer algo —dijo Darío.

—Voy a ir hasta su puerta y pedir que se entregue.

—Yo iré con usted.

—No…

—Colmenares, me debe esta. Si realmente se quiere disculpar por hacerme la vida imposible cuando mi esposa murió, tiene que dejarme acompañarlo.

## Capítulo 29

El agente y Darío se subieron al vehículo, que había permanecido con el motor encendido. Otros oficiales se subieron a otra patrulla para acompañarlos como refuerzo.

Mientras llegaban, Darío recordaba que Lucía nunca le contó nada acerca de la relación en la que estuvo antes de empezar a salir con él. En su vida, solo dos veces le preguntó. La primera, en la embajada de Italia, sin saber lo delicado del tema, cuando se volvieron a ver. Meses después, cuando quiso saber un poco más, Lucía contó más o menos lo mismo. Ni siquiera era capaz de decir el nombre de esta persona, como si su sola mención pudiera hacerla desaparecer. Era demasiado evidente cuánto la incomodaba. Pero era más que incomodidad, la entristecía verdaderamente. Y Darío sentía una mezcla de intrigas y celos por ese hombre desconocido que tenía tal poder sobre ella.

Colmenares detiene el carro y busca en el asiento trasero un megáfono, luego se baja del vehículo. La otra patrulla también se detiene al lado, los oficiales se bajan y apuntan con sus armas a la casa. Darío vuelve en sí y se hace al lado del agente.

—¡Señor Richard Espinosa! —dijo Colmenares— ¡Es la policía, tenemos su casa rodeada!

Las luces del interior de la casa se apagaron y vieron que un rostro se asomaba por una de las ventanas.

—¡Señor Espinosa, sabemos que tiene a un niño secuestrado y que ha estado acosando a la familia Blass! ¡Por favor, entréguese ahora y no le haremos daño!

—¡Yo no he cometido ningún crimen! ¡Y este niño vino hasta mi casa! ¡No he secuestrado a nadie!

Se empezaban a escuchar las hélices del helicóptero acercándose. En la casa, las cortinas de las ventanas frontales se cerraron una por una. Ahora llegaba la aeronave, rodeando la casa desde lo alto, iluminándola con un reflector.

—¡Lo tenemos completamente rodeado! ¡No podrá escapar! ¡Entréguese!

No se escuchaba nada desde la casa. Darío le pidió el megáfono a Colmenares.

—Señor Espinosa. Soy yo, Darío Blass. Usted y yo sabemos que me ha estado dejando mensajes. Ahora sé que tiene que ver con la muerte de mi esposa. Por favor, solo deseo el bienestar de mi hijo, que es lo único que me queda. No le haga daño. Yo quisiera escucharlo a usted, que me diga lo que sabe sobre el fallecimiento de Lucía.

—¡Yo no lo hice! —gritó Espinosa desde el interior.

—Yo le creo. Pero ahora lo único que puede hacer es salir y contarnos lo que sabe. Si no ha hecho nada malo, no tiene nada que temer.

—Escúchelo, señor Espinosa —dijo Colmenares, tomando el megáfono de Darío—. Lo que dice es cierto, nada malo le sucederá si colabora con nosotros.

No se escucharon respuestas desde el interior de la casa. El lugar se había colmado de vecinos; algunos queriendo saber lo que pasaba; otros, más enterados, esperaban el desenlace. El helicóptero ahora iluminaba los alrededores de la casa, buscando alguna señal de movimiento. Los francotiradores trataban de saber qué pasaba adentro, pero las luces apagadas y las cortinas cerradas lo impedían.

—¡Voy a salir! —se escuchó al rato, desde adentro— ¡Primero saldrá Henry!

La puerta se abrió. Un niño con aspecto agotado y ojos llorosos salió de la casa. Con las manos trataba de proteger su rostro de la intensidad de las luces, buscando con su mirada a alguien.

—¡Henry! ¡Hijo! —gritó Darío.

—¡Papá! —respondió el niño.

Henry corrió a los brazos de Darío.

—¿Estás bien? —preguntó, mientras lo alejaba un poco para mirarlo y verificar su estado.

—Sí.

—¿Qué te hizo? ¿Estuviste llorando?

—No pasó nada. Solo hablamos. No me hizo daño.

Darío lo miró por un momento a los ojos, tratando de entender lo que eso podía significar. ¿De qué podían haber hablado? Luego lo volvió a abrazar. Su hijo estaba ahí, sano y salvo, y eso era lo único que importaba. En ese momento, pareció que un silencio descendía sobre la casa. Un hombre temeroso comenzó a salir lentamente, con las manos arriba. Iba descalzo y esta vez no llevaba sombrero gris ni vestimenta curiosa. A medida que se alejaba de la entrada, miraba la escena de Henry y Darío, casi sonriendo. El último lo miró de vuelta también. Por fin, el hombre del sombrero gris, el detonante de toda esta odisea, el elusivo y a la vez omnipresente. Ya no lo recubría ese manto de misterio y poder con el que lo había visto antes. Ahora, desprovisto de su sombrero y su saco, solo podía ver a un señor entrado en años, algo fofo, acabado y cansado de la vida. Los oficiales le colocaron las esposas sin agresión o violencia y lo metieron en la patrulla. Ahí mismo partieron y los seguían, unas tras otras, las patrullas de refuerzo. El helicóptero desaparecía de la escena, su sonido característico desapareciendo poco a poco; y los vecinos, viendo que el espectáculo llegaba a su fin, uno a uno, comenzaron a guardarse en sus respectivos hogares, algunos con más desconcierto que otros, volviendo a sus rutinas, a su vida ordinaria y sin sobresaltos.

—¿Y a dónde lo llevarán? —preguntó Darío al agente.

—Pues, ahora que está bajo nuestra custodia, a la jefatura para interrogarlo. No te preocupes. Nosotros también vamos y no van a empezar hasta que lleguemos.

## Capítulo 30

En el sueño, Lucía caminaba de la mano con un niño Efraín, atravesando un laberinto. El niño era su guía y el laberinto parecía una selva, pero una selva viva, que iba cambiando de forma y que solo tenía una senda para recorrerla. La única manera de atravesar el laberinto era dando cada paso en el momento correcto. Había que conocer su ritmo, lo cual era muy difícil para una turista como Lucía. Solo quien hubiera crecido en él conocía sus tiempos, sus azares y caprichos. El pequeño Efraín únicamente volteaba a verla para indicarle que se detuviera o para que avanzara y, con cada paso que daban, el camino cambiaba. Se poblaba de otra flora y otra fauna que, a momentos, obstruía el paso, haciendo imposible el cruce al siguiente tramo. El mismo guía infante mutaba en otras formas; unas veces parecía un niño indígena de alguna tribu del Amazonas, otras parecía un duende de un bosque nórdico. Pero Lucía de alguna manera sabía que siempre era un Efraín de niño. Algunos rasgos, algunos gestos permanecían a pesar de las transformaciones. Atrás, lejos de ellos, los perseguía otro Efraín. Pero esta vez se trataba de una versión adulta, pero monstruosa; grande como un minotauro. Ellos todavía no alcanzaban a verlo al voltear. Solo se notaba el movimiento de los árboles y arbustos que atravesaba y el temblor del suelo a cada paso que daba. El pequeño Efraín solo alcanzaba a decirle a Lucía que si los alcanzaba, se los comería a ambos. Porque ese monstruo se devora todo lo que ama. Esa es su maldición. Lucía sentía que un sudor ajeno se le pegaba en la piel, que había un olor que no se podía quitar de encima y que no era el de ella. La vegetación a su alrededor trataba de tomarla, de atraparla, pero el pequeño guía siempre venía en su ayuda.

Cuando terminaron de atravesarlo, se hallaron frente a un precipicio profundo. Abajo, la selva se extendía infinitamente, y el pie del precipicio, se abría una flor gigante. Atrás, los pasos del gigante se aceleraban más, provocando que el borde que los sostenía empezara a quebrantarse, soltando pequeños trozos de tierra y roca. En ese momento, el pequeño Efraín se transmutó en una versión infante de Darío, que soltó la mano de Lucía y le dijo: —Ahora debes hacer una elección: o tomas mi mano y saltamos, en cuyo caso la flor que ves abajo nos salvará —entonces una espada grande y poderosa apareció en su otra mano— o tomas esta espada y lo matas; pero si él muere, entonces la flor desaparecerá y yo moriré también—. Lucía tomó la mano del niño Darío y así, saltaron los dos. La altura era inmensa. Mientras caían, Lucía volteó a mirar el risco desde el cual se habían aventado. El gigante aparecía ahora y gritaba al entender que se les había escapado, para luego volver a adentrarse en la selva tupida. Entonces, Lucía sonrió y volteó nuevamente para mirar al pequeño Darío, pero este se había transformado ahora en una pequeña esmeralda. Lucía cerró el puño para protegerlo a la vez que penetraba por el centro de la rosa y empezaba a adentrarse en su núcleo. Así, abrió el puño donde protegía la esmeralda y la acercó a su vientre. Ahí, la piedra preciosa fue absorbida.

Cuando despertó, le dolía la cabeza. Tenía una sed terrible. Su cuerpo también dolía, como si la hubieran golpeado o maltratado. Se percató de que estaba dentro de la carpa de Efraín, pero no recordaba haberse pasado allí. Había olvidado que había ido a la Hermanita y por un momento creyó que despertaría al lado de Darío. De hecho, lo último que podía evocar de la noche pasada era estar frente a la fogata, tratando de consolar a Efraín, que lloraba en su regazo.

Lucía estaba aturdida, no solo por el agotamiento físico que sentía, sino por el sueño que acababa de tener, del cual ahora solo podía rememorar impresiones y secuencias un tanto vagas. Todo era extremadamente confuso, excepto una sola cosa, un sentimiento, una certeza que empezaba a nacer en su corazón. Tenía que volver con Darío. Lo amaba. No cabía ninguna duda de ello y cualquier resentimiento o residuo de odio que pudiera haber sentido hacia él se había desvanecido.

Necesitaba ubicarse un poco más. Miró la hora en su celular. Eran pasadas las doce del mediodía. ¿Tanto? Se pregunta cuánto tiempo pasó dormida. ¿En qué momento? Todavía se siente muy cansada y no del todo despierta. Siente una suerte de mareo, algo diferente en su conciencia. Reparó en que su bolso se encontraba dentro de la carpa también. Cuando la recogió, observó que entre las cosas de Efraín había una bolsa con hojas de una flor que le parecían conocidas. Unas estaban secas, otras más frescas y también habían semillas. Notó que adentro, a su vez, había otra bolsa más pequeña con un polvo que parecía una mezcla de semillas y hojas pulverizadas. Luego, se fijó debajo de la bolsa de dormir sobre la cual estaba recostada y vio la misma flor, pero estaba muy fresca. Lucía entonces se estremeció. Se fue haciendo un nudo en su garganta. Empezó a llorar, muy calladamente, con temor. En efecto conocía las hojas y la flor. "Borrachero" la llaman en algunos lugares, porque si pasas mucho tiempo bajo el árbol que las produce, te provoca un efecto muy parecido a la embriaguez. Era tóxica y muy potente. Por ello mismo, muy peligrosa. De ella extraían una droga llamada escopolamina. La gente intoxicada con esta sustancia podía quedar con daños cerebrales permanentes. Muchos habían olvidado su identidad gracias a ella y terminaban viviendo en las calles. Bajo sus efectos se volvían seres completamente sumisos, perdiendo parte de su conciencia, haciendo imposible el recuerdo de cualquier suceso o acción realizada durante ese intervalo de tiempo.

Lucía trató de armarse de valor. Ahora lo que sentía por Efraín era odio, el odio más oscuro que ha podido sentir en su vida. Pero no puede dejarse vencer por el odio. No sería ella. Se levanta como puede. Sus movimientos son torpes, todavía está drogada.

Sale de la carpa.

Efraín no se ve por ningún lugar. ¿Qué hacer? ¿Ir a la policía? Ni siquiera puede decir que algo haya sucedido. No tiene marcas visibles en su cuerpo. Siente ganas de matarlo con sus propias manos y se recrimina por sentir eso. No podría matarlo. Y ella no quiere morir. Lo único que se le ocurre a Lucía es desaparecer, huir.

Se coloca su bolso y empieza atravesar la playa. Le cuesta ir en línea recta y mantener un paso firme. Se siente débil y empieza a sollozar nuevamente. ¿Cómo pudo ser capaz de hacerle esto? Este ya no era el Efraín que había conocido. Ni siquiera era ese último Efraín que vio, el obsesionado. Esta ya era otra persona. Algo ha pasado. Y no hay vuelta atrás.

Por fin logra llegar al pie de la loma. Se empieza a dar ánimos, a hablarse, vamos Lucía, vamos, tienes que lograrlo, no puedes morir aquí, tienes que llegar al otro lado, tienes que volver a Darío. Cada movimiento que hace le cuesta como si fuera la primera vez que usa su propio cuerpo. La loma es rocosa y algo empinada. En este estado, cada paso, cada agarre de sus manos debe ser firme. De lo contrario puede caer. Puede perder la vida.

Ya se encuentra a medio camino de la subida. Vamos Lucía, se dice, tienes que llegar a la cima, por favor. Justo entonces escucha un grito, una voz que dice su nombre, a lo lejos. Es él, está diciendo que no se puede ir, que se tiene que quedar. Que así lo quiere Lázaro. Ahora está subiendo la loma. Está decidido a mantenerla cautiva. Lucía se desespera, trata de ir más rápido pero le es imposible, tiene tan poca fuerza. Efraín ya la alcanzó. Trata de agarrar sus pies, pero Lucía logra pisar sus dedos. Ahora escucha sus quejidos de dolor. Entonces ella cree escucharlo gritar que va a tener un hijo de él. El miedo y la desesperación no le permiten a Lucía detenerse a pensar si realmente escuchó tal cosa. Efraín sube un poco más y trata de tomarla por los brazos, pero ella aprovecha una piedra grande para dejar caer su peso y voltearse. Con toda la fuerza que puede, rasguña el rostro del atacante, el cual pierde el equilibrio y cae por la loma, golpeándose con unas piedras. Ahora, puede verlo tirado en la arena. Ha perdido el conocimiento. Lucía se reincorpora y llega a la cima. Se pregunta si Efraín habrá muerto en la caída. Pero no tiene tiempo que perder.

La bajada la pudo hacer más rápido. Quizás fue el susto de la amenaza, quizás la adrenalina, pero siente que ha recuperado algo de sus fuerzas.

En el hotel, no encontró a nadie en la recepción. Entró a su cuarto, recogió sus cosas y volvió a salir. Cuando se acercaba a la salida del pueblo, una señora que iba en una pick-up le ofreció un aventón. Cuando al fin se montó en la parte de atrás y el vehículo empezó a remontar la subida, Lucía se pudo sentir a salvo. Otra vez volvía a sollozar.

## Capítulo 31

Cuando llegaron a la jefatura, le informaron a Colmenares que Espinosa estaba listo para hacer su declaración. Darío estaba claramente angustiado. El silencio de Henry en el camino había sido sepulcral y se acercaba el momento de la verdad. Esto llevó a Darío a pedirle a Juanita —quien había permanecido en su apartamento— que los esperara en la jefatura, para acompañar a Henry. Cuando entraron los presentó y le dijo a Henry que lo esperara con ella, mientras él iba con los oficiales para escuchar la declaración de Espinosa.

En el camino al cuarto de interrogación, Colmenares no pudo aguantar más el silencio y tuvo que decirle algo que antes había tenido que interrumpir para exigir la entrega de Espinosa.

—Darío, antes de que vayamos allí a escuchar lo que ese hombre tiene que decir, hay algo que debes saber.

Darío lo miró, pero permaneció en silencio.

—Antes de recibir la información de la isla, fui a la universidad con la esperanza de encontrar alguna información. Fue algo que tú mismo me sugeriste. En efecto, di con una profesora que fue compañera y amiga de Lucía mientras eran estudiantes.

—¿Qué dijo? ¿Era una amiga cercana?

—Primero me dijo que nunca se llevó mal con ningún compañero o profesor en la universidad. Claro que habría tenido sus altercados, pero nada grave. Me lo dijo con mucha seguridad y contó varias anécdotas, por lo cual deduzco que sí tuvieron cierta cercanía, al menos durante un tiempo. Sin embargo, había algo que la profesora sí recordaba con particularidad, aunque no estaba relacionado con nadie de la universidad. Aparentemente, Lucía trataba de evitar encontrarse con alguien que había sido su novio, pero con quien acababa de terminar su relación. Según esta profesora, ya no era una simple obsesión. La estaba acosando...

Darío no decía nada y llegaron a la puerta del cuarto de interrogación. Antes de abrir, Colmenares miró a Darío a los ojos y lo tomó del brazo, buscando su atención.

—Darío, según la profesora, este exnovio también se llamaba Efraín. Como el sobrino de Marina Robles. Para este momento, se habían alejado un poco y no estaba muy al corriente de los detalles de su vida. Pero sí recordaba que ella misma le había hecho ese comentario. Pero solo mencionó su nombre de pasada. No tenía ni idea de cuál sería su apellido. ¿Me estás escuchando?

Colmenares buscaba leer alguna reacción en Darío. Pero este no le daba nada. Pudo notar, sin embargo, que había escuchado lo que había dicho y que, sea lo que fuera que estaba sintiendo y pensando, se lo estaba conteniendo, como si solo después de escuchar a Richard Espinosa es que se iba a permitir dar rienda suelta a lo que ocurría en sus adentros.

Entonces, el agente entró al cuarto, a la vez que Darío entraba por otra puerta, junto con otros oficiales para escuchar la declaración.

## Capítulo 32

—Pero si es el señor Don Richard Espinosa. Hacía tiempo que no nos visitaba.

Espinosa callaba, su mirada fija en algún punto impreciso de la mesa. Su rostro no dejaba ver ninguna emoción; ningún gesto se asomaba, sus ojos apenas parpadeaban. Colmenares soltaba una exhalación silenciosa, otra vez desconcertado porque al parecer ya nadie cae en sus juegos y provocaciones. Será que ha perdido un poco de la vieja magia.

—Quiero que me diga —retomó el agente— todo lo que sabe sobre la muerte de Lucía Costa de Blass. Absolutamente todo. Y, créame, no quiere omitir ni un solo detalle. No olvide que nosotros conocemos punto por punto sus antecedentes.

Por fin, Espinosa, comprendiendo que había llegado el momento, levantó la mirada y la dirigió a los ojos del agente. Movía la cabeza muy levemente, asintiendo. Tomó una respiración profunda, como la de los atletas que saben que les espera una larga carrera.

—Hace un poco más de doce años era el gerente de un motel en la zona de Monterua 10. El sector no tenía mucho tiempo de haberse habilitado y había habido toda una campaña de promoción. "Monterua 10, donde nace la nueva capital", era el slogan. En ese momento la verdad es que no teníamos mucha clientela pero yo lo atribuía a lo nuevo del lugar. No dudaba que en muy poco tiempo sería un sector muy cotizado. Ya a esta edad, no me queda más que admitir que mi olfato para los negocios es pésimo. En general, el motel me estaba causando más pérdidas que ganancias. Después de pagar la fianza y otros gastos a causa de mi arresto por juegos ilícitos, no me quedaba dinero para invertir en publicidad para el motel. Quiero decir que mis ahorros tampoco iban a soportar por mucho tiempo las pérdidas de esa inversión. Mis expectativas de vida empezaban a resultar bastante bajas. Fue entonces cuando apareció él, Efraín Robles.

En el otro cuarto, los oficiales seguían con atención el relato de Espinosa. Darío permanecía de pie y con los brazos cruzados, sin desviar por un segundo la mirada del que narraba.

—Y ¿qué aspecto tenía este Efraín Robles? —preguntó el agente.

—Era mucho más joven que yo —respondió Espinosa—. Si sigue vivo, debe tener más o menos la edad de Darío, un poco más bajo que él, pero más corpulento. Su aspecto era sumamente sombrío. La primera impresión que tuve fue la de un tipo con el que uno no quisiera tener problemas. Más tarde esta impresión probaría ser cierta. Era sobre todo por su mirada. Sus ojos tenían ojeras permanentes, como si nunca durmiera. Eran ojos que contaban historias, pero historias infernales. Sea lo que sea que haya tenido que vivir, sea lo que sea que hayan visto esos ojos, espero nunca saberlo... Sus rasgos eran algo caucásicos, pero con una ligera mezcla. Sin duda alguien de su familia tenía ascendencia europea. Diría yo que española. Su piel era blanca, pero se veía tostada por el sol. Tenía una cicatriz en la mejilla derecha, como de haberse cortado.

—¿Y cómo fue que entabló amistad con este sujeto? —preguntó Colmenares.

—Al principio era solo un cliente cualquiera. Uno de los pocos que llegaban por entonces, pero sin nada especial en su conducta que lo diferenciara de los demás. Permanecía ausente la mayor parte del día y solo lo veía en la noche, cuando llegaba, como todos. Entraba por la puerta e iba directo a su habitación. A veces preguntaba direcciones, igual que el resto. No habrían pasado más de dos semanas quedándose en el hotel cuando una noche, ya en la madrugada, llegó con una botella de whisky de —según me había dicho él mismo— 200 años, sin abrir. Me ofreció compartir un trago con él. Como se imaginará, señor agente, yo soy un tipo que difícilmente se resiste a ese tipo de gustos. Así que acepté. Este ofrecimiento continuó cada noche, hasta acabarse la botella. Y luego otra. Y luego otra. Al comienzo él era quien hacía la mayor parte de la conversación. Me contaba sobre su vida muy abiertamente, con confianza, como si nos hubiéramos conocido hace años. Me decía que

era huérfano y que casi no recordaba su niñez ni a sus padres. Su memoria empezaba propiamente desde que su tía lo empezó a criar cuando volvió a la isla y a Playa Encantada. Me contó también que, por un tiempo, le tocó vivir en la calle de joven y que luego se reformó, tuvo un despertar espiritual, y desde entonces trabajaba en lo que podía. Ahora que lo pienso, seguro esta fue su estrategia para que le tomara confianza y le contara de mí.

—¿Qué quiere decir? —interrogó el agente.

—Pues, que le conté también un poco sobre mi vida, mis altercados con la ley y la situación difícil que estaba pasando en el motel. Después de todo, no es muy fácil guardar secretos mientras se bebe unos tragos. Y menos con ese whisky. Este tipo era como el diablo mismo. Era capaz de convencerlo de cualquier cosa. Él me habló entonces de gente que conocía, de contactos confiables, gente que movía mucho dinero y que buscaban un lugar para hacer apuestas. Entonces, me habló de lo perfecto que sería el motel para eso, que se podía hacer muchísimo dinero. Me habló de cifras, de lapsos cortos de tiempo. Quizás me veía realmente desesperado. Quizá fue el whisky —el mejor que he probado en mi vida, la verdad sea dicha—. El hecho es que acepté su propuesta. ¿Me podría dar un vaso de agua, señor agente?

Contreras, que permanecía de pie, se acercó al dispensador de la esquina, tomó un vaso y lo llenó de agua. Tomó el vaso y volvió a su posición previa. Le acercó el vaso a Espinosa y luego le ofreció un cigarrillo. Espinosa aceptó. El agente sacó la caja, le extendió uno y luego lo encendió, tras lo cual él mismo prendió otro para sí. Luego, dejó la caja y el encendedor a disposición del narrador.

—Las reuniones se empezaron a hacer en el depósito del motel. Todo ocurrió según lo dicho por Robles. En algo así como cuatro meses, yo ya no me preocupaba por la clientela del motel. Menos aún por las pérdidas. Ya no existían. Es más, al menos la mitad de las habitaciones las tomaban los mismos jugadores, o los que organizaban las apuestas y sus amantes. Pasaban los días y todo parecía ir perfectamente. Yo, Robles y los otros organizadores, todos salíamos ganando por igual, completamente satisfechos con nuestro arreglo y nuestras ganancias. Por entonces, recuerdo haber reparado en que Robles aprovechaba las reuniones para vender drogas. Incluso lo vi hacer de chulo también. ¿Cómo no había caído? ¿De qué otra forma podía haber pagado su estadía durante todos esos meses? Fui muy ingenuo. Poco después de advertir este tipo de detalles, se hizo evidente para todos, tanto para mí como para los socios, que empezaba a manifestarse cierto desenfreno en el comportamiento de Robles. Y que ese desenfreno iba aumentando con el paso de los días. Yo trataba de hablar con él para saber qué sucedía, pues a todos nos preocupaba el efecto que pudiera tener sobre el negocio. Siempre conseguía la manera de evadirme o de cambiar el tema. Finalmente, una noche él mismo me sentó para hablarme de la razón que lo había traído nuevamente a la ciudad, a la cual llegó el mismo día que empezó a quedarse en mi motel. Buscaba a alguien, a una mujer. Decía que era el amor de su vida. Que no pensaba en otra cosa que encontrarla y que, precisamente, durante esos días había logrado verla y que estaba embarazada. Desde ese momento todo empezó a ir cuesta abajo…

Hizo una pausa para prender otro cigarrillo. En el otro cuarto, Darío trataba de controlarse, pero el sentirse traicionado lo estaba consumiendo.

—La mujer, como ya sospechará usted, señor agente, era Lucía. Robles decía que el hijo que iba a tener era suyo. Es decir, que él era el padre de Henry. Después que Lucía había dado a luz, él ya había descubierto dónde vivía y con quién. Parecía un loco, decía que a veces su padre se le aparecía y lo obligaba a hacer cosas, que eso había empezado desde su fallecimiento. Decía que quería que Lucía volviera con él y su hijo… Pero ella lo rechazaba y se rehusaba a que viera a su hijo… Que no podía perdonarlo por lo que le había hecho a ella… Aunque nunca supe lo que pudo haber sido eso...

Espinosa empezó a ponerse nervioso. Se notaba cuánto lo alteraba el recuento de estos hechos. Ahora prendía otro cigarrillo.

—Ya en este punto, el comportamiento de Robles estaba llevándonos a la ruina y los organizadores de las apuestas dejaron de presentarse. La noche que nos anunciaron su retirada, cuando estábamos solos, Robles me tumbó al piso y me amenazó con un cuchillo. Me dijo que esa misma madrugada iríamos al apartamento de Lucía y que a la mañana siguiente esperaríamos a que saliera sola, o a que estuviera sola en el apartamento, para que él pudiera hablar con ella. Me dijo que le daría una última oportunidad y que si lo volvía a rechazar, la mataría. Yo manifesté mi rechazo apenas terminó de hablar, pero amenazó con matarme si no lo ayudaba, Por eso tengo esta cicatriz que ve en mi cuello, agente… Luego sacó una pistola y me obligó a llevarlo hasta el apartamento de Darío. Él estaba sentado en la parte de atrás, apuntándome a la cabeza mientras manejaba. Estacioné algo lejos de la entrada para no levantar sospechas. No tardó mucho en amanecer y unas horas después vimos a Darío salir con un bebé en brazos. Entonces me dijo que me moviera hasta la entrada del edificio. Yo traté de hacerlo entrar en razón, pero apenas intenté hablar me golpeó, muy fuerte con la pistola. Cuando paré en la entrada, podía sentir la sangre corriéndome por la nuca. Entonces me dijo que lo esperara ahí con el motor del auto encendido, que no me moviera, pues de lo contrario me denunciaría con la policía por lo que había ocurrido en mi motel y me buscaría para matarme, que sabía cómo encontrarme. Nunca había visto a alguien tan fuera de sí. Entonces salió del auto y entró al edificio. Yo no sabía qué hacer, si subir a detenerlo, si ir a la policía yo mismo, si huir quién sabe a dónde. Pero el temor me paralizó. El temor y la cobardía. En lo que me di cuenta, ya Robles estaba de vuelta, su rostro estaba colorado, sus ojos rojos, parecía que lloraba, pero que ahí mismo ahogaba el llanto en la locura. Solo me gritaba que manejara, que saliéramos de allí. Durante todo el camino, hablaba solo, palabras inconexas. Por más que intentaba, me era imposible entender lo que decía. Era como si pensara en voz alta, pero lo que salía de su boca era solo un fragmento minúsculo de su monólogo interno. Cuando llegamos al motel, salió del auto, y sin mirar atrás, desapareció. Más nunca lo volví a ver. A la mañana siguiente, vi en la prensa que había muerto una mujer en el centro, era Lucía, y que se sospechaba que su esposo era el responsable. Yo sabía que había sido Efraín. Años después, por pura casualidad, supe por mi nieta sobre el blog de Henry. Supe que era el hijo de Lucía. Fue entonces cuando empecé a dejar los mensajes. MORTET y RUA10, el primero para que supieran que tenía que ver con una muerte, el segundo para que dieran con el sector donde Efraín y Lucía se entrevistaron varias veces; y el último, HENRY, porque tenía que conocer quién era su verdadero padre, por más duro que fuera.

—¿Pero por qué no vino a nosotros? ¿Quién le dio el derecho a alterar la vida de esta familia de esta manera?

—Nadie me dio el derecho, agente. Pero no podía seguir viviendo con estos secretos. Y tampoco podía arriesgarme a pasar el resto de los pocos años que me quedan en una cárcel. Míreme. Mi ropa es vieja, estoy descalzo porque nada más tengo un par de zapatos. Estoy en la ruina, apenas tengo para mantenerme vivo. Además, no podía arriesgar mi vida, o la de mi hija y su familia, a quienes ya he causado suficiente dolor. Si Efraín se enterara que estoy aquí, es capaz de cualquier cosa.

## Capítulo 33

Los oficiales se llevaron a Espinosa. Todavía permanecería bajo custodia de la policía, mientras se terminaba de resolver el tema de Efraín. Solo entonces la justicia decidiría su suerte. Los oficiales le comentaron a Colmenares que Darío no había dicho ni una sola palabra durante toda la declaración. Ni siquiera un sonido. Lo único que hizo fue sentarse hacia el final, con la mirada perdida. Trataron de hacerlo salir, pero fue inútil. Ha pasado un buen rato desde entonces.

Colmenares piensa que debe necesitar un rato solo. Es mucha información que digerir, además de ser información muy dura para él. Decidió servir café para ambos. Al salir, pudo ver a Juanita hablando con Henry. El chico ya se notaba mucho más calmado. Mientras servía las dos tazas de café, pensaba en qué decirle a Darío. Pero todavía no se le ocurría nada. Con las tazas listas, se dirigió al cuarto donde se encontraba Darío.

La puerta estaba abierta y se detuvo un momento en el umbral. El único sonido dentro del cuarto era el del aire acondicionado, algo viejo ya. Darío seguía sentado del otro lado. Sus codos reposaban sobre sus piernas, manos juntas, mirando el suelo.

—¿Café? —preguntó el agente, extendiendo el brazo para ofrecer una de las tazas. Así la mantuvo durante un momento, pero no había ningún tipo de respuesta física o verbal del otro lado. Terminó colocando la taza en una mesita cercana. Luego se sentó. Le dio un sorbo a su café, disfrutando su sabor, buscando algo de alivio después de un día tan largo. Todavía no sabía qué decirle a Darío, ni siquiera una idea remota. ¿Qué se le dice a alguien que acaba de escuchar que su difunta mujer le fue infiel y que el hijo que creía suyo es, en realidad, de ese amante?

—Soy un hombre divorciado. A partir de este año, mis años de divorciado empezarán a superar mis años de casado, sin vuelta atrás. Mis hijas ya están grandes. Apenas nos hablamos. Mi exesposa solo me llama para recordarme el pago de la universidad. Ella gana más dinero que yo, así que no me tortura mucho con eso. Tengo suerte, lo sé. Mi situación es la más común y ordinaria, totalmente predecible. Por eso no puedo imaginar cómo se debe sentir ahora, Darío. Lo único que le puedo decir es que, si necesita mi ayuda en algo, solo dígamelo. Ahora mismo voy a empezar a organizar la búsqueda de Efraín Robles.

Colmenares continuó bebiendo de la taza. En el momento ni siquiera podía observar a Darío, como si fuera alguien desfigurado. Había una vergüenza que le impedía hacerlo. Entonces, se levantó y empezó a salir del cuarto.

—Colmenares… —dijo Darío, haciendo que se detuviera en el umbral— hay algo en lo que podría ayudarme. Lleve a Juanita a su casa y dígale a Henry que se quede con ella, que yo pasaré por él mañana. Yo iré a mi apartamento a buscar en las cosas de Lucía cualquier información sobre Robles. Luego, volveré acá y me encontraré con usted.

Colmenares volteó y lo miró a los ojos, asintiendo. No se esperaba una petición tan rápida. Luego se retiró.

También pensaba que Henry protestaría al escuchar cuáles eran los pasos a seguir, pero nuevamente la realidad lo superaba, el muchacho aceptó sin objeciones las órdenes de Darío. Juanita, por su lado, no tuvo problemas en cuidar al chico mientras tanto. También vivía en el centro, con su hija y su madre, quien se había quedado a cargo de la nieta. Por suerte, Juanita les había llamado más temprano para avisarle que un amigo necesitaba su ayuda y que llegaría a casa tarde.

En el camino hasta su casa, Juanita se estaba poniendo al corriente de la situación. Henry se había quedado dormido. Por otro lado, el agente le preguntaba de qué habían hablado ellos dos. Y no le pareció extraño escuchar que el chico habló casi únicamente sobre su madre. Era pasada la media noche cuando Colmenares los vio entrar al edificio. Poco después, una luz se encendió en el segundo piso y ella se asomó por la ventana, confirmándole al agente que todo

estaba bien. Partió entonces de vuelta a la jefatura. Casi no había tráfico y tampoco tenía mucho apuro, ya que Darío seguro se demoraría en regresar. Era la primera vez que manejaba un caso inconcluso, que después de muchos años parecía aclararse. Aunque sabía que los Blass atravesaban un momento difícil, también los consideraba afortunados. Cuántas personas, cuántas familias no había conocido que habían perdido a alguien sin la más remota posibilidad de que se les hiciera justicia, fuera porque los responsables eran intocables, o porque simplemente nunca se supo quiénes eran, o porque ni siquiera los cuerpos de las víctimas fueron hallados. No tener siquiera la posibilidad de velar a un ser querido que ha muerto. No hay derecho. Pero esta vez, para variar, se tenía información clara y existía la posibilidad de dar con el autor del crimen. Solo había que responder dos preguntas: ¿Efraín Robles está vivo? Y si es así, ¿dónde se encuentra? Por si fuera poco, no son preguntas imposibles de responder.

Con esta certeza, el agente Colmenares entró con pasos firmes a la jefatura a preguntar por Darío Blass. Cuando le confirmaron que aún no había vuelto se dispuso a organizar un equipo de inteligencia para ubicar a Robles. Sin embargo, esta empresa se vio interrumpida al recibir una notificación de la recepción de la jefatura. Una señora, Marina Robles, decía que necesitaba comunicarse urgentemente con el agente Colmenares. De inmediato exigió que le pasaran la llamada.

—Habla Colmenares.

—Señor agente, no tenemos mucho tiempo, Efraín regresó a la capital. Darío Blass corre peligro…

Por el auricular, el agente Colmenares ahora solo escuchaba la línea de teléfono dando el tono de llamada.

## Capítulo 34

Mientras caminaba a su apartamento, viendo el vehículo del agente partir con Henry y Juanita, Darío contemplaba cuál sería la forma más efectiva de quitarse la vida. Podía ahorcarse, tenía la soga, al menos. Un tiro en la sien estaba descartado, no tenía el arma. Cortarse las venas era otra posibilidad, pero parecía muy engorroso y tomaría mucho tiempo. También quedaba la posibilidad de envenenarse. Seguramente podría conseguir algo en el apartamento.

Su mente se había disociado de los últimos hechos, como tantas otras veces. Pero en esta ocasión, sus sentimientos y frustraciones no volvían transformados en visiones, sombras o luces, trastocando su percepción de lo que, por falta de mejor palabra, llamaban realidad. Nada lo perseguía, nada cambiaba de forma, ningún ente se fundía con otro, ninguna de sus facultades asumía las funciones que no le correspondían. El mundo externo era cruelmente plano y objetivo. El mundo interno, en cambio, una pretensión, cuando mucho. No había emociones, ni anhelos. No había temores, ni esperanzas. La tristeza había calado tan profundo que ya ni siquiera sentía rabia. El futuro había dejado de existir, incluso como hipótesis. Cualquier escenario que implicara su existencia, más allá de unas cuantas horas, había perdido sentido. Continuar con vida parecía inconcebible. En su mente, un solo camino era posible y llevaba a la muerte.

En todas sus figuraciones sobre lo que podía revelar Espinosa nunca se planteó el cuestionamiento de su paternidad. Pasara lo que pasara, él siempre sería el padre de Henry. Eso era obvio. Lo daba por hecho. Y ese fue el error. Ahora se daba cuenta por qué. Henry, de cierta forma, era un recuerdo vivo, el símbolo encarnado del amor de Lucía. Como sea que hubiera manejado la pérdida, lo que él mismo había sido hasta hace unas horas se había construido a partir de su relación con esa mujer y su muerte. Y si bien se había negado a asimilar esa muerte, cualquier sufrimiento tenía su sustento en un amor que había sido real, o mejor dicho, un amor que no había sido traicionado.

Pero ahora todo eso se había esfumado. Nada era real.

¿Para qué continuar, entonces? Henry era la razón de su existencia. Quizá debió dejar que los de la institución familiar se lo quitaran. Seguramente, el chico estaría llevando una vida feliz ahora. Quién sabe qué estaría pensando de Darío, después que Espinosa mismo le contara todo. Porque se lo tuvo que haber dicho todo. ¿Por qué otra razón hubiera estado tan callado en el camino a la jefatura? ¿Por qué otra razón habría de llorar cuando estaba en su casa?

Ahora su memoria reproduce todos esos momentos en los que el amor de Lucía le había parecido incuestionable. Los despertares que habían compartido, todas las veces que se cocinaron comida, los primeros pasos de Henry, el embarazo… ¿Cómo podía ser mentira todo eso? ¿Y qué de su unión, de ese ritual que ellos mismos oficiaron, que ellos mismos crearon para sí, en las aguas termales del Nevado del Norte? ¿Qué de los anillos que cada uno colocó en la mano del otro? El conflicto en su corazón empieza a volverse insoportable. Hay una disonancia que le parece irreconciliable entre todo lo que acaba de escuchar y el rostro de Lucía, la última vez que celebraron su cumpleaños, su expresión tan diáfana y genuina; entre la versión de Efraín y el lenguaje que Lucía había creado sola y únicamente con él y del cual él mismo era el testigo.

Pero las cosas son como son. La realidad es esta y no otra. No hay nada que hacer.

Darío entra a su edificio. Sube las escaleras. Saca las llaves, abre la puerta y cruza el umbral pensando que el mundo no necesita de él y que ninguna vida —ni siquiera la de Henry— se vería mejorada con su presencia.

Apenas entra, siente un toque por la parte de atrás de su cabeza y todo se apaga.

Oscuridad.

## Capítulo 35

Oscuridad. Visiones fugaces de un barco en un río. El rostro de una mujer. La voz que nunca llega. Pero hay otra que sí. Alguien habla caminando.

Pasos. Alguien camina muy cerca. Va de un lado a otro, como un péndulo. Cada paso produce un sonido grave. Deben ser botas. Alguien camina hablando.

Dolor. Todo el cuerpo duele. Duele moverse. Duele mucho la cabeza. Duele también el cuello.

Algo impide el movimiento. Sentado. Amarrado a una silla.

Intenta abrir los ojos. Todo se ve muy borroso. Poca luz. Duelen los ojos, duele moverlos. Solo se ven manchas oscuras.

—Esto va a terminar más rápido de lo que piensas. Tampoco será muy doloroso. No te preocupes… Dicen que ves una luz justo antes de morir y que toda tu vida vuelve a repetirse en un instante. Siempre me he preguntado lo que sentiría al contemplar mi propia vida, desde el momento en que vi la luz por primera vez, hasta el último, hasta ese túnel de luz del que tanto hablan. ¿No te da curiosidad? Lo vas a saber pronto. Verás a todas las personas que conociste, a las que recuerdas y a las que no, también a aquellas otras con las que te cruzaste en el camino y aquellas que solo viste una vez en tu vida; verás todas las calles por las que llegaste a caminar, aquellas en las que dormiste. Todas las veces que sufriste y todas las veces que te sentiste feliz. Tus lágrimas, tus orgasmos. Todo. Me da mucha curiosidad. ¿Sentirás alivio? ¿Sentirás arrepentimiento? ¿Tú qué crees? Debes darle las gracias a mi padre por estar vivo todavía. Yo ya te hubiera matado. Pero él dice que así no hay diversión, que no tiene sentido matar a alguien sin que la persona se dé cuenta. Si no está consciente de que lo vas a matar, entonces es como si no lo hicieras… Tiene razón. Es verdad que agrega un extra de placer. Te hace sentir más poderoso aún. ¿Nunca sentiste la curiosidad de sentir ese poder?

Darío trata de gritarle, pero solo alcanza a gruñir. Tiene la boca amarrada. Se mueve, trata de soltarse, pero es inútil. Cae con la silla, justo del lado que tiene la fractura en la muñeca, producto del accidente con el automóvil. Siente un dolor intenso en todo el brazo. Es posible que el yeso se haya roto. Puede que haya otra fractura. Siente la ropa pegada a su cuerpo sudado y un ardor en la parte de atrás de su cabeza. Se imagina que debe estar sangrando. Qué día, piensa. En la mañana estaba disfrutando del olor de la tocineta frita, del sabor de un desayuno delicioso con la compañía de quien pensaba que era su hijo. Y ahora se encuentra en el suelo, amarrado como un perro en su propio apartamento.

—También dice que debo explicarte por qué te mataré... Todo tiene una ética…

Ahora el hombre examina el revólver en su mano.

—Al fin puedo conocerte, Darío Blass. Al fin puedo hablar contigo, en persona; con el ladrón, con el impostor. El hombre que me quitó a la única persona que me supo entender y dar amor. Y el hombre que se ha hecho pasar todo este tiempo por el padre de mi hijo. ¿Sabes? Siempre envidié mucho a las personas que nunca se tuvieron que preguntar por la salvación, que nunca sintieron su propia alma perdida, que nunca vivieron la angustia de querer recuperarla. Verás, Darío, yo no conozco ese privilegio. Apenas puedo imaginármelo, apenas puedo creer que existan personas tan dichosas. Yo he pasado todos estos años, viviendo en este mundo de ustedes, caminando por sus calles como si fuera un humano más, alguien normal, una persona como cualquiera otra...

Colocó su bota sobre la cara de Darío, presionándola.

—Pero la verdad es que, aunque puedas sentir mi bota aplastando tu cara, aunque puedas escuchar mi voz, no estoy realmente en este lugar. ¿Sabes la gente que dice que, aunque vivan en otro país, llevan a su patria en el corazón? Algo parecido me ocurre a mí. Aunque no me produce tanto orgullo como a esas personas. Aunque aquí me veas, la verdad es que llevo un infierno en mi corazón. ¿Será que mi alma siempre estuvo allí? Quizás por eso nunca

logré abandonar la esperanza de que alguien, o algo, me pudiera salvar. No hay nada que haya anhelado más que esa paz.

Ahora retiraba la bota de su rostro. Los ojos de Darío al fin empezaban a distinguir a la persona que hablaba. En verdad, parecía un condenado, un alma en pena. Darío se creía miserable, pero ahora, al verlo, supo que nunca había visto a alguien tan trastornado por el dolor como él. Este era el hombre del cual huía Lucía, el innombrable Efraín, el que era capaz de oscurecer la luz de su alma, de chupar su energía. Ahora entendía por qué y no se podía imaginar que esta misma persona alguna vez hubiera tenido un lado humano, que una sonrisa cálida se hubiera manifestado en su rostro nunca. Pero tuvo que haber sido así en algún momento. Darío tenía la certeza de conocer a Lucía. Y esa certeza le decía que ella nunca hubiera podido estar con él si no hubiese sido así. No hubiera podido sentir amor por él si en alguna parte de su alma, sin importar cuán remota, no hubiera brillado algo de amor y calidez humana también. De eso, Darío no tenía duda. Sin embargo, la persona que ahora le hablaba no mostraba ningún rastro o señal de haber sentido afecto alguno en toda su vida. Ni siquiera podía imaginarse que esa misma persona hubiera sido un niño alguna vez. Quien sea que él haya sido, quien sea que Lucía hubiera conocido, ya no existía más.

—Tiempo después de separarnos supe que Lucía había empezado una relación con otra persona —continuó Efraín—. Aunque nunca me quisieron decir con quién. Claro, solo Lucía era capaz de despertar esa lealtad en las personas. Por ese entonces fue que mi padre empezó a hablarme. No sabía que era él, por supuesto. Sólo escuchaba una voz, la voz de un señor, alguien anciano ya, hablándome. Al principio aparecía en sueños. Me decía que pronto nos encontraríamos. Luego, con el pasar del tiempo empezó a decirme que él me traería de vuelta a Lucía. Yo crecí toda mi vida queriendo saber quiénes habían sido las personas que me habían dado la vida. Y por la mayor parte de mi vida creí que debía tratarse de buenas personas, pero que tuvieron la mala suerte de morir en un accidente. Eso era lo que me decía mi tía de niño.

De un bolso que se encontraba encima del mueble, Efraín sacó unas balas. Con mucha calma las empezó a colocar en el tambor del revólver.

—Solo supe quién era —decía mientras— después de que murió. A partir de entonces, no había nada que aborreciera más que verlo, ni nada que quisiera olvidar más que saber quién fue. Resultaba que mis padres no habían muerto en ningún accidente. Mi padre fue un asesino. Su único placer consistió en violar y asesinar mujeres… Hasta su propia esposa… Mi madre… ¿Por qué no fue mi madre la que apareció en mis sueños, Darío? ¿Sería que incluso después de la muerte, el demonio de Lázaro la seguía atormentando? ¿O sería acaso que nunca me quiso porque le recordaba a él, a esa persona que solo supo hacerle daño? Poco después de la muerte de Lázaro, llegó Lucía a la isla. Fue ahí cuando los sueños empezaron a tornarse en pesadillas. Él me dijo que si acampaba en La Hermanita, ella iría a verme. Me decía que tenía que embarazarla, que solo si tenía un hijo mío ella se quedaría a mi lado y él me dejaría en paz. Yo le decía que eso no estaba bien, que esa no era la manera, pero entonces me hacía ver cosas horribles… Cosas espantosas que nadie debería ver…

Otra vez, la trama cambiaba para Darío. Lo que empezaba a relatar Efraín era mucho peor que la versión anterior. Si Lucía le había sido infiel, al menos su voluntad nunca había sido transgredida. Pero esto...

—¿Nunca te ha resultado increíble lo mucho que nos subestimamos? Hay tanto que creemos que no somos capaces de hacer. Y sin embargo, bastan las circunstancias correctas y vaya que te puedes llevar una grandísima sorpresa. Siempre me creí incapaz de realizar todas las cosas que Lázaro quería que realizara. Claro que con el tiempo uno entiende que, en ciertos casos, no importa realmente que seas capaz o no de hacer una cosa. Verás, la cosa, la acción como tal, es un instante, es solo un momento que termina mucho antes de que te des cuenta, y ciertamente muchísimo antes de que concientices la acción que acabas de realizar.

Eso es lo de menos. Lo importante es lo que viene después. Esa es la verdadera prueba, eso es lo que requiere una verdadera capacidad. Vivir el resto de tu vida con las consecuencias de esos instantes. Eso es lo difícil. Como todo, es cuestión de práctica. Así que la drogué. Le ofrecí agua y en ella diluí un poco de escopolamina. Créeme, si hubiera dependido de mí, no lo hacía. Pero ella no me hubiera aceptado. Estaba muy enamorada de ti. La drogué para que me dejara hacerle el amor. Y así lo hice. Estaba entre dormida y despierta, pero aún así gemía. ¿Cómo se siente que te quiten algo que amas?

Efraín se deleitaba en las lágrimas y el llanto enmudecido de Darío, que yacía amarrado en el suelo, miserable. Hablaba pausadamente para hacerlo sufrir. Darío hubiera preferido estar muerto a escuchar lo que estaba escuchando. ¿Cuánto puede soportar un ser humano? Mucho. Podía soportar mucho. Efraín era el vivo testimonio.

—Mi plan era mantenerla drogada unos días para que al final se quedara conmigo. Pero entonces Lucía se me escapó al día siguiente. Aunque traté de detenerla y hacerla entender. Lo único que logré de ese intento fue esta cicatriz que ves en mi mejilla. Bueno, también un hombro dislocado y una fractura en el brazo y la pierna. ¡Fue una caída espectacular! Lázaro dejó de molestarme por unos días. Pero volvió. Y entonces las visiones empezaron a ocurrir en el día también. Me decía que debía ir a buscarla, a ella y a mi hijo. Que alguien me lo quería robar y que si yo hacía lo que él me decía, me dejaría en paz. Volví a la capital y al cabo de unos meses, la conseguí. Logré que hablara conmigo unas cuantas veces, apenas unos minutos en el camino a un restaurante cerca de donde yo me quedaba. Así de compasiva era. Pero se negó a volver, e incluso se negó a dejarme ver al bebé, a Henry. Yo no dejaba de insistir, pero me amenazó con denunciarme por violación y tuve que alejarme un poco. Pero Lázaro empezó a atormentarme nuevamente. Decía que debía matarla y huir con el niño. Fue entonces cuando vine a este apartamento. Esperé a que salieras con Henry y entré. Parecía un ángel durmiendo. Me quedé observándola un rato, contemplando su belleza. El sueño de los justos ¿no? No ha habido nada más puro en este mundo, nunca ha habido un alma tan buena como la de Lucía…

La voz de Efraín se entrecortó y a Darío le pareció que iba a llorar, pero entonces se golpeó en la cara varias veces para ahogar cualquier emoción. Sangre corría de su frente.

—Yo traté de explicarle, Darío. Traté de que entendiera cuál era la mejor opción. Traté de hacerle ver lo felices que seríamos los tres. Pero no había manera. Cuando traté de acercarme más a ella fue que me di cuenta. Me tenía terror. Yo, que solo quería amarla, le causaba miedo. ¿Alguna vez has sentido eso, Darío, cuánto te temen las únicas personas que amas? Fue entonces cuando supe que tendría que matarla. Y que cuando lo hiciera no habría vuelta atrás. Con ella, también moriría mi alma, si quedaba algo de ella. Pero aún así lo hice. La asfixié. Usé una bolsa de plástico resistente para cubrir su rostro y cortar su respiración. Ella no pudo hacer nada. Lucía me había condenado al no volverme a aceptar. Ese fue el verdadero momento en que perdí mi alma.

Entonces se empezaron a escuchar patrullas acercándose al edificio. Efraín se asomó por la ventana. En efecto, se habían detenido al frente y empezaban a entrar. Cerró la puerta con seguro y movió unos muebles para bloquear la entrada principal. Luego continuó.

—Huí por un tiempo del país. Como no cumplí completamente con lo que Lázaro ordenó, nunca me dejó en paz completamente. Solo se iba temporalmente si hacía lo que me pedía. Su único placer seguía siendo violar y matar mujeres. Para mí ya no puede existir el perdón. Nadie más nunca me podrá amar, nadie podrá sentir simpatía por mí. Soy un monstruo. Ya no soy humano. Después de muchos años, Lázaro me pidió volver porque Espinosa hablaría, tarde o temprano…

Empezaron a escucharse golpes y forcejeos en la puerta principal. Eran los oficiales tratando de entrar. A la vez, por la ventana se escuchaba una voz por megáfono que reconocía

la presencia de Efraín en el apartamento y que lo llamaba a entregarse. Era el agente Colmenares. Efraín acomodó a Darío, poniendo de pie la silla.

—Esta vez el trato te involucra a ti, Darío. Llegué tarde para silenciar a Richard y eso te convierte a ti en la última salida. Todos estos años he sido el esclavo de un demonio, Darío. Y ese demonio ha sido mi propio padre. ¿Puedes creerlo? Y solo si te mato me dejará tranquilo. Esa es la segunda razón por la que debo matarte. Para librarme de él. Tú no sabes, no tienes idea de lo que es ser su esclavo, Darío…

Efraín, soltó el seguro y cargó el arma. Luego apuntó a Darío.

—Por eso no hay nada que desee más que estar en paz, Darío, que librarme de una vez y por todas de ese fantasma…

Darío cerró los ojos.

—No importa lo que haga… Nunca es suficiente… Nunca está conforme… Y solo hay una manera de acabar con eso…

Darío respiró profundo, resignado a morir. Este era el final de su vida. Aquí lo había traído una mezcla de decisiones y coyunturas que, en este momento, le parecía imposible distinguir una de la otra. En todo caso, ya no importaba. Ya nada importaba. Pronto terminaría su sufrimiento. Buscó algún pensamiento que sirviera de consuelo en esos breves instantes, mientras esperaba la bala que atravesaría su cabeza, y pensó que, si existe algún tipo de vida donde tenemos memoria de lo que fuimos aquí, entonces quizá podría reencontrarse con Lucía. Y si ese mundo tiene algún tipo de conexión con este, acaso podrían ambos vigilar a ese niño, que si bien no era la unión de la sangre de ambos, lo era de sus espíritus. Ahora entendía que Lucía sabía el peligro que corrían su vida y la de Henry. Sabía que muy probablemente moriría y que Henry solo podría salvarse si escapaba de las manos de Efraín y sus demonios. Cuánto quería verla y agradecerle por haberlo elegido a él.

Los oficiales ya lograban comenzar a apartar los obstáculos de la puerta, pero sus esfuerzos y la voz que sonaba a través del megáfono se detuvieron al escuchar un disparo.

Colmenares soltó el megáfono y entró corriendo al edificio. Con la misma velocidad subió las escaleras y vio que los oficiales habían logrado acceder al apartamento. Cuando entró, advirtió el cuerpo que yacía inerte en el suelo. El rostro tenía casi una expresión de paz, o de alivio, cuando menos. La cicatriz en la mejilla estaba algo manchada de sangre que había corrido desde la frente y otro charco enmarcaba el cuerpo como un aura. Así terminaba la vida de Efraín Robles, bajo su propia voluntad.

Los otros oficiales se encontraban desatando a Darío, quien apenas era capaz de asimilar todo lo que le acababa de ocurrir.

Colmenares exhaló, aliviado y se acercó a él.

## Capítulo 36

Lucía sacó una manta de su mochila y la tendió sobre el piso. Luego se recostó sobre ella. Siempre le había gustado ir al aire libre en la popa del transbordador, mientras viajaba. Ahora iba de vuelta a tierra firme. Quería volver a ver a Darío, hablar con él, quería intentarlo otra vez, si él la dejaba. No estaba segura de que existiera la posibilidad de que eso sucediera. Si no, sabía que se iba a arrepentir toda su vida de haber salido de ese apartamento aquella noche.

¿Cómo podía ser —se preguntaba— que en la vida humana hubiera decisiones que se podían tomar en solo un instante, en segundos apenas, y que estas decisiones puedan tener efectos permanentes, durando toda una vida? Qué frágiles somos, pensaba Lucía, que podemos ser condenados, o condenarnos a nosotros mismos, por la ignorancia de un instante. Si se hubiera quedado en ese apartamento no hubiera pasado nada de lo que pasó. No habría ido a la isla, no se hubiera encontrado con Efraín, no hubiera sentido el pavor que sintió cuando trató de detenerla. No es justo, porque no tiene remedio. Las cosas son como son. El tao es lo que es, ni bueno, ni malo. Lo mejor a lo que podemos aspirar es a hacer de cada momento un maestro y tratar de aprender. Pero es muy difícil. Si cada momento es irrepetible, ¿no lo es también cada lección? Sea como sea, si Darío y ella lo pueden volver a intentar, deben hacer todo lo posible por hacer valer estas lecciones. Si no, ¿de qué sirven? Era la primera vez que ella sentía este impulso, sin embargo. Querer intentarlo otra vez. En el pasado, las veces anteriores nunca volteó atrás. Solo concentraba sus energías en volverse a crear, nacer de las cenizas, como el fénix. Pero luego, nunca había sentido eso que siente por Darío. Sí, con Efraín hubo intensidad, pero era enfermizo. Eso nunca fue amor, solo evasión. Y esto era todo lo contrario. Aquí los dos habían logrado darse apoyo, crecer. Solo que ella empezó a notar un estanco y el miedo la hizo desesperar. Esa desesperación la hacía sentir vulnerable y en ese estado solo podía sobrevivir a la defensiva. El problema es que si todo el tiempo te estás defendiendo, solo eres capaz de ver ataques y ofensas.

Lucía recuerda que Michele le había dejado algo, un presente. Toma su bolso y busca el regalo. Lo abre y ve unos papeles plegados que al desdoblarse revelan un pequeño envoltorio. Lucía se percata de que los papeles tienen algo escrito. Es una carta.

*Fata dei capelli nero! Come stai?*

*Carísima Lucía, si estás leyendo esto es porque mi regalo ha llegado hasta tus hermosas manos. Agradezco al universo esta oportunidad de comunicarme contigo y me alegra moltissimo que me estés leyendo. Espero que mis palabras te encuentren bien de salud y muy feliz. Quiero dejarte este pequeño presente, sobre el cual me gustaría contarte una pequeña historia, así que espero que estés sentada y preparada para leer.*

*Como recordarás, la última vez que vi a la tua bellissima mamma, tú te encontrabas a punto de terminar la secundaria y poner en marcha tus planes de ir a la capital a estudiar. Y si tu memoria es todavía más aguda, recordarás que yo tuve que irme, muy a mi pesar, a causa de un proyecto de investigación muy largo en Oceanía. No me malentiendas. Yo amo mi profesión y en verdad son muy pocas las profesiones que te pueden mostrar todo lo que la biología marina puede ofrecer. Gracias a ella conocí al amore de la mia vitta, tu hermosa madre. Pero ahora me iba a separar de ella por un largo tiempo. Más que en las ocasiones anteriores, en todo caso. En fin, yo le prometí a tu madre que volvería. Traté de mantener el contacto y la llamaba de vez en cuando, cuando tenía oportunidad de hacerlo. Ya la investigación llegaba a su fin y yo solo pensaba en volver a sus brazos.*

*Entonces, completamente convencido del amor que le profeso (aún hasta el día de hoy que escribo estas palabras), tomé la decisión de pedirle la mano y casarme con ella en lo que llegara a la isla. Así, antes de volver a ella, hice una breve parada por mi país, a buscar los anillos de compromiso, que me los había regalado mi padre, quien para su desgracia,*

*sobrevivió a mi madre y vivió unos cuantos años en su ausencia. Me los dejó para cuando llegara la mujer indicada. Ese también había sido el deseo de mi madre.*

*Y ahora, para mi desgracia, carísima Lucía, hete aquí que cuando volví a la isla me enteré que me había demorado demasiado. Tu madre —la mia Luna— nos había dejado. La desdicha me fue insoportable, tanto, que no fui capaz de esperarte a que llegaras al día siguiente para llorar juntos la dolorosa pérdida. La velé durante toda esa noche, bañando de lágrimas su ataúd.*

*Y así llego al final de mi triste historia, cuya esencia ya me imagino que habrás deducido. Y es que junto a esta carta, envueltos por estas mismas hojas, encontrarás otro pequeño envoltorio que contiene los anillos con los que tu madre y yo nos íbamos a casar. Recuerdo que, aquella vez, Marina me comentó que tenías pareja y que parecía bastante seria la relación. No sé por qué razón no te los dejé aquella vez. Espero sepas perdonar a este viejo sentimental. Deseo con fervor que contigo si vuelvan a protagonizar una historia feliz, como fue la de mis padres.*

*Carísima Lucía, siempre llevo a tu madre y a ti en mi corazón y en mi memoria. No hay día que pase en el que no las recuerde, porque con ustedes yo viví los momentos más felices de mi vida. Solo espero que me puedas recordar de la misma forma.*

*Para un viejo como yo, a esta edad, cada día y cada segundo son un nuevo milagro. Por eso, no sé si nos volveremos a ver o a comunicar.*

*De cualquier manera, te deseo toda la felicidad, carísima.*

*Michele.*

## Capítulo 37

Lucía no pudo evitar soltar unas lágrimas al leer la carta de Michele. Algunas de tristeza y algunas de alegría. Tocaba una parte muy querida de su vida y se encontraba muy vulnerable en este momento. Sin embargo, le había dado fuerzas. El cariño genuino que siempre profesó por ellas la conmovía y era testimonio de que el amor, si bien no lo puede todo a veces, es lo único que tenemos para ayudarnos y para seguir nuestro camino a través de lo incierto. Ellas habían logrado darle una felicidad sin igual. Y aunque su madre no estaba ya, su solo recuerdo era capaz de seguir dándole esa misma alegría. Esto era lo que le parecía increíble, el efecto que podemos tener sobre las vidas de los demás. Es decir, claro que sabía de esto, pero lo que casi siempre escuchamos se refiere a cuánto daño le hizo tal a cual; de cómo el que es poderoso arruinó la vida del débil. Pero qué poco se hablaba del caso contrario. Y su número debe estar muy lejos de ser escaso.

Esa es la lección, piensa Lucía. Nunca sabemos cuándo, en qué momento, nos tocará dejar este mundo, y con él, a todas las personas que amamos, nuestros afectos y todo lo que conocemos; sin embargo, nos sobrevive nuestro recuerdo, la forma en la que permaneceremos en la memoria de quienes amamos. Eso sí es algo sobre lo cual tenemos influencia. Depende de nosotros, en buena medida. Esta es una determinación que Lucía está dispuesta a asumir, la de continuar dando alegría incluso después de la muerte.

Lucía abre el envoltorio y descubre los anillos, se deleita en su hermosura y sencillez. Es inevitable que piense en Darío al contemplarlos. Además está segura que a él le gustarían. Si llegaran a casarse, no quisiera un acto tradicional. Lo contrario sería mejor. Algo que ellos mismos podrían crear. Se está adelantando a los hechos. Ni siquiera ha salido del transbordador y ya su imaginación ha salido corriendo tras sus anhelos secretos. Guarda los anillos y la carta. Y se vuelve a recostar, más vale dormir un rato, aunque sea.

Lucía llega en la mañana a tierra firme. Antes de seguir el camino, decide comer algo. Pide un emparedado y un café. Cuando fue a probarlo, el café dejó un sabor un poco desagradable en su boca. Era algo en el aroma y el sabor. No podía precisarlo bien. Decidió pedir otro. Era posible que esa taza no hubiera sido bien lavada, o también que el café usado tuviera algún tipo de defecto en esa porción particular. Sin embargo, cuando le sirvieron el otro y lo probó, ocurría lo mismo. No era una sensación muy fuerte, pero prefirió no tomarlo. Solo comió las empanadas y luego pidió una gaseosa. Lástima, en verdad tenía ganas de un café.

Al salir de la cafetería, tuvo que correr. El autobús que iba a la capital ya estaba partiendo y el próximo se demoraría demasiado en salir. Por poco se le va. Logró subirse, e incluso tuvo la suerte de conseguir asientos disponibles, lo cual era un verdadero privilegio en estos casos. Este era un viaje de varias horas que era mejor hacerlo sentada. La gran mayoría de estas horas las pasó durmiendo, con excepción de ese tramo en que la carretera atraviesa el desierto, bordeando la costa. Era la razón por la que prefería viajar por tierra. Había una parte del camino en la que la costa se alcanzaba a ver hasta muy lejos. La tierra, el agua y el aire se unían por un momento, en el horizonte. Entonces recordaba el sueño que había tenido en la Hermanita y entre aquellos pensamientos volvió a caer dormida.

La despertó el conductor para avisarle que ya habían llegado a la capital. Atardecía y el cielo estaba despejado, sin nubes. El sol componía el regalo de colores del ocaso, para la admiración de todos en la ciudad. Esa visión y la brisa fresca levantaron su ánimo. Así emprendió con decisión el camino hacia el apartamento del centro y a su encuentro con Darío. Solo esperaba poder conseguirlo ahí. ¿Y si está con otra mujer? Ahí estaba otra vez su imaginación, queriendo escapársele.

En el camino, le pareció que recorría la ciudad por primera vez. Las calles, los edificios, sus colores, la gente misma, todo parecía mostrarle un rostro nuevo, una dimensión oculta

que antes no había percibido. Se sentía contenta y alegre de volver. La vida se volvía a mostrar como posibilidades.

Al fin había llegado al edificio. Lo único que controlaba sus ansias y su emoción por subir corriendo, tocar la puerta y verlo, era el temor de que la rechazara. Por eso comenzó a subir lentamente las escaleras, sincronizando sus pasos con su respiración calmada. A medida que subía, se iba conformando a la idea de que, muy probablemente, estaba embarazada. De que había una vida gestándose dentro de ella. No podemos cambiar el pasado, pero sí la influencia que tendrá sobre nuestro futuro. Sabe que su vida puede correr peligro.

Llega a la puerta y duda en tocarla. No sólo por miedo al rechazo. También porque ha comprendido su situación. Si en verdad está embarazada, la vida que lleva dentro también está en peligro. Incluso la de Darío podría estarlo. Ahora comprende también el mensaje de su sueño. La única manera de salvar esa vida, el niño guía, es estando con Darío, por el amor que siente por él. ¿Sería capaz de decirle la verdad? La única certeza que tiene ahora es ese sentimiento. Solo tiene eso. Todo lo demás se encuentra manchado por la tinta de la precariedad. Y si de alguna forma todo este embrollo puede resolverse, sea como sea, solo puede ser a través de ese sentimiento que ella siente hacia él. La única posibilidad de que él pueda comprenderla, o de que aunque sea lo intente, y de que pueda asimilar la verdad (y si esta lo hiriera, la posibilidad misma de que pueda perdonarla a ella), sería dejando que de ese sentimiento brotaran todas sus acciones. Solo así, si las cosas se ponían mal, podría él recordarla como su amor y por su amor. Justo como Michele la recordaba a ella y a su madre. Si lograba eso, entonces podía ser que él creyera en la verdad de ese sentimiento, puro y verdadero. Y en esa certeza, seguramente, hallaría las fuerzas para superar cualquier prueba. Esa sería su guía, si alguna vez él mismo se hallaba en un laberinto. Cuántas prácticas espirituales tratan de enseñarnos lo ilusorio de la vida y las consecuencias del apego, pero olvidan que esa moneda, aunque transitoria y fugaz, también es lo que le puede dar sentido a nuestra estadía temporal en este mundo. Cierto, nos puede perder, como le sucedió a Efraín. Pero también nos puede salvar, ayudándonos a continuar haciendo nuestro camino.

Toca la puerta.

Siente sus piernas temblar.

Abren la puerta.

La sola visión de Darío la ha llenado de felicidad. Sonríe y siente que sus ojos empiezan a colmarse de lágrimas, solo de lo contenta. Porque al ver sus ojos, al ver su mirada, entendió que él también había añorado el reencuentro, que también sentía ese amor. Todos los temores de Lucía desaparecen en ese momento. No sabe qué va a pasar, no sabe cuál será la suerte de los dos. O quizá de los tres. Pero al verlo, sabe que, pase lo que pase —no importa qué tan terrible sea— eventualmente todo se resolverá.

Todo va a estar bien.

## Capítulo 38

Al fin Henry, Juanita y Ana llegan al hospital. En el camino, el tráfico estaba entorpecido por un accidente, afortunadamente sin nada que lamentar.

Henry sentía una emoción grandísima, como no la sentía desde hacía mucho. Estaba muy ansioso por contarle a su padre. Había soñado con Lucía, por primera vez en su vida. Y todo había sido tan vívido que ahora hasta podía recordar la voz de su madre. Ella tarareaba melodías como cuando lo cargaba siendo un bebé. Claro que ya no lo cargaba y él tampoco era un bebé. Estaban en su cuarto. Lucía terminaba de ponerle un casco de seguridad, después de haberle colocado protectores para las rodillas, los codos y las muñecas. Henry le preguntó si Darío era su verdadero padre. Entonces Lucía colocó sus manos sobre los cachetes de Henry. Él podía sentir el calor de sus manos. Luego Lucía le dio un beso en la frente. Henry cerraba los ojos. Todavía sentía las manos y el beso de su madre. Entonces abrió los ojos, pero no la vio, aunque todavía la sentía. En ese momento escuchó su voz: —¿Sientes mis manos y mi beso, Henry?—le preguntó. Y el contestaba que sí. —¿Pero me puedes ver? —dijo luego. A lo cual contestó que no. —Entonces, de cierta forma estoy contigo, aunque no parezca, ¿cierto? —Henry sonrió, asintiendo. Luego ella dijo: —Quizá Darío no parezca tu padre, de cierta forma; pero si lo ves desde otra perspectiva, sí lo es.

Entonces, Lucía lo abrazó. Henry la abrazaba fuertemente y empezó a sentir que el cuerpo de ella se iba transformando. Sentía algo parecido a los imanes cuando se tratan de juntar los polos iguales. Luego los pelos se le paraban, se le ponía la piel de gallina y sentía como si le pasara corriente por el cuerpo. Después volvió a escuchar la voz de su madre, diciéndole que, aunque él no pudiera verla, ella siempre estaba con él, como en ese momento y que era hora de que saliera de su habitación y se lanzara por la rampa. Henry vio entonces que desde la puerta de su cuarto bajaba una rampa enorme que daba hacia un parque grandísimo. Abajo podía ver a Darío, esperándolo. Tomó la patineta que había en el umbral y se lanzó. En ese momento, despertó. Ya estaba amaneciendo. Algo le decía que tenía que ir a ver a su padre en la sala de emergencias del hospital. Despertó a Juanita y a Ana, su hija. Luego salieron los tres.

Cuando entraron, vieron a Colmenares. Él les indicó a los niños por dónde podían encontrar a Darío. Juanita se quedó con el agente, poniéndose al día de todo lo que había ocurrido.

Henry se asustó cuando vio a Darío en una silla de ruedas. Corrió a saludarlo y Ana lo siguió. Ella se conmovió mucho al ver el abrazo que se dieron. Se notaba lo felices que estaban ambos.

—Papá, ella es Ana, la hija de Juanita.

—Ya nos conocíamos, ¿cierto?

—Hola, señor Darío.

—Qué bueno saber tu nombre al fin, Ana. Dime Darío solamente, no hace falta el señor.

—¿Cómo se siente? —preguntó la niña, mientras veía la silla.

—Ah, estoy bien. Esto es solo por precaución. Tengo algunas heridas pero nada grave.

—¿Y Juanita?

—Afuera, hablando con el policía Colmenares —dijo Henry. Después de una pausa continuó —Darío, Espinosa me contó sobre Efraín, pero nada de lo que me contó cambia las cosas, ni quiero escuchar más nunca sobre él. Nada cambia que tú eres quien me ha cuidado todos estos años y que a tu manera, siempre has estado ahí. Gracias.

Por primera vez, después de todo este tiempo, Darío podía respirar con calma y permitirse sentir una paz que se había negado por muchos años. Por la puerta, entraba Juanita y una sonrisa placentera adornó el rostro de Darío.

—Ana y yo estábamos pensando —le decía Juanita a Darío— que sería divertido hacer un pequeño viaje, después de que te recuperes, claro. Tengo una prima que vive en el campo, más o menos a tres horas, saliendo por el norte. El clima es divino. Tiene una cabañita para huéspedes, tiene vacas, caballos, gallinas. Muy cerca corre un río con agua fresca.

—Pues…

—Nosotras la visitamos siempre que hay una oportunidad. Es un lugar muy tranquilo. A Henry le encantaría, él me estaba diciendo que le gustaría montar a caballo. ¿Qué dices, Darío? Después de todo lo que han tenido que pasar durante estos días, necesitan un buen descanso, apartarse de la ciudad por unos días, recargar energías.

Darío miró a Henry, como haciendo una consulta telepática.

—Está bien, sí —dijo —, me parece una idea estupenda.

Ana y Henry celebraron.

—Tranquilo —dijo Juanita a Darío —, te prometo que no te vas a arrepentir. Es más, ya verás que me lo vas a agradecer luego.

# El Palacio de la Inocencia

## Capítulo 1

*—Cuéntame otra vez la historia.*

*—¿De nuevo?, ¿no te cansas de ella?*

*—¡Ya la olvidé!*

*—¡Niña mentirosa! ¿Te gusta mucho? Es una buena historia, te la volveré a contar: Había una vez un gran planeta hecho de nubes y deseos...*

*—¿Pueden comerse las nubes así como los deseos?*

*—¡No interrumpas tanto, niña boba! Y deja que te cuente la historia.*

¡Vaya susto! Transpirando gruesas gotas de sudor, Diana despierta a las 4:00 a. m. con el pulso acelerado y la respiración entrecortada. Otro mal sueño que no logra recordar bien, que la deja con una sensación inexplicable de angustia y cuyos detonantes originales va olvidando conforme transcurren los segundos. Ella intenta conservar esas imágenes difusas que minutos antes parecían tan reales, impotente ante la inevitabilidad próxima de su total olvido: una voz familiar; una caminata en el medio de la niebla; un grito; un golpe; una persecución, ¿Quizá? Ya puede sentir el olvido tragándose por completo el recuerdo de su sueño y suspira, tratando de recuperarse de tan horrorosa impresión. El alivio posterior al olvido. Porque nada puede ser lo suficientemente dañino y doloroso si no puede ser recordado. Mientras tanto, su esposo duerme a su lado ajeno a cualquier perturbación. ¡Qué envidia! ¡Qué sueño tan profundo! Siempre se habían diferenciado en eso, entre muchas otras cosas que los distinguían. Ese sueño pesado e imperturbable en nada se parecía al frágil despertar al que constantemente se veía sometida cada vez que se acostaba a dormir, despertando a intervalos a lo largo de la noche tejiendo pensamientos sordos en su cabeza y que solo compartía consigo misma durante la noche.

A sus 27 años, Diana luce más joven de lo que parece. Nadie imaginaría, al verla por primera vez, que ya era una mujer que se valía por sí misma, que trabajaba incansablemente como maestra de escuela para educación infantil y que en un par de meses cumpliría dos años de casada. De rasgos finos y contextura delgada distribuidos en su menuda estatura. Sin mover un solo músculo de su cuerpo, permanecía boca arriba mirando al techo, tratando de acomodar su silenciosa desesperación al ritmo de la respiración lenta y profunda de su esposo a medida que imaginaba la ejecución sistemática de los rituales propios de su insomnio, minutos antes de que se dispusiera a ejecutarlos: sentarse al borde de la cama con movimientos sutiles y mesarse el cabello durante unos minutos, levantarse con cuidado y dejando atrás el lecho matrimonial para dirigirse a la cocina, bajar las escaleras hasta el primer piso, llegar al lugar deseado, abrir el refrigerador y recostar la cabeza sobre la hielera durante unos segundos antes de servirse un buen vaso de agua fría para calmar su inexplicable ansiedad. Debía hacer todas estas cosas, como siempre las hacía cada vez que una pesadilla la devolvía a la oscura y solitaria realidad. Pero esta vez la acompañaba una sensación distinta. Un temor cercano al presentimiento, como si de solo pensar en la posibilidad de abandonar la cama implicara enfrentarse contra algo que era mejor no conocer. Trataría de dormir, a expensas del hielo y el vaso de agua que tanto le hacía falta. En cuenta regresiva trata de recitar mentalmente los números del 100 al 1, pero luego desiste tras imaginar el 67. Voltea la cabeza en dirección a su esposo, Alex, y contempla su espalda desnuda, corpulenta y sin arropar, alzándose con cada respiración. Una breve punzada de deseo recorre todo su cuerpo. Le reconforta saber que esa espalda era suya. En ese instante no lo haría, pero sabía que tenía la potestad de abrazar esa espalda, de animar a ese cuerpo durmiente para que despertara al sentir el cálido contacto de su cuerpo y, entonces, hiciera posesión de ella con embestidas rápidas y furiosas antes de volverse a dormir. Pero no, nada de eso sucedió. Después de una tarde tan atareada tras haber visitado a su hermana, justo antes de dormirse, marido y mujer cruzaron unas palabras incómodas que derivaron en una

inútil conversación que acabó por dejarlos enojados y sin ganas de hablarse hasta el día siguiente. Diana detestaba que su esposo apuntara inocentemente críticas hacia su familia. O, mejor dicho, contra su hermana Bárbara. Acostada en la cama rememoraba ese roce mal habido y pensó para sí misma que quizá exageraba. Quizá no debía asumir que todo aquello censurable en su hermana también escondía una crítica hacia ella misma. Quizá lo que le molestaba de aquellas apreciaciones era descubrir que también ella las pensaba pero no se atrevía a declararlo. A medida que se acentuaba su insomnio, Diana consideró que era mejor no atormentarse pensando en su hermana.

A Diana le inquietaban muchas cosas sobre la vida de Bárbara y sobre todo se preocupaba por sus sobrinos. Tratando de esquivar el recuento de una amarga realidad, volvieron a invadirla los temores iniciales que la obligaron a despertar. Diana recordó que había abandonado su terapia hace dos años y hasta entonces no había reflexionado en la posibilidad de retomarlas. Pero aquellos insomnios recurrentes comenzaban a representar una molestia o, mejor dicho, un síntoma de algo que no estaba bien. Sin saber por qué recordó a su padre, quien siempre le decía citando a su manera un versículo de la Biblia: "A todo el mundo le llega la hora de abandonar los juegos y crecer". Diana nunca consiguió ese versículo pero esas palabras le pesaban hondo, como un veredicto irreversible. Algunos juegos infantiles sobreviven para transformarse en competencias letales. Hay juegos que no pueden abandonarse, ni mucho menos ganarse. Diana permanecía inmóvil, pegada a la cama, incapaz de apartarse de la sensación de horror que la embargaba de tal modo que acabó por quedarse dormida (¡enhorabuena!), sumida en el más pesado y agrio de todos los sueños.

—*Un mundo hecho de polvo y muerte...*

—*¡Cuidado! ¡Detente!*

—*Es un monstruo. Los monstruos solo existen si crees en ellos, al igual que los palacios, las nubes y los deseos.*

—*¡No! ¡No! ¡Suéltala!*

—Diana, por favor, despierta. Es importante.

Un grito la sacudió como si fuera un temblor. Y de pronto Diana sintió, por segunda vez en una misma noche, que era devuelta por la fuerza hasta una realidad que lucía exagerada y llena de reclamos. Diana apenas alcanzó a responder sobresaltada con su característica voz aguda:

—¿Que ocurre, Alex? No me asustes.

Diana se sentó al borde de la cama con brusquedad. Con el teléfono inalámbrico de su casa en la mano, Alex se acercó a ella intentando mantener un tono calmado:

—Es mejor que te tranquilices, Diana. Pero debes atender esta llamada.

—¿Quién llama? No me gusta esa expresión en tu cara.

—Es la policía. Parece que... Es mejor que lo escuches por ti misma.

Alex le extendió el teléfono y Diana se lo arrebató con un gesto violento, contestando sobresaltada:

—Sí, soy yo quien habla.

Un breve silencio. Al escuchar a su interlocutor Diana mudó su expresión de agotamiento por un semblante de horror que su esposo apenas pudo contemplar en medio de la oscura habitación:

— *S*í, en efecto. Soy su hermana.

## Capítulo 2

El tiempo tiene su modo de poner las cosas en su lugar y a cada persona frente al umbral de un destino inesperado. Su destino. El día anterior, Diana y Alex se despertaron temprano con la finalidad de buscar un buen regalo para Mina, la hija de Bárbara y sobrina de Diana, que cumplía cinco años aquel día. No podía ser cualquier regalo infantil porque se trataba de una niña muy especial, con una inteligencia precoz. Diana quería sorprender a su sobrina con algo que le gustara y que, al mismo tiempo, quisiera conservar durante los próximos años. Mina, como cariñosamente la llamaban todos aunque su nombre completo fuera Guillermina, era una niña muy lista que comenzaba a demostrar los signos de un genio en formación: había aprendido a leer apenas con tres años de edad, hablaba con fluidez, se interesaba por las conversaciones de los adultos escrutando en silencio con una expresión curiosa lo que tuvieran por decir, aunque no los entendiera, preguntaba cada cosa que se le ocurría e incluso, en ocasiones, ganaba cuando discutía con Leo, su hermano mayor, de diez años de edad. Era una niña adorable y Diana la quería mucho, como si fuera la hija que aún no tenía. Aunque Diana nunca lo declarara abiertamente, y profesándole igual cariño a su sobrino Leo, Mina era su sobrina favorita. En parte, Diana veía en Mina un reflejo de sí misma, tan distinta de su hermana Bárbara y más acorde en actitud y personalidad con su tía. Ahora que Mina cumplía su primer lustro de vida, Diana sentía la necesidad de obsequiarle algo que pudiera atesorar siempre en su vida como un recuerdo de su tía. Diana y Alex paseaban por una juguetería local dentro de un centro comercial caminando lentamente por sus pasillos y observando con indiferencia los anaqueles llenos de variedad de juguetes para niños de todas las edades. Pistas de automóviles desmontables, inmensos castillos de plástico para armar, figuras de acción representando a los superhéroes de moda por la película del momento en cartelera, princesas con largos cabellos para ser peinados y máquinas con apariencia de miniordenadores cargados con infinidad de juegos virtuales. Alex se interesó en las muñecas de princesas sosteniendo la caja que contenía una de ellas para luego mostrársela a Diana diciendo:

—¿Qué te parece? Podemos comprarle una. A ella le gustan las princesas y los castillos.

—A todas las niñas nos gustan las princesas y los castillos —sentenció Diana—, pero quiero algo que Mina pueda guardar cuando ya no quiera seguir jugando con princesas y castillos.

—Los niños no guardan esas cosas —apuntó Alex—. Quizá debas darle un regalo así para cuando cumpla los quince.

—¡Ay, Alex! No lo entiendes —replicó Diana—. Mina sí lo guardará, como guarda en su memoria las historias que le he contado.

De pronto, una repentina idea la inspiró a abandonar la juguetería. Su esposo, confundido, la siguió preguntándole:

—¿Adónde vas? Diana, espera.

Alex igualó su paso y se situó a su lado, a lo que ella respondió sonriente:

—Ya sé donde conseguiré el regalo de Mina.

Confundido por el entusiasmo de su esposa, la siguió a lo largo de su recorrido por el centro comercial hasta que llegaron frente a un lugar. Alex en seguida comprendió:

—¿Una librería? ¿Estás segura? Apenas sabe leer.

Diana le lanzó una mirada fulminante y entró al lugar. Un señor de aproximadamente 60 años le salió al paso dándole la bienvenida:

—¡Buenos días, señorita! ¿En qué puedo ayudarla?

—Estoy buscando libros para niños —respondió Diana—. Pero que no sean para dibujar o pintar sino cuentos que una niña pueda leer. ¿Tienen algo así?

—Por supuesto, señorita. El penúltimo anaquel del tercer pasillo —le respondió el librero indicándole el lugar mencionado dentro de su tienda.

Diana asintió y caminó hacia esa dirección sonriendo hacia sus adentros por la repetida insistencia en llamarla "señorita", mientras su esposo aguardaba afuera seguramente prefiriendo evitar su cólera después de la mirada que le había lanzado. Ella siempre pareció más joven de lo que era y no parecía consciente de ello hasta que surgían esas conversaciones con extraños o transeúntes ocasionales. Al llegar al anaquel indicado, Diana paseó su mirada sobre los títulos y las portadas. Libros de pocas páginas con portadas coloridas o fotos de películas representando las recientes adaptaciones cinematográficas que han hecho de ellos. Diana no quería regalarle un ejemplar de "Blancanieves" o "La bella durmiente" y en cambio esperaba encontrar un cuento distinto, un cuento que no se sintiera tan viciado por la mercadotecnia, un cuento que le permitiera a su sobrina elaborar sus propias imágenes a medida que lo leía. Como maestra consideraba que la imaginación de un niño debía ser repotenciada como su mejor herramienta para desarrollar su inteligencia. Se encontraba hojeando con desinterés algunos ejemplares y reparando en que muchos de ellos se leían con dibujos acompañados de viñetas como si se trataran de historietas. Diana se dijo a sí misma:

—Demasiadas ilustraciones. ¿Por qué no acostumbrar a los niños, desde temprano, con la pulcra belleza de las palabras? Los acostumbran, en cambio, a leer con imágenes. Los acostumbran a no imaginar por sí mismos.

De pronto, su atención se vio atrapada por un libro con una portada marrón de apariencia arrugada, como si fuera de cuero, con una estrella dorada en vez de un título decorando su portada. Al abrirlo pudo leer de que se trataba: "Rumpelstilskin". No era un libro demasiado grueso y contaba la historia del enano que ocultaba su nombre y que le enseñó a una molinera cómo transformar la paja en oro para que pudiera convertirse en princesa, a costa de un precio muy doloroso. Diana sabía que no era una historia completamente infantil, pero también consideraba que los mejores cuentos de hadas son aquellos que les dan a los niños la valiosa lección de que la vida no es fácil y debemos hacernos responsables por las consecuencias de nuestras acciones y decisiones. Justo lo que buscaba, una historia de formación moral que pudiera acompañar a su sobrina a cualquier edad. Distraída, le echó un breve vistazo a su primera página, leyendo:

*Había una vez, en un tiempo no tan lejano, un molinero que se jactaba de hacer la harina más fina de todo el reino...*

—¿Encontraste algo? —preguntó Alex, interrumpiéndola en su lectura.

—¡Estás aquí! —Anunció Diana con un leve tono de ironía en su voz—. Sí, creo que he encontrado exactamente lo que estaba buscando.

Alex observó con curiosidad el libro de portada oscura, intrigado por el brillo de la estrella que lo decoraba. Diana caminó hasta la entrada para cancelar el precio del particular libro y seguidamente pidiendo que se lo envolvieran a modo de regalo. Prefirió no preguntarle nada para evitar incomodarla con alguna observación personal. Después de todo, se trataba de la sobrina de su esposa y no la suya. Cuando tuvieran sus propios hijos las cosas serían distintas y no podría invalidar su opinión. Justo cuando reflexionaba en esto un pensamiento ensombreció su semblante debido al recuerdo de un viejo y silencioso diagnóstico: "si es que logramos concebirlos." Mientras caminaban rumbo al estacionamiento del centro comercial, Diana se percató de la contrariedad que determinaba las expresiones en el rostro de su esposo y le preguntó:

—¿Te encuentras bien?

Alex trató de disimular lo que exteriorizaban sus pensamientos retomando su carácter bonachón y conciliador:

—Sí, solo me duele un poquito la cabeza. La migraña de siempre.

—¿Quedan pastillas en el carro? —preguntó Diana preocupada, a lo cual Alex negó con la cabeza. Diana seguidamente resolvió—: Al lado de la juguetería queda una farmacia. Vamos, antes de que empeore el dolor en casa de mi hermana. Y ya sabes que en esa casa están prohibidas las pastillas.

—No es tan grave —aseguró Alex, lamentándose internamente por su excusa.

—No nos tomará mucho tiempo ¡Vamos! —insistió Diana y Alex se dejó arrastrar a regañadientes de vuelta a la zona de la juguetería.

Alex, a sus 32 años, era un hombre dócil y poco dado a la violencia. A medida que pasaban los años se afianzaba su carácter sencillo y protector y todo el mundo mantenía una buena impresión de él, debido a su amabilidad y atractiva apariencia física. Su piel bronceada, aunada a su corpulencia gracias a su incansable rutina diaria en el gimnasio, atrapaba las miradas de todas las mujeres por donde quiera que pasara. A Diana le incomodaba un poco esa situación aunque le satisfacía no solo tener un esposo tranquilo y por lo general obediente, sino también muy guapo. Otra de sus virtudes era su voluntad de trabajo. Responsable y disciplinado, Alex se había destacado en su profesión como ingeniero civil. No obstante, a diferencia de la opinión general, a Diana le irritaba sobremanera la aparente falta de malicia de su esposo ya que cuando hacía una observación inocente no siempre tenía la suficiente sutileza para matizar sus impresiones. Finalmente, consiguieron el camino de regreso a la juguetería y, tal como Diana anunció, al lado se encontraba una farmacia. Disimulando su irritación, Alex le indicó a su esposa:

—Espérame aquí afuera. Yo me encargo.

Mientras esperaba a su esposo, Diana se distrajo viendo la vitrina exterior de la juguetería que minutos antes había visitado. Hasta que notó que detrás de ella se vislumbraba el reflejo de un hombre observándola. Sobresaltada se volteó y pudo notar que se trataba de un joven alto y desaliñado fumándose un cigarrillo, cuyo rostro le resultaba familiar. Tratando de ocultar su nerviosismo lo interpeló:

—Disculpe joven, ¿nos conocemos?

—Hace un rato usted entró aquí. Yo atiendo la juguetería, especialmente los fines de semana cuando mi jefe no viene.

—Ah, lo siento. No lo recordaba —le respondió Diana, algo inquieta. Aquel joven tenía una actitud extraña.

—No soy el tipo de persona que alguien se tomaría la molestia de recordar —aseveró el joven para luego añadir—: ¿No consiguió nada de su interés?

—Había muchas cosas interesantes —aseguró Diana tratando de no sonar muy petulante —, pero nada de lo que estaba buscando.

—Lástima —se lamentó el joven y luego señalando el paquete envuelto que llevaba bajo el brazo—. Espero que a su sobrina le guste lo que haya conseguido.

Sobresaltada y confundida, Diana enseguida preguntó:

—¿Cómo sabe que es para mi sobrina?

Al joven se le desencajó el rostro y respondió con un dejo de insolencia:

—Algunos tenemos mejor memoria. Usted misma lo anunció cuando entró a la juguetería —Luego, arrojó la mitad del cigarro en el suelo y, pisándolo para apagarlo, se dispuso a entrar nuevamente a la juguetería despidiéndose:

—¡Qué tenga un buen día, señora!

A Diana le desagradó su tono y se alejó de la juguetería un tanto ofendida porque era la primera vez que alguien le decía "señora" de manera tan despectiva. Pudo ver cómo el joven se perdía hasta el fondo de la juguetería con sus andares desgarbados. ¡Qué sujeto tan extraño!, pensó Diana. Seguidamente Alex salió a su encuentro alzando las pastillas y caminaron en silencio hasta el estacionamiento tomados de la mano, dándose a entender el

uno al otro que se sentían a gusto estando juntos y dejando que sus respectivas contrariedades se diluyeran con ese cariñoso apretón.

***

—¡Feliz cumpleaños, Mina!

Diana y Alex entraron en la casa de Bárbara sin mucho protocolo, mientras su sobrina Mina corría hacia ellos para abrazarlos y saludarlos. A cierta distancia, Leo se acercó con calma y los saludó mientras Bárbara se aseguraba de poner el bolso de su hermana lejos del alcance de Mina y su insaciable curiosidad. Diana le extendió a Mina el paquete de cumpleaños con forma rectangular indicándole:

—Este regalo, mi pequeña señorita, no es para que juegues pero es un regalo que te acompañará cuando ya te canses de jugar. Esto es también como felicitación por tu rápido aprendizaje en la lectura. Con el tiempo descubrirás que leer es el mejor de todos los juegos.

Mina abrió el paquete con euforia rompiendo el papel de regalo y finalmente alzó el libro marrón. Curiosa, acarició la estrella dorada que engalanaba la portada y miró a su tía con curiosidad. Bárbara lanzó una pequeña carcajada añadiendo con un tono tajante:

—¡Ay, Diana! Tú y tus cosas raras. Porque eso es exactamente lo que una niña de cinco años quiere por encima de todos los juguetes del mundo: un libro.

Alex disimuló sus ganas de reír con el comentario de Bárbara y esta le guiñó un ojo, mientras que Diana observaba atentamente el rostro de su sobrina temiendo encontrar un rasgo de decepción que le diera a Bárbara y a su esposo Alex razones para burlarse de ella condescendientemente por lo que anticipaban, pero contrario a los que ellos esperaban Mina sonrió abrazando a su tía y diciéndole:

—¡Gracias, tía Di!

Diana suspiró aliviada al ver luego como Mina se echaba sobre un sofá para hojear el libro que su tía le había regalado. Como maestra de escuela para niños, Diana comprendía que muy probablemente Mina no leería aquel libro de inmediato ni en los días por venir, pero aquel cuento de hadas estaría allí esperándola cuando se sintiera aburrida de seguir jugando, o estuviera cansada, y muy probablemente la curiosidad acabaría ganándole para disponerse a leer un libro que podía considerar suyo. Leo, que era un niño de diez años bastante tranquilo y protector con su hermana, le dijo a su tía:

—Yo la ayudaré a leerlo.

—Gracias, Leo —le respondió Diana—. Dile que anote todas las preguntas que tenga y yo se las responderé cuando venga.

Leo asintió con su cabeza y se sentó frente al televisor de la sala para seguir jugando con el juego de consola que había detenido para saludar a los recién llegados. Leo era un niño que prometía ser un hombre muy alto en el futuro ya que su estatura actual lo destacaba por encima de sus compañeros. Era bastante enérgico, sobre todo cuando se trataba de practicar algún deporte, pero poco conversador, a diferencia de su hermana menor. Leo prefería decir palabras puntuales y directas cuando lo consideraba necesario para seguidamente volver a sus actividades personales. A veces, Diana se sorprendía que sus sobrinos fueran tan maduros y bien portados considerando la ligereza con que Bárbara se comportaba y tantas cosas que ella prefería desconocer pero intuía que aquellos dos niños ya habían visto dentro de esa casa. El padre de ambos había muerto antes de que Mina naciera debido a un accidente muy tonto pero fatal: se encontraba saliendo de un supermercado con Bárbara y le cayó encima un ladrillo flojo del edificio donde se situaba dicho establecimiento. Desde entonces, la vida de Bárbara y sus hijos estuvo determinada por esa tragedia. Con el paso de los años la depresión de Bárbara se acentuó con un periodo muy oscuro de su vida en el cual tomaba muchos antidepresivos, los mezclaba con alcohol y salía con un hombre distinto cada semana, la mayoría de ellos malos prospectos de pareja que la maltrataban. Fueron muchas las ocasiones

en que Diana, cuando aún se encontraba soltera, debía cuidar de los niños en su casa hasta que un buen día cuando Leo fue golpeado por uno de los amantes de Bárbara, Diana interpeló a su hermana indicándole que debía hacerse responsable y mejorar su vida o ella misma se encargaría de quitarle a sus hijos en un tribunal.

Actualmente, ambas eran huérfanas de padre y madre. Su madre murió a los pocos días de haber nacido Diana, su hija menor, y desde entonces su padre las crío y veló por ambas hijas hasta el día de su muerte cuando comenzaban a ser unas mujeres adultas luego de un cáncer terminal, diez años atrás. Aunque Bárbara fuera la hermana mayor siempre se comportó de manera irresponsable y era Diana la que debía hacerse cargo cada vez que algo sucedía evitando que su padre se enterara. Eran muchas las memorias de complicidad y rencor que enlazaban a las dos hermanas y la relación entre ellas fue muy tensa hasta el día en que Bárbara se casó con un buen hombre llamado Leonardo, el padre de sus hijos, y su vida se transformó por completo. Fue en aquel tiempo como mujer casada y madre, que Diana y Bárbara lograron hacer las paces pero luego vino aquella tragedia y volvieron a apartarse un poco debido a las malas decisiones de Bárbara durante ese tiempo posterior al duelo por la muerte de su esposo. Ahora que Bárbara ya se encontraba rehabilitada, tras asistir a un régimen de visitas diarias de desintoxicación de fármacos y grupos de alcohólicos anónimos, y dejando de frecuentar hombres de mala calaña, las cosas parecían haber mejorado en su vida finalmente. Una vez más, estaban reconciliadas y en buenos términos. Ahora Diana era una mujer casada mientras su hermana era viuda, y había pasado casi un año desde la última vez que salió con un hombre; al menos que ella supiera y según lo que Bárbara decía. Se veía tranquila y calmada en su soledad, como nunca antes en mucho tiempo. Diana celebraba que, a pesar de todo el horror, su hermana había conseguido criar bien a sus dos hijos. Después de todo, quizá aquella era la recompensa luego de tanto dolor en la vida de su hermana y la promesa de que las cosas no serían sino mejores en el futuro. Bárbara irrumpió en el salón anunciando:

—Ya la cena está lista. Diana, hazme un favor, búscale el suéter a Mina y ayúdala a ponérselo. El ambiente comienza a sentirse frío. Leo, deja de jugar y ven a comer.

Leo, a regañadientes, apagó el juego y caminó en dirección al comedor y Diana asintió observando a su hermana sonriente y entrando de vuelta a la cocina. A sus 32 años, era una mujer hermosa con su figura esbelta y atlética, un poco más alta que Diana, actualmente con el cabello teñido de rubio y andares seductores que enloquecían a los hombres. A veces se daba cuenta como su esposo, Alex, trataba de fingir que no se distraía viendo los senos prominentes y el trasero firme de Bárbara, pero siempre prefería no hacer mención de ello para evitar una discusión que no llevaría a ninguna conclusión satisfactoria. Se dispuso a obedecer a su hermana y subió a la habitación de Mina y Leo, encontrando el suéter de ella dentro del clóset. Seguidamente se distrajo observando la habitación y reparó en la pequeña mesa de dibujo de Mina donde descansaba un dibujo de su familia. Con trazos torpes e infantiles aparecía su madre y su hermano junto a ella frente a una casa, sonrientes, a cierta distancia de la casa un hombre y una mujer tomados de la mano que seguramente se trataba de una representación de ella y su esposo Alex. Lo inquietante del dibujo era que al otro extremo del dibujo, al lado de un árbol, aparecía un hombre o un niño representado con una boca minúscula en forma de línea recta, con el cabello negro y una letra "B" sobre su cabeza. Diana no supo a quién se refería y supuso que, quizá, se tratara de una representación del padre que nunca conoció. Con tristeza depositó nuevamente el dibujo en la mesita y bajó de vuelta a la sala, donde encontró a Mina de espaldas frente a la ventana cerrada en actitud contemplativa. Afuera, el espectáculo que ofrecía la puesta de sol era digno de verse. Diana se puso al lado de ella preguntándole:

—¿Qué ves, mi niña?

Mina señaló en dirección al gran árbol plantado frente a la casa declarando:

—Nos está viendo, él también quiere cenar.

Diana escrutó el paisaje crepuscular tratando de descubrir algo inusual pero todo lucía como de costumbre:

—¿De quién hablas, Mina?

—El guardián de los juegos —le dijo con una sonrisa en el rostro y luego halándola del brazo le pidió—: ¡Vamos a comer, tía Di!

Diana se arrodilló hasta su altura abrazándola y le señaló el suéter. Ya abrigada, rato después, Mina entraba al comedor jugando a que arrastraba a su tía llevándola de la mano. Ya todos sentado a la mesa, Bárbara anunció:

—Ahora sí, todos a comer. La torta de Mina nos espera.

***

—¡Cumpleaños feliz! ¡Cumpleaños, Mina! ¡Cumpleaños, feliz! ¡Sí! ¡Sopla las velas!

Luego de que cantaran el cumpleaños y picaran la torta de chocolate, cada quien disfrutaba su pedazo charlando animadamente en la sala. Leo alternaba su tiempo entre degustar el tercer pedazo de torta y el juego con controles. Mina saltaba de un lado a otro improvisando juegos individuales y haciendo uso de su imaginación. Alex descansaba en el sofá un poco adormilado. Diana se excusó por ambos:

—En el centro comercial, Alex ya tenía un ligero dolor de cabeza. Parece que empeoró.

—Yo no tengo pastillas para eso ni para nada —bromeó Bárbara, lo que produjo un silencio incómodo entre ambas. Luego añadió:

—No te he contado, Diana. Comenzaré a trabajar la semana que viene.

Diana se emocionó enseguida al escuchar la noticia:

—Eso es excelente, Bárbara. ¿De qué se trata?

—Una agencia publicitaria. Finalmente algo acorde con lo que estudié.

Bárbara era licenciada en Comunicación y Publicidad, pero nunca tuvo una oportunidad de ejercer su profesión luego de la vida matrimonial, dos embarazos y los sucesivos acontecimientos posteriores. Ahora que la depresión y los conflictos personales menguaban ya era tiempo de retomar su vida y hacerla valer.

—¡Qué buena noticia! ¿Cómo es tu horario? Si necesitas que me haga cargo de Mina y Leo, o que los recoja en la escuela, yo me encargo —apuntó Diana.

—¡Seguro! Aunque creo que sí me dará tiempo. Trabajo justo durante las horas que ellos pasan en la escuela. En caso de que haya un proyecto que amerite mi presencia durante más tiempo, yo te aviso temprano. También podré pagarle a alguien para que se haga cargo. No sería la primera vez.

Continuaron hablando un buen tiempo hasta que el reloj marcó las diez de la noche y Bárbara le pidió a Leo que llevara a su hermana Mina a dormir. Ambos niños se despidieron de Diana y Alex, quien ya se encontraba repuesto de su leve migraña, perdiéndose escaleras arriba hasta su habitación. Diana y Alex compartieron una mirada y enseguida supieron que era hora de que ellos también se marchasen, y así lo manifestaron. Ya en la puerta de la casa se despidieron de Bárbara. Aún eufórica por la noticia, Diana volvió a felicitarla:

—Me contenta mucho que las cosas vayan bien en tu vida. Esto es solo el principio de las cosas buenas que te esperan. No olvides nunca lo mucho que te quiero.

—Lo sé, Di. Pero ahora me doy cuenta que necesitaba escucharlo. Saber que puedes sentirte orgullosa de mí, como yo siempre me he sentido orgullosa de ti —le confesó Bárbara y unas tímidas lágrimas se asomaron en sus ojos.

Se abrazaron un buen rato hasta que finalmente Alex carraspeó, lo que logró el efecto de que se separaran entre risas y bromas, a la vez que se secaban las lágrimas con el dorso de sus manos. Sin importar las discusiones o los malentendidos, la hermandad entre ambas prevalecía por encima de cualquier infortunio. Ya en el carro, mientras Alex manejaba rumbo

a su casa, Diana observó distraída como la casa era tragada por el espejo retrovisor sin saber que conservaría el recuerdo de aquella reunión como la última vez que vería a dos de los tres integrantes que allí vivían.

***

El reloj apenas marcaba la medianoche en casa de Bárbara y todos dormían plácidamente. Leo y Mina hace rato que dormitaban en la habitación que compartían con camas separadas, cada uno extraviado en sus ensoñaciones personales, mundos inaccesibles que apenas recordarían al despertar. Por su parte, Bárbara quería dormir de inmediato tras haber despedido a su hermana y asegurarse de que los niños ya estaban acostados. Pero, en cambio, hizo algo antes, tomando la decisión que quería llevar a cabo desde hace varios días atrás. Agarró su celular y marcó con determinación un número. Esperaría pacientemente en el auricular a que sonaran tres tonos luego de los cuales, de no haber respuesta, colgaría la llamada. Sin embargo, una voz atendió al segundo repique y ella contestó:

—Espero no haberte despertado.

Tras escuchar la respuesta que le dieron, Bárbara sonrió para seguidamente confesar:

—Sí, lo he estado pensando. Y es lo que quiero.

Pausa larga. Su interlocutor, aparentemente, tenía mucho por decir. Bárbara siguió correspondiendo con respuestas:

—Es cierto. No hay que esperar más.

Otra pausa, pero corta. Bárbara respondió entre suspiros:

—Yo también te quiero. Mucho.

Su interlocutor se despidió y Bárbara le correspondió:

—Eso quisiera. Ojalá estuvieras aquí. Hasta luego.

Flotando en una nube de ilusiones y esperas, Bárbara apartaba el celular luego de haber colgado la llamada, pensando en lo maravilloso que lucía su futuro. Su vida estaba tomando un rumbo distinto, hacia mejores circunstancias. Una nueva vida estaba a punto de comenzar, una vida en la cual no faltaría la felicidad. Apenas le dio tiempo de cepillarse los dientes y ponerse la bata de dormir, cuando al reposar la cabeza sobre la almohada enseguida se durmió. Desde hace unos meses lograba dormir muy bien en comparación con los años de insomnio y depresión que espantaban su sueño, a menos que lo ayudara a aparecer con la intervención de las pastillas que ingería para sentirse menos triste y más agotada. Pero ese tiempo quedo atrás y las cosas mejoraron notablemente en el transcurso de los últimos meses. En dos días comenzaría su nuevo trabajo y se integraría a un tipo de vida que hace tiempo desconocía, una vida capaz de ofrecerle estabilidad y paz mental. Satisfecha con el sueño profundo propio de los niños o de quienes ya no deben nada, roncaba levemente mientras su pecho se movía lentamente con cada respiración. Dentro de aquella casa nadie hubiera podido darse cuenta que una cuarta persona extraña se escabullía dentro de la casa, irrumpiendo silenciosamente a través de la ventana que daba en dirección a la sala, a la cual no le pasaron el cerrojo de seguridad aquella noche. Oculto con una capucha y enfundado con unos guantes negros, la sombra de un hombre alto se confundía con la noche circundante recorriendo con cautela los pasillos del piso inferior de la casa. Si se hubiera tratado de un ladrón sus movimientos hubieran sido más rápidos y directos en su objetivo. En cierto modo sí lo era, pero no el tipo de ladrón que se introduce dentro de una casa para robar objetos de valor evitando que alguien lo encuentre, sino uno mucho peor dispuesto a todo para llevarse lo que tanto anhela. El portador de esa sombra dudosa se mantuvo quieto en el centro de la sala un buen rato, indeciso sobre su próximo movimiento, y le llamó la atención el brillo de algo depositado en el suelo. Al recogerlo enseguida notó que se trataba de un libro y que aquel brillo lo despedía el dibujo de una estrella que decoraba la portada. Lo hojeó durante unos segundos para luego guardárselo dentro de su abrigo y proseguir con su misterioso recorrido.

Avanzó sin prisa hasta la escalera que conduce al segundo piso, donde se encontraban las habitaciones y observó atentamente el entorno imaginando mentalmente sus futuras acciones antes de ejecutarlas. En su mano empuñaba un objeto filoso que extrajo de la cocina y se dispuso a subir poco a poco cada uno de los diecisiete escalones que componían la escalera evitando causar cualquier ruido. Abrió una de las habitaciones y se introdujo en ella. Era el cuarto de Bárbara, quien dormía en su cama revuelta con una pierna sobresaliendo fuera de la cobija. Se veía seductora y provocativa, en aquella pose involuntaria. El intruso se situó al pie de la cama observándola y valiéndose del cuchillo removía las sabanas para echar un mejor vistazo de su cuerpo. En algún momento rozó la pierna de Bárbara con el filo frío de su cuchillo, como si la acariciara. Posteriormente la sombra del arma se alzaba en dirección a su rostro pero se detuvo. El intruso enseguida, movido por quién sabe qué tipo de pensamientos, decidió abandonar la habitación mientras ella permanecía sumida en el mejor de los sueños. Ahora, el intruso se encontraba en la habitación de los niños. Ignorando la cama de Leo, se dirigió sin un asomo de duda hacia la esquina de la habitación donde dormía la pequeña Mina. Guardó el cuchillo dentro del bolsillo de su pantalón y con su mano enguantada acarició el cabello y el rostro de la niña, con un gesto de dulzura. La observaba como un padre que se complace velando por el sueño de su hija. De pronto, la niña despertó y enseguida lo reconoció:

—Sabía que vendrías.

El intruso le puso un dedo en su boquita indicándole que guardara silencio. Luego hizo un movimiento raudo para sacarla de la cama y llevársela en brazos fuera de la habitación, pero justo cuando iba a traspasar el umbral de la habitación un grito lo detuvo:

—¿Quién eres? ¡Suéltala!

Se trataba de Leo, quien despertó y, sin esperar respuesta, se abalanzó sobre el intruso, al tiempo que este depositaba a Mina en el suelo, sintiendo como Leo se colgaba a su espalda. El intruso se desembarazó como pudo tras una maniobra torpe y sosteniendo a Leo por el cuello lo estranguló. Mina comenzó a llorar y se escucharon unos pasos corriendo en dirección a la habitación precediendo una voz de mujer que clamaba:

—¿Qué ocurre? ¿Por qué gritan?

Se trataba de Bárbara y sin esperar que ella llegara a la habitación de los niños el intruso soltó a Leo y corrió enseguida fuera de la habitación sintiéndose acorralado. Se tropezó directamente con Bárbara y, movido por la adrenalina, la empujó hacia las escaleras hasta hacerla caer de espaldas. El intruso se devolvió para recoger a Mina y llevársela. Leo tosía pero envalentonado por el grito de su madre al caer corrió veloz hacia las escaleras donde el intruso lo esperaba en el piso de abajo. Pudo ver su cuchillo lleno de sangre y su madre a los pies de aquel hombre desangrándose por el cuello. Asustado, corrió escaleras arriba pero fue alcanzado rápidamente por el intruso quien lo haló por los pies, haciéndolo caer de bruces. El intruso se puso encima de Leo para volver a estrangularlo con sus manos, mientras este, tratando de zafarse, logró quitarle la capucha lo que hizo que lo soltara por unos segundos. Sorprendido, su mirada de reconocimiento mezclaba el horror con la rabia en su semblante y se atrevió a gritarle sus últimas palabras:

—¡No te la vas a llevar!

Sin concederle mayor tregua a nuevos gritos, el intruso hizo un corte limpio en la garganta del niño, quien se derrumbó escaleras abajo casi a la altura de su madre. Antes de que Mina corriera a comprobar lo que sucedía, el intruso subió nuevamente las escaleras para alzarla en sus brazos y correr en dirección a la puerta de la casa, susurrándole al oído:

—No temas, pequeña Mina. El guardián de los juegos nunca abandonará a su princesa.

## Capítulo 3

Hay horas oscuras que quisiéramos saltarnos para quedarnos únicamente con el recuerdo de lo ocurrido, pero queriendo evitar la experiencia de vivirlos. Nunca estamos preparados cuando la tragedia cae como un fardo pesado sobre nuestras espaldas y nos obliga a cargarlo cuesta arriba hacia el barranco destinado a recibirnos. Los trances más amargos tejen su mortaja en silencio y nos obligan a quitarnos la venda, esa que siempre ponemos sobre nuestra consciencia aficionada a creer en un mejor mañana, devolviéndonos a la cruda realidad de nuestra existencia: las vidas son tan frágiles y a nadie se le ha concedido el privilegio de esquivar su destino. Diana aguardaba fuera de la casa de su hermana mientras los policías acordonaban el perímetro y se disponían a interrogar a curiosos, transeúntes y vecinos. Observaba distraída la casa familiar, adonde sus padres concretaron sus proyectos de ser felices y formar una familia. La casa que fue testigo del luto para toda la vida de un hombre afligido por la muerte de su esposa, un padre viudo haciendo lo mejor que podía para que sus hijas fueran felices. Y vaya que no hizo un mal trabajo, a pesar de todo. La casa donde ella y Bárbara dieron sus primeros pasos y aprendieron que la vida era dura, incluso en aquellos sitios donde el amor nunca falta. La casa donde su hermana perdió la virginidad a escondidas de su padre mientras ella vigilaba que no llegara a la casa, sin entender muy bien lo que estaba ocurriendo. La casa que un día decidió abandonar a los 18 años porque no soportaba seguir viviendo en un ambiente viciado por los malos comportamientos de su hermana y la pasiva tristeza de su padre, meses antes de que le diagnosticaran el cáncer. Desde entonces fue una mujer independiente valiéndose por su cuenta, que obtuvo un título universitario antes que su hermana y trabajó incansablemente para costearse sus estudios y, luego, para mantener una vida digna trabajando como maestra. En esa casa murió su padre y fue llorado, y en esa casa luego creció la próxima generación llena de promesas y esperanzas capaces de aliviar las heridas del pasado. ¿Cuántas cosas no habrán visto las paredes de esa casa posteriormente? Un breve y dichoso matrimonio marcado por la tragedia. Una seguidilla de amantes violentos entrando y saliendo de la vida de su hermana, ensanchando la huella oscura del dolor dentro de la casa de sus padres. Tantas cosas que desconocía y que ahora desembocaban en funestas conclusiones. El reloj de su celular marcaba las 6:00 a. m. y el día apenas despuntaba con un rastro de aurora tiñendo de púrpura el cielo, como si se tratara de un reflejo vívido de la sangre derramada unas horas antes. Como aletargada y ajena a lo que sucedía alrededor de ella, Diana confiaba en que lo que estaba sucediendo formara parte de una pesadilla de la cual pronto despertaría. Aún no sacaban los cuerpos, pero ya la escena del crimen y las víctimas habían sido confirmadas. Minutos antes, al llegar junto a su esposo Alex, el rostro de los policías confirmó sus peores sospechas y se derrumbó a llorar amargamente arrodillada frente a la casa de su hermana, a cierta distancia del perímetro que impedía el paso. Solo restaba el reconocimiento de los cadáveres en la morgue. Sin embargo, Diana no quería escucharlo. Fue su esposo Alex quien le trajo el vago reporte de la escena del crimen, conminado por los policías que lo interrogaban y que le pidieron convencer a su esposa para que los acompañara hasta la morgue y cumplir con todas las formalidades pertinentes. Sin saber cómo empezar, Alex se acercó hasta ella y simplemente la abrazó. Permaneciendo de esta manera, cada uno en los brazos del otro y sin verse a los ojos era mucho más fácil formular las preguntas que no querían hacerse y dar las respuestas que acabarían matando todas sus esperanzas:

—¿Sobrevivió alguien?—preguntó Diana sin preámbulos y apretando con fuerza los brazos de su esposo con los ojos cerrados.

—No hay rastro de Mina, por ninguna parte —respondió Alex sin soltarla.

Diana inspiró profundo, como si pudiera haber una razón de alivio, una porción mínima a la cual aferrarse para no caer en el hondo abismo del desconsuelo. Pero incluso aquella

noticia se encontraba empañada por la incertidumbre: "desaparecida" era preferible a estar "muerta", pero seguía siendo una categoría peligrosa porque no excluía la posibilidad de que ambas cosas fueran compatibles. Sin embargo, ya habría tiempo para pensar lo peor. En aquel instante, la desaparición de su sobrina era la noticia menos grave y la que ofrecía un raro consuelo frente a la verdad que aún no se atrevía a anunciar y que Diana sintetizó con su siguiente pregunta, tras otro suspiro lento y profundo:

—¿Mi hermana? ¿Leo? ¿Es definitivo?

A duras penas, Alex pudo responderle:

—Sí. Ya nada puede hacerse.

—¡Ya no están!¡Ya nunca volverán a estar! —sollozó Diana y no pudo seguir resistiéndose. Su cuerpo se derrumbó en los brazos de Alex, llorando amargamente aquello que ya no podía revertirse. Evitando que cayera al suelo, Alex se arrodilló junto a ella sin ceder en su abrazo. No necesitaban darse palabras de ánimo ni palmadas reconfortantes en la espalda. Sobraban las consignas falsas en su intento de consolarse. Lo que había ocurrido era horrible y no existía un nombre correcto para mencionarlo ni mucho menos un consuelo apropiado. En su hora más oscura era justo llorar por quienes ya no podrían defenderse. Se lloran a los muertos para que de alguna forma se mantengan vivos, para recordarnos lo importante que fueron. Se llora también por los que quedan, por los vivos, quienes deben aprender a vivir con el recuerdo de sus muertos. Diana quería quedarse allí en el pavimento, en brazos de su esposo hasta que se sintiera lo suficientemente cansada para no seguir pensando en el dolor, no solo el suyo sino el de su hermana y su sobrino en sus horas finales, indefensos, a merced de un monstruo cruel y sanguinario.

—Lo atraparemos, Diana —afirmó Alex adivinando los pensamientos de su esposa y reiterando luego—: Esto no quedará impune. Sea quien sea que haya hecho esto, pasará todos los días de su vida tras las rejas de una prisión.

Diana abrió los ojos y se zafó del abrazo de su esposo para verlo a la cara, atormentada por un inevitable pensamiento:

—Mina, mi pequeña niña. Tenemos que encontrarla, Alex. Estamos perdiendo tiempo.

Temblorosa, comenzó a gritar el nombre de su sobrina y Alex pudo anticipar que su esposa estaba a punto de sufrir un ataque de nervios. Intentó calmarla sujetándola por los brazos para que reaccionara y, viéndola fijamente a los ojos, con determinación le prometió:

—Mina estará bien. La encontraremos y juntos le daremos la vida que se merece. Vamos a superar esto. Te lo juro.

Por un momento, el fulgor en la mirada de su esposo le hizo creer en la verdad de sus palabras sin un asomo de duda. Su determinación era un leve bálsamo para su alma devastada por la pérdida. Nunca agradecería lo suficiente aquel momento. Apenas alcanzaba a asentir con su cabeza, desorientada y deshecha. Lentamente se reincorporaron, pero Alex siguió sosteniéndola como su bastón. Diana veía la casa de su hermana rodeada de policías y cubierta de cintas amarillas que impedían el paso de cualquiera que no fuera un oficial autorizado. Al cabo de un rato, uno de los policías se acercó a ellos. Alex le apretó la mano y esta le devolvió el gesto de igual manera indicándole, sin necesidad de decirlo, que estaba preparada. El policía fue directo al grano, solicitando con un tono rudo su demanda, sin concesiones al dolor de Diana, acostumbrado a la tragedia como quien se habitúa a tomar el mismo desayuno todas las mañanas porque es lo más fácil de hacer:

—Necesitamos que nos acompañen a la morgue para reconocer los cuerpos.

***

—Escuchamos varios gritos a altas horas de la noche. Yo le comenté a mi esposo: "Una niña está gritando" —declaró la vecina de una casa aledaña.

—No es la primera vez que escuchábamos un escándalo de esas proporciones dentro de aquella casa —aseguró otro vecino—. Ya no valía la pena preocuparse.

—Como presidente de la Junta Residencial, hace un tiempo visité esa casa con un grupo de vecinos e interpelamos a la propietaria sobre su conducta y las quejas que muchos de nosotros teníamos por los ruidos y gritos en la madrugada. Ella nos sacó de su casa, hecha una furia. Pero nos hizo caso durante un buen tiempo. Hasta que sucedió lo de anoche.

—Siempre discutimos que algo así ocurriría. Mi esposa y yo, preocupados por los niños, nos atrevimos a acercarnos una vez a la casa de esa mujer para preguntar si todo estaba bien. Era una de esas ocasiones, como la de ayer, en la que se escuchaban gritos y hasta golpes. En cambio, durante aquella otra ocasión, nos abrió la puerta un hombre casi desnudo con tatuajes en el cuerpo diciéndonos que no nos metiéramos en lo que no debía importarnos.

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó Justo Ramírez, policía y detective profesional en el área de homicidios.

—Hace dos años. Pero eso quiere decir que esta no es la primera vez...

—Pero en los últimos meses, ¿sucedió algo parecido a lo que me cuentas? —inquirió el detective interrumpiendo a un señor de 60 años, también vecino de la difunta.

—No que yo recuerde. Pero, como puede ver nadie cambia por mucho tiempo. Los malos hábitos siempre regresan.

—¿Y qué entiendes por eso en este caso particular? ¿Cuáles eran los malos hábitos de su vecina?

—Para nadie era un secreto que tenía problemas con la bebida. Quizá se drogaba. Desde que su esposo murió no fue la misma. Hombres distintos pasaban por esa casa como si fueran los propietarios. Nada bueno saldría de eso, eventualmente. Ella... Ella...

—¿Se lo buscó? ¿Se lo merecía? ¿Es eso lo que quiere decir? —contraatacó enseguida Justo, con una mirada implacable en su rostro.

—No, exactamente. Pero usted entiende —se excusó el vecino—. Ya interrogó a mi esposa y a otros vecinos. Todos deben haberle dicho lo mismo.

Justo Ramírez se quitó los lentes correctivos de su cara y se estrujó los ojos. Tras una larga serie de interrogatorios escuchando las mismas respuestas llenas de prejuicios y satisfacciones veladas, se sentía exhausto. Casi al colmo de su paciencia, le respondió a este hombre tal como hizo con otros de los vecinos que pasaron por su escrutinio:

—Bien lo adivinas. Y, con todo respeto, todas esas respuestas no hablan muy bien de ninguno de ustedes. Las personas tienen una idea concreta de lo que está bien y lo que está mal. Para muchos ser una persona frágil en un momento de crisis y debilidad significa convertirse en objeto de juicios y acusaciones. Pero lo que realmente está mal es el asesinato que ocurrió en esa casa. Dos inocentes muertos y una niña está desaparecida. Todos hemos tomado malas decisiones en nuestras vidas, todos tenemos momentos en los cuales nos dejamos arrastrar por un vicio o una forma de escape de nuestra horrible realidad y nos hacemos mucho daño. A veces ese daño se extiende a quienes queremos por encima de cualquier persona en este mundo. Pero lo que nos diferencia de los asesinos, al menos así debería ser, es la compasión, es entender que nadie se merece un final como ese. Y sí, todos me han dicho lo mismo. Y me preocupa mucho lo que escucho. ¿Sabes cómo se comportan muchos asesinos? Creyéndose por encima de la justicia de los hombres, dispuestos a dar el castigo que consideran que alguien se merece. Si no somos mejores que aquellos que son capaces de cometer atrocidades como esa, entonces ¿qué estamos haciendo con nuestra humanidad?

El anciano lo miró con una expresión de confusión y miedo en su rostro, sintiéndose acusado de algo, y trató de balbucear algún tipo de respuesta, pero Justo le evitó el mal rato y le indicó la salida amablemente mientras le decía:

—Gracias por venir. Ya has colaborado lo suficiente con nosotros.

Mientras el testigo abandonaba la oficina, Justo se acariciaba las sienes releyendo los testimonios tempranos de vecinos y familiares. Justo era un hombre de 36 años cuyo rostro adusto daba la sensación de que tenía mayor edad, en parte debido a los años de oficio y todas las cosas horribles que había presenciado como detective. Alto y de piel morena clara, Justo transmitía seguridad y respeto por donde quiera que pasara. Sus compañeros de oficio lo tomaban como uno de los oficiales más trabajadores y comprometidos de la comisaría, llegándose a convertir en poco tiempo en el jefe de su departamento. Sus superiores amparaban cada una de sus decisiones, incluso las más graves, porque había demostrado tacto y buen tino para resolver aquellos casos que se consideraban difíciles en tiempo récord. El instinto de Justo casi nunca fallaba, como si tuviera un olfato especial para adivinar los móviles detrás de cada crimen y lograr descubrir un culpable a partir de sus certeras deducciones. Apenas habían transcurrido 12 horas desde que los cuerpos hubieran sido reconocidos por la hermana y tía de las víctimas y en aquel instante ambos cadáveres descansaban en un ataúd para las formalidades propias del velatorio. Por regla general, y además por cortesía con los dolientes, Justo asistiría aunque no sabría cómo enfrentaría el rostro de Diana ansioso por respuestas. Ella era la maestra de su hijo y por esa razón se ofreció como investigador principal del caso, lo cual fue aceptado sin impedimentos por sus autoridades inmediatas. A su cargo correspondía la responsabilidad de descubrir al implicado o implicados en tan trágico acontecimiento, además de ubicar el paradero de la niña desaparecida. No solo se trataba de un nuevo caso con el cual demostraría su profesionalismo y compromiso con su trabajo, sino también la siempre satisfactoria posibilidad de hacerles justicia a las víctimas y evitar que el crimen acrecentara su impacto. Era necesario encontrar a la niña, dondequiera que estuviera. Sospechaba que la niña era la clave para localizar al culpable. Pero no sabía de cuánto tiempo disponía antes de que ocurriera algo peor. Cada minuto que pasaba significaba un paso adelante para el culpable y una oportunidad para que se saliera con la suya. Y, peor aún, el tiempo perdido lo confrontaba con la posibilidad de que fuera muy tarde para que Mina sobreviviera. No debía permitírselo. Justo no apartaba de su mente el momento en que Diana fue conducida a la morgue en su presencia para identificar los cadáveres. El rostro pálido y los ojos hinchados por el llanto, su asentimiento con la cabeza devolviéndole la mirada con un rostro bañado en lágrimas y sediento de justicia. Muriéndose por dentro pero sin desmayarse, así lucía ella, y Justo admiró la fortaleza interior que sostenía a Diana y enseguida le prometió:

—Atraparemos al culpable y conseguiremos a su sobrina, confíe en nosotros.

Posteriormente Justo la condujo a su despacho, más que para interrogarla para hablarle del caso y darle sus primeras impresiones, no sin antes hacerle preguntas de rigor. En ese tiempo Diana le habló de la relación que tenía con su hermana, de sus peleas y reconciliaciones, de sus pequeñas tragedias, de sus duelos y melancolías humanas, del futuro esperanzador que le esperaba a Bárbara y sus sobrinos cuando todo lo peor ya parecía haber quedado en el pasado y de su imperiosa necesidad de saber el paradero de su sobrina para hacerse cargo de ella y darle la vida que le negaron a su madre y su hermano:

—Tengo miedo de que sea demasiado tarde —le confesó Diana—. ¿Quién pudo habérsela llevado? ¿Quién tendría razones para hacerle eso a mi hermana? Sigo sin comprender, por más que lo intento.

Con un tono comprensivo, Justo le dijo:

—Tratamos de explicar las cosas a partir de sus razones. Y, ciertamente, no hay razones que justifiquen el horror. Es un caso difícil porque en los últimos meses la víctima no mantenía contacto con nadie. Quizá tenemos que rastrear mucho más atrás en el pasado, averiguar el paradero de las personas que frecuentaba y evaluar minuciosamente sus rutinas diarias. A veces el más mínimo detalle es decisivo. En estos casos los sospechosos provienen

de los lugares más inesperados. Alguien muy próximo o alguien que te ve todos los días pero no es tan cercano. Algún extraño que se siente parte de tu vida solo porque te ve a diario.

—Mi hermana tiene un pasado —terció Diana—. Bueno, todos lo tenemos. Pero hubo momentos muy conflictivos en su vida en los cuales se relacionaba con personas problemáticas. Sin embargo, tengo un pálpito de que hay algo por encima de eso, un misterio que no logro comprender. Ella era muy reservada con su vida íntima. Al menos conmigo. Ella temía que yo la juzgara muy duro o que nos separáramos nuevamente. Y la peor parte de eso es que yo nunca la juzgué. Solo deseaba lo mejor para ella y para mis sobrinos. Solo quería asegurarme de que eran felices.

—Yo también sospecho, y los años de experiencia me avalan, que las respuestas no son tan obvias como parecen. El pasado nunca es tan grave como nuestro presente ni tan decisivo como muchas veces nos engañamos. Lo que sea que haya ocurrido debe rastrearse a partir de su situación actual. Quizá nos toque indagar en el pasado mientras ese presente no nos ofrezca pistas concluyentes. Trate de pensar en cualquier cosa que pueda servirnos. Algo que ella o sus hijos hayan dicho, alguna mención de otra persona que quizá usted desconociera, pero que formaba parte de sus vidas. Porque si de algo estoy seguro es que sea quien fuera el perpetrador de los asesinatos, no era un desconocido para ellos ni, particularmente, para la pequeña Mina de quien no encontramos rastro de sangre o algo que indicara que a ella también la hubieran herido de alguna manera. Quizá su móvil era el secuestro y los asesinatos solo fueron un medio para lograr su objetivo. Por eso estoy convencido que, dondequiera que se encuentre, a ella no le han hecho nada malo. Ella es la clave de todo y quizá la motivación principal de este asesino. Si eso es así, esta persona lleva tiempo formando parte de sus vidas y planificó sus acciones con anterioridad.

Justo recordaba la mirada de perplejidad en el rostro de Diana cuando le expuso sus primeras hipótesis y ella asentía con la cabeza esforzándose por recordar cualquier cosa que pudiera aclarar lo ocurrido. Recordaba también que una sonrisa se dibujó en su rostro, una sonrisa llena de pena pero con visos de esperanza mientras declaraba:

—¡Lo sabía! ¡Mina tiene que estar viva!

—Tómeselo con calma —le aconsejó Justo—. Es solo una hipótesis. Pero es un escenario probable que no descartaremos. Descanse su mente y ponga en orden sus pensamientos. Cualquier cosa que se le ocurra, cualquier idea que usted considere pueda servirnos de ayuda para el caso, no dude en llamarnos. Ninguna información es tan insignificante como parece. Todo puede estar conectado de maneras extrañas que a primera vista no alcanzamos a ver.

—Pensaré en ello, oficial Ramírez —le aseguró Diana y luego se le aguaron los ojos cuando le dijo—: El funeral será mañana.

—Llámeme Justo. Después de todo, eres la maestra de mi hijo. Allí estaré. Piense en su sobrina, la recuperaremos.

Justo no olvidaba el abrazo que le dio a Diana antes de despedirla, sintiendo su cuerpo tembloroso como un náufrago a la deriva buscando cualquier objeto sólido al cual asirse. Ahora, luego de todos los interrogatorios iniciales no quedaba mucho tiempo para un descanso. Pasaría por su casa y trataría de dormir un poco. Le esperaba un funeral. Enseguida pensó: ¿Qué mundo tan raro era aquel en el que una persona lucía sus mejores galas para contemplar y lamentar a los muertos?

***

Caían unas pocas gotas de agua y el cielo presentaba un aspecto nublado y deprimente, como si allá arriba también estuvieran de luto lamentándose por el alcance de la crueldad humana. Diana agradecía la misericordia con la que el cielo la acompañaba en su dolor. Era incapaz de borrar de su cabeza el recuerdo de los cuerpos descansando a pesar de haberlos

visto una sola vez en sus urnas, tiempo después de contemplarlos sobre las frías planchas metálicas de la morgue. A Diana le costaba conciliar ambas imágenes pero le impresionaba particularmente los cuerpos arreglados y maquillados, como invitados de gala para una ceremonia en su honor. Ya sin moretones o brotes de sangre, sino con esa delicada y limpia palidez de los muertos embalsamados. ¿Estaban en paz? Diana, por un momento, sostuvo la rara esperanza de imaginar que la muerte se resumía a un camino de serenidad y dicha para aquellos que parten. Porque solo los vivos sufren lo que los muertos ya no lamentan. Ella, en cambio, seguía viva y alejada de cualquier perspectiva de paz y tranquilidad para el resto de sus días, mientras durara la incertidumbre sobre el destino de su sobrina Mina.

Diana había salido al exterior, fuera de la capilla funeraria para tomar un poco de aire fresco. Las horas corrieron con lentitud tras una larga vigilia nocturna de oraciones y sentidos pésames obligatorios por parte de vecinos, padres de los niños a los que daba clases y unos pocos primos lejanos que hacía tiempo no veía en representación de tías demasiado viejas para llegar hasta allá y que nunca fueron figuras de encuentros frecuentes para su pequeña familia. De cierta manera, Bárbara y su hermana solo se tenían la una a la otra como única familia. Ahora solo quedaba Diana. "Mina y yo", se recordó Diana a sí misma, prohibiéndose a cada instante el mínimo descuido de olvidarlo. A lo lejos, al otro extremo de aquel lugar, reconoció la figura de su esposo Alex caminando a su encuentro con una taza de chocolate caliente. Cuando finalmente llegó hasta ella, se la ofreció y ella la sostuvo soplando su contenido antes de beberlo. Su esposo dijo lo primero que se le ocurrió, con esa manera particular de hablar que tienen las personas durante los funerales, cubriendo el silencio con las cosas más triviales para darles a entender a quienes sufren que no se encuentran solos.

—Ya amanece —anunció Alex.

—Se cumple un día —sentenció Diana—. Un día sin ellos. Un día sin Mina.

—Es rudo, ¿cierto? —soltó Alex, incapaz de darle falsas palabras de consuelo.

—Es la peor sensación del mundo—aseguró Diana—. Seguir estando de pie, porque no existe otra alternativa, pero derrumbándote lentamente.

Su conversación se vio interrumpida por la intempestiva llegada de una periodista y su equipo de trabajo corriendo en dirección a Diana y su esposo. Confundidos ambos se miraron sin saber cómo reaccionar cuando escucharon:

—¡Es ella! Alcen la cámara por acá y arreglen este micrófono —ordenó la periodista para luego alcanzar a Diana y, plantando un micrófono frente a su boca, le preguntó:

—¿Es usted la hermana de la víctima? ¿Considera usted que los asesinatos ocurridos fueron la venganza de un amante celoso?

La confusión de Diana se transformó en rabia sintiendo la amenaza de la cámara apuntando sus caras. Alex intentó llevársela lejos de los periodistas pero ella se limitó a gritarles:

—¿Con qué derecho irrumpen de esta manera? ¡Respeten el dolor ajeno!

—¡Detengan la grabación! ¡No tienen permiso para entrar en un evento privado! —anunció una voz jadeante que corrió hasta ellos segundos antes, para luego anunciarles a los periodistas con su placa oficial en la mano:

—Soy Justo Ramírez, detective y jefe del Departamento de Homicidios. Les pido que abandonen el lugar inmediatamente antes de que tengamos que tomar medidas drásticas.

La periodista no iba a dejarse amedrentar pero los camarógrafos y equipo técnico se dispusieron a dejar el lugar cuando vieron que se acercaban otros dos oficiales para secundar a Justo. Al verse abandonada, comprendió que no debía permanecer allí y se fue enseguida, no sin antes aseverar:

—¡Nos veremos pronto!

Una vez que la periodista y su equipo se perdieron de vista, Justo se volteó en dirección a Diana y Alex preguntándoles:

—¿Todo bien? Esas escorias. Quieren explotar las tragedias a cualquier costo para asegurarse de tener algo con que alimentar a su audiencia hambrienta de carroña.

Diana, aún molesta, prefirió entrar a la capilla, mientras su esposo Alex respondía por ellos:

—Gracias, oficiales. Nos salvaron de ese infame espectáculo.

Una vez dentro de la capilla, y con las primeras luces de la mañana, ya era hora de conducir los ataúdes rumbo a sus tumbas para culminar el funeral. A la cabeza marchaban unos cuantos hombres cargando los ataúdes hasta el lugar predestinado para albergarlos, siendo Alex y Justo algunos de los voluntarios que se ofrecieron para emprender dicha tarea. Diana iba a la cabeza de la comitiva sosteniendo un ramo de azucenas, las flores predilectas de su hermana, y caminando sin prisa para el cumplimiento final del rito. Porque de eso se trataba, un ritual para despedir a los seres amados, un ritual para confirmar su recuerdo en nuestros corazones, para alzarnos por encima del olvido a pesar del polvo que somos y el polvo al que volveremos convertidos. A medida que avanzaba, su mirada se perdía con la visión del horizonte. Fuera de la capilla de velatorios se encontraba el pequeño cementerio, un lugar apacible rodeado de árboles y con la grama de un color verde resplandeciente creciendo sobre las tumbas pero sin cubrir las lápidas gracias al mantenimiento que hacían de ellas. Era un lugar bien cuidado, acorde con su función: un espacio para el descanso eterno. Distraída con la contemplación del espacio, Diana se vio asaltada de repente por un raro presentimiento. Se sentía observada y miró a su alrededor más allá de la comitiva que caminaba en dirección a las tumbas que ocuparían Bárbara y Leo, pero no encontró nada extraordinario fuera de la serena soledad en contraste con el feo temporal que ofrecía el cielo nublado, aun a pesar de que la llovizna hubiera cesado. Probablemente, la sensación se debiera al cansancio, así que siguió avanzando hasta llegar a las lápidas bajo las cuales se apreciaban dos sendas fosas sin ocupar. Un escalofrío corrió por su espalda acompañando un pensamiento mudo: "Así termina todo." Los ataúdes fueron depositados con delicadeza en sus respectivas fosas. Antes de proceder a bajarlos, un sacerdote se situó frente a los asistentes, invitándolos a guardar silencio para ofrecer unas últimas palabras de reflexión y esperanza:

—En tiempos oscuros solo Dios nos salva. Muchas veces no entendemos sus designios, pero no debemos intentar comprender lo que nuestros limitados sentidos son incapaces de abarcar. Sin embargo, la invitación que nos hace Dios cada día de nuestras vidas es a confiar en el inmenso amor que nos tiene, un amor que no dudó en sacrificar su regalo más preciado: su hijo, Cristo, cuyo nombre es capaz de sanar nuestros corazones en las horas más difíciles. Nunca hay palabras apropiadas para despedir a quienes amamos. Solo con el tiempo aprendemos a aceptar que nuestro tránsito por la tierra es pasajero. Pero no dejen que la esperanza sucumba con nuestros muertos, porque ellos solo han despertado a una nueva vida en el seno de Dios y guiados por el inconmensurable amor de su hijo, Jesucristo. Hoy despedimos a dos inocentes, Bárbara y su hijo, Leo. Juntos emprenderán este nuevo viaje hacia la vida eterna. Nos corresponde a nosotros alzar nuestras plegarias para que la oscuridad acabe y para que prevalezca la justicia divina. Hoy más que nunca comprendamos que solo la luz puede apartar las sombras, que a través de la verdad conquistaremos la justicia y que el bien es la última respuesta cuando el mal intenta desviar todas las preguntas. Llamo a todos los presentes a escuchar la palabra del Señor, la plegaria matutina del justo tal como puede leerse en su Salmo 5: *Señor, escucha mis palabras, atiende a mis gemidos; oye mi clamor, mi Rey y mi Dios, porque te estoy suplicando. Señor, de madrugada ya escuchas mi voz: por la mañana expongo tu causa y espero mi respuesta.*

Las palabras del sacerdote caían como bálsamo en el alma de Diana, quien escuchaba atentamente su contenido apretujando las azucenas que cargaba consigo. De pronto, su mirada se posó en un árbol frondoso y grueso a lo lejos. Al lado del árbol pudo ver a un

hombre alto, de quien podía distinguirse muy poco debido al impermeable negro con capucha que llevaba consigo. Pudo ver cómo el hombre alzaba un objeto en su mano para luego arrojarlo debajo del árbol, como si se supiera observado y se complaciera en haber captado la atención de su audiencia, en este caso solo ella.

*—Tú no eres Dios que ama la maldad; ningún impío será tu huésped, ni los orgullosos podrán resistir delante de tu mirada. Tú detestas a los que hacen mal y destruyes a los mentirosos. ¡Al hombre sanguinario y traicionero lo abomina el Señor!*

El hombre abandonó enseguida el árbol corriendo cuesta abajo. Diana miró a su alrededor tratando de hacer notar lo que estaba ocurriendo, pero ni siquiera el oficial, Justo, había apartado su atención de las palabras del sacerdote. A cierta distancia de ella, Alex mantenía su cabeza inclinada y los ojos cerrados a modo de plegaria.

*—Pero yo, por tu inmensa bondad, llego hasta tu Casa y me postro ante tu santo Templo con profundo temor. Guíame, Señor, por tu justicia, porque tengo muchos enemigos: ábreme un camino llano.*

Era mejor no perder el tiempo. Diana corrió rauda hacia el árbol donde segundos antes se encontraba el misterioso hombre encubierto. Algo en su fuero interno le susurraba que se detuviera ante la perspectiva de un peligro, pero también le decía que aquello no era casualidad, que aquel hombre bien podría tratarse del culpable. Y de ser así, solo ese hombre sabía dónde se encontraba Mina.

*—En su boca no hay sinceridad, su corazón es perverso; su garganta es un sepulcro abierto, aunque adulan con la lengua. Castígalos, Señor, como culpables, que fracasen sus intrigas, expúlsalos por sus muchos crímenes porque se han rebelado contra ti.*

Cada vez más y más rápido, a pesar del cansancio y animada por la adrenalina, alcanzó finalmente el árbol y se detuvo en la pendiente tratando de cazarlo con su mirada en el horizonte. Ni rastro ni huella de su presencia, como si se hubiera desvanecido. Justo y Alex, notando su carrera, corrían segundos después hasta su encuentro. Con la respiración agitada, Diana dio un paso adelante y sus pies pisaron algo grueso. Al bajar su cabeza no pudo dar crédito a lo que su mirada encontró.

*—Así se alegrarán los que en ti se refugian y siempre cantarán jubilosos; tú proteges a los que aman tu Nombre, y ellos se llenarán de gozo. Porque tú, Señor, bendices al justo, como un escudo lo cubres a tu favor.* Es palabra de Dios.

—Te alabamos, Señor.

Diana recogió el objeto tras reconocerlo enseguida por la característica estrella dorada brillando en su portada. El libro que le había regalado a Mina. Finalmente, Justo y Alex llegaron hasta donde ella se encontraba bajo el frondoso árbol:

—¿Viste algo?— preguntó Justo.

—Diana, ¿qué ocurre?— preguntó a su vez Alex, preocupado al ver el semblante desencajado de su esposa.

Diana extendió el libro abierto, con una mirada estupefacta señalándoles su portada, en la cual claramente podía leerse una nota, escrita con tinta roja, que decía:

*La princesa y el guardián de los juegos lamentan lo ocurrido. Pero ya nadie nunca podrá separarlos. Al palacio de la inocencia solo entran los corazones que se conservan puros.*

## Capítulo 4

Los cadáveres aún se encontraban frescos dentro de sus tumbas y la noticia no dejaba de ser comentada en las noticias locales todos los días, en gran parte debido al empeño de la periodista asignada para cubrir todo lo referente al caso de demostrar la ineptitud del departamento de policía estatal a la hora de encontrar un culpable. Ciertamente, las investigaciones no habían arrojado siquiera una lista concreta de sospechosos, y la policía se abstuvo de dar declaraciones públicas concretas alegando "respeto para los familiares y la memoria de las víctimas", y al mismo tiempo con la finalidad de "no darle motivos de alerta al secuestrador de la niña". En la oficina de investigación de Justo Ramírez, se maldecía a diario el nombre de la periodista Graciela Carmona por su campaña de desprestigio sin fundamento. No obstante, en contraste, dentro de las oficinas del canal local todos celebraban el profesionalismo y agudeza de Graciela en relación con su dudosa ética de trabajo. Sus breves espacios de cinco minutos para explicar los avances del llamado "misterioso caso de homicidio y secuestro", eran esperados por todo el estado debido al histrionismo y teatralidad que le insuflaba a las reacciones y gestos con los que acompañaba sus incisivas palabras. Las personas no dejaban de llamar a la estación policial reclamando la ineficiencia del departamento para encontrar al asesino y a la niña desaparecida, a la vez que muchas asociaciones de vecinos organizaban vigilias para rezar novenarios con el fin de rogarle a Dios que el caso se resolviera y la niña Mina fuera rescatada. Graciela asistía a estas reuniones y participaba de ellas con su rosario en la mano, no sin antes dejar un registro en video de dichas intervenciones; convirtiéndose así en un ejemplo de virtud y entereza a los ojos de su público, especialmente con los hombres y mujeres de edad avanzada. Cuando le preguntaban si había logrado reunirse al fin con la hermana y tía de las víctimas para que le dieran una entrevista, Graciela esquivaba la cuestión con no pocas evasivas destacando principalmente que Diana todavía se sentía muy afectada por lo sucedido y no era capaz de declarar públicamente, para luego mentir descaradamente afirmando que solo contactaba con ella de manera privada mientras aún no se decidiera a dar sus declaraciones sobre lo que estaba ocurriendo. La gente la escuchaba compadecida al imaginar tal dolor y seguidamente felicitaban a Graciela por su compasión a la hora de respetar una pena tan personal e íntima como esa. No obstante, lo único que había de verdad en sus afirmaciones era que Graciela sí intentó entablar un contacto directo con Diana, mandándole correos, mensajes de voz a la contestadora de su casa y hasta una vez, tras lograr conseguir el teléfono de ella quién sabe con qué artimañas, recibió una respuesta fría y afianzada en una rotunda negativa a expresarse sobre el caso frente a unas cámaras ni nada parecido a una exposición mediática. Esta actitud por parte de Diana le molestaba enormemente a Graciela, quien juzgaba al resto de las personas a partir de sus propias convicciones y ambiciones, según las cuales ella consideraba que ninguna persona en el mundo desperdiciaría un momento para llamar la atención y más aún si esto conllevaba una promesa de fama. A Graciela le costaba aceptar que no todas las personas carecían de decoro e integridad, y cuando se topaba con alguien así enseguida sentía un rechazo inmediato hacia esa persona. Esta misma razón era por la cual tanto Diana como el detective Justo Ramírez le resultaban personas desagradables, que se creían moralmente superiores por evitar regodearse en la necesidad de exponerse al mundo para conseguir una audiencia. Cuando Graciela Carmona encontraba personas así se sentía amenazada y confrontada por ellos, solo porque existían, y su reacción inmediata frente a ese desprecio se resumía en un deseo de destruirlos, de sacar a la luz lo peor de ellos mismos y exponerlo. Ya habría tiempo para eso, pensaba Graciela. Mientras tanto, lo fundamental era mantener viva la llama de la atención mediática alumbrando los pormenores del caso para su audiencia y, de ser posible, adelantarse a los investigadores y descubrir antes que ellos la identidad del asesino y el paradero de la niña secuestrada.

Comenzaba un día normal y corriente para Graciela Carmona, que se traducía en su vida como una nueva oportunidad para hacer cosas extraordinarias y crear un impacto en las personas. Contemplando el naciente amanecer colándose por las ventanas de su habitación, Graciela pensaba en los planes que preparaba mentalmente. En primer lugar, pasaría por el canal para grabar el breve segmento que transmitirían al mediodía sobre los avances del caso, es decir ninguno, y en el que aprovecharía de resaltar la lentitud del departamento de homicidios a la hora de ofrecer evidencias esclarecedoras que apuntaran a un posible culpable. Posteriormente, visitaría a su madre para almorzar con ella y seguidamente, haría el intento de contactar nuevamente a Diana en su propia casa para obtener algunas declaraciones de su parte, pero sin la amenaza de las cámaras, sino más bien como si se las estuviera contando a un confidente. Y, finalmente, llegaría su momento favorito del día: su programa de opinión en vivo en el que entrevistaría a profesionales para que opinen sobre lo que se puede hacer en casos de homicidio y secuestro y, a su vez, no desaprovechar la oportunidad de avergonzar a los policías por no haber descubierto nada concreto todavía. A pesar de su implacable actitud oportunista, Graciela solo era una víctima del personaje que se había construido para abrirse paso en un oficio que no perdona la sumisión y alzarse por encima de todos sus rivales para demostrarles su valía. Con el tiempo dejó de ser la periodista comprometida con la verdad para convertirse en una caricatura de su profesión, hambrienta de fama y reconocimiento. La transición fue tan transparente que solo sus seres más allegados se daban cuenta del cambio: su madre y su hija adolescente. Como todas las mañanas, Graciela se levantaba antes de que el sol despuntara en el horizonte, disfrutando de esos breves instantes que quedaban de oscuridad, prontos a mancharse de aurora y cantos de pájaros madrugadores. Para Graciela, ese momento de transición entre la noche y el amanecer también definía su disposición a enfrentarse al nuevo día que le ofrecía el mundo con su mejor sonrisa, es decir, con la infaltable máscara que demandaba su personaje. Hubo un tiempo en su vida, cuando su hija apenas nació y antes de que su exesposo la abandonara, en que Graciela quiso renunciar a su carrera y dedicarse a su familia, pero entonces le ofrecieron una oportunidad dorada: ser la cara oficial del noticiero del canal estatal y, posteriormente, la posibilidad de tener uno o dos programas de opinión producidos y conducidos por ella. A partir de entonces, la sencilla felicidad de su hogar carecía del peso e importancia de las satisfacciones que le otorgaba su trabajo y, dando por sentado que ya no tenía nada que perder, siguió agudizando el desequilibrio entre la importancia que le daba al ámbito profesional y el descuido al que sometía su vida íntima y personal hasta que, repentinamente, un día su esposo le dejó una carta diciéndole que la abandonaba porque había conocido el amor de su vida en otra mujer, con quien esperaba sentir la felicidad y plenitud que con ella no tuvo. Madre soltera desde entonces, el tiempo no hizo sino endurecer el carácter de Graciela, quien demostraba ser muy apasionada con sus intereses profesionales pero muy poco dada a los sentimentalismos, manifestando una rudeza inmediata que obstaculizaba cualquier intento de ternura por parte de quienes la quisieran, cosa que afectaba profundamente a su hija, con la cual vivía, y a su madre que residía sola en un apartamento en una zona aledaña. Como todas las mañanas, Graciela preparó el desayuno para ella y su hija, a quien aún le quedaban unos pocos minutos para seguir durmiendo antes de acercarse a su cuarto para despertarla en el supuesto caso de que siguiera dormida. En unas semanas le darían vacaciones de su último año en la escuela secundaria y juntas habían planeado un viaje de aventura y campamento para realizarlo durante ese tiempo. Desafortunadamente, Graciela supo que dicho viaje debía aplazarse mientras continuaran las investigaciones pertinentes al homicidio de Bárbara y su hijo así como el seguimiento del paradero de la niña secuestrada. Aún no encontraba el momento apropiado para anunciárselo a su hija temiendo que su decepción se expresara en manifestaciones de rabia para complicar aún más la tensa relación

que mantenían. Su reflexión fue interrumpida por la entrada de su hija, Luisana, dentro de la cocina, ya vestida y arreglada para ir a la escuela, anunciándose:

—Hola, mamá. Huele rico.

—Son panquecas con extracto de vainilla y canela —explicó Graciela sirviéndole varias en un plato que dispuso sobre la mesa e indicándole con un gesto que se sentara a comer.

—Se ven deliciosas —concedió Luisana, quien luego de picar un trozo y saborearlo añadió—: Y saben deliciosas.

—Me alegro que te gusten —declaró Graciela sentándose frente a ella para comerse las suyas—. Ya te quedan solo dos semanas, ¿cierto?

—Así es, mamá —confirmó Luisana, agregando luego con una sonrisa—: Pronto estaremos escalando montañas y nadando en los ríos.

A Graciela se le desencajó el rostro y trató de disimularlo forzando aun más su aspecto risueño y amable, para seguidamente responder:

—Ya veremos, Luisana. Mientras el "caso Bárbara" no se resuelva estoy obligada a...

Luisana soltó los cubiertos golpeando la mesa y poniéndose de pie para abandonar su desayuno antes de terminarlo, declarando:

—¡Lo sabía! Siempre es lo mismo. Siempre hay algo más importante que no puede ser postergado.

—Esto es muy importante, ¿vale? —le replicó Graciela aumentando el tono de su voz—. Ya asumí la responsabilidad de encargarme de todo lo referente a ese caso. No puedo simplemente abandonar la cobertura. La gente necesita saber la verdad y debemos contribuir para que se descubra lo más pronto posible al culpable y salvar a esa pobre niña desaparecida.

Luisana contraatacó:

—Tú no eres parte del departamento de policía. Tú no tienes que descubrir a nadie. Las autoridades pertinentes se encargarán de eso.

Al escucharla, Graciela también se enojó con su hija gritándole:

—¡No seas estúpida! Gente como nosotros, los periodistas, velamos porque esas autoridades hagan su trabajo y no pierdan el tiempo. Si no se supieran observados y juzgados por el mundo harían lo que les viniera en gana. Además, los índices de audiencia suben como la espuma y el canal no me concederá un tiempo de vacaciones para que mi hija pueda escalar.

—Claro, los *ratings*, eso es lo único que te interesa de todo esto y lo sabes —la interpeló Luisana—. Pero ¿sabes algo? No eres tan imprescindible como crees. En el mundo ocurren cosas malas todos los días. No puedes hacerte cargo de la cobertura de todos esos eventos. En cambio, tu vida solo es tuya. ¿Para qué me molesto en replicar si no te importa?

Luisana salió enojada de la cocina, agarró su bolso y se fue de la casa para hacer el corto camino de la casa a la escuela, aunque llegara más temprano de lo acostumbrado. Graciela asumió nuevamente su actitud inmutable para continuar comiéndose sus panquecas como si nada hubiera ocurrido. Su día comenzaba de mala manera, pero estaba demasiado ocupada pensando su próximo paso en lo referente a la cobertura del caso Bárbara como para preocuparse en lo que consideraba las rabietas de una adolescente caprichosa.

***

Un extraño pálpito acompañó a Diana durante todo el día desde que se despertó, a primera hora de la mañana. El presentimiento de estar a punto de descubrir algo se agitaba en su ánimo y estremecía su cuerpo. La investigación había avanzado muy poco, porque no existían pistas concluyentes que apuntaran a un presunto culpable ni indicios sobre la existencia de alguien lo suficientemente cercano a Bárbara y sus hijos que, motivado por odio o venganza, hubiera cometido tan monstruoso crimen. Tal como Justo se lo pidió, Diana intentaba recordar algún dato, cualquier pequeño detalle que hubiera pasado por alto capaz de

servir como una pista. Le molestaba esta ausencia de información porque se retrasaba la investigación y, por ende, el descubrimiento del paradero de su sobrina, Mina. Le angustiaba pensar en ella y en cómo pasaban sus días mientras convivía quién sabe dónde y de qué manera, bajo la vigilancia de alguien tan cruel y sanguinario como para secuestrarla. Sin embargo, la teoría que Justo le había expuesto la tranquilizaba sobremanera. Quizá era cierto lo que apuntaban las pesquisas iniciales, corroboradas por el mensaje que había dejado su perpetrador en el libro que le devolvió durante el entierro de su hermana y su sobrino. Nadie había reclamado el pago de un rescate hasta la fecha y en cambio apareció tan curioso mensaje: *La princesa y el guardián de los juegos lamentan lo ocurrido. Pero ya nadie nunca podrá separarlos.* El asesino no le haría daño a Mina porque ella era el objeto codiciado por este criminal, en tanto los asesinatos fueron cometidos "accidentalmente" cuando tanto Bárbara como Leo intentaron evitar el secuestro. Pero ¿quién podría estar relacionado con Mina de esa manera? Sea quien fuera, dicha persona debía conocer a Bárbara y, hasta cierto punto, formar parte de su vida para tener contacto con los niños. Pero, al mismo tiempo, se trataba de un "adulto" perturbado, con cierto grado de infantilismo: *Al palacio de la inocencia solo entran los corazones que se conservan puros.* Esa última parte del mensaje le inquietaba, como si se tratara de un acertijo a la espera de su resolución. Diana recordaba que Bárbara tenía un cuestionable talento para relacionarse con hombres perturbados y llenos de problemas, exceptuando su difunto esposo y uno de sus novios recientes, con quien se llevaba muy bien pese a lo poco que coincidieron. Y aunque recientemente no le hubiera presentado un nuevo novio ni manifestara indicios de su presencia, a Diana no le extrañaba el hecho de que quizá estuviera empezando a salir con alguien que ella desconocía. Justo le había pedido que elaborara una lista de exnovios de su hermana y en eso empeñaba sus tardes al regresar del trabajo, aunque le frustraba el hecho de no poder recordarlos a todos o de ser plenamente consciente de que existieron muchos que ella no llegó a conocer. Diana no era puritana ni prejuiciosa, pero siempre le sorprendió la capacidad que tenía su hermana para renovar noviazgos poco tiempo después de cada ruptura. Alex no llegaría hasta la noche, así que nada interrumpiría sus horas de reflexión tratando de descubrir algo que hubiera pasado desapercibido para ella hasta entonces. Afortunadamente para Diana, en la escuela se celebraría un evento recreativo para padres y representantes acompañando a sus hijos, por lo cual había pedido permiso para ausentarse y así dedicar su día a la investigación. A diferencia de lo que aquella periodista declarara en televisión, sabía de primera mano la exhaustiva y cuidadosa labor que Justo Ramírez y su equipo de investigación realizaba tratando de extraer una verdad contando con muy pocas evidencias. Pero por esa misma razón, Diana comprendía que permanecer pasiva y a la espera en un caso como ese alargaba cada vez más el tiempo de incertidumbre. Contrario a lo que su esposo hubiera querido, Diana decidió desde el primer momento que participaría activamente en el caso, procurando visitar la jefatura todos los días así como recolectar información entre las personas que conocían a Bárbara, desde vecinos hasta conocidos ocasionales dentro de su rutina. A Diana le sorprendía que una mujer tan carismática y hermosa como su hermana no tuviera amigos, siendo una característica común entre ellas; aunque en el caso de Diana, a nadie le extrañaría debido a su carácter taciturno y melancólico. Aprovechando el día de asueto que se tomaría, Diana planeaba visitar nuevamente la casa de sus padres antes de pasar por la jefatura, con la intención de llevar la lista de antiguos novios y pretendientes de su hermana, y entrar a la casa donde vivían su hermana y sus sobrinos por primera vez desde el cumpleaños de Mina. Justo le confirmó con anterioridad que la casa ya había sido levantada como escena del crimen y que era libre y bienvenida de visitarla cuando quisiera, porque quizá así, debido a su cercanía con las víctimas, reconociera o descubriera algo que a ellos se les escapaba. Ya lista y arreglada para salir, Diana sintió nuevamente ese extraño presentimiento: "algo ocurriría". Y como posible respuesta a esa sensación, lo primero que encontró al salir de su apartamento,

justo frente a la puerta del edificio, era nada más y nada menos que la célebre periodista Graciela Moncada. Diana no pudo disimular su desprecio al verla, preguntándole con suspicacia y viendo a su alrededor para tratar de descubrir donde se encontraban ocultas las cámaras:

—¿Qué haces aquí?

—No te preocupes, no hay cámaras esta vez —aclaró Graciela—. Solo vine a disculparme por mi comportamiento en el funeral de Bárbara y su hijo. No era la manera apropiada de irrumpir en un evento como ese.

—De acuerdo. Aceptadas sus disculpas —respondió Diana con un tono tajante—. Ahora si me disculpa, voy de salida.

—¿Quieres que te lleve? —preguntó Graciela con un tono confidente capaz de suavizar a cualquiera. Por su parte, Diana planeaba caminar hasta la parada de autobuses y luego caminar unas cuadras hasta llegar a la casa de sus padres. Alex se había llevado el carro esta vez y era el único vehículo que poseían y ambos compartían. Pero, al escuchar esta propuesta, Diana dudó por un instante, por lo que enseguida Graciela añadió:

—No voy a hacerte preguntas como si fuera una entrevista. Solo quiero que hablemos como dos personas comunes y corrientes, que comentan sus impresiones sobre una situación. Sin cámaras ni micrófonos. Comprendo tu dolor y lamento mucho que haya ocurrido algo así en tu vida y en la de esa pequeña niña. Créeme, quiero ayudar.

—Vale —asintió Diana aceptando su propuesta—. Pero sin preguntas sobre el caso. Mucha de esa información es confidencial y yo no soy la persona apropiada para divulgarlo.

—Comprendo —concedió Graciela, preguntándole enseguida alzando las llaves de su camioneta—: ¿Adónde quieres que te lleve?

—A la casa de mi hermana.

—¿Ya levantaron la escena del crimen? —preguntó Graciela incapaz de refrenar su curiosidad. Diana le lanzó una mirada reprensiva que Graciela enseguida atajó—: Ok. Lo sé. Sin preguntas capciosas. Solo indícame la dirección.

—Juraría que la conoces —bromeó Diana, cediendo un poco sus reservas frente a la polémica periodista. En aquel momento se le presentaba humana, desmitificada de su aura televisiva. Una persona normal y corriente haciéndole un favor a otra y pidiendo un poco de empatía.

—Por supuesto que lo sé —dijo Graciela replicando el chiste—. Pero soy una maestra del engaño y la manipulación que no puede revelar sus fuentes.

Diana rió la respuesta de Graciela y juntas se dirigieron a la camioneta de esta. Una vez en camino conduciendo en la carretera, compartieron una charla trivial centrada en el clima, la economía y la cercanía del verano. Luego hubo unos minutos en los cuales no se dijeron nada, mientras Graciela trataba de esquivar el tráfico y colarse por un atajo. Finalmente, Graciela se atrevió a romper el silencio:

—Te voy a hablar desde mi perspectiva sobre lo que este caso significa. Entiendo que nuestro oficio muchas veces se ha desvirtuado y yo misma contribuyo a eso. Es un medio muy duro para cualquier mujer. Si no tienes agallas y una coraza enseguida te sacan del juego. La audiencia te repele cuando no demuestras cizaña y malicia. Pero todo eso que ves en la pantalla, son herramientas para visibilizar lo que de otro modo quedaría injustamente ignorado. Lo que le ocurrió a tu hermana es muy grave, pero también es grave la opinión popular sobre casos como este. Las declaraciones que dieron tus vecinos, muchas de las cuales yo impedí que se divulgaran, se centraban en el hecho de que tu hermana tenía una vida licenciosa y promiscua. Personalmente, una matriz de opinión como esa no beneficia en nada la resolución del caso. Por eso, decidí hacerme cargo de su cobertura antes de que otro colega lo hiciera, para así encauzar la mirada de la audiencia hacia lo verdaderamente importante: un asesino anda suelto y una niña de apenas 5 años se encuentra secuestrada por

él. Este caso es una oportunidad para reivindicar a tantas mujeres víctimas de la violencia que luego son desestimadas alegando que su comportamiento ha sido la causa. Esa percepción debe cambiar. Los criminales no se justifican en modo alguno. Y, aunque muchas veces mis métodos puedan ser cuestionados por ti o por la policía, yo redirecciono los prejuicios de la gente hacia otros culpables. ¿Distracción? ¿Sensacionalismo? Llámalo como quieras, pero en un mundo de hombres las mujeres debemos apoyarnos y solidarizarnos entre nosotras sin acusarnos por las decisiones que tomamos en la vida y, en cambio, señalar a quienes nos maltratan. ¿Comprendes lo que estoy diciendo sobre por qué es importante para mí?

A medida que Diana escuchaba las palabras de Graciela se sentía amparada por una opinión semejante a la suya. Anteriormente anidaba cierto desprecio por aquella mujer, cada vez que escuchaba su cobertura del caso en el canal local, considerando que se aprovechaba de la memoria de su hermana y su sobrino para explotar el tema y ganar popularidad. Incluso, en ese momento, consideraba que no dejaba de ser cierta la visión que tenía de ella como una mujer oportunista y sedienta de atención, pero también comprendía que su discurso era honesto a pesar de sus contradicciones. Hasta ese momento no se había percatado que, a diferencia de algunos periódicos y programas de radio locales e incluso personas que callaban su opinión cuando ella se encontraba presente, Graciela Carmona hablaba sobre las víctimas sin buscar razones que justificaran lo ocurrido sino más bien exigiendo resultados. En su programa no se discutía sobre los chismes que comentaban las relaciones de su hermana con muchos hombres, sino de cómo muchos otros casos como este quedan sin resolver. Graciela Carmona, a su manera imperfecta o partiendo de lo que podía permitirse según ciertos límites, trabajaba en pro de acabar con el estigma que pesa sobre las mujeres víctimas de actos violentos en su contra, al ser desestimadas muchas veces como "culpables" de lo ocurrido. En ese instante, Diana sintió admiración por Graciela aunque jamás pudiera confiar o entablar amistad con alguien como ella. La valoraba por las virtudes que le demostraba en aquel instante, sin por ello olvidar con quien hablaba. Conmovida por sus palabras pero cautelosa a razón de su reticencia con su "personaje" público, Diana le agradeció en buenos términos:

—Tienes razón en muchas cosas. De preferencia yo quisiera que no irrumpieran en mi vida ni en la de mi familia, exponiéndonos hasta el hartazgo a los ojos del mundo. Sin embargo, hasta este momento no había notado que eres una de las pocas personas que no ha acusado a mi hermana de forma alguna, ni ha asomado la idea de merecer lo ocurrido. Solo por eso te agradezco profundamente no lo que has hecho, sino lo que has dejado de hacer. No puedo negar que, afortunada o desafortunadamente, son personas como ustedes quienes canalizan las percepciones del resto de las personas que los critican o los admiran. Quizá pido demasiado creyendo que merecemos privacidad en un mundo acostumbrado a suprimirla y a ofertarnos como si estuviéramos a la venta o, por lo menos, susceptibles de ser rentados. Es tu trabajo, no te juzgo. Pero no olvides que al otro lado de la pantalla hay seres humanos con sentimientos que padecen y son perjudicados por una mala percepción.

Graciela la escuchaba atentamente mientras conducía despacio, considerando lo cerca que estaban del destino indicado. Pensaba que Diana iba a ceder un poco más a sus palabras, pero aún notaba recelo en sus observaciones, así que insistió con un tono conciliador:

—Diana, estamos peleando una misma batalla pero desde diferentes trincheras. La gente merece saber lo que está ocurriendo. Un asesino anda suelto. Hoy por hoy sospechamos que se trata de un móvil personal o, al menos, eso es lo que sostiene la policía. Pero ¿no han considerado la posibilidad que se trate de un asesino en serie? Otras personas podrían estar en peligro. Y aun si así no lo fuera, estas cosas pueden volver a suceder. Hay muchas personas malvadas deambulando por el mundo. Merecemos contar con autoridades que se mantengan a la altura de las circunstancias.

Diana respondió intentando sopesar las opiniones de Graciela con las suyas propias:

—Informar no es el verdadero problema aquí. Soy plenamente consciente de que cuando un hecho violento sucede en una localidad se convierte en materia de investigación y divulgación pública. Mi problema es hasta qué punto esa información comienza a tergiversarse y acaba torciéndose la verdad inicial. No tengo quejas sobre lo que Justo Ramírez y sus oficiales han hecho, lo que considero un buen trabajo hasta ahora según como han llevado el caso.

Graciela hizo un último viraje para entrar a la calle que conducía a la antigua casa de Bárbara, al mismo tiempo que replicaba:

—Ha pasado una semana y aún no tienen ni un sospechoso. Un buen trabajo no sería la categoría apropiada para describir su labor. A menos que haya algo que yo desconozca.

Diana atajó de inmediato la observación de Graciela, respondiendo enseguida:

—No te equivocas. No tienen sospechosos hasta ahora.

Graciela finalmente se estacionó frente a la casa:

—Llegamos. Y no quiero molestarte más, pero confía en mí cuando digo que por sí solo ese departamento no hallará al culpable. No tengo nada personal en contra de ellos, pero me remito a los hechos.

Graciela abrió el seguro de la puerta al lado del asiento en el cual se encontraba Diana y esta empujó la puerta para bajarse del carro no sin antes decirle:

—Gracias. Tomaré en cuenta tus palabras.

—¿Estás segura de querer entrar sola a esa casa? —le preguntó Graciela—. Aún puedo disponer de un tiempo libre para acompañarte.

—No. Descuida —respondió Diana—. No tengo nada que temer dentro de esa casa. Viví en ella durante muchos años y ahí he lamentado a todos mis muertos.

—Entiendo —concedió Graciela—. Recuerda lo que te dije. Si consigues alguna información de interés y crees que desde mi posición yo puedo ser de alguna utilidad, no dudes en llamarme

—No lo olvidaré. Nuevamente, gracias—respondió Diana formalmente.

Graciela alzó la mano a modo de despedida y aceleró su camioneta adentrándose en la calle hasta desaparecer, no muy satisfecha por el encuentro poco fructífero a la hora de recabar algún tipo de información adicional. Por su parte, una vez que Graciela ya no se encontraba al alcance de su visión, Diana se volteó con la mirada hacia arriba, contemplando la casa de sus padres, y volviendo a ella como si fuera la hija pródiga que finalmente regresa para conseguir que nadie la ha estado esperando. Con un suspiro atragantado en su garganta y un presentimiento revoloteando en su corazón ascendió lentamente por la pequeña escalinata que conducía a la puerta principal de la casa familiar, sintiendo que cada paso la acercaba al descubrimiento de una verdad hasta entonces oculta. Cuando se detuvo frente a la puerta puso la mano sobre la perilla y antes de introducir la llave que le daría acceso a su antiguo hogar sintió que un escalofrío corría por su espalda y tembló repentinamente sin explicación alguna. Sin saber por qué, tuvo el impulso de mirar a sus espaldas y supervisar el horizonte, intentando encontrar una anomalía en el medio de pequeñas casas residenciales con sus céspedes bien cuidados y fachadas en perfecto estado, como albergues de vidas impolutas incapaces de abrigar secretos demasiado oscuros o desesperaciones excesivamente desafortunadas. Contrario a sus inesperados temores, nada extraño alteraba la tranquila visión del lugar, ni un solo rastro de algo que justificara cualquier forma de miedo. Sin embargo, se le antojaba intolerable esa misma tranquilidad. Días antes el vecindario fue testigo de un acto sangriento y en cambio ahora todo lucía sereno y aburrido, como si nada hubiera ocurrido o no fuera lo suficientemente importante para seguir lamentándolo. Esta era la parte más confusa e insoportable del luto, reconocer finalmente que muy pocos lamentan a tus muertos y que estos son destinados a ser recordados solo por algunos y que, incluso estos, tenderán a olvidarlos, gradualmente, con el tiempo, y solo haciendo mención de ellos ocasionalmente. El

suspiro finalmente se le escapó cuando volvió a la puerta para abrirla. Su primera impresión al entrar en la casa fue desagradable. Todo estaba revuelto denotando la pasada huella del asesinato cometido y la posterior requisa de los policías dentro de la llamada "escena del crimen". Como si pudiera leer el mapa de los acontecimientos, los hechos se le presentaban a sus ojos a partir de los elementos caídos, los objetos rotos y los trastos dejados a un lado. Aquellas paredes fueron los únicos testigos de lo ocurrido, además de las víctimas y el victimario, pero nada podían contarle. Lo primero que notaba al entrar a la sala era el espacio existente entre el comienzo de la escalera que conducía al segundo piso y el suelo de la planta baja, donde claramente se veían las siluetas dibujadas en tiza de los cuerpos que allí se desangraron. Diana sintió que le apretujaban el corazón a medida que se acercaba a ese espacio imaginando los cuerpos dentro de los límites que delimitaban el contorno del dibujo. Piernas y manos le temblaban al ver lo que debió haber sido el cuerpo de su hermana acurrucado y con una pierna levemente extendida, como si hubiera intentado quedar en posición fetal al caer degollada de no ser por el último movimiento de su pierna deslizándose fuera. Su estómago se revolvió cuando vio una mancha alrededor del dibujo, el rastro de la sangre que brotó de su cuello y se extendió por el piso de madera. Siguió avanzando en dirección a la escalera para descubrir a los pies de la misma, los contornos de otro dibujo, una silueta más estilizada cuyos pies se mantenían en la escalera y el resto del cuerpo en el suelo. Le estremeció lo que adivinó en el dibujo que retrataba el momento en que su sobrino, Leo, exhaló su último aliento, un brazo extendido en dirección al dibujo del otro cadáver, una línea queriendo prolongarse más allá de sus limitaciones para alcanzar algo, la mano de su sobrino intentando desesperadamente llegar hasta su madre para sujetarla sin éxito. Pudo recrear mentalmente la escena recordando los hechos tal como se los narró Justo Ramírez luego de recibir los análisis resultantes de la escena del crimen: Bárbara y el asesino bajaron hasta el primer piso enzarzados en una lucha que acabó derrotándola hasta ponerla de rodillas para ser degollada ahí mismo, a los pies de su victimario. Posteriormente, Leo tuvo un encontronazo con el intruso a lo largo de la escalera, siendo ahorcado a los pies de la misma antes de sufrir el mismo destino de su madre y desplomarse en el suelo a medida que se desangraba, observando desde su posición el cuerpo de su madre ya sin vida. Diana sintió un mareo acompañado de unas náuseas, con el cuerpo estremecido por una mezcla de emociones, desde la honda tristeza hasta la volcánica rabia, queriendo desbordarse sin reparos. En el espacio existente entre ambos dibujos que no pudieron tocarse, Diana cayó de rodillas y las manos en puño sobre el suelo arqueando su cuerpo. La náusea recorrió el camino desde su estómago hasta su garganta y no puedo evitar soltar un vómito copioso sobre el suelo, como una respuesta a tantas emociones encontradas. Diana se incorporó, todavía de rodillas, observando el asqueroso y grumoso vómito esparciéndose ligeramente. Así lucía su cólera y su desdicha, un charco solitario y maloliente sobre el cual nada podía reflejarse. No puedo evitar llorar ahí mismo, con ganas de acurrucarse entre ambas siluetas para acompañar el espacio ausente de sus seres queridos, como si fuera el puente humano entre ambos vacíos. Siguió llorando al imaginar a su pequeña Mina siendo testigo de tanta crueldad. Ahora, ¿quién sabe dónde se encontraría? Y en el caso de que superaran este amargo trance, ¿cómo reanudaría su vida?, ¿cómo recuperaría una inocencia perdida tan pronto? Mina ya no sería la misma y crecería con el oscuro recuerdo de las muertes de su madre y su hermano, como un recordatorio de lo frágil que era la felicidad y lo poco que dura. Imágenes que la acompañarían hasta su muerte, recordándole que no hay seguridad en este mundo ni palacios lo suficientemente protegidos para que la inocencia prevalezca por encima de la maldad. Ya más calmada, Diana logró ponerse en pie como pudo para dirigirse a la cocina. Al entrar en ella sorteó las bandas amarillas que se entrecruzaban, denotando el rastro del paso de la policía. Fuera de eso, todo lucía perfectamente ordenado en comparación con la sala, a excepción de una gaveta abierta sobre la cual los investigadores pusieron una nota que decía:

"posible cuchillo extraviado". A efectos de un raro impulso, Diana cerró la gaveta intentando acallar con esto el grito de desesperación que albergaba en su interior y se dio cuenta que, quizá, eso fuera el remedio más eficaz en aquellos instantes: corregir el desorden, borrar las huellas de muerte y dolor que proliferaban por la casa. Ya la escena del crimen se encontraba clausurada, todas las huellas habían sido tomadas y todos los análisis pertinentes realizados, con resultados poco concluyentes. Ahora era el turno de Diana para limpiar la casa de sus padres y purificar su alma en el proceso. Afortunadamente la cocina estaba bien equipada con implementos de limpieza y Diana enseguida se puso cómoda descalzándose y desabrigándose para iniciar las labores necesarias. Lo primero que hizo fue limpiar su vómito con agua, jabón y un cepillo de cerdas gruesas inclinándose sobre el piso y esforzándose hasta hacerlo desaparecer. Miró a su alrededor planeando mentalmente sus acciones, posando su mirada sobre aquellos objetos caídos o rotos durante la pelea entre Bárbara y el intruso en el medio del salón. Recogió vidrios rotos, enderezó cuadros y puso en su lugar varios objetos dispersos en el suelo. Ya la sala estaba casi como antes, excepto por los dos dibujos que adornaban el espacio como un monumento al horror. Dubitativa, Diana contempló los dibujos por última vez antes de decidirse a borrarlos por completo, armada con un trapeador y un aspersor lleno de agua. Y así lo hizo, mezclando agua y jabón sobre la tiza enfocada en su total desvanecimiento. Exhausta, se detuvo a contemplar el orden y la limpieza donde anteriormente destacaba la suciedad y el caos. Una sensación de tranquilidad la inundó al apreciar el suelo de madera ya sin siluetas dibujadas sobre su superficie, sintiendo en su fuero interno que, gracias a esa limpieza, tanto a su hermana como su sobrino les estaba permitido ahora descansar verdaderamente en paz. Satisfecha con su trabajo, Diana volvió a la cocina para lavarse las manos y la cara antes de subir al piso de arriba con el objetivo de supervisar el estado en el que se encontraba y continuar con su labor de lavado y orden.

Las horas transcurrían con normalidad, el ocaso no tardaría en llegar y Diana se encontraba subiendo las escaleras cuando sintió un ruido proveniente de la ventana y bajó corriendo encontrándola completamente cerrada. Trató de recordar si esta se encontraba previamente abierta, pero no era capaz de asegurarlo. Sin embargo, Diana supuso que lo más probable era que tal ventana se encontrara abierta, tal como fue hallada durante la escena del crimen y que quizá el viento acabó cerrándola. Sin darle más vueltas al asunto se cercioró de pasar los seguros de la ventana antes de subir hasta el segundo piso. Al encontrarse allá arriba fue quitando y recolectando cuidadosamente las bandas amarillas puestas por los oficiales de policía en el pasillo externo a las habitaciones y los baños, decidiendo introducirse primero en la recámara de su hermana Bárbara y dejar el cuarto de los niños para el final de su inspección. La habitación en cuestión no ofrecía mayor espectáculo que el de unas sábanas revueltas propias de quien ha abandonado recientemente la cama y volverá pronto para acomodarlas, con la diferencia de que no hubo tal regreso. Al lado, en una mesita de noche se encontraba el teléfono inalámbrico sobre su cargador tal como lo dejó su hermana antes de irse a dormir. Diana recordó que en la tarde tendrían los resultados de registros de llamadas, por si acaso arrojaban alguna pista concreta. Lamentablemente, el proceso para obtener dicho registro era muy burocrático y la central telefónica se tomaba varios días para recolectar dicha información antes de compartirla. Diana procedió a recoger las sábanas del cuarto de su hermana y doblarlas sobre la cama, luego de dejarla perfectamente tendida. Se asomó debajo de la cama y registró el closet, pero no encontró nada irregular, nada que la policía no hubiera requisado con anterioridad. Echó un vistazo rápido antes de abandonar la habitación cuando, ya de espaldas en el umbral que daba en dirección al pasillo, escuchó el teléfono repicando. Corrió enseguida y lo descolgó poniéndolo en su oído sin emitir palabra alguna durante varios segundos. No se escuchaba a nadie del otro lado y, sin embargo, sospechaba que alguien se encontraba al otro lado de la línea. Impaciente, rompió el silencio:

—Hola, ¿quién habla?

Ni una sola respuesta. Fueron segundos tensos, hasta que finalmente escuchó el tono indicativo de que la llamada había sido colgada. Sintió un profundo miedo, ya no se sentía tranquila dentro de aquella casa. No se atrevía a salir, así que dirigiéndose a la habitación de los niños, se llevó consigo el teléfono inalámbrico de la casa mientras marcaba los dígitos del móvil de su esposo. Luego de dos repiques, Alex atendió:

—¿Diana?

—Sí, soy yo. Estoy en la casa de mis padres —respondió Diana, adivinando la perplejidad con la que su esposo debió haber visto la llamada del teléfono registrado como "Bárbara casa".

Diana pudo sentir la respiración de alivio al otro lado del teléfono antes de que Alex respondiera:

—No me asustes así, Diana. No me avisaste que irías para ese sitio. ¿Todo bien? ¿Estás sola?

Diana le respondió con un falso tono tranquilizador, tratando de no demostrar el pánico que sentía en aquel momento:

—Olvidé mencionarlo. No estaba segura de hacerlo hasta que lo hice. No quería preocuparte. Pero sí, todo bajo control. Aprovechando que la escena del crimen fue liberada por la policía, quise organizar el desastre. ¿Me podrías venir a buscar?

Alex no se hizo esperar en su respuesta. Diana escuchaba al fondo el sonido del tráfico y la carretera tal como le confirmó al decirle:

—Seguro, ya salí del trabajo. De hecho estoy manejando mientras hablo contigo. Pero ¿estás bien? Te noto un poco alterada.

—Estoy perfectamente bien, Alex. Solo estoy un poco cansada —aseguró Diana para evitar que se preocupara y luego a modo de broma—: No deberías hablar mientras manejas, te pueden detener.

—De acuerdo —dijo Alex, riendo—. No te muevas.

Antes de que Alex colgara la llamada, Diana lo detuvo:

—Espera, Alex. Cuando ya llegues, por favor, llámame al teléfono y yo te abro. Siento que si escucho ese timbre o las puertas me desmayaré del susto.

Alex, comprendiendo sus temores, la tranquilizó antes de despedirse:

—Entiendo, debe ser muy raro estar allí. Cuídate. Estoy allá en menos de diez minutos. Te quiero.

Diana no alcanzó a responderle que también lo quería cuando escuchó el tono de llamada colgada. Trató de tranquilizarse arreglando la habitación de los niños, que se encontraba mucho más desordenada, con objetos regados por doquier, principalmente juguetes. Según el informe policial allí comenzaron los enfrentamientos entre el intruso y otra persona que probablemente fuera su sobrino, Leo, intentando impedir que se llevaran a su hermana. Diana apartó de su mente esas hipotéticas imágenes y siguió poniendo en su lugar cada objeto caído. La silla de la mesita de dibujos de Mina se encontraba volcada, además de unos cuantos papeles y crayones de colores. Diana recogió todo cuidadosamente y, al revisar los papeles, reencontró aquel dibujo de Mina que había visto cuando visitó la casa el día de su cumpleaños. Una sonrisa surcó su rostro recorriendo con su mirada los trazos torpes que había visto representando a su familia cuando el sonido del teléfono repicando en su mano interrumpió su momento de distracción. Diana atendió confiando que se trataba de su esposo, Alex:

—¿Alex? ¿Tan pronto llegaste? No han pasado ni cinco minutos.

No hubo respuesta al otro lado. Diana recordó la llamada anterior y el pánico regresó con renovadas fuerzas.

—¿Quién habla? Voy a llamar la policía.

El silencio al otro lado se interrumpió por una respiración. A Diana le temblaban las piernas, pero no se atrevía a colgar la llamada. Pensaba salir de la habitación cuando escuchó el sonido del televisor encendiéndose. Diana se detuvo enseguida y escuchó como el sonido de la respiración al teléfono se sentía cada vez más agitada. Confundida, observó nuevamente el dibujo y reparó en la silueta identificada con una letra "B", que nunca supo de quién se trataba porque olvidó preguntarle a Mina. El extraño era representado como un hombre alto con el cabello negro y una rayita horizontal a modo de boca siendo el único rostro no sonriente dentro del dibujo. El presentimiento revoloteaba en su interior con renovadas fuerzas y Diana corrió hacia la puerta de la habitación de Mina y Leo cerrándola desde adentro y pasando el seguro. La respiración se escuchaba mucho más agitada, era una respiración forzada a propósito para asustarla. Diana no pudo evitar interpelarlo, gritándole:

—¿Eres tú? ¿Por qué los mataste? ¿Dónde está Mina? ¡Responde!

Una risa sonó al otro lado del teléfono y, para su sorpresa, la misma risa se escuchaba afuera, justo detrás de la puerta. A Diana se le cayó el teléfono de las manos por causa del susto y los latidos de su corazón se aceleraron sintiéndose perdida y sin escape. Miró a su alrededor y, al descubrir la mesa de dibujo, la empujó rápidamente contra la puerta. Con una ojeada intentó pensar en opciones de escape. La ventana se encontraba cerrada y daba en dirección a la casa de los vecinos. Al abrirla se asomó cuidadosamente descubriendo que salir por ese medio implicaba dar un salto que podría ser extremadamente peligroso dependiendo de la caída. No se atrevía a recoger nuevamente el teléfono, aunque estaba casi segura que alguien se encontraba al otro lado de la puerta de la habitación en la cual se había encerrado. Y ese alguien podía ser el secuestrador de su sobrina y el asesino de su hermana y sobrino. Diana temió por su vida. Se sentía dentro de una larga pesadilla y aún faltaba mucho para despertar. No movió ni un solo músculo de su cuerpo sintiendo que su corazón estaba a punto de explotar a causa de la taquicardia, cuando observó que el pomo de la puerta era forzado por alguien que intentaba entrar. Diana cerró sus puños, dispuesta a defender su vida a como diera lugar. Sea quien fuera quien se encontraba al otro lado de la puerta cesó de forzar la cerradura y procedió a golpear la puerta ininterrumpidamente. Diana se puso una mano en el corazón y retrocedió lentamente caminando de espaldas en dirección a la ventana entreabierta. Comprendió que eso es lo que quería aquel intruso, asustarla hasta hacerla gritar, pero se contuvo. Luego escuchó unos gritos afuera de la casa, la voz de un hombre llamándola por su nombre lo cual tuvo el efecto inmediato de lograr que cesaran los golpes en la puerta. ¡Alex había llegado! ¿Cómo advertirle que tuviera cuidado? Recogió enseguida el teléfono asegurándose primero de tener tono para hacer una llamada. Sus dedos se atoraban intentando marcar los dígitos hasta que finalmente Alex contestaba al otro lado del auricular con un ligero tono de molestia:

—Diana, estoy abajo. Ábreme la puerta. Llevo rato afuera llamándote pero el teléfono parecía ocupado, ¿por qué...?

Diana lo interrumpió con una voz acelerada incapaz de ocultar su miedo:

—¡Alex! Escúchame atentamente. Estoy arriba encerrada en el cuarto de los niños. Creo que hay alguien dentro de la casa y está intentando asustarme. Intentó forzar la puerta de esa habitación, pero ya no lo escucho. Ten cuidado, quizá sigue aquí adentro de la casa. Estoy muy asustada, Alex. Creo que es el asesino de mi hermana. ¡El secuestrador de Mina!

Alex respondió enseguida:

—¡No salgas de allí! Forzaré la puerta para entrar y revisaré toda la casa. Solo sal cuando te lo indique. No tranques la llamada.

Diana quiso impedirlo diciéndole:

—¡No, Alex! Puede ser peligroso. ¿Y si está armado? Mejor llamo a la policía.

—Diana, no perdamos tiempo. Quizá ya se fue pero es mejor estar seguros. No cuelgues la llamada.

A través del auricular Diana escuchaba el fornido cuerpo de Alex impactando contra la puerta cerrada para abrirla. Cuando finalmente cedió, la voz de Alex volvió a sonar al otro lado del teléfono con la respiración acelerada producto del esfuerzo:

—Estoy adentro, Diana. Todo parece bajo control. Sala, comedor y cocina vistos. Subiré.

—Ten cuidado, Alex, por favor.

Transcurrieron unos pocos minutos y al otro lado de la habitación sonó la voz de Alex anunciándose:

—Diana, ya revisé todo el piso y no hay rastro de nadie. Puedes abrir.

Diana soltó el teléfono para dirigirse a la puerta apartando la mesa de dibujo con la cual había obstaculizado la posible apertura de la puerta. Al abrirla, se encontró con su esposo sudando y con el rostro desencajado por la sorpresa ante lo ocurrido. Sin saber qué decirse se abrazaron y se besaron largo rato, hasta que finalmente Diana interrumpió el momento romántico diciendo:

—Hay que llamar a la policía, Alex.

Alex asintió con su cabeza y tomándola de la mano entró a la habitación recogiendo el teléfono del suelo. No quería soltarla y ella se lo agradeció en silencio. Juntos bajaban las escaleras mientras Alex hablaba con un oficial contándole lo ocurrido sin muchos detalles y pidiendo que asistieran al lugar cuanto antes. Una vez en el centro de la sala, Diana se sorprendió al ver lo que encontró. Apretando el brazo de Alex, Diana le indicó con un gesto que viera lo que tenían al frente. El televisor no solo se encontraba encendido sino también uno de los juegos para consola de Leo y en la pantalla del mismo podía leerse: *¿Estás seguro de querer abandonar este juego?* Abajo de ese letrero un recuadro gris titilaba sobre una de las opciones: *No*. Se trataba de un mensaje. Al alzar la mirada por encima del televisor, la ventana se encontraba nuevamente abierta ofreciendo la vista del gran árbol mecido por el viento en el jardín exterior de la casa. Su presentimiento era el comienzo de una respuesta. La pesadilla significaba un desafío y ella tampoco estaba dispuesta a abandonar el juego. Todo este tiempo llevaba apretujado el dibujo de Mina en su puño cerrado. Para sorpresa de Alex, Diana soltó su mano y desenvolvió nuevamente el dibujo de Mina frente a sus ojos. Diana y Alex en una esquina. Bárbara, Leo y Mina en el centro. Y el misterioso portador de la "B" sobre su cabeza estaba de pie al lado de un árbol, a cierta distancia de la casa dibujada por Mina con todos los integrantes frente a ella. Hasta ese momento no lo recordaba, pero la conversación resonó nuevamente en su cabeza con claridad. Mina mencionó al "guardián de los juegos" el día de su cumpleaños y también declaró que esa figura, aunque en aquel momento Diana pensaba que se trataba de un juego o un amigo imaginario, los vigilaba desde aquel árbol. No sabía quién era ese "B" ni qué lugar tendría en la vida de Mina, Bárbara o Leo, pero sospechaba que en el misterio de su existencia residía la respuesta que todos estaban buscando.

## Capítulo 5

Mientras en el resto de la ciudad anochecía y los habitantes se preparaban para acostarse a dormir, la oficina de policía era un hervidero de conversaciones, discusiones y suposiciones sin fin. Sobre una pizarra acrílica estaban escritos algunos números, garabatos y abreviaturas que no tenían mucho sentido excepto para los entendidos en la materia del caso sobre Bárbara y sus hijos. Era imposible distinguir entre las conversaciones que sostenían los oficiales de policía, los detectives, el jefe del departamento de homicidios, Justo Ramírez, y los familiares de las víctimas, Diana y su esposo Alex, quienes acababan de experimentar horas atrás un posible encuentro con el culpable de los asesinatos de Bárbara y Leo, además de presunto secuestrador de Mina. Los recientes acontecimientos pusieron sobre aviso al departamento de homicidios y Justo Ramírez intentaba dar unas nuevas impresiones al respecto sin que parecieran conclusiones apresuradas. Diana relataba nuevamente lo ocurrido: se encontraba limpiando la casa cuando recibió dos llamadas en las que su interlocutor no se identificó, con la diferencia de que, durante el segundo intento, quiso hacerse notar para dar a entender que se encontraba dentro de la casa. Diana se encerró dentro del cuarto de los niños y sintió cómo la puerta era forzada para entrar. Cuando llegó Alex el intruso había desaparecido, no sin antes dejar rastros de su presencia en el lugar, una ventana abierta previamente asegurada por sus cerrojos y la televisión encendida con un curioso mensaje. Justo alzó su mano exigiendo silencio para exponer lo que pensaba:

—Al principio sospechaba que este caso fue inspirado por un móvil personal, según el cual la niña Mina era el objeto del deseo de este intruso para hacerse con ella como una especie de padre o mentor. Las últimas apariciones de este sujeto, tanto el día del funeral con el incidente del libro como esta tarde, no solo confirman mis sospechas sino que además me comprueban otra teoría que no deseaba exponer hasta ahora. El sujeto en cuestión se siente satisfecho con su crimen y, además, quiere hacérnoslo saber, especialmente a ti, Diana. Intenta decirnos que ha ganado pero al mismo tiempo no quiere que el juego termine. Partamos del hecho de que se refiere a sí mismo como "el guardián de los juegos". Eso quiere decir que este es el personaje que ha construido, desde su psicopatía, como un refugio y al mismo tiempo, como una justificación para sus actos. Se siente obligado a actuar con base en ese personaje y no puede abandonarlo. Si esto es así, y me lo corroboran sus "mensajes", este sujeto quiere que lo descubramos o derrotarnos en el proceso de esa persecución. En ese sentido, es un alivio porque eso significa que no desaparecerá con Mina. Por otro lado, me preocupa que Mina solo sea parte de un juego mucho más grande en su mente, como una pieza de la que pudiera prescindir cuando haga falta. Debemos ser cautelosos. Especialmente tu, Diana. Creo que este autodenominado "guardián de los juegos" quiere interactuar contigo y que entres en su mundo y bajo sus términos. Personalmente te digo que evites todo contacto con él y no permanezcas sola en sitios solitarios o expuestos, aunque mi instinto profesional me sugiere que solo a través de ti llegaremos al culpable.

Alex lo interrumpió con cierto enojo en su voz:

—Con todo el respeto que su autoridad exige, no me gusta lo que sus palabras sugieren, oficial Ramírez. ¿Acaso quiere que mi esposa sirva como carnada para atraparlo?

Justo intento tranquilizarlo con un tono conciliador:

—No, jamás arriesgaríamos la vida de un civil no entrenado para resolver un caso. Solo le pedimos a Diana que, como ha estado haciendo hasta ahora, se mantenga alerta y ante cualquier sospecha de la cercanía de este aparente "desconocido" lo reporte inmediatamente y evite a toda costa quedar a solas con él. Sospecho que lo ocurrido hace unas horas no dejara de repetirse. Este hombre intenta decirnos algo.

Alex hizo un gesto de desagrado. No le gustaba involucrarse con policías y mucho menos que aquel hombre se dirigiera a su esposa con tanta confianza. Otro oficial subalterno preguntó:

—Ya tenemos los registros de llamadas, ¿cierto? ¿No arrojaron nada sospechoso? Quizá debemos mandar a pedir los de hoy y comparar si existe alguna coincidencia con otro teléfono marcado días antes.

—Ciertamente, ese será el proceso a seguir pero tendremos que esperar. Respondiendo a tu primera pregunta, sí encontramos algo curioso en el registro de llamadas durante la noche del asesinato y aprovecho que Diana se encuentra con nosotros para anunciarlo: la víctima, es decir Bárbara, sostuvo una conversación telefónica hecha por ella misma con otra persona dos horas antes de ser asesinada.

Diana, quien escuchaba a todos intentando no interrumpir a nadie y hablar solo cuando se lo solicitaran, no pudo reprimir una expresión de asombro y curiosidad, preguntando inmediatamente:

—¿Y pueden identificar a quién pertenece ese número?

—Sí, en unos minutos recibiremos esa respuesta. Hemos estado tratando de localizar al dueño y la dirección a la que pertenece dicho número desde que nos facilitaron los registros. Como bien sabes, estos procesos se tardan más de lo que quisiéramos. Ahora bien, Diana, me decías que todos estos sucesos acaecidos el día de hoy te hicieron recordar algo de lo cual no te habías percatado. ¿Quieres compartirlo con nosotros?

Diana asintió y procedió a explicar lo que su memoria ahora no apartaba de su cabeza:

—Es extraño que una persona desconozca muchas cosas que suceden en la vida de alguien tan cercano como una hermana. Hubo épocas en nuestras vidas, entre Bárbara y yo, en las que fuimos muy cercanas y nos contábamos hasta el mínimo detalle y otras temporadas en las que, por algún roce de cierta gravedad, nos distanciábamos. Nuestra última reconciliación fue hace un par de años y desde entonces volvíamos a ser las hermanas cercanas de antes. Al menos, en parte. Bárbara se había vuelto reservada con los años, especialmente en lo que se refería a temas de carácter romántico. Ella solo me presentaba a alguien cuando dicha relación tenía un estatus oficial, pero eso no quiere decir que yo haya conocido a todas las personas que formaron parte de su vida. Sin embargo, últimamente he estado pensando en la posibilidad de que existiera alguien en la vida de mi hermana y sus hijos que yo desconociera. Y esa sospecha me hace pensar inmediatamente en lo sucedido. En general, no encuentro explicación alguna para lo que ha ocurrido hasta el momento. Pero esta tarde, luego del susto que me hizo pasar ese desconocido, recordé una curiosa conversación que mantuve con Mina, sobre la que no había tenido tiempo de reflexionar hasta hoy. Quizá sea una tontería producto de la imaginación de una niña muy creativa como lo es ella.

—Nada parece tener sentido en este caso —puntualizó Justo—. Puede que hoy solo las tonterías de una niña sean lo único capaz de brindarnos la luz que necesitamos para aclarar tan oscuras circunstancias.

Diana prosiguió con su exposición, animada por las palabras de Justo, y les habló de la mención que hizo Mina sobre el guardián de los juegos y su vigilancia tras el árbol, así como del curioso dibujo en el que aquel “guardián” era representado por aquella curiosa silueta sobre la que pendía una letra "B" mayúscula, confesando que no tenía la menor idea de a qué podría referirse o, mejor dicho, a quién.

—Eso es lo que me inquieta —confesó Diana—. Que quizá este "guardián de los juegos" no era un desconocido en la vida de mi hermana y mis sobrinos, pero para mí sí lo era. Y me molesta mucho pensar en ese desconocimiento. Puede que el "guardián de los juegos" sea este hombre identificado como "B" en el dibujo de Mina.

Justo reflexionó largo tiempo sobre lo expuesto por Diana para luego intervenir declarando lo que pensaba al respecto:

—Tiene sentido. Aunque, quizá, no fuera una persona tan importante para Bárbara. Solo un conocido ocasional o un amigo pasajero que, sin embargo, logró conectar mejor con Mina. Al pensar en todo este asunto del "guardián de los juegos" creo que se trata en un compañero con el cual Mina se identifica a la hora de divertirse. La palabra "juego" parece ser la clave de todo este caso. ¿Cómo decía el "mensaje" en la televisión? *¿Estás seguro de querer abandonar este juego?* Eso fue un mensaje muy claro. Un desafío directo. Hay que pensar desde su posición y, aparentemente, esa posición colinda con el imaginario de una niña como Mina. Nuestro implicado, con toda seguridad, es un adulto, pero uno que disfruta los juegos de los niños, que participa de estos y crea sus propios divertimentos a partir de ellos. Si queremos atraparlo debemos pensar del modo en que el "guardián de los juegos" lo hace. Es decir, jugando. Precisamente, si queremos descubrir lo que quiere no podemos abandonar el juego. Pero sospecho que sí tienes razón, Diana. Esa persona formaba parte de sus vidas, de algún modo u otro, aunque tú no lo conocieras. ¿Trajiste la lista que te pedí?

Para sorpresa de Alex, quien no entendía a qué se refería, Diana sacó un pequeño papelito de su bolsillo entregándoselo a Justo mientras afirmaba:

—Sí. Esos son todos los que recuerdo haber conocido y sus respectivas características físicas. Pero ninguno de ellos los vi recientemente en su casa ni cerca de ella.

Justo hizo un gesto afirmativo indicando que comprendía lo que decía, pero agradeciéndole que se haya tomado la molestia de recolectar dichos nombres:

—Muy bien. En todo caso, muchas gracias. Podría sernos de mucha utilidad.

Alex miró a Diana con un gesto confundido, pidiéndole una explicación y Diana le correspondió con otro gesto dándole a entender que luego se lo aclararía. En ese momento irrumpió en la sala de conferencias de la jefatura una mujer con un fax en la mano y se lo entregó directamente a Justo, no sin antes cruzar unas palabras antes de irse. Justo revisó atentamente los papeles que acababa de recibir y una misteriosa sonrisa se adivinó en su rostro cuando le preguntó directamente a Diana:

—Daniel Fernández, ¿lo conoce?

—Sí. Y está reseñado en la lista —señaló Diana—. Fue el último novio de mi hermana. Terminaron hace cinco meses aproximadamente, si las cuentas no me fallan.

—Fue él quien recibió la llamada de su hermana horas antes de ser asesinada —anunció Justo—. Eso quiere decir que fue la última persona que habló con ella.

## Capítulo 6

Daniel Fernández se encontraba tomando un cappuccino en una cafetería, contemplando el horizonte matutino con cierta aura de tristeza en su mirada. Cualquiera que lo viera a cierta distancia se detendría a contemplarlo, porque era un hombre guapo, alto y rubio, con unas pocas canas prematuras denunciando una pronta madurez en su cuero cabelludo, pese a estar en esa edad antes de cumplir los 40 años en la que no eres ni muy viejo ni tampoco tan joven. La edad crepuscular y perfecta para reclamar lo mejor de ambas temporadas de la vida y reflejar esa serena belleza de una existencia que se acerca a su atardecer. Apenas se había permitido concederse tiempo para pensar en la muerte de Bárbara desde que se enterara de la noticia por la televisión. En un par de días, se cumplirían dos semanas desde su desaparición física y ni siquiera tuvo la oportunidad de despedirse de ella. Debido al ruido mediático y las incesantes investigaciones policiacas en torno al suceso, consideraba que lo más prudente era mantenerse alejado. Después de todo, Bárbara y él dieron por terminada su relación cinco meses atrás. Recientemente volvieron a coincidir y hubo un chispazo entre ellos, una promesa de reconciliación. Pero era inútil seguir pensando en algo que ya no sucedería, consideraba Daniel. Sin embargo, en un momento de soledad como ese le resultaba inevitable hundirse en la más profunda introspección. Los pensamientos son un pozo al cual nos asomamos para dejarnos caer. A veces solo queremos reflejarnos en su superficie o esperamos adivinar el fondo sin mojarnos. Pero tarde o temprano, por más que intentemos esquivar nuestros pensamientos, estos terminan arrastrándonos hasta ellos para mirarlos de frente. Así, Daniel no pudo evitar recordar las sensaciones que removieron sus entrañas al escuchar la funesta noticia que envenenaron sus esperanzas hasta hacerlas perecer en el cruel páramo de las imposibilidades. Daniel era un hombre acercándose a la mediana edad que deseaba formalizar una situación emocionalmente estable en su vida y creía que Bárbara era la mujer indicada para lograrlo. Siempre fue un hombre solitario al que le costaba conectarse con otras personas, especialmente cuando se trataba de formar una relación de pareja. En cambio, Bárbara era una mujer poco acostumbrada a estar sola, que buscaba desesperadamente ser acompañada y querida. Puede que esas mismas diferencias de carácter sirvieran para sentirse atraídos el uno por el otro desde la primera vez que se conocieron, aunque también hayan sido las que terminaron apartándolos con el tiempo. Bárbara estaba acostumbrada a mantener relaciones con hombres cínicos y maltratadores que sacaban lo peor de ella, así que cuando se presentaba una situación de disenso entre ambos ella atacaba de la peor manera posible. Un día de discusión, a partir de gritos y vajillas rotas, Daniel estuvo a punto de pegarle, algo que jamás había hecho con ninguna mujer y con nadie en general ya que su temperamento pacífico era poco dado a dejarse llevar por la rabia y mucho menos a responder con violencia. Por eso, durante esa discusión, cuando alzó su mano para darle una bofetada se detuvo enseguida con una expresión de horror en su rostro al encontrarse con la mirada desafiante de Bárbara en un semblante satisfecho. En aquella ocasión, Daniel retrocedió enseguida y ella no dijo ni una sola palabra. Lo que creyó percibir en ese encontronazo, y no le gustó constatarlo, era que probablemente eso era lo que Bárbara estaba esperando de él y hasta deseándolo, para comprobarse por enésima vez que estaba condenada a no ser querida por nadie. En otras ocasiones, durante momentos muy íntimos entre ellos luego de hacer el amor, ella le confesaba que luego de la muerte de su marido ella creía que jamás conseguiría nuevamente el amor y que estaba acostumbrada a que los hombres la maltrataran. Daniel, entonces, le prometía que él nunca le haría daño y con renovados ímpetus volvía a besarla, arrinconándola entre sus abrazos y asegurándole cuánto la quería y cuánto deseaba darle la vida que merecía después de tanto dolor y vergüenza. Pero entonces lo ocurrido le advirtió sobre algo que no quería aceptar: ella tenía un dudoso talento para sacar lo peor de él, o para revelar un aspecto oscuro que desconocía de sí mismo y que prefería no descubrir. Fue

entonces, días después cuando le expresó las razones de por qué consideraba mejor apartarse y no continuar con la relación. Contrario a lo que esperaba, Bárbara fue muy comprensiva con los planteamientos que le expuso y en cambio le dijo:

—También lo he estado pensando. Necesito sanar muchas heridas. Puede que la soledad me convenga para purificarme de tantos malos hábitos producto de mis anteriores relaciones. Quizá no estamos preparados para tanta felicidad. Al menos yo no lo estoy.

Daniel recordaba con claridad la respuesta que le dio durante aquel almuerzo de despedida:

—Quizá nunca estamos preparados para la felicidad, pero no por eso dejamos de intentarlo.

No olvidaba la sonrisa de Bárbara cuando le aseguró:

—Dejemos que el tiempo decida. Como dice la poeta: llamemos tiempo a esto que nos damos.

Pasaron los meses y un día se encontraron de casualidad en la cola de espera de un cajero electrónico. Cruzaron unas pocas palabras y se prometieron llamarse para volver a verse. Y así lo hicieron. Desayunaron juntos un día y plantearon la posibilidad de seguir viéndose para ver que ocurría. Sin expectativas, solo intentándolo. Esa fue la última vez que la vio y ahora lamentaba no haberle preguntado el nombre de la poeta al que se refería. Luego recibió esa última llamada y el resto era historia de conocimiento público. Ya no quedaba tiempo para darse ni el intento de ser felices. Hace rato que su taza de cappuccino se encontraba vacía y, contrario a lo que se había prometido, en ese tiempo pensó en Bárbara más de lo que lo había hecho desde que supo que ya no se contaba entre los vivos. Para fortuna (o desgracia) sus pensamientos fueron interrumpidos por una llamada en su celular. Al atenderla una voz al otro lado del auricular le preguntó:

—¿Hablo con Daniel Fernández?

—Sí, soy yo el que habla.

—De acuerdo, señor Fernández. Lo estamos llamando porque requerimos su presencia inmediata para testificar sobre un caso de homicidio y secuestro. Si evade la cita, debe atenerse a las consecuencias. Lo esperamos antes de las próximas 24 horas en la siguiente dirección. ¿Listo para anotarla?

***

—¿Usted asesinó a Bárbara y su hijo para secuestrar a la niña Mina?—preguntó a quemarropa Justo Ramírez frente al hombre que interrogaba. Daniel Fernández se encontraba sentado en una silla con una actitud calmada, pero con un semblante claramente preocupado. No estaba acostumbrado a ese tipo de tratos y se sentía incómodo estando allí como si se le acusara de algo. Al principio quería evitar el llamado para asistir a la cita como testigo y buscarse un abogado antes de exponerse. Pero consideró que esa acción levantaría sospechas innecesarias en su contra. Daniel asistió de inmediato también por consideración al hecho de que la hija de Bárbara seguía secuestrada y quizá su testimonio pudiera clarificar algo al respecto. Después de todo, no tenía nada que temer. Al inocente se le descubre pronto su falta de culpa. O, al menos, eso creía. Con calma y certeza, Daniel le respondió a Justo:

—Nuevamente lo repito. No tengo nada que ver con el asesinato de Bárbara y su hijo. Y si estoy aquí es precisamente para colaborar con la justicia en lo referente a esa pobre niña secuestrada.

—Parece muy tarde para esa preocupación —contraatacó Justo sin ceder—. Si eso es cierto, ¿por qué no apareció inmediatamente para testificar después de lo ocurrido?

—No lo sé. Supongo que consideré que no era necesario. Bárbara y yo ya no éramos tan cercanos como antes. Recientemente, nos reencontramos pero solo compartimos unas pocas palabras y un desayuno.

—Olvida mencionar lo más importante, señor Fernández —aseguró Justo, con un tono lleno de cizaña.

—No comprendo a que se refiere —respondió Daniel intrigado por las palabras de Justo—. No me parece apropiado que trate a sus testigos como culpables sin ningún tipo de evidencias.

—¿Quiere evidencias, señor Fernández? —preguntó Justo extendiéndole unas hojas para que Daniel las leyera, sin cesar en su interrogatorio— ¿Qué le parecen esas evidencias? ¿Acaso no son lo suficientemente concluyentes para, al menos, mantener una sospecha razonable contra usted?

Confundido Daniel no entendía a qué se referían ese conjunto de números y fechas registrados en las hojas que Justo puso ante sus ojos:

—Sigo sin comprender, oficial Ramírez. ¿Qué son todos esos números y en qué podrían implicarme?

—Pues lea atentamente —aconsejó Justo—. ¿No reconoce ninguno de esos números? Eso que tiene en sus manos, por si no se ha dado cuenta o finge no hacerlo, es un registro de llamadas telefónicas y las fechas en que fueron realizadas.

Ingenuamente, Daniel sonrió al reconocer su número y señalarlo:

—Este es el número de mi teléfono móvil.

Justo cínicamente lo siguió animando:

—Exactamente, señor Fernández. Ya ve que qué no es tan difícil. ¿Ya puede adivinar a qué casa corresponde ese registro de llamadas y por qué lo hemos llamado a comparecer ante nosotros? —la confusión de Daniel se transformó enseguida en comprensión y una sombra de miedo nubló sus ojos, algo que al instinto de Justo no se le escapó, prosiguiendo con sus acusaciones—: Así es, ahora veo que comprende, se trata del registro de llamadas que se hicieron desde la casa de Bárbara en los últimos días y su número coincidencialmente fue el último que recibió una llamada que fue atendida, unas pocas horas antes de que ocurriera el asesinato. ¿No le parece sospechoso?

Daniel hizo un gesto mecánico de asentimiento y sintió que el pulso se le aceleraba. Su corazón retumbaba como una fanfarria de guerra anunciando calamidades sobre su cabeza. No tenía nada que temer y, sin embargo, se sentía asustado y consternado. Cuando descubrió en las noticias que Bárbara había sido asesinada prefirió desconocer los detalles sobre tan funestos acontecimientos. No tuvo tiempo hasta ese momento, al ver su número telefónico al lado de la correspondiente fecha y hora en que transcurrió dicha llamada, para darse cuenta de que aquella conversación telefónica sucedió tan inmediatamente cercana al tiempo en que fue asesinada posteriormente. Se le hizo aún más doloroso el acontecimiento y comprendió que le afectaba profundamente descubrir, como no se había concedido antes el tiempo de hacerlo, que ya nunca volvería a hablar con Bárbara y que las promesas que se hicieron en el transcurso de su última conversación, con toda seguridad representaron la esperanza que revoloteaba en el corazón de ella antes de acostarse a dormir sin saber que el destino tenía otros planes para ellos o, para ser precisos, sin concederles la fortuna de tener un plan ni un futuro. Tomar consciencia de todas estas cosas en una situación como esa, mientras era interrogado, trajo consigo un derrumbe emocional. No pudo evitarlo y, sin importar la presencia de Justo, comenzó a llorar. Quiso ocultar las lágrimas, pero era inevitable. Solo quería seguir llorando hasta que el día llegara a su fin, así como concluía para siempre el tiempo que él y Bárbara prometieron darse. Apenas alcanzó a pronunciar a modo de balbuceo:

—No lo sabía. Fui la última persona en hablar con ella. De haberlo sabido, quizá hubiera podido impedirlo. O hubiera podido decirle tantas cosas que no le dije creyendo que ya habría tiempo para declararlas. Yo la amaba y nunca se lo dije. Le dije lo mucho que la quería y cuánto deseaba compartir mi vida con ella. Pero no que la amaba. Me daba miedo decírselo.

Pensaba que era demasiado obvio para decirlo. Hoy me doy cuenta que necesitaba decírselo. Que me sentiría un poco mejor de habérselo dicho. Al amor nunca hay que callarlo. Quería que nos diéramos una nueva oportunidad. Nos habíamos prometido considerarlo después de varios meses sin vernos. Y ahora ya es tarde. Me merezco estar aquí. Yo pude haber hecho más por ella. No haberla dejado sola, haberme decidido antes como se lo declaré aquella noche y quizá, para entonces, salvarla de ese monstruo.

Daniel procedió a contar el contenido de esa llamada y lo que hablaron durante esa conversación: la decisión final de reanudar su relación con Bárbara, volver a formar parte de su vida y vivir juntos como una familia. Para cuando Daniel terminó su declaración no hizo otra cosa sino abandonarse nuevamente a su llanto. Por su parte, Justo permaneció mudo sin saber qué objetar o qué seguir preguntando Se sentía profundamente conmovido por el dolor de aquel hombre. Su instinto policiaco, generalmente impulsado a creer lo peor de las personas y desconfiar de sus palabras, se enfrentaba a su compasión humana, librando una batalla que en aquella oportunidad se decantaba a favor de la virtud. No sabía cómo corroborarlo ni de qué manera justificaría su confianza, pero para él no quedaba lugar a dudas que la declaración de Daniel Fernández era completamente honesta y transparente y que su dolor era verdadero. Sin embargo, necesitaba seguir preguntando. Tratar de encontrar alguna respuesta clara entre tanta confusión. Seguían igual que antes, sin un sospechoso, sin una respuesta concluyente y con una niña secuestrada y mantenida cautiva en algún lugar de la ciudad. Pasados unos minutos de silencio, Justo interrumpió el llanto de Daniel prosiguiendo con el interrogatorio, pero con mayor delicadeza en su verbo:

—Señor Fernández, le creo. Probablemente deberá comparecer a unos cuantos llamados más, pero sinceramente le creo que usted no tiene nada que ver con lo ocurrido. Lamento mucho su dolor. De haber venido antes nos habríamos ahorrado las sospechas infundadas en su contra. Comprenda que así son los procedimientos y que nadie es culpable, o para el caso inocente, hasta que se demuestre lo contrario. Ya habrá tiempo para demostrar su inocencia en otras instancias si surgen nuevos interrogatorios, pero por mi parte no tengo ninguna razón para retenerlo ni sospechar de usted. De buena fe le recomiendo que no abandone la ciudad mientras el caso siga abierto para evitarse nuevas acusaciones. Usted no tiene nada que temer, compórtese como tal.

Daniel, un poco más calmado que antes, secó las lágrimas que empañaban sus ojos e inspiró profundamente antes de contestar, aún sin moverse de su asiento de interrogado:

—Me siento un poco mejor estando aquí. Gracias por escucharme y, sobre todo, gracias por creerme. No quería aceptar la muerte de Bárbara y pensaba que manteniéndome lejos de toda esta vorágine de horror evitaría tener que enfrentarme con el dolor. Y necesitaba llorar por ella. Necesito seguir sufriendo por ella en nombre del amor que sentía y para ser fiel a la promesa que nos hicimos de estar juntos. Quizá ella se haya ido, pero ya nunca podré apartarla de mi alma. El amor es una sensación muy rara, es capaz de permanecer a pesar de ausencias y olvidos. Quizá se queda en el fondo un poco oculto o, en cambio, siempre se mantiene a la vista. Pero nunca deja de estar allí. Y no, no me iré a ninguna parte. No quiero abandonarla ahora que puedo hacer algo para salvar a su hija. Es lo que ella hubiera querido, porque ella amaba a sus hijos más que ninguna otra cosa en el mundo. Por amor a ella y por respeto a su memoria, no soportaría saber que ese criminal se salió con la suya. Necesitamos encontrarlo y necesitamos hallar a Mina. Ella merece tener una vida feliz lejos de tanta desgracia. Yo también necesito saber quién fue capaz de hacer una cosa como esta y ver que se haga justicia. Quizá sea un deseo muy egoísta y personal, pero quiero verle la cara a ese ser humano y ser testigo de su hundimiento. Esto no puede quedar impune. ¿Cómo es posible que ocurran cosas como esta? ¿Cómo podemos soportar vivir en un mundo donde le ocurren cosas malas a la gente buena?

—Esa es la razón por la que vengo a trabajar todos los días —declaró Justo en un tono reflexivo— , porque me resisto a creer en un mundo así. Me resisto a dejar que el mundo entero se convierta en el peor lugar imaginado para las mejores personas. Y lo que me consuela de este trabajo, a pesar de lidiar con tantos casos horribles y destinos fatales que nadie merece a causa de la existencia de tanta maldad, es saber que puede hacerse justicia. No podemos enmendar todos los daños, pero podemos impedir que se repitan o que empeoren. Podemos asegurarnos que, al menos por una vez en la vida, triunfe el bien y venzan los inocentes por encima de la oscuridad. En mis años de trabajo no me queda duda alguna sobre la existencia del Mal. Está en todas partes y gana muchas batallas, pero no por eso debemos rendirnos. Porque rendirse es extender la oscuridad del mal hasta nuestros corazones. Le aseguro, como se lo prometí a la hermana de Bárbara, que no descansaré hasta encontrar a Mina. Y la encontraremos viva para que tenga la vida que merece. Al final, todo esto no será más que una pesadilla.

Renovadas lágrimas corrieron por el rostro de Daniel al escuchar la entereza de Justo y, motivado por su compromiso, no dudó en reiterar su apoyo:

—A partir de ahora, estoy comprometido contigo, con Mina, con Leo y con Bárbara. Si hay algo que yo pueda hacer, no dudes en llamarme.

—Lo que necesitamos es saber más —aseguró Justo—, tener una pista clara. El asesino ha intentado contactar a Diana un par de veces. Es un sujeto peligroso que disfruta con la persecución y que quiere jugar con nuestras mentes. Pero desconocemos la vida de Bárbara. Incluso hay muchas cosas que su hermana no sabe. Quizá usted la conoció mejor. ¿Tiene idea de quién podría haber hecho esto? ¿Existía alguien en su vida que quizá desconocemos? ¿Un amigo, por ejemplo?

—Cuando conocí a Diana ella no tenía amigos. Le tenía mucho miedo a la soledad pero, contradictoriamente, muy pocas personas llegaban formar parte verdaderamente de su vida. Supongo que ya han hablado con todos sus vecinos, los cuales tampoco eran muy cercanos a ella. Su hermana, Diana; su cuñado, Alex; sus hijos. Y en algún momento yo. A eso se reducía su círculo social. Eso era todo en su vida. Y aquel chico raro que cuidaba de los niños, pero supongo que ya habrán hablado con él.

Para sorpresa de Daniel el rostro de Justo se desencajó al escuchar este último dato y no tardó en preguntarle:

—¿Qué chico cuidaba de los hijos de Bárbara?

—¿Diana no lo conoce? —inquirió Daniel confundido por la reacción de Justo—.No es un mal chico solo que era bastante raro. Le gustaba hablar cosas que nadie comprendía. A veces peleaba con Leo pero Mina lo quería mucho y Bárbara le tenía cierto cariño porque era huérfano como ella. Bárbara y yo discutimos un par de ocasiones porque en aquel entonces me parecía inapropiado que ella le diera tanta importancia dentro de su casa. Pero ella lo quería como el hermano varón que nunca tuvo y yo respetaba eso. Pero no entiendo la sorpresa ¿Acaso no fue al funeral?

—No. Es la primera vez que escucho sobre su existencia —aseguró Justo—. Alguien que formaba parte de su vida y que no se presentó a declarar. Ese es un potencial sospechoso. Como usted, sin ofender. Puede decirme otra cosa sobre este joven, ¿qué aspecto tenía?, ¿cómo se llamaba?

—Era muy alto y desarrollado para su edad, pero lo primero que llama la atención sobre él es que, a pesar de su estatura, también luce desgarbado y torpe. El cabello negro medio largo y de apariencia grasosa. No sobrepasa los 19 años. Yo siempre olvidaba su nombre y luego prefería no preguntarlo a cada instante esperando que alguien lo mencionara. Era un nombre que sonaba grandilocuente, por eso me costaba retenerlo. Be... Ba... Nunca pude aprenderlo.

Esta revelación casi contaba como una epifanía. Inesperadamente, esta nueva información constituía un dato importante que ameritaba una investigación inmediata. Se trataba de la mejor pista para resolver el caso que habían conseguido desde el descubrimiento del registro de llamadas. Justo no pudo ocultar su satisfacción por aquel descubrimiento:

—¿"B"? ¿Su nombre comienza por "B"? ¡Ahora tenemos algo!

## Capítulo 7

—Soy Graciela Carmona, reportando desde el estudio 5 de nuestro canal. Seguiremos informando sobre los aparentes adelantos en el caso de homicidio y secuestro del caso Bárbara y sus hijos. Que tengan un buen provecho.

Una vez que las cámaras dejaban de grabar, Graciela sentía que la realidad perdía fuerza y los colores todo su brillo. El mundo se sentía más vivo cuando una audiencia espera por ti y te celebra. Los últimos días habían sido bastante agitados luego de lo ocurrido durante la última e inesperada rueda de prensa que diera Justo Ramírez sobre el caso. La mañana anterior mandaron a llamar inesperadamente a distintos medios y periodistas, con la finalidad de "ofrecer una visión transparente de la verdad" y confirmar "que cada vez se encontraban más cerca de descubrir el paradero de Mina". A Graciela le parecía que todo aquello fue teatro y pantomima para calmar las sospechas en contra de la ineficiencia de su apartamento. Ellos insistían en que ya contaban con un sospechoso, pero mientras las investigaciones al respecto no dieran resultados concluyentes les estaba prohibido dar declaraciones tempranas que solo empeorarían la situación. Si esto era cierto, Graciela necesitaba descubrir antes que nadie quien podría ser ese supuesto sospechoso. La clave se encontraba en el registro de llamadas que, según le informó una fuente confidencial que trabajaba para la central telefónica, arrojó una supuesta llamada hecha horas antes del asesinato de Bárbara y Leo. Otra peculiaridad fue que en la rueda de prensa a la cual ella asistió pudo notar la presencia de un hombre al cual nunca antes había visto, con el rostro triste y una actitud afectada por la pena, de pie junto a Diana y el esposo de esta. Graciela enseguida supo que necesitaba saber quién era ese hombre y descubrir de qué manera estaba relacionado con el caso, por lo que hizo uso de sus artimañas para extraerle la información a un policía poco avezado al cual solo le guiñó un ojo y le dio una palmadita en el hombro a modo de coqueteo fingido. Fue entonces cuando supo que se trataba del exnovio de la difunta. Puede que Diana haya sido tajante en sus negativas y Justo fuera intratable, pero quizá este hombre adolorido por la muerte de una mujer, a la que aparentemente quería mucho, sí estuviera dispuesto a dar declaraciones públicas. Como necesitaba conocer esa información le escribió al policía tonto del cual se había hecho amiga que le averiguara dónde podría encontrar a ese hombre, asomándole discretamente la falsa promesa de una cita si cumplía con lo que estaba pidiendo. Ya habían pasado varias horas, cuando de pronto recibió un mensaje por cortesía de su "enamorado" con un nombre, un teléfono y una dirección. La información que estaba esperando. Sin tomarse la molestia de agradecerle a su cómplice, Graciela ya tenía cubierto sus planes para la tarde. Antes de salir del canal de televisión hizo una nueva llamada a su fuente de la central telefónica, preguntándole:

—No tienes que hacer nada, solo responderme si o no. ¿De acuerdo?

Al otro lado tardaron en darle una respuesta aparentemente afirmativa que la animó a seguir con su interrogatorio:

—Te voy a dictar un teléfono y tú solo tienes que decirme si se trata del mismo número telefónico registrado en casa de Bárbara. Descuida, no divulgaré esa información en mis programas sino las conclusiones que saque a partir de ese conocimiento. Hablaré del pecador, pero no del pecado. ¿Me entiendes?

Una nueva pausa al otro lado del auricular y Graciela dictó el número telefónico de Daniel Fernández a su fuente confidencial de la central telefónica. Aparentemente la respuesta que le dieron la dejó satisfecha porque no pudo evitar soltar un sonoro:

—¡Bingo!

***

Daniel y Diana compartían una taza de café en silencio. Ella lo había citado en su apartamento luego de recibir la debida cuenta del interrogatorio por parte de Justo y le conmovió sobremanera el sufrimiento de Daniel y los sentimientos que profesaba por su hermana. Un mismo dolor los unía y tendía puentes de compasión por encima de cualquier silencio. Era extraño compartir semejante pena con otra persona a la cual conocía muy poco. De todos los novios que Bárbara le presentó a Diana, este le parecía el mejor partido que había conseguido desde su esposo, por lo que lamentó que su hermana le anunciara el fin de dicha relación. Posteriormente, nunca supo que Bárbara y él volvieron a verse y tuvieran planes de volver hasta ese momento. Nuevamente, lo mucho que desconocía sobre la vida de Bárbara ahondaba el abismo entre ellas, incluso después de muerta. Necesitaba hablar con Daniel, conocer cómo era su hermana desde otra perspectiva para llenar tantos vacíos de sentido. Quizá entre los dos llegarían a una pista concreta sobre el paradero de Mina, que en aquel momento seguía siendo lo más importante. Apenas eran las dos de la tarde y Alex se encontraba en pleno cumplimiento de su jornada laboral. Diana miraba el fondo de su taza de café, como esperando conseguir una respuesta en aquel pozo negro y caliente, incapaz de decir algo aunque tuviera tantas cosas por preguntar. ¿Cómo consolar a un extraño que padece la misma pena que te atormenta y nadie puede calmar? Fue Daniel quien se animó a charlar:

—Cuando Bárbara y yo salíamos, ella hablaba mucho de ti. Siempre tenía miedo que te sintieras decepcionada de ella. Te admiraba mucho, Diana. Quizá por eso hay tantas cosas que desconoces de su vida. Ella no quería defraudarte, pues vivía pensando que todo le saldría mal. Le costaba creer en su felicidad.

Diana dejó de ver su taza de café para observar directamente los ojos de Daniel agradeciéndole sus palabras:

—Me pesa mucho que Bárbara pensara que yo no la apoyaría. Durante mucho tiempo fue muy rígida con ella. Pero me preocupaba que desperdiciara su vida y sobre todo que afectara en alguna forma la felicidad de mis sobrinos. Pero no debí ser tan dura. Hoy esa inflexibilidad me resulta costosa y me siento de manos atadas cuando pienso en Mina. El tiempo se agota.

—¿Lograron contactar a aquel muchacho? —preguntó Daniel—. Mientras más pienso en él más me convenzo de que puede ser el culpable de todo esto. Era un muchacho afectado e introvertido, pero muy creativo. No lo creería capaz de asesinar, pero uno nunca conoce del todo a las personas. Todo eso del "guardián de los juegos" suena como una cosa de niños. Tu hermana y yo discutimos un par de veces por su presencia en la casa, porque me parecía inadecuado. Luego dejé de verlo en la casa. Al menos cuando yo iba a visitarla, no lo encontraba y sospecho que Bárbara le prohibió visitar su casa al menos mientras yo estuviera. Ella le profesaba un cariño maternal que nunca comprendí.

Muchos pensamientos cruzaron por la mente de Diana, intentando recordar si lo había conocido:

—¿Cómo es posible que nunca lo haya visto? Sí recuerdo algunas ocasiones en las que Bárbara me pedía que cuidara de los niños, pero yo estaba muy ocupada. No tenía idea de alguien que los cuidara cuando ella se ausentara. Pero si es así, fue bastante irresponsable de su parte dejarlos a merced de un extraño. No quiero juzgarla, pero quizá por eso nunca lo mencionó.

—Para ellos no era un desconocido, Diana. Mina lo quería mucho, me consta. Le gustaba jugar con los niños y Bárbara decía que necesitaban un amigo. Yo tampoco comprendía su presencia ocasional en la casa. Me sentí mejor cuando ya no lo vi y no quise hacer preguntas al respecto. Desconozco si, cuando terminamos la relación, aún seguían en contacto. Pero, actualmente, puede ser la única pista plausible. Como le dije a Justo, no me

atrevería a acusarlo, pero es importante que lo busquemos para aclarar nuestras dudas al respecto.

—Tenemos que contactarlo, Daniel —afirmó Diana—, pero necesitamos que recuerdes su nombre o algún otro dato que nos ayude a encontrarlo. De lo contrario, seguimos igual que antes. Y tengo mucho miedo. El supuesto "guardián de los juegos" ya ha intentado contactarme dos veces y la última vez fue una situación peligrosa. Temí por mi vida ese día.

—Tienes que cuidarte mucho, Diana —aconsejó Daniel—. Es grave todo lo que me han contado, como si se tratara de un juego siniestro orquestado por una mente enferma. Me estoy partiendo la cabeza intentando recordar su nombre, pero fue hace tanto tiempo, desde la última vez que coincidimos en casa de Bárbara. Aquel muchacho era ese tipo de personas que siempre pasa desapercibido y a nadie le importa mucho recordarlo. Por eso Bárbara tenía debilidad por él. Ella a veces se sentía así.

Diana seguía reflexionando sobre la existencia de este personaje desconocido para ella, cuando de pronto recordó la última conversación que tuvo con su hermana en la entrada de su casa:

—Estoy recordando algo. El día del cumpleaños de Mina, mi hermana mencionó que comenzaría a trabajar la semana próxima. Y cuando le pregunté sobre quién cuidaría los niños ella me dijo que le pagaría a alguien y que no era la primera vez.

—Seguramente hablaba de ese muchacho —supuso Daniel—. Creo que en un principio ella le pagaba para cuidar los niños como una forma de ayudarlo.

Ambos siguieron conversando unos minutos más antes que Daniel anunció que debía irse para continuar con las formalidades propias de su testimonio. Justo Ramírez lo estaba esperando. Diana le abrió la puerta y antes de despedirse, Daniel la tomó de la mano con un gesto fraterno, asegurándole:

—Tu hermana te amaba, nunca dudes de eso. Ella no quería preocuparte. No te sientas culpable por nada de lo ocurrido. Concentremos nuestros esfuerzos en buscar a Mina.

Diana se sintió animada a darle un abrazo fraterno antes de despedirse. Ella se introdujo de inmediato a su apartamento y cerró la puerta con doble seguro. Daniel dudó por un instante cuál era el mejor camino a seguir para acercarse al departamento de policías, por autobús o por tren. Tras unos breves segundos de reflexión, optó por acercarse a la parada de autobús, que se encontraba a unas pocas cuadras de distancia siguiendo por esa misma acera. La calle estaba solitaria, solo alterada por la ocasional presencia de vehículos que iban y venían. Sin prisa, disfrutó el instante de soledad para reflexionar mientras caminaba. Nuevamente intentó recordar el nombre de aquel muchacho, pero su memoria esquivaba ese dato a pesar de todos sus deseos por rememorarlo. Apenas precisaba en su mente una imagen mental de sus rasgos físicos, su cara triste coronada por una mata de cabello negra y en apariencia grasosa. Ni siquiera recordaba su voz. Tan impersonal era su presencia que se transparentaba en su memoria con la mancha de su insignificancia. Las personas más sorprendentes suelen ser aquellas que nadie toma en cuenta, pero también algunas de las más peligrosas pueden surgir entre quienes se sienten ignorados por el mundo. Al llegar a la parada de autobuses la encontró desolada y sin nadie esperando, para su fortuna. A Daniel le gustaban los espacios solitarios porque así se ahorraba el roce humano azaroso y la obligada necesidad de entablar conversaciones intrascendentes sobre el estado del clima o la economía del país. Una vez allí, se apoyó contra la estructura techada bajo la cual los transeúntes esperan la llegada del autobús. Al otro lado de la acera se apreciaban unos callejones que conducían a basureros y un poco más al fondo una extensión de césped que se perdía a lo lejos en lo que quizá fuera el comienzo de un parque o una plaza, pero que no lograba distinguir con precisión. Sus cavilaciones se vieron interrumpidas por el tono de su celular indicándole que alguien lo llamaba. Daniel vio que se trataba de un número desconocido.

Enseguida supuso que se trataba de una llamada por parte del departamento de policías y no tardó en atender:

—Buenas tardes, ¿quién habla?

Para su sorpresa una voz dulce de mujer respondió al otro lado del auricular preguntándole:

—¿Hablo con el señor Daniel Fernández?

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

Luego de una pausa la voz femenina se identificó:

—Soy Graciela Carmona, conductora del canal local. Queríamos saber si podemos contar con usted para hacerle una entrevista en el canal sobre el caso de homicidio y secuestro en el cual su nombre se encuentra envuelto como sospechoso.

Una sensación de indignación recorrió el cuerpo de Daniel al escuchar el tono condescendiente con el que esa periodista lo acusaba directamente de algo, haciéndolo sentir como un implicado. Daniel se dispuso a corregirla con un tono severo:

—Mire, señora. Exijo respeto. Mi nombre está relacionado con el caso de Bárbara y sus hijos como testigo y no como sospechoso. Cualquier duda que usted tenga al respecto comuníquese directamente con las autoridades pertinentes, de lo contrario pondré una denuncia por difamación y acoso.

Graciela quiso enmendar la situación afinando su tono comprensivo:

—No era mi intención, señor Fernández, hacerlo sentir culpable. Las cosas sobre este caso se están llevando de una manera muy accidentada y el público tiene derecho a saber lo que está ocurriendo. Un asesino y un secuestrador de niños anda suelto. Pero, precisamente, si nos deja entrevistarlo podrá aclararnos esas dudas que pesan sobre su nombre.

—¿La gente? Deje de usar a los demás como excusa para sus propias...

Daniel interrumpió su reclamo al descubrir un hombre al otro lado de la calle viéndolo fijamente. Tardó unos segundos en comprender de quien se trataba y sintió un escalofrío cuando finalmente lo identificó: el muchacho que cuidaba a los hijos de Bárbara cuyo nombre no podía recordar, el sospechoso que todos estaban buscando, justo frente a sus ojos, a una acera de distancia como única separación. La voz de Graciela preguntaba con insistencia en el teléfono:

—Señor Fernández, ¿sigue allí? Todo bien.

Haciendo contacto visual con el joven este alzó la mano saludándolo con una sonrisa siniestra en el rostro. Luego se miraron fijamente sin moverse, cada uno atento a los movimientos del otro. Daniel no quería asustarlo, así que siguió hablando por teléfono con naturalidad sin perderlo de vista con un tono de voz bajo que no pudiera escucharse a la distancia:

—Escúcheme atentamente, señorita Carmona. Llamé a la policía inmediatamente. Estoy en la parada de autobuses que queda cerca de la casa de Diana. Frente a mí se encuentra el principal sospechoso del caso. No puedo dejar que se escape.

—¿El principal sospechoso? ¿De quién se trata? —preguntó Graciela con curiosidad, sin ser consciente de la gravedad sobre lo que estaba escuchando.

Daniel perdió la paciencia, gritándole:

—Ocúpese en lo importante y haga lo que digo —y luego gritando a lo lejos—: ¡Espera! ¡Detente!

El muchacho percibió la alteración de Daniel en su tono de voz y salió corriendo cuesta abajo hacia el camino cubierto de césped. Daniel guardó el teléfono en el bolsillo de su camisa sin tiempo para colgar la llamada y quiso correr al otro lado de la calle, pero el paso de un automóvil en su camino retrasó su camino para llegar al otro lado. Graciela no colgó la llamada y su voz seguía preguntando sin ser escuchada:

—¿Qué está ocurriendo?

Daniel corrió en dirección al lugar donde creyó ver al muchacho bajar, aumentando su velocidad. A los pocos segundos se encontró en la vastedad de un parquecito infantil, pasando al lado de toboganes, sube y bajas, ruedas y columpios. Ni rastro del muchacho en aquel lugar. Su determinación le hizo continuar corriendo en dirección a una pendiente de arboles que se veía a lo lejos. Al llegar al otro extremo se dio cuenta de que había una pendiente que bajaba hacia un monte lleno de vegetación y no supo si saltar hacia abajo o quedarse allí. No estaba seguro de si el muchacho se escapó por allí o en cambio permanecía oculto en algún lugar. Cerca de allí vio una pequeña caseta techada, inmediatamente próxima a los aparatos del parque. De forma instintiva se dirigió hacia allá, pero aminorando su paso, tratando de ver a su alrededor para captar cualquier anomalía. El cielo comenzaba a nublarse y el lugar lucía solitario, además de poco frecuentado. Daniel pudo notar, al acercarse nuevamente a los aparatos que no había tenido la oportunidad de apreciar, que se encontraban oxidados, cubiertos de hojas y en mal estado. Era un parque abandonado al que desde hace tiempo no se le hacía mantenimiento. Tuvo un sobresalto cuando vio una sombra pasar a sus espaldas, pero enseguida respiró aliviado al ver que se trataba de un gato negro, inmóvil a cierta distancia, observándolo con desconfianza como quien vigila los pasos de un intruso dispuesto a atacarlo si da un paso en falso. Ignorando al gato, le dio la espalda y se dirigió hacia la caseta intrigado por lo que podría ocultar, aunque para ese momento ya consideraba que probablemente el muchacho se le escapó definitivamente. Sin embargo, necesitaba salir de dudas y hacer todo lo que estuviera a su alcance para encontrarlo si todavía seguía cerca. De eso dependía la vida de Mina y su juramento personal de asegurarse que estaba bien. Pese a la seguridad de su determinación, su cuerpo traicionaba sus verdaderas emociones. Sudando frío, las manos le temblaban y sentía la respiración acelerada producto de la carrera inútil a la que sometió su cuerpo tras la persecución del muchacho. Al llegar a la puerta de la caseta se aseguró de rodearla en toda su extensión antes de entrar. Tres pipotes de basura se encontraban en una esquina. Se sintió tentado de abrirlos, pero consideró que era una estupidez que alguien se escondiera allí y aquel muchacho tan alto apenas cabría dentro de uno de esos. Antes de entrar a la caseta se apoyó en una pared tratando de recuperar la respiración. Hasta entonces se daba cuenta que su cuerpo ya no estaba apto para ese tipo de esfuerzos, especialmente considerando que nunca fue un hombre deportivo ni destacado en lo referente a fortaleza física y resistencia. Ya más calmado y con la respiración controlada empujó la puerta de la caseta, la cual cedió con facilidad. Para su sorpresa al entrar con cautela se encontró con un baño sucio con tres pares de cubículos con puertas al fondo dispuestos uno al frente del otro formando un pasillo corto, con sus respectivos inodoros dentro de cada uno de ellos. En una esquina se apreciaban tres urinarios pegados a la pared y en otra, dos lavamanos que probablemente no funcionaban. El espacio reducido solo limitaba la búsqueda a los seis cubículos, específicamente cuatro ya que el resto se encontraba con las puertas abiertas revelando que solo albergaban inodoros secos con su tapa rota en el interior. Daniel consideró prudente agacharse para ver si descubría a alguien oculto en su interior antes de abrir esas puertas y eso hizo, pero no vio ningún pie sobresaliendo o una sombra que denunciara dicha presencia. Por no dejar, fue abriendo las puertas una a una para encontrarlas vacías a excepción de la última, la única con tapa cerrada sobre la cual encontró una peluca de afro multicolor y una esferita roja. Impulsado por la curiosidad se inclinó para recoger ambos objetos. El afro de mala calidad presentaba diversos colores dentro de la gama del arcoíris mientras que la esferita roja se trataba de una nariz de payaso hecha de goma que presentaba una liga transparente para sujetársela en la cara. Distraído por su descubrimiento, fue muy tarde para él darse cuenta que alguien se aproximaba a sus espaldas hasta que alzó la mirada y vio la sombra de un brazo empuñando un cuchillo, apenas pudo voltearse cuando se encontró de frente con el muchacho quien le asestó una cuchillada en el pecho acompasada por un grito de pánico que luego se transformó en alarido de dolor. La sangre brotaba a

borbotones, como una fuente, mientras el cuerpo se desplomaba de espaldas. Daniel se llevó la mano al pecho intentando detener el flujo de sangre y observando con una expresión de horror en su rostro agonizante como el muchacho se disponía a colocarle el afro multicolor y la nariz de payaso sobre su rostro sin decir una sola palabra ni emitir sonido alguno, pero con una fiera sonrisa manchando de maldad su impersonal rostro. Daniel quería hablar, preguntarle las razones por las cuales hacía tantas cosas terribles, pero temía agotar tan temprano las fuerzas que lo mantenían aferrado a su moribunda vida. Ya luego de "disfrazarlo" el muchacho se situó frente a él para arrastrarlo de una pierna, sacándolo de la caseta y caminando en dirección a los aparatos oxidados del parquecito. En el camino, ya fuera de la caseta, Daniel volteó la cabeza en su intento de mantenerla alzada para no golpearse mientras lo arrastraban y para su sorpresa vio los pipotes de basura caídos y desperdigados en el suelo. Con la mano aún sujeta al pecho descubrió su celular en el bolsillo de la camisa. Y a su memoria vino un recuerdo que le iluminó la consciencia como una revelación. Haciendo una maniobra para sacarlo a medida que el muchacho empeñaba su fuerza y su concentración en arrastrarlo hasta la rueda en el centro del parque finalmente consiguió ponerlo en su oído y pudo escuchar que al otro lado la voz de Graciela seguía allí, expectante:

—¿Qué son esos gritos? ¿Qué ocurre?

Daniel apenas pudo gritar, haciendo acopio de todas sus fuerzas, que lo abandonaban:

—¡Bautista! ¡Se llama Bautista!

Graciela reconoció la voz de Daniel sin comprender por qué gritaba de ese modo:

—¿Bautista? ¿Quién es Bautista?

Daniel quiso seguir hablando pero el muchacho ya había escuchado su grito y lo soltó de inmediato, a unos pocos pasos de llegar a la rueda de juegos. Le arrebató el celular de las manos y colgó la llamada, alzando el cuchillo una última vez y clavándolo sobre el cuerpo de Daniel quien soltó su exhalación final, a medida que un gato negro lamía con gusto el charco de sangre a su alrededor.

## Capítulo 8

*—¡Mamá! ¡Te prometo portarme bien! Pero regresa.*

El sueño de Mina era intranquilo y lleno de pesadillas, sin noción del tiempo real, indiferente al conocimiento de si era de día o de noche, la hora de dormir o la de despertar. Apenas transcurría su segunda semana encerrada en aquel cuarto de juegos y desde hace días reclamaba la presencia de su madre, de su hermano Leo, de su tía Di y hasta de su tío Alex, sin obtener otra respuesta distinta a la presencia obligatoria de su captor a quien no debía llamar por su nombre, para no enojarlo, y sí, en cambio, reconocerlo como le gustaba ser nombrado: "el guardián de los juegos". Sin embargo, Mina despertó de su pesadilla sin encontrar una voz respondiendo a su llamado desesperado. Desde aquel confinamiento esa soledad no le era ajena. El guardián de los juegos le decía que era importante que permaneciera tranquila durante su ausencia, porque él se encargaría, mientras tanto, de que nada le faltara. Le explicaba que, para cumplir su promesa no le quedaba sino salir al mundo exterior para traerle comida y juguetes. Siempre traía un nuevo juguete para el cuarto de juegos. Así lo llamaba, tal como el guardián de los juegos le dijo que lo hiciera: el cuarto de los juegos, su cuarto de juegos, propiedad exclusiva de Mina. La pequeña niña se estrujó los ojos, como si gracias a ese ínfimo gesto lograra apartar las pesadillas que la atormentaban y de cierto modo funcionaba. Su memoria de infante poco dispuesta a insistir en la pesadumbre, a diferencia de la memoria del adulto, apartaba la desdicha y enseguida buscaba mecanismos para distraerse y jugar. Y en aquel cuarto no faltaban herramientas para ello. Lo primero que hizo Mina al incorporarse fue encender la linterna que el guardián de los juegos colocaba al lado de su cama y con ella guiarse para llegar hasta el otro extremo del cuarto donde se encontraba el interruptor de luz. Al encenderlo siempre le emocionaba el espectáculo que se presentaba ante sus ojos: una piscina de pelotas de plástico, peluches de su tamaño y hasta un poco más grandes, pistas de carreras, castillos desmontables, balones de gran tamaño, una bicicleta de cuatro ruedas, juegos de mesa, un mini fútbol, un monopatín, colchones plegables decorados con dibujos animados, dos consolas portátiles con juegos virtuales y hasta una gran carpa dentro de la cual también podía dormir si se aburría de la misma cama. Infinidad de juegos y juguetes, a su alcance y sin restricciones, completamente suyos. Si recordaba a su madre, o de pronto le asaltaba el recuerdo lejano de la noche de pesadilla, a los pocos segundos cambiaba de juego y el olvido era instantáneo. Al perder la noción del tiempo, siempre albergaba la certeza de que su madre estaría a punto de venir a buscarla y acabaría así con su diversión, por lo cual prefería jugar simultáneamente todos los juegos posibles y disponibles hasta que la vencía el agotamiento o el estómago le recordaba que ya era hora de comer. Cuando eso ocurría, durante el tiempo correspondiente al almuerzo ya que el guardián de los juegos se aseguraba de darle de comer personalmente el desayuno y la cena, se acercaba a la mesita del té al lado de su cama y destapaba las bandejas que allí se hallaban. Siempre encontraba comida de su gusto y una golosina. Sabía que si se comía solo la golosina el guardián se enojaría, por lo tanto comía rápidamente el almuerzo del cual a veces dejaba unas pocas sobras y disfrutaba con gula la ingesta del ansiado postre. En esta ocasión el almuerzo consistía en un estofado de carne con papas, que lamentablemente por su fría temperatura no resultaba apetecible al gusto. Mina masticaba lentamente la carne dura y las papas insípidas, haciendo arcadas de náuseas cada cierto tiempo. De nada serviría esconder la comida porque el guardián de los juegos nunca fallaba en sus pesquisas y luego la obligaría a sentarse frente a una pared sin moverse hasta que anunciara la hora de cenar. Ya había ocurrido durante dos ocasiones y fue tiempo suficiente para aprender la lección. Comería lo que estuviera debajo de esa bandeja, tratando de acelerar sus mordiscos con el fin de tener un permiso sin culpas para comerse el ansiado postre. Afortunadamente el guardián servía una ración no muy abundante en sus comidas. Apurando los últimos pedazos del estofado por

mediación de tres vasos de jugo de naranja, gracias a que el guardián dejaba a su alcance dos jarras previamente llenas por completo, finalmente pudo descubrir lo que se ocultaba tras la última bandeja: una deliciosa torta de chocolate rellena con crema de chocolate. De aspecto esponjoso y suave, Mina contempló el gran trozo de torta tomándose su tiempo para apreciarlo con la mirada. Era la recompensa tras una amarga prueba, el premio que nadie le arrebataría, demandando un breve tiempo para celebrar su victoria y regocijarse en su promesa. Minutos después devoraba aquel pedazo con un ansia que cualquiera confundiría con hambre, pero no era más que la pobre felicidad con la que se contentan los inocentes desdichados que no saben cuánto sufren. Con el estómago lleno y satisfecho, gracias a la torta y no al estofado, no tenía ganas de seguir jugando sino de tomar una siesta. Quizá cuando despierte su mamá habrá vuelto para llevársela nuevamente a casa. No es que careciera de diversiones y razones para quedarse en aquel lugar, pero comenzaba a extrañar los mimos de su madre y hasta los molestos reclamos de su hermano mayor. Echaba de menos las visitas de su tía y su graciosa manera de contarle cuentos. Al pensar en su tía enseguida recordó el libro que le había regalado, la lisa textura de la estrella dorada dibujada en su portada y algunos recuerdos de lo poco que había alcanzado a leer: un enano dispuesto a ayudar, una pobre muchacha soñando con ser una princesa y la probable circunstancia de que la magia pudiera revertir su desgraciada suerte. El guardián lo trajo consigo y juntos lo habían hojeado, pero él le aclaró que si bien ella podría disponer como quisiera de todos los juguetes que allí se encontraban el libro le pertenecía y ella solo lo tendría en sus manos cuando él se lo permitiera. Desanimada por este deseo frustrado, prefirió volver a su cama y recostarse un rato, aletargada por la pesada modorra que causa la saciedad hasta que su denso influjo se cierne sobre sus párpados cerrándolos por completo, cayendo lentamente bajo los efectos de un sueño sin ensoñaciones. Mina no pudo precisar durante cuánto tiempo estuvo dormida, si fueron minutos u horas, pero al abrir los ojos el guardián de los juegos se encontraba sentado frente a ella, vigilando su sueño casi sin pestañear:

—Preciosa, ¡he vuelto! —le dijo el guardián de los juegos—. Yo nunca te abandonaré, ¿te das cuenta?

Mina extendió uno de sus brazos y él sostuvo su mano correspondiendo su gesto con ternura.

—Extraño mi casa. ¿Dónde está mi mamá?

El hombre enseguida soltó la mano de la niña con un gesto brusco y se puso de pie golpeándose la cabeza. A Mina le asustaba cuando se comportaba así, porque decía cosas que la hacían sentirse mal. El guardián de los juegos declaro, más para sí mismo que para Mina:

—¿Por qué no puedo hacerte feliz? ¿Por qué no puedes olvidarlos? ¿Acaso me dejaste de querer?

Luego rompió en llanto y trató de disimular poniéndose a espaldas de ella. Pero Mina se levantó de la cama y corrió hasta el hombre hecho un manojo de nervios y lágrimas. Abrazándose a sus rodillas, lo animó:

—Yo te quiero. No llores, Bautista.

Un temblor corrió por el cuerpo del hombre ante la sola mención de su nombre. Espantada, Mina se apartó enseguida al encontrarse con su rostro desencajado y lleno de furia en la mirada y corrió para ocultarse debajo de la cama. Bautista, tal como había sido llamado, respiró aceleradamente intentando calmarse. Las manos le temblaban y un sudor frío recorría su frente. Quería olvidar quien era y al escuchar su nombre ya dejaba de ser el guardián de los juegos para convertirse en esa persona que tan odiaba y lo avergonzaba. Desde su curiosa perspectiva debajo de la cama, Mina lograba ver los pies de su captor los cuales se acercaban lentamente hasta su posición. Una vez cerca de su alcance, el hombre se acostó en el suelo imitando su posición y viéndola a través del hueco de la cama, le pidió por enésima vez, con un tono de voz mucho más dulce y conciliador:

—Mina, mi muñeca. ¿Cuántas veces debo decirte que ya no me llames así? Ya no hace falta. Ahora puedes llamarme como lo hacías cuando no estaba tu madre o tu hermano: el guardián de los juegos, tu guardián, tu leal sirviente, como la hermosa princesa que eres.

—Lo siento, guardián —se disculpó Mina.

—Descuida. Te perdono —confirmó el guardián de los juegos sintiéndose nuevamente portador de tal investidura—. Recuerda que solo existo porque tú quieres que exista. Estoy a tu servicio. ¿Me quieres?

El miedo de Mina comenzó a ceder al notar que el comportamiento de su captor retornaba a la normalidad, volviendo a ser como su viejo amigo que nunca le ponía reglas ni prohibiciones a los juegos y, en cambio, pasaba horas jugando con ella tantos juegos como quisiera, por lo que pudo responderle sin temor alguno:

—Te quiero, guardián.

El captor se puso de pie y luego, extendiendo su mano, le dijo:

—¡Ven! Vamos a cenar.

La niña obedeció y al encontrarse nuevamente fuera de la cama y de pie fue conducida por los brazos del guardián hacia la mesa para comer, pero esta vez estaría acompañada.

—¿Ya es de noche?— preguntó Mina.

—Así es, Mina. Y pronto deberás acostarte a dormir, ¿de acuerdo?— Mina asintió con una sonrisa en el rostro. Mientras tanto el guardián de los juegos se decía casi para sus adentros sin que la niña pudiera distinguir sus palabras—: De noche. En mi vida, siempre es de noche.

## Capítulo 9

*—Un orbe de sinsentidos. Se entra por sus puertas, pero solo saldrás atravesando sus ventanas.*

*—¿Y por qué hay que salir por sus ventanas? ¿No sería muy incómodo?*

*—Preguntas muchas cosas, niña boba. En el Palacio de la Inocencia a nadie le gustan los niños preguntones ¿Acaso no comprendes que mientras más preguntas haces más rápido creces?*

Diana mantenía una respiración acelerada durante su descanso nocturno, mientras una sucesión de imágenes inconexas poblaban su sueño: un piso que temblaba, un árbol que no paraba de crecer escondiendo a una sombra en su interior, un paisaje lluvioso dentro de un cuadro a medida que sus colores se derretían y un payaso de espaldas. En su sueño trataba de correr por una calle que se extendía hasta el horizonte, sin límites aparentes, impulsada por el constante temblor del suelo hasta tropezarse con un cuadro en el suelo, dentro del cual no cesaba de llover. Diana veía al fondo de aquel cuadro un inmenso árbol y supo que allí se encontraba lo que buscaba, por lo cual introdujo su cabeza dentro de la pintura y seguidamente su cuerpo, sintiéndose empapada por la lluvia que allí dentro fue pintada. Llovía agua y colores derretidos, incesantemente, derramándose sobre su ropa a medida que corría hasta el árbol, cuya copa se perdía hacia alturas desconocidas e inabarcables para su visión. Solo el árbol y Diana permanecían enteros aunque el resto del paisaje a su alrededor se borrara durante la tormenta de óleos derretidos. Pero para Diana, el objetivo de llegar hasta el árbol de su sueño se enfrentaba con el obstáculo de verlo alejándose cada vez más sin importar cuánto acelerara sus pasos. Desesperada, no cesaba de correr sin comprender por qué su trote solo la alejaba del objeto que pretendía alcanzar y, exhausta, se detuvo para tomar aire. La lluvia mermaba y el árbol se detuvo. Diana, animada por un ingenio de último minuto, comenzó a caminar de espaldas y para su sorpresa el árbol finalmente vino a su encuentro hasta quedar a un solo paso de distancia. Diana rodeó el árbol y no encontró nada extraño, hasta situarse nuevamente en el mismo punto de partida. Procedió a palpar con suavidad su corteza y la sintió falsa. Aplicó mayor fuerza empujando la corteza de madera que recubría el tronco y esta cedió revelando un túnel oscuro que descendía hacia un destino impreciso. Temerosa pero resuelta, Diana se agachó para introducirse en el túnel, avanzando a rastras hacia su fondo inexplorado. De pronto, Diana se sintió succionada por una fuerza externa y no pudo evitar dejar que su cuerpo se resbalara cuesta abajo, como si se tratara de un tobogán, y finalmente cayó de bruces sobre un suelo parcialmente iluminado. A cierta distancia, un payaso estaba de pie frente a ella, dándole la espalda. Diana se acercó lentamente extendiendo su brazo para tocar su hombro y, al hacerlo, la indumentaria de payaso se descompuso, revelando que no abrigaba a nadie en su interior. Diana se inclinó para recoger las prendas desperdigadas en el suelo, sacudiéndolas, como si esperara encontrar alguna respuesta en la tela dorada de ese traje, en la peluca de muchos colores o en la roja y redonda nariz de fieltro. Al no encontrar nada satisfactorio, Diana dejó caer las prendas que componían ese disfraz de payaso. La nariz esférica rodó de vuelta hasta sus pies y de su interior salió un escarabajo verde. Diana retrocedió al verlo pero este se alzó en vuelo hasta sus piernas y trepándose a lo largo de su cuerpo fue a introducirse dentro de su boca en cuestión de segundos, obligándola a caer de rodillas sobre el suelo haciendo arcadas, movida por la náusea, queriendo expulsar al insecto que se introdujo en su cuerpo. Diana escupió repetidas veces, sin éxito, sintiendo el escarabajo revoloteando entre su amígdala y su garganta, atorado. Diana tosía y, ahogada por la presión del insecto, hizo un esfuerzo por introducir una de sus manos dentro de su boca, tratando de sacar el escarabajo con sus dedos. Al sentir una de las patas del insecto entre sus dedos haló enseguida al escarabajo fuera de su boca y lo aplastó con su mano, sintiendo su textura viscosa escurriéndose bajo su palma.

Diana volvió a incorporarse y para su sorpresa una sombra se acercaba. Su vista no la engañaba, se trataba de la figura de un hombre pero no poseía un rostro ni ningún indicio de humanidad. Era precisamente una sombra hecha de sombras, corpóreo pero oscuro como una tiniebla ambulante. Diana se dispuso a interpelar la sombra:

—¿Eres tú?

—Tú. Tú. Tú —repitió la sombra con burla, como si fuera la voz de un eco. Acercándose hasta Diana, la rodeó con su abrazo de noche y maldad, y aproximando su boca hasta la oreja de ella le habló en susurros:— Búscame en el camino de rieles, si te atreves. Pero abandona tus esperanzas.

La sombra la apretó con fuerza, queriendo ahogarla. Diana forcejeaba, intentando escaparse de su abrazo fatal, y gritaba socorros ininteligibles hasta que se sintió sacudida por un movimiento brusco, acompañado por una voz familiar:

—Diana, no te preocupes. Todo está bien. Estoy aquí, a tu lado.

Mirando a su alrededor y encontrándose el rostro de su amado esposo frente a ella, Diana comprendió que estaba despierta, lejos del alcance de la aterradora sombra de su sueño. Necesitó de unos cuantos segundos para calmarse, dejando que su respiración normalizara su ritmo, con una mano sobre su corazón y la otra sobre su cabello revuelto. Estaba acostada en su habitación y las luces se encontraban encendidas, probablemente gracias a Alex en su intento por despertarla. Lentamente se incorporó para sentarse con las manos sobre su regazo, apoyando una almohada en su espalda y observando a su esposo sin decir una palabra. Alex extendió su brazo para acariciar el rostro de su esposa con un gesto de ternura, preguntándole:

—¿Tuviste una pesadilla? Comenzaste a gritar y me desperté. Me costó hacerte reaccionar.

Diana mantuvo su expresión distraída e inspiró profundamente antes de responderle:

—Fue demasiado real y, sin embargo, nada tenía sentido. ¿Qué hora es?

Alex respondió, sin dejar de acariciar su rostro y su cabello:

—Apenas son las dos de la madrugada. Creo que comenzabas a dormirte, al igual que yo. Ha sido un día muy duro.

Diana asentía con su cabeza, escuchándolo, tratando de recordar su sueño. Pudo recordar algunas cosas concretas, especialmente el escarabajo y la sombra. Le contó a Alex lo que había soñado y este no la interrumpió durante su relato, intrigado por las curiosas y extrañas imágenes que atormentaron el reposo de su esposa. Alex la abrazó como una forma de reiterarle sin palabras que ya estaba a salvo, en el mundo real donde él no permitiría que nada malo le ocurriera. Diana rodeó la espalda desnuda de su esposo con sus brazos, sintiendo la fuerza protectora de su ancho y musculoso cuerpo. Una punzada de deseo recorrió sus cuerpos y enseguida supieron, sin necesidad de manifestarlo, cuánto necesitaban entregarse en los brazos del otro como una forma de calmar las angustias y terrores de las últimas semanas. Diana rodeó con sus piernas a Alex, y se arrimó contra su cuerpo dándole a entender lo que quería y este adivinó su intención, en correspondencia con sus propias intenciones. Se desnudaron, se besaron, se amaron, dejando a un lado tanto dolor y preocupación durante unos minutos de entrega total y casi silenciosa. Apenas escuchaban sus respiraciones de placer entrecortadas por jadeos, entrelazando sus extremidades y repartiendo besos por doquier, derramándose enteramente en el cuerpo deseado sintiendo la plenitud de su unión, que concluyó en un orgasmo simultáneo que finalmente los dejó exhaustos. Se apartaron muy lentamente, ubicándose en sus respectivos lados de descanso en la cama que compartían, sin soltarse de las manos. Boca arriba con la mirada hacia el techo, acompasaban su respiración acelerada tras la furia del encuentro, hasta sosegarla. No querían interrumpir el encanto de aquel contacto con palabras inútiles. Cada uno agradecía la presencia del otro. Se necesitaban y se deseaban, y era bueno recordarlo a pesar de los horrores que les había tocado experimentar recientemente. Al cabo de un rato, Alex se levantó de la cama para apagar las

luces de la habitación, indicando con esta acción que ya era hora de irse a dormir. Cuando regresó a la cama, volvió a sujetar la mano de Diana y se la apretó. Diana comprendió el significado del gesto apretándosela de vuelta, como una forma de decirle que podía dormir tranquilamente, porque ya se encontraba calmada y dispuesta a dormirse de nuevo al igual que él.

Se trataba de una mentira piadosa. Diana no sentía ni una sola pizca de sueño pero de nada serviría mantener a su esposo despierto, acompañándola en su insomnio. En cambio, prefería el silencio ininterrumpido de la noche para poner en orden sus pensamientos y meditar sobre los acontecimientos de aquel día. No quería seguir dándole vueltas a las imágenes que perturbaron su sueño, ya que no hacía falta ser un psicólogo profesional para comprender que tales pesadillas respondían a la libre expresión del constante pánico que la embargaba durante las horas de vigilia. Diana pensaba que en algún lugar, bajo esa misma noche, un asesino dormía tranquilamente junto a su sobrina o quizá se mantenía despierto atormentado por la culpa o temeroso ante la perspectiva de ser descubierto y apresado. ¿Quién podría aventurarse a acertar sobre las cosas que piensa un monstruo durante sus momentos de mayor introspección? ¿Eran capaces de conciliar el sueño como si no debieran nada? ¿Eran atormentados por los rostros de sus víctimas? Diana, quien siempre tuvo problemas para dormir, no imaginaba que alguien capaz de cometer tales atrocidades pudiera desentenderse fácilmente del remordimiento y rendirse desvergonzadamente al placer del descanso. Por lo menos confiaba en que su sobrina Mina fuera capaz de descansar, con esa facilidad que tienen los niños para hacer a un lado sus tristezas y rendirse al sueño. Porque solo los inocentes son capaces de dormir sin que nada los perturbe, arropados por la ingenuidad de su fe, siempre confiando en que nada es lo suficientemente terrible como para sacrificar las horas de descanso. Por eso cuando crecemos y la vida adulta se instala en nuestros hábitos, el buen dormir puede llegar a convertirse en una rara recompensa. Se pierde la inocencia cuando somos conscientes de nuestras deudas y nuestras culpas, dejamos de ser niños cuando el sueño se nos escapa. Diana pensaba en estas cosas y nuevamente recordaba las palabras de su marido: "Ha sido un día muy duro". Razón no le faltaba en su aseveración, considerando los eventos transcurridos durante las últimas horas. Un día difícil que llegaba a su conclusión con una noche larga y abundante en preocupaciones. Situación que no prometía revertirse durante los próximos días, mientras siguiera libre y a sus anchas el secuestrador de su sobrina, el asesino de su hermana, su sobrino y Daniel. Diana pensó nuevamente en el abrazo que Daniel y ella se dieron antes de despedirse y las lágrimas se agolparon en sus ojos, escapándose tímidamente sin hacer el menor ruido. Rememoró cada uno de los sucesos posteriores, repasándolos mentalmente intentando explicarse cómo era posible que sucediera tanta tragedia en poco tiempo. Al despedirse de Daniel, Diana se encerró en su departamento y se entretuvo limpiando durante un rato hasta sentirse tentada a tomar una siesta por la modorra propia de la tarde. Habían pasado apenas quince minutos desde que Daniel se fuera, cuando se sentó para distraer sus pensamientos viendo televisión un rato. Dejó puesto el canal de dibujos animados, pensando nuevamente en su sobrina, preguntándose si acaso la dejarían ver alguno de esos programas. Sus reflexiones fueron interrumpidas por el tono de su celular indicándole la llegada de un mensaje de texto. A Diana le daba flojera levantarse para agarrar su teléfono, el cual había dejado sobre una mesita a una considerable distancia del sofá en el cual se encontraba descansando. Supuso que era Alex indicándole que llegaría pronto a la casa o que se retrasaría debido a algún inconveniente relacionado con su trabajo. Minutos después, Diana se animó a recoger su teléfono, considerando que podría tratarse de Justo informándole algún adelanto del caso. Su sorpresa fue encontrar que la pantalla de su teléfono señalaba que el mensaje recibido provenía del recién registrado número de Daniel, el cual ella le pidió poco antes de irse de su apartamento para mantenerse en contacto ante cualquier eventualidad relacionada con el caso. Diana abrió el mensaje, pero su celular

tardaba en cargarlo hasta que pudo leer lo siguiente: *Hay un lugar para los farsantes llamado circo. No dejes que me confundan con payasos. Solo hay un guardián de los juegos. Solo hay un dueño para el corazón de Mina.* Diana recordaba perfectamente el sudor frío empapando su frente y la sensación de vértigo en su pecho, que la obligó a soltar su celular, que cayó directamente al piso, desarmándose. Diana no necesitaba ser una clarividente para comprender que aquel mensaje no fue enviado por Daniel y seguidamente inferir que este sufrió algún daño por parte del autodenominado "guardián de los juegos". Diana intentó calmarse y refrenar su primer impulso de salir corriendo a las calles para buscar a Daniel, pero la detuvo el peligro de encontrarse directamente con el "guardián de los juegos" en su camino. Lo que Diana hizo en cambio, mientras las manos le temblaban, fue recoger las piezas de su celular y rearmarlo para llamar a la oficina de Justo. Chasqueaba sus dedos al ritmo de cada tono de espera, ansiosa por escuchar una voz al otro lado de la línea. Luego de cuatro repiques, la voz azorada de Justo respondía:

—Departamento de homicidios, ¿quién habla?

Diana evitó los preámbulos:

—Justo, soy yo. Creo que Daniel se encuentra en peligro. Hace unos minutos salió de mi casa y ahora recibo un mensaje de su celular como si se tratara del "guardián de los juegos". Tengo mucho miedo.

Diana supo que Justo no se concedía tiempo para fingir un tono tranquilizador cuando le dijo:

—Ok, Diana. Asegúrate de cerrar bien tu apartamento y no salgas por nada del mundo hasta que lleguemos. Estaremos allá en unos minutos.

Diana abrazó el teléfono contra su pecho e inmediatamente se cercioró de que la puerta de su apartamento se encontraba asegurada. Los siguientes sucesos ocurrieron con rapidez y Diana los recordaba como un caleidoscopio de eventos sin interrupción. Cuando Justo y otros oficiales llegaron a su casa le hicieron unas pocas preguntas y procedieron a iniciar una pesquisa exhaustiva en los alrededores de la zona, esquinas aledañas y calles adyacentes. Transcurrió casi una hora, mientras Diana esperaba en su apartamento acompañada por varios oficiales. Alex llegó al cabo de unos minutos, seguido por el regreso de Justo casi inmediatamente después trayendo la funesta noticia de la muerte de Daniel, luego de haber encontrado su cadáver disfrazado de payaso sobre la rueda de un parquecito en ruinas, sin rastros del perpetrador de tamaña atrocidad ni del celular desde el que fue enviado aquel mensaje. Con una nueva víctima y sin indicios de su identidad, estaban igual que siempre pero mucho peor. Justo estaba al borde de la histeria. Diana recordaba a la perfección los gritos que profería, dentro de su apartamento, a sus oficiales:

—¡Ese hombre nos está ridiculizando. No podemos permitírselo. No podemos permitirnos una nueva víctima!

Del resto, las horas siguientes estuvieron llenas de caos y cansancio, tanto para Diana como para Alex. Nuevos interrogatorios, ruedas de prensa, declaraciones inútiles, la falta de pistas y evidencias concretas y noticias sensacionalistas en todos los medios de comunicación. Lo curioso de aquella ocasión era que Graciela Carmona, contrario a lo que todos esperaban, no se presentó a la declaración pública frente a las cámaras ni hubo transmisión en vivo de ella opinando en sus programas de costumbre durante el resto de la tarde. Pero Diana sentía que se estaba repitiendo la misma historia que ya había vivido y sufrido con la muerte de su hermana y su sobrino, aunque ahora como si se tratara de una burla. Diana lamentaba mucho la muerte de Daniel y hasta aquellas horas de la noche, con la mirada fija en algún punto de oscuridad dentro de su habitación, no se había concedido el tiempo suficiente para detenerse a pensar en lo doloroso de aquel acontecimiento. Conoció muy poco a aquel hombre, pero durante su breve conversación con él, supo que amaba verdaderamente a su hermana y que estaba dispuesto a darle la felicidad que tantas veces le

fue negada. Ahora, ninguno de los dos se contaba entre los vivos, injustamente. Por eso, a medida que pensaba en Daniel, en su hermana Bárbara, en sus sobrinos, Leo y Mina, una resolución se iba gestando en la voluntad de Diana, una decisión que tomaba fuerza en su consciencia a medida que su insomnio se prolongaba. Si Justo y sus oficiales no habían logrado atrapar al culpable hasta ese momento, debía ser ella quien asumiera la responsabilidad de resolver el caso por sí misma y sin decirle a nadie. Se lo debía a sus muertos y se lo debía a Mina. Y si perecía en el proceso, al menos moriría intentándolo.

***

La noche avanza indiferente a los ojos que permanecen abiertos. El sueño es frágil para quienes deben y temen. Algunos se sienten ahogados por el peso de la rutina y de cuán lejos se han apartado de sus verdaderos deseos. Otros no son capaces de cerrar sus párpados, mientras una espera anida en sus corazones. Muchos son los amantes que no consiguen descansar por hallarse pensando en las causas de su desamor, pero no hay peor mal dormir que el soportado por los deshonestos encarando las consecuencias irreversibles de sus acciones cuando deben enfrentarse a solas con su consciencia. Graciela Carmona tampoco podía dormir, pero no con el insomnio de quien se preocupa por las causas justas sino el de aquellos que se sienten culpables porque han preferido hacer lo conveniente por encima de lo correcto. Se agitaba a un lado y otro de su cama solitaria, intentando no pensar en lo sucedido a lo largo de ese día que llegaba a su fin. Era incapaz de acallar los gritos de dolor y desesperación que seguían resonando en su cabeza, a causa de aquella llamada funesta realizada durante el momento menos apropiado. La petición de auxilio y las últimas palabras desesperadas del hombre moribundo enunciando un nombre que ya no podría olvidar. Graciela recordaba su confusión y su miedo, sin soltar el teléfono, aferrada a ese instrumento como si esperara una respuesta que explicara lo escuchado. Cuando Daniel fue abatido por completo, se mantuvo atenta en la línea solo escuchando ruidos indescifrables hasta que alguien colgó la llamada. Y pese a eso, siguió sin soltar el teléfono, de pie frente a una de las ventanas de su apartamento, con la oreja pegada al auricular, sin mover un solo músculo de su cuerpo. Graciela fue la primera en saber, a pesar de lo poco que comprendía sobre dicho acontecimiento, que algo terrible sufrió Daniel, algo probablemente fatal. También comprendía, por encima de la confusa impresión, que otra persona distinta fue quien clausuró la llamada después de haber actuado. Graciela deseaba no haber marcado esa llamada o fingir que no entendió lo ocurrido. De cierta manera, aun cuando insistiera en negárselo a sí misma, lo sucedido la convertía en la única testigo del hecho que le confirmaron las noticias. Por primera vez en mucho tiempo, para sorpresa de tantos, Graciela no cubría una pauta que era de su interés y responsabilidad. No contestó ninguna de las llamadas provenientes de la cadena televisiva, de antemano sabiendo lo que escucharía. Quería enterarse como el resto de las personas, a través de los ojos y las palabras de otros. Pretender que solo de esa manera se enteraba de la muerte de Daniel, a manos del mismo asesino de Bárbara y Leo. Graciela quería ser partícipe de esa ingenuidad y asombro que caracterizaba a su audiencia y considerarse uno más de ellos. Quien nunca se saltaba una pauta a pesar de sufrir el peor resfriado, o tras haber asistido sonriente a una rueda de prensa inmediatamente después del veredicto de aprobación de su divorcio, alegaría en esta ocasión que se encontraba indispuesta, quejándose de un malestar digestivo debido al efecto de alguna comida en mal estado haciendo estragos en su sensible estómago. Cuando lo anunciaron por televisión, Graciela vio a una reportera suplente cubriendo su inexplicable ausencia, y casi pudo fingir sorpresa ante la periodista con traje de segunda mano y maquillaje exagerado, una réplica barata y deslucida de ella misma, informando con una voz aguda e insoportable, con la comisaría al fondo:

—Nuevos acontecimientos complican el caso en torno al asesinato de Bárbara y su hijo Leo, así como el presunto secuestro de la niña, Mina, que sigue desaparecida. En horas recientes de la tarde fue hallado el cadáver de Daniel Fernández, un exnovio de la primera víctima, con signos de violencia en su cuerpo. Se cree que dicho asesinato fue cometido por el mismo sujeto a quien se le imputan los primeros crímenes y cuya identidad aún permanece desconocida por los investigadores. En minutos tendremos las declaraciones oficiales del jefe del Departamento de Homicidios, Justo Ramírez, en una rueda de prensa para periodistas y allegados a las víctimas. Mientras tantos las dudas solo se incrementan y la policía no ha hecho nada para mejorar la situación. ¿Cómo podemos sentirnos seguros si no nos protegen aquellos a quienes les ha sido encomendada dicha tarea? ¿Estamos malgastando nuestros impuestos en el mediocre funcionamiento de un departamento policial poco capaz? Seguiremos informando.

Graciela la escuchaba frunciendo el ceño, sintiéndose imitada y burlada al escuchar las mismas cosas que ella diría. Posteriormente fue transmitida la rueda de prensa de Justo Ramírez y, a medida que escuchaba al oficial de policía, iba imaginando los sucesos que escuchó desde su celular, sintiendo que le temblaban las piernas de solo pensar en la posibilidad de ser descubierta en su implicación indirecta. En aquella ocasión, Justo ofreció la rueda de prensa más transparente que había dado desde que se iniciaran las investigaciones en torno al asesinato de Bárbara. Incluso durante sus horas de insomnio, Graciela repasaba mentalmente las palabras que le escuchó decir a Justo en esa declaración, incrementando así su sensación de culpa:

—Les debo unas disculpas a todos los que hoy nos escuchan. La sinceridad no va a saldar nuestras deudas, pero al menos aliviará un poco nuestras consciencias. Lamentamos mucho no haber podido resolver el caso hasta ahora y que, en cambio, una nueva víctima haya sufrido las consecuencias de nuestra ineficiencia. No existen palabras apropiadas para disculparnos frente a familiares y allegados de las víctimas ni excusas válidas para justificarnos ante los ciudadanos que integran esta comunidad, quienes han confiando en nosotros para que protejamos sus vidas y velemos por su seguridad. Afuera hay un delincuente que no hemos conseguido identificar. Tenemos una pista sobre su identidad, que fue provista por Daniel Fernández antes de morir. Se trata de un muchacho joven, allegado a las primeras víctimas, aunque desconozcamos su nombre y su paradero. Lo que sabemos es que se hace llamar "el guardián de los juegos". Es un sujeto peligroso y anda suelto. Si alguien posee información capaz de ayudarnos a aclarar tan doloroso enigma, no dude en contactarnos. La vida de una niña sigue en peligro. Cualquier pequeña pista puede salvarla.

Posteriormente, Justo explicaba como encontraron el cadáver, la crueldad con que fue arreglado luciendo una indumentaria de payaso, como una forma de dar un mensaje, una huella macabra que probaba su autenticidad. Boca arriba y derrotada sobre su cama, ya conforme con su insomnio, Graciela encaró sus pensamientos y se dispuso a cotejar sus opciones. Formaba parte de ese juego pero no del modo en que esperaba. ¡Una cruel ironía! Tanto querer protagonizar con sus opiniones sobre el caso y, ahora, la exposición mediática volvería su mirada directamente hacia Graciela. Ella quería ser reconocida como una gran periodista, una profesional intachable a quien se le agradeciera luego su contribución a la resolución del caso por la presión mediática que ejercía sobre Justo y su departamento, pero nunca como una testigo que pusiera sobre aviso a un asesino, situándola a un riesgo considerable tanto para ella como para su familia. ¿Qué era lo correcto en una circunstancia como esa? Confesar lo poco que sabía pero fundamental para la resolución de un caso del que dependía la vida de una niña y de otras personas en peligro, como Diana, o quedarse callada para impedir que su nombre se convirtiera en el centro de atención y foco de la rabia y venganza de un asesino que no toleraría ser descubierto por su culpa. ¿Las represalias de un loco o el deber de hacer lo correcto en conformidad con la verdad y la justicia? Graciela

pensaba en que si un hombre que se llamaba a sí mismo "el guardián de los juegos" usaba a sus víctimas como parte de un decorado, sin la más mínima compasión a la hora de arrebatarle la vida a otra persona, ¿por qué perdonaría la vida de alguien que conocía su identidad? Las palabras proferidas por Daniel justo antes de morir seguramente fueron escuchadas por su asesino. Esas reveladoras palabras revoloteaban en su mente como negras y diminutas moscas que ningún manotazo era lo suficientemente fuerte para espantarlas: *¡Bautista! ¡Se llama Bautista!* La clave del caso estaba en ese nombre que no se atrevía a pronunciar, como si fuera una encarnación del Diablo que con solo nombrarlo o, peor aún, al permitirse pensarlo, le daba permiso para aparecer frente a sus ojos como si fuera invocado. Le asustaba inferir que este hombre llamado Bautista muy probablemente haya anotado el número de su celular. Sospechaba que el teléfono de Daniel no se encontraba entre sus pertenencias cuando hallaron su cadáver porque ya habría recibido una citación para declarar. Así que este tal Bautista podría comunicarse con ella en cualquier momento, si así lo quería. Eso no debía ocurrir porque entonces estaría más involucrada en el caso y se metería en problemas legales por encubrimiento y omisión. Graciela pensó que debía actuar rápido y cuanto antes, justo cuando el sol comenzaba a despuntar, denunciándose a través de las cortinas de su ventana. Ni una pizca de sueño y ya era hora de despertar. Graciela se levantó como si despertara de un descanso reparador, dispuesta a seguir con la rutina de su día pero con algunas variaciones. Mientras se bañaba repasaba el itinerario que se planteó para resolver la grave situación en la que se encontraba y salvar su pellejo: se desharía de su teléfono móvil, pediría vacaciones en su trabajo alegando que se encontraba cansada y se iría con su hija a hacer el viaje a las montanas que ella tanto deseaba. Todos saldrían ganando y cuando regresara ya Justo y sus hombres habrían resuelto el caso. Por un momento la asaltaba una sensación de culpa respecto al hecho de que su declaración fuera fundamental para resolver el caso a tiempo y salvar a Mina, pero su miedo y su sentido de la conveniencia se imponía por encima del remordimiento. Graciela convenció a su consciencia, o creyó hacerlo momentáneamente, que no hacía daño a persona alguna con su silencio, mientras nadie lo supiera. Consideraba que esto no sucedería a costa de su vida y la de su hija, con esa facilidad que tienen los cobardes para encontrar las mejores excusas para sentirse menos culpables. Cuando Graciela entró a la cocina, ya vestida y arreglada para conducir hasta la cadena televisiva, encontró el desayuno servido y a su hija comiendo tranquilamente sin apartar los ojos de su tableta digital. Graciela agradeció no tener que cocinar en aquella ocasión. Contuvo las ganas de darle a Luisana la grata noticia del viaje que finalmente realizarían, a pesar de sus negativas iniciales. Primero quería tantear como se encontraba su estado de ánimo hacia ella antes de revelar sus planes, cada vez más convencida de estar haciendo lo mejor:

—Huevos con pan y tocino ¡Qué delicia! —dijo Graciela mientras se sentaba frente a su hija, lista para comenzar a comer—. Luisana, querida, esta es tu última semana de clases ¿cierto?

Luisana le respondió con desdén mientras tecleaba en su tableta digital y masticaba con lentitud su comida:

—Así es.

—¿No te sientes entusiasmada?— preguntó Graciela con un tono alegre—. Debes aprovechar tus vacaciones antes de entrar a la universidad.

Luisana apartó la vista de su aparato y le arrojó una mirada despectiva, respondiéndole:

—Seguro, mamá. Las aprovecharé imaginando como hubiera sido el viaje que cancelamos.

Graciela supo que la ocasión se prestaba para revelar su cambio de opinión al respecto:

—Bueno, hija. Lo he estado pensando y creo que no tiene sentido cancelar ese viaje. Tenías razón. El trabajo seguirá allí, pero mi hija solo se gradúa una vez de la secundaria. Quiero que hagamos ese viaje.

Luisana no pudo contener su alegría, soltando enseguida su tableta electrónica sobre la mesa y dando saltos de triunfo, antes de abrazar a su madre felicitándola por su decisión:

—Eso es lo que necesitaba escuchar, mamá. No sabes lo feliz que me hace que cambies tu parecer. Ya verás que la vamos a pasar muy bien.

Madre e hija se abrazaron, y Graciela confirmó sus intenciones declarando:

—Hoy mismo pediré vacaciones. Ya no quiero saber nada de ese caso. Que otro se encargue de cubrirlo. Prefiero acompañar a mi hija durante los días más importantes de su vida.

Siguieron charlando animadamente y vaciando sus platos con cada bocado. Luego Luisana notó que su madre estaba hiperactiva buscando algo por toda la casa, y no dudó en preguntarle:

—¿Se te perdió algo?

Graciela le respondió sin cesar en su búsqueda, con cierto desespero en sus movimientos:

—No consigo mi teléfono móvil. Debo haberlo dejado por acá, pero no lo recuerdo.

Luisana quiso tranquilizarla de inmediato, sacándolo de una gaveta de la cocina:

—Lo olvidaba, madre. Lo puse allí cuando estaba preparando el desayuno luego de atender una llamada.

Graciela no pudo disimular su sobresalto, preguntando con la voz alterada:

—¿Una llamada? ¿De quién?

Sin saber cómo interpretar el sobresalto de su madre, Luisana le contestó desenfadadamente:

—Un hombre. Parecía bastante joven. Dijo que había recibido varias llamadas que registraban tu número, pero siempre estaba muy ocupado para responder. Yo le dije tu nombre y te reconoció como la periodista. Supongo que te conoce.

Progresivamente, Graciela palidecía escuchando la revelación de su hija y tomó asiento. Intentó disimular su miedo, sin dejar de preguntarle:

—¿Qué ocurre, madre? ¿Pareces indispuesta?

—No es nada —la tranquilizó Graciela—. Pero sígueme contando lo que te dijo este hombre.

—Parecía muy interesado. No hablo mucho. Pero dejó dicho que admiraba mucho tu trabajo y que cuenta con tu profesionalismo para saber cuándo debías hablar y cuándo callar.

—¿Y no se identificó?— preguntó Graciela, masajeando su cuello. Un gesto propio de ella cada vez que se sentía nerviosa.

—De hecho, no —aclaró Luisana—. Yo le pregunté quién era y solo me dijo: Ella sabe quién soy. Ya escuchó mi nombre una vez. ¿Todo bien? Espero que eso no signifique que se cancela nuevamente nuestro plan.

Graciela hizo un gesto para indicarle a su hija que no se preocupara, seguidamente reiterándole:

—No, Luisana. No significa nada por lo que debamos preocuparnos. Nuestro viaje no se cancela.

## Capítulo 10

El tiempo tiene ese raro modo de atemperar emociones y pulir extremos, mientras sucede eso que comúnmente se llama "poner las cosas en su lugar". No tiene prisa ni nadie lo espera. El tiempo simplemente doblega y acostumbra a las criaturas efímeras y mortales que muy poco saben de lo eterno. Nada parece tan denso y ninguna tristeza tan honda como solía ser, porque nos adaptamos al devenir cotidiano, donde pesa lo inmediato y priva lo esencial. Para Diana era casi increíble, e inadmisible, que hubiera pasado un mes en un abrir y cerrar de ojos. Y nada cambió desde entonces: si acaso los cadáveres anidaban sus primeros gusanos y moscas, o el polvo se acumulaba sobre la casa de sus padres que no visitaba desde su última limpieza, o cierto gesto de contrariedad, que antes no lucía, se afianzaba en su rostro. En la jefatura no surgía novedad alguna y ninguna nueva pista surgía desde el último asesinato cometido por el llamado "guardián de los juegos". Diana ya no visitaba con diaria regularidad las oficinas de Justo Ramírez, para escuchar las mismas pobres excusas, las teorías delirantes que no conducían a una conclusión concreta y demandante. Sin un nombre, el de ese supuesto muchacho que solo Daniel conocía, además de Bárbara y sus sobrinos, muy poco o nada podía hacerse. Tampoco había intentado el asesino comunicarse con Diana desde aquella ocasión en que envió un mensaje de texto a través del teléfono de Daniel, tras haberlo matado. Era como si se hubiera evaporado y, de no ser por la ausencia de su sobrina, a Diana poco le costaría considerar que ya todo quedaba atrás. Pero nada quedaba atrás, ni olvidado ni perdonado, mientras Mina siguiera desaparecida. A veces, durante sus muchos e interminables insomnios, Diana esperaba recibir una llamada de Justo diciéndole que encontraron el cadáver de Mina. Ya estaba resignada a esperar lo peor. Y aunque esto no se le admitiera a nadie, ni siquiera a su esposo, hubo ocasiones en las que Diana deseaba que su sobrina apareciera muerta para así dejar de sentir esa angustia diaria que consume a las almas cuando soportan la marca de una incertidumbre sin resolución. Todo sería más fácil si se enteraran de una vez por todas que Mina había muerto. A estas alturas, Diana no albergaba suficientes esperanzas para creer que su sobrina seguía viva, pero mientras no se confirmara dicha noticia, no podría llorarla ni lamentarla. No hay luto tan cruel como el que agriamente se soporta ante una persona desaparecida, porque mezcla a partes iguales la fe con la desesperanza, encumbrando un dolor sin sosiego, alimentado por la falta de respuestas. Llegado a un punto en el que la ansiedad frente a lo incierto se convierte en un mal hábito, cualquier noticia se convierte en bálsamo para la espera, incluso las peores. Diana conciliaba estos sentimientos conflictivos que contrariaban sus pensamientos y perturbaban su alma con las actividades de su vida diaria. Ya no sufría tanto por la muerte de su hermana y su sobrino, porque ya había un lugar de paz en su memoria para recordarlos con tristeza. En cambio, su dolor por la falta de Mina era mucho más agudo e insoportable. Diana llevaba en su interior un alarido silente, comiéndose lentamente sus entrañas, y desde la desaparición de su sobrina su vida consistía en controlar los quejidos de ese dolor superior a sus fuerzas y acallarlo según el compás de su rutina. Después de un mes, la sensación de impotencia y culpa solo empeoraba de tan solo imaginar la posibilidad de que su sobrina estuviera viva y esperando un rescate que no llegaba. O, en cambio, olvidando gradualmente quién era para adaptarse mejor a su nueva vida mientras durara. En sus momentos de introspección, Diana no podía evitar torturarse pensando en estas cosas y ahondando en su pena con conjeturas: ¿Mina la recordaría? ¿Comía bien? ¿Jugaba? ¿Le era permitido sonreír? ¿Podía seguir siendo una niña a pesar del cautiverio? ¿Cuánto tiempo puede conservarse una inocencia en medio del horror? Quizá porque conocía de cerca a su sobrina y confiaba en que su espíritu alegre, siempre dispuesto a sentirse bien acompasado por un ingenio avezado, harían que su sobrina encontrara la forma de sobrevivir por encima de la calamidad, pero también temía que por

esas mismas razones se adaptara con naturalidad a lo que le estaba ocurriendo y fácilmente olvidara todo aquello que la entristecía, incluyendo el recuerdo de su familia.

Distraída en sus pensamientos, Diana se encontraba sentada frente a su escritorio en el salón de clase donde impartía sus lecciones para los niños que eran sus alumnos. Como era un día de evaluación escrita, cada niño permanecía en silencio sentado frente a su respectiva mesita, respondiendo las preguntas que leían en su prueba, suponiéndose vigilado por la mirada de su maestra, quien se encontraba inmóvil y con los ojos abiertos, sumida en sus desoladores pensamientos. Algunos se pasaban disimuladamente notas con las respuestas para aquellos amiguitos que no estudiaron lo suficiente, temerosos de conseguir la atención de esa mirada de esfinge que los veía sin observarlos realmente. Pero Diana apenas se enteraba de cualquier cosa que ocurriera a su alrededor cuando se embarcaba en la turbulenta marea de sus pensamientos, donde su ímpetu naufragaba gradualmente hasta debilitarla mentalmente. En esos instantes, cuando algo la sacaba fuera de sus hondas reflexiones, se sentía confundida y balbuceaba durante segundos hasta asumir de nuevo su carácter firme y enérgico. Esto fue exactamente lo que ocurrió cuando uno de los niños se acercó hasta ella, entregándole su evaluación escrita ya finalizada y notificándoselo de pie ante su escritorio:

—Profesora, Diana. Ya terminé mi evaluación. ¿Puedo ir al baño? ¿Profe? ¿Me escucha?

El resto de los niños perdieron la concentración que los mantenía quietos en la realización de su prueba escrita y comenzaron a reírse por la pregunta de su compañero de estudios y la falta de respuesta por parte de la profesora. Diana se sobresaltó y enseguida, notando los efectos de su propia distracción, descubrió que los niños aprovechaban la ocasión para hablar entre ellos e intercambiar respuestas. Se puso de pie y afincando su tono de autoridad demandó que hicieran silencio:

—Estamos en el medio de una evaluación. Si siguen hablando tendré que suspender la prueba y todos reprueban.

Los niños se callaron de inmediato, riéndose por lo bajo. Por su parte, el alumno que ocasionó tamaño revuelo prefirió volver a su puesto, pero Diana lo detuvo con un tono mucho más dulce:

—Tranquilo, Pablito. Dame tu evaluación y puedes ir al baño. Pero no te tardes, ¿eh?

—Sí, maestra— le respondió, saliendo cabizbajo por la puerta del salón de clases.

Al poco tiempo de haber regresado Pablito, uno a uno fueron entregando las pruebas incluyendo el hijo de Justo, que respondía al nombre de Miguel, pidiéndole igualmente permisos para tomar agua o ir a los baños. Para que la situación no se saliera de control fue concediendo los permisos individualmente, en tanto solo uno saldría del salón si otro llegaba. Así transcurrió un buen rato de actividad dentro del salón de clases, hasta que finalmente todos concluyeron sus pruebas y se las entregaron a su profesora, mientras esperaban impacientemente la hora de salida. Cuando el hijo de Justo regresó del baño, fue directamente hasta Diana y le dio un abrazo. Extrañada, Diana le preguntó cuando se soltó:

—Gracias, Miguel. ¿Todo bien?

El niño, que no pasaba de los siete años, agachó su cabeza en dirección a ella susurrándole para evitar que el resto de sus compañeros lo escuchara:

—Mi padre me dijo que me portara muy bien contigo y me asegurara de que mis compañeritos de clase te hicieran caso.

Diana rozó con un dedo la nariz respingada del niño en un gesto cariñoso, correspondiéndole con igual ternura y en susurros:

—Pues muchas gracias, Miguel. Y a tu padre dile que agradezco su preocupación. Ahora, ve y toma asiento.

Miguel obedeció la orden de Diana. Cuando estuvo ya sentado, al igual que el resto de los niños, Diana se puso de pie frente a los niños y dirigiéndose a ellos, alzando su voz de manera que pudiera escucharse en todo el salón, les anunció:

—Ya todos terminaron la prueba, así que tienen permiso para jugar mientras esperamos a que suene la hora de salida.

El hijo de Justo volvió a su asiento, incorporándose a la charla animada que otros de sus compañeros sostenían en torno a una película que todos habían visto recientemente en el cine, acompañados por sus padres. Hablaban de espadas, naves espaciales y monstruos vencidos por sus héroes favoritos con entusiasmo. Nuevamente, Diana pensaba en Mina y en lo mucho que la extrañaba. Con que gusto hubiera querido verla así de feliz y sonriente, discutiendo y jugando con otros niños sobre las cosas que le gustaban. En instantes como esos veía cuán frágil era la niñez y que importante la misión que tenían los adultos para hacer que no faltara la felicidad en la vida de sus niños. Diana se prometía a sí misma que cuando ella y Mina volvieran a estar juntas, porque no quería rendirse y pensar lo contrario a pesar de lo que su sentido común le indicaba, no faltaría felicidad en la vida de ambas. Dedicaría cada día de su vida a hacerla sentir parte de un hogar, no permitiría que faltara la dicha y lucharía por cumplir todos sus sueños; con el poder del amor sería capaz de hacerle olvidar, y olvidar junto a ella, todo el infierno que estaban viviendo. Diana se juraba que juntas lo lograrían, apartarían las sombras que hoy oscurecían sus vidas y permanecerían de pie ante el sol que les traería un nuevo y definitivo amanecer. En ese preciso instante, la voz de una mujer la trajo de vuelta a la realidad del salón de clases:

—Con permiso, niños. Diana, querida, ¿cómo estás?

Se trataba de Rebeca, la madre de Pablito. Diana la invitó a acercarse con una sonrisa, mientras que el hijo de esta observaba de lejos la interacción entre su madre y su maestra, pero fingiendo que estaba muy quieto y callado para no exponerse frente a su madre, aunque segundos antes se encontrara participando en la discusión sobre la película del verano al igual que el resto de sus amigos. Su madre lo saludaba de lejos, a cierta distancia, con un gesto de su mano para devolverse luego a seguir conversando con Diana:

—¿Ya terminó la prueba? Espero que le haya ido muy bien. Estuvo toda la semana estudiando para esta evaluación. Doy fe de ello.

—No te preocupes, Rebeca. Seguro que saldrá bien— la tranquilizo Diana, corroborando su afirmación revelándole—. De hecho, Pablo fue el primero en entregar su evaluación antes que el resto.

—Me alegra mucho saberlo —dijo Rebeca con orgullo y satisfacción, para luego preguntarle a Diana interesándose por su bienestar—. Y tú, Diana, ¿cómo te has sentido?

Diana agradeció la sinceridad y el tacto con que se lo preguntaba, y tratando de no parecer muy afligida con su respuesta le confesó:

—Hoy se cumple un mes. Así que me siento un poco abatida. No puedo dejar de preocuparme pensando en cómo se encuentra Mina.

Rebeca le dio una ligera palmadita en el hombro, a modo de consuelo prudente y breve y asintiendo con compasión. Cuando se trata de expresar un dolor tan hondo, nunca se reciben palabras lo suficientemente justas para no parecer fingidas o apresuradas. Rebeca balbuceó como pudo, luego de un silencio largo e incómodo:

—Es rudo. No sé qué decirte. Pero supongo que lo mejor que podemos hacer es esperar y confiar en que ocurrirá lo justo, ¿no?

Nuevamente se impuso el silencio entre ambas, no muy grave considerando que las voces de los niños hablando y jugando entre ellos nunca dejaban de escucharse. Finalmente, Diana le preguntó, para disipar la pesadumbre que se instauró en la conversación:

—Pero no me has dicho que haces aquí. Sigue siendo temprano. Falta media hora para cumplir el horario de clase.

Rebeca le reveló enseguida el motivo:

—¡Ay! ¡Lo siento! Sí, llegué un poco antes de lo esperado porque quería pedirte permiso para saber si me podía llevar a Pablo antes conmigo. Esta semana cumple años y me gustaría

consultar su opinión sobre lo que quiere. Desde que cerraron la juguetería del centro comercial hay que conducir hasta la del otro condado y no quiero que se me haga muy tarde para regresar.

—Seguro, Rebeca —concedió Diana, aunque ahora algo intrigada—. ¿La juguetería del centro comercial? No sabía que la habían cerrado ¿Desde cuándo?

—Desde hace un mes, creo —le confirmó Rebeca, sin mucha seguridad—. Aparentemente, cerraron por mantenimiento. Y esa era la juguetería que todos los padres visitábamos. Siempre estaba muy bien surtida.

—Yo la vi abierta, recientemente —dijo Diana, intentando recordar—. Justamente el día del cumpleaños de Mina.

Rebeca queriendo evitar nuevos momentos de incomodidad, la interrumpió con un tono apresurado pero manteniendo su característica jovialidad:

—Ahora nos toca buscar otras alternativas. Entonces, quedamos así. ¡Vente, Pablo! Ya nos vamos.

Rebeca se despidió de Diana dándole un apretón fraterno en la muñeca, como una forma de manifestarle que todo saldría bien, llevándose luego a Pablo de la mano. Sin darse cuenta Diana, los minutos pasaron con rapidez y sonó la reconocible alarma del colegio anunciando que ya la jornada de clases acababa, con éxito para todos. Los niños salieron en fila india y Diana los condujo hasta el patio de recreo, para que esperaran a que llegaran sus padres o correr a su encuentro si ya se encontraban allí, bajo la vigilancia estricta de otras autoridades y maestros del colegio, atentos para impedir que los niños se portaran mal o se confabularan para cometer travesuras. Diana se aseguró de dejar a sus alumnos bajo la supervisión de la directora del colegio y prefirió esperar la llegada de su esposo, quien ya vendría a buscarla, de vuelta al salón de clases. Hacía esto sobre todo porque quería evitar encontrarse con Justo cuando viniera a buscar su hijo y tener que sostener una conversación con él sobre los asuntos de siempre y lo poco que se podía hacer al respecto mientras no se supiera nada nuevo. Media hora más tarde recibió un mensaje de su esposo en su celular confirmándole su llegada. Ya no quedaban casi niños en el colegio y muy pocos maestros. Diana se despidió de las personas conocidas que encontraba, colegas y alumnos de otros cursos y secciones, notando que ya habían buscado al hijo de Justo. No pudo disimular su sorpresa cuando al salir del colegio se encontró a Alex de pie frente a la camioneta conversando con Justo, quien llevaba a su hijo Miguel de la mano. Diana se acercó a saludar primero a su esposo, con un beso breve en la boca, y seguidamente a Justo, con un beso en la mejilla y agitando el cabello de Miguel, mientras decía:

—Tu hijo es todo un caballero. Me ayudó a que sus compañeros se portaran bien durante la evaluación.

Justo vio a su hijo con una mirada insuflada de orgullo y seguidamente le correspondió a Diana con unas palabras:

—Hoy se cumple un mes, ¿no es así?

La mirada de rabia e impotencia en su rostro era el reflejo de sus propios sentimientos. Diana esquivó esa mirada, desviándola hacia su esposo y sonriendo con resignación:

—Así es, un mes.

—Lo agarraremos, Diana. Lo prometo —aseguró Justo, con un nudo en la garganta—. Mina estará de nuevo entre nosotros.

Diana reprimió un suspiro lastimero y siguió evitando la mirada de Justo, a medida que se empañaban sus ojos con las lágrimas que quería reprimir. Alex se acercó hasta ella, abrazándola. Y Justo quiso decir algo, pero lo detuvo la mirada inquebrantable de Alex, dándole a entender sin palabras que lo mejor era quedarse callados. En cambio, fue Miguel quien intervino:

—Profe, no llore. Mi papá siempre cumple sus promesas.

Al escuchar la voz de su alumno, Diana se secó las lágrimas con sus manos y se agachó hasta la altura de Miguel, diciéndole:

—Es verdad, querido. Tu papá nunca habla en vano.

Justo intervino para despedirse:

—Vamos, Miguel. Despídete de tu maestra.

Miguel abrazó a Diana, a quien la soltó casi de inmediato por el ligero jalón que Justo hizo para indicarle que ya era momento de irse. Hizo un gesto de despedida con su cabeza, que Alex y Diana correspondieron de igual forma, y luego, dándoles la espalda para alejarse llevando de la mano a su hijo en dirección a su automóvil, Alex abrió la puerta delantera de su camioneta para que Diana entrara, para hacer otro tanto en su respectivo lado y sentarse en el asiento conductor. Antes de encender el auto, puso una mano sobre la cabeza de Diana y acarició su cabello castaño con suavidad. Diana le correspondió acariciando el brazo de su esposo con su mano y ofreciéndole una sonrisa que iluminó su rostro. Alex aprovechó su reacción para preguntarle:

—¿Cómo estuvo tu día?

—Principalmente tranquilo —respondió Diana —. Hoy les hice una evaluación escrita así que todo estuvo en orden y silencio durante horas. ¿Y el tuyo?

—Un poco ajetreado —confesó Alex—. Pero no quiero saber nada de trabajo por hoy. ¿Listos para irnos a casa?

—Si— afirmó Diana con cierto tono dubitativo—. Pero ¿podemos hacer una parada antes en el centro comercial?

Alex frunció el entrecejo y quiso satisfacer su curiosidad preguntando:

—¿Y eso? ¿Comprarás algo? Quizá podríamos encontrarlo en la vía. Si vamos al centro comercial tendríamos que desviarnos.

—Quiero ir a la juguetería —reveló para mentir luego—. Uno de mis alumnos cumple años esta semana. Su madre se ha portado muy bien conmigo y me gustaría regalarle algo pequeño como un gesto de agradecimiento.

—De acuerdo, vamos —. Cedió Alex, disimulando las pocas ganas que tenía de complacerla. No quiso contradecirla ni hacerle cambiar de parecer respecto a sus intenciones considerando lo sensible que debía estar por el hecho de cumplirse el primer mes desde que acaeciera la tragedia que destruyó la paz en sus vidas. Encendió el motor del automóvil y agarró la vía apropiada hacia el destino indicado por su esposa. Un ligero tráfico se interpuso en el camino y Diana aprovechó el embotellamiento para expresar sus pensamientos en voz alta:

—Me siento un poco mal por lo que pasó a la salida del colegio. Justo debe pensar que yo lo estaba culpando por no haber resuelto el caso. No debí llorar de esa manera.

—Si se siente mal es porque el reproche le calza. Soy perfectamente consciente de que no le estabas recriminando nada. Es normal que te sientas sensible en un día como hoy. En nada ayuda volver a escuchar que no hay novedades, por muy buenas que sean sus intenciones.

—No debemos ser muy duros con él, Alex —defendió Diana—. Justo y sus hombres tienen un trabajo muy duro. Hacen lo que pueden y tienen que lidiar conmigo, con la comunidad, con los periodistas. No justifico que hasta la fecha sigamos sin una pista concreta, pero lamentablemente mi hermana fue una persona misteriosa cuyas reservas no fueron precisamente prudentes. ¿Quién sabe de dónde venía ese muchacho del cual nos habló Daniel? Ahora Mina está pagando las consecuencias. Ya ni sé que pensar. Me prometí a mi misma que no me pelearía con la memoria de Bárbara y concentraría mi dolor en lo importante: encontrar a mi sobrina. Pero creo que le debo una disculpa a Justo.

Mientras daba un viraje para alcanzar un atajo que los sacara del atolladero de automóviles, con su paso lento y sonidos de cornetas, Alex le dijo:

—Si te hace sentir mejor pedirle disculpas, hazlo. Pero personalmente considero que un poco de culpa extra no le vendrá mal. No me mires así, es su trabajo. No tenemos por qué ser condescendientes. Al fin, una calle despejada. Ya vamos a llegar.

—Creo que esta vez tienes razón —admitió Diana—. Me siento agotada de esperar algo tan incierto. Pero rendirse no es una opción. No me perdonaría a mí misma bajar la guardia y que eso signifique perder a Mina. Simplemente no puedo.

—Nadie te está pidiendo que lo hagas —aclaró Alex—. Estamos haciendo lo único que podemos hacer: esperar y no rendirnos porque de eso depende la vida de alguien que amamos. No tenemos que excusarnos ni pedir disculpas por eso. Ni avergonzarnos por lo que nos duele. Nos corresponde hacer lo correcto y actuamos conforme a eso. Y nunca olvides que mientras tanto yo estoy aquí, para acompañarte y apoyarte en cualquier cosa que decidas.

Diana asintió, permitiéndose una nueva sonrisa de agradecimiento hacia su esposo, quien con su actitud comprensiva y tolerante la hacía sentirse calmada y segura en medio de su pena. Alex dio una vuelta en U, tras esquivar otra calle concurrida, y al cabo de unos pocos minutos se encontraban frente al centro comercial. Alex le preguntó:

—¿Quieres que estacionemos dentro del centro comercial y te acompañe?

—Si tú quieres —concedió Diana disimulando sus intenciones—. Pero en verdad deseo aprovechar la ocasión para poner en orden mis pensamientos. Puede que hasta vea algunas tiendas de ropa al salir de la juguetería y me pruebe algunas cositas, si no te importa. No pretendo tardar horas, pero quiero pasear con calma y aprovechar el tiempo.

—Entiendo. Quieres dedicarte un momento de chica solo para ti —supuso Alex—. Estacionaré aquí cerca e iré a la cafetería que está justo al lado del centro comercial. Creo que ya empezó el juego de fútbol que quería ver y probablemente allí dentro encuentre una televisión transmitiéndolo.

—Y tú tendrás un momento de chico solo para ti —bromeó Diana—. Nos vemos al rato. Yo me llego a la cafetería.

Diana se bajó de la camioneta y se introdujo en el centro comercial, recibida por las puertas automáticas que se abrieron de inmediato para dejarla pasar. Mientras Alex se encontrara viendo un partido fútbol, eso le daría tiempo de sobra para hacer sus pesquisas sin preocuparlo por su tardanza. Tuvo una rara sensación de culpa, como si estuviera actuando conforme a la desobediencia de una prohibición, pero se dijo a sí misma que no estaba haciendo nada malo, en tanto ni sabía qué pretendía encontrar. Simplemente se sentía animada por la curiosidad y el presentimiento, movida por esos pálpitos ocasionales que confirman luego que su instinto tiene la razón. Movida por esa fuerza inexplicable, como si se sintiera guiada por una mano invisible, muchas veces lograba descubrir cosas antes que el resto de las personas. Cualquiera pensaría que se trataban de los dones de una bruja, pero Diana creía que toda su pericia en materia de intuición se debía a su gran capacidad de análisis. Simplemente se fijaba en los pequeños detalles, algo que la mayoría de las personas pierden de vista, y conseguía respuestas inesperadas tras una atenta observación. Diana tuvo la necesidad de visitar nuevamente el centro comercial y pasar por los mismos lugares que había visitado la última vez que estuvo allí junto a su esposo, el día del cumpleaños de Mina. Desde aquella ocasión, no tuvo oportunidad de volver a pasar por ese lugar; lo cual no era extraño considerando lo poco que salía desde aquellos trágicos acontecimientos y desde el momento en que pesaron ciertas medidas de seguridad sobre ella por los recientes intentos de contacto por parte del "guardián de los juegos". Hay tantas maneras de estar preso, secuestrado o incluso muerto, sin saber que lo estamos. En aquel momento, mientras paseaba por los pasillos del centro comercial y caminaba entre los transeúntes que por allí deambulaban reconocía cuán extraviada se hallaba de su propia vida. Hasta entonces, Diana no se percató de que, al igual que Mina, ella también era cautiva a su modo, encerrada por el miedo y confinada por la tristeza, a una vida predecible que no se salía de sus limitados

bordes: de la casa al trabajo, del trabajo a la casa. Cada vez era más imperativo resolver el caso, porque tanto ella como Mina se merecían su libertad. Ese fugaz reconocimiento de lo que el miedo y la desesperanza habían hecho de ella la hizo sentir un poco más aliviada. Se soporta mejor el dolor que se conoce y se comprende. Se perdona mejor la culpa que aceptamos. Con renovadas esperanzas, reafirmó sus promesas y convicciones: Mina viviría para contarlo. Con el fluir indetenible de su consciencia, Diana contemplaba las vitrinas de diversas tiendas sin detenerse en ninguna; muy segura de su paso y de la dirección que tomaba. Subió unos cuantos pisos mediante el uso de las escaleras mecánicas y tras avanzar un corto trecho por un pasillo amplio y largo, se encontró finalmente con la tienda que buscaba, la surtida y popular juguetería de dos pisos que los padres de la localidad acostumbraban a visitar junto a sus hijos, o a escondidas de ellos, para adquirir los tradicionales obsequios de navidad, cumpleaños y eventos especiales. Tal como Rebeca le contara, la juguetería se encontraba completamente cerrada y las vitrinas estaban cubiertas por bolsas negras desde adentro para que no pudiera verse en su interior. Diana se acercó lentamente hacia las puertas cerrada de la juguetería y su vitrina oculta, intentando buscar alguna señal que explicara el por qué se encontraba clausurada de esa manera. Aprovechando el momento en que nadie pasaba por el pasillo, puso su mano sobre el pomo de la puerta forzándolo pero, tal como esperaba, no cedió. Se mordió el labio mientras veía que no había resquicio alguno desde el cual consiguiera ver algo a través de la vitrina que no fueran las bolsas negras que las cubrían. Estuvo a punto de abandonar el lugar cuando reparó en un papelito caído al suelo, cerca de la puerta. Al recogerlo descubrió que se trataba de una breve notificación que seguramente se cayó al paso de los días, el cual anunciaba en tinta de bolígrafo: *Le informamos a nuestros apreciados clientes que lamentablemente, nos vemos obligados a cerrar nuestro establecimiento por razones personales. Aprovecharemos la ocasión para hacer mantenimiento de las instalaciones antes de volver a abrirlas. Nuestro juego aún no ha terminado. Esperamos regresar pronto y ofrecerles, como siempre, los mejores productos.* A Diana le pareció curioso el anuncio porque al mismo tiempo que alegaban "razones personales" a su vez prevenían futuras labores de "mantenimiento", aunque formalmente no hubiera nada extraño excepto por el fragmento que indicaba: "Nuestro juego aún no ha terminado". Tras varias relecturas, Diana consideró que dicho letrero, escrito a mano con una caligrafía apresurada, parecía más una larga excusa que una notificación seria. Sin embargo, no se explicaba a sí misma por qué reflexionar mucho sobre ello y seguir allí parada era importante. No se atrevía a dictaminar lo que subrepticiamente se fraguaba en su consciencia y optó por conservar el papel y guardarlo en su cartera, con la intención de seguir averiguando al respecto. Animada por la curiosidad, entró en algunos establecimientos cercanos, en el mismo nivel del centro comercial donde se encontraba la juguetería, y no recibió respuestas particularmente reveladoras:

—Un día llegamos y simplemente estaba cerrado con la vitrina embalada de esa manera. Pero creo que nadie vio cuando pusieron las bolsas —dijo la joven vendedora de una tienda de ropa deportiva.

—El dueño de esa juguetería es un señor mayor. Quizá no se sentía muy bien y prefirió cerrarla — supuso el dependiente de una tintorería.

—Ahí también trabajaba un muchacho, pero ninguno de los dos ha vuelto en mucho tiempo —aseguró una señora que atendía un pequeño quiosco de golosinas—. Pero a falta de juguetes buenos son los dulces, si quieres sorprender a un niño.

—Descuide, señora. Solo quería averiguar los precios de unas figuras de acción para el hijo de una amiga —Se excusó Diana—. De casualidad, ¿sabe si hay alguna manera de contactar al dueño de la juguetería o a su empleado? ¿O alguien que pueda saberlo?

La vendedora de golosinas ya no parecía muy amable al notar que no le comprarían nada, así que quiso finiquitar tan improductiva conversación para ella cuanto antes:

—No creo. Acá todos tenemos que ocuparnos de nuestros negocios y no disponemos de tiempo para socializar o averiguar la vida de otras personas. Pero pregúntele al señor que atiende la librería, él conoce a todo el mundo y es la persona de mayor antigüedad que trabaja en este centro comercial. Ahora, si me disculpas y si no comprarás nada, ¿podrías despejarme el lugar?

Diana fue tajante en su respuesta:

—Seguro, no le hago perder más tiempo. Mil disculpas.

Diana se alejó inmediatamente del lugar, pero obedeció la indicación que la vendedora del quiosco le ofreció a regañadientes. Tuvo que bajar hasta otro nivel para llegar a la librería. A su memoria vino el recuerdo de cuando entró la última vez para comprar el libro de obsequio para su sobrina Mina; todo lucía exactamente igual, empezando por el amable vendedor que la recibía con su característico tono amable y solícito:

—Bienvenida. Han llegado algunos libros nuevos para niños, por si le interesa.

—¿Me recuerda? —preguntó Diana, sorprendida al sentirse reconocida.

—Por supuesto, yo nunca olvido un cliente —aseguró el librero—. No hace más de un mes, si no me equivoco. ¿Le gustó el regalo a su hija?

—Era para mi sobrina y, sí, le gustó mucho —aclaró Diana, pero suponiendo que el señor no sabía lo ocurrido en su familia prefirió no dar mayores explicaciones—. Pero esta vez no vengo a comprar nada, solo quería hacerle algunas preguntas. Me dijeron que usted conocía a todos en este centro comercial.

—No sé si a todos. Pero conozco a mucha gente, es cierto —confirmó el librero—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Es simple curiosidad. Hace tiempo que la juguetería se encuentra cerrada y me gustaría saber cómo puedo contactar a su dueño. Aparentemente, nadie sabe nada sobre su ausencia.

—¿El señor Julián? Claro que lo conozco —reveló el librero—. Solíamos conversar mucho. Ciertamente, su juguetería se encuentra cerrada desde hace un mes. He intentado comunicarme con él llamando al número de su casa pero es como si no existiera. Probablemente lo cambió y nunca supe. Es bastante extraño, pero de haber pasado algo nos hubiéramos enterado ¿Por qué está interesada en contactarlo?

—Solo me parecía muy raro, como usted mismo dice, no saber nada al respecto —respondió Diana, vagamente—. Pero, ¿no ha contactado al empleado que trabajaba en su tienda?

—Ah, ese muchacho, lo había olvidado —dijo el librero, intentando recordar algo— ¿Cómo era que se llamaba? Era un chico amable y bastante callado. A veces venía a la librería y me compraba algunos libros y yo le preguntaba por mi amigo Julián. No lo he visto desde que la juguetería cerró, pero nunca dispuse de su información de contacto.

—Entiendo, y ¿seguro que no recuerda su nombre? —preguntó Diana intentando no parecer muy insistente.

El librero se esforzó por recordarlo, sin éxito:

—No. Y ahora que lo mencionas, creo que nunca supe su nombre. Acostumbraba a verlo sabiendo que trabajaba para Julián, pero quizá nunca se lo pregunté porque no era muy conversador. Además, siempre pagaba con efectivo cuando compraba un libro.

Diana estuvo a punto de interrogarlo para que le diera indicaciones sobre sus características físicas, pero consideró que hubiera sonado muy sospechoso. En el preciso instante en que refrenó su pregunta, pudo recordar a ese muchacho del cual hablaban. Lo había visto en la juguetería en esa misma ocasión en que buscaba regalos para Mina y a su mente vinieron fugaces recuerdos de la conversación que sostuvieron brevemente, mientras esperaba que su esposo saliera de comprar unas pastillas en la farmacia. La imagen física que recordaba de ese joven y la manera en que el librero hablaba sobre su personalidad se

correspondía con la descripción que Daniel refirió al hablar sobre él y también lucía acorde con la representación en el dibujo de Mina: alto, desgarbado, cabello negro revuelto y con un aire melancólico. Sintió un estremecimiento en su cuerpo y su rostro empalideció; perturbación evidente que el librero pudo notar enseguida, preguntándole preocupado:

—¿Se encuentra bien? Parece a punto de desmayarse. ¿Quiere sentarse o que le busque un vaso de agua?

Diana se excusó enseguida, volviendo en sí y tratando de retomar la compostura:

—No se preocupe, estoy bien. Solo me sentí un poco mareada. Pero creo que debo tomar aire fresco para que se me pase. Muchas gracias por aclarar mis dudas.

El librero no la retuvo y entendió sus palabras de despedida:

—De nada. Lamento no contar con mayor información. Pero si de casualidad logra contactar a Julián, dígale que por favor me llame. Me gustaría saber qué ha ocurrido y por qué cerró su juguetería sin dar mayores explicaciones.

—Seguro. Nuevamente gracias y volveré pronto a buscar más libros para mi sobrina —dijo Diana, antes de dar la vuelta y marcharse rápidamente fuera de la librería.

En su mente se agolpaban una gran cantidad de imágenes, recuerdos e ideas. Intentaba enlazar los acontecimientos con las pocas piezas que tenía y tratando de llenar los espacios faltantes con conjeturas y teorías que ya no lucían tan descabelladas. Se sentía al borde de una revelación, pero al mismo tiempo le desanimaba no contar con una pista contundente para validar sus suposiciones. Trató de poner en orden el torbellino confuso de su mente y se dispuso a recrear el recuerdo de aquella conversación con el muchacho de la juguetería. Tras ese ejercicio de memoria, Diana destacó varias cosas. Su presencia irradiaba ese aire impersonal y poco memorable, algo que él mismo resaltó cuando le reprochó que no lo recordara cuando visitó la juguetería tiempo antes de comprar el libro. Otra característica curiosa de ese encuentro era que hiciera mención de su sobrina, sin que ella recordara haberla mencionado. A su vez, su actitud extraña, aunada a su aspecto físico, coincidía con las pocas referencias que se tenían de él. Luego estaba esa nota escrita con prisa para justificar el cierre de la juguetería, con esa enigmática frase que bien podría parecerse a los mensajes cifrados que anteriormente le envió. Y, finalmente, lo que consideraba un aspecto primordial para que ambas personas coincidieran, tanto el asesino y secuestrador como el empleado desaparecido de la juguetería, se encontraba en su oficio relacionado justamente con su seudónimo. Su hipótesis, que a primera escucha sonaría delirante para cualquiera, cobraba sentido. ¿A qué podría dedicarse alguien que se autodenominaba "el guardián de los juegos"? ¿Atender una juguetería no sería, precisamente, su trabajo perfecto? Diana quiso marcar el número de Justo para exponerle su teoría, pero se detuvo. Necesitaba algún tipo de comprobación y echó de menos la falta de dos datos fundamentales: saber si este potencial sospechoso tenía un nombre o un apellido que empezara con la letra B y descubrir de qué manera este empleado de una juguetería podría estar relacionado con Bárbara, Leo y Mina. Por tratarse de la única juguetería de la localidad, no era tan inusual que Bárbara pudiera conocerlo en presencia de Mina. Del resto, no se aventuraba a conjeturar otras posibles conexiones sin contar con pruebas suficientes. Seguía siendo un caso misterioso en el cual prevalecía la falta de información relacionada con la vida de Bárbara y su conexión con el "guardián de los juegos". Pero, mientras tanto, su desquiciada teoría cobraba sentido conforme más pensaba en ello. Antes de compartirla con alguien más, tomó la decisión de hacer una acción de la cual podría arrepentirse. Pero Diana estaba convencida que era preferible cometer una locura antes que quedarse de brazos cruzados. Así que, sin cuestionarse durante mucho tiempo si era lo correcto o no, si debía dejarle ese trabajo a Justo y sus oficiales de policía, Diana escribió un mensaje de texto claro y directo, entrecomillando la frase suspicaz del anuncio de cierre de la juguetería a modo de pregunta:

*¿"Nuestro juego aún no ha terminado"?*

El remitente del mensaje era el celular identificado como "Daniel Fernández". Hasta entonces no se había atrevido a escribirle, a pesar de haberlo pensado durante muchas ocasiones. Diana creía que el "guardián de los juegos" esperaba una respuesta de ella desde su último mensaje mediante ese número telefónico y probablemente seguiría conservando el celular de Daniel que le robó después de haberlo asesinado. Diana apartó su celular de la vista y con la respiración acelerada, mezcla de nervios y expectativa alzó su cabeza posando la mirada en algún punto indeterminado de la bóveda techada que cubría el centro comercial. Tras unos segundos que lucieron eternos, Diana casi respiró aliviada al no recibir ninguna respuesta, cuando de pronto sonó el familiar tono de su celular que le notificaba la llegada de un mensaje.

*Ahora comienzas a entender. Descubriste mi antiguo palacio, pero ahora busco uno mejor. ¿Estás dispuesta a seguir jugando sin abrir la boca? Solo tú y yo. Y Mina.*

El corazón latía apresurado, como si estuviera a punto de salirse de la caja torácica. Diana escribió rápidamente su respuesta y la envió:

*¿Qué quieres de mí? Si juego contigo, ¿me devolverás a Mina?*

El "guardián de los juegos" tampoco se hizo esperar:

*No estás en condiciones de exigir nada. Yo podría simplemente desaparecer con ella y ya no la verías jamás. Mi juego ya está ganado y, sin embargo, quiero darte la oportunidad de participar. A cambio, te dejaría verla una última vez. ¿Aceptas el juego según mis reglas?*

Diana no supo que responder e improvisó como pudo, escribiendo lo primero que se le ocurría:

*Acepto el juego. ¿Qué debo hacer?*

Esta vez la respuesta del "guardián" tardó un minuto aproximadamente. Diana casi suelta el celular cuando recibió el mensaje después de varios segundos de silencio. Al abrirlo pudo leer:

*De acuerdo. Pero debes dejar a los policías fuera de esto. De lo contrario, el juego se cancela y Mina desaparecerá para siempre de tu vida. ¿No les dirás nada?*

Diana dudó. No decirle a Justo y sus hombres no era prudente ni conveniente, pero mentirle a ese asesino representaba un riesgo peor. Personalmente decidió que omitiría el recuento de este intercambio y solo les expondría su teoría sin decirles que ya la había confirmado. De este modo, le respondió al "guardián de los juegos" con una verdad a medias:

*Ya les expuse mi teoría sobre mi hallazgo en la juguetería. Pero no diré nada sobre estos mensajes. No sabrán que nos comunicamos, a partir de hoy.*

Nuevamente, daba la impresión que el "guardián de los juegos" retrasaba su respuesta para torturarla:

*No tenemos tiempo que perder. Puede que no recibas un mensaje mío hoy ni tampoco mañana. Pero lo recibirás. Nunca dejo un juego sin terminar.*

Diana apretó su celular contra su pecho, temiendo lo peor y lamentándose por lo que acababa de hacer. Pero no le quedaba otra opción si pretendía salvar a Mina. Una parte de ella temía que estuviera empeorando la situación, pero nuevamente su fe en la relación que había entre los eventos fortaleció su convicción de estar haciendo lo correcto, incluso si las vías eran cuestionables y peligrosas. A medida que recorría el camino para encontrar a su esposo en la cafetería indicada, llamaba con su celular esperando ser atendida por Justo en su oficina. Antes que pudiera responderle, Diana expresó sus intenciones:

—En un rato, Alex y yo iremos a la jefatura. Espéranos. Tengo una teoría.

## Capítulo 11

En las oficinas de Justo nadie descansaba desde que Diana les expuso su teoría. Algunos oficiales se rieron enseguida, burlándose de ella y considerando que una maestra para niños debía dejar de jugar a ser la detective. Sin embargo, Justo los calló y reprendió enseguida haciendo uso de su autoridad. Consideraba que lo expuesto por Diana asomaba interesantes posibilidades para la resolución del caso, pero por su instinto policiaco también sospechaba que ella ocultaba parte de la información. No quería, sin embargo, presionarla y hacerla sentir acorralada. En el supuesto caso que el "guardián de los juegos" la hubiera contactado recientemente, a través de amenazas, Justo comprendía perfectamente si Diana se reservaba esa información. Pero, por el bien de ella y de Mina, reforzó su vigilancia alegando que se preocupaba por su seguridad, aunque Diana no pudiera disimular su descontento por estas precauciones sintiendo que su intimidad era invadida pero prefiriendo no oponer mucha resistencia para no suscitar suspicacias en Justo y sus oficiales. En las oficinas, y sin presencia de Diana, Justo organizó un plan a partir de las teorías de Diana, que asociaban al joven descrito por Daniel Fernández con el empleado desaparecido de la juguetería clausurada en el centro comercial. Para comprobar si eso era cierto primero debían localizar a ese empleado e investigarlo, así como conocer el paradero del dueño de la juguetería y contar con una explicación que aclarara la razón de su cierre. Procedieron a investigar, interrogando a todos y cada uno de los trabajadores del centro comercial, obteniendo muy poca información sobre el dueño de la juguetería pero la suficiente para encontrarlo. Fue el dueño y dependiente de la librería del centro comercial quien ofreció la mejor información, incluyendo el número telefónico de la residencia del dueño de la juguetería, ubicada en el centro de la ciudad, y el nombre completo, sabiéndose de este modo que respondía al nombre de Julián Sánchez. Respecto al muchacho que trabajaba para Julián, muchos confirmaron su existencia y sus características físicas, pero nadie parecía saber su nombre, ni siquiera el librero. Gran parte de esos testimonios coincidían en que aquel muchacho pasaba tan desapercibido que era casi invisible. A Justo le interesó particularmente la revelación del librero sobre sus hábitos de lectura, confirmados por sus constantes compras en dicho lugar. El librero también le comentó el interrogatorio al que lo sometió recientemente una clienta que compraba libros infantiles para su sobrina, y Justo supo de inmediato de quien se trataba sonriendo para sus adentros. No le molestaba que Diana fuera lo suficientemente inteligente e ingeniosa para hacer aportes al caso, pero sí le preocupaba que actuara de manera independiente, arriesgando su vida, a causa de la desesperación por querer salvar a su sobrina. Justo pensó que debía hablar con ella y dejarle claro que su trabajo era esperar y confiar en la labor de los profesionales, y contribuir con el caso en la medida en que no representara un riesgo para ella y contando siempre con la colaboración de los oficiales encargados. Justo no se perdonaría si le pasara algo a ella antes de poder evitarlo, ni tampoco le permitirá al "guardián de los juegos" ese triunfo por encima de su compromiso para el caso y la eficiencia de su trabajo. Se requerían acciones inmediatas para localizar a este sospechoso, pero manteniendo la cautela para que no se sintiera acorralado. La primera acción lógica que ejecutaron fue localizar al dueño de la juguetería a partir de su nombre y número telefónico, para así poder conseguir la dirección de su residencia; la que no tardaron en hallar tras unas cuantas llamadas de carácter oficial. Junto a una patrulla reducida, Justo y unos cuantos policías se acercaron a la dirección indicada, que apuntaba a un edificio residencial ubicado en el centro de la ciudad, una zona bastante concurrida. Una vez allí, procedieron a entrar conducidos por la conserje, quien les indicó, entre intrigada y amable, el apartamento donde el señor Julián Sánchez residía, en el cuarto piso, aprovechando la ocasión para informar sobre su paradero:

—Este es el indicado. Pero el señor Julián no ha vuelto a su apartamento desde hace un buen tiempo. ¿Le ocurrió algo?

Tal como predijo la conserje, nadie respondía a los llamados a la puerta del apartamento por parte de la policía. Efectivamente, parecía no haber nadie allí dentro.

—Eso es lo que queremos saber —aseguró Justo, en respuesta a la preocupación de la conserje para luego interrogarla—. ¿No conoce si alguien más disponía de libre acceso a este apartamento? Probablemente nos veremos en la obligación de forzar la cerradura para entrar.

—Si de entrar se trata, no hará falta —anunció la conserje—. Yo dispongo de las llaves de todos los apartamentos en caso de emergencia. Respecto a su pregunta, además de mí no creo que nadie tuviera acceso a su apartamento. El señor Julián no tiene familia ni amigos. Al menos nadie con quien se le haya visto entrar a su apartamento.

Por solicitud de Justo, la conserje bajó hasta su apartamento en la planta baja para buscar la llave solicitada, volviendo minutos después, sudando y con la respiración agitada debido a su sobrepeso. Al entrar en el apartamento, bastante pequeño, lo encontraron vacío de cualquier presencia humana y todo perfectamente limpio y organizado, a excepción de un poco de polvo cubriendo los muebles, denotando la falta de tacto humano durante poco tiempo pero el suficiente para comenzar su acumulación. Incluso las sábanas del cuarto se encontraban perfectamente tendidas y ninguna anomalía que describiera una situación de violencia dentro del lugar. Encontraron una mesa con cajas de juguetes, perfectamente ordenadas, y un mueble con repisas sobre las cuales se apoyaban distintos muñecos y figuras de acción cuidadosamente alineadas. Parecía el hogar de alguien que estaba próximo a llegar después de haber salido para afrontar su rutina diaria. Justo nuevamente insistió al preguntarle a la conserje:

—Si tuviera que dar un estimado de tiempo, ¿desde cuándo no ha visto al señor Julián?

—Un mes, creo —respondió la conserje no muy segura de su respuesta—. Quizá un poco menos. ¿Ya preguntaron en su trabajo? El señor Julián era el dueño de la juguetería del centro comercial.

—Ya lo sabemos —confirmó Justo—. ¿Acaso no sabe que la juguetería fue cerrada hace un mes, aproximadamente? Es decir, el mismo tiempo que podría llevar sin volver a su casa.

—Eso no parecen buenas noticias —dijo la conserje con un rostro confundido tras haber escuchado esa noticia—. Me extraña mucho. Julián es bastante conversador y nunca me dijo que pensaba cerrar su juguetería.

—Esto se complica —le dijo Justo a sus oficiales—. Busquen dentro del apartamento todas las llaves que encuentren. Tenemos que entrar a esa juguetería. Necesitaremos una orden de allanamiento, para eso.

Justo hizo unas cuantas llamadas mientras sus hombres buscaban llaves sin éxito. Uno de los policías le aseguró:

—No hay llaves en ninguna parte. Pero encontramos esto.

El oficial alzó su mano mostrando lo que parecía ser un pequeño lazo rosado. Al manipularlo, Justo notó que dicho lazo contaba con una liga sujetadora y que se trataba de un accesorio para amarrar el cabello de una niña. Intrigado, se devolvió de nuevo en dirección a la conserje para preguntarle:

—¿No ha visto a nadie irregular en el edificio, recientemente? Voy a ser muy específico, ¿ha visto a un hombre joven alto acompañado de una niña de cinco años?

A la conserje se le iluminó el rostro, gracias a un recuerdo:

—Ya que lo menciona, recuerdo haber visto algo que quizá concuerde con esas descripciones. Un hombre alto y delgado saliendo del edificio acompañado por una niña, a quien no pude ver bien porque llevaba un impermeable naranja. De eso hace unos pocos días. Algo que me pareció curioso porque no estaba lloviendo. Los vi pasar a mi lado mientras me

encontraba limpiando y no saludaron. Pensé que se trataba de los hijos crecidos de alguno de los residentes.

Justo se interesó notablemente por lo que estaba escuchando. Una euforia inesperada recorrió su cuerpo. Todo indicaba que la teoría de Diana era certera y estaban a punto de descubrir algo. Cada vez estaban más cerca de resolver el caso.

—¿Recuerda si conversaron entre ellos? ¿Dijeron algo?— quiso saber Justo.

—Pasaron muy rápido. Pero ¿eso por qué está relacionado con el señor Julián?

—Lamentablemente eso es información confidencial y no podemos revelarlo. Pero agradecemos toda su colaboración —se disculpó Justo, para luego hablar con sus hombres, ordenando—: Nuestro trabajo en este lugar ha terminado. Debemos requisar la juguetería apenas recibamos autorización para su allanamiento.

Dicho y hecho, Justo y los policías que lo acompañaban interrogaron a unos cuantos vecinos del mismo edificio, sin conseguir mayor información que la provista por la conserje. Abandonaron el edificio dejando atrás a la preocupada conserje, quien ya temía que algo malo le había ocurrido al señor Julián, tan estimado por ella y todos los que lo conocían. Cada uno de sus vecinos ofrecía las mejores opiniones sobre Julián y de inmediato expresaban inquietudes sobre su paradero y lamentaban que algo malo le hubiera pasado. Justo compartía semejante preocupación pero prefería no dar por sentado nada hasta no encontrar evidencia incluyente, pero consideraba que sus temores no eran infundidos y que en el camino de conseguir a un culpable descubrirían una nueva víctima. Ya de vuelta en la jefatura, el resto de los policías esperaban impacientemente nuevas acciones a seguir mientras Justo permanecía encerrado en su despacho. Si de él dependiera se lanzaría con un puñado de hombres para irrumpir en la juguetería y registrarla a fondo. El reloj marcaba las cuatro de la tarde y disponían de dos horas para realizar el allanamiento de la juguetería en el centro comercial una vez recibida y aprobada la orden. No debían permitirse otro día de tardanza, cuando estaban tan cerca de conseguir una nueva pista. Cada minuto que pasaba sin recibir esa aprobación, constituía otro minuto de triunfo por parte del "guardián de los juegos" contra su departamento. Justo reflexionaba que el problema con ser una autoridad respetable era que por encima de él había otras personas a las cuales les debía respuestas y que tenía que rendir cuentas sobre la responsabilidad de sus acciones. Mientras mayor es tu poder, más atado de manos te encuentras. Pensaba en Diana, por ejemplo, que al no ser una detective o policía podía permitirse mayores libertades a la hora de investigar sin esperar el permiso de nadie. Admiraba su fuerza de voluntad y su capacidad de razonamiento, el tipo de virtudes propias de un buen policía aun sin serlo. Sin embargo, esas cualidades se acompañaban también de una terquedad temeraria y era preciso estar pendiente de sus movimientos. Mientras la solicitud de la orden de allanamiento seguía sin respuesta, Justo se animó a llamar a Diana para compartir con ella parte de la información obtenida hasta el momento y para tantearla en caso de que ocultara información. Tras dos repiques, Diana lo saludó de inmediato, reconociendo el número telefónico:

—¡Justo! ¿Alguna novedad?

—Nada definitivo, pero creemos que tu teoría es acertada —adelantó Justo—. No puedo darte muchos detalles, pero el dueño de la juguetería es susceptible de ser reportado como desaparecido. Nadie lo ha visto por un mes, ni siquiera en el edificio donde vivía. Eso me preocupa, temo que haya sido otra víctima del "guardián de los juegos". Ahora estamos esperando que nos den carta blanca para introducirnos en la juguetería. Estoy convencido de que, de ser cierta tu teoría, allí encontraremos una pista que confirme que estamos buscando a la misma persona y que nuestro sospechoso principal se corresponde con ese empleado de la juguetería.

—Cada vez estoy más convencida de que se trata de la persona que buscamos —recalcó Diana al otro lado del auricular—. Ojalá no hayan nuevas víctimas en su camino. Esta pesadilla tiene que llegar a su fin.

—Es así, Diana —la apoyó Justo—. Pero si hemos llegado tan lejos con paciencia debemos ahora actuar con cautela para rescatarla de sus manos. Confía en nosotros. Lo atraparemos y Mina volverá a tener la vida que quieres darle. No nos apresuremos y acabemos empeorando las cosas.

—Supongo, Justo —respondió Diana con un tono indescifrable—. Pero en una situación como esta, quienes sufrimos la pérdida de un ser querido sin tener respuestas claras sobre su paradero no podemos permitirnos ser pacientes. Confío en ti y en el trabajo de tu departamento, pero no me pidas que sea paciente porque ya hemos esperado mucho. Ese hombre es peligroso y está dispuesto a hacer cualquier cosa para ganar su partida, cueste lo que cueste, si interferimos en sus jugadas.

—Me preocupa escucharte hablar de esa manera —declaró Justo—. Entiendo tu dolor y no desestimo tu desesperación. Pero es nuestro trabajo encargarnos. No hay nada que puedas ni debas hacer. Has colaborado como nadie en este caso, pero es tiempo que dejes el resto en manos expertas. No dejes que ese psicópata te manipule. Hacerte sentir con miedo y creer que él tiene el control es su mejor arma para doblegarte y que caigas en su trampa. Diana, ¡por favor!, dime si no has recibido algún nuevo mensaje de su parte.

—Estoy desesperada, es cierto, pero no soy tonta —subrayó Diana—. Y tal como te lo he dicho en repetidas ocasiones, todo lo que sé es lo que he dicho. Agradezco tus precauciones, un poco extremas considerando que hay por lo menos cinco policías apostados ahora fuera de mi edificio, pero no debes temer ninguna acción irresponsable de mi parte. Te pido que también confíes en mí.

—De acuerdo, Diana —dijo Justo con un dejo de resignación. Le costaba creer en sus palabras, pero también confiaba en que ella sabría hacer lo correcto en el momento perfecto—. Te estaré informando sobre nuestro operativo en la juguetería. Como siempre, aquí estaremos atentos ante cualquier novedad y para asistirte si así lo necesitas.

—Lo sé, Justo— contestó Diana, lacónicamente —. Quedo a la espera de novedades. Hasta luego.

Diana colgó la llamada y Justo solo incrementó su preocupación por ella tras esa conversación. Pero confiaba en que tenerla vigilada era suficiente para evitar cualquier acción imprevista de su parte. Justo caminaba de un lado a otro de su oficina, intranquilo, pero concentrándose en las acciones que tomaría, repasándolas mentalmente aunque se las supiera de memoria. No soportaba la lentitud con la que sus superiores tomaban las decisiones, con esa calma cruel de los poderosos antes de manifestar el dictamen de su fría voluntad. Cuando sentía que estaba al borde de su paciencia y a punto de volver a llamar sus superiores exigiéndoles una respuesta inmediata un fax entró en su oficina y no necesitó leerlo para saber que decía. A los oficiales preparados que aguardaban el anuncio, aún les tomó por sorpresa la salida intempestiva de Justo fuera de su oficina ordenando con una inflexión autoritaria en su voz y batiendo sus palmas:

—Orden de allanamiento aprobada. Nos queda una hora para llegar antes que cierren el centro comercial. ¡No tenemos tiempo que perder! ¡Vamos!

En el centro comercial, tanto trabajadores como transeúntes que lo frecuentaban para hacer sus compras o soñar que adquirían las cosas que deseaban con solo verlas, se sorprendieron al presenciar la llegada de varias patrullas policiales y un grupo de oficiales armados que acordonaron el centro comercial. Una cuadrilla de este grupo encabezada por Justo caminaban resueltos hacia el piso donde se encontraba la juguetería. Quienes estaban dentro de las tiendas se asomaban fuera, movidos por la curiosidad, y la gente se apartaba de inmediato para dejarlos pasar y se quedaban atónitos observando tan curiosa marcha. Los

rumores pasaban de tienda en tienda y no hubo persona alguna dentro del centro comercial que no se preguntara que ocurría y buscara enseguida otra persona para comentar sus impresiones:

—¿Ha muerto alguien? —preguntó un hombre, quien terminaba de pagar unas tabletas de chocolate a la señora del quiosco de golosinas.

—De haberse muerto alguien, vendría una ambulancia. Yo creo que buscan a alguien para llevárselo preso —contestó ella, aprovechando la confusión del momento para quedarse con el cambio de lo que su cliente pagaba.

En otras esquinas, los desconocidos hablaban entre sí para compartir sus impresiones, en las que aumentaban las preguntas y escaseaban las respuestas:

—Pero ¿qué pudo haber pasado? —le preguntaba una mujer a uno de los guardias del centro comercial.

—Una orden de allanamiento. Sospechaba que esto pasaría.

—¿Por qué?

—Estuvieron haciendo interrogatorios, recientemente. Algo no huele bien.

Y así en todas partes. Incluso uno de los trabajadores encargados de la limpieza del centro comercial corrió presto hacia la librería para avisarle a su dueño:

—¡Señor Manuel! Venga pronto. Los policías han venido a registrar la juguetería de don Julián.

—¡Dios mío! Eso significa que algo malo le ha ocurrido —dijo el librero sujetándose la cabeza y saliendo de inmediato para averiguar lo qué ocurría.

Justo y sus oficiales se organizaron frente a la juguetería. No habría mayor obstáculo para abrir la puerta que forzar su cerradura, la que probablemente tendrían que romper y dejar inservible. Justo alzó su mano e hizo unas señas que solo eran comprendida por sus hombres. La mayoría se apartó permitiendo que dos hombres con sendas porras le dieran golpes duros y sistemáticos a la cerradura hasta hacerla ceder. Cuando finalmente la puerta se abrió, permitiendo su libre acceso, Justo hizo renovadas señas. Un grupo de hombres empuñaron sus armas, alzándolas para encabezar la entrada a la juguetería, agrupándose como una fuerza dispuesta a todo ante la incertidumbre de no saber qué encontrarían en su camino. Detrás de ellos avanzaba Justo, protegido por un grupo de tres hombres cubriendo sus flancos. Ya dentro de la juguetería tardaron unos cuantos segundos en dar con el interruptor que encendía todas sus luces y vieron que el lugar se encontraba deshecho como si hubiera pasado un pequeño tornado, tumbando a su paso casi todo lo que allí se encontraba. Anaqueles caídos y juguetes desparramados a lo largo del suelo, componían el escenario clásico de una escena del crimen. Bajo la cobertura de sospechas que anidaban en la mente de Justo comenzaba a revelarse la piel de probables certezas. En el primer piso de la juguetería solo encontraron ese desorden, como indicio de una irrupción violenta y quizá una posible pelea. Procedieron con el allanamiento subiendo al segundo piso y allí encontraron un espectáculo que obligó a apartar la vista a los más sensibles: el cadáver de un anciano delgado cubierto de cal, que le daba un aspecto marmóreo como si se tratara de una estatua, con los brazos abiertos en forma de cruz y disfrazado de superhéroe enmascarado, enfundado en un traje ajustado que le quedaba pequeño, revelando parte de su carne desnuda en el estómago, muñecas y tobillos. Las manos enguantadas y los pies calzados con unas botas rojas. Se trataba de la combinación de varios disfraces para componer una indumentaria desarticulada e incomprensible. Afortunadamente, la cal mitigaba el olor, pero ya comenzaba a sentirse la putrefacción en proceso. Al alzar la cabeza por encima del cadáver, Justo vio tres pizarras magnéticas cuidadosamente dispuestas para la difusión de un mensaje, escrito con letras de plástico imantado colocadas sobre ellas: *Aquí yace el último hombre justo, ganador de todas sus partidas excepto la última. Si has llegado hasta aquí, felicidades. Mi juego ya fue ganado.* Justo cerró los ojos por un instante sospesando su indignación y el sabor de la derrota a pesar

del revelador descubrimiento. Diana tenía razón y ya no quedaba dudas de quien se trataba. Esta nueva víctima constituía la infausta pista que necesitaban para corroborar que el "guardián de los juegos" había trabajado allí. Un oficial interrumpió a Justo gritándole desde el primer piso, pidiéndole que bajara debido a otro hallazgo:

—Encontramos el acceso al depósito. Tiene la apariencia de una guarida que fue abandonada recientemente.

## Capítulo 12

—¡Apúrate, mamá! Tenemos que llegar a la primera cumbre antes del mediodía.

—¡Espérame, Luisana! No corras tanto, que te puedes caer.

Graciela Carmona sudaba copiosamente mientras trataba de igualar el paso rápido de su hija, quien entusiasmada saltaba entre las piedras en el ascenso de la colina. En el camino se veía obligada a detenerse para recuperar la respiración y beber largos sorbos de agua, mientras su hija se impacientaba porque quería llegar cuanto antes a la meta pautada para aquel día. Apenas se cumplían tres días desde que iniciaran su excursión de verano, a cientos de kilómetros lejos del hogar, y Luisana era quien llevaba la batuta en todo lo relativo a la organización del itinerario que seguirían durante un mes y medio. Si bien Graciela no le daba la misma importancia a este viaje en comparación con su hija, la ayudaba a distraerse de los pensamientos que carcomían su consciencia cada noche antes de disponerse a dormir. Incluso en aquel instante, apoyada en las rocas de una montaña espaciosa y sintiéndose incapaz de completar la subida, Graciela no apartaba de su mente una idea fija, que retumbaba como un grillo oculto en tu habitación perturbando la paz de tu descanso y al que no consigues localizar sin importar cuánto intentes buscarlo. ¿Era peor decir una mentira u omitir de forma deliberada una verdad? Técnicamente no le hacía daño a nadie al no revelar una información que nadie esperaba que ella supiera y que eventualmente se descubriría por otros medios, tarde o temprano. En cambio, se exponía a hacerse daño a sí misma y a su hija si se sometía al escrutinio de la policía al mismo tiempo que le daba motivos a un asesino para provocarlo y vengarse de ella. Sin embargo, por más argumentos que se repitiera en silencio para justificar sus acciones, o su falta de acción para ser exactos, un número igual o mayor de razones la interpelaban para hacerla dudar y sentirse culpable. Si aquella niña secuestrada aparecía muerta, o si nuevas víctimas sufrían un destino fatal, antes de que atraparan al culpable por falta de información, Graciela estaba siendo cómplice de sus presentes y futuros crímenes.

—Mamá, ¿estás bien? —preguntó Luisana, quien tuvo que devolverse por el camino ya superado para alcanzar nuevamente a su madre detenida, hallándola con el rostro enrojecido por el calor y su pecho subiendo y bajando sin parar como signo de un respiración acelerada; en fin, el resumen de un cuerpo afectado por un esfuerzo superior a sus límites.

—Sí, hija. No te preocupes —la tranquilizó Graciela—. Pero creo que me cuesta seguir tu ritmo. Mejor sube tú. Yo te alcanzo poco a poco. Creo que mi cuerpo ya no tiene edad para estos trotes.

—¡Ay, mamá! No seas exagerada —respondió Luisana, cariñosamente—. Aún eres muy joven, solo estás fuera de forma. Ya verás que en unos días serás tú quien llegue primero a todas partes y me pedirás que me apure. Te espero arriba. No tardes tanto.

Luisana le dio unas palmaditas en la espalda y le dejó su termo lleno de agua al darse cuenta que su madre agotó las reservas del suyo, antes de reanudar su ascenso, ahora sin interrupciones. Graciela apoyó los brazos en sus rodillas, inclinando un poco su cuerpo, para sosegar su respiración. Luego se incorporó nuevamente, sintiéndose un poco más descansada, reanudando el camino hacia la cumbre donde su hija no tardaría en esperarla, probablemente ya próxima a llegar considerando lo rápido de sus movimientos enérgicos y juveniles. Debido a un acto reflejo, a medida que continuaba su marcha en ascenso, sacó su celular del pequeño portadocumentos que llevaba alrededor de su cintura. Contrario a sus primeras intenciones, no se deshizo de su celular, pero tampoco lo había encendido desde que su hija atendiera aquella extraña llamada por parte de aquel que no se atrevía a nombrar. Ese mismo día pidió su permiso especial de vacaciones en la cadena televisiva, enfrentándose a las cuantiosas quejas y peticiones de sus jefes reclamando que no era el momento apropiado para abandonar la cobertura del caso que con tanto ahínco reportó desde sus inicios, acusándola incluso de ser

poco profesional. Graciela no cedió y reafirmó su necesidad de pedir esas vacaciones aunque le costara la pérdida de confianza de sus jefes y una mancha en su reputación, tras tantos años de trabajo impecable. Innegociable en su decisión, Graciela alegó motivos familiares que no podían postergarse. Suponiendo que encontraría montones de mensajes y llamadas perdidas por parte del canal y sus jefes rogándole que volviera, Graciela quería motivarse un poco en el reconocimiento de que era extrañada. Por eso no le sorprendió encontrar 112 mensajes sin leer en su bandeja de entrada, a medida que subía una pendiente. Pero su satisfacción enseguida se transformó en terror cuando 96 de esos mensajes provenían del número perteneciente al fallecido Daniel Fernández, con idénticos mensajes en los cuales podía leerse: *En tus manos encomiendo la culpa de la próxima sangre que mis manos derramen*. Solo el último, recibido hace dos horas, se diferenciaba del resto: *Has perdido tu turno. Que tu conciencia te premie*. Fue tal su impresión al leer esos mensajes, que Graciela casi tropieza cuesta abajo en una caída peligrosa. Subió como pudo hasta un rellano ancho en el cual se acostó con el corazón acelerado y una mano sujeta al pecho, presa de un ataque de pánico. Unos campistas se acercaron a ella preguntando si se encontraba bien y ella, con los ojos desorbitados, solo miraba al cielo, sin poder controlar los nervios que la dominaban. Quería gritar, pero incluso la garganta se atoraba y apenas pudo toser. Al cabo de un rato su hija Luisana estaba arrodillada junto a ella, diciéndole:

—¡Calma, madre! Todo estará bien. Respira y no te muevas. Buscaré a los paramédicos que se encuentran en la cima.

Luisana volvió a subir para cumplir con lo anunciado, mientras Graciela sacó fuerzas como pudo para sujetar su celular frente a su rostro y marcar un número sin equivocarse. Luego de varios repiques una voz respondía y Graciela se saltó las introducciones para decirle:

—Hola, Diana. Seré breve y no preguntes cómo lo supe, pero es la verdad. El hombre que todos buscan se llama Bautista. Si hay alguna manera de encontrarlo tienen que hacerlo ahora. El tiempo se acaba.

***

Desde que allanaron la juguetería en apenas horas descubrieron más evidencias de las que pudieron recolectar a lo largo de un mes. Ya no quedaba dudas: el empleado de la juguetería era el mismo "guardián de los juegos" que se preciaba de tener a Mina secuestrada y, con toda seguridad, el muchacho que cuidaba los niños en casa de Bárbara tal como lo describiera Daniel Fernández. De momento a este hombre, quien seguía sin ser identificado a partir de un nombre, se le imputaban los cargos de cuatro homicidios dolosos ejecutados con premeditación y alevosía y de secuestro simple. Tras requisar toda la juguetería consiguieron que en el depósito había rastros de comida, así como una cama, indicios de una posible habitación por parte del victimario y, a su vez, como un lugar probable en el que hubiera sido retenida Mina durante varios días. Apenas transcurrió un día desde aquellos acontecimientos y ya en la televisión se anunciaba el descubrimiento de un nuevo cadáver así como de una guarida, aunque sin dar muchos detalles. Desde que Graciela Carmona se apartara de la cobertura del caso, para sorpresa de todos y sin una explicación satisfactoria, ya no se le daba tanta importancia al caso, lo que era beneficioso, por una parte, porque Justo trabajaba sin esa presión malsana y Diana no veía amenazada su intimidad, pero también generaba el efecto de que la gente olvidara lo ocurrido o le importara menos y que no se preocuparan por reportar si veían una niña que encajara con la descripción de aquella que se encontraba desaparecida.

Diana veía esas noticias y pensaba en la escueta información que le diera Justo recientemente. Ella sospechaba que Justo ya no le facilitaría toda la información disponible para así evitar una acción inesperada de su parte. Pero el recelo de Justo no era su preocupación más importante en aquel momento. Diana había refrenado sus impulsos de

volver a escribirle al "guardián de los juegos" y, en cambio, obedeció sus instrucciones, esperando que fuera él quien se manifestara. Aquella mañana Diana fue despertada por un aterrador mensaje por parte del "guardián de los juegos": *Comienza nuestra última partida. Tienes 24 horas para encontrar a Mina. ¿Recuerdas el libro que le regalaste a ella? Te daré instrucciones si logras adivinar mi nombre, de lo contrario ya nunca podrás verla. Pero te daré una pista: confía en la voz de las noticias*. Desesperada Diana fingió que se sentía indispuesta y le dijo a su esposo que permanecería en cama, llamando seguidamente a la escuela para notificar su ausencia por reposo. En el cuento al que hacía referencia el "guardián de los juegos", el duende, que respondía al nombre de Rumpelstiltskin quería arrebatarle el hijo a la molinera transformada en princesa a menos que adivinara su nombre, que nadie conocía. Solo una afortunada casualidad le permitió conocer ese dato en el último instante y así lograr impedir que el duende cumpliera su palabra. Diana se encontraba en una situación semejante, pero sin la confianza de resolver el enigma antes que se cumpliera el tiempo. Ya sola en su casa y guiándose por la única pista que le ofreciera el "guardián de los juegos" se dedicó a no dejar de escuchar las noticias relacionadas con el caso, tanto en radio como en la televisión, pero no hubo nada que no supiera desde antes. Justo había manifestado su perplejidad al no encontrar ninguna pista sobre el nombre de este hombre en la juguetería, ni nada que denunciara su identidad. Era como si no existiera en ninguna parte o se hubiera encargado de borrar todo vestigio que revelara esa información imprescindible. A medida que las horas transcurrían, sus miedos aumentaban y se sentía tentada de llamar a Justo o Alex, para contarles lo que estaba sucediendo. Pero lo mejor era continuar jugando bajo el dictamen de sus reglas antes que acelerar un mal destino. Los presentimientos arreciaron poco después del mediodía y Diana decidió arreglarse con la intención de salir fuera de su casa, sin saber cuándo ni dónde, y una vez lista esperó sentada frente al televisor, confiando en que su cuento también tendría un final feliz. Fue en ese momento cuando recibió la llamada de Graciela:

—Hola, Diana. Seré breve y no preguntes cómo lo supe, pero es la verdad. El hombre que todos buscan se llama Bautista. Si hay alguna manera de encontrarlo tienen que hacerlo ahora. El tiempo se acaba.

—¿Graciela? ¿Estás bien?

—Espero que sirva de algo. No intentes contactarme.

La llamada se colgó y Diana ya tenía no solo la respuesta que tanto buscaba sino que a partir de eso infería la razón por la cual Graciela se retiró de sus compromisos televisivos. De alguna manera ella se encontraba amenazada por el "guardián de los juegos", por la cual prefirió huir. Pero no había tiempo para preocuparse por Graciela ya que Mina se encontraba en mayor riesgo. Era ahora o nunca el momento para salvarla. Sin preámbulos, Diana le escribió al "guardián" un mensaje de texto simple y de una sola palabra: *Bautista*. Diana leía el mensaje y veía en ese nombre tanto el secreto de una tragedia como la invocación para una salvación. Ahora estaba un paso más cerca de su reencuentro con Mina. Minutos más tarde, intervalos de tiempo que para Diana se medían en eternidades, la respuesta de Bautista vino con instrucciones claras: *Un tren partió hace dos horas. El próximo parte en 30 minutos. Deja que ese tren te lleve a la siguiente casilla para la próxima instrucción.* Diana salió fuera de su casa a la carrera, estimando el tiempo para llegar a la estación de trenes con prontitud. Tenía cinco minutos para agarrar el autobús que la llevaría a dicho lugar en otros diez minutos. El tiempo estaba contado y a Diana no le importó caminar con paso acelerado hasta la parada de autobuses ante la mirada distraída de los dos oficiales dentro de la patrulla policial encargada aquel día para vigilarla. Cuando se dieron cuenta, ya estaba por llegar a la parada. Uno de ellos se bajó corriendo tras ella en el preciso instante en que un autobús se detenía en la parada indicada. Diana no esperó que la detuvieran y se subió de inmediato tras correr el corto trecho que quedaba. Pudo ver el autobús alejándose y el policía dejado atrás,

de pie, en el medio de la calle con el rostro confundido. No tardarían en llamar a Justo y debía adelantárseles. Sus estimaciones casi coincidieron cuando al cabo de once minutos se encontraba a una cuadra de llegar a la estación de trenes. Se bajó inmediatamente y corrió hasta la taquilla para adquirir un boleto para el próximo tren, que partiría en menos de diez minutos. Le informaron que el siguiente tren en salir viajaría dos kilómetros hacia el oeste de la ciudad. Diana adquirió su ticket y se subió al tren, mientras esperaba que encendieran los motores para iniciar el recorrido. En ese preciso momento, su celular sonó y Diana pudo leer que se trataba de Justo. Dubitativa veía la pantalla de su celular brillando sin decidirse a contestar, hasta que finalmente tomó valor y atendió. La voz de Justo denotaba un profundo enojo:

—Diana, no nos hagas esto. Dinos hacia dónde te diriges.

—El guardián de los juegos me espera —confesó Diana—. Lo siento mucho, Justo, pero no tengo otra alternativa. Aún no recibo todas las instrucciones. Todo es parte de su plan y Mina se encuentra en peligro. Hoy su juego termina de un modo u otro. Ojalá puedan encontrarnos a tiempo, pero yo debo jugar su juego hasta el final. Se llama Bautista y no va a rendirse.

—¿Desde cuándo sabes su nombre? ¿Por qué no confiaste en nosotros? —preguntó Justo, con una nota de desesperación en su voz—. Si no puedo hacerte cambiar de opinión para que te devuelvas, por lo menos podrías decirnos dónde se encontrarán.

—Hay partidas que nadie puede jugar por ti—aseveró Diana— Me dirijo dos kilómetros hacia el oeste de la ciudad. Es todo lo que sé.

El ruido de motores anunció la partida del tren. Diana colgó la llamada, viendo como quedaba atrás el paisaje urbano, a medida que el tren avanzaba. Un suspiro hondo se atoró en su corazón confundiéndose con sus presentimientos. El recorrido del tren tardó menos de lo previsto y Diana se apeó en la estación mirando confundida a su alrededor. Escribió un nuevo mensaje a Bautista indicándole con una oración breve: *Ya estoy aquí*. Su respuesta, en cambio, vino acompañada con los adornos discursivos de costumbre: *En la feria de los tontos se encuentra un reino de juegos abandonado. En las ruinas de ese reino la princesa y su guardián te esperan*. Diana releyó el mensaje varias veces y se dispuso a buscar por la ciudad, tratando de preguntar la dirección de algo tan impreciso como lo descrito por ese mensaje. Aquel rincón de la ciudad no era tan vasto, pero no le bastaría un solo día para recorrerlo sin saber con claridad lo que buscaba. En un par de horas caería la noche y sus circunstancias no mejoraron cuando retumbó un trueno anunciando el principio de una terrible tempestad.

## Capítulo 13

Se llamaba Bautista. Muy poco podía decirse sobre su vida si les preguntabas a las contadas personas que lo conocieron, pero eso no quiere decir que no hubiera muchas cosas que contar sobre él. Se llamaba Bautista y no siempre fue el "guardián de los juegos" ni un asesino. Hijo de una familia de clase media acomodada huyó de su casa cuando su madre murió, tras un enfrentamiento con su padre para defender a su hermana. Ambos eran maltratados por su padre a expensas de la madre enferma, quien apenas notaba lo que ocurría en su casa, a medida que su vida se apagaba lentamente producto de una rara enfermedad tropical para la cual no había cura. Su padre no hizo nada para buscarlo, para así disponer de la herencia de su esposa al morir sin obstáculos en su camino. Desde entonces, a sus doce años, vivió en las calles sin haber terminado su educación escolar, desperdiciándose así la vida de un excelente estudiante a quien le fascinaba la lectura. Aunque vivía de la mendicidad, huyendo siempre de policías o trabajadores sociales, invertía parte de su tiempo en la biblioteca pública devorando todo tipo de libros. Fue allí donde entabló amistad con una bibliotecaria anciana quien le permitió dormir en las noches dentro de la biblioteca y le traía desayuno todas las mañanas al despertar. El resto del día debía valerse por sí mismo, ya que la señora no disponía de medios suficientes para mantenerlo. Durante años, su vida en la biblioteca fue casi perfecta a pesar de todas las carencias ya que incluso recibía el cariño de la anciana, quien lo quería como si fuera el hijo que nunca tuvo. Un buen día la señora no vino. Pasaron los días y la biblioteca permanecía cerrada hasta que vino una comitiva de la alcaldía para reabrirla con un nuevo encargado. Escondido entre las personas se enteró de la muerte de su amiga y prefirió huir enseguida embargado por la tristeza. A los 15 años, tras esa pérdida de alguien tan querido para él, se trasladó incansablemente de ciudad a ciudad, viajando entre trenes y autobuses sin permanecer mucho tiempo en un mismo sitio. Cuando cumplió los 17 años se encontraba en una localidad tranquila, idónea para permanecer un tiempo viviendo en parques y plazas. A veces hacía trabajos menores para ganar un poco de dinero como lustrar zapatos. Fue así como conoció a Julián, quien pagaba sus servicios como lustrador de zapatos y ambos entablaron curiosas conversaciones sobre la vida. Enternecido por la historia, que Bautista modificó a conveniencia diciendo que era el hijo huérfano de una pordiosera, le dio empleo en su juguetería. El señor Julián acomodó el depósito de la juguetería como una habitación para él y lo nombró su asistente de confianza. También le enseñó cómo salir de allí, en caso de emergencia, a través de una puertecilla que conducía a las tuberías subterráneas del edificio. Cada tienda tenía esta portezuela, ya que el edificio fue construido cerca de una fábrica que ya no existía, pero que podía representar un riesgo en materia de incendios. Algo que a Bautista le sería de utilidad posteriormente para salir y entrar en las noches, o a primera hora de la mañana, para así pasar desapercibido. Como ya estaba envejeciendo y presentaba resfriados constantes, Bautista quedaba absolutamente a cargo de la juguetería durante muchos días, siendo encargado de abrirla y cerrarla según el horario indicado y sin que nadie sospechara que él vivía allí. En una de estas ocasiones, conoció a Bárbara quien se encontraba fumando fuera de la juguetería llorando. Aunque Bautista fuera poco dado a conversar con cualquiera, le conmovieron las lágrimas de esa mujer y le ofreció un pañuelo. Ella sonrío y le ofreció un cigarro. Ese día aprendió a fumar y surgió entre ellos una rara relación, ajena a todo acercamiento erótico, una simpatía que los identificaba a través del dolor. Bárbara necesitaba un desconocido con el cual desahogarse y Bautista una amiga joven, ya que siempre fue un hombre solitario y sus únicos dos amigos a lo largo de su vida fueron ancianos. Por azares de las circunstancias, Bárbara lo incluyó parcialmente en su vida presentándole a sus hijos, conectando inmediatamente con la pequeña Mina y convirtiéndose en su protector. Jugaba con ella los fines de semana y a veces no abría la juguetería, los días en que Julián se encontraba indispuesto, para cubrir las

peticiones de emergencia hechas por Bárbara quien se ausentaba para correr detrás de los amantes que luego la abandonaban. Cuando se reconcilió con su hermana, Bárbara le pidió que redujera sus visitas y que nunca se presentara sin antes avisarle. A veces desobedecía las instrucciones y se ponía a la vista de Mina, saludándola a distancia frente al árbol plantado a pocos metros de la casa, cuando ella era la única que se asomaba. Cuando Bárbara empezó a salir con Daniel, nuevamente le pidió que no volviera a visitarlos ya que no sería bien visto y lo apartó abruptamente de Mina. Ese día comenzó a odiarla por haberle dado la ilusión de recuperar la familia que nunca tuvo realmente y dejarlo nuevamente huérfano. Y, entonces, ocurrió lo que ocurrió: movido por la rabia y tras pensarlo durante meses, creó para sí mismo un personaje que hiciera las cosas que él no se atrevía. Un antihéroe como los de muchas de sus novelas favoritas, esas que leyó durante años en la biblioteca pública. El guardián de los juegos rescataría a Mina y restauraría su felicidad. Después de haber cometido sus primeros crímenes, fue descubierto por Julián. Con las manos manchadas de sangre y una niña dentro de la juguetería, a primeras horas de la mañana. Tuvieron una breve pelea, pero Bautista era más fuerte y lo cargó hasta el segundo piso y allí lo estranguló. Permaneció en aquel sitio con Mina durante casi un mes, cerrando la juguetería desde adentro y haciendo uso de los túneles subterráneos para salir. Compraba comida y otros enseres para ambos con el efectivo que durante años acumuló, gracias al pago mensual que recibía como encargado de la juguetería, y se aseguró de comprar cal y arena para mitigar el olor del cadáver. Entraba y salía con cuidado gracias a su método secreto, como si se tratara de una rata escurridiza, confiando en que la fachada cerrada y el anuncio de clausura fueran suficientes para mitigar cualquier sospecha. Ya sin dinero, se encontraba acorralado y sabía que pronto lo aprehenderían. Visitó el apartamento de Julián junto a Mina, pero no consiguió nada de valor y solo durmieron allí una noche. Al día siguiente abandonaron el lugar cuando apenas amanecía, y topándose únicamente con la conserje en la planta baja, pero sin que esta supiera de cuál apartamento habían salido. En esos momentos retener a Mina ocupaba todos sus pensamientos, por lo cual tuvo aquel descuido de ser visto. El juego estaba llegando a su fin, de cualquier modo. Entretanto, prefería morir junto a Mina antes que perder su juego, pero necesitaba alguien que atestiguara su triunfo. Citó a Diana en una localidad cercana que había visitado durante sus años nómadas y esperaba pacientemente su llegada en un local de videojuegos abandonado dentro de un parque de diversiones. Afuera llovía torrencialmente y Mina dormía dentro de una cabina a su lado. Eran la una de la madrugada y en unas horas se acabaría el tiempo previsto. El sonido de la lluvia lo hipnotizaba y Diana seguía sin presentarse. Lentamente fue cayendo en un sueño profundo, derrotado finalmente por todos aquellos días en los que no se permitió ni un minuto de descanso.

***

Sola y desesperada, Diana deambulaba por las calles oscuras y solitarias de esa zona desconocida para ella. Seguía sin resolver el enigma. Con sus piernas cansadas de tanto caminar y sintiéndose derrotada por no hallar a su sobrina, ni tener una remota pista del lugar indicado por Bautista a través de sus enigmas, avistó a lo lejos lo que parecía un parque de diversiones cerrado por la hora y su rostro se iluminó. Supo que aquel debía ser el sitio indicado. Trepó una cerca corta hasta introducirse. Caminó con cautela entre las atracciones apagadas, hasta llegar a una nueva parcela que indicaba "Cerrado por mantenimiento". El corazón de Diana latía aceleradamente y empujó ligeramente una puerta para introducirse en el espacio prohibido. Se trataba de un amplio salón de videojuegos descompuestos, conformado por máquinas recreativas o de arcade, de todo tipo y diseño. Diana la recorrió ya sin esperanzas de encontrar a Mina o a Bautista cuando apreció un bulto a lo lejos, que correspondía a una figura humana recostada de espaldas a una máquina. Al acercarse pudo

ver a dos personas durmiendo, un hombre y una niña. Diana no pudo reprimir su sobresalto, ¡era Mina! La niña sintió el sollozo ahogado de su tía y se despertó, llamándola con alegría:

—¡Tía Di!

En el preciso instante en que la niña iba a pasar sobre Bautista para abrazar a su tía, este se despertó y no tardo en darse cuenta de lo que ocurría sujetando a Mina para impedir que siguiera en dirección a Diana.

—¡Suéltala!

Sin decir una palabra y evitando que Mina se le zafase de las manos, Bautista sacó un cuchillo. Diana retrocedió enseguida. Permanecieron en silencio sin apartar la vista el uno del otro. ¿Cómo era posible que una persona de apariencia normal y corriente albergara tanta maldad?

—No hay problema, guardián. Ella es mi tía —intercedió Mina—. Ella nos ayudara a llegar al castillo.

Diana le sonrió y Bautista se apartó de ella dando unos pasos hacia atrás sin soltar a Mina, cuando escucharon unos ruidos provenientes del exterior. Las voces de unos hombres, entre las que Diana pudo reconocer la de Justo. Habían localizado su ubicación, seguramente rastreando el GPS de su celular. Los ojos de Bautista se desorbitaron y gritó enloquecido:

—Esto no formaba parte del trato. Has traicionado el juego y ahora pagarás las consecuencias.

Bautista estuvo a punto de alzar el cuchillo contra Mina cuando Diana se abalanzó sobre él. Ocurrieron muchas cosas en poco tiempo: Mina se soltó corriendo hasta perderse de vista, Diana y Bautista forcejearon hasta que a este se le cayó el cuchillo y los ruidos de Justo, acompañado por el resto de oficiales, se sentían cada vez más cercanos. Diana estuvo a punto de gritar, pero Bautista la tumbó al suelo y comenzó a estrangularla. Diana intentaba soltarse, pero sin éxito hasta que, agitando sus manos, alcanzó un peñasco suelto del local semiderruido y se lo arrojó a Bautista, quien tuvo que soltarla. Diana tosía de rodillas, intentando recuperar la respiración cuando descubrió el cuchillo suelto y lo agarró antes que Bautista se lanzara de nuevo contra ella con el peñasco en la mano, con la intención de descargarlo contra su cara. Su acción se vio interrumpida por el grito de Mina a lo lejos, dentro de otra máquina de videojuegos inserta dentro de una estructura en forma de castillo:

—¡Bautista! Encontré nuestro castillo. Soy una princesa.

Mina lo saludaba desde la abertura en forma de ventana dentro del pequeño castillo de plástico y Bautista se distrajo para verla, ocasión que aprovechó Diana para clavarle el cuchillo en una pierna. Enseguida llegaron los policías al sitio y se encontraron con un Bautista sangrando, de rodillas, y a Diana a cierta distancia, todavía intentando recuperar la respiración. Bautista se esforzó en quitarse el cuchillo clavado en la pierna, lo cual representaba una herida dolorosa pero no mortal, para seguidamente correr hacia Diana para clavárselo, pero los policías reaccionaron inmediatamente y lo acribillaron a disparos hasta abatirlo. Diana se dejó caer en el suelo con la vista pérdida en el techo y agradeciendo que la pesadilla finalmente había acabado para siempre. Al poco tiempo fue reanimada por los abrazos de Mina y Alex, quienes la ayudaron a incorporarse levemente, arrodillándose a cada uno de sus lados. Los tres se abrazaron sin soltarse. Justo aguardaba a cierta distancia. Diana y él compartieron una mirada, mientras él les decía a sus hombres:

—Todos fuimos testigos que el asesino al que conocíamos como el "guardián de los juegos" fue herido hasta morir por nuestras fuerzas especializadas con el fin de salvar a las víctimas.

Diana veía a Justo con agradecimiento, sabiendo que sin su llegada providencial probablemente hubiera sido imposible para ambas salvarse. Pero la pesadilla había terminado, al igual que el juego siniestro de aquel asesino, y Diana se limitó a sentir alivio en los brazos de Alex y Mina rodeándola por completo.

—Estamos completos. —le dijo Alex susurrándole al oído.
—Como una familia. —alcanzó a soltar Diana con los ojos anegados en lágrimas.

## Epílogo

—¿Cómo lo está asimilando? —preguntó Rebeca—. Ella luce tan feliz. Nadie podría adivinarlo, si no conociera la historia. ¿Ya formalizaron el proceso?

Se encontraban tomándose un café en el apartamento de Diana. En vista de los recientes acontecimientos, Diana se había tomado unos meses libres y Rebeca, la madre de uno de sus alumnos, quiso ir a saludarla preocupada por ella. Alex se encontraba trabajando y Mina leía un libro recostada en el sofá de la salita, a la vista de ambas. Sonreía de vez en cuando, probablemente motivado por aquello que leía.

—¿La adopción? Sí, pronto Alex y yo seremos oficialmente sus padres —confirmó Diana—. Es raro. A veces pregunta por su madre y por su hermano. Y otras veces por ese monstruo. Poco a poco va comprendiendo lo que significa que alguien ha dejado de estar para siempre. Pero vamos construyendo este nuevo hogar entre los tres. Es una experiencia novedosa para todos, pero nos hemos adaptado. Es como si fuera algo que hemos estado esperando y finalmente lo conseguimos.

—Me alegra mucho, porque merecen ser felices —dijo Rebeca—. Le traje un regalo a Mina, pero no quiero interrumpirla en su lectura. Se lo puedes dar más tarde, ¿sí?

Rebeca le dio un paquete envuelto en papel de regalo y siguieron charlando calmadamente hasta que esta anunció que debía irse para recoger a su hijo en la escuela. Después de haberla despedido, Diana abrió el paquete envuelto, descubriendo que se trataba de una pequeña muñeca vestida de princesa. Sin decir una sola palabra, envolvió nuevamente la muñeca y la arrojó directamente a la basura. Ya suficiente habían tenido con aquellas fantasías de princesas y guardianes. Era mejor evitarle a Mina el recuerdo de Bautista y apartarla de tan nocivas fantasías. Se sentó luego al lado de Mina. Esta le dio el libro que traía en sus brazos, el cual lanzaba destellos por la estrella dorada que brillaba en su portada y Diana procedió a iniciar su lectura:

*—Había una vez un mundo hecho de nubes y deseos...*

# Resplandor en el Bosque

## Capítulo I

Detrás de las gotas de lluvia que resbalan por la ventana de la camioneta, Sarah puede ver los árboles gigantescos con los que a veces sueña. En sus sueños se ve rodeada por ellos, atrapada en aquel tupido bosque que ahora mira detrás del cristal, asustada por los extraños ruidos de la naturaleza y temblando por la falta de calor y comida; no le gustan esos sueños. Ahora trata de no pensar en esas horribles pesadillas, así que se detiene a apreciar lo bonitas que se ven las gotas de lluvia resbalando por el vidrio, le parece algo muy encantador y logra distraerse un rato. Pero entonces comienza a pensar en las tormentas y en el invierno que se aproxima; siente cómo sus manos se entumecen de frío e intenta protegerlas halando las mangas de su suéter azul claro; logra calentarlas un poco, pero sus dedos no pueden ser cubiertos por las mangas y se quedan helados fuera de ellas. No le gusta el invierno, le parece que el clima hace que las personas se sientan tristes, que las casas parezcan abandonadas y que no resulte nada divertido salir a caminar. Hay una cosa más que la entristece, lo que realmente le disgusta del invierno: los recuerdos que éste le trae.

Su padre la mira por el retrovisor y siente algo de nostalgia al notar que con aquel suéter se ve muy parecida a su madre. La niña tiene la misma nariz puntiaguda y los mismos ojos claros y redondos que su progenitora, el cabello lacio y castaño lo sacó de él. Los colores fríos y claros le quedan muy bien, hacen que sus ojos verdes resalten y que el parecido a su mamá se haga más notorio que de costumbre. El señor Swan deja de ver a su hija y vuelve a repasar las cosas que tiene que hacer al día siguiente. Tendrá que anotarlas todas al llegar a casa porque si no, al ser tan numerosas, se le olvidarán. Mira de reojo, de nuevo, por el retrovisor y observa a su hija algo taciturna, perdida en sus pensamientos. No es raro verla así, pero preferiría enterarse si es que algo malo le ha sucedido en la escuela, así que intenta empezar una conversación con ella.

—¿Te fue bien en la escuela, Sarah?

—Sí. —Sabe que ella no le dirá más, pero también está seguro de que la niña no miente. Si le hubiera ido mal o le hubiera pasado algo desagradable no hubiera respondido siquiera, la conoce muy bien.

Sarah Swan no es una chica de muchas palabras. Aunque su papá es la persona con la que más puede hablar la pequeña, no le dice mucho. Cada vez que va a recogerla a la escuela la ve sola, sentada en las gradas de la entrada, trenzando su largo y castaño cabello, jugando con sus dedos o tarareando muy suave alguna de las canciones de cuna que su madre le cantaba cuando era bebé. Después de llamarla por su nombre ella se sube al auto sin decir nada. En el camino, algunas veces, le cuenta sobre algún nuevo tema aprendido o sobre alguna cosa divertida que le ha sucedido, pero apenas él quiere extender la conversación, ella comienza a dar respuestas muy directas y concisas. Algunas otras veces él intenta empezar una plática y mantenerla durante el trayecto de la escuela a casa, pero casi siempre aquel intento es vano y la niña, después de decir unas pocas palabras, se queda totalmente callada. Solamente habla cuando es realmente necesario o cuando algo muy importante le ha pasado. Habló bastante, por ejemplo, la vez que reprobó un examen de matemáticas y le pidió ayuda a papá para estudiar; pero por lo general no tiene nada qué contar ni qué decir. Sus maestros y compañeros ya conocen su temperamento hace tiempo y se han acostumbrado. La dejan en paz, saben que a ella no le gusta mantener charlas muy largas, saben que no deben esforzarse demasiado en comunicarse con ella porque no tendría muchos resultados. A pesar de su extrema timidez y su constante melancolía Sarah es una niña bastante normal. Es muy soñadora, muy buena alumna y muy considerada con las personas que la rodean.

Las constantes lluvias hacen que el camino se ponga gredoso y resbaloso. Al señor Swan no le gusta manejar en aquellas condiciones, menos aun cuando sabe que faltan todavía unos cuantos kilómetros para encontrar las primeras casas después de aquel largo bosque. Voltea

levemente la cabeza y mira a su hija en silencio, ella no despega la mirada de la ventana. ¡La ve tan pequeña y tan indefensa! A pesar de que la niña ha cumplido los diez años hace unas semanas, su apariencia es aún muy frágil, incluso más frágil que la mayoría de las niñas de su edad. Se acuerda del día que nació, se acuerda de sus manos diminutas, de sus piececitos chiquitos; recuerda cómo él le juraba a su esposa que cuidaría de la pequeña, aun a costa de su propia vida, y que haría que los tres fueran inmensamente felices. Tiene muy presente la imagen de su esposa sonriendo al escuchar sus palabras. Después de la muerte de la señora Swan, él no está seguro de poder cumplir sus juramentos, ni siquiera sabe si está en camino de cumplirlos. Sarah no es una niña que demuestre mucha felicidad, casi nunca sonríe y él sospecha que no es feliz. Siente, además, que tal vez él no podrá protegerla por siempre, que quizá ni siquiera puede protegerla lo suficiente ahora. A veces lo invade el miedo de fallarle a su amada y, aunque ella ya no está en este mundo, no le gustaría romper sus juramentos. Vuelve a concentrarse en el camino, no quiere seguir pensando en el pasado, no quiere seguir sintiendo miedo y, sobre todo, no quiere provocar un accidente por perderse en aquellos tristes pensamientos. Mira el cielo y ve que no quedan muchos minutos más de luz. Acelera un poco para no tener que manejar de noche por aquel horrible camino, aunque no sirve de mucho hacerlo pues el estado de las vías no permite que la camioneta alcance más velocidad. Las llantas se estancan en el suelo gredoso y al acelerar solamente dan más vueltas sobre el lodo. Resignado al notar que solamente empeora las cosas si intenta correr va desacelerando poco a poco. Espera no atascarse en el barro como la semana anterior en la que tuvo que caminar varios kilómetros para encontrar ayuda. Por suerte ese día estaba solo y no tuvo que dejar a Sarah en el auto mientras iba en búsqueda de alguien que pudiera auxiliarlo. Ahora sabe lo tedioso que es sacar una camioneta que se ha metido a un hueco enlodado bajo la lluvia y no quiere volver a pasar lo mismo, menos con Sarah en el auto.

La niña percibe que la lluvia comienza a caer más intensamente y ya no la deja ver el paisaje, lo que la alivia un poco, así ya no verá el bosque de sus pesadillas. Siente sus manos más frías que antes, a pesar de habérselas cubierto con las mangas de su suéter. Acomoda de nuevo sus mangas dejándolas sobre las muñecas y, mientras se frota las manos para calentarlas un poco, ve las gotas que se deslizan por el vidrio. Le gusta bastante la imagen que van formando, le parece que es muy hermosa, pero a pesar del placer que encuentra en ello no deja de sentir un poco de pena por los recuerdos que le trae la lluvia. Se queda mirando fijamente por la ventana y la tímida sonrisa que había empezado a formarse en su rostro se ve desplazada por un gesto de angustia. Los días posteriores a la desaparición de su madre fueron muy parecidos al día de hoy. Llovía constantemente y hacía mucho frío, Sarah no recuerda si era invierno, quizá todavía no lo era. Es por eso que la lluvia y el invierno siempre la devuelven a aquella época lejana y triste. Empieza a recordar sin tener la intención de hacerlo, los hechos saltan a su memoria. Se acuerda de como todas las personas del pueblo colaboraban de distintas maneras con la familia Swan. La vecina de enfrente, una dulce mujer que había quedado viuda dos años después de casarse, cuidaba de la niña mientras su papá iba en búsqueda de su esposa acompañado por otros vecinos. La señora Smith, que es ahora maestra de lenguaje en la escuela, cocinaba para la pequeña y su padre. Todos se preocuparon mucho y ayudaron en lo que pudieron. Fue en esos tiempos que una de las vecinas le tejió un suéter y, desde entonces, se hizo tradición que en cada invierno le tejiera una diferente. Algunas veces Sarah acompañaba a su padre en sus expediciones, pero se sentía engañada cuando pasaban horas y no encontraban ningún rastro de su madre. No le gusta recordar esa época pues, aunque ella sintió el cariño de todas las personas alrededor y no entendía bien qué era lo que sucedía, supo que era posible que no volviera a ver a su madre nunca más y esa es una de las peores cosas que puede pasarle a un niño pequeño. Con todas aquellas memorias, se le hace un nudo en la garganta y cae una lágrima por su mejilla; la seca rápidamente, no quiere que su papá la vea llorar. Trata de distraerse, de pensar en otras cosas,

de recordar momentos menos tristes. Piensa en el libro que le dieron en la escuela hoy, trata de recordar el título sin sacarlo de la mochila pues es un título bonito y que llamó su atención cuando la maestra lo mencionó. Pone sus esfuerzos en eso, pero no lo consigue. Le cuesta mucho concentrarse, sigue sintiendo un nudo en la garganta y eso no la deja pensar con claridad. En su vano esfuerzo por recordar el título del libro le viene a la memoria la tarde que encontraron la bicicleta de mamá con la llanta pinchada en el borde del bosque, fuera de la barandilla de seguridad. Nunca pudo olvidar aquella imagen. Justo esa tarde papá decidió llevarla con él y un amigo a la expedición. No sabía bien por qué pero ella se sentía esperanzada. Pasaron por la misma vía que ahora recorren solos los dos y en medio del camino vieron un auto de la policía y frenaron. Después de eso, ella solamente se acuerda de haber bajado del auto y, al asomarse al abismo, tiene claro haber visto la bicicleta de su madre destrozada. No recuerda más de aquella tarde. Esa noche soñó, por primera vez, que ella misma se perdía en el bosque y que tenía que esconderse de los distintos animales extraños que rondaban cerca; desde entonces la pesadilla se convirtió en algo constante.

Piensa en su madre, en el dolor que siente por no saber qué le ha ocurrido. Vuelve a resbalarse una lágrima por su mejilla, pero a esta le siguen varias. Para su suerte, su padre está muy concentrado en el camino y no la ve, ni siquiera la escucha suspirar con pena. Sarah ya no siente vergüenza de sus lágrimas, tampoco siente vergüenza de recordar todos aquellos hechos tan tristes. Ahora se detiene, sin reparos, a pensar en todos los detalles del pasado. Trata de acordarse del rostro de su madre, le cuesta mucho, pero puede evocar sin dificultad su voz y es que la voz de la señora Swan era muy hermosa, muy dulce, de hecho alguna vez había cantado en el coro de la iglesia como soprano y le habían dado un par de solos. La pequeña recuerda las canciones de cuna que le cantaba cuando era pequeña, nunca se pudo olvidar de ellas y, de alguna forma, siempre sintió que la acercaban a su madre, aun cuando ya llevaba años sin escucharla ni verla. Tararea en voz muy bajita una de esas canciones mientras sigue mirando por la ventana; su papá la escucha, pero no le presta demasiada atención porque sigue muy concentrado en el camino.

El cielo está más oscuro y recién entran a la zona de curvas, falta poco menos de media hora para llegar a casa. El señor Swan se pone muy tenso. Él también odia el invierno, pero no por las mismas razones que Sarah. A él no le molesta el frío, ni que las personas se sientan más tristes, ni las casas que parecen abandonadas. Lo que a él sí le molesta es la lluvia, manejar en medio de ella y tener que atravesar aquel camino gredoso y peligroso en medio del bosque en el que su esposa se perdió hace cinco años. Antes de la desaparición de Anna, su esposa, él se divertía mucho manejando en aquellas condiciones, le parecía que se encontraba frente a un reto; pero después comenzó a sentir miedo de muchas cosas, entre ellas de perder a Sarah de cualquier forma, o de que ella se lastimara, así que empezó a manejar con más precauciones para evitar cualquier tipo de accidente. Ahora está muy nervioso, la lluvia sigue cayendo y haciéndose más intensa, su niña está cantando y eso lo desconcentra, además empieza a soplar un viento que se irá haciendo cada vez más fuerte, como siempre sucede en esta época. Le pide a su hija que deje de cantar para poder concentrarse más en el camino, la pequeña hace caso sin reprochar ni refunfuñar.

A pesar de las preocupaciones que tiene como padre y su apuro por llegar a casa, al señor Swan le cuesta mucho apartar de su cabeza algunos recuerdos que le provocan mucha nostalgia. Y es que, al igual que Sarah, hace años que no puede pasar por aquel lugar sin sentir un poco de pena. Después de que encontraron la bicicleta de su esposa al borde de ese bosque, él dejó una cruz para que la gente la recordara cada vez que pasaran por ahí. Hace cálculos en su cabeza, faltan unos pocos minutos para verla a un lado del camino. El cielo está casi negro, el alumbrado público de la vía se enciende, pero no funciona muy bien y proporciona una luz intermitente. El hombre comienza a desesperarse, ya se le hace difícil divisar bien la vía y pronto, cuando se ponga totalmente oscuro, no podrá ver casi nada.

Sarah cierra los ojos, ella también sabe que pronto pasarán por el lugar en el que se encuentra la cruz de su madre y prefiere no verla. Trata de pensar en otras cosas. Es una tarea muy difícil ya que el nudo que aprieta su garganta hace que le sea casi imposible despejar su mente. Con los ojos cerrados trata de recordar las cosas buenas del invierno: el chocolate caliente que prepara su papá, las prendas de ropa preciosas que le teje la vecina y sus botas rosadas de lluvia. Se distrae un poco y vuelve a tararear una de las canciones de cuna de su madre sin darse cuenta; su padre no le dice nada concentrado en que ha logrado distinguir la cruz en la oscuridad y en que también experimenta el recuerdo agridulce de su esposa. A él le gustaba mucho escucharla cuando le cantaba esas canciones a la pequeña. Después de unos minutos, al escucharse a sí misma cantándolas, Sarah vuelve a derramar unas cuantas lágrimas más que hacen que su voz se quiebre un poco. El señor Swan la mira por el retrovisor y, preocupado, voltea la cabeza para ver qué le sucede a su pequeña. Ella está mirando por la ventana, llorando en silencio y sin moverse.

—¿Estás bien, Sarah?

—Sí, papá.

No quiere insistir. Aunque se queda preocupado por su pequeña, prefiere no molestarla demasiado.

Falta todavía un buen trecho y el señor Swan decide que es mejor concentrarse en la vía. Voltea para ver nuevamente el camino y nota que están al final de una curva. Asustado, gira con rapidez y toma con fuerza el volante que se le resbala un poco de las manos, lo que hace que el vehículo se sacuda. Suspira por el estrés que le ha producido aquello y vuelve a mirar a su hija, por el retrovisor, para ver si se ha lastimado. La pequeña se ha asustado por aquel brusco movimiento, tiene la cara pálida y se seca las lágrimas que antes había dejado en su cara, pero parece estar ilesa. Él quiere preguntarle si está bien, si no se ha chocado con nada. Antes de dirigirse a ella vuelve la vista otra vez a la vía y se da cuenta de que un venado ha saltado en medio del camino y que, si no reacciona velozmente, chocarán con él. Gira el volante con rapidez, logra esquivar al animal, pero pronto se ve metido en uno de los costados de la carretera sobre un suelo aún más resbaladizo que el del centro. Ya no puede controlar la dirección, la pequeña grita, la camioneta comienza a patinar y, en menos de diez segundos, los gritos de la niña dejan de escucharse. El señor Swan toma con todas sus fuerzas el volante tratando de enderezarlo y de devolver el auto a la ruta, pero el vehículo sigue patinando. La camioneta se sale completamente de la vía y choca contra la barandilla de seguridad, que se va doblando por el peso del vehículo hasta que se rompe, dejando la camioneta en un borde. El señor Swan reacciona después de unos pocos segundos de confusión, se toca la nuca que le duele intensamente y se da cuenta de que está sangrando. A pesar del dolor y de la preocupación por aquel hilo de sangre que va saliendo de su cabeza, su amor paternal no lo deja abandonar su rol de padre así que se desabrocha el cinturón de seguridad y vira la cabeza para ver si Sarah se encuentra bien. Cuando lo hace, no ve a la niña en la parte de atrás y entra en un ataque de pánico, como si el alma se saliera de su cuerpo. Mueve la cabeza en todas las direcciones y no encuentra a su hija, se desespera; entonces advierte que todas las puertas y ventanas del auto están cerradas lo que hace que vuelva en sí, pues comprende que la niña no se ha salido del auto y que debe estar agachada en alguna parte tratando de protegerse. Enciende la luz de la camioneta desesperadamente, tiene las manos temblorosas y la respiración entrecortada. Se encuentra con que Sarah se ha desmayado y casi todo su cuerpo está apoyado en la puerta, la que da a un abismo por el cual la niña podría caer al bosque si se abriera. Revisa con la mirada si es que su hija lleva todavía puesto el cinturón de seguridad y se siente un poco más aliviado al notar que sí. Aterrorizado intenta alcanzar a la pequeña pero repara en que su asiento se ha salido de lugar y sus piernas han quedado atrapadas bajo el volante. Intenta zafarse con brusquedad, pero el esfuerzo solamente hace que la camioneta comience a balancearse. Llama a su hija desesperadamente,

el ruido de la lluvia no ayuda mucho en esta tarea ya que es muy fuerte. La pequeña no despierta y él no puede alcanzarla, no puede moverla.

Un trueno hace que la niña reaccione y despierte. Lo primero que la chiquilla ve a través del vidrio es el oscuro abismo que la separa del bosque. Se asusta y comienza a gritar muy fuerte. Su padre voltea y trata de hablarle, de decirle que se calme. Después de unos segundos, la niña escucha al fin a su padre y se tranquiliza un poco. Mira aquel abismo y se da cuenta de que lo único que le queda es mantener la calma y hacer caso a su papá.

—Mi pequeña, ten calma. Saldremos de esto.

—Sí, papi.

—No puedo alcanzarte, así que tendrás que alcanzarme tú.

—Está bien, papá. —Ruge un relámpago que hace que Sarah se asuste y vuelva a gritar.

—Mi nenita. Mírame, por favor. Ten calma. —Sarah no puede dejar de gritar, ya no le responde a su padre. Por su cabeza pasan todas las pesadillas en las que se ha visto a sí misma atrapada en aquel bosque tupido y oscuro. Cierra los ojos y se ve prisionera entre los árboles, muerta de miedo y de frío.

—Hijita. Aquí estoy yo y no voy a dejar que nada te suceda. — Sarah trata de respirar, abre los ojos y mira a su padre, no quiere ver a los lados.

—Eso es, mi niña… Ya no temas. Ahora quítate el cinturón de seguridad.

—¡No!

—Hijita. Tienes que hacerlo para poder llegar a mí.

—¡Tengo miedo!

—Mírame. No te va a pasar nada, lo prometo —Sarah mira a su papá fijamente y cobra valor. Sus manos tiemblan, así que le cuesta quitarse el cinturón, pero lo hace. Con el movimiento el auto se inclina un poco hacia el abismo, la pequeña vuelve a gritar y se queda inmóvil, sentada sobre la puerta de la camioneta.

—Tranquila, Sarah. Tienes que mantener la calma, por favor. —Sarah ya no puede volver a escuchar a su papá, ha entrado en pánico total y grita sin parar.

—¡Sarah, por favor!

Otro poderoso relámpago hace que ella se asuste mucho más y entonces comienza nuevamente a recordar todas sus pesadillas. Sarah no puede dejar de gritar. Los truenos y relámpagos hacen que la niña se desespere más y comience a moverse para aferrarse a algo y salir de una vez de esa situación; ya no puede pensar con claridad y su padre se desespera. De pronto, ambos escuchan cómo el cristal de la ventana se quiebra. Sarah mira a su padre fijamente, con terror en sus ojos, y él se angustia ante aquella mirada llena de miedo. Trata de alcanzar a la niña, sin lograrlo. Con todo el movimiento de brazos de ambos para tratar de alcanzarse, la niña se golpea la cabeza y vuelve a desmayarse. Es entonces que el cristal termina de quebrarse y se rompe. La lluvia comienza a entrar a la camioneta, los cristales van cayendo por el abismo, pero lo único que puede ver el señor Swan es a su hija desvaneciéndose a través de la ventana sin vidrio y cayendo hacia aquel bosque oscuro. Ve como algunos de los cristales se incrustan en el cuerpo de la niña y la lluvia la moja. Grita y se desespera, le es muy difícil moverse. Quiere salir por la ventana, tomarla por los pies y subirla a la camioneta para luego llevársela a casa, pero sigue atrapado entre el asiento y el volante. Sarah se pierde en la oscuridad de la noche, él deja de verla, ya ni siquiera puede distinguir su silueta. Petrificado, lanza un grito muy potente que es seguido por el ruido estruendoso de un trueno que hace que el sonido de su voz se pierda por completo.

## Capítulo II

El cielo está completamente negro y hace mucho frío. Sarah mira a su alrededor y solamente ve árboles y plantas que apenas logra distinguir. De pronto, una horrible bestia se le acerca, no puede observarla bien por la oscuridad, pero escucha sus ruidos y puede sentir que la mira, que la acecha. Comienza a llover y la bestia se le va acercando. Se queda petrificada bajo las gotas de lluvia, mirando aquella silueta monstruosa que se va moviendo lentamente, que se va aproximando más. Puede escuchar sus pasos y eso hace que su corazón comience a latir más rápido. El ritmo de su respiración va subiendo, entonces toma valor y comienza a correr escapando de la bestia. Aquel abominable animal corre más rápido que ella y la persigue. Sarah mira a su alrededor y no ve nada con qué defenderse, sus manos sudan a pesar del frío, la bestia está cada vez más cerca y ella escucha, con mayor intensidad, sus pasos y su respiración. Voltea para tratar de verla con más claridad, pero sigue vislumbrando solamente una silueta muy grande y robusta. Ya muy agitada se da cuenta de que no va a poder huir, así que intenta trepar a un árbol, pero todo está muy resbaloso por la lluvia. Logra, con mucha dificultad, agarrarse de una rama e intenta levantar su cuerpo para treparse a ella, pero le cuesta mucho. Apenas logra subir su torso, cuando escucha cómo la rama se quiebra y se desprende del árbol. Cae con brusquedad al suelo, pero no le duele porque está más preocupada por escapar que por cualquier otra cosa. Comienza a experimentar muy cerca, casi en la nuca, la respiración de su acechador. De pronto, la vista se le nubla, pierde todas las fuerzas, no quiere mirar hacia atrás y no puede hacer otra cosa que gritar desesperadamente. En medio de sus gritos escucha un estruendoso trueno que la despierta y se da cuenta de que estaba soñando.

Se encuentra sobresaltada y agitada. Tarda unos cuantos segundos en terminar de comprender que ha despertado y que aquella travesía era producto de su imaginación. Su corazón sigue latiendo rápido, sus manos sudan y todavía siente escalofríos. Recobra un poco el aliento y, confundida aún por el sueño, comienza a llamar a su papá desesperadamente, está muy asustada. Nadie le contesta. Le duele todo el cuerpo, sus pies se congelan y su corazón late muy rápido, puede escucharlo a pesar del fuerte sonido de la lluvia. Vuelve a llamar a su padre, él sigue sin contestarle. Angustiada comienza a llorar de miedo y entonces otro trueno hace que se asuste más. Trata de encontrar sus frazadas para taparse, estira sus manos y no siente las frazadas; se encuentra, en cambio, con un montón de lodo a su alrededor. Toca su ropa y lo que puede llegar a palpar a su alrededor, para darse cuenta de que todo está mojado y lleno de lodo. Junta sus manos para calentarlas un poco, están muy sucias, pero aún así las frota y, con la fricción, comienza a dolerle mucho la palma de su mano izquierda. La acaricia con los dedos de la otra mano y cada vez que toca el centro de esta el dolor vuelve con intensidad. Se da cuenta de que tiene una herida abierta y que sigue sangrando. Intenta recordar el momento en el que se hizo esa herida mientras siente las gotas de lluvia que van cayendo sobre ella. Muy confundida trata de levantarse pero no tiene las suficientes fuerzas para hacerlo, su cuerpo está muy débil, además le duelen bastante las piernas. Se desespera, su respiración se acelera aún más, gira la cabeza para entender qué es lo que sucede, para tratar de ver el lugar en el que se encuentra. Está muy oscuro y en medio de esa terrible oscuridad, interrumpida a veces por relámpagos, apenas puede divisar las siluetas de algunos árboles en el horizonte. Le duele mucho la cabeza, siente que se la ha golpeado y le angustia no recordar el golpe.

Su respiración comienza a entrecortarse, su cuerpo tiembla, sus pies se congelan por el frío, quiere moverlos para calentarlos un poco, pero no lo logra. No importa hacia dónde mire, se encuentra, por todas partes, con el mismo paisaje oscuro y sin nada de luz, con las mismas siluetas difusas de árboles gigantes, con el mismo suelo enlodado. Grita, cada vez grita más fuerte, pero sus gritos no son escuchados por nadie. Trata de despertar de esa

horrible pesadilla y no encuentra la forma de hacerlo, intenta levantarse, pero su cuerpo no le responde. Se pellizca para salir de ese sueño, para convencerse de que está soñando, pero el pellizco le duele y, de hecho, se da cuenta de que tiene una herida que sangra en el lugar que acaba de apretarse. Vuelve a llamar a su padre para que sea él quien la despierte, pero sus gritos solamente los responde el sonido de los truenos y de la lluvia.

Indignada por la impotencia, la pequeña comienza a llorar desconsoladamente, acompañando su llanto con más gritos. Se lastima la garganta de tanto gritar. Ésta comienza a dolerle muchísimo al igual que el pecho y el resto del cuerpo empieza a entumecérsele a causa del frío intenso. Trata de gritar una última vez; ya no está segura de seguir soñando y, poco a poco, puede vislumbrar con más claridad los árboles a su alrededor. Su intento de gritar es vano pues esta vez la voz no le sale, se le quiebra y entonces llora con más desesperación. Ahora la mirada se le nubla por todas las lágrimas que caen sin cesar. Cierra los ojos con fuerza, eso la hace sentirse un poco más segura. Comienza a imaginar, sin querer, a su madre gritando en medio del bosque, buscando ayuda, arrastrándose por el lodo llena de heridas e invadida por el pánico. La imagen no le gusta así que vuelve a abrir los ojos, pero tampoco le gustan las siluetas oscuras que se distinguen a su alrededor, imagina que son gigantes que quieren comérsela o bestias horribles que la miran y que pronto correrán hacia ella. Vuelve a cerrar los ojos y se figura que esas siluetas se acercan mostrándose como horribles seres deformes que ella no puede distinguir bien, que la rodean y que estiran sus garras para hacerle daño. Vuelve a abrir los ojos, pero sus lágrimas le nublan la vista y ya no la dejan ver nada, por lo que se asusta mucho más.

Sarah ya no sabe qué hacer. No puede levantarse, no quiere mirar a su alrededor, tampoco quiere seguir con la mirada nublada por las lágrimas y siente que su cuerpo comienza a congelarse. Se acurruca en el lodo tratando de calentarse un poco. En vano intenta dejar de llorar, pues está muy asustada. Cierra los ojos y con el poco calor que logra conseguir, empieza a dormirse. Se le hace más fácil dejar de imaginar cosas en ese estado, así que se deja llevar hacia un sueño más profundo. Sueña con una luz que aparece en medio de todo su terror, una luz que le permite ver en la oscuridad y gracias a la cual puede vislumbrar un camino. El sueño no dura mucho y después de seguir por un rato aquella luz su sueño se interrumpe, las imágenes desaparecen y ya no ve ninguna luz, su mente se pierde anulando todos los pensamientos y todas las imágenes. Cuando uno le teme demasiado a la muerte el cuerpo hace hasta lo imposible para no someterse a ella. La pequeña Sarah es aún muy chiquilla para no tenerle miedo, es más, le tiene terror. Poco a poco va saliendo de aquel adormecimiento total, vuelve en sí muy lentamente. A pesar de tener la intención de quedarse en ese estado y de morir sin sufrir más, su cuerpo no está preparado para ello. Comienza a sentir algo en el pecho, algo tibio, algo que late. Es su corazón haciéndole notar que sigue con vida. Lentamente, sus párpados se despegan y su mente vuelve a funcionar. Despierta y no tiene idea de cuánto tiempo ha estado tirada ahí, en el lodo. Pueden haber sido segundos, minutos, horas o incluso días, no lo sabe. Casi no siente su cuerpo, se le hace muy dificultoso respirar y le cuesta creer que está viva en medio de ese horrendo bosque. Piensa que tal vez su madre murió congelada, piensa que tal vez es mejor dormirse y morir de frío sin sentir más dolor, piensa que prefiere eso a encontrarse con alguna abominable criatura que quiera comérsela, o a morir ella de hambre. Pero esta vez su cuerpo no le ha permitido el lujo de morir tan fácilmente.

Aunque la lluvia sigue cayendo y moja su cuerpo por completo, ella ya no se siente mojada, tampoco percibe cómo caen las gotas sobre su cara ni las heridas de sus manos en las cuales ya se ha coagulado la sangre. Vuelve a cerrar los ojos para dormirse, aún tiene la esperanza de morir adormecida por el frío. Pero su desventura es tal que ya no puede imaginar nada por lo que, sin tener con qué distraerse, se queda pensando en lo lindo que sería morir de esa manera: dormida y sumida en un profundo sueño. Un trueno la hace volver

en sí y abre los ojos. No puede ver nada. Todo está aterradoramente oscuro. Parece que estuviera encerrada entre cuatro paredes negras que no la dejan distinguir ni siquiera una sombra. Le teme a esa oscuridad, sus ojos no pueden diferenciar ni su propio cuerpo del paisaje. De pronto, en medio de toda esa oscuridad, siente una presencia extraña detrás de ella. Trata de moverse, de darse la vuelta, pero el cuerpo no le responde. Intenta gritar y ni siquiera puede mover los labios. Cierra los ojos con fuerza esperando que le vuelva el sueño para morir sin enterarse cómo. Pero para su desgracia ya no puede adormecerse, ni siquiera puede relajarse; está realmente asustada. Aquella presencia se dedica a observarla, ella lo siente. Comienza acercársele lentamente. Al notar que no va a poder dormir de nuevo, Sarah desesperadamente trata de moverse. Su cuerpo, totalmente entumecido por el frío, no le responde lo que la lleva a un estado de terrible impotencia que ni siquiera logra expresar con ruidos por lo desgarrada que tiene la garganta. Piensa en aquello que se le acerca, podría ser cualquier cosa. En la oscuridad las posibilidades son infinitas. La niña pierde todas sus esperanzas y se hace víctima del pánico. Aquella criatura puede ser muy hostil y despiadada, seguramente no le perdonará la vida ni reparará en sus gritos o en su dolor. No quiere morir así, no quiere ser la cena de nadie y menos de un feroz animal del bosque al cual tanto teme. Casi no puede escuchar nada, pero presiente que aquella cosa respira y se desplaza a poquísimos metros de ella. Se aterroriza, intenta moverse, balancear un brazo, una pierna, cualquier parte de su cuerpo, pero no lo consigue por más que lo intente. Su cuerpo se queda completamente tieso a causa del pánico. De pronto, casi por milagro, logra mover un poco los dedos de su mano derecha. No se lo puede creer y se le caen varias lágrimas de la emoción. Los va moviendo, cada vez más rápido, hasta que intenta mover toda su mano, pero al notar que no puede, vuelve a su desesperación. Resuena un trueno bastante cerca, lo sabe por la luz que no tarda en aparecer. Quiere gritar y su voz no sale. Al fin, después de mucho intentar, logra mover su mano entera y a esta le sigue la otra mano. Trata de estirar sus brazos pero siguen todavía congelados. Comienza a sentir en el pecho su propia respiración, se va acelerando poco a poco pero aún es muy débil, casi imperceptible. Sacude furiosamente sus manos hasta que, tal vez por inercia, su brazo izquierdo se sacude junto a la mano. La criatura camina por el lodo y se acerca cada vez más. La niña se arrepiente de todo lo que está haciendo y piensa que tal vez habría sido mejor no captar su atención y seguir durmiendo como si estuviera muerta. Estira sus brazos, palpa con las manos una especie de roca y la usa como apoyo para arrastrarse hasta ella. Logra mover un poco su cuello, quiere mover los labios pero todavía no los siente. Se agarra de la roca y trata de incorporarse, pero no puede cargar todo el peso de su cuerpo con los brazos, está muy débil. Con el esfuerzo, en este intento nota que puede mover un poco la espalda así que comienza a arrastrarse como un gusano a través del lodo. Un nuevo trueno le permite aprovechar la luz del relámpago que le sigue para ver a la bestia que la hostiga, pero no puede distinguirla entre los árboles. Sin embargo sigue adelante sin rendirse, ya es muy tarde para hacerlo. Comienza a tomar conciencia de su abdomen, le duele, se da cuenta de que tiene pequeños raspones, pero sigue arrastrándose.

Había tenido muchas pesadillas en las que se perdía en aquel bosque, había soñado las cosas más horribles que su imaginación le permitía experimentar, pero ninguno de sus sueños puede compararse, en lo más mínimo, con lo que ahora siente. El frío entumeciendo el cuerpo y el terror de ser devorada son sensaciones que solamente se conciben en su totalidad cuando uno las vive en carne propia y Sarah se da cuenta de eso, entiende que ninguna de esas escenas podría haber pasado antes por su cabeza. Aquella sensación de estar muriendo bajo la lluvia, cubierta de lodo y acechada por un animal gigantesco y monstruoso, que ni siquiera se puede vislumbrar en la oscuridad, es mucho más fea que todas las pesadillas que tuvo en su vida. Ella llora mientras se arrastra, llora por la intensidad de todas esas sensaciones juntas. Nota que al fin puede mover un poco sus labios, pero sigue sin voz y con las piernas y los

pies totalmente adormecidos. El pánico, el dolor, la angustia y la impotencia se mezclan dentro de ella llevándola a una crisis. El abdomen le arde por la fricción al arrastrarse, pero considera que tiene que seguir a pesar de las incomodidades. Su vida corre peligro y ella es la única que puede lograr su propia salvación. Se arrastra cada vez más rápido y no llega a ningún lugar bajo el cual protegerse de la lluvia, en el que logre esconderse de aquel animal que, sigilosamente, la acosa. Siente, entonces, que se le clava algo en el pecho y quiere gritar de dolor. Quiere lanzar un alarido que no llega a sonar porque apenas emite un extraño sonido casi mudo de su garganta. Le fluyen lágrimas mudas de los ojos. Ya no va a tener fuerzas para arrastrarse mucho tiempo más, su cuerpo se debilita rápidamente. Respira con dificultad, no sabe cuánto camino de lodo le falta; quisiera levantarse y caminar, pero sus piernas siguen heladas y entumecidas. Continúa a pesar de todo eso, necesita hallar protección porque la bestia no le va a perdonar la vida. Mientras se arrastra, se abren y se incrementan sus heridas y raspones, pero eso le importa menos que salvarse.

Después de reptar poco más de un metro cierra los ojos casi instintivamente. Los cierra a pesar de no poder ver nada en esa intensa oscuridad. La bestia se acerca, lo presiente. Escucha claramente su respiración y eso la hace perder totalmente la cabeza. Se arrastra ignorando todo su dolor, cada vez adquiere más velocidad, más rapidez. Cree que nada es suficiente para huir. Definitivamente no quiere morir devorada, no quiere sufrir, no quiere más dolor del que ya tortura su cuerpo. Se ve a sí misma despedazada por los dientes de una criatura mucho más grande y fuerte que ella, se imagina el dolor y su terror al ser devorada. Cada vez logra alcanzar mayor velocidad, le cuesta, pero no deja de acelerar. Entonces, en medio del lodo, aparece su salvación. Se topa con algo que parece ser un árbol. Sus ojos se llenan de lágrimas y se alegra pues piensa que ese hallazgo puede convertirse en su amparo. Movida por su sentimiento de dicha se abalanza para agarrarse de ese árbol. Estira sus manos, llena de ilusión, pero algo las pincha y la obliga a alejarlas de aquello que parece ser un tronco. Trata de gritar por el dolor que le ha producido aquel pinchazo pero no puede. Sus palmas ahora sangran.

Ya no sabe qué hacer. Se siente observada, asustada, desesperada; y al mismo tiempo siente deseos de lanzarse al lodo y revolcarse de dolor, de rendirse por completo y dejarse devorar. La oscuridad ya no es tan pesada, ahora llega a distinguir unas pocas siluetas sin formas definidas. Mira hacia arriba y nota que, evidentemente, se ha topado con un árbol y no con otra cosa, lo constata por las ramas que se extienden por los aires. Gira la cabeza y no distingue a la bestia. Escucha el ruido de un trueno que la hace temblar y la desquicia un poco, pero voltea inmediatamente esperando ver el resplandor del relámpago que le sigue. Cuando este se hace visible, después de varios segundos, no percibe ninguna bestia. Seguramente está escondida para distraerla. Sin saber bien cómo proceder solamente atina a estirar nuevamente las manos y palpar con mucho cuidado aquel tronco que tiene enfrente. Lo examina con delicadeza, tratando de encontrar un lugar más liso del cual pueda sujetarse sin lastimarse. Controla sus nervios y levanta su cuerpo arqueando su espalda para revisar lugares un poco más altos. Le cuesta y le duele mucho. Ya no puede más por el miedo que siente, pero tiene que seguir adelante, tiene que seguir luchando para salvarse. Trata de distraerse, piensa en su papá, en cuánto la quiere y las ganas que debe tener de volver a verla, de cuidarla. Considera lo injusto que sería para él perderla en el mismo lugar en el que ambos perdieron a su mamá. Distraída en aquellos pensamientos, encuentra fuerzas para seguir arqueando su espalda, para estirar más sus brazos. Siente un tirón que le da la sensación de que su torso está a punto de romperse, pero finalmente sus manos encuentran una rama menos rugosa y menos astillosas que las demás, una rama de la cual puede agarrarse si hace un esfuerzo y se estira un pizca más. Tiene miedo de caer vencida, de que el animal feroz le salte encima y la devore, pero solamente le queda esa oportunidad. Arquea aún más su espalda, tanto que esta acción le produce un dolor intenso, pero llega a sujetarse por completo

de aquella rama. Pretende incorporarse, tarea que se le hace terriblemente complicada por lo débil que se encuentra y la escasa fuerza de sus brazos. No puede cargar todo el peso de su cuerpo con ellos.

Las gotas de lluvia caen como astillas de hielo sobre su cuello y se resbalan por su piel congelándola. Con la espalda totalmente arqueada y con los brazos colgados de aquella rama siente que se le acaban las fuerzas para continuar. La impotencia y la rabia se mezclan en ella formando un grito que al fin puede emitir suavemente, que sale de su pecho. A éste le siguen las lágrimas que brotan sin cesar. Se queda llorando durante varios segundos, sus esperanzas se agotan y se pierden en un pesimismo que la hace imaginar su propia muerte. Desaparecen de su cabeza los deseos de salvarse y continuar, desaparecen las imágenes que se ha hecho de la bestia, desaparece absolutamente todo y solamente piensa en dejarse comer. Resignada, cuando decide soltarse, escucha un rugido muy potente que la asusta, que corta su llanto brutalmente y la hace reaccionar. La bestia se acerca. Seguramente ya ha visto a Sarah y, al descubrirla vulnerable, no habrá nada que la detenga en su labor de cazar. Gracias a la adrenalina que le produce esta idea sus brazos y su espalda se fortalecen hasta levantar su cuerpo y quedar apoyada, totalmente de pie, en aquel tronco. Las astillas se le clavan en el pecho y el abdomen pero el miedo es mucho más fuerte que el dolor, no puede darse el lujo de desistir. Con mucha dificultad se da la vuelta agarrando de espaldas el tronco del árbol para así visualizar todo lo que está a su alrededor. Lo único que ve son siluetas oscuras, no llega a divisar a ninguna bestia, a ningún animal. Jadea por el cansancio y por el miedo, pero tiene la esperanza de que ninguna presencia la acompañe y de que todo se trate de un producto de su imaginación. Entonces escucha al animal rugir una vez más y sabe que ese rugido es real. Intenta buscar, guiada por el sonido, a ese ser pero no llega a captar el origen del ruido. Mira a los costados, mira al frente pero no ve más que sombras. Se aterroriza.

Las piernas de la pequeña ya no aguantan, comienzan a temblar y, poco a poco, hacen que todo su cuerpo se tambalee. Lentamente la niña va resbalando raspándose toda la espalda con aquella superficie rugosa y astillosa del árbol. Gira la cintura con brusquedad y logra abrazarse del tronco quedando arrodillada antes de caer totalmente al lodo. Sus manos sangran, pero esta vez ya no importa, tiene que seguir adelante. Le han enseñado que los milagros se agradecen y el estar viva es para ella un milagro en esta ocasión. No puede rendirse, tiene que aceptar ese regalo divino y seguir adelante guardando lo más preciado que tiene: su propia vida. Convencida de esto estira su brazo derecho con la esperanza de hallar alguna otra rama de superficie lisa o, quizá, la misma que se soltó vencida por su propio peso. Se encuentra con una un poco floja, la ignora y sigue buscando. Sus intentos son vanos, no encuentra más ramas. Se da cuenta de que solamente le quedan dos opciones. La primera es volver a estirarse y buscar la rama de la cual se sujetó antes, la segunda es arriesgarse a tomar la otra rama; se decide por la segunda. La encuentra rápidamente y trata de agarrarse de ella pero, apenas la toma y hace un poco de fuerza para incorporarse, esta se quiebra cayéndose y haciendo que Sarah termine de caer al piso con ella.

La bestia vuelve a rugir aunque su voz se escucha mucho más lejana que la anterior vez. La niña respira un poco más aliviada; no está totalmente segura de su lejanía, pero al menos tiene la sospecha de que ya no es perseguida. Se voltea con dificultad, mira hacia los lados. No llega a distinguir nada con claridad, pero le parece que no hay movimientos cerca. Con la rama en la mano y la bestia lejos de ella, se siente aliviada. Ahora sabe que puede caminar con más tranquilidad y buscar refugio sin tanto apuro. Su cuerpo sigue tibio por la adrenalina y el gran susto, así que no morirá congelada en el lodo. Deja la rama en el suelo, muy cerca de ella y se agarra de aquel tronco astilloso; sus manos sangran, pero ya no le importa, está llena de esperanzas. Solamente con la fuerza de sus manos va trepando poco a poco por aquel tronco; le duele, pero es la única manera de incorporarse. Cada centímetro que logra subir se convierte en un martirio para sus palmas, pero no se detiene, tiene que seguir adelante, tiene

que levantarse y continuar luchando por su vida. Va logrando su propósito lentamente, sin detenerse, hasta que llega a quedar arrodillada abrazada totalmente del tronco. Le duele el pecho, le duele el abdomen, le duelen los brazos, pero ya nada de eso tiene importancia ahora; solamente quiere moverse y buscar algún lugar en el cual esconderse de la lluvia y de las posibles bestias que la puedan acechar. Baja el brazo para tomar la rama y apoyarse en ella, la busca en el lodo encontrándola inmediatamente. Con aquel bastón improvisado logra, aunque con una considerable dificultad, levantarse por completo.

Sus piernas están muy débiles, su cadera apenas soporta su peso; seguramente se ha lastimado al caer por el abismo y no lo ha notado antes. La rama es de gran ayuda pues le sirve como una pierna más, una pierna que, además, es más firme que las otras dos. Camina lentamente, cada paso es un desafío pero, al mismo tiempo, la llena de esperanza. Escucha una vez más aquel rugido y, esta vez, lo escucha muy, muy lejos. Convencida de que la bestia la ha dejado en paz respira aliviada y agradece al alma de su madre el milagro de seguir con vida y de no haber sido devorada. Sus ojos siguen percibiendo una oscuridad densa y negra en la que solamente divisan siluetas sin forma alguna. Mira las siluetas y se cerciora de que ninguna de ellas se mueva. Al notar que es así se da cuenta de que es hacia ellas que tiene que caminar para encontrar refugio, porque, seguramente, se trata de árboles y en alguno de ellos tiene que haber un hueco en el que ella pueda entrar y resguardarse. Comienza a emprender su marcha muy convencida. Ve su destino lejano pero, después de lo que ha sufrido, eso no puede significar mucho esfuerzo y si lo fuera, valdría la pena.

La oscuridad del bosque deja de darle miedo, sobre todo porque ya no se siente asfixiada y aplastada por ella. Mira a su alrededor y sigue observando siluetas quietas, seguramente de árboles. Lo que la hace entristecerse un poco y le quita el optimismo a su caminata es no hallar salida alguna. No importa si voltea, si mira a la izquierda a la derecha o al frente, siempre se encuentra con las mismas formas alrededor. Levanta la cabeza con la esperanza de guiarse por las estrellas o la luna, o al menos de ver la parte de arriba del abismo por el cual cayó, pero las copas de los árboles lo cubren absolutamente todo. Avanza sin detenerse y sin perder del todo la esperanza. Está viva y eso ya se le convierte en un motivo suficiente para creer en los milagros y para continuar.

## Capítulo III

El optimismo de la pequeña disminuye con los pasos que da. El tiempo se le disuelve. Ya no tiene idea de cuantos minutos u horas ha vagado por ese bosque horrible. No sabe hace cuánto ha caído en él, no sabe cuánto tiempo ha dormido antes de empezar a moverse y tampoco sabe cuánto tiempo se ha arrastrado por el lodo. Sus piernas sienten que han pasado una eternidad caminando hacia los árboles y se ponen cada vez más pesadas y tiesas. Su cabeza distorsiona el tiempo y cada vez le da una impresión diferente de su transcurrir. A veces cree que ha caminado días y días sin comida ni descanso, a veces cree que no puede haber pasado más de media hora. Sarah está confundida. Para su suerte, y es esto lo único que la alienta a seguir, nota que se acerca mucho a su destino. Le da un poco de miedo hallarse tan cerca de esas siluetas enormes que había vislumbrado lejanas porque no llega a divisarlas con claridad y su mente le hace malas jugadas pero, al mismo tiempo, se alegra de llegar a su objetivo y tener casi la certeza de que se tratan de árboles en los cuales hallará resguardo.

Primero se topa con un árbol muy grueso y, al tocarlo, se encuentra con una superficie igual de astillosa que la de aquel primer árbol al cual llegó arrastrándose. Esperanzada comienza a rondarlo lentamente para ver si es que tiene algún hueco. Cada vez que lo toca siente un intenso dolor porque, si bien ya ha aprendido a palpar todo con extrema delicadeza, sus manos se encuentran sumamente lastimadas y todo, absolutamente todo, lo que toca le provoca dolor. No descubre nada de lo que busca, toda la superficie es astillosa. Decepcionada, sigue su camino.

Ya casi no siente el frío. En cambio, poco a poco, recobra la sensibilidad de sus piernas y de sus pies, adormecidos de tanto caminar. Ahora le duelen bastante y siente más heridas de las que creía tener pero prefiere eso al adormecimiento total que le daba la sensación de haber muerto sin darse cuenta. Aquel camino fangoso le dificulta mucho la caminata y tiene que hacer esfuerzos exagerados en proporción a su tamaño para seguir adelante. Tiene astillas clavadas por toda la piel, tiene muchas heridas que se abren y vuelven a sangrar cada vez que son rozadas por cualquier cosa, tiene la cadera totalmente adolorida y la siente desacomodada. Le duele la garganta y la siente seca. Tal vez, si no hubiera gritado tanto, le dolería menos. Sus manos siguen sangrando bastante. Las siente mojadas, sobre todo la mano con la que agarra la rama que le sirve como bastón. No le falta mucho para llegar a la siguiente silueta que parece ser un árbol, razón por la cual puede seguir ignorando todos sus malestares y continuar. No hay tiempo para quejas ni arrepentimientos.

La oscuridad no le favorece en nada. La silueta que ahora tiene enfrente es sumamente grande, imponente. A medida que se acerca crece en ella la sensación de que va a chocar con un muro gigantesco. Se aproxima con temor. Alguna vez una niña en la escuela contó que en aquel bosque se escondían caníbales. Sarah no le creyó esa historia, pero ahora no la ve tan imposible. Aquel lugar deshabitado solamente puede albergar criaturas horribles y es muy probable que en él se encuentren personas que quieren escapar de la sociedad, humanos incivilizados y, por qué no, caníbales. Ahora, frente a esa enorme superficie, Sarah se ve indefensa e imagina las peores cosas. ¿Y si se tratara de un refugio de estos?

Se acerca lentamente, temerosa y manteniéndose alerta. Escucha algo, como si alguien pisara el lodo mojado. Trata de ignorar aquel ruido pero vuelve a oírlo una y otra vez. Son pasos que se van acercando hasta ella, o al menos eso le parece. Se queda impávida mirando hacia los lados. El volumen y la velocidad de aquellos pasos se intensifican. Las manos de la niña tiemblan, su corazón comienza a latir excesivamente rápido. No quiere mirar, no quiere escuchar. Se tapa un oído con la mano que tiene libre y cierra los ojos. De pronto, una criatura pasa al lado suyo sin mirarla y se aleja corriendo. Sarah quiere gritar, pero su voz se ahoga en el intento. Abre los ojos y se da cuenta de que acaba de pasar cerca de ella alguna especie de roedor diminuto y, al parecer, indefenso. Mira cómo se aleja su silueta a través de

la oscuridad. Se avergüenza un poco y se alegra de estar sola para que nadie pueda burlarse de aquello.

Después de tomarse unos segundos para terminar de calmarse y para recobrar la cordura, la pequeña recupera el valor que necesita y se acerca a la gigantesca silueta. Camina decidida hacia ella. Su imponente tamaño ya no le inspira miedo, sabe que se trata de un árbol porque llega a distinguir algunas de sus ramas. Ya a pocos centímetros de él comienza a palparlo suavemente con la mano que tiene libre. A pesar de la delicadeza con la que lo hace la mano llega a un agujero y, por lo débil que está Sarah, la mano se mete en él desequilibrando todo su cuerpo y haciendo que se resbale. La niña cae de cuclillas al suelo, sin lastimarse ni hacerse mucho daño. Se para con algo de dificultad pero sin tardar mucho. Examina con el tacto aquel agujero, en la oscuridad no puede llegar a distinguirlo de la superficie ni adivinar su tamaño. Parece un hueco estrecho, aunque lo suficientemente grande como para que ella quepa en él. Esperanzada se anima a meterse adentro. Introduce su bastón antes de lanzarse ella misma para quitarse obstáculos, se apoya con las dos manos astillándose una de ellas e ignorando el dolor y salta con todas las fuerzas que tiene para subir sus piernas. Ya en él se da cuenta de que la única posición en la que puede estar es acurrucada. Lanza hacia afuera la rama en la que se apoya para caminar y se acomoda para relajarse un poco.

Hace muchos años, antes de que su madre desapareciera, el señor Swan construyó para su hijita una casita de madera en un árbol que colindaba con su casa. La chiquilla pasó muchas tardes en aquel refugio diminuto en el que sus padres y el resto de los adultos solamente cabían sentados o de cuclillas; era el lugar ideal para esconderse e imaginar todas las fantasías que su mente fabricaba. Su mamá, después de unos meses de la construcción de la casita, decidió darle vida a las paredes y pintó hermosas figuras en ellas. Pintó un arcoíris, osos de colores y un tren gigantesco. Le costó muchísimo pintar por dentro aquella miniatura, pero cuando acabó el trabajo le quedó hermoso. En toda su vida, Sarah no pudo encontrar un lugar más increíble y acogedor que ese. Ahora siente que ese hueco es el único lugar que puede suplir, de alguna manera un tanto triste, a la casita del árbol. El hueco es mucho más pequeño y feo; pero le está salvando la vida y ese, por el momento, es el mejor regalo que puede tener de la naturaleza. No existe mejor refugio que aquel en donde uno puede salvarse de que lo devoren o de que el frío lo congele y lo lleve en un profundo sueño hacia la muerte. La casita de Sarah se incendió poco después de que Anna Swan, su madre, desapareciera. Se incendió junto al árbol y nadie encontró nunca la causa ni la fuente del fuego.

Le duelen mucho los huesos de los tobillos, siente cómo la humedad penetra en ellos, es como si se le fueran a perforar y no encuentra alivio para eso en ninguna posición que adopte. La lluvia sigue cayendo con intensidad pero ella ya está totalmente protegida de las gotas que antes la mojaban y además se ha acostumbrado a aquel sonido constante del agua cayendo y de los truenos estrepitosos acompañando de rato en rato esa caída. Su cuerpo comienza a calentarse gracias a la posición en la que se encuentra. Sus manos dejan de estar frías y eso se convierte en un alivio. Su torso está lleno de heridas que aún sangran, las palmas de las manos le arden con mucha intensidad pero la garganta le duele un poco menos que antes. Agradece las leves mejoras en su estado físico y el estar protegida. Trata de ignorar aquel dolor intenso de huesos para poder descansar un poco y recobrar fuerzas. Cierra los ojos y no puede hacer otra cosa que llorar sin entender bien las razones de su propio llanto. El constante ruido de la lluvia se convierte, para la niña, en una especie de música de fondo que deja de causarle impacto. Los lejanos gemidos de los animales también se van haciendo parte de esa música y comienza a ignorarlos. Mira fuera del hueco, el paisaje es igual de oscuro que adentro. Se seca las lágrimas y, reacomodándose un poco, cierra los ojos. Comienza a dormitar. Sueña que está en su casa, al lado de su papá, tomando chocolate caliente y comiendo galletas de avena. Mira las alfombras rojas del salón y siente paz, una paz inmensa que poco a poco la hace entrar en un sueño aún más profundo. Su mente, relajada, va

haciendo a un lado todos los pensamientos y recuerdos. Deja de sentir su cuerpo, de percibir los sonidos de alrededor y se sumerge en un placentero descanso.

Toda esa tranquilidad se ve destrozada bruscamente por el aullido de algún lobo que es seguido por otros aullidos. Todos se van uniendo hasta hacer un solo sonido muy potente y estridente que penetra en los oídos. La pequeña se despierta de golpe. Su corazón vuelve a acelerarse, sus manos vuelven a sudar. Aquellos ruidos chillones que parecen el llanto de perros del infierno la alejan de toda la paz que había conseguido. No puede medir la distancia a la que se encuentran estas criaturas y eso hace que se sienta mucho más nerviosa. Quiere ignorarlos, pensar que no existen, que nada suena, pero el canto tenebroso de esas bestias acuchilla sus oídos y parece nunca cesar. Jamás en su vida vio un lobo más que en las fotografías de libros que le dieron en la escuela. Tiene la idea de que son bestias feroces y grandes, siempre hambrientas y a la espera de encontrar sus presas. Cierra los ojos y se imagina que el agujero en donde se esconde está rodeado por ellos, imagina la mirada de alguno sobre ella, puede ver con claridad y terror aquellos ojos nada humanos y bien abiertos que observan a su presa sin piedad alguna. No quiere gritar, cree que cualquier sonido puede guiar a todos esos animales hacia ella convirtiéndola en presa segura. Cae un trueno que hace que las voces de estas criaturas se multipliquen. La mezcla de todos esos sonidos lleva a Sarah al pánico y a la desesperación. Trata de mirar algo y solamente se encuentra con la oscuridad rodeándola por dentro y por fuera del refugio al que ha llegado. Atrapada por esa negrura de la noche en el bosque no puede parar de imaginar cosas. Aquel coro de perros infernales no tiene silencios ni pausas.

Después de torturarse durante largos minutos con ataques imaginarios de bestias hambrientas, la pequeña comienza a acostumbrarse a ese sonido. Es incisivo y potente pero, a pesar de esa sensación de cercanía, ya va mucho rato en el que no ve a ningún lobo saltar hacia el hueco. Tal vez, y es eso lo que ella espera, están muy lejos. Tal vez es mejor no pensar en ellos, no pensar en sus dientes filosos ni en sus voces que resuenan como cuchillos en los oídos. Sara comienza a divagar un poco para olvidar aquella sinfonía del infierno, pero sus pensamientos no la llevan lo suficientemente lejos. ¿Podría domar a un lobo como si fuera un perro para que la proteja? En la escuela le han enseñado que eso no es posible. La niña se da la vuelta para no mirar fuera del hueco, trata de lanzar al olvido la posibilidad de aliarse con cualquier criatura del bosque pero su mente sigue fabricando ideas de ese tipo. Toda imagen de paz que halla se pierde en pocos segundos y es suplida por los colmillos hambrientos de las fieras.

Las imágenes que proyecta su imaginación perturbada se intercalan con breves momentos de adormecimiento. Por suerte, el cansancio que siente después de vivir tantas desventuras es extremo, razón por la cual, a pesar del sufrimiento, se cierran sus ojitos. Pierde el control sobre sí misma y, por más que quiere mantenerse alerta, su mente deja de estar presente y se va perdiendo en ideas menos terrenales. Se van desvaneciendo sus miedos, con ellos también se evanescen las imágenes de varios hocicos colmados de dientes buscando dentro de aquel hueco a su presa. Rápidamente se adormece por completo. Ya no tiene que hacer ningún tipo de esfuerzo para no pensar pues simplemente olvida absolutamente todo y cae rendida en un sueño muy profundo y placentero. Su cuerpo está a una buena temperatura, ha dejado de atormentarle los huesos y ya no siente dolor. Ahora duerme plácida ignorando los chillidos agudos de los animales hambrientos.

## Capítulo IV

Anna Swan, la madre de Sarah, era una mujer muy hermosa. Desde pequeña fue querida por todas las personas del pueblo por su encantadora personalidad. Siempre se la veía llena de vida, de entusiasmo y de alegría. Las señoras del pueblo admiraban sus preciosos y grandes ojos verdes, las chicas un poco mayores que ella apreciaban su sedoso cabello negro y jugaban con ella a hacerle distintos peinados. Después de cumplir los catorce años muchos chicos comenzaron a pretenderla y es que, además de guapa, era una persona con quien daba mucho gusto estar. Ella solamente le hizo caso a uno de esos chicos, al más distraído de todos y con el que se casó unos años después. Se casaron muy jóvenes, ella tenía dieciocho años y él un poco más. Cuando Anna les dio la noticia a sus amigas y a su familia, no se mostraron muy felices pero ella estaba decidida. Fue así que nadie pudo interponerse en la decisión de aquella muchacha completamente enamorada y feliz. La tarde de su boda entró a la iglesia con un vestido blanco, largo, con un hermoso detalle de perlas en el escote y un velo claro que le cubría el rostro. Se veía radiante, divina, más bella que nunca. Las mujeres del pueblo lloraban de la emoción y felicitaban a su madre con entusiasmo, pues aquella hermosa niña que habían conocido desde muy pequeña era ahora una mujer hermosísima y entraba al altar como si fuera un ángel vestido con perlas. Al quitarse el velo del rostro, todos pudieron notar sus grandes ojos verdes llenos de brillo mirando con amor al novio. Nadie pudo aguantar las lágrimas frente a esa escena, ni siquiera las menos emocionadas de sus amigas. Aquella tarde, Anna relució en la iglesia como si fuera un ángel emanando un amor completamente puro y sincero.

Cuando encontraron la bicicleta de Anna Swan, siete años después, destrozada a la entrada de aquel temible bosque decidieron hacerle un entierro simbólico. Absolutamente todo el pueblo asistió con lágrimas de pena en los ojos y un nudo en el pecho por la irreparable pérdida. Delante del ataúd adornado con incrustaciones de mármol estaba la fotografía que su mejor amiga le había tomado horas antes de su boda con el vestido blanco y el velo que le cubría el rostro. Al verla todos recordaron su angelical aparición en la iglesia. Lanzaron objetos a la tumba que contenían un valor muy sentimental (como pulseras que ella había hecho, cartas que ella había escrito y algunos dibujos), porque no merecía menos para ser recordada, le dieron el pésame al hombre que se había ganado su amor y se fueron a sus casas en silencio, recordando a la hermosa niña que jugaba por sus calles y que nunca dejó de darles alegrías.

Después de aquella penosa muerte el pueblo dejó de ser el mismo. Ya no verían nunca más a Anna en su bicicleta cantando por los alrededores, ya no la verían jugando con su niña a las escondidas y no volverían a escuchar su melodiosa voz. Aquellos hermosos ojos verdes y aquella sonrisa sincera que les alegraba el día cuando se topaban con ella ya no serían vistos por nadie. Todos miraban llenos de nostalgia a Sarah Swan y creían que quizá encontrarían en ella algunas cosas de su madre pero la niña, a pesar de tener los mismos ojos de Anna, era muy tímida, seria y reservada. No se mostraba cariñosa como su madre ni demostraba felicidad. A pesar de esa increíble reserva hacia el mundo exterior y ese hermetismo que la caracterizaban, las señoras del pueblo, como por una especie de pacto con Anna, la cuidaban y le tenían un amor muy grande e incondicional.

La casa de los Swan se convirtió en un lugar muy triste y vacío. El papá de Sarah decidió esconder todas las fotografías de su esposa y guardó en el sótano sus vestidos, le dolía mucho ver todas esas cosas y recordarla. Conservó solamente la fotografía de la boda, la cual lleva hasta ahora en su billetera. Por aquella ausencia de imágenes es que Sarah solamente puede figurarse el rostro de su madre por las cosas que le cuentan sus vecinas y, cada vez que tiene tiempo para distraer su mente, trata de recordar sus ojos, sus labios, sus cejas; siempre con pocos resultados. Hasta hace unos años se paraba frente al espejo mirando sus propios ojos

para tratar de recordar los de su madre, pues todos le dijeron alguna vez que la señora Swan tenía esos mismos ojos grandes y verdes. Después de un tiempo de obsesionarse con aquella tarea decidió cerrar el asunto y enfocarse en los recuerdos que sí tenía muy claros, los de su voz cantándole canciones de cuna.

La mamá aparece ahora irradiando una luz enceguecedora y vivificante. Está vestida totalmente de blanco, con dos alas enormes y con un velo sobre el rostro. La pequeña quiere alcanzarla, decirle cuánto la extraña, cuánto la ama, hablarle de cualquier asunto, contarle de los libros que lee en la escuela, contarle de su maestra de matemáticas y de las películas que le encantan. De pronto, la angelical mujer comienza a acercarse a su hija, se acerca flotando, como si no tuviera pies o no los necesitara. Sarah se emociona. Aquel ángel le sonríe y se quita el velo de la cara, puede verse todo el esplendor de su rostro sin secretos ni fragmentos olvidados. La niña siente una dicha tan inmensa que, gracias a ella, puede olvidar absolutamente todo el terror que ha estado sintiendo desde que se perdió. Sin perder más tiempo contemplándola, corre para abrazarla, para besarla y para decirle lo mucho que le hace falta. Aquella mujer hermosa y angelical se desvanece en el horizonte antes de que su hija la alcance. Decepcionada y angustiada abandona aquel sueño y poco a poco vuelve al mundo real. La ha visto, trata de retener aquella imagen con los ojos aún cerrados, trata de no olvidar su rostro; pero al despertar por completo y al verse metida en ese hueco oscuro grita y olvida aquel hermoso sueño.

Todo sigue igual de frío, igual de húmedo. Le vuelve el dolor en los huesos que se hace más agudo en la cadera. Aquel agujero no es tan cómodo como ella pensaba y ahora, como consecuencia, siente todo su cuerpo adolorido. Aquella posición que había encontrado para dormir deja de serle cómoda y, en cambio, se hace tortuosa. Para empeorar las cosas, además del dolor y la incomodidad, la pequeña tiene mucho miedo por lo que no se atreve a salir de aquel hueco que le brinda refugio. Se mueve un poco tratando de encontrar una posición en la que pueda estirarse más, que no le exija doblar tanto el cuerpo. Se mueve hacia un lado, trata de estirar sus piernas pero no lo logra. Su espalda se encuentra totalmente arqueada y no encuentra la forma de que no lo esté. Juega con sus manos para distraerse del sufrimiento y del fastidio. Se le han dormido las piernas y comienza a sentir el cosquilleo de su espalda adormeciéndose. Sus ojos se acostumbran a esa oscuridad terrible y puede al fin distinguir, con algo de dificultad, sus manos y sus dedos. Mira hacia afuera y se da cuenta de que ya vislumbra algunos de los árboles más cercanos. Ya no ve solamente siluetas como antes, ahora puede notar las ramas y algunas de las raíces que sobresalen del piso. Cree que con esa facilidad no va a ser tan peligroso salir a caminar así que, después de meditarlo un rato, decide abandonar aquel agujero estrecho, húmedo y oscuro. Su espalda y su cadera ya no aguantan el encierro. Saca primero sus piernas, quiere moverlas un poco para quitarles el adormecimiento. Las agita en el aire y deja de sentir el cosquilleo que comenzaba a enloquecerla. Se arrastra hacia afuera con dificultad y, con medio cuerpo ya afuera, no le cuesta mucho salir por completo. En aquella parte baja del árbol no requiere de muchas mañas. Se para usando todas sus fuerzas y busca la rama que le sirve como bastón. El suelo está más seco ahora, por lo que no tarda en hallarla y piensa que le va a ser más fácil la caminata.

Las condiciones son mucho mejores que las de antes. Caminar por un suelo seco y con la facilidad de distinguir algo más que sombras en la oscuridad vuelve la situación más cómoda para Sarah. Avanza con bastante lentitud. Sus piernas no están del todo firmes y fuertes como para emprender una marcha muy ágil. Además, quiere cerciorarse de que va pisando bien y que va por buen camino. No tarda mucho tiempo en acostumbrarse a la caminata por lo que puede acelerar poco a poco. Siente el esfuerzo de aquella labor en la espalda, siente tirones en ella y el dolor no se ha calmado. ¿Cuánto tiempo habrá estado dormida en ese hueco tan angosto, con el cuerpo encorvado y las extremidades entumecidas? Podría haber sido una

noche, podrían haber sido minutos o podrían haber sido días. Estaba realmente cansada cuando lo encontró. Mira al cielo esperando encontrar algún resplandor del sol pero, en medio de aquel tupido bosque, es casi imposible ver los rayos solares. Como ya lo había notado antes, existe cierta distancia entre los troncos de los árboles, pero sus ramas crecen desproporcionadamente tapando el cielo y aislando aquel lugar del mundo exterior. Posiblemente sea de día, pero ella no se va a enterar.

Cuando uno está extraviado pierde totalmente la noción del tiempo y es eso lo que ahora le sucede a esta niña. No tiene idea de la hora ni del día en que vive. Piensa en el reloj de Mickey Mouse que le regaló su padre en su octavo cumpleaños. Justo la tarde del accidente en el que ella cayó al bosque lo había olvidado en uno de los pupitres de la escuela. Sonríe al caer en cuenta de que podría haberlo roto si se lo dejaba puesto y caía con él en la muñeca. No sabe qué hora es, pero tampoco lo sabría si no se lo hubiera quitado en clases porque seguramente se hubiera destruido con todos los golpes. Imagina que alguien lo encontrará pronto, o ya lo ha encontrado, y en lo feliz que puede ser esa persona con aquel divertido accesorio.

Después de notar la mejora de su vista en la oscuridad se detiene para examinarse un poco a sí misma. Levanta la mano izquierda para mirarla, ahora si la distingue bien. Ve las cicatrices que la cubren y la sangre que sigue brotando de algunas de sus heridas. Mira sus piernas y nota que tienen varios cortes, observa también que toda su ropa está completamente rota y que camina casi en harapos. Siente pena por su suéter azul, era uno de sus favoritos y ahora está totalmente destrozado. Si llega a salir de esto le pedirá a su vecina que le teja otro idéntico. Mira sus dos brazos, están menos magullados que el resto de su cuerpo, solamente tiene un corte algo profundo cerca a la muñeca izquierda. El dolor ya no le molesta, se ha acostumbrado a caminar con él. Después de notar lo lesionada y sucia que está vuelve a su caminata. Se acuerda de lo último que soñó en aquel agujero, del sueño que tuvo en el que aparecía su madre vestida como un ángel y en el que pudo verle la cara por un breve instante. Intenta volver a recordar con claridad aquella hermosa aparición. Se acuerda del vestido, del velo que le cubría el rostro, de cómo se acercaba flotando, de sus manos, de su piel lisa y tersa, pero no puede acordarse de su cara. Trata de recordar algo, cualquier pequeño rasgo: su nariz, su boca, sus ojos; sus intentos son vanos. Distraída por sus memorias comienza a desacelerar el paso de nuevo, sin darse cuenta. Transita taciturna a través de los recovecos del bosque y, mientras tanto, va cantando una de las canciones de cuna de su mamá en voz bajita. Se pierde en esa melodía hasta olvidarse de su situación actual. Va entre los árboles tarareando aquella hermosa canción, recordando la voz de su madre y, de rato en rato, vuelve a sus esfuerzos por encontrar en su memoria el rostro de esa hermosa mujer que había sido tan amada por ella y por todo el pueblo.

Una vez Sarah se enfermó y estuvo en cama muchos días, no sabían el origen ni la razón de su malestar. Tosía mucho, le dolían la cabeza y los huesos y tenía fiebres bastante altas. Los doctores le sugerían a su padre algunas medicinas para bajar la temperatura y aliviar sus dolores. Para curarse le recetaban algunos tés hechos con hierbas naturales, pero ninguna de esas recetas caseras la curaba. Después de tres semanas, los síntomas de Sarah desaparecieron por completo de un día para el otro y nadie pudo explicar los motivos. Todo el tiempo que duró aquel malestar, su madre se quedó con ella protegiéndola y cuidándola. Le cantaba canciones para adormilarla, le leía cuentos y a veces solamente se quedaba mirándola mientras dormía. A la pequeña ahora se le viene a la mente un recuerdo de aquellos días. Anna Swan se había puesto un vestido largo, rojo carmesí con algunos volados negros muy discretos en los bordes, sobre él tenía una capa escarlata y le contaba a su hija el cuento de la Caperucita Roja mientras hacía mímicas y actuaba la historia. Se veía muy graciosa, Sara no paraba de reír. Trata de encontrar en ese recuerdo el rostro de mamá, pero solamente mira en su cabeza el hermoso vestido que llevaba puesto y los movimientos que hacía con sus manos.

Se le hace un nudo en la garganta, un nudo que no puede explicar. ¿Se trata de nostalgia, de pena? De pronto se le viene a la memoria, como un relámpago, el color vivo y fuerte que su mamá llevaba en los labios ese día: un rojo intenso. Gracias a esa imagen puede acordarse un poco de la forma de su boca. Parecía la de una muñeca de porcelana. Es la única imagen definida que su mente le permite rememorar; todo lo demás parece cubierto por una neblina densa y tenue.

Los lobos han dejado de aullar por completo y los gemidos lejanos que había escuchado desde el principio se dispersan y se hacen más distantes. Seguramente está amaneciendo, aunque ella no pueda verlo, y todas las bestias que hacían ruido en la noche callan o duermen. Sarah se da cuenta de que sus pasos la han hecho adentrarse más en el bosque pues ahora camina sobre raíces que sobresalen del suelo. Los troncos están mucho más juntos que los que había visto antes. Echa un vistazo a su alrededor y se distrae, atónita, por el tamaño colosal de los árboles que la rodean, son desmedidamente grandes e imponentes. Con la cabeza hacia arriba deja de prestar atención a sus pasos y aquella rama que usa como bastón se atora en medio de dos raíces yuxtapuestas. La niña pierde el equilibrio y cae de cara sobre una de ellas. Su rama ahora está partida por la mitad y ya no sirve como bastón. Se levanta con algo de dificultad agarrándose de dos troncos que están muy próximos el uno del otro y decide continuar su marcha a pesar de la peripecia que acaba de ocurrirle. Ahora tendrá que valerse de sus piernas y de sus manos para moverse.

Camina entre los árboles, raspando su cuerpo con los troncos y pisando con dificultad sus raíces. No sabe hacia dónde va, pero cree que tiene que seguir adelante porque ya está perdida y no tiene idea de cómo volver atrás. Además está casi segura de que solamente le queda sobrevivir la mayor cantidad de tiempo posible, porque nadie va a poder sacarla de ahí y ella sola no va a hallar la salida. Aquel bosque es muy temido por los habitantes del pueblo ya que en él habitan peligrosos animales silvestres. Es bien sabido por todos que muchas manadas de lobos transitan por los recovecos más oscuros y nadie quiere toparse con ellos. Sarah cree que quizá su papá está desesperado pidiendo ayuda para buscarla, siente lástima por él pero sabe que no hay nada que pueda hacer ella, solamente rezar.

Después de unas horas de caminata la pequeña decide descansar y sentarse. Baja lentamente su cuerpo apoyando las manos en un tronco. Hace grandes esfuerzos para que sus piernas no se resbalen y ella no caiga desplomada al suelo. Apenas logra acomodarse, mira a uno de sus costados y se encuentra con una tela de araña bastante grande a pocos centímetros de su rostro. Retrocede asustada, no le gustan los insectos. Para su mala suerte, al retroceder, choca con unas ramitas pequeñas de las cuales salen un montón de bichos que no puede llegar a distinguir y se le suben en el cuerpo. Siente como sus patas tocan su espalda y se desplazan hacia su cuello y su cabeza, siente como cada vez son más y más insectos los que escalan por su cuerpo y, asqueada, grita. Se para ayudada por el tronco en el que estaba apoyada para tratar de correr. No tiene idea de qué es lo que va a hacer, pero quiere moverse, librarse de esas criaturas que ni siquiera puede ver porque están en su espalda y la oscuridad es muy intensa. Apenas da unos cuantos pasos se tropieza con una raíz que sobresale más que las otras y cae de cara. Se revuelca entre las otras raíces tratando de quitarse de encima esa plaga horrible. Siente como algunos de los bichos explotan en su piel y como otros huyen dejándola en paz. Se queda llorando desesperadamente, echada de cara sobre esa raíz, esperando de nuevo que absolutamente todo sea un horrible sueño, queriendo despertar de su pesadilla y encontrarse en su cama, lejos de aquel temible bosque, lejos de los insectos asquerosos, lejos de los ruidos de los animales nocturnos. Seca sus lágrimas y abre bien los ojos. Se encuentra con las mismas raíces, con el mismo bosque y con los mismos ruidos. Se da cuenta de que su cuerpo sigue mojado, su ropa está rota y tiene heridas por todas partes. Siente su espalda y le da asco. Incontables cadáveres de insectos están esparcidos y aplastados en ella. No quiere sufrir más, no quiere sentirse como ahora se siente. Su único alivio es que los insectos ya no

caminan sobre ella y que las voces estridentes y chillonas de los lobos no se oyen. Vuelve a pensar en su madre para olvidarse de todo, vuelve a cantar la misma canción de cuna que cantaba hace rato. Eso la alivia un poco, la ayuda a distraerse y a seguir adelante.

La última vez que vio a su mamá el sol le daba en la cara y apenas podía distinguir sus rasgos. Era temprano en la mañana; milagrosamente había salido el sol después de varios días de lluvias constantes. La pequeña vio a su madre vestirse, se acuerda bien de eso. Se acuerda de cómo le pasaba las prendas de ropa mientras ella se secaba el cuerpo en el cuarto de baño, recuerda que la cerámica verde estaba completamente iluminada y la hermosa mujer se perdía entre los rayos del sol, se hacía borrosa por la fuerte luminosidad que entraba por la ventana. Le pasó un pantalón corto azul, también le entregó alguna prenda verde y vio cómo de su cabello largo se desprendían algunas gotitas que se le habían quedado después de la ducha. Cuando terminó de vestirse fue con Sarah a la cocina y le preparó una taza de leche tibia con panqueques. A uno de los panqueques le echó azúcar y le dijo a la pequeña que no haría lo mismo con todos porque no era sano comer tanto dulce. No desayunaron juntas, mamá ya había comido, pero se sentó frente a ella y la miró disfrutar. Busca en su memoria y no encuentra imágenes del rostro. Encuentra, en cambio, algunas de sus palabras y el sonido dulce de su voz. Le decía que comiera todo para estar sana, fuerte y para poder ir a jugar. Luego sonó el teléfono. La niña no recuerda más.

Se sienta mientras tararea aquella melodía y caen unas gotitas de lluvia sobre su frente. Mira hacia el cielo y se da cuenta de que las gotas se multiplican hasta hacerse millones, son gotitas muy menudas. Poco después cae un relámpago que suena muy fuerte y hace que la niña vuelva a su realidad. Se para inmediatamente y trata de caminar para volver a encontrar refugio. Sabe que si se queda bajo la lluvia su cuerpo se congelará y, ahora que comienza a sentir el estómago vacío, está más débil y vulnerable. Cree que podría morir si no se mueve. Se apoya en los troncos para hacer más fuerza y no caer, sus piernas la sostienen, pero a ratos dejan de estar tan firmes y hacen que todo su cuerpo se tambalee. Camina a paso lento pero permanece muy atenta al entorno por si descubre un escondite.

## Capítulo V

El señor Swan no puede dejar de echarse la culpa a sí mismo. Si tan solo hubiera estado más atento, si hubiera prestado más atención al camino, si no se hubiera distraído y hubiera cuidado mejor a Sarah ella seguiría en casa jugando en silencio mientras él la observa. Desde el accidente se ha convertido en un hombre mucho más reservado y callado que antes, solamente habla lo necesario y prefiere no sociabilizar mucho con la gente del pueblo. Sus vecinos quieren apoyarlo, ayudarlo y hacerlo sentir mejor. Se les hace muy complicado con todas las barreras que él pone. La noche del accidente se quedó gritando durante horas sin ser escuchado por nadie. Intentó muchas veces salir del asiento en el que estaba atrapado pero no pudo hacerlo. Si hubiera seguido intentando podría haberse roto las piernas. Finalmente, a altas horas de la madrugada, cayó rendido de sueño sobre el volante con la garganta totalmente destrozada y las piernas adoloridas. A la mañana siguiente dos policías, mientras hacían su ronda matutina, se toparon con la barandilla de seguridad rota y, detrás de ella, la camioneta de los Swan balanceándose entre el borde y el abismo. Inmediatamente pidieron auxilio y llamaron a una grúa para que sacara el auto de ahí. El señor Swan lloraba de impotencia, no podía explicarles los sucesos de la noche anterior. Ellos querían ayudarlo, pero solamente entendían que había perdido a Sarah, no sabían cuándo, ni cómo ni dónde. Al pobre hombre le salían palabras atropelladas de los labios y conectarlas era una tarea imposible. Después de llevarlo al doctor y hacer los respectivos exámenes pudieron, al fin, entender el testimonio del señor Swan. Fue recién que comprendieron todo. Se sintieron tristes al escuchar que la pequeña Sarah había caído por el abismo hacia el bosque y pensaron darla por muerta, como a su madre. Él se molestó muchísimo con la policía e hizo una escena que fue escuchada por todos los vecinos. Después de aquello lo tranquilizaron diciéndole que harían lo posible por buscar a la niña, pero que no se adentrarían en el bosque. Cuando lo vieron un poco más tranquilo le dijeron que lo más probable era que su hija hubiese muerto con los golpes de aquella caída. El señor Swan comprendió la situación con mucha angustia y se fue a casa a esperar noticias, la policía haría lo que se pudiera y él no podía pedir más.

Desde esa tarde se quedó sentado en el sofá esperando una llamada de la policía, esperando que Sarah volviera milagrosamente, esperando cualquier suceso que pudiera cambiar su estado de ánimo. Un par de veces la señora Smith, la vecina que cocinaba para él y su hija cuando Anna desapareció, fue a visitarlo y le llevó, en la primera ocasión, un postre hecho por ella y, en la segunda, un plato de fondo para el almuerzo. Dos o tres veces la policía llamó para informar sobre algunas búsquedas hechas alrededor del bosque, todas sin resultados. La mayor parte del tiempo se la pasaba solo, desconcertado por su última desgracia y reconstruyendo los sucesos en su cabeza de una manera tortuosa y perfecta. La cara de su pequeña, asustada y tratando de salir del asiento de atrás, es algo que nunca va a poder borrarse de su memoria; menos aún la imagen de su cuerpo cayendo por el abismo. Se le hizo rutina despertar todos los días a las seis de la mañana y esperar sentado a que algo ocurriera. Por un lado no podía dormir más tiempo y, por otro, se obsesionó con el tema. Renunció a su trabajo argumentando que tenía motivos personales para hacerlo y olvidó todas sus obligaciones porque ya no tenía para quién cumplirlas.

Absolutamente toda la vida que había construido se desplomaba frente a sus ojos. Lo peor era que todo, absolutamente todo, se lo llevaba aquel bosque sombrío y tenebroso por el cual odiaba pasar desde la muerte de Anna. ¿Estaba acaso maldito? Cuando encontraron la bicicleta de su esposa destrozada en los bordes de aquel lugar infernal llegaron a la conclusión de que había tenido un accidente de gran impacto y que su cuerpo se hallaba sin vida a las afueras de aquel terreno. Buscaron el cadáver durante unas semanas sin ningún resultado. ¿Acaso Anna seguía viva pero perdida en medio de aquellos sombríos árboles gigantes? Cuando él preguntó eso le dijeron que era imposible ya que la caída, seguramente,

había sido muy fuerte por la altitud del barranco. Él no insistió más, no quiso saber más. Pensó que si seguían investigando se encontrarían con el cadáver de su amada totalmente destrozado y no podía aguantar esa imagen. No puede evitar hacerse ahora las mismas preguntas respecto a su hija y su temor a quedarse solo es tal que se ve a sí mismo conducido a una desesperación terrible en la que regaña a las autoridades por no buscar bien cada vez que recibe sus llamadas a pesar de la insistencia que ellos hacen en hacerle entender que no pueden internarse en el bosque.

Se había enamorado de Anna cuando ella tenía poco más de catorce años y él dieciocho. La conocía de antes, cuando no era más que una niña risueña y encantadora. Una tarde Anna había salido a pasear sola en su bicicleta y, cuando se encontraron, ella frenó para hablarle. Comenzaron a charlar. Tiene hasta ahora en su memoria la imagen de aquella chica vestida totalmente de blanco sonriéndole y contándole cosas sin mucha importancia sobre su vida familiar. Fue ese día que Víctor Swan se dio cuenta de que la pequeña Anna ya se estaba convirtiendo en una mujer, y no cualquier mujer, sino una mujer hermosa, llena de vida y de felicidad. Comenzó a buscarla los fines de semana para ir a pasear, ella siempre aceptaba. Un sábado por la mañana salieron, como de costumbre, a caminar y él la tomo de la mano y la besó. Desde ese momento ambos se sintieron seguros de amarse el uno al otro y tres años y dos días después unieron sus vidas en matrimonio.

Poco antes del segundo aniversario como esposos nació la pequeña Sarah. Le pusieron así por la abuela de Víctor que había muerto antes de que él naciera. El embarazo no había sido complicado, Anna se vio feliz y radiante durante todo el tiempo que este duró. El nuevo miembro de la familia nació dentro del tiempo establecido por los médicos, con un peso un poco bajo y un tamaño menor al adecuado. A pesar de ser tan diminuta, era una bebé perfecta y hermosa. Víctor y Anna se preocuparon al principio pero los doctores les dijeron que no tenían razones para hacerlo porque la niña se veía muy sana. Con la familia ya completa los dos padres se sentían muy dichosos y esa dicha solamente crecía a medida que la pequeña iba haciéndose mayor e iba aprendiendo nuevas cosas.

Ahora Víctor Swan despierta, como todos los días, a las seis de la mañana y se mete a la ducha. Termina de alistarse en menos de media hora, toma su desayuno y se sienta en el sillón a esperar alguna noticia de su hijita. Piensa en lo mucho que la quiere y en todas las cosas que quisiera decirle y que nunca le ha dicho por miedo o por pena, piensa también en Anna y el terrible dolor que sintió al saberla perdida. Cree que le faltó tiempo para decirles muchas cosas a ambas. Nunca le contó a Sarah, por ejemplo, cómo él y su madre se conocieron, tampoco le mostró fotografías de la boda ni le enseñó a montar bicicleta. Piensa que si Sarah sale viva de aquel bosque le va a enseñar a nadar para que ya no le tema al agua y la va a llevar de viaje a conocer a su abuela que vive en la ciudad. Se prepara un chocolate caliente. Lo toma sentado en el sillón mirando cómo las gotas de lluvia caen sobre el vidrio de su ventana y el frío hace que esta se empañe. A las once de la mañana suena el timbre y él abre con algo de esperanza. Cree que puede ser la policía con buenas noticias. Se decepciona un poco al ver que es la señora Smith que le lleva un plato de lasaña. Agradece la amabilidad y automáticamente la invita a pasar a la casa. Se sientan en la mesa, Víctor le pregunta si quiere servirse algo para acompañarlo y ella dice que no. Él come escuchando a la señora Smith y comentando solo lo absolutamente necesario. Mira fijamente a su afectuosa vecina y movido por una clase de ternura hacia ella decide contarle algunas de las cosas que lo afligen profundamente. No es ni su mejor amiga ni alguien que conozca demasiado, pero parece una buena persona y muy confiable.

—Le agradezco mucho que venga a visitarme.

—No se preocupe, señor. Para eso estamos los vecinos.

—También se ha portado muy bien cuando Anna se perdió.

—No tiene que agradecerme nada…

—Claro que sí, tengo que… Creo que usted es una buena persona y una buena amiga.

—Gracias por el cumplido.

—¿Puedo contarle algunas cosas? Es que no he salido de casa desde que Sarah…

—Claro que puede contarme lo que usted quiera.

—Yo no sé si usted sabe que Sarah iba a… —se queda dubitativo unos segundos sin saber si continuar o no —¿Sabe? A veces me siento muy culpable por la melancolía de mi hija y creo que todo se debe a mi comportamiento después de la desaparición de mi esposa.

—Yo entiendo que estos problemas afectan mucho y no lo juzgo.

—Cuando Anna se perdió me sentí desahuciado… Además ella… ella… —no puede continuar su discurso, las lágrimas caen por sus mejillas y él intenta cubrir sus ojos avergonzado. La señora Smith reacciona abrazándolo.

—¡Cuánto lo siento!

—Gracias… Usted no tendría por qué escuchar mis historias…

—Pero lo hago, y lo hago con mucho gusto. No se preocupe y siga contando todo lo que tenga que contar.

Víctor no puede continuar su historia, no puede continuar charlando de las cosas que más le duelen así que se calla y su vecina lo entiende por completo. Él termina su plato en silencio y ella se limita a mirarlo tratando de no mostrar lástima. La señora Smith es una mujer de poco más de cincuenta años. Tiene un hermoso cabello rojizo y unos pequeños ojos celestes que hacen que la gente sienta mucho agrado por ella. Su esposo es un economista retirado, bastante mayor que ella y de muy buen carácter. Se fueron a vivir al pueblo para escapar de la vida ajetreada y complicada de la ciudad, necesitaban paz. Conocieron a Anna poco antes de que desapareciera y les pareció una mujer encantadora con una familia muy bonita. La señora Smith se encariñó mucho con ellos, sobre todo con Sarah y no dejó de velar por su bienestar. Entró a dar clases a la escuela que estaba cerca al pueblo, conociendo así mejor a la pequeña y encariñándose aún más con ella.

Después de acabar la lasaña y lavar su plato el señor Swan se lo devuelve a su vecina, le agradece todas sus atenciones y se disculpa por haber dejado que lo viera llorar. Ella lo mira con sus hermosos y risueños ojos celestes, sonríe y le dice que no tiene por qué preocuparse. Se va a su casa llevándose el plato limpio y dejando a Víctor solo.

## Capítulo VI

El tiempo pasó, aunque Sarah no sabe cuánto. Dejó de sentir los dedos de los pies, dejó de sentir sus manos, dejó de pensar y comenzó a avanzar automáticamente y a mirar a los alrededores para encontrar refugio, pero sin desesperarse. Ahora va caminando sin pensar en nada más que en el hambre que siente. Ya no busca cómo distraer a su mente, no recuerda más a su madre ni se angustia por no haber podido guardar todas las imágenes del sueño que tuvo con su figura angelical en el agujero que le sirvió como cama. Se desplaza como una autómata, como una máquina a la cual han programado para encontrar agujeros, refugios y alimento. Ni siquiera tiene conciencia de que está buscando todas esas cosas para ella, las busca automáticamente. No tiene idea alguna de cuánto tiempo lleva caminando entre las raíces y bajo la lluvia, no sabe si tiene posibilidades de sobrevivir y tampoco le importa. Lo único que siente, por el momento, es la sensación de que su estómago se está perforando por dentro. Ya no canta ninguna canción, no tararea ninguna melodía, ni se le viene a la mente absolutamente nada. Avanza por pura inercia.

La lluvia se va haciendo cada vez más y más fuerte, las gotas caen cada vez más gordas. Se detiene un momento en medio del bosque, ya casi no tiene fuerzas ni energías para continuar. Deja de buscar a los costados, levanta la cabeza hacia el horizonte, ya que andaba cabizbaja, y ve, a unos metros, varios árboles caídos que forman una especie de cueva, la que puede servirle como refugio. No se emociona ni se alegra, solamente camina hacia aquel lugar. Es un hueco mucho más grande que el primero en el que se protegió, además se ve bastante más cómodo y confortable. Ella no puede pensar en las diferencias entre uno y otro ahora. Da varios pasos agarrándose de los troncos que tiene alrededor y, un poco antes de llegar a aquel escondite formado por la naturaleza, se encuentra con un espacio un poco más amplio, desprovisto de troncos. Sin fuerzas ya para caminar por sí sola se lanza al piso y, por pura inercia, comienza a gatear. No le duelen las astillas que se le clavan en las rodillas, no le duele el corte gigantesco que tiene en la pierna izquierda, está totalmente anestesiada por el hambre y el frío. La entrada del agujero es exacta para que el cuerpo de Sarah pase por ella. No es tan angosta como la del primer hueco en el que se durmió, pero un adulto o una niña de tamaño normal no tendrían posibilidades de pasar por ahí. Por dentro el hueco se abre y se hace más amplio. La pequeña, incluso, puede arrodillarse adentro. Se acomoda al fondo guardando varios centímetros de distancia con la entrada y cae vencida por el sueño.

No logra dormir por mucho tiempo porque los aullidos de los lobos la despiertan. Piensa en salir de la cueva al darse cuenta de que la lluvia ha cesado, pero no tiene el valor ni las fuerzas suficientes para arriesgarse a eso. De alguna forma ese agujero la protege de las miradas de esas bestias feroces, está segura ahí y, de momento, no tiene ninguna necesidad de moverse. Siente hambre, pero puede aguantar unas horas más sin alimento. El cansancio es mucho más fuerte que ese hueco en su estómago. Ahora tiene sentimientos mezclados: por un lado se siente demasiado cansada como para razonar los sucesos y, por otro, el miedo perturba su imaginación y la hace adentrarse en los pensamientos más oscuros. Los párpados le pesan, pero cada vez que los cierra para dormirse se encuentra con alguna fantasía fabricada por su cerebro que la obliga a abrirlos de nuevo. Se queda en esa pelea consigo misma y con su mente durante varios minutos. Finalmente el sueño y el cansancio son extremos y vencen en la batalla. Sarah se vuelve a dormir.

Las primeras horas de su descanso son totales y su mente se apaga por completo. Después de recobrar un poco de energías no puede parar de soñar. Primero sueña con su padre sentado frente a la chimenea leyendo algo, ella se le acerca para darle un beso y cuando él se da la vuelta descubre que no es su padre. Es un hombre horrible, con los ojos totalmente negros y los labios deformes. Despierta sobresaltada y agitada, pero el cansancio es tal que rápidamente vuelve a acurrucarse y a dormir. En el segundo sueño se ve a ella misma en

medio del mar, tiene la sensación de que está totalmente desprotegida lo cual la aterroriza. Trata de nadar y se le hace imposible porque nunca aprendió a hacerlo, así que se queda quieta con la esperanza de flotar pero algo le agarra el tobillo y comienza a halarla para sumergirla en las profundidades del océano. Vuelve a despertar sobresaltada y se queda despierta durante unos minutos, pero los párpados le siguen pesando y, aunque no quiera seguir durmiendo, vuelve a su descanso. Los siguientes tres sueños son similares, pero cada uno se manifiesta separado del otro. Los tres se tratan de que ella se encuentra con los caníbales de los que su compañera de curso habló en la clase. Son altos, fornidos y macizos. Ella tiene que escapar pero no puede porque, en el primero de los sueños, se le caen los brazos; en el segundo, el piso comienza a desmoronarse, y en el tercero los caníbales la rodean hasta tenerla atrapada en una emboscada. Se acercan despiadados hacia su nueva presa, mostrando sus dientes y sus manos curtidas por el trabajo diario. No puede más con el miedo y abre los ojos desconcertada.

Despierta muerta de hambre, y nota que los sonidos de la naturaleza se han multiplicado y ahora la atormentan. No son solamente los agudos aullidos de los lobos, están también los graznidos de las aves y los rugidos potentes y cercanos de las bestias feroces que andan vagando sueltas. La lluvia hace que todos estos seres se escondan pero ahora que no llueve todos han salido para cazar. Aquella sinfonía animal es tétrica y, al escucharla, Sarah solamente puede pensar en que será devorada por todas esas criaturas hambrientas. Escucha cómo se le retuerce el estómago, pero no hay nada que pueda hacer, está petrificada dentro de esa caverna.

Las voces de las aves son graves y rasposas, las de los lobos son estridentes y los rugidos de las distintas bestias son tenebrosos. En medio de aquella bulla pueden escucharse a unos cuantos grillos que parecen medir el tiempo con el ruido de sus patas y a unos roedores que, muy tímidos, hacen escuchar sus suaves chillidos más agudos que las voces de los lobos. Todo junto suena excesivamente fuerte para los oídos de Sarah y eso le da la sensación de que todos esos animales juntos se le acercan. Rodeada por la oscuridad la niña comienza a imaginarse cosas feas. Ve, a través de las ramas, que una silueta vuela encima de ella. Cree verla posarse sobre su cueva. No está segura de que sea real pero tiembla de miedo. Se siente observada de nuevo, acechada. Trata de distinguir la distancia de los distintos sonidos, lo cual se le hace muy complicado con esa potente sinfonía que no le da tregua. Mira hacia arriba y está casi segura de que hay un pájaro posado sobre su refugio. Podría tratarse de un ave cualquiera, un ave horrible que quiere picotearla hasta comérsela, podría ser también un ave pequeña y que se alimenta solamente de gusanos, quizá es solo producto de su imaginación; ahora Sarah no está segura de nada. Pasa un buen rato en el que nada ni nadie la picotea, en el que no entra ningún pico, ningún ser, a aquel agujero. La niña se da la vuelta para no mirar afuera ni encima del hueco y se calma.

Se desvela hasta que, al fin, todos esos ruidos cesan y dejan el bosque con los pocos y delicados sonidos de los roedores corriendo. Sarah decide salir de aquella cueva al notar que ya no escucha a los lobos aullar ni a las aves mover sus pesadas alas en el aire. A lo lejos se escuchan algunas bestias rugir y a unos cuantos pájaros graznar, pero son casi ecos muy lejanos y pausados. Sale gateando, se siente muy débil. Ya afuera, se incorpora con dificultad agarrándose de los árboles caídos, que le funcionaron como refugio, para no perder el equilibrio. Mira hacia arriba y tiene la impresión de que es de día. No llega a distinguir más que una pequeña luz que entra por un huequito que se ha formado entre las tupidas ramas del bosque, pero puede tratarse de la luz de la luna. Está demasiado débil, casi moribunda, y le cuesta seguir adelante. Recuerda que solía hojear un libro de Botánica que había encontrado en la habitación de su padre, en el que se mostraban imágenes de plantas y hongos venenosos. Se alegra de haber prestado mucho interés a aquel libro, varias tardes durante el último

verano, y espera poder reconocer los hongos comestibles en caso de encontrarse con algunos de estos en su camino. Empieza a gatear mirando a los costados.

La ruta que sigue es ardua y complicada, pero esas cosas ya no le importan. El dolor en sus manos ya no le molesta, tampoco el de las rodillas o el de las heridas que se abren y vuelven a sangrar. Se ha acostumbrado al frío y a la oscuridad del bosque tupido. Los sonidos de la naturaleza, que casi no se perciben, son ahora muy normales para sus oídos y ya no la sorprenden. Se encuentra con algunos insectos en el camino, pero simplemente los esquiva; ya no se fija en su tamaño ni en lo feos que son. Se encuentra también con una araña muy grande y peluda, una araña que, antes, la hubiera hecho gritar y huir despavorida. Ahora solamente la mira y evita topársela de frente. Deja de pensar, deja de recordar, deja de temer y recorre varios metros buscando alimento, como si fuera un animal guiado por sus instintos.

## Capítulo VII

La infancia de Víctor Swan no tuvo muchos momentos de felicidad ni es una época que pueda recordar con mucho cariño. Pasó momentos de mucha soledad y melancolía causados por la separación total de la familia después del divorcio de sus padres. Él tenía once años recién cumplidos y su hermana, Nina, tenía ocho. Sus padres decidieron, después de divorciarse, repartirse a los dos pequeños, así que él se quedó viviendo con papá en el pueblo y su hermana se fue con mamá. Se trasladaron a la ciudad. Volvían a reunirse solamente en Navidad y, contadas veces, Nina iba a pasar toda su vacación escolar en el pueblo. Aquellos días en los que podían volver a pasar tiempo juntos eran dichosos para el pobre muchacho, porque sentía el cariño que a menudo no podía recibir de su padre. Para la desventura de Víctor, su padre nunca fue una persona muy comunicativa ni expresiva en cuanto a sus emociones. El resto del año, cuando tenía que seguir su vida lejos de la otra mitad de su familia, era desagradable y la soledad llegaba a niveles que se le hacían casi insoportables.

La monotonía del pueblo se juntaba con la tristeza que sentía a menudo y todo hacía que los días fueran completamente iguales. Casi todo el tiempo, Víctor se aburría y no hacía más que estudiar y trabajar. Aquella invariabilidad en su vida se rompió pocos días después de su cumpleaños número 17. Su madre llamó a las siete de la mañana, lo cual ya era un desvarío en la rutina de la familia. Cuando él escuchó su voz tuvo un mal presentimiento; y no estaba errado, porque la noticia que ella le dio cambió para siempre su vida y lo convirtió en un chico aún más melancólico que antes. Su hermana había muerto de leucemia. Mamá habló con un tono gélido y todas sus palabras parecían premeditadas y exactas, como si hubiera ensayado su discurso antes de telefonear. Los dos hombres de la familia, destrozados por el acontecimiento, viajaron a la ciudad para el entierro y para despedirse de la pequeña Nina. Aquel terrible suceso solamente acrecentó la ira que Víctor ya sentía hacia su madre. Jamás pudo perdonarle el hecho de que no les avisara antes lo de la enfermedad de Nina.

Fue así como la infancia de Víctor Swan fue una época solitaria, melancólica y llena de rencores hacia sus padres. Para agravar la situación, uno de los hechos que más recuerda es el de haberse separado de Nina y haberla perdido sin despedirse de ella ni darle la fuerza que necesitaba cuando estaba enferma. Por eso, cuando Sarah nació, él se prometió a sí mismo que haría todo lo posible por hacerla muy feliz y por alejarla por completo de aquellos sentimientos que él tuvo.

De pequeña, Sarah, era una niña bastante activa. Siempre la llevaban de paseo, le enseñaron a escalar e incluso un par de veces la llevaron a pescar. Los Swan, tanto Víctor como Anna, se esforzaban por hacer de su hija una niña alegre y aquellos esfuerzos rendían sus frutos, porque la pequeña se sentía completamente dichosa de tener a los padres que le habían tocado. Siempre había sido tímida, pero eso no le impedía hacerse unos cuantos amigos con los que podía jugar, soñar y pasar momentos maravillosos. La timidez de la pequeña se agravó después de la muerte de su madre y su padre no hizo mucho por ayudarla a superar esa pérdida. Él tenía todas las ganas de hacerlo, de ser el buen padre que había sido hasta aquellos momentos pero se sentía incompleto y destrozado. La vida que había construido con Anna no podía vivirse sin ella, eso era lo que él sentía y, al no verla en casa, todo aquello por lo que había luchado parecía desmoronarse. Poco a poco, Sarah dejó de hablar y de jugar con su padre. Durante un tiempo visitó a un psicólogo pero, después de notar la tristeza acrecentada de la pequeña después de cada sesión, Víctor decidió cortar el tratamiento y hacer que su hija se distrajera con otras cosas. Él aún no estaba lo suficientemente recuperado como para lidiar por sí solo con los problemas de su hija, por lo que pidió ayuda a algunos de sus maestros y a su vecina, la señora Smith. Le recomendaron diferentes actividades y él intentó que la niña siguiera cada una de ellas, pero ninguna le terminaba de convencer, por lo que abandonó una por una.

El tiempo cura algunas heridas, pero no fue esto lo que sucedió con los Swan. Sarah siguió creciendo tímida, solitaria y melancólica, su padre dejó de intentar estrategias para animarla y hacerla feliz y las cosas se quedaron como estaban justo después de la muerte de Anna. Los dos permanecieron con aquel hueco en el corazón y en la memoria y ninguno de los dos hizo algo por dejar el pasado atrás. A veces podían charlar un poco del asunto, pero era un tema que preferían no tocar y, como encontraban poquísimos temas en común, ambos siguieron compartiendo esa vida solitaria en la que transitaban los mismos pasos y vivían bajo el mismo techo sin decirse casi nada. Los maestros de Sarah, durante algún tiempo, procuraron ayudar a que se acabara ese silencio entre padre e hija. Los llamaban a ambos a reuniones y los invitaban a grupos de apoyo pero las heridas que debían ser curadas eran muy profundas y ambos se negaban a dejar que cicatrizaran.

A veces Víctor se daba cuenta de que, por lo menos, tenía a su hija a su lado y que era lo único que le había quedado de esa vida feliz que había empezado a construir con Anna. En esos momentos, sonreía y agradecía el milagro. Un par de veces en las que pensó estas cosas sintió un inexplicable deseo de abrazar a su pequeña y no soltarla nunca, porque era lo único que conservaba para él, era la única persona a la que tenía a su lado y a la que le iba a poder entregar un cariño similar al que entregó a su esposa. Aquellos ataques de emoción y felicidad no duraban mucho; siempre volvía la nostalgia por el pasado y se llevaba todas sus esperanzas, arrastrando al señor Swan al mutismo que lo había caracterizado siempre.

Después de perder a su hija en el accidente, se sintió terriblemente culpable y pensó que debería haber intentado más por seguir haciéndola feliz, aun cuando Anna ya no estaba con ellos. Se sintió culpable también por la promesa que le había hecho a su difunta esposa y por no poder cumplirla. La soledad total golpeó a su puerta y se vio a sí mismo anciano y olvidado por todas las personas del pueblo, alejado para siempre de la felicidad, del amor y de la compañía de seres queridos. En esos días, se convirtió en un tipo mucho más hermético y reservado que antes.

Es verdad que había hecho un intento por comunicar más y abrirse con la señora Smith, pero no había logrado entablar una conversación lo suficientemente cercana. Recuerda lo que quería contarle y se arrepiente un poco. ¿Cómo contarle algo tan delicado a alguien a quien no se conoce tan bien? Es cierto que la relación que habían establecido siempre había sido más íntima que con el resto de las personas del pueblo y que Nicole Smith se esforzaba mucho por ayudar a su familia, pero eso no le daba la ventaja de saber esas cosas. Por otro lado, Víctor piensa que es hora de expresar todo eso que le duele y le hace daño. Se confunde y empeora su estado anímico.

La lluvia no deja de mojar su ventana desde hace varios días y se acrecienta su nostalgia. A su pequeña nunca le gustó el frío, tampoco le gustaba a Anna. El invierno es una época lúgubre y solitaria y este es el peor invierno de su vida junto con aquel en el que perdió a su amada esposa. La chimenea le proporciona el calor suficiente como para mantenerse ligeramente desabrigado y cómodo. Se dice a sí mismo, mientras mira de reojo por la ventana, que si todo sigue así y no hay novedades sobre Sarah va a enloquecer. Para distraerse vuelve a pensar en su vecina, la señora Smith. Parece una madre bondadosa, una mujer dadivosa y entregada a quienes la rodean; no se parece en nada a su propia madre. Piensa que tal vez se sentiría menos angustiado si charlara con ella y le contara sus penas más profundas. Es así que, con la esperanza de descongelar su gélido corazón, decide llamar a Nicole e invitarla a tomar un café para charlar. Levanta el teléfono, marca y espera. Nadie le contesta en la casa de los Smith.

La lluvia se hace más fuerte y las gotas son más gordas. Mira por la ventana el cielo completamente gris y observa a una madre que pasea de la mano con su hijo. Quiere encender un cigarrillo pero se distrae pensando en la vida de los Smith y la extrañeza que le provoca la ausencia de ambos. El esposo de Nicole tiene problemas de artritis, por lo que no

suele salir demasiado y casi siempre se lo puede encontrar en casa, así que es realmente raro que nadie conteste el teléfono. Vuelve a marcar con la esperanza de que no hayan escuchado su llamada, pero tampoco tiene suerte. Resignado decide hablar con otra persona y es que la soledad comienza a acribillarle con recuerdos la memoria. Piensa en los amigos que hace años ya no tiene, en los esposos de las amigas de Sarah con los que ha perdido contacto y luego piensa en su cuñado. Nunca se llevaron muy bien y jamás llegaron a entablar ningún tipo de amistad. Cuando Víctor apareció, el hermano de Anna, Daniel, sintió celos y nunca le tuvo mucho aprecio pues sabía, desde un principio, que era él quien se iba a llevar a su hermanita de su casa, que, en algún momento, ella se casaría con ese tipo y dejaría atrás todo lo que le quedaba de niña. Podían hablar sobre temas muy banales y cotidianos, pero no les interesaba buscar similitudes o cosas que compartir. No era Víctor quien ponía las barreras en este caso, sino Daniel guiado por sus celos hacia él. ¿Debería llamarlo? A fin de cuentas es familia y no está de más buscar a la familia en situaciones difíciles. ¿Le contaría el secreto que no se animaba a contarle a Nicole? Tal vez no.

Se prepara un café antes de aventurarse a realizar esa llamada. La última vez que tuvo contacto con Daniel fue el día que él llevó a Sarah a tomar helado dos años atrás. ¿Estaría enojado? Nunca lo invitó a la casa, tampoco a su suegra, nunca los llamó más que un par de veces para felicitar por las fiestas y nunca llevó a Sarah a la casa de ninguno de los dos. El padre de Anna ya llevaba muerto varios años pero su madre y su hermano estaban ahí, viviendo a unas cuantas calles y él no se animaba a buscarlos. Sería extraño llamar así, después de tanto tiempo, pero era quizá lo que necesitaba. Termina su café, descuelga el teléfono y marca. Escucha como suena tres veces y está a punto de colgar cuando contesta la esposa de Daniel. Los nervios se apoderan de él, la ha visto un par de veces y no sabe cómo explicarle quién es, así que solamente le dice que es Víctor y que quiere hablar con su esposo. Los tres segundos que ella tarda en pasarle el teléfono a Daniel se hacen infinitos. Finalmente su cuñado contesta.

—Daniel. ¿Cómo estás?

—¿Quién habla?

—Víctor.

—¿Víctor Swan?

—Sí.

—¿Cómo estás? Me enteré lo de Sarah. ¿Por qué no llamaste antes? —Rápidamente Víctor nota que el tono seco y frío de su cuñado no ha cambiado.

—Lo siento. Estaba un poco confundido.

—Dime… ¿Supieron algo de ella? ¿La policía encontró algún rastro?

—¡Nada!

—¡Lo siento, Víctor!... Dime… ¿En qué puedo ayudarte? —Del otro lado del teléfono el señor Swan no encuentra las palabras que está buscando para decirle a su cuñado que le gustaría verlo. Titubea. Daniel vuelve a hablarle. —¿Te encuentras bien, Víctor?

—La verdad es que no… ¿Podríamos vernos?

—Claro, claro… —Se hace un silencio incómodo de unos pocos segundos que Daniel decide romper. —Voy a tu casa a las tres de la tarde. ¿Está bien? Tenemos que hablar muchas cosas. Por teléfono no es tan fácil. ¿Puedo pasar a esa hora?

—Sí. —Vuelve a instalarse un silencio. Entonces Víctor reacciona y se despide.

—Gracias, Daniel. Nos vemos a las tres. Adiós.

—Adiós, Víctor. Cuídate.

Cuelgan ambos al mismo tiempo. Víctor se siente muy nervioso por aquella visita a las tres de la tarde. Mira su reloj. Son las doce y media. Cree que es buena hora para encontrar a Nicole en su casa así que la llama. Nadie contesta.

## Capítulo VIII

La caminata es dura y la lluvia vuelve a caer. Sarah se desploma vencida, y de rodillas en medio del lodo, decide dejarse morir, ya no tiene más fuerzas para continuar. Escucha el aullido y los pasos de los lobos, sabe que se acercan. Mira hacia arriba y piensa que es lo mejor, que al fin va a poder descansar de esa manera y va a dejar de atormentarse a sí misma con tantos esfuerzos inútiles. Cierra los ojos y espera a que los lobos corran y la devoren. Su mente deja de funcionar, se siente morir y está decidida a no luchar más, a sumirse en el descanso eterno después de que las bestias claven sus colmillos sobre todo su cuerpo. Cada vez los escucha más cerca, su corazón late con fuerza por el miedo, pero ya no quiere seguir escapando ni escondiéndose. Cuando levanta la vista, incontables criaturas macizas, llenas de pelos salvajes y con las miradas hambrientas, se van acercando hasta ella rodeándola por completo.

Se pone de pie para enfrentar su suerte, lo considera como un último acto de honor. Mira hacia atrás para hacer un cálculo de cuántos serán sus asesinos y, al darse la vuelta, se encuentra con una silueta humana echada en el piso. Repara en ella con más atención. La oscuridad del paisaje dificulta su reconocimiento, pero parece tratarse de una mujer adulta con una linda figura esbelta. Fuerza la vista y nota que la ropa que lleva está hecha jirones pero que parece respirar todavía. Al detenerse en esta imagen se da cuenta de que las prendas que visten ese cuerpo maltrecho son las mismas que le pasó a su madre la última vez que la vio. La sangre se le sube a la cabeza y su corazón comienza a latir con fuerza, siente que toda su razón se parte por la mitad. Grita: "Mamá" con todas sus fuerzas decidida a despertarla para así poder salvarla. Ella no reacciona, la pequeña pierde la cabeza y vuelve a gritarle: "Mamá". Sin obtener respuesta alguna, se ve en una encrucijada. Por un lado, sabe que no tiene las suficientes fuerzas para salvarse a sí misma pero, por otro, no puede dejar morir a su madre después de haberla encontrado milagrosamente. Medita unos segundos sus acciones y, sintiéndose vencida por el peso del amor, corre para salvarla, para arrastrarla lejos de esos lobos y huir junto a ella de aquel horrible bosque. Ahora no es su vida lo que le importa ni lo que mueve sus decisiones, sino la vida de su madre.

Los pies se le hacen pesados, la garganta se le seca y siente la boca como si estuviera a punto de escupir sangre. Los animales parecen encender sus ojos en las tinieblas y mostrar su perversión a través de sus miradas. Sarah los ve con pavor, pero sigue adelante esperanzada de salvarse a sí misma y salvarla a ella. Las piernas se le van entumeciendo a medida que corre y el camino hasta su madre se le hace interminable. Poco a poco va sintiendo cómo todo su cuerpo se entumece hasta quedar completamente inmóvil. Los lobos aúllan y se acercan despiadadamente. Entra en pánico, pero no puede hacer absolutamente nada. Mira alternadamente a sus acechadores y a su madre, ellos están a punto de lanzarse hacia sus dos presas.

Despierta gritando debajo de un árbol inmenso y no ve a los lobos ni a su madre. Todo aquello había sido solamente otra de sus pesadillas. Se siente un poco aliviada por la ausencia de los lobos, pero también se le hace un nudo en el pecho por revivir ese sentimiento de perder a su madre. Mira alrededor y la busca con desesperación. Al no hallarla, se echa a llorar y se propone un nuevo objetivo, el de buscar a su madre en ese bosque. Se figura que ella puede estar viviendo allí y que quizá aprendió a sobrevivir comiendo hongos y plantas, la visualiza como una salvaje, huyendo de los lobos y escondiéndose de la lluvia, cubierta solamente por ropas fabricadas a partir de hojas de los árboles. Se pone de pie, aún con las lágrimas en los ojos y la impotencia en el pecho, y continúa con su caminata.

Le ha ocurrido unas cuantas veces despertar sin poder recordar haberse dormido. Cada vez que esto le sucede se siente un poco confundida porque nunca sabe con precisión dónde está o cuánto tiempo ha pasado. Su búsqueda de comida es casi siempre vana. En ocasiones

comió algunos hongos que encontró entre las rocas, que se le parecieron a los dibujos que vio en el libro de Botánica que guardaba su papá en la biblioteca y que había sido de su mamá cuando era scout, pero la mayor parte del tiempo no tiene suerte por lo que solamente le queda seguir avanzando con energías mínimas. Su estómago no deja de sonar nunca, ni siquiera dejó de hacerlo cuando encontró aquellos hongos que le sirvieron como alimento pues nada basta para saciar de verdad su hambre. Es por eso que cae rendida en cualquier lugar sin darse cuenta.

Ahora, con el nuevo propósito que se ha marcado, su expedición no es tan terrible como antes, porque no se trata solamente de sobrevivir, sino que además debe contar con las suficientes fuerzas para encontrar a su mamá y salvarla al mismo tiempo que se salva a sí misma. Algo le dice, muy dentro de ella, que su madre está viva y que ambas pueden salir de esto juntas. Se imagina a las dos volviendo de la mano, caminando por el pueblo como si nada hubiera pasado, se imagina las caras de las personas y, lo que más placer le da, se imagina la cara de su padre cuando las vea entrar por la puerta de casa como si solo hubieran salido de paseo. Se llena de ilusiones y eso le da todas las fuerzas que necesita para permanecer alerta y enérgica a pesar de la falta de alimento en su cuerpo. Comienza a cantar una canción para no caer rendida por el cansancio y el sueño. Ya no canta las canciones de cuna que la ponen nostálgica y taciturna, sino que canta canciones divertidas y movidas que la ayudan a perseverar en su búsqueda. Se acuerda de la canción de "El rey león" en la que Simba festeja que algún día será rey y también se acuerda de algunos temas de moda que escucha generalmente en la radio. Piensa en las cosas divertidas de su vida para cargarse de energía. Viene a su mente el momento en que una de sus compañeras de clase se rió mientras tomaba leche y la leche se le salió por las fosas nasales, recuerda las bromas de uno de sus compañeros en el curso que hasta le pegó chicle al cabello de una niña e incendió un basurero, y aquella vez que comenzó a lanzar avioncitos a la profesora haciéndose el distraído, como si no supiera nada, cada vez que ella se daba la vuelta. Sigue cantando mientras camina y recuerda estas cosas. En uno de sus pasos se ve frente a una gran roca y, casi milagrosamente, se encuentra con un montón de hongos grandes que puede comer. Su felicidad es inmensa y eso solamente hace que su optimismo y su esperanza se vean acrecentados. Devora aquellos hongos sintiendo como al fin su estómago deja de suplicar alimento y como todo su cuerpo reacciona de buena forma. Luego del banquete, que considera descomunal por el hambre que ha estado pasando, le entra sueño y decide descansar para continuar después. Todavía no puede saber si es de noche o de día, así que mide el tiempo en intervalos que solamente puede medir instintivamente con su cuerpo y las necesidades que este tiene. Busca algún escondite, algún refugio para no volver a dormir en la intemperie, y no lo encuentra. Decide seguir adelante hasta que encuentre alguno.

La caminata al principio es agradable, pero mientras pasa el tiempo Sarah comienza a sudar y a sentir un calor inexplicable. De pronto siente todo su cuerpo más pesado y se da cuenta de que se le ha hinchado el estómago. Al parecer ha comido de manera exagerada, tomando en cuenta que lleva muchos días sin ingerir alimentos. Pasan largos minutos de malestar en los que ella cree que ha podido comer, por equivocación, algún hongo venenoso. Decide sentarse en el suelo y apoyarse en el tronco de uno de los árboles para descansar. Suda y le duele mucho el estómago, tiene miedo de haberse envenenado. El dolor no pasa y, a medida que avanza el tiempo, se va haciendo más intenso. Las canciones que Sarah cantaba se van perdiendo, junto a su voz, por culpa de ese padecimiento intenso que no la deja concentrarse en nada. Comienza a nublársele la vista, se le adormecen las manos y los pies, su estómago no para de sonar. Se acurruca sobre las raíces del árbol en el que está apoyada y trata de calentarse para aliviar su malestar. Los retortijones van aumentando hasta que, sin poder aguantar más, la pequeña se sienta de golpe y vomita casi todo lo que ha comido. Comienza a temblar después de hacerlo e inmediatamente viene otra fuga.

Pasa cerca de dos horas postrada en medio del bosque temblando, vomitando y sintiendo aquellos intensos retortijones. Casi al final de su tortura se da cuenta de que solamente quedan espasmos vacíos que aún la hacen retorcerse y que, por impulso, la obligan a seguir arrojando los últimos vestigios de alimento que tiene en el cuerpo. Después de esas dos tortuosas y largas horas, Sarah cae totalmente rendida a los pies de ese árbol. Hace frío, pero lo ignora por el dolor y el cansancio. Está muy descompensada.

Lo que Sarah no pensó antes del festín fue que no debería haber comido tanto después de no haber ingerido ningún tipo de alimento durante varios días. Antes de aquel hallazgo se había contentado con escasos hongos que apenas le servían para callar por algunas horas a su estómago. Otra cosa que tampoco pensó, y de la cual se arrepentirá, fue en guardar cierta cantidad de alimento para después.

En su sueño se encuentra de nuevo con esos lobos que la acechan y se dirigen hacia ella, pero esta vez no aparece su mamá. Corre por el bosque llamándola y buscándola sin resultado alguno. Sus pesadillas la despiertan. Le sigue doliendo el estómago, pero ya no queda nada para devolver. Ya no tiembla, ya no tiene espasmos. Quiere seguir adelante a pesar de su dolor, porque sabe que es muy peligroso dormir a la intemperie en aquel bosque tan oscuro. Se para y camina con la mano izquierda sobre el vientre.

Se desplaza por el bosque como si caminara a través de la neblina, porque el dolor le nubla la vista. No encuentra refugio para descansar. Tiene las manos completamente mojadas por el sudor y el calor comienza a convertirse en frío. Se inicia la sinfonía nocturna de los animales del bosque y empiezan a aullar los lobos, a graznar las aves, a cantar los grillos y, a lo lejos, rugen los osos. La pequeña se da cuenta de que ha empezado la noche. Ahora, a su malestar, se suma el miedo. Impedida de usar sus cinco sentidos al máximo por su estado de salud, no tiene más alternativa que confiar en sus instintos y seguir adelante. Gira la cabeza hacia los lados para asegurarse de que no hay lobos cerca, de que no hay ningún animal feroz que la esté mirando. Cree no ver nada y vuelve a sus pasos. Camina sin rumbo, pero mirando siempre hacia los costados por si acaso.

## Capítulo IX

Llega a las tres de la tarde, como había prometido. Víctor lo espera con chocolate caliente para el frío y galletas de avena compradas en la tienda favorita de Sarah. Hoy almorzó solo. La señora Smith no apareció por su casa a ninguna hora y tampoco contestó el teléfono. Hace pasar a su cuñado. Daniel entra a la casa y se sienta. Agradece el chocolate caliente y ambos se quedan sentados frente a frente, mirándose sin decirse nada. Víctor rompe el momento incómodo.

—¿Cómo estás, Daniel? ¿Cómo está tu esposa?

—Bien, Víctor. Muy bien. —vuelve el silencio. Ninguno de los dos tiene idea de cómo empezar la parte seria de la charla. Víctor ni siquiera sabe qué es lo que su cuñado le quiere decir, así que prefiere empezar a hablar él.

—¿Sabes? Hay muchas cosas de las que me arrepiento. Deberíamos haber sido más cercanos, a Anna le hubiera gustado mucho. Deberíamos haber hecho más cosas juntos, habernos conocido mejor, deberías haber venido más a la casa para jugar con tu sobrina, para ver cómo ha crecido…

—Ninguno de los dos se esforzó lo suficiente. —Daniel se queda cabizbajo, se nota que quiere decir más cosas. Víctor vuelve a hablar.

—Lo sé, Daniel. No nos esforzamos… Y quisiera que las cosas no hubieran sido así. El único vínculo que me quedó con Anna después de su desaparición fue Sarah. Nunca tuve el valor para buscarte a ti o a tu madre… Siento que les fallé… A todos… No solo a mi esposa; también a mi hija y a ustedes.

—Esas cosas ya pasaron. Yo sé que podríamos haber actuado de otra forma, podríamos haber compartido mucho más pero no lo hicimos y no es bueno llorar sobre la leche derramada… He venido aquí para disculparme.

—¿Disculparte?

—Sí. Tú nunca nos buscaste, pero nosotros podríamos habernos acercado a ustedes, a ti y a Sarah. A mi madre le hubiera encantado cuidar más veces a su nieta a pesar de sus problemas de salud. Yo quise protegerla y le privé de ese placer… No quiero que me malinterpretes. Quería protegerla de recordar constantemente a su hija. Anna fue la luz de nuestros ojos y se fue muy rápido de este mundo, mi madre no pudo soportarlo y yo tampoco quise exponerla a pensar mucho en ello. Por eso nos alejamos, querido Víctor. Decidí por ambos y ahora me doy cuenta de que decidí mal. No sabes lo feliz que hubiera sido mi madre de ver crecer a Sarah, de enseñarle las cosas que le enseñó a mi hermana cuando era pequeña, no sabes lo felices que hubiéramos estado mi esposa y yo de compartir más con nuestra sobrina…

—Te entiendo. Es complicado…

—Víctor, cuentas conmigo para todo lo que necesites. Dicen que más vale tarde que nunca y nosotros no te dimos la mano cuando te casaste con Anna, no te la dimos cuando ella desapareció y tampoco te la dimos cuando te quedaste criando solo a Sarah; ahora, por favor, acepta toda nuestra ayuda. Mi madre se encuentra muy delicada, ya ni siquiera puede caminar y no sabe de la desaparición de su nieta, pero aquí estoy yo, totalmente sano y dispuesto a ayudarte.

—Gracias, Daniel.

—Por favor… Sé que es muy tarde, pero llámame hermano… Eso fue en lo que nos convertimos a pesar nuestro después de que te casaste con Anna. Y la verdad es que es algo que disfruto es saber que alguien más la amó mientras estuvo viva, saber que alguien quiso formar parte de su vida y convertirse en su familia. Por eso me gustaría que me digas hermano… Porque así ella lo hubiera querido y, a fin de cuentas, es lo que somos.

—Gracias… hermano. —Víctor tiene dificultad para decirle así a su cuñado, sobretodo porque nunca antes lo había hecho.

—Ahora te tengo una pregunta, Víctor… hermano… ¿Por qué me llamaste después de tanto tiempo? ¿Hay alguna cosa que yo debería saber?

—No, no… —Víctor se queda cabizbajo pensando en cómo empezar a hablar con él. Daniel se pone nervioso y baja la mirada. Después de unos segundos de silencio, Víctor pretende comenzar las confesiones. —Es complicado estar aquí frente a ti con tanto para decirte…

—Nunca hablamos lo suficiente.

—No sé por dónde empezar… ¿Cómo está tu mamá?

—Está tranquila… No sabe que Sarah se ha perdido y es mejor no contárselo por ahora porque podríamos hacerla sentirse mal.

—¿Cómo está su enfermedad?

—Avanza… Pero ella no se da cuenta…

—Eso es bueno para ella. —Se hace un silencio que se prolonga varios segundos. Víctor lo vuelve a romper. —Es una pena que no haya pasado más tiempo con Sarah…

—¿Qué sabes de ella? ¿De Sarah?

—En realidad nada, Daniel. La situación comienza a desesperarme… ¿Sabes? De lo que realmente quería hablar contigo era de un asunto un tanto personal.

—Dime, hermano. ¿Qué ha sucedido?

—Lo que pasa es que… —le cuesta mucho seguir hablando. Se siente intimidado por el mutismo en el que ha estado sumido durante tantos años. —Daniel… ¿puedo contarte un secreto?

—Claro que sí.

—Tu hermana estaba… estaba embarazada cuando se perdió. Fue algo terrible. Íbamos a ser cuatro personas y solamente quedamos dos. Ahora que Sarah también se ha perdido me siento totalmente solo…

—¿Qué? ¿Por qué no nos lo contaron? ¿Por qué no se lo dijeron a nadie?

—Era muy reciente… ¡No podíamos ir alardeando con la noticia en ese entonces!

—¡Esto es muy triste! ¡Lo siento!...¡No sé qué más decir! Me afecta más de lo que tú crees…

El cielo se pone muy oscuro y una gran nube lo cubre completamente, ennegreciendo el paisaje que puede verse por la ventana. Daniel toma su café en silencio, Víctor lo mira sin saber cómo continuar la charla. ¿Habrá hecho mal en decirle? Se ve realmente molesto. Pasan varios minutos en ese silencio sepulcral que solamente lo interrumpe el sonido del viento que golpea afuera. Finalmente, Víctor decide volver a hablar del tema para averiguar qué es lo que realmente le molesta tanto a su cuñado.

—Perdón. Era eso de lo que quería hablarte… Pero quisiera decirte más cosas que tal vez carecen de importancia al lado de esto…

—Lo siento, Víctor… hermano. Realmente lo siento mucho… Estoy todavía un poco herido por la noticia… Me duele haber estado tan ausente durante toda la vida que tú y mi hermana construyeron.

—Perdón por no avisarte.

—La verdad es que no tenían por qué hacerlo… Fui yo quien se perdió primero. ¿Sabes?... Ya no hablemos del tema… Dime qué más quieres decirme…

—La verdad es que no es tan importante… Si quieres lo hablamos después.

—No, no… Por favor. Tú eres muy importante para mí. No sabes las ganas que tengo de que Sarah aparezca para poder darle todo el cariño que no le he dado, todo ese amor de tío que se merece de mi parte… Pero mientras que eso no ocurra, te tengo a ti. Eres lo único que tengo que me hace pensar en mi hermana y mi sobrina.

—Gracias… —Los dos se quedan mirándose silenciosamente con los rostros endurecidos. Ninguno sabe cómo continuar.

Los unía una misma realidad de la que ambos se arrepentían: haber pasado tantos años de sus vidas compartiendo a una persona importante sin aprender nunca a valorarse el uno al otro. Es algo humillante estar frente a frente sin saber cómo continuar la conversación porque, al final, tienen un vínculo que los une y no han aprendido a utilizarlo para acercarse. Daniel termina su chocolate caliente y Víctor le ofrece más, aquel acepta. La segunda taza se la toman sin hablar más que de nimiedades, como solían hacer cuando Anna estaba viva. No quieren tocar el tema del bebé. Víctor tiene muchas ganas de contarle cosas sobre Sarah, de explicarle que es una niña muy dulce, una buena alumna y que, al parecer, va a tener una voz igual de hermosa que la de su madre; sin embargo no le dice más que las cosas que ha leído en el periódico. ¿Cómo seguir adelante? Después de una hora Daniel, tiene que irse. Se levanta con la intención de despedirse y ponerse su abrigo, pero su cuñado lo detiene.

—Quisiera que hiciéramos más cosas juntos. —se atreve a decir Víctor.

—¿A qué te refieres?

—Sé que suena raro, pero me encantaría ver a tu madre y poder pasar tiempo con ustedes. Son lo único que me queda de Anna… Son mi familia. —Daniel le da un abrazo muy fuerte a su cuñado y, antes de soltarlo, suena el timbre. Se dirigen ambos hacia la puerta. Uno para irse y el otro para atender. Es la policía.

—Señor Swan. ¿Cómo se encuentra?

—¿Cómo está, oficial?

—¿Podría pasar un rato?… Tengo que hablar de asuntos privados con usted. —Daniel entiende y se despide dejando a su cuñado con la policía. Víctor los invita a pasar.

—Señor Swan, usted es muy cercano a Nicole Smith. ¿Verdad?

—Sí. Últimamente nos hemos hecho muy amigos.

—¿La ha visto hoy?

—No. De hecho intenté llamarla un par de veces, pero nadie me contestó el teléfono de su casa. —Víctor comienza a sentirse nervioso. No se trata de lo que él creía sino de que hay otros asuntos nuevos y tiene un mal presentimiento.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—Ayer fui a su casa a almorzar.

—¿No le comentó nada extraño?

—¿Extraño?... Dígame, oficial…¿Qué ha sucedido con ella?

—Primero dígame si es que le ha comentado alguna cosa extraña… O si la ha notado diferente…

—No que yo recuerde…

Ambos se quedan en silencio y el policía, después de aclararse la garganta con una ligera tosecita le dice todo lo que sabe al señor Swan.

—Señor… Lamento traerle malas noticias… Sé que ya tiene suficiente con lo de su hija, pero Nicole Swan salió esta mañana a comprar algunas cosas para el almuerzo y no regresó. Su esposo nos llamó hace unas horas para pedirnos auxilio.

—¿Qué? —Los ojos de Víctor se llenan de lágrimas. No sabe qué pensar, qué imaginar. Se siente impotente ante la noticia.

—Disculpe que le traiga esta noticia… Creíamos que quizá usted podía darnos alguna información… Es una lástima.

El policía se despide educadamente y se va de la casa de los Swan sin decir nada más, dejando al interpelado sentado e inmóvil sobre el sofá.

## Capítulo X

La pequeña Sarah no baja la guardia en ningún momento. El dolor de estómago continúa y hace que no pueda percibir la realidad en su totalidad. El sudor se ha enfriado sobre su cuerpo y ahora sufre de escalofríos. A pesar de todos los inconvenientes, ella no se detiene y sigue la ruta que ha tomado entre los árboles.

Después de largas horas de caminata no puede evitar bajar la cabeza y comenzar a dormitar. Levanta la vista cada cierto tiempo para seguir pendiente de todo lo que la rodea y que puede amenazarla. Súbitamente se encuentra con una silueta extraña, distinta a las de los árboles, con un porte admirable, cuya visión provoca terror en medio de la penumbra. Sarah se siente observada por aquella presencia inexplicable. No termina de percibir la figura que tiene adelante. Puede tratarse de un lobo, de un oso o, incluso, de un caníbal de un tamaño extraordinario. Ella se queda impávida. Aquello, sea lo que sea, no emite ningún sonido, no hace ruido, pero parece acercarse. No puede más con el miedo que siente y lo único que atina a hacer es gritar. Grita como loca y se tira al piso tapándose los ojos para no mirar más. Aquello se sigue acercando, puede sentirlo. Imagina que las manos o las garras de ese ser llegan a ella y la toman por el cuello asfixiándola y dejándola sin vida en medio del bosque. Cuando levanta la cabeza por instinto ve que nada hay frente a ella, mira a los costados y no encuentra la silueta oscura. Al parecer, todo ha sido producto de su imaginación.

Después de reprenderse a sí misma mentalmente se pone de pie y vuelve a su caminata. Su pulso está acelerado, está asustada, lo que es bueno porque no permitirá que se duerma. No deja de mirar a los costados, no cesa de voltear la cabeza por si acaso. La paranoia se ha apoderado de ella. Camina, luchando con sus miedos internos. De pronto percibe a lo lejos una luz, parece ser fuego. Sin pensar ni preocuparse por su procedencia, acelera un poco el paso para llegar a vislumbrarla desde una distancia menor. Trata de subirse a un árbol para ver la hoguera, pero los árboles son muy astillosos y sus manos no han terminado de curarse, apenas toca el tronco sus heridas se abren y vuelven a sangrar. No le importa, sigue caminando hacia la luz del fuego. Se mueve encantada por aquel resplandor, no repara en las consecuencias de llegar a él. No sabe si busca calor o luz, solamente avanza por inercia.

El pánico se ha apoderado por completo de su cabeza haciéndola perder la razón y es que no hay necesidad de acercarse al fuego. La temperatura de su cuerpo es suficiente como para continuar su camino sin muchos problemas; la visibilidad que ha ganado después de acostumbrarse a la oscuridad del bosque, sin lunas ni soles, le basta para moverse casi con absoluta tranquilidad, pero ella se empeña en llegar a aquella hoguera. No se le pasa por la cabeza que podría tratarse de un incendio. Avanza decidida sabiendo que aquel lugar es, por el momento, su único objetivo. Entonces, a pocos metros de su destino, se detiene a reflexionar sobre los posibles orígenes de aquel resplandor amarillento. Si realmente se tratara de fuego, que es lo que ella cree, tendría que estar hecho por la mano humana. Sarah frena sus pasos y se queda impávida imaginando que podría tratarse de manos caníbales cocinando a sus presas.

Las manos vuelven a sudarle, esta vez por el terror. Busca algún árbol que no tenga tantas astillas para escalarlo y ver, desde arriba, la procedencia de la luz. Va corriendo desesperada de un árbol a otro y es que su mente ha sido invadida por una locura que la lleva a la psicosis. Corre sin cesar hasta que, en uno de sus intentos por escalar, toca algo que no tiene la textura de la madera astillosa que ha estado palpando todo el tiempo. Levanta la cabeza para ver de qué se trata y se encuentra con una monstruosa figura humana que es mucho más grande que ella. Huye despavorida segura de haber visto su cara y de haberla encontrado terrorífica y macabra. Corre por el bosque, corre lejos de aquella cosa y en su confusión pierde el control sobre sus pasos, tropieza y cae de cara. Mira hacia atrás gritando

por el miedo y se da cuenta de que nada ni nadie la está persiguiendo. Mira hacia los costados, hacia arriba, repite el proceso y no distingue más a esa sombra.

Las ramas de los árboles se yuxtaponen en el horizonte formando figuras amorfas que incentivan la imaginación de la pequeña. La silueta que había visto está a unos metros del lugar en el que ahora se encuentra sentada y está formada por hojas y ramas. Seguramente tocó alguna hoja y la confundió con la textura de la piel de un humano. Se avergüenza de su equivocación e intenta calmarse. El estómago le duele todavía, lo que hace que sus sentidos no funcionen al cien por ciento, pero no puede permitirse esos terrores fundados en imágenes producidas por su cabeza. Se incorpora una vez que ha recobrado el aire y vuelve a su búsqueda de refugio y protección, sin dejar de temblar por el pánico.

La sinfonía salvaje no cesa y el volumen de las voces que lo componen aumenta. La pequeña hace el intento de opacar aquellos sonidos con su canto y vuelve a tararear, con todas sus fuerzas, la canción de "El rey león". Los lobos aúllan con más fuerza de la que ella puede lograr al cantar, los escucha a lo lejos y eso es lo que más le atemoriza. Reflexiona respecto a su encuentro imaginario con el caníbal y piensa que tal vez lo de los caníbales era solamente un rumor. Eso no la tranquiliza porque las manadas de lobos no son rumor ni fantasía y lo sabe porque ahora puede escuchar sus voces agudas. Son muchos. Quiere dejar de pensar en eso y sigue cantando, pero no le sirve para nada porque aún puede escuchar con claridad a todo ese bosque vivo.

Los ruidos de los animales se hacen más fuertes y opacan por completo la melodiosa voz de la pequeña Sarah, su canción deja de ser oída por ella misma y la tortuosa sinfonía salvaje es lo único que resuena. Escucha graznar a las cuervos muy cerca pero no llega a verlos, también escucha como se multiplican las voces de las fieras que rugen. Mira hacia el lugar en el que había divisado la hoguera y se da cuenta de que no hay tal resplandor amarillento. Ya no sabe hacia dónde mirar. Parece que las bestias salvajes la rodean con sus voces, pero no distingue ninguna. De pronto, escucha cómo uno de los rugidos se impone sobre todo lo demás, y suena mucho más fuerte; la pequeña grita porque está segura de que alguna criatura la ha encontrado ya. No alcanza a voltear para ver a su depredador cuando se enciende una luz blanquecina en el paisaje que la hace caer en cuenta de que se trata de un trueno. Inmediatamente después de la luz, se oscurece el horizonte de nuevo y comienza a caer la lluvia.

Las lágrimas brotan de los ojos de Sarah. La impotencia y el miedo se han mezclado haciendo una bola en su pecho de la cual, al fin, puede deshacerse. Vuelve a mojarse todo el cuerpo, nuevamente se le enfrían los tobillos y las manos y el dolor de estómago se le hace más molesto. Siente que sus fuerzas se acaban junto a su coraje y su determinación, pero no puede dejarse morir bajo la lluvia, porque se ha prometido a sí misma buscar a su mamá y sacarla del bosque. Es entonces que no encuentra otra opción que seguir avanzando por aquellos oscuros y húmedos recovecos hasta encontrar una guarida en la cual resguardarse hasta que termine la noche.

Los árboles aparecen cada vez más juntos, el camino se hace más estrecho y aquellas elevadas copas se unen en el aire creando formas horribles. No importa hacia dónde mire, todo está lleno de ramificaciones feas y deformes. La oscuridad se hace más densa por la espesura del bosque y el camino es cada vez más complicado de seguir. Los troncos se entrecruzan, las raíces sobresalen del suelo y se juntan entre ellas. La pequeña tiene ganas de cerrar los ojos y quedarse dormida entre dos árboles, más por el miedo que por el cansancio, pero la lluvia sigue cayendo sobre su cuerpo y las criaturas de la noche continúan creando aquella macabra música. No podrá dormir en paz hasta que encuentre un refugio seguro y sereno.

Suda y comienza a sentir mucha ser. En medio de todos esos troncos tan próximos no le queda más remedio que ir saltando raíces y esquivando ramas para continuar. Detrás de la

oscuridad de la noche cree divisar una especie de salida. Al parecer hay un punto en el horizonte en el que se abre un espacio entre los árboles que conduce hacia un campo abierto. Se emociona y no escatima sus fuerzas para adentrarse en aquel lugar. Corre sin detenerse, perdiendo el aire y las energías y cuando se encuentra con espacios lo suficientemente estrechos como para que ni siquiera ella pueda pasar, no tiene reparo en subirse a los árboles y continuar.

El trecho, que en un principio veía pequeño, se le va haciendo muy largo y las pocas fuerzas que le quedaban van abandonándola por completo. Entonces, cuando ya casi no puede más, en medio de los árboles ve una sombra que parece tener la forma de silueta humana muy pequeña. Sarah se detiene y cree que, nuevamente, se trata de su imaginación jugándole una pésima broma. Baja la mirada, cierra los ojos y se los frota con las manos, y cuando vuelve la mirada hacia el horizonte la silueta sigue ahí. Parece la visión real de un ser que la está mirando. Trata de medir la distancia que la separa de aquello que ha encontrado y entra en pánico cuando nota que no es mucha. El terror se acrecienta al ver que aquella sombra se mueve por las ramas sin dificultad. Sus movimientos son parecidos a los humanos, pero con una habilidad mayor en las manos y las piernas. No se trata de un mono, porque no tiene los brazos largos y no se mueve como tal. No puede ser un humano caníbal, porque es muy pequeño para serlo. La niña comienza a sudar, quiere gritar, pero sabe que eso solamente empeoraría la situación. La criatura la mira fijamente mientras se va acercando hacia ella, o al menos eso parece. La velocidad de sus pasos disminuye, como si supiera que Sarah se encuentra ahí y que la está observando. Se mueve sigilosamente y la niña, impávida, trata de distinguir si es que aquel humanoide lleva puesta ropa. No pueden verse los detalles como tampoco los rasgos de su cara pero sí se notan, con claridad, sus brazos y sus piernas.

Comienzan a aullar los lobos de nuevo, la lluvia sigue cayendo y la criatura no se detiene, continúa moviéndose hacia la niña. La escena macabra deja a Sarah en estado de shock. A medida que se acerca aquel temible espécimen, se definen más características y más rasgos. Se nota, por ejemplo, que tiene cabello largo y que sus ojos parecen ser muy grandes, más grandes que los ojos humanos normales, incluso hacen que la criatura se vea deforme porque ocupan la mayor parte de su rostro, pero Sarah duda, porque no puede percibir con claridad si es que realmente esas dos esferas achatadas a los costados del rostro son ojos. La pequeña ya no sabe qué hacer, su temor se mezcla con un poco de repugnancia por aquella monstruosidad. La criatura, más cerca aún, abre la boca, o al menos eso percibe Sarah, y parece intentar comunicar algo. La voz se escucha difusa, es muy ronca y sale llena de aire, las palabras no son entendibles. Después de aquel intento por comunicarse se sigue acercando hasta que, a menos de un metro de la chiquilla, extiende su mano como si quisiera alcanzarla. En ese momento el terror crece extraordinariamente en la cabeza de la pequeña y, sin pensarlo dos veces, se lanza a correr hacia el otro lado mientras emite estridentes alaridos de repugnancia por aquel encuentro.

Tiene que cruzar entre las ramas estrechas y saltar nuevamente las raíces, pero ahora debe hacerlo mientras trata de salvar su vida huyendo de ese ser extraño que no puede explicar. ¿Se tratará de un caníbal enano? ¡Imposible! Aquellos ojos gigantescos e inhumanos ni siquiera podrían pertenecerle a un caníbal. Va descartando posibilidades en su mente mientras corre, se le aparecen las más descabelladas soluciones para dar explicación a aquel ente hasta que llega a una que la convence y la inunda de espanto: quizá se trata de un extraterrestre, lo que significaría que todo el bosque está plagado de ellos y que, en cualquier momento, va a encontrarse con más. Mira hacia atrás para ver cuánto se ha alejado y, al hacerlo, tropieza con una de las raíces doblándose el tobillo y cayendo de cara. Trata de levantarse, pero su pierna está debilitada por lo que no logra mantenerse de pie. Comienza a arrastrarse mirando hacia atrás, buscando a la criatura con la mirada. No la ve más.

El espanto es tal que no puede detenerse a pesar de hallarse desprovista de fuerzas. Se arrastra terminando de desgarrar su ropa y su velocidad disminuye por el gasto rápido de sus pocas energías. La lluvia ahora cae a cántaros mojando por completo su rostro e impidiéndole mirar. La desesperación solamente hace que la niña siga adelante ignorando sus heridas y el cansancio de su cuerpo. Una gota gorda le inunda la vista y cuando se limpia los ojos se topa con dos criaturas similares. Abatida, no encuentra más escape que el de escalar los árboles porque está rodeada por ellos.

Sube con mucha dificultad a una rama alta, trepa rápido, movida por el terror. Mira hacia abajo y no ve ninguna criatura, mira hacia arriba y se encuentra con las monstruosas siluetas que dibujan las copas de los árboles. Se toma unos minutos para recobrar el aliento y, al verse a salvo, decide que aquel puede ser un buen lugar para descansar pues está debajo de una rama lo suficientemente gruesa como para cubrirla de la lluvia. Trata de buscar una posición algo cómoda para dormir pero tiene miedo de caerse. Está a unos dos metros del piso y, dado su pequeño tamaño, una caída sería fatal.

¿Habría pasado su madre por las mismas cosas que ella? Ojalá que no. Nadie le explicó bien cómo había sido el accidente. ¿Lo sabría alguien? Con los años se enteró de que jamás encontraron a su madre ni muerta ni viva, lo que quiere decir que no está del todo descartada la posibilidad de que ella aún camine por el bosque hasta el día de hoy. A pesar de no haber encontrado el cadáver, le hicieron un entierro simbólico. Sarah nunca entendió por qué.

Recuerda su último propósito: encontrar a su madre y llevarla con vida a casa. ¿Cómo podría una niña tan pequeña como ella salvar a una mujer que ha estado perdida en el bosque durante cinco años? Ahora cree que tal vez fue demasiado optimista al pensar que iba a lograrlo. Ya no tiene ganas de cantar, ya no tiene ganas de seguir. Mira a su alrededor y piensa que ese bosque es mucho más feo y tenebroso de lo que ella pensaba, piensa que ninguna de sus horribles pesadillas puede compararse a vivir en carne propia esa situación. Una vez tuvo un sueño en el que se encontraba con un caníbal cara a cara, ella estaba buscando a su madre en el bosque y el caníbal buscaba alimento. En su sueño podía correr libremente debajo de los árboles sin encontrarse con raíces sobresaliendo del piso, sin encontrarse con insectos o telas de araña, sin pisar el suelo arenoso ni mojarse bajo la lluvia durante horas. Al final de aquella horrible pesadilla, despertó gritando y su padre fue a darle un beso. Ahora sabe que está completamente sola y nadie puede despertarla del horror.

Su estómago suena de nuevo, su garganta está seca y su cuerpo totalmente maltrecho. No le duele el tobillo, pero apenas trata de moverlo o apoyarlo sí siente el dolor. Sus manos siguen heridas y se ha hecho un nuevo corte en el brazo que está sangrando. Quiere hallar refugio porque tarde o temprano saldrán los pájaros del bosque de sus escondites y teme encontrarse con ellos, o quizá volverán a aparecer las criaturas que terminaron por completo con su coraje. Mira hacia todas las direcciones posibles y no encuentra nada que pueda adoptar como guarida.

Decidida a no bajar, se desliza hasta quedar colgada de la rama sobre la que estaba sentada y se balancea para seguir avanzando como si fuera un mono, colgándose de los árboles y saltando. Salta y logra agarrarse de la siguiente rama que está a menos de cincuenta centímetros. Mira hacia los lados y comienza a ponerse nerviosa. ¿Qué tal si aparecen más de esas criaturas posiblemente extraterrestres y, al verla arriba, tratan de halarla hacia ellos? ¿Qué tal si aparece algún pájaro en una de las ramas y comienza a picotearle las manos? Trata de no pensar más y vuelve a balancearse. Salta hasta la siguiente rama y logra sujetarse de ella sin problema. Avanza así seis ramas, cuando salta a la séptima ésta se rompe y Sarah cae golpeándose con troncos, astillas y ramas delgadas que se interponen en la caída. Se desmaya sobre una raíz.

La lluvia torrencial ya no suena tan fuerte y cede su lugar a la sinfonía animal de la noche, que no se ha callado aún. Aúllan los lobos, cantan los pájaros nocturnos y rugen

algunas bestias a lo lejos. Sarah levanta la cabeza y ve entre las ramas, como a dos metros, a dos de esas horribles criaturas. Parece que estuvieran hablando bajo las gotas de agua que les caen sobre las cabezas. No llega a oírlas, pero aparentan charlar. Confundida, duda de la veracidad de los hechos, se pellizca para cerciorarse de que no es un sueño y al sentir dolor se angustia. Rápidamente se resigna a su condición y trata de levantarse olvidando que se ha lastimado el tobillo, lo que hace que caiga de nuevo al piso. Con el sonido de su caída las criaturas se voltean a mirarla, al fin han notado su presencia. Avanzan hacia ella, que no puede moverse. Se acercan lentamente y ella ahora puede distinguir con más claridad que la primera vez sus ojos gigantes y horribles. Se acercan como si le tuvieran miedo, como si vieran algo extraño y desconocido para ellos. Al verla indefensa, tirada en el piso aceleran un poco el paso. Ella quiere gritar, quiere correr, pero no puede hacer ninguna de las dos cosas. La voz no le sale y su tobillo no le va a permitir huir. Las criaturas se acercan lo suficiente como para tocarla, ella ve como extienden sus patas y las acercan hacia su cabello, hacia su boca. Se desespera, comienza a patearlas y una de las criaturas salta hacia su rostro.

Sarah despierta sobre las raíces, mira hacia los lados y no encuentra a ninguna criatura a su alrededor. Se sienta, auxiliándose con sus brazos, para tener un mejor panorama y sigue sin ver a las criaturas. Respira aliviada, se trataba de un sueño; esta vez, al fin, sí se trataba de un sueño. Cree que tal vez absolutamente todo fue un producto de su imaginación, pero rápidamente cae en cuenta de que sigue en medio del bosque y de que su tobillo aún se encuentra mal. Reconstruye los hechos y recuerda que se ha lastimado el tobillo después de haber visto por primera vez a esas horribles criaturas. Esas entidades son reales. Se arrastra por las raíces. Los pájaros suben el volumen de su canto, pero no escucha los rugidos de las fieras ni las voces de los lobos. Va arrastrándose más tranquila.

Sigue su camino en silencio. Cree que puede volver a encontrarse con aquellas horribles criaturas, o incluso que puede encontrarse con los caníbales, pero tiene que continuar. Mientras avanza piensa en su madre. Tiene la esperanza de encontrarla, realmente la tiene. No sabe por qué, pero siente su presencia en ese bosque, la siente viva y cercana.

Ya no quiere mirar a los lados. Teme volverse a encontrar con siluetas sospechosas o con ojos que la acechan. Se arrastra mirando solamente hacia adelante, ignorando el graznido de las aves, los recuerdos de todas las cosas que le dijeron sobre el bosque y hasta a su propia mente que la hace pensar en cosas que no están pasando y en las que no quiere pensar. Se enfoca en el horizonte pues, aunque ya no sabe hacia qué dirección se dirige o si es posible volver a encontrar aquel campo abierto que había vislumbrado antes, debe seguir su camino. Se da cuenta de que puede saciar su sed con las gotas de lluvia, así que se sienta, estira las manos y bebe aquellas gotas. La sequedad de su garganta va desapareciendo y, gracias a ello, se siente capaz de continuar su búsqueda de resguardo.

Un solo rugido potente e incisivo resuena muy cerca de ella. Mira a los costados. Cae un trueno inmediatamente después y se enciende la luz blanquecina del rayo que le sigue. Aprovecha la luminosidad para buscar entre los recovecos, pero el tiempo es muy corto y se le escapa antes de llegar a voltear completamente el cuello. Se queda quieta. Ha escuchado aquel rugido lo suficientemente fuerte como para pensar que proviene de un ser que está muy próximo a ella. La lluvia sigue inundando sus ojos por lo que se ve impedida de observar con detenimiento a su alrededor. Decide confiar en su instinto y vuelve a arrastrarse muy lentamente por las raíces. No aparece ninguna fiera en su camino y ella sigue desplazándose muerta de miedo. Vuelve a escuchar un rugido bastante similar al anterior pero este se oye más cerca. La pequeña se mueve con mucho temor. Vislumbra a unos metros una zona en la que los troncos de los árboles se abren dejando un buen espacio vacío para poder caminar en paz. Se emociona pensando que se trata del lugar que había visto antes y al cual había perdido de vista. No deja de mirar hacia los costados mientras avanza. Entonces, cuando ya se encuentra con aquel gigantesco espacio abierto, cree escuchar el rugir ronco de la misma

bestia. Mira a los costados, desesperada, tratando de hallar huellas o cualquier pista con la que pueda estar segura de tener al abominable animal cerca. Su búsqueda es vana, pero la repite un par de veces más. La tercera vez mira hacia la izquierda y se encuentra con una sombra totalmente negra que parece tener pelo cubriéndole todo el cuerpo y que da la impresión de estar respirando. Escala el árbol que tiene más cerca y se queda observando.

Su corazón se acelera al máximo mientras mira a ese animal. No llega a distinguir su rostro porque se pierde en la oscuridad pero nota que está agonizando, indefenso bajo la lluvia. A pesar del miedo extremo que tiene siente un poco de lástima. Los rugidos no cesan y el animal no se mueve para nada. Sarah lo mira desde aquel árbol que se hace inalcanzable para las garras de la fiera. No llega a distinguir bien la especie que tiene en frente. Podría tratarse de un oso, de un felino muy grande o de cualquier otra criatura que ella desconozca. Relajada por saberse a salvo se acomoda en la rama que la sostiene y busca la posición en la que más se resguarde de la lluvia. Vencida por el sueño comienza a dormitar.

Escucha todavía los alaridos, también los truenos y las gotas que caen, pero deja de preocuparse por todo ello vencida por el cansancio. Entonces, cuando ya casi ha dejado de pensar, entreabre los ojos y cree ver en un árbol cercano a una de las criaturas que antes la habían asustado. Despierta para estar alerta y mira hacia los lados, hacia arriba, hacia abajo, busca por todos los lugares posibles a aquellos seres extraños que la están acosando. Sus ojos se llenan de lágrimas y comienza a perder, de nuevo, la esperanza de salvarse. De pronto, una de sus mayores pesadillas se hace real. En la misma rama, a menos de un metro, se posa un ave nocturna. Distingue sus alas enormes y su pico puntiagudo, el ave es maciza y parece estar mirándola. Sarah se queda inmóvil frente a la imponente figura. El pájaro abre la boca y lanza un graznido que casi la deja sorda, ella se tapa los oídos. No sabe si huir o si quedarse quieta, no está segura de poder escapar esta vez pero entonces sucede un milagro incomprensible. La bestia que agoniza abajo lanza un alarido tan potente que parece enfadar al animal alado y éste baja a toda velocidad para picotear su carne y librar a la fiera de su martirio.

Desde ahí arriba, Sarah mira toda la escena, observa como el ave picotea con rabia el cuerpo peludo de aquel animal salvaje, escucha cómo los alaridos van perdiendo su fuerza y se empequeñecen hasta desvanecerse. Cuando ya no puede ver más, sigue escalando por las ramas del árbol. Su tobillo aún se encuentra débil, pero utiliza la fuerza de sus brazos para impulsar sus movimientos. Es así como llega a una parte muy frondosa del árbol en la que no ve más que ramas enredadas y muy juntas sobre su cabeza. Decide quedarse en ese lugar porque en él va a poder resguardarse de la lluvia y esconderse de toda clase de animales, incluso de pájaros hambrientos. Se acomoda y, cuando cree que va a quedarse dormida, el vuelo de varias aves hace que se sobresalte y, al reaccionar, se desliza hasta caer de la rama que la sostiene. Desciende golpeándose todo el cuerpo hasta que encuentra una hoja gigantesca de la cual agarrarse. Queda colgada de ella mirando el suelo que está como a cuatro metros de altura.

## Capítulo XI

Las luces están todas apagadas y la neblina desciende del cielo hasta cubrir la ventana por completo. Deben ser las tres de la madrugada porque afuera solamente se escucha a los grillos y no hay nadie vagando. Víctor no tiene ganas de encender las luces. No sabe cuánto rato ha pasado sentado en esa total oscuridad, no sabe por qué lo ha hecho y no sabe si tiene ganas de irse a acostar. Por alguna razón no siente nada de frío. Ha dejado de pensar en todo. Ahora se siente carcomido por la angustia y la desolación. No quiere acordarse de todas las cosas que han vivido porque lo lastiman demasiado. Aparecen como *flashes* los recuerdos de Sarah y las últimas palabras pronunciadas por el policía que lo vistió hace unas horas. Es inevitable…

Suena la puerta, alguien toca como si no existiera timbre. Un escalofrío recorre su espalda y no está seguro de querer averiguar quién se encuentra fuera de la casa buscándolo. Esta vez, suenan golpes sobre la madera y Víctor se queda pasmado mirando por la ventana, intentando ignorar aquel llamado. ¿Quién podría ser? No tiene ninguna opción en la cabeza. Tal vez pueda tratarse de la policía con noticias de la señora Smith o de Sarah. Repasa esa opción y se dice a sí mismo que llamarían antes de pasar por casa. ¿O no? El golpeteo en la madera vuelve a oírse dentro de la casa y el miedo se apodera de Víctor. Cuando trata de mirar por la ventana solamente ve una espesa neblina que no le permite mirar más allá de su nariz. Decide acabar con sus dudas y se acerca tembloroso a la entrada. Toma la chapa y duda en girarla. Cuando lo hace ve una silueta humana, sin colores ni brillo, que parece llevar un gorro de policía en la cabeza. Enciende la luz y se encuentra con el hombre que le dio la mala noticia sobre la señora Smith.

—Señor Swan, buenas noches.

—Buenas… Perdone… ¿Por qué viene a esta hora?

—Tengo noticias para usted.

—Dígame.

—Señor Swan, ya sabemos el paradero de su vecina.

—Eso es una buena noticia…

—¡Hay más! Sabemos el paradero de su hija y de su esposa también…

—¿Qué?

—Señor Swan… Las tres se han ido de este mundo.

—¿Qué?

—Lo siento…

Sus ojos se abren repentinamente y el dolor de escuchar esas palabras, aunque fueran fabricadas por su imaginación, hace que broten lágrimas de sus ojos. ¿Cómo puede soñar cosas tan horribles? Enciende la lámpara y se ve solo en su cama con las luces de todo el pueblo apagadas y su corazón sobresaltado. Le duele el pecho después de aquella terrible pesadilla. Jadea varios segundos mientras se escurren sus lágrimas e intenta volver a dormir. Cuando apaga la luz comienzan a aparecérsele imágenes tenebrosas alrededor. Vuelve a encender la lámpara y mira la ropa sobre la silla, que da la impresión de ser cualquier otra cosa. Se tapa y decide dormir con la luz encendida.

Despierta poco después de las siete de la mañana aún con el dolor en el pecho y muy agotado. Dormir con la luz encendida no es bueno para el descanso y menos después de haber tenido pesadillas tan feas. Se levanta y se dirige hacia la ducha. No tarda mucho en bañarse. No quiere tomar café ni comer nada, se siente terriblemente mal. Se viste, enciende un cigarrillo y se va a la sala a fumarlo. Ya no puede más con esa angustia de sentirse tan solo, comienza a padecerla y sus miedos se incrementan gracias a esos sentimientos. Piensa, mientras mira la alfombra roja, que es hora de hacer las cosas por sí solo y dejar de confiar tanto en la policía. Se promete a sí mismo emprender la labor de buscarlas a las tres. Le

parece, al principio, una locura hasta que halla las fuerzas en su interior para creer y tener fe en los milagros.

Se le pasan las horas sin que él se dé cuenta. De pronto mira el reloj y, al ver que son las tres de la tarde, se dice a sí mismo que seguramente se le ha acabado la batería y tendrá que cambiársela. Divaga mirando la alfombra y terminándose sus cigarrillos. Sus planes de exploración y rescate no tienen pies ni cabeza pero le cuesta demasiado aceptar esa realidad y opta por empecinarse en hacer la búsqueda. Piensa que sería bueno pedir ayuda, pero rápidamente desiste de aquel plan al saberse solo. Seguramente si pidiera ayuda no la encontraría en ninguna de las personas del pueblo, porque todos le tienen miedo a ese bosque y a los problemas con la ley. Así anochece y él no lo nota. Suena el teléfono un par de veces pero se encuentra tan sumido en sus propios pensamientos que ignora todo lo que está en el mundo real.

La noche se parece al paisaje con el que soñó. Se asusta al darse cuenta que está sentado en medio de la oscuridad total y de que la neblina comienza a descender. Suena el teléfono. Tiembla sin poder moverse del sillón. Tiene miedo de que se repitan las noticias de su sueño y tiene temor de que esta vez sean reales. Se pellizca para asegurarse de que no está soñando y, al sentir el dolor, su cabeza comienza a fabricar historias horribles que, piensa, serán escuchadas cuando levante el auricular. Recuerda la mañana en la que su madre llamó para informar que Nina había muerto. Recuerda la sensación de punzada en el pecho y la vista nublándosele. El sonido del teléfono se detiene pero pasa menos de un minuto para que vuelva. Resignado a su destino contesta. Una voz muy ronca le habla desde el otro lado, pero la llamada entra con alguna intermitencia que no permite que las palabras sean escuchadas con claridad.

—¿Si?

—…

—¿Hola?

—Ho-a

—¿Quién habla?

Del otro lado el interlocutor cuelga el teléfono y Víctor comienza a sudar por los nervios. Enciende la luz y cierra las cortinas para no tener que mirar por la ventana. Busca cigarrillos, pero ya no tiene, así que va a acostarse para tratar de dormir. Cuando está a punto de cruzar el marco de la puerta de su habitación, vuelve a sonar el teléfono.

## Capítulo XII

Sus pies se agitan en el aire y los brazos hacen todo el esfuerzo por seguir levantados, las manos que se habían mantenido tiesas largos minutos comienzan a ceder vencidas por la gravedad. La humedad que proporciona la lluvia es ahora la enemiga más letal de Sarah porque gracias a ella la hoja se pone resbalosa y sus dedos se deslizan por ella perdiendo el control. No tiene más remedio que cerrar los ojos y rezar por no tener una caída mortal. El ave que picoteaba el cuerpo de la pobre bestia adolorida ya no grazna ni hace ninguna clase de ruido, posiblemente ya se fue. Saber que está totalmente sola y lejos del peligro de ser devorada es un consuelo para la niña asustada. En su rezo pide por ella, por su padre y por el alma de su madre, reza en silencio. Los dedos ya enrojecidos por la presión terminan de ceder soltándose por completo de aquella hoja y dejando a la pequeña caer. Es tan rápido el descenso que no le da tiempo de pensar en nada. Se golpea con ramas, astillas y hojas secas y, antes de llegar al suelo, se golpea la cabeza fuertemente.

El diminuto cuerpo de Sarah yace sobre la tierra mojada y las raíces salvajes que se salen del suelo. Su cabello, totalmente enlodado, permanece sobre su hermoso rostro lastimado, sus brazos están juntos formando una especie de cruz sobre su pecho, sus piernas parecen descolocadas y sus ojos permanecen cerrados. La lluvia cae sobre ella mojándola por completo, deslizándose entre sus cabellos castaños y atravesando los recovecos de su ropa destrozada. La pequeña hija de los Swan no reacciona. Ni a la lluvia que enfría por completo lo que queda de su tibieza ni a los rayos que siguen sonando a lo lejos ni al graznido de los pájaros que vuelan por los altos del bosque. Poco a poco, la lluvia se calma y las gotas van disminuyendo su impacto sobre su cuerpo hasta cesar por completo, pero ella no se da cuenta de eso.

Tarda varios minutos en reaccionar. Sus manos se han adormecido y el dolor que siente cerca de la nuca es muy intenso. El estómago le cruje, no sabe si es por el hambre o por los últimos hongos que comió y que todavía la atormentan con retortijones y espasmos. No escucha la lluvia caer ni a los animales manifestarse, todo el bosque parece estar dormido y el silencio se prolonga hasta que ella puede terminar de abrir los ojos. Seguramente ya es de día y eso hace que Sarah se tranquilice un poco porque es menos riesgoso caminar antes del crepúsculo. Se pone de pie y los dos tobillos flaquean haciéndola caer al piso de nuevo. Toca sus piernas, porque siente dolor en la pantorrilla izquierda, y, al examinarse, se da cuenta de que su rodilla tiene una boca abierta que sangra sin parar. La sangre que sale de ella es demasiada y es necesario parar la hemorragia. La niña siente que su cuerpo se va poniendo frío a medida que deja brotar la sangre viva así que arranca un pedazo de su suéter azul y hace un torniquete que le cuesta mucho amarrar. Ojalá su madre le hubiera enseñado más de las cosas que había aprendido con los scouts antes de morir, ahora todas ellas le servirían de mucho. Le duelen los dedos y le cuesta mucho sujetar aquel trozo de tela que está usando para curarse, pero se da mañas y, después de tantos días perdida, ha aprendido a aguantar el sufrimiento físico.

Se queda sentada consciente de que está imposibilitada de seguir caminando y de que lo mejor es descansar hasta que tenga la urgencia de volver a desplazarse. Ya no tiene tanto miedo porque no escucha aullar a los lobos. A unos metros llega a ver el cadáver de la pobre bestia que, con sus alaridos agonizantes, la salvó del pájaro que se posó sobre la misma rama en la que ella había decidido descansar. Siente una mezcla de repulsión y tristeza al ver sus restos, el ave se ha llevado una buena parte de su cuerpo, aunque no se divisa con claridad el porcentaje exacto por la penumbra que baña el paisaje. Mientras espera que el dolor de sus tobillos sea lo suficientemente suave como para volver a caminar, la niña decide comerse una de las hojas frescas que encuentra en el suelo. Nunca en su vida ha sentido tanta hambre como la que la ha aquejado en estos días. Se termina velozmente aquella hoja y siente cómo

el bolo alimenticio va deslizándose hacia su estómago calmando, por lo menos un poco, la acidez producida por la falta de alimento. Sin nada más que hacer ni comida cerca, juega a trenzarse el cabello para distraerse. Mientras lo hace canta y, sin querer, comienza a adormecerse. Se da cuenta, entonces, de que no puede bajar la guardia y de que no puede volver a dormir en la intemperie porque es algo muy riesgoso así que deja de jugar con su pelo e intenta distraerse con algunos juegos de manos. Mantiene sus manos tibias con el movimiento pero el resto de su cuerpo se enfría un poco. Hoy hace más frío que otros días. Sigue sin saber cuánto tiempo ha transcurrido desde su caída, sin poder calcular las horas o los días así que solamente puede hacer suposiciones del paso del tiempo.

Con el frío húmedo entrándole a los huesos se da cuenta de que no puede seguir quieta en esa posición porque el frío sería mucho más intenso y eso se le haría insoportable. Tampoco logra levantarse y esa es ahora su mayor desventaja. Se acurruca para buscar calor. Está maltrecha, herida, sucia y muy hambrienta, no sabe cómo es posible seguir con vida bajo esas condiciones. Para distraerse y olvidar el estado físico en el que se encuentra comienza a pensar en todas las cosas que ya ha pasado en aquel bosque hallando en ellas la fuerza que necesita para no perder el ánimo. En este repaso se acuerda del encuentro con las extrañas criaturas de ojos gigantes y duda de haberlos visto realmente. Siente una inmensa curiosidad, que al mismo tiempo la aterroriza, por saber con qué se ha topado y si es que de verdad ha sido con ese algo que ella cree. Va un poco más atrás con su memoria y recuerda el resplandor falso que la hizo pensar que se trataba de fuego, con ello le viene a la mente el supuesto encuentro con el caníbal fornido y alto. Comienza a sentir miedo porque cree que se está volviendo loca. Mira alrededor para cerciorarse de que su mente no le sigue mostrando cosas que no existen. No ve nada, pero teme perder la cordura en ese bosque tenebroso.

Se tortura durante todo el tiempo que permanece acurrucada pensando que ha perdido por completo la cabeza, creyendo que su mente ya no puede soportar más y que la oscuridad empeora su estado. Levanta varias veces la mirada para fijarse en el cuerpo de la fiera que rugía la noche anterior, solamente para asegurarse de que por lo menos eso sí era verdad. Piensa en todas las cosas que vio y que la asustaron. Quizá, se dice a sí misma, no eran todas falsas y no es una locura seguir pendiente por si acaso. Para evitar las visiones, comienza a cantar una canción de las de su madre e intenta acordarse de ella. Cierra los ojos y vuelve a dibujar en su mente a aquella mujer de cuyo rostro no se acuerda. Define con precisión su cabello y el largo exacto que tenía cuando ella desapareció, también logra definir con exactitud el tamaño de sus manos, de sus pies y el color de piel de sus piernas; pero cada vez que intenta trazar su perfil, la imagen se le pierde y vuelve a olvidar toda su reconstrucción por completo. El recuerdo de su voz nunca se pierde, es algo que nunca nadie podría olvidar. Era una voz tan delicada y potente, tan única que sería imposible borrarla de la memoria.

Los primeros cantos de las aves nocturnas comienzan a oírse junto a los ruidos de los grillos. Sarah se da cuenta de que ha perdido por completo la noción del tiempo porque, seguramente, ha pasado todo el día en sus divagaciones. Se pone de pie con dificultad y nota que el frío le sirve de anestesia en los tobillos por lo que no siente el dolor y puede mantenerse parada. Da un par de pasos con extrema delicadeza y cuidado. No se cae ni siente que le fallen los tobillos. Comienza su lenta caminata para encontrar refugio.

Los sonidos de la noche en el bosque poco a poco se multiplican incluyendo en la sinfonía salvaje el vuelo torpe de los pájaros y los gemidos de las fieras. Los lobos todavía no han aullado pero pronto lo harán. La imaginación de Sarah da lugar al terror que le provocan la oscuridad y aquellos sonidos y ella, consciente de esto, mantiene la mirada al frente sin siquiera mirar de reojo las siluetas extrañas que dibujan las ramas a los costados. El horizonte es más llano que los alrededores. En ese lugar, los árboles se abren formando espacios vacíos lo suficientemente grandes como para que dos personas los atraviesen sin chocarse. La niña avanza esperanzada de haberse encontrado con la salida, pero se desilusiona al forzar la vista

y descubrir que a varios metros de distancia vuelve la vegetación tupida de la que acaba de salir. Sin más opciones, continúa su ruta.

Escucha el aullido de los lobos. La caminata ha hecho que el frío se desvanezca disminuyendo así la insensibilidad de sus tobillos y devolviéndole el dolor que sentía en ellos. Para su suerte, estos no ceden y siguen avanzando sosteniendo todo su peso sin fallarle. No falta mucho para llegar a los siguientes árboles que ha vislumbrado a lo lejos y eso le preocupa porque aún no ha encontrado refugio. Continúa con la esperanza de hallar un lugar seguro. Distraída por sus pensamientos, gira la cabeza olvidando que se había prometido no hacerlo para no imaginar cosas. Cuando lo hace se da cuenta de que hay un cuerpo desplomado en el suelo. No es una bestia ni un animal muy grande, para su suerte. Se trata, más bien, de una silueta fina. La pequeña se acerca a ella un poco asustada por los sucesos anteriores, teme encontrarse frente a algún ser extraño cuyos conocimientos no puedan explicar, teme arrimarse a lo desconocido. Solamente la tranquiliza la delgadez de esta figura y es exactamente eso lo que la impulsa a continuar. A medida que se aproxima se da cuenta de que aquella entidad posee manos con dedos finos y algo, que parece ser cabello, cubre su cabeza.

La chiquilla tiembla mientras camina, es imposible no hacerlo, pero controla sus temores y sigue avanzando. Aquel cuerpo no se mueve, parece estar en reposo absoluto. ¿Estará sin vida? ¿Estará durmiendo? ¿O se tratará de alguna táctica de supervivencia o de cacería? Observa con detenimiento la cabeza y nota que lo que la cubre sí es cabello y es muy similar al suyo. Se lo ve totalmente desordenado, largo y desarreglado. Al parecer se ha encontrado con un ser humano y eso solamente la hace pensar en la posibilidad de estar frente a un caníbal. Sigue acercándose por inercia y por curiosidad y, a un metro de la entidad, distingue ropas rasgadas que cubren su piel. El descubrimiento apacigua el miedo que empezaba a sentir porque deduce que un caníbal no andaría vestido por el bosque. Sonríe después de imaginar a un salvaje con ropa y sigue acercándose. Cuando ya se encuentra a muy pocos centímetros de aquello que ha descubierto percibe una presencia que se le hace familiar. El organismo encontrado posee una delgadez elegante, un par de piernas torneadas y características únicas del género femenino humano, como sus manos finas. Se asoma para comprobar el presentimiento que tiene y, al hacerlo, se asegura de que es verdadero: es su madre.

¿Cómo es posible tan colosal milagro? No puede creer en la suerte que le ha dado la posibilidad de hallarse frente a ella, de verla y de tenerla tan cerca. Brotan lágrimas de sus ojos, su corazón late con prisa y los recuerdos saltan en su mente. Evoca en su imaginación los juegos con disfraces y las canciones de cuna que le cantaba cuando era bebé. Sigue sin poder visualizar su rostro en las memorias que aparecen en su cabeza. Se acerca al cuerpo para quitarle los cabellos de la cara. No tiene miedo, pero tampoco tiene la intención de apresurarse. No sabe bien por qué, pero sus manos tiemblan y la detienen en su intento. Se arrodilla frente a ese cuerpo y rompe en llanto sin animarse a realizar la tarea que se había propuesto. La emoción es enorme y todas las esperanzas que había ido perdiendo a lo largo de sus pasos por el bosque, ahora vuelven. Las lágrimas saltan de sus ojos sin cesar haciendo que la niña deje de ver con claridad. Adquiere fuerzas para emprender la tarea de salvar a su madre y decide mirar su rostro antes de despertarla, tiene que aprovechar el milagro y mirarla en su descanso. Lleva su mano izquierda hacia los cabellos de la mujer para acomodarlos detrás de la oreja y cuando termina de hacerlo se encuentra con una cabeza sin rostro. No visualiza nariz, ojos ni boca, ni siquiera orejas. No es humano. Grita desesperada y atemorizada. Se pone de pie rápidamente pensando en escapar, pero su cuerpo, invadido por el pánico, no le hace caso y se mantiene impávida frente a esa imagen espantosa.

Ante este descubrimiento, Sarah comienza a sentirse engañada por su mente que le ha producido tantas visiones a lo largo de su desventura. No quiere recordar. Se siente

indignada, golpeada por el destino y burlada por la oscuridad del bosque. Todas sus fantasías y sus esperanzas se derrumban. La pequeña, aturdida, imagina las cosas más horribles. Se figura que se ha encontrado con una bruja sin cara que la tiene bajo un hechizo mediante el cual le hace creer que se encuentra con su mamá. Ese pensamiento le causa repulsión. Se detiene a observar con más atención aquello que tiene enfrente y se da cuenta de que ni siquiera es algo vivo. Se exaspera aún más y no atina a hacer otra cosa que llorar y maldecir la noche en la que cayó por el abismo. De pronto, todas sus desgracias se hacen presentes en su mente y cada una de ellas le provoca dolor. Se lanza al piso a llorar esperando que ocurra un milagro, que de una vez todas las cosas que la aquejan dejen de suceder y termine su tortura. Piensa en su papá, en las ganas tiene de volver a verlo y de abrazarlo. Rememora los momentos felices y pacíficos en el pueblo, lejos de las agonías que ha tenido que afrontar últimamente. ¡Está hastiada de los infortunios por los que tiene que pasar!

Aún con algunas lágrimas resbalando por sus mejillas, cansada de todos los tormentos, la pequeña se tumba boca arriba. Al principio tiene la intención de dejar de pensar, de dormirse ahí y dejarse morir pues ya no le quedan más fuerzas para continuar. Pero después de llorar hasta resecar sus pómulos, se frota los ojos y cambia de parecer, por lo que busca distraerse. Le cuesta mucho. Siente un hueco en el pecho y el aire le falta porque todavía no puede ignorar el suceso reciente. De pronto, sin saber por qué, se acuerda del señor Corgan –un maestro muy religioso que da clases de historia a los de cursos más avanzados en su escuela, un hombre que parece iluminar los pasillos por donde pasa con su presencia– y su perspectiva termina de cambiar. Cree que si reza, su historia puede dar un giro. Cierra los ojos con fuerza y se concentra mucho para alejar de su cabeza los malos momentos y para centrarse en aquellas cosas por las que quiere orar. Después de unos segundos llega a alcanzar cierta calma y puede empezar a hacer aquello que se ha propuesto. No pide solamente por ella, sino que pide por el alma de su madre y por su padre; también ruega por las personas que la han cuidado alguna vez. Sus lágrimas dejan de brotar, los recuerdos desaparecen y, sin saber por qué, siente una inexplicable tranquilidad que trasciende los límites de su comprensión. El temor se va y una sensación de bienestar se apodera de ella. Piensa en su situación y las posibilidades que tiene de sobrevivir, y llega a la conclusión de que son muy pocas. Esa idea no le hace daño, al contrario, le da las fuerzas necesarias para continuar, pues, a fin de cuentas, no tiene realmente nada que perder si lo intenta. Vuelve a orar por su padre. Si ella no lograra salir del bosque, el más afectado sería él y lo único que le interesa ahora es que su papá esté bien, aun a costa de sus pesares.

Se levanta, piensa en su casa, en su papá y en todas las cosas que ama. Una extraña tranquilidad transita por su cuerpo y sus pensamientos se esclarecen. Lo que importa es luchar por aquellos a quienes ama, y se convence de que si intenta salir de aquel lugar, no es por ella sino por su padre. Se llena de fuerzas y decide seguir su camino, cueste lo que cueste.

## Capítulo XIII

Tiembla antes de decidirse a cruzar el pasillo, el sonido de la llamada lo aturde. Corre un poco la cortina de la ventana que da a la calle y solamente encuentra oscuridad sombría y un pueblo completamente dormido y quieto. Se mueve hasta la sala, a pesar del terror y la incertidumbre provocados por la llamada. Levanta el teléfono, sus manos tiemblan y el sudor resbala por su frente delatando su nerviosismo.

—¿Hola?

—Se…Wan…

—¿Quién habla?

—Señor Swan. Disculpe…ra…

—¿Puede volver a llamar? ¡No escucho muy bien!

Cuelgan del otro lado del teléfono sembrando más incertidumbre en la cabeza del señor Swan, quien no puede dejar de sudar.

¿Quién podría ser? Tal vez la policía. Víctor se rasca la cabeza quitando de ella un poco de sudor; se siente preocupado, ansioso e impotente. La verdad, aunque le cueste admitirla, es que teme las peores noticias. Inhala y exhala con excesivo esfuerzo para asegurarse de que sigue con vida y de que no es una pesadilla aquello que está viviendo, se enfrenta con la situación de que todos los hechos son reales y la solución no es despertar. El teléfono vuelve a sonar. Esta vez contesta de inmediato, no puede permitir que crezca su inquietud.

—¡Buenas noches! ¿Señor Swan?

—Sí. —No es una voz que Víctor pueda reconocer, pero al menos ahora la escucha con bastante claridad.

—¿Cómo se encuentra?

—Disculpe… ¿Quién habla?

—Soy Ian Smith, el esposo de Nicole.

—¿Cómo está usted?

—Disculpe la hora y las molestias… Mi teléfono no está muy bien… Señor… Debo decirle algo terrible.

—¿Qué ha ocurrido con Nicole? ¿La han encontrado?... La policía ha venido a mi casa hace algunas horas… Lamento mucho no haber podido ser de más ayuda.

—No la han encontrado todavía… Pero… debo decirle que tengo sospechas de dónde puede estar.

—¿Dónde? ¿Se las ha dicho a la policía?

—No. Quería hablar con usted primero porque creo que podría confirmármelas… Y preferiría tener conocimiento de lo que usted sabe respecto al caso antes de contactarme con la policía… Disculpe mi atrevimiento, pero es la única opción en la que puedo pensar… Debo preguntarle, señor… ¿Ella le ha mencionado a usted algo que pueda servirnos como pista?

—No, lo lamento.

—Mire… No quiero precipitarme y sacar conclusiones de ningún tipo, pero… mi esposa se siente muy afectada por el tema de su hija… Tengo el presentimiento de que ha ido en busca de ella. —La afirmación exaspera un poco al señor Swan.

—¿Qué? No es po…

—Sí lo es. Disculpe que lo moleste con esta situación… No sé a quién más acudir. Es mi única sospecha. Creí que ella le había mencionado algo a usted o que quizá habían ido ambos a internarse al bos…

—Señor… Si Nicole me hubiera dicho que iba a emprender semejante tarea no se lo hubiera permitido. Amo a mi hija, pero no le permitiría a su esposa arriesgarse tanto…

¡Comunique a la policía sus sospechas! ¡A ver si así hacen más esfuerzos para encontrar a ambas y, al fin, se animan a aventurarse entrando al bosque!

—Lo haré. Por favor no se moleste conmigo… Estoy bastante nervioso… —Ambos se quedan en silencio varios segundos hasta que Víctor reflexiona un poco y, tratando de comprender la angustia de su vecino, vuelve a hablar con un tono menos tenso que el de antes.

—Lo entiendo, señor Smith. Discúlpeme si me puse de un humor negativo. Lo llamaré si tengo más noticias sobre alguno de los dos casos.

—Gracias, Víctor.

—Buenas noches, señor Smith.

Víctor cuelga. Después de desprenderse completamente del enojo por las palabras de su vecino se recuesta en el sillón, mira al techo y siente que absolutamente todas sus pesadillas se están haciendo realidad. Nicole, posiblemente, está perdida en el mismo bosque que Sarah y en el que desapareció Anna. Lo más probable es que su hijita ya esté muerta y él se haya quedado totalmente solo en este mundo.

Tiene la intención de volver a la cama para descansar un poco de aquel día tan pesado. Los párpados le pesan y se siente agotado, pero sus pensamientos dan vueltas imposibilitándole tomar la decisión de moverse del sillón para ir a descansar. Piensa en su vecina, en las razones que tendría para cooperar de tal manera con su familia y se siente un poco culpable. Debería haber sido él quien fuera en busca de su hija. Si hubiera actuado antes probablemente esto no estaría ocurriendo y sus infortunios no se irían sumando. Debería haberse movilizado hace tiempo para recuperar a Sarah en vez de sumirse en la depresión absoluta. Reflexiona también acerca de su relación con la niña. ¿Por qué se limita a preguntar cosas y a esperar respuestas cortas? Deberían ser más unidos… Aturdido por sus pensamientos se viste, saca las llaves y sale en la camioneta para buscar a Nicole y a Sarah. Ya no piensa con claridad. No le importa que sea de noche ni la posibilidad de que la policía lo encuentre y lo reprenda. Tiene que movilizarse, no hay tiempo que perder.

La adrenalina no solo le quita el sueño sino que también hace que sus cinco sentidos funcionen de manera impecable. Maneja el mismo trayecto que recorrió la última vez que vio a Sarah. El suelo está igual de gredoso, la noche es aún más oscura y fría que la de aquella vez y puede movilizar el auto sin problema alguno gracias a la alta concentración que ha adquirido por lo tensionado que está. No tiene nada más en qué pensar, solamente visualiza un objetivo: entrar al bosque para buscar a su hija y a su amiga. Sabe que ya no tiene nada que perder. Ha perdido a su esposa, a su hija, su trabajo, a su única amiga y también el juicio. Ya no le queda más que una casa vacía y vieja y una camioneta que no maneja hace varios días. No tiene miedo de nada.

El camino largo se le hace corto por la velocidad a la que va. La desesperación por llegar al paradero de su hija y al de su única amiga lo hace conducir con rapidez. Rápidamente, unos minutos después de salir de casa, mira la cruz a un lado del camino y sabe que se aproxima al lugar al que quiere llegar. Baja la velocidad para no pasarse de largo. Las luces, al igual que la tarde del accidente, no funcionan muy bien así que debe observar con toda su atención el costado del camino para hallar el punto exacto en el que es conveniente descender al abismo. ¿Se habrá movido su hija de aquel lugar? ¿Por dónde se habrá internado Nicole? ¿Por el mismo lugar? Rápidamente encuentra la barandilla de seguridad rota y se detiene. Deja sus pensamientos a un lado y comienza a guiarse por sus impulsos. Acomoda la camioneta a un lado, estaciona y baja con una linterna. Está decidido a internarse en el bosque.

Son casi las dos de la mañana. El frío siempre es intenso a esa hora, en especial en invierno, pero Víctor ni siquiera lo siente. Está tan concentrado en conseguir sus objetivos que se olvida del sueño y del hambre, solamente le preocupa recuperar a su hija y sacar a su

amiga del sombrío bosque. ¿De verdad estará ahí la vecina? Nicole Smith es una mujer bondadosa y muy generosa con su entorno, pero ¿sería capaz de llegar a ese punto para ayudar a su vecino?, ¿lo haría por Sarah, una niña que apenas conoce? De momento solamente tiene el testimonio del señor Smith como prueba de que ella sí sería capaz de arriesgarse a meterse en ese tenebroso lugar para buscar a la pequeña niña de los Swan, al final de cuentas es su esposo y la conoce muy bien. Avanza hacia el abismo evitando más reflexiones, no puede darse el lujo de distraerse. En la mano tiene una cuerda, la que lleva siempre en la maletera por si acaso, y guarda en los bolsillos su linterna. Para llegar al bosque hay que descender por ese precipicio, así que ata la cuerda a la parte de la barandilla de seguridad que se encuentra estable, se ata a sí mismo y comienza a bajar. Los dedos le duelen un poco en el primer tramo, pero ignora la molestia y pronto se le adormecen disminuyendo la sensación provocada por la fricción de las palmas. Suda y se siente débil, pero no puede ceder.

Víctor nunca fue un niño muy aventurero, más bien era algo temeroso. En clases de gimnasia prefería los deportes menos extremos y nunca tuvo intensiones de experimentar cosas ligeramente alocadas como, por ejemplo, escalar. Aprendió a hacerlo muchos años después por amor, porque a Anna le encantaba y le quiso enseñar. Él no pudo negarse a sus súplicas, menos después de casarse con ella. Con el tiempo, dejó de ser tan sedentario y empezó a experimentar con actividades que no hubiera imaginado llegar a hacer en su infancia o en la adolescencia. Ella le hacía bien, le aportaba el coraje que le había faltado de más joven. Después de su desaparición, él volvió a su vida sedentaria y sus miedos crecieron llegando a afectarle más que antes de casarse. Por eso Sarah no aprendió muchas cosas y dejó de hacer otras, porque su papá así lo prefería y ella no tenía otra opción que obedecer. Ahora pone en práctica las enseñanzas de su difunta amada y, aunque le cuesta un poco, la memoria que crea el cuerpo es increíble por lo que no tarda mucho en recordar, ganando destreza con cada movimiento que realiza.

La oscuridad se hace cada vez más densa y el paisaje que mira, cuando baja la mirada, es aterrador. No puede divisar absolutamente nada. Teme a los árboles porque parecen moverse, tiene la sensación de que alguno puede caer sobre él aplastándolo cuando llegue a su destino. Prefiere evitar las imágenes producidas por su imaginación porque solamente incrementan su terror así que deja de observar lo que hay por debajo de sus pies. La luz de la luna desaparece a medida que baja y no puede distinguir el fondo del abismo por el cual desciende. Espera que el tamaño de la cuerda sea suficiente para abastecer la distancia que tiene que recorrer. Inmediatamente después de pensar en ello, sus piernas chocan con una roca puntiaguda, lo que le produce un fuerte dolor que hace que todo su cuerpo se desequilibre y comience a balancearse con la cuerda. Su cuerpo choca contra las rocas haciendo que estas se deslicen y comiencen a caer. Él intenta evitarlas, pero una de ellas golpea su cabeza, provocándole un desmayo.

Víctor Swan queda inconsciente, suspendido en el oscuro abismo, atajado, por el torso, con una simple cuerda.

## Capítulo XIV

Las tinieblas parecen esconder las cosas más horribles e inimaginables, los secretos ajenos al conocimiento humano y las bestias más feroces sobre la faz de la tierra. Sarah mira hacia los lados y las ramas de los árboles forman figuras que dan la impresión de ser monstruos de tamaños descomunales y cuerpos amorfos. Está rodeada por un montón de seres con los que preferiría no toparse jamás en medio de aquel lugar que le causa muchísimo miedo y en el que se siente desprotegida e insegura. El rumbo que ha tomado la ha llevado a presenciar esas imágenes macabras capaces de enloquecer a cualquier ser humano, pero ella se mantiene firme y fuerte. Confía un poco más en sí misma de lo que confió en todo el viaje, y es que rezar le ha brindado la fe que necesitaba. Sigue sintiendo mucha paz en su interior, no tiene miedo de nada, pues ya ha pasado por tantas cosas horribles que ahora cree que nada puede sorprenderla.

La niña ha relegado sus recuerdos a un olvido momentáneo porque estos no le hacían bien, de hecho hasta le provocaban alucinaciones que le daban breves instantes de felicidad pero que, al verse desmentidas, intensificaban su sufrimiento. Ahora camina pensando en su rezo y repitiéndose a sí misma que las cosas saldrán como tengan que salir, pero que lo más importante es luchar por volver a casa y ver a su padre. La zona por la que transita tiene menos vegetación que los lugares que pisó antes, lo cual es bueno porque la caminata se facilita bastante y disminuyen las imágenes amorfas que pueden confundirse con seres macabros. El suelo está libre de raíces y existe cierta distancia que permite el paso de un cuerpo humano promedio sin intromisiones ni obstáculos, por lo que a la pequeña le sobra espacio. No tiene sueño y es que la última alucinación que tuvo le subió la adrenalina y no pudo quitársela de encima ni siquiera después de su oración. Hace frío, pero le resta importancia pues su prioridad es la de avanzar. Además no tendría sentido detenerse porque no ha encontrado ningún lugar para resguardarse y si se quedara inmóvil en la intemperie, solamente lograría que su temperatura corporal disminuyera.

Los lobos aúllan, sus voces se van multiplicando desmedidamente. Sarah los escucha con bastante nitidez y potencia. También ha subido el volumen del aleteo de los pájaros. Aquella sinfonía salvaje no es una novedad en el arduo viaje de la niña, así que le resta importancia al *crescendo* que nota en ella. Cree, por un lado, que puede tratarse de una alucinación auditiva causada por el cansancio o que simplemente le parece escuchar más fuerte aquellos sonidos porque sí; descarta por completo la idea de estar acercándose a las bestias horribles y salvajes que podrían devorarla en segundos.

Camina tranquila por el bosque, pensando que tiene dos opciones: sobrevivir o morir, imaginando que si muere será por el frío intenso o el hambre, creyendo que, de ser así, su espíritu encontrará al de su madre y andarán los dos errantes, pero juntos, en medio de esa inmensa maleza. Ya no guarda ninguna esperanza de encontrarla viva, lo cree imposible. ¡Han pasado tantos años! Al fin, después de cinco años, tiene la certeza de que realmente puede lidiar con la muerte de su mamá, aceptarla como un hecho real e incluso hablar de ella. Es verdad que se ha ido y que no va a volver a verla jamás, pero su alma ahora descansa en paz. Puede entender a la perfección el terror que vivió la señora Swan en sus últimos días y detesta imaginar la duración de este sufrimiento. Encuentra el lado bueno de su muerte, al menos se ha librado del bosque. Pero aquella sensación de bienestar y conformidad de la niña se acaba repentinamente. Su sonrisa se invierte cuando dos aullidos potentes resuenan en su espalda a pocos metros. No quiere voltear. Cuando pensaba en su propia muerte había obviado la opción de terminar devorada por animales salvajes, que es la que más repulsión y terror le causa. El sonido se repite. Ella tiembla, no puede evitarlo. Sabe que están atrás y que ya han percibido su olor. Gira la cabeza y no puede creer lo que ve: dos cuerpos peludos, de gran porte y con los ojos blancos e iluminados están parados sobre sus cuatro patas detrás de

ella y la miran con apetito. Puede apreciar con claridad los dientes filosos de estos dos seres que se muestran, sin vergüenza, en todo su esplendor. Sin pensarlo dos veces, corre. Los pies le pesan, el lodo le quita velocidad y fortaleza, y sus tobillos, aún débiles, flaquean de rato en rato. ¡Está aterrorizada! Voltea para cerciorarse de que es real lo que ha visto y, cuando lo hace, vuelve a ver esas dos siluetas macabras. Sus piernas se cansan, pero sabe que no tiene la opción de detenerse. Reparando en la rápida pérdida de fuerzas que significa el esfuerzo, piensa en cambiar de táctica. Cambia de dirección, metiéndose aún más entre la maleza, para distraerlos. Ellos la siguen sin dificultad alguna por el nuevo camino que ha tomado. Vuelve a cambiar su ruta hacia recovecos aún más estrechos, pero los lobos no tienen reparo en seguir su rastro.

Tiene la vista nublada. El pánico le ha quitado la posibilidad de utilizar al máximo sus cinco sentidos. Sus oídos parecen apagarse, pues deja de escuchar su propia respiración que es muy fuerte, su cuerpo experimenta alucinaciones táctiles, como si la estuvieran mordiendo, se le acaban las fuerzas y sus piernas se debilitan. ¡Está perdida! Piensa, entonces, en trepar a un árbol, pero al intentarlo cae dándoles a los cánidos ventaja sobre ella. Mira sus ojos brillantes y blancos alumbrando levemente la lobreguez del paisaje y sus dientes filosos esperando con ansias a la víctima: ella. Pierde todas las esperanzas pero aun así se pone de pie y continúa corriendo en zigzag. Los lobos se acercan acechándola, siguiéndola por entre los árboles sin piedad. Lo único que puede oír son los pasos violentos de estos animales, cada vez están más cerca. ¡Es el fin! Quiere dejarse caer, cerrar los ojos y no volver a ver el mundo nunca más pero, justo en el momento en el que está decidida a rendirse y siente que su cuerpo va a ceder al agotamiento, descubre, milagrosamente, un tronco caído, postrado en medio de los árboles. Éste se encuentra hueco y tiene un pequeño agujero. Sarah no lo piensa dos veces, se lanza con la ilusión de pasar a través de él. Pasa una eternidad en su mente antes de llegar a estar dentro del refugio, pero finalmente nota que sus sospechas son ciertas y ha finalizado su tarea con éxito: está resguardada. Las bestias enfurecidas aúllan y mordisquean la madera, pero están imposibilitadas de obtener su presa. El tiempo se condensa y el espacio se hace diminuto. La pequeña, aún con pánico, no sabe qué tan lejos de su cuerpo se encuentran los hocicos de los animales. Sus resuellos la atosigan sumiéndola en una atmósfera de terror intenso. Se calma al saberse protegida por la dureza de aquel tronco, pero las criaturas infernales siguen esperando por ella.

Los mordiscos que los lobos dan al tronco no cesan e impactan cada vez con más furia sobre la madera gruesa. Sarah, adentro, tiembla de miedo y tiene el presentimiento de que su refugio no va a durar mucho tiempo más. Las dos bestias aúllan, rasgan la madera desesperadamente y dejan oír sus fuertes respiraciones ásperas que atemorizarían a cualquiera. La niña puede imaginarlos hambrientos, con los ojos iluminados y los dientes listos para arrancarle las piernas, para desmenuzarle los brazos, sin escrúpulos. De pronto las voces se multiplican como si toda la manada hubiera venido en busca de la presa humana. Los chillidos agudos se unen al unísono para luego volver a separarse y crear un estrepitoso ruido infernal y desordenado. Sus voces se clavan en los oídos de la chiquilla incrementando su pánico. Cierra los ojos y llora, sabe que su fin se acerca. Por primera vez, se ha encontrado con una de sus peores pesadillas hechas realidad: van a destruir su guarida para comérsela. Piensa en su papá, en su mamá, piensa en la gente del pueblo y lo amables que siempre han sido con ella; de alguna manera se siente triste por desaparecer sin nunca haber mostrado su agradecimiento para con todas esas personas. Las bestias logran mover el tronco con tal impulso que la cabeza de la pequeña choca contra la superficie dura y astillosa. Lo último que su memoria reproduce es el día en el que sus padres la llevaron por primera vez a la escuela, después todo se vuelve blanco; luego, negro. Pierde el conocimiento.

Los pájaros dejan de graznar y de agitar sus toscas alas, los insectos ya no se mueven, los aullidos potentes van desapareciendo, ahuyentados, en medio de la oscuridad, por alguna

misteriosa fuerza de la naturaleza, y ninguna fiera emite sonido alguno. El bosque queda en completo silencio hasta que esa quietud se rompe por el estrepitoso ruido de un trueno al cual le sigue una luz blanquecina que ilumina brevemente aquel espacio inmenso y aislado de la sociedad. Pocos segundos después, una lluvia torrencial cae del cielo enlodando por completo el suelo. El tronco ha quedado casi intacto a pesar de las mordidas, su dureza ha mantenido protegida a la pequeña que yace inconsciente dentro de él.

La lluvia es demasiado fuerte, más de lo que había llegado a ser cualquiera de los días anteriores. Sarah despierta sobresaltada y un poco extrañada. Al verse viva se confunde. No puede dejar de temblar ni de llorar, se siente fuera de sí. Ya no logra separar los hechos reales de los imaginarios en su cabeza. ¿Vio realmente a los seres que parecían extraterrestres? ¿Vio a todas las bestias que creyó haber visto? Se siente insegura, intranquila. Los aullidos de los lobos han sido suplidos por el sonido de las gotas gordas y constantes cayendo sobre el tronco, sobre el bosque entero. Duda de su encuentro con aquellas bestias peludas que intentaron devorarla, podría haber sido una alucinación, como el descubrimiento de su madre o el del fuego en el horizonte. Le duelen las piernas, su corazón late muy rápido, su cuerpo está débil y sigue con la vista nublada. Además de todos esos síntomas la aquejan los recuerdos de sus constantes pesadillas en ese bosque. ¡Lo había visto tantas veces por dentro en sus sueños! Pero nunca imaginó que sería un lugar tan hostil ni que realmente iba a internarse en él hasta perderse.

Alguna vez, cuando estaba sana y salva en el pueblo, había tenido una pesadilla muy vívida con su madre en medio de ese horrible lugar. El sueño era corto y muy impactante. Anna Swan corría desesperada, parecía estar buscando algo pero era imposible saber qué; ella la observaba desde una rama un poco alta. Una raíz salió del suelo creciendo desproporcionadamente, como si tuviera vida y maldad se clavó en el cuerpo de la mujer cual colmillo de bestia salvaje y furiosa. Sarah despertó sobresaltada y no pudo volver a dormir el resto de la noche. Aquellas imágenes vuelven a su memoria haciéndola sentirse muy insegura. Su mente le hace una mala jugada y empieza a figurarse que los árboles tienen espíritus malignos por dentro y que pueden hacer daño, que quieren hacerle daño. Nota que la única parte de los sucesos que recuerda en las últimas horas y que puede comprobar es la de haberse metido en aquel tronco. Al verse encerrada, su temor se acrecienta. Sale corriendo inquiera, sintiendo un poco de claustrofobia. Al salir se ve en medio de la lluvia acordándose de los lobos que iban a devorarla. Sus ojos, aún enceguecidos por la vista nublada que sigue afectándole, no le permiten visualizar absolutamente nada. Aterrorizada, mojada y fría, vuelve a entrar a su guarida pequeña y oscura; la prefiere a la intemperie y a la lluvia torrencial que moja aquel lugar.

Pasa mucho rato aislada en ese lugar. La posición más cómoda y confortable que ha encontrado ahí adentro es la fetal, por lo que se toma las piernas sujetando sus rodillas y no se mueve. Está un poco histérica y comienza a hiperventilarse, pero el exceso de temor la debilita hasta que la deja sin energías y, al fin, las lágrimas cesan, su cuerpo deja de temblar y su respiración recobra un ritmo más convencional. Su mente, por desgracia, no se cansa; al contrario, piensa demasiado, imagina cosas que preferiría no tener en la cabeza. Recuerda a su mamá. ¿Habría sufrido ataques similares? La visualiza dentro de un tronco, con las piernas y el cuello doblados, llorando desesperada porque los lobos están a su alrededor. La imagen la desgarra y prefiere evitarla, pero el intento no trae buenos frutos porque esta imagen es suplida por la de su madre siendo devorada por los cánidos furiosos y hambrientos. Puede verlos, como los vio hace rato, detrás de la mujer que le dio la vida. Piensa en sus ojos blancos y brillantes y en cuánto habrían asustado a Anna Swan con sus cuerpos robustos e imponentes.

—Es el fin —se dice a sí misma en voz alta—, todo ha terminado. Comienza a hablar consigo misma porque no encuentra ninguna otra manera de enfrentar la soledad de tantos

días. Cierra los ojos sin ahuyentar de su mente aquellas palabras que acaba de pronunciar, está segura de su veracidad y se siente un poco complacida de haberlas dicho. Algún día, muy pronto, la recordarán con cariño igual que a su madre. Cada vez que su papá o los habitantes del pueblo pasen por el borde de ese inmenso bosque rezarán por su alma y sentirán algo de nostalgia y pena. ¡No hay vuelta atrás! Sus compañeros de la escuela guardarán un minuto de silencio cada vez que llegue la fecha en la que ella se perdió y el director dirá algunas palabras homenajeándola. Sus maestros llorarán. Seguramente ya se ha internado lo suficiente como para no volver a encontrar la salida. Retiene todos esos pensamientos en su cabeza y los hace dar vueltas sin cesar, con la esperanza de convencerse de ellos y aceptarlos como la única posibilidad que tiene. Abre los ojos y la oscuridad entra por ellos como si tuviera vida propia. La invade, la abraza y la condena. La luz no es más parte de su vida, hace tiempo que dejó de serlo.

Sarah no duerme nunca en la completa oscuridad, no le gusta. En casa su padre trata de dejarle la luz encendida del pasillo o de la sala, porque ambos ambientes colindan con su habitación, hasta que el sueño le llegue y logre descansar. La penumbra intensifica sus terrores. Pareciera que en ella se albergaran todos los seres malignos que imagina con terror. En la oscuridad piensa que las cosas a su alrededor pueden moverse e intentan herirla, confunde las siluetas de los muebles con brujas y los espacios vacíos con agujeros que llevan a otros mundos y por los que pueden entrar seres desconocidos para el entendimiento humano. Cuando la luz del amanecer desmiente todas estas fantasías se siente un poco tonta y se avergüenza, pero cuando esta tarda en aparecer varias horas, se desespera y su temor se acrecienta, impidiéndole descansar. Ahora, en medio de esa negrura infinita que nunca acaba, se siente muerta. Todas sus esperanzas se han perdido con los últimos rayitos de sol que logró apreciar; aunque quizá eran de luna, no podría estar segura, pero, en cualquiera de los casos, al menos alumbraban. Se siente absorbida por esa noche eterna y no halla más remedio que entregarse a las tinieblas y dejarse morir en ellas.

La salvación le había parecido, de manera intermitente, una posibilidad dentro de todo su angustiante recorrido. Pero ahora que piensa en todos los peligros que la rodean y en su madre que, seguramente, está muerta, pierde toda esperanza de salir con vida del bosque. Piensa que es mejor morir de frío, que es la opción más inteligente y menos dolorosa. No obstante hace un recuento de sus experiencias en aquel lugar y recuerda que ya lo ha intentado, que ha tratado de dejar a su cuerpo fenecer en medio del gélido clima de invierno y las cosas no le han salido nada bien. Se dice a sí misma que esta vez sí que es hora de dormir y esperar plácidamente el sueño eterno, a ver si en él encuentra a la mujer que le dio la vida y cuyo rostro no puede visualizar en su memoria, a ver si así todo el sufrimiento se acaba. Se acurruca dentro de ese tronco hueco, piensa en las canciones de su madre y se adormece hasta tener la mente en blanco.

## Capítulo XV

En medio de la oscuridad absoluta la pequeña encuentra con la mirada un punto tenue en el que, al menos, puede vislumbrar una porción de lo que parece ser una roca gigante. Se arrastra con dificultad hasta ese espacio y, al llegar, observa sus manos todavía heridas y su chompa destrozada. Se entristece un poco, pero entonces una voz muy extraña desvía su atención.

—¡Sabías que no tenías que hacerlo, Sarah!

—¡No! ¿Quién eres?

—No importa… No tenías que rendirte.

—¿Quién habla? —Busca en medio de la oscuridad a su interlocutor y le cuesta mucho ubicar el lugar exacto de la procedencia de aquella voz. Envuelta en las tinieblas solamente percibe el origen del sonido.

—¿Por qué te rendiste, Sarah? ¡Eres una cobarde!

—No sé quién eres. Me asustas.

—¡Eres una cobarde! ¡Sabes que eres una cobarde!

—¿Quién eres? —la voz gruesa y masculina no responde.

—¿Quién eres? —vuelve a preguntar la niña.

—¡Cobarde! ¡Todo es tu culpa!

—¿Qué es mi culpa? ¿De qué hablas?

—Primero tu madre.

—¡No fue culpa mía! Se perdió. Nunca quise que pasara.

—¡No tenías que dejarla salir! ¿Por qué lo hiciste, Sarah?

—Yo era muy pequeña… No sabía lo que podía ocurrir… ¿Quién eres?

—Luego fue tu padre… —La pequeña se exaspera después de aquellas palabras y su voz suena diferente, como si estuviera fuera de sí. Comienza a gritar.

—¿Mi papá? ¡No! ¡Yo no le hice nada! ¡Él está bien!

—¡Él ya no está!

—¡Cállate! ¡Es mentira!

—¡Es verdad, Sarah!

—¿Quién eres? Sal de la oscuridad. ¡No te creo nada!

—¡Qué vergüenza!

—¡Sal de la oscuridad o iré a sacarte!

—¿Te atreves a venir? —La pequeña tiene miedo, quiere llorar pero no puede mostrarse débil ante esa criatura que le habla desde las tinieblas. Continúa su ruego tratando de controlar sus gritos exaltados.

—Por favor, sal de la oscuridad. Quiero verte el rostro.

—Eso no va a cambiar nada.

—¡Por favor! Solamente te pido eso…

—Yo no saldré de aquí… Ven. Ven conmigo. Tu madre y tu padre ya no están. ¡No tienes a nadie! Tienes que seguirme a mí. —Vuelve a exasperarse después de escuchar esto y lloriquea mientras habla. Lo que más desazón le causa es el no poder mirar al ser que la provoca.

—Deja de asustarme. ¡Sal de la oscuridad!

—Ven si quieres verme.

La pequeña se acerca a la silueta borrosa que apenas, y con excesiva dificultad, vislumbra. Da cada paso con temor. El ser que le habla no se mueve, nota su perfil en completa quietud. Ella camina y camina sin poder alcanzarlo.

—¿Qué pasa, Sarah? ¿Te sigues rindiendo?

—¡Sal de ahí! ¡Ven hasta donde yo estoy! ¡Quiero verte!... No puedo llegar.

—Es porque eres cobarde.

—¡No es así! ¡Sal! ¡Por favor!

—Me prometiste que vendrías a verme.

—¡Quítate de ahí! Ven hacia la luz… ¡No me gusta la oscuridad!

—¡Cobarde!

—¡Necesito ver tu rostro! ¡Por favor!

Comienza a correr desesperada hacia la sombra. Su voz es tenebrosa, gruesa y apagada, pero es la única voz humana que escucha desde hace tiempo. Se tropieza con una roca que no distingue en la penumbra y, antes de caer de cara contra el suelo, despierta agitada.

Se mira en una oscuridad igual de densa que la de su pesadilla, pero siente el encierro que aplasta su cuerpo. Se da cuenta de que sigue viva y eso es una maldición porque lo que le toca vivir es terrible y no tiene las fuerzas ni el coraje para hacerlo. Ojalá no se hubiera despertado y su cuerpo se hubiera sumergido en un sueño profundo y eterno. ¿Qué va a hacer ahora? ¿Salir de ese agujero? ¿Para qué lo haría? Las piernas dobladas contra el pecho le provocan incomodidad, igual que los brazos abrazándolas para que éstas no se extiendan. El aire dentro del tronco se ha hecho muy pesado y siente que respira madera astillosa. Ahora todas las condiciones que la rodean son peores. ¡Cómo desearía haber muerto de hambre o de frío!

Sale del tronco para estirar sus extremidades. Después de moverlas un poco y relajar sus músculos va a volver a entrar para esperar cómodamente su muerte resguardada de las bestias carnívoras que podrían comérsela. No le es muy dificultoso el trabajo. Sigue lloviendo sobre el bosque, pero con menos intensidad que antes, por lo que no se apresura a retornar. Agita sus piernas turnando entre izquierda y derecha, hace lo mismo con sus brazos y después, sin explicarse por qué, cae rendida de rodillas en el lodo. No puede hacer otra cosa que llorar, la impotencia no le permite continuar su viaje o regresar a su escondite. Las gotas caen del cielo mojándole la cabeza. ¡Se siente completamente desgraciada! ¿Por qué tanto mal para su familia? ¿Por qué, primero su madre y ahora ella, tienen que pasar por esta situación tan horrible para encontrarse al final con la muerte? La vida es muy cruel. Las lágrimas se resbalan por sus mejillas, pasando por sus manos y cayendo sobre el lodo. Todos sus esfuerzos fueron vanos. No hay vuelta atrás. Se ha perdido en ese lugar y nunca saldrá de él.

Las gotas de lluvia que le caen encima se mezclan con sus lágrimas y enfrían su diminuto cuerpo. Se echa sobre el lodo pretendiendo que nada le importa en absoluto. Tiene frío, hambre y distintos dolores aquejando su cuerpo, pero lo único en lo que puede pensar es en el alivio que le proporcionaría abandonar la vida. De pronto, cuando el lodo empieza a humedecer su cuerpecito, le parece escuchar el aullido de un lobo. Se da cuenta de que dentro del tronco le espera una muerte más cómoda, una muerte, al menos, resguardada de las bestias caníbales que prefiere no volver a ver. Sale de su impasibilidad y, con las pocas energías que tiene, se arrastra hacia su guarida. Le cuesta más entrar que la primera vez y es que los vestigios de ropa que todavía la cubren están empapados y eso hace que sean más pesados y dificultosos de cargar. Busca la posición más cómoda adentro y sigue llorando sin cesar. Se siente muy desgraciada.

No puede evitar pensar en el último sueño que tuvo, el de la silueta escondida en las tinieblas que le hablaba de su padre y de sus culpas. ¿Por qué habría mencionado a su papá? ¿Podría ser una premonición o un aviso? Se figura a su papito arriesgando su propia vida para salvar la de ella, adentrándose en el bosque, quizá con menos suerte de la que ella tuvo. Contempla, con muchísimo dolor, la posibilidad de que en aquella empresa el hombre hubiera perdido la vida. Se atormenta con sus conjeturas y siente un sabor amargo en la boca. Lo único que la reconforta un poco es saber que su propio destino es el de la muerte, no podría volver al pueblo después de haber quedado totalmente huérfana, el dolor sería excesivo y los recuerdos la golpearían violentamente una y otra. ¿Qué pensarán los vecinos

de la desgracia de los Swan? ¿Los recordarían? Está segura de que sí, de que todos rezarían al ver las cruces puestas en el borde del bosque, que todos mirarían hacia el abismo con pena por la familia entera. Rememora los rostros de sus compañeros de la escuela, de sus vecinos y no le es difícil imaginarlos frente a las huellas de las desgracias de su familia orando, pidiendo por sus almas. Sus reflexiones la devuelven a sus cavilaciones sobre la pesadilla. Se le hace un nudo en el pecho que duele tan profundamente como para hacerla sentir desgarrada por dentro.

Todos sus terrores se amontonan creando una imaginaria bola gigante de angustias, penas y decepciones que se posa en su garganta. Su llanto se intensifica hasta hacerse incontrolable. Le cuesta convivir con tantas ideas horribles en su cabeza, es difícil olvidarse de las cosas espantosas que ha vivido y que posiblemente han vivido sus padres, no puede lidiar con la sensación de culpa que ahora tiene. Con los ojos cerrados y llenos de lágrimas se imagina a sí misma llorando dentro del tronco y cree que esa puede ser la escena final de todas sus angustias. ¿Qué más debería pasar? Solamente le queda esperar su muerte.

En medio del llanto incontrolable, plagado de imágenes aterradoras, de sus dos padres muertos, algo se posa frente a ella. Sus lágrimas le impiden notarlo, sigue sumida en sus pensamientos ignorando todo lo que la rodea. De pronto, al sentirse observada por alguien, el terror la invade y se seca rápidamente los ojos. Todavía sin poder distinguir con claridad lo que la observa nota un pequeño fulgor en medio de la penumbra, aquello le da vueltas alrededor de la cabeza. Flota cerca de su nariz y el destello la sorprende. Vuela hacia afuera con una increíble rapidez y vuelve a entrar revoloteando cerca de su cara. ¿Podría tratarse de otro sueño? Se mantiene atenta a aquel hermoso centelleo que da vueltas, pensando en qué podrá ser sin obtener ninguna posible respuesta. Para salir de dudas se pellizca un hombro y, al sentir el dolor, sabe que no está dormida. ¡Esto es real! ¡Es la primera luz nítida que ve después de muchos días! En medio de su alegría se da cuenta de que el sonido de la lluvia se ha detenido. Se anima a salir fuera del tronco para observar detalladamente ese resplandor. Se arrastra hipnotizada por aquel curioso brillo. Después, cuando puede ponerse de pie, camina como hechizada detrás de eso que ve. Pareciera que la han embrujado y no puede dejar de seguirlo.

La oscuridad del bosque es muy densa y el centelleo de aquella figura resalta en el paisaje. La niña recorre unos metros encantada y confundida hasta que, al fin, puede distinguir las alas de la extraña forma luminiscente a la que persigue. ¡Es una luciérnaga! Su papá le había contado de esos raros insectos que iluminaban con su cuerpo en la oscuridad y ella no le había creído. Luego, en el colegio, se enteró de que eran animales reales. Nunca había podido ver uno en la vida real hasta ahora. Un sentimiento de dicha se apodera de ella y su preocupación es suplida por una sonrisa. Ya no siente temor ni desconfianza, ahora simplemente está disfrutando de la vista. Lo que más le gusta del encuentro con el insecto es que, al fin, puede visualizar un poco de luz en medio de esa tenebrosa penumbra que la ha acompañado en su largo recorrido de los últimos días. ¿Su madre habría tenido el privilegio de toparse con una de estas criaturas antes de morir? Eso hubiera sido un receso para el sufrimiento y el temor constante que, seguramente, al igual que ella, su madre experimentó. Se responde a sí misma que sí y eso le basta para dilatar su alegría. Aquel lugar, que le había parecido tan hostil, tiene ahora una cosa buena, preciosa y memorable: la belleza extrema de esos insectos luminosos.

La distancia recorrida le parece corta; sin embargo ha caminado un largo trayecto. No se da cuenta porque está hipnotizada por aquella luz. Tanto tiempo sin poder ver más que fulgores imaginarios hacen que este momento sea especial, que este encuentro sea mágico. El frío no le hiela los huesos ni la piel, los pies han dejado de dolerle y se le ha pasado el cansancio. Poco a poco deja de pensar. Se siente dichosa y deja su mente completamente en blanco para disfrutar del instante. Se pierde en el aleteo delicado y veloz de aquel animalito

diminuto, en su resplandor. Es como si estuviera hechizada. De rato en rato visualiza a su madre de espaldas siguiendo a un ser similar, la imagina contenta y vuelve a no pensar en nada.

Después de kilómetros recorridos en medio de la oscuridad ha encontrado esa luz mágica y le parece un milagro. No se equivoca, porque luego de seguirla por casi una hora, que transcurrió agradablemente acompañada por la sensación de dicha que provoca el cautivante vuelo del animalito, llega a un lugar espacioso, un lugar en el que los árboles guardan considerables distancias entre sí. Se sorprende del suelo tan plano y de la lejanía de los troncos. Pierde de vista a la luciérnaga por distraerse apreciando el nuevo paisaje que la acoge y, pronto comienza a buscarla con la mirada. Voltea hacia la derecha, hacia la izquierda sin encontrarla y nota que la oscuridad no es tan densa en esa planicie. Piensa que tal vez sus ojos se han acostumbrado completamente a ella y le resta importancia al hecho de poder vislumbrar mucho mejor los objetos que están a su alrededor. Vuelve a su búsqueda. No está a los costados, ni detrás de ella; así que decide buscarla arriba, tal vez revolotea encima de su cabeza. Cuando levanta la mirada se lleva una sorpresa que no puede creer: la luna redonda y gorda ilumina suavemente su rostro y unas cuantas estrellas adornan el cielo negro de la noche. Después de tan largo encierro entre la vegetación tupida y las ramas enredadas entre sí, esta imagen es la más maravillosa de todas. Sarah se emociona con el hallazgo, se siente bendecida. Observa con detenimiento esa luna perfecta y no puede creer que está viéndola de nuevo, después de tantos días de completa oscuridad. Las estrellas solamente hacen que el paisaje sea mucho más hermoso. Por la emoción no atina a hacer otra cosa que arrodillarse y rezar agradeciendo la escucha de sus ruegos, retribuyendo el milagro con una oración de gratitud. Sus ojos se llenan de lágrimas y se tumba boca arriba en el suelo, libre de raíces, para contemplar la infinitud del cielo. ¡Su dicha es inmensa!

Algunas veces, cuando ella era muy pequeña, papá y mamá la llevaban al jardín para apreciar las estrellas. Recuerda que una vez salieron emocionados para ver un eclipse. Esos momentos eran dichosos para Sarah y, hasta ahora, le parecen inolvidables y felices. Fue en una de esas noches que aprendió lo que es un verdadero milagro. Las palabras que mamá le dijo mientras buscaban a Venus en el cielo infinito no se le borraron jamás: "Esto sí que es un milagro. Estar vivas y poder apreciar esta belleza, poder mirar las cosas maravillosas del mundo y del cielo. No podrás sentirte triste mientras esto dure, mi pequeña." No había entendido la profundidad de aquella enseñanza, pero ahora la comprende en su totalidad al apreciar el resplandor de los astros en el espacio después de haberse convencido a sí misma de que no podría volver a ver siquiera un pequeño rayito radiante proveniente de cualquier cuerpo celeste. Respira y se sabe afortunada de seguir haciéndolo, de poder apreciar la belleza del mundo y del cielo. Se seca las lágrimas y una sonrisa plena se dibuja en su rostro.

De pronto, en medio de la belleza que sus ojos aprecian con emoción, aparece de nuevo la luciérnaga. Sarah se ríe y le dice en voz bajita: "Gracias". El insecto revolotea alrededor de la pequeña y ella, al principio, no comprende las razones de sus excesivos movimientos. Después de la insistencia del animalito, la niña se pone de pie y vuelve a seguirla. Al parecer el viaje no ha terminado y tienen que continuar. Camina feliz por el bosque y aunque no tiene idea de dónde está, una extraña sensación de paz y esperanza se posa en su pecho dándole el coraje que necesita para permanecer de pie a pesar de su excesivo agotamiento corporal. Camina en silencio mirando de rato en rato las estrellas y sintiéndose afortunada, suspirando por la alegría. Pero, en medio de aquel recorrido, el recuerdo de su última pesadilla se apodera de su mente y la hace desistir de su emprendimiento inmovilizándola por completo debajo de la luna. Sarah se queda varada y aturdida en medio de aquel sendero. ¿Por qué tuvo aquel sueño tan horrible? El insecto alado y luminiscente gira formando círculos que encierran a la niña en el resplandor. Actúa como si quisiera comunicar algo por el

nerviosismo que muestra en sus movimientos. La chiquilla, perdida en sus pensamientos, ni siquiera hace el esfuerzo por comprender a su nueva amiga silenciosa.

Se sumerge en la tristeza que le produce imaginar a su padre internándose en el bosque para salvarla y perdiendo la vida en el intento. Su cabeza se sume en recuerdos desagradables y deja de sentirse viva. Soñó tantas veces con ese bosque y le tuvo tanto pánico, hasta que se vio metida en él y todas las cosas horribles que visualizó se hicieron reales. Reflexionando sobre este punto llega a pensar que quizá sus pesadillas son premonitorias y, turbada por sus cavilaciones, trata de recordar con claridad las palabras de la sombra. ¿Acaso le decía que su padre había muerto? Se figura al señor Swan buscándola en medio de los árboles, atento a los peligros de la naturaleza y, finalmente, distraído por el hambre y el cansancio. ¿Habría sido capaz de emprender semejante tarea? Se le forma un nudo en la garganta que ni siquiera el diluvio que cae de sus ojos puede deshacer. La luciérnaga vuela muy cerca de ella, como invitándola a que continúen la caminata. Sarah la mira y siente que se le acaban las fuerzas. ¿Por qué tuvo ese sueño tan horrible?

Aúllan los lobos, los graznidos de los pájaros no se escuchan y las fieras que normalmente rugen a esta hora parecen seguir dormidas. Los ruidos del bosque no son molestos ni intensos y se oyen lejanos. Sarah se da cuenta de que se ha alejado bastante del tronco y de que no va a poder volver a refugiarse en él, así que lo único que le queda es seguir caminando. La alivia la distancia a la que oye el canto de los lobos y continúa su marcha. Apenas se decide a hacerlo, el pequeño insecto da varios giros en espiral hacia el cielo, como si estuviera festejando. Eso la divierte y la distrae de sus preocupaciones respecto al sueño con aquella silueta escondida en la penumbra, pero no las relega por completo y de rato en rato, mientras sigue caminando, vuelve a sus reflexiones e intenta conjeturar el mensaje de aquel extraño sueño.

## Capítulo XVI

El insomnio siempre ha sido algo muy normal en las noches de Ian Smith, pero el de esta noche no es igual. Trató de dormir desde temprano, pero no pudo dejar de dar vueltas pensando en el paradero de su esposa. En algún momento de la madrugada, él no sabe a qué hora, llamó al señor Swan para contarle de su sospecha. No quería molestarlo ni increparle nada, solamente buscaba un confidente, alguien con quien charlar y mencionarle sus conjeturas. Nicole había salido esa mañana a comprar algunas cosas para el almuerzo y no regresó. Comió solo, como no lo hacía desde que era soltero. Se para con bastante dificultad y, ayudado por su bastón, camina hasta la cocina para prepararse un bocadillo nocturno. Tarda bastante tiempo, la artritis le dificulta realizar muchas tareas. Hace un emparedado y se desplaza hasta su cama lentamente dando vueltas sobre el asunto. ¿Qué puede hacer? Ir a buscar a su esposa sería una verdadera locura, sobre todo por su estado físico y emocional.

Cuando se enteraron del accidente de los Swan, el señor y la señora Smith se sintieron realmente tristes porque la pequeña Sarah se había ganado el aprecio de la pareja apenas ellos llegaron al pueblo. Nicole pasó una tarde triste, mirando por la ventana y suspirando de rato en rato. Él la miraba y no se animaba a sacarla de sus pensamientos, pues se veía seria y concentrada. Después, cuando lloró lo suficiente, comenzó a ayudar a Víctor. Ian la dejaba hacerlo porque veía que, cada vez que lo hacía, se sentía útil y esperanzada. Una tarde que volvía de visitar a su vecino le dijo a su marido que solamente hallaba la opción de ir en búsqueda de la pequeña sin ayuda de la policía, que se lo diría al señor Swan. Ian no le respondió porque no se sentía seguro de que eso fuera una buena idea, pero no le había gustado nunca contradecir a su esposa. La miró, tosió y le preguntó por el estado emocional del vecino.

El teléfono suena cortando los recuerdos del anciano. Son las cinco y media de la mañana y eso es muy extraño. Seguramente es Víctor. Ian sabe que su vecino se ha sentido muy solo después de la desaparición de su hija. Piensa que debe estar buscando compañía, al igual que él y no se molesta, al contrario, se alegra. Coge el teléfono con la esperanza de encontrar una charla grata, calurosa y amistosa.

—¿Señor Smith?

—Sí. Habla él… ¿Víctor?

—Señor… no lo escucho claramente. Háblеme más fuerte, por favor.

—¿Hola? ¿Víctor? ¿Me escuchas?

—Señor Smith… No soy Víctor. —Ian distingue una voz masculina.

—¿Quién habla, entonces?

—Disculpe la molestia a estas horas…

—¿Quién es?

—He…os …trado…un…

—¿Perdón? ¡No escucho nada!

—¿…ñor Sm…?

—Se corta la señal…

—No… cucho… mith… ¿Es…men…je?

—¡No entiendo! ¡Colgaré!

Cuelga. Sabe que su teléfono no funciona bien y que a veces necesita de dos o tres llamadas para que pueda entenderse al interlocutor. Se queda en el mismo lugar por si vuelve a sonar y espera. ¿Quién podría ser si no era Víctor? Seguramente sí era él pero por culpa de los ruidos de corte no pudo escucharlo con claridad.

Pasan unos cuantos minutos y el teléfono vuelve a sonar. El anciano levanta el auricular y contesta con la esperanza de que esta vez la llamada sea provechosa y el interlocutor pueda comunicar lo que tiene que decir sin interferencias.

—¿Hola?

—Señor Smith. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, bien. ¿Quién habla?

—Lo llamo de la oficina de la policía.

—¡Qué gusto escucharlo, señor! ¿Qué noticias tiene para mí?

—Señor… Hicimos una expedición a los bordes del bosque. Alguien trató de entrar en él.

—¡Encontraron a la bandida de mi esposa! ¿Verdad?

—Lamento informarle que… ¡Encontramos un cadáver! —Después de escuchar claramente aquel anuncio su corazón late con fuerzas, tiembla y el sudor resbala por su frente. Cuelga. Imagina a su amada muerta. ¿Era acaso la policía de verdad? ¿No tendrían que darle el anuncio de otra forma? Sus ojos se llenan de lágrimas que caen sin pena mojando las sábanas y las almohadas. No sabe qué hacer. ¿Debería devolver la llamada?

Conoció a Nicole hace treinta y cinco años o un poco más. Fue amor a primera vista y la chispa nunca se apagó. Se recuesta dejando la luz de su lámpara encendida y se tapa con el cubrecama hasta el cuello. No deja de llorar. Piensa en su amada, en las cosas que vivieron en la ciudad, en la decisión que tomaron de irse a vivir al pueblo para ser más felices. Recuerda a su hija. No sabe nada de ella hace seis o siete años. Le gustaría llamarla para hacerle saber que su madre ha fallecido, pero no tiene siquiera su número. Se pelearon por un asunto bastante tonto, pero Sarah Smith, la hija, se tomó las cosas demasiado en serio, empacó sus pertenencias y desapareció dejando una nota en la que solamente había escrito la palabra “adiós”. Ni un teléfono, ni una dirección ni un “los quiero”. ¡Qué grata hubiera sido una despedida más amable! La buscaron meses. Con la policía, con un detective privado. Cuando había transcurrido un año de su partida, dejaron pasar el asunto.

Los pájaros comienzan su canto y las luces del sol, todavía débiles, alumbran la habitación. La cama está completamente vacía y así se quedará para siempre.

## Capítulo XVII

Una de las canciones de cuna de su madre vuelve a salir de sus labios, sin letra. La tararea sin darse cuenta. La luna se vuelve pálida y blanca, perdiendo su resplandor; las estrellas se esconden y comienza a divisarse, muy a lo lejos, la todavía débil luz del sol. Los rayos aun no la tocan, tampoco a los recovecos del bosque, pero el cielo se aclara anunciando el amanecer. Se sorprende al mirarlo. Hace tiempo que no puede ver sus manos, sus piernas ni la punta de su nariz, y ahora todo está tan claro que se siente extraña de poder observarlo. Mira, al fin y con cierta fascinación, su ropa hecha jirones, llena de huecos e hilos sueltos y se siente un poco triste por encontrarse con una imagen tan maltrecha de sí misma. Se calma al notar que las heridas de sus palmas han sanado bastante bien y que los tajos que tenía en las extremidades son ahora cicatrices que difícilmente volverán a sangrar. Observa las rocas, los troncos de los árboles, sus ramas, sus copas, observa el suelo bien definido. Ya no tiene por qué imaginar nada, pues ahora puede ver a la perfección.

El vuelo de la luciérnaga parece una danza practicada durante meses. Es perfecto. La gracia con la que se desplaza flotando en el aire es hermosa y, gracias a su belleza, Sarah puede distraerse olvidando así todas las cosas malas que tiene en la cabeza y aquellas que la aquejan. Olvida el sueño y se deja hipnotizar, de nuevo, por aquel fulgor elegante al que persigue. Deja de cantar, no por cansancio o pena, sino por el embrujo fantástico en el que se ve sumida. No sabe hacia dónde va y ni siquiera puede adivinar si sigue el camino correcto, pero sabe que está acompañada por aquel ser diminuto y su compañía es grata. Tantos días de oscuridad y soledad llegan a su fin gracias a ese animalito, así que es algo que se debe agradecer y disfrutar. No muchos seres tienen la habilidad de sacar sonrisas y brindar bienestar a desconocidos.

Pasan largas horas de caminata que a Sarah no le molestan. El cielo comienza a aclararse aún más y la luna se va perdiendo sin dejar siquiera su huella. A Sarah le pesan los párpados después de tanto andar; es entonces cuando la luciérnaga se detiene en medio de un montón de insectos iguales a ella. La pequeña, a la que ya se le cerraban los ojos, mira la escena y no puede creer lo que está presenciando. Los primeros rayos solares, que apenas tocan ese paisaje, opacan un poco el resplandor de esos seres casi mágicos, pero su fulgor es tan fuerte que puede notarse aún a las primeras horas del amanecer. Vuelan hacia la niña con la misma elegancia de la primera, con igual delicadeza y destreza en sus movimientos. Giran a su alrededor, dan vueltas sin tocarla y el espectáculo es alucinante. Pareciera que le estuvieran dando la bienvenida a aquel espacio. ¿La estarían esperando ahí? Se mueven lenta y armónicamente como si siguieran los pasos de una antigua balada. Ella, muy emocionada, retoma su canto para acompañar ese hermoso baile, para recordar a su madre y pensar que su alma está en paz, flotando, quizá, entre los recovecos de ese lugar. La canción de cuna va perfectamente al ritmo del vuelo luminoso de esos insectos. Es entonces que el amanecer termina dando paso al día, iluminando aquel territorio en el que la pequeña se encuentra. Finalmente puede divisar con claridad todo el panorama y apreciar la belleza de esos árboles gigantescos que la rodean con copas altas y verdes, el invierno todavía no ha tocado esas hojas. Los aullidos de los lobos van disminuyendo su volumen hasta perderse por completo y la niña cierra sus ojos sintiendo que todas sus desventuras han acabado. Al fin se siente segura y a salvo en medio de esa luminosidad.

Cuando abre los ojos, aun cantando la canción de cuna, el vuelo de las luciérnagas sigue el ritmo de su voz. Siente una paz inigualable. Hace muchos días que no sentía, y pensaba no volver a sentir nunca más, una satisfacción como la que ahora experimenta. Nunca antes le pasó alguna cosa similar. Tuvo momentos bonitos en los que fue feliz, pero jamás creyó que iba a presenciar escenas tan mágicas y menos que pudiera ser parte de ellas. Está agradecida por aquella bendición. No se pregunta absolutamente nada, pues prefiere no arruinar el

momento con cavilaciones que no tienen cabida en ese instante. No le preocupa seguir alucinando porque, de ser así, su visión sería lo suficientemente hermosa como para que no le importara el haberse vuelto loca. Gira en medio de los insectos, acogida por su luminiscencia y reconfortada por la belleza de esa increíble vivencia que nunca más podrá repetir. Recuerda el invierno en el pueblo y se da cuenta de que prefiere este instante mágico a la soledad de su habitación cuando hace tanto frío y papá no está. Inmediatamente después de esa sensación de dicha salta a su memoria la imagen de su padre muerto de frío y miedo en medio del bosque sin luz. Quisiera no pensar más en su pesadilla, pero la acongoja el recuerdo de esa extraña voz que le hablaba desde las tinieblas.

Por suerte el espectáculo que le toca presenciar es lo suficientemente atrapante como para ignorarlo y es así como vuelve a distraerse con el vuelo hechicero de las luciérnagas. Las imágenes de su padre en medio del bosque se le escapan de la mente.

El bosque no es tan feo si puedes divisar, bajo la luz del sol o la luna, sus árboles y sus recovecos; en la oscuridad es helado y temible. Mira por debajo de los insectos para apreciar con detalle y claridad las rocas, pues se siente dichosa de poder divisar, al fin, el paisaje con tanta definición. Entonces, un brillo en medio de la vegetación llama su atención. Parece un objeto metálico, casi imposible de encontrar en un lugar tan solitario y desprovisto de civilización como este. Por un momento piensa en los caníbales, pero prefiere ignorar aquella idea y desvía la mirada. Sin embargo, la curiosidad no tarda en volver haciendo que observe una vez más aquel destello. Continúa, lo que la convence de que no está alucinando. Revisa hacia ambos lados para cerciorarse de que no la acechan caníbales. No ve ninguno, pero repite el procedimiento por si acaso. Obtiene el mismo resultado así que decide acercarse.

Camina un poco ansiosa, mira una cadenita junto al objeto y, al levantarlo, descubre que se trata de un collar. Aquel objeto le trae un recuerdo muy nítido y solamente atina a soltarlo por la intensidad con la que éste se manifiesta. Sonríe. Vuelve a levantarlo con las manos temblorosas y los ojos llorosos. Recuerda el color plateado y la forma de corazón, siente algo de pena al notar que ha perdido su brillo. Piensa en todas las lluvias que soportó aquel artefacto, en todo el lodo que le cayó. ¿Cómo habría llegado hasta ahí ella? Lo había visto incontables veces en el cuello de su madre. Se alegra al pensar que pudo haber visto el mismo paisaje claro y hermoso que ahora ella aprecia. ¿Habrá visto las luciérnagas?

A pesar de su desgaste, el collar sigue manteniendo cierto brillo, se ve muy bonito. Siempre quería quitárselo a su mamá para usarlo ella, pero no lo hacía porque su papá se lo había prohibido. Le decían que era una joya muy especial y que le darían una igual cuando fuera un poco más grande y pudiera cuidarla como se debe. Con la mirada fija en el objeto, sus manos dejan de temblar. Se sienta en el suelo y lo acaricia como si tuviera vida. Rememora a su madre con él. Visualiza los vestidos que usaba cuando se lo ponía, sus manos acomodándolo en su pecho y cuando hace el intento de pensar en cómo combinaba con su rostro, las memorias se esfuman. Cierra los ojos y abre la joya esperando no romperla. Se siente bastante traviesa al hacerlo. Se queda ahí sentada en silencio, con los ojos cerrados y el corazón del collar abierto durante largos minutos. Las luciérnagas flotan detrás de ella sin entorpecer en ningún momento su vuelo.

Rememora el día que vio por primera vez aquel collar. Era el cumpleaños de su madre y el señor Swan había decidido llevar a Sarah de compras para que decidieran juntos el regalo que podían darle a mamá. La pequeña vio aquella hermosa joyita en forma de corazón y, cuando la vendedora le mostró que se abría, quedó completamente encantada, segura de que ése era el regalo perfecto. Su papá le hizo caso y a la mañana siguiente, cuando vieron la sonrisa de Anna, los dos se sintieron satisfechos por el trabajo en equipo que habían hecho. Nunca más volvió a tocarlo. Se lo prohibieron. Sentía mucha curiosidad por lo que su madre habría puesto dentro de ese corazón. Ahora decide romper esa duda. Sonríe traviesamente, suspira y abre los ojos. ¡No puede creer lo que ve! Se emociona, la sonrisa se le quiebra un

poco y comienza a llorar. Las luciérnagas la rodean y dan vueltas, como si estuvieran intentando darle compañía y esperanza.

A un lado del relicario está grabado el nombre de Anna Swan, la imagen del otro lado es lo que hace que la pequeña derrame lágrimas de satisfacción. Ahí están las dos. Una fotografía de cuando Sarah recién aprendía a caminar. La acerca para observar con más claridad el rostro de su madre. Era una mujer bellísima y, es verdad, sacó sus ojos, tal y como todos en el pueblo se lo dijeron. Aparta las lágrimas de su vista con la mano que tiene libre, y vuelve a formarse una sonrisa en su cara. Fascinada por lo que ve sigue buscando detalles. El cabello de la señora Swan era negro azabache y descendía casi hasta su cintura, su nariz ligeramente puntiaguda la hacía ver muy joven y el vestido rojo siempre la había hecho parecerse a "Caperucita roja". ¡Qué irónico que se hubiera perdido en un bosque! Mira hacia ambos lados, izquierda y derecha, solamente para asegurarse de que está a salvo. Al cerciorarse de que es así, se echa sobre el césped mirando aquella imagen que es el único recuerdo visual que tiene de su mamá.

Las luciérnagas siguen moviéndose alrededor de la pequeña, acompañándola con su estilizado vuelo casi artístico. Ella las mira de reojo y se alegra. Seguramente también acompañaron a su madre cuando se perdió y le dieron las fuerzas que necesitaba para seguir adelante o para, al menos, no sentir miedo de la muerte. ¿Ahora ella teme por su futuro? De momento prefiere no pensar en él. No quiere pensar en nada más que en la felicidad de volver a ver la cara de su mamá, aunque sea solamente en una fotografía. Ahora puede rememorar muchas cosas: su primer día de campo juntas, la vez que se quedaron atascadas en medio del lodo en la camioneta y tuvieron que llamar a alguien para que las ayudara, la visita a su tío Daniel, cuando él le compró un cometa, la ocasión en que su mamá la llevó de compras y compraron un vestidito guindo de fiesta. Todos los recuerdos aparecen en su memoria. Llora cada vez que surge uno nuevo, un poco por la nostalgia pero también por la felicidad. Realmente fue feliz con su madre y podría seguir siéndolo con su padre si volviera a casa.

Se acurruca bien sobre el pasto, los rayos del sol tocan su cuerpo dándole calor. Se siente muy feliz al sentir esa sensación sobre su piel y, solamente por ese contacto de la luz con sus piernas, se alegra de tener la ropa tan rasgada. Todas las cosas que había extrañado aparecen ahora. Las luciérnagas no la abandonan pero ya no brillan. Trata de olvidar, de dejar a un lado todos esos recuerdos que saltan en su cabeza, quiere descansar y disfrutar el momento. Abraza el collar y dice varias veces: "Gracias, mamá" en voz alta. Está segura de que es el espíritu de esa mujer hermosa y amorosa quien la cuida y la guía hacia la luz a través de aquel bosque lleno de peligros.

Con los ojos cerrados vuelve a cantar una de las canciones de cuna de su madre, abraza con fuerza el collar y, mientras las luciérnagas la rodean volando, se va perdiendo en sus recuerdos. De pronto su voz se apaga, los rayos del sol siguen posados sobre su cuerpo y el relicario está entre sus manos. Vencida por el sueño se deja arrastrar hacia él, ya sin miedo de ser devorada o de morir de frío bajo la lluvia. Su madre, seguramente, la está cuidando desde muy cerca. Siente paz y no sueña nada.

## Capítulo XVIII

Dos hombres discuten en la oficina principal. El cielo comienza a aclararse.

—¿Por qué lo llamaste de inmediato? ¡Ni siquiera estábamos seguros de qué era lo que habíamos encontrado!

—Porque pensé que sí lo estaban.

—¡Tienes que esperar órdenes de tus superiores! ¡Tendrás que disculparte!

—Pero yo creí que…

—Llamarás para disculparte… después de eso, no sé si puedas seguir trabajando con nosotros. —El policía que había llamado al señor Smith se seca el sudor de la frente, toma asiento y exhala botando el aire de su pecho con rabia. Su jefe lo mira bastante enojado. Continúa su discurso porque no puede creer lo que acaba de suceder—. ¡Es una falta de respeto! ¡No solamente a nosotros, sino también al pobre hombre! ¿Te das cuenta de lo que puedes causar con tus suposiciones?

—Si no era el cuerpo de la señora Smith… ¿de quién era? ¿Dónde está ella?... ¿Será conveniente llamarlo de inmediato para pedir disculpas? ¿Qué tal si realmente encontramos el cadáver de su esposa en unas cuantas horas?

—¡No seas insolente! —El jefe de la policía golpea la mesa cuando dice esto y su subordinado se asusta. Se lo ve realmente furioso. La situación es bastante tensa.

Pasan pocos minutos antes de que aquella tensión se rompa gracias al sonido estridente del teléfono sonando. Los dos se miran, miran el teléfono; saben que puede tratarse de muchas cosas y las posibilidades de que la noticia que llegue sea buena son muy escasas. Podría ser el señor Smith reclamando enfurecido porque su esposa ha vuelto a la casa sana y salva, podría ser la llamada de algún desconocido que ha encontrado el cuerpo inerte de Nicole Smith, podría ser cualquier cosa. Ninguno quiere contestar, pero el jefe debe dar la cara a cualquier situación que se presente, así que toma el auricular y contesta.

—Jefe… ¿Cómo se encuentra?

—¿Quién habla?

—Syd. El hombre que reparte periódicos… Mire, jefe. Anoche, muy tarde, encontré a una mujer desmayada en una de las callecitas que está detrás del mercado… No podía ni hablar así que la traje a casa con mi mujer. Ahora recién está recuperando el conocimiento, pero no puede darme dirección alguna. ¡Está muy asustada y confundida! Discúlpeme por no llamar antes, era muy tarde y mi mujer le preparó una cama. Dice que se llama Nicole…

—Por favor quédese con ella y dícteme la dirección exacta de su hogar. Mandaré a algunos de mis hombres para que la busque.

El otro hombre comienza a sudar por los nervios que le produce lo que puede deducir de la charla. Seguramente lo echarán del cuerpo policial y tendrá que disculparse con el señor Smith. Le espera algo terrible. ¿Por qué llamó tan impulsivamente si no se había identificado la identidad del cuerpo? Ni siquiera llamaron para avisar, sino para pedir refuerzos y él sacó apresuradamente sus propias conclusiones. Observa a su superior colgar el teléfono y mirarlo con rabia. Se prepara para el regaño más grande de su vida.

—¡Llama inmediatamente! ¡Discúlpate! ¿Cómo puedes ser tan imprudente?

—Está bien, jefe. ¡Lo haré! Disculpe si…

—¡Llama ahora! ¡No podemos seguir perdiendo tiempo!

—Discúlp…

—¡Llama ahora!

El hombre, que sigue sentado, levanta el auricular para realizar la llamada, busca el número del señor Smith y, luego de encontrarlo, se arrepiente colgando el teléfono y mirando a su jefe.

—Debo preguntarle algo jefe… ¿De quién era el cuerpo que hallaron?

—¡Llama de una vez! ¡Ahora no puedo darte ninguna información hasta que se defina tu situación aquí!

—¿Y si la persona que acaba de llamar hubiera encontrado a otra Nicole?

—¡Llama!

La tensión se acrecienta después de esa última charla. El jefe de la policía mira al hombre con un aire de superioridad y no le quita los ojos de encima. Al ver que él no se mueve, levanta el teléfono, marca el número del señor Smith y se lo pasa a su subordinado.

## Capítulo XIX

Anna Swan había dejado este mundo a muy corta edad. Cuando falleció era, todavía, una mujer joven, realmente preciosa y agradable. Algunas veces, para lidiar con la ausencia de una figura materna, Sarah imaginaba que se había convertido en un ángel, la visualizaba con el vestido de novia puesto y un velo que le cubría el rostro, pues no podía recordar su cara. Aquella imagen era muy bonita a excepción del rostro invisible. En las noches que más miedo sentía, cuando su papá no escuchaba sus gritos o sus sollozos después de las pesadillas y no iba a su cuarto a arroparla, se tranquilizaba a sí misma convenciéndose de que su madre la miraba desde el cielo y la protegía; se dormía escuchando, con la ayuda de su memoria, la hermosa voz que le cantaba canciones de cuna cuando era pequeña. Ahora, con el relicario entre sus manos, despierta y, al verse viva y a salvo, mira al cielo repitiendo un par de veces: "Gracias mamita, mi ángel". Los lobos no la han encontrado ni ha llovido. ¡Es un milagro!

Se despabila un poco para seguir adelante guiada por las luciérnagas, pero cuando termina de abrir bien los ojos nota que no están. Las busca por los alrededores cercanos, detrás de los árboles y de algunas piedras. Se angustia al no visualizarlas y abraza con más fuerzas el collar de su madre. Se sienta sobre una roca. Mira hacia el cielo y nota que el sol está más bravo. Busca una piedra debajo de algún árbol para no quemarse la piel y para descansar un poco de esa calidez intensa. Se acomoda sobre una muy amplia y tararea una de las canciones de cuna de su madre mientras repasa con la mirada una y otra vez sus facciones en aquella foto. De verdad era una mujer hermosa. Antes la había podido visualizar en su imaginación como a un ángel con el rostro cubierto, pero ahora se la figura como un ser celestial con una cara iluminada y llena de bondad. Sonríe y unas cuantas lágrimas caen de sus ojos. Todavía no puede creer que haya encontrado lo que encontró.

Unos cuantos pájaros de colores vuelan por el bosque, son distintos a las aves nocturnas. Sus cuerpos pequeños y sus picos finos no podrían lastimar a un ser humano. Los mira y se siente segura. En ese lugar no hay depredadores carnívoros. Entonces aparece entre los árboles un pajarito tornasol con un pico muy largo y un aleteo veloz, es un colibrí. La pequeña se pone de pie para ir hasta él y apreciar sus movimientos desde un lugar más cercano; cuando lo hace, el animalito no se inmuta. Cuando emprende su vuelo hacia otro lugar, Sarah nota la presencia de unas luces opacas y pequeñas. Son las luciérnagas que, por la luminosidad del sol, no se distinguen con claridad. Flotan sin desplazarse.

El estómago de la niña cruje, tiene hambre. Lo considera una buena señal porque eso le hace notar que su cuerpo ya no está resignado a morir. Camina entre los árboles, confiada en que la luz solar todavía iluminará los recovecos por los que atraviese y, a pocos metros del lugar en el que había decidido sentarse, encuentra unos hongos que puede comer sin peligro de intoxicarse o envenenarse. Come poco y muy lento. Después de indigestarse ha aprendido la lección y sabe que no puede darse atracones de comida después de no probar alimento varios días. Mientras come, piensa en el tiempo que ha pasado ahí, trata de calcularlo pero se le hace muy difícil por la carencia total de luz con la que tuvo que lidiar casi todo el trayecto. ¿Habría pasado más de una semana, tal vez dos? No lo sabe. Posiblemente sí. Sufrió bastante, por lo que dejó de percibir la temporalidad real. Además se durmió varias veces y se desmayó unas pocas. Al verse segura respira con fuerzas. Termina de comer y se echa sobre el césped boca arriba para relajarse un poco. Continuará su viaje en la noche, cuando las luciérnagas vuelvan a emprender su vuelo y puedan guiarla en medio de la penumbra.

Mira las copas de los árboles dejando pequeños huequitos entre sus hojas por los cuales entran rayitos de luz solar. Se entretiene un rato con esa visión. Piensa en su madre, en cómo habría llegado hasta el mismo lugar en el que ahora ella se encuentra, en cómo habría atravesado la oscuridad del bosque y en cómo habría sido su muerte. Vuelve a mirar la fotografía para no olvidar ningún detalle de su rostro y la imagina corriendo entre los árboles,

escapando de los lobos. Seguramente era más ágil, más atlética, que ella porque había sido scout antes de casarse y eso le daba ciertas ventajas. Se figura a su madre trepándose a los árboles, ahuyentando valientemente a los cánidos hambrientos y a las bestias salvajes, caminando sin dificultad entre la maleza y comiendo con moderación solamente para sobrevivir. Realmente era una mujer muy valiente. Se sienta y mira sus piernas flacas, delgadas y débiles, mira la fotografía y ve el cuerpo delgado pero fornido de su mamá. Estaba mucho mejor preparada y aun así murió. Se consuela pensando que lo que a ella la salvará será el espíritu angelical de su progenitora, pero siente un poco de miedo al creer que quizá no existe tal cosa y todo lo que tuvo hasta ahora fue suerte.

Mira a las luciérnagas. En medio del día, debajo de los rayos del sol, parecen bichos pálidos, no tienen ninguna gracia. ¿Por qué la están ayudando? No puede creer que gracias a ellas haya llegado hasta este lugar, pero tampoco cree posible que sean ellas quienes de verdad la guían. ¿Acaso es un milagro? O se trata de una simple casualidad el hecho de haberlas perseguido y haberse topado con el collar de su madre. Tal vez nada de esto está pasando y en realidad se trata de un sueño, tal vez Sarah sigue en medio del bosque, durmiendo en la intemperie, muriendo de frío. Quizá ya no duerme, sino que su cuerpo se ha abandonado al descanso eterno después de congelarse en medio de una helada noche de invierno. Se pellizca y percibe dolor, se muerde los dedos y siente sus dientes. Se pregunta, entonces, si es que el alma también puede experimentar sensaciones propias del cuerpo, porque de ser así su última sospecha puede ser cierta.

La luz del sol se desvanece, parece que una nube gigantesca cubre el cielo. "Ojalá no llueva", piensa Sarah, "aunque si lo hiciera y yo estuviera muerta no importaría mucho, solamente me daría frío, pero ya no podría morir congelada". Mira hacia arriba esperando que caigan las gotas de agua sobre su rostro, aguardando que una ventisca golpee las ramas y las haga caer. No pasa nada. "Tal vez no llueve cuando uno muere", reflexiona. Algunas veces, cuando vivía tranquila en casa junto a su padre, imaginaba que las almas de los fallecidos iban a algún lugar parecido a la tierra pero un poco más bello; rememora ese pensamiento e inspecciona el lugar en el que se encuentra. Efectivamente es un bosque porque tiene vegetación, pero no es oscuro como antes. Definitivamente se encuentra en un lugar similar a los últimos rincones por los que caminó, aunque más hermoso. Siente un poco de frío y nota que se le pone la piel de gallina en los brazos. Aquel mundo para las almas se parece bastante al planeta de los vivos.

Una gota diminuta cae sobre su nariz y se resbala. "Ahora sí va a llover" piensa. Pero a esa gota le siguen unas cuantas, muy escasas y fáciles de contar. La nube se pierde dejando que los rayos del sol vuelvan a entrar por entre los huecos formados por las hojas de los árboles. La niña se levanta y va hacia el lugar en el que se había dormido para calentarse un poco más pues en ese espacio abierto nada estorba el paso de la luz. Ya no hace tanto calor, pero es reconfortante sentir la tibieza en medio del bosque.

Sarah no quiere aburrirse, necesita pensar en alguna cosa divertida para distraerse y no volver a dudar de estar viva. No sabe si realmente lo está, pero sus esperanzas se encuentran depositadas en esa idea así que prefiere mantenerla firme. Juega con sus manos un rato pero eso no logra alejar a su mente de ciertos pensamientos. Decide hacer ejercicios, al final de cuentas su cuerpo los necesita después de tanto maltrato. Hace unos cuantos abdominales que la dejan muy agotada y se da cuenta de que no es algo que va a disfrutar. Si existe la posibilidad de no salir viva prefiere regocijarse, por lo menos divertirse, así que deja su intento. Baila, pero tampoco tiene las suficientes fuerzas para hacerlo como le gustaría. Mira al cielo y ve cómo el sol ya se pierde en el horizonte. Su ausencia hará que el fulgor de las luciérnagas sea visible y entonces la pequeña podrá saber si sus sospechas respecto a las intenciones de los insectos de ayudarla son reales. Se acuerda de *El principito* y de cómo el protagonista disfrutaba los atardeceres, entonces se sienta en la roca más alta y, a pesar de no

poder ver el descenso del astro, se contenta con notar la degradación de los colores en el cielo. Cuando lo ve azul oscuro voltea, los seres luminiscentes la han vuelto a rodear.

Las esperanzas vuelven a ella. Se pone el collar en el cuello y espera recibir más indicaciones de sus amigas. Dan vueltas a su alrededor sin detenerse por ningún motivo. Cada vez el fulgor que irradian es más intenso hasta que anochece por completo y verlas es un verdadero espectáculo. La pequeña se ríe por primera vez desde que cayó por el abismo. No lo hace porque algo le cause gracia, lo hace porque sonreír ya no le basta para expresar la felicidad que siente. De pronto los insectos se alejan y Sarah se preocupa al creer que ha sido su risa lo que los ha apartado, pero después nota que no van muy lejos y que, al parecer, la esperan. Decide seguir su intuición y hacer caso a aquella señal. Va detrás de ellos. Avanzan por el bosque, debajo de la luna y de las estrellas, en un sendero que parece haber sido construido por la mano humana por la perfección de los espacios huecos, ideales para un caminante que quiera pasear en medio del bosque sin internarse en él. Las copas no se tocan, ni siquiera se rozan. Un gran trecho está completamente iluminado por la luna. Gracias a esa delicadeza del paisaje, opuesta a la hostilidad de antes, la niña vuelve a pensar que quizá está muerta.

La caminata no es dura a pesar de lo largo que es el camino. El sendero llano e iluminado por las luciérnagas es un alivio en medio de toda esa hostilidad salvaje de la naturaleza y por eso es mucho más cómodo desplazarse a través de él. La niña no suelta el relicario de su mamá, lo sujeta con fuerza a pesar de que la cadenita cuelga de su cuello. No quiere soltarlo pues la hace sentir acompañada y segura. El fulgor es encantador, hace que Sarah se sienta hechizada y la distrae haciéndole aún menos pesado el andar.

El resplandor de los insectos vuelve mágico el bosque. La imagen es muy hermosa y Sarah la aprecia. La luna llena baña su rostro con una luz tenue, los árboles, a los costados, son altos y detrás de ellos puede ver la maleza; la vegetación que cubre el suelo es salvaje, pero el pasto no está lo suficientemente crecido como para dificultarle el paso, ve algunas rocas que no se distinguen con claridad; los aullidos de los lobos se escuchan muy lejanos. Ya no oye graznidos ni rugidos, por lo que sospecha que se ha alejado de esa fauna silvestre y amenazadora que antes estaba tan cerca de ella. Un par de nubes delgadas aparecen en el cielo y rodean a la luna embelleciendo aún más el paisaje. Le gustaría ver todas esas cosas con su padre, o pasear por esos lugares con su madre mientras le dice que al fin ha comprendido lo que es un milagro. Piensa en ambos con cariño y los recuerda felices y juntos, jugando con ella y enseñándole cosas. ¿Por qué su papá se había vuelto tan ensimismado y hermético después de la muerte de su mamá? Extraña poder conversar con él durante horas y reír de tonterías, también extraña ir en la parte de atrás de la camioneta cantando con todas sus fuerzas mientras él conduce emocionado en medio del lodo. Antes hacían todo eso, pero desde que la familia se redujo a ambos, cada uno anda solitario sin comunicarse con el otro ni expresarse más de lo necesario. Tiene que admitir, y eso lo piensa mientras vuelve a dar un vistazo a la totalidad del panorama, que ella también es culpable. No es solamente él quien guarda silencio constantemente, también es ella. Lo hace cada vez que él le pregunta cómo le ha ido, siempre que cenan juntos y cuando los dos se sientan frente a frente en la sala. Cuando regrese al pueblo abrazará más a su papá y será más cariñosa.

Aquellos pensamientos respecto al mutismo en su casa la llevan a reflexionar sobre su actitud en la escuela. Siempre fue una niña muy tímida. El primer día de clases cuando todos eran nuevos y pequeños, muy pequeños, la profesora hizo que cada uno se presentara diciendo su nombre y lo que le gustaba hacer. Los niños se fueron presentando; cuando era el turno de uno, tenía que ponerse de pie y mirar a sus compañeros. Le tocó a ella y no pudo dejar su silla. La señorita Aguirre –una maestra muy joven y paciente con los niños– le dijo, amorosamente, que podía quedarse sentada pero que les dijera a sus nuevos amigos su nombre. Sarah miró a los costados, lo dijo en voz muy bajita y luego se tapó la cara. Amy,

que se sentaba a su lado, se paró de inmediato ahorrándole el mal rato a la chiquilla que acababa de conocer. Con los años se hicieron mejores amigas, hasta que Anna Swan falleció y toda la vida social de la hija de la difunta cambió para siempre. Dejó de hablar con todos en la escuela, incluso con los adultos que trabajaban ahí. Ahora cree que sería divertido volver a jugar con Amy y contarle sobre su aventura en el bosque. Si regresa, se promete a sí misma, volverá a charlar con todas las personas que pueda.

Las horas se pasan y entre sus reflexiones y la belleza que observa en el paisaje que la rodea, la niña no se da cuenta de que ha avanzado un gran trecho. Las luciérnagas continúan su vuelo sin cansarse y siguen adelante, flotando con la misma elegancia con la que aparecieron en el camino de Sarah. Ella mira al cielo y se da cuenta de que esas dos nubes delgadas han cambiado de posición. Ahora una de ellas tapa a la luna por completo y la otra se desplaza rápidamente hacia uno de sus costados cubriendo, de esa manera, varias estrellas. La luz tenue que descendía del cielo casi se ha perdido, pero el cambio no es muy notorio gracias al fulgor de los insectos. Alumbran el sendero haciéndolo muy claro a los ojos de la pequeña, quien no deja de preguntarse la razón por las que esos seres la ayudan. ¿La estarán ayudando? ¿Quién sabe? Pero, al menos, una cosa es segura y es que la guían a través del bosque. No sabe hacia dónde se dirige, tal vez no a la salida, pero confía en ellos porque antes la condujeron al lugar preciso en el que se hallaba el collar de su madre con la fotografía adentro. Eso, cree la niña, no puede ser una mera casualidad.

Después de una larga caminata que no agota a la pequeña, el sendero abierto que recorría se cierra. Sarah se ve frente a la maleza y se detiene, pero sus amigas luminiscentes continúan su vuelo. Avanzan unos cuantos centímetros y frenan al notar que la niña no las está siguiendo. La rodean, dan vueltas a su alrededor y ella no sabe si continuar o no. Medita durante unos minutos la decisión que debe tomar, mide los peligros de quedarse ahí, los peligros de volver a adentrarse en el bosque frondoso y tupido y las esperanzas que tiene de salir de aquel lugar siguiendo a unos insectos que brillan. Le gusta aquel camino que ha seguido bajo la luna y las estrellas y preferiría no tener que regresar a la oscuridad total en donde su única guía es la intuición; pero sabe que tendrá que seguir un resplandor, y eso la lleva a un estado dubitativo. Si continúa podrá ir hacia algún lugar, no sabe a dónde, pero por lo menos avanzará en alguna dirección. Eso podría internarla más en la naturaleza salvaje o llevarla a casa; no está muy segura.

Apenada por la decisión que debe tomar cierra los ojos tomando con fuerza el relicario entre sus manos y piensa en su madre.

—Mamita…— dice en voz alta—, tú sabes cómo guiarme, dame una señal, por favor. ¡No me dejes morir! ¡Tengo miedo!

Luego de lanzar un profundo suspiro vuelve a abrir los ojos. Las luciérnagas, que antes daban vueltas a su alrededor, se quedan impávidas, como si realmente estuvieran flotando en el aire, sus alitas diminutas parecen no moverse. Todas están alineadas y quietas. Sarah se sorprende y cree que su plegaria ha sido atendida, aquello tiene que ser una señal. Se pone de pie guardando el relicario dentro de su chompa para que esté pegado a su piel, mira a sus amigas brillosas y espera a que se muevan, pero ellas no lo hacen. Pasan varios segundos así, como si quisieran demostrarle a la niña que realmente está presenciando algo mágico y único. Rompen su quietud con la misma elegancia con la que emprenden su vuelo. Se internan en la maleza y la niña las sigue.

Volver a la oscuridad no es algo que le encante a Sarah. Nuevamente todo es oscuro. Las copas de los árboles se elevan creando figuras monstruosas sobre su cabeza, el suelo sigue húmedo y el lodo se le queda en los zapatos, las ramas se enredan creando laberintos difíciles de atravesar y la maleza es más salvaje de lo que lo era en aquel sendero. Las luciérnagas continúan el camino sin detenerse, guiando siempre por los lugares correctos a la pequeña. Gracias a ellas la caminata se hace más fácil pues no tiene que enredarse entre las plantas ni

tropezarse con ninguna roca. Pareciera que conocen perfectamente aquel bosque. Es así que cuando aparece algún obstáculo lo iluminan con sus diminutos cuerpos para que la muchachita no choque con él. A pesar de la bendición de tenerlas como faros protectores se siente un poco amenazada por la oscuridad.

Camina varios metros. No siente el cansancio porque está preocupada por otras cosas. No quiere distraerse, si lo hace podría perder el rumbo o tropezar. Observa con mucha atención a sus amiguitas diminutas y les hace caso en todo, va por donde ellas creen pertinente. Sus pies tienen ampollas, ella no lo sabe todavía, las verá cuando se detenga y sienta el dolor. Hace frío. Sus piernas tiemblan, la piel se le eriza y comienza a dolerle la garganta. Mira hacia el horizonte y lo poco que llega a vislumbrar más allá de las luces de las luciérnagas, es un larguísimo bosque frondoso en el cual no halla salida. Pierde las esperanzas pero sigue adelante. Prefiere morir luchando, ahora que ha reflexionado sobre sus comportamientos con su padre y con las personas de la escuela. Quiere llegar a su casa, ir a la escuela y contarles a todos sus grandes hazañas, demostrarles que es muy valiente y convencerlos de haber sido guiada por unos seres milagrosos que, seguramente, su madre le mandó desde el cielo. Desea, con todas sus fuerzas, mostrarle a su padre lo que encontró en el bosque, abrirlo y hacerle ver la fotografía. Pero lo que más fuerzas le da para continuar es la esperanza de volver a ser feliz junto a su padre. Le encantaría regresar y no parar de hablar con él, enterarse de todas las cosas que se perdió, ponerlo al día de sus asuntos y reír como locos de tonterías. Lo extraña. Mientras piensa en eso, un recuerdo golpea su pecho y hace que se llene de angustia: la pesadilla con el ente escondido entre las sombras. ¿Su papito seguirá con vida? Se estremece y, para olvidar el asunto, se concentra en sus pasos. Mira hacia adelante y sigue encontrándose con la misma imagen desalentadora.

En el lugar al que ha llegado vuelven a oírse con claridad los aullidos de los lobos y los graznidos de los pájaros. Se siente intimidada por aquellos perturbadores sonidos que acompañan sus pasos. Siempre lo ha hecho. Cada vez que escucha a los animales lanzar a la luna sus cantos infernales, recuerda a las dos bestias de ojos blancos y brillantes con las que se encontró y de las que tuvo que huir. Continúa preguntándose si aquel episodio fue real o un producto de su imaginación, como lo del fuego de los caníbales, el encuentro con extraterrestres o el hallazgo de su madre. Las imágenes se reproducen con nitidez en su memoria, incluso puede volver a escuchar sus respiraciones furiosas. Tiene bastante miedo, pero no puede ceder a sus impulsos de esconderse y dejarse matar por el frío, porque ya ha decidido que va a hacer todo lo posible por salir de ese lugar. Es así que desvía su atención a algo distinto: intenta narrarse a sí misma la posible historia de cómo su madre llegó a aquel espacio alejado de la maleza en medio del bosque.

Mientras camina mira a su alrededor y se encuentra con formas tenebrosas que incitan a su imaginación a crear monstruos asesinos. Pero trata de concentrarse. Se figura toda la historia. Seguramente se desmayó mientras corría en la bicicleta. ¿Para qué había salido esa mañana? No lo recuerda. Después de caer y rodar por el abismo llegó al bosque con vida pero muy maltrecha y débil. Tardó en levantarse, pero después de hacerlo reaccionó rápidamente y se subió a un árbol por miedo de ser vista por algún animal peligroso. Las astillas de las ramas lastimaron sus manos así que bajó sin llegar a subirse a una rama y decidió caminar hasta hallar refugio, como ella también lo había hecho. Anduvo durante días, resistiendo el hambre y la sed mejor que su hija, casi sin dormir. ¿Se habría topado con un par de lobos horribles y feroces? ¿Habría sufrido alucinaciones? Probablemente no, era una mujer muy fuerte. Sarah detiene su propia historia para visualizar a su madre transitando por los mismos recovecos que ella. El cabello largo, la figura esbelta y el rostro cansado. Ya no le cuesta pensar en su cara. Retoma su narración. Al cabo de una semana o más, en la que debió haber comido poquísimo, llegó a aquel hermoso lugar, miró la luna y se emocionó, como su hija. ¿Entonces? ¿Qué podría haberle ocurrido? ¿Por qué había dejado el collar ahí? ¿Le pesaría?

El relato que se hace a sí misma se detiene porque las ideas se le acaban y su cabeza se llena de interrogantes que no sabe cómo responder.

Intenta idear respuestas y suposiciones para no dejar incompleta la historia que se imagina, pero le cuesta mucho. Después de un rato se cansa. Los párpados comienzan a pesarle, sus pies se arrastran por el lodo y se agita con mayor facilidad que antes. Se da cuenta de que ha caminado muchísimo. Entonces, cuando sus ojos están por cerrarse por el agotamiento, levanta la cabeza con la intención de no dormirse y nota que la maleza se abre dejando un espacio hueco por el cual entran los primeros rayos del sol. ¡Ha caminado toda la noche! ¡Ha caminado en círculo! Resopla por la ira que siente al descubrir que ha vuelto al mismo lugar en el que estaba y lo revisa. Gira la cabeza y nota que el resplandor de sus amigas no es tan notorio ahora. Inmediatamente después inspecciona el lugar y, al parecer, no es el mismo por el que ha pasado antes. Éste tiene menos rocas y la distancia entre los árboles no es tan amplia como en el anterior. Se da cuenta de que su única esperanza son las luciérnagas así que confía en ellas y decide luchar contra el sueño para continuar.

## Capítulo XX

Tiene la garganta seca, siente que se va a desgarrar pronto y se asusta un poco. Si no encuentra agua inmediatamente, no podrá continuar sus pasos. La madrugada hace que una brisa muy suave sople y ésta molesta mucho a Sarah por la frialdad que introduce en su cuerpo por su nariz. Mira a su alrededor y todavía no se siente completamente segura de estar pasando por un lugar diferente al anterior. Las formas y los colores de las rocas son distintos, pero puede tratarse de una sensación óptica nada más. Para cerciorarse busca una roca grande y plana en la que sentarse, como la que halló en el otro espacio en medio del bosque. Se distrae en esa labor ignorando a las luciérnagas que, cada vez, pierden más y más su luminiscencia gracias a los primeros rayos del sol. Ellas dan vueltas a su alrededor, como si la estuvieran llamando, como si le estuvieran advirtiendo que tiene que hacerles caso. La niña se rinde después de varios minutos. Cuando voltea nota un fulgor pálido y se da cuenta de que tiene que apresurarse. Ya no piensa más en la resequedad ni en la piedra que quería encontrar. Camina firme y silenciosa ignorando a sus ojos que pretenden cerrarse.

El cuerpo le pesa bastante y eso dificulta mucho los pasos, además se siente débil sin alimento ni bebida. Por fin el cansancio se apodera de toda su humanidad. Los pies se arrastran y, por suerte, en esta zona el suelo ha secado lo suficiente como para no ser lodo. Sarah quiere dormir, quiere recostarse en medio de la naturaleza y cerrar sus ojos, ya ni siquiera puede pensar en salvar su vida ni en los milagros de los que tanto le había hablado su madre mientras todavía estaba con vida. Levanta la cabeza para mirar la luna y ya no la halla detrás del cielo que se ha tornado azul violáceo. Muy pronto aparecerá el sol entero en la cima y el candor de los insectos no le servirá de nada. ¡De verdad tiene que apresurarse y utilizar todas sus fuerzas!

La labor más complicada es la de mantener los ojos abiertos porque, después del esfuerzo excesivo que han tenido que hacer toda la noche siguiendo resplandores luego de haberse desacostumbrado por completo a la luz, es muy difícil seguir observando con claridad. La situación empeora a medida que el cielo se hace más claro y los rayos del sol tocan la mayor parte del territorio por el que la chiquilla transita. El resto de las tareas que tiene que realizar ya no le cuestan tanto. Es como si hubiera empezado a llevarlas a cabo por inercia, sin necesidad de gastar demasiada energía. Anda en medio de la vegetación como una autómata sin vida, sin recuerdos ni sentimientos. Su cabeza no piensa absolutamente en nada, solamente hace el esfuerzo por no cerrar los ojos y por mantener al frente la mirada. Si anduviera sin atención un solo segundo podría ocurrir cualquier desgracia.

Las luciérnagas se ven cada vez más pálidas y blanquecinas, los párpados se vuelven más pesados y el cielo se ilumina con una rapidez que Sarah no puede alcanzar con sus pasos. Pronto terminará de amanecer, será de día y las guías de la pequeña no le serán útiles. Comienza a lagrimear notando que llorar solamente empeora su visión y le quita fuerzas para seguir adelante. Se seca tratando de tener al máximo sus cinco sentidos y oprime en su garganta todo el miedo y toda la desesperación. Tiene que tranquilizarse porque es su última esperanza de salir con vida del bosque en el que se ha internado.

De pronto la luz empalidece por completo a las luciérnagas y Sarah, desesperada, comienza a llorar. Las mira, pero no podría seguirlas por el bosque porque ya no se distinguen con claridad. Un rayo de sol se posa sobre su rostro iluminándolo por completo, haciendo llegar su tibieza a su piel. La chiquilla siente que su tristeza empeora con aquello y se lanza al piso tomando con fuerza entre sus manos el relicario de su madre.

—Gracias por intentarlo, mamita. Gracias por todo. Pronto estaré contigo, te alcanzaré para que me cuides y me abraces —habla en voz alta esperando que sus palabras lleguen al espíritu de su mamá para anunciarle su llegada al reino de los que dejaron este mundo. Se mira en medio del bosque rodeada por sus amigas ya sin brillo ni resplandor y no puede hacer

más que hablar y hablar sin parar. Mira al cielo, sus ojos se enceguecen un poco por el fulgor intenso del sol y, al volver la vista al horizonte, nota que no puede distinguir con claridad el paisaje. No pasa mucho tiempo para que su visión se arregle y pueda apreciarlo en su totalidad.

En medio del llanto visualiza un sendero muy angosto por el cual ella podría pasar sin ningún problema. Se seca las lágrimas de los ojos, abre el relicario, mira la fotografía y le pregunta a su madre:

—¿Debería seguir aquel camino estrecho?

Unos segundos después sonríe. Ya no puede distinguir a las luciérnagas y no ha recibido ninguna señal, pero tiene el presentimiento de que si continúa por aquella vía va a llegar a alguna parte, a algún lugar en el que pueda encontrar agua o alimento. Sigue su instinto y se interna en medio de la maleza. El sol no se pierde en esa ruta porque, si bien los árboles se encuentran más pegados que en los dos senderos anteriores, sus copas no se abren hacia los lados, están casi desnudas, desprovistas de hojas; es así que, a través de las ramas, entra la luz del cielo. Sarah ve eso como una buena señal y continúa siendo optimista. Los párpados dejan de pesarle y los pies ya no se arrastran. ¡Algo bueno va a ocurrir!

En medio del sendero Sarah se encuentra con unos cuantos pajaritos lindos que le hacen oír sus hermosas voces, sonríe cada vez que ve a uno nuevo. Se da la vuelta después de haber avanzado varios metros y, con dificultad, se da cuenta de que las luciérnagas la están siguiendo como si fueran guardaespaldas y estuvieran cuidando su camino. Ya no tiene miedo ni se siente amenazada y se llena de nuevas esperanzas. Seguramente los insectos amables le harían saber si estuviera tomando un rumbo equivocado. Le gusta el paisaje, se siente protegida y, a pesar del hambre, no sufre molestias. Pronto encontrará hongos o agua, está segura de eso, y su único malestar será calmado.

Luego de transitar unos cuantos metros la pequeña deja de ver árboles en el horizonte; en cambio nota que se encuentra frente a una subida bastante gredosa y empinada. Está casi segura de que ha llegado a su destino y ha podido, en contra de sus oscuros pronósticos, salir de aquel tenebroso y oscuro lugar. No puede con la emoción y corre hacia el lodo tratando de escalarlo, pues es tan pendiente que sería casi imposible subirlo en una caminata. Se lastima un poco a medida que sube, y siente que va perdiendo las últimas fuerzas que le quedan, pero no importa porque pronto podrá parar a algún automóvil y pedir ayuda a su conductor. Le cuesta el ascenso por ese lugar húmedo y con piedras inestables que toma como peldaños, pero no se detiene. Se resbala un par de veces; no le importa. Cada vez que mira hacia atrás ve a las pálidas luciérnagas flotando en el borde de los árboles mirándola en su tarea de escalar. Se imagina que gritan su nombre, que tienen la intención de darle valor e impulsos. Tarda como diez minutos en llegar a la cima de esa subida y, cuando lo hace, se encuentra con algo totalmente diferente a lo que esperaba. Una luz muy fuerte ilumina su rostro por completo hasta enceguecerla y detrás de ella llega a distinguir unas cuantas siluetas. Algún ser la toma del brazo haciéndola gritar; pero luego la ayuda a subir y, acto seguido, se escuchan muchos aplausos. Sarah se desmaya.

Todas aquellas desventuras sufridas, aquellos encuentros con cosas horribles y desconocidas, todo el terror y todas las cosas horrorosas que tuvo que pasar para sobrevivir vuelven a su mente en un solo segundo y la pequeña abre los ojos. La gente aplaude nuevamente cuando la ven despertar, ella no puede creerlo. Se pellizca el codo para cerciorarse de que no está soñando y al sentir el pinchazo se ríe.

Un hombre le habla.

—Tú eres Sarah, la hija de Víctor.

—Sí.

—¡Es una verdadera y completa alegría tenerte de vuelta en el pueblo!

—¿Dónde estoy? —Una señora se acerca a presenciar la escena y, a medida que avanza hacia la chiquilla, grita—: ¡Ya llamé a la policía! ¿Está bien la pequeña?

—¿Dónde estoy? —vuelve a preguntar Sarah; entonces una muchacha de rasgos muy finos y piel morena se le acerca, la cubre con una manta y le explica.

—Estás bastante cerca de casa. Todos nos enteramos tu historia. Vino la policía a contarnos, también vino una maestra tuya del colegio. No tengas miedo. Pronto llegará la policía.

—¿Mi papá? —En ese momento suenan sirenas y llegan dos automóviles de la policía con hombres uniformados dentro de ellos. Sarah no ve a su padre en ninguno de los dos automóviles.

La realidad es todavía un poco confusa para la pequeña porque ha estado viviendo una de sus peores pesadillas todo este tiempo. Las voces humanas, el sonido de los motores y de las sirenas de los autos la aturden un poco, pues, después de tanto tiempo sin oír ninguna de esas cosas se ha desacostumbrado a ellas. Cuando ve bajar al oficial de la policía del pueblo, a quien conoce bastante bien, se alegra por encontrar al fin un rostro familiar. Corre a abrazarlo e inmediatamente después busca al hombre que le extendió antes la mano para auxiliarla y le agradece. Lo único que la mantiene entristecida es el hecho de no ver a su papá. Mira hacia la izquierda, hacia la derecha y no lo halla. Le pregunta a uno de los policías por su padre y éste le dice:

—Tu papá es un hombre loco y valiente. Vino por ti ayer en la madrugada.

—¿Dónde está? ¿Está en el bosque? —Sarah se desespera y comienza a creer que la pesadilla que había tenido con la silueta que, escondida en las tinieblas, le hablaba era una especie de premonición.

—Pequeña… —El policía se queda en silencio unos segundos. Pareciera que busca las palabras adecuadas para informarle algo a Sarah; entonces otro policía bastante gordo se acerca y comienza a hablar.

—¡No sabes lo que causaste con tu desaparición, chiquilla! ¡Eres muy querida aquí! Tu maestra de la escuela, la señora Smith, estaba tan preocupada por ti que quiso movilizar a los padres de familia y a tus vecinos. Estaba tan alterada que ayer se desmayó en una de las callecitas que pasan por la parte de atrás del mercado; todos pensamos que había ido en busca tuya al bosque y la creímos perdida. ¡Fue terrible! Preocupamos a su marido, pero finalmente apareció, un repartidor de periódicos la encontró sana y salva… Y tu padre, cuando supo que ella se había perdido también, terminó de perder la cabeza… Trató de buscarte…

—¿Qué?

—Así es. Lo encontramos colgando de una cuerda unos metros más allá, precisamente en el lugar en el que te caíste. Si él hubiera sabido de este camino que tú has encontrado, seguramente no se hubiera arriesgado tanto, aunque probablemente le hubiera costado muchísimo atravesarlo por sus dimensiones corporales. Tú, que eres tan delgada como tu madre, caminaste por él sin muchas dificultades.

—¿Dónde está ahora?

Un automóvil nuevo se parquea frente a la escena en ese preciso instante, distrayendo al policía que habla con la niña. Ella se siente nerviosa por el retraso de la noticia que tienen que darle. ¿Seguirá con vida su papito? ¿Se habrá hecho mucho daño al ir a buscarla? ¿Qué le habrá ocurrido? ¿Cómo es que lo encontraron colgado? Entonces voltea la mirada al automóvil que acaba de estacionarse y se da cuenta de que de él baja su padre.

Se miran sin poder creerlo, se observan de pies a cabeza con asombro, ternura y amor. Cuando se hallan a pocos metros el uno del otro corren al mismo tiempo encontrándose en un punto medio en el que se abrazan con fuerza. Las lágrimas de la pequeña brotan sin pena de sus ojos escurriéndose por sus cachetes y mojando las manos de su padre. El señor Swan no emite sonido alguno. Ninguno de los dos puede pronunciar una sola palabra porque la

emoción es tal que enmudece a los dos miembros de la familia. Sarah se da cuenta de que están repitiendo el eterno modelo de siempre, el de quedarse en silencio; entonces comienza a hablar:

—¡No sabes cuánto te he extrañado, papito! No podía dejar de pensar en ti.

—¡Mi nenita!... ¡Yo también te he extrañado mucho! Me he imaginado muchas cosas, tenía miedo. ¡Qué bueno que estás aquí!

—¡Te quiero mucho!

—Yo a ti. ¿Me esperaste demasiado?

—No, papá… Pero sí me asusté… —Lo mira con detenimiento y nota que tiene raspones en la cara y en las manos, no puede mirar el resto del cuerpo. Se siente un poco culpable por esas heridas y, mientras ve con atención sus ojeras marcadas, le sigue hablando—. Quiero irme a casa. ¿Podemos?

—Sí, hijita. Debes estar muy cansada.

Y así los dos vuelven a abrazarse, la gente les aplaude como si fueran héroes. El señor Swan carga a su pequeña, acomoda bien la manta para que cubra todo su cuerpo y ella se da la vuelta para mirar a las luciérnagas que tanto la han ayudado, no quiere irse sin despedirse y agradecer. Cuando mira hacia atrás ve unos insectos pálidos y sin fulgor revoloteando alrededor de una figura femenina que apenas se divisa. Cierra los ojos, se los restriega un poco y los vuelve a abrir. Anna Swan sonríe angelicalmente en medio de aquellas criaturas volátiles, se ve como una luz con rostro. Sarah sonríe y mueve su mano, como despidiéndose de ella y de sus amigas. Su madre sonríe y se desvanece entre los rayos del sol que hacen que los insectos también desaparezcan por completo de su vista. —¡No creerás lo que encontré, papá!

—¿Me lo contarás?

—Mira. —Sara se quita el collar del cuello para mostrárselo a su padre. Él se queda inmóvil con la niña aún en brazos. Observa con mucha atención aquel objeto y, después de unos segundos, vuelve a caminar hacia el auto. Cuando los dos se sientan, él toma el relicario, lo abre y unas cuantas lágrimas salen de sus ojos. La niña lo mira con atención. Él se seca el rostro, le da un beso en la frente a su hijita y, mirando hacia el cielo por la ventana, dice:

—Gracias, Anna. No volveré a perderla.

Padre e hija se abrazan y esperan a que el automóvil los lleve a casa.

## Notas del autor

Espero que hayas disfrutado de esta colección completa de mis novelas. Estaría muy agradecido si puedes publicar una breve opinión en Amazon. Tu apoyo realmente hará la diferencia. Para dejar un comentario en Amazon, por favor has click AQUÍ

**Conéctate con Raúl Garbantes**

Si tuvieras alguna sugerencia, comentario o pregunta y deseas ponerte en contacto conmigo por favor encuéntrame en:
Facebook: https://facebook.com/autorraulgarbantes
Twitter: https://twitter.com/raulgarbantes

Mis mejores deseos,

Raúl Garbantes
Autor
https://amazon.com/author/raulgarbantes